3 1761 05461013 4

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIII.

TESORO

DEL TEATRO ESPAÑOL.

TOMO IV.

Víctor Valg.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

MORETO.

TEATRO ESCOGIDO
DESDE EL SIGLO XVII
HASTA NUESTROS DIAS;

PRIMERA PARTE, y segunda parte

QUE COMPRENDE LAS MEJORES COMEDIAS

DE

TIRSO DE MOLINA,

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA, DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN,

DON AGUSTIN MORETO,

LUIS VELEZ DE GUEVARA, DON FRANCISCO DE ROJAS,

DON JUAN RUIZ DE ALARCON,

Y

DON JUAN MATOS FRAGOSO.

En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza. Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. D. A. DURAN.

PARIS,

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,

CERCA DEL LOUVRE.

1838

PQ
6217
T4
fl.1

LIBRARY
OCT - 6 1966
UNIVERSITY OF TORONTO

1131006

DISCURSO PRELIMINAR.

En la *Fama póstuma de Lope de Vega*, publicada poco despues de la muerte de este gran poeta por su amigo y discípulo Montalvan, se leen estas notables palabras : « Con la *Pastoral de Jacinto*, que fué la primera « que hizo de tres jornadas, porque hasta entonces la comedia consistia « solo en un diálogo de cuatro personas, etc... » Lope de Vega publicó la *Pastoral de Jacinto* en el año de 1590; esta es pues la época fija en que empezó el antiguo teatro español á elevarse al alto grado de esplendor en que se le admira durante todo el siglo XVII, y desde el que comenzó á decaer desde principios del XVIII, hasta llegar á su total ruina en manos de Solís, durante el largo cuanto aciago reinado del último monarca español de la casa de Austria.

El antiguo teatro español, tal cual le creó Lope de Vega, no tuvo pues de vida mas que un siglo, el siglo XVII; pasado este, perdió su fisonomía especial y cedió el puesto á lo que se llama el teatro moderno. Este al principio conservó algo del antiguo, — exageracion de sus defectos, y una pequeñísima parte de sus bellezas; — tal es la época de Zamora y Cañizares. Luego, apartándose cada vez mas de su antecesor, sin conservar nada bueno, abultó todo lo malo; — esta es la época de las monstruosas composiciones á que alude Moratin en *el Café;* luego en fin, trasformándose enteramente, se convirtió en una copia servil del teatro frances del siglo de Luis XIV. Esta es la época llamada de la *restauracion del teatro*. Empieza en Luzan, continua en Iriarte, Huerta, Moratin el padre, Cienfuegos, y llega al apogeo de su gloria en el célebre Inarco Celenio. De pocos años á esta parte ha empezado otra nueva época para el moderno teatro español; pero en esta no nos toca ocuparnos, pues la tenemos demasiado cerca.

Rigorosamente hablando, no fué exacta la division en cuatro partes que hicimos del teatro español en el prospecto de esta obra, pero debimos adoptar el método mas á propósito para desarrollar con claridad á los ojos del lector ese inmenso cuadro dramático, que empieza en los toscos ensayos del siglo XIV y acaba en las escelentes comedias de Moratin, el último de nuestros poetas dramáticos de fama que nos ha arreba-

tado la muerte. En realidad de verdad debimos haber dividido el teatro español en estas tres partes:

1ª. Desde su orígen hasta Lope de Vega;

2ª. Desde Lope de Vega hasta Solis;

3ª. Desde Solis hasta Moratin.

Porque estas son las tres edades de nuestro teatro, — la infancia, — la virilidad, — la senectud. Esto es tan verdadero en el sentido recto como en el figurado, pues en efecto cada una de esas tres épocas tiene los caractéres propios de la que la corresponde de esas tres edades. Pero lo repetimos; la claridad exigia que empleasemos de preferencia el sistema que hemos seguido y que tambien está muy ajustado á la razon: Lope de Vega solo, forma una época: Calderon, otra; debimos pues dedicar á cada uno un volúmen.

Al formar ahora este cuarto tomo, no podemos seguir, como hemos hecho en los tres anteriores, el órden cronológico: tenemos que volver á la época de Lope de Vega y cruzar los años en que floreció Calderon, pasándole por alto. El gran vacío que deja la falta de Calderon en esa serie de obras que comprenderá este tomo y el siguiente, lo llena el tercero. Esta advertencia es necesaria en atencion á que, como cada uno de los tomos de esta obra está destinado á formar en cierto modo una obra aparte (véase lo que dijimos sobre esto en el prospecto que el editor ha cuidado de hacer encuadernar con todos los tomos), las personas que solo tomasen estos dos últimos, estrañarian necesariamente no ver en ellos ninguna obra de Calderon, siendo precisamente la época que ellos abrazan aquella en que floreció sobre todos ese grande ingenio. Su misma importancia, digámoslo por última vez, nos ha movido á consagrarle un tomo entero, lo mismo que á Lope de Vega, alterando forzosamente el órden cronológico de los autores. Tirso de Molina, Mira de Mescua, Guevara y otros son anteriores á Calderon.

Ya hemos dicho que la segunda época del teatro español comprende desde Lope de Vega hasta Solis, y la tercera y última desde Solis hasta nuestros dias. Limitados á encerrar estas dos épocas en dos tomos, que serán los últimos de esta obra, seria de desear, para mayor comodidad de los compradores, que cada época ocupase un tomo, pero es tan rica la primera y tan pobre la segunda, que aun cercenando de aquella, como lo hemos hecho, á Lope y Calderon, todavía está muy estrecha en tomo y medio, y para la segunda sobra con la mitad de un tomo. Esto es una desgracia inherente al tamaño de estos y que toda persona imparcial conocerá que nos ha sido imposible evitar. Durante el siglo XVII hubo muchos y muy buenos poetas dramáticos; durante el siglo XVIII hubo pocos que merezcan particular mencion, y aun estos son por lo general de muy corto mérito.

Felipe III, de carácter triste y severo, fomentó poco las representaciones dramáticas; pero su sucesor Felipe IV, que subió al trono en 1621, mostró en este punto, como en otros muchos, inclinaciones enteramente contrarias á las de su padre. Jóven, galan, de carácter bullicioso y magnífico, entusiasta de la poesía, poeta, rodeado de validos interesados en distraerle del manejo de los negocios públicos, y llamado al trono justamente en el momento en que Lope de Vega, colmado de honores y de riquezas, era un poderoso estímulo para que siguiesen la carrera del teatro todos los poetas de talento, Felipe IV elevó en España con su proteccion la poesía dramática á un grado de gloria á que ni entonces ni *despues* ha llegado en ninguna otra nacion moderna. Lo primero es tan evidente que no es menester mas demostracion que recordar los hechos para conocerlo. Algunos críticos italianos afectan tener en mucho sus composiciones dramáticas del siglo XVI y principios del XVII, y no les falta razon si solo atienden en ellas á la regularidad clásica, que entonces era de moda y se observaba como siempre que se ha querido observar, lo mismo en Italia entonces que en Francia y en España dos siglos despues, cuando volvió la misma moda; pero esas composiciones arregladas eran tan insulsas y frias que ninguna de ellas puede sostenerse en el teatro, ni de ninguno de sus autores ha quedado fama, al paso que tan grande la han dejado en aquella privilegiada nacion otros poetas de aquella época y aun muy anteriores. El teatro portugues habia tenido un Gil Vicente y un Ferreira, pero desde que Felipe II conquistó el Portugal, hasta que este se hizo reino independiente, su teatro fué un mero satélite del nuestro; los mismos poetas portugueses, dice Bouterwek, escribian sus comedias en castellano. El teatro frances estaba reducido á las composiciones de Hardy, tan numerosas cuanto poco apreciables, y el aleman no empezó á dar señales de vida hasta principios del siglo XVIII. Inglaterra tenia un grande y sublime poeta filósofo, Shakspeare, pero en aquella época él y Ben Jonson eran los únicos en su pais, al paso que nosotros teniamos muchos eminentes poetas dramáticos que « ayudaron á llevar esta gran máquina (la fundacion del teatro español) al gran Lope, » segun la espresion de Cervantes.

Lo segundo (aludimos al *despues*, en bastardilla, del párrafo anterior) no admite demostracion, ni lo presentamos mas que como una opinion nuestra personal y por consiguiente sujeta á error. Admiramos sinceramente las bellezas del teatro frances del siglo de Luis XIV, las obras de Schiller, Goethe, Mullner y otros grandes poetas dramáticos alemanes, las escelentes comedias de Sheridan, el genio de Alfieri y las gracias cómicas de Goldoni, pero todavía admiramos mas nuestro teatro nacional. Repetimos sin embargo que esto es una mera opinion particular y que nos guardarémos muy bien de emitirlo como doctrina. Solo

corresponde de derecho pronunciar sentencias definitivas en punto á literatura española á los que hayan hecho de ella un estudio tan *profundo* como La Harpe y Signorelli.

Pero lo que no pasarémos por alto, pues es cosa que puede demostrarse con datos auténticos, es que el teatro frances debe al español del siglo XVII sus dos mejores poetas dramáticos, Corneille y Moliere. Por lo que hace á Corneille, tantas veces se ha repetido por los mismos franceses, que no hariamos aquí mas que compilar pruebas mil veces manifestadas si insistiesemos en demostrar lo que nadie duda, á saber, que Corneille se formó con el estudio del teatro español, — de ese mismo teatro español tan vilipendiado por Boileau. « Entonces (en tiempo de Cor-« neille) todos se preciaban de hablar español, como nos preciamos en el « dia de hablar frances. El español era la lengua de las cortes de Viena, de « Baviera, de Bruselas, de Nápoles y de Milan; la liga le habia introducido « en Francia... La mayor parte de nuestras comedias eran imitadas « del teatro de Madrid.

« Un secretario de la reina María de Medicis, llamado *Chalons*, re-« tirado en Rouen, aconsejó á Corneille que aprendiera el español y le « propuso el asunto del *Cid*. » Esto dice Voltaire en su *Prefacio histórico sobre el Cid*. En sus *Comentarios*, hablando del *Menteur*, espone como una conjetura que prueba su esquisita sagacidad, la opinion de que á esta obra de Corneille, que califica de traduccion, debe el teatro frances el tener á Moliere. Y en efecto, en la última edicion de Corneille de 1834, que tenemos á la vista, se inserta una carta del mismo Moliere (tomo 1°, pág. 402) que comprueba plenamente esta verdad y que no copiamos aquí por no alargar inútilmente este escrito. El señor Martinez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la comedia*, hace tambien mencion de esta carta, de la que traduce algunos trozos.

La mayor prosperidad del teatro español duró hasta la muerte de Felipe IV, en 1665; sostúvose con bastante gloria hasta fines del siglo XVII, y desde entonces empezó á decaer con espantosa rapidez. Un solo hecho dirá mas en este punto que cuantas reflexiones pudieramos hacer. Por un documento impreso en 1632, consta que en aquel año habia *cuarenta* compañías cómicas compuestas de *poco menos de mil personas*, y para celebrar las bodas de Cárlos II, en que se procuró desplegar suma magnificencia, apenas pudieron reunirse *tres compañías*, como asegura Bances Candamo. Esto prueba que el teatro seguia en España la misma marcha que la monarquía.

La guerra de sucesion, como todas las guerras, fué fatal para las artes y para el teatro. La paz general que siguió luego y de que tanta necesidad tenia España para reponerse, hubiera podido reanimarle, pero si se considera que el advenimiento de Felipe V al trono introdujo en la corte

cierto *estranjerismo* nocivo al libre desarrollo del ingenio nacional, y que ademas, Fernando el VI reservó toda su proteccion para la ópera italiana, no parecerá estraño que hasta el feliz reinado de Cárlos III no saliese nuestro teatro del letargo en que empezó á sumergirse desde los últimos años del reinado de Cárlos II. En el prefacio que pondremos al frente del quinto y último tomo echarémos una rápida ojeada sobre la historia de nuestro teatro desde esa época hasta nuestros dias. Como este tomo no comprende ni aun hasta esa época, seria inútil que nos estendieramos mas en esta ligera noticia, en la cual tememos ya habernos estendido demasiado, considerando el poco espacio de que podemos disponer para dar cábida en esta coleccion á los infinitos materiales que tenemos para formarla (1).

Ademas, segun el sistema que hemos adoptado de hacer preceder cada pieza de un ligero exámen analítico, seria escusado repetir aquí las noticias particulares de cada poeta y de sus principales obras, que hallará el lector en los espresados exámenes, como hemos hecho en los tomos de Lope de Vega y de Calderon.

Siempre que nos ha sido posible hallar datos fidedignos, hemos añadido á las obras escojidas de cada uno de los poetas que incluimos en esta coleccion, una noticia de su vida. Cualquiera que conozca un poco nuestra literatura, se convencerá de la inmensa dificultad que hay para hallar en ella esa clase de noticias biográficas, que cuando se encuentran, lo que no siempre sucede, es por lo comun esparcidas en un sin fin de obras sueltas, donde se halla, cuando menos se espera, alguno que otro indicio aislado, y esta dificultad es tanto mayor para nosotros cuanto escribimos en un pais estranjero, sin tener á mano los materiales necesarios para formar un trabajo acabado. Sin embargo las noticias que damos tienen el mérito de la exactitud, pues hemos preferido no decir nada cuando no podiamos hablar con absoluta certeza. Si hubieramos querido fiarnos en testimonios que pasan por auténticos, pero que no merecen nuestra confianza, siempre que no indican las fuentes de donde bebieron (como los diccionarios biográficos por ejemplo), ó aventurar meras conjeturas, ningun poeta español de los que entran en estos dos tomos se hubiera quedado sin su biografía corriente, pero siempre nos ha detenido el justo temor de inducir en error á nuestros lectores.

---

(1) Prescindiendo de los muchos autores anteriores á Lope de Vega ó contemporáneos suyos, y de los varios que honran actualmente nuestra literatura, que hemos dejado de insertar en esta coleccion, hemos debido tambien pasar por alto á un gran número de poetas de tercero y aun de segundo órden correspondientes al siglo XVII, como Cancer, Enciso, Salazar, Godinez, Mendoza, Zavaleta, Monroy, Arellano, Cortés, etc. Pero tambien estamos íntimamente persuadidos de no haber olvidado ninguno de los principales.

Réstanos solo manifestar que si no hemos insertado mayor número de obras de cada autor de los principales, ha sido porque era necesario dejar espacio para los demas, y porque este espacio era muy reducido, no siendo esta coleccion mas que un ensayo, al que seguirá una obra en grande sobre el mismo asunto, si la aceptacion del público corresponde á las esperanzas del editor. Creemos haber dicho esto mismo varias veces, pero no nos pesa repetirlo, porque es la única respuesta que podemos dar á los que nos citen una, dos, diez, veinte, cien piezas tal vez que deberian entrar en esta coleccion, y que sin embargo no hemos insertado. — ¿Porqué? No ciertamente por olvido ni por desprecio, sino porque no todo puede caber en cinco tomos. No faltarán celosos partidarios del teatro español que digan que cinco tomos es poco para el plan de esta obra, y verdaderamente no es mucho; pero creemos que bastan para empezar.

TIRSO DE MOLINA.

Son tan pocas las noticias que nos quedan de este célebre escritor, desgracia que le es comun con muchos de nuestros mas aventajados ingenios, que todos los que sobre su vida y obras han escrito no han hecho mas que repetir lo poco que acerca de él dice Montalvan en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo XVII. Dice así en un catálogo que trae de hombres célebres naturales de Madrid : « El maestro fray « Gabriel Tellez, presentado y comendador de la órden de Nuestra Señora de la Merced, « predicador, teólogo, poeta, y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre « supuesto del maestro Tirso de Molina muchas comedias escelentísimas y los *Cigarrales* « *de Toledo*, y tiene ahora para dar á la estampa unas novelas ejemplares que, con decir « que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas. »

Solo ha podido averiguarse, partiendo de este dato fidedigno, que en 1620 tomó el hábito de mercenario calzado en el convento de Madrid, teniendo ya mas de cincuenta años de edad, de donde se infiere que pudo nacer por los años de 1570, siete ú ocho despues que Lope de Vega. En 29 de setiembre de 1645 fué elegido comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad. Confirióle sucesivamente su órden los cargos de presentado, maestro en teología, teólogo, predicador, definidor y coronista de ella, con respecto á la provincia de Castilla la Nueva.

Mal se avienen estos austeros y naturales trámites de una vida monástica con el carácter peculiar del maestro Tirso, el mas desembozado y festivo de nuestros antiguos poetas cómicos; pero sorprende menos esta anomalía cuando se considera que nuestros mas célebres escritores dramáticos pertenecieron todos al estado eclesiástico : Torres Naharro, Lope de Vega, Tárraga, Calderon, Moreto, Solís, etc. Y sin embargo, aunque algunas veces se elevan estos ingenios al mas puro ascetismo, fuerza es conocer que sus obras por lo general están muy lejos de ofrecer grandes motivos de edificacion y de poder presentarse como dechados de moral cristiana.

Las comedias de Tirso se dividen en los tres géneros que casi sin ninguna escepcion cultivaron todos nuestros poetas dramáticos del siglo XVII, á saber :

De capa y espada ó de costumbres;
Históricas y heróicas;
De asuntos de devocion.

De estas últimas solo una, *el Condenado por desconfiado*, es verdaderamente admirable.

De las históricas la mas notable es *la Prudencia en la Muger*, con que encabezamos este cuarto tomo de nuestra coleccion.

Pero el terreno en que campea sin rival Tirso de Molina es el de las comedias de enredo y costumbres; en estas decimos que no tiene rival, no por la buena combinacion y originalidad de la fábula, sino por las imponderables gracia, lozanía y casi siempre pureza de la locucion, por la viveza del diálogo y por el inmenso caudal de chistes que sazonan todas sus composiciones dramáticas de este género.

Bajo este punto de vista, Tirso de Molina es en el teatro español lo que en el lenguaje moderno se llama una *individualidad*. Es *él*; ni se parece á ningun otro ni ningun otro se le parece. Desde la primera comedia suya de costumbres que examine el lector con alguna atencion se convencerá de esta verdad.

Por eso es tanto mas estraño que ninguno de los mas célebres críticos estranjeros que han escrito acerca del teatro español, se haya ocupado algo, sino mucho, en las obras de este admirable poeta cómico. Signorelli y M. de Sismondi no le nombran siquiera; Schlegel, que con tanta maestría juzga á Calderon, se limita á citar á un tal *Molina* sin mas comentarios (suponemos piadosamente que ese Molina es nuestro escelente fray Gabriel Tellez), entre los poetas dramáticos contemporáneos de Lope : Bouterwech habla de él poco y mal, y Blankerburg le da tan poca importancia que hasta llegó á poner en duda que existiese alguna coleccion particular de sus comedias.

No solo existe esta coleccion particular de sus comedias, sino otras varias obras del mismo autor, que son las siguientes:

La espresada coleccion en cinco tomos que con el título de *Partes* se imprimieron en el siglo XVII, y son las siguientes:

PARTE I, publicada por el autor en 4°, Madrid, 1616.—Reimpresa en 4°, Sevilla, 1626. —en 4°, Valencia, 1631.
PARTE II, publicada por Francisco Lucas de Avila, sobrino del autor, en 4°, Madrid, 1616. —Reimpresa en 4°, Madrid, 1635.
PARTE III, publicada por idem en 4°, Tortosa, 1634.—Reimpresa en 4°, Madrid, 1652.
PARTE IV, publicada por idem en 4°, Madrid, 1635.
PARTE V, publicada por idem en 4°, Madrid, 1636.
Algunas comedias sueltas ó insertas en la Coleccion de varios autores, impresa en el siglo XVII.

Primera parte de los Cigarrales de Toledo, que es un libro de novelas que contiene tres comedias las mejores del autor, y donde ofrece publicar (aunque despues no lo hizo) una segunda parte tambien con comedias, 4°, Madrid, 1621.

Deleitar aprovechando, primera parte (la segunda que ofrece quedó inédita), en 4°, Madrid, 1635.—Reimpresa en dos volúmenes en 4°, Madrid, 1775. En una y otra edicion pone el maestro Gabriel Tellez su verdadero nombre.

Con el mismo publicó

Un acto de contricion en verso.—Impreso en folio, Madrid, 1630.
Genealogía de los condes de Sástago.—Impreso en folio, Madrid, 1640.

OBRAS INÉDITAS.

Novelas ejemplares.
PARTE II *de los Cigarrales de Toledo.*
PARTE II *de Deleitar aprovechando.*
Historia general de la órden de Nuestra Señora de la Merced.

Las comedias de este autor son, de las antiguas, las que con mas aplauso se representan todavía en nuestros teatros, sin que sea por eso nuestro ánimo inferir de aquí que son las mejores de nuestro inmenso repertorio: estamos muy distantes de creerlo. No hacemos mas que referir un hecho público y notorio, que si no prueba lo que pocas líneas antes dijimos, es por lo menos un testimonio irrecusable del gran mérito de Tirso de Molina.

Réstanos solo hacer una observacion general sobre el gusto y tendencia especial de este poeta, propenso siempre á ensalzar á las damas á costa de los galanes. Obsérvese que aquellas son siempre en sus comedias ó grandes ó ingeniosas, ó enérgicas y apasionadas en un grado nada comun: estos son siempre por el contrario tímidos é insignificantes. El personage principal de sus comedias es siempre una muger: siempre en ellas se concentra el interes. Esto esplica muy bien á nuestro modo de ver lo que dijimos en el párrafo anterior.

LA PRUDENCIA EN LA MUGER.

COMEDIA FAMOSA.

La comedia de *la Prudencia en la muger* es una de las históricas en que parece haberse esmerado Tirso. Por esto conviene hacer algunas observaciones sobre ella, y tambien porque reune á su mérito literario las mas bellas lecciones de acendrada lealtad y noble caballería.

La accion del drama comprende los catorce años de la minoridad del rey de Castilla don Fernando el IV, durante los cuales su madre la reina doña María gobernó el reino, y conservó la corona de su hijo contra sus tios don Enrique y don Juan, que armando parcialidades pretendian

arrancársela, y aspiraban por ambicion á la mano de la reina. Don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, no dejó de tomar parte en estas turbulencias; pero tal como el poeta nos le pinta, menos ambicioso que enamorado, es uno de aquellos nobles y valientes caractéres, producto de los siglos heróicos. Pretendiente de la reina, pero leal al rey, solo aspira á obtener los triunfos del amor, dejando ilesos los legítimos derechos del hijo de Sancho el Bravo. Amante, hace la guerra; vencido, cede al amor respetuoso, y siempre rechaza con nobleza los planes pérfidos que le proponen sus rivales, mas sedientos del imperio que de los favores de la reina. Don Diego es en fin el tipo de aquellos caractéres honrados, aunque ásperos y rudos, en que se reunen todas las virtudes de la caballerosidad y nobleza.

Desde la primer escena de la primera jornada, compuesta en octavas llenas, ricas y sonoras, se hallan de manifiesto y perfectamente trazados los caractéres de los infantes don Enrique, don Juan y el de don Diego Lopez de Haro. Ambicioso, pero tímido el del primero, es el del segundo muy propio del que asesinó al jóven Guzman el Bueno, como el del tercero lo es de un señor grave y lleno de honor, pero arrebatado de una viva pasion amorosa. Tal vez en esta escena se estravia Tirso, sacrificando el buen gusto al culteranismo de que adoleció la corte de Felipe, hablando el lenguaje alambicado y sutil que usaban los galanes; pero es pocas veces, y en desquite presenta sus ideas con formas tan poéticas, con galas tan bizarras, y con versos tan llenos y sonoros, que es imposible resistir á la magia de su estilo, ni á sus gracias.

El romance que pone á continuacion de dicha escena, en el cual la reina reconviene á los infantes y á don Diego por sus discordias y ambicion, es en su género un bello trozo de poesía, y apenas se hallan en él motivos de censura. Así sucede tambien respecto á las buenas octavas que le siguen, donde dan á la reina su respuesta los ambiciosos pretendientes.

No es menos reparable la creacion del carácter de Benavides y el de los Caravajales, que siendo individuos de dos familias que se odian y banderizan, suspenden generosamente sus parcialidades y disturbios, y se reunen para la defensa de su rey inocente, sin parar hasta reconquistarle la corona.

Debemos recomendar especialmente la escena de dicha jornada que pasa entre los Caravajales, cuando el don Juan, uno de ellos, sale de desposarse furtivamente con doña Teresa, hermana de Benavides; aquella en que este, sospechoso de lo que pasa, llega de Leon para cerciorarse de la afrenta que presume, y en que convencido de su ofensa reconviene á sus enemigos. Así tambien es digna de reparo aquella en que la reina pide ausilios á las dos familias enemigas, y en que estas, acatando al rey niño y á su madre, olvidan los odios que los separaban, uniéndose para defender la causa de su soberano.

Es admirable la de la jornada segunda, donde Ismael, médico judío ganado por don Juan el infante, trata de entrar en el cuarto del rey para darle un veneno en vez de una medicina. El juego teatral que producen los temores y esperanzas del asesino, la alucinacion que le inspira la vista del retrato de la reina, la caida del mismo retrato que cubre la puerta de la cámara real cuando va el judío á penetrarla, y la aparicion inesperada de la misma, causan un efecto maravilloso. Estos medios, aunque reprobados por los clásicos austeros, no por eso dejan de estar en armonía con la naturaleza del corazon humano, y de conmoverle vivamente.

¿Pues qué diremos del modo con que el autor prepara el lance que sigue al anterior? ¡Como nos pinta el alma de una madre, cuando con una sola mirada conoce los intentos del asesino, y cuando penetra en lo íntimo de sus pensamientos y le hace confesar su crímen alucinándole con la perspicacia de su vista, sin dejarle arbitrio para negar! ¿Qué diremos del noble y magnánimo porte que usa con sus enemigos, y de la confianza que le inspira su propia fuerza al perdonarles vencidos, ó resistirles vencedores? Solo el cobarde es cruel, solo el miedo se ceba en la sangre; mientras el valiente se complace en perdonar, el pusilánime, que en todo ve peligros, asesina vilmente á los vencidos. Así es como Tirso y los grandes poetas arrancan su secreto á la naturaleza, y saben idealizar los grandes caractéres pintándolos con pincel fuerte y vigoroso. La reina doña María fué una de las heroinas que han producido los siglos, y su retrato ha sido comprendido por nuestro poeta de un modo admirable. Aquí nos la muestra valerosa, política, casta y honesta, sabia y prudente, levantando el trono de su hijo de entre las ruinas que formaron las facciones. Como reina vende las villas y lugares de su dote, se deshace de sus joyas, empeña sus tocas, y queda pobre antes de consentir que se oprima á los pueblos con tributos; como esposa y madre desprecia la corona que le ofrecen los que se la pudieran quitar, por guardar al difunto esposo la fe jurada y al hijo el amor materno. Tal se la ve en todo el segundo acto; siempre superior á sí misma en la fortuna pública, y en las desgracias privadas. En ellas noble y constante triunfa de los enemigos propios y de los de su hijo, á pesar de que este, ansioso del mando, se deja seducir y arrastrar de ellos contra una madre á quien debe el cetro y la vida. Tal es el carácter que con maestría ha desenvuelto Tirso en el presente drama, reuniendo á las tradiciones históricas todas las galas poéticas de locucion, estilo é invencion que le sugirió su ingenio fecundo. Si lo ha conseguido, si logró sostener sin retroceso un interes continuo en las diversas situaciones que inventa ú ordena, no hay que acusarle de que olvidase unas reglas agenas del género de drama que cultivó.

A la verdad el rey, que empieza el drama como niño de tres años, le acaba siendo ya jóven de diez y ocho; pero tambien el espectador, anheloso por ver el fin del gobierno de doña María, y la manera como se desenvuelve de los traidores que la persiguen, no repara en el tiempo que para

ello emplea. El interes dramático crece de escena en escena, la curiosidad de ver el desenlace crece tambien, y la verosimilitud producida por la de la unidad del tiempo ni se exige, ni se nota que falta. Como en nuestro teatro antiguo es todo accion, no se permite el uso de la narracion sino rara vez, y para cosas que están fuera del asunto esencial del drama: así pues si se ha de obtener el efecto deseado es preciso pasar por las formas románticas, so pena de haber de renunciar á las bellezas que producen en otro sentido de imitacion poética.

Tirso, así en este drama como en todos, se somete al gusto de su tiempo, rindiéndole un homenage indebido, y tal vez descompone las situaciones mas críticas y apasionadas por ostentar una sutileza metafísica, ó un rasgo intempestivo de erudicion; pero en tales torpezas incurre con menos frecuencia que otros, y las rescata despues con tal cúmulo de gracias que es imposible tratarle con severidad.

Tambien en esta pieza (jornada tercera) introduce Tirso, como era de costumbre, una escena episódica que es del bajo cómico, y pertenece á lo que llamamos entremeses, la cual es un incidente que entra en el plan sin violencia; pues retirada la reina del gobierno se marcha á una aldea, donde los rústicos villanos tratan de obsequiarla á su modo. El autor se aprovecha de este incidente para divertir al público, poniendo en accion las ridiculeces que encuentra el cortesano en el modo afectado con que tratan de remedar las costumbres cultas los prohombres de las aldeas. El contraste que resulta de este género de pretensiones pone aquí de manifiesto su ridiculez, sin perjudicar la idea del respeto y buen afecto que muestran los campesinos á sus señores, aunque descubran á la vez los defectos, las envidias, y la creencia en que generalmente están de que sus chismes y rencillas merecen la atencion de todo el mundo.

No puede empero negarse que Tirso en esta comedia, como en todas las suyas, tiene defectos de aquellos que lo son en cualquiera parte que se encuentran. El desenlace de esta pieza carece de toda verosimilitud, pues vicia el carácter de los personages. Aquí en el último acto los infantes don Juan y don Enrique, así como los otros conspiradores, aparecen necios en demasía, pues conociendo la prudencia de la reina, y la enemistad que justamente les profesa, le entregan gratuitamente una carta firmada, donde descubren su traicion, y en que le dan un medio de hacerla manifiesta.

Tirso, al fin de la comedia, promete una segunda parte, en la que pretende tratar del fin de los Caravajales y Benavides, pero no llegó á publicarla. A falta de ella puede verse la que con anterioridad escribió Lope de Vega con el título de *La inocente sangre, ó los Caravajales*, que está inserta en la parte diez y nueve de la coleccion de sus comedias impresa en el siglo XVII.

Recientemente ha sido tratado en nuestra escena este mismo argumento bajo el título de *Doña María de Molina*, por el jóven y distinguido poeta don Mariano Roca de Togores.

PERSONAS.

EL REY DON FERNANDO IV.
LA REINA DOÑA MARIA.
DON ENRIQUE (EL INFANTE).
DON JUAN (EL INFANTE).
DON DIEGO DE HARO.
CARAVAJAL (DON JUAN ALONSO).
DON PEDRO, su hermano.
BENAVIDES (DON JUAN).
DON NUÑO.
DON ALVARO.
DON MELENDO.
DON LUIS.
DON TELLO.

PADILLA.
UN MAYORDOMO.
UN MERCADER.
ISMAEL, médico hebreo.
CARRILLO, } criados.
CHACON, }
OTRO CRIADO.
BERROCAL, }
TORBISCO, }
GARROTE, } pastores.
NÍSIRO, }
CRISTINA, }

JORNADA I.

Sale el infante D. Enrique.

Enr. Será la viuda reina esposa mia,
Y daráme Castilla su corona,
O España volverá á llorar el dia
Que al conde don Julian traidor pregona.
¿Con quién puede casar doña María,
Si de valor y hazañas se aficiona,
Como conmigo sin hacerme agravio?
Enrique soy, mi hermano Alfonso el Sabio.

Sale el infante D. Juan.

Juan. La reina y la corona pertenece
A don Juan, de don Sancho el Bravo her-
Mientras el niño rey Fernando crece, [mano:
Yo he de regir el cetro castellano.
Pruebe, si algun traidor se desvanece,
A quitarme la espada de la mano,
Que mientras gobernare su cuchilla
Solo don Juan gobernará á Castilla.

Sale D. Diego.

Diego. Está vivo don Diego Lopez de Haro,

Que vuestras pretensiones tendrá á raya,
Y dando al tierno rey seguro amparo
Casará con su madre, y cuando vaya
Algun traidor contra el derecho claro
Que defiendo, señor soy de Vizcaya,
Minas son las entrañas de sus cerros,
Que hierro dan con que castigue yerros.
Enr. ¿Qué es esto, infante? ¿vos osais conmigo
Oponeros al reino? ¿y vos, don Diego,
Conmigo competis, y sois mi amigo?
Juan. Yo de mi parte la justicia alego.
Diego. De mi lealtad á España haré testigo.
Enr. A la reina pretendo.
Juan. De su fuego
Soy mariposa.
Diego. Yo del sol que miro
Yerba amorosa que á sus rayos giro.
Enr. Tio, don Juan, soy vuestro, y de
El Santo que ganó á Sevilla hijo. [Fernando
Juan. Yo nieto suyo: Alfonso me está
Sangre, y valor con que reinar colijo. [dando
Diego. Primo soy del rey muerto, pero cuando
No alegue el árbol real con que prolijo
El coronista mi ascendencia pinta,
Alegára el acero de la cinta.
Enr. Vos, caballero pobre, cuyo estado
Cuatro silvestres son, toscos y mudos,
Montes de hierro para el vil arado,
Hidalgos por Adan, como él desnudos,
Adonde en vez de Baco sazonado,
Manzanos llenos de groseros ñudos
Dan mosto insulso, siendo silla rica
En vez de trono el árbol de Garnica,
¿Intentais de la reina ser consorte,
Sabiendo que pretende don Enrique
Casar con ella, ennoblecer su corte,
Y que por rey España le publique?
Juan. Cuando su intento loco no reporte,
Y edificios quiméricos fabrique,
Mientras el reino gozo y su hermosura
Se podrá desposar con su locura.
Diego. Infantes, de mi estado la aspereza
Conserva limpia la primera gloria
Que la dió, en vez del rey, naturaleza,
Sin que sus rayas pase la vitoria:
Un nieto de Noé la dió nobleza,
Que su hidalguía no es de ejecutoria,
Ni mezcla con su sangre, lengua ó trage,
Mosáica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos
A quien Roma jamas conquistar pudo,
Que sin armas, sin muros, sin caballos
Libres conservan su valor desnudo:
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
Valiente en obras y en palabras mudo,
Os forzára, y guardalles el decoro,
Pues por su hierro España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
Aranzadas á Baco, hazes á Céres,
Es porque Vénus huya, que lasciva
Hipoteca en sus frutos sus placeres:
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
Teje coronas para sus mugeres,
Que aunque diversas en el sexo y nombres,
En guerra y paz se igualan á sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
La antigüedad que ilustra á sus señores,
Sin que tiranos le hayan deshojado,
Ni haga sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
Nobles, puesto que pobres electores,
Tan solo un señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del rey tio,
Leal en defendelle, y pretendiente
De su madre, á quien dar la mano fio,
Aunque la deslealtad su ofensa intente:
Infantes, si á la lengua iguala el brio,
Intérprete es la espada del valiente,
El hierro es vizcaino que os encargo,
Corto en palabras, pero en obras largo.

Sale la reina doña María de viuda.

Reina. ¿Qué es aquesto, caballeros,
Defensa y valor de España,
Espejos de lealtad,
Gloria y luz de las hazañas?
Cuando muere el rey don Sancho,
Mi esposo y señor, y galas
Truecan Leon y Castilla
Por jergas negras y bastas;
Cuando el moro granadino
Moriscos pendones saca
Contra el reino sin cabeza,
Y las fronteras asalta
Por la lealtad defendidas,
Y abriéndose su granada
Por las católicas vegas
Blasfemos granos derrama,
¿En civiles competencias,
Pretensiones mal fundadas,
Bandos que la paz destruyen,
Ambiciosas arrogancias,
Cubris de temor los reinos,
Tiranizais vuestra patria,
Dando en vuestra ofensa lenguas
A las naciones contrarias?
¿Ser mis esposos quereis,
Y como muger ganada
En buena guerra, al derecho
Me reducis de las armas?
¿Casarme intentais por fuerza,
Y ilustrándoos sangre hidalga
La libertad de mi gusto

Haceis pechera y villana?
¿Qué veis en mí, ricoshombres?
¿Qué liviandad en mí mancha
La conyugal continencia
Que ha inmortalizado á tantas?
¿Tan poco amor tuve al rey?
¿Viví con él mal casada?
¿Quise bien á otro, doncella?
¿A quién viuda dí palabra?
Ayer murió el rey mi esposo,
Aun no está su sangre helada
De suerte que no conserve
Reliquias vivas del alma.
Pues cuando en viudez llorosa
La muger mas ordinaria
Al mas ingrato marido
Respeto un año le guarda;
Cuando apenas el mongil
Adornan las tocas blancas,
Y juntan con la tristeza
La gloria del vivir casta;
Yo que soy reina, y no menos
Al rey don Sancho obligada
Que Artemisa á su Mauseolo,
Que á su Pericles Aspasia,
¿Querreis, grandes de Castilla,
Que desde el túmulo vaya
Al tálamo incontinente?
¿De la virtud á la infamia?
¿Conocéisme, ricos hombres?
¿Sabeis que el mundo me llama
La reina doña María?
¿Que soy legítima rama
Del tronco real de Leon,
Y como tal si me agravian
Seré leona ofendida,
Que muerto su esposo brama?
Ya yo sé que no el amor
Sino la codicia avara
Del reino que pretendeis
Os da bárbara esperanza
De que he de ser vuestra esposa:
Que en ver la corona sacra
Sobre las sienes pueriles
De un niño, á quien su rey llama
Castilla, y en quien don Sancho
Su valor cifra y retrata,
Aunque yo su madre sea,
Me tendreis por tan liviana
Que al torpe amor reducida
En fe de una infame hazaña
Dalle la muerte consienta,
Porque reineis con su falta.
Engañáisos, caballeros,
Que no está desamparada
Destos reinos la corona,
Ni del rey la tierna infancia.
Don Sancho el Bravo aun no es muerto,
Que como me entregó el alma,
En mi pecho se conservan
Fieles y amorosas llamas.
Si porque es su rey un niño
Y una muger quien le ampara,
Os atreveis ambiciosos
Contra la fe castellana,
Tres almas viven en mí,
La de Sancho, que Dios haya,
La de mi hijo, que habita
En mis maternas entrañas,
Y la mia, en quien se suman
Esotras dos: ved si basta
A la defensa de un reino
Una muger con tres almas.
Intentad guerras civiles,
Sacad gentes en campaña,
Vuestra deslealtad pregonen
Contra vuestro rey las cajas,
Que aunque muger yo sabré,
En vez de las tocas largas
Y el negro mongil, vestirme
El arnes y la celada:
Infanta soy de Leon,
Salgan traidores á caza
Del hijo de una leona
Que el reino ha puesto en su guarda,
Vereis si en vez de la aguja
Sabré ejercitar la espada,
Y abatir lienzos de muros
Quien labra lienzos de holanda.

(*Descúbrese sobre un trono el rey don Fernando, niño y coronado.*)

Vuestro natural señor
Es este, y la semejanza
De don Sancho de Castilla;
Fernando Cuarto se llama.
Al sello real obedecen,
Solo por tener sus armas,
Los que su lealtad estiman,
Con ser un poco de plata:
El que veis es sello vivo
En quien su ser mismo graba
Vuestro rey, que es padre suyo,
Su sangre las armas labran,
Respetalde aunque es pequeño,
Que el sello nunca se iguala
Al dueño en la cantidad,
Que tenga su forma basta:
Firma es suya el niño rey,
Llegue el traidor á borralla,
Rompa el desleal el sello,
Conspire la envidia ingrata:
Ea, lobos ambiciosos,
Un cordero simple bala,
Haced presa en su inocencia,
Probad en él vuestra rabia,

Despedazad el vellon
Con que le ha cubierto España,
Y privalde de la vida
Si á esquilmar venis su lana,
Pues cuando vivan Caines,
Al cielo la sangre clama
De Abeles á traicion muertos,
Que apresuran su venganza:
Si muere, morirá rey;
Y yo con él abrazada,
Sin ofender las cenizas
De mi esposo, siempre casta,
Daré la vida contenta
Antes que el mundo en mi infamia
Diga que otro que don Sancho
Esposa suya me llama.

Juan. Infanta, ya no reina, la licencia
Que de muger teneis os da seguro
Para hablar arrogante y sin prudencia,
De donde vuestro daño conjeturo.
Quise casar con vos, porque la herencia
Del reino me compete, que procuro,
Dispensándolo el papa, de mi hermano
El llanto consolar que haceis en vano.

Pero pues despreciais la buena suerte
Con que mi amor vuestra hermosura estima,
Guardad vuestra viudez, llorad su muerte,
Que es loable el respeto que os anima;
Pero advertid tambien que el reino advierte
Que siendo vos del rey don Sancho prima,
Y sin dispensacion con él casada,
Perdeis la accion del reino deseada.

Vuestro hijo el infante no le hereda,
De matrimonio ilícito nacido,
Que la Iglesia hasta el cuarto grado veda
El título amoroso de marido:
No siendo pues legítimo ya queda
Fernando de la accion real escluido,
Y yo amparado en ella como hermano
Del rey don Sancho en deudo mas cercano.

Del reino desistid si es que sois cuerda,
Que yo le daré estados en que viva
Como hacen los infantes de la Cerda,
Aunque su accion en mas derecho estriba,
Y no intente, que aquí la vida pierda
En tiernos años, la ambicion que os priva
De la razon, ni pretendais que afrente
La sangre mi valor de un inocente.

Reina. Muera, que no será el Abel primero
Que al cielo contra vos venganza pida;
Id á Tarifa, do el Guzman cordero
Ofrece á la lealtad la cara vida:
Si el padre noble os arrojó el acero
Con que á la hazaña bárbara os convida
Que hicistes en favor del sarraceno,
Dando á Guzman el título de Bueno,

Honrándoos con el título de malo
Dad muerte á vuestro rey tierno y sencillo,
Que yo que á su español valor me igualo
Arrojaros tambien sabré el cuchillo;
Mas no la libertad con que señalo
El alma que á mi muerto esposo humillo,
Pues no he dar la mano á quien la toma
Contra Dios en ayuda de Mahoma.

Legítimo es mi hijo, y ya dispensa
El papa vice-Dios en el prohibido
Grado; si en él fundais vuestra defensa,
A mi poder las bulas han venido;
Traidor y desleal es el que piensa
Por verse rey llamarse mi marido:
Sed todos contra aquesta intencion casta,
Que como Dios me ampare él solo basta.

Juan. Alto pues, la justicia que me es-
A Castilla conquiste pues la heredo, [fuerza
Que mi esposa sereis de grado ó fuerza,
Y lo que amor no hizo lo hará el miedo.
Yo haré que vuestra voluntad se tuerza
Cuando veais la vega de Toledo
Llena de moros, y en mi ayuda todos
Asentarme en la silla de los godos. (*Vase.*)

Enr. El rey de Portugal es mi sobrino,
El derecho que tengo al reino ampara;
Pues que juzgais mi amor á desatino
Cuando creí que cuerda os obligára,
Enarbolar las quinas determino,
Triunfando en ellas mi justicia clara,
Aunque fueran sus muros de diamantes,
Sobre tu alcázar real y San Cervantes.
(*Vase.*)

Diego. Reina, Aragon mi intento favorece,
Vizcaya es mia, y de Navarra espero
Ayuda cierta: si mi amor merece
La mano hermosa que adoré primero,
Favor seguro al niño rey ofrece
Contra Enrique, don Juan, y el mundo en-
Despacio consultad vuestro cuidado [tero:
Mientras por la respuesta vuelvo armado.
(*Vase.*)

Reina. Ea, vasallos, una muger sola,
Y un niño rey que apenas hablar sabe,
Hoy prueban la lealtad en que acrisola
El oro del valor con que os alabe.
La traicion sus banderas enarbola;
Si amor de ley en vuestros pechos cabe,
Volved por los peligros que amenazan
A un cordero que lobos despedazan.

Si la memoria de Fernando el Santo
Os obliga á amparar á su biznieto,
Fernando como él; si puede tanto
De un Sabio Alfonso el natural respeto;
Si un rey don Sancho os mueve, si mi llanto,
Si un ángel tierno á vuestro amor sujeto,
Conservalde leales en su silla.

(*Gritan de dentro.*)

Unos. Viva Enrique.

Otros. Don Juan, rey de Castilla.
Reina. Por don Enrique y por don Juan
La deslealtad el reino alborotado. [pregona
Rey. Madre, infinito pesa esta corona,
Abájeme de aquí que estoy cansado.
(*Le baja.*)
Reina. ¿Pesa, hijo? decis bien, pues oca-
Su peso la lealtad, que os ha negado [siona
El interes que á la razon cautiva.
Unos. Castilla por don Juan.
Otros. Enrique viva.
Rey. Diga, madre, ¿qué voces serán estas?
¿Está mi corte acaso alborotada?
Reina. Sí, mi Fernando.
Rey. Haránme todos fiestas
Porque ven mi cabeza coronada. [lestas.
Reina. Traidores contra vos las dan mo-
Rey. ¿Traidores contra mí? déme una es-
Por vida de quien soy... [pada.
Reina. ¡Ay hijo mio!
De vuestro padre el rey es ese brio.

Sale un criado.

Criado. ¿Qué, gran señor, aguarda vuestra alteza?
Del alcázar don Juan se ha apoderado,
Y don Enrique de la fortaleza
De San Cervantes, y han determinado
Prenderos.
Rey. Cortarélos la cabeza,
Por vida de mi padre.
Reina. ¡Ay hijo amado!
Huyamos á Leon, que es patria mia.
Rey. Traidores, pagaréismelo algun dia.
(*Vanse.*)

Salen D. Juan Alonso Caravajal, D. Pedro su hermano, y Carrillo, criado.

Car. Don Pedro, hermosa muger.
Pedro. Presto della te despides.
Car. A don Juan de Benavides
Aguarda, que á no temer
Su venida, un siglo entero
Juzgára por un instante.
Pedro. Ya es tu esposa.
Car. Y mas constante
Yo en amalla que primero.
Carr. El primero amante has sido
Que dando alcance á la presa
Se levanta de la mesa
Con hambre habiendo comido;
Que la costumbre de amar
Agora, si tienes cuenta,
Es de postillon en venta,
Beber un trago y picar.
Car. No es manjar doña Teresa
De Benavides de modo
Que aunque satisfaga en todo
Cause fastidio su mesa.
Cuando con el apetito
La voluntad está unida,
Da gusto toda la vida.
Carr. Siempre amor muere de ahito,
Pues por mas que satisfaga,
Y cause gusto mayor,
Siendo dulce y niño, amor
Fácilmente se empalaga.
Pero comiste de priesa,
Y levantaste picado.
Pedro. ¿En fin la mano le has dado
De esposo á doña Teresa?
Car. Ya tuvieron fin mis males:
¿Cómo albricias no me pides?
Pedro. Somos, si ella Benavides,
Vos y yo Caravajales;
Ni ganastes con su amor,
Ni perdistes.
Car. Su belleza,
Aunque no aumente nobleza,
Don Pedro, á nuestro valor,
Basta para enriquecer
La voluntad que la adora.
Pedro. Como cesasen agora
Por medio desta muger
Los bandos y enemistades
De su linage y el nuestro,
Contento por tu amor muestro.
Car. Noblezas y calidades
En el reino de Leon
Los Benavides abonan,
Y nuestro valor pregonan
Los que honran nuestro blason.
De la descendencia real
Que ilustra á los Benavides
Viene, si la nuestra mides,
La casa Caravajal.
Don Alfonso, rey leonés,
De Fernando Santo hermano,
Andando á caza un verano,
Y perdiéndose despues,
En una serrana tuvo
Dos hijos progenitores
De nuestros antecesores;
Y porque el mayor estuvo
Heredado en Benavides,
El nombre dél adquirió,
Y el otro que se igualó
En las hazañas á Alcides,
Por ser de Caravajal
Señor, tomó su apellido.
Si de un tronco hemos nacido
No le estará á don Juan mal
Que me case con su hermana.
Carr. Mal ó bien ya estais los dos
Bajo de un yugo par Dios.
Ya bosteza la mañana

Crepúsculos clari-oscuros,
¿Qué es lo que hacemos aquí?
Car. Lo que intentaba adquirí;
Temores, vivid seguros,
Pues doña Teresa es mia.
Pedro. Guarda he sido de tu amor.
Car. Eres mi hermano menor,
Y del alma, que se fia
De tí, mi don Pedro, el dueño.
Carr. Vámonos de aquí á acostar,
Que tengo que repasar
Ciertas cuentas con el sueño. (*Vanse.*)

Salen D. Juan de Benavides, y Chacon, criado.

Ben. Tarde salí de Leon,
Pero ya estamos en casa.
Chacon. Terrible es tu condicion,
Pues me da el sueño por tasa.
Ben. Todo hoy dormirás, Chacon.
Chacon. ¿Qué importára que estuvieras
Esta noche en la ciudad,
Y en saliendo el sol vinieras?
Ben. Sospechas de calidad
Me asombran con mil quimeras.
Las dos leguas que hasta aquí
Hay de Leon, he venido
Tan fuera, Chacon, de mí,
Que ni el camino he sentido,
Ni donde estoy.
Chacon. ¿Cómo ansí?
Ben. Siempre de tí me he fiado:
Ya sabes que aquí en Valencia
De Alcántara está fundado
El solar de mi ascendencia.
Chacon. En él eres estimado
Por nieto del rey famoso
De Leon Alfonso.
Ben. ¡Ay cielos,
Lo que un hombre generoso
Padece, si con desvelos
Anda su honor sospechoso!
Ya sabes que aquí tambien
Tienen los Caravajales
Su casa.
Chacon. Sí sé, ¿pues bien?
Ben. Y que con bandos parciales
En dos cuadrillas se ven
Cuantos en Valencia habitan
Divididos.
Chacon. Heredastes
Los enojos que os incitan
Con la leche que mamastes.
Ben. Ellos el gusto me quitan.
En Leon supe, Chacon,
Que don Juan Caravajal
Tiene á mi hermana aficion,
Y contra el odio mortal
Que sustenta mi opinion,
Casarse en secreto intenta
Con ella.
Chacon. Por ese medio
Vuestra enemistad sangrienta
Hallará en la paz remedio.
Ben. No puede venirme afrenta
En esta ocasion, igual.
Chacon. Pasiones es bien que o!
Ben. Antes que la sangre real
Que ilustra á los Benavides
Con sangre Caravajal
Se mezcle, de un vil pastor
Será mi hermana muger,
De un oficial sin valor,
De un alarbe mercader,
De un confeso, que es peor.
Mientras que mi enojo vive
No ha de quedar en Castilla
En quien su memoria estribe,
Ni casa en ciudad ó villa,
Ni piedra que no derribe.
Y á saber yo ser verdad
Lo que sé por opinion,
Y tenerle voluntad
Doña Teresa, un Neron,
Un Fálaris en crueldad
Mi enojo resucitára,
Fuego á esta casa pusiera
En que viva la abrasára,
Sus cenizas me bebiera,
De sal su casa sembrára,
Y huyendo á un monte grosero
No osára entrar en poblado
Hasta vengarme primero,
Ni del blason heredado
Usára de caballero.
Chacon. Dios me libre de enojarte:
Estraña es tu condicion.
Ben. Esta sospecha fué parte
Para salir de Leon
A tal hora. ¿Por qué parte
Podremos entrar en casa
Sin avisar mi venida
Para saber lo que pasa,
Y quitarla con la vida
El torpe amor que la abrasa?
Chacon. Aquesta pared de enfrente
Está baja, y da en la huerta;
Pero nunca el que es prudente
Cree en una sospecha incierta.
Ben. Espera, que viene gente.

Salen Caravajal, D. Pedro y Carrillo.

Car. Si el hermano de mi esposa,
Como dicen, ha sabido
Nuestra intencion amorosa,
Y de Leon ha venido,

No es amante el que reposa
Y deja en tan manifiesto
Peligro á quien sirve y ama:
A saberlo estoy dispuesto
De su casa. Hermano, llama.
Ben. Chacon, ¿no adviertes en esto?
Ciertas mis sospechas son.
Pedro. Don Juan Benavides tiene
Tan terrible condicion,
Que si acaso á saber viene
Que gozas la posesion
De tu amor, y lo que pasa,
La ha de dar muerte cruel;
Y así el sacarla de casa
Para asegurarla dél
Es cordura.
Ben. ¡Ay suerte escasa!
Mi deshonra averigüé:
¿Cómo mi enojo resisto?
Car. Que viene á vengarse sé
De quien informalle ha visto
Que esta noche la gocé.
Y ansí quiero diligente,
Pues es mi esposa, libralla
De su cólera impaciente,
Que bien podremos guardalla
De todo el mundo, aunque intente
Sacarla de mi poder.
Pedro. Cuando por bien no lo lleve,
Si nos quisiere ofender
Junte deudos y armas pruebe,
Que en volviéndose á encender
Los bandos que sustentamos,
Tantos parientes tenemos
Como él.
Car. Llama, no perdamos
La ocasion que pretendemos,
Pues á sus puertas estamos.
Ben. Ya no basta el sufrimiento.

(*Habla con ellos.*)

Los que caballeros son
Nunca intentan casamiento
A escuras, como el ladron
De infame merecimiento.
Su sangre y nobleza ofende
Quien honras hurtar porfia
A escuras, si no es que entiende
Que no merece de dia
Lo que de noche pretende.
Y no en balde conjeturo
De aquí vuestro menosprecio
Y valor poco seguro,
Que no tiene mucho precio
Lo que se vende á lo escuro.
Como mi puerta ennoblece
El barreado Leon,
Que en campo de plata ofrece
A mi sangre el real blason
Que vuestra envidia apetece,
Temistes verle de dia,
Y como ausente me hallastes
Y que él la puerta os tenia,
Por las paredes entrastes
De noche en fe que dormia.
Mas como me vió ofendido,
Bramando en esta ocasion
Me sacó con su bramido
Un Leon de otro Leon
Donde estaba divertido.
A satisfacer la fama
Que me habeis hurtado vengo;
Mi agravio es leon que brama,
Un Leon por armas tengo
Y Benavides se llama.
De vuestros torpes amores
Dará venganza á mi enojo,
Mostrando á mis sucesores
La nobleza de un Leon rojo
En sangre de dos traidores.
Car. Como ya sois mi cuñado,
Ni de palabras me afrento,
Ni de mi enojo heredado
Tomar la venganza intento
De que ocasion me habeis dado.
Téngoos ya por sangre mia,
Y como es fuego el amor
Que en mí vuestra hermana cria,
La luz que trae mi valor
Se aventaja á la del dia.
Si como se usa llegára
A afrentar vuestra opinion,
Y á doña Teresa hurtára
La honra, fuera ladron
Que vuestra casa escalára;
Pero siendo esposa mia,
Ni deshonraros procuro,
Ni es mi amor mercaduría,
Que quien la compra á lo escuro
La desestima de dia.
Si un Leon es el blason
Que á vuestras puertas poneis
En guarda de su opinion,
Porque de un rey descendeis,
El mismo rey de Leon
Me da nobleza estimada
Por su nieto y descendiente;
Y como el de esa portada
Me conoció por pariente,
Dejóme libre la entrada.
Si dió bramidos seria
No del furor que os abrasa,
Sino en señal de alegria;
Por verme honrar vuestra casa
Festejándoos bramaria.
Cuanto y mas que en tal demanda

No temo vuestro Leon
Mientra en mi defensa anda,
Dando á mis armas blason,
Una Onza sobre una banda.
Porque para no temelle,
Cuando mi amor amenace,
Tengo si llega á ofendelle
Onza que le despedace,
Y banda con que prendelle.
Pedro. Don Juan, esposo es mi hermano
De doña Teresa ya,
Y sin dar quejas en vano,
La paz y la guerra está
Desde agora en vuestra mano.
Si venis en lo primero,
Parentesco y amistad
Eterna ofreceros quiero;
Si en lo segundo, dejad
Palabras, y hable el acero,
Que en campo y batalla igual,
Probando fuerzas y ardides,
Dareis á España señal,
Vos del valor Benavides,
Y nos del Caravajal.
Ben. Mil veces digo que aceto
El propuesto desafio.
Car. Póngase pues en efeto,
Que del valor en que fio
La vitoria me prometo.
Ben. Pues aguardad.
Car. Eso no,
Que el enojo que os abrasa
Vuestra hermana receló,
Y si entrais en vuestra casa,
Juzgando que os agravió,
Procuraréis ofendella:
O dejádmela sacar,
O no habeis de entrar en ella.
Ben. Todo eso es acumular
Agravios á mi querella.
Car. Vive en ella mi esperanza.
Ben. Haced mi enojo mayor,
Que el castigo y su tardanza
Da filos á mi valor,
Y aceros á mi venganza.

Sale la reina doña María.

Reina. Ilustres Caravajales,
Benavides escelentes,
Mis deudos sois y parientes,
Blasones os honran reales,
Mostrad hoy que sois leales.
Un árbol sirve de silla
A la inocencia sencilla
De vuestro rey incapaz:

(*Descubre al rey niño coronado en el tronco de un árbol.*)

No permitais que en agraz
Os le malogre Castilla.
Como la aurora amanece
Entre la tiniebla escura,
De la traicion que procura
Matárosle y le oscurece,
Si este tierno sol merece
Glorias de una ilustre hazaña,
Lograd el que os acompaña,
Y con amor español
Defended los dos un sol
Que os da el oriente de España.
Ben. ¡O retrato del amor,
Niño rey, humilde alteza!
Con tu angélica belleza
Se enternece mi rigor:
No tuviera yo valor
Si el socorro que me pides
A las perlas que despides
Negáran mis fieles labios;
Por los tuyos sus agravios
Olvidan los Benavides.
Famosos Caravajales,
Treguas al enojo demos,
Y para despues dejemos
Guerras y bandos parciales:
No salgan los desleales
Con su bárbaro consejo.
A estos piés mi agravio dejo
Para volverle á tomar,
Que mal se podrá olvidar
El odio heredado y viejo.
Juntemos nuestros amigos,
Y de dos un campo hagamos,
Que mientras al rey sirvamos
No hemos de ser enemigos.
Serán los cielos testigos,
Para ilustrarnos despues,
De que hoy el valor leonés
Con lealtad y con amor
El bien del rey su señor
Antepone á su interes.
Car. Fénix de España, nacido
Para que su gloria aumente,
Pájaro sois inocente
En ese árbol como en nido:
¿Quién, mi perla, os ha escondido
De esa suerte?
Rey. Hanme quitado
Mi reino, y no me han dejado
Aun la cuna en que nací,
Y como á Herodes temí
Vengo huyendo al despoblado.
Pedro. No temais del gavilan,
Pájaro tierno y hermoso,
Por mas que intente ambicioso
Hacer presa en vos don Juan.
Ben. Todos por tí morirán,

Sol de España, hasta que quedes
Libre de las viles redes
De ambiciosos cazadores.
Rey. Vengadme de estos traidores,
Que yo os juro hacer mercedes.
Car. Dadnos á besar la mano,
Cifra de la discrecion.
Ben. Alto, hidalgos, á Leon;
Muera el infante tirano:
Y vos, ejemplo cristiano,
Regidnos desde este dia,
Y será, pues de vos fia
El cielo una ilustre hazaña,
La Semíramis de España
La reina doña María. (*Vanse.*)

Salen los infantes D. Enrique y D. Juan, y otros caballeros y música.

Enr. Goce vuestra magestad
De este reino de Leon
Mil años la posesion.
Juan. Con larga felicidad
Vuestra magestad posea
El de Murcia y de Sevilla,
Y dilatando su silla,
Sujeto á su nombre vea
El de Granada y Arjona;
Que yo, mientras que viviere
Don Fernando, y pretendiere
Su madre nuestra corona,
Tenerme por rey no puedo.
Enr. Ya no hay de quien recelar;
Ni ya ha quedado lugar
Desde Tarifa á Toledo,
Ni desde él hasta Galicia,
Que rey á Fernando nombre,
Ni caballero ó ricohombre
Que en fe de nuestra justicia
A don Juan y á don Enrique
No ofrezcan el blason real.
Aragon y Portugal,
Porque mas se justifique,
En nuestro favor tenemos:
Nuestro amigo el navarro es,
Ampáranos el frances,
Con gentes y armas nos vemos:
¿Dónde irá doña María
Que nuestro amigo no sea?
Juan. No es bien que el reino posea
El bastardo hijo que cria.
Casóse en grado prohibido
Con ella mi hermano el rey;
No legitima la ley
Al que de incesto ha nacido:
El derecho que me toca
Defenderé hasta morir.
Enr. Reina pudiera vivir,
A no ser la infanta loca,
Si no nos menosprecíara,
Y con uno de los dos
Se casára.
Juan. Vuelve Dios
Por nuestra justicia clara;
Pero mientras en prision
El hijo y madre no esten,
Aunque obediencia me den
Toledo, Castilla, Leon,
No puedo vivir seguro,
Y ansí á buscarlos me parto.

(*Dentro con música.*)

Unos. Viva don Fernando el Cuarto,
Rey legítimo.
Juan. En el muro
Suenan voces.
Otros. Viva el rey
Don Fernando de Leon,
Y los infames que son
En ofensa de su ley
Desleales, mueran.
Todos. Mueran.
Enr. Ingratos cielos, ¿qué es esto?

Sale un criado.

Criado. Socorred la ciudad presto
Que sus vecinos se alteran.
Y al rey niño han admitido
En el alcázar, cercado
De mil hombres que han juntado
Por todo aqueste partido
Juan Alfonso Benavides,
Y los dos Caravajales.
Enr. Si al encuentro no los sales
Y aqueste alboroto impides,
Infante don Juan, no creas
Que en Leon logres tu silla.
Juan. Ni que en Murcia y en Sevilla,
Don Enrique, rey te veas.
Enrique, alto, á la defensa,
Que dos pobres escuderos
Que ayer no eran caballeros
No nos han de hacer ofensa.
Enr. Ni una muger desarmada
Es bien que temor nos dé
Con un niño.
Juan. Moriré
Diciendo, César, ó nada.

Salen Benavides y los dos Caravajales con otros.

Car. Volvió Dios por la justicia
Del hermoso y tierno infante;
Castigó desobedientes,
Dió vitoria á los leales:
Dense los dos á prision.

Juan. ¿Cómo dar á prision? antes
Las vidas, y morir reyes.
Ben. Ya será imposible, infantes,
Vuestras gentes están rotas,
Y en los fieles estandartes
Por Fernando de Leon
Tremolan los homenages.
Car. Vuestras altezas, señores,
Puesto que puedan llamarse
Mas fuertes que venturosos
En este infelice trance,
Culpen la poca justicia
Con que han querido quitarle
A un rey legítimo el reino,
Noble herencia de sus padres;

(*Quítanles las armas.*)

Y de la reina María,
Cuyos presos son, alaben
La vitoriosa entereza,
La condicion agradable;
Que de su piadoso pecho,
Como lleguen á humillarse
Por vasallos del rey niño,
Su amor cristiano es tan grande,
Que como á parientes suyos,
Cuando la cerviz abajen
Y sus sacras manos besen,
Les darán las suyas reales
Libertad que los obligue,
Y perdon que los espante.
Juan. Si el deseo de reinar
Que tantos insultos hace,
Como cuentan las historias,
Fuera disculpa bastante,
Yo quedára satisfecho;
Pero no hay razon que baste
Contra la poca que tuve
En venir á coronarme.
Su indignacion justa temo,
Que es muger, y en ellas arde
La ira, y con el poder,
Del límite justo salen;
Que á no recelar su enojo,
Hoy viera Leon echarme
A sus vitoriosos piés.
Ben. La clemencia siempre nace
Del valor y la vitoria,
Porque es la venganza infame.
Enr. La reina doña María
No es muger, pues vencer sabe
Los rebeldes de su reino
Sin que peligros la espanten.
Echémonós á sus piés,
Que siendo los dos su sangre,
Y ella tan cuerda y piadosa,
Sentirá que se derrame,
Y soldando nuestras quiebras,
Fieles desde aquí adelante,
Procurarémos servirla
Porque nuestro honor restaure.
Dios ampara al rey Fernando,
Y pelea por su madre.
¿Qué armas, gentes ni favores
Podrá haber que á Dios contrasten?
El dulce nombre de rey
Vino ambicioso á cegarme,
Dióme el desengaño vista,
La reina será la imágen
De cuyos piadosos piés
Libre espero levantarme,
Para que á su nombre ilustre
Dedique estatuas y altares.
Pedro. Noble determinacion,
Aunque por hoy se dilate,
Que no permite la reina
Que vuestras altezas la hablen.
Mientras que se desenoja
Será esta torre su cárcel.
Juan. Y no estrecha, si vos sois
Della, don Pedro, el alcaide.
Pedro. Con ese título me honra.

Sale D. Luis.

Luis. La reina ha mandado, infantes,
Que entreis en esa capilla,
Donde os esperan dos padres
Que vuestras almas dispongan,
Porque quiere en esta tarde
Mostrar á España del modo
Que allanar rebeldes sabe.
Enr. La reina nuestra señora
¿Es posible que eso mande?
¿La piadosa, la clemente,
A dos primos, á dos grandes?
¡Ah mugeres, qué bien hizo
Naturaleza admirable
En no entregaros las armas!
Juan. Cuando darnos muerte mande,
Y por medio del rigor
A Fernando el reino allane,
Puesto que con los rendidos
Es medio el amor mas fácil,
Portugal y Aragon tienen
Reyes de nuestro linage
Que nuestra muerte la pidan
Y castiguen sus crueldades.
Enr. Ya no es tiempo de querellas:
Ofender las magestades
En daño de su corona
Es crimen mortal y grave.
Pues que como caballeros
Hemos peleado, infante,
El morir como cristianos
Es hoy hazaña importante.

Luis. Aquí está vuestra sentencia.

(*Présentales un papel en una fuente de plata.*)

Juan. ¿Con ella el plato nos hace?
¿En una fuente la envia?
Pues tiempo vendrá en que pague
La costa deste banquete,
Cuando lleguen á aprecialle
Con lanzas en vez de plumas
Los que nuestro valor saben.
Enr. Dejádmela ver primero.
¡O muerte fiera, que bastes
A asombrar pechos de bronce
Solo con un papel frágil! (*Lee.*)

« Doña María Alfonso, reina y gober-
« nadora de Castilla, Leon, etc.: por el
« rey don Fernando cuarto de este nom-
« bre, su hijo, etc. Para confusion de se-
« diciosos y premio de leales, manda que
« los infantes de Castilla sus primos salgan
« libres de la fortaleza en que están presos,
« se les restituyan sus estados, y demas
« desto hace merced al infante don Enrique
« de las villas de Feria, Mora, Moron, y
« Santisteban de Gormaz, y al infante don
« Juan de las de Ayllon, Astudillo, Curiel,
« y Cáceres; con esperanza, si se redujeren,
« de mayores acrecentamientos, y certi-
« dumbre si la ofendieren de que le queda
« valor para defenderse, y ánimo para pa-
« gar nuevos deservicios con nuevos galar-
« dones. » LA REINA GOBERNADORA.

Aparece la reina en pié sobre un trono, coronada, con peto y espaldar, echados los cabellos, y una espada desnuda en la mano.

Reina. La reina doña María
Castiga de aquesta suerte
Delitos dignos de muerte
Contra vuestra alevosía.
En armas y en cortesía
Os ha venido á vencer,
Siendo hombres, una muger
A daros vida resuelta,
Como quien la caza suelta
Para volverla á coger.
Si pensais que por temor
Que á los que os amparan tengo
A daros libertad vengo,
Ofendereis mi valor;
Para confusion mayor
Vuestra, he querido premiaros,
Porque si acaso á inquietaros
Vuestra ambicion os volviere,
Cuanto agora mas os diere
Tendré despues que quitaros.
Poco estima á su enemigo
Quien le vence y vuelve á armar,
Que en el noble es premio el dar
Como el recebir castigo.
Si dándoos vida os obligo,
Por vuestra opinion volved,
Y sino guerra me haced,
Veamos quien es mas firme,
Vosotros en deservirme,
O yo en haceros merced.
Juan. No olvide jamas España
Tu magnánimo valor,
Pues juntas con el temor
La piedad que te acompaña.
Eternicen esta hazaña
Pinceles y plumas cuantas
Celebran memorias santas,
Pues que reprendiendo obligas,
Haciendo merced castigas,
Y derribando levantas:
Que yo desde aquí adelante,
Desta merced pregonero,
Seré en servirte el primero.
Enr. Y yo leal y constante
Con satisfaccion bastante.
Reina. Venid, y al rey besaréis
Las manos.
Juan. Desde hoy podeis
Regir nuestros corazones,
Que obligan mas galardones
Que las armas que traeis.
Reina. Benavides os llamais,
A Benavides os doy.
Ben. Tu vasallo y siervo soy.
Reina. Si servirme deseais,
Quiero que por bien tengais
Que vuestra hermana sea esposa
De don Juan, y en amorosa
Paz vuestros bandos troqueis.
Ben. ¿Qué imposible intentaréis
Que no acabeis, reina hermosa?
Reina. Dalde pues, don Juan, la mano,
Que en dote os doy la encomienda
De Martos.
Car. Jamas ofenda
Tu vida el tiempo tirano.
Reina. A don Pedro vuestro hermano
Mi merino hago mayor
De Leon.
Pedro. Por tal favor
Los piés mil veces te beso.
Reina. No me contento con eso,
Yo honraré vuestro valor:
Don Diego Lopez de Haro
Cercado tiene á Almazan,
Porque de Aragon le dan
Las reales barras amparo:
Partamos á su reparo,

Y mostrad, infantes, hoy
Que es la libertad que os doy
Por los dos agradecida.
Juan. Pagaréla con la vida.
Enr. Dispuesto á servirte estoy.

JORNADA II.

Salen el infante don Juan, é Ismael, judio.

Juan. De reinar tengo esperanza
Con traidora ó fiel accion,
Mas no juzgo por traicion
La que una corona alcanza.
Reine yo, Ismael, por tí,
Y venga lo que viniere.
Ism. Si el niño Fernando muere,
Cuya vida estriba en mí,
No hay quien te haga competencia.
Juan. De viruelas malo está;
Fácil de cumplir será
Mi deseo, si á tu ciencia
Juntas el mucho provecho
Que de hacer lo que te pido
Se te sigue.
Ism. Agradecido
A tu real y noble pecho
Quiero ser, porque esperanza
Tengo que en viéndote rey
Has de amparar nuestra ley.
Hebreo soy; la venganza
De Vespasiano y de Tito,
Que asoló á Jerusalen
Y el templo santo tambien,
Causando oprobio infinito
A toda nuestra nacion,
Nos hace andar desterrados,
De todos menospreciados,
Siendo burla y irrision.
Del mundo (¡qué desvarío!)
Quieren que mi ley se llame,
Sin que haya quien por infame
No tenga el nombre judio.
Mas si palabra me das
En viéndote rey de hacer
Mi nacion ennoblecer,
Y que podamos de hoy mas
Tener cargos generosos,
Entrar en ayuntamientos,
Comprar varas, regimientos,
Y otros títulos honrosos,
Quitándole al rey la vida
Te pondrás la corona hoy.
Su protomédico soy,
La muerte llevo escondida
En este término breve;
(*Saca el judio un vaso de plata.*)
Con que si te satisfago
Diré que el rey en un trago
Su reino y muerte se bebe.
A un sueño mortal provoca,
Donde con facilidad
De la sombra á la verdad,
Y al corazon de la boca
Viendo el veneno correr,
Llamar de la muerte puedes
Los médicos, Ganimedes,
Pues que la dan á beber.
Juan. Ismael, no pongas duda
Que si por tí rey me veo
Satisfaré tu deseo,
Y medrarás con mi ayuda.
Los de tu nacion serán
De ilustre y famoso nombre,
Haréte mi ricohombre,
Tu privanza envidiarán
Cuantos desprecian tu vida.
Enferma Castilla está;
Pues su médico eres ya,
Purga con esa bebida
La enfermedad que la engaña:
Su cabeza es un infante
Pequeño; siendo el gigante
Mi reino mayor de España,
Monstruosidad es que intente
Un cuerpo de tal grandeza
Tener tan chica cabeza,
Y que el gobierno imprudente
De una muger, el valor
Regir de Castilla quiera:
Púrgala porque no muera
Deste pestilente humor,
Que con premios escesivos
La cura te pagaré.
Ism. Haciéndote rey pondré
A Castilla defensivos
Que del loco frenesí
De una muger la aseguren,
Por mas que ingratos procuren
Ser, infante, contra tí.
Vete con Dios, que aquí llevo
Tu ventura recetada.
Juan. (Una traicion coronada *ap.*
No afrenta: el proverbio apruebo
De César, cuya ambicion
Es bastante á autorizar
Mi intento, pues por reinar
Lícita es cualquier traicion.) (*Vase.*)
Ism. Pues honra y provecho gano
En matar á un niño rey,
Y estima tanto mi ley
A quien da muerte á un cristiano,

¿Qué dudo que no ejecuto
Del infante la esperanza,
De mi nacion la venganza
Y de estos reinos el luto?
La purga le voy á dar.
¿De qué temblais, miedo frio?
Mas no fuera yo judío
A no temer y temblar.
Alas pone el interes
Al ánimo, mas ¿qué importa,
Si el temor las plumas corta,
Y grillos pone á los piés?
Pero ¿qué hay que recelar
Cuando mi sangre acredito,
Y mas no siendo delito
En médicos el matar?
Antes honra su persona
Quien mas mata, y es de suerte
Que se llama cual la muerte,
La que á nadie no perdona.
El niño rey esta aquí,
Que beba su muerte trato:

(*Al querer entrar en el aposento del rey repara en el retrato de la reina que está sobre la puerta.*)

Mas, cielos, ¿no es el retrato
Este de su madre? Sí.
No sin causa me acobarda
La traicion que juzgo incierta,
Pues puso el rey á su puerta
Su misma madre por guarda.
¡Vive Dios que estoy temblando
De miralla, aunque pintada!
¿No parece que enojada
Muda me está amenazando?
¿No parece que en los ojos
Forja rayos enemigos,
Que amenazan mis castigos
Y autorizan sus enojos?
No me mireis, reina, airada:
Si don Juan, que es vuestro primo
Y en quien estriba el arrimo
Del rey, prenda vuestra amada,
Es contra su mismo rey,
¿Qué mucho que yo lo sea
Viniendo de sangre hebrea
Y profesando otra ley?
No es mi traicion tan culpada,
Tened la ira vengativa;
¡Qué hiciérades á estar viva
Pues que me asombrais pintada!
Mas ¿para qué doy lugar
A cobardes desvarios?
Ea, recelos judíos,
Pues es mi oficio matar,
Muera el rey, y hágase cierta
La dicha que me animó...

(*Al querer entrar, cae el retrato, y tápale la puerta.*)

Pero el retrato cayó,
Y me ha cerrado la puerta.
Dichoso el vulgo ha llamado
Al judío, reina hermosa,
Mas no hay mas infeliz cosa
Que un judío desdichado;
Y pues tanto yo lo he sido,
Riesgo corro manifiesto
Si no huyo de aquí...

(*Quiere huir por la otra puerta, sale la reina, detiénele, y él se turba.*)

Reina. ¿Qué es esto?
¿De qué estais descolorido?
Volved acá, ¿adónde vais?
¿De qué es el desasosiego?
Ism. Volveré, señora, luego.
Reina. Esperad, ¿de qué os turbais?
Ism. ¿Yo turbarme?
Reina. No es por bueno:
¿Qué llevais en ese vaso?
Ism. ¿Quién, yo?
Reina. Detened el paso.
Ism. Quien dijere que es veneno,
Y que al rey nuestro señor
No soy leal...
Reina. ¿Cómo es eso?
Ism. Que estoy turbado confieso,
Pero no que soy traidor.
Reina. Pues aquí ¿quién os acusa?
Ism. (Mi misma traicion será.) *ap.*
Reina. Culpado, Ismael, está
Quien sin ocasion se escusa.
Ism. El infante es el ingrato,
Que yo no le satisfice,
Y si el retrato lo dice
Engañaráse el retrato.
Que aunque el paso me cerró
Cuando purgar al rey vengo,
Yo, reina, ¿qué culpa tengo
Si el retrato se cayó?
Don Juan el infante sí,
Que con aquesta bebida
Me manda quitar la vida
Al tierno rey que ofendí...
Digo, que ofendió el infante.
Reina. En fin, vuestra turbacion
Confesó vuestra traicion;
No paseis mas adelante.
¿Es la purga de Fernando
Esa?
Ism. Gran señora, sí;
Y si he de decir aquí
La verdad... ¿qué estoy dudando?...
El deseo de reinar

Con don Juan tanto ha podido,
Que ciego me ha persuadido
Que llegue la muerte á dar
Al niño rey, y el temor
De que no me castigase
Me obligó que le jurase
Ser á su alteza traidor.
Afirméle que este vaso
Iba con la purga lleno
De un instantáneo veneno;
Pero no haga dello caso
Vuestra alteza, que es mentira
Con que pretendí engañalle
No mas que por sosegalle,
Y dar lugar á la ira.
Y pues del título infame
Me he librado de traidor,
Juzgo agora por mejor
Que la purga se derrame,
Que otra medicina habrá
Que le haga al rey mas al caso.

(*Quiere derramarle, y tiénele la reina.*)

Reina. Tened la mano y el vaso,
Que pues mi Fernando está
Para purgarse dispuesto,
No es bien perder la ocasion
Por una falsa opinion
Que en mala fama os ha puesto.
Conozco vuestra virtud,
Médico habeis siempre sido
Sabio, fiel y agradecido:
Asegurad la salud
Del rey, y vuestra inocencia,
Haciendo la salva agora
A esa purga.
Ism. Gran señora,
No estoy, con vuestra licencia,
Dispuesto á purgarme yo,
Ni tengo la enfermedad
Del rey Fernando, y su edad.
Reina. ¿Que no estais enfermo?
Ism. No.
Reina. No importa, vuestra virtud
Desmienta agora este agravio;
En salud se sangra el sabio,
Purgaréisos en salud.
Tiene muy malos humores
El reino desconcertado,
Y por remedio he tomado
El purgalle de traidores:
A vos no puede dañaros.
Ism. Es muy recia, y no osaré
Tomarla, señora, en pié.
Reina. Pues buen remedio, asentaros.
Ism. A vuestros piés me derribo,
No permitais tal rigor.
Reina. Bebelda, que haré, dotor,
Atenacearos vivo.
El infante don Juan es
Noble, leal y cristiano,
Sin resabios de tirano,
Sin sospechas de interes;
De la nacion mas ruin
Vos que el sol mira y calienta,
Del mundo oprobio y afrenta;
Infame judío, en fin,
¿Cuál mentirá de los dos?
¿O cómo creeré que hay ley
Para no matar su rey
En quien dió muerte á su Dios?
Sed vuestro verdugo fiero,
É imitad por este estilo
El toro que hizo Perilo
Estrenándole el primero.
Bebed, ¿qué esperais?
Ism. Señora,
Si el confesar mi traicion
No basta á alcanzar perdon,
Baste el ser vos...
Reina. Bebé agora,
O escoged salir mañana
Desnudo, y á un carro atado
A vista del vulgo airado
Y vuestra nacion tirana,
Por las calles y las plazas
Dando á la venganza temas,
Y vuestras carnes blasfemas
Al fuego y á las tenazas.
Ism. Si he de morir en efeto,
En este trance confuso,
La pública afrenta escuso
Por el castigo secreto.
Quien contra su rey se atreve
Es digno de aqueste pago:
Muerte, bien os llaman trago,
Pues sois purga que se bebe.
Pero la que receté
A costa de tantas vidas
En julepes y bebidas,
Por el talion pagaré.
Aunque en ser tantas advierto
Que para que no me igualen
A media gota no salen
Los infinitos que he muerto. (*Bebe.*)
Ya mis espíritus truecan
El ser vital que desatan.
Si los que curando matan
Pagáran por donde pecan,
Dieran menos que ganar
A los curas desde hoy.
El primer médico soy
Que castigan por matar.
Ya obra el veneno fiero,
Ya se rematan mis dias:
Favor, divino Mesías,

Que vuestra venida espero.

(*Cae muerto dentro.*)

Reina. ¡Vos llevais buena esperanza!
Su bárbara muerte es cierta:
Quiero cerrar esta puerta,
Que el ocultar mi venganza
Ha de importar por agora.
¡Ay hijo del alma mia!
Aunque mataros porfia
Quien no como yo os adora,
El cielo os está amparando:
Mas pues sois ángel de Dios,
Sed ángel de guarda vos
De vos mismo, mi Fernando.

Salen los infantes D. Enrique y D. Juan, Benavides, D. Pedro Caravajal, un Mayordomo, y un Mercader.

Enr. Aquí está su alteza.
Reina. ¡O primos,
Ricoshombres, caballeros!
Enr. A saber del rey venimos
Cómo está.
Reina. Accidentes fieros
Le afligen.
Juan. Cuando supimos
Su enfermedad, con temor
De alguna desgracia estraña
Nos trujo á verle el amor
Que le tenemos.
Reina. De España
Sois la lealtad y el valor.
Reposando mi hijo está,
Si quereis que le despierte...
Enr. No, señora.
Juan. (Dormirá *ap.*
En los brazos de la muerte
Si el veneno obrando va,
Y asentándome en su silla
Sosegará mi ambicion.)
Reina. Don Enrique de Castilla,
Murió en terrible ocasion
Don Pedro Ponce en Sevilla;
Y pues era adelantado
De la frontera, y sin él
Desamparada ha quedado,
Que suplais la falta dél,
Infante, he determinado.
Adelantado sois ya,
Partid á Córdoba luego,
Que el moro soberbio está
Combatiendo á sangre y fuego
A Jaen.
Enr. Aunque me da
Vuestra alteza honra y provecho,
Piden pagas los soldados
De la frontera; eche un pecho
Vuestra alteza en los estados,
Que el tesoro real deshecho
No hay con que poder pagallos.
Reina. Mercaderes y pecheros
Conservad, por conservallos
Al rey y á sus caballeros,
Porque no hay rey sin vasallos.
Viénenme todos con quejas
De que pobres los tenemos,
Y aunque son costumbres viejas,
Tanto á esquilmarlas vendremos
Que se mueran las ovejas.
Enr. Pues sin dineros, señora,
Los soldados no pelean.
Reina. Ni hay tampoco huerta agora
Por mas fértil que la vean
Que dé fruto á cada hora,
Cada año una vez le echa:
No la pidais cada instante,
Que descansada aprovecha,
Y los vasallos, infante,
Tambien tienen su cosecha.
Mi dote todo he gastado
Defendiendo esta corona
Y de mi hijo el estado;
Vendí á Cuéllar y á Escalona,
Sola Ecija me ha quedado;
Pero véndase tambien,
Y páguense los fronteros.
Enr. Si el venderla le está bien
A vuestra alteza, dineros
Haré que luego me den
Prestados de Andalucía,
Con que sustentar un año
La frontera.
Reina. Bien podia
Llamándome, infante, á engaño
Culpar vuestra cortesía
Y poca seguridad.
Enr. Señora...
Reina. Basta, ya estoy
Cierta de vuestra lealtad;
Vuestra es Ecija desde hoy,
La frontera sustentad,
Y haced que vuestra partida
Sea luego.
Enr. Si ha de compralla
Otro...
Reina. Ya estoy persuadida
Que en nadie puedo emplealla
Como en vos: andad, no impida
Vuestra ausencia la defensa
Que Jaen ha menester.
Enr. Beso tus piés. (*Vase.*)
Reina. El rey piensa
De Aragon que no ha de haber
Castigo para su ofensa:
Partid, Benavides, vos,

Que si descercais á Soria,
Dando salud al rey Dios,
Yo os seguiré, y la vitoria
Vendrá á correr por los dos.
¿Dineros me pedireis
Con que se pague la gente?
Ben. Mientras con villas me veis
Que empeñe ó venda...
Reina. El prudente
Valor mostrais que teneis.
Rico os quiero ver y honrado,
De vuestra lealtad me fio:
No es bien que esteis empeñado;
Aunque vendí el dote mio,
Joyas, don Juan, me han quedado;
Llévense á la platería.
Ben. Muy mal, gran señora, trata
Vuestra alteza la fe mia.
Reina. Con solo un vaso de plata
He de quedarme este dia.
Vajillas de Talavera
Son limpias, y cuestan poco.
Mientras la codicia fiera
Vuelve á algun vasallo loco,

(*Mira al infante D. Juan.*)

Pasaré desta manera.
Haceldas todas dinero,
Y á Benavides lo dad,
Mayordomo.
May. Voy. (*Vase.*)
Ben. Primero
Que eso á vuestra magestad
Consienta, venderme quiero.
Reina. Nunca la prudencia yerra:
Haced esto, mayordomo,
Que mientras dura la guerra,
Si en platos de tierra como,
No se destruirá mi tierra.
Procurad partiros luego,
Y id con Dios.
Ben. Iré corrido,
Pues tan poco á valer llego,
Que aun el ser agradecido
Me niegan.
Reina. Don Juan, no niego:
Aumentad vuestro caudal,
Que sois vasallo de ley,
Y no me estará á mi mal,
Si es depósito del rey,
La hacienda del que es leal.

(*Vase Benavides.*)

En Valladolid fabrico
Las Huelgas, que para Dios
El mas pobre estado es rico:
Sed su sobrestante vos
Del templo que á Dios dedico,
Don Pedro, y estaré yo
Contenta si por vos medra,
Que Dios que el reino me dió,
Sobre un Pedro, en vez de piedra,
Nuestra Iglesia edificó.
Id luego, y dareis señal
Del valor que en vos se encierra,
Y que cristiano y leal
Mostrais en la paz y guerra
La sangre Caravajal. (*Vase D. Pedro.*)
¿Falta mas?
Juan. Señora, sí.
La gente de Estremadura
Que da Portugal por mí
Y la frontera asegura
De su rey, me escribe aquí
Que ha un año que no recibe
Pagas, y la desampara,
Que sin dineros no vive
El soldado.
Reina. Es cosa clara,
Razon pide el que os escribe.
Ya no tengo que vender,
Solo un vaso me ha quedado
De plata para beber:
Mi patrimonio he empeñado;
Mas buscadme un mercader,
Que sobre una sola prenda
Que me queda supla agora
Esta falta con su hacienda.
Merc. Cuanto yo tengo, señora,
Aunque muger y hijos venda,
Está á serviros dispuesto.
Reina. ¿Sois mercader?
Merc. Segoviano:
Mi hacienda os doy, no os la presto,
Que vuestro valor cristiano
Es bien que me obligue á esto.
Reina. En Segovia ya yo sé
Que hay mercaderes leales,
De tanto caudal y fe
Que hacen edificios reales,
Como en sus templos se ve.
Vuestras limosnas la han dado
Una catedral iglesia,
Que el nombre y fama ha borrado
Con que la máquina efesia
Su memoria ha celebrado.
Y siendo esto ansí no hay duda
Que quien á su Dios y ley
Con tanta largueza ayuda,
Al servicio de su rey
Y honra de su patria acuda.
No quiero yo que me deis
De gracia ninguna cosa,
Pues harto me servireis
Que sobre una prenda honrosa
Cuento y medio me presteis.

Estas tocas os empeño,
(*Quítaselas, y queda en cabellos.*)
Si es que estimais el valor
Que reciben de su dueño.
Merc. El tesoro que hay mayor
Para tal joya es pequeño.
Gran señora, no provoque
Vuestra alteza mi humildad,
Ni su cabeza destoque,
Que no es mi felicidad
Digna que tal prenda toque;
Porque si Segovia alcanza
Que á sus tocas el respeto
Perdió mi poca confianza,
Por avaro é indiscreto
De mí tomará venganza.
No me afrente vuestra alteza
Cuando puede darme ser,
Que una reina no es nobleza
Que hable con un mercader
Descubierta la cabeza.
Reina. Capitan he leido yo
Que para pagar su gente,
Cuando sin joyas se vió
Cortó la barba prudente
Y á un mercader la empeñó.
Las tocas son en efeto
Como la barba en el hombre,
De autoridad y respeto;
Y ansí no es bien que os asombre
Lo que veis si sois discreto,
Ni que murmuren las bocas
Estranjeras, si lastiman
Con lenguas libres y locas
A capitanes que estiman
(*Mira al infante D. Juan.*)
Mas sus barbas que mis tocas.
Tomad, y á mi tesorero
Dareis esa cantidad.
Merc. Como reliquias las quiero
Guardar de la santidad
De tal reina. (*Vase.*)
Juan. (Alegre espero *ap.*
Del rey la agradable muerte.
¿Si habrá el veneno mortal
Asegurado mi suerte?
¡O corona, o trono real!
¿Cuándo habré de poseerte?)
Reina. ¿Primo?
Juan. ¿Señora?
Reina. Bien sé
Que desde que os redujistes
A vuestro rey, y volvistes
Por vuestra lealtad y fe,
A saber que algun ricohombre
A su corona aspirára
Y darle muerte intentára
A costa de un traidor nombre,
Que pusiérades por él
Vida y hacienda.
Juan. Es ansí.
(¿Si dice aquesto por mí?) *ap.*
Creed de mi pecho fiel,
Gran señora, que prefiero
La vida, el ser y el honor
Por el rey nuestro señor:
Pero el propósito espero
A que me hablais de esa suerte.
Reina. Solos estamos los dos,
Fiarme quiero de vos.
Juan. (Angustias siento de muerte.) *ap.*
Reina. Sabed que un grande, y tan grande
Como vos... ¿de qué os turbais?
Juan. Témome que ocasionais
Que algun traidor se desmande
Contra mí, y descomponerme
Con vuestra alteza procure.
Reina. No hay contra vos quien murmure,
Que el leal seguro duerme.
Digo pues que un grande intenta,
Y por su honra el nombre callo,
Subir á rey de vasallo,
Y sus culpas acrecienta.
Quisiérale reducir
Por algun medio discreto,
Y porque tendreis secreto,
Con vos le intento escribir,
Que por querelle bien vos
Mejor le reducireis.
Juan. ¿Yo bien?
Reina. Tan bien le quereis
Como á vos mismo.
Juan. Por Dios
Que el corazon me sacára
A mí mismo si supiera
Que en él tal traicion cupiera.
Reina. Eso, primo, es cosa clara,
Que á no teneros por tal
No os descubriera su pecho:
El mio está satisfecho
De que sois noble y leal:
Aquí hay recado, escribid.
Juan. (¿Qué enigmas, cielos, son estas? *ap.*
¡Ay, reino, lo que me cuestas!)
Reina. Tomad la pluma: decid:
« Infante... »
Juan. ¿Señora?
Reina. Digo
Que así, infante, escribais.
Juan. Si por infante empezais
Claro está que hablais conmigo,
Pues si don Enrique no,
No hay en Castilla otro infante.
Algun privado arrogante
Mi nobleza desdoró;

Y mentirá el desleal
Que me impute tal traicion.
Reina. ¿No hay infantes de Aragon,
De Navarra y Portugal?
¿De qué escribiros servia
Estando juntos los dos?
Haced mas caso de vos.
Juan. (¡Qué traidor no desconfia!) *ap.*

(*Paseándose la reina va dictando, y D. Juan escribe.*)

Reina. «Infante: como un rey tiene
« Dos ángeles en su guarda,
« Poco en saber quién es tarda
« El que á hacelle traicion viene.
« Vuestra ambicion se refrene,
« Que se acabará algun dia
« La noble paciencia mia,
« Y os cortará mi aspereza
« Esperanzas y cabeza.
« LA REINA DOÑA MARIA. »
Leedme agora el papel,
Que no es de importancia poca,
Y por la parte que os toca
Advertid, infante, en él. (*Léele D. Juan.*)
Cerralde, y dalde despues.
Juan. ¿A quién? que sabello intento.
Reina. El que está en ese aposento
Os dirá para quien es. (*Vase.*)
Juan. ¡El que está en ese aposento
Os dirá para quien es!
Misterios me habla despues
Que matar al rey intento.
¡Escribe el papel conmigo,
Y remite á otro el decirme
Para quien es! Prevenirme
Intenta con el castigo.
¿Si hay aquí gente cerrada
Para matarme en secreto?
Ea, temor indiscreto,
Averiguad con la espada
La verdad desta sospecha.

(*Saca la espada y descubre al judío muerto con el vaso en la mano.*)

¡Ay cielos! mi daño es cierto,
El dotor está aquí muerto,
Y la esperanza deshecha
Que en su veneno estribó.
Todo la reina lo sabe,
Que en un vil pecho no cabe
El secreto: él le contó
La determinacion loca
De mi intento depravado:
El veneno que ha quedado
He de aplicar á la boca. (*Toma el vaso.*)
Pagaré ansí mi delito,
Pues que colijo de aquí
Que sois, papel, para mí,
Siendo un muerto el sobrescrito.
Si deste vano interes
Duda vuestro pensamiento,
El que está en este aposento
Os dirá para quien es.
Mudo dice que yo soy,
Muerto está por desleal;
Quien fué en la traicion igual
Séalo en la muerte hoy:
Que por no ver la presencia
De quien ofendí otra vez,
A un tiempo verdugo y juez
He de ser de mi sentencia.

(*Quiere beber, sale la reina, y quítale el vaso.*)

Reina. Primo, infante, ¿estais en vos?
Tened la bárbara mano;
¿Vos sois noble? ¿vos cristiano?
Don Juan, ¿vos temeis á Dios?
¿Qué frenesí, qué locura
Os mueve á desesperaros?
Juan. Si no hay para aseguraros
Satisfaccion mas segura
Si no es con que muerto quede,
Quiero ponerlo por obra,
Que quien mala fama cobra
Tarde restauralla puede.
Reina. Vos no la perdeis conmigo;
Ni aunque desleal os llame
Un hebreo vil é infame
Que no vale por testigo,
Le he de dar crédito yo.
Él fué quien dar muerte quiso
Al rey: tuve de ello aviso,
Y aunque la culpa os echó,
Ni sus engaños creí,
Ni á vos, don Juan, noble primo,
Menos que antes os estimo:
El papel que os escribí
Es para daros noticia
De que en cualquier yerro ó falta
Ve mucho por ser tan alta
La vara de la justicia;
Y lo que su honra daña
Quien fieles amigos deja,
Con traidores se aconseja,
Y con ruines se acompaña.
De la amistad de un judío
¿Qué podia resultaros,
Si no es, infante, imputaros
Tal traicion, tal desvario?
Escarmentad, primo, en él
Mientras que seguro os dejo,
Y si estimais mi consejo
Guardad mucho ese papel,
Porque contra la ambicion

Sirva, si acaso os inquieta,
A la lealtad de receta,
De epítima al corazon:
Que siendo contra el honor
La traicion mortal veneno,
No hay antídoto tan bueno,
Infante, como el temor.
Juan. No tengo lengua, señora,
Para ensalzar al presente
La prudencia que en vos...
Reina. Gente
Viene, dejad eso agora.

Salen D. Juan Caravajal y soldados, y traen á D. Diego preso, y detras salen D. Nuño y D. Alvaro, y otros.

Car. A los piés de vuestra alteza,
Que leal y humilde beso,
Pone labios y cabeza
Don Diego, y puesto que preso
Por mí, nunca su nobleza
Deserviros pretendió.
Del rey es deudo cercano,
Amor ciego le cegó,
Pretendió daros la mano
De esposo, y ansí buscó
En el de Aragon ayuda,
Sin que en ausencia ó presencia
Su lealtad pusiese en duda,
Ni de la justa obediencia
Saliese que á tantos muda.
Perdonalde, gran señora,
Porque en vuestra gracia viva.
Diego. Yo enmendaré desde agora,
Como en ella me reciba,
Faltas de quien os adora.
Bástame para castigo
El venir, señora, tal,
Pues á la enmienda me obligo
Que...
Reina. ¿Don Juan Caravajal?
Car. ¿Señora?
Reina. Venios conmigo.

(*Quédase de rodillas D. Diego, y vanse la reina y Caravajal.*)

Diego. ¿Pues de esa suerte se va
Sin oirme vuestra alteza?
¿Satisfaciones no oirá?
¿Tan falto estoy de nobleza?
¿Tan poco valor me da
La sangre real que me ampara,
Que cuando estoy á sus piés,
Y algun príncipe estimára
Postrarse á los mios, es
Aun de palabras avara?
¿Don Diego de Haro no soy?
¿A Vizcaya no poseo?
¿Tan sin parientes estoy
Que no den, si lo deseo,
Venganza al desprecio de hoy?
Pues vive Dios que ha de ver
Presto Castilla si puedo...
Juan. Don Diego, callar y hacer,
Que tan agraviado quedo
De que os tenga una muger
En tan poco, que reviento
De pesar.
Nuño. Yo estoy corrido,
Y al paso que callo siento
Que hayan los grandes venido
A tan vil abatimiento.
Juan. Y si en vosotros hubiera
Animo como hay valor,
Ricoshombres, yo os dijera
Cosas que oculta el temor,
Porque otra ocasion espera.
Diego. ¿De la reina?
Juan. Aquellas tocas
Blancas, honestas y bajas,
Cubriendo costumbres locas,
Son de la virtud mortajas,
Que en las viudas siempre hay pocas.
Diego. Aunque agraviado me veis
Por la reina, sed discreto,
Y hablad mientras aquí esteis
Con la mesura y respeto
Que á su magestad debeis.
Porque yo, infante, me precio
De comedido y leal,
Aunque siento mi desprecio.
Juan. Si la reina fuera tal
Como juzga el vulgo necio,
Pusiera á la lengua tasa
Que en desdoralla se atreve.
Creed que aunque no se casa,
Debajo de aquella nieve
De tocas, torpe se abrasa.
Diego. No digais, infante, tal,
Que es una santa la reina,
Y el que es noble no habla mal.
Juan. Si en Castilla don Juan reina...
Diego. ¿Qué don Juan?
Juan. Caravajal,
Desposándose con ella,
¿Qué direis?
Diego. Que el desvarío
Vuestro sentido atropella.
Juan. Aunque muerto, este judío

(*Descúbrele.*)

Será en mi abono y contra ella.
Al niño rey que está malo
En una purga mandó
Darle veneno, regalo
Que el torpe amor recetó,

Con que su virtud señalo.
Que como no hay fortaleza
En el reino que no esté
En su nombre (¡qué vileza!)
Ni en Castilla quien no dé
Por servirla la cabeza,
Con fingida santidad
Matando á su hijo y rey,
Determina hacer verdad
Que contra el reinar no hay ley,
Parentesco ni amistad.
Don Juan, que ve que interesa
Desde un hidalgo abatido
Subir á tan alta empresa,
A la reina ha prometido
Matar á doña Teresa,
Y con el favor y ayuda
Del moro rey de Granada,
Cuando á desposarse acuda,
De España tiranizada
Poner la lealtad en duda.
Por conjeturas saqué
Esta bárbara traicion,
Porque de la reina sé
La ambiciosa presuncion,
Y ansí á palacio llegué
Cuando el veneno iba á dar
Al rey este vil hebreo,
Y comenzando á negar,
Yo que la vida deseo
De Fernando asegurar,
Haciéndosele beber,
Luego que llegó á los labios
El alma, vine á saber
Las deslealtades y agravios
Que un torpe amor puede hacer.
Confesóme todo el caso,
Murió, y encerréle ahí:
Si de mi fe no haceis caso
Mirad el médico aquí,
Y la ponzoña en el vaso.
Dad crédito á la homicida
De su hijo, y llore España
Su rey cuando esté sin vida,
Vereis del modo que engaña
Una santidad fingida.

Diego. Imposible es de creer
Cosa tan horrenda, infante:
¿Tal puede una madre hacer?

Alv. ¿Qué no hará si es arrogante
Y ambiciosa una muger?

Diego. No es testigo fidedigno
Contra la persona real
Un hebreo infame, indigno
De que dél se crea tal
Contra el estilo benigno
De la reina.

Nuño. Yo no creo
Tal cosa.

Juan. El averiguallo
Es el mas seguro empleo;
Del rey soy tio y vasallo,
Y los peligros que veo
Me obligan á recelar;
Pero á mi quinta os convido
Aquesta noche á cenar,
Y el cuerdo secreto os pido
Hasta que en aquel lugar
Lo que importa consultemos.

Alv. Eso me parece bien.

Juan. De una muger los estremos
No es maravilla que os den
Las sospechas que tememos.
Y pues no os mandó prender
La reina, venid, don Diego.

Diego. Si verdad viniese á ser
Tal traicion...

Juan. Veréislo luego.

(*Vase D. Juan.*)

Diego. No lo tengo de creer:
¡Con don Juan Caravajal
La reina doña María
Deshonesta y desleal!

Alv. Mal sabeis su hipocresía.

Diego. ¡Contra su rey natural,
Contra su hijo, su fama,
Su ley, su nombre, su Dios!...

Alv. Es muger, es moza, y ama:
Luego, aquí para los dos,
Aunque Castilla la llama
Santa, el no querer casarse
Con don Juan y don Enrique
¿No da causa á sospecharse,
Por mas virtud que publique,
Conde, que debe abrasarse
Con el torpe amor de ese hombre?

Nuño. Que es una hipócrita loca,
Nada, don Diego, os asombre,
Que engaña una blanca toca
Y obliga un fingido nombre.

Alv. ¿Qué mucho haga tanto caso
Y con tal privanza apoye
A un leonés de estado escaso?

(*Asómase la reina al tapiz, y dice:*)

Reina. Mirad que la reina os oye,
Caballeros, hablad paso. (*Vase.*)

Nuño. ¡La reina!

Diego. ¿La reina?

Nuño. Sí.

Alv. Culpada está, pues consiente
Y no osa volver por sí.

Diego. Disimula, que es prudente.

Alv. Vamos, don Nuño, de aquí.

(*Vanse.*)

Salen la reina y D. Juan Caravajal.

Reina. La obligacion en que os estoy confieso;
Por vos mi don Fernando el reino goza;
Trujistesme á don Diego de Haro preso
Volviendo contra mí de Zaragoza;
Salí en Leon con próspero suceso
Contra la deslealtad soberbia y moza
De los infantes locos, que la silla
A mi hijo usurpaban de Castilla.
Pobre, don Juan, estoy; poco os he dado,
Pero por mi fiador al tiempo dejo
Desta deuda.
Car. Yo quedo bien pagado
Con serviros, que sois de España espejo.
Reina. Segura estoy, trayéndoos á mi la-
Que juntando al valor vuestro consejo, [do,
No ofenderá á mi hijo la malicia,
Ni torcerá su vara la justicia.

Sale D. Melendo.

Car. ¿Está mejor su alteza?
Reina. Gloria al cielo,
De peligro salió.
Car. Gócele España
Mil años, heredando el justo celo
De tal madre.
Reina. Melendo de Saldaña,
Triste venis, ¿de qué es el desconsuelo?
Mel. Quien sirviéndoos, señora, os acom-
Si es leal con razon muestra tristeza [paña,
De que llegue á este estremo vuestra alteza.
Reina. Pues ¿qué hay de nuevo?
Mel. No hay en vuestra casa
Con que os dé de cenar, vendidas tengo
Las prendas de la mia, que aunque escasa,
Se honra en ver que os sirvo y os mantengo:
No es la virtud moneda ya que pasa;
De probar amistades falsas vengo:
Prestado á mercaderes he pedido,
Y con todos el crédito he perdido:
Cansado en fin me vuelvo de rogallos.
Reina. Gracias á Dios: no os dé pena ninguna,
Que es señal de que comen los vasallos,
Melendo noble, cuando el rey ayuna.
Car. Véndanse, gran señora, mis caba-
Mi encomienda, los bienes que fortuna [llos,
Me dió, mi esposa, y yo me ponga en venta,
Que de lo que oye mi lealtad se afrenta.

(*Hace que se va, y la reina le detiene.*)

Reina. Don Juan Caravajal...
Car. Si imaginára
Que esto á una reina suceder podia,
La tierra como rústico cavára
Ganándoos el sustento cada dia.
Reina. Volved acá, don Juan.
Car. Quien no repara
En esto, qué valor...
Reina. Por vida mia,
Don Juan, que os sosegueis.
Car. No será justo
Que viendo lo que veo...
Reina. Este es mi gusto.
Mel. Lo que me causa mas enojo y pena
Cuando os veo venir á tal estado,
Que dé el infante una soberbia cena,
Y haya todos los grandes convidado.
Reina. Por mí don Juan ese banquete or-
Mel. ¿Por vos? [dena.
Reina. Melendo, sí; yo le he mandado
Que para cosas del servicio mio
Los grandes junte ansí, de quien las fio.
Mel. Sosiégome con eso.
Reina. Los monteros
De Espinosa mis guardas, con secreto
Me prevenid, don Juan, y caballeros
Parientes vuestros; yo os diré á qué efeto.
Car. No quiero saber mas que obedeceros.
Reina. La pena refrenad, que yo os prometo
Que esta noche, Melendo, á costa agena
Habemos de tener una real cena. (*Vanse.*)

Salen en el salon de una quinta el infante D. Juan, D. Diego, D. Nuño y D. Alvaro.

Juan. Mientras que se hace hora
De cenar entretengamos
El tiempo.
Nuño. Dados jugamos.
Juan. Dejad los dados agora,
Que tienen muchos azares.
Diego. No es pequeño el que sospecho
Que ha de alborotar mi pecho,
Don Juan, mientras no repares
De la reina la opinion,
Que corre riesgo por tí.
Juan. Que al reino he librado di,
Don Diego, de una traicion.
Diego. Mas difícil de creer
Se me hace cuanto mas
Lo pienso.
Juan. ¡Terrible estás,
Don Diego! si te hago ver
Hacer la reina favores
A don Juan Caravajal,
Y en correspondencia igual
Que él la está diciendo amores,
¿Creeráslo?
Diego. Creeré que miente
La vista, pero en tal caso
Los zelos en que me abraso,
Si ven tal traicion presente,

Y de Castilla el decoro
Me obligará á que os incite
Que el gobierno se le quite,
Y en el alcázar de Toro
Esté presa.
Juan. ¿A quién podremos
Nombrar por gobernador,
Y del niño rey tutor?
Nuño. Si á vos, don Juan, os tenemos,
¿Qué hay que preguntar á quién?
Juan. Yo soy muy poco ambicioso.
Diego. Don Enrique es poderoso,
Y tendrá ese cargo bien.
Juan. Don Enrique ha pretendido
Ser rey, y si en su poder
Está el reino, ha de querer
Lo que hasta aquí no ha podido.
Alv. Serálo don Diego pues,
Que nadie en España ignora
Quien es.
Juan. Dejemos agora
Aquesto para despues;
Que cuando por eleccion
El reino en córtes me elija,
Será fuerza que le rija,
Y tuerza mi inclinacion.
Diego. (Este es traidor, vive el cielo, *ap.*
Y por verse rey levanta
A la reina, cuerda y santa,
El insulto que recelo.
Aunque la vida me cueste
Lo tengo hoy de averiguar.)
Juan. Caballeros, á cenar:

(*Tocan á rebato, y sale un criado.*)

Pero ¿qué alboroto es este?
Criado. La reina y toda su guarda
La casa nos han cercado.
Juan. (¡Qué mucho si tiene al lado *ap.*
Los dos ángeles de guarda
Que dijo, que la dan cuenta
De aquesta nueva traicion!
¿Cómo esperais, corazon,
Sin matarme, tal afrenta?)

Salen los soldados que pudieren, D. Melendo y Caravajal.

Car. Daos á prision, caballeros;
Las espadas de las cintas
Quitad. (*Quítanselas.*)

Sale la reina armada.

Reina. No se hacen las quintas
Si no es para entreteneros;
Y yo no he de guardar fueros
A quien no guarda á mi honor
El respeto que el valor
De un vasallo á su rey debe,
Y á dar crédito se atreve
Ligeramente á un traidor.
¡Buena informacion por cierto
Hizo el que agraviarme intenta,
Pues por testigo os presenta
Un judío, y ese muerto!
Cuando hagais algun concierto,
En palacio es bien callar
No os oigan, pues vino á dar
Dios, que os enseña á vivir,
Dos oidos para oir
Y una lengua para hablar.
La fama de quien me acusa,
Comparada con la mia,
Responder por mí podria
Sin otra prueba ó escusa:
Mas no ha de quedar confusa
Dando á juicios licencia,
Antes saldrá cual la ciencia
Junto á la ignorancia escura,
Y entre sombras la pintura,
Con la traicion mi inocencia.
Si la vida que os he dado
Dos veces, que no debiera,
Apeteceis la tercera,
Infante inconsiderado,
Decid, pues estais atado
Al potro de la verdad,
Quién fué el que con deslealtad
Quiso dar veneno al rey,
Haciendo á un hebreo sin ley
Ministro de tal maldad.
Juan. Señora...
Reina. No morireis
Como la verdad digais.
Juan. Si piadosa me animais,
Severa temblar me haceis;
Muerte es justo que me deis,
Y cesará la ambicion
De una loca inclinacion
Que á su lealtad rompió el freno,
Y con el mortal veneno
Ha mezclado esta traicion.
Yo al médico persuadí
Que al rey mi señor matase,
Porque en su silla gozase
El reino que apeteci:
Despues que muerto le ví,
Por vos forzado á beber
El veneno, hice creer
A todos en vuestra mengua
Cosas que no osa la lengua
Memoria dellas hacer.
Reina. En la Mota de Medina
Estaréis, infante, preso
Hasta que os vuelva á dar seso
El furor que os desatina.
Juan. Quien á ser traidor se inclina

Tarde volverá en su acuerdo:
La libertad y honra pierdo
Por mi ambicioso interes.
Callar y sufrir, pues es
Por la pena el loco, cuerdo. (*Llévanle.*)
Nuño. Nadie, gran señora, ha dado
Fe en vuestra ofensa al infante.
Reina. Noticia tengo bastante
De quién es ó no culpado:
Dos ángeles traigo al lado,
Y el cielo á Fernando ayuda,
Que ingratos intentos muda.
Pero decid, ¿cuántos son
Los que en Castilla y Leon
Reinan hoy? que estoy en duda.
Responded, ¿de qué os turbais
Cuando vuestra fe acrisolo?
Diego. Fernando el Cuarto es rey solo,
Y vos, que le gobernais.
Reina. ¿A él solo en fin le dais
Nombre de rey?
Alv. No sabemos
Que haya otro, ni le queremos.
Nuño. Un Dios nos da nuestra ley,
Y en Castilla un solo rey,
Por quien fieles moriremos.
Reina. Pues yo sé que hay en Castilla
Tantos reyes, cuantos son
Los grandes, cuya ambicion
Quieren ocupar su silla.
Si esto os causa maravilla
Y deseais que os los nombre,
Decid, porque no os asombre,
¿Cuál destos es rey por obra,
Quién las rentas reales cobra,
O quién solo tiene el nombre?
No os atrevereis á decillo;
Pues no es difícil la cuenta,
Que rey sin estado y renta
Será solo rey de anillo.
No puedo, grandes, sufrillo.
¿Qué cuentos á daros viene
El rey á vos que os mantiene?
Diego. A mí tres.
Nuño. Y dos á mí.
Alv. A mí uno.
Reina. Sacad de aquí
Qué reyes Castilla tiene.
Mal podrá mi hijo reinar
Sin rentas y sin poder,
Pues por daros de comer
Hoy no tiene que cenar.
Un cuerpo no puede estar
Con tanto rey y cabeza,
Que es contra naturaleza:
Estas me cortad agora,
Soldados.
Alv. Reina...
Nuño. Señora...
Diego. No permita vuestra alteza
Tal rigor; yo volveré
Lo que al rey le soy en cargo.
Alv. De satisfacer me encargo
Lo que á su alteza usurpé.
Reina. La vida os perdonaré
Como me deis en rehenes
Vuestros castillos.
Diego. Ya tienes
Por tuyos los que señales.
Reina. Padece el reino mil males
Si al rey le usurpais sus bienes.
A ser vuestra convidada,
Caballeros, he venido;
No os congojeis, que aunque he sido
Por vosotros agraviada,
Ya yo estoy desenojada.
Cada cual su estado cobre,
Y para que á todos sobre
Desustanciad al rey menos,
Que no son vasallos buenos
Los que á su rey tienen pobre.
Don Diego de Haro, ya veo
Que por mi fama volvistes,
Cuando á don Juan no creistes.
Diego. Solo vuestra virtud creo.
Reina. Conde os hago de Bermeo.
Diego. No llegue el tiempo á ofender
Tal valor, pues vengo á ver
En nuestro siglo apacible
Lo que parece imposible,
Que es prudencia en la muger.

JORNADA III.

Salen el rey D. Fernando ya mancebo (puede hacerle una muger), la reina doña María, D. Juan y D. Pedro Caravajal, D. Juan Benavides, D. Nuño y D. Alvaro.

Reina. Pues los deseados dias,
Hijo y señor, se han llegado
En que el cielo os ha sacado
Hoy de las tutelas mias,
Y de diez y siete años
A vuestro cargo tomais
El gobierno, y libre estais
De peligros y de daños;
Que no pocos han querido
Ofender vuestra niñez,
Aunque mi amor cada vez
Cual madre os ha defendido,
Haciendo una suma breve
Del estado en que os le dejo,

Con el último consejo
Que dar una madre debe
Me despediré de vos,
Y del reino que os desea,
Y siglos largos os vea
Ensanchar la ley de Dios.
Cuando el rey don Sancho el Bravo,
Vuestro padre y mi señor,
Dejó por otro mejor
El reino (que aquí es esclavo
De sus vasallos quien reina),
Y en Castilla, que aun le llora,
Por el de gobernadora
El nombre troqué de reina,
De solamente tres años
Comenzastes á reinar,
Y juntamente á probar
Trabajos y desengaños,
Cual vereis por tiempos largos
Que los reinos interesan,
Pues por lo mucho que pesan
Les dieron nombre de cargos.
Un solo palmo de tierra
No hallé á vuestra devocion;
Alzóse Castilla y Leon,
Portugal os hizo guerra,
El granadino se arroja
Por estender su Alcoran,
Aragon corre á Almazan,
El navarro la Rioja:
Pero lo que el reino abrasa,
Hijo, es la guerra interior,
Que no hay contrario mayor
Que el enemigo de casa.
Todos fueron contra vos,
Y aunque por tan varios modos
Os hicieron guerra todos,
Fué de nuestra parte Dios,
A cuyo decreto sumo
Babeles de confusion
Que levantó la ambicion
Se resolvieron en humo.
Pues en el tiempo presente,
Porque al cielo gracias deis
Del reino que le debeis,
Le hallaréis tan diferente,
Que parias el moro os paga,
El navarro, el de Aragon,
Hijo, amigos vuestros son,
Y para que os satisfaga,
Portugal, si lo admitis,
A doña Constanza hermosa
Os ofrece por esposa
Su padre el rey don Dionis.
No hay guerra que el reino inquiete,
Insulto con que se estrague,
Villa que no os peche y pague,
Vasallo que no os respete:
De que salgo tan contenta
Cuanto pobre, pues por vos
De treinta no tengo dos
Villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
Pues tanta mi dicha ha sido,
Que el reino que hallé perdido
Hoy os le vuelvo ganado.

Rey. Él y yo, madre y señora,
Con desamparo y tristeza
Quedamos, si vuestra alteza
Se ausenta y nos deja agora.
Porque del gobierno mio
¿Cómo se puede esperar
Que mozo llegue á llenar,
Ausente vos, tal vacío?
Vuestra alteza no permita
Dejarme en esta ocasion.

Reina. Ya es, hijo y señor, razon
Que la viudez, que limita
Del gobierno la inquietud,
Halle en mí la autoridad
Que pide la soledad,
Y ejercita la virtud.
Cerca tengo de Palencia
A Becerril, pueblo mio;
Poco de vos me desvio,
Porque no sintais mi ausencia.
Si la consideracion
Pasais por el arancel
Que os deja mi amor, por él
Verá España un Salomon
Contra lisonjas y engaños
Que traen los vicios en peso,
Pues las canas en el seso
Consisten mas que en los años.
El culto de vuestra ley,
Fernando, encargaros quiero,
Que este es el móvil primero
Que ha de llevar tras sí al rey:
Y guiándoos por él vos
Vivid, hijo, sin cuidado,
Porque no hay razon de estado
Como es el servir á Dios.
Nunca os dejeis gobernar
De privados de manera
Que salgais de vuestra esfera,
Ni les llegueis tanto á dar
Que se arrojen de tal modo
Al cebo del interes,
Que os fuercen, hijo, despues
A que se lo quiteis todo.
Con todos los grandes sed
Tan igual y generoso,
Que nadie quede quejoso
De que á otro haceis mas merced.
Tan apacible y discreto
Que á todos seais amable;

Mas no tan comunicable
Que os pierdan, hijo, el respeto.
Alegrad vuestros vasallos
Saliendo en público á vellos,
Que no os estimarán ellos
Si no os preciais de estimallos.
Cobraréis de amable fama
Con quien vuestra vista goce,
Que lo que no se conoce,
Aunque se teme, no se ama.
De juglares lisonjeros,
Si no podeis escusaros,
No useis para aconsejaros,
Sino para entreteneros.
Sea por vos estimada
La milicia en vuestra tierra;
Porque mas vence en la guerra
El amor que no la espada.
Recebid médicos sabios,
Hidalgos y bien nacidos,
De solares conocidos,
Sin raza, nota ó resabios
De agena y contraria ley,
Que si no hace confianza
De quien nobleza no alcanza,
Cuando un castillo da, el rey,
¿Cuánta mas solicitud
Poner en esto es razon,
Pues que los médicos son
Alcaides de la salud?
Hablo en esto de esperiencia,
Y sé en cualquier facultad
Que suele la cristiandad
Alcanzar mas que la ciencia.
A don Juan, señor, debeis
De Benavides la silla
En que os corona Castilla,
Y es bien que se la pagueis.
A los dos Caravajales
Con el mismo cargo os dejo,
Tan cuerdos en dar consejo,
Como en serviros leales.
Ejercitad su prudencia,
Conocereis su valor,
Y con esto, hijo y señor,
Dadme brazos y licencia. (*Abrázanse.*)
Rey. Vamos, acompañaré
A vuestra alteza.
Reina. Asistid
A las córtes de Madrid,
Que es de importancia que esté
En ellas vuestra presencia,
Que en mi compañía irán
Los dos hermanos, don Juan
Y don Pedro, hasta Palencia:
Y en acabándose ireis
A ver al de Portugal,
Porque con amor igual
La mano á la infanta deis,
Que con su padre os espera
Cerca de Ciudad Rodrigo.
Quedaos.
Rey. Vuestro gusto sigo,
Aunque mas gusto tuviera
En iros acompañando.
Reina. Hágaos tan dichoso el cielo
Como á vuestro bisagüelo,
Y tan santo, mi Fernando.
Rey. Como yo os imite á vos
No habrá bien que no me cuadre:
Servid los dos á mi madre.
Reina. A Dios.
Rey. Gran señora, á Dios.

(*Vase la reina con D. Juan y D. Pedro Caravajal.*)

Nuño. Gracias al cielo que ya
Salió el reino del poder
Y manos de una muger.
Alv. Catorce años y mas ha
Que á Semíramis imita,
Y á vuestra alteza encerrado,
Si disfrazalle no ha osado,
Y el gobierno no le quita
Cual la otra hizo con Nino,
Es porque tiene temor
A nuestra lealtad y amor.
Rey. Del celo santo imagino
De mi madre la prudencia
Con que el reino gobernó;
Mas no puedo negar yo
Que ha sufrido mi paciencia
Un cautiverio enfadoso,
Pues segun me recataba
No para rey me criaba,
Sino para religioso.
Ben. No desdice de la ley
Que en el gobierno se emplea,
Antes la adorna, que sea,
Señor, religioso un rey.
Ni la reina mi señora,
A quien la envidia contrasta,
Hizo...
Rey. Benavides, basta,
No nos prediqueis agora:
Nadie dice mal aquí
De mi madre, ni tampoco
Será ninguno tan loco
Que ose delante de mí
Agraviar la cristiandad
Que España conoce en ella
Para que volvais por ella;
Conozco vuestra lealtad.
Idos, don Juan, á Leon.
Ben. Si os he, señor, enojado...
Rey. No habeis, pero estais cansado:

Cuando se ofrezca ocasion
En que os haya menester
Yo os enviaré á llamar.
Ben. Merced me haceis singular,
Y como os sé obedecer
En esto, seré obediente
En lo demas que os dé gusto;
Pero advertid que no es justo,
Cuando vos estais presente,
Que murmure el atrevido
De quien nombre alcanza eterno
Por su virtud y gobierno,
Y el reino os ha defendido.
Que á no estar delante vos,
En quien mi lealtad repara,
Pudiera ser que cortára
Las lenguas á mas de dos. (*Vase.*)
Alv. Si de vuestro atrevimiento,
Hidalgo pobre...
Rey. Dejalde
Pues que se va, que no en balde
De la corte echalle intento.
Sirvió á mi madre, disculpa
Tiene si por ella ha vuelto.
Nuño. Hablar tan libre y resuelto
Delante su rey, es culpa
Digna, señor, de castigo.
Rey. Por mi madre le perdono,
Su lealtad sirva de abono.
Si he de ir á Ciudad Rodrigo
Despedir las córtes puedo,
Pues no hay en ellas que hacer,
Y saldréme á entretener
Por los montes de Toledo,
Que me afirman que hay en ellos
Mucha caza.
Nuño. Todos son
Para vuestra inclinacion
Entretenidos y bellos.
Rey. Pues, don Nuño, prevenid
A mi cazador mayor
Que hoy, á pesar del calor,
He de salir de Madrid;
Y á don Enrique avisad
Mi tio, porque dé traza,
Si es inclinado á la caza,
De seguirme.
Alv. Vuestra edad,
Gran señor, pide todo eso.
Rey. (Revienta el fuego encerrado, *ap.*
Vuela el nebli desatado,
Y sin grillos corre el preso.
Porque este símil me cuadre,
Fuego, nebli y preso he sido,
Que como rio he salido
De madre, ya sin mi madre.) (*Vanse.*)
Nuño. Don Alvaro, en derriballa
Consiste nuestra ventura.
Alv. Don Nuño, al rey asegura,
Que no es fácil contrastalla,
Pues con él la has descompuesto...
Nuño. Ayúdeme tu cautela,
Que yo la urdiré una tela
Que no la rompa tan presto. (*Vanse.*)

Salen D. Diego, D. Tello, y Padilla.

Tello. Pues de la reina, célebre don Diego,
Ha tanto tiempo que os preciais de amante,
Siendo de nieve helada á vuestro fuego
Y á vuestro tierno amor duro diamante,
Corresponded con el seguro ruego
De don Enrique, de Castilla infante,
Que en un pecho cruel, cuando es ingrato,
Lo que no pudo amor podrá el mal trato.
Ponelda mal con su hijo, decid della
Que el patrimonio real tiene usurpado,
Que soberbia los grandes atropella,
Y levantarse intenta con su estado;
Que viéndose, aunque viuda, moza y bella,
Con el aragones ha concertado
Casarse, y conquistando esta corona
Reinar desde Galicia á Barcelona:
Que al verse de su hijo aborrecida,
Y de los ricoshombres despreciada,
Por conservar la peligrosa vida
Os ha de dar la mano deseada.
Es la muger humilde, perseguida,
Como soberbia y loca, entronizada,
Y si por vos á tal peligro llega
Y os aborrece, vos vereis que os ruega.
Descomponella don Enrique intenta,
Porque teme, si en gracia del rey vive,
Que le ha de dar de sus insultos cuenta,
Con que de su privanza le derribe:
Esta es razon de estado, aunque violenta,
Puesto que en interes villano estribe,
Pues contra quien recela el temor vano
Prudencia es el ganarle por la mano.
Diego. Vive el cielo, afrentoso caballero,
Merecedor que desta suerte os llame,
Que á no manchar mi siempre noble acero
En vuestra sangre bárbara y infame,
El corazon doblado y lisonjero
Os sacára del pecho: cuando ame
A la reina María sin remedio,
Amor no tome la traicion por medio.
No me aborrece á mí porque desprecia
La casta voluntad que en ella empleo,
Sino por dar á España otra Lucrecia,
Imitando á la viuda de Siqueo:
En mas de su difunto esposo precia
La memoria, que el yugo de himeneo,
Que á quien enlaza el tálamo segundo,
No amante, incontinente llama el mundo.
Si intenta conservarse don Enrique

Con el rey, busque medios mas honrados,
Que cuando esos ilícitos aplique
Contra su reina, y imite otros privados,
Por mas quimeras que el temor fabrique,
Ejemplos hay presentes y pasados
Del triste fin que tiene la privanza
Que por medios tan bárbaros se alcanza.
Y cuando la persiga, y no escarmiente,
Y como mozo el rey mentiras crea,
Vasallos y armas tengo con que intente
Hacer que sus engaños sienta y vea:
Ampararé á la reina, que inocente
Ha trocado la corte por la aldea,
Y mostrará mi amor noble y loable
Que es honesto y cortés, no interesable.
A don Enrique dad esta respuesta,
Y de mí le decid que jamas viva
Seguro, mientras la virtud honesta
Persiga en que la reina ilustre estriba.
Pad. Porque el amor ha visto que os molesta,
Deseoso, don Diego, que os reciba
La reina...
Diego. Voime solo por no oiros.
Tello. (Andad, que presto habeis de arrepentiros.) *ap.*
(*Vanse.*)
Salen vestidos de caza el rey, el infante D. Enrique, D. Nuño y D. Alvaro.
Rey. ¡Fértiles montes!
Alv. Notables.
Enr. Afirmarte dellos puedo,
Que aunque ásperos y intratables,
Son los montes de Toledo
Mas fecundos y admirables
Que los de Africa, alabados
De Plinio por milagrosos.
Nuño. Esos fueron celebrados
Por los partos monstruosos
De sus desiertos nombrados:
Y en estos, segun las gentes
Que los pisan nos informan,
Cuando especies diferentes
De brutos se juntan, forman
Varios monstruos y serpientes.
Rey. De mas estima es la caza
Que tienen, á que me inclino.
Enr. La que esta comarca abraza
Es tanta, que hasta el camino
Muchas veces embaraza.
Rey. No pienso salir tan presto,
Infante, de su aspereza.
Enr. Este ejercicio es honesto,
Y propio de la grandeza
De un rey.
Rey. Escuchad, ¿qué es esto?
Sale el infante D. Juan de labrador.
Juan. Inclito y famoso rey,
Felice por ser Fernando,
En el valor el primero,
Aunque en sucesion el cuarto:
Si la justicia y prudencia
Que mostró en sus tiernos años
Salomon, le ganó nombre
Eternamente de sabio,
Y á las puertas del gobierno
Sobre el trono estais sentado
De España, cuando Castilla
Os pone el cetro en la mano,
Imitad á Salomon,
Y entrad deshaciendo agravios,
Porque al principio os respeten
Y adoren vuestros vasallos.
Dejad, Fernando, las fieras
Destos montes solitarios,
Y perseguid justiciero
Las que os dañan en poblado;
Que yo temeroso de una
Que os pretende hacer pedazos,
Huyendo á estos montes juzgo
Sus brutos por mas humanos.
Cuando me llamaba España
Con las damas cortesano,
Liberal con los amigos,
Valiente con los contrarios,
Discreto en conversaciones,
Galan y diestro en saraos,
En las guerras vitorioso,
Como en las paces bizarro;
Por conservar mi privanza
Vivia lisonjeando,
Callaba del poderoso
Los insultos y pecados;
Que ha de alquilar el prudente,
Mientras cursare el palacio,
La lengua al cuerdo silencio,
Y todos los ojos á Argos:
Mas ya encontré la verdad
En este monte enseñando
A las aves y á los peces
Naturales desengaños;
Donde líquidos espejos
Están la cara mostrando
A la verdad sin lisonja,
Segura de afeites falsos;
Donde arroyuelos y fuentes
Se entretienen murmurando,
No á costa de honras agenas,
Que es pasatiempo de ingratos;
Donde si aplauden las aves
Al sol su cuna dorando,
Es con verdades sencillas,
No con hipérboles vanos;
Donde jamas miente á Flora
El siempre jóven verano,
Ni el estío adusto á Céres,

Ni el fértil otoño á Baco;
Donde el encogido invierno
Sale decrépito y cano,
Sin teñirse los cabellos
Por desmentir á sus años.
Todo es mentira en la corte,
Todo es verdad en los campos,
Y por esto aprendí dellos,
Gran señor, el hablar claro.
La reina doña María,
Muger de don Sancho el Bravo,
Jezabel contra inocentes,
Athalía entre tiranos,
Por vivir á rienda suelta
En tan ilícitos tratos,
Que para que no os ofendan
Los publico con callarlos,
Intentando libre y torpe
Casarse con un vasallo,
Y dándoos la muerte niño
Estos reinos usurparos,
De mi lealtad temerosa,
Porque me dió mi cuidado
Noticia de sus intentos,
Que dan voces los pecados,
Viendo oponerme leal
Con armas y con vasallos
A sus mortales deseos,
Quitándome mis estados,
En la Mota de Medina
Ha, invicto señor, diez años
Que preso por inocente
Lloro desdichas y agravios.
Supe, gracias á los cielos,
Que vuelto el siglo dorado,
El gobierno de Castilla
Resucita en vuestra mano,
Y que esta Athalía cruel
Se ha recogido, llevando
Los esquilmos destos reinos,
Por su ambicion disfrutados;
Y fiando en mi inocencia,
Y en la lealtad de un criado,
Hechas las sábanas tiras,
Del homenage mas alto
Descolgándome una noche,
Como me veis disfrazado,
Entre estos montes desiertos
Ha cuatro meses que paso.
Si el poco conocimiento
Que teneis de mis trabajos
Pone mi crédito en duda,
Y á persuadiros no basto
A la justa indignacion
De vuestra madre, Fernando,
Don Juan soy, infante y hijo
Del rey don Alfonso el Sabio,
Mi sobrino os llama el mundo,
Y yo mi señor os llamo.
Ved si es razon, rey famoso,
Que pobre y desheredado
Habite silvestres montes
Vuestro tio, y que triunfando
De la lealtad la traicion
Coma las yerbas del campo.
Testigos de mi inocencia,
Y del gobierno tirano
De vuestra madre cruel,
Son seguros y abonados
El infante don Enrique,
Hijo de Fernando el Santo,
Don Alvaro, Nuño, Tello...
¿Mas para qué alego en vano
Corta suma de testigos,
Cuando el reino despechado,
Los vasallos destruidos,
Los leales desterrados,
Los ricoshombres ya pobres,
Abatidos los hidalgos,
Y todo el reino perdido
Voces al cielo están dando?
Sol de España sois, señor,
Deshagan los rayos claros
De la justicia las nubes
Que su luz han eclipsado,
Y posponiendo respetos
De madre, pues sois amparo
De Castilla, dad prudente
Remedio á tan ciertos daños,
Y vuestros piés generosos
A un infante desdichado,
Que juzga, viéndoos reinar,
Por venturas sus trabajos.

Rey. Levantad, ilustre tio,
Del suelo, que estais besando,
Las generosas rodillas,
Y dadme los nobles brazos,
Que habeis sacado á los ojos
Lágrimas que os están dando
Los pésames del rigor
Con que el tiempo os ha tratado.
Con vuestras quejas he oido
La mala cuenta que ha dado
Mi madre de su gobierno;
Pero negocio tan arduo,
Aunque don Enrique alega
Lo que vos, y ha provocado
Mi severo enojo, pide
Que lo averigüe despacio.
Contento estoy con la caza
Que en estos desiertos hallo,
Pues siendo vos su despojo,
A vuestro ser os restauro:
Vuestros estados os vuelvo,
Dándoos el mayordomazgo
Mayor de mi casa y corte.

Juan. Reineis, señor, siglos largos.
Enr. Para gozarlo seguro
Es, gran señor, necesario
Que á los principios corteis
A los peligros los pasos:
A lo que el infante ha dicho
Contra vuestra madre, añado
Que es don Juan Caravajal
El que en ilícitos tratos
Con la reina ofende torpe
La memoria de don Sancho
Vuestro padre, y ambicioso
El reino intenta usurparos.
Para esto ofrece la reina
Que al de Aragon dé la mano
La infanta doña Isabel
Vuestra hermana, y que entre armado
En Castilla, cuyo reino
Le entregará, porque amparo
Dé á sus livianos deseos.
En Leon los dos hermanos
Caravajales intentan,
Por ser tan emparentados,
Juntar sus deudos y amigos,
Y del reino apoderados
Alzar por doña María
Banderas, y despojaros
De vuestro real patrimonio:
Para esto tiene usurpados
Diez cuentos de vuestra renta
A costa de pechos varios,
Que mientras tuvo el gobierno
La dieron vuestros vasallos.
Mirad, gran señor, si piden
La diligencia estos casos,
Con que ataja inconvenientes,
Y imposibles vence el sabio.
Rey. ¡Válgame el cielo! ¿es posible
Que mi madre haya borrado
La fama, con tal traicion,
Que su nombre ha eternizado?
¿Contra mí mi madre misma,
Y en deshonestos abrazos
Las cenizas ofendiendo
De mi padre el rey don Sancho?
¡Jesus! no puedo creerlo;
Pero pues lo afirman tantos
Que con lealtad acreditan
La verdad, ¿de qué me espanto?
Alv. Lo menos, señor, te han dicho
De lo que pasa, que es tanto
Que escede á cualquiera suma.
Nuño. Si yo por testigo valgo,
Afirmarte, señor, puedo
Que si no acudes temprano
Al peligro de Castilla,
No has de poder rêmediallo.
Rey. Alto pues, vasallos mios,
No es posible que haya engaño
En vuestros hidalgos pechos;
Creeros quiero á los cuatro.
Mi madre es muger, y moza
Quedó el gobierno en su mano,
El poder y el amor ciegan,
No hay hombre cuerdo á caballo.
Si por tantos años tuvo
Estos reinos á su cargo,
¡Qué mucho, siendo ambiciosa,
Que sienta agora el dejarlos!
El derecho natural
Perdone, que de dos daños
Se ha de elegir el menor:
Castilla me pide amparo,
Mi madre la tiraniza,
Y pues conspira afrentando
La ley de naturaleza
Contra quien el ser ha dado,
Hoy mi justicia dé muestras
Que contra insultos y agravios
No hay acepcion de personas,
Sangre, ni deudos cercanos.
Pues sois ya mi mayordomo,
Y estaïs, infante, agraviado,
Tomad á mi madre cuentas,
Hacelda alcances y cargos
De las rentas de mis reinos,
Y si no igualan los gastos
A los recibos, prendelda.
Juan. No me mandeis...
Rey. Esto os mando:
Prended tambien los traidores
Caravajales, que entrambos
Han de dar á España ejemplo,
Viéndolos en un cadalso.
Juan Alfonso Benavides
Debe ser tambien tirano:
En Santorcaz esté preso,
Que ansí al reino satisfago.
Ni el ser mi madre la reina,
Ni yo de tan pocos años,
Me impedirán que no imite
En la justicia á Trajano;
Y pues soy naturalmente
A la caza aficionado,
A caza he de ir de traidores
Antes que á fieras del campo.
Don Juan, aqueste es mi gusto,
No pongais con dilatallo
En contingencia mi enojo,
Si pretendeis conservaros.
Juan. Servirte solo pretendo.
Rey. Por los cielos soberanos
Que ha de quedar en el mundo
Nombre de Fernando el Cuarto. (*Vase.*)
Juan. Esto es hecho, don Enrique.
Enr. Dadme, sobrino, los brazos

En que estriba nuestro aumento,
Y por vuestro ingenio gano.
Juan. Quitemos aqueste estorbo,
Que si una vez derribamos
La reina, no hay que temer.
Enr. Para eso yo solo basto.
Juan. Mas escuchad si os parece
La traza que he imaginado
Para que los dos reinemos,
Que es solo lo que intentamos.
A la reina tengo amor,
Sin que el tiempo haya borrado
Con injurias y prisiones
De mi pecho su retrato;
Si por verse perseguida
De su hijo, que indignado
Ponella manda en prision,
Su honor y fama arriesgando,
Con nosotros se conjura,
Y ofreciéndome la mano
De esposa, que esto y mas puede
En la muger un agravio,
De la corona y la vida
Al mozo rey despojamos,
¿Qué dicha no conseguimos?
¿Qué temor basta á alterarnos?
Vos reinaréis, don Enrique,
En todo el término largo
Que abarca Sierra Morena,
Y yo en Castilla gozando
El apetecido cetro,
Si con la reina me caso,
Daré á Trujillo á don Nuño,
Y á don Alvaro otro tanto.
Enr. Si eso con ella acabais,
Habreis, don Juan, dado cabo
A mi esperanza y temores.
Alv. La traza prudente alabo.
Nuño. Infante, si á efeto llega,
Conquistad el pecho casto
De la reina, y habreis hecho
Un prodigioso milagro.
Juan. Eso á mi cargo se quede.
Venid, firmemos los cuatro,
Para mas seguridad,
La palabra que la damos
De ser todos en su ayuda
Contra el rey, pues de su mano
La fortuna nos corona
En Castilla.
Enr. Vamos.
Todos. Vamos. (*Vanse.*)

Salen la reina y los Caravajales.

Reina. Ya gozaré con descanso
Lo que mi quietud desea,
El sosiego de la aldea,
Su trato sencillo y manso,
Las verdades que en palacio
Por tanto precio se venden,
Las palabras que no ofenden,
La vida que aquí despacio
Con tiempo á la muerte avisa,
El quieto y seguro sueño,
Que en la corte es tan pequeño
Como su vida de prisa.
No sé cómo encareceros
El contento que recibo
De ver que ya libre vivo
De engañosos lisonjeros;
De aquel encantado infierno
Adonde la confusion
Entretiene á la ambicion
Con el disfraz del gobierno.
Gracias á Dios que he salido
De aquel laberinto estraño,
Donde la traicion y engaño,
Trocando el trage y vestido
Con la verdad desterrada,
Vende el vidrio por cristal.
¡O carga del trono real,
Del ignorante adorada!
La alegre vida confieso
Que sin tí segura gozo;
Fernando, que es hombre y mozo,
Podrá sustentar tu peso,
Que no poca hazaña ha sido,
Siendo yo flaca y muger,
El no haberme hecho caer
Diez años que te he traido.
Car. Los requiebros amorosos
Con que vuestra magestad
Celebra la soledad
Sin temores ambiciosos,
Son muestras de la virtud
Que en su cristiandad emplea.
Pedro. No hay medicina que sea
Mas conforme á la salud
Que la simple, porque daña
Nuestra vida la compuesta;
Y si en la corte molesta
No se estima quien no engaña,
Y vive la compostura
A costa de la lealtad,
Aquí la simplicidad
Mas la salud asegura.
Mil años su estado firme
Goce, y su quietud sencilla.

Salen Berrocal con vara de alcalde, Torbisco, Garrote, Nisiro y Cristina, pastores.

Reina. Los vecinos de mi villa
Han salido á recebirme.
Tor. ¿Sabreis decille el arenga
Que os encomendó el concejo?

Ber. Entre la carne y pellejo
Del calletre hago que venga;
Como no se quede allá
Vos vereis cual la rempujo
Si una vez la desborujo.
Gar. Aquí la reinesa está,
No hay Berrocal son echallo.
Ber. Dios vaya conmigo, amen:
Pero aho, ¿no será bien
Si la he de habrar repasallo?
Crist. Agora es descortesía.
Ber. ¿Antes que empuje el sermon
El fraile, no suele, Anton,
Pasalle en la sacrestía?
Hed cuenta que estoy allá.
Nis. Vaya pues.
Torb. Atento espero.
Ber. Escupo pues lo primero. (*Escupe.*)
¿No he escupido bien?
Crist. ¿Verá?
¿Pues qué avilencia es aquesa?
Ber. ¿Pensais vos que no es trabajo
Saber echar un gargajo
Delante de una reinesa?
Ori bien, espiezo ansí:
« El cura y el regidero... »
No, ell alcalde va primero,
Y es bien espenzar por mí.
« Yo ell alcalde Berrocal,
« Y Cristina de Sigura... »
Mas llevar de zaga al cura,
Que es crergo, parece mal.
« El cura Miguel Brunete
« Que se pica de estordiante... »
Mas tampoco han de ir delante
Cuatro esquinas de un bonete.
Torb. Alcalde, acabemos ya,
Que esperan.
Ber. Válgamos Dios:
Mas vámosla á habrar los dos,
Que yo lo compondré allá.

(*Lléganse á la reina.*)

« Señora: el cura y alcalde... »
Digo, ell alcalde y el cura,
Que aunque ir delante percura,
Par Dios que trabaja en balde,
« Y el concejo del lugar... »
Pero soy un majadero,
Que habia de escupir primero:
Escupo, y vuelvo á empezar. (*Escupe.*)
« El cura, que es nigromante,
« Y los ñublados conjura... »
¡Válgate el diablo por cura,
Qué amigo que es de ir delante!
« El cura y yo Berrocal,
« Alcalde despues de Dios... »
El cura y yo somos dos:
« Pero Gordo y Gil Costal,
« Juan Pabros, y Anton Centeno... »
Mas Juan Pabros ya murió,
Que una correncia le dió,
Y era el vecino mas bueno
Que tuvo en Castilla el rey;
Murióse como un jilguero,
Porque se merendó entero
El menudillo de un buey.
El cielo dejaba raso
Si á nublo sobia á tañer;
Quedó viuda su muger
Crespa: mas vamos al caso.
« Digo pues que cada uno,
« Y todos mancomunados,
« En sollidum concertados
« Sin que discrepe ninguno,
« Habemos salido aposta
« Del lugar de Becerril
« Con la gaita y tamboril... »
Lo que toca á la langosta
Mos afrije á cada paso.
Gar. ¿Pues eso qué tien que ver?
Ber. ¿Hérselo todo saber
No es bien? mas vamos al caso.
« Como á vivir viene aquí
« Su maldad... »
Nis. Su magestad,
Bestia, di.
Crist. ¡Qué necedad!
Ber. « Su magestad, bestia, di,
« Dalla el parabien percura;
« Y ansina la sale á honrar... »
No hay reloj en el lugar,
Pero el albeitar nos cura.
Y aunque por Gila me abraso
La vez que habralla me llego,
Me dice: jó que te estriego;
Pero en fin vamos al caso.
« Mándemos su jamestá,
« Que hélla mercé es mueso gusto,
« Y siendo reinesa es justo
« C'agamos su voluntá. »
Reina. La que el lugar me ha mostrado
Estimo como es razon,
Y mas de la comision
Que á vos, alcalde, os ha dado,
Que habeis estado elocuente:
La vara os doy de por vida.
Ber. Aquesta ya está podrida,
Démela por otras veinte,
Que soy en las fiestas loco,
Y como hay muchachos malos
Quiébrolas á puros palos,
Y ansí pueden durar poco,
Y una vara sale por vida
¿Qué vale quebrándose hoy?
Reina. Por vuestra vida os la doy.

Ber. Eso bien : lléguese, y pida
Justicia si sentenciar
En el concejo me ve,
Que por hacella mercé
Yo la mandaré ahorcar. (*Vanse.*)

Salen don Juan, don Nuño y don Alvaro.

Alv. La reina está aquí, y tambien
Los Caravajales.
Juan. Tengo
A dicha el tiempo á que vengo.
Los dos á prision se den.
Car. ¿Nosotros? ¿por qué ocasion?
Juan. ¡Bueno es que ocasion pidais,
Desleales, cuando estais
Indiciados de traicion!
Pedro. Si no estuviera delante
La reina nuestra señora,
Pudiera un mentis agora
Daros la respuesta, infante.
Juan. ¡O villanos! brevemente
Vuestros castigos darán
Muestras de quien sois.
Reina. Don Juan,
¿Sabeis que estoy yo presente?
¿Sabeis que la reina soy?
¿Cómo llegais indiscreto
A prender sin mas respeto
Ninguno donde yo estoy?
Juan. Cumplo, señora, mi oficio.
Reina. Cuando yo á enojarme llegue...
Juan. Vuestra alteza se sosiegue,
Que esto es todo en su servicio.
Reina. ¡En mi servicio prender
Los que me sirven á mí!
Juan. El rey lo ha mandado ansí.
Reina. Si él lo manda, obedecer
Como vasallos leales,
Que tiene el lugar de Dios:
Mostrad en esto los dos
Quién son los Caravajales.
Y si lo mismo procura
Hacer de mí, la cabeza
Le ofreceré.
Juan. Vuestra alteza
Tampoco está muy segura,
Harto hará en mirar por sí.
Car. Al nombre, señora, real
Es cera el acero leal,
Los nuestros están aquí.

(*Dan las armas.*)

Tomaldos, pues se atropella
Ansí el valor que ofendeis,
Que por mas que los mireis
No hallaréis en ellos mella
De deslealtad ni traicion,
Aunque no pocas sacaron
Cuando el reino le allanaron
Con mis deudos en Leon.
Pero ansí su poder muestra (*Con ironía.*)
Que poca falta hallarán
Nuestras espadas, don Juan,
Donde estuviere la vuestra,
Siempre en serville empleada.
Pedro. Sí, que la fama pregona

(*Con ironía.*)

Que vos contra su corona
Jamas sacastes la espada,
Ni las traiciones y engaños
Os han formado proceso,
Puesto que estuvistes preso,
Aunque sin culpa, diez años.
Juan. No quedára satisfecho
Mi agravio, si no os quitára
Con mis manos y arrancára
La cruz del villano pecho,

(*Arráncale la cruz.*)

Que indecentemente estaba
En tan infame lugar,
Usando con ella honrar
A sus nobles Calatrava.
No cobardes corazones:
Tomalda los dos allá.
Pedro. ¡Oh qué bien parecerá
La cruz entre dos ladrones!
Aunque una cosa condeno
Cuando á los dos os igualo,
Que allá solo hubo uno malo,
Pero aquí ninguno hay bueno.
Alv. Un hombre por traidor preso
No injuria ni quita honor.
Nuño. De Martos comendador
Os hizo algun frágil seso;
Mas antes que os hagan cuartos,
Para que Castilla entienda
Que es Martos vuestra encomienda,
Os despeñarán de Martos,
Y poblaréis cadahalsos
Infames.
Pedro. Poco valieran
Si con vos lo mismo hicieran,
Que no pasan cuartos falsos.
Juan. A Santorcaz los llevad.

(*Llévanlos don Nuño y don Alvaro.*)

Reina. Como á la real obediencia
Se sujeta mi paciencia,
No os parezca novedad,
Don Juan, no favorecer
A quien tan bien me sirvió,
Porque nunca bien mandó
Quien no supo obedecer.
Mas el que es ministro real,
Cuando algun culpado prende,
Con la vara solo ofende,

Que con la lengua hace mal.
El juez prudente castiga
Cuando el cargo que vos cobra,
Y atormentando con la obra,
Con las palabras obliga:
Poco mi respeto os debe.
Juan. Cuando sepais que estos dos,
Gran señora, contra vos
Han usado el trato aleve
Que ignorais, no juzgaréis
Mi rigor por demasiado.
Reina. ¿Contra mí? esperimentado
Tengo, como vos sabeis,
Don Juan, en no pocos años,
Aunque es fácil la muger,
Lo poco que hay que creer
En testimonios y engaños;
Yo los conozco mejor,
Mas como el mundo anda tal,
No vive mas el leal
De lo que quiere el traidor.
Juan. En prueba, señora, de eso,
Porque sepais cuán leales
Os son los Caravajales,
Y si el rey mal los ha preso,
Advertid que han dicho al rey
Que la ambicion de mandar
Os obliga á conspirar
Contra el amor y la ley
Que á vuestro rey y señor
Debeis, tanto, que usurpado
Teneis á su real estado
Treinta cuentos; que el amor
Que teneis al de Aragon
Le fuerza si os da la mano
A entregalle en ella llano
A Castilla y á Leon,
Y otras cosas que no cuento,
Pues por indignas de oillas
No solo no oso decillas,
Mas de pensallas me afrento.
El rey, fácil de creer,
Contándole lo que pasa
Testigos de vuestra casa,
Manda que os venga á prender,
Despues de tomaros cuentas
Del tiempo que gobernado
Habeis su reino, y cobrado
De su corona las rentas.
No quise que cometiese
A otro el venir sino á mí,
Que serviros prometí,
Porque no se os atreviese.
Y como aquí los hallé,
No me sufrió el corazon
Pasar por tan gran traicion,
Y ansí prendellos mandé.
Reina. Que el rey forme de mi quejas
Y ponerme en prision mande
No me espanto, mientras ande
La lisonja á sus orejas.
Mas que los Caravajales
Mal traicion contra mí digan,
Por mas, don Juan, que persigan
Su valor los desleales,
No saldrán con la demanda:
Vuestro cargo ejercitad,
Prendedme, cuentas tomad,
Y haced lo que el rey os manda.
Juan. Yo, gran señora, juré
De serviros y ayudaros,
Y lo que os debo pagaros
Con lealtad, amor y fe.
El infante don Enrique
Y otros caballeros sienten
Que traidores os afrenten,
Y el rey esto os notifique.
Para lo cual hemos hecho
Pleito homenage de estar
De vuestra parte, y pasar
Cualquier peligroso estrecho
Por vos, si darme la mano
De esposa teneis por bien,
Y el reino quitar tambien
A un hijo tan inhumano
Que á dos traidores socorre,
Y el ser olvida que os debe,
Pues á prenderos se atreve:
Riesgo vuestra vida corre.
Si permitis ser mi esposa,
Gozando el reino otra vez,
El llanto, luto y viudez
Trocais en vida amorosa.
En este papel confirman
Esto cuatro ricoshombres,
Cuyo poder, sangre y nombres
Conocereis, pues lo firman,
Que son don Enrique, yo
Con don Alvaro, y tambien
Don Nuño: si os está bien
Mi amor justa paga halló.

(*Toma el papel.*)

Reina. Guardaréle para indicio
De vuestra lealtad y ley,
Y verá por él el rey
A quien tiene en su servicio...

(*Métele en la manga, y luego saca otro y le rompe.*)

Pero pegarme podria
La deslealtad que hay en él,
Que si es malo, de un papel
Se ha de huir la compañía.
Rasgalle es mejor consejo,
Que para vuestros castigos

Es bien aumentar testigos,
Y será quebrado espejo,
Que en la parte mas pequeña,
Como en la mayor, la cara
Retrata que en él repara:
Mas si en pedazos enseña
Las vuestras viéndoos en él,
Como son tantas, don Juan,
Retratallas no podrán
Las piezas dese papel.
Tomad las cuentas, primero
Que me prendais, de la renta
Real, y alcanzadme de cuentas
Si podeis, pero no espero
Que en eso me deis cuidado,
Pues vos mismo sois testigo
Que en tres que hicistes conmigo
Siempre quedastes cargado.
Pero esperadme, que en breve
Las que pedis os daré,
Porque el rey seguro esté,
Y sepa quien á quien debe. (*Vase.*)
Juan. ¡Que callar me haga ansi
El valor desta muger!

Salen el rey y don Melendo.

Rey. Difícil es de creer
Que conspire contra mí
Mi misma madre, Melendo,
Pero es muger, ¿qué me espanta?
Mel. La reina, señor, es santa.
Rey. Ver por mis ojos pretendo
La verdad que temo en duda.
Juan. Rey y señor, ¿vuestra alteza
Aquí?
Rey. La poca certeza
Que tengo, manda que acuda
En persona á averiguar
La verdad destos sucesos.
Juan. Ya están los hermanos presos,
Que el reino os quieren quitar,
Y la reina temerosa
De veros contra ella airado,
Conmigo se ha declarado,
Y promete ser mi esposa
Si en su favor contra vos
Estos reinos alboroto,
Y hago que sigan mi voto
Los grandes.
Rey. ¡Válgame Dios!
¿Mi madre?
Juan. No guarda ley
La ambicion que desvanece:
Vuestra corona me ofrece,
Mas yo no estimo ser rey
Por medios tan desleales.
De rodillas me ha pedido
Que á su llanto enternecido
Suelte á los Caravajales,
Y que me vaya á Aragon
Con ella, que desde allá
Con sus armas entrará
A coronarme en Leon,
Y si resiste Castilla
Irá despues contra ella.
Prendelda, señor, sin vella,
Porque si venis á oilla
Yo sé que os ha de engañar,
Que en fin siendo madre vuestra,
Mozo vos, y ella tan diestra,
Mas crédito habeis de dar
Que á mí á su fingido llanto.
Rey. Esa no es razon ni ley.

Sale la reina.

Mel. Aquí, señora, está el rey.
Juan. (De mis traiciones me espanto.) *ap.*
Reina. Huélgome que haya venido,
Hijo y señor, vuestra alteza
A averiguar testimonios
Que hace gigantes la ausencia:
Su mucha cordura alabo,
Porque en negocios de cuentas
Y de honras, suele un cero
Dañar mucho si se yerra;
Y si como cortan plumas
Las unas, cortáran lenguas
Las otras, yo sé que entrambas
Salieran, Fernando, buenas.
Mandado habeis á don Juan
Que á tomar la razon venga
De vuestro real patrimonio;
Viéndolo vos soy contenta,
Que aunque deberos me imputan
Privados que os lisonjean
Treinta cuentos, serán cuentos
De mentiras, no de hacienda;
Pero yo admito sus cargos,
Sumad, don Juan, en presencia
Del rey gastos y recibos,
Porque sus alcances vea.
Cuando de tres años solos
Quedó del rey la inocencia,
Y este reino á cargo mio,
Primeramente en la guerra
Que vos, infante, le hicistes
Levantándole la tierra,
Llamándoos rey de Castilla
Y enarbolando banderas,
Gasté, infante, quince cuentos,
Hasta que en la fortaleza
De Leon preso por mí
Peligró vuestra cabeza:
Redújeos á mi servicio,
Y haciéndoos mercedes nuevas
Murmuraron los leales,

Que veros pagar quisieran
Vuestra traicion con la vida,
Y para enfrenar sus lenguas
Con el oro que enmudece
Les di tres, que no debiera.
Item: en edificar
En Valladolid las Huelgas,
Donde en continua oracion
A Dios sus monjas pidieran
Que de vos al rey librase,
Y las trazas deshiciera
De vuestro pecho ambicioso
En mi agravio y en su ofensa,
Veinte cuentos: item mas:
Cuando por estar su alteza
Enfermo quisistes darle
Veneno, ya se os acuerda,
Por medio del vil hebreo
Que entonces médico era
Del rey, en una bebida,
Testigo de la fe vuestra;
En hacimiento de gracias,
Misas, procesiones, fiestas,
Seis cuentos que repartí
En hospitales y iglesias.
Aunque pudiera contar
Otras partidas inmensas
En que por servir al rey
Vendí mis joyas y tierras,
Como todo el reino sabe,
Solo os sumo, don Juan, estas,
Que no las negaréis, pues
Teneis tanta parte en ellas:
Solo no he de dejar una,
Porque el rey que os honra sepa
Cuán codiciosa usurpé
En Castilla sus riquezas.
A un mercader de Segovia,
Para pagar las fronteras
De Aragon y Portugal,
Empeñé mis tocas mesmas
En prueba de vuestra fe,
Que no tuvistes vergüenza
De ver contra el real respeto
Sin tocas á vuestra reina:
Premié al mercader leal,
Quitéle mis nobles prendas,
Que los traidores agravian
Y los leales respetan.
Si estos descargos no bastan,
No hay cosa en mí que no sea
Del rey mi señor y hijo,
Entrad en casa, que en ella
No hallaréis mas deste vaso,

(*Sácalo de la manga.*)

Que en prueba de mi inocencia,
Y en fe de vuestras traiciones,
Mi noble lealtad conserva;
Pero dádsele tambien,
Aunque en vos riesgo corriera,
Que en vasos sois sospechoso,
Y es bien que dároslos tema:
Ya me parece que basta
Esto en materia de cuentas;
En materia de mi honor,
Para no seros molesta,
Aquí he escrito mis descargos,
Vuestra magestad los lea,

(*Dale un papel.*)

Y conozca por sus firmas
En quién su privanza emplea.
Rey. ¡Válgame el cielo! Aquí dice
Que como mi madre ofrezca
La mano á don Juan de esposa,
Juntando estados y fuerzas
Con don Enrique, don Nuño
Y otros, haciéndome guerra
Me quitarán á Castilla
Para coronarla en ella.
Reina. Para asegurar traidores
Fingí romper esa letra,
Y la guardé para vos,
Otra rasgando por ella.
Rey. Don Juan, ¿es vuestra esta firma?
Juan. Sí, gran señor.
Rey. Pues en estas
A los demas desleales
Conozco. Si la prudencia
Que tanto celebra España,
Gran señora, en vuestra alteza
Mi confusion no animára,
Por no estar en su presencia,
De mí sin causa ofendida,
Sospecho que me muriera:
Pero ¿qué alboroto es este?

Tocan cajas, y salen armados don Diego y los dos Caravajales.

Diego. Déme los piés vuestra alteza,
Que huelgo de hallarle aquí.
Rey. ¿Pues don Diego? ¿vos de guerra?
Diego. Donde privan desleales
Que en agravio de su reina
Vuestra verde edad engañan,
Armado es razon que venga.
A don Alvaro y don Nuño
Quité la mas leal presa
De vuestros reinos, señor,
Y los prendí en lugar della:
A los dos Caravajales,
Indignos de tal violencia,
Llevaban á Santorcaz;
No creí que vuestra alteza
Pudiera mandar tal cosa,

Y ansí viniendo en defensa
De la reina los libré
Por constarme su inocencia.
Rey. Habeisme en eso servido:
A mi amor y gracia vuelvan,
Que si engaños me indignaron,
Mercedes les haré nuevas.
Car. Mil siglos el reino goces.

Tocan cajas, y sale Benavides.

Ben. Que un criado, señor, vuelva
Por su señora, corriendo
Su honra por cuenta vuestra,
No se tendrá á desacato;
Y ansí digo que el que lengua
Pone en su fama...
Reina. Ya estoy
De vos, don Juan, satisfecha,
Que sois en fin Benavides,
Y los traidores que intentan
Ofenderme convencidos...

Tocan cajas, salen los pastores.

Ber. ¡A nuesa ama llevar presa!
Arre allá, ¿soy ó no alcalde?
Torb. Que está aquí el rey.
Ber. El rey venga
A la cárcel.
Gar. ¿Estais loco?
Ber. Poniéndole una cadena
Sabrá quien es Berrocal.
Daos á prision.
Rey. Todos muestran
Señora, el amor que os tienen.
Don Diego, haced que se prendan
Don Enrique y los demas.
Pedro. El temor sin alas vuela:
A Aragon los tres huyeron
Del rigor de vuestra alteza.
Rey. Haced, madre, de don Juan
Lo que quisiéredes...
Reina. Sepa
España que soy clemente,
Y que el valor no se venga:
Destiérrolo de estos reinos,
Y sus estados y hacienda
En los dos Caravajales,
Hijo, con vuestra licencia,
Y en Benavides reparto.
Diego. Merécelo su nobleza.
Rey. Dignamente en su lealtad
Cualquiera merced se emplea,
Y vuestra alteza, señora,
Con su vida ilustre enseña
Que hay mugeres en España
Con valor y con prudencia.
Diego. De los dos Caravajales
Con la segunda comedia
Tirso, senado, os convida,
Si ha sido á vuestro gusto esta.

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

Esta comedia, aunque embrollada y confusa mas de lo justo, es, vista representar, la que mas divierte de cuantas han dado al teatro nuestros antiguos poetas dramáticos. En ella, como en todas las del mismo autor, una muger es el centro del interes, y esta muger, como casi todas las que presenta Tirso de Molina, no se hace nada notable por su recato y encogimiento. El lenguaje es tan rico como esmerado; si Tirso de Molina hubiera meditado tanto sus planes como limaba su estilo, seria sin contradiccion el mas perfecto de nuestros poetas cómicos: pero desgraciadamente sus planes son por lo general muy desatinados.

Escusamos decir que esta comedia está llena de inverosimilitudes, como lo está igualmente el episodio de doña Aurora que de ella tomó Lesage para el *Gil Blas*. Esto no obstante, es difícil, por no decir imposible, interesar mas de lo que interesa, así leida como representada, la comedia de *Don Gil de las calzas verdes*.

PERSONAS.

DOÑA JUANA.
QUINTANA, criado.
CARAMANCHEL, lacayo.
DON MARTIN.
DON PEDRO, viejo.
OSORIO.
DOÑA INES.
DON JUAN.
DONA CLARA.
CELIO.
DON DIEGO.
DON ANTONIO.
FABIO.
DECIO.
VALDIVIESO, escudero.
MÚSICOS.
UN PAGE.
UN CRIADO.
UN ALGUACIL.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

DOÑA JUANA DE HOMBRE CON CALZAS Y VESTIDO TODO VERDE, Y QUINTANA.

Quint. Ya que á vista de Madrid,
Y en su puente Segoviana,
Olvidamos, doña Juana,
Huertas de Valladolid,
Puerta del Campo, Espolon,
Puentes, galeras, Esgueba,
Con todo aquello que lleva,
Por ser como inquisicion
De la pinciana nobleza;
Pues, cual brazo de justicia,
Desterrando su inmundicia,
Califica su limpieza:
Ya que nos traen tus pesares,
A que de esta insigne puente
Veas la humilde corriente
Del enano Manzanares,
Que por arenales rojos
Corre, y se debe correr
Que en tal puente venga á ser
Lágrima de tantos ojos,
¿No sabremos qué ocasion
Te ha traido de esa traza?
¿Qué peligro te disfraza
De damisela en varon?
Da. Juana. Por ahora, no, Quintana.
Quint. Cinco dias hace hoy
Que mudo contigo voy;
Un lúnes por la mañana
En Valladolid quisiste
Fiarte de mi lealtad:
Dejaste aquella ciudad,
A esta corte te partiste,
Quedando sola la casa
De la vejez que te adora,
Sin ser posible hasta agora
Saber de tí lo que pasa,
Por conjurarme primero
Que no examine qué tienes,
Porqué, cómo, ó dónde vienes;
Y yo, humilde majadero,
Callo, y camino tras tí,
Haciendo mas conjeturas
Que un matemático á oscuras:
¿Dónde me llevas así?
Aclara mi confusion,
Si á lástima te he movido;
Que si contigo he venido,
Fué tu determinacion
De suerte, que temeroso
De que si sola salias,
A riesgo tu honor ponias,
Tuve por mas provechoso
Seguirte, y ser de tu honor
Guardajoyas, que quedar
(Yéndote tú) á consolar
Las congojas de señor.
Ten ya compasion de mí,
Que suspensa el alma está
Hasta saberlo.
Da. Juana. Será
Para admirarte: oye.
Quint. Di.
Da. Juana. Dos meses ha que pasó
La pascua, que por abril
Viste bizarra los campos
De felpas y de tabis,
Cuando á la puente (que á medias
Hicieron, á lo que oí,
Pedro Anzures y su esposa)
Va todo Valladolid,
Iba yo con los demas;
Pero no sé si volví,
A lo menos con el alma,
Que no he vuelto á reducir,
Porque junto á la Victoria
Un Adónis bello ví,
Que á mil Vénus daba amores,
Y á mil Martes zelos mil.
Dióme un vuelco el corazon,
Porque amor es alguacil
De las almas, y temblé
Como á la justicia ví;
Tropecé, si con los piés,
Con los ojos al salir,
La libertad en la cara,
En el umbral un chapin.
Llegó, descalzado el guante,
Una mano de marfil,
A tenerme de su mano:
¡Qué bien me tuvo, ay de mí!
Y diciéndome: «Señora,
Tened, que no es bien que así
Imite al querub soberbio
Cayendo tal serafin;»
Un guante me llevó en prendas
Del alma, y (si he de decir
La verdad) dentro del guante
El alma, que le ofrecí.
Toda aquella tarde corta
(Digo, corta para mí,
Que aunque las de abril son largas,
Mi amor no la juzgó así)
Bebió el alma por los ojos,
Sin poderse resistir,
El veneno que brindaba

Su talle airoso y gentil;
Acostóse el sol de envidia,
Y llegóse á despedir
De mí al estribo de un coche,
Adonde supo fingir
Amores, zelos, firmezas,
Suspirar, temer, sentir,
Ausencias, desden, mudanzas,
Y otros embelecos mil,
Con que engañándome el alma
Troya soy, si Scitia fui.
Entré en casa enagenada
(Si amaste, juzga por tí
En desvelos principiantes
Qué tal llegué): no dormí,
No sosegué, parecióme
Que olvidado de salir
El sol, ya se desdeñaba
De dorar nuestro cenit.
Levantéme con ojeras,
Desojada por abrir
Un balcon, de donde luego
Mi adorado ingrato vi;
Aprestó desde aquel dia
Asaltos para batir
Mi libertad descuidada:
Dió en servirme desde allí;
Papeles leí de dia;
Músicas de noche oí;
Joyas recibí, y ya sabes
Qué se sigue al recibir.
¿Para qué te canso en esto?
En dos meses don Martin
De Guzman (que así se llama
Quien me obliga á andar así)
Allanó dificultades,
Tan arduas de resistir
En quien ama, cuanto amor
Invencible todo ardid:
Dióme palabra de esposo:
Pero fué palabra en fin,
Tan pródiga en las promesas,
Como avara en el cumplir.
Llegó á oidos de su padre
(Debióselo de decir
Mi desdicha) nuestro amor,
Y aunque sabe que nací,
Si no tan rica, tan noble,
El oro (que es sangre vil
Que califica intereses)
Un portillo supo abrir
En su codicia: ¡qué mucho,
Siendo él viejo, y yo infeliz!
Ofrecióse un casamiento
De una doña Ines, que aquí
Con setenta mil ducados
Se hace adorar y aplaudir:
Escribió su viejo padre
Al padre de don Martin,
Pidiéndole para yerno:
No se atrevió á dar el sí
Claramente, por saber
Que era forzoso salir
A la causa mi deshonra
(Oye una industria civil):
Previno postas el viejo,
Y hizo á mi esposo partir
A esta corte, toda engaños;
Ya, Quintana, está en Madrid;
Díjole, que se mudase
El nombre de don Martin,
Atajando inconvenientes,
En el nombre de don Gil;
Porque si de parte mia
Viniese en su busca aquí
La justicia, deslumbrase
Su diligencia este ardid.
Escribió luego á don Pedro
Mendoza y Velasteguí,
Padre de mi opositora,
Dándole en él á sentir
El pesar de que impidiese
La liviandad juvenil
De su hijo el concluirse
Casamiento tan feliz,
Que por estar desposado
Con doña Juana Solis,
Si bien noble, no tan rica
Como pudiera elegir,
Enviaba en su lugar
Y en vez de su hijo, á un don Gil
De no sé quien, de lo bueno
Que ilustra á Valladolid.
Partióse con este embuste;
Mas la sospecha, adalid
Lince de los pensamientos,
Y árgos cauteloso en mí,
Adivinó mis desgracias,
Sabiéndolas descubrir
El oro que en dos diamantes
Bastante son para abrir
Secretos de cal y canto:
Supe todo el caso en fin,
Y la distancia que hay
Del prometer al cumplir;
Saqué fuerzas de flaqueza,
Dejé el temor femenil,
Dióme alientos el agravio,
Y de la industria adquirí
La determinacion cuerda;
Porque pocas veces vi
No vencer la diligencia
Cualquier fortuna infeliz.
Disfracéme como ves;
Y fiándome de tí,
A la fortuna me arrojo,

Y al puerto pienso salir:
Dos dias ha que mi amante,
Cuando mucho, está en Madrid;
Mi amor midió sus jornadas;
¿Y quién duda, siendo así,
Que no habrá visto á don Pedro
Sin primero prevenir
Galas con que enamorar,
Y trazas con que mentir?
Yo, pues, que he de ser estorbo
De su ciego frenesí,
A vista tengo de andar
De mi ingrato don Martin,
Malogrando cuanto hiciere;
El cómo, déjalo á mí.
Para que no me conozca,
Que no hará, vestida así,
Falta solo que te ausentes,
No me descubran por tí.
Ballecas dista una legua,
Disponte luego á partir
Allá, que de cualquier cosa,
O próspera, ó infeliz,
Con los que á vender pan vienen
De allá, te podré escribir.
Quint. Verdaderas has sacado
Las fábulas de Merlin;
No te quiero aconsejar:
Dios te deje conseguir
El fin de tus esperanzas.
Da. Juana. A Dios.
Quint. ¿Escribirás?
Da. Juana. Sí.

ESCENA II.

DOÑA JUANA Y CARAMANCHEL.

Car. Pues para fiador no valgo,
Sal acá, bodegonero,
Que en esta puente te espero.
Da. Juana. Ola, ¿qué es eso?
Car. Oye, hidalgo:
Eso de ola, al que á la cola
Como contera le siga,
Y á las doce solo diga,
Olla, olla, y no ola, ola.
Da. Juana. Yo que ola agora os llamo,
Daros esotro podré.
Car. Perdóneme pues usté.
Da. Juana. ¿Buscais amo?
Car. Busco un amo:
Que si el cielo los lloviera,
Y las chinches se tornáran
Amos; si amos pregonáran
Por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado,
Y ciego yo los pisára,
Nunca en uno tropezára,
Segun soy de desdichado.
Da. Juana. ¿Qué tantos habeis tenido?
Car. Muchos; pero mas inormes
Que Lazarillo de Tormes.
Un mes servi, no cumplido,
A un médico muy barbado,
Belfo, sin ser aleman:
Guantes de ámbar, gorgoran,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia:
Pero no se me lograba
El salario que me daba,
Porque con poca conciencia
Lo ganaba su mercé;
Y huyendo de tal azar
Me acogí con Cañamar.
Da. Juana. ¿Mal lo ganaba? ¿porqué?
Car. Por mil causas; la primera,
Porque con cuatro aforismos,
Dos testos, tres silogismos,
Curaba una calle entera;
No hay facultad que mas pida
Estudios, libros, Galenos,
Ni gente que estudie menos,
Con importarnos la vida:
Pero ¿cómo han de estudiar,
No parando en todo el dia?
Yo te diré lo que hacia
Mi médico: al madrugar
Almorzaba de ordinario
Una lonja de lo añejo
(Porque era cristiano viejo),
Y con este letuario
Aqua vitis, que es de vid,
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los egrotos de Madrid:
Volviamos á las once:
Considere el pio lector,
Si podria el mi doctor,
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales
Y fístulas, revolver
Hipócrates, y leer
Las curas de tantos males.
Comia luego su olla,
Con un asado manido,
Y despues de haber comido,
Jugaba cientos, ó polla:
Daban las tres, y tornaba
A la médica atahona,
Yo la moza, y él la mona;
Y cuando á casa llegaba
Ya era de noche: acudia
Al estudio, deseoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del dia

En ver los espositores
De sus Rasis y Avicenas :
Asentábase, y apenas
Ojeaba dos autores,
Cuando doña Estefanía
Gritaba : « Ola, Ines, Leonor ;
Id á llamar al doctor,
Que la cazuela se enfria. »
Respondia él : « En un hora
No hay que llamarme á cenar ;
Déjenme un rato estudiar ;
Decid á vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de tal condesa,
Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo,
Que es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada,
Que á Dioscórides le agrada,
Mas no lo aprueba Galeno : »
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver su doctor,
Decia : « Acabad, señor :
Cobrado habeis harta fama,
Y demasiado sabeis
Para lo que aquí ganais :
Advertid, si así os cansais,
Que presto os consumireis ;
Dad al diablo los Galenos,
Si os han de hacer tanto daño ;
¿ Qué importa al cabo del año
Veinte muertos mas ó menos ? »
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba,
Los testos muertos cerraba,
Por estudiar en los vivos :
Cenaba, yendo en ayunas
De la ciencia que vió á solas :
Comenzaba en escarolas,
Acababa en aceitunas,
Y acostándose repleto,
Al punto del madrugar,
Se volvia á visitar
Sin mirar ni un cuodlibeto :
Subia á ver al paciente ;
Decia cuatro chanzonetas ;
Escribia dos recetas
De estas que ordinariamente
Se alegan sin estudiar ;
Y luego los embaucaba
Con unos modos que usaba
Estraordinarios de hablar :
« La enfermedad que le ha dado
Señora, á vueseñoría,
Son flatos y hipocondria ;
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vítreas que tiene,
Con el quilo le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que den
Al epate y al esplen
La sustancia que el mal come. »
Encajábanle un doblon,
Y asombrados de escucharle,
No cesaban de adularle
Hasta hacerle un Salomon ;
Y juro á Dios, que teniendo
Cuatro enfermos que purgar,
Le ví un dia trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas, que llevó
Escritas (fuesen ó no
A propósito) á palacio,
Y recetada la cena
Para el que purgarse habia,
Sacaba una y le decia :
« Dios te la depare buena. »
¿ Parécele á vuesasté
Que tal modo de ganar
Se me podia á mí lograr ?
Pues por esto le dejé.

Da. Juana. ¡ Escrupuloso criado !

Car. Acomodéme despues
Con un abogado, que es
De las bolsas abogado,
Y enfadóme que aguardando
Mil pleiteantes que viese
Sus procesos, se estuviese
Catorce horas enrizando
El bigotismo, que hay trazas
Dignas de un jubon de azotes.
Unos empina-bigotes
Hay á modo de tenazas
Con que se engoma el letrado
La barba, que en punta está :
¡ Miren qué bien que saldrá
Un parecer engomado !
Dejéle en fin, que estos tales,
Por engordar alguaciles,
Miran derechos civiles,
Y hacen tuertos criminales.
Serví luego á un clerigon
Un mes (pienso que no entero)
De lacayo y despensero ;
Era un hombre de opinion,
Su bonetazo calado,
Lucio, grave, carilleno,
Mula de veintidoseno,
El cuello torcido á un lado ;
Y hombre en fin, que nos mandaba
A pan y agua ayunar
Los viérnes por ahorrar
La pitanza que nos daba :

Y él comiéndose un capon
(Que tenia con ensanchas
La conciencia, por ser anchas
Las que teólogas son)
Quedándose con los dos
Alones cabeceando,
Decia, al cielo mirando:
« ¡Ay ama, qué bueno es Dios! »
Dejéle en fin, por no ver
Santo que, tan gordo y lleno,
Nunca á Dios llamaba bueno
Hasta despues de comer.
Luego entré con un pelon,
Que sobre un rocin andaba,
Y aunque dos reales me daba
De racion y quitacion,
Si la menor falta hacia,
Por irremisible ley,
Olvidando el *Agnus Dei*,
Qui tollis racion decia:
Quitábame de ordinario
La racion; pero el rocin
Y su medio celemin
Alentaban mi salario,
Vendiendo sin redencion
La cebada que le hurtaba:
Con que yo racion llevaba,
Y el rocin la quitacion.
Servi á un moscatel, marido
De cierta doña Mayor,
A quien le daba el señor
Por uno y otro partido
Comisiones, que á mi ver
El proveyente cobraba,
Pues con comision quedaba
De acudir á su muger.
Si te hubiera de contar
Los amos que en varias veces
Serví, y andan como peces
Por los golfos de este mar,
Fuera un trabajo escusado;
Bástete el saber que estoy
Sin cómodo el dia de hoy,
Por mal acondicionado.

Da. Juana. Pues si das en coronista
De los diversos señores
Que se estreman en humores,
Desde hoy me pon en tu lista,
Porque desde hoy te recibo
En mi servicio.

Car. ¡Lenguaje
Nuevo! ¿quién ha visto page
Con lacayo?

Da. Juana. Yo no vivo
Sino solo de mi hacienda;
Ni page en mi vida fuí;
Vengo á pretender aqui
Un hábito ó encomienda;
Y porque en Segovia dejo
Malo á un mozo, he menester
Quien me sirva.

Car. ¿A pretender
Entrais mozo? saldreis viejo.

Da. Juana. Cobrando voy aficion
A tu humor.

Car. Ninguno ha habido
De los amos que he tenido
Ni poeta, ni capon;
Pareceisme lo postrero;
Y así, señor, me tened
Por criado, y sea á merced,
Que medrar mejor espero
Que sirviéndoos á destajo,
En fe de ser yo tan fiel.

Da. Juana. ¿Llámaste?

Car. Caramanchel,
Porque nací en el de abajo.

Da. Juana. Aficionándome vas
Por lo airoso y lo sutil.

Car. ¿Cómo os llamais vos?

Da. Juana. Don Gil.

Car. ¿Y qué mas?

Da. Juana. Don Gil, no mas.

Car. Capon sois hasta en el nombre;
Pues, si en ello se repara,
Las barbas son en la cara
Lo mismo que el sobrenombre.

Da. Juana. Agora importa encubrir
Mi apellido: ¿qué posada
Conoces limpia y honrada?

Car. Una te haré prevenir
De las frescas y curiosas
De Madrid.

Da. Juana. ¿Hay ama?

Car. Y moza.

Da. Juana. ¿Cosquillosa?

Car. Y que retoza.

Da. Juana. ¿Qué calle?

Car. De las Urosas.

Da. Juana. Vamos, que noticia llevo *ap.*
De la casa donde vive
Don Pedro. Madrid, recibe
Este forastero nuevo
En tu amparo.

Car. ¡Qué bonito
Que es el tiple moscatel!

Da. Juana. ¿No venis, Caramanchel?

Car. Vamos, señor don Gilito.

ESCENA III.

Sala en casa de D. Pedro.

DON PEDRO, LEYENDO UNA CARTA, DON MARTIN Y OSORIO.

D. Ped. (*Lee.*) « Digo, en conclusion,
« que don Martin, si fuera tan cuerdo

« como mozo, hiciera dichosa mi vejez tro-
« cando nuestra amistad en parentesco. Ha
« dado palabra á una dama de esta ciudad,
« noble y hermosa, pero pobre, y ya vos
« veis en los tiempos presentes lo que pro-
« nostican hermosuras sin hacienda: llegó
« este negocio á lo que suelen los de su es-
« pecie, á arrepentirse él, y á ejecutarle
« ella por la justicia; ponderad vos lo que
« sentirá quien pierde vuestro deudo, vues-
« tra nobleza y vuestro mayorazgo, con tal
« prenda como mi señora doña Ines; pero
« ya que mi suerte estorba tal ventura,
« tenedla á no pequeña, que el señor don
« Gil de Albornoz (que esta lleva) esté en
« estado de casarse, y deseoso de que sea
« con las mejoras que en vuestra hija le he
« ofrecido; su sangre, discrecion, edad y
« mayorazgo (que heredará brevemente de
« diez mil ducados de renta) os pueden
« hacer olvidar el favor que os debo, y de-
« jarme á mí envidioso. La merced que le
« hiciéredes recibiré en lugar de don Mar-
« tin, que os besa los manos: dadme mu-
« chas y buenas nuevas de vuestra salud y
« gusto, que el cielo aumente, etc. Valla-
« dolid y julio, etc.

« DON ANDRES DE GUZMAN. »

Seais, señor, mil veces bien venido,
Para alegrar aquesta casa vuestra,
Que para comprobar lo que he leido,
Sobra el valor que vuestro talle muestra.
Dichosa doña Ines hubiera sido,
Si para ennoblecer la sangre nuestra,
Prendas de don Martin con prendas mias
Regocijáran mis postreros dias.
Ha muchos años que los dos tenemos
Recíproca amistad, ya convertida
En natural amor (que en los estremos
De la primera edad tarde se olvida):
No pocos ha tambien que no nos vemos,
A cuya causa, en descansada vida,
Quisiera yo, comunicando prendas,
Juntar, como las almas, las haciendas.
Pero pues don Martin inadvertido
Hace imposible el dicho casamiento,
Que vos en su lugar hayais venido,
Señor don Gil, me tiene muy contento.
No digo que mejora de marido
Mi Ines (que al fin será encarecimiento
De algun modo en agravio de mi amigo);
Mas que lo juzgo creed, si no lo digo.

D. Mart. Comenzais de manera á aventajaros
En hacerme merced, que temeroso,
Señor don Pedro, de poder pagaros
Aun en palabras (que en el generoso
Son prendas de valor), para envidiaros
En obras y en palabras victorioso,
Agradezco callando, y mucho muestro,
Que no soy mio ya, porque soy vuestro.
Deudos tengo en la corte, y muchos de [ellos
Títulos, que podrán daros noticia
De quien soy, si os importa conocellos;
Que la suerte me fué en esto propicia:
Aunque, si os informais, de los cabellos
Quedára mi esperanza, que codicia
Lograr abrazos y cumplir deseos,
Abreviando noticias y rodeos.
Fuera de que mi padre (que quisiera
Darme en Valladolid esposa á gusto
Mas de su edad que á mi eleccion) me espera
Por puntos; y si sabe que á disgusto
Suyo me caso aquí, de tal manera
Lo tiene de sentir, que si del susto
De estas nuevas no muere, ha de estorbarme
La dicha que en secreto podeis darme.

D. Ped. No tengo yo en tan poco de mi
El crédito y estima, que no sobre [amigo
Su firma sola, sin buscar testigo,
Por quien vuestro valor alientos cobre.
Negociado teneis para conmigo;
Y aunque un hidalgo fuérades tan pobre
Como el que mas, á doña Ines os diera,
Si don Andres por vos interrediera. [lente.

D. Mart. El embeleco, Osorio, va esce-

(*A Osorio aparte.*)

Os. Aprieta con la boda, antes que venga
Doña Juana á estorbarlo.

D. Mart. Brevemente
Mi diligencia hará que efeto tenga. [pente,

D. Ped. No quiero que cojamos de re-
Don Gil, á doña Ines, sin que prevenga
La prudencia palabras para el susto
Que suele dar un no esperado gusto.
Si verla pretendeis, irá esta tarde
A la huerta del Duque convidada,
Y sin saber quien sois hareis alarde
De vuestra voluntad.

D. Mart. ¡O prenda amada!
Camine el sol, porque otro sol aguarde,
Y deteniendo el sol á su jornada
Haga inmóvil su luz para que sea
Eterno el dia que sus ojos vea.

D. Ped. Si no teneis posada prevenida,
Y esta merece huésped tan honrado,
Recibiré merced.

D. Mart. Apercibida
Está cerca de aquí (segun me han dado
Noticia) la de un primo, aunque la vida
Que en estas sus venturas ha cifrado,
Hiciera aquí de su contento alarde.

D. Ped. En la huerta os espero.

D. Mart. El cielo os guarde.

ESCENA IV.

DOÑA INES Y DON JUAN.

Da. Ines. En dando tú en recelar
No acabarémos ogaño.
D. Juan. Mucho deseo acabar.
Da. Ines. Pesado estás hoy, y estraño.
D. Juan. ¿No ha de pesar un pesar?
No vayas hoy, por mi vida,
(Si es que te importa) á la huerta.
Da. Ines. Si mi prima me convida.
D. Juan. Donde no hay voluntad cierta,
No falta escusa fingida.
Da. Ines. ¿Qué disgusto se te sigue
De que yo vaya?
D. Juan. Parece
Que el temor que me persigue
Triste suceso me ofrece,
Sin que mi amor le mitigue;
Pero en fin, ¿te determinas
De ir allá?
Da. Ines. Ve tú tambien,
Y verás como imaginas
De mi firmeza no bien.
D. Juan. Como en mi alma predominas,
Obedecerte es forzoso.
Da. Ines. Zelos y escrúpulos son
De un especie; y un curioso
Duda de la salvacion,
Don Juan, del escrupuloso:
Tú solamente has de ser
Mi esposo; ve allá á la tarde.

(*Sale don Pedro.*)

D. Ped. ¡Su esposo! ¿cómo?
D. Juan. A temer
Voy. A Dios.
Da. Ines. Él te me guarde.

ESCENA V.

DON PEDRO Y DOÑA INES.

D. Ped. ¿Ines?
Da. Ines. Señor, ¿es querer
Decirme que tome el manto?
Aguardándome estará
Mi prima.
D. Ped. Mucho me espanto
De que des palabra ya
De casarte: ¿tiempo tanto
Ha que dilato el ponerte
En estado? ¿tantas canas
Peinas, que osas treverte
A dar palabras livianas
Con que apresures mi muerte?
¿Qué hacia don Juan aquí?
Da. Ines. No te alteres, que no es justo,
Que yo palabra le dí,
Presuponiendo tu gusto,
Y no pierdes (siendo así)
Nada en que don Juan pretenda
Ser tu yerno, si el valor
Sabes que ilustra su hacienda.
D. Ped. Esposo tienes mejor;
Deten al deseo la rienda:
No te pensaba dar cuenta
Tan presto de lo que trazo:
Pero con tal priesa intenta
Cumplir tu apetito el plazo
(No sé si diga en tu afrenta),
Que, aunque mude intento, quiero
Atajarla. Aquí ha venido
Un bizarro caballero,
Muy rico y muy bien nacido,
De Valladolid: primero
Que le admitas le verás;
Diez mil ducados de renta
Hereda, y espera mas,
Y corre ya por mi cuenta
El sí que á don Juan le das.
Da. Ines. ¿Faltan hombres en Madrid
Con cuya hacienda y apoyo
Me cases sin ese ardid?
¿No es mar Madrid? ¿no es arroyo
De este mar Valladolid?
¿Pues por un arroyo olvidas
Del mar los ricos despojos?
¿O es bien que mi gusto impidas,
Y entrando amor por los ojos,
Dueño me ofrezcas de oidas?
Si la codicia civil
(Que á toda vejez infama)
Te vence, mira que es vil
Defecto. ¿Cómo se llama
Ese hombre?
D. Pedro. Don Gil.
Da. Ines. ¿Don Gil?
¿Marido de villancico?
¡Gil! ¡Jesus! no me le nombres,
Ponle un cayado y pellico.
D. Pedro. No repares en los nombres,
Cuando el dueño es noble y rico;
Tú le verás, y yo sé
Que has de volver esta noche
Perdida por él.
Da. Ines. Sí haré.
D. Pedro. Tu prima aguarda en el coche
A la puerta.
Da. Ines. Yo no iré
Con el gusto que entendí:
Denme un manto.
D. Pedro. Allá ha de estar,
Que yo se lo dije así.
Da. Ines. ¿Con Gil me quieren casar?
¿Soy yo Teresa? ¡Ay de mí!

ESCENA VI.

Decoracion de jardin.

DOÑA JUANA DE HOMBRE.

A esta huerta he sabido que don Pedro
Trae á su hija doña Ines, y en ella
Mi don Martin ingrato piensa vella;
Dichosa he sido en descubrir tan presto
La casa, los amores, y el enredo,
Que no han de conseguir, si de mi parte,
Fortuna, mi dolor puede obligarte:
En casa de mi opuesta he ya obligado
A quien me avise siempre: darle quiero
Gracias de estos milagros al dinero.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA Y CARAMANCHEL.

Car. Aquí dijo mi amo hermafrodita
Que me esperaba, y vive Dios que pienso
Que es algun familiar, que en trage de hom-
Ha venido á sacarme de juicio, [bre
Y en siéndolo, doy cuenta al santo oficio.
Da. Juana. ¿Caramanchel?
Car. ¿Señor? benevenuto.
¿Adónde bueno ó malo por el Prado?
Da. Juana. Vengo á ver una dama, por
Los vientos. [quien bebo
Car. ¿Vientos bebes? ¡mal despacho!
¡Barato es el licor, mas no borracho!
¿Y tú la quieres bien?
Da. Juana. La adoro.
Car. ¡Bueno!
No os hareis á lo menos mucho daño;
Que en el juego de amor, aunque os deis
Si de la barba llego á colegillo, [priesa,
Nunca hareis chilindron mas capadillo;
Mas ¿qué música es esta?
Da. Juana. Los que vienen
Con mi dama serán, que convidada
A este paraiso es ángel suyo.
Car. Retirate, y verás hoy maravillas.
¡Hay cosa igual! ¿capon y con cosquillas?

ESCENA VIII.

DICHOS, MÚSICOS CANTANDO, DON JUAN, DOÑA INES Y DOÑA CLARA COMO DE CAMPO.

Mús. Alamicos del Prado,
Fuentes del Duque,
Despertad á mi niña
Porque me escuche;
Y decid que compare
Con sus arenas
Sus desdenes y gracias,
Mi amor y penas:
Y pues vuestros arroyos
Saltan y bullen,
Despertad á mi niña
Porque me escuche.
Da. Clara. Bello jardin.
Da. Ines. Estas parras
De estos álamos doseles,
Que á los cuellos, cual joyeles,
Entre sus hojas bizarras
Traen colgando los racimos,
Nos darán sombra mejor.
D. Juan. Si alimenta Baco á Amor
Entre sus frutos opimos
No se hallará mal el mio.
Da. Ines. Siéntate aquí, doña Clara,
Y en esta fuente repara,
Cuyo cristal puro y frio
Besos ofrece á la sed.
D. Juan. ¿En fin, quisiste venir
A esta huerta?
Da. Ines. A desmentir,
Señor, á vuesa merced,
Y examinar mi firmeza.
Da. Juana. ¿No es muger bella?
Car. El dinero
No lo es tanto; aunque prefiero
A la suya tu belleza.
Da. Juana. Pues por ella estoy perdido;
Hablarla quiero.
Car. Bien puedes.
Da. Juana. Besando á vuesas mercedes
Las manos, licencia pido,
Por forastero siquiera,
Para gozar el recreo
Que aquí tan colmado veo.
Da. Clara. Faltando vos no lo fuera.
Da. Ines. ¿De adónde es vuesa merced?
Da. Juana. En Valladolid nací.
Da. Ines. ¿Cazolero?
Da. Juana. Tendré así
Mas sazon.
Da. Ines. Don Juan, haced
Lugar á ese caballero.
D. Juan. Pues que mi lado le doy,
Con él cortesano estoy.
Ya de zelos desespero. *ap.*
Da. Ines. ¡Qué airoso y gallardo talle!
¡Qué buena cara!
D. Juan. ¡Ay de mí! *ap.*
¿Mírale doña Ines? sí:
¡Qué presto empiezo á envidialle!
Da. Ines. ¿Y qué es de Valladolid
Vuesarcé? ¿conocerá
Un don Gil, tambien de allá,
Que vino agora á Madrid?
Da. Juana. ¿Don Gil de qué?
Da. Ines. ¿Qué sé yo?

¿Puede haber mas que un don Gil
En todo el mundo?
Da. Juana. Tan vil
¿Es el nombre?
Da. Ines. ¿Quién creyó
Que un don fuera guarnicion
De un Gil, que siendo zagal,
Anda rompiendo sayal
De villancico en cancion?
Car. ¡El nombre es digno de estima,
A pagar de mi dinero!
Y sino...
Da. Juana. Calla, grosero.
Car. Gil es mi amo, y es la prima
Y el bordon de todo nombre,
Y en Gil se rematan mil:
Que hay peregil, torongil,
Cenogil, porque se asombre
El mundo de cuán sutil
Es, que rompe cambray,
Y hasta en Valladolid hay
Puerta de Teresa Gil.
Da. Juana. Y yo me llamo tambien
Don Gil, al servicio vuestro.
D. Juan. ¿Vos don Gil?
Da. Juana. Si en sello muestro
Cosa que no os esté bien,
O que no gusteis, desde hoy
Me volveré á confirmar:
Ya no me pienso llamar
Don Gil, solo aquello soy
Que vos gusteis.
D. Juan. Caballero,
No importa á las que aquí están
Que os llameis Gil ó Beltran;
Sed cortés y no grosero.
Da. Juana. Perdonad, si os ofendí,
Que por gusto de una dama...
Da. Ines. Paso, don Juan.
D. Juan. Si se llama
Don Gil, ¿qué se nos da aquí?
Da. Ines. Este es sin duda el que viene *ap.*
A ser mi dueño; y es tal,
Que no me parece mal:
Estremada cara tiene.
Da. Juana. Pésame de haberos dado
Disgusto.
D. Juan. Tambien á mí,
Si del límite salí;
Ya yo estoy desenojado.
Da. Clara. La música en paz os ponga.

(*Levántanse.*)

Da. Ines. Salid, señor, á danzar.
D. Juan. Este don Gil me ha de dar *ap.*
En qué entender; mas disponga
El hado lo que quisiere,
Que doña Ines será mia,
Y si compite y porfía
Tendráse lo que viniere.
Da. Ines. ¿No salís?
D. Juan. No danzo yo.
Da. Ines. ¿Y el señor don Gil?
Da. Juana. No quiero
Dar pena á este caballero.
D. Juan. Ya mi enojo se acabó;
Danzad.
Da. Ines. Salga, pues conmigo.
D. Juan. ¡Qué á esto obligue el ser cortés! *ap.*
Da. Clara. Un ángel de cristal es *ap.*
El rapaz: cual sombra sigo
Su talle airoso y gentil:
Con doña Ines danzar quiero.
Da. Ines. Ya por el don Gil me muero, *ap.*
Que es un brinquillo el don Gil.

(*Danzan las damas y doña Juana.*)

Mús. Al molino del Amor
Alegre la niña va
A moler sus esperanzas:
Quiera Dios que vuelva en paz.
En la rueda de los zelos
El Amor muele su pan,
Que desmenuzan la harina,
Y la sacan candeal.
Rio son sus pensamientos,
Que unos vienen y otros van,
Y apenas llegó á su orilla
Cuando así escuchó cantar:
Borbollicos hacen las aguas,
Cuando ven á mi bien pasar,
Cantan, brincan, bullen, corren
Entre conchas de coral:
Los pájaros dejan sus nidos,
Y en las ramas del arrayan
Vuelan, cruzan, saltan, pican
Torongil, murta y azahar:
Los bueyes de las sospechas
El rio agotando van,
Que donde ellas se confirman
Pocas esperanzas hay;
Y viendo que á falta de agua
Parado el molino está,
De esta suerte le pregunta
La niña que empieza á amar:
Molinico, ¿porqué no mueles?
Porque me beben el agua los bueyes:
Vió al Amor lleno de harina,
Moliendo la libertad
De las almas que atormenta,
Y así le cantó al llegar:
Molinero sois, Amor, y sois moledor.
Si lo soy apártese, que le enharinaré.

(*Acaban el baile.*)

Da. Ines. Don Gil de dos mil donaires,
A cada vuelta y mudanza
Que habeis dado, dió mil vueltas
En vuestro favor el alma;

Ya sé que á ser dueño mio
Venis: perdonad si ingrata
Antes de veros rehusé
El bien que mi amor aguarda:
¡Muy enamorada estoy!
Da. Clara. ¡Perdida de enamorada
Me tiene el don Gil de perlas!
Da. Juana. No quiero solo en palabras
Pagar lo mucho que os debo;
Aquel caballero os guarda
Y me mira receloso;
Voime.
Da. Ines. ¿Son zelos?
Da. Juana. No es nada.
Da. Ines. ¿Sabeis mi casa?
Da. Juana. Y muy bien.
Da. Ines. ¿Y no ireis á honrar mi casa,
Pues por dueño os obedece?
Da. Juana. A lo menos á rondarla
Esta noche.
Da. Ines. Velaréla
Argos toda á sus ventanas.
Da. Juana. A Dios.
Da. Clara. Que se va, ¡ay de mí! *ap.*
Da. Ines. No haya falta.
Da. Juana. No habrá falta.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DOÑA JUANA Y CARAMANCHEL.

Da. Ines. Don Juan, ¿qué melancolía
Es esa?
D. Juan. Esto es dar al alma
Desengaños que la curen
Y aborrezcan tus mudanzas:
¡Ah Ines! en fin salí cierto.
Da. Ines. Mi padre viene, remata,
O para despues olvida
Pesares.
D. Juan. Voime, tirana;
Mas tú me lo pagarás. (*Vase.*)
Da. Ines. ¡Ay que me las jura, Clara!
Mas quiero el pié de don Gil
Que la mano de un monarca.

ESCENA X.

DICHOS, DON MARTIN Y DON PEDRO.

D. Ped. ¿Ines?
Da. Ines. Padre de mis ojos,
Don Gil no es hombre, es la gracia,
La sal, el donaire, el gusto,
Que amor en sus cielos guarda:
Ya le he visto, ya le quiero,
Ya le adoro, ya se agravia
El alma con dilaciones
Que martirizan mis ansias.

****

D. Ped. ¿Don Gil cuándo os vió, mi Ines?
D. Mart. Si no es al salir de casa
Para venir á esta huerta,
No sé yo cuando.
D. Ped. Eso basta;
Milagros, don Gil, han sido
De esa presencia bizarra:
Negociado habeis por vos;
Llegad, y dadla las gracias.
D. Mart. Señora, no sé á quién pida
Méritos, obras, palabras,
Con que encarecer la suerte
Que á tanto bien me levanta:
¿Posible es que solo el verme
En la calle os diese causa
A tanto bien? ¿es posible
Que me admitis, prenda cara?
Dadme...
Da. Ines. ¿Qué es esto? ¿Estais loco?
¿Yo de vos enamorada?
¿Yo á vos? ¿cuándo os ví en mi vida?
¿Hay mas donosa maraña? *ap.*
D. Ped. Hija, Ines, ¿perdiste el seso?
D. Mart. ¿Qué es esto, cielos?
D. Ped. ¿No acabas
De decir que á don Gil viste?
Da. Ines. Pues bien.
D. Ped. ¿Su talle no ensalzas?
Da. Ines. Digo que es un ángel, pues.
D. Ped. ¿No le ofreces sí y palabra
De esposa?
Da. Ines. ¿Qué sacas de eso,
Que de mis quicios me sacas?
D. Ped. Que á don Gil tienes presente.
Da. Ines. ¿A quién?
D. Ped. Al mismo que alabas.
D. Mart. Yo soy don Gil, Ines mia.
Da. Ines. ¿Vos don Gil?
D. Mart. Yo.
Da. Ines. ¡Qué bobada!
D. Ped. Por mi vida que es él mismo.
Da. Ines. ¿Don Gil tan lleno de barbas?
Es el don Gil que yo adoro
Un Gilito de esmeraldas.
D. Ped. ¡Ella está loca sin duda!
D. Mart. Valladolid es mi patria.
Da. Ines. De allá es mi don Gil tambien.
D. Ped. Hija, mira que te engañas.
D. Mart. En toda Valladolid
No hay, doña Ines de mi alma,
Otro don Gil, si no es yo.
D. Ped. ¿Qué señas tiene ese? aguarda.
Da. Ines. Una cara como un oro,
De almíbar unas palabras,
Y unas calzas todas verdes,
Que cielos son; y no calzas...
Agora se va de aquí.
D. Ped. ¿Don Gil de cómo se llama?

Da. Ines. Don Gil de las calzas verdes
Le llamo yo, y esto basta.
D. Ped. Ella ha perdido el juicio;
¿Qué será esto, doña Clara?
Da. Clara. Que á don Gil tengo por due-
Da. Ines. ¿Tú? [ño.
Da. Clara. Yo pues, y en yendo á casa
Procuraré que mi padre
Me case con él.
Da. Ines. El alma
Te haré yo sacar primero.
D. Mart. ¡Hay tal don Gil!
D. Ped. Tus mudanzas
Han de obligarme...
Da. Ines. Don Gil
Es mi esposo, ¿qué te cansas?
D. Mart. Yo soy don Gil, Ines mia,
Cumpla yo tus esperanzas.
Da. Ines. Don Gil de las calzas verdes
He dicho yo.
D. Ped. Amor de calzas
¿Quién le ha visto?
D. Mart. Calzas verdes
Me pongo desde mañana,
Si esta color apetece.
D. Ped. Ven, loca.
Da. Ines. ¡Ay, don Gil del alma!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Juana.

QUINTANA Y DOÑA JUANA DE MUGER.

Quint. No sé á quien te comparar;
Pedro de Urdemalas eres;
¿Pero cuándo las mugeres
No supisteis enredar?
Da. Juana. Esto, Quintana, hasta aquí
Es lo que me ha sucedido;
Doña Ines pierde el sentido
Con la libertad por mí:
Don Martin anda buscando
Este don Gil, que en su amor
Y nombre es competidor;
Mas con tal recato ando
Huyéndole la presencia,
Que desatinado entiende
Que soy hechicero ó duende:
Pierde el viejo la paciencia,
Porque la tal doña Ines,
Ni sus ruegos obedece,
Ni á don Martin apetece;
Y de tal manera es
El amor que me ha cobrado,
Que como no vuelvo á vella,
Desde entonces atropella
Con pundonores de estado,
Y como de mí no sabe,
No hay page ó criado en casa,
Ni gente por ella pasa
Con quien llorando no acabe
Que me busque.
Quint. Si te pierdes,
Quizas te pregonará.
Da. Juana. A los que me buscan da
Por señas mis calzas verdes:
Un don Juan que la servia,
Loco de ver su desden,
Para matarme tambien
Me busca.
Quint. Señora mia,
Ojo á la vida, que anda
En terrible tentacion:
Procede con discrecion,
O perderás la demanda.
Da. Juana. Yo me libraré de todo:
Una doña Clara, que es
Prima de mi doña Ines,
Tambien me quiere de modo
Que á su madre ha persuadido,
Si viva la quiere ver,
Que me la dé por muger.
Quint. Harás notable marido.
Da. Juana. A este fin me hace buscar
Casi, Quintana, á pregones
Por posadas y mesones,
Sin cansarse en preguntar
Por un don Gil de unas calzas
Verdes, de Valladolid.
Quint. Señas son para Madrid
Buenas, bien tu ingenio ensalzas.
Da. Juana. El criado que te dije
Que en partiéndote de mí
En la puente recibí,
Tambien confuso se aflige;
Porque desde ayer acá
No ha podido descubrirme,
Ni yo ceso de reirme
De ver cual viene y cual va
Buscándome como aguja
Por esta calle, despues
De saber de doña Ines
Si me esconde alguna bruja,
Y como no halla noticia
De mí, afirmará por cierto
Que el dicho don Juan me ha muerto.
Quint. Pondrále ante la justicia.
Da. Juana. Bien puede ser, porque es fiel,
Gran servicial, lindo humor,
Y me tiene estraño amor.
Quint. ¿Llámase?

Da. Juana. Caramanchel.
Quint. Pues bien, agora ¿á qué fin
Te has vuelto muger?
Da. Juana. Engaños
Son todos nuevos y estraños
En daño de don Martin:
Esta casa alquilé ayer
Con su servicio y ornato.
Quint. Aunque no saldrá barato,
No es nuevo agora el haber
En Madrid quien una casa
Dé con todo su apatusco;
El porqué la alquilas busco.
Da. Juana. Oye, y sabrás lo que pasa:
Pared en medio de aquí
Vive doña Ines (la dama
De don Martin que me ama);
Esta mañana la vi,
Y dándome el parabien
De la nueva vecindad,
Tenemos brava amistad;
Porque afirma quiere bien
A un galan, de quien retrato
Soy vivo, y que en mi presencia
La aflige menos la ausencia
De su proceder ingrato:
Si yo su vecina soy,
Podré saber lo que pasa
Con don Martin en su casa,
Y como tan cerca estoy,
Fácilmente desharé
Cuanto trazare en mi daño.
Quint. Retrato eres del engaño.
Da. Juana. Y mi remedio seré.
Quint. En fin, vienes á tener
Dos casas.
Da. Juana. Con mi escudero
Y lacayo.
Quint. ¿Y el dinero?
Da. Juana. Joyas tengo que vender
O empeñar.
Quint. ¿Y si se acaban?
Da. Juana. Doña Ines contribuirá,
Que no ama quien no da.
Quint. En otros tiempos no daban:
Vuélvome pues á Ballecas,
Hasta ver de estas marañas
El fin.
Da. Juana. Di de mis hazañas.
Quint. Yo apostaré que te truecas
Hoy en hombre y en muger
Veinte veces.
Da. Juana. Las que viere
Que mi remedio requiere,
Porque todo es menester:
Mas ¿sabes lo que he pensado
Primero que allá te partas?
Que con un pliego de cartas
Finjas que ahora has llegado
De Valladolid en busca
De mi amante.
Quint. ¿Y á qué fin?
Da. Juana. Trae sospechas don Martin
De que quien su amor ofusca
Soy yo, que en su seguimiento
Desde mi patria he venido,
Y soy el don Gil fingido:
Para que este pensamiento
No le asegure, será
Bien fingir que yo le escribo
Desde allá, y que por él vivo
Como quien sin alma está.
Dirásle tú que me dejas
En un convento encerrada,
Con sospechas de preñada,
Y darásle muchas quejas
De mi parte, y que si sabe
Mi padre de mi preñez,
Malograré su vejez,
O me ha de dar muerte grave;
Con esto le desatino,
Y creyendo que allá estoy,
No dirá que don Gil soy.
Quint. Voime á poner de camino.
Da. Juana. Y yo á escribir.
Quint. Vamos pues,
Darásme la carta escrita.
Da. Juana. Ven, que espero una visita.
Quint. ¿Visita?
Da. Juana. De doña Ines.

ESCENA II.

DOÑA INES CON MANTO Y DON JUAN.

Da. Ines. Don Juan, donde no hay amor
Pedir zelos es locura.
D. Juan. ¿Que no hay amor?
Da. Ines. La hermosura
Del mundo tanto es mayor,
Cuanto es la naturaleza
Mas varia en él; y así quiero
Ser mudable, porque espero
Tener así mas belleza.
D. Juan. Sí la que es mas variable
Esa es mas bella, en tí fundo
La hermosura de este mundo,
Porque eres la mas mudable:
¿Por un rapaz me desprecias,
Antes de saber quién es?
¿Por un niño, doña Ines?
Da. Ines. Escusa palabras necias,
Y mira, don Juan, que estoy
En casa agena.
D. Juan. Inconstante,
No lograrás á tu amante:
A matar tu don Gil voy.

Da. Ines. ¿A qué don Gil?
D. Juan. Al rapaz,
Ingrata, por quien te pierdes.
Da. Ines. Don Gil de las calzas verdes
¿No es quien perturba tu paz?
Así nos dé vida Dios,
Que no le he visto despues
De aquella tarde: otro es
El don Gil que priva.
D. Juan. ¿Hay dos?
Da. Ines. Sí, don Juan, que el don Gilico,
O fingió llamarse así,
O si á vivir vino aquí
De asiento, te certifico
Que de todos se burló:
El que de casa te ha echado
Es un don Gil muy barbado,
A quien aborrezco yo:
Pero quiéreme casar
Con él mi padre, y es fuerza
Que por darle gusto tuerza
Mi inclinacion: si á matar
Estotro don Gil te atreves,
De Albornoz tiene el renombre,
Y aunque dicen que es muy hombre,
Como amor y ánimo lleves,
El premio á mi cuenta escribe.
D. Juan. ¿Don Gil de Albornoz se llama?
Da. Ines. Así lo dice la fama,
Y en casa del conde vive,
Nuestro vecino.
D. Juan. ¿Tan cerca?
Da. Ines. Por tenerme cerca á mí.
D. Juan. Y qué, ¿le aborreces?
Da. Ines. Sí.
D. Juan. Pues si con su muerte merca
Mi fe tu amor, el laurel
Ya tu cabeza previene,
Que te hago voto solene
Que pueden doblar por él.

ESCENA III.

DOÑA INES.

¡Ojalá! que de esta suerte
Aseguraré la vida
Del don Gil, por quien perdida
Estoy, pues dándole muerte
Quedaré libre, y mi padre
No aumentará mi tormento
Con su odioso casamiento,
Por mas que su hacienda cuadre
A su avaricia maldita.

ESCENA IV.

DOÑA INES, DOÑA JUANA, DE MUGER SIN MANTO, Y VALDIVIESO, ESCUDERO VIEJO.

Da. Juana. ¡Oh, señora doña Ines!
¿En mi casa? el interes
Estimo de esta visita:
En verdad que iba yo á hacer
En este punto otro tanto.
¡Ola! ¿no hay quien quite el manto
A doña Ines?
Vald. ¿Qué ha de haber? (*A ella al oido.*)
¿Qué dueñas has recibido,
O doncellas de labor?
¿Hay otra vieja de honor
Mas que yo?
Da. Juana. No habrá venido
Esperancilla ni Vega,
¡Jesus! ¡y qué de ello pasa
La que mudando de casa,
Hacienda y trastos trasiega!
Quitalde vos ese manto,
Valdivieso. (*Quítale el manto.*)

ESCENA V.

DICHOS, MENOS VALDIVIESO.

Da. Ines. Doña Elvira,
Tu cara y talle me admira;
De tu donaire me espanto.
Da. Juana. Favorécesme, aunque sea
En nombre ageno, ya sea
Que bien te parezco, en fe
Del que tu gusto desea,
Seré como la ley vieja,
Que tendré gracia en virtud
De la nueva.
Da. Ines. Juventud
Tienes harta: estremos deja,
Que aunque no puedo negar
Que te amo, porque pareces
A quien adoro, mereces
Por tí sola enamorar
A un Adónis, á un Narciso,
Y al sol que tus ojos viere.
Da. Juana. Pues yo sé quien no me [quiere,
Aunque otros tiempos me quiso.
Da. Ines. Maldígale Dios, ¿quién es
Quien se atreve á darte enojos?
Da. Juana. Las lágrimas á los ojos
Me sacaste, doña Ines;
Mudemos conversacion,
Que refrescas la memoria
De mi lamentable historia.
Da. Ines. Si la comunicacion
Quita la melancolía,
Y en nuestra amistad consientes,

Tu desgracia es bien me cuentes,
Pues ya te dije la mia.
Da. Juana. No, por tus ojos, que amores
Agenos cansan.
Da. Ines. Ea, amiga.
Da. Juana. En fin, ¿quieres te la diga?
Pues escúchame, y no llores.
En Búrgos, noble cabeza
De Castilla, me dió el ser
Don Rodrigo de Cisneros,
Y sus desgracias con él.
Nací amante, ¡qué desdicha!
Pues desde la cuna amé
A un don Miguel de Ribera,
Tan gentil como cruel:
Correspondió á los principios,
Porque la voluntad es
Cambio, que entra caudaloso,
Pero no tarda en romper:
Llegó nuestro amor al punto
Acostumbrado, que fué
A pagar yo de contado,
Fiada en su prometer.
Dióme palabra de esposo:
¡Mal haya la simple, amen,
Que no escarmienta en palabras,
Cuando tantas rotas ve!
Partióse á Valladolid
(Cansado debió de ser),
Estaba sin padres yo;
Súpelo, fuime tras él,
Engañóme con achaques
(Y ya sabes, doña Ines,
Que el amor que anda achacoso
De achaques muere tambien):
Dábale su casa y mesa
Un primo, que don Miguel
Tenia mozo y gallardo,
Rico, discreto y cortés;
Llamábase este, don Gil
De Albornoz y Coronel,
De un don Martin de Guzman
Amigo; pero no fiel.
Sucedió que al don Martin
Y á su padre don Andres,
Les escribió de esta corte
(Tu padre pienso que fué)
Pidiéndole para esposo
De una hermosa doña Ines,
Que, si mal no conjeturo,
Tú sin duda debes ser.
Habia dado don Martin
A una doña Juana, fe
Y palabra de marido;
Mas, no osándola romper,
Ofreció este casamiento
Al don Gil, y el interes
De tu dote apetecible
Alas le puso á los piés:
Dióle cartas de favor
El viejo, y quiso con él
Partirse al punto á esta corte,
Nueva imágen de Babel:
Comunicó intento y cartas
Al amigo don Miguel,
Mi ingrato dueño, ensalzando
La hacienda, belleza y ser
De su pretendida dama
Hasta los cielos, que fué
Echar fuego al apetito,
Y su codicia encender:
Enamoróse de oidas
Don Miguel de tí, al poder
De tu dote lo atribuye,
Que ya amor es mercader;
Y atropellando amistades,
Obligacion, deudo y fe,
De don Gil hurtó las cartas
Y el nombre, porque con él
Disfrazándose á esta corte
Vino, pienso que no ha un mes;
Vendiéndose, pues, don Gil,
Te ha pedido por muger:
Yo, que sigo como sombra
Sus pasos, vine tras él,
Sembrando por los caminos
Quejas, que vendré á coger,
Colmadas de desengaños,
Que es caudal del bien querer.
Sabiendo don Gil su agravio,
Quiso seguirle tambien,
Y encontrámonos los dos,
Siendo fuerza que con él
Caminase hasta esta corte
Habrá nueve dias ó diez,
Donde aguardo la sentencia
De mi amor, siendo tú el juez.
Como vine con don Gil,
Y la ocasion siempre fué
Amiga de novedades,
Que basta en fin ser muger,
La semejanza hechicera
De los dos pudo encender
(Mirándose él siempre en mí,
Y yo mirándome en él)
Descuidos: enamoróse
Con tantas veras...
Da. Ines. ¿De quién?
Da. Juana. De mí.
Da. Ines. ¿Don Gil de Albornoz?
Da. Juana. Don Gil, á quien imité
En el talle y en la cara,
De suerte, que hizo un pincel
Dos copias y originales
Prodigiosas esta vez.
Da. Ines. ¿Uno de unas calzas verdes?

Da. Juana. Y tan verdes como él,
Que es abril de la hermosura,
Y del donaire Aranjuez.
Da. Ines. Bien le quieres, pues le alabas.
Da. Juana. Quisiérale, amiga, bien,
Si bien no hubiera querido
A quien mal supo querer;
Tengo esposo, aunque mudable;
Soy constante, aunque muger;
Nobleza y valor me ilustran;
Aliento y no zelos ten,
Que despreciando á don Gil,
Y viendo que don Miguel
Tiene ya el sí de tu padre
(Si sin tí le puede haber),
Hice alquilar esta casa,
Donde de cerca sabré
El fin de tantas desdichas
Como en mis sucesos ves.
Da. Ines. ¿Qué, don Miguel de Ribera
El don Gil fingido fué?
¿Qué, dueño tuyo y tu esposo,
Quiere que yo el sí le dé?
Da. Juana. Esto es cierto.
Da. Ines. ¡Qué! ¿el don Gil
Verdadero y cierto fué
Aquel de las verdes calzas?
¡Triste de mí! ¿qué he de hacer
Si te sirve, cara Elvira?
Y aun por eso no me ve,
Que no le bastan dos ojos
Para llorar tu desden.
Da. Juana. Como á don Miguel despre-
Tambien yo desdeñaré [cies,
A don Gil.
Da. Ines. ¿Pues de eso dudas?
Hombre que tiene muger,
¿Cómo puede ser mi esposo?
No temas eso.
Da. Juana. Pues ven,
Que á don Gil quiero escribir
En tu presencia un papel,
Que llevará mi escudero,
Y su muerte escrita en él.
Da. Ines. ¡Ay, Elvira de mis ojos!
Tu esclava tengo de ser.
Da. Juana. Ya esta boba está en la tram-
Ya soy hombre, ya muger, [pa: *ap.*
Ya don Gil, ya doña Elvira;
Mas si amo, ¿qué no seré?

ESCENA VI.

QUINTANA Y DON MARTIN.

D. Mart. ¿Y qué, tú mismo la dejas
En un convento, Quintana?
Quint. Yo mismo á tu doña Juana
En San Quirce dando quejas
Y suspiros, porque está
Con indicios de preñada.
D. Mart. ¿Cómo?
Quint. No la pára nada
En el estómago, y da
Unas arcadas terribles;
La basquiña se le aova;
Pésale mas que una arroba
El paso que da; imposibles
Se le antojan: vituperio
De su linage serás,
Si á consolarla no vas,
Y pare en el monasterio.
D. Mart. Quintana, jurára yo
Que desde Valladolid
Habia venido á Madrid
A perseguirme.
Quint. Eso no,
Ni haces bien en no tenella
En opinion mas honrada.
D. Mart. ¿No pudiera disfrazada
Seguirme?
Quint. ¡Bonita es ella!
Esta es la hora que está
Rezando entre sus iguales
Los salmos penitenciales
Por tí: ¿esa carta no da
Certidumbre que te digo
La verdad?
D. Mart. Quintana, sí,
Las quejas que escribe aquí
Mucho han de poder conmigo:
Vine á cierta pretension
A Madrid, que el rey confirme,
Y partí sin despedirme
De ella, por la dilacion
Forzosa que en mi partida
Su amor habia de poner;
Pero pues llego á saber
Que corre riesgo su vida,
Y que mi amor coge el fruto
Que su hermosura me ofrece,
Cualquier tardanza parece
Pronóstico de mi luto:
Partiréme esta semana
Sin falta, concluya ó no
A lo que vine.
Quint. Pues yo
Tomo la posta mañana,
Y á pedirla me adelanto
Las albricias.
D. Mart. Bien harás,
Hoy esta corte verás,
Y yo escribiré entre tanto.
¿Dónde tienes la posada?
Que no te llevo á la mia
Porque malograr podria
Una traza comenzada

Que despues sabrás despacio.
Quint. Junto al meson de Paredes
Vivo.
D. Mart. Bien.
Quint. Mañana puedes,
Si tienes de ir á palacio,
Darme las cartas allá.
D. Mart. En buen hora. (No he querido
Que vaya donde he fingido [*ap.*
Ser don Gil, porque dirá
La máquina que levanto.)
Quint. Voime, pues, á negociar. *ap.*
D. Mart. A Dios.
Quint. ¿En qué ha de parar, *ap.*
Cielos, embeleco tanto? (*Vase.*)
D. Mart. Basta, que ya padre soy:
Basta, que está doña Juana
Preñada: ¡aficion liviana!
Villano pago le doy.
Con un hijo es torpe modo
El que aquí pretender quiero,
Indigno de un caballero;
Pongamos remedio en todo
Dando la vuelta á mi tierra.

ESCENA VII.

DON MARTIN Y DON JUAN.

D. Juan. Señor don Gil de Albornoz,
Si, como corre la voz,
Valor vuestro pecho encierra
Para lucir el acero,
Al paso que pretender
Contra su gusto muger,
Pensamiento algo grosero;
Yo, que soy interesado
En esta parte, quisiera
Que saliesemos afuera
Del lugar, y que en el prado
O puente, sin que delante
Tuviesemos tanta gente,
Mostrásedes ser valiente,
Como mostrais ser amante.
D. Mart. La cólera requemada
Cortad, por lo que os importa,
Que para quien no la corta,
Corta cóleras mi espada,
Que yo, que mas flema tengo,
No riño sin ocasion.
Si vos teneis aficion
Cuando yo á casarme vengo,
Y me aborrece mi dama,
Pues en su mano dejó
Naturaleza el *sí* y *no*,
Y vos presumis que os ama,
Pretendámosla los dos,
Que cuando el *no* me dé á mí,
Y vos salgais con el *sí*,
No reñiré yo con vos.
D. Juan. Ella me ha dicho que es fuerza
Hacer de su padre el gusto,
Y que amándola no es justo
La deje casar por fuerza;
Y en fe de esta sinrazon,
O nos hemos de matar,
O no os habeis de casar,
Dejando su pretension.
D. Mart. ¿Doña Ines dice que quiere
A su padre obedecer,
Y mi esposa admite ser?
D. Juan. A su inclinacion prefiere
La caduca voluntad
De su padre.
D. Mart. ¿Y por ventura
Perder esa coyuntura
No seria necedad?
Si con lo que yo procuro
Salgo, ¿no es torpe imprudencia
El poner en contingencia
Lo que ya tengo seguro?
¡Muy bueno fuera, por Dios,
Que despues de reducida,
Si yo no os quito la vida
Me la quitásedes vos,
Perdiendo muger tan bella,
Y que despues de adquirido
El nombre de su marido,
Os la dejase doncella!
No, señor: permitid vos
Que logre de doña Ines
La belleza, y de allí á un mes
Podremos reñir los dos.
D. Juan. O haceis de mí poco caso,
O teneis poco valor;
Pero á vuestro necio amor
Sabré yo atajar el paso
En parte donde no tema
El favor que aquí os provoca.

ESCENA VIII.

DON MARTIN Y POCO DESPUES OSORIO.

D. Mart. ¡Para su cólera loca
No ha sido mala mi flema!
Si está doña Ines resuelta,
Y á ser mi esposa se allana,
Perdonará doña Juana,
Y mi amor dará la vuelta,
Si á Valladolid queria
Llevarme, que el interes
Y beldad de doña Ines
Escusan la culpa mia.
Os. Gracias á Dios que te veo.
D. Mart. Seas, Osorio, bien venido:

¿Hay cartas?
Os. Cartas ha habido.
D. Mart. ¿De mi padre?
Os. En el correo,
A la mitad de su lista
A ciento y doce leí
Este pliego para tí. (*Dásele.*)
D. Mart. Libranza habrá á letra vista.
(*Abrele.*)
Os. ¿Quién duda?
D. Mart. Este sobrescrito
Dice : « A don Gil de Albornoz. »
(*Lee.*) « Hijo : cuidadoso estaré hasta sa-
« ber el fin de vuestra pretension, cuyos
« principios (segun me avisais) prometen
« buen suceso : para que le consigais os re-
« mito la libranza de mil escudos, y esa
« carta para Agustin Solier, mi correspon-
« sal : digo en ella son para don Gil de Al-
« bornoz, un deudo mio : no vayais vos á co-
« brarlos, porque os conoce, sino Osorio,
« diciendo que es mayordomo de dicho
« don Gil. Doña Juana de Solis falta de su
« casa desde el dia que os partisteis; sin
« ella están confusos : no lo ando yo menos
« temiendo os haya seguido y impida lo que
« tan bien nos está; abreviad lances, y en
« desposándoos avisadme, para que yo al
« punto me ponga en camino y tengan fin
« estas marañas. — Dios os guarde como
« deseo. Valladolid, y agosto, etc.—Vues-
« tro padre. »
Os. ¿No escuchas que doña Juana
Falta de su casa?
D. Mart. Ya
Yo sé donde oculta está :
Agora llega Quintana
Con carta suya, y por ella
He sabido que encerrada
Está en San Quirce y preñada.
Os. Parirá en fe de doncella.
D. Mart. Huyóse sin avisar
A su padre, que afligida
De zelos de mi partida,
No la darian lugar
El sobresalto y la prisa,
Y esta será la ocasion
De la pena y confusion
Que aquí mi padre me avisa;
Pero entretendréla ahora
Escribiéndola, y despues
Que posea á doña Ines
(Puesto que mi ausencia llora),
La diré que tome estado
De religiosa.
Os. Si está
En San Quirce, ya tendrá
Lo mas del camino andado.

ESCENA IX.

DICHOS Y AGUILAR.

Agui. ¿Es el señor don Gil?
D. Mart. Soy
Amigo vuestro, Aguilar.
Agui. Don Pedro os envia á llamar,
Y por buena nueva os doy
Que pretende hoy desposaros
Con su sucesora bella.
D. Mart. Quisiera en albricias daros
El Potosí : esta cadena,
Aunque de poco valor,
En fe de vuestro deudor...

(*Ya á echarse don Martin las cartas en la faldriquera, y mételas por entre la sotanilla, y cáensele en el suelo.*)

Agui. Para mal de ojos es buena.
D. Mart. Vamos, y irás á cobrar
Esos escudos, Osorio,
Que si es hoy mi desposorio,
Todos los he de emplear
En joyas para mi esposa.
Os. Para su belleza es poco.
D. Mart. Bien se dispone, estoy loco :
¡Ay, mi doña Ines hermosa!

ESCENA X.

DOÑA JUANA DE HOMBRE
Y CARAMANCHEL.

Car. No he de estar mas un instante,
Señor don Gil invisible,
Con vos, que es cosa terrible
Despareceros delante
De los ojos.
Da. Juana. Si me pierdes.
Car. Un pregonero he cansado,
Diciendo : « El que hubiere hallado
A un don Gil de calzas verdes,
Perdido de ayer acá,
Dígalo, y daránle luego
Su hallazgo : » ¡ved qué sosiego
Para quien sin blanca está!
Un real de misas he dado
A las ánimas por vos,
Y á san Antonio otros dos,
De lo perdido abogado.
No quiero mas tentacion,
Que me dais que sospechar
Que sois duende ó familiar,
Y temo á la inquisicion;
Pagadme, y á Dios.
Da. Juana. Yo he estado
Todo este tiempo escondido
En una casa, que ha sido

Mi cielo, porque he alcanzado
La mejor muger en ella
De Madrid.
Car. ¿Chanzas haceis?
¿Muger vos?
Da. Juana. Yo.
Car. ¿Pues teneis
Dientes vos para comella?
¿O es acaso doña Ines,
La damaza de la huerta
Por las verdes calzas muerta?
Sí será.
Da. Juana. A lo menos es
Otra mas bella, que vive
Pegada á la casa de esa.
Car. ¿Es juguetona?
Da. Juana. Y traviesa.
Car. ¿Da?
Da. Juana. Lo que tiene.
Car. ¿Y recibe?
Da. Juana. Lo que la dan.
Car. Pues retira
La bolsa, iman de una dama.
¿Llámase?
Da. Juana. Elvira se llama.
Car. Elvira, pero sin vira.
Da. Juana. Ven, llevarásme un papel.
Car. De ellos hay un pliego aquí:

(*Alza las cartas.*)

Oye que son para tí.
Da. Juana. ¿Para mí, Caramanchel?
Car. El sobrescrito rasgado
Dice: « A don Gil de Albornoz. »
Da. Juana. Muestra, ¡ay cielos!
Car. En la voz
Y cara te has alterado.
Da. Juana. Dos cerradas y una abierta
Vienen.
Car. Mira para quién.
Da. Juana. Pronósticos de mi bien
Hacen mi ventura cierta.
« A don Pedro de Mendoza
Y Velástegui: » este es
El padre de doña Ines.
Car. Algun galan de la moza
Te pone por medianero
Con su padre, que querrá
Que le cases.
Da. Juana. Y hallará
A propósito el tercero.
Car. Mira esotro sobrescrito.
Da. Juana. Dice aquí: « A Agustin Solier
De Camargo, mercader. »
Car. Ya le conozco, un corito
Es, que tiene mas caudal
De cuantos la puerta ampara
Aquí de Guadalajara.
Da. Juana. Pues tengo á buena señal:
Esta abierta es para mí.
Car. Mírala.
Da. Juana. ¿Quién duda que es *ap.*
El pliego de don Andres
Para don Martin? (*Léelo para sí.*)
Car. ¿Que así
Haya quien hurte en la corte
Las cartas? ¡delito grave!
Pero si las nuevas sabe
A costa no mas del porte,
¿Quién las dejará de ver?
A alguno que las sacó
Y el pliego por yerro abrió
Se le debió de caer.
Da. Juana. ¡Dichosa soy en estremo! *ap.*
A buen presagio he tenido
Que á mi mano hayan venido
Estas cartas: ya no temo
Mal suceso.
Car. ¿Cuyas son?
Da. Juana. De un mi tio de Segovia.
Car. ¿A Ines querrá para novia?
Da. Juana. Acertaste su intencion:
Una libranza me envia
Para que joyas la dé
De hasta mil escudos.
Car. Fué
Mi sospecha profecía.
¿Vendrá en Agustin Solier
Librada?
Da. Juana. En esta le escribe
Que los dé luego.
Car. Recibe
El dinero en tu poder,
Y no me despediré
De tí en mi vida.
Da. Juana. A Quintana *ap.*
Voy á buscar: ¡qué mañana
Tan dichosa! ¡con buen pié
Me levanté hoy! marañas
Traza nuevas mi venganza.
Hoy cobrará la libranza
Quintana, y de mis hazañas
Verá presto el fin sutil.
Car. Por si otra vez te me pierdes
Me encajo tus calzas verdes.
Da. Juana. Hoy sabrán quién es don Gil.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Pedro.

DOÑA INES Y DON PEDRO.

Da. Ines. Digo, señor, que vives engañado,
Y que el don Gil fingido que me ofreces,

No es don Gil, ni jamas se lo han llamado.
D. Pedro. ¿Porqué mintiendo, Ines, me desvaneces?
¿Don Andres no me ha escrito por este hombre?
¿No dices que es don Gil el que aborreces?
Da. Ines. Don Miguel de Cisneros es su
Con una doña Elvira desposado: [nombre,
Su patria es Búrgos, porque mas te asombre;
La misma doña Elvira me ha contado
Todo el suceso, que en su busca viene,
Y del mismo don Gil es un traslado:
Pared en medio de esta casa tiene
La suya, hablarla puedes é informarte
De todo este embeleco, que es solene.
D. Pedro. Advierte, Ines, que debe de burlarte,
Pues no puede ser falsa aquesta firma,
Ni á la naturaleza engaña el arte.
Da. Ines. Pues si esa carta tu opinion confirma,
Repara en que don Gil (el verdadero
En quien mi voluntad su amor confirma)
Es un gallardo y jóven caballero,
Que por la gracia de un verde vestido
Con que le ví en la huerta el dia primero,
Calzas verdes le dí por apellido;
Este, pues, por la fama aficionado
De mí ó mi dote, y luego persuadido
De don Andres á que tomase estado,
Le hizo que viniese con el pliego
En su abono, que tanto te ha engañado.
Era su amigo don Miguel, y luego
Que supo de él (estando de partida)
Mi hacienda y calidad, encendió fuego
El interes que la amistad olvida;
Y sin mirar que estaba desposado
Con doña Elvira (un tiempo tan querida)
Teniéndole en su casa aposentado,
Le hurtó las cartas una noche, y vino
En la posta á esta corte disfrazado;
Ganóle por la mano en el camino,
Fingió que era don Gil, dióte ese pliego,
Y con él entabló su desatino.
El don Gil verdadero vino luego,
Que fué el que ví en la huerta, y al que mira
Como á su objeto mi amoroso fuego:
No osó contradecir tan gran mentira
Por ver tan apoyado su embeleco,
Hasta que á verme vino doña Elvira:
Esta me dijo el marañoso trueco
Y los engaños del don Gil postizo,
Que funda su esperanza en mármol seco.
Doña Elvira, señor, me satisfizo:
Mira lo mucho que en casarme pierdes,
Con quien lo está con otra, y esto hizo.
D. Pedro. ¡Hay semejante embuste!
Da. Ines. Que te acuerdes
De este suceso importa.
D. Pedro. ¿No veria
Yo al don Gil de las calzas, Ines, verdes?
Da. Ines. Doña Elvira me dijo le enviaria
A hablarte y verme aquesta misma tarde.
D. Pedro. ¿Pues cómo tarda?
Da. Ines. Aun no es pasado el dia.
¿Pero no es este, cielos? haga alarde
Con su presencia la esperanza mia.

ESCENA XII.

DICHOS Y DOÑA JUANA DE HOMBRE.

Da. Juana. A daros satisfaccion,
Señora, de mi tardanza
Vengo, y á pedir perdon,
No de que en mí haya mudanza,
Sino de mi dilacion:
Hame tenido ocupado
Estos dias el cuidado
En que me puso un traidor,
Que por lograr vuestro amor
Hasta el nombre me ha usurpado,
No falta de voluntad,
Pues desde el punto que os ví
Os rendí la libertad.
Da. Ines. Yo sé que eso no es así;
Pero, sea ó no verdad,
Conoced, señor don Gil,
A mi padre que os desea,
Y entre confusiones mil
Persuadidle á que no crea
Enredos de un pecho vil.
Da. Juana. A mucha suerte he tenido,
Señor, haberos hallado
Aquí, y llegára corrido,
A no haberme asegurado
Cartas que hoy he recibido
De don Andres de Gusman,
Que quimeras desharán
De quien con firmas hurtadas
Pretendió ver malogradas
Mis esperanzas: si dan
Fe y crédito estos renglones
Y me abona este papel,

(*Enséñale las cartas.*)

No admitais satisfacciones
Fingidas de don Miguel,
Y guardaos de sus traiciones.

(*Míralas don Pedro.*)

D. Pedro. Yo estoy, señor, satisfecho
De lo que decis, y afirma
Vuestro generoso pecho:

Esta letra y esta firma
Del agravio que os he hecho
(Si es que soy yo quien le hice)
Fué la causa, y agora es
Favor con que os autorice:
Sí, letra es de don Andres,

(*Miralas otra vez.*)

Quiero mirar lo que dice. (*Lee para sí.*)
Da. Ines. ¿Cómo va de voluntad?
Da. Juana. Vos, que sus llaves teneis,
Por mí la respuesta os dad.
Da. Ines. Desde ayer acá quereis
Mucho nuestra vecindad.
Da. Juana. ¿Desde ayer? desde que os [mira
El alma que en ella os ve,
Y en vuestra ausencia suspira.
Da. Ines. ¿En mi ausencia?
Da. Ines. ¿Pues no?
Da. Juana. ¿A fe,
Y no en la de doña Elvira?
D. Pedro. Aquí otra vez me encomienda
Don Andres la conclusion
De vuestra boda, y que entienda
La mucha satisfaccion
De vuestra sangre y hacienda.
¡El don Miguel de Cisneros
Es gentil enredador!
Mucho gusto el conoceros;
Hoy habeis de ser señor
De esta casa.
Da. Juana. ¿Qué, teneros
Por dueño y padre merezco?
Mil veces me dad los piés.
D. Pedro. Los brazos sí que os ofrezco,

(*Abrázala.*)

Y en ellos á doña Ines.
Da. Ines. Mi dicha al cielo agradezco.
Da. Juana. De esta suerte satisfago

(*Abrázala á ella.*)

Los zelos de la vecina
Que teneis.
Da. Ines. Y yo deshago
Sospechas, porque me inclina
Vuestro amor.
Da. Juana. Con ese os pago.

ESCENA XIII.

DICHOS Y QUINTANA.

Quint. ¿Don Gil mi señor está
Aquí?
Da. Juana. Quintana, ¿has cobrado *ap.*
Libranza y escudos?
Quint. Ya
En oro puro y doblado.
Da. Juana. Yo vendré á la noche acá,
Que una ocurrencia forzosa,
Mi bien, me obliga á apartar
De vuestra presencia hermosa.
D. Pedro. No hay para que dilatar
El desposorio; que es cosa
Que corre peligro.
Da. Juana. Pues
Esta noche estoy resuelto
En desposarme.
D. Pedro. Mi Ines
Será vuestra.
Da. Juana. Habeisme vuelto
El alma al cuerpo.
Da. Ines. ¡Interes
Dichoso!
Da. Juana. La vuelta doy
Luego.
Quint. Quimera sutil. *ap.*
Da. Juana. A Dios, que á palacio voy.
Quint. Vamos, Juana, Elvira, Gil.
Da. Juana. Gil, Elvira y Juana soy.

ESCENA XIV.

DON PEDRO Y DOÑA INES.

D. Pedro. ¡Qué muchacho y qué discreto
Es el don Gil! Grande amor
Le he cobrado te prometo:
Vuélvame el enredador
A casa, verá el efeto
De sus embustes.

ESCENA XV.

DICHOS, DON MARTIN Y OSORIO.

D. Mart. ¿Adónde
Se me pudieron caer?
Si lo advertiste, responde.
Os. ¿Pues puédolo yo saber?
Junto á la casa del conde
¿No las leiste?
D. Mart. ¿Has mirado
Todo lo que hay desde allí?
Os. De modo, que no he dejado
Un solo átomo hasta aquí.
D. Mart. ¿Hay hombre mas desdichado?
¿Pliego y escudos perdidos?
Os. Haz cuenta que los jugaste
En vez de comprar vestidos
Y joyas.
D. Mart. ¿No lo miraste
Bien?
Os. Con todos mis sentidos.
D. Mart. Pues vuelve, que podrá ser
Los halles.
Os. Linda esperanza.
D. Mart. Pero no; ve al mercader,

Que no acete la libranza.
Os. Esto es mejor.
D. Mart. ¿Que á perder
Un pliego de cartas venga
Un hombre como yo?
Os. Aquí
Está tu dama.
D. Mart. Hoy se venga
Su menosprecio de mí.
Os. Ruega á Dios que no la tenga
Pagada.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS OSORIO.

D. Mart. ¡O señores! (Quiero *ap.*
Disimular mi pesar.)
D. Pedro. ¿Es digno de un caballero,
Don Miguel, el enredar
Con disfraces de embustero?
¿Es bien que os finjais don Gil
De Albornoz, si don Miguel
Sois? ¿y con astucias mil,
Siendo ladron de un papel,
Querais por medio tan vil
Usurparle á vuestro amigo
El nombre, opinion y dama?
D. Mart. ¿Qué decis?
D. Ped. Esto que digo;
Y guardaos, que de esta trama
No os haga dar el castigo
Que mereceis. Si os llamais
Vos don Miguel de Cisneros,
¿Para qué nombres trocais?
D. Mart. Yo no acabo de entenderos.
D. Ped. ¡Qué bien lo disimulais!
D. Mart. ¿Yo don Miguel?
Da. Ines. Ya sabemos,
Que sois de Búrgos.
D. Mart. Mentira
Solemne.
Da. Ines. Buenos estremos;
Cumplid la fe á doña Elvira,
O á la justicia diremos
Cuan grande embelecador
Sois.
D. Mart. ¡Pues habeisme cogido
Los dos de muy buen humor
En ocasion que he perdido
Seso y escudos! Señor,
¿Quién es el autor cruel
De quimera tan sutil?
D. Ped. Sabed, señor don Miguel,
Que el verdadero don Gil
Se va agora de aquí, y de él
Tengo la satisfaccion
Que vuestro crédito pierde.
D. Mart. ¿Qué don Gil ó maldicion
Es este?
D. Ped. Don Gil el verde.
Da. Ines. Y el blanco de mi aficion.
D. Ped. Id á Búrgos entre tanto
Que él se casa, y hareis bien,
Y no finjais ese espanto.
D. Mart. Válgate el demonio, amen,
Por don Gil, ó por encanto.
Vive Dios, que algun traidor
Os ha venido á engañar:
Oid...
Da. Ines. Pasito, señor,
Que le haremos castigar
Por archi-embelecador.

ESCENA XVII.

DON MARTIN Y DESPUES OSORIO.

D. Mart. ¿Hay confusion semejante?
¿Que este don Gil me persiga
Invisible cada instante?
¿Y que, por mas que le siga,
Nunca le encuentre delante?
Estoy tan desesperado,
Que por toparme con él
Diera cuanto he grangeado;
¿Yo en Búrgos? ¿yo don Miguel?
Os. ¡Buen lance habemos echado!
D. Mart. ¿Has hablado al mercader?
Os. Mas me valiera que no:
Un don Gil ó Lucifer
Todo el dinero cobró;
Malgesí debe de ser.
D. Mart. ¿Don Gil?
Os. De Albornoz se firma;
Dándole carta de pago,
Solier me enseñó su firma.
D. Mart. Este don Gil será estrago
De toda mi casa.
Os. Afirma
El Solier que anda vestido
De verde, porque te acuerdes
De lo que has por él perdido.
D. Mart. Don Gil de las calzas verdes
Ha de quitarme el sentido:
Ninguno me haga creer
Sino que se disfrazó,
Para obligarme á perder,
Algun demonio, y me hurtó
Las cartas que al mercader
Ha dado.
Os. Hará enredos mil,
Que sabe muchas vejeces
El enemigo sutil.
Ven, señor.
D. Mart. ¡Jesus mil veces!
Válgate el diablo el don Gil.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Martin.

DON MARTIN Y QUINTANA.

D. Mart. No digas mas, basta y sobra
Saber por mi mal, Quintana,
Que murió mi doña Juana:
Muy justa venganza cobra
El cielo de mi crueldad
De mi ingratitud y olvido:
El que su homicida ha sido
Soy yo, no su enfermedad.
Quint. Déjame contarte el cómo
Sucedió su muerte en suma.
D. Mart. Vuela el mal con piés de pluma,
Viene el bien con piés de plomo.
Quint. Llegué no poco contento
Con tu carta en que fundé
Albricias, que no cobré:
Regocijóse el convento;
Salió á una red doña Juana,
Díjela que en breves dias
En su presencia estarias,
Que su sospecha era vana:
Leyó tu carta tres veces,
Y cuando iba á desprender
Joyas con que enriquecer
Mis albricias (todas nueces,
Gran ruido, y poco fruto),
Dijéronla que venia
Su padre, y que pretendia
Convertir su gozo en luto,
Dando venganza á su honor:
Encontráronse á la par
El placer con el pesar,
La esperanza y el temor;
Y como estaba preñada,
Fué el susto tan repentino,
Que á malparir al fin vino
Una niña mal formada;
Y ella, al dar el primer grito,
Dijo: *á Dios, don Mar...*, y en fin
Quedándose con el *tin*,
Murió como un pajarito.
D. Mart. No digas mas.
Quint. Ni aunque quiera
Podré, porque en pena tanta,
Tengo el alma á la garganta,
Y á un suspiro saldrá fuera.
D. Mart. ¿Agora que no hay remedio
Osais, ¡temor atrevido!
Echar del alma el olvido,
Y entraros vos de por medio?
¿Agora llora y suspira
Mi pena? ¿agora pesar?
Quint. No sé en lo que ha de parar *ap.*
Tanta suma de mentira.
D. Mart. No es posible, sino que es
El espíritu inocente
De doña Juana el que siente
Que yo quiera á doña Ines,
Y que en castigo y venganza
Del mal pago que la di
Se finge don Gil, y aquí
Hace guerra á mi esperanza;
Porque el perseguirme tanto,
El no haber parte ó lugar
Adonde á darme pesar
No acuda, si no es encanto,
¿Qué otra cosa puede ser?
El no dejar casa ó calle
Que no busque por hallalle,
El nunca llegarle á ver,
El llamarse de mi nombre,
¿No es todo esto conjetura
De que es su alma que procura
Que la vengue y que me asombre?
Quint. (Esto es bueno: doña Juana *ap.*
Cree que es alma que anda en pena:
¿Vió el mundo chanza mas buena?
Pues no le ha de salir vana,
Porque tengo de apoyar
Este disparate.) A mí (*A él.*)
Pareciame hasta aquí
Lo que escuchaba contar
Desde el dia que murió
Mi señora, que seria
Sueño que á la fantasía
El pesar representó;
Pero despues que te escucho
Que el alma de mi señora
Te persigue cada hora,
No tendré, señor, á mucho
Lo que en Valladolid pasa.
D. Mart. ¿Pues qué es lo que allá se dice?
Quint. Temo que te escandalice;
Pero no hay persona en casa
De mi señor tan osada
Que duerma sin compañía,
Si no fuí yo, desde el dia
Que murió la mal lograda,
Porque se las aparece
Con vestido varonil,
Diciendo que es un don Gil,
En cuyo hábito padece,
Porque tú con este nombre
Andas aquí disfrazado,
Y sus penas has causado.
Su padre en trage de hombre
Todo de verde la vió

Una noche, y que decia
Que á perseguirte venia,
Y aunque el buen viejo mandó
Decir cien misas por ella,
Afirman que no ha cesado
De aparecerse.
D. Mart. El cuidado
Causé yo de su querella.
Quint. ¿Y es verdad, señor, que aquí
Te llamas don Gil?
D. Mart. Mi olvido
É ingratitud ha querido
Que me llame, amigo, así:
Vine á esta corte á casarme,
Y ofendiendo su belleza,
Codiciando la riqueza
De una doña Ines, que á darme
El justo castigo viene
Que mi crueldad mereció,
En don Gil me trasformó:
Mi padre la culpa tiene
De estas desgracias, Quintana,
Su codicia é interes.
Quint. Pues no dudes de que es
El alma de doña Juana
La que por Valladolid
Causa temores y miedos,
Y dispone los enredos
Que te asombran en Madrid.
¿Pero piénsaste casar
Con doña Ines?
D. Mart. Si murió
Doña Juana, y me mandó
Mi avaro padre intentar
Este triste casamiento,
No concluirle seria
De algun modo afrenta mia.
Quint. ¿Cómo saldrás con tu intento,
Si una alma del purgatorio
A doña Ines solicita,
Y la esperanza te quita,
Que tienes del desposorio?
D. Mart. Misas y oraciones son
Las que las almas amansan,
Que en fin con ellas descansan;
Vamos, que en esta ocasion
En el Cármen y Victoria
Haré que se digan mil.
Quint. A puras misas, don Gil, *ap.*
Os llevan vivo á la gloria.

ESCENA II.

DOÑA INES Y CARAMANCHEL.

Da. Ines. ¿Dónde está vuestro señor?
Car. ¿Sélo yo, aunque traiga antojos,
Y le mire con mas ojos
Que una puente? Es arador
Que de vista se me pierde:
Por mas que le busco y llamo
Nunca quiere mi verde amo
Que en sus calzas me dé un verde:
Aquí le ví no ha dos credos;
Y aunque estaba en mi presencia,
Cual dinero de Valencia
Se me perdió entre los dedos:
Mas tal anda el motolito
Por una vuestra vecina,
Que es hija de Celestina,
Y le gazmió en el garlito.
Da. Ines. ¿A vecina nuestra quiere
Don Gil?
Car. A una doña Elvira,
Desde que le sirvo, mira
De tal suerte que se muere,
Señora, por sus pedazos.
Da. Ines. ¿Sabeis vos eso?
Car. Sé yo
Que esta noche la pasó
Cuando menos en sus brazos.
Da. Ines. ¿Esta noche?
Car. Si os remuerde
La conciencia, y otras mil,
Que aunque es lampiño el don Gil,
En obras y en nombre es verde.
Da. Ines. Vos sois un grande hablador,
Y mentis; porque esa dama
Es muger de buena fama,
Y tiene mucho valor.
Car. Si es verdad, ó si es mentira,
Lo que digo sé por él,
Y por el dicho papel (*Enséñasele.*)
Que traigo á la tal Elvira.
Está su casa cerrada,
Y mientras que vuelve á ella
Page, escudero ó doncella
(Que no debe haber criada
Que no sepa lo que pasa)
Y el papel la puede dar,
A mi amo entré á buscar,
Por si estaba en vuestra casa.
Da. Ines. ¿De don Gil es ese?
Car. Sí.
Da. Ines. Pues bien, por fuerza ha de ser
De amores.
Car. Llega á leer
Lo que puedas por aquí,
(*Por entre los dobleces.*)
Que yo, que siempre he pecado
De curioso y resabido,
Las razones he leido
Que hácia aquí se han asomado.
(*Enséñale leyendo.*)
¿Aquí no dice *Ines*, *vengo*,

Deseo me da... disgusto?
¿No dice aquí *plazo justo :*
Y allí : *noche... gusto tengo?*
¿Y hácia aquella parte : *tarde,*
Amor... á doña... á ver voy?
¿Y á aquel lado, *vuestro soy?*
¿Luego : *mio ; el cielo os guarde?*
Ved si es barro el papelillo ;
Todo esto es plata quebrada :
Saque vusted (si le agrada)
El hilo por el ovillo.
Da. Ines. A lo menos sacaré (*Quítasele.*)
Leyéndolo el falso trato
De un traidor y de un ingrato.
Car. Eso nones : suéltele,
Que me reñirá don Gil.
Da. Ines. Alcahuete, he de dar voces :
He de hacer que os den mil cocos.
Car. Dos da un asno que no mil.
Da. Ines (*leyendo*). « No hallo contento y gusto
« Cuando con vos no le tengo,
« Puesto que á ver á Ines vengo
« A costa de mi disgusto :
« Ya deseo el plazo justo
« De volver á hacer alarde
« De mi amor, y aunque esta tarde
« A ver á doña Ines voy,
« No os dé zelos, vuestro sóy :
« Dueño mio, el cielo os guarde.
¡ Qué regalado papel !
A su dueño se parece,
Tan infame que apetece
Las obras de don Miguel.
Doña Ines le da disgusto :
¡ Válgame Dios ! ¡ ya empalago !
¿Manjar soy que satisfago
Antes que me pruebe el gusto ?
¿Tan bueno es el de su Elvira,
Que su apetito provoca ?
Car. No es la miel para la boca
Del... et cétera.
Da. Ines. La ira
Que tengo es tal, que dejára
Un ejemplo cruel de mí,
A estar el mudable aquí.

(*Sale un criado.*)

Criado. Mi señora doña Clara
Viene á verte. (*Vase.*)
Da. Ines. Pretendiente
Es tambien de este galan
Empalagado : á don Juan,
Que mi amor zeloso siente,
Hé de decir que le mate,
Y me casaré con él.
Llevad vos vuestro papel (*Arrójasele.*)
A esa dama, que es remate
Del gusto que en él confiesa,
Que aunque no es Lucrecia casta,
Para tan vil hombre basta
Plato que sirvió á otra mesa. (*Vase.*)
Car. ¡ Malos años ! la pimienta
Que lleva la doña Ines
No la comerá un inglés :
¡ Qué mal hice en darla cuenta
Del papel ! no fuí discreto :
Mas purguéme en su servicio,
Porque en gente de mi oficio
Es cual ruibarbo un secreto.

ESCENA III.

QUINTANA Y DOÑA JUANA DE HOMBRE.

Quint. Misas va á decir por tí,
En fe que eres alma que anda
En pena.
Da. Juana. ¿Pues no es así ?
Quint. Mas no deja la demanda
De doña Ines.
Da. Juana. ¡ Ay de mí !
A mi padre tengo escrito
Como que á la muerte estoy
Por don Martin, que en delito
De que esposa suya soy,
Y de adorarle infinito,
De puñaladas me ha dado
Dejándome en Alcorcon ;
Que loco de enamorado
Por doña Ines, su aficion
A matarme le ha obligado.
Escríbole, que ha fingido
Ser un don Gil de Albornoz,
Porque con este apellido
Encubra la muerte atroz
Que mi amor ha conseguido ;
Que todo es castigo justo
De una hija inobediente,
Que contra su honor y gusto,
De su patria y casa ausente,
Ocasiona su disgusto :
Pero que si algun amor
Le merezco, y este alcanza
En mi muerte su favor,
Satisfaga su venganza
Las pérdidas de mi honor.
Quint. ¿ Pues para qué tanto ardid ?
Da. Juana. Es para que de esta suerte
Parta de Valladolid
Mi padre, y pida mi muerte
A don Martin en Madrid ;
Que he de perseguir si puedo,
Quintana, á mi engañador
Con uno y con otro enredo
Hasta que cure su amor
Con mi industria ó con su miedo.

Quint. Dios me libre de tenerte
Por contraria.
Da. Juana. La muger
Venga agravios de esta suerte.
Quint. A hacerle voy entender
Nuevas chanzas de tu muerte.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA Y DOÑA CLARA.

Da. Clara. Señor don Gil, justo fuera
(Sabiendo de cortesía
Tanto) que para mí hubiera
Un dia, ¿ qué digo un dia?
Una hora, un rato siquiera;
Tambien tengo casa yo
Como doña Ines; tambien
Hacienda el cielo me dió,
Y tambien quiero yo bien
Como ella.
Da. Juana. ¿ A mí?
Da. Clara. ¿ Porqué no?
Da. Juana. A saber yo tal ventura,
Creed, bella doña Clara,
Que por lograrla segura
Fuera, si otro la gozára,
Pirata de esa hermosura.
Mas como de mí imagino
Lo poco que al mundo importo,
Ni sé, ni me determino
A pretender, que en lo corto
Tengo algo de vizcaino.
Por Dios que desde que os ví
En la huerta, el corazon
(Nueva salamandra) os dí,
Llevándoos vos un giron
Del alma que os ofrecí:
Mas ni sé dónde vivis,
Qué galan por vos se abrasa,
Ni qué empleos admitis.
Da. Clara. ¿ No? pues sabed que mi casa
Es á la Red de San Luis,
Mis galanes mas de mil:
Mas quien en mi gusto alcanza
El premio por mas gentil,
Es verde cual mi esperanza,
Y es en el nombre don Gil.
Da. Juana. Esta mano he de besar,
(*Bésasela.*)
Porque del todo me cuadre
Favor tan para estimar.

ESCENA V.

DICHAS Y DOÑA INES AL PAÑO.

Da. Ines. Como me llamó mi padre,
Fuéme forzoso dejar
A mi prima por un rato...
¿ Mas no es el que miro, ¡ cielos!
Don Gil el falso, el ingrato?
¿ El que cebando mis zelos
Es de mi opuesta retrato?
¿ La mano pone en la boca
De mi prima? ¿ no es encanto
Que hombre de barba tan poca
Se atreva á ser para tanto?
¡ A qué furia me provoca!
Quiero escuchar desde aquí
Lo que pasa entre los dos.
Da. Clara. ¿ En fin, os moris por mí?
Buena mentira.
Da. Juana. Por Dios,
Que no me trateis así.
Desde el dia que en la huerta
Os ví, hermosa doña Clara,
Para mi ventura abierta,
Ni tuve mañana clara,
Ni noche segura y cierta;
Porque en la pesada ausencia
De la luz de esa hermosura,
Sol que mi amor reverencia,
Noche es pesada y oscura.
Da. Clara. No lo muestra la frecuencia
De doña Ines, que os recrea,
Y es todo vuestro interes.
Da. Juana. ¿ Yo á doña Ines, mi bien?
Da. Clara. Ea.
Da. Juana. Vive Dios, que es doña Ines
A mis ojos fria y fea:
Si Francisca se llamára,
Todas las efes tuviera.
Da. Ines. ¡ Qué buena don Gil me pára!
Da. Juana. ¡ Mas si doña Ines me oyera!
Da. Ines. ¡ Y le creerá doña Clara!
Da. Clara. Pues si no amais á mi prima,
¿ Cómo asistis tanto aquí?
Da. Juana. Eso es señal que os estima
La libertad que os rendí,
Y en vuestros ojos se anima;
Porque como no sabia
Donde vivis, y me abrasa
Vuestra memoria, venia
Por instantes á esta casa
Creyendo que os hallaria
Alguna vez en ella.
Da. Clara. Es
Lindo modo de escusar
Vuestro amor.
Da. Juana. ¿ Escusar?
Da. Clara. ¿ Pues
Habia mas de preguntar
Por mi casa á doña Ines?
Da. Juana. Fuera darla zelos eso.
Da. Clara. No quiero apurar verdades,
Don Gil; que os amo os confieso,
Y que vuestras sequedades

Me quitan el sueño y seso;
Si un amor sencillo y llano
Os obliga, asegurad
Mi pena, dadme esa mano.
Da. Juana. De esposo os la doy, tomad,
Que por lo que en ello gano
Os la beso.
Da. Ines. ¿Esto consiento?
Da. Clara. Mi prima me espera, á Dios:
Idme á ver hoy.
Da. Juana. Soy contento.
Da. Clara. Porque tracemos los dos
Despacio este casamiento. (*Vase.*)
Da. Juana. Ya que di en embelecar,
Salir bien de todo espero:
A doña Ines voy á hablar.

ESCENA VI.

DOÑA JUANA Y DOÑA INES.

Da. Ines. Enredador, embustero,
Pluma al viento, corcho al mar:
¿No basta que á doña Elvira
Engañes, que no repara
En honras que el cuerdo mira;
Sino que á mí y doña Clara
Embeleque tu mentira?
¿A tres mugeres engaña
El amor que fingir quieres?
A salir con esa hazaña
Casado con tres mugeres,
Fueras gran turco en España.
Conténtate, ingrato, infiel,
Con doña Elvira (relieves
Y sobras de don Miguel),
Que cuando sus gages lleves,
Y la escribas el papel
Que mis penas han leido,
A ti te viene sobrado
(En fe de poco advertido)
Fruto que otro ha desflorado
Y ropa que otro ha rompido.
Da. Juana. ¿Qué dices, mi bien?
Da. Ines. ¿Tu bien?
Doña Elvira, cuyos brazos
Sueño de noche te den,
Te responderán. ¡Pedazos
Un rayo los haga, amen!
Da. Juana. Caramanchel la ha enseñado
El papel que me escribí [*ap.*
A mí misma, y heme holgado,
Porque esperimente en sí
Congojas que me ha causado.
¿Qué Elvira te da sospecha?
En lo que dices repara.
Da. Ines. No está mala la deshecha;
Dígale eso á doña Clara,
Pues la tiene satisfecha
Su amor, su palabra y fe.
Da. Juana. ¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? no fué
Sino burla, por tus ojos,
Que es una necia. Háblame,
Vuélveme esos soles, ea,
Que su luz mi regalo es.
Da. Ines. Y dirá (porque le crea)
«¡Vive Dios, que es doña Ines
A mis ojos fria y fea!»
Da. Juana. ¿Pues crees tú que lo dijera,
Si burlar á doña Clara
De ese modo no quisiera?
Da. Ines. «Si Francisca se llamára,
Todas las efes tuviera:»
Pues si tantas tengo, y mira
Desechos de don Miguel,
Que por mis prendas suspira,
Casándome yo con él
Castigaré á doña Elvira.
Don Miguel es principal,
Y su discrecion, al fin,
Ha dado clara señal
Que en amar muger tan ruin
Y mudable hiciera mal:
Por mi esposo le señalo;
A mi padre voy á hablar,
Que pues á mi gusto igualo
El suyo, hoy le pienso dar
La mano.
Da. Juana. Esto va muy malo. *ap.*
¿Con remedios tan atroces
Castigas una quimera?
Oye, escucha.
Da. Ines. Si doy voces,
Haré que por la escalera
Os eche un lacayo á coces.
Da. Juana. Por Dios que por mas cruel
Que seas, has de escuchar
Mi disculpa, y que soy fiel.
Da. Ines. ¿No hay quién se atreva á matar
A este infame? ¿Ah, don Miguel?
Da. Juana. ¿Don Miguel está aqui?
Da. Ines. ¿Quieres
Trazar ya alguna maraña?
Aqui está, de miedo mueres.
Este es don Gil el que engaña (*A voces.*)
De tres en tres las mugeres:
Don Miguel, véngame de él;
Tu esposa soy.
Da. Juana. Oye, mira.
Da. Ines. Muera este don Gil cruel.
Don Miguel.
Da. Juana. Que soy Elvira,
Lleve el diablo á don Miguel.
Da. Ines. ¿Quién?
Da. Juana. Doña Elvira: ¿en la voz
Y cara no me conoces?

Da. Ines. ¿No eres don Gil de Albornoz?
Da. Juana. Ni soy don Gil, ni des voces.
Da. Ines. ¿Hay enredo mas atroz?
¡Tú doña Elvira! ¡otro engaño!
Don Gil eres.
Da. Juana. Su vestido
Y semejanza hizo el daño:
Si esto no te ha persuadido,
Averigua el desengaño.
Da. Ines. ¿Pues qué provecho interesa
Tu embeleco?
Da. Juana. ¡Vive Dios,
Que no ser don Gil me pesa,
Por tí, y que somos las dos
Pata para la traviesa!
Da. Ines. ¿En conclusion, he de darte
Crédito? No ví mayor
Semejanza.
Da. Juana. Por probarte,
Y ver si tienes amor
A don Miguel, pudo el arte
Disfrazarme; y es así,
Que una sospecha cruel
Me dió recelos de tí.
Creyendo que á don Miguel
Amabas, yo me escribí
El papel que aquel criado
Te enseñó, creyendo que era
Don Gil quien se lo habia dado,
Y dije que te le diera
Por modo disimulado,
Y que advirtiese por él
Tus zelos, y si intentabas
Usurparme á don Miguel.
Da. Ines. ¡Estrañas industrias!
Da. Juana. Bravas.
Da. Ines. ¿Qué, tú escribiste el papel?
Da. Juana. Y á don Gil pedí el vestido
Prestado, que está por tí
De amor y zelos perdido.
Da. Ines. ¿De amor y zelos por mí?
Da. Juana. Como el suceso ha sabido
De don Miguel, cuya soy,
No apetece prenda agena.
Da. Ines. Confusa y dudosa estoy.
Da. Juana. ¡Ingeniosa traza!
Da. Ines. Buena,
Y de suerte, que aun no doy
Crédito á que eres muger.
Da. Juana. ¿Pues cómo haremos que
Segura? [quedes
Da. Ines. Así se ha de hacer:
Vestirte en tu trage puedes,
Que con él podremos ver
Cómo te entalla y te inclina.
Ven, y pondráste un vestido
De los mios, que imagina
Mi amor en ese fingido,
Que eres hombre, y no vecina.
Ya se habrá ido doña Clara.
Da. Juana. ¡Buena irá!
Da. Ines. ¡Qué varonil *ap.*
Muger! Por mas que repara
Mi amor, dice que es don Gil
En la voz, presencia y cara.

ESCENA VII.

CARAMANCHEL Y DON JUAN.

D. Juan. ¿Vos servis á don Gil de Albornoz?
Car. Sirvo
A un amo que no véo en quince dias
Que ha que como su pan; dos ó tres veces
Le he hallado desde entonces; ¡ved qué talle
De dueño en relacion! ¡pues decir tiene
Fuera de mí otros pages y lacayos!
Yo solamente, y un vestido verde,
En cuyas calzas funda su apellido
(Que ya son casa de solar sus calzas),
Posee en este mundo que yo sepa;
Bien es verdad que me pagó por junto,
Desde que entré con él hasta hoy, raciones
Y quitaciones, dándome cien reales:
Pero quisiera yo servir á un amo,
Que me oleára cada instante: ¡Ola,
Caramanchel! limpiadme estos zapatos;
Sabed cómo durmió doña Grimalda;
Id al marques, que el alazan me preste;
Preguntad á Valdés, con qué comedia
Ha de empezar mañana; y otras cosas
Con que se gasta el nombre de un lacayo:
¿Pero que tenga yo un amo en el mundo
Como el macho de Bamba, que ni manda,
Ni duerme, come, ó bebe, y siempre anda?
D. Juan. Debe de estar enamorado.
Car. Y mucho.
D. Juan. ¿De doña Ines, la dama que aquí vive?
Car. Ella le quiere bien, ¿pero qué impor-
Si vive aquí pared en medio un ángel, [ta?
Que aunque yo no la he visto, á lo que él
Es tan hermosa como yo, que basta. [dice,
D. Juan. Soislo vos mucho.
Car. Viéneme de casta.
Este papel la traigo; mas de suerte
Simbolizan los dos en condiciones,
Que jamas doña Elvira, ó doña Urraca,
Pára en casa, ni en ella hay quien responda;
Pues con ser tan de noche, que han ya dado
Las once, no hay memoria de que venga
Quien lástima de mí y el papel tenga.
D. Juan. ¿Y qué, ama doña Ines á don Gil?
Car. Tanto,
Que abriéndome el papel, y conociendo
Lo que por él decia á doña Elvira,

Hizo estremos de loca.
D. Juan. Y yo los hago
De zelos. Vive Dios, que aunque me cueste
Vida y hacienda, tengo de quitarla
A todos cuantos Giles me persigan:
En busca voy del vuestro.
Car. ¡Bravo Aquiles!
D. Juan. Yo agotaré si puedo los don Giles.

ESCENA VIII.

CARAMANCHEL, DOÑA JUANA DE MUGER Y DOÑA INES.

Da. Ines. Ya esperimento en mi daño
La burla de mis quimeras;
Don Gil quisiera que fueras,
Que yo adorára tu engaño:
No he visto tal semejanza
En mi vida, doña Elvira:
En ti su retrato mira
Mi entretenida esperanza.
Da. Juana. Yo sé que te ha de rondar
Esta noche, y que te adora.
Da. Ines. ¡Ay doña Elvira! ya es hora.
Car. Doña Elvira oí nombrar;
Aquella sin duda es
Que con doña Ines está;
El diablo la trajo acá,
Que estando con doña Ines,
Mal podré darla el papel
Que mi don Gil la escribió,
Y ya su merced leyó.
Hermano Caramanchel,
A palos me vais oliendo.
Da. Ines. Ola, ¿qué buscais aquí?
Car. ¿Sois vos doña Elvira?
Da. Juana. Sí.
Car. ¡Jesus, qué es lo que estoy viendo!
¿Don Gil con basquiña y toca?
No os llevo mas la mochila:
De dia Gil, de noche Gila,
Oxte puto, punto en boca.
Da. Juana. ¿Qué decis? ¿estais en vos?
Car. ¿Qué digo? que sois don Gil,
Como Dios hizo un candil.
Da. Juana. ¿Yo don Gil?
Car. Sí, juro á Dios.
Da. Ines. ¿Piensas que soy sola yo
La que tu presencia engaña?
Car. Azotes dan en España
Por menos que eso. ¿Quién vió
Un hombrimacho, que afrenta
A su linage?
Da. Ines. Esta dama
Es doña Elvira.
Car. Amo, ó ama,
Despídome, hagamos cuenta;
No quiero señor con saya
Y calzas, hombre y muger;
¿Qué, quereis en mí tener
Juntos lacayo y lacaya?
No mas amo hermafrodita,
Que comer carne y pescado
A un tiempo, no es aprobado;
Despachad con la visita,
Y á Dios.
Da. Juana. ¿De qué es el espanto?
¿Pensais que vuestro señor
Sin causa me tiene amor?
Por parecérseme tanto
Emplea en mí su esperanza.
Díselo tú, doña Ines.
Da. Ines. Causa suelen decir que es
Del amor la semejanza.
Car. Sí; ¿mas tanta? No, par Dios:
¿A mí engañifas, señora?
Da. Juana. Y si viene antes de un hora
Don Gil aquí y á los dos
Nos veis juntos, ¿qué direis?
Car. Que hablé por boca de ganso.
Da. Juana. Pues él vendrá humilde y manso,
Y vos mismo le hablaréis,
Conociendo la verdad.
Car. ¿Dentro un hora?
Da. Juana. Y á ocasion
Que os admire.
Car. Pues chiton.
Da. Juana. En la calle le esperad,
Y subámonos las dos
Al balcon para aguardalle.
Car. Bájome pues á la calle:
Este me dió para vos; (*Dásele.*)
Mas rehusé por doña Ines
La embajada.
Da. Juana. Ya es mi amiga.
Car. Don Gil es, aunque lo diga
El conde Partinuplés.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

DON JUAN COMO DE NOCHE.

Con determinacion vengo
De agotar estos don Giles,
Que agravian por medios viles
Las esperanzas que tengo.
Dos son: ¿quién duda que alguno
Su dama vendrá á rondar?
O me tienen de matar,
O no ha de quedar ninguno.

ESCENA X.

DON JUAN Y CARAMANCHEL.

Car. A esperar vengo á don Gil,
Si calles ronda y pasea,
Que por Dios, aunque lo vea
No dos veces, sino mil,
No lo tengo de creer.

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA INES Y DOÑA JUANA DE MUGER A LA VENTANA.

Da. Ines. ¡Qué estraordinario calor!
Da. Juana. Pica el tiempo y pica amor.
Da. Ines. ¿Si ha de venirnos á ver
Mi don Gil?
Da. Juana. ¿Y dudas de eso?
(Para poderme apartar *ap.*
De aquí me vendrá á llamar
Brevemente Valdivieso,
Y podré de hombre vestida
Fingirme don Gil abajo.)
D. Juan. El premio de mi trabajo
Escucho, mi Ines querida.
(Si no me engaña la voz, *ap.*
Es la que á la reja está.)
Da. Ines. Gente siento: ¿si será
Nuestro don Gil de Albornoz?
Da. Juana. Háblale y sal de esa duda.
Car. Un rondante se ha parado:
¿Si es mi don Gil encantado?
D. Juan. Llegad y hablad, lengua muda.
¿Ah de arriba?
Da. Ines. ¿Sois don Gil?
D. Juan. (Allí le pica, diré *ap.*
Que sí.) Don Gil soy, que en fe (*Rebozado.*)
De que en vos busco mi abril,
En viéndoos, señora mia,
Mi calor pude templar.
Da. Ines. Eso es venirme á llamar
Por gentil estilo fria.
Car. Muy grueso don Gil es este;
El que sirvo habla atiplado,
Si no es ya que haya mudado
De ayer acá.
D. Juan. Manifieste
El cielo mi dicha.
Da. Ines. En fin,
¿Que á un tiempo os abraso y hielo?
D. Juan. Quema amor, hiela un recelo.
Da. Juana. Sin duda que es don Martin
El que habla; ¡qué en vano pierdes [*ap.*
El tiempo, ingrato, sin mí!
Da. Ines. No parece él. ¿Sois, decí,
Don Gil de las calzas verdes?
D. Juan. ¿Luego no me conoceis?
Car. Ni yo tampoco, par Dios.
Da. Ines. ¡Como me pretenden dos!
D. Juan. Sí; ¿mas vos á cuál quereis?
Da. Ines. A vos, aunque en el hablar
Nuevas dudas me habeis dado.
D. Juan. Hablo bajo y rebozado,
Que es público este lugar.

ESCENA XII.

DICHOS, DON MARTIN Y OSORIO, CON VESTIDOS VERDES.

D. Mart. Osorio, ya doña Juana
Muerta (como dicen) sea
Quien me persigue y desea
(En la opinion de Quintana)
Que no goce á doña Ines;
Ya otro amante disfrazado
El nombre me haya usurpado
Por ver cuán querido es:
¡El seso de envidia pierdo!
¿Puede doña Ines amalle
Por de mejor cara y talle?
Os. No por cierto.
D. Mart. ¿Por mas cuerdo?
Tú sabes cuán celebrado
En Valladolid he sido:
¿Por mas noble ó bien nacido?
Guzmana sangre he heredado;
¿Por mas hacienda? ocho mil
Ducados tengo de renta,
Y en la nobleza es afrenta
Amar el interes vil.
Pues si solo es porque vino
Con trage verde, yo y todo
He de andar del mismo modo.
Os. Ese es gentil desatino. *ap.*
D. Mart. ¿Qué dices?
Os. Que el seso pierdes.
D. Mart. Piérdale ó no, yo he de andar
Como él, y me han de llamar
Don Gil de las calzas verdes:
Vete á casa, que hablar quiero
A don Pedro.
Os. En ella aguardo.

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS OSORIO.

Da. Ines. ¡Don Gil discreto y gallardo,
(*A don Juan.*)
Poco amais, y mucho os quiero!
D. Mart. ¿Don Gil, cómo? Este es sin [duda
Quien contradice mi amor.
¡Si es doña Juana! el temor
De que en penas anda, muda
Mi valor en cobardía:

En no meterme me fundo
Con cosas del otro mundo,
Que es bárbara valentía.
Da. Ines. Gente parece que viene.
D. Juan. Reconoceré quién es.
Da. Ines. ¿Para qué?
D. Juan. ¿No veis, mi Ines,
Que nos mira y se detiene?
Diré que pase adelante;
Entre tanto me esperad.
¿Hidalgo?
D. Mart. ¿Quién va?
D. Juan. Pasad.
D. Mart. ¿Dónde, si por ser amante
Tengo aquí prendas?
D. Juan. Don Gil *ap.*
Es este, el aborrecido
De doña Ines, conocido
Le he en la voz.
Car. ¡Oh qué alguacil
Tan á propósito agora!
¡Y qué dos espadas pierde!
D. Juan. Don Gil el blanco ó el verde,
Ya se ha llegado la hora
Tan deseada de mí
Y tan rehusada de vos.
D. Mart. Conocidome ha por Dios; *ap.*
Y quien rebozado así
Sabe quien soy, no es mortal,
Ni salió mi duda vana:
El alma es de doña Juana.
D. Juan. Dad de vuestro amor señal,
Don Gil, que es de pechos viles
Ser cobarde y servir dama.
Car. ¿Don Gil estotro se llama?
A pares vienen los Giles:
Pues no es mi don Gil tampoco,
Que hablára á lo caponil.
D. Juan. Sacad la espada, don Gil.
Car. O son dos, ó yo estoy loco.
Da. Ines. Otro don Gil ha venido.
Da. Juana. Debe de ser don Miguel.
Da. Ines. Bien dices, sin duda es él.
Da. Juana. ¿Ya hay tantos de mi apellido?
No conozco á este postrero. *[ap.*
D. Juan. Sacad el acero, pues,
O habré de ser descortés.
D. Mart. Yo nunca saco el acero
Para ofender los difuntos,
Ni jamas mi esfuerzo empleo
Con almas, que yo peleo
Con almas y cuerpos juntos.
D. Juan. Eso es decir que estoy muerto
De asombro y miedo de vos.
D. Mart. Si estais gozando de Dios,
(Que así lo tengo por cierto)
O en carrera de salvaros,
Doña Juana, ¿qué buscais?
Si por dicha en pena andais,
Misas digo por libraros;
Mi ingratitud os confieso,
Y ojalá os resucitára
Mi amor, que con él pagára
Culpas de mi poco seso.
D. Juan. ¿Qué es esto? ¿yo doña Juana?
¿Yo difunto? ¿yo alma en pena?
Da. Juana. ¡Lindo rato, burla buena!
Car. ¿Almitas? ¡santa Susana,
San Pelagio, santa Elena!
Da. Ines. ¿Qué será esto, doña Elvira?
Da. Juana. Algun loco: calla y mira.
Car. ¿Almas de noche y en pena?
¡Ay Dios! todo me desgrumo.
D. Juan. Sacad la espada, don Gil,
O haré alguna hazaña vil.
Car. ¡Oh quién se volviera en humo,
Y por una chimenea
Se escapára!
D. Mart. Alma inocente,
Por aquel amor ardiente
Que me tuviste y recrea
Mi memoria, que ya baste
Mi castigo y tu rigor.
Si por estorbar mi amor
Cuerpo aparente tomaste,
Y llamándote en Madrid
Don Gil intentas mi ultraje;
Si con ese nombre y trage
Andas por Valladolid,
Y no te has vengado harto;
Por el malogrado fruto,
Ocasion de triste luto
Que dió á tu casa el malparto,
Que no aumentes mis desvelos.
Alma, cese tu porfía,
Que no entendí yo que habia
En el otro mundo zelos;
Pues por mas trazas que des,
Ya estés viva, ya estés muerta,
O la mia verás cierta,
O mi esposa á doña Ines.

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS DON MARTIN.

D. Juan. ¡Vive el cielo, que se ha ido,
Escusando la cuestion,
Con la mas nueva invencion,
Que los hombres han oido!
Car. ¿Lacayo Caramanchel
De alma en pena? esto faltaba:
Y aun por eso no le hallaba
Cuando andaba en busca de él.
¡Jesus mil veces!
Da. Juana. Amiga,

Averiguar un suceso
Me importa. A Dios, Valdivieso
Me espera abajo; prosiga
La plática comenzada,
Pues don Gil contigo está.
Da. Ines. ¿No te esperarás, y irá
Contigo alguna criada?
Da. Juana. ¿Para qué? si un paso estoy
De mi casa.
Da. Ines. Toma, pues,
Un manto.
Da. Juana. No, doña Ines,
Que en cuerpo y sin alma voy.

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS DOÑA JUANA.

D. Juan. Quiero volverme á mi puesto
Por ver si el don Gil menor
Es hoy tambien rondador.
Da. Ines. En gran peligro os ha puesto,
Don Gil, vuestro atrevimiento.
D. Juan. Amor que no es atrevido
No es amor, afrenta ha sido:
Escuchad, que gente siento.

ESCENA XVI.

DICHOS Y DOÑA CLARA DE HOMBRE.

Da. Clara. Zelos de don Gil me dan
Animo á que en trage de hombre
Mi mismo temor me asombre:
¡A fe que vengo galan!
Por ver si mi amante ronda
A doña Ines y me engaña
Hice esta amorosa hazaña:
Él mismo por mí responda.
D. Juan. Aguardad, sabré quién es.

(*Apártase don Juan, y llega á la ventana doña Clara.*)

Da. Clara. Gente á la ventana está:
Llegarme quiero hácia allá,
Por si acaso doña Ines
A don Gil está esperando,
Que él me tengo de fingir,
Por si puedo descubrir
Los zelos que estoy temblando.
¡Ah del balcon! Si merece
Hablaros, bella señora,
Un don Gil que en vos adora,
En fe que el alma os ofrece,
Don Gil de las calzas soy
Verdes, como mi esperanza.
Car. ¿Otro Gil entra en la danza?
Don Giles llueve Dios hoy.
Da. Ines. Este es mi don Gil querido,
Que en el habla delicada
Le reconozco: engañada
De don Juan sin duda he sido,
Que es sin falta el que hasta aquí
Hablando conmigo ha estado.
D. Juan. El don Gil idolatrado
Es este.
Da. Ines. ¡Triste de mí!
Que temo que ha de matalle
Este don Juan atrevido.

(*Llégase don Juan á doña Clara,*)

D. Juan. Huélgome que hayais venido
A este tiempo y á esta calle,
Señor don Gil, á llevar
El pago que mereceis.
Da. Clara. ¿Quién sois vos que os pro-
Tanto? [meteis
D. Juan. El que os ha de matar.
Da. Clara. ¿Matar?
D. Juan. Sí, y don Gil me llamo,
Aunque vos habeis fingido
Que es don Miguel mi apellido:
A doña Ines sirvo y amo.
Da. Clara. El diablo nos trujo acá: *ap.*
Aquí os matan, doña Clara.

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA JUANA DE HOMBRE, Y DESPUES QUINTANA.

Da. Juana. A ver vengo en lo que pára
Tanto embeleco; y si está
Doña Ines á la ventana
Todavía la he de hablar.
Quint. Ahora acaba de llegar
Tu padre á Madrid.
Da. Juana. Quintana,
Persuadido que me ha muerto
Don Martin en Alcorcon,
A tomar satisfaccion
Vendrá ya.
Quint. Tenlo por cierto.
Da. Juana. Gente hay en la calle.
Quint. Espera,
Reconoceré quién es.
Da. Clara. ¿Don Gil sois?
D. Juan. Y doña Ines
Mi dama.
Da. Clara. ¡Buena quimera!
Da. Juana. ¡Ah caballeros! ¿hay paso?
D. Juan. ¿Quién lo pregunta?
Da. Juana. Don Gil.
Car. Ya son cuatro, y serán mil:
¡Endiablado está este paso!
D. Juan. Dos don Giles hay aquí.
Da. Juana. Pues conmigo serán tres.
Da. Ines. ¡Otro Gil, cielos! ¿cuál es
El que vive amante en mí?

D. Juan. Don Gil el verde soy yo.
Da. Clara. Ya he vuelto mi miedo en
A doña Ines ronda, ¡cielos! [zelos. *ap.*
Sin duda que me engañó;
De él me tengo de vengar.
Don Gil de las calzas verdes (*A ellos.*)
Soy yo solo.
Quint. El nombre pierdes:
Dél te salen á capear
Otros tres Giles.
Da. Juana. Yo soy
Don Gil el verde, ó el pardo.
Da. Ines. ¿Hay suceso mas gallardo?
D. Juan. Guardando este paso estoy:
O váyanse, ó mátarélos.
D. Juana. ¡Sazonada flema, á fe!
Quint. Vuestro valor probaré.
Car. Mueran los Giles.

(*Echan mano, y hiere Quintana á don Juan.*)

D. Juan. ¡Ay cielos!
Muerto soy.
Da. Juana. Porque te acuerdes
De tu presuncion, despues,
Di que te hirió, á doña Ines,
Don Gil de las calzas verdes.

(*Vanse los tres.*)

Da. Clara. Pártome desesperada
De zelos: ¿mas no me dió
Fe y palabra? haréle yo
Que la cumpla. (*Vase.*)
Da. Ines. Bien vengada
De don Juan don Gil me deja:
Querréle mas desde hoy. (*Vase.*)
Car. Lleno de don Giles voy:
Cuatro han rondado esta reja;
Pero el alma enamorada
Que por suyo me alquiló,
Del purgatorio sacó
En su ayuda esta Gilada.
Ya la mañana serena
Amanece: sin sentido
Voy: ¡Jesus! ¡Jesus, que he sido
Lacayo de un alma en pena! (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON MARTIN VESTIDO DE VERDE.

Calles de aquesta corte, imitadoras
Del confuso Babel, siempre pisadas
De mentiras, al rico aduladoras
Como al pobre severas, desbocadas:
Casas á la malicia, á todas horas
De malicias y vicios habitadas;
¿Quién á los cielos en mi daño instiga,
Que nunca falta un Gil que me persiga?
Arboles de este prado, en cuyos brazos
El viento mece las dormidas hojas,
De cuyos ramos, si pendieran lazos,
Colgára por trofeo mis congojas:
Fuentes risueñas, que feriais abrazos
Al campo, humedeciendo arenas rojas;
Pues sabeis murmurar, vuestra agua diga
Que nunca falta un Gil que me persiga.
¿Qué delitos me imputan, que parece
Que es mi contraria hasta mi misma som-
Á doña Ines adoro: ¿esto merece [bra?
El castigo invisible que me asombra?
¿Qué don Gil mis deseos desvanece?
¿Por qué fortuna como yo se nombra?
¿Porqué me sigue tanto? ¿es porque diga
Que nunca falta un Gil que me persiga?
Si á doña Ines pretendo, un don Gil lue-
Pretende á doña Ines, y me la quita; [go
Si me escriben, don Gil me usurpa el plie-
Y con él sus quimeras facilita; [go,
Si dineros me libran, cuando llego
Hallo que este don Gil cobró la dita.
Ya ni sé adónde vaya, ni á quién siga,
Pues nunca falta un Gil que me persiga.

ESCENA XIX.

DON MARTIN, QUINTANA, DON DIEGO Y UN ALGUACIL.

Quint. Este es el don Gil fingido
A quien conoce su patria
Por don Martin de Guzman,
Y el que ha muerto á doña Juana
Mi señora.
D. Diego. ¡Oh, quién pudiera
Teñir las prolijas canas
En su sangre sospechosa,
Que no es noble quien agravia!
Llegad, señor, y prendedle.
Alg. Dad, caballero, las armas.
D. Mart. ¿Yo?
Alg. Sí.
D. Mart. ¿A quién?
Alg. A la justicia.
D. Mart. ¿Qué es esto? ¡nuevas marañas!

(*Dáselas.*)

¿Por qué culpas me prendeis?
D. Diego. ¿Ignoras, traidor, la causa,
Despues de haber dado muerte
A tu esposa malograda?
D. Mart. ¿A qué esposa? ¿qué malogros?
De esposo la di palabra,
Partíme luego á esta corte;
Dicen que quedó preñada:
Si de malparir una hija
Se murió estando encerrada
En San Quirce, ¿tengo yo
Culpa de esto? Tú, Quintana,

¿No sabes la verdad de esto?
Quint. La verdad que yo sé clara
Es, don Martin, que habeis dado
Sin razon, de puñaladas
A vuestra inocente esposa,
Y en Alcorcon sepultada
Pide contra vos al cielo
Como Abel justa venganza.
D. Mart. ¡Vive Dios, traidor!
Alg. ¿Qué es esto?
D. Mart. Que á no hallarme sin espada,
La lengua con que has mentido,
Y el corazon te sacára.
D. Diego. ¿Qué importa, tirano aleve,
Que niegues lo que esta carta
Afirma de tus traiciones?
D. Mart. La letra es de doña Juana.
(*Lee para sí.*)
D. Diego. Mira lo que dice en ella.
D. Mart. ¡Jesus! ¡Jesus! ¿puñaladas
Yo á mi esposa en Alcorcon?
¿Yo estuve en Alcorcon?
D. Diego. Basta,
Deja escusas aparentes.
Alg. Despacio hareis la probanza,
Señor, de vuestra inocencia
En la cárcel.
D. Mart. Si quedaba
En San Quirce, como muestran
Estas escritas palabras
De su mano y de su firma,
Decid, ¿cómo pude darla
La muerte yo en Alcorcon?
D. Diego. Porque finges letras falsas,
Del modo que nombre finges.

ESCENA XX.

DICHOS, DON ANTONIO Y CELIO.

D. Ant. Ese es don Gil, en las calzas
Verdes le conocereis.
Celio. Si, que estos don Gil lo llaman.
La palabra que le distes
A mi prima doña Clara,
Señor don Gil, por justicia
(Ya que vuestro amor la engaña)
Venimos á que cumplais.
D. Diego. Esa es sin duda la dama
Por quien á su esposa ha muerto.
D. Mart. ¿Quereis volverme esa daga?
Acabaré con la vida,
Pues mis desdichas no acaban.
D. Ant. Doña Clara os quiere vivo,
Y como á su esposo os ama.
D. Mart. ¿Qué doña Clara, señores,
Que no soy yo?
D. Ant. ¡Buena estaba
La escusa! ¿no sois don Gil?
D. Mart. Así en la corte me llaman,
Mas no el de las calzas verdes.
D. Ant. ¿No son verdes esas calzas?
Celio. O habeis de perder la vida,
O cumplir palabras dadas.
D. Diego. Quitarásela el verdugo,
Levantando en una escarpia
Su cabeza enredadora
Antes de un mes en la plaza.
Celio. ¿Cómo?
Alg. Mató á su muger.
Celio. ¡Ah traidor!
D. Mart. ¡Oh, si llegára
A dar remate á mis penas
La muerte que me amenaza!

ESCENA XXI.

DICHOS, FABIO Y DECIO.

Fabio. Ese es el que hirió á don Juan
En la pendencia pasada;
Con él está un alguacil.
Decio. La ocasion es estremada:
Poned, señor, en la cárcel
A este hidalgo.
D. Mart. ¿Hay mas desgracias?
Alg. Allá va: pero ¿porqué
Prenderle los dos me mandan?
Fabio. Hirió don Juan de Toledo
Anoche, junto á las casas
De don Pedro de Mendoza.
D. Mart. ¿Yo á don Juan?
Quint. ¡Miren si escampa!
D. Mart. ¿Qué don Juan, cielos? ¿qué
¿Qué casa ó qué cuchilladas? [noche?
¿Qué persecucion es esta?
Mirad, señores, que el alma
De doña Juana difunta
(Que dicen que en penas anda)
Es quien á todos enreda.
D. Diego. ¿Luego habeisla muerto?
Alg. Vaya
A la cárcel.
Quint. Aguardad,
Que se apean unas damas
De un coche, y vienen aprisa
A dar luz á estas marañas.

ESCENA XXII.

DICHOS, DOÑA JUANA DE HOMBRE, DON PEDRO, DOÑA INES, DOÑA CLARA DE MUGER, Y DON JUAN CON BANDA EN EL BRAZO.

Da. Juana. ¡Padre de los ojos mios!
D. Diego. ¡Cómo! ¿quién sois?
Da. Juana. Doña Juana,
Hija tuya.

D. Diego. ¿ Vives ?
Da. Juana. Vivo.
D. Diego. ¿Pues no es tuya aquesta carta?
Da. Juana. Todo fué porque vinieses
A esta corte, donde estaba
Don Martin hecho don Gil,
Y ser esposo intentaba
De doña Ines, á quien dí
Cuenta de esta historia larga,
Y á poner remedio viene
A todas nuestras desgracias.
Yo he sido el don Gil fingido,
Célebre ya por mis calzas,
Temido por alma en pena.
Por serlo tú de mi alma, (*A don Martin.*)
Dame esa mano.
D. Mart. Confuso
Te la beso, prenda cara,
Y agradecido de ver
Que cesaron por tu causa
Todas mis persecuciones.
La muerte tuve tragada;
Quintana contra mí ha sido. [tana.
Da. Juana. Volvió por mi honor Quin-
D. Mart. Perdonad mi ingratitud,
Señor. (*A don Diego.*)
D. Diego. Ya padre os enlaza
El cuello, quien enemigo
Vuestra muerte procuraba.
D. Pedro. Ya nos consta del suceso,
Y las confusas marañas
De don Gil, Juana y Elvira:
La herida no ha sido nada
De don Juan.
D. Juan. Antes por ver
Que ya doña Ines me paga
Finezas, tengo salud.
Da. Inés. Dueño sois de mí y mi casa.
D. Pedro. Don Antonio lo ha de ser
De la hermosa doña Clara.
Da. Clara. Engañóme como á todos
Don Gil de las verdes calzas.
D. Ant. Yo medro por él mis dichas,
Pues vos premiais mi esperanza.
D. Diego. Ya, don Martin, sois mi hijo.
D. Mart. Mi padre que venga falta
Para celebrar las bodas.

ESCENA XXIII.

DICHOS Y CARAMANCHEL LLENO DE CANDELILLAS EL SOMBRERO Y CALZAS, VESTIDO DE ESTAMPAS DE SANTOS, CON UN CALDERO AL CUELLO Y UN HISOPO.

Car. ¿ Hay quién rece por el alma
De mi dueño, que penando
Está dentro de sus calzas?
Da. Juana. Caramanchel, ¿ estás loco?
Car. Conjúrote por las llagas
Del hospital de las bubas;
Abernuncio, arredro vayas.
Da. Juana. Necio, que soy tu don Gil,
Vivo estoy en cuerpo y alma.
¿ No ves que trato con todos,
Y que ninguno se espanta?
Car. ¿ Y sois hombre, ó sois muger?
Da. Juana. Muger soy.
Car. Eso bastaba
Para enredar treinta mundos.

ESCENA XXIV.

DICHOS Y OSORIO.

Os. Don Martin, ahora acaba
Vuestro padre de apearse.
D. Pedro. ¿ De apearse y no en mi casa?
Os. Esperando os está en ella.
D. Pedro. Vamos, pues, porque se hagan
Las bodas de todos tres.
Da. Juana. Y porque su historia acaba
Don Gil de las calzas verdes.
Car. Y su comedia con calzas.

EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

CONVIDADO DE PIEDRA.

El héroe de esta comedia es el famoso don Juan Tenorio, de quien tantas y tan estrañas cosas cuenta la tradicion, y que ha servido de tipo á todas esas creaciones de personages escépticos y fatales de que es tan pródigo el moderno cormentalismo (1). Este carácter, pintado primero por

(1) No hemos titubeado en adoptar esta voz | nueva, creada por Silvio Pellico, por parecer-

Tirso de Molina, y luego sucesivamente por Zamora, Molière, Byron y Dumas, no es sin embargo una creacion de nuestro célebre poeta madrileño, que le halló bosquejado y *comprobado*, digámoslo así, con hechos, en las crónicas de Sevilla. He aquí en sustancia lo que contienen estas acerca del héroe que nos ocupa, y cuyo nombre ha pasado á ser, sobre todo fuera de España, una espresion proverbial para designar á un hombre esencialmente estragado, emprendedor y ateo.

Don Juan Tenorio, de una ilustre familia de los *veinticuatros* de Sevilla (entre los cuales, si no nos engañamos, se halla todavía un Tenorio), dió muerte una noche al comendador Ulloa, despues de haberle robado su hija; el comendador fué enterrado en el convento de San Francisco, donde su familia poseia una capilla: esta capilla y la estatua del comendador fueron destruidas en un incendio á mediados del siglo pasado. Los frailes franciscos, deseando poner un límite á las demasías de don Juan, á quien su distinguido nacimiento ponia á cubierto de la justicia ordinaria, le atrajeron una noche á su convento con falsos pretestos y le quitaron la vida, estendiendo luego la voz de que don Juan habia ido á insultar en su capilla á la estatua del comendador y que esta le habia precipitado en los infiernos.

Ya sea esto un hecho histórico, como nos inclinamos á creer, ya una fábula inventada para aterrar á los impíos, no puede negarse que la tradicion de don Juan Tenorio está muy en el carácter de la época y que es muy á propósito para inflamar la imaginacion de los poetas y escitar un vivo interes.

La comedia de Tirso, fundada en este argumento, no puede en verdad presentarse como un modelo; pero ademas de que contiene realmente muchas bellezas, hemos creido deber insertarla en esta coleccion, así por ser muy poco conocida, como porque suponemos que tendrá gusto el lector en ver tratado este asunto tan popular en todos los paises, por el primer poeta que le presentó en la escena. La lectura de esta comedia nos parece una escelente preparacion para escuchar con el debido recogimiento el *Don Giovanni* de Mozart y comprender todo el genio, toda la filosofía de aquella sublime particion.

Inútil será decir á los que la hayan leido, cuanto se han inspirado de esta comedia todos los que han tratado el mismo argumento, y sobre todo el admirable bardo de *Childe-Harold*, como el mas capaz de comprender todo el partido que podia sacarse de los grandes y originales pensamientos del poeta español.

PERSONAS.

DON DIEGO TENORIO, viejo.
DON JUAN TENORIO, su hijo.
CATALINON, lacayo.
EL REY DE NÁPOLES.
EL DUQUE OCTAVIO.
DON PEDRO TENORIO.
EL MARQUES DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL REY DE CASTILLA.
ISABELA, duquesa.
TISBEA, pescadora.
BELISENA, AMINTA, } villanas.
ANFRISO, CORIDON, } pescadores.
GASENO, PATRICIO, } labradores.
FABIO, RIPIO, } criados.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

SALEN DON JUAN TENORIO É ISABELA.

Isab. Duque Octavio, por aquí
Podrás salir mas seguro.
D. Juan. Duquesa, de nuevo os juro
De cumplir el dulce sí.
Isab. Mis glorias serán verdades,
Promesas y ofrecimientos,
Regalos y cumplimientos,
Voluntades y amistades.
D. Juan. Sí, mi bien.
Isab. Quiero sacar
Una luz.
D. Juan. Pues ¿para qué?
Isab. Para que el alma dé fe
Del bien que llego á gozar.
D. Juan. Mataréte la luz yo.
Isab. ¡Ah, cielo! ¿quién eres, hombre?
D. Juan. ¿Quién soy? un hombre sin nombre.
Isab. Qué, ¿no eres el duque?
D. Juan. No.
Isab. ¡Ha de palacio!

---

nos mucho mas significativa y filosófica que la de *romanticismo* ó *romantismo*, que por no espresar claramente una idea exacta, ha dado lugar á tantas controversias ridículas y meras disputas de palabras.

D. Juan. Detente,
Dame, duquesa, la mano.
Isab. No me detengas, villano,
¡Ha del rey, soldados, gente!

ESCENA II.

SALE EL REY DE NÁPOLES CON UNA VELA EN UN CANDELERO.

Rey. ¿Qué es esto?
Isab. El rey, ¡ay triste!
Rey. ¿Quién eres?
D. Juan. ¿Quién ha de ser?
Un hombre y una muger.
Rey. Esto en prudencia consiste.
¡Ha de mi guarda! prended
A este hombre.
Isab. ¡Ay, perdido honor! (*Vase.*)

ESCENA III.

SALE DON PEDRO TENORIO, EMBAJADOR DE ESPAÑA, Y GUARDA.

D. Pedro. En tu cuarto, gran señor,
¿Voces? ¿quién la causa fué?
Rey. Don Pedro Tenorio, á vos
Esta prision os encargo,
Siendo corto, andad vos largo,
Mirad quién son estos dos,
Y con secreto ha de ser,
Que algun mal suceso creo,
Porque si yo aquí lo veo,
No me queda mas que ver. (*Vase.*)
D. Pedro. Prendedle.
D. Juan. ¿Quién ha de osar?
Bien puedo perder la vida,
Mas ha de ir tan bien vendida,
Que á alguno le ha de pesar.
D. Pedro. Matadle.
D. Juan. ¿Quién os engaña?
Resuelto en morir estoy,
Porque caballero soy
Del embajador de España.
Llegue, que solo ha de ser
Él quien me rinda.
D. Pedro. Apartad,
A ese cuarto os retirad
Todos con esa muger.
Ya estamos solos los dos,
Muestra aquí tu esfuerzo y brio.
D. Juan. Aunque tengo esfuerzo, tio,
No le tengo para vos.
D. Pedro. Di quién eres.
D. Juan. Ya lo digo:
Tu sobrino.
D. Pedro. ¡Ay, corazon,
Que temo alguna traicion!
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?
¿Cómo estás de aquesa suerte?
Dime pronto lo que ha sido:
Desobediente, atrevido,
Estoy por darte la muerte.
Acaba.
D. Juan. Tio y señor,
Mozo soy, y mozo fuiste,
Y pues que de amor supiste,
Tenga disculpa mi amor.
Y pues á decir me obligas
La verdad, oye, y diréla:
Yo engañé, y gocé á Isabela
La duquesa...
D. Pedro. No prosigas,
Tente, ¿cómo la engañaste?
Habla quedo, y cierra el labio.
D. Juan. Fingí ser el duque Octavio...
D. Pedro. No digas mas, calla, baste:
¡Perdido soy! si el rey sabe
Este caso, ¿qué he de hacer?
Industria me ha de valer
En un negocio tan grave.
Di, vil, no bastó emprender
Con ira y con fuerza estraña
Tan gran traicion en España
Con otra noble muger,
Sino en Nápoles tambien,
Y en el palacio real,
Con muger tan principal?
Castíguete el cielo, amen.
Tu padre desde Castilla
A Nápoles te envió,
Y en sus márgenes te dió
Tierra la espumosa orilla
Del mar de Italia, atendiendo
Que el haberte recibido
Pagáras agradecido,
Y estás su honor ofendiendo,
Y en tan principal muger:
Pero en aquesta ocasion
Nos daña la dilacion,
Mira, ¿qué quieres hacer?
D. Juan. No quiero daros disculpa,
Que la habré de dar siniestra,
Mi sangre es, señor, la vuestra,
Sacadla, y pague la culpa.
A esos piés estoy rendido,
Y esta es mi espada, señor
D. Pedro. Alzate, y muestra valor,
Que esa humildad me ha vencido.
¿Atreveráste á bajar
Por ese balcon?
D. Juan. Sí, atrevo,
Que alas en tu favor llevo.
D. Pedro. Pues yo te quiero ayudar,
Vete á Sicilia ó Milan,
Donde vivas encubierto.
D. Juan. Luego me iré.

D. Pedro. ¿Cierto?
D. Juan. Cierto.
D. Pedro. Mis cartas te avisarán
En qué pára este suceso
Triste que causado has.
D. Juan. Para mí alegre dirás,
Que tuve culpa confieso.
D. Pedro. Esa mocedad te engaña:
Baja pues ese balcon.
D. Juan. Con tan justa pretension
Gozoso me parto á España. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SALE EL REY.

D. Pedro. Ya ejecuté, gran señor,
Tu justicia justa y recta,
El hombre...
Rey. ¿Murió?
D. Pedro. Escapóse
De las cuchillas soberbias.
Rey. ¿De qué forma?
D. Pedro. Desta forma:
Aun no lo mandaste apenas,
Cuando sin dar mas disculpa,
La espada en la mano aprieta.
Revuelve la capa al brazo,
Y con gallarda presteza,
Ofendiendo á los soldados,
Y buscando su defensa,
Viendo vecina la muerte,
Por el balcon de la huerta
Se arroja desesperado.
Siguióle con diligencia
Tu gente: cuando salieron
Por esa vecina puerta,
Le hallaron agonizando;
Como enroscada culebra
Levantóse, y al decir
Los soldados: *muera, muera*,
Bañado de sangre el rostro,
Con tan heróica presteza
Se fué, que quedé confuso.
La muger, que es Isabela,
Que para admirarte nombro,
Retirada en esa pieza,
Dice que es el duque Octavio,
Que con engaño y cautela,
La gozó.
Rey. ¿Qué dices?
D. Pedro. Digo
Lo que ella propia confiesa.
Rey. ¡Ah, pobre honor! si eres alma
Del hombre, ¿porqué te dejan
En la muger inconstante,
Si es la misma ligereza?
¡Ola! (*Sale un criado.*)
Criado. ¿Gran señor?
Rey. Traed
Delante de mi presencia
Esa muger.
D. Pedro. Ya la guardia
Viene, gran señor, con ella.

(*Trae la guardia á Isabela.*)

ESCENA V.

DICHOS É ISABELA.

Isab. ¿Con qué ojos veré al rey?
Rey. Idos, y guardad la puerta
De esa cuadra: di, muger,
¿Qué rigor, qué airada estrella
Te incitó, que en mi palacio
Con hermosura y soberbia,
Profanases sus umbrales?
Isab. Señor...
Rey. Calla, que la lengua
No podrá dorar el yerro
Que has cometido en mi ofensa:
¿Aquel era el duque Octavio?
Isab. Señor...
Rey. No importan fuerzas,
Guardas, criados, murallas,
Fortalecidas almenas,
Para amor; que la de un niño
Hasta los muertos penetra.
Don Pedro Tenorio, al punto
A esa muger llevad presa
A una torre, y con secreto
Haced que al duque le prendan,
Que quiero hacer que le cumpla
La palabra ó la promesa.
Isab. Gran señor, volvedme el rostro.
Rey. Ofensa á mi espalda hecha,
Es justicia y es razon
Castigarla á espaldas vueltas. (*Vase.*)
D. Pedro. Vamos, duquesa.
Isab. Mi culpa
No hay disculpa que la venza;
Mas no será el yerro tanto,
Si el duque Octavio lo emienda. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

SALE EL DUQUE OCTAVIO, Y RIPIO, SU CRIADO.

Ripio. ¿Tan de mañana, señor,
Te levantas?
Oct. No hay sosiego
Que pueda apagar el fuego
Que enciende en mi alma amor;
Porque como al fin es niño,
No apetece cama blanda
Entre regalada holanda,
Cubierta de blanco armiño.

Acuéstase, no sosiega.
Siempre quiere madrugar,
Por levantarse á jugar,
Que al fin como niño juega.
Pensamientos de Isabela
Me tienen, amigo, en calma,
Que como vive en el alma,
Anda siempre el cuerpo en pena,
Guardando ausente y presente
El castillo del honor.
Ripio. Perdóname, que tu amor
Es amor impertinente.
Oct. ¿Qué dices, necio?
Ripio. Esto digo:
Impertinencia es amar
Como amas, ¿quieres escuchar?
Oct. Ea, prosigue.
Ripio. Ya prosigo.
¿Quiérete Isabela á ti?
Oct. ¿Esto, necio, has de dudar?
Ripio. No, mas quiero preguntar:
¿Y tú la quieres?
Oct. Sí.
Ripio. Pues ¿no seré majadero,
Y de solar conocido,
Si pierdo yo mi sentido
Por quien me quiere, y la quiero?
Pues si los dos os quereis
Con una misma igualdad,
Dime, ¿hay mas dificultad
De que luego os desposeis?

(*Sale un criado.*)

Criado. El embajador de España
En este punto se apea
En el zaguan, y desea,
Con ira y fiereza estraña,
Hablarte, y si no entendi
Yo mal, entiendo es prision.
Oct. ¿Prision? Pues ¿por qué ocasion?
Decid que entre.

ESCENA VII.

SALE DON PEDRO TENORIO CON GUARDAS.

D. Pedro. Quien así
Con tanto descuido duerme,
Limpia tiene la conciencia.
Oct. Cuando viene vuecelencia
A honrarme y favorecerme,
No es justo que duerma yo;
Velaré toda mi vida:
¿A qué, y porqué es la venida?
D. Pedro. Porque aquí el rey me envió.
Oct. Si el rey mi señor se acuerda
De mí en aquesta ocasion,
Será justicia y razon
Que por él la vida pierda.
Decidme, señor, ¿qué dicha,
O qué estrella me ha guiado,
Que de mí el rey se ha acordado?
D. Pedro. Fué, duque, vuestra desdicha.
Embajador del rey soy,
Dél os traigo una embajada.
Oct. Marques, no me inquieta nada;
Decid, que aguardando estoy.
D. Pedro. A prenderos me ha enviado
El rey, no os alboroteis.
Oct. ¿Vos por el rey me prendeis?
¿Pues en qué he sido culpado?
D. Pedro. Mejor lo sabeis que yo;
Mas, por si acaso me engaño,
Escuchad el desengaño,
Y á lo que el rey me envió.
Cuando los negros gigantes,
Plegando funestos toldos,
Y del crepúsculo huyen,
Tropezando unos con otros,
Estando yo con su alteza
Tratando ciertos negocios,
Porque antípodas del sol
Son siempre los poderosos,
Voces de muger oimos,
Cuyos ecos menos roncos
Por los artesones sacros
Nos repitieron: ¡Socorro!
A las voces y al ruido,
Acudió, duque, el rey propio;
Halló á Isabela en los brazos
De algun hombre poderoso;
Mas quien á el cielo se atreve,
Sin duda es gigante, ó monstruo.
Mandó el rey que los prendiera,
Quedé con el hombre solo,
Llegué, y quise desarmalle;
Pero pienso que el demonio
En él tomó forma humana,
Pues que vuelto en humo y polvo,
Se arrojó por los balcones
Entre los piés de esos olmos
Que coronan del palacio
Los chapiteles hermosos.
Hice prender la duquesa,
Y en la presencia de todos
Dice: que es el duque Octavio
El que con mano de esposo
La gozó.
Oct. ¿Qué dices?
D. Pedro. Digo
Lo que al mundo es ya notorio,
Y que tan claro se sabe,
Que Isabela por mil modos...
Oct. Dejadme, no me digais
Tan gran traicion de Isabela;
Mas si fué su honor cautela,
Proseguid, ¿porqué callais?

Mas si veneno me dais,
Que á un firme corazon toca,
Y así á decir me provoca,
Que imita á la comadreja,
Que concibe por la oreja,
Para parir por la boca.
¿Será verdad que Isabela,
Alma, se olvidó de mí
Para darme muerte? sí,
Que el bien suena, y el mal vuela.
Ya el hecho nada recela,
Juzgando si son antojos,
Que por darme mas enojos,
Al entendimiento entró,
Y por la oreja escuchó
Lo que acreditan los ojos.
Señor marques, ¿es posible
Que Isabela me ha engañado,
Y que mi amor ha burlado?
Parece cosa imposible:
¡O muger! ley tan terrible
De honor, á quien me provoco
A emprender, mas yo no toco
En tu honor esta cautela.
¡Anoche con Isabela
Hombre en palacio! ¡estoy loco!

D. Pedro. Como es verdad que en los [vientos
Hay aves, en el mar peces,
Que participan á veces
De todos cuatro elementos:
Como en la gloria hay contentos,
Lealtad en el buen amigo,
Traicion en el enemigo,
En la noche oscuridad,
Y en el dia claridad,
Así es verdad lo que digo.

Oct. Marques, ya os quiero creer,
Ya no hay cosa que me espante;
Que la muger mas constante,
Es en efecto muger:
No me queda mas que ver,
Pues es patente mi agravio.

D. Pedro. Pues que sois prudente y sa- [bio,
Elegid el mejor medio.

Oct. Ausentarme es mi remedio.

D. Pedro. Pues sea presto, duque Octavio.

Oct. Embarcarme quiero á España,
Y dar á mis males fin.

D. Pedro. Por la puerta del jardin,
Duque, esta prision se engaña.

Oct. ¡Ah veleta, débil caña!
A mas furor me provoco,
Estrañas provincias toco,
Huyendo desta cautela;
Patria, á Dios, con Isabela:
¡Hombre en palacio! ¡estoy loco! (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

SALE TISBEA, PESCADORA, CON UNA CAÑA DE PESCAR EN LA MANO.

Tisbea. Yo de cuantas el mar
Piés de jazmin y rosa
En sus riberas besa
Con fugitivas olas,
Sola, de amor esenta,
Como en ventura sola,
Tirana me reservo
De sus prisiones locas.
Aquí donde el sol pisa
Soñolientas las ondas,
Alegrando zafiros
Las que espantaban sombras;
Por la menuda arena,
Unas veces aljófar,
Y átomos otras veces
Del sol, que así le adora;
Oyendo de las aves
Las quejas amorosas,
Y los combates dulces
Del agua entre las rocas;
Ya con la sutil caña
Que al débil peso dobla
Del necio pececillo,
Que el mar salado azota,
O ya con la atarraya,
Que en sus moradas ondas
Prenden cuantos habitan
Aposentos de conchas,
Seguramente tengo,
Que en libertad se goza
El alma, que amor áspid
No le ofende ponzoña.
Y cuando mas perdidas
Querellas de amor forman,
Como de todas rio,
Envidia soy de todas.
Dichosa yo mil veces,
Amor, pues me perdonas,
Si ya por ser humilde
No desprecias mi choza.
Obeliscos de paja
Mi edificio coronan,
Nidos, si no hay cigarras,
A tortolillas locas.
Mi honor conservo en pajas,
Como fruta sabrosa,
Vidrio guardado en ellas,
Para que no se rompa.
De cuantos pescadores
Con fuego Tarragona
De piratas defiende,
En la argentada costa,
Desprecio, soy encanto,
A sus suspiros sorda,

A sus ruegos terrible,
A sus suspiros roca.
Anfriso, á quien el cielo
Con mano poderosa
Prodigó en cuerpo y alma,
De todo en gracias todas,
Medido en las palabras,
Liberal en las obras,
Sufrido en los desdenes,
Modesto en las congojas,
Mis pajizos umbrales
Que heladas noches ronda,
A pesar de los tiempos,
Las mañanas remoza.
Pues con ramos verdes,
Que de los olmos corta
Mis pajas amanecen
Ceñidas de lisonjas.
Ya con vihuelas dulces
Y sutiles zampoñas,
Músicas me consagra,
Y todo no le importa.
Porque en tirano imperio
Vivo de amor señora,
Que halla gusto en sus penas
Y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
Y yo todas las horas
Le mato con desdenes,
De amor condicion propia,
Querer donde aborrecen,
Despreciar donde adoran;
Que si le alegran muere,
Y vive si le oprobrian.
En tan alegre dia,
Segura de lisonjas,
Mis juveniles años
Amor no los malogra;
Pero necio discurso
Que mi ejercicio estorbas,
En él no me diviertas
En cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
Al viento, y á la boca
Del pececillo el cebo;
Pero al agua se arrojan
Dos hombres de una nave
Antes que el mar la sorba,
Que sobre el agua viene,
Y en un escollo aborda.
Las olas va escarbando,
Y ya su orgullo y popa
Casi se desvanece,
Agua un costado toma.
Hundióse y dejó al viento
La gavia, que la escoja
Para morada suya,
Que un loco en gavias mora.
(*Dentro.*) ¡Socorro, que me ahogo!
Tisbea. Un hombre á otro aguarda,
Que dice que se ahoga,
Gallarda cortesía;
En los hombros le toma:
Anquises le hace Eneas,
Si el mar está hecho Troya.
Ya nadando, las aguas
Con valentía corta,
Y en la playa no veo
Quien le ampare y socorra.
Daré voces: ¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo, ola!
Pescadores me miran,
Plega á Dios que me oigan.
Mas milagrosamente
Ya tierra los dos toman,
Sin aliento el que nada,
Con vida el que lo estorba.

ESCENA IX.

SACA EN BRAZOS CATALINON A DON JUAN.

Cat. ¡Válgame la Cananea,
Y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
El que salvarse desea.
Que allá dentro es desatino,
Donde la muerte se fragua,
¿Donde Dios juntó tanta agua
No juntára tanto vino?
¡Ah, señor! helado está.
¡Señor! ¿si acaso está muerto?
Del mar fué este desconcierto,
Y mio este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
Pinos en la mar sembró,
Y que sus rumbos midió
Con quebradizo madero!
¡Maldito sea Jason,
Y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea,
¡Mísero Catalinon!
¿Qué has de hacer?
Tisbea. Hombre, ¿qué tienes
En desventuras iguales?
Cat Pescadora, muchos males
Y falta de muchos bienes,
Veo por librarme á mí,
Sin vida á mi señor, mira
Si es verdad.
Tisbea. No, que aun respira,
Ve á llamar los pescadores
Que en aquella choza están.
Cat. ¿Y si los llamo, vendrán?
Tisbea. Vendrán presto, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?
Cat. Es hijo aqueste señor

Del camarero mayor
Del rey, por quien ser espero
Antes de dos dias conde
En Sevilla, donde va,
Y donde su alteza está,
Si mi amistad corresponde.
Tisbea. ¿Cómo se llama?
Cat. Don Juan
Tenorio.
Tisbea. Llama mi gente.
Cat. Ya voy. (*Vase.*)

(*Coge en el regazo Tisbea á don Juan.*)

Tisbea. Mancebo escelente,
Gallardo, noble y galan,
Volved en vos, caballero.
D. Juan. ¿Dónde estoy?
Tisbea. Ya podeis ver,
En brazos de una muger.
D. Juan. Vivo en vos, si en el mar muero:
Ya perdí todo el recelo
Que me pudiera anegar,
Pues del infierno del mar
Salgo á vuestro claro cielo.
Un espantoso huracan
Dió con mi nave al traves,
Para arrojarme á esos piés,
Que abrigo y puerto me dan.
Tisbea. Muy grande aliento teneis
Para venir soñoliento,
Y mas de tanto tormento,
Mucho tormento ofreceis.
Pero si es tormento el mar,
Y son sus ondas crueles,
La fuerza de los cordeles
Pienso que os hacen hablar.
Sin duda que habeis bebido
Del mal la oracion pasada,
Pues por ser agua salada,
Con tan grande sal ha sido.
Mucho hablais, cuando no hablais,
Y cuando muerto venis,
Mucho parece sentis;
Plega á Dios que no mintais.
Pareceis caballo griego
Que el mar á mis piés desagua,
Pues venis formado de agua,
Y estais preñado de fuego.
Y si mojado abrasais,
¿Estando enjuto, qué hareis?
Mucho fuego prometeis;
Plega á Dios que no mintais.
D. Juan. A Dios, zagala, pluguiera
Que en el agua me anegára,
Para que cuerdo acabára,
Y loco en vos no muriera;
Que el mar pudiera anegarme
Entre sus olas de plata,
Que sus límites desata,
Mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostrais,
Pues que el sol os da licencia,
Pues solo con la apariencia,
Siendo de nieve, abrasais.
Tisbea. Por mas helado que estais,
Tanto fuego en vos teneis,
Que en este mio os ardeis.
Plega á Dios que no mintais.

ESCENA X.

SALEN CATALINON, ANFRISO Y CORIDON, PESCADORES.

Cat. Ya vienen todos aquí.
Tisbea. Y ya está tu dueño vivo.
D. Juan. Con tu presencia recibo
El aliento que perdí.
Cat. ¿Qué nos mandas?
Tisbea. Coridon,
Anfriso, amigos.
Cor. Todos
Buscamos por varios modos
Esta dichosa ocasion.
Dí, ¿qué nos mandas, Tisbea?
Que por labios de clavel
No lo habrás mandado á aquel
Que idolatrarte desea
Apenas, cuando al momento,
Sin cesar, en llano, ó sierra,
Sin que el mar tale la tierra,
Pise el fuego, el aire, el viento.
Tisbea. ¡Oh, qué mal me parecian
Estas lisonjas ayer,
Y hoy echo en ellas de ver
Que sus labios no mentian!
Estando, amigos, pescando
Sobre este peñasco, ví
Hundirse una nave allí,
Y entre las olas nadando
Dos hombres, y compasiva
Dí voces, y nadie oyó,
Y en tanta afliccion llegó,
Libre de la furia esquiva
Del mar, sin vida á la arena,
Deste en los hombros cargado,
Un hidalgo, y anegado;
Y envuelta en tan triste pena,
A llamaros envié.
Anf. Pues aquí todos estamos,
Manda que tu gusto hagamos,
Lo que pensado no fué.
Tisbea. Que á mi choza los llevemos
Quiero, donde agradecidos
Reparemos sus vestidos,
Y allí los regalarémos,
Que mi padre gusta mucho

Desta debida piedad.
Cat. Estremada es su beldad.
D. Juan. Escucha aparte.
Cat. Ya escucho.
D. Juan. Si te pregunta quién soy,
Di que no sabes.
Cat. ¿A mí
Quieres advertirme aquí
Lo que he de hacer?
D. Juan. Muerto soy
Por la hermosa cazadora:
Esta noche he de gozalla.
Cat. ¿De qué suerte?
D. Juan. Ven y calla.
Cor. Anfriso, dentro de un hora
Que canten y bailen.
Anf. Vamos,
Y esta noche nos hagamos
Rajas, y palos tambien.
D. Juan. Muerto soy.
Tisbea. ¿Cómo, si andais?
D. Juan. Ando en pena, como veis.
Tisbea. Mucho hablais.
D. Juan. Mucho entendeis.
Tisbea. Plega á Dios que no mintais.
(*Vanse.*)

ESCENA XI.

SALEN DON GONZALO DE ULLOA Y EL REY DON ALONSO DE CASTILLA.

Rey. ¿Cómo os ha sucedido en la emba-
Comendador mayor? [jada,
D. Gonz. Hallé en Lisboa
Al rey don Juan, tu primo, previniendo
Treinta naves de armada.
Rey. ¿Y para dónde? [tiendo
D. Gonz. Para Goa, me dijo; mas yo en-
Que á otra empresa mas fácil apercibe:
A Ceuta ó Tanger pienso que pretende
Cercar este verano.
Rey. Dios le ayude,
Y premie el cielo de aumentar su gloria:
¿Qué es lo que concertais?
D. Gonz. Señor, pide
A Cerpa, y Mora, y Olivenza, y Toro,
Y por eso te vuelve á Villaverde,
Al Almendral, á Metola y Herrera,
Entre Castilla y Portugal.
Rey. Al punto
Se firmen los conciertos, don Gonzalo:
Mas decidme primero cómo ha ido
En el camino, que vendreis cansado,
Y alcanzado tambien.
D. Gonz. Para serviros
Nunca, señor, me canso.
Rey. ¿Es buena tierra
Lisboa?
D. Gonz. La mayor ciudad de España:
Y si mandas que diga lo que he visto,
De lo esterior y célebre, en un punto
En tu presencia te pondré un retrato.
Rey. Yo gustaré de oillo, dadme silla.
D. Gonz. Es Lisboa una octava maravilla.
De las entrañas de España,
Que son las tierras de Cuenca,
Nace el caudaloso Tajo,
Que media España atraviesa.
Entra en el mar Océano
En las sagradas riberas
De esta ciudad, por la parte
Del sur; mas antes que pierda
Su curso y su claro nombre,
Hace un cuarto entre dos sierras,
Donde están de todo el orbe
Barcas, naves, caravelas.
Hay galeras y saetías
Tantas, que desde la tierra
Parece una gran ciudad,
Adonde Neptuno reina.
A la parte del poniente
Guardan el puerto dos fuerzas,
De Cascaes y Sangian,
Las mas fuertes de la tierra.
Está desta gran ciudad
Poco mas de media legua,
Belen, convento del santo
Conocido por la piedra,
Y por el leon de guarda,
Donde los reyes y reinas,
Católicos y cristianos,
Tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne,
Desde Alcántara comienza
Una gran legua á tenderse
Al convento de Jobregas.
En medio está el valle hermoso,
Coronado de tres cuestas,
Que quedára corto Apeles,
Cuando pintar las quisiera.
Porque miradas de lejos
Parecen piñas de perlas,
Que están pendientes del cielo,
En cuya grandeza inmensa
Se ven diez Romas cifradas
En conventos y en iglesias,
En edificios y calles,
En solares y encomiendas,
En las letras y en las armas,
En la justicia tan recta,
Y en una misericordia,
Que está honrando su ribera.
Y en lo que yo mas alabo
Desta máquina soberbia,
Es que del mismo castillo,
En distancia de seis leguas,
Se ven sesenta lugares

Que llega el mar á sus puertas,
Uno de los cuales es
El convento de Olivelas,
En el cual vi por mis ojos
Seiscientas y treinta celdas;
Y entre monjas y beatas,
Pasan de mil y doscientas.
Tiene desde allí á Lisboa,
En distancia muy pequeña,
Mil y ciento y treinta quintas,
Que en nuestra provincia bética
Llaman cortijos, y todas
Con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
Hay una plaza soberbia
Que se llama del Ruzio,
Grande, hermosa, y bien dispuesta,
Que habrá cien años, y aun mas,
Que el mar bañaba su arena;
Y ahora de ella á la mar
Hay treinta mil casas hechas,
Que perdiendo el mar su curso,
Se tendió á partes diversas.
Tiene una calle que llaman
Rua Nova, ó calle Nueva,
Donde se cifra el Oriente
En grandezas y riquezas;
Tanto, que el rey me contó
Que hay un mercader en ella,
Que, por no poder contarlo,
Mide el dinero á fanegas.
El terrero, donde tiene
Portugal su casa regia,
Tiene infinitos navíos,
Varados siempre en la tierra,
De solo cebada y trigo
De Francia y Anglaterra
Pues el palacio real,
Que el Tajo sus manos besa,
Es edificio de Ulises,
Que basta para grandeza,
De quien toma la ciudad
Nombre en la latina lengua,
Llamándose Ulisibona,
Cuyas armas son la esfera
Por pedestal de las llagas
Que en la batalla sangrienta,
Al rey don Alonso Enriquez
Dió la Magestad inmensa.
Tiene en su gran tarazana
Diversas naves, y entre ellas
Las naves de la conquista,
Tan grandes, que de la tierra
Miradas, juzgan los hombres
Que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
Te cuento por escelencia,
Es que estando sus vecinos
Comiendo, desde las mesas
Ven los copos del pescado
Que junto á sus puertas pescan,
Que bullendo entre las redes,
Vienen á entrarse por ellas.
Y sobre todo, al llegar
Cada tarde á su ribera
Mas de mil barcos cargados
De mercancías diversas,
Y de sustento ordinario,
Pan, aceite, vino, y leña,
Frutas de infinita suerte,
Nieve de Sierra de Estrella,
Que por las calles á gritos,
Puesta sobre las cabezas,
La venden; mas ¿qué me canso?
Porque es contar las estrellas
Querer contar una parte
De la ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
Tiene, gran señor, por cuenta.
Y por no cansarte mas,
Un rey, que tus manos besa.

Rey. Mas estimo, don Gonzalo,
Escuchar de vuestra lengua
Esa relacion sucinta,
Que haber visto su grandeza:
¿Teneis hijos?

D. Gonz. Gran señor,
Una hija hermosa y bella,
En cuyo rostro divino
Se esmeró Naturaleza.

Rey. Pues yo os la quiero casar
De mi mano.

D. Gonz. Como sea
Tu gusto, digo, señor,
Que yo lo acepto por ella;
¿Pero quién es el esposo?

Rey. Aunque no está en esta tierra,
Es de Sevilla, y se llama
Don Juan Tenorio.

D. Gonz. Las nuevas
Voy á llevar á doña Ana.

Rey. Id en buena hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

SALEN DON JUAN TENORIO Y CATALINON.

D. Juan. Estas dos yeguas preven,
Pues acomodadas son.

Cat. Aunque soy Catalinon,
Soy, señor, hombre de bien,
Que no se dijo por mí,
Catalinon es el hombre,
Que sabes que aquese nombre
Me asienta al reves á mí.

D. Juan. Mientras que los pescadores

Van de regocijo y fiesta,
Tú las dos yeguas apresta,
Que de sus piés voladores
Solo nuestro engaño fio.
Cat. Al fin ¿pretendes gozar
A Tisbea?
D. Juan. Si burlar
Es hábito antiguo mio,
¿Qué me preguntas, sabiendo
Mi condicion?
Cat. Ya sé que eres
Castigo de las mugeres.
D. Juan. Por Tisbea estoy muriendo,
Que es buena moza.
Cat. Buen pago
A su hospedage deseas.
D. Juan. Necio, lo mismo hizo Eneas
Con la reina de Cartago.
Cat. Los que fingis y engañais
Las mugeres de esa suerte,
Lo pagaréis con la muerte.
D. Juan. ¡Qué largo me lo fiais!
Catalinon con razon
Te llaman.
Cat. Tus pareceres
Sigue, que en burlar mugeres,
Quiero ser Catalinon:
Ya viene la desdichada.
D. Juan. Vete, y las yeguas preven.
Cat. ¡Pobre muger, harto bien
Te pagamos la posada! (*Vase Catalinon.*)

ESCENA XIII.

SALE TISBEA.

Tisbea. El rato que sin tí estoy,
Estoy agena de mí.
D. Juan. Por lo que fingis así,
Ningun crédito te doy.
Tisbea. ¿Porqué?
D. Juan. Porque si me amáras,
Mi alma favorecieras.
Tisbea. Tuya soy.
D. Juan. Pues dí, ¿qué esperas,
O en qué, señora, reparas?
Tisbea. Reparo en que fué castigo
De amor el que he hallado en tí.
D. Juan. Si vivo, mi bien, en tí,
A cualquier cosa me obligo.
Aunque yo sepa perder
En tu servicio la vida,
La diera por bien perdida,
Y te prometo de ser
Tu esposo.
Tisbea. Soy desigual
A tu ser.
D. Juan. Amor es rey
Que iguala con justa ley
La seda con el sayal.
Tisbea. Casi te quiero creer,
Mas sois los hombres traidores.
D. Juan. ¿Posible es, mi bien, que igno-
Mi amoroso proceder? [res
Hoy prendes por tus cabellos
Mi alma.
Tisbea. Yo á tí me allano,
Bajo la palabra y mano
De esposo.
D. Juan. Juro, ojos bellos,
Que mirando me matais,
De ser vuestro esposo.
Tisbea. Advierte,
Mi bien, que hay Dios, y que hay muerte.
D. Juan. ¡Qué largo me lo fiais!
Y mientras Dios me dé vida,
Yo vuestro esclavo seré;
Esta es mi mano, y mi fe.
Tisbea. No seré en pagarte esquiva.
D. Juan. Ya en mí mismo no sosiego.
Tisbea. Ven, y será la cabaña,
Del amor que me acompaña,
Tálamo á nuestro sosiego.
Entre estas cañas te esconde,
Hasta que tenga lugar.
D. Juan. ¿Por dónde tengo de entrar?
Tisbea. Ven, y te diré por donde.
D. Juan. Gloria al alma, mi bien, dais.
Tisbea. Esa voluntad te obligue,
Y si no, Dios te castigue.
D. Juan. ¡Qué largo me lo fiais! (*Vanse.*)

ESCENA XIV.

SALEN CORIDON, ANFRISO, BELISA, Y MÚSICOS.

Cor. Ea, llamad á Tisbea,
Y los zagales llamad,
Para que en la soledad
El huésped la corte vea.
Bel. Vamos á llamarla.
Cor. Vamos.
Bel. A su cabaña lleguemos.
Cor. ¿No ves que estará ocupada
Con los huéspedes dichosos,
De quien hay mil envidiosos?
Anf. Siempre es Tisbea envidiada.
Bel. Cantad algo, mientras viene,
Porque queremos bailar.
Anf. ¿Cómo podrá descansar
Cuidado que zelos tiene?
Mús. A pescar salió la niña, (*Cantan.*)
Tendiendo redes,
Y en lugar de peces,
Las almas prende.

ESCENA XV.

SALE TISBEA.

Tisbea. ¡Fuego! fuego! que me quemo,

Que mi cabaña se abrasa;
Repicad á fuego, amigos,
Que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
Hecho otra Troya en las llamas,
Que despues que faltan Troyas,
Quiere amor quemar cabañas:
Fuego, zagales, fuego, agua, agua;
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.
¡Ay, choza, vil instrumento
De mi deshonra y mi infamia,
Cueva de ladrones fiera,
Que mis agravios ampara!
¡Ah, falso huésped, que dejas
Una muger deshonrada,
Nube que del mar salió
Para anegar mis entrañas!
Fuego, fuego, zagales, agua, agua;
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.
Yo soy la que hacia siempre
De los hombres burla tanta,
Que siempre las que hacen burla
Vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
Debajo de fe y palabra
De marido, y profanó
Mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
Le dí á su rigor las alas
En dos yeguas que crié,
Con que me burló y se escapa.
Seguidle todos, seguidle;
Mas no importa que se vaya,
Que en la presencia del rey
Tengo de pedir venganza:
Fuego, fuego, zagales, agua, agua;
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

(*Vase Tisbea.*)

Cor. Seguid al vil caballero.
Anf. Triste del que pena y calla;
Mas, vive el cielo, que en él
Me he de vengar desta ingrata.
Vamos tras ella nosotros,
Porque va desesperada,
Y que vaya podrá ser
Buscando mayor desgracia.
Cor. ¡Tal fin la soberbia tiene!
¡Su locura y confianza
Paró en esto!
Tisbea (*dentro*). Fuego, fuego.
Anf. Al mar se arroja.
Cor. Tisbea, detente y pára.
Tisbea. Fuego, fuego, zagales, agua, agua;
Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

SALEN EL REY DON ALONSO, Y DON DIEGO TENORIO, DE BARBA.

Rey. ¿Qué me dices?
D. Diego. Señor, la verdad digo.
Por esta carta estoy del caso cierto,
Que es de tu embajador, y de mi hermano:
Halláronle en la cuadra del rey mismo
Con una hermosa dama de palacio.
Rey. ¿Qué calidad?
D. Diego. Señor, era duquesa
Isabela.
Rey. ¿Isabela?
D. Diego. Por lo menos.
Rey. ¡Atrevimiento temerario! ¿y dónde
Ahora está?
D. Diego. Señor, á vuestra alteza
No he de encubrirle la verdad: anoche
A Sevilla llegó con un criado.
Rey. Ya conoceis, Tenorio, que os estimo,
Y al rey informaré del caso luego,
Casando á ese rapaz con Isabela,
Volviendo á su sosiego al duque Octavio,
Que inocente padece, y luego al punto
Haced que don Juan salga desterrado.
D. Diego. ¿Adónde, mi señor?
Rey. Mi enojo vea
En el destierro de Sevilla: salga
A Lebrija esta noche, y agradezca
Solo al merecimiento de su padre;
Pero, decid, don Diego, ¿qué diremos
A Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
Caséle con su hija, y no sé cómo
Lo puedo ahora remediar.
Rey. Pues mira,
Gran señor, qué mandas que yo haga,
Que esté bien al honor de esta señora,
Hija de un padre tal.
D. Diego. Un medio tomo
Con que absolverlo del enojo entiendo,
Mayordomo mayor pretendo hacerle.

(*Sale un criado.*)

Criado. Un caballero llega de camino,
Y dice, señor, que es el duque Octavio.
Rey. ¿El duque Octavio?
Criado. Sí, señor.
Rey. Pues entre.

ESCENA II.

SALE EL DUQUE OCTAVIO DE CAMINO.

Oct. A estos piés, gran señor, un pere-
Mísero y desterrado, ofrece el labio, [grino,

Juzgando por mas fácil el camino
En vuestra gran presencia.
Rey. ¿Duque Octavio?
Oct. Huyendo vengo el fiero desatino
De una muger, el no pensado agravio
De un caballero, que la causa ha sido
De que así á vuestros piés haya venido.
Rey. Ya, duque Octavio, sé vuestra ino-
Yo al rey escribiré que os restituya [cencia.
En vuestro estado, puesto que el ausencia
Que hicisteis algun daño os atribuya;
Yo os casaré en Sevilla, con licencia,
Y tambien con perdon y gracia suya.
Que puesto que Isabela un ángel sea,
Mirando la que os doy, ha de ser fea.
Comendador mayor de Calatrava
Es Gonzalo de Ulloa, un caballero
A quien el moro por temor alaba,
Que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija, en quien bastaba
En dote la virtud que considero,
Despues de la verdad, que es maravilla,
Y el sol della es estrella de Castilla:
Esta quiero que sea vuestra esposa.
Oct. Cuando este viaje emprendiera
A solo esto, mi suerte era dichosa,
Sabiendo yo que vuestro gusto fuera.
Rey. Hospedaréis al duque, sin que cosa
En su regalo falte.
Oct. Quien espera
En vos, señor, saldrá de premios lleno:
Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

(*Vanse el rey y don Diego.*)

ESCENA III.

SALE RIPIO.

Ripio. ¿Qué ha sucedido?
Oct. Que he dado
El trabajo recibido,
Conforme me ha sucedido,
Desde hoy por bien empleado.
Hablé al rey, viióme y honróme:
César con el césar fuí,
Pues ví, peleé y vencí,
Y hace que esposa tome
De su mano, y se prefiere
A desenojar al rey
En la fulminada ley.
Ripio. Con razon el nombre adquiere
De generoso en Castilla;
Al fin, ¿te llegó á ofrecer
Muger?
Oct. Sí, amigo, muger
De Sevilla, que Sevilla
Da, si averiguarlo quieres,
Porque de oirlo te asombres,
Si fuertes y airosos hombres,
Tambien gallardas mugeres.
Un manto tapado, un brio
Donde un puro sol se esconde,
Si no es en Sevilla, ¿adónde
Se admite? el contento mio
Es tal, que ya me consuela
En mi mal.

ESCENA IV.

SALEN DON JUAN Y CATALINON.

Cat. Señor, detente,
Que aquí está el duque inocente,
Sagitario de Isabela,
Aunque mejor lo dijera
Capricornio.
D. Juan. Disimula.
Cat. Cuando le vende, le adula.
D. Juan. Como á Nápoles dejé,
Por enviarme á llamar
Con tanta prisa mi rey,
Y como su gusto es ley,
No tuve, Octavio, lugar
De despedirme de vos
De ningun modo.
Oct. Por eso,
Don Juan, amigo, os confieso
Que hoy nos juntamos los dos
En Sevilla.
D. Juan. ¿Quién pensára,
Duque, que en Sevilla os viera,
Para que en ella os sirviera
Como yo lo deseaba?
Dejais mas, aunque es lugar
Nápoles tan escelente,
Por Sevilla solamente
Se puede, amigo, dejar.
Oct. Si en Nápoles os oyera,
Y no en la parte que estoy,
Del crédito que ahora os doy
Sospecho que me riera.
Mas llegándola á habitar,
Es, por lo mucho que alcanza,
Corta cualquiera alabanza
Que á Sevilla quereis dar.
¿Quién es el que viene allí?
D. Juan. El que viene es el marques
De la Mota: descortés
Es fuerza ser.
Oct. Si de mí
Algo hubiereis menester,
Aquí espada y brazo está.
Cat. Y si importa, gozará
En su nombre otra muger,
Que tiene buena opinion.
Oct. De vos estoy satisfecho.

(*Vanse Octavio y Ripio.*)

ESCENA V.

SALE EL MARQUES DE LA MOTA.

Mota. Todo hoy os ando buscando,
Y no os he podido hallar:
¿Vos, don Juan, en el lugar,
Y vuestro amigo penando
En vuestra ausencia?
D. Juan. Por Dios,
Amigo, que me debeis
Esa merced que me haceis.
¿Qué hay de Sevilla?
Mota. Está ya
Toda esta corte mudada.
D. Juan. ¿Mugeres?
Mota. Cosa juzgada.
D. Juan. ¿Ines?
Mota. A Bejel se va.
D. Juan. Buen lugar para vivir
La que tan dama nació.
Mota. El tiempo la desterró
A Bejel.
D. Juan. Irá á morir:
¿Constanza?
Mota. Es lástima vella;
Lampiña de frente y ceja,
Llámala el portugues vieja,
Y ella imagina que bella.
D. Juan. Sí, que bella en portugues
Suena vieja en castellano.
¿Y Teodora?
Mota. Este verano
Se escapó del mal frances,
Y está tan tierna y reciente,
Que anteayer me arrojó un diente
Envuelto entre muchas flores.
D. Juan. ¿Julia, la del candilejo?
Mota. Ya con sus afeites lucha.
D. Juan. ¿Véndese siempre por trucha?
Mota. Ya se da por abadejo.
D. Juan. ¿El barrio de Cantarranas
Tiene buena poblacion?
Mota. Ranas las mas dellas son.
D. Juan. ¿Y viven las dos hermanas?
Mota. Y la mona de Tolú,
De su madre Celestina,
Que les enseña doctrina.
D. Juan. ¡O vieja de Barcebú!
¿Cómo la mayor está?
Mota. Blanca, sin blanca ninguna:
Tiene un santo á quien ayuna.
D. Juan. ¿Ahora en vigilias da?
Mota. Es firme y santa muger.
D. Juan. ¿Y esotra?
Mota. Mejor principio
Tiene; no desecha ripio.
D. Juan. Buen albañil quiere ser:
Marques, ¿qué hay de perros muertos?
Mota. Yo, y don Pedro de Esquivel,
Dimos anoche un cruel,
Y esta noche tengo ciertos
Otros dos.
D. Juan. Iré con vos.
Que tambien recorreré
Cierto nido, que dejé
En huevos para los dos:
¿Qué hay de terrero?
Mota. No muero
En terrero, que enterrado
Me tiene mayor cuidado.
D. Juan. ¿Cómo?
Mota. Un imposible quiero.
D. Juan. ¿Pues no os corresponde?
Mota. Sí,
Me favorece y estima.
D. Juan. ¿Quién es?
Mota. Doña Ana, mi prima,
Que es recien llegada aquí.
D. Juan. ¿Pues dónde ha estado?
Mota. En Lisboa,
Con su padre en la embajada.
D. Juan. ¿Es hermosa?
Mota. Es estremada,
Porque en doña Ana de Ulloa
Se estremó Naturaleza.
D. Juan. ¿Tan bella es esa muger?
Vive Dios, que la he de ver.
Mota. Vereis la mayor belleza
Que los ojos del rey ven.
D. Juan. Casaos, pues es estremada.
Mota. El rey la tiene casada,
Y no se sabe con quién.
D. Juan. ¿No os favorece?
Mota. Y me escribe.
Cat. No prosigas, que te engaña
El gran burlador de España.
D. Juan. ¿Quién tan satisfecho vive?
Mota. Ahora estoy aguardando
La postrer resolucion.
D. Juan. Pues no perdais la ocasion,
Que aquí os estoy aguardando.
Mota. Ya vuelvo.

(*Vanse el marques y el criado.*)

Cat. Señor cuadrado,
O señor redondo, á Dios.
Criado. A Dios.
D. Juan. Pues solos los dos,
Amigo, habemos quedado,
Síguele el paso al marques,
Que en el palacio se entró.

(*Vase Catalinon, y habla por una reja una muger.*)

Mug. Ce, ¿á quién digo?
D. Juan. ¿Quién llamó?

Mug. Pues sois prudente y cortés,
Y su amigo, dadle luego
Al marques este papel:
Mirad que consiste en él
De una señora el sosiego.
D. Juan. Digo, que se lo daré,
Soy su amigo, y caballero.
Mug. Basta, señor forastero,
A Dios. (*Vase.*)
D. Juan. Y la voz se fué.
¿No parece encantamiento
Esto que ahora ha pasado?
A mí el papel ha llegado
Por la estafeta del viento.
Sin duda que es de la dama
Que el marques me ha encarecido:
Venturoso en esto he sido.
Sevilla á voces me llama
El Burlador, y el mayor
Gusto que en mí puede haber,
Es burlar una muger,
Y dejarla sin honor.
Vive Dios, que le he de abrir,
Pues salí de la plazuela;
Mas si hubiese otra cautela;
Gana me da de reir.
Ya está abierto el papel,
Y que es suyo es cosa llana,
Pues que aquí firma doña Ana.
Dice así: «Mi padre infiel
« En secreto me ha casado,
« Sin poderme resistir,
« No sé si podré vivir;
« Porque la muerte me ha dado.
« Si estimas, como es razon,
« Mi amor y mi voluntad;
« Y si tu amor fué verdad,
« Muéstralo en esta ocasion,
« Porque veas que te estimo,
« Ven esta noche á la puerta,
« Que estará á las once abierta,
« Donde tu esperanza, primo,
« Goces, y el fin de tu amor:
« Traerás, mi gloria, por señas
« De Leonorilla y las dueñas,
« Una capa de color.
« Mi amor todo de tí fio,
« Y á Dios, ¡desdichado amante!»
¡Hay suceso semejante!
Ya de la burla me rio:
Gozaréla, vive Dios,
Con el engaño y cautela
Que en Nápoles á Isabela.

ESCENA VI.

SALE CATALINON.

Cat. Ya el marques viene.
D. Juan. Los dos
Aquesta noche tenemos
Que hacer.
Cat. ¿Hay engaño nuevo?
D. Juan. Estremado.
Cat. No lo apruebo,
Tú pretendes que escapemos
Una vez, señor, burlados,
Que el que vive de burlar,
Burlado habrá de escapar
De una vez.
D. Juan. Predicador,
¿Te vuelves impertinente?
Esta vez quiero avisarte,
Porque otra vez no te avise.
Cat. Digo que de aquí adelante
Lo que me mandas haré,
Y á tu lado forzaré
Un tigre y un elefante.

ESCENA VII.

SALE EL MARQUES DE LA MOTA.

D. Juan. Calla, que viene el marques.
Cat. Pues ¿ha de ser el forzado?
D. Juan. Para vos, marques, me han [dado
Un recado harto cortés.
Por esa reja, sin ver
El que me lo daba allí,
Solo en la voz conocí
Que me lo daba muger.
Dícete al fin que á las doce
Vayas secreto á la puerta,
Que estará á las once abierta,
Donde tu esperanza goce
La posesion de tu amor,
Y que llevases por señas
De Leonorilla y las dueñas,
Una capa de color.
Mota. ¿Qué dices?
D. Juan. Que este recado
De una ventana me dieron,
Sin ver quién.
Mota. Con él pusieron
Sosiego en tanto cuidado.
Ay, amigo, solo en tí
Mi esperanza renaciera:
Dame esos brazos.
D. Juan. Considera
Que no está tu prima en mí.
Eres tú, quién ha de ser,
Quien la tiene de gozar,
¿Y me llegas á abrazar
Los piés?
Mota. Es tal el placer,
Que me ha sacado de mí:
¡O sol, apresura el paso!
D. Juan. Ya el sol camina al ocaso.

Mota. Vamos, amigos, de aquí,
Y de noche nos pondremos.
Loco voy.
D. Juan. Bien se conoce;
Mas yo bien sé que á las doce
Harás mayores estremos.
Mota. ¡Ay, prima del alma! prima,
Qué, ¿quieres premiar mi fe?
Cat. Vive Cristo, que no dé
Una blanca por su prima.
(*Vase el marques.*)

ESCENA VIII.

SALE DON DIEGO.

D. Diego. ¿Don Juan?
Cat. Tu padre te llama.
D. Juan. ¿Qué manda vueseñoría?
D. Diego. Verte mas cuerdo queria,
Mas bueno, y con mejor fama.
¿Es posible que procuras
Todas las horas mi muerte?
D. Juan. ¿Porqué vienes desa suerte?
D. Diego. Por tu trato, y tus locuras.
Al fin el rey me ha mandado
Que te eche de la ciudad,
Porque está de una maldad
Con justa causa indignado.
Que aunque me lo has encubierto,
Ya en Sevilla el rey lo sabe,
Cuyo delito es tan grave,
Que á decirtelo no acierto.
¡En el palacio real
Traicion, y con un amigo!
Traidor, Dios te dé el castigo
Que pide delito igual.
Mira que aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,
Su castigo no se tarda.
¡Y qué castigo ha de haber
Para los que profanais
Su nombre, que es juez fuerte
Dios en la muerte!
D. Juan. ¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiais?
De aquí allá hay gran jornada.
D. Diego. Breve te ha de parecer.
D. Juan. Y la que tengo de hacer,
Pues á su alteza le agrada,
Ahora, ¿es larga tambien?
D. Diego. Hasta que el injusto agravio
Satisfaga al duque Octavio,
Y apaciguados esten
En Nápoles de Isabela
Los sucesos que has causado,
En Lebrija retirado,
Por tu traicion y cautela,
Quiere el rey que estés ahora:
Pena á tu maldad ligera.
Cat. Si el caso tambien supiera *ap.*
De la pobre pescadora,
Mas se enojára el buen viejo.
D. Diego. Pues no te vence castigo
Con cuanto hago, y cuanto digo,
A Dios tu castigo dejo. (*Vase.*)
Cat. Fuése el viejo enternecido.
D. Juan. Luego las lágrimas copia,
Condicion de viejo propia:
Vamos, pues ha anochecido,
A buscar al marques.
Cat. Vamos,
¿Y al fin gozarás su dama?
D. Juan. Ha de ser burla de fama.
Cat. Ruego al cielo que salgamos
Della en paz.
D. Juan. Catalinon,
En fin.
Cat. Y tú, señor, eres
Langosta de las mugeres,
Y con público pregon,
Porque de tí se guardára,
Cuando á noticia viniera
De la que doncella fuera,
Fuera bien se pregonára:
« Guárdense todos de un hombre
« Que á las mugeres engaña,
« Y es el Burlador de España. »
D. Juan. Tú me has dado gentil nombre.

ESCENA IX.

SALE EL MARQUES, DE NOCHE, CON MÚSICOS, PASEA EL TABLADO, Y SE ENTRAN CANTANDO.

Mús. El que un bien gozar espera,
Cuanto espera desespera.

Mota. Como yo á mi bien goce,
Nunca llegue á amanecer.
D. Juan. ¿Qué es esto?
Cat. Música es.
Mota. Parece que habla conmigo
El poeta; ¿quién va?
D. Juan. Amigo.
Mota. ¿Es don Juan?
D. Juan. ¿Es el marques?
Mota. ¿Quién puede ser sino yo?
D. Juan. Luego que la capa ví,
Que érades vos conocí.
Mota. Cantad, pues don Juan llegó.
(*Cantan.*) El que un bien gozar espera,
Cuanto espera desespera.

D. Juan. ¿Qué casa es la que mirais?
Mota. De don Gonzalo de Ulloa.
D. Juan. ¿Dónde iremos?
Mota. A Lisboa.
D. Juan. ¿Cómo, si en Sevilla estais?

Mota. ¿Pues aquesto os maravilla?
¿No vive con gusto igual
Lo peor de Portugal
En lo mejor de Castilla?
D. Juan. ¿Dónde viven?
Mota. En la calle
De la Sierpe, donde ves
Anda envuelto en portugues,
Que en aqueste amargo valle,
Con bocados solicitan
Mil Evas, que aunque en bocados,
En efecto son ducados
Con que el dinero nos quitan.
D. Juan. Mientras á la calle vais,
Yo dar un perro quisiera.
Mota. Pues cerca de aquí me espera
Un bravo.
D. Juan. Si me dejais,
Señor marques, vos vereis
Como de mí no se escapa.
Mota. Vamos, y poneos mi capa,
Para que mejor lo deis.
D. Juan. Bien habeis dicho, venid,
Y me enseñaréis la casa.
Mota. Mientras el suceso pasa,
La voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?
D. Juan. Ya la veo.
Mota. Pues llegad,
Y decid Beatriz, y entrad.
D. Juan. ¿Qué muger?
Mota. Rosada, y fria.
Cat. Será muger cantimplora.
Mota. En Gradas os aguardamos.
D. Juan. A Dios, marques.
Cat. ¿Dónde vamos?
D. Juan. Calla, necio, calla ahora.
Adonde la burla mia
Ejecute.
Cat. No se escapa
Nadie de tí.
D. Juan. El truque adoro.
Cat. Echaste la capa al toro.
D. Juan. No, el toro me echó la capa.
Mota. La muger me ha de pensar
Que soy él.
Mús. ¡Qué gentil perro!
Mota. Esto es acertar por yerro.

(*Cantan.*) El que un bien gozar espera,
Cuanto espera desespera.

(*Vanse, y dice doña Ana, dentro:*)

Ana. Falso, no eres el marques,
Que me has engañado.
D. Juan. Digo
Que lo soy.
Ana. Fiero enemigo,
Mientes, mientes.

ESCENA X.

SALE DON GONZALO CON LA ESPADA DESNUDA.

Gonz. Ea, voz es
De doña Ana la que siento.
Ana. ¿No hay quien mate este traidor,
Homicida de mi honor?
D. Gonz. ¡Hay tan gran atrevimiento!
Muerto honor, dijo, ¡ay de mí!
Y es su lengua tan liviana,
Que aquí sirve de campana.
Ana. Matadle.

ESCENA XI.

SALEN DON JUAN Y CATALINON CON LAS ESPADAS DESNUDAS.

D. Juan. ¿Quién está aquí?
D. Gonz. La barbacana caida
De la torre de mi honor,
Echaste en tierra, traidor,
Donde era alcaide la vida.
D. Juan. Déjame pasar.
D. Gonz. ¿Pasar?
Por la punta de esta espada.
D. Juan. Morirás.
D. Gonz. No importa nada.
D. Juan. Mira que te he de matar.
D. Gonz. Muere, traidor.
D. Juan. Desta suerte
Muero.
Cat. Si escapo de aquesta,
No mas burlas, no mas fiesta.
D. Gonz. ¡Ay, que me has dado la muerte!
D. Juan. Tú la vida te quitaste.
D. Gonz. ¿De qué la vida servia?
D. Juan. Huyamos.

(*Vanse don Juan y Catalinon.*)

D. Gonz. La sangre fria
Con el furor aumentaste:
Muerto soy, no hay bien que aguarde.
Seguiráte mi furor,
Que eres traidor, y el traidor
Es traidor porque es cobarde.

(*Entran muerto á don Gonzalo.*)

ESCENA XII.

SALEN EL MARQUES DE LA MOTA Y MÚSICOS.

Mota. Presto las doce darán,
Y mucho don Juan se tarda,
Fiera pension del que aguarda.

ESCENA XIII.

SALEN DON JUAN Y CATALINON.

D. Juan. ¿Es el marques?
Mota. ¿Es don Juan?
D. Juan. Yo soy, tomad vuestra capa.
Mota. ¿Y el perro?
D. Juan. Funesto ha sido:
Al fin, marques, muerto ha habido.
Cat. Señor, del muerto te escapa.
Mota. ¿Búrlaste, amigo? ¿qué haré?
Cat. Tambien vos sois el burlado. *ap.*
D. Juan. Cára la burla ha costado.
Mota. Yo, don Juan, lo pagaré,
Porque estará la muger
Quejosa de mí.
D. Juan. A Dios,
Marques.
Cat. A fe que los dos *ap.*
Mal pareja han de correr.
D. Juan. Huyamos.
Cat. Señor, no habrá
Aguila que á mí me alcance. (*Vanse.*)

(*Queda el marques de la Mota.*)

Mota. Vosotros os podeis ir,
Porque yo me quiero ir solo.
(*Dentro.*) ¡Vióse desdicha mayor!
¡Y vióse mayor desgracia!
Mota. ¡Válgame Dios! voces siento
En la plaza del alcázar,
¿Qué puede ser á estas horas?
Un hielo el pecho me arraiga.
Desde aquí parece todo
Una Troya que se abrasa,
Porque tantas luces juntas
Hacen gigantes de llamas.
Un grande escuadron de hachas
Se acerca á mí, porque anda
El fuego emulando estrellas,
Dividiéndose en escuadras.
Quiero saber la ocasion.

ESCENA XIV.

SALE DON DIEGO TENORIO Y LA GUARDA CON HACHAS.

D. Diego. ¿Qué gente?
Mota. Gente que aguarda
Saber de aqueste ruido
El alboroto y la causa.
D. Diego. Prendedlo.
Mota. ¿Prenderme á mí?
D. Diego. Volved la espada á la vaina,
Que la mayor valentía
Es no tratar de las armas.
Mota. Cómo, ¿al marques de la Mota
Hablan así?
D. Diego. Dad la espada,
Que el rey os manda prender.
Mota. Vive Dios...

ESCENA XV.

SALE EL REY Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. En toda España
No ha de escapar, ni tampoco
En Italia, si va á Italia.
D. Diego. Señor, aquí está el marques.
Mota. Gran señor, ¿pues vuestra alteza
A mí me manda prender?
Rey. Llevadle luego, y ponedle
La cabeza en una escarpia.
¿En mi presencia te pones?
Mota. ¡Ah, glorias de amor tiranas,
Siempre en el pasar ligeras,
Como en el vivir pesadas!
Bien dijo un sabio, que habia
Entre la boca y la taza
Peligro; mas el enojo
Del rey me admira y espanta.
No sé por lo qué voy preso.
D. Diego. ¿Quién mejor sabrá la causa,
Que vueseñoría?
Mota. ¿Yo?
D. Diego. Vamos.
Mota. ¡Confusion estraña!
Rey. Fulmínese el proceso
Al marques luego, y mañana
Le cortarán la cabeza.
Y al comendador, con cuanta
Solemnidad y grandeza
Se da á las personas sacras
Y réales, el entierro
Se haga; en bronce y piedras varias
Un sepulcro, con un bulto,
Le ofrezcan, donde en mosáicas
Labores, góticas letras
Den lenguas á sus venganzas;
Y entierro, bulto y sepulcro
Quiero que á mi costa se haga:
¿Dónde doña Ana se fué?
D. Diego. Fuése al sagrado doña Ana
De mi señora la reina.
Rey. ¡Ha de sentir esta falta
Castilla, tal capitan
Ha de llorar Calatrava! (*Vanse todos.*)

ESCENA XVI.

SALEN PATRICIO, DESPOSADO CON AMINTA, GASENO, VIEJO, BELISA, Y PASTORES MÚSICOS.

(*Cantan.*) Lindo sale el sol de abril
Con trébol y torongil,

Y aunque le sirve de estrella,
Aminta sale mas bella.

Pat. Sobre esta alfombra florida,
Adonde en campos de escarcha
El sol sin aliento marcha
Con su luz recien nacida,
Os sentad, pues nos convida
Al tálamo el sitio hermoso.

ESCENA XVII.

SALE CATALINON DE CAMINO.

Cat. Señores, el desposorio
Huéspedes ha de tener.
Gas. A todo el mundo ha de ser
Este contento notorio.
¿Quién viene?
Cat. Don Juan Tenorio.
Gas. ¿El viejo?
Cat. No ese, don Juan.
Bel. Será su hijo galan.
Pat. Téngolo por mal agüero,
Que galan y caballero
Quitan gusto, y zelos dan.
¿Pues quién noticia les dió
De mis bodas?
Cat. De camino
Pasa á Lebrija.
Pat. Imagino
Que el demonio le envió,
¿Mas de qué me aflijo yo?
Vengan á mis dulces bodas
Del mundo las gentes todas;
Mas con todo, un caballero
En mis bodas, mal agüero.
Gas. Venga el coloso de Rodas,
Venga el papa, el preste Juan,
Y don Alfonso el Onceno
Con su corte, que en Gaseno
Animo y valor verán.
Montes en casa hay de pan,
Guadalquivires de vino,
Babilonias de tocino,
Y entre ejércitos cobardes
De aves, ¿para qué las cardes,
El pollo y el palomino?
Venga tan gran caballero
A ser hoy en dos hermanas
Honra destas viejas canas.
Bel. El hijo del camarero
Mayor.
Pat. Todo es mal agüero
Para mi, pues le han de dar
Junto á mi esposa lugar:
Aun no gozo, y ya los cielos
Me están condenando á zelos:
Amor, sufrir y callar.

ESCENA XVIII.

SALE DON JUAN TENORIO.

D. Juan. Pasando acaso, he sabido
Que hay bodas en el lugar,
Y de ellas quise gozar,
Pues tan venturoso he sido.
Gas. Vueseñoría ha venido
A honrarlas y engrandecerlas.
Pat. Yo que soy el dueño dellas,
Digo entre mí, que vengais
En hora mala.
Gas. ¿No dais
Lugar á este caballero?
D. Juan. Con vuestra licencia quiero
Sentarme aquí.

(*Siéntase junto á la novia.*)

Pat. Si os sentais
Delante de mí, señor,
¿Sereis de aquesa manera
El novio?
D. Juan. Cuando lo fuera,
No escogiera lo peor.
Gas. ¿Qué es el novio?
D. Juan. De mi error
É ignorancia perdonad.
Cat. ¡Desventurado marido!
D. Juan. Corrido está.
Cat. No lo ignoro,
Mas, si tiene de ser toro,
¿Qué mucho que esté corrido?
No daré por su muger,
Ni por su honor, un cornado:
¡Desdichado tú, que has dado
En manos de Lucifer!
D. Juan. ¿Posible es que vengo á ser,
Señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
Am. Pareceisme lisonjero.
Pat. Bien dije, que es mal agüero
En bodas un poderoso.
Gas. Ea, vamos á almorzar,
Porque pueda descansar
Un rato su señoría.

(*Tómale don Juan la mano á la novia.*)

D. Juan. ¿Porqué la escondeis?
Am. Es mia.
Gas. Vamos.
Bel. Volved á cantar.
D. Juan. ¿Qué dices tú?
Cat. ¿Yo? que temo
Muerte vil destos villanos.
D. Juan. Buenos ojos, blancas manos,
En ellos me abraso y quemo.
Cat. Almagrar, y echar estremo;

Con esta cuatro serán.
D. Juan. Ven, que mirándome están.
Pat. En mis bodas caballero,
Mal agüero.
Gas. Cantad.
Pat. Muero.
Cat. Canten, que ellos llorarán.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

SALE PATRICIO PENSATIVO.

Pat. Zelos, reloj, y cuidados
Que á todas las horas dais
Tormentos con que matais,
Aunque dais desconcertados,
Dejadme de atormentar,
Pues es cosa tan sabida
Que cuando amor me da vida,
La muerte me quereis dar.
¿Qué me quereis, caballero,
Que me atormentais así?
Bien dije, cuando le vi
En mis bodas, mal agüero.
¿No es bueno que se sentó
A cenar con mi muger,
Y á mí en el plato meter
La mano no me dejó?
Pues cada vez que queria
Meterla, la desviaba,
Diciendo á cuanto tomaba:
Grosería, grosería.
Pues el otro bellacon,
A cuanto comer queria,
Esto no come, decia,
No teneis, señor, razon.
Y de delante al momento
Me lo quitaba, corrido;
Esto bien sé yo que ha sido
Culebra, y no casamiento.
Ya no se puede sufrir,
Ni entre cristianos pasar;
Y acabando de cenar,
Con los dos, mas que á dormir,
Se ha de ir tambien sin porfía
Con nosotros, y ha de ser
El llegar yo á mi muger,
Grosería, grosería.
Ya viene, no me resisto,
Aquí me quiero esconder;
Pero ya no puede ser,
Que imagino que me ha visto.

ESCENA II.

SALE DON JUAN TENORIO.

D. Juan. ¿Patricio?
Pat. Su señoría
¿Qué manda?
D. Juan. Haceros saber...
Pat. Mas, ¿qué ha de venir á ser?
Alguna desdicha mia.
D. Juan. Que ha muchos dias, Patricio,
Que á Aminta el alma le dí,
Y he gozado.
Pat. ¿Su honor?
D. Juan. Sí.
Pat. Manifiesto y claro indicio
De lo que he llegado á ver,
Que si bien no le quisiera,
Nunca á su casa viniera;
Al fin, al fin, es muger.
D. Juan. Al fin, Aminta, zelosa,
O quizá desesperada
De verse de mí olvidada,
Y de ageno dueño esposa,
Esta carta me escribió,
Enviándome á llamar,
Y yo prometí gozar
Lo que el alma prometió:
Esto pasa desta suerte,
Dad á vuestra vida un medio,
Que le daré sin remedio,
A quien lo impida, la muerte.
Pat. Si tú en mi eleccion lo pones,
Tu gusto pretendo hacer,
Que el honor y la muger
Son malas en opiniones.
La muger, en opinion
Siempre mas pierde que gana,
Que son como la campana
Que se estima por el son.
Y así es cosa averiguada,
Que opinion viene á perder,
Cuando cualquiera muger
Suena á campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
El bien que mi amor ordena,
Muger entre mala y buena,
Que es moneda entre dos luces.
Gózala, señor, mil años,
Que yo quiero resistir,
Desengañar y morir,
Y no vivir con engaños. (*Vase.*)
D. Juan. Con el honor le vencí,
Porque siempre los villanos
Tienen su honor en las manos,
Y siempre miran por sí.
Que por tantas variedades,
Es bien que se entienda y crea

Que el honor se fué al aldea,
Huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño,
Le pretendo reparar:
A su padre voy á hablar,
Para autorizar mi engaño.
Bien lo supe negociar;
Gozarla esta noche espero,
La noche camina, y quiero
Su viejo padre llamar.
Estrellas que me alumbrais,
Dadme en este engaño suerte,
Si el galardon en la muerte,
Tan largo me lo aguardais. (*Vase.*)

ESCENA III.

SALEN AMINTA Y BELISA.

Bel. Mira, que vendrá tu esposo,
Entra á desnudarte, Aminta.
Am. Destas infelices bodas
No sé qué siento, Belisa;
Todo hoy mi Patricio ha estado
Bañado en melancolía,
Todo es confusion y zelos,
¡Mirad qué grande desdicha!
Di, ¿qué caballero es este,
Que de mi esposo me priva?
La desvergüenza en España
Se ha hecho caballería.
Déjame, que estoy corrida:
Mal hubiese el caballero,
Que mis contentos me priva...
Bel. Calla, que pienso que viene,
Que nadie en la casa pisa
De un desposado, tan recio.
Am. Queda á Dios, Belisa mia.
Bel. Desenójale en los brazos.
Am. Plega á los cielos que sirvan
Mis suspiros de requiebros,
Mis lágrimas de caricias. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

SALEN DON JUAN, CATALINON Y GASENO.

D. Juan. Gaseno, quedad con Dios.
Gas. Acompañaros queria,
Por darle desta ventura
El parabien á mi hija.
D. Juan. Tiempo mañana nos queda.
Gas. Bien decis, el alma mia
En la muchacha os ofrezco.
D. Juan. Mi esposa decid: ensilla,
Catalinon.
Cat. ¿Para cuándo?
D. Juan. Para el alba, que de risa
Muerta ha de salir mañana,
Deste engaño.
Cat. Allá en Lebrija,
Señor, nos está aguardando
Otra boda; por tu vida,
Que despaches presto en esta.
D. Juan. La burla mas escogida
De todas, ha de ser esta.
Cat. Que saliesemos querria
De todas bien.
D. Juan. Si es mi padre
El dueño de la justicia,
Y es la privanza del rey,
¿Qué temes?
Cat. De los que privan
Suele Dios tomar venganza,
Si delitos no castigan,
Y se suelen en el juego
Perder tambien los que miran:
Yo he sido miron del tuyo,
Y por miron no querria
Que me cogiese algun rayo,
Y me trocase en ceniza.
D. Juan. Vete, ensilla, que mañana
He de dormir en Sevilla.
Cat. ¿En Sevilla?
D. Juan. Sí.
Cat. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
Que hasta la muerte, señor,
Es corta la mayor vida,
Que hay tras la muerte imperio.
D. Juan. Si tan largo me lo fias,
Vengan engaños.
Cat. Señor.
D. Juan. Vete, que ya me amohinas
Con tus temores estraños. (*Vase.*)
La noche en negro silencio
Se estiende, y ya las cabrillas
Entre racimos de estrellas
El polo mas alto pisan.
Yo quiero poner mi engaño
Por obra; el amor me guia
A mi inclinacion, de quien
No hay hombre que se resista.
Quiero llegar á la cama:
Aminta.

ESCENA V.

SALE AMINTA, COMO QUE ESTABA ACOSTADA.

Am. ¿Quién llama á Aminta?
¿Es mi Patricio?
D. Juan. No soy
Tu Patricio.
Am. ¿Pues quién?
D. Juan. Mira
Despacio, Aminta, quién soy.
Am. ¡Ay de mí! yo soy perdida,

¿En mi aposento á estas horas?
D. Juan. Estas son las horas mias.
Am. Volveos, que daré voces,
No escedais la cortesía
Que á mi Patricio se debe:
Ved que hay romanas Emilias
En dos hermanas tambien,
Y hay Lucrecias vengativas.
D. Juan. Escúchame dos palabras,
Y esconde de las mejillas
En el corazon la grana,
Por tí mas preciosa y rica.
Am. Vete, que vendrá mi esposo.
D. Juan. Yo lo soy, ¿de qué te admiras?
Am. ¿Desde cuándo?
D. Juan. Desde ahora.
Am. ¿Quién lo ha tratado?
D. Juan. Mi dicha.
Am. ¿Y quién nos casó?
D. Juan. Tus ojos.
Am. ¿Con qué poder?
D. Juan. Con la vista.
Am. ¿Sábelo Patricio?
D. Juan. Sí,
Que te olvida.
Am. ¿Que me olvida?
D. Juan. Sí, que yo te adoro.
Am. ¿Cómo?
D. Juan. Con mis brazos.
Am. Desvia.
D. Juan. ¿Cómo puedo, si es verdad
Que muero?
Am. ¡Qué gran mentira!
D. Juan. Aminta, escucha, y sabrás,
Si quieres que te lo diga,
La verdad, que las mugeres
Sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
Cabeza de la familia
De los Tenorios antiguos,
Ganadores de Sevilla.
Mi padre, despues del rey,
Se reverencia y estima,
Y en la corte, de sus labios
Pende la muerte ó la vida.
Corriendo el camino acaso,
Llegué á verte, que amor guia
Tal vez las cosas, de suerte
Que él mismo de ellas se olvida.
Víte, adoréte, abraséme,
Tanto que tu amor me anima
A que contigo me case:
Mira qué accion tan precisa.
Y aunque lo murmure el rey,
Y aunque el rey lo contradiga,
Y aunque mi padre enojado
Con amenazas lo impida,
Tu esposo tengo de ser:
¿Qué dices?
Am. No sé qué diga,
Que se encubren tus verdades
Con retóricas mentiras,
Porque si estoy desposada,
Como es cosa conocida,
Con Patricio, el matrimonio
No se absuelve, aunque él desista.
D. Juan. En no siendo consumado,
Por engaño ó por malicia,
Puede anularse.
Am. En Patricio
Todo fué verdad sencilla.
D. Juan. Ahora bien, dame esa mano,
Y esta voluntad confirma
Con ella.
Am. ¿Qué? no, me engañas.
D. Juan. Mio el engaño seria.
Am. Pues jura que cumplirás
La palabra prometida.
D. Juan. Juro á esta mano, señora,
Infierno de nieve fria,
De cumplirte la palabra.
Am. Jura á Dios, que te maldiga
Si no la cumples.
D. Juan. Si acaso
La palabra y la fe mia
Te faltáre, ruego á Dios
Que á traicion y alevosía,
Me dé muerte un hombre muerto,
Que vivo, Dios no permita.
Am. Pues con ese juramento
Soy tu esposa.
D. Juan. El alma mia
Entre los brazos te ofrezco.
Am. Tuya es el alma y la vida.
D. Juan. Ay, Aminta de mis ojos,
Mañana sobre virillas
De tersa plata, estrellada
Con clavos de oro de Tíbar,
Pondrás los hermosos piés,
Y en prision de gargantillas
La alabastrina garganta,
Y los dedos en sortijas,
En cuyo engaste parezcan
Trasparentes perlas finas.
Am. A tu voluntad, esposo,
La mia desde hoy se inclina;
Tuya soy.
D. Juan. ¡Qué mal conoces *ap.*
Al Burlador de Sevilla! (*Vanse.*)

ESCENA VI.

SALEN ISABELA Y FABIO DE CAMINO.

Isab. ¡Que me robase el dueño
La prenda que estimaba, y mas queria!
¡O riguroso empeño

De la verdad, o máscara del dia,
Noche al fin tenebrosa,
Antípoda del sol, del sueño esposa!
Fab. ¿De qué sirve, Isabela,
El amor en el alma y en los ojos,
Si amor todo es cautela,
Y en campos de desdenes causa enojos?
¿Si el que se rie ahora,
En breve espacio desventuras llora?
El mar está alterado,
Y en grave temporal tiempo socorre,
El abrigo han tomado
Las galeras, duquesa, de la torre
Que esta playa corona.
Isab. ¿Dónde estamos ahora?
Fab. En Tarragona;
De aquí á poco espacio,
Daremos en Valencia, ciudad bella,
Del mismo sol palacio:
Divertiráste algunos dias en ella;
Y despues á Sevilla
Irás á ver la octava maravilla:
Que si á Octavio perdiste,
Mas galan es don Juan, y de Tenorio
Solar: ¿de qué estás triste?
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio,
El rey con él te casa;
Y el padre es la privanza de su casa.
Isab. No nace mi tristeza
De ser esposa de don Juan, que el mundo
Conoce su nobleza:
En la esparcida voz mi agravio fundo,
Que esta opinion perdida,
Es de llorar mientras tuviere vida.
Fab. Allí una pescadora
Tiernamente suspira, y se lamenta,
Y dulcemente llora;
Acá viene sin duda, y verte intenta,
Mientras llamo tu gente,
Lamentaréis las dos mas dulcemente.

(*Vase Fabio.*)

ESCENA VII.

SALE TISBEA.

Tisbea. Robusto mar de España,
Ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña,
Que ya el fuego por mares y por ondas
En sus abismos fragua,
Y el mar forma por las llamas agua,
Maldito el leño sea
Que á tu amargo cristal halló correra:
Antojo de Medea,
Tu cáñamo primero, o primer lino,
Aspado de los vientos,
Para telas engaños é instrumentos.
Isab. ¿Porqué del mar te quejas
Tan tiernamente, hermosa pescadora?
Tisbea. Al mar formo mil quejas:
Dichosa vos, que en su tormento ahora,
Dél os estais riendo.
Isab. Tambien quejas del mar estoy ha-
¿De dónde sois? [ciendo.
Tisbea. De aquellas
Cabañas que mirais del viento heridas,
Tan victoriosas entre ellas;
Cuyas pobres paredes esparcidas
Van en pedazos graves
Dándoles mil graznidos á las aves.
¿Sois vos la Europa hermosa,
Que esos toros os llevan?
Isab. Llévanme á ser esposa
Contra mi voluntad.
Tisbea. Si mi mancilla
A lástima os provoca,
Y si injurias del mar os tienen loca,
En vuestra compañía,
Para serviros como humilde esclava,
Me llevad, que queria,
Si el dolor ó la afrenta no me acaba,
Pedir al rey justicia
De un engaño cruel, de una malicia.
Del agua derrotado
A esta tierra llegó don Juan Tenorio,
Difunto, y anegado,
Amparéle, hospedéle, en tan notorio
Peligro, y el vil huésped
Víbora fué á mi planta, tierno césped.
Con palabra de esposo,
La que de aquesta costa burla hacia,
Se rindió al engañoso:
Mal haya la muger que en hombre fia.
Fuése al fin, y dejóme:
Mira si es justo que venganza tome.
Isab. Calla, muger maldita,
Vete de mi presencia, que me has muerto;
Mas si el dolor te incita,
No tienes culpa tú, prosigue el cuento.
Tisbea. La dicha fuera mia.
Isab. Mal haya la muger que en hombre
¿Quién tiene de ir contigo? [fia:
Tisbea. Un pescador, Anfriso; un pobre
De mis males testigo. [padre,
Isab. No hay venganza que á mi mal
Ven en mi compañía. [tanto le cuadre,
Tisbea. Mal haya la muger que en hombre fia. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

SALEN DON JUAN Y CATALINON.

Cat. Todo enmaletado está.
D. Juan. ¿Cómo?
Cat. Que Octavio ha sabido

La traicion de Italia ya,
Y el de la Mota ofendido
De tí, justas quejas da;
Y dice que fué el recado
Que de su prima le diste,
Fingido y disimulado,
Y con su capa emprendiste
La traicion que le ha infamado.
Dicen que viene Isabela
A que seas su marido,
Y dicen...
D. Juan. Calla.
Cat. Una muela
En la boca me has rompido.
D. Juan. Hablador, ¿ quién te revela
Tanto disparate junto?
Cat. Verdades son.
D. Juan. No pregunto
Si lo son : cuando me mate
Octavio, ¿estoy yo difunto?
¿ No tengo manos tambien?
¿ Dónde me tienes posada?
Cat. En la calle oculta.
D. Juan. Bien.
Cat. La iglesia es tierra sagrada.
D. Juan. Di que de dia me den
En ella la muerte : ¿ viste
Al novio de dos hermanas?
Cat. Tambien le ví ansiado y triste.
D. Juan. Aminta, estas dos semanas,
No ha de caer en el chiste.
Cat. Tan bien engañada está,
Que se llama doña Aminta.
D. Juan. Graciosa burla será.
Cat. Graciosa burla, y sucinta,
Mas siempre la llorará.

(*Descúbrese un sepulcro de don Gonzalo de Ulloa.*)

D. Juan. ¿ Qué sepulcro es este?
Cat. Aquí
Don Gonzalo está enterrado.
D. Juan. ¿ Este es al que muerte dí?
Gran sepulcro le han labrado.
Cat. Ordenólo el rey así,
¿ Cómo dice este letrero?
D. Juan. « Aquí aguarda del Señor,
« El mas leal caballero,
« La venganza de un traidor. »
Del mote reirme quiero.
¿ De mí os habeis de vengar,
Buen viejo, barbas de piedra?
Cat. No se las podrás pelar,
Que en barbas muy fuertes medra.
D. Juan. Aquesta noche á cenar
Os aguardo en mi posada,
Allí el desafio haremos,
Si la venganza os agrada,
Aunque mal reñir podremos,
Si es de piedra vuestra espada.
Cat. Ya, señor, ha anochecido,
Vámonos á recoger.
D. Juan. Larga esta venganza ha sido,
Si es que vos la habeis de hacer,
Importa no estar dormido.
Que si á la muerte aguardais
La venganza, la esperanza
Ahora es bien que perdais,
Pues vuestro enojo y venganza
Tan largo me lo fiais. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

SALEN DOS CRIADOS, QUE PONEN LA MESA.

Criado 1º. Quiero apercibir la cena,
Que vendrá á cenar don Juan.
Criado 2º. Puestas las mesas están.
¡ Qué flema tiene, si empieza!
Ya tarda, como solia
Mi señor, no me contenta;
La bebida se calienta,
Y la comida se enfria :
¿ Mas quién á don Juan ordena
Este desórden?

ESCENA X.

SALEN DON JUAN Y CATALINON

D. Juan. ¿ Cerraste?
Cat. Ya cerré, como mandaste.
D. Juan. Ola, tráiganme la cena.
Criado 2º. Ya está aquí.
D. Juan. Catalinon,
Siéntate.
Cat. Yo soy amigo
De cenar de espacio.
D. Juan. Digo
Que te sientes.
Cat. La razon
Haré.
Criado 1º. Tambien es camino
Este, si como con él.
D. Juan. Siéntate. (*Dan un golpe dentro.*)
Cat. Golpe es aquel.
D. Juan. Que llamaron imagino :
Mira quién es.
Criado 1º. Voy volando.
Cat. ¿ Si es la justicia, señor?
D. Juan. Sea, no tengas temor.

(*Vuelve el criado huyendo.*)

¿ Quién es? ¿ de qué estás temblando?
Cat. De algun mal da testimonio.
D. Juan. Mal mi cólera resisto :
Habla, responde, ¿ qué has visto?
¿ Asombróte algun demonio?

Ve tú, y mira aquella puerta,
Presto, acaba.
Cat. ¿Yo?
D. Juan. Tú, pues.
Acaba, menea los piés,
¿No vas?
Cat. ¿Quién tiene las llaves
De la puerta?
Criado 2º. Con la aldaba
Está cerrada no mas.
D. Juan. ¿Qué tienes? ¿Porqué no vas?
Cat. Hoy Catalinon acaba:
Mas si las forzadas vienen
A vengarse de los dos.

(*Llega Catalinon á la puerta, y viene corriendo, cae y levántase.*)

D. Juan. ¿Qué es eso?
Cat. ¡Válgame Dios!
¡Que me matan, que me tienen!
D. Juan. ¿Quién te tiene, quién te tiene?
¿Qué has visto?
Cat. Señor, yo allí
Vide, cuando luego fuí,
Quien me ase, quien me arrebate,
Llegué cuando despues ciego,
Cuando vi, le juro á Dios,
Habló, y dijo: ¿Quién sois vos?
Respondió, respondí luego,
Tope, y vide...
D. Juan. ¿A quién?
Cat. No sé.
D. Juan. Cómo el vino desatina;
Dame la vela, gallina,
Y yo á quien llama veré.

ESCENA XI.

DICHOS, Y DON GONZALO.

(*Toma la vela don Juan, y llega á la puerta, sale al encuentro don Gonzalo en la forma que estaba en el sepulcro, y don Juan se retira atras turbado, empuñando la espada, y en la otra la vela, y don Gonzalo hácia él con pasos menudos, y al compas don Juan retirándose, hasta estar en medio del teatro.*)

D. Juan. ¿Quién va?
D. Gonz. Yo soy.
D. Juan. ¿Quién sois vos?
D. Gonz. Soy el caballero honrado
Que á cenar has convidado.
D. Juan. Cena habrá para los dos,
Y si vienen mas contigo,
Para todos cena habrá;
Ya puesta la mesa está,
Siéntate.
Cat. Dios sea conmigo,
San Panuncio, san Anton:
Pues ¿los muertos comen? di.
Por señas dice que sí.
D. Juan. Siéntate, Catalinon.
Cat. No, señor, yo lo recibo
Por cenado.
D. Juan. Es concierto,
¿Qué temor tienes á un muerto?
¿Qué hicieras estando vivo?
¡Necio y villano temor!
Cat. Cena con tu convidado,
Que yo, señor, ya he cenado.
D. Juan. ¿He de enojarme?
Cat. Señor,
Vive Dios, que huelo mal.
D. Juan. Llega, que aguardando estoy.
Cat. Yo pienso que muerto soy,
Y está muerto mi arrabal.

(*Tiemblan los criados.*)

D. Juan. ¿Y vosotros, qué decis?
¿Qué haceis? ¡necios, temblar!
Cat. Nunca quisiera cenar
Con gente de otro pais.
¿Yo, señor, con convidado
De piedra?
D. Juan. ¡Necio temor!
Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?
Cat. Dejarme descalabrado.
D. Juan. Háblale con cortesía.
Cat. ¿Está bueno? ¿Es buena tierra
La otra vida? ¿Es llano, ó sierra?
¿Prémiase allá la poesía?
Criado 1º. A todo dice que sí
Con la cabeza.
Cat. ¿Hay allá
Muchas tabernas? Sí habrá,
Si no se reside allí.
D. Juan. Ola, dadnos de beber.
Cat. Señor muerto, ¿allá se bebe
Con nieve? ¿Así qué, hay nieve?

(*Baja la cabeza.*)

Buen pais.
D. Juan. Si oir cantar
Quereis, cantarán. (*Baja la cabeza.*)
Criado 2º. Sí, dijo.
D. Juan. Cantad.
Cat. Tiene el seor muerto
Buen gusto.
Criado 1º. Es noble por cierto,
Y amigo de regocijo.

(*Cantan dentro.*)

Si de mi amor aguardais,
Señora, de aquesta suerte,
El galardon en la muerte,
¡Qué largo me lo fiais!

Cat. O es sin duda veraniego
El seor muerto, ó debe ser
Hombre de poco comer:
Temblando al plato me llego.
Poco beben por allá, (*Bebe.*)
Yo beberé por los dos:
Brindis de piedra, por Dios,
Menos temor tengo ya.

(*cantan.*)

Si ese plazo me convida,
Para que gozaros pueda,
Pues larga vida me queda,
Dejad que pase la vida.
Si de mi amor aguardais,
Señora, de aquesta suerte,
El galardon en la muerte,
¡Qué largo me lo fiais!

Cat. ¿Con cuál de tantas mugeres
Como has burlado, señor,
Hablan?
D. Juan. De todas me rio,
Amigo, en esta ocasion.
En Nápoles á Isabela...
Cat. Esa, señor, ya no es
Burlada, porque se casa
Contigo, como es razon.
Burlaste á la pescadora
Que del mar te redimió,
Pagándole el hospedage
En moneda de rigor.
Burlaste á doña Ana...
D. Juan. Calla,
Que hay parte aquí que lastó
Por ella, y vengarse aguarda.
Cat. Hombre es de mucho valor,
Que él es piedra, tú eres carne,
No es buena resolucion.

(*Hace señas que se quite la mesa y queden solos.*)

D. Juan. Ola, quitad esa mesa,
Que hace señas que los dos
Nos quedemos, y se vayan
Los demas.
Cat. Malo; por Dios,
Ne te quedes, porque hay muerto
Que mata de un mogicon
A un gigante.
D. Juan. Salíos todos,
A ser yo... Catalinon,
Vete, que viene.

(*Vanse, y quedan los dos solos, y hace señas que cierre la puerta.*)

La puerta
Ya está cerrada, ya estoy
Aguardando, di, ¿qué quieres,
Sombra, ó fantasma, ó vision?
Si andas en pena, ó si aguardas
Alguna satisfaccion
Para tu remedio, dilo,
Que mi palabra te doy
De hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Díte la muerte en pecado?
Habla, que suspenso estoy.

(*Habla bajo, como cosa del otro mundo.*)

D. Gonz. ¿Cumplirásme una palabra
Como caballero?
D. Juan. Honor
Tengo, y las palabras cumplo,
Porque caballero soy.
D. Gonz. Dame esa mano, no temas.
D. Juan. ¿Eso dices? ¿yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
La mano te diera yo. (*Dale la mano.*)
D. Gonz. Bajo esta palabra y mano,
Mañana á las diez estoy
Para cenar aguardando:
¿Irás?
D. Juan. Empresa mayor
Entendí que me pedias;
Mañana tu huésped soy:
¿Dónde he de ir?
D. Gonz. A mi capilla.
D. Juan. ¿Iré solo?
D. Gonz. No, los dos;
Y cúmpleme la palabra,
Como la he cumplido yo.
D. Juan. Digo que la cumpliré,
Que soy Tenorio.
D. Gonz. Yo soy
Ulloa.
D. Juan. Yo iré sin falta.
D. Gonz. Y yo lo creo, á Dios.

(*Va á la puerta.*)

D. Juan. Aguarda, iréte alumbrando.
D. Gonz. No alumbres, que en gracia estoy.

(*Vase muy poco á poco mirando á don Juan y don Juan á él, hasta que desaparece y queda don Juan con pavor.*)

D. Juan. ¡Válgame Dios! todo el cuerpo
Se ha bañado de un sudor,
Y dentro de las entrañas
Se me hiela el corazon.
Cuando me tomó la mano,
De suerte me la apretó,
Que un infierno parecia,
Jamas vide tal calor.
Un aliento respiraba,
Organizando la voz,
Tan frio, que parecia
Infernal respiracion.
Pero todas son ideas

Que da la imaginacion,
El temor, y temer muertos
Es mas villano temor.
Que si un cuerpo noble, vivo,
Con potencias y razon,
Y con alma, no se teme,
¿Quién cuerpos muertos temió?
Mañana iré á la capilla,
Donde convidado soy,
Porque se admire y espante
Sevilla de mi valor. (*Vase.*)

ESCENA XII.

SALE EL REY, DON DIEGO TENORIO Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. ¿Llegó al fin Isabela?
D. Diego. Y disgustada.
Rey. Pues, ¿no ha tomado bien el casamiento? [infamada.
D. Diego. Siente, señor, el nombre de
Rey. De otra causa procede su tormento:
¿Dónde está?
D. Diego. En el convento está alojada
De las Descalzas.
Rey. Salga del convento
Luego al punto, que quiero que en palacio
Asista con la reina mas de espacio.
D. Diego. Si ha de ser con don Juan el desposorio,
Manda, señor, que tu presencia vea.
Rey. Véame, y galan salga, que notorio
Quiero que este placer al mundo sea:
Conde será desde hoy don Juan Tenorio
De Lebrija, él la mande y la posea;
Que si Isabela á un duque corresponde,
Ya que ha perdido un duque, gane un conde. [samos.
D. Diego. Y por esta merced tus piés be-
Rey. Mi favor mereces dignamente,
Que si aquí los servicios ponderamos,
Me quedo atras con el favor presente.
Paréceme, don Diego, que hoy hagamos
Las bodas de doña Ana juntamente.
D. Diego. ¿Con Octavio?
Rey. No es bien que el duque Octavio
Sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana, con la reina, me ha pedido
Que perdone al marques, porque doña Ana
Ya que el padre murió, quiere marido,
Porque si le perdió, con él le gana:
Ireis con poca gente, y sin ruido,
Luego á hablarle á la fuerza de Triana,
Y por su satisfaccion, y por su abono,
De su agraviada prima le perdono. [ba.
D. Diego. Ya he visto lo que tanto desea-
Rey. Que esta noche han de ser, podeis
Los desposorios. [decirle,
D. Diego. Todo en bien se acaba;
Fácil será al marques el persuadirle,
Que de su prima amartelado estaba.
Rey. Tambien podeis á Octavio prevenir-
Desdichado es el duque con mugeres; [le;
Son todas opinion y pareceres.
Hanme dicho que está muy enojado
Con don Juan.
D. Diego. No me espanto, si ha sabido
De don Juan el delito averiguado,
Que la causa de tanto daño ha sido:
El duque viene.
Rey. No dejeis mi lado,
Que en el delito sois comprehendido.

ESCENA XIII.

SALE EL DUQUE OCTAVIO.

Oct. Los piés, invicto rey, me dé tu alteteza.
Rey. Alzad, duque, y cubrid vuestra ca-
¿Qué pedis? [beza:
Oct. Vengo á pediros,
Postrado ante vuestras plantas,
Una merced, cosa justa,
Digna de serme otorgada.
Rey. Duque, como justa sea,
Digo que os doy mi palabra
De otorgárosla; pedid.
Oct. Ya sabes, señor, por cartas
De tu embajador, y el mundo
Por la lengua de la fama
Sabe, que don Juan Tenorio,
Con española arrogancia,
En Nápoles una noche,
Para mi noche tan mala,
Con mi nombre profanó
El sagrado de una dama.
Rey. No pases mas adelante,
Ya supe vuestra desgracia,
En efecto: ¿qué pedis?
Oct. Licencia que en la campaña
Defienda como es traidor.
D. Diego. Eso no, su sangre clara
Es tan honrada...
Rey. Don Diego.
D. Diego. Señor.
Oct. ¿Quién eres, que hablas
En la presencia del rey
De esa suerte?
D. Diego. Soy quien calla,
Porque me lo manda el rey,
Que si no, con esta espada
Te respondiera.
Oct. Eres viejo.
D. Diego. Ya he sido mozo en Italia
A vuestro pesar un tiempo:
Ya conocieron mi espada

En Nápoles y en Milan.
Oct. Tienes ya la sangre helada:
No vale fuí, sino soy.
D. Diego. Pues fuí, y soy.
(*Empuña la espada.*)
Rey. Tened, basta,
Bueno está, callad, don Diego,
Que á mi persona se guarda
Poco respeto; y vos, duque,
Despues que las bodas se hagan
Mas de espacio hablaréis:
Gentilhombre de mi cámara
Es don Juan, y hechura mia,
Y de aqueste tronco rama:
Mirad por él.
Oct. Yo lo haré,
Gran señor, como lo mandas.
Rey. Venid conmigo, don Diego.
D. Diego. ¡Ay, hijo, qué mal me pagas
El amor que te he tenido!
Rey. ¿Duque?
Oct. Gran señor.
Rey. Mañana
Vuestras bodas se han de hacer.
Oct. Háganse, pues tú lo mandas.
(*Vanse el rey y don Diego.*)

ESCENA XIV.

SALEN GASENO Y AMINTA.

Gas. Ese señor nos dirá
Dónde está don Juan Tenorio:
Señor, ¿si está por acá
Un don Juan, á quien notorio
Ya su apellido será?
Oct. Don Juan Tenorio direis.
Am. Sí, señor, ese don Juan.
Oct. Aquí está, ¿qué le quereis?
Am. Es mi esposo ese galan.
Oct. ¿Cómo?
Am. ¿Pues no lo sabeis,
Siendo del alcázar vos?
Oct. No me ha dicho don Juan nada.
Gas. ¿Es posible?
Oct. Sí, por Dios.
Gas. Doña Aminta es muy honrada,
Cuando se casan los dos,
Que cristiana vieja es
Hasta los huesos, y tiene
De la hacienda el interes,
Mas bien que un conde, un marques.
Casóse don Juan con ella,
Y quitósela á Patricio.
Am. Decid cómo fuí doncella
A su poder.
Gas. No es juicio
Esto, ni aquesta querella.
Oct. Esta es burla de don Juan.
Y para venganza mia,
Estos diciéndola están:
¿Qué pedis, al fin?
Gas. Queria,
Porque los dias se van,
Que se hiciese el casamiento,
O querellarme ante el rey.
Oct. Digo que es justo ese intento.
Gas. Y razon, y justa ley.
Oct. Medida á mi pensamiento
Ha venido la ocasion:
En el alcázar teneis
Bodas.
Am. Sí, las mias son.
Oct. Quiero, para que acertemos,
Valerme de una intencion:
Venid donde os vestireis,
Señora, á lo cortesano,
Y á un cuarto del rey saldreis
Conmigo.
Am. Vos de la mano
A don Juan me llevaréis.
Oct. Que desta suerte es cautela.
Gas. El arbitrio me consuela.
Oct. Estos venganza me dan
De aqueste traidor don Juan,
Y el agravio de Isabela. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

SALEN DON JUAN Y CATALINON.

Cat. ¿Cómo el rey te recibió?
D. Juan. Con mas amor que mi padre.
Cat. ¿Viste á Isabela?
D. Juan. Tambien.
Cat. ¿Cómo viene?
D. Juan. Como un ángel.
Cat. ¿Recibióte bien?
D. Juan. El rostro
Bañado de leche y sangre,
Como la rosa que al alba
Despierta la débil caña.
Cat. Al fin, ¿esta noche son
Las bodas?
D. Juan. Sin falta.
Cat. Fiambres
Hubieran sido, no hubieras,
Señor, engañado á tantas.
Pero tú tomas esposa,
Señor, con cargas muy grandes.
D. Juan. Di, ¿comienzas á ser necio?
Cat. Y podrás muy bien casarte
Mañana, que hoy es mal dia.
D. Juan. Pues, ¿qué dia es hoy?
Cat. Es mártes.
D. Juan. Mil embusteros y locos
Dan en esos disparates;

Solo aquel llamo mal dia,
Aciago y detestable,
En que no tengo dineros,
Que lo demas es donaire.
Cat. Vamos, si te has de vestir,
Que te aguardan, y ya es tarde.
D. Juan. Otro negocio tenemos
Que hacer, aunque nos aguarden.
Cat. ¿Cuál es?
D. Juan. Cenar con el muerto.
Cat. Necedad de necedades.
D. Juan. ¿No ves que dí mi palabra?
Cat. Y cuando se la quebrantes,
¿Qué importa? ¿ha de pedirte
Una figura de jaspe
La palabra?
D. Juan. Podrá el muerto
Llamarme á voces, infame.
Cat. Ya está cerrada la iglesia.
D. Juan. Llama.
Cat. ¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de abrir? que están
Durmiendo los sacristanes.
D. Juan. Llama á este postigo.
Cat. Abierto
Está.
D. Juan. Pues entra.
Cat. Entre un fraile
Con su hisopo y estola.
D. Juan. Sígueme y calla.
Cat. ¿Que calle?
D. Juan. Sí.
Cat. Dios en paz
De estos convites me saque.

(*Entran por una puerta, y salen por otra.*)

¡Qué oscura que está la iglesia,
Señor, para ser tan grande!
¡Ay de mí! Tenme, señor,
Porque de la capa me asen.

ESCENA XVI.

SALE DON GONZALO, COMO DE ÁNTES, Y ENCUÉNTRASE CON ELLOS.

D. Juan. ¿Quién va?
D. Gonz. Yo soy.
Cat. ¡Muerto estoy!
D. Gonz. El muerto soy, no te espantes;
No entendí que me cumplieras
La palabra, segun haces
De todos burla.
D. Juan. ¿Me tienes
En opinion de cobarde?
D. Gonz. Sí, que aquella noche huiste
De mí, cuando me mataste.
D. Juan. Huí de ser conocido,
Mas ya me tienes delante:
Di presto lo que me quieres.
D. Gonz. Quiero á cenar convidarte.
Cat. Aquí escusamos la cena,
Que todo ha de ser fiambre,
Pues no parece cocina.
D. Juan. Cenemos.
D. Gonz. Para cenar
Es menester que levantes
Esa tumba.
D. Juan. Y si te importa,
Levantaré estos pilares.
D. Gonz. Valiente estás.
D. Juan. Tengo brio,
Y corazon en las carnes.
Cat. Mesa de Guinea es esta,
Pues no hay por allá quien lave.
D. Gonz. Siéntate.
D. Juan. ¿Dónde?
Cat. Con sillas
Vienen ya dos negros pages.

(*Entran dos enlutados con sillas.*)

Tambien acá se usan lutos,
Y bayeticas de Flandes.
D. Juan. Siéntate.
Cat. ¿Yo, señor?
He merendado esta tarde.
D. Gonz. No repliques.
Cat. No replico,
Dios en paz de esto me saque.
¿Qué plato es este, señor?
D. Gonz. Este plato es de alacranes
Y víboras.
Cat. ¡Gentil plato!
D. Gonz. Estos son nuestros manjares;
¿No comes tú?
D. Juan. Comeré
Si me dieres áspid, y áspides
Cuantos el infierno tiene.
D. Gonz. Tambien quiero que te canten.
Cat. ¿Qué vino beben acá?
D. Gonz. Pruébalo.
Cat. Hiel y vinagre
Es este vino.
D. Gonz. Este vino
Esprimen nuestros lagares.

(*Cantan.*) Adviertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,
Que no hay plazo que no llegue,
Ni deuda que no se pague.

Cat. Malo es esto, vive Cristo,
Que he entendido este romance,
Y que con nosotros hable.
D. Juan. Un hielo el pecho me abrasa.

(*Cantan.*) Mientras en el mundo viva,
No es justo que diga nadie:
¡Qué largo me lo fiais!
Siendo tan breve el cobrarse.

Cat. ¿De qué es este guisadillo?
D. Gonz. De uñas.
Cat. De uñas de sastre
Será, si es guisado de uñas.
D. Juan. Ya he cenado, haz que levanten
La mesa.
D. Gonz Dame esa mano,
No temas, la mano dame.
D. Juan. Eso dices? ¿Yo temor?
Que me abraso, no me abrases
Con tu fuego.
D. Gonz. Este es poco
Para el fuego que buscaste:
Las maravillas de Dios
Son, don Juan, investigables;
Y así quiere que tus culpas
A manos de muerto pagues.
Y si pagas desta suerte,
Esta es justicia de Dios,
Quien tal hace, que tal pague.
D. Juan. Que me abraso, no me aprietes,
Con la daga he de matarte;
Mas, ¡ay, que me canso en vano
De tirar golpes al aire!
A tu hija no ofendí,
Que vió mis engaños antes.
D. Gonz. No importa, que ya pusiste
Tu intento.
D. Juan. Deja que llame
Quien me confiese y absuelva.
D. Gonz. No hay lugar, ya acuerdas tarde.
D. Juan. Que me quemo, que me abraso,
Muerto soy. (*Cae muerto.*)
Cat. No hay quien se escape,
Que aquí tengo de morir
Tambien por acompañarte.
D. Gonz. Esta es justicia de Dios,
Quien tal hace, que tal pague.

(*Húndese el sepulcro con don Juan y don Gonzalo, y sale Catalinon arrastrando.*)

Cat. ¡Válgame Dios! ¿qué es aquesto?
Toda la capilla se arde,
Y con el muerto he quedado,
Para que le vele y guarde.
Arrastrando como pueda
Iré á avisar á su padre:
San Jorge, san Agnus Dei,
Sacadme en paz á la calle. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

SALE EL REY, DON DIEGO, Y ACOMPAÑAMIENTO.

D. Diego. Ya el marques, señor, espera
Besar vuestros piés reales.
Rey. Entre luego, y avisad
Al conde, porque no aguarde.

ESCENA XVIII.

SALEN PATRICIO Y GASENO.

Pat. ¿Dónde, señor, se permiten
Desenvolturas tan grandes,
Que tus criados afrenten
A los hombres miserables?
Rey. ¿Qué dices?
Pat. Don Juan Tenorio,
Alevoso y detestable,
La noche del casamiento,
Antes que le consumase,
A mi muger me quitó.
Testigos tengo delante.

ESCENA XIX.

SALEN TISBEA, ISABELA, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Tisbea. Si vuestra alteza, señor,
De don Juan Tenorio no hace
Justicia, á Dios y á los hombres,
Mientras viva, he de quejarme.
Derrotado le echó el mar,
Díle vida y hospedage,
Y pagóme esta amistad
Con mentirme y engañarme
Con nombre de mi marido.
Rey. ¿Qué dices?
Isab. Dice verdad.

ESCENA XX.

SALEN AMINTA Y EL DUQUE OCTAVIO.

Rey. ¿Quién es?
Am. ¿Pues aun no lo sabe?
El señor don Juan Tenorio,
Con quien vengo á desposarme,
Porque me debe el honor,
Y es noble, y no ha de negarme;
Manda que nos desposemos.

ESCENA XXI.

SALE EL MARQUES DE LA MOTA.

Mota. Pues es tiempo, gran señor,
Que á luz verdades se saquen,
Sabrás que don Juan Tenorio,
La culpa que me imputaste,
Tuvo él, pues como amigo
Pudo el cruel engañarme,
De que tengo dos testigos.
Rey. ¡Hay desvergüenza tan grande!
Prendedle, y matadle luego.
D. Diego. En premio de mis servicios

Haz que le prendan, y pague
Sus culpas, porque del cielo
Rayos contra mí no bajen,
Si es mi hijo tan malo.

ESCENA XXII.

SALE CATALINON.

Cat. Señores, todos oid
El suceso mas notable
Que en el mundo ha sucedido,
Y en oyéndome, matadme.
Don Juan al comendador
Haciendo burla una tarde,
Despues de haberle quitado
Las dos prendas que mas valen,
Tirando al bulto de piedra
La barba, por ultrajarle,
A cenar le convidó;
Nunca fuera á convidarle.
Fué el bulto, y convidóle,
Y ahora, porque no os canse,
Acabando de cenar,
Entre mil presagios graves,
De la mano le tomó,
Y le aprieta, hasta quitarle
La vida, diciendo: Dios
Me manda que así te mate,
Castigando tus delitos.
Quien tal hace, que tal pague.
Rey. ¿Qué dices?
Cat. Lo que es verdad,
Diciendo antes que acabase,
Que á doña Ana no debia
Honor, que lo oyeron antes
Del engaño.
Mota. Por las nuevas
Mil albricias pienso darte.
Rey. Justo castigo del cielo,
Y ahora es bien que se casen
Todos, pues la causa es muerta,
Vida de tantos desastres.
Oct. Pues ha enviudado Isabela,
Quiero con ella casarme.
Mata. Yo con mi prima.
Pat. Y nosotros
Con las nuestras, porque acabe
El Convidado de piedra.
Rey. Y el sepulcro se traslado
En San Francisco en Madrid,
Para memoria mas grande.

LA BEATA ENAMORADA,

MARTA LA PIADOSA.

COMEDIA SIN FAMA.

Cuanto mas se estudia el antiguo teatro español, mas se arraiga en el ánimo la opinion que ya hemos manifestado en el exámen de un drama de Calderon (*A secreto agravio secreta venganza*), de que no hay carácter posible ni situacion teatral que no hayan sido previstos por nuestros admirables poetas dramáticos de los siglos XVI y XVII. Verdad es que, por lo general, no hacian mas que desflorar la materia que trataban, dejando á otros el campo abierto para profundizarla; descubrian la mina y dejaban á otros el cuidado de beneficiarla; hallaban una senda nueva, y curándose poco de las encantadas regiones á que esta podia conducirles, satisfechos con haber enseñado el camino, siempre en alas del genio, pero rara vez sostenidos por la constancia que corrige y perfecciona, abandonaban la obra incompleta y volaban á nuevos descubrimientos. Por eso el teatro español no contiene apenas una sola joya acabada; pero es el precioso minero donde se hallan derramados con increible profusion todos los elementos necesarios para que las forme el talento, con solo adaptar los materiales que él le ofrece al molde de la razon y del buen gusto.

La hipocresía, esa escoria de los vicios sociales, ha sido, nadie lo ignora, admirablemente anatematizada por el gran Moliere en su *Tartufe*, y por nuestro Moratin en *la Mogigata*; pero á uno y á otro se adelantó Tirso de Molina en su *Marta la piadosa*. No tratamos de establecer comparaciones en cuanto al mérito respectivo de estas tres comedias; pero es evidente que el gérmen de las dos primeras que hemos citado se halla en la tercera, y que en esto como en todo no hay gloria que rivalice con la del primero que crea, pudiendo aplicarse á los que luego corrigen la creacion y sacan nuevos recursos de la idea madre, aquel tan conocido verso de Iriarte en su ingeniosa fábula de *los Huevos*:

Gracias al que nos trajo las gallinas!

PERSONAS.

DOÑA MARTA.
DOÑA LUCIA.
DON DIEGO.
PASTRANA.
DON JUAN.
DOÑA INES.
DON GOMEZ, viejo.
EL CAPITAN URBINA.
DON FELIPE.
EL ALFÉREZ.
LOPEZ, criado.

JORNADA I.

Sale doña Marta de luto galan.

Marta. El tardo buey, atado á la coyunda,
La noche espera, y la cerviz levanta;
Y el que tiene el cuchillo á la garganta,
En alguna esperanza el vivir funda.
Espera la bonanza aunque se hunda
La nave, á quien el mar bate y quebranta:
Solo el infierno causa pena tanta,
Porque de él la esperanza no redunda.
Es comun este bien á los mortales,
Pues quien mas ha alcanzado, mas espera,
Y á veces el que espera, al fin alcanza.
Mas á mí la esperanza de mis males
De tal modo me aflige y desespera,
Que no puedo esperar, ni aun esperanza.

Sale doña Lucía de luto.

Luc. ¿Que no puedo esperar ni aun esperanza
Me dice la fortuna, aunque inconstante?
Lloro un hermano muerto, y un amante
De su vida homicida; y mi confianza [za?
Esperar vida á un muerto, ¿quién lo alcan-
Esperar, que en la ausencia sea constante
Amor, es esperanza de ignorante,
Que es huésped de la ausencia la mudanza.
Al homicida de mi hermano adoro.
Ved si se iguala á mi tormento alguno,
Pues amo aborreciendo justamente.
Dos muertos (aunque el uno vive) lloro,
Que si la ausencia es muerte, todo es uno,
Un muerto hermano y un amante ausente.
Marta. ¿Quién da materia á tus quejas,
Que tantas formas, sin ver
Que sabe el temor poner
A las paredes orejas?
Luc. ¿Y por quién las tuyas son,
Que de escuchar tus fatigas,
A llorar las mias me obligas,
Hermana, á tu imitacion?
Marta. ¿Fáltame causa? ¿es en vano
La pena que me ha afligido?
¿No he de llorar, si he perdido
Todo el bien con un hermano?
Luc. ¿Pues salgo del cuarto grado
De ese parentesco yo?
¿O acaso no se murió
Para mí? ¿qué te ha pesado
De que le llore mal muerto,
Cuando bien le quise vivo?
Marta. ¡Qué diferente motivo
Da llanto á tu desconcierto!
Todo, hermana, se me alcanza,
No dan tus ojos tributo
A muertos, ni son de luto
Lágrimas con esperanza;
Porque ellas mismas publican,
Por mas que lo has encubierto,
Que doblando por un muerto,
Por otro vivo repican.
Ya sé por quien es el llanto.
Luc. Todos, sospecha el ladron,
Que son de su condicion:
Éreslo tú, no me espanto
Que imagines disparates,
Que ha tanto pasan por tí.
Marta. ¿Tan boba te parecí,
Por mas que encubrirte trates,
Que jamas eché de ver
Lo que á don Felipe quieres?
Siempre somos las mugeres
(Si lo pretendes saber)
Mucho mas largas de vista
Que los hombres: penetramos
Las almas cuando miramos,
Sin que el cuerpo lo resista.
A Eva crió despues
Dios que Adan; y aunque postrera,
Fué en ver la fruta primera
De tan costoso interes.
No pienses, doña Lucía,
Que has de poder esconder
Tu amor, porque soy muger,
Y veo mucho.
Luc. Hermana mia,
¿Tiénesme por hombre á mí,
O miro con cataratas?
¿Que por lince te retratas,
Y á mí por topo? si á tí
Te parece que penetras
Los corazones, tambien
Creo yo que mis ojos ven

Las mas escondidas letras.
No culpes, hermana, al muerto,
Pues solamente es deudor
Don Felipe el matador,
De ese llanto.
Marta. Bien, por cierto,
¿Luego quise yo jamas
A don Felipe?
Luc. Jesú,
¿Querer? bonita eres tú,
Hasle aborrecido mas
Que el tordo á las guindas, ¿eso
No es claro? ¿eres tú muger,
Que á nadie habia de querer?
Tú no eres de carne y hueso.
Marta. A lo menos fuera afrenta,
Que amára yo á quien de ti
Es amado.
Luc. ¿Cómo así?
Marta. Porque no es hombre de cuenta
En quien tú los ojos pones,
Y cuando tenga valor,
Solo por tenerle amor
Tú, le pierde.
Luc. Mil razones
Te sobran.
Marta. Y en conclusion,
Ya sabes lo que perdiera,
Si eleccion mi amor hiciera
De quien tú haces eleccion:
Porque dijeran de mí,
Teniéndote, aun quien te precia
Y sirve, por fria y necia,
Que me parecia á ti.
Luc. Soy yo la misma frialdad,
Y eres tú el mismo calor:
Andan perdidos de amor
Los hombres por tu beldad.
Eres un sol en el talle,
Y hasle parecido en todo,
De tal suerte, que del modo
Que ninguno osa miralle,
Porque ciega el resplandor
Que visten sus rayos rojos,
Nadie pone en ti los ojos,
Porque los ciegas de amor;
Y así, aunque abrasa y admira
Tu hermosura de mil modos,
Como al sol te alaban todos,
Pero ninguno te mira,
Porque ninguno hasta ahora
Hace de servirte caso.
Yo, que ni quemo, ni abraso,
Ni soy sol, ni soy aurora,
De tu discrecion me rio,
Pues con ser menos perfeta,
No tan hermosa y discreta,
Por mas que hielo y enfrio,
Tengo muchos pretendientes,
Que á pesar de tu beldad,
Estiman mas mi frialdad
Que no tus rayos ardientes.
Marta. Serán amantes felpados,
De estos rubios moscateles,
Que para que no los hieles,
Irán á verte aforrados;
Porque como cada dia
Truecan las cosas los cielos,
Y ya se venden los hielos,
Estimaránte por fria.
Mas ¿qué dices, que tambien
Don Felipe te adoraba,
Y con tu nieve templaba
Su fuego? ¿quisote bien?
Luc. Así le quisiera yo.
Marta. ¿Qué, no le quieres?
Luc. Ni es justo
Gastar el tiempo, y el gusto
Con quien sabes que mató
A mi hermano; antes deseo
Que la justicia castigue
Su crueldad, porque mitigue
La pena, que nunca creo
Ha de tener fin en mí.
Marta. ¿Qué, te holgáras por tu vida
De ver muerto al homicida?
Luc. Digo mil veces, que sí.
Marta. Rigores son escesivos.
Luc. Fuéronlo sus desconciertos.
Marta. Que perdone Dios los muertos,
Y dé salud á los vivos.
Luc. No lo merece su esceso.
Marta. Pues si su muerte te da
Gusto, has de saber que está
Don Felipe, hermana, preso.

(*Alborotada doña Lucía.*)

Luc. ¿Dónde?
Marta. En Sevilla le sigue
Su culpa.
Luc. ¡Ay fiero tormento!
Marta. Y mi padre tan contento
De que su prision mitigue
Su pena y larga tristeza,
Que para que se anticipe
Tu venganza, á don Felipe
Hará cortar la cabeza
Antes de un mes.
Luc. ¡Ay de mí!
Marta. Mira si el cielo ha dispuesto
Tu venganza.
Luc. ¿Que tan presto,
Hermana, ha de morir?
Marta. Sí:
¿Lloras?
Luc. ¿Soy de bronce yo?

Marta. No, mas poco ha que afirmabas
Que su muerte deseabas,
Porque á tu hermano mató.
Luc. Todo es, doña Marta, así,
Pero no has dado en lo cierto.
Marta. ¿No deseas verle muerto?
Luc. Sí, hermana, muerto por mí.
La verdad voy á saber
De mi padre, y á llorar. (*Vase.*)
Marta. ¡Qué fácil es de engañar,
Cuando es boba, una muger!
Quise fingir su prision,
Para saber su amor, cielos,
Y al fin saqué á luz mis zelos
Envueltos en su aficion.

Sale don Gomez, viejo, leyendo una carta.

Gomez. (*Lee.*) « Entre las muchas causas « que me obligaron á dejar las Indias, y vol- « ver á España, fué lo principal el deseo de « veros, y convertir nuestra antigua amistad « en parentesco : Dios, mis hazañas, y « buena diligencia han querido que en « diez años de asistencia haya ganado cien « mil pesos, y mas, que para que os sirvais « con ellos, ofrezco en arras á mi señora « doña Marta, hija vuestra, si (con perdon « de mis canas) trueco el nombre de vues- « tro amigo por el de yerno. En Illescas « estoy, que, como sabeis, es mi tierra; « fiestas y toros hay : si ellas os obligan, y « yo lo merezco, mi casa os aguarda vacía « de hijos (que nunca los ha tenido) y llena « de deseos, que espero cumplireis. El « cielo os guarde, etc. EL CAPITAN URBINA.»

Mil veces sea bien venido,
Que estas nuevas solamente
Poner límite han podido
Al llanto y pena presente,
Por el hijo que he perdido.
La misma edad que yo tiene
El capitan; mas pues viene
Con mas de cien mil ducados,
Años que están tan dorados
Reverenciarlos conviene.
Darále Marta la mano,
Que no es viejo el interes,
Aunque el capitan es cano,
Y menos enfermo es
El invierno que el verano :
Invierno viejo es mi yerno,
Verano suele llamar
La juventud á amor tierno;
Pero bien podrá pasar
Con tanta ropa este invierno
Mi hija, que de ella fio,
Que ha de hacer el gusto mio,
Y del que escribe esta carta,
Que es viejo, y compra esta marta
Para remediar su frio.
Marta. Señor, ¿qué nuevo contento
Ha puesto fin á tu llanto?
Gomez. (Encubrirle el casamiento *ap.*
Quiero.) Aunque es mi dolor tanto,
Iguala á su sentimiento,
Y aun sobrepuja el placer
Que de estas nuevas consigo :
Un hijo vine á perder,
Y hoy, hija, cobro un amigo,
A quien luego he de ir á ver;
Que aunque el daño considero,
Que de mi amado heredero
Hace la falta, colijo
Que puede igualarse á un hijo
Un amigo verdadero.
Viene el capitan Urbina,
Conforme me escribe aquí,
Tan galan, que de una mina
Sacó el alma al Potosí,
Y las telas á la China,
Con mas de cien mil ducados
Pone en olvido cuidados :
En Illescas, Marta, está,
Y que vaya á verle allá
Me escribe : en tiempos pasados
Fuimos los dos una vida
Y un alma; con sus tesoros
Y su casa me convida :
Dicen que hay fiestas y toros
Mañana allí, y aunque impida
La muerte de don Antonio
Ver fiestas, en testimonio
De su amistad, esta vez
Dispensará mi vejez
Y su rico patrimonio
Con vuestro luto y mi pena :
A buscar un coche voy,
Que es fresca la tarde y buena,
Y habemos de partir hoy.
Marta. Señor, los pasos refrena,
Y vuelve á tener memoria
De que quitaron la vida
A mi hermano.
Gomez. Y es notoria
La culpa del homicida :
Con una requisitoria
En su seguimiento va
Un alguacil, que dará
Lucida satisfacion
A mi pena y su traicion.
Marta. Cielo, en Illescas está,
(Que así me lo escribió ayer)
Y si las fiestas aguarda
Que mi padre intenta ver,
Nuevo temor me acobarda

De que allí le han de prender.

Sale doña Lucía.

Luc. Ya me han contado el suceso
Que te ha alegrado, señor.
Gomez. ¡O Lucía! ¿cómo es eso?
Luc. Dicenme que el matador
Tienes en Sevilla preso.
Gomez. ¡Válgame el cielo! ¿pues quién
De esa nueva autor ha sido?
Luc. ¿Eso preguntas? ¡qué bien!
Gomez. ¿Habrá el alguacil venido?
Nobles albricias le den,
La requisitoria ha hecho
La diligencia debida
En Sevilla: satisfecho
Estoy, dará el homicida
Justa venganza á mi pecho;
De todo á informarme voy;
Y porque partamos hoy
A Illescas, voy á aprestar
Un coche en que caminar. (*Vase.*)
Luc. Confusa y dudosa estoy:
¿Qué camino es este, hermana?
¿Qué alguacil es el que viene,
Y aquestas albricias gana?
Si mi padre preso tiene
A don Felipe, y es llana
Su venganza, ¿cómo se hace
De nuevas? mi confusion
De tantas quimeras nace.
Marta. Ha sabido la aficion
Con que á tu amor satisface
Don Felipe, hermana mia,
Mi padre, y por escusar
Tu pena y melancolía,
No se atreve á declarar
La causa de su alegría;
Quiere ir á verle dar muerte
A Sevilla: y porque advierte
(Si sabes esto) la pena
Que te ha de causar, ordena,
Como ves, entretenerte
En Illescas, cuyas fiestas
Y toros suspenderán
El llanto que manifiestas.
Luc. ¿Fiestas cómo enjugarán,
Marta, lágrimas funestas?
Mas pues sé ya sus engaños,
Yo le diré que no intente
Con su muerte nuevos daños,
O su venganza inclemente
Verá mal lograr mis años:
Si la ira no reporta,
Será mi vida tan corta,
Como largo su rigor.
Marta. Por ahora lo mejor
Será callar, que te importa:
Llegué á Illescas, donde está
Un amigo que ha venido
De Indjas, y á verla va,
Que por las dos persuadido,
El enojo aplacará
De mi padre, y de esta suerte
Remediarémos su muerte.
Luc. Buen remedio es ese.
Marta. Estraño.
¡Qué bien á esta boba engaño! *ap.*
Luc. Callar quiero, que ya advierte
Mi sospecha, hermana mia,
Que los zelos que tenia
De tí, eran sin razon,
Pues que con tanta aficion
Me favoreces.
Marta. Lucía,
Los zelos son el tributo
Que dan intenciones malas,
Ruin el árbol, como el fruto.
Luc. Vamos, y aprestemos galas,
Las que permitiere el luto;
Cielos, escusad su muerte.
Marta. Como no esté en el lugar,
Dichosa será mi suerte:
¿Quién dijera que pesar,
Felipe, me diera el verte?

Salen Pastrana, alférez, y don Felipe de camino.

Past. A pié, á caballo, á jumento,
A mula, á carro y á coche
He caminado esta noche,
Solo por darte contento.
Fel. Ay, Pastrana, en mis desgracias
Halla mi felicidad
Cierta ayuda en tu amistad,
Y pasatiempo en tus gracias:
Respetos de bien nacido
Te han obligado á seguirme,
Y á alegrarme, y divertirme
Tu humor, siempre entretenido:
Si mis desdichas recelas,
Sírvate en esta ocasion
El símbolo del halcon,
Con capirote y pigüelas,
Que alivia mi desventura
El misterioso letrero,
Donde dice: alegre espero,
Tras las tinieblas, luz pura:
Así yo, si desterrado
Una muerte me hace andar,
Luz cual él puedo esperar
Despues de tanto nublado.
Past. Sí; ¿mas no fuera mejor,
Ausentándonos mas lejos,
Tomar los sabios consejos
Que al prudente da el temor,

Y no hacer que tu amor sea
Cual la ciega mariposa,
Que la llama peligrosa
Ronda, enamora y posea,
Hasta que á su luz sutil
Muere, cuyo ejemplo igualas,
Pues aguardas que las alas
Nos corte algun alguacil?
Fel. Considera tú un leon
Atado, cuando recuerda
Caminar, cuanto la cuerda
Le permite en la prision,
Que no estendiéndose á mas,
Vuelve á otra parte, y no puede:
Lo mismo, pues, me sucede.
Mal persuadirme podrás
Que de aquí, amigo, me parta,
Aunque vida y honra pierda,
Porque no me dan mas cuerda
Memorias de doña Marta.
Past. Segun eso, á buena cuenta
Seremos en esta danza
Don Quijote y Sancho Panza,
Parando de venta en venta.
No ves que estar en Illescas
Ahora, no es buen discurso,
Que es la fiesta y el concurso
De damos y damas frescas,
Donde vendrá á darte enojo
Algun mercader de vidas,
Cuyas varas son medidas,
Y en mirando dan mal de ojo.
Habia ocasion ahora
A medida del deseo,
Pues toda la corte veo
Que se parte á la Mamora;
Y con cualquier capitan
Pudieras ir disfrazado,
Que á un distraido soldado
No le conoce Galvan.
Fel. ¿Piensas que no me da pena
En no hallarme en ocasion
De gozar esa?
Past. Es razon
Que para un mancebo es buena.
Fel. Valor natural de España,
Lealtad, y obediencia grande,
Pues sin que el rey se lo mande,
La ocasion los desengaña;
Y los que llenos de olores,
De galas, fiestas y gustos,
No tratan sino de injustos
Zelos, prendas y favores,
Si la ocasion los convida,
Salen tan bien enseñados
Como si fueran soldados
De Flandes toda su vida.
Past. El señor don Luis Fajardo
Viva mil años, que es gloria
De España, y quede memoria
De capitan tan gallardo,
Y salga Jarife, ó Muza,
Con la morisca galgada,
A probar lo que es su espada,
Que él los dará en caperuza.

Sale Lopez, criado, de camino.

Lopez. Así queda bien, que á todo
Sabe acudir Juan Florin.
Past. Un hombre viene, ruin
Teme pantanos sin lodo,
No es sospechoso, yo llego:
Señor hidalgo, ¿es soldado
De la Mamora?
Lopez. Criado,
A lo menos, de don Diego
De Silva.
Past. ¿Y á qué ha venido
A Illescas, deseo saber?
Lopez. He venido aquí á traer
Jaeces, que le han pedido
Dos hidalgos á mi dueño;
Y aunque Juan Florin es hombre,
Que su cuidado y su nombre
Florece (que no es pequeño),
He venido yo en su carro,
Por no hacer falta á la fiesta,
Que es mañana.
Past. Y la respuesta
Es de ese ingenio bizarro;
¿Pero qué don Diego es ese,
Que no le he visto jamas?
Lopez. Aun no le importunan mas
A un necio que se confiese:
Digo que son dos hermanos
Nobles, don Diego y don Juan,
El uno y otro galan,
Y entrambos buenos cristianos.
Fel. ¿Son casados?
Lopez. Pretendientes
De dos hermanas muy bellas,
Que en sustancia son doncellas,
Sabe Dios los accidentes:
Llámanse Marta y Lucía,
Con su don en cada una:
A Dios, que es cosa importuna
Preguntar tanto en un dia.
Past. Oigase.
Lopez. Voy á buscar
Posada, que han de venir
Las damas, y á prevenir
Mucho que hay que aderezar.
Fel. ¿Pues vienen ellas con ellos?
Lopez. Ellas con su padre vienen,
Y ellos tambien, que previenen
La ocasion por los cabellos;

Vienen delante, y desean
Verse juntos dos á dos. (*Vase.*)
Past. A Dios.
Lopez. A Dios.
Fel. Plegue á Dios,
Que vengan, y no las vean.
Past. ¿Hay zelambre?
Fel. No: bien sé
Que entrambas á dos me miran
Con cuidado, y que suspiran,
Aunque á su hermano maté,
Por mí; y quisiera por Dios,
Que algun galan conquistase
A la una, y me dejase
Con la mayor de las dos.
Past. Otros vienen.
Fel. ¿Y quién son?
Past. Dos viejos, un mozo, y mas
Damas, y gente detras:
Vámonos, que es confusion.
Fel. Mal irme de aquí podré,
Y mas viniendo mi dama.
Past. Descansa, pues, en la cama,
Mientras viene.
Fel. Así lo haré. (*Vanse.*)

Salen don Gomez, doña Marta, doña Lucía, una criada, el capitan Urbina, viejo, y el Alférez, su sobrino.

Lopez. ¿Señor capitan Urbina?
Urb. Famoso don Gomez mio,
Ya mi contento imagina,
Que en mi pecho falta el brio
Para esta gloria divina:
No cabe en mí tanto bien,
Repartidle en vuestro pecho,
Aunque el vuestro es mio tambien,
Que ya quedo satisfecho
Y rico de ver tal bien.
De Indias traigo ganados,
Caro amigo, cien mil pesos,
Que allá llaman ensayados,
Y para tales sucesos
Vendrán muy bien empleados:
Todos los rindo á los piés
Vuestros, y de vuestras prendas,
Pues de ellas su dueño es.
Gomez. Habla, hija, no suspendas
Tu aficion para despues.
Marta. Por la parte que me alcanza
De esa merced, mi señor,
Os pido, con la esperanza
Que se debe á tal favor,
Esas manos.
Urb. Alabanza
Sois de España: permitir
Que vos me pidais las manos,
No es bien, si os he de servir.
Marta. Cumplimientos cortesanos,
¡Qué bien que sabeis fingir!
Gomez. Luego que supe de vos
Que aquí estábades de asiento,
Vine á veros con los dos
Angeles, con que contento,
Vivo agradecido á Dios.
En Illescas, donde estais,
Por fin de las fiestas todas,
Con que al fin nos festejais,
Celebraréis vuestras bodas
Con la que mas deseais:
No he dicho nada á quien es
Obediente á mi deseo,
Basta avisarla despues.
Alf. Con gusto las miro y veo: *ap.*
Dichoso es el interes
Del oro, pues de mi tio
Estiman el casto amor
En mas que el juvenil mio:
¡Ay, dinero encantador,
Qué grande es tu señorío!
Marta. ¡Ay Lucía! estense allí,
Y hable el viejo con el viejo,
Que no sé qué siento en mí:
Dame en mi amor un consejo.
Luc. Quisiérale para mí,
Que adoro en mi ausente preso.
Marta. ¡Ojalá que ausente esté!
Luc. Si le da muerte este esceso,
Marta, en mí ejecutaré
La sentencia del proceso.
Urb. No es razon que descanseis,
Que venis al tiempo crudo
De las fiestas: si quereis
Verlas, vamos.
Alf. ¡Ay, desnudo *ap.*
Amor, vencido me habeis!
Si es esta doña Lucía,
A su luz soy mariposa.
Urb. ¿No venis, señora mia?
Marta. Sí, porque toros son cosa
Que dan gusto cada dia.
Luc. ¡Ay, mi idolatrado ausente!
Marta. ¿Que en mí el amar y el temer,
Don Felipe, me atormente
Tanto, que te desee ver,
Y no tenerte presente? (*Vanse.*)

Salen Pastrana y don Felipe.

Past. Menos que en una ventana,
O en un tablado, no esperes
Verme en el coso.
Fel. Pastrana,
Ese es sitio de mugeres,
O de hombres de agua y lana:
Aguardemos una suerte

Aquí, y cobrarás por fuerte
Nombre y blasones eternos.
Past. No, hermano, que suerte en cuernos
Tiene la punta en la muerte.
Fel. Deja aquesa impertinencia,
Que á no tener esperiencia
De tu humor y valentía,
Dijera que es cobardía
Esa.
Past. Yo te doy licencia,
Que como quieras la nombres,
Como no estemos aquí.
Fel. ¿Tú, que te comes los hombres,
Temes una bestia?
Past. Sí,
Por mas que de eso te asombres.
Reñir con dos, ó con tres
Hombres, muchas veces es
Honra, y no temeridad,
Porque con facilidad
Por valiente ó por cortés
Se libra, y mas cuando alcanza
La esperiencia de las tretas
Con que nos dejó Carranza
Líneas oblicuas y rectas,
Dando ciencia á la venganza,
Puede un hombre, si acosado
Riñendo de otro se ve,
Decir: Yo he esperimentado,
Que vive en vuesamercé
Todo el valor abreviado;
Por servirle y aplicalle,
Ni rondaré aquesta calle,
Ni hablaré á doña Mencía;
Y si de la amistad mia
Gusta, vendré á acompañalle
Desde hoy, y si es caballero,
Obligale el buen hablar;
Si es capeador, el dinero;
Si es valenton, el quedar
Por mas valiente y mas fiero;
En fin, siempre hay esperanza,
Por mas enojo y venganza
Que al mas colérico obligue,
Si es hombre que se mitigue
Con dineros, ó crianza;
Pero un toro cuando deja
La capa que despedaza,
Y á las espaldas aqueja
Al dueño, dándole caza,
Llega tú, y dile á la oreja:
Señor toro, la nobleza
Ilustra la fortaleza,
Corte la cólera un poco,
Que es propio del necio y loco
El dar siempre de cabeza;
Y verás cómo repara,
Si tu amistad le prometes,
Y luego vuelves la cara,
Abriéndote dos ojetes
Por detras de á media vara.
Fel. Cobardía es muy discreta.
Past. No admito yo, aunque me brindas
Con tu inclinacion inquieta,
Cólera, que en vez de guindas
Se aplaca con guindaleta.
Fel. Escucha, que á aquel balcon
Sale hermosa bizarría.
Past. Fanfarrona ostentacion.
Fel. Pastrana, doña Lucía
Y mi doña Marta son;
O sol con madejas de oro,
Que de la noche el silencio
Rompes, y enjugas mi lloro,
Desde aquí te reverencio,
Y como el indio te adoro;
Desde aquí el alma te escribe
De esta ausencia los enojos,
En que muere cuando vive:
Estafetas son los ojos,
La carta, Marta, recibe,
Y responde el dulce sí,
Que mi firme amor te ruega:
Amigo Pastrana, di
Lo mucho que la amo, llega.
Past. ¿Desde dónde?
Fel. Desde aquí.
Past. ¿Estás borracho?
Fel. Haz la salva
Que merece su hermosura,
Pues sale en su oriente el alba
De mi amor y fe segura.
Past. ¡Qué buena fe si se salva!
Fel. ¿No la dirás algo?
Past. Aparta,
Marta, que perlas ensarta,
Si se las compra el platero,
Marta, martillo, ó mortero,
Pues le ves, cócale, Marta.
(*Música dentro.*)
¿Qué es aquesto?
Fel. La señal
De soltar toro.
Past. Pues suelto
Las piernas.
Fel. Baste.
Past. ¿Y qué tal?
Fel. Mal por tu opinion has vuelto.
Past. Peor vuelve un animal,
Cuando alcanza en la carrera.
Fel. Segura está esta barrera,
Rejon hay, y tambien lanza,
Espera.
Past. Mala esperanza
Tiene el que en la muerte espera.
Fel. ¿Quién es este del rejon?

Past. No le conozco.
Fel. Buen talle.
Past. ¿Y el toro es barro?
Fel. Un leon
Parece.
Past. Mas que ha de dalle,
Si le alcanza, topeton.
(*Dentro.*) Muchó ho.
Past. ¡Brava grita!
Que guste España de ver
Fiesta tan fiera, y maldita!
(*Dentro.*) ¡Válgate Dios!
Past. El correr
Vidas guarda, y capas quita.
Fel. Ea, el del rejon se pone
A punto.
Past. Aunque mas blasone,
Temo solo de mirallo,
Que ha de morir á caballo.
Fel. ¡Buen aire!
Past. Dios le perdone
Si le arrima medio cuerno,
Porque el que muere, es notorio,
Aquí, por su mal gobierno,
Que sin ver el purgatorio
Se va derecho al infierno.

(*Suenan dentro cascabeles, como que corren caballos.*)

Fel. Ya los dos están en frente,
Toro y caballo, y la gente
Se suspende por mirallo.
(*Dentro.*) ¡Bravo golpe!
Fel. Del caballo
Cayó.
Todos. ¡Jesus! hombre, tente.
Past. Que le mata.
Fel. Aquí me llama
Una venturosa suerte.
Past. ¿Suertes haces en Jarama?
Morirás.
Fel. ¿Qué mejor muerte,
Que á los ojos de mi dama?

(*Vase con la capa revuelta al brazo, y la espada desnuda.*)

Past. ¿Vióse mas desatinada
Temeridad? con la espada
Desnuda, la capa embraza,
Y dando ojos á la plaza,
La bestia acomete airada;
¡Grande esfuerzo y gentileza!
El toro cierra con él.
(*Dentro.*) ¡Golpe estraño!
Past. ¡Gran destreza!
Digno es de español laurel:
Cercenóle la cabeza;
Y la bestia en el arena
Caida, de ella levanta
Al caballero, que ordena
Darle por ayuda tanta
Los brazos, que ya encadena
En su cuello.
Alf. Otras mil veces,
Amigo, me vuelve á dar
Los brazos.

(*Sale don Felipe con la espada, limpiando la capa al Alférez, que sale con él.*)

Fel. ¿Que en tal lugar
Y á tal ocasion pareces,
Despues de tan larga ausencia,
Alférez, que he merecido
Gozar tu noble presencia?
Alf. El mar del Sur ha podido
Dar riendas á la paciencia,
Como á la esperanza engaños,
Para que al fin de diez años
Fuese, don Felipe amigo,
Deudor yo propio, y testigo
Hoy de tus hechos estraños.
Fel. ¿Qué tanto habrá, alférez mio,
Que estás aqui?
Alf. Aun no ha un mes.
Fel. ¿Vive el capitan tu tio?
Alf. La sangre del interes
Anima su cuerpo frio,
Trae mas de cien mil ducados,
Y tan mozos los cuidados,
Que aunque su vejez ofende
(Como á su salud) pretende
Casarse.
Fel. Bien empleados
Dineros y años, si son
Del matrimonio despojos.
Alf. Amigo, de aquel balcon
Me llaman, donde unos ojos
Me han robado el corazon:
Subid conmigo, que allí
La vida agradecerán,
Que me habeis dado.
Fel. ¡Ay de mí!
Alf. ¿Las dos hermanas, que están
En él, conoceislas?
Fel. Sí.
Alf. Pues la mayor ha de ser
Hiedra de aquel tronco viejo,
Que ha merecido tener
Su lado; y con ser su espejo
De acero, en él se ha de ver,
Y yo soy de la menor,
Menor criado, y mayor
En amarla.
Fel. Yo soy muerto:
Ay, alférez, ¿eso es cierto?
Alf. Tan cierto como mi amor:
Esta noche se desposa

Con mi tio doña Marta;
Ved qué lirio con qué rosa.
Fel. Antes un rayo le parta, *ap.*
Y de muerte rigurosa.
Alf. Subid conmigo al balcon,
Si saberlo deseais
Todo.
Fel. ¡Ay, fiera confusion!
Antes quiero que encubrais
Mi nombre.
Alf. ¿Por qué razon?
Fel. Porque el andar encubierto
Me importa, hasta que me parta.
Alf. ¿Pues qué ha sucedido?
Fel. He muerto
De la hermosa doña Marta
Un hermano, y sé por cierto
Que me buscan con cuidado.
Alf. ¿Dónde os partis?
Fel. A Sevilla.
Alf. Si mi hacienda, y el sagrado
Que ofrece en aquesta villa,
La imágen que el ser le ha dado
Os importa entre los dos,
Cumplimientos lisonjeros
Seránlo solo por vos:
¿Habeis menester dineros?
Fel. No: andad, que os llaman.
Alf. A Dios. (*Vase.*)
Past. ¿Pues mata toros? locura
Ha sido aquesta estremada.
Fel. Si sientes mi desventura,
Mátame, saca esa espada.
Past. ¿Matar yo? ¿soy calentura?
¿Hay ya casquera? ¿qué pasa?
Fel. Que doña Marta se casa.
Past. Pues cásese en hora buena:
¿Bobazo, eso te da pena?
Fel. Cuando la envidia me abrasa
De los zelos, y me quejo
Como ves, ¿me hablas así?
Bien contigo me aconsejo.
Past. ¿Cuándo es la boda?
Fel. ¡Ay de mí!
Esta noche, y con un viejo.
Past. Tu venganza satisfizo
Quien tan mala eleccion hizo:
Habrá barba betunada,
Tos, catarro, orina, hijada,
Y mucho diente postizo:
Bien tu venganza acomodas.
Fel. Mas así mi mal refrescas.
Past. Será con quien hace bodas
Como las casas de Illescas,
Que de viejas se caen todas.
Anda acá, amigo, á Sevilla,
Que una ausencia suele dar
A amor, que es niño, papilla.
Fel. Aquesta noche he de estar.
Past. ¿A ver tu sentencia?
Fel. A oirla.
Past. ¿Y si te prenden?
Fel. Jamas
Me vió el avariento padre
De doña Marta.
Past. Y tendrás
En viéndola mal de madre,
Y luego alborotarás
La casa, y donde los toros
Triunfan (como eres valiente)
Habrá cristianos y moros.
Fel. ¿Tienes temor?
Past. No á la gente,
Sino á los truenos y toros.
Fel. Pues ven, que la fiesta toda
Tengo de abrasar, por Dios.
Past. Si un alguacil no lo enloda,
Haciéndonos á los dos
Las vacas de aquesta boda. (*Vanse.*)

Salen doña Marta, doña Lucía, el Alférez, el capitan Urbina, y don Gomez.

Gomez. Querida hija, vuestra edad me
A daros rico y merecido esposo, [obliga
De cuyo largo amor el curso siga
Lo que pide su intento generoso;
Escusado es que os pinte, Marta, y diga
Los méritos del dueño valeroso,
Porque las prendas del señor Urbina
Muestran todo el valor que se imagina.
Marta. ¿Sus prendas dijo? luego prenda suya *ap.*
Es el sobrino.
Alf. Pienso que me mira,
Porque en sus ojos y en su lengua arguya,
Que por mi edad y mi valor suspira:
Dichosa mi aficion, si fuera tuya,
Lucía hermosa.
Luc. Temo que es mentira *ap.*
Y sueño lo que veo, y no lo creo:
Cásese Marta, y cumpla mi deseo.
Gomez. Viene el señor Urbina por estremo
Rico de Indias, hija, y solo tiene
El sobrino que ves.
Marta. Mirarle temo, *ap.*
Porque á su nuevo amor no me condene.
Alf. Ella me mira, y yo me abraso, y
Por mi Lucía: cuando no conviene [quemo
Que elija á doña Marta el gusto mio,
Siempre obediente al de mi viejo tio.

Salen don Juan, y don Diego como de noche.

Juan. No me ha costado poca diligencia
Saber, don Diego, al punto que he venido,
De estas dos damas la primera ausencia,

Que tan dañosa á mi esperanza ha sido.
Diego. Casarlas quiere el padre con violencia.
Juan. No es en eso prudente, aunque
Que en este tiempo no parece justo [atrevido,
Casar las hijas contra el propio gusto.
¿Mas cásase tambien doña Lucía?
Diego. Yo sospecho que sí.
Juan. Mucho me pesa,
Que si la una es vuestra, la otra mia
(Quiero decir en la amorosa empresa).
Gomez. Así ya, Marta cara, estima el dia
En que tan gran ventura se interesa,
Que el señor capitan, y prendas suyas,
Quiere sea dueño amado de las suyas.

Salen don Felipe, y Pastrana como de noche.

Fel. Esto ha de ser.
Past. Es mucho atrevimiento.
Fel. Digo, Pastrana, que aunque muera al punto,
Tengo de estar presente al casamiento,
Pues ya me tiene su temor difunto.
Urb. Declarad, mi señora, el sentimiento
De vuestro parecer, pues todo junto,
Mi esperanza, mi bien, y mi desvelo,
En vuestro dulce sí le cifra el cielo.
Marta. Aunque el señor alférez es un
De tantas partes, tal favor y fama, [hombre
Que como me decis ganó renombre
Con los indios, y al fin me estima y ama;
Y aunque el señor su tio con el nombre
Le ilustra, y á su herencia al fin le llama,
Y con tanto valor el suyo obliga:
Digo...
Gomez. ¿Qué?
Marta. Que no sé lo que me diga.
Urb. ¿Pues qué tiene que ver ser mi so-
Honrado y noble, para ser el dueño [brino
De vuestro dulce amor, si de él es digno
Mi crédito y valor, aunque pequeño?
Yo soy el que casarme determino.
Marta. ¿Vos, mi señor?
Urb. Yo, pues.
Marta. Parece sueño
Esa esperanza, que entre verdes años
Viene llena de amor, como de engaños.
Past. ¡Que á una muchacha casen con un
Maldiga Dios vejez tan seca y verde. [viejo!
Diego. No ha seguido su padre buen consejo.
Juan. Ella, de pena, la paciencia pierde.
Marta. Pues aunque yo pudiera, no me
De este rigor. [quejo
Fel. Cuando de mí se acuerde, *ap.*
No dará el sí.
Marta. Cuando á Felipe adoro, *ap.*
De mi amor vencedor, como del toro.
¿En vez mi padre de su abril, me ofrece
Este caduco enero? buen empleo.
Urb. Proseguid, mi señora, si merece
Un sí tan esperado mi deseo.
Marta. Vuestra hacienda y valor mucho merece:
Mas, ¡ay de mí! que á don Felipe veo. *ap.*

(*Llégase á ella embozado don Felipe.*)

Fel. ¡Ah, cruel! en buen riesgo mi amor pones. [nones.
Post. Si es potro el casamiento, nones,
Urb. ¿Qué dices, mi señora?
Marta. Sea testigo
El que quisiere serlo, y escucharme:
El capitan Urbina es noble, y digo
Que con ser él quien es, no he de casarme.
Gomez. ¿Qué dices?
Marta. No mi gusto en esto sigo,
Sino el del cielo solo, que obligarme
Puede á que no me case en esta empresa,
Si es digno de guardarle una promesa.
Fel. Ella me ha visto ya.
Marta. Yo soy perdida; *ap.*
Mas conservando el alma la esperanza
Que tengo en don Felipe, no me pida
Mi padre y su interes hacer mudanza.
Gomez. ¿Quién te ha podido hacer tan [atrevida?
Tú darás á mi cólera venganza,
O el sí debido al capitan, que es justo.
Alf. ¿Señor?
Gomez. O morirá, ó hará mi gusto.
Marta. Espera, padre y señor,
Y escúchame, como juez
De mis palabras y voces,
La verdad, si es justa ley.
Soy muger de mi palabra,
Que la guardo, aunque muger,
Heredera de tu sangre,
Y de tu hacienda tambien.
Nací en Madrid, y sin madre
Desde niña me crié,
Pero con inclinacion
Virtuosa, como ves.
Hasta ahora no he mostrado
La obligacion de mi fe,
Que la edad no me obligaba,
Ni tu amor, ó tu interes.
Ahora mis confesores
Me mandan, señor, que dé
Razon de mi pensamiento:
Oye, y responde despues.
Fel. ¿Qué novedades son estas?
Past. Enredos deben de ser,
Si no es que se vistió el alma
Esta mañana al reves.
Marta. Yo, señores, me casára,

Porque me estaba muy bien,
Con el señor capitan,
Por su mucha hacienda, y ser;
(Que las mugeres discretas
No habemos de pretender
Sino dinero, que amores
No valen nada sin él)
Mas pluguiera á Dios pudiera,
Que á no faltarme el poder,
Me casára dos mil veces,
Si no bastára una vez;
Pero los años pasados,
Que ahora se cumplen seis,
Por librarme de un peligro,
Que no declaro el que fué,
Hice voto de doncella,
Y pienso que lo he de ser,
Hasta que en la vírgen tierra
Me entierren á la vejez.
Gomez. Hija, en negocios tan graves,
Y que tocan á tu fe,
Yo no puedo resolverme,
Sin que tome parecer:
Demos á Madrid la vuelta,
Que hay teólogos en él,
Que mi conciencia aseguren.
Marta. Permítalo Dios, amen.
Juan. Admirado voy.
Fel. ¿Qué es esto?
Marta. Yo te lo diré despues.
Diego. Venid, don Juan, que en Madrid
Averiguaré lo que es.
Past. Todos vamos mas confusos
Que la torre de Babel.
Gomez. ¿Que castidad prometiste?
Marta. Sí, señor, yo sé con quien.

JORNADA II.

Salen el capitan Urbina y don Gomez.

Urb. Quise venirme de asiento
A la corte, por saber
Qué suceso ha de tener,
Don Gomez, mi casamiento.
Tenia yo imaginado,
Siendo doña Marta mia,
Casar á doña Lucía
Con mi sobrino, soldado
De las banderas de Amor,
Si de las de Marte ha sido
Alférez.
Gomez. Ha sucedido
Todo al reves; mi temor
Lo adivinó doña Marta:
Tan mudada y otra está,
Que tengo escrúpulo ya,
Si por mi ocasion se aparta
De su determinacion,
Que el cielo no me castigue:
Con notable estremo sigue
Su nueva reformacion:
En todo es otra, no gasta
Seda, que dice la inquieta:
Una ropa de bayeta,
Ni muy fina, ni muy basta:
Una basquiña á lo llano,
Que llamaba de cilicio:
Un descanso en un puntillo,
Rematado en el verano:
Un abanico sin plata,
Y en invierno una estufilla
De felpa, ó de cabritilla,
Que abriga, y es mas barata:
Este es su trage, ya no ama
Galas, que está reducida:
Solo no muda de vida
En el comer, ni en la cama;
Pues aunque está tan perfeta,
Por mas ejemplos que tome,
Mientras hay perdiz, no come
Vaca.
Urb. Por Dios, que es discreta.
Gomez. Yo, capitan, gustaria,
Porque el amor he notado
Que el alférez ha cobrado
Desde que vió á mi Lucía,
Que se casasen los dos,
Que el dote que la he ofrecido
Con la hacienda que ha traido,
Y la que espera de vos,
Le dará, á lo que imagino,
La vida que deseais,
Y mas si en casa os quedais
Vos, como vuestro sobrino;
Pues casándose Lucía,
Doña Marta podrá ser
Que mude de parecer,
Y en ella la envidia haria
Lo que consejos no han hecho
Urb. El alférez quedará
Honrado, y me dejará
Obligado y satisfecho,
Si en vuestra hija mejora
Mi esperanza: él está ausente,
Que viendo pasar la gente
De la corte á la Mamora,
Desde Illescas se partió
Con el duque de Maqueda,
Que el valor y sangre hereda
Del padre á quien sucedió;
Ya no tardará, que ha un mes
Que se partió: yo os prometo
Que en viniendo tenga efeto

Su amor.
Gomez. Importará, pues,
Porque aunque Marta se trata
Como veis, no hay persuadirla,
Ni con razon reducirla
A ser monja, ó ser beata.
Dice, que no ha de casarse
Por el voto y devocion,
Ni admitir dispensacion,
Aunque pueda dispensarse,
Ni tomar nunca otro estado,
Sino solo el de doncella.
Urb. ¡Triste vida!
Gomez. No hay vencella.
Urb. Ni es carne así, ni pescado;
Mas si el alférez se casa,
Podrá ser mude opinion.
Gomez. Melindrosa condicion,
Y mísera vida pasa.
¿Pero no es él el que viene?
El alférez es.
Urb. ¿Qué espero?
Los brazos abiertos quiero
Recibirlo, que ya tiene
A buen presagio mi amor
El ver el tiempo á que vino.

Sale el Alférez de camino, muy galan.

Gomez. ¿Famoso alférez?
Urb. ¿Sobrino?
Alf. ¿Don Gomez noble? ¿señor?
Gomez. Murmurado hemos los dos
De vuestro olvido y tardanza,
No ha un momento, y en venganza
Venis á volver por vos:
¿Traeis salud?
Alf. Y contento
De que los dos la tengais.
Gomez. ¡Gran soldado! enamorais
Con tantas plumas el viento,
Con las hazañas á Marte,
Y á amor con la bizarría.
Urb. Yo sé una doña Lucía,
Que si alguno le da parte
De vuestra alegre venida,
Le ha de dar albricias buenas.
Alf. Si ausencia es madre de penas,
Su memoria las olvida.
¿Qué se dice por acá
De la Mamora?
Gomez. Quimeras
Para el vulgo verdaderas,
Que es quien crédito las da;
Mas pues vos habeis venido,
Saber la verdad aguardo
Del blason de aquel Fajardo,
Que en Africa ha merecido
Ser Scipion, y en Madrid
Alcanza renombre inmenso.
Alf. Yo os contaré por estenso
La verdad del caso; oid:
Pagaba el sol la posada
Con el oro que se viste
Al signo sesto, que es Virgo,
(Si en el sesto hay signo virgen)
Y el antípoda de enero
A Céres y á Baco pide
Parias, con cuyos esquilmos,
Techos cuelga, y trojes hinche,
(Quiero decir, que era agosto,
Que no puedo persuadirme
A que den gusto romances
Con máscara de latines)
Cuando el ilustre Fajardo,
Faja, ó zona, con que ciñen
Los cielos sus diez esferas,
Porque su nombre sublimen,
Gozoso de que hayan puesto
Las banderas de Felipe
La cruz de España en Larache,
Cueva de piratas viles,
Y deseoso de ver
Por los africanos lindes,
Que el padre Océano goce
Sus costas y puertos libres,
Quiso desembarazar
Un rincon de infames tigres,
Que asaltan los vellocinos
Que en oro á España el sur rinde,
Y labrando en la Mamora
Un fuerte, casi invencible,
Cortar esperanza y pasos
A moros y pechelingues.
Juntó para aquesta empresa
En las columnas de Alcides
Cien velas, entre navíos,
Galeras y bergantines,
Y con siete mil soldados,
Dignos que el sol los envidie,
Sin la chusma y gastadores,
Hizaron velas sutiles:
Gallardetes, y banderas
Verdes, rojas y turquíes,
Retozando con los aires,
Dieron al viento tapices;
Y porque no se escuchase
Si el mar con los remos gime,
Sus peces sordos oyeron
La salva de los clarines.
Vió el espumoso elemento
En sus hondas mil pensiles,
Juzgando galas y plumas,
Por cármenes y jardines;
Y dando vista á Larache,
De cuyas murallas rinden
Salva, en partos monstruosos,

Culebrinas y esmeriles,
Llegaron de la Mamora
Una legua; y porque impide
Tomar tierra el agua escasa
Del mar soberbio (allí humilde),
Dieron fondo en aquel puerto,
Y luego en él los reciben
Dos navíos holandeses,
Que el mar enfrenan con diques:
De ellos supo el general,
Que en el puerto estaban quince
Naves, que á hereges cosarios
Ayudando, al moro sirven;
Y el victorioso Fajardo,
A pesar de los Caríbdis
Con que arte y naturaleza
Hacen el paso imposible,
Tomó tierra, siendo en ella,
Porque seguro la pise,
Los primeros que saltaron,
Cuatro navarros, que rigen
Otras tantas compañías,
Y de quien la fama escribe
Hazañas, que en bronce y jaspe
La memoria inmortalice.
Salió Agar á la defensa,
Y al son de sus añafiles
Cubrió los montes y prados
De bonetes carmesies;
É impidiendo al sol la luz,
Las saetas que despiden
Los arcos que dió la guerra,
Si el cielo á la paz dió el iris,
Estorban que desembarquen
Los argonautas insignes,
Que el *non plus ultrà* estendieron
Desde Cádiz, hasta Chile;
Mas viendo la multitud
De bárbaros, que resiste,
Con voces, y con saetas,
Que España al Africa pise,
El de Fernandina, y Elda,
(Héctor este, aquel Aquiles)
Y los dos dignos que canten
Sus hechos hispanos cisnes,
Puestas en tierra las proas
De las galeras (que humildes
Al hipócrita retratan)
Escupen plomo y salitre.
No aguardaron el refresco,
Que se conserva en barriles,
Los idólatras de Meca,
Ni osaron hacer el brindis
De los tiros la razon,
Porque confusos y tristes,
Huyen dejando en la playa
Mil moros muertos, que sirven
A las pelotas de chazas,
Que con su vil sangre tiñen;
Y entrando sin resistencia
Los españoles felices
En el fuerte (entonces flaco)
Temerosos aperciben
Sus moradores piratas
Las heréticas cervices,
Porque en su sangre blasfema
Las espadas se maticen;
Y dando principio al fuerte,
Porque eterno se edifique,
Los que ayer Hércules eran,
Hoy se vuelven albañiles;
Doscientos mil, y mas moros
Los nuestros pocos resisten,
Que no asombran tantos, donde
Españolas fuerzas viven:
Pelean mientras trabajan,
Y al mismo punto que esgrimen
Con las diestras las espadas,
Las izquierdas (porque admire
Su valor) la cal y arena
Aplican, y hazañas miden
Con tareas, siendo á un tiempo
Capitanes y alarifes;
Llueven las nubes de Agar
Alarbes, que al cerco asisten,
Creyendo ganar por hambre,
Lo que las fuerzas resisten:
Y el valeroso Fajardo
A España y su rey escribe
El suceso, y pide gente,
Que sus victorias anime.
Ofreció al momento el Bétis
Hijos valientes, que piden
Al mar, mientras les dan naves,
Que los pasen sus delfines.
Al fin, la Bética toda,
Hasta los hijos de Ulises
Al socorro van ligeros,
Como á la presa los tigres.
Llegó la nueva á la corte;
Y para que no peligren
Principios tan virtuosos,
Parando en trágicos fines,
Dió nuestro monarca muestras
De que desea, y se sirve,
Que la Mamora socorran
Sus cortesanos insignes;
Y apenas mudas señales
Conceptos del alma esprimen,
Cuando antes que por palabras
Su gusto el rey signifique,
Dejan ánimos gallardos
Regalos del dios de Chipre,
Que con llamas criminales
Abrasa pechos civiles.
Mil títulos y encomiendas

Truecan harpas por clarines
Y cajas, porque á su son
Sus hipogrifos relinchen.
Mil soldados pretendientes,
Cuyos hechos invencibles
Quiere la paz que en papeles
Mal despachados se cifren,
Despiertan al son de Marte,
Y los aceros que ciñen
Se desenvainan sin manos
De la cárcel en que viven.
Llevólos el de Marqueda,
Mar queda, sangre Manrique,
Saliendo por el de madre
A los Cardenas su estirpe;
Y partiéndose con ellos,
Tuve por honra el seguirle,
Que es justo que tal cabeza
Nobles intentos obligue.
Llegamos á la Mamora
Brevemente, y nos reciben
Sus soldados tan alegres,
Como sus contrarios tristes:
En varias escaramuzas
Dió España muestra infalible
De la ventaja que hace
Al africano su origen,
Hasta que un lúnes dichoso,
Cuando el alba llora y rie
Porque la marchita el sol
Sus claveles y jazmines,
Impaciente un moro alcaide
De que España se glorie
Que contra el Africa toda
Cruces alce, y lunas pise,
Despues que á todos los moros,
Entre otras afrentas, dice,
Que cuelguen en vez de alfanges
Ruecas de los tahelíes,
En una yegua alazana,
Que el viento á carreras mide,
Y una lanza de dos hierros,
Que en temblar al aire, es mimbre,
Manda tocar al asalto,
Siendo el primero que embiste
A los no acabados muros,
Mas defendidos, que firmes:
Apeóse, y por la lanza
Trepó, hasta llegar á asirse
A los bordes de la cerca,
Y por mas que todos griten:
Muera el temerario alarbe,
Del brazo izquierdo desciñe
Una bandera celeste
Con tres lunas, donde pinten
Su amor menguante los zelos,
Y con presteza increible,
Derribando la cruz roja,
Que el valor español rige,
El muro subió, en su asta
Fijando las lunas viles:
Enarboló su estandarte,
Y volviendo á bajar, dice:
El que quisiere vengar
Aquesta afrenta, y ver libre
La cruz, que á pesar de España,
Alá á mis plantas permite,
Baje, que buena escalera
Le dejo, porque eternice
En campaña, y no entre muros,
La fama su nombre insigne.
Oyó, entre otros, la arrogancia,
Que el moro á voces repite,
Un Osorio, peon dos veces,
Pues labrando el muro, riñe,
Y tirándole una piedra,
El golpe fué tan felice,
Que sembrándole los sesos,
El mundo vió dos Davides.
Bajó luego por la lanza,
Y porque en todo le imite,
Con su alfange de los hombros
La infiel cabeza divide,
Y alzando la cruz del suelo,
Por mas flechas que le tiren,
Con su tafetan sagrado
Los valientes hombros viste.
Cercóle la multitud,
Y mientras él los resiste,
Redondillas de repente
Los versos de bronce miden,
Y desbaratados todos,
Las espaldas femeniles
Vuelven al cristiano campo,
Que victorioso los sigue.
Quedó libre la campaña,
Y trocando en menestriles
El ronco son de los parches,
Para que se regocijen,
Vuelven al fuerte triunfando,
Y el gran Fajardo divide
Los despojos, que á sus plantas
El moro blasfemo rinde.
Fortificóse la fuerza;
Y yo, viendo despedirse
Los nobles aventureros,
Quise con ellos partirme,
Y alcanzando del despojo
Dos mil moriscos zaquíes,
A daros de esta victoria
La nueva, y los brazos vine.

Gomez. Decíslo, alférez, tan bien;
Que si en las hazañas fuistes
Ayax sin lengua, y con manos,
En contarlas sois Ulises.

Urb. Vos seais muy bien venido;

Y el rey, que gobierna y rige
Las dos esferas, ó mundos,
Bárbaros cuellos humille.
Alf. ¿Mi señora doña Marta
Cómo está?
Gomez. La vida sigue,
Y opinion en que quedó,
Cuando de Illescas partistes.
Alf. ¡Gran cosa! ¿y su hermosa herma-
Gomez. Mas bizarra y apacible, [na?
Ausencias dicen que llora,
Y de su hermana se rie.
Mas quedo, que doña Marta
Es esta.
Alf. ¿Anascote viste?
Urb. Ha dado notable vuelta,
Si no es ya que son melindres.

Salen doña Marta vestida como se ha dicho, y doña Ines con mantos.

Marta. Ví á don Felipe en el Prado
Llegar, la color perdida,
Por la mudanza debida
Con que á mi padre he engañado;
Pero viendo que no osaba
Hablarme, por el respeto
Que en este trage prometo,
Le dije que le adoraba
Tanto, que por su ocasion
Andaba de esta manera,
Pues si estoy devota, él era
Mi imágen de devocion;
Y como á mi hermano ha muerto,
Y el temor de esto le avisa,
Lo que permitió su prisa
Le hablé, y quedó de concierto
De venir á hablarme aquí
Con un ingenioso enredo,
Que mientras hablabas.
Ines. Quedo,
Que están los viejos aquí.
Marta. Pues repúlgome: Dios sea
Con vuesas mercedes.
Gomez. Hija,
¿De dónde vienes?
Marta. Prolija
Ha sido nuestra tarea.
Del hospital general
Venimos, señor, las dos
De ver los pobres de Dios,
Y dar alivio á su mal.
Gomez. Aunque yo, Marta, os consienta
Que en eso os ejerciteis,
Ha de ser, como no deis
A vuestros deudos afrenta.
Una muger como vos
No ha de andar por hospitales
Curando asquerosos males,
Y haciendo camas.
Marta. ¡Ay Dios!
Porque en esto me ejercito
¿Me riñen? á ser liviana,
Y estar siempre á la ventana,
¿Qué dijeras? ¿Es delito
Visitar el hospital,
Que le riñes como á vicio?
¿No se emplea en este oficio
La gente mas principal?
Gomez. Hazte beata, y despues
Haz, Marta, lo que gustares;
Pero así, es bien que repares
En lo que dirá despues
La gente.
Marta. No determino,
Aunque ese estado es tan santo,
Estrecharme, padre, tanto:
Yo voy por este camino,
Déjenme con mi opinion.
Gomez. Cásate, pues, y casada,
Mas segura, y mas honrada,
Seguirás tu inclinacion,
Que el capitan gustará
De ese empleo y ese oficio.
Urb. Ese devoto ejercicio
Mi sol y espejo será.
Marta. ¿Y el voto de castidad?
Urb. Con una dispensacion,
Pues fué simple tu aficion,
Cumplirá mi voluntad.
Marta. ¿Dispensacion? no la nombres,
Que si verdad he de hablarte,
De unos dias á esta parte
Me parecen mal los hombres:
¡Jesus, y qué mala cosa!
¿Yo casada? ni por pienso.
Gomez. No llores, basta.
Marta. ¿Ese censo
Me echabas?
Alf. ¡Qué melindrosa
Se ha vuelto!
Marta. Llévolo mal.
Urb. Quitadle al sol el capote,
Y no os caseis.
Marta. Con mi dote
Pienso hacer un hospital,
Y curar pobres en él:
Si verme viva deseas,
Padre, déjame, y no seas
En esto estorbo cruel.
Gomez. Haz, hija, lo que quisieres:
No des voces, bueno está,
No te diré cosa ya,
A trueco que no te alteres;
De lo dicho me ha pesado:
Ve á hospitales, haces bien.
Marta. Dios se lo perdone, amen,

Que en verdad que me ha enojado.
Gomez. Seguirla quiero el humor,
Que yo sé que en el que está,
Bien presto le mudará.
Urb. Eso juzgo por mejor.
Gomez. ¿Cómo no hablas al sobrino
Del capitan, que se apea
Ahora, y verte desea?
Marta. ¿Luego viene de camino?
Gomez. ¿No sabes que á la Mamora
Se partió?
Marta. No habia mirado
En tanto: como he dejado
Cosas del mundo, que ignora
Las de Dios, no le eché menos:
¿Venis bueno?
Alf. Y espantado
De la virtud que os ha honrado.
Marta. Dios sabe los que son buenos.
Gomez. Venid, alférez, dareis
Con vuestra vista á Lucía,
Sin prevenirla, un buen dia.
Alf. Si dármele á mí quereis,
¿Porqué me le dilatais,
Viendo que el alma le aguarda?
Urb. El bien que viene, no tarda.
Gomez. ¿Quedaste?
Marta. Mientras que estais
Ocupados, es forzosa
Por acá otra ocupacion
De piedad y devocion.
Gomez. Eres, hija, muy piadosa. (*Vanse.*)

(*Quédanse las dos solas.*)

Sale Pastrana.

Past. Besando á vuesas mercedes:..
Ines. ¿Qué?
Past. Las manos.
Ines. Socarron,
Flemáticas manos son,
Pues en el beso te quedas.
Past. Pues en cualquiera suceso,
¿Qué venta puedo yo hallar,
Donde me pueda quedar
Con mas gusto que en un beso?
¿Cómo va de novedad?
Mart. Linda sangre y humor cria,
Pastrana, la hipocresía:
Nunca tuve libertad,
Mientras que viví á lo damo,
Como ahora; si intentaba
Salir fuera, me costaba
Una riña: ya no llamo
A la dueña, al escudero,
Ni aguardo la silla y coche,
Ni me riñen si á la noche
Vuelvo; voy adonde quiero.
Past. Desde que hablaste á tu amante,
Quedó en turron transformado,
Alajú por lo picado,
Por lo dulce de Alicante.
Hame persuadido, en fin,
Un enredo con que entrar
A verte, que me ha de dar
Nombre de Corozain;
Porque dice, que fingiendo
Que de Sevilla he llegado,
Y soy un don Juan Hurtado,
Que de los godos desciendo,
Hable á tu padre, y le diga
Que en Sevilla queda preso
Don Felipe, y un proceso
De dos muertes le fatiga;
Y que teniendo noticia
Que á don Antonio mató,
Y luego á Sevilla huyó,
Me ha enviado la justicia
Con comision, á que haga
Informacion verdadera;
Y si darle muerte espera
(Para que se satisfaga
La venganza que procura),
Por mi órden despachará
El proceso, y quedará
Por este modo segura
Su vida, y nuestra maraña,
Y otras mil cosas, que aquí
Han de llover sobre mí,
Porque el demonio me engaña.
Marta. Traza ha sido de los dos,
Pastrana, y tan importante,
Que con tu ayuda, mi amante
Entrará en casa.
Past. Por Dios,
Que va temiendo Pastrana,
Si por su ocasion le gozas,
Una sarta de corozas;
Pues claro está que tu hermana,
Si él en tu casa ha de estar,
Le tiene de conocer.
Marta. Su prision la da á entender,
Que yo la sabré engañar.
Past. Bien podré, que no me ha visto
En su vida.
Marta. Todo está
De mi parte.
Past. Y yo soy ya
Celestino de Calisto.
Marta. No es pequeño galardon,
Si miras en interes.
Past. ¿Cuál?
Marta. Ser tuya doña Ines.
Past. ¿Mia?
Ines. Tuya, socarron.
Past. ¿Y habrá melindre doncel?

Ines. Lo que se usa.
Past. Estése quedo,
Aparte, que me da miedo,
No pellizque, mal haya él,
Sea cortés, si tiene amor,
Mas que este chapin le arrojo,
No cheo, á fe si me enojo,
Mire que vendrá señor.
Ines. ¿Ya es malo eso?
Past. Estando en folla,
No me alumbro á luz de pajas,
Ni como las zarandajas,
Si no es tumbando la olla.
A su padre voy á hablar.
Marta. El amor te ayude, amen.
Past. ¡Lindo santo!
Marta. Prima, ven.
Past. En fin, ¿nos hemos de amar?
Ines. Sí.
Past. ¿A lo rubio?
Ines. A lo mulato.
Past. ¿Habrá arrullo?
Ines. Y chicoleo.
Past. En fin, ¿soy tuyo?
Ines. Y muy mio.
Past. Mio, es requiebro de gato. (*Vanse.*)

Salen don Gomez, don Diego y don Juan.

Gomez. Estimo yo en el alma este respeto,
Que á su fama y mi casa habeis guardado:
Porque no es digno amante, ni discreto,
Quien no descubre y muestra su cuidado,
Que guardar á los padres el secreto,
El robar y usurpar disimulado
El amor de su dama, es falso gusto,
Atrevida aficion, y amor injusto.
Ya sabreis, caballeros (que en la corte,
Público pienso que es), cómo ha mudado
Mi hija doña Marta cielo y norte,
Dejando galas, y escogiendo estado;
No hay humana razon que la reporte,
Ni persuada: galas ha dejado,
Y aunque mi hacienda casi toda hereda,
Joyas arroja, y menosprecia seda.
Será imposible en la ocasion presente
Persuadirla á aceptar ningun esposo,
Mientras de esta opinion (quizá aparente)
No muda parecer mas provechoso:
Así que doña Marta no consiente
El un estremo de ese amor honroso,
Ni puede dar el sí doña Lucía,
Por pedirla un indiano, sangre mia;
Y porque temo vuestras justas quejas,
No aguardo la respuesta, ni me atrevo,
Que ablanda el alma amor por las orejas,
Y oir sin remediar, nunca lo apruebo;
A Dios, señores.
Diego. Con rigor nos dejas.
Gomez. Saben los cielos el pesar que llevo;
Mas, ¿qué he de hacer, si en forzoso empeño
No quiere Marta, y tiene Lucía dueño?

(*Vase.*)

Juan. Don Diego, triste quedais.
Diego. Y estarlo con causa puedo.
Juan. Tambien yo sin prenda quedo.
Diego. Vos con esperanza estais.
Juan. ¿Cómo?
Diego. Posible seria
Deshacer el casamiento,
Y mudar de pensamiento,
Amándoos, doña Lucía;
Mas doña Marta, que está...
Juan. ¿Santa?
Diego. Ya lo empieza á ser.
Juan. Como yo fraile: muger,
Que uno reza, y otro canta:
¡Qué presto se os encajó
Esto de la santidad!
Diego. ¿Su padre dijo verdad?
Juan. Su padre sí, su hija no.
¿No llaman Marta á la mona?
Diego. Sí.
Juan. Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda;
Y así esa buena persona
Es mona de hipocresías,
Y se quedará por tal,
Y vos por un animal,
Si creeis sus monerías.
Diego. A la esperiencia lo dejo.
Juan. Es Marta disimulada,
Zorra que no vale nada
La carne, sino el pellejo:
Engañe ella en otras partes,
Que en fin, para mí será
Mal agüero, porque va
Muy poco de Marta á mártes. (*Vanse.*)

Salen don Gomez, doña Lucía, doña Marta y doña Ines.

Gomez. ¿Que os han dicho, decis vos,
Que está don Felipe preso
En Sevilla? gran suceso.
Mi venganza cumpla Dios.
Luc. Señor, sí, en Sevilla queda
Preso el que mató á mi hermano.
Gomez. Castigue Dios al tirano.
Luc. No le castigue, aunque pueda.
Gomez. ¿Qué decis vos?
Marta. Yo, señor,
Que en conciencia, y para abono
De mi alma, le perdono,
Y que el matarle es rigor.

Gomez. ¿No es contra la justa ley
Dar la muerte á un enemigo?
Dios es quien hizo el castigo,
Y despues de Dios, el rey;
Pero lo que siento mas,
Es que esa nueva es dudosa,
Que persona cuidadosa
No la descubrió jamas:
Antes dicen que es ardid
El haberse publicado
Que está preso, y se ha quedado,
Y aun anda oculto en Madrid.
Luc. Doña Marta me lo dijo.
Gomez. ¿Cómo lo puede saber?
Marta. ¿Cómo? ¿pues yo soy muger
Que miento? de eso me aflijo:
Presto el mentir se declara,
Por mas que el que miente jura,
Que el mentir es calentura
Del alma, y sale á la cara.
Un hidalgo que venia
A pedir albricias hoy,
Me dió esas nuevas, y estoy
Con mucha melancolía.
Pues con ser tal su delito,
Quisiera mi compasion,
Señor, que por mi ocasion
No matasen ni á un mosquito;
Pero ya el cielo defiende,
Porque no padezca en algo
La verdad: aqueste hidalgo
Me lo dijo, de él lo entiende.

Sale Pastrana.

Past. Pienso que es vuesa merced
El señor don Gomez.
Gomez. Sí,
Yo lo soy, y recibí
De esta visita merced,
Y quise esperarla en casa.
Past. Digo, señor, que en Sevilla
Prendieron (y es maravilla,
Que gente que vive y pasa
Con título de valientes
Se prenda así) á un caballero,
Un don Felipe estranjero,
De estos que matan las gentes;
Y aunque se honre, y aventaje,
En lo que toca jactancia,
Tan soberbia su arrogancia,
Cuanto humilde su linage.
Marta. ¡Jesus, qué mala palabra
En el mundo introducida!
La humildad de Dios querida,
La que mas coronas labra:
Se ha de dar por deshonor
Quitarle al hombre esa tilde;
No es afrenta el ser humilde,
Que la humildad da valor.
Gomez. Hija, déjanos aquí,
No nos prediques mas, Marta.
Marta. Padre, la soberbia aparta,
Que aquesto me importa á mí.
Luc. Es muy grande socarrona *ap.*
Mi hermana, ó muy recogida:
No me pago de su vida,
Por mas virtud que pregona,
Que aunque no tan adornada
Como yo, en fin se deleita,
Y algunas veces se afeita,
Y así es virtud afeitada.
Past. En fin, señor, yo venia
A juntarle los procesos,
Estilo antiguo en los presos
Que se usa cada dia.
Hanme dicho que os ha muerto
Un hijo; importa tener
El proceso y el poder,
Y el castigo será cierto.
Gomez. Vos seais en hora buena
Venido, porque en efeto
De vuestro trato discreto
Depende el fin de mi pena.
Por vuestro pliego, y por vos
Enviaré el proceso; y digo
Que os he de ser muy amigo,
Si por vos me venga Dios.
Past. Con tal nombre quedo honrado.
Gomez. Apartaos á hablar aquí.
Marta. Doña Ines, bueno va.
Ines. Sí.
Gomez. ¿Y el nombre?
Past. Don Juan Hurtado,
Con pestañas de Mendoza.

(*Aparte don Gomez y Pastrana, á otra doña Ines y doña Marta, y á otra doña Lucía.*)

Luc. En notable confusion
Nos ha puesto esta prision.
Gomez. Honrados títulos goza.
Past. Este órden ha de haber.
Gomez. Ver ya el efecto querria.
Ines. Tu hermana doña Lucía
Temo que lo ha de entender.
Marta. No se puede remediar
Todo en una coyuntura:
Remítase á la ventura,
Como el juego del parar.
No es muy discreta Lucía,
Ni ha de conocerle luego,
Que amor engaña, y es ciego,
Y así suceder podria.
Gomez. Hijas, ya os podeis llegar:
¿Marta?
Marta. Dejo intentos locos,

Y en mi rosario de cocos
Cuentas paso por contar.
Past. ¿Rosario de cocos?
Marta. ¿Pues?
Así se llaman, ¿qué quieres,
Si hacen cocos las mugeres,
Porque anda el mundo al reves?
¿A lo bueno? en estos dias
La devocion va espirando,
Pues si rezan ya, es cocando
Hasta las Ave Marías.
Past. En algunas no son barros
Los cocos; pues si reparas,
Muchos cocos en las caras
Llevan cocos en las manos.
Marta. Profánanse ya las suertes,
Ya la devocion es gala,
Traigan todas noramala
Unos rosarios de muertes,
Que sirvan de centinelas,
Que yo desde hoy pienso hacello.
Past. ¿Muertes en rosario al cuello?
Parecerán sacamuelas.

Sale don Felipe de pobre estudiante.

Fel. ¡Ha de casa! ¿hay quién se acuerde
De remediar la pobreza
De un estudiante, que empieza
Cánones, y el tiempo pierde
Por la fiera enfermedad,
Que mis cursos no consiente?
Dad limosna, noble gente,
Si es caridad, calidad.
Marta. Padre y señor, ¿ve ese pobre?
Pues no sé qué compasion
Las telas del corazon
Me mueve para que cobre
Remedio: si un hospital
El cielo hacerme permite,
Déjeme que me ejercite
En este, y cure su mal.
Gomez. Dale un cuarto, y váyase,
Que en la corte hay pobres hartos.
Marta. Si la limosna haces cuartos,
Verdugo tu celo fué:
¿Echar al pobre es razon?
Al rico avariento imitas:
Daréle, pues me le quitas,
Los brazos y el corazon.
¡Ay, pobre de mis entrañas!
Llega al alma que te doy.

(*Abrázale.*)

Fel. Marta, mártir tuyo soy,
Tu amor hace estas hazañas.
Marta. ¡Pobre rico! ¡prenda mia!
Fel. Mi bien, mi paz, mi interes.
Gomez. ¿Abrázasle?
Marta. ¿No lo ves?
Gomez. ¿Y qué teneis?

(*Cuando vuelve el viejo los ojos, dice esto don Felipe.*)

Fel. Perlesía.
Marta. Mi fe es la que solemniza
Este estremo, y aquí es justo.
Gomez. Marta, apartaos, que no gusto
De verte tan pegadiza.
Marta. Señor, por amor de mí,
Que tenga yo libertad
De curar su enfermedad.
Gomez. ¿Curar, cómo, ó dónde?
Marta. Aquí:
Que si amor límites pasa,
Que el respeto considera,
Yo quiero ser su enfermera,
Y se ha de curar en casa.
Gomez. ¿Estás loca? ¿quién vió tal?
Marta. Padre, si fueres cruel,
Yo me tengo de ir con él.
Gomez. ¿Dónde?
Marta. ¿Dónde? á un hospital.
Fel. Yo la enseñaré latin,
Señor, si en su casa estoy.
Marta. Inclinadísima soy,
Puesto que lectora ruin,
A lo menos á leer
En latin: porque rezar
Sepa, leccion me ha de dar,
Padre mio, esto ha de ser.
Luc. Don Felipe pienso que es:
Su cara es, ¿qué hay que dudar?
A Marta quiero ayudar,
Y entablar mi amor despues.
Gomez. No ha de estar en casa, Marta.
Fel. Señor, por amor de Dios.
Marta. Echaréisnos á los dos:
Veamos quien nos aparta.

(*Abrázale.*)

Luc. ¿No teneis zelos, Lucía? *ap.*
¿Lo que veis no os causa enojos?
Marta. ¡Ay, mi pobre!
Fel. De tus ojos.
Marta. ¿Y qué teneis?
Fel. Perlesía.
Gomez. Idos.
Fel. ¿Yo cosa por fuerza?
No lo permita el Señor.
Luc. Padre, parece rigor
El que á tal crueldad te esfuerza,
¿Qué, no importa que esté
Un estudiante, que al fin
Nos podrá enseñar latin?
Gomez. Alto, basta, quédese.
Fel. Eres noble, y eres pio.

Past. Nombre de pollo le ha dado.
Gomez. ¿Cómo os llamais, licenciado?
Fel. ¿Quién, yo? El dómine Berrío.
Gomez. ¿Y el tiempo que bueno esteis,
Podreis servir á algun fin?
Marta. Deseo yo leer latin;
Decid, ¿no me enseñaréis?
Fel. Y aun gramática, hasta tanto
Que empeceis á conjugar.
Marta. Siempre que llego á rezar
En las horas á alguno santo,
Me pesa de no entender
Lo que allí se significa.
Fel. Si acaso el deseo os aplica,
Por mí lo podreis saber.
Gomez. Alto pues, dadla leccion,
Y vamos, señor don Juan,
Que el proceso nos darán.
Past. Todo esto anda en tentacion;
Pero si de ella me aparta
Mi industria dándoles vaya,
Digo, que allá se lo haya
Con sus pollos y amor Marta. (*Vanse.*)
Marta. Ines, llévame á Lucia
De aquí.
Ines. ¿No vamos las dos?
Luc. Vamos, yo sabré de vos
Despues la sospecha mia. (*Vanse.*)
Marta. ¿Mi enfermo?
Fel. Vanos recelos
Asaltan mi corazon,
Y como en el alma son
Los zelos pesados hielos,
Siempre que el temor los cria,
Sin poderme defender,
Por tu ocasion vengo á ser
Enfermo de perlesía.
Marta. Pues si le sana el calor,
Y amor mis deseos abrasa,
Perlático de mi casa,
Llega al fuego de mi amor.

(*Abrázanse, y sale don Gomez.*)

Gomez. ¿Así, doña Marta, aquel
Papel dónde está?
Marta. ¡Ay de mí!
Gomez. ¿Qué es esto?
Fel. Hame dado aquí (*Desmáyase.*)
Este accidente cruel,
Como he estado tanto en pié,
El corazon desfallece:
¡Ay Dios!
Marta. Ea, que parece
Que os desmayais.
Fel. ¡Ay!
Gomez. Tenle.
Marta. Ayudádmele á llevar,
Padre y señor, á la cama.
Gomez. ¡Hay tal virtud! ¿quién no ama
Tal hija?
Marta. ¿Vuelve á cobrar
La color?
Gomez. Pienso que sí.
Marta. Llevémosle los dos, pues.
Gomez. No hagais vos fuerza en los piés.
Fel. ¡Ay cielo!
Marta. Arrimaos á mí.
Fel. Tenedme, señora mia;
Dadme la mano, señor.
Gomez. ¿Cómo estais?
Fel. Algo mejor.
Marta. ¿Qué es lo que os dió?
Fel. Perlesía.

JORNADA III.

Salen el capitan Urbina, don Gomez, el Alférez, y doña Marta.

Urb. El amor que os tengo es tal,
Ya no humano, mas divino,
Que por seros liberal,
Daros luego determino,
Para ayuda al hospital
Que haceis, ocho mil ducados,
Que en vos son bien empleados.
Marta. Por uno os dé el cielo ciento,
Para que con tal aumento
Los goceis todos doblados.
Urb. Escritura os he de hacer
Irrevocable inter vivos.
Marta. ¿Hoy?
Urb. Al punto.
Marta. Vendrá á ser
Con tan cristianos motivos
Infinito mi placer:
Con doce mil que yo tengo
De dote, si á juntar vengo
Vuestros ocho mil, que son
Todos veinte, á Salomon
Nuevo edificio prevengo:
Grande hospital, buena renta
Dejar en él imagino.
Urb. Y pues que casarse intenta
El alférez, mi sobrino,
Que á su amor llamas aumenta,
Con doña Lucía hermosa,
En premio de tal esposa
Otros ocho mil le doy.
Gomez. A Alejandro escedeis hoy.
Alf. Haga tu vejez dichosa
El cielo, y venzas las vidas
Que el mundo vió mas cumplidas,
Hasta que el siglo dorado

Vuelvas á ver, y cansado
De vivir, la muerte pidas.
¡Hermosa doña Lucía,
Que has de ser esposa mia!
Gomez. ¿Y de peregrinos quieres
Que sea?
Marta. Hombres y mugeres,
Que á la corte cada dia
Vienen pobres, sin tener
Adonde hospedarse puedan,
Mis huéspedes han de ser,
Pues ellos mi hacienda heredan,
Y yo (aunque sin merecer
Tal bien) seré tan dichosa,
Que gaste mi hacienda entera.
Gomez. En esta vida amorosa
Tu virtud es de manera,
Que eres Marta la Piadosa:
Toda la corte te da
Este nombre, que has ganado.
Marta. Ay Dios, ¡qué engañada está! *ap.*
Hácia la entrada del Prado
Me parece que estará
Bien el sitio.

Sale don Felipe con un arte en las manos.

Fel. ¿A dar leccion
No venis?
Marta. Sí.
Gomez. En conclusion,
Habeis dado en aprender
Gramática?
Marta. Por saber
Lengua de tal perfeccion,
Y que el dómine Berrío
Me enseña tan fácilmente,
Esto de mi ingenio fio.
Fel. Declina divinamente
A *hic, hæc, hoc*, señor mio.
Gomez. Huélgome de ver en tí
Tal virtud é ingenio; ¿ahora
Has de dar la leccion?
Fel. Sí.
Urb. ¿Y de qué ha de ser?
Fel. Decora,
Compuestos de *quis vel qui.*
Gomez. Pues en mi presencia quiero
Que decline algo primero.
Fel. Yo sé que os ha de espantar.
Marta. Mi bien, mas que hemos de echar
La soga tras el caldero;
¿Qué es declinar?
Fel. Disimula,
Y ve conmigo.
Gomez. Comienza.
Marta. La turbacion me atribula.
Gomez. ¿No dices?
Marta. Tengo vergüenza.
Mas latin sabe una mula; *ap.*
Marañas de amor astutas,
¿Quién me ha metido en disputas?
Gomez. Dadla algun nominativo.
Fel. Decline este relativo.
Marta. Vaya.
Fel. *¿Quis putas? ¿Quæ putas?*
Marta. ¡Ay! que me ha escandalizado:
Jesus! no quiero aprender
Gramática, licenciado.
Fel. ¿Pues porqué?
Marta. Por no saber
Latin tan desvergonzado;
Quite, quite, que es lascivo
Aquese arte, y no concierta
Con la vida que yo vivo:
Llame á alguno, que convierta
Tan torpe nominativo:
¿En la boca he de tomar
Tal cosa?
Gomez. No hay que receles.
Marta. ¿No? sepa que me ha de dar
Nominativos donceles,
Si tengo de declinar.
Fel. *¿Quis putas?* quiere decir,
¿Quién piensas?
Marta. Pensadlo vos,
Que yo no pienso admitir
Tal cosa: ¡Jesus de Dios!
No hay hablar, no hay persuadir.
Gomez. ¿Eso te da pesadumbre?
Si la latina costumbre
Lo usa, ¿porqué refutas
El declinar á *quis putas?*
Marta. ¡Jesus! ¡Jesus! ni por lumbre.
Urb. Es muy honesta, y en fin
El sonido la convida
A tenerle por ruin.
Marta. No mas latin en mi vida:
¡Jesus! ¿esto era latin?

Sale doña Ines.

Ines. Señor, aquel sevillano,
Por cuya órden y mano
Has despachado el proceso
A Sevilla de aquel preso,
Te busca.
Gomez. No viene en vano:
Nuevas debe de traer
Con que alegre mi esperanza;
Vamos, si quereis saber
Principios de la venganza
Que en Sevilla pienso ver.
Urb. Vamos.
Marta. Tu rigor me espanta.
¿Posible es, padre, que así
Te ciegue venganza tanta?
Yo no he de salir de aquí.

Gomez. Pues quédate.
Urb. Es una santa.

(*Quédanse don Felipe y doña Marta.*)

Marta. Mi perlático de perlas,
Mi estudiante en aficion,
Mi maestro en dar leccion
De industrias, para saberlas.
Fel. Mi hipócrita enamorada,
Mi escrupulosa fingida,
Mi melindrosa querida,
Mi socarrona taimada,
Dame esos brazos.

(*Abrázanse, y sale doña Lucía.*)

Luc. Enojos
De penas, que me atormentan,
Cuando mis sospechas mientan,
No pueden mentir mis ojos.
Don Felipe es quien en casa
Con su fingida cautela,
Cuando entre zelos me hiela,
Con fuego de amor me abrasa:
Y mi hermana con su trato
Fingido, goza su amor,
Que no hay engaño mayor,
Que el engaño á lo beato;
Pero aquí los dos están,
No son mis recelos vanos:
¡Qué divinos tan humanos,
Cielos, los brazos se dan!
¿Daré voces? pero no,
Mejor es ver escondida
Esta devocion fingida:
Miren si lo dije yo.
Marta. Estarás, mi bien, cansado
De tanto disfraz grosero,
Que es amor muy caballero,
Y quiere andar bien tratado.
Querrás que en el trage y brio
Tu nobleza participe
Adornos de don Felipe,
No sotanas de Berrío:
Ya te debe de cansar
Mi fingido encerramiento.
Fel. Como acabas, Marta, en miento,
Mientes, llegando á pensar
Que donde está tu hermosura,
No es libertad vivir preso:
Como adorarte profeso,
Por tí profeso clausura:
No echo menos las galas,
Que si ellas sirven de medios
Para amorosos remedios,
Y á merecerte me igualas,
Esto me entalla mejor
Que galas, y joyas bellas,
Que amor no se hizo para ellas,
Sino ellas para el amor;
Mas precio mi perlesía,
Que las perlas de Ceilan.
Luc. ¡Oh qué devotos que están!
Bien rezan, por vida mia.
Marta. ¡Ay, dulce dómine mio!
Fel. ¡Ay, mi hipócrita amorosa!
Luc. ¿Esta es la Marta piadosa,
Y este el dómine Berrío?
Con tales dominaciones,
Tambien me seré yo buena,
¿Mas, amor, con tanta pena
Treguas en mis zelos pones?
No hay sufrirlo: ¿Marta?
Marta. ¿Hermana?
Luc. Mi padre te está aguardando;
¿No vas?
Marta. Sí, Lucía, en dando
Leccion.
Luc. ¡Qué buena cristiana!
Mi padre no ha de esperar.
Marta. Dómine, ponga aquí el dedo,

(*Dale el arte.*)

En el vocativo quedo:
¡Que siempre me han de estorbar! (*Vase.*)
Luc. ¿Conjugabais los dos?
Fel. Sí,
A *amor amoris.*
Luc. Traidor,
Ya yo he visto vuestro amor,
Y casos suyos oí:
Ya, Felipe cauteloso,
Disfrazado en la sotana,
Los melindres de mi hermana,
Y tu embeleco amoroso
He conocido: ya sé
Que de mi amor olvidado,
Porque de ella te has pagado,
No quieres pagar mi fe;
Pero pues que desconoces
Mi amor, ingrato homicida,
Porque te quite la vida
Mi padre, yo daré voces,
Que pues de mí no haces caso,
Tu muerte es justa. ¡Ah, señor!
Aquí está el vil matador
De mi hermano: ¡ah, padre!
Fel. Paso:
Yo soy perdido: ¡ah, bien mio!
Luc. ¿Yo, tu bien? ¡qué linda cosa!
Ve mi hermana qué piadosa
Te ha transformado en Berrío:
Ah, señor, ven.
Fel. ¿Qué porfías?
Luc. Ven, verás una maldad
Con capa de piedad,

Que encubre bellaquerías.
Fel. Lucía, luz de mis ojos,
Vive Dios, que la ocasion
De tanta transformacion,
Y escolásticos despojos,
Solo ha sido por tenerla
De hablar contigo y gozar,
Dándome dicha y lugar,
De tu amor la ocasion bella:
Conocióme Marta luego
Que, como ves, vine aquí,
Y que la amaba fingí,
Para apaciguar el fuego,
Que contra mi triste vida
A emprenderse comenzaba,
Si quien era declaraba,
Viendo que no la queria.
Si esta firmeza merece
Tan inhumana crueldad,
Da voces.
Luc. ¿Eso es verdad?
Fel. Mi bien, sí.
Luc. No lo parece;
Mas para obligarme á mí,
Basta, ingrato, que me quieras
De burlas, y no de veras.
Fel. ¿Estás enojada?
Luc. Sí.
Fel. Desenójate, ó escojo
Un lazo.
Luc. Dejemos lazos,
Que si me quieres, á abrazos
Derriba el amor su enojo.

(*Abrázanse, y sale doña Marta.*)

Marta. Voces oí de mi hermana,
¡Válgame Dios! ¿Qué será?
Mas con don Felipe está,
Cesó mi esperanza vana:
Quiero escuchar lo que tratan
Escondida desde aquí.
Luc. ¿Que por mí es el disfraz?
Fel. Sí.
Luc. ¿Que mis amores te matan?
Pues este cuello corona
Otra vez, Felipe amado. (*Abrázanse.*)
Marta. Bueno está el encadenado.
Fel. ¿Pues por una hipocritona,
Engaña bobos, querias
Que me disfrazase yo?
Solo tu amor animó,
Mi bien, las industrias mias.
Marta. Zelos, si en tales ensayos
Sois nublados del amor,
¿Qué aguarda vuestro rigor?
Lloved luego, arrojad rayos.
Luc. Yo sé que la quieres bien,
No finjas nuevos engaños.
Fel. Mala pascua y malos años
La dé Dios á Marta.
Luc. Amen.
Marta. Para el cura y sacristan.
Luc. ¿No dicen que estabas preso
En Sevilla? ¿y tu proceso
No le ha llevado don Juan,
Que con diligencia vana
Quiere que muerte te den?
Fel. Todo eso ha sido, mi bien,
Embelecos de tu hermana,
Porque no te goce á tí;
Y así, á tu padre asegura,
Y sin saberlo, procura
Que seas mi esposa.
Marta. ¿Así?
Pues yo desharé la trama,
Y arrimando el fingimiento,
Me pagará en escarmiento
Mi hermano muerto, y su dama,
Que no gozará, si puedo.
Fel. No darte por entendida,
Lucía, importa á mi vida:
Concede con el enredo,
Y finge no conocerme,
Que el embeleco que ha urdido
La hipócrita loca, ha sido...
Luc. ¿Qué?
Fel. Despertar á quien duerme.
Presto nos verá á los dos
Juntos, burlándose así.
Luc. ¿En fin, soy tu esposa?
Fel. Sí.
Luc. ¿Yo?
Fel. Tú sola.
Luc. A Dios. (*Vase.*)
Fel. A Dios.
Marta. Engañoso burlador,
Perrillo de muchas bodas,
Danzante, que baila en todas,
Hombre, en fin, y mas traidor,
¿Es esta paga debida
Al amor que te he cobrado
De un hermano no vengado?
¿De una fineza encendida?
¿De haberte á casa traido?
¿De encubrirte de esta suerte?
¿De impedir tu justa muerte?
¿De haber tu prision mentido?
¿Por sola doña Lucía
Ha sido el disfraz villano?
¿Para ella alegre y sano?
¿Para mí con perlesía?
Pues no lograrás, traidor,
Tu ingratitud: ola, gente,
Llevad preso á este insolente,
De mi hermano matador.
Padre, alférez, capitan.

Fel. Mi bien, oye, que te engañas;
¡Hay quimeras mas estrañas!
Aquí la muerte me dan.
Marta. Ola, prended á ese ingrato.
Fel. Mi bien, por los soles dos
Que adoro, por tí, por Dios,
Que ve la verdad que trato,
Que engañé á doña Lucía,
Porque oyó cuanto contigo
Hablé, temiendo el castigo,
Que si quien era decia
Me amenazaba.
Marta. Otro tanto
La has dicho en este lugar,
Traidor, no pienses matar
Dos pájaros con un canto:
Ya sé que la quieres bien.
Fel. Que todos fueron engaños.
Marta. Mala pascua y malos años
La dé Dios á Marta, amen,
¿Fué este engaño?
Fel. Asegurarla
Por ese camino fué.
Marta. Que te den la muerte haré:
No pienses, traidor, gozarla.
Fel. ¿Que no te obligo á creerme?
Marta. Sí, el embeleco que ha urdido
La hipócrita loca, ha sido,
¿Qué? despertar á quien duerme:
Antes que de aquí me parta,
En venganza de los dos,
Te han de matar, vive Dios.

Salen don Gomez, el capitan Urbina, y el Alférez.

Gomez. Vive Dios, jurando Marta,
Y dando voces, ¿qué es esto?
Urb. ¿Así una doncella jura?
Alf. No es su virtud muy segura.
Fel. ¡Ah, cruel! véngate presto,
Que aquí están los viejos dos,
Y te han oido jurar:
Ea, acaba, hazme matar.
Marta. Disimula; ¿vive Dios
Ha de jurar un cristiano?
¿Y el mandamiento segundo
Quebrantar, que adora el mundo?
¿El nombre de Dios en vano?
¡O licenciado traidor!
¿Vos jurador? ¿esto pasa?
No hay que hablar, salid de casa,
Salid, falso jurador,
O besad luego la tierra
Por tan grande desvarío:
¿Vos érades el Berrío?
¿Esto vuestro pecho encierra?
De enojo y ira me abraso:
¿Vive Dios osais jurar?
Ea, ó salir, ó besar.
Fel. Dómina, dómina, paso,
Que alborotaré á Madrid:
Vive Dios no es juramento
Grande, si juro, y no miento;
Y que he estudiado advertid,
Y si yo he jurado, ha sido
Con verdad.
Gomez. ¿Le reprehende
Porque á Dios jurando ofende?
Urb. ¡Qué virtud!
Fel. Yo me despido.
Gomez. ¿Vióse perfeccion mayor?
Marta. ¿Qué, os despedis, enemigo?
Pues de esta suerte castigo
Al hombre que es jurador.
Fel. Pasito, dómina mia.
Marta. ¿Vos jurar á Dios en vano?
Fel. Ya va de veras.
Marta. Tirano,
Los zelos son de Lucía.
Gomez. Hija, paso, ¿de esa suerte
Te descompones?
Marta. Juró
Vive Dios, y mereció
El atrevido la muerte:
Que aunque yo soy pecadora,
Nadie ha de tener licencia
De jurar en mi presencia,
Que es gran pecado.
Urb. ¡Ay, que llora!
Gomez. Basta, Marta, que habeis dado
Muestras de vuestra piedad:
Si ha jurado con verdad,
No ha sido tan gran pecado.
Fel. Dióme muy grande motivo;
Mal su condicion conoces.
Gomez. ¿De qué suerte?
Fel. Quiso á voces
Decir el acusativo
De *cœlus cœli*, y juntarle
A *amor amoris*: no son
De una declinacion,
Y ella acusativo, y darle,
Y declinar á los dos:
Yo, llegándome á enojar,
Dije: no ha de declinar
Esos nombres, vive Dios;
Y porque aquesto juré,
Ya veis los dos lo que pasa,
Pues no he de estar mas en casa.
Marta. Es verdad, por eso fué.
Fel. Pues á Dios, que es mucho brio
Para quien en virtud da.
Marta. ¿Vase? Vaya, vuelva acá,
Vuelva, dómine Berrío.
Fel. No hay volver, aunque mi madre

Fuera, no consintiera
Que en mí las manos pusiera:
Voime, á Dios.
Marta. Téngale, padre.
Gomez. Váyase.
Marta. ¿Que así le envia?
¿No ve que enojado va?
Gomez. ¿Qué importa?
Marta. ¿Mas que le da,
Si se va, la perlesía?
¡Ay Dios! su desdicha lloro.
Fel. Déjenme en mi libertad.
Marta. Apláquenle, que en verdad
Que es bonito como un oro,
Reciba yo esta merced:
¿Señores, será razon
Despedir por mi ocasion
A nadie?
Gomez. Hermano, volved.
Urb. No haya mas.
Fel. ¿En mi persona
Las manos? ¿A un licenciado,
En gramática ordenado
De grados, y de corona?
Marta. ¿Ordenado estaba, hermano?
Ignorélo, ya me pesa,
Perdóneme.
Fel. Si me besa
De rodillas esta mano.
Marta. Mortificaréme en eso.

(*Arrodíllase.*)

Urb. ¡Qué nunca vista humildad!
Marta. Si ello va á decir verdad, *ap.*
A la miel me supo el beso.

Sale Ines.

Ines. El sevillano está aquí,
Señor, que á buscarte vuelve.
Gomez. Vamos, pues, que se resuelve
Que me parta; ¿vienes?
Marta. Sí.
Fel. ¿Somos ya amigos?
Marta. No es cosa
Tan de prisa.
Fel. ¡Ay, amor mio!
Marta. ¡Ay, mi dómine Berrío!
Fel. ¡Ay, mi Marta la Piadosa!

(*Vanse, y quédanse el Alférez y don Felipe.*)

Alf. Esperad, dómine, un poco.
Fel. ¿Qué es, señor, lo que quereis?
Alf. Que una duda me quiteis.
Fel. ¿Y es?
Alf. Que yo estoy ciego, ó loco,
O sois don Felipe vos,
Con trage y con nombre nuevo,
A quien desde Illescas debo
La vida, despues de Dios;
Y habeis hecho agravio estraño
A mi mucha voluntad
De encubrir á mi amistad
Quien sois, con tan nuevo engaño.
Fel. ¿Sí, yo?
Alf. Sin razon buscais
Modos de encubrir de mí
La verdad; yo sé que aquí
Por doña Marta trocais
Las galas en la sotana:
Ya sé el peligro en que amor
Ha puesto vuestro valor:
Tambien yo adoro á su hermana,
Y soy tan amigo vuestro,
Que cuando á doña Lucía
Quisiésedes, dejaria
Por vos el amor que muestro.
Fel. No quiero, alférez amigo,
Si la vida me debeis,
Sino que hoy en pago useis
De vuestro valor conmigo:
Que siendo vos tan discreto,
No tendreis á mucha culpa
El encubrirme, en disculpa
De que amor me era secreto,
Y mas estando mi vida
Tan á riesgo: disfrazado,
Como veis, he conquistado
Esta devota fingida,
Con quien desposarme espero,
Si alentais la dicha mia:
Amad á doña Lucía,
Que no os seré mal tercero,
Aunque el desden que os enseña
He visto.
Alf. El alma la adora,
Y tanto mas me enamora,
Cuanto me mira zahareña.
Estad seguro de mí,
Del secreto, y de que os ama
Mi vida y fe.
Fel. Vuestra dama
Es esta, que viene aquí:
Dejadme hablarla, y vereis
Cómo os la vuelvo de cera.
Alf. Esa elocuencia hechicera,
Decid, ¿dónde la aprendeis?

Sale doña Lucía.

Luc. ¿Dómine, estais solo?
Fel. No:
Quien ama, nunca lo está;
El alférez sabe ya
Quien soy, él me conoció,
Y diciéndole que á Marta
Quiero, y que por su ocasion

Hice esta transformacion,
Los zelos del alma aparta,
Que formó de mí, y me ruega
Que le sirva de tercero:
Engaña á este majadero,
Que cual mariposa llega,
Lucía, á tu luz hermosa;
Di que serás su muger.
Luc. ¿Yo?
Fel. Tú, que de no lo hacer,
Mi muerte será forzosa.
Luc. Felipe, si perlesía
Finges, no por mi deseo
A mí me da (cuando veo
Tu alférez) alferecía.
Fel. Pues si no lo haces, dirá
Que es don Felipe Berrío.
Luc. ¿Qué no haré por tí, bien mio?
Fel. Alférez, llegaos acá.
Alf. ¿Que el nombre merecí de vuestro
Y ver la luz, Lucía, que lucia [amante,
Desde que os vió mi alma el primer dia,
Mas que el sol en su esfera radiante?
Luc. El que por dueño adoro está delante,
Él es el rey de la esperanza mia.
Fel. Yo adoro la discreta hipocresía
De una muger, con ser muger constante.
Luc. ¿Y á mí no?
Fel. Tú eres solo el gusto mio.
Luc. ¡Ay mi bien!
Alf. ¿Yo tu bien? ¡que tal escucho!
Jamas el alma de tu luz se parta.
Fel. De tus enredos, ciego amor, me rio.
Alf. Alma, amad mucho, pues os aman
Luc. ¡Ay, Felipe! [mucho.
Alf. ¡Ay, Lucía!
Fel. ¡Ay, bella Marta!

(*Vanse todos, menos don Felipe, y sale Pastrana, y doña Marta.*)

Marta. A los acentos salí
De mi nombre.
Past. Tal reclamo
Te llama.
Fel. No estoy en mí
Sin tí, y por eso te llamo.
Loco estoy de admiracion,
De ver el confuso abismo
De tu engaño y discrecion,
Porque me engaña á mí mismo
Tu fingida devocion.
De discreta el premio lleves,
Hagas en el mundo raya,
Pues tan de veras me mueves,
Que he de asirte de la saya
Para que no te me eleves.
Marta. Pues yo quisiera, bien mio,
Por no mostrarme tirana
De tu gusto, y mi albedrío,
Vestirme una vez galana,
Y irnos á cenar al rio.
Past. ¿Qué rio?
Marta. El de Manzanares.
Past. Riome del rio yo.
Marta. Antes quiero que repares
Que es rio de quien nació
El rey de todos los mares,
Rio de Madrid, que es mar,
Que esas letras tiene en sí.
Fel. Eso es quererle alabar.
Past. Yo, que del rio aprendí,
No sé mas que murmurar;
Pero sea lo que fuere,
No has de ir al rio.
Marta. No sea
Si no es donde os pareciere.
Past. Iremos donde se vea
Lo que el gusto nos pidiere:
La huerta del Duque, al Prado,
Es la casa y el jardin
Del paraiso traslado,
Donde cualquier querubin
Estará bien empleado.
Fel. Pienso que hacemos la cuenta
Sin la huéspeda.
Marta. ¿Pues cómo?
¿Hay huéspeda que la sienta?
Past. ¿Hay zelerin?
Marta. Zelos tomo.
Past. Pues sosiegue la pimienta,
Que lo dijo su galan,
No por descuido de amor,
Sino aludiendo al refran,
Que es la huéspeda en rigor,
Tu padre, y el capitan.
Fel. Es el capitan Urbina
Un lince, y tu padre un árgos,
Que en nuestro amor predomina,
Con mas ojos, y mas largos,
Que soplo de culebrina;
Y la huéspeda se entiende
Tu hermana doña Lucía,
Que tambien cansa y pretende:
No hay ótra, por vida mia.
Marta. ¡Ay, cómo miente, y me vende!
Mas respondiendo á la duda,
Digo, que hoy hace buen dia,
Y el mismo sol nos ayuda:
Mi hermana doña Lucía,
Aunque es muy zelosa, es ruda,
Yo la llevaré engañada,
Que trazas hay para todo:
Los viejos no sabrán nada,
Y yo he de salir de modo
Contigo disimulada,
Que con la reputacion

Que tengo, y todos me dan,
Creyendo mi inclinacion,
No me conozca Galvan,
Ni lo sepa Galalon.
Past. Esta fiesta se ha de hacer,
Y no ha de ser solamente
Fiesta en casa de placer,
Sino casarse esta gente,
Y acabar ya de temer.
Yo tengo traza pensada,
Que mi entendimiento es
Pesebre de un alma honrada,
Para que quede despues
Esta máquina acabada.
Lo primero, he dado modo
Con que echemos de Madrid
Los viejos, y lo acomodo
Mejor, porque en este ardid
Consiste el despacho todo:
Heles de decir, mas siento
Que vienen.
Marta. Y á qué mal punto,
Que me ibas dando contento.
Past. Yo haré el engaño, que junto
Le tengo en mi entendimiento.

Salen don Gomez, el capitan Urbina, el Alférez, y doña Lucía.

Gomez. Sea vuesa merced muy bien ha-
Señor don Juan. [llado,
Past. Aquí, señor, espero
Vuestra venida con mayor cuidado:
Hoy tuve de Sevilla un mensagero,
Con nuevas de que han dado la sentencia
A don Felipe.
Gomez. Porque muera, muero.
Past. Como han puesto tan grande dili-
Dineros y favor, le han condenado [gencia,
A merecida muerte en el audiencia.
Urb. ¿Qué sentencia?
Past. Que muera degollado,
Y su hacienda la herede el padre viejo
Del caballero á quien la muerte ha dado.
Gomez. Dadme los brazos, noble y claro espejo
De industria y discrecion, que en vuestra
Mi justo agravio y su venganza dejo. [mano
Marta. ¿Qué pretende Pastrana?
Fel. No es en vano, *ap.*
Que aunque vuela á otra parte, es hacer
El volver á la garza, y lo hará llano. [punta
Luc. La máquina de engaños que se junta, *ap.*
Fuera de mí me tiene, y mas me admiran
Sus enredos.
Alf. Escucha á quien pregunta: *ap.*
Los viejos y Pastrana se retiran
Alegres con la nueva mentirosa:
Hablen las lenguas, pues los ojos miran.

(*Pastrana, don Gomez, y Urbina á una parte.*)

Past. Partiendo hoy á Sevilla, es fácil cosa
Hallarse á la tragedia de su muerte,
Y estar presente á la venganza honrosa:
Vuesa merced ordene hoy, y concierte
La jornada á Sevilla, porque vea
Con sus ojos su gusto, y buena suerte,
Para que luego que difunto sea
Don Felipe, su hacienda se le entregue,
Que doña Marta con salud posea.
Urb. Digo que os está bien, sin que os lo
Este señor, y importa la jornada, [ruegue
Pues no hay inconveniente que la niegue;
Que el ver una venganza tan honrada,
Es gran contento, y mas juntar la hacienda,
Que estará en otras manos mal lograda.
Gomez. Todos me aconsejais, de todos sigo
El gusto y parecer; y así, mañana
Será muy cierta mi partida: amigo,
¿No ireis conmigo vos?
Past. De buena gana
Fuera yo á ver dar muerte á aquese reo,
Por lo que mi amistad en ello gana;
Mas no podré (si bien mucho deseo
El volver á Sevilla) acompañaros,
Por mil negocios, que á mi cuenta veo:
Yo picaré despues hasta alcanzaros
En Córdoba, ó Carmona, por la posta,
Dando de quien yo soy indicios claros,
Porque en mi casa (puesto que sea angosta
Para tan grande huésped) es forzoso
Que os haga el aposento, y aun la costa.
Gomez. Estimo ese favor tan generoso,
Y le recibiré cuanto á la casa,
Por ser el hospedage tan costoso.
Fel. ¡Oh, qué adornada de mentira pasa
La quimera de hoy! [*ap.*
Marta. ¡Y mi deseo *ap.*
La priesa que me da cuando me abrasa!
Urb. Yo iré hasta Illescas, que imagino y creo
Que me han de remitir desde Sevilla
Algunos bienes, que en el mar poseo,
Allí os esperaré, que en esa villa
(Como al fin mi patria) tengo ahora
Mas hacienda y negocios que en Castilla.
Gomez. No halle yo en mi casa, hija, mudanza.
Marta. Hasta que vuelvas, la ventana y calle
Se acaban para mí: lleva esperanza
De que la ociosidad puerta no halle,
Porque en tu ausencia la tendré cerrada.
Past. ¡O socarrona, que haces de engañarle!

Gomez. La obra que teneis tan bien tra-
Del hospital, señora, se comience, [zada
Porque cuando yo vuelva esté empezada.
Fel. Fácilmente se engaña y se convence
Una buena intencion.
Gomez. Pues, prenda mia,
A Dios.
Past. Venció mi ardid.
Marta. Vive quien vence.

Quédanse doña Marta, doña Lucia, don Felipe, y Pastrana.

Past. Metan todos en casa este buen dia.
Marta. Quedemos los de la danza,
Que la habemos de ensayar.
Luc. ¿Entro yo en ella?
Marta. No sé.
Luc. Pues voime.
Marta. Esperad, no os vais:
Direis, hermana Lucia,
Que no entendeis, ni alcanzais
Qué es esto, y que hablar yo así
Parece gran novedad:
Pensaréis que fué fingida
Mi mesura artificial,
Y engañosa en la apariencia,
Como en risa el alacran:
No, hermana, pero el que es bueno,
Con su virtud natural
Licencia tiene unos dias
Para poderse alegrar.
Yo quiero, pues que es razon,
Cumplir vuestra voluntad,
Y que os dé el sí don Felipe,
Con quien pretendeis casar.
Porque no pusiese estorbo
Mi padre, que es el que da
Por vos palabra al alférez,
Para que me agradezcais
Lo que os quiero, por mi industria,
A Guadalquivir se va,
Y en Sevilla busca aquel,
Que dentro en su casa está.
Casaros pienso esta tarde;
Pero pues se queda acá
El alférez, cuyo amor
Es menester engañar,
Conviene que ser su esposa
En lo público finjais,
Porque zeloso no quiebre
La tela, que urdiendo vais.
Luc. Harélo de mil amores.
Marta. Si lo haceis así, tendrá
Su pago, y yo le echaré
En los ojos el agraz.
Yo quiero ser la madrina,
Y así me dareis lugar
Para que á mis joyas vuelva,
Que poco en mí durarán.
Esto, hermana de mi vida,
Lo hago yo, porque entendais
Que no encubro á don Felipe
Por amor, ó vanidad,
Sino porque os quiero bien,
Y porque quise trazar
Cómo casaros á entrambos,
Que muchos años vivais.
Luc. ¡Ay, hermana de mis ojos!
Los piés, ó brazos me da,
Que tus virtudes me dicen
Tu condicion liberal.
Voy á vestirme de boda;
Esposo mio, ¿no hablais?
Marta. Yo hablo por él, que basta,
Que los novios no han de hablar.
Luc. A Dios, mi bien, venid luego.

(*Vase.*)

Past. ¡Oh qué engañada que vais! *ap.*
Fel. Linda boda.
Marta. Linda traza. *ap.*
Past. Ven, que allá se lo dirán.
Marta. Ahora falta el alférez.
Past. Pues yo le voy á buscar.
Marta. A mi prima doña Ines
Llevaré.
Past. Yo sé que irá,
Que me tiene por discreto,
Y por rico, otro que tal.
Fel. El alférez y Lucía
Se tienen hoy de casar,
Y Pastrana, y doña Ines.
Marta. Y yo, y vos.
Fel. Pues claro está.
Past. Pues en saliendo los viejos
Iremos de par en par.
Fel. ¡Ay mi bien!
Past. Cócale Marta.
Marta. Marta soy, y cocos hay. (*Vanse.*)

Salen don Juan y don Diego.

Diego. ¿No basta rogarlo yo?
De vos con razon me quejo.
Juan. Fácil cosa es dar consejo,
Pero recibirle no.
Diego. ¿Quise bien á Marta?
Juan. Sí.
Diego. ¿Pues no la dejé de amar,
Cuando la ví renunciar
Al mundo?
Juan. Convino así.
Diego. Luego ya supe vencer
Zelos, amor, y cuidado.
Juan. Sí, pero fuistes forzado,
Y nadie os pudo ofender;
Pero si doña Lucía

Me quiere á mí, no es razon
Que otra ninguna aficion
Pretenda vencer la mia,
Y mas aficion humana
De un alférez, que á lo bravo
Pretende llevar al cabo
Su pretension loca y vana.
Aquí en el Prado le espero,
Idos, don Diego, por Dios,
No se asombre de los dos.
Diego. Animo tengo, y acero;
¿Pero qué culpa ha tenido
El pobre, que no os conoce,
Cuando de su dama goce
Favores, si es preferido,
Y sé yo cierto, que á vos
No os ha querido aun mirar?
¿Porqué os habeis de enojar
Con él? no es razon, por Dios.,
Vamos á reñir con ella,
Que no os quiere, y no con él,
Pues si ella le quiere á él,
Quien tiene la culpa es ella.
Juan. ¿Os burlais?
Diego. Hemos venido
A una edad muy diferente,
Que el ser un hombre valiente
Es peligro conocido.
Alguaciles y escribanos
Son los Hércules despues,
Que aquellos matan por piés,
Y estotros vencen por manos;
Y entrambos (porque se dé
La batalla á su contrario)
Previenen, si es necesario,
La pluma, el pico, y el pié.

Sale el Alférez.

Alf. Fuése mi tio, y no quise
Ir con él, que sin Lucía,
Iba sin luz y sin dia,
No es bien que desdichas pise.
Juan. Aquel es, muera.
Diego. ¿Qué os hizo?
Juan. Don Diego, hele de matar.
Diego. ¿Sois vos médico?
Juan. ¡O pesar!
Diego. Mátele Dios, que le hizo.

Sale Pastrana.

Past. ¿Es el alférez?
Alf. Yo soy.
Past. ¡Válgame Dios! ¿es posible
Que os hallo? ¿sois invisible?
Buscándoos ando todo hoy.
Alf. ¿Qué hay?
Past. Sabed que hoy es dia,
En el cual por mi amistad
Sereis rey de la beldad
De vuestra doña Lucía;
Pero entremos en la huerta
Del Duque.
Alf. Mas vale así.
¿Y que hoy la alcanzaré?
Past. Sí. (*Vanse.*)
Diego. Entróse, y cerró la puerta.
Juan. ¡Que así se fuesen los dos!
Diego. No se van, que se pasean,
Y volverán, si desean
La pendencia.
Juan. Bien, por Dios.
Diego. Dadle vos prisa á la noche,
Que lo demas cierto está.
Juan. Oid, que viene hácia acá
Derecho, y aprisa un coche.
Diego. ¿Un coche en Madrid espanta?
Juan. No, pero de prisa sí.
Ya llega, y ya pára allí.
Diego. ¿Qué es esto? ¿quién os encanta?
Juan. No sé qué es, que me ha turbado:
¿Este coche qué será?
Diego. El duque, que se vendrá
A su huerta retirado,
Y corridas las cortinas,
Sin criados, como suele.
Juan. Algo tiene, que me duele,
Este coche.
Diego. ¿Qué imaginas?

Salen doña Marta muy bizarra, doña Lucía tambien, don Felipe de galan, doña Ines, el Alférez, y Pastrana.

Juan. Dos damas salieron de él,
Aquella es doña Lucía:
Conocíla, ¡ay, prenda mia!
Diego. Bueno anda el cascabel:
No llegues, que me parece
Que viene tambien con ella
Una dama moza y bella.
Juan. ¿Tambien á tí te enternece?
Diego. ¡Ay, don Juan! espera, aparta.
Juan. ¿Quieres tirar?
Diego. Las dos son.
Juan. Tu misma imaginacion
Tengo: aquella es doña Marta;
¿Mas cómo en trage galan
Marta, con estremos tantos?
Diego. ¿Ahora sabes que hay santos
De olanda y de gorgoran?
Juan. Sabré de doña Lucía
La causa.
Diego. ¿Osarásla hablar?
Juan. No sé, podremos llegar:
Desdeñosa prenda mia.
Luc. No, que es esta la condesa.
Juan. ¿Qué, no es doña Marta?
Luc. No.

Juan. Parécela por estremo.
Marta. Ay, doña Ines, que me quemo.
Ines. Alguno te conoció.
Luc. A Dios, don Juan, que á tal hora
La visita es escusada.
Diego. ¡Qué condesa tan callada!
Juan. Es grave, y al fin, señora.
Diego. Digo, que es Marta.
Juan. No es,
Que su trage la asegura,
Y ella estará por ventura
Lavando á pobres los piés,
Que es mucha su devocion,
Si no es que cuentas ensarta.
Diego. Vive Dios, que es doña Marta,
Que no miente el corazon:
Yo tengo de averiguarlo:
¡Ah, hidalgo! saber espero
Quien es este caballero.
Past. Isto, o conde.
Diego. Ahora callo.
Juan. Por Dios, que habla portugues.
¿Y la dama?
Past. He la condesa.
Juan. ¿Veis como es locura aquesa?
Diego. ¿Locura? embeleco es. (*Llégase.*)

Salen don Gomez y el capitan Urbina, de camino.

Urb. Refrenad, señor don Gomez,
El enojo con las canas,
Asiento de la prudencia.
Gomez. Ya la prudencia no basta.
¡Jesus! apenas llegué
A la puente Toledana,
Para seguir de Sevilla
La mentirosa jornada,
Cuando me alcanzó un amigo,
Y dijo: ¿Cómo os engaña,
Siendo viejo, un hombre mozo,
Y una hipócrita taimada?
El preso por quien partis
A Sevilla, y la venganza,
Que en su muerte os gasta el seso,
Está preso en vuestra casa.
Don Felipe, el matador
De vuestro hijo, dió esta traza,
Y se transforma en Berrio;
Don Juan Hurtado es Pastrana,
Un su amigo socarron,
Que os persuade y encanta
A que salgais de Madrid,
Porque tienen dada traza
En partiéndoos, de casarse,
Trocando anascote en galas.
Hoy en la huerta del Duque
Yo he sabido lo que pasa
De su alcaide, que es mi primo.
Urb. ¿Qué me dais cuenta tan larga,
Si estuve presente á todo?
Gomez. Así mi pena descansa:
¿Pero no son estos?
Urb. Sí.
Gomez. ¡No se volviera en espada
Este junco, y flaco arrimo
De mi vejez afrentada!
¡Ah, traidores embusteros!
Past. El lobo ha dado en la trampa:
No hay, Marta, sino quitarte
La máscara de la cara.
Gomez. Déjame darle la muerte.
Juan. Paso, que es aquesta dama
Una condesa estranjera.
Gomez. ¿Condesa, qué?
Urb. ¿Otra maraña?
Gomez. No es sino Marta, mi hija.
Fel. Y don Felipe de Ayala
Yo, que si un hijo os maté,
Aunque no es igual la paga,
Por hijo vuestro me ofrezco.
Gomez. Alférez, dadme esa espada.
Juan. ¿Vos, señor, sois don Felipe?
¡Jesus! fuera de mí estaba,
Pues viéndoos, no os conocí:
En Valladolid os guarda
Vuestra madre, por ser muerto
Don Pedro Gomez de Ayala,
Diez mil ducados de renta.
Fel. ¿Qué dices?
Juan. Por esta carta
Sabreis la verdad de todo.
Fel. Pues renta, ser, vida, y alma,
Padre y señor, á esos piés
Rindo, que no quiero nada,
Si vos no me dais perdon.
Urb. No es de nobles la venganza:
Perdonadlos, que yo quiero,
Pues su industria ha sido tanta,
Que los ocho mil ducados,
Que para el hospital daba,
Se queden para su dote.
Luc. ¿Qué es eso? ¿luego mi hermana
Ha de ser de don Felipe?
Eso no.
Past. Ya es escusada
Vuestra pretension, Lucía,
Porque manos y palabras
Pararon en obras.
Luc. ¿Cómo?
Past. Esposos los dos se llaman
En faz de la madre Iglesia:
Yo testigo.
Luc. Si así pasa,
El alférez es mi esposo.
Alf. Con la mano os rindo el alma.
Gomez. Y yo (pues tantos me ruegan

Por vosotras) mi venganza
Trueco en amor.
Fel. Esos piés.
Gomez. Los brazos son tuyos, alza.
Past. Doña Ines y yo queremos
Hacer una tiritaña
De su tinta y de su nieve.
Ines. Pues hoy es de bodas, vaya.
Fel. Don Juan y don Diego, amigos,
Pues tuvieron mis desgracias
Tan buen fin, vuestra asistencia
Esta vez ha de aumentarlas:
Nuestros padrinos sereis.
Juan. Alto, pues mi amor no alcanza
Ser esposo, sea padrino:
Yo lo acepto.
Diego. Y yo, aunque estaba
Para reñir con vos.
Fel. ¿Porqué?
Past. Porque dije que la dama
Era condesa sebosa.
Diego. Buena burla, aunque pesada.
Past. ¿Qué hacemos aquí, señores?
Gomez. No mas dómines en casa,
Que en las hijas predominan,
En vez de latinizarlas.
¿Cómo va de perlesía?
Fel. Con la comedia se acaba
De mi Marta la Piadosa,
Mi mal sí, no nuestras faltas.

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA (1).

Son muy escasas las noticias que nos quedan de este escritor, solo se sabe que fué eclesiástico, que nació en Guadix, y que floreció en tiempo de Felipe IV. Es uno de nuestros buenos poetas líricos.

GALAN, VALIENTE Y DISCRETO.

Cervantes, en el prólogo de sus comedias, dice: « Estímense las trazas artificiosas en todo « estremo del licenciado Miguel Sanchez; la gravedad del doctor Mira de Mescua, honra singu- « lar de nuestra nacion; la discrecion é innumerables conceptos del canónigo Tárraga; la suavi- « dad y dulzura de don Guillen de Castro; la agudeza de Aguilar; el rumbo, el tropel, el boato « y la grandeza de las comedias de Luis Velez de Guevara, etc. »

Por la comedia que insertamos á continuacion y que nos parece, sin ningun género de duda, la mejor del mismo autor, conocerán nuestros lectores cuan exagerado es el elogio que hace Cervantes del doctor Mira de Mescua, *honra singular de nuestra nacion.* Agustin de Rojas, en su *Viaje entretenido,* fué mas imparcial con él, limitándose á nombrarle sin comentarios y como uno de tantos en el largo catálogo de autores que florecieron en tiempo de Lope de Vega, si bien elogió á otros desmedidamente y con poco fundamento en los siguientes versos, ó mejor diriamos en la siguiente prosa rimada:

Pero de paso diré
De algunos que se me acuerdan,
Como el heróico Velarde,
Famoso Micer Artieda,
El gran Lupercio Leonardo,
Aguilar el de Valencia,
El licenciado Ramon (2),
Justiniano, Ochoa, Cepeda,
El licenciado Mejia,
El buen don Diego de Vera,
Mescua, don Guillen de Castro,
Liñan, don Félix de Herrera,
Valdivieso y Almendariz,
Y entre muchos uno queda:
Damian Salustrio del Poyo,
Que no ha compuesto comedia
Que no mereciese estar
Con letras de oro impresa.

Tambien Montalvan acompaña con un pomposo elogio el nombre de don Antonio Mira de Mescua en su *Para todos;* pero eso no impide que Mira de Mescua sea un poeta muy de segundo órden. *Galan, valiente y discreto,* aunque tiene dotes bastante apreciables, es muy inferior á la titulada *Exámen de Maridos,* de Ruiz de Alarcon, de la que se cree generalmente que está tomada, aunque esto nos parece muy hipotético por lo menos, pues se sabe que Mira de Mescua floreció antes que Alarcon, aunque con pocos años de diferencia. Mas bien nos inclinamos á creer que el imitador fué Alarcon.

En lo que no cabe duda es en que Mira de Mescua imitó á Tirso en otra comedia, muy celebrada, y que es, despues de la que insertamos, la mejor de las suyas: hablamos de *la Fénix de Salamanca.* Las demas obras dramáticas de este escritor no merecen que hagamos de ellas particular mencion.

PERSONAS.

LA DUQUESA DE MANTUA.
PORCIA.
ELISA.
DUQUE DE FERRARA.
DUQUE DE PARMA.
DUQUE DE URBINO.
DON FADRIQUE.
RAMON, criado.
FLORES, gracioso.
MAESTRO DE SARAO.
MÚSICOS.

La escena es en Mantua.

(1) Algunos le llaman Amescua.
(2) De este Ramon, el doctor, dice Cervantes que sus trabajos « fueron los mas despues de los del gran Lope.» (*Prólogo de sus comedias.*)

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

LA DUQUESA Y PORCIA.

Por. Despues que murió tu hermano,
El silencio y la tristeza
Dan sombras á la belleza
De ese rostro soberano.
¿Cuando á Mantua has heredado,
Vives con melancolía?
Duq. Sí, que es grande la porfía
De un desvelo y un cuidado.
Por. Dime ¿qué cuidado fuerza
Tu desvelo y tu pesar?
Duq. El no inclinarme á casar,
Y haberlo de hacer por fuerza.
Por. Mudable es la inclinacion.
Duq. Hombres y bodas me ofenden;
Son muchos los que pretenden,
Y temo errar la eleccion.

ESCENA II.

DICHAS Y ELISA.

Elisa. Un loquillo de buen gusto
Llevan á Florencia, y fuera
Quien algun placer te diera.
Duq. Cualquier loco me da susto,
Que pienso cada momento
Que se enfurece.
Elisa. Imagino
Que es loco por un camino
Que te puede dar contento:
Jugar sabe al ajedrez,
Y jugar contigo puede.
Duq. Si no es furioso, se quede.
Por. Ya habrá quien alguna vez
Te divierta.
Duq. Si el casarse
Es un vivir con morirse,
¿Porqué muerte ha de decirse
Aquello que es cautivarse?
Mal mi cuidado se olvida,
Porque es una accion incierta,
Que se yerra ó que se acierta
Por el tiempo de la vida.
El errar en otra accion
Disculpa suele tener,
Y así en esta es menester
Mas cuidado que eleccion.

ESCENA III.

DICHAS Y FLORES DE LOCO.

Flores. Guarde Dios la buena gente,
Y guarde tambien la mala,
Por si hay de ella en esta sala;
Pero mi malicia miente,
Que entre damas tan hermosas
Cosa mala no se halló:
Par diez, que á ser Páris yo,
Fuérades las tres las diosas.
Duq. ¿La manzana á quién se diera?
Flores. Para quitarme de dudas,
Si Páris las vió desnudas,
Ropa fuera, ropa fuera.
Duq. ¿Cómo te llamas?
Flores. ¿Quién vió
Tan necia pregunta, di?
Otros me llaman á mí,
Que no he de llamarme yo.
Duq. Tu nombre pregunto, amigo.
Flores. ¿Quién es un santo varon
Con esclavina y bordon
Que trae un perro consigo
Con un pan, sin que le asombre
El verle una llaga aquí?
Duq. San Roque.
Flores. ¿San Roque?
Duq. Sí.
Flores. ¿Luego ya sabeis mi nombre?
Duq. ¿Y de dónde eres?
Flores. No soy;
De la tierra solo he sido,
Pues de la tierra he salido,
Y á ella caminando voy.
Por. Sentencioso quiere ser.
Elisa. Diz que es poeta, señora,
Y sin sentidos, un hora
Se está para componer
Sus metros.
Duq. Loco discreto;
Hazme unos versos á mí.
Flores. Siéntome, pues, porque así
Quiero pensar un soneto.
Por. ¿Si vino el de Parma ayer?
Duq. Sí.
Por. Tres potentados son.
Duq. Don Fadrique de Aragon
Tambien viene á pretender.
Por. ¿Quién es ese caballero?
Duq. Pobre, pero celebrado,
Noble, pero despreciado.
Por. ¡Oh qué malo es ese pero!
Duq. Deudo dicen que es cercano
Del rey de Nápoles, sol
De Italia.
Por. Medio español

Y medio napolitano,
Presumido y codicioso
Tu estado pretenderá.
Duq. Hacer imagino ya
Un exámen riguroso
De todos mis pretendientes;
¿Ese loco nos ha oido?
Elisa. Él está muy divertido,
Y rumiando allá entre dientes
Sus consonantes.
Duq. Despeje.
Flores. Consonantes hay á boca,
Toca, loca, emboca, choca.
Por. ¿Qué importará que le deje,
Si es loco y se divirtió?
Duq. Dices bien, que no embaraza.
Flores. ¿Plaza, taza, calabaza,
Coroza? coroza no.
Duq. Digo, Porcia, que me ofende
Ver que mis estados sean
Lo que estos hombres desean,
Pues ninguno me pretende
A mí por mí solamente.
Cuando mi hermano vivia,
¿Cómo entonces no tenia
Amante ni pretendiente?
Ello es codicia, y no amor,
Lo que á estos cuatro ha traido;
Imaginar que yo he sido
La deseada es error.
Una industria percibí;
Caprichosa quiero ser,
Si he de examinar y ver
Quien me quiere á mí por mí,
Y no por el grande estado.
Por. Dificultosa será,
Pues cada cual mostrará
Que ha venido enàmorado:
Servir y galantear
Es fácil al que enamora,
Y muchas veces, señora,
Vale mas fingir que amar.
¿Quién penetra la intencion?
¿Y cuáles ojos discretos
Son linces de los secretos
Que están en el corazon?
Duq. Porcia, muy posible es todo;
Humano lince he de ser,
Yo lo tengo de saber,
Escucha, sabrás el modo.
Las dos en graves clausuras
Cerradas siempre nos vimos,
Y como dicen, vivimos
En hermosa sepultura.
Nadie me vió en la ciudad;
Si mis criados prevengo,
Logrado el capricho tengo
Con mucha facilidad.
Piense cualquiera, que hoy
Ser mi pretensor profesa,
Que eres, Porcia, la duquesa;
Y que yo la Porcia soy.
El papel de Serafina
Has de hacer, cuando nos vean
Esos, que á Mantua desean;
Y si alguno se me inclina,
Como á Porcia, y como á pobre,
Será amante verdadero,
Y tendrá el lugar primero,
Aunque hacienda no le sobre,
En aquesta pretension.
Por. ¿Podrá estar secreto?
Duq. Sí,
Porque los hombres que á mí
Me conocen, pocos son,
Y no saliendo de casa,
Con cuidado viviremos,
Y mas, que nos parecemos
Algo las dos.
Por. ¿Y si pasa
De nosotras el secreto?
Duq. Cuando esto se haya sabido,
Como dicen, ¿qué hay perdido,
Sino solo este concepto
Que formé? pero verás
Cómo lo he de conseguir.
Por. Desde hoy empiezo á fingir.
Duq. Mas he pensado, oye mas:
Podré en cualquier ocasion
Que ellos se junten aquí,
Ser yo mas dueño de mí,
Siendo la conversacion
Contigo: escuchando yo,
Podré mirar con efeto
Cuál es mas cuerdo y discreto.
Hasta ahora no se vió
Condicion como la mia;
El que inclinarme quisiere,
Sea solo el que tuviere
Gala, ingenio y cortesía.
Con eminencia, galan
Quiero que el amante sea,
Y en él la virtud se vea,
Que en los diamantes que están
Cuando brutos, deslucidos
Como piedras ordinarias,
Y visos de luces varias
Exhalan cuando pulidos.
Tambien le quiero valiente,
Que el ánimo y corazon
Dicen quién es el varon
Que debe ser eminente.
Con estas dos calidades,
Satisfechos y advertidos
Quedan los ojos y oidos;
Pero si el engaño añades,

Cesará el conocimiento
De mi noble inclinacion,
Pues será la discrecion
La luz del entendimiento.
Por. ¿Y cómo ha de ser, me di,
Que esa noticia tengamos?
Duq. Quiero que un festin hagamos
En casa esta noche; así
Cogiéndolos sin pensar,
Cuál es mas galan veremos,
Que para los dos estremos
Que faltan, habrá lugar.
Flores. El soneto acabé, plaza,
Que mi musa no está loca.
A la duquesa alabará mi boca,
Si el cielo me la libra de mordaza.
Duq. En verso medido empieza,
Id delante, y proseguid.
Por. Elisa y Porcia, venid.
Duq. Vaya al jardin vuestra alteza.
Flores. Quien vió pálida flor de calabaza
Trepando por las puntas de una roca...
Duq. Basta; ¿qué es verso?
Por. Agudeza
Es propia de locos.
Duq. Id
Vos delante, y proseguid.
Por. Vaya al jardin vuestra alteza.

ESCENA IV.

Decoracion de calle.

EL DUQUE DE URBINO, EL DE FERRARA, Y EL DE PARMA.

Fer. Hermosa es Mantua.
Parma. Es empeño
De quien la fama ha salido.
Urb. Mi iman poderoso ha sido
La hermosura de su dueño;
Ella me trae solamente.
Fer. ¿La habeis visto?
Urb. Nunca.
Fer. ¿Pues?
Urb. Tan grande su fama es,
Que si en cuatro partes miente,
Le ha de quedar hermosura
Para ser la mas hermosa.
Vénus, que tiñó la rosa
De carmin y sangre pura,
No ha sido en la antigüedad
Tan celebrada, de modo,
Que aunque no la imite en todo,
Será inmensa su beldad.
Las cosas grandes no pueden
Ser pintadas como son,
Porque á su misma opinion
Las mismas cosas se esceden.
Un ciego ver deseaba
El hermoso rosicler
Del sol, y para saber,
A todos lo preguntaba.
Cual le pintaba y decia
Que era un orbe de luz varia,
Y singular luminaria,
Padre y principio del dia.
Cual le figuraba que era
Una luz con movimiento,
Que á faltar conocimiento,
Por Dios adorada fuera.
Vió despues el arrebol
Celeste con regocijo;
Nadie supo pintar, dijo,
Como es el sol, sino el sol:
Así, cuando contemplemos
La hermosura y sol divino
De la duquesa, imagino
Que admirándola, diremos:
¡O Vénus hermosa! ¡O dama
Nacida de otras espumas!
Mudas lenguas, cortas plumas
Han sido las de la fama;
De la elocuencia y del arte
Poco encarecida fuiste,
Sola tú misma supiste
Describirte y alabarte.
Fer. Vos, señor duque de Urbino,
Ya tendreis noticia della,
Yo alabaré su luz bella
Por diferente camino.
Un hombre, que deseaba
Casarse en otra ciudad,
Sino con curiosidad,
Con afecto preguntaba
A cuantos de allá venian,
¿Si era discreta y hermosa
La que eligió por esposa?
Y todos le respondian:
Señor, no la conocemos;
Y esto, que pudo templar
Su amor, le vino á aumentar
Con singulares estremos,
Diciendo: Si no es hermosa,
Para que el gusto la goce,
Muger que nadie conoce
Es honesta y virtuosa.
Esto me sucede á mí;
Si es hermosa he preguntado,
Y ninguno la ha alabado,
Todos dicen: No la ví.
Y yo, á tanta novedad,
Digo, admirado: muger
Que no se ha dejado ver,
Mucho tiene de deidad.
Parma. Duque de Ferrara, ó sea
Malicia ó atrevimiento,

Yo saco deste argumento
Por consecuencia, que es fea.
La luz no puede encubrir
Visos de púrpura y nieve,
Que aun en átomo tan breve
Suele brillar y lucir.
Confieso mi desvarío:
Ni dudando, ni creyendo,
Por otra razon pretendo;
Su estado cae junto al mio,
Soy amante en apariencia,
Y vuestro competidor;
Lo que me falta de amor,
Me sobra de conveniencia.
Urb. Confesando esta verdad
El de Parma, nos confiesa,
Sin ofender la duquesa,
Que es mucha nuestra amistad;
Y así, pues amor honesto
Zelos ni envidia no admite,
Cada cual se solicite
Su dicha, sin que por esto,
El que mas acepto fuere
Tenga emulacion alguna;
Dé el amor ó la fortuna
Esta dicha á quien quisiere.
Fer. Sin dar envidias al sol,
Sus rayos son de rubis.
Parma. Y los dos, ¿qué me decis
Del arrogante español,
Que sin hacienda ni estado,
A título de pariente
Del rey don Alonso, intente
Lo que habemos deseado?
Urb. Casi solo se ha venido,
Y así en nuestros galanteos,
En festines y torneos
Ha de quedar deslucido.
Parma. Pues, amigos, torneemos,
Y la sortija corramos,
Justas y máscara hagamos,
Deslucido le dejemos.
Fer. Él viene, y querrá tratarse
Con nosotros igualmente.
Urb. Por ahora es conveniente
Sufrir y disimularse;
Pero estando en la presencia
De la hermosa Serafina,
Sufrirlo no determina
Mi cordura y mi paciencia.
Fer. Lleve desaires iguales
A la soberbia que tiene.
Parma. Aquí á propósito viene;
Hablar por impersonales.

ESCENA V.

DICHOS, DON FADRIQUE Y RAMON

Fad. Guarde Dios á vueselencias
Con salud y larga vida.
Urb. Guarde al señor don Fadrique.
Parma. ¿Quién dudará, que le obligan
Venir á Mantua retratos
De la hermosa Serafina?
Fad. Bien puede dudarlo el duque,
Porque no tengo noticia
Que haya retrato ninguno
De beldad tan esquisita.
Y si dicen, que á Alejandro
Retratarle no podia,
Sino Apeles, ¿qué pincel
A los perfiles y líneas
Desta deidad se atreviera,
Sin temblar en la osadía,
La mano al tiento arrimada,
Y sin turbarse la vista
A los rayos de sus ojos,
Mayormente si se imitan
En dos cosas con el arte,
Agua y luz? Cosa es sabida
Que los vivos y escelentes
Objetos turban y olvidan
Nuestros sentidos: el sol,
Cuando llega al mediodía,
¿Qué ojos de águilas y linces
Hay que á sus rayos resistan?
Cuando por las siete bocas
El Nilo se precipita,
Sordos deja á los que moran
En las riberas vecinas.
La nieve, que en los tifeos
Está en el tálamo antigua,
El tacto humano entorpece:
La oriental especería,
Y los aromas suaves
Que la Arabia fructifica,
El olfato alteran siempre
A quien por ella camina:
El néctar dulce, que labra,
Chupando flores en Ibla,
La abejuela, estraga el gusto.
Siendo esto así, ¿quién podia
Retratar rayos de luz,
Mirando nieve tan viva,
Atendiendo, resistiendo
Los aromas que respiran,
Las razones que pronuncian
De elocuencia peregrina?
¿Quién un objeto tan alto
Reducir pudo á medida
Y proporcion con el arte,
Copiando luz tan divina?

Urb. ¡Oh, qué afectado discurso!
Parma. Dejémosle que prosiga
Con su escudero.
Fer. El señor
Don Fadrique se publica
Enamorado y leido.
Parma. Bien dijimos que venia
Con pretensiones á Mantua.

ESCENA VI.

FADRIQUE Y RAMON.

Fad. Discretos son, si adivinan
Eso los señores duques.
Ramon. Estos con zelosa envidia
Te han hablado descortés.
Fad. Con igual descortesía
Serán tratados de mí.

ESCENA VII.

DICHOS Y FLORES DE GALAN GRACIOSO.

Flores. Hallaros solos es dicha.
Fad. Seas, Flores, bien venido;
¿Qué tenemos?
Flores. Que la vida
He de dar en tu servicio:
Salió bien la industria mia.
Fingíme loco, y mandóme
Que en su casa y corte asista,
Y así de sus esperanzas
Tengo de ser una espía.
Advierte en breves palabras,
Que á Porcia manda que finja
Ser la duquesa, porque ella
Fingirse quiere su prima,
Para ver si de esta suerte
A su hermosura se inclinan.
Fad. ¿Es hermosa?
Flores. El mismo sol;
Es la aurora, y es el dia,
Es la tarde, y no es la noche,
Muger es que encapricha:
Esta noche hay un sarao,
Y en ella Porcia fingida,
Quiere examinar cuál es
El mas galan; no se vista
Aquel pájaro, que dicen
Que nace de sus cenizas,
Mas galan que tú, señor;
Ven pues, y al abril imita.
Duque de Mantua has de ser;
Alerta, mira que sirvas
A la que se llama Porcia,
Advierte que es Serafina,
No enamores la duquesa.
Fad. Si me industrias, si me avisas
De lo que pasa en palacio,
La duquesa ha de ser mia.
Flores. Será tuya la mas bella
Que los campos vieron ninfa;
A mi sayo gironado,
Y á mi ignorancia fingida
Me vuelvo; vete con Dios,
Pues de mi ingenio te fias.

ESCENA VIII.

Decoracion de jardin.

LA DUQUESA.

Este jardin ameno,
De flores, plantas y de frutas lleno,
El cielo nos retrata;
Ese estanque de plata,
El cielo es cristalino:
Las ruedas de esa azuda, que es camino
Del agua artificioso,
Son móviles primeros;
Las rosas son luceros
Del firmamento hermoso;
Las otras flores bellas,
El numeroso ejército de estrellas.
El girasol, que mira
Al poniente una vez, y otra al levante,
El sol, que el cielo gira,
Y la luna menguante,
O ya de su luz llena,
La cándida azucena:
Estrellas, luna, sol, fuentes y flores,
Todo me enseña amores,
Y yo sola me hallo
Sin saber que es amor, ni deseallo.
Esa hiedra se enlaza,
Y el tronco de los álamos abraza;
Allí la flor de Clicie pena amando,
Y á Apolo va buscando:
Trepar quiere la murta por la parra;
Y amando la violeta la pizarra,
Besándola ha nacido:
Allí canta en su nido
El ruiseñor amores,
Allí rayos del sol aman las flores,
Allí las fuentes quiebran
Su cristal, y celebran
La jornada que hoy hacen
Al mar, adonde nacen,
Y á quien enamoradas
Se vuelven despeñadas:
La flor de Clicie, murta, yerba y flores,
Todo me enseña amores,
Y yo sola me hallo
Sin saber que es amor, ni deseallo.

ESCENA IX.

LA DUQUESA Y PORCIA.

Por. ¿Sola vuestra alteza?
Duq. Sí,
Aunque no estoy sola, digo,
Las veces que estoy conmigo.
Por. Un sabio lo dijo así.
Ya están los competidores
Avisados, y vendrán.
Duq. Di, Porcia, ¿qué fingirán,
Que vienen muertos de amores?
Por. ¿Dónde ha de ser el festin?
Duq. Paréceme que es mejor
En aquese cenador,
Palacio de este jardin.

ESCENA X.

DICHAS Y FLORES DE LOCO.

Flores. Alerta, madama mia,
Que hay marranos en campaña.
Duq. Todo es temas con España:
Mira, Roque, yo querria
Que me digas la ocasion
De quererlos mal.
Flores. Diréla:
Yo anduve con una muela,
Cantarillo y carreton;
Amolar cuchí, decia,
Y con esto eché sin cuenta
A perder cuanta herramienta
En la pobre España habia.
De un lugar á otro pasaba,
Y un español encontré,
Gallego pienso que fué,
Pues descalzo caminaba.
Con un rio nos topamos,
Y él, que sin botas venia,
Dijo que me pasaria,
Como en la venta bebamos
A mi costa; yo acepté,
Y estando en medio del rio,
Me dijo el caballo mio:
Monsiur; respondíle: ¿Qué?
Replicóme: Di, ¿cuál es,
Sin mentir, ni estar medroso,
Cuál es rey mas poderoso,
El español ó el frances?
Yo respondí con temor:
Tu rey tiene mas poder,
Y dejándome caer,
Me dijo: ¿A tu rey traidor?
Escapéme medio ahogado,
Y cuantos así me vian,
Me tiraban y decian:
Gabacho, pollo mojado.
Duq. Ya no me espanto que tengan
Enojado á Roque así:
Porcia, traigan luz aquí.
Porcia. ¿Vendrán los músicos?
Duq. Vengan.

ESCENA XI.

FLORES.

Heme aquí loco en juicio,
Muy falso y muy socarron,
Como muchos que lo son
Por holgar y andar al vicio.
En las cortes y palacios
Usan muchos de esta treta,
Uno haciéndose poeta,
Y borrando cartapacios;
Sino de Apolo, de Baco,
Hace versos de horizontes,
Ecos, relaciones, montes,
Y no es loco, que es bellaco.
Otro insulso majadero
Cargado de hábitos hay,
Tan sin donaire, que trai
En la boca al mismo enero.
Otro, que anda todo el dia
Lleno de ocio y de pereza,
La capilla en la cabeza,
Con circunstancias de espía.
Otro, locuras fingia,
Y á sus bodas convidaba,
Diciendo que se casaba
Con cierta señora; un dia
Con doscientos le amagaron,
Y á su seso se volvió.
Mas la música salió
Y los tres duques llegaron.

ESCENA XII.

FLORES Y URBINO.

Urb. Bello jardin, tu belleza,
Aunque irracional y muda,
Remedando está sin duda
La hermosura de su alteza;
Que al pintar naturaleza
Sus divinos resplandores,
La tabla de los colores
Y pinceles arrojó,
Y con esto derramó
Nieve y jazmin sobre flores.

ESCENA XIII.

DICHOS Y FERRARA.

Fer. Cristal, que un mármol pequeño
Estás siempre retratando,
Bien sé que estás envidiando

La hermosura de tu dueño;
Porque el alba, con el ceño
De ver su rostro escedido,
Y que Serafina ha sido
Mas hermosa, ella lo siente,
Y así forman esta fuente
Las lágrimas que ha vertido.

ESCENA XIV.

DICHOS Y PARMA.

Parma. Murtas, que en Chipre habeis sido
De Vénus verde guirnalda,
Remedando á la esmeralda,
Que su color no ha perdido;
Si la madre de Cupido
Hallasteis allá envidiosa,
Aquí estaréis mas hermosa,
Pues hallaréis mas divina
La planta de Serafina,
Que el cabello de la diosa.

ESCENA XV.

DICHOS Y FADRIQUE.

Fad. Murtas, rosas y cristales,
En quien ese jardin llueve
Copos y aromas de nieve,
Si sois rasgos y señales
De los rayos celestiales
De vuestro dueño, hermosas
Son las sombras tenebrosas,
¿Qué será la luz divina?
Sombra sois de Serafina,
Cristales, murtas y rosas.
Flores. Majaderos cortesanos
Los cuatro me pareceis,
Pues todos cuatro quereis
Ser duquesos mantuanos,
Y á uno solo dirán sí:
Par diez, si duquesa fuera,
Bien sé yo quien escogiera.
Urb. ¿A quién, loco?
Flores. Cuerdo, á mí.

ESCENA XVI.

DICHOS, PORCIA Y LA DUQUESA.

(*Siéntase Porcia en una silla y los dos duques en un banco, y cantan.*)

Mús. Al festin de la hermosa duquesa
De Mantua gentil,
Los galanes vienen á priesa:
Cada cual servirla profesa,
Galan como abril.

Flores. Escoged, señora duca,
Linda como almoradux,
Duco, que pueda ser dux
De Valencia, y aun de Luca.
Y si acaso le quereis
Hombre robusto, voz gruesa,
Escoged aquel, duquesa,
Que publica le quereis,
A este el sí se ha de decir;
Pero si quereis enano
Al duquino mantuano,
Aqueste habeis de elegir.
Con el español no hablo,
Que aunque es galan como el sol,
Es en efecto español,
Y me parece al diablo.
Urbino, Parma, Ferrara,
Esta la duquesa es,
Merece un delfin frances,
Grande estado, linda cara.
Esta es Porcia, y no dichosa;
Pobre, mas dama perfeta,
Que sin ser fea es discreta,
Y sin ser necia es hermosa.
Y advertid, amantes nuevos,
Que esta, ni dueña ni dama,
Yo no sé cómo se llama,
Sé que se sorbe cien huevos,
Como quien hace una trova;
Y esta que se llama Elisa,
Tiene una cara de risa,
Ni sé si de alegre ó boba.
Yo soy loco destas Donias,
Y este que empieza á barbar
Es maestro de danzar,
Y tambien de ceremonias.
Y para decirlo en suma,
Estos mentecatos son
Ruiseñores de cancion,
Con barbas en vez de pluma.
Agora, Roque, sentaos,
Porque el festin ha de ser.
Por. Diga lo que se ha de hacer
El maestro de saraos.
Fad. La falsa Porcia promete
Con su hermosura rigores:
Advertido anduvo Flores.
Maestro. Traiga un page un ramillete.
Por. Dad, maestro, aquestas flores.
Maestro. A quien yo las llegue á dar,
Una dama ha de danzar;
Pero la dama, señores,
Danza una vez.
Urb. Siendo así,
Las flores habeis de dar.
Fer. El festin he de empezar.
Fad. Dadme el ramillete á mí.
Maestro. A una cuestion les provoco,
Y no me atrevo, señora;
Dad vos las flores agora.

Por. Dé el ramillete este loco
A quien le quisiere dar,
Cesará la competencia,
Y tengan los tres paciencia.
Urb. Volvámonos á sentar.
Flores. A mí las flores me dan,
Y loco en darlas seré:
¿A quién, á quién las daré?
Dóiselas al mas galan.

(*Dáselas á Fadrique.*)

Duq. ¿Cómo, di, si español es,
El ramillete le diste?
Flores. ¿Luego no entendeis el chiste?
Porque le peguen los tres.
Fad. No atribuya vuestra alteza
Lo que hiciere á grosería:
Yo confieso que venia
Adorando esa belleza;
Pero amor, naturaleza
Segunda, mi inclinacion
Forzó con tanta pasion,
Despues que otra dama vi,
Que estando fuera de mí,
No supe hacer la eleccion.
Amor, deidad poderosa,
En mí su fuerza mostró;
Una cosa pensé yo,
Y el amor hizo otra cosa.
Ir suele á coger la rosa
Un galan en el jardin,
Y encontrándose el jazmin,
Sus cándidas flores coge,
Sin que la rosa se enoje,
Pues se queda rosa en fin.
Adorando las estrellas,
Muchos hay que al sol negaron,
Las estrellas envidiaron
Entre tantas luces bellas:
Sois el sol, alba son ellas,
Y alba la que mi alma adora;
Perdonadme, gran señora,
Si se atreve un español
A negar flores al sol,
Por dárselas al aurora.
Porcia tome el verde ramo,
Haciéndole celestial,
Y recibalo en señal
De que su amante me llamo;
Del alma la riqueza amo,
Las del mundo son estremos,
Que españoles no queremos;
Si la inclinacion bajé,
Danzar el alta no sé:
Porcia, la baja dancemos.

(*Danzan los dos, y cantan los músicos.*)

Mús. Al festin de la hermosa duquesa,
De Mantua gentil,
Los galanes vienen apriesa,
Cada cual servirla profesa,
Galan como abril.

Duq. Su alteza es dueño y juez,
Dé ella el ramillete, diga
Que el festin otro prosiga.
Por. Délas Roquillo otra vez.
Flores. Duquesa, esos son errores
Mayores que mi locura:
¿Soy yo mayo por ventura,
Para andarme dando flores?
A ninguno mas se den,
Ya no es fiesta, pues empieza
Otra dama, y no su alteza.
Urb. Este loco ha dicho bien,
Porque su alteza debia
Ser suplicada primero.
Por. Basta, ningun caballero
Salga á la defensa mia,
Que me enojaré; y agora
Cese el festin.
Fad. Del error
De mi no pasado amor
Ya os pedí perdon, señora.

ESCENA XVII.

LA DUQUESA Y FLORES.

Flores. Señora Porcia, escuchad:
Al español que está fuera
Una burla hacer quisiera;
No os vais tan presto, esperad.
Duq. ¿Aun el enojo te dura?
Flores. Ce, español, ce, que te llama
Aquí fuera cierta dama,
Con mas dicha que hermosura.
Ven, español, me dirás
Unos requiebros aquí:
¡Ay, que viene tras de mí!
Yo me escondo aquí detras.

ESCENA XVIII.

LA DUQUESA, FADRIQUE Y FLORES, QUE SE ESCONDE DETRAS DE LA DUQUESA.

Fad. ¿Quién me llamó? ya he notado
Que voz de un ángel ha sido:
¡Oh, quién fuera el escogido!
Porcia, como fui llamado,
Con gusto vengo, y forzado;
Que si el fuego artificial
Va en forma piramidal
A su elemento, asi yo
Busco la voz que llamó,
Como á centro natural.
Duq. Yo no fui.
Fad. Si muero yo

A ese no, en rigor estraño,
Máteme tu dulce engaño,
No me desengañes, no:
Quien cosa alegre gozó
En el sueño (pasion fuerte),
Que es ensayo de la muerte,
Disgusto suele tener,
Con ser soñado el placer,
De que alguno le despierte.
Un enfermo deliraba,
Y grande rey se fingia,
Imperios y monarquía
En su locura gozaba:
Sanó, y alegre no andaba,
Diciendo: Gracias no doy
A quien me da salud hoy,
Pues era rey soberano
Enfermo, y estando sano
Un hombre ordinario soy.
Soñé que me habias llamado,
Y en mi altiva fantasía
Pudo causarme alegría
Este bien, aunque soñado:
Deliré, sol me he juzgado
Que llamó á la hermosa aurora;
Si este sueño mi alma adora,
Y esta locura que veis,
Señora, no me saneis,
No me desperteis, señora.
Duq. Este loco os ha llamado:
Vete de ahí.

ESCENA XIX.

LA DUQUESA Y FADRIQUE.

Fad. Loco fuera
Quien á la voz no viniera
De un loco, que me ha tornado
Cuerdo á mí, pues digo osado
Que hallé en este jardin verde
Quien mis delirios acuerde,
Si los otros locos son,
Porque solo está en razon
Quien por vos el seso pierde.
Duq. Amante de Serafina
Habeis venido, señor;
No es de buen gusto el amor
Que á otra hermosura os inclina.
¿Quién deja la clavelina
Por el pálido aleli?
¿Quién menosprecia el rubí
Por la morada amatista?
Sea vuestro amor con vista,
No esté vendado por mí.
Vos pobre, yo sin estado,
Seremos sin duda alguna
Delirios de la fortuna,
Risa y fábula del hado:
Festejad enamorado
La belleza singular
De Serafina; mudar
Objeto, no es de prudente:
¿Quién se admira de una fuente,
Viendo el peligro del mar?
Fad. No os lo niega mi osadía,
Ni mi locura lo crea,
Amor pompas no desea:
Si soy vuestro, y mia vos,
Ricos fueramos los dos,
Yo de amor, vos de hermosura,
Vos de luz, yo de ventura:
Hazlo, Amor, pues eres dios.
Si fuente os habeis llamado,
Permitid que sin aviso
Me mire como Narciso
En vos, de mí enamorado;
Que estando en vos transformado,
Ya no soy yo, sino vos,
Y estuvieramos los dos,
Yo Narciso, si vos fuente,
Viéndonos eternamente;
Hazlo, Amor, pues eres Dios.
Duq. Daros licencia no quiero.
Fad. ¿Palabras tan rigurosas?
Duq. Sí, que me faltan dos cosas
Que he de examinar primero.
Fad. Siendo así, la vida espero.
Duq. Son difíciles las dos.
Fad. ¿Y vencidas, querreis vos?
Duq. ¿Qué he de querer?
Fad. ¿Qué? querer.
Duq. ¿Podrá ser?
Fad. Sí, puede ser;
Hazlo, Amor, pues eres dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

PORCIA Y LA DUQUESA.

Por. ¿Amas, señora?
Duq. Esa fué
Inútil curiosidad;
Dueño de mi voluntad
Eternamente seré.
Por. Si el español se te inclina,
Y viste que es mas galan,
Tus afectos estarán
Movidos.
Duq. Hoy, Serafina,
Cuatro cosas, es verdad,

Quise examinar y ver,
Y agora para querer
Tengo andado la mitad.
Mas soy tan dueña de mí,
Que he de vencerme, y no amar,
Del amor he de triunfar;
No quiero amor.
Por. Siendo así,
Dame para amar licencia.
Duq. Amor sin licencia viene.
Por. Tu respeto me detiene.
Duq. Ama, pero con prudencia,
No deslustres mi figura,
Pues Serafina me llamo;
Ya que saben que no amo,
No sepan que ama mi hechura.
¿Pero á quién te has inclinado?
Por. A don Fadrique, señora,
Que me desprecia, y te adora,
Y eso mismo me ha obligado.
Duq. ¡Qué mugeril condicion!
Mira, Porcia, yo quisiera
Que tu voluntad tuviera
Ese amor ó inclinacion
A uno de esos duques, pues
Todos te muestran amores,
Siendo tan ricos señores.
Don Fadrique es pobre, aunque es
De ilustre genealogía.
Por. No importa, obligada estoy,
Si ama á Porcia, y Porcia soy.
Duq. ¡Estraña sofistería!
¿Ama el nombre, ó la persona?
Por. Paréceme que te pesa.
Duq. Porcia, gran malicia es esa;
Pero en efecto me abona
Permitirte que ames; ama,
Mira, inquiere y favorece,
Con la atencion que merece
La obligacion de una dama.
Por. Esto consigo lo trae
Mi decoro y advertencia,
Pues amo con tu licencia.
Ola.

ESCENA II.

DICHAS Y FLORES.

Flores. Señora.
Por. ¿Quién hay
En la antecámara?
Flores. Está
Un hombre, que no quisiera
Verle jamas allá fuera.
Duq. Su loca tema será.
Flores. Pues Porcia de mí enfadada,
Porcia males me desea:
¡Plegue á Dios que yo te vea
Con el español casada!
Que es la mayor maldicion.
Duq. ¿Está don Fadrique ahí?
Flores. ¿Fadrí, quién?
Duq. Fadrique.
Flores. Sí,
Porque es-pera de Aragon.
Por. ¿Qué? dile que entre.
Flores. Alfeñique,
Entrad, buen hombre, que yo
No sé vuestro nombre, no;
Solo sé que acaba en ique.

ESCENA III.

LA DUQUESA, PORCIA Y FADRIQUE.

Fad. Si me manda vuestra alteza
En que la sirva, seré
Tan dichoso, que tendré
Por imperio, por grandeza,
Por noble timbre y blason
De mis armas, de servilla
Con este, y esta cuchilla,
Rayo que fué de Aragon.
Por. Embarazada me veo; *ap.*
¿Cómo diré mi cuidado?
Duq. Parece que me ha pesado: *ap.*
Eso no; grave trofeo
Yo misma he de ser de mí:
Corazon, no sintais pena,
Ame Porcia norabuena,
Vámonos, alma, de aquí.

ESCENA IV.

PORCIA Y FADRIQUE.

Fad. ¡Ay, que se va la duquesa! *ap.*
¿Si el verme la da pesar?
Mas pues me volvió á mirar,
Sin duda que no le pesa.
Por. O este fausto, ó la grandeza *ap.*
Que fingida represento,
No le dan atrevimiento,
O no ve en mí la belleza
De Serafina cruel,
Si ha sido mi inclinacion;
Mas dígale mi pasion
Al descuido este papel.
Fad. Ya que no me habeis honrado,
Mandándome, mi señora;
Licencia me dad agora
Para volver desdichado.
Por. Pienso que no me ha entendido, *ap.*
O que el papel no miró.
Ese papel se cayó.
Fad. A mí no se me ha caido.
Por. Levantadle.
Fad. No es fineza,

Y desacato se llama :
¿Señoras, hay una dama
Que dé un papel á su alteza?

ESCENA V.

DICHOS Y LA DUQUESA.

Duq. Sí daré; yo estoy aquí.
Por. Poco tu cuidado tarda.
Duq. Señora, si estoy de guarda,
Fuerza es que me toque á mí.
Por. ¿Señora, si estás queriendo,
Para qué me permitiste
Amar?
Duq. ¿Yo querer? ¿yo amar?
Te engañas, vuélvome á entrar;
Mentiste, Porcia, mentiste.

ESCENA VI.

PORCIA Y FADRIQUE.

Fad. ¿Qué serán estas salidas *ap.*
De Serafina? sospecho
Que proceden de su pecho.
Por. ¿Cómo os va en Mantua?
Fad. Señora,
¿Cómo me puede ir á mí
En una tierra, en quien vi
Dos cielos juntos agora,
Aunque el uno se encubrió
Agora de mi presencia?
Por. No os doy para eso licencia
Hablando conmigo.
Fad. Yo
Pienso que sentis enojos
De aquel mi pasado error.
Por. Si en los labios hay rigor,
Piedades hay en los ojos.

ESCENA VII.

DICHOS Y LA DUQUESA.

Duq. Allá dentro no sosiego, *ap.*
Sin saber de qué me aflijo;
Pienso que por mí se dijo,
Gustoso desasosiego.
Fad. Ya podré decir, señora,
Que el cielo sin nubes vi,
Y al sol, fénix de rubí,
Entre perlas del aurora.
Por. Ya pienso que me ha entendido, *ap.*
Y me quiere : ¡ay infelice!
Por Serafina lo dice,
No pensé que habia salido :
¿Qué quereis, Porcia?
Duq. Pretendo,
Y bien, que sola no estés.
Por. Necio advertimiento es,
Pero ya tu intento entiendo.
Duq. Ven á escribir.
Por. Luego iré.
Duq. Si la llamo, y la porfio, *ap.*
Se sabe el engaño mio :
¿Qué he de hacer? la sufriré.
¿Para qué estás porfiando,
Si ves que ya no te quiere?
Por. Yo sé que por mí se muere,
Aunque tú lo estés negando.
Duq. El papel no alzó.
Por. Fué necio,
O no le vió.
Duq. Fué desprecio,
O sino míralo agora.

(*Deja caer un guante.*)

Fad. O con cuidado ó acaso, *ap.*
Cayó un guante de mi cielo,
Por dar estrellas al suelo,
Yéndose el sol á su ocaso;
Alzarlo quiero atrevido.
Este guante se os cayó.
Duq. ¿Quereis que le tome yo?
Vos mismo habeis advertido
Que no es decente primor
Llegar á prendas de dama.
Fad. Ella se ha enojado, ó ama. *ap.*
Duq. Favor es, y no es favor.

ESCENA VIII.

FADRIQUE.

Corazon, buenos quedamos,
Sin saber si es mal ó bien,
Si fué favor ó desden :
Ea, ingenio, discurramos.
Ella no ha querido el guante,
Porque á mi mano llegó :
¿Luego á mí me despreció?
¿Luego en vano soy su amante?
Ella guante no ha querido
Por dejarme á mí con él :
¿Luego no ha sido cruel?
¿Luego estoy favorecido?
Ambos argumentos son,
Que están en balanza igual,
No espero el bien, dudo el mal :
¡O bárbara confusion!
¿No dijera, airada y fiera,
Que allí el guante no queria,
Si á mí me favorecia?
No dijera, sí dijera.
¿No dejára, antes tomára
El guante, ofendida allí,
Si me despreciára á mí?
No dejára, sí dejára.
La duda se queda en pié,
Confuso está mi albedrío,

Ya temo, ya desconfio:
¿Muger, ó monstruo, qué haré?
Aquel emblema eminente
Del fauno, que convidó
Al hombre, y manjar le dió,
Uno helado, otro caliente,
Viene á propósito: estaba
El fauno considerando
Que el manjar que estaba helando,
Con soplos lo calentaba
El hombre; y tambien notó,
Aunque bárbaro imprudente,
Que el manjar que era caliente
Con sus soplos enfrió.
Vete, le dijo, al momento,
Que no quiero compañía
Con quien calienta y enfria
Con solo su mismo aliento.
Lo mismo diré, aunque amante;
Vete, muger singular,
Porque no quiero adorar
A quien da en un mismo guante
Calor de bien celestial,
Hielos de mortal desden,
Guante que parece bien,
Guante que parece mal.

ESCENA IX.

FADRIQUE Y FLORES.

Flores. ¿Qué tenemos? ¿Hay mohina?
Fad. ¡Qué esfinges los hombres amen!
Flores. Esta noche hay otro exámen.
Saber quiere Serafina
Quién es mas cuerdo y discreto;
En aqueste cenador
Hay conclusiones de amor:
Ven prevenido en efeto,
Y que sepas mas que el diablo;
No hables á tiento, ni á bulto,
No hables afectado y culto,
No me juegues de vocablo,
No hables apriesa ni espacio,
Di valimiento, desaire,
De buen gusto, de buen aire,
Que es lenguaje de palacio.
Di antonomasia, bien suena,
Di crepúsculos del dia,
Habla con antipatía,
Di perifrasis: ¡qué buena!
Di versos claros y graves,
Aunque no importa saber
Sino embustes, para hacer
Que entiendan todos que sabes;
Vete, señor, á estudiar.
Fad. Flores, no hay arte en efeto,
Para parecer discreto,
Si no es el serlo ó callar.
Flores. Mucho hablar de locos es,
Y de bobos callar mucho;
Vete, pues, que un avechucho
Ha salido de los tres.
Fad. Flores, mira, bueno fuera
Que leyera este papel. (*Vase.*)
Flores. Yo haré que responda á él,
Aunque responder no quiera.

ESCENA X.

FLORES Y URBINO.

Flores. Bien vengas, duque de Urbino;
Vuestro nombre es muy felice,
Porque quien Urbino dice,
Por fuerza pronuncia vino.
Urb. Si tórtola en verde ramo
Arrulla, y cada gemido
Alma irracional ha sido,
Que está diciendo yo amo;
Si, á la música y reclamo
Que de su consorte alcanza,
Rayo de pluma se lanza,
Ama, y espera favor;
Teniendo yo mas amor,
Tengo menos esperanza.
Si la leona mas fiera
En los ásperos desiertos,
Pare sus hijuelos muertos,
Y darles la vida espera
Bramando, de la manera
Que su bruto amor alcanza;
Si espera tener mudanza
En sus ansias y dolor,
Teniendo yo mas amor,
Tengo menos esperanza.
Flores. ¿Qué estais glosando entre vos?
Urb. Roque, valerme podeis.
Flores. ¿Cómo de un loco os valeis?
Urb. Como lo somos los dos;
Cuerdo serás si me traes
Deste papel la respuesta,
Y otra tendrás como aquesta.
Flores. Nada de contado dais;
Como pagais el traer,
Pagad tambien el llevar,
Porque son simple el fiar,
Y embustero el prometer.
Urb. Bien has dicho, Roque, toma,
Haz que lea este papel.

(*Dale una cadena.*)

Flores. Para que responda á él.
Idos luego, porque asoma (*Vase Urbino.*)
Otro moro en la estacada;
Cadena al cuello me puso,
Mi locura será el uso,
Si es locura aprovechada.

ESCENA XI.

FLORES Y FERRARA.

Fer. El tiempo todo lo cria,
Todo el tiempo lo deshace;
El sol hermoso renace,
Y despues fenece el dia.
Rayos Júpiter envia;
El semblante negro y fiero
Del aire pasa ligero;
Sale el iris de color,
Y solamente en mi amor
Ni hay mudanza, ni la espero.
Flores. ¿Qué hay, duqueso de Ferrara?
Fer. Si este loco un papel diera *ap.*
A la duquesa, ya fuera
Quien mi temor consolára.
¿Sabrás hacer que este lea
La duquesa?
Flores. Sí, sabré;
Pero no se le daré.
Fer. Si le das, habrá presea;
Y aun otros premios mayores,
Si respuesta, Roque, traes.
Flores. Mirad, hay oficios tres
En España de señores,
Y á mí se me han olvidado
Referirlos al instante.
Fer. Pienso que son almirante,
Condestable, adelantado:
Estos tres pienso que sí.
Flores. Agrádame este postrero,
Con ese oficio le quiero.
Fer. Un diamante y un rubí,
Que son de Ceilan, dirán
Mi amor y mi estimacion.
Flores. ¡No son vuestros!
Fer. Mios son.
Flores. Dice que son de Ceilan;
Yo tendré cuidado: á Dios.
Fer. Mira, Roque, que le lea.
Flores. Parma viene, no nos vea
Hablar á solas los dos.

ESCENA XII.

FLORES Y PARMA.

Parma. Tal vez fácil instrumento,
Que nunca se imaginó,
Dificultades venció,
Pudo mas que el agua y viento:
En el húmedo elemento
La nave mas impelida,
De un pequeño pez asida,
Suspensa en su cuerpo está;
Quizá este necio será
Instrumento de mi vida.
Roque, ¿sabrás (no lo dudo)
Decirle bienes de mí
A la duquesa?
Flores. Yo, sí,
Que en efecto no soy mudo.
Parma. Mira que me has de alabar
A mí mas en su presencia.
Flores. ¿Pues no tienes mas prudencia?
¿De un loco te has de fiar?
Haz cuenta que ya lo digo:
Pero solo no diré
Que eres liberal.
Parma. ¿Porqué?
Flores. Porque no lo eres conmigo.
Parma. Diamantes hay.
Flores. No los quiero,
Porque las piedras perecen,
Si los hombres amanecen
Cuerdos una vez. Dinero
Es el punto y es el centro
Donde va todo á parar.
Parma. Esta bolsa has de tomar.

(*Dale una bolsa.*)

Flores. ¿Qué caballos corren dentro,
Rucios, bayos ó castaños?
Parma. La diferencia no ignoro,
Bayos son, pues que son oro.
Flores. Guárdete el cielo mis años,
Y á la duquesa tambien;
Porque si tu amor la agarra,
Habrá una duquesa Sarra,
Y un duque Matusalen.

ESCENA XIII.

PARMA, URBINO Y FERRARA.

Urb. Como á centro natural
A este palacio venimos.
Parma. De esa suerte bien vereis
Que estoy en el centro mio.
Fer. Don Fadrique no le pierde.
Parma. Cortés fué, pues no ha querido
Competencias con nosotros.
Urb. Blasonando á Mantua vino,
Que adoraba la duquesa;
Mas sucedióle lo mismo
Que silvestre mariposa,
A una rosa pone sitio,
Cercándola al rededor,
Para beberle el rocío
Del alba, menudo aljófar
En aquel carmesí vivo;
Y luego viene á sentarse
En la malva y el espino,
O en otra yerba mas vil.
Fer. Si es arrogante, y no rico,
Ame á Porcia, que es tan pobre,

O de vano perdió el juicio,
Y enamore una criada.
Parma. Para verle deslucido,
Pues que caballo no tiene,
Corramos mañana, amigos,
Una sortija.
Fer. Ya viene;
Corrámosla, bien has dicho.

ESCENA XIV.

DICHOS Y FADRIQUE.

Fad. Señores duques, si un tiempo
Competidores nos vimos,
Ya les dejo el campo solo:
De la pretension desisto
De la duquesa.
Urb. Bien hace,
Porque este es mejor camino
Para no quedar burlado
De su esperanza.
Fer. Y bien hizo,
Que aunque es Porcia una criada,
Que habrá de estar en servicio
De uno de nosotros, tiene
Buena cara, hermoso brio.
Fad. La Porcia que adoro yo,
Y la dama que yo sirvo,
Los dos imperios del orbe,
Por quienes ha merecido,
Ni en discrecion, ni en belleza,
Ni en la sangre, ni el aviso
La iguala dama ninguna:
Y con los tres no compito,
Porque son mis pensamientos
Los orbes, los epiciclos
Por donde van los planetas
Siguiendo el cabello rizo
Del sol.
Urb. Por muchos respetos
A la duquesa debidos,
Esto no ha de reducirse
A duelo ni desafío:
Mantened vos una justa
En ese célebre circo,
Sustentando esa opinion.
Fad. Si mantendré.
Fer. Pues, Urbino,
Vamos, que para mañana,
Esta fiesta real publico.

ESCENA XV.

FADRIQUE.

La cólera me ha cegado,
No sé lo que he prometido,
Que como estoy en desgracia
Del rey Alonso, mi tio,
Ni caballo ni dineros
Tengo ahora: ¡ah, desvaríos
De la fortuna cruel!
¡Que los montes y el abismo
De las aguas encerradas
Tengan tesoros tan ricos;
Y el hombre viva anhelando
Con hidrópicos designios,
Sedientos de sus entrañas!
¡Y que el humano artificio
De los cóncavos del mar,
De las bóvedas y riscos,
De los montes, sus tesoros
Saque á la luz de los siglos;
Y que luego la fortuna
Los reparta á su albedrío,
Siendo loca y miserable,
Con los varones mas ricos!

ESCENA XVI.

FADRIQUE Y FLORES.

Flores. Aun no he dado tu papel;
Tristeza en tu aspecto miro:
¿Qué tienes, di?
Fad. Que una justa
En este célebre circo
He de mantener, siendo,
Por lo que tú sabes, Iro,
El pobre mas celebrado
De los poetas antiguos.
Flores. ¿Tú siendo mi dueño? no.
¿Tú pobre, mientras yo vivo?
Te has engañado, señor;
Esta cadena, un bolsillo,
Y dos sortijas te entrego,
De valor tan escesivo,
Que puedes comprar libreas
Y caballos: estos mismos
Que te motejan de pobre,
Esto te han contribuido,
Porque compitas con ellos;
Gasta bien, y sal lucido,
Que mas han de dar si puedo.
Fad. Eres, Flores, un prodigio
De lealtad, eres las flores
Sobre quien llueve el rocío
La aurora, brindando aljófar,
Porque en los prados floridos
Beba en búcaros de rosas
Las lágrimas que ha vertido.
Flores. Soy español, y esto basta;
Porque con lealtad te sirvo,
Tanta, que con ser criado,
No soy, señor, tu enemigo.

ESCENA XVII.

PORCIA Y LA DUQUESA.

Por. Pues sola te puedo hablar,
Mil quejas pretendo darte.
Duq. Dilas, que quiero escucharte.
Por. ¿Habrá quien pueda parar
Un caballo en la carrera?
¿Aguila que va ligera,
O delfin que corta el mar?
¿Pues di, cómo será bueno
Que tú detener pretendas
Caballo que va sin riendas
Y que no sabe de freno?
¿Ni al águila mas suprema
Que volando caudalosa,
Hecha del sol mariposa,
Las alas en él se quema?
¿Ni al delfin, ave sin plumas,
Que en los piélagos del norte,
No habrá rayo que así corte
Montes de nieve y espumas?
Si es amor águila, en fin,
Que alas tiene, y es veloz;
Si es un caballo feroz,
Si es un ligero delfin,
Que nada en llanto y en fuego,
¿Porqué amar me permitiste,
Y en el centro me pusiste
Para detenerme luego?
Duq. Escucha, Porcia, ¿qué rio
En sus principios no es fuente,
Que se pasa fácilmente?
¿Qué árbol, pompa del estío,
Y magestad singular,
Que en la campaña se ve,
En sus principios no fué
Vara fácil de arrancar?
Amor como planta crece,
Arbol copioso y sombrío,
Amor crece como rio,
Abismo del mar parece.
Pero en su principio honesto
Es fuente breve y escasa,
Que fácilmente se pasa,
Vara que se arranca presto.
Impedir quise tu mal,
Vitorias de amor enseño,
Cuando es un árbol pequeño,
Cuando es un breve cristal.

ESCENA XVIII.

DICHAS Y FLORES CON TRES PAPELES.

Flores. Señoras muy principales,
Roque el secretario viene,
Y aquí las consultas tiene,
Despachemos memoriales.
Solos estamos los tres,
Despachemos; estos dos
Son, duquesa, para vos,
Y este para Porcia es.
Por. ¿Papeles me traes á mi?
Flores. Dejad, duquesa, quereros
De esos duques majaderos.
Por. Responderélos así:

(*Rompe los dos papeles.*)

Porcia, rompe ese papel.
Duq. ¿Sin verle, no es tiranía?
Por. Rómpele, por vida mia.
Duq. ¿No he de responder á él?
« Amo sin ser entendido, (*Lee.*)
« Gimo sin ser escuchado,
« Lloro sin ser consolado,
« Muero sin ser socorrido. »
Flores. ¡Qué lastimado que ama!
Duq. ¿Quién le escribió?
Flores. Esa basura,
Ese que es el mas galan,
Que no sé cómo se llama.
Duq. Bien cantada ha de sonar
La letra.
Por. ¿Respondes?
Duq. No;
Dos versos añado yo
Para poderlos cantar. (*Escribe.*)
Flores. Ola, músicos, ¿no veis
Que entran los duques, y es hora?

ESCENA XIX.

DICHOS, FERRARA, PARMA, URBINO, FADRIQUE Y MÚSICOS, Y SIÉNTANSE.

Duq. La duquesa, mi señora,
Manda que esto le canteis.
Flores. Sin cuatro amantes tan fieles
No podemos tener fiesta;
A mis duques la respuesta
Darán aquestos papeles,
Y á tí, español, la darán
Los músicos.
Por. Deseosas
De saber algunas cosas
Todas mis damas están.
Urb. Discurramos bien ó mal;
Proponed.
Por. Si una muger
Sola hubiese de tener
Una cosa buena; ¿cuál
Mas conveniente seria?
Urb. Si le da naturaleza
Ilustre sangre y nobleza,
La parte mayor tendria;
Que lo noble y generoso

Da estimacion y ventura,
Aunque no tenga hermosura,
Y aunque le falte lo hermoso.
Fer. ¿Qué imperio, qué nacion fiera
La hermosura no ha vencido?
Si hermosa hubiera nacido,
Reinos é imperios tuviera:
Todo lo sabe vencer
Una belleza preciosa;
Sin ser noble, siendo hermosa,
Feliz fuera esa muger.
Fad. El hombre no tiene puesto
En la honestidad su honor,
Pues puede ser gran señor,
Gran varon, sin ser honesto;
Porque tiene que apelar
A virtud y bizarría,
Discrecion y valentía,
U otra virtud singular.
Siempre el hombre será honrado,
Si afrenta no ha recibido;
La muger así no ha sido,
Que solo tiene librado
Su honor en honestidad;
De suerte, que si á una dama
Le faltase buena fama,
¿Qué le importa la beldad,
Ni el ser en todo perfeta,
Ni la humana discrecion?
Con tener buena opinion,
Es noble, hermosa y discreta.
Flores. Vítor, vítor le dijera,
Par diez, si español no fuera;
Él es galan y discreto:
Cantad.

Mús. Amo sin ser entendido,
Gimo sin ser escuchado,
Lloro sin ser consolado,
Muero sin ser conocido;
Ame, gima, llore y muera
Quien vida y favor espera.

Duq. ¿Cuál amante eligirá
Una muger, si es prudente,
El mas galan, ó valiente,
O discreto?
Urb. Claro está
Que al valiente elegiria,
Que la estimacion segura
Da á la muger la hermosura,
Y al hombre la valentía.
La delicada belleza
Hace á la muger, muger;
Y al hombre, hace hombre el tener
Espíritu y fortaleza.
Fer. Galan, amante y felice
Se confunden; no se llama
El valiente de la dama,
Sino que el galan se dice,
Por ser virtud de mas peso;
Y así en los festines dan
El premio de mas galan
Las mismas damas por eso.
Parma. Si galas estimacion
Con el dios de amor tuvieran,
Sus alas del fénix fueran,
Y sus plumas del pavon.
Desnudo Amor, y con alas,
Solo en sus flechas se fia:
¿Luego quiere valentía?
¿Luego Amor no quiere galas?
Fer. Alas de colores tiene.
Urb. Por las flechas es temido,
Que las alas son su olvido.
Flores. ¿Luego lo errará el que viene?
Fad. La discrecion es union
De todas virtudes, que es
Cuerdo, prudente y cortés
El que tiene discrecion.
Si en él virtud de prudente
Y de cortesano están,
Sabrá á tiempo ser galan,
Sabrá á tiempo ser valiente.
Si es valentía, en efeto,
Guardar la vida y honor,
¿Quién ha de saber mejor
Ser valiente, que el discreto?
Principalmente, señora,
Que la gala pertenece
A la edad, y esta florece,
Como en el tiempo la hora.
A la fuerte juventud
Es dada la valentía,
Y en la vejez se resfria
Esta gallarda virtud.
El hombre jóven se engaña,
Si en verdes años se fia.
¡Oh, qué bien que lo decia
Un gran poeta de España
En un soneto, que advierte,
Que pasa la vida así,
Como rosa y alelí!
Duq. ¿Cómo dice?
Fad. De esta suerte:
Flores, que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Muriendo á manos de la noche fria.
Aquel carmin, que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana;
Tanto comprende el término de un dia.
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron,
Cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron,
En un dia nacieron y espiraron.

Que pasados los siglos horas fueron.
Flores. Aunque soy loco en palacio,
Cuerdo otras veces he sido,
Y así una cosa he leido
En las obras del Bocacio,
Que quiero esperimentar.
Duquesa, una flor me dé
Del cabello.
Por. ¿Para qué?
Flores. A Urbino se la he de dar;
Tomad: ¿quién tiene una banda?

(*Dásela.*)

Parma. No la traigo.
Fer. Fué mi olvido.
Flores. Al español se la pido;
Haced lo que Roque manda.
Fad. Tómala pues.

(*Dale una banda.*)

Flores. Tomad vos,
Doña Porcia, mi señora,
Sin escrúpulos, y agora
Disputen cuál de los dos
Es el mas favorecido.
Fer. Ninguno, pues son favores
Dados de locos errores.
Urb. Ninguno favor ha sido,
Pues la dama no los da.
Fer. Supóngase, si los diera.
Urb. Mas favorecido fuera,
Si en mi mano propia está
Lo que en su cabello estuvo.
Fad. Mio es el mayor trofeo,
Si en manos de Porcia veo
Banda, que mi pecho tuvo.
Urb. Esta rosa es favor, pues
Diré que fué luz del dia.
Fad. Y la banda que fué mia,
Pero ya de Porcia es.
Urb. Favores las damas dan,
Y el favor le trae quien ama.
Fad. ¿No es mas que tenga la dama
Prenda alguna del galan?
Urb. Desde hoy me empiezo á esforzar.
Fad. Desde hoy empiezo á vivir.
Urb. Gloria ha sido el recibir.
Fad. Mas glorioso ha sido el dar.
Por. Prendas á quien adoró,
Da el sugeto que es amado.
Fad. ¿Luego soy galanteado,
Pues que doy las prendas yo?
Por. Zelos exhalan mis ojos: *ap.*
Si la ocasion tengo asida
De ser duquesa fingida,
Templar tengo mis enojos.
Gran enfado he recibido,
No entres, loco, mas aquí:
¿Qué flor no fenece así?
¿Qué flor engaño no ha sido?
Tomad vuestra banda vos,
Idos, duques, en buen hora.
Duq. Muy terrible estás, señora.
Fer. Sin favor quedan los dos.

ESCENA XX.

LA DUQUESA Y FADRIQUE.

Duq. ¿Ah, español?
Fad. ¡Oh qué alegría!
¿Vuseñoría qué manda?
Duq. Que no os pongais esa banda,
Proponiendo que fué mia;
Sin voluntad la tenia,
Que no fué antojo liviano
Tomarla de vuestra mano:
Rompedla como la flor
De la duquesa.
Fad. Señora,
Si es que pretendeis ahora
Que no parezca favor
Trayéndola, ¿no es mejor
Que os la vuelva? No lo digo,
Porque así favor consigo,
Sino porque claro está
Que mas segura estará
De mí con vos que conmigo.
Tomadla, señora mia,
Rómpala vuestra belleza,
Que así lo hizo su alteza
Con la flor que no queria.
Banda, que fué luz del dia
En vuestra mano un instante,
No ha de ser estrella errante,
Pasando del soberano
Oriente de vuestra mano
A la sombra de un amante.
Duq. ¿Otra vez en mi poder?
Hacedla pedazos vos.
Fad. Partámosla entre los dos,
Que es lo mismo que romper,
Y no la podré traer,
Señora, si está partida,
Y á mi vida parecida,
Cuando entero no lo digo,
Que el alma no está conmigo,
Cuando vos me dais la vida.
Duq. Por romperla lo consiento.
Fad. El alma y el cuerpo son
Un compuesto y una union
De una vida y un asiento,
Pues vida sin alma siento,
Porque ella, y mi voluntad,
Están en vuestra deidad,

Sin partirme, ni morir.

(*Saca la daga y pártela, y cada uno se queda con su parte.*)

Esta banda ha de vivir
En virtud de esta mitad.
Duq. Flores y sombra ligera
Vuestras esperanzas son.
Fad. ¿No decis en la cancion:
« Ame, gima, llore y muera
Quien vida y favor espera? »
Duq. Quien espera dije yo,
Pero no quien no esperó.
Fad. ¿Qué esperar no he de poder?
Duq. Falta un exámen que ver.
Fad. ¿Y esperaré entonces?
Duq. No.
Fad. Ese no mi muerte ha sido;
¿Qué esperar has de negar?
Duq. Sí, que quien dice esperar,
Dice no haber conseguido.
Fad. ¿Luego ya dicha he tenido?
Duq. Aun esperar no os consiente
Mi rigor.
Fad. Amor, detente, *ap.*
Pues tantas dudas nos dan.
Duq. Él es discreto y galan, *ap.*
Quiera amor que sea valiente.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

RAMON Y FLORES.

Flores. Pues de Nápoles llegaste
En dia de tanta fiesta,
Ramon, todas esas voces
Que has escuchado, celebran
Vitorias de don Fadrique,
Mantener en una tela,
Que es una justa: y mandó
Caprichosa la duquesa,
Que torneo de á caballo
Fuese, y no justa.
Ramon. ¿Qué intenta
La duquesa en tal rigor?
Flores. Quiso que á peligro vieran
Sus vidas los caballeros
Que la sirven y festejan,
Por examinar cuál es
Mas valiente: es una tema
En que ha dado esta muger,
Aunque locura parezca,
Que ha de ser quien es su amante
Valiente por escelencia,
Ya que en otras calidades
Los ha probado.
Ramon. No cuentan
De muger ninguna tal.
Flores. Es con todo estremo bella
Y fantástica; diez dias
Ha que encubre su grandeza,
Fingiéndose Porcia, y pueden
Su cuidado y diligencia
Disimular y fingir,
Sin que esos duques lo entiendan:
Ella sale; Ramon, vete,
Y no te vea su alteza.

ESCENA II.

FLORES Y LA DUQUESA.

Duq. ¿Qué hay, Roquillo?
Flores. ¿Qué ha de haber?
Mucho pesar y tristeza
De que ese español soberbio
A mis tres amigos venza.
¡Que no quiera la fortuna
Derribar tanta soberbia
Española! ¡Que no hubiese
Un gigante de gran fuerza
De algun libro desatado
De caballerías necias,
Que descomunal y bravo
Su pan de perro le diera!
¿Habeis visto algun cohete
Andar cruzando la tierra,
Aquí y allí sin parar
Hasta que cruje ó revienta?
Así andaba aquel matante
De uno en otro con presteza
Dando golpes, que era ver.
¡Ah, Porcia, cuánto me pesa!
Cuatrocientas herrerías;
Un juego de bolos era,
El español los birlaba,
Pues tambien birló al que llega.

ESCENA III.

LA DUQUESA Y URBINO.

Urb. ¡O Porcia! ¡o señora mia!
En hora dichosa y buena
Te veo, donde podré
Suplicar que favorezcas
Mi pretension: Porcia ilustre,
Seis mil ducados de renta
Ofrezco para tu dote,
Si dispones que yo sea
Duque de Mantua, y esposo

De aquella ingrata belleza
De Serafina.

ESCENA IV.

DICHOS Y FADRIQUE.

Duq. Señor,
Haré por vos cuanto pueda.
Urb. Desde el punto que te ví,
Porcia hermosa, dije, aquesta
Ilustre sangre contiene,
Y parece hermosa piedra
Engastada en metal pobre;
¿Quién, mi señora, te viera,
Que no conociera luego
El ánimo, la grandeza
De tu pecho generoso?
Al sí que me has dado es fuerza
Que alegre y agradecido
Tu esclavo perpetuo sea:
¡Qué mal pueden encubrirse,
Cuando pulsan las estrellas
Sus visos y resplandores!
Duq. Vete, duque, en hora buena,
Que tu dama será tuya.
Urb. Tuya mi vida y hacienda. (*Vase.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA Y FADRIQUE.

Fad. ¡Fortuna adversa! ¿Qué es esto?
Luego conocí quien eras;
¡Qué mal puedan encubrirse,
Cuando pulsan las estrellas
Sus visos y resplandores!
Amor, ó muerte, ó paciencia.
Duq. Don Fadrique, ¿estais cansado
Del torneo?
Fad. ¡Que no muera *ap.*
Quien oye tales razones!
Al sí que me has dado es fuerza
Que alegre y agradecido
Tu esclavo perpetuo sea:
Serafina elige al duque,
Ella le dijo quien era;
Mi desengaño ha llegado,
Pero mi muerte no llega,
Porque si el morir es dicha,
La vida ha de ser eterna.
Duq. Don Fadrique de Aragon,
¿Qué suspension es aquesta?
Fad. Y tu dama será tuya, *ap.*
Tuya mi vida y hacienda:
Yo lo ví, yo lo escuché,
Amor, ó muerte, ó paciencia.
Duq. Ya parece frenesí;
Despierta, español, despierta.
Fad. Bien has dicho, si fué sueño
Mi esperanza lisonjera.
Duq. ¿Qué te divierte?
Fad. El oirte.
Duq. ¿Qué te suspende?
Fad. Mis quejas.
Duq. ¿Qué has oido?
Fad. Mis desdichas.
Duq. ¿Qué tienes?
Fad. No sé qué tengo.
Duq. ¿Qué te aflige?
Fad. ¿Qué? la vida.
Duq. ¿Y qué sientes?
Fad. No perderla.
Duq. ¿Qué dices?
Fad. No sé qué digo.
Duq. No te entiendo.
Fad. Ni me entiendas;
Por eso pido al amor
Que me dé muerte ó paciencia.
Duq. Yo no asistí en el torneo,
En él estuvo su alteza
Tras de verdes celosías,
Pero yo he estado indispuesta.
Fad. ¿Aun esto mas? eso falta:
¿Sabes, di, como sustenta
Este brazo, que yo sirvo
La mas celestial belleza
De este mundo?
Duq. Así lo has dicho
En el cartel.
Fad. Pues si es esta
La causa de este torneo,
¿No honralle con tu presencia
No fué cruel tiranía?
Y si lo viste y lo niegas,
¿No es sequedad mas cruel?
Duq. Cuenta, don Fadrique, cuenta
El suceso del torneo,
Para que yo te agradezca
El mantenello y contallo.
Fad. Disimularé mi pena *ap.*
Hasta mayor ocasion.
Escucha, y es bien que adviertas,
Que la cólera me obliga
A contalle sin modestia.
Llegó el dia del torneo,
Y un cartel...
Duq. Detente, espera,
¿Pues qué cólera es la tuya?
Fad. ¿No quieres tú que la tenga,
Si veo que diste un sí
Al duque de Urbino?
Duq. Es necia
Esa presuncion, Fadrique;
Ya á palabras tan groseras
No doy yo satisfacion. (*Hace que se va.*)
Fad. Espera, señora, espera.
Duq. Vuelvo por solo escuchar

Esa relacion: empieza.
Fad. Yo no entiendo esta muger. *ap.*
Duq. Refiere, ó voime.
Fad. Está atenta.
Murmuraron de mí porque servia
Dama de la duquesa, y yo enojado,
Respondí que en beldad y bizarría,
Ninguna de este mundo la ha igualado;
Y que tanta verdad defenderia
Con valor en campaña ó en poblado;
A la plaza salí, gallardo y fiero,
Con nombre del dudoso caballero.
Y cuando...
Duq. Esperad un poco;
Primero es razon que sepa
Porqué os llamais el dudoso.
Fad. ¿Pues hay mas dudas que tenga
Un amante desdichado?
Siempre confuso me dejas
Con acciones á dos visos;
Ya me das de amar licencia,
Ya matas mi confianza,
Ya la licencia me niegas,
Ya me dejas con un guante,
Enojo en los labios muestras,
Piedad en los ojos tienes,
Ya la banda me desprecias,
Ya la admites, ya la rasgas,
Ya te quedas con la media.
Eres, en fin, parecida
A la que llamaron hiena,
Animal tan enemigo
Del hombre, que con cautela
Vuestra voz finge, y suspende
El caminante, que piensa
Que es afligida muger.
Sigue la voz de la fiera,
Da en sus garras, halla muerte,
Y ella furiosa y sedienta,
Vase á una fuente á beber,
Y al ver su rostro se acuerda
Que mató su semejanza,
Y allí con lágrimas tiernas
Llora al mismo que mató.
De donde dijo un poeta
De aquellos, que las auroras
Tienen á sus musas gratas:
« Si me quieres matar, ¿porqué
Me lloras?
Y si me has de llorar, ¿porqué
Me matas? »
Duq. El ignorante halla dudas
Donde no las hay; ¿y piensas
Que has tenido viso alguno
De favor? bien claras muestras
Te dí siempre de no amar,
Y pues en vano te quejas,
Quéjate contigo mismo.
¡Qué cruel estoy! *ap.* (*Hace que se va.*)
Fad. Espera,
Ya me matas. ¡Oh, qué Circe! *ap.*
Duq. Refiere, ó voime.
Fad. Está atenta:
De la batalla ó fiesta llegó el dia,
Era cada balcon florido mayo,
Vieron primero la persona mia
Sobre los hombros de un hermoso bayo:
Pisó el circo gentil con bizarría
Aquel hijo de Bétis, y de un rayo,
Haciendo como diestro en los torneos,
Corbetas una vez, otra escarceos.
Caminando á la tienda de campaña,
No cesaban las cajas y clarines;
Las damas repitieron: Viva España,
Y aun me vertieron cándidos jazmines:
Una sirena, cuya voz engaña,
Llevada sobre el mar de dos delfines,
Mi empresa fué; la letra: En esta calma
Me lleva amor para anegarme el alma.
Pero si me abraso en zelos,
Y mi corazon revienta
Con agravios declarados,
¿Cómo desata la lengua
Palabras disimuladas,
Si dijiste al duque, fiera,
Que no te ves en la fuente,
Por no convertirte en cera?
La piedad queda contigo,
Que con una cruel te quedas,
Que yo no puedo contar,
Cuando agravios me atormentan,
Acciones que no agradeces:
Tú me matas.
Duq. Oye, espera:
El duque me dijo aquí
Que por él intercediera
Con la duquesa, que hiciese
Por su amor la diligencia:
Sí, le dije, y este sí
Escuchaste.
Fad. No pretendas
Dar color á mis recelos.
Duq. Engañaste, y si supiera
Que de mí se imaginára
La mas mínima sospecha,
No diera satisfaccion
A palabras tan groseras.
Fad. No hay quien te entienda, muger;
Prosigo de esta manera.
Salió á la plaza Urbino, fué el primero;
Una selva de plumas ha sacado
De color verde, y nácar el cimero,
Cuando el viento sutil las ha ondeado:
Ya parece un abril, ya son enero,
Un árbol pareció que está nevado,
Ondas eran del mar las varias plumas,

Pues mezcladas se ven olas y espumas.
Con señas á batalla me provoca,
Un duelo de dos tigres se dibuja,
Ya para el curso la trompeta toca,
Ya sacamos las lanzas de la cuja:
Ya acometemos, y con furia loca
No hay asta que no rompa y que no cruja;
Tocaron los pedazos las regiones
Del fuego, descendiendo hechos carbones.
Los brazos á la espada el duelo fian,
Tanto los yelmos combatieron ellas,
Que fraguas de Vulcano parecian,
Y relámpagos eran las estrellas:
Como nocturnas sombras no se vian,
El vulgo se admiró de ver estrellas,
Mi contrario quedó tan sin sentido,
Que ni bien era muerto ni dormido.
Ya esperaba en el puesto el de Ferrara,
Que el iris se vistió de su librea;
Corrimos, y el caballo le arrojára,
Si al arzon no se asiera; titubea,
Ya cae, ya no cae, y así no pára
El caballo, y él libre se pasea,
Pues su dueño perdió sentido y freno,
Cuando mi lanza fué rayo sin trueno.
Aquí el de Parma me provoca al duelo,
La fuerte lanza puesta ya en el ristre,
Exhalaciones fuimos, que en el cielo
No hay vista perspicaz que no registre:
Su caballo se vió correr en pelo,
Sin silla, y sin señor que le administre,
Porque en tierra cayó, y medir pudiera
La que habrá menester cuando se muera.
Entrando van despues aventureros,
Por mostrar su valor, ganando fama,
Ya con las lanzas, ya con los aceros,
Aqueste me acomete, aquel me llama:
Yo invocando el favor de dos luceros,
Que son los bellos ojos de mi dama,
Feroz en los estribos me levanto,
Matando unos de envidia, otros de espanto.
Todo es aplauso, todo alegres voces,
Crece la admiracion, la noche llega;
Aquellos con valor, estos feroces,
Todos me embisten, invencion fué griega:
Corren ligeros, sombras son veloces,
Aquel repara, el otro no sosiega,
Discurro sin parar, cólera tengo,
Muchos me cercan, el agravio vengo.
Las damas dicen paz, el sol se puso,
Suena España una voz, otra vitoria,
Pasmó lo noble, el vulgo va confuso,
Salgo sin mí, tú estás en mi memoria:
Dichas prevengo, de infeliz me acuso,
Hallóme mi pesar, perdí mi gloria,
Tuyo en efecto soy, y mis deseos
Servirán á tus plantas de trofeos.
Duq. Debo estar agradecida.
Fad. ¿Y cuándo lo mostrarás,
Si hoy un favor no me das?
Duq. Basta no estar ofendida.
Fad. ¿De qué?
Duq. De que me han contado
Que un guante rompiste mio.
Fad. Dueño fué de mi albedrío,
Mirad si está bien guardado;
Pero si este se cayó,
Favor no es vuestro, señora,
Dadme algun favor ahora,
En que vea claro yo,
Sin los visos de engañado,
Que dais premio á tanta fe.
Duq. Hoy un favor os daré.
Fad. ¿Aun no estoy examinado
De todo punto? yo sí
Que me pudiera quejar
De vos, de ver olvidar
La media banda que os dí.
Duq. Si es esta, ¿qué pretendeis
De favores lisonjeros?
Fad. Vivir para agradeceros;
Que esa banda no olvideis.
Duq. No, no me juzgueis amante.
Fad. ¿Qué quereis con tantos fieros?
Duq. Vivir para agradeceros;
Que no olvideis ese guante.

ESCENA VI.

Decoracion de jardin.

FLORES Y RAMON.

Flores. Licencia esta noche ha dado
Su alteza de hacer terrero
A cualquiera caballero.
Ramon. ¿Don Fadrique está avisado?
Flores. Ve tú, y avísale presto;
Que yo me quiero quedar
Ocupando este lugar,
Porque nadie llegue al puesto.

ESCENA VII.

FLORES, PORCIA Y ELISA ARRIBA.

Por. Elisa, por tu consejo
Hago esfuerzos, y me inclino
Desde hoy al duque de Urbino;
La española aficion dejo.
Para olvidarle, ¿qué haré,
Cuando su amor me detiene?
Elisa. Piensa que defectos tiene;
Di males de él.
Por. Sí diré.
Elisa. ¡Oh, si te viese duquesa!
Por. Con esperanzas estoy,
Y aunque fingida lo soy,

De serlo así no me pesa:
Canta alguna cosa, amiga.
Elisa. ¿Qué letra quieres que cante?
Por. Una, que mi mal espante;
Una, que engaños me diga.

Elisa. Esperanzas lisonjeras, (*Canta.*)
Que solo tormento dais,
Mientras vivis y pasais
Como verdes primaveras.

ESCENA VIII.

DICHOS Y LA DUQUESA EN LO ALTO.

Duq. ¿Porcia, música sin mí?
Por. ¿Qué, no es vuestra, mi señora?
Elisa. A cantar empecé ahora.
Duq. ¿Ha venido alguno?
Por. Sí.
Duq. ¿Qué caballero ha llegado?
Elisa. ¿Quién mi música oyó?
Flores. Yo.
Elisa. ¿Pues qué, tu voz se oyó?
Flores. No,
Porque yo canto endiablado;
El duque de Urbino vino,
Si halla en su clamor amor,
Será el disfavor favor,
Y su desatino tino,
Que enamorado estoy hoy.
Elisa. ¡Qué lenguaje ó barbarismo!
Flores. Soy el eco de mí mismo:
Ya he dicho que Urbino soy,
No me han de ocupar el puesto
Tres duques, como de ases.
Por. Hoy temí que te cansases;
Galan saliste y dispuesto,
Y aun estabamos las dos
En las rejas de estas salas,
Alabando tantas galas
Con gusto.
Flores. Mas juro á Dios...
Por. Bien la empresa no se vía;
Decidnosla.
Flores. Fué estremada,
Una pandorga pintada,
Y así la letra decia:
« Amor no quiere pandorgas;
¿Mas qué se nos da á los dos,
Si yo no soy el pandorgo,
Ni sois la pandorga vos? »
Por. ¡Qué mal mote!
Flores. Es misterioso.
Por. La empresa del de Ferrara
Quisiera saber.
Flores. Admirá:
Un hombre pintó, que mira
Si es la noche oscura ó clara;
La ventana cerró, y por eso
Las alacenas abria,
Y así la letra decia:
« Oscuro está, y huele á queso. »
Elisa. ¿Corria buen temporal?
Flores. Para ratones, señora.

ESCENA IX.

DICHOS Y FADRIQUE.

Fad. Pensaba que no era hora,
Y tardé, pensando mal,
Ocupado está el terrero;
Flores es quien lo ocupó.
Flores. No sé quién es quien llegó;
Mi amo es, llamarle quiero.
Duq. La del español queremos.
Flores. Entre sus plumas y galas
Pintó un fénix con sus alas,
Quemándose los estremos.
Por. ¿Por letra?
Flores. « Bruto amó á Porcia;
Pero yo español astuto,
Amo á Porcia, y no soy bruto. »
Por. Aun las mejores son esas.
Flores. Tal es el españolete.
Fad. Sin duda él es: Flores, vete.
Flores. Fáltanme dos mil empresas:
Otro en su empresa ha pintado
Un doctor con su orinal,
Y un mercader, que el caudal
En bayetas ha empleado;
Era el mercader poeta,
Y la letra de primor:
« Ando tras este doctor
Para vender mi bayeta. »
Fad. Vete, loco.
Flores. Ya me voy.

ESCENA X.

DICHOS, Y LOS TRES DUQUES.

Fer. El lugar nos han tomado.
Urb. Pena de quien ha tardado.
Parma. Breve será, si es dichoso.
Fer. ¿Quién es?
Fad. ¿Y quién lo pregunta?
Fer. Es el duque de Ferrara.
Fad. Don Fadrique el que está aquí.
Fer. Si nos impedis la entrada
A estos jardines, adonde
Cae la luz de esa ventana,
No sereis cortés, si viendo,
Cuando la duquesa aguarda,
Que hable Porcia, y no su alteza.
Fad. No ha mucho, que en la estacada
He dicho y he sustentado
En esa pública plaza,
Que á la dama que yo sirvo

Ninguna del mundo iguala :
Y querer que deje el puesto
Es volver á la demanda.
Urb. ¿Luego vos imaginais,
Que el salir de fiesta y gala
A la calle en un caballo,
Correr dos ó tres lanzadas,
Es una gran valentía;
Y que reñir en campaña
De veras, será lo propio?
Fad. Sé que puse aquí las plantas
Para no volver atras.
Por. Sin duda que le maltratan,
Si tú no bajas, señora.
Duq. Mira, Porcia, que te engañas.
Elisa. No engaña, señora mia,
Que no es vencer en campaña
Ser mas diestro en pelear.
Duq. ¿Tú tienes desconfianza
De don Fadrique?
Por. Sí tengo,
Porque son verdades claras
Las que esos señores dicen.
Duq. Ya me teneis despechada
Las dos, y los tres cobardes,
Que allí blasonan, me agravian;
Sea locura ó capricho,
Yo os veré desengañadas.
Caballeros, á quien digo,
Del que ese lienzo nos traiga,

(*Arroja un lenzuelo.*)

La duquesa ó yo seremos.
Por. Eso es beber sangre humana;
Entrañas tienes de tigre.
Parma. Será del duque de Parma.
Urb. Será del duque de Urbino.
Fer. No es sino del de Ferrara.
Fad. A quien digo, caballeros,
Determinen ya quien gana
Esa vitoria de lienzo,
Porque despues de ganalla,
Me la dé el que la tuviere.
Urb. ¡Qué soberbia!
Fer. ¡Qué arrogancia!
Duq. Con la rabia que me dieron
Vuestras villanas palabras,
No supe lo que me hice.
Por. Baja á remediarlo, baja.

ESCENA XI.

FADRIQUE Y LOS DUQUES.

Fad. Con modestia lo pedia,
Pero si soberbia llaman
Pedirlo del uno, ahora
A todos es la demanda :
Denme el lienzo, caballeros.
Urb. Ya no son esas palabras
Nacidas de bizarría,
Sino de soberbia, y tanta,
Que á ser cobardía llega;
Que aun es accion temeraria
Reñir con uno; no quiere
Quien á tres juntos agravia,
Si es forzoso que los tres
No riñamos con ventaja.
Fad. Buen remedio, si los dos
Dan el lienzo al uno, llana
Queda la cuestion conmigo.
Fer. ¡Arrogancia temeraria!
Escucha, duque de Urbino,
¿No adviertes, y no reparas,
Que si es Porcia quien le echó,
Es prenda de una criada,
Y no te toca el tenerla?
Urb. Bien está advertido, basta,
Quiero darte aqueste gusto :
Si esa prenda es de tu dama,
Tómala, alienta con ella,
Cobra nueva vida, alcanza
Ese favor que deseas;
Porque sea mas hazaña,
Mataréte, y ese lienzo
Te servirá de mortaja.
Fad. ¿El lienzo al fin me entregais?
Urb. Sí, porque es de una criada,
Y no es prenda de mi dueño.
Fad. El lienzo que te acobarda
Me da á mí tanto valor,
Que es reñir con gran ventaja :
Ya estamos tantos á tantos,
Desocupen la campaña.

(*Acuchíllalos, y salen las damas.*)

Por. Baste, baste, caballeros :
¿En mis jardines espadas?
Duq. Es un rayo don Fadrique :
Dueño mis ojos le llaman,
Ya mi desden se acabó,
La corriente de mis ansias
Se ha desatado, ¡ay de mí!
Él es dueño de mi alma.

ESCENA XII.

DON FADRIQUE CON EL LIENZO Y LA ESPADA DESNUDA.

Fad. Si este lienzo es el favor
Que me teneis ofrecido,
De vos no lo he recibido,
Que lo ganó mi valor :
Si banda fué del amor,
Amor verá que es despecho
Haber de mis riesgos hecho
Vuestros livianos antojos :

Si hay piedad en esos ojos,
¿Cómo hay tigres en el pecho?
Cuatro vidas arriesgais,
Mal, señora, me quereis,
Costosa esperiencia haceis,
Pues así me aventurais;
Tomad el favor que dais,
Llamarle favor no es bien,
Desden sí, y rigor tambien;
Y así, aunque el lienzo he ganado,
Vengo á ser el desdichado,
Pues gozo vuestro desden.
En Castilla sucedió
Que una dama arrojó un guante
En presencia de su amante
A unos leones; entró
El galan, y le sacó,
Y luego á su dama infiel
Le dió en el rostro con él:
Agravios no haré tan claros,
Pero tengo de imitaros
En ser conmigo cruel.
Quedad, señora, con Dios,
Que yo me voy ofendido
De mí por agradecido,
Por ser ingrata, de vos:
Mal estarémos los dos
En dos estremos tan raros,
Quiero ausentarme y dejaros,
Perderme quiero, y perderos,
Quiero morir de no veros,
Cuando vivo de adoraros.
El alma en vos divertida
Goza con dichosa suerte
Vida que parece muerte,
Muerte que parece vida:
Y si es la gloria fingida,
Y es la pena verdadera,
Mas vale que ausente muera,
Donde el morir es morir;
Sin duda que no es vivir
El vivir de esta manera. (*Hace que se va.*)
Duq. Don Fadrique, espera, aguarda,
Yo te confieso mi error,
No fué no tenerte amor,
Esperanza fué gallarda
De que tu espada te guarda;
Cuando la ocasion te dí,
Victoria me prometí,
Nunca recelé tu muerte,
Porque vide que el perderte
Era mas perderme á mí.
Si á la dama castellana
Dió su amante un bofeton,
Tienes la mesma razon,
Borre tu mano la grana
De mi rostro; y si villana
Tu mano pareceria,
Defendiéndome este dia,
Amante tan soberano,
Señor, no te falte mano,
Aquí tienes esta mia.

ESCENA XIII.

DICHOS Y LOS DUQUES.

Duq. Aunque á los tres descontente,
Mi capricho logro así,
Pues á un amante la dí
Galan, discreto y valiente.
Amor niño, finge y miente;
Yo, duques, soy Serafina,
Que así mi amor determina
Quien me quiere y aborrece;
(*A Fadrique.*)
Mantua á vuestros piés la ofrece.
Fad Mas quiero esa luz divina.
Fer. Vive Dios, que mereceis
Por este agravio, esta injuria,
Que á Mantua abrase mi furia.
Duq. Grande enemigo teneis.
Urb. Ferrara, no os enojeis
De lo que á mí me tocó.
Fad. ¿Qué bárbaro se atrevió
Así delante su alteza,
Arriesgando su cabeza?
Parma. ¿Quién dará ese riesgo?
Fad. Yo.

ESCENA XIV.

DICHOS Y FLORES.

Flores. Y yo el cuchillo daré
Agora, que hay ocasiones
De dejar estos girones,
Quien loco en su seso fué.
¿No me preguntan, porqué
Juana Flores fué mi madre?
No hay locura que me cuadre,
Confieso que cuerdo estoy,
Mientras no digo que soy
El rey, el papa, ó Dios Padre.
Urb. Yo adoré, no me ha pesado.
Duq. Yo tengo dueño en efeto,
Galan, valiente y discreto.
Parma. Yo el premio de enamorado.
Fad. Yo el pago de mi cuidado.
Fer. Yo, aunque en Mantua mas blasonen,
Hallo partes que me abonen.
Duq. Y yo la dichosa fui.
Flores. La comedia acaba aquí,
Vuesas mercedes perdonen.

DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

El doctor don Juan Perez de Montalvan, de quien dijo un mordaz epigramista de su siglo, cuyo nombre no ha llegado á nuestros dias,

El doctor tú te lo pones,
El Montalvan no le tienes;
Con que quitándote el don,
Vienes á quedar Juan Perez.

Nació en Madrid el año de 1602 y fué hijo de Alonso Perez de Montalvan, librero del rey, de donde se infiere que lo único que hay de verdad en el citado epigrama es que en efecto el *don* de nuestro poeta era usurpado. Esto no impide sin embargo que su nombre haya llegado hasta nosotros, cubierto de una merecida gloria, y que el de su envidioso detractor, que acaso tendria un *don* como un templo, yazga sepultado en las sombras del olvido.

A los 23 años se ordenó de sacerdote Montalvan, y se sabe que poco despues empezó á ejercer el cargo de notario apostólico de la inquisicion. Su escesiva aplicacion al estudio le ocasionó una enfermedad de cabeza que llegó á rayar en un furioso delirio, de cuyas resultas falleció en su patria el dia 25 de junio de 1638, y fué enterrado en la parroquia de San Miguel. A pesar de que tuvo en vida mas émulos tal vez que ningun otro poeta de su tiempo, á causa sin duda de los muchos géneros en que se ejercitó y de la grande celebridad que alcanzó en todos, haciendo necesariamente muchos quejosos, su prematura muerte causó un sentimiento general. Su íntimo amigo el licenciado don Pedro Grande de Tena formó con los elogios que de él se hicieron en prosa y verso, un tomo en 4º que publicó en Madrid en 1639, bajo el título de *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del doctor don Juan Perez de Montalvan.* Tambien salieron á luz por entonces otros varios libros sobre el mismo asunto, prueba de lo muy generalmente lamentada que fué su pérdida.

Fué Montalvan discípulo y amigo del gran Lope de Vega, á quien imitó en sus descarríos sin tener todo su genio. Este poeta no es notable en la historia filosófica de nuestro teatro por una fisonomía especial, por un carácter propio y escepcional, como Lope, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon y Rojas. Imitó siempre á Lope, y aunque mas correcto en lo general, aunque menos difuso en la esposicion de sus argumentos, aunque mas regular en la contestura de sus composiciones, no constituye, como su maestro, una verdadera *individualidad;* permítasenos emplear esta voz nueva en castellano, pero adoptada ya por algunos escritores juntamente con otras de orígen estranjero, neologismo que reprueba la severidad castiza, pero que reclaman en nuestro entender los progresos del siglo. Ninguna de sus obras escita admiracion ó entusiasmo, pero todas se granjean el aprecio de los inteligentes y de los que no lo son. Sus comedias agradan mucho, así leidas, como representadas, y algunas de ellas se sostienen todavía con muy buen éxito en el teatro, por poco que pongan de su parte los actores; entre estas últimas merece particular mencion *la Toquera vizcaina*, que insertamos en este tomo.

Las obras de Montalvan son:

Novelas ejemplares, bajo el título de *Sucesos y prodigios de amor*, impresas en 4º, en Madrid, en los años de 1624 y 1626; en Sevilla, en 1633 y 1641, y en Tortosa, en 8º, en 1635. Fueron traducidas al frances por un M. de Rampale, y se imprimieron en Paris en 1644.

El Orfeo en castellano, Madrid, 1624. Don Nicolas Antonio en su *Biblioteca* atribuye este poema á Lope, de Vega, sin que sea fácil inferir de donde sacó este estraño aserto, pues el mismo Lope en la vigésima parte de sus comedias, impresa en Madrid en el año de 1625, hablando de la titulada *el Marido mas firme*, dice que la escribió tres años antes que Montalvan su *Orfeo* en lengua castellana.

Vida y Purgatorio de san Patricio, Madrid, 1627 y 1655, en 8º.

El *Para todos*, impreso por primera vez en 1635. De esta obra se han hecho muchas ediciones; pero en vida del autor y con anuencia suya, solo se hicieron dos, pues él mismo promete espresamente aumentar en la tercera su *Indice de los ingenios de*

Madrid, lo que nunca hizo. La última edicion de esta obra, de que tenemos noticia y que hemos visto en Paris, es la que se hizo en Alcalá en 1661, y es la novena.

Fama póstuma de Lope de Vega, Madrid, 1636, en 4º.

Comedias, dos tomos, Madrid y Alcalá, 1633, y Valencia, 1652, en 4º.

La prodigiosa vida de Málagas el Embustero. No nos acordamos de haber visto ningun ejemplar de esta obra, ni aun sabemos si llegó á imprimirse. Don José Antonio Alvarez de Baena hace mencion de ella en sus *Hijos de Madrid*, en el artículo *Montalvan*, tomo III, pág. 271.

Por el testimonio de sus contemporáneos y por lo que él mismo dice en alguna de sus obras, se sabe que dejó sin concluir un segundo tomo del *Para todos* y un *Arte de bien morir*.

NO HAY VIDA COMO LA HONRA.

Cuando se puso en escena esta comedia por primera vez, fué tanto lo que agradó que por espacio de muchos dias se estuvo representando consecutivamente en ambos teatros, el de la Cruz y el del Príncipe, siempre aplaudida por una numerosa concurrencia: en una comedia que ni es de magia, ni es inmoral, esto es una prueba de mérito indisputable.

No hay vida como la honra tiene en efecto mucho mérito; tiene sobre todo el de interesar desde la primera escena hasta la última, como una comedia de Calderon. Los dos personages de Cárlos y Leonor conmueven profundamente, ni puede menos de ser así, pues ambos tienen un carácter bellísimo, se aman con pasion, y los separan obstáculos casi insuperables. Los incidentes que los originan están traidos por el autor con raro ingenio, sin que nunca se advierta su empeño en complicar las situaciones: fácil es conocer que meditó el argumento de esta pieza mas de lo que se acostumbraba en su tiempo, y mas tambien de lo que él mismo solia hacerlo.

La versificacion de esta comedia es generalmente bella, y el lenguaje puro y correcto, aunque afeado con frecuentes resabios del mal gusto dominante en aquella época. Hay metáforas tan descabelladas y conceptos tan estravagantes que verdaderamente hacen reir; baste citar la del caballo, á quien llama en su afectado culteranismo *galera con dos remos por banda*. Parece imposible que el que tan sin conciencia desatina sea el mismo que dice:

> Porque llegando, ¡ay Dios! en mi despecho
> A imaginar, cuando la noche calma,
> Que ha de sobrarme la mitad del lecho
> Y ha de faltarme la mitad del alma... etc.

¿No parece inesplicable que en la misma octava que empieza con estos hermosos versos lleve el autor la incuria hasta el punto de hacer consonar *alma* con *alma?* La pluma se cae de las manos al hallar en hombres tan superiores descuidos tan groseros.

PERSONAS.

DON CÁRLOS OSORIO.	TRISTAN, gracioso.
DON FERNANDO CENTELLAS.	LEONOR, } damas.
DON PEDRO, viejo.	ESTELA, } damas.
EL VIREY.	INES, criada.
EL CONDE ASTOLFO.	

La escena es en Valencia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de cárcel.

DON CÁRLOS CON GRILLOS, Y TRISTAN.

D. Cárlos. ¿Qué dices de mi fortuna?
Trist. Que aun así estás muy galan.
D. Cárlos. Esto es ser pobre, Tristan;
Desde mi primera cuna
Nací con aquesta estrella.
Trist. No es muy mala, pues Leonor
Te muestra tener amor.
D. Cárlos. Pues si no fuera por ella,
¿Qué hubiera sido de mi?
Trist. ¿Y esos grillos?
D. Cárlos. Ya se trata
De reducirlos á plata,
Y entre tanto estaré así;
Pues no me quiere escuchar
El virey.
Trist. Es un...
D. Cárlos. Detente,
No te arrojes neciamente,
Que en todo caso el honrar
A la justicia, es justicia.
Trist. Dices bien; pero no cuando
Trae la justicia arrastrando
La prision y la malicia;
Que quien justicia no hace,
No es justicia para un hombre.
D. Cárlos. Basta tener solo el nombre,
Aunque tal vez se disfrace.
¿No has visto á un hombre mirar
Con risa, alguna pintura
Tan grosera y tan oscura,
Que le obliga á murmurar?
Mas si el mismo que la ofende,
Por las letras, que á los piés
Tiene, ve que imágen es,
Aunque el pincel reprehende,
Humilde y con el sombrero
Quitado, ¿no reverencia
Su retrato?
Trist. Es evidencia.
D. Cárlos. Pues de la justicia infiero
Lo mismo; bien puede ser
Que esté tan mal retratada,
Que no se parezca en nada
A quien debe parecer.
Mas la vara es un renglon
Que dice: *Yo soy justicia*,
Y no obstante su malicia,
Se le debe adoracion;
Que aunque sea, siendo ingrata
A su nombre soberano,
Pintura de mala mano,
En efecto á Dios retrata.
Y no es justo que los dos
Intentemos ofender
A quien puede responder
Que es un traslado de Dios.

ESCENA II.

DICHOS, DON FERNANDO DE CAMINO, CON GRILLOS, Y TEODORO.

D. Fern. ¡Hay tan estraño suceso!
Teodoro, ¿lo porvenir
Quién lo puede prevenir?
Teod. ¿Tú de esta suerte? ¿Tú preso?
D. Fern. Trató mi padre casarme
Con doña Leonor de Ibarra,
Mi prima, muger bizarra,
Y que pudo enamorarme
Antes de verla, porque es
(Segun dicen) bella moza;
Llego aquí de Zaragoza,
Y antes de entrar, ya lo ves,
Sobre salpicar á un hombre,
Acaso, y sin culpa mia,
Me dijo tal demasía,
(Hombre al fin de bajo nombre)
Que á apearme me obligó,
Y darle de cintarazos,
Sin esperar á otros plazos.
Llegó la justicia, y dió
En que el hombre estaba herido,
Costumbre, ó codicia antigua,
Y así mientras se averigua,
Adonde ves me han traido,
Y adonde yo, por no hacer
Con mi tio y con mi esposa
Mi cordura sospechosa,
No me he querido valer
En esto de su favor;
Puesto que con veinte escudos,
Que harán hablar á los mudos,
Me dice el procurador
Que de aquí me sacará.
Teod. Eso es negociar callando.
Trist. Este es aquel don Fernando
Que te dije.
D. Fern. Oye, allí está,
Y aun mirando con cuidado,

(*Míranse los dos caballeros.*)

Aquel hidalgo, de quien
Dicen todos tanto bien.
D. Cárlos. ¡Qué brioso! ¡Qué alentado!
D. Fern. Hablarle quiero.
D. Cárlos. Acá viene. (*Llega.*)
Trist. Ya se miran, ya se llegan,

Ya se abrazan, ya se ruegan.
D. Fern. Toda esta licencia tiene
La cárcel. ¡Gentil presencia! *ap.*
D. Cárlos. Vos me honrais.
Trist. ¡Quién tal pensára!
Por un ojo de la cara
No harán una reverencia.
¡Qué tales están los dos
Para danzar un torneo!
D. Cárlos. Si por la cárcel grangeo
Un amigo como vos,
En deuda estoy á los grillos,
Pues han sido los terceros.
D. Fern. ¿Qué haremos?
D. Cárlos. Entreteneros;
Naipes hay, y mas, librillos
He traido; escoged, ea,
Y sentaos.
D. Fern. Mejor será,
Pues tiempo nos sobrará,
Hablar en algo, que sea
De mas gusto; y así os ruego,
Porque os he cobrado amor
Desde que os ví, que el valor
Rinde y aficiona luego,
Vuestra prision me digais,
Que por esas escaleras
La cuentan de mil maneras.
D. Cárlos. Puesto que tanto me honrais,
Oid, si os hago servicio.
Teod. Ya están asidos los dos.
Trist. Pues juntémonos, yo y vos,
A rezar en este oficio.

(*Sacan una baraja de naipes, y vanse.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO Y DON CÁRLOS.

D. Cárlos. Ya os habrá dicho esta gente,
Que soy don Cárlos de Osorio,
Caballero de Valencia,
Mas noble que venturoso.
Nací hidalgo como el rey;
Mas tan pobre, que me corro,
Vive Dios, de haber nacido,
Para ser blanco afrentoso
De los buenos y los malos,
De los unos y los otros;
Que es la pobreza un lunar
Tan feo, que en cualquier rostro
Sirve de escalon oscuro
Adonde tropiezan todos.
Viéndome, en fin, desvalido
De la fortuna y el oro,
Patrimonios que da el cielo
Al formar el alma á soplos,
Estudié de humanidad,
Que es lo que llaman los doctos
Buenas letras, lo que basta
A un cortesano curioso.
Danzo tambien, corro, esgrimo,
Y cuando se ofrece, toco
Sin melindre una vihuela,
En su metro numeroso;
Y sobre todo hago versos,
Sin decir mal de los otros;
Que para el siglo que corre
Os prometo que no es poco.
Determinéme á no amar,
Porque fuera lance impropio,
Siendo pobre, divertirme
En empleos amorosos;
Que amar sin tener que dar,
O es preciarse de muy loco,
O tener hecha la cara
Al desaire de andar corto.
Mas viendo á Casandra un dia,
(No es este su nombre propio,
Mas cállole por modestia)
Quedé mudo, quedé absorto,
Y quedé mas pobre que antes;
Pues liberal á mi modo,
Hasta sin alma quedé,
Porque la ferié á sus ojos.
Amábanla Feliciano,
Floro, Alberto, Lucidoro,
Y el conde Astolfo; si bien,
Con mas licencia que todos
El dicho conde, por ser
Mas noble, ó mas poderoso.
Antojósele (¡qué dicha!)
Bajar una noche al soto
A enamorar á sus ninfas,
O á dar nieve á sus arroyos,
Y viniendo por el rio
En su coche, y tras él Floro,
El conde, Alberto, y Ricardo,
Y yo tambien que iba solo,
Como carta que en el juego,
Donde el amor pide oros,
Es figura, y no ganancia,
Y así la descartan todos;
Sucedió que los caballos,
Atentos á un alboroto
Que mas adelante hacia
El placer de algunos mozos,
Se alteraron de manera,
Que sin atender fogosos
A los preceptos del freno,
Rompiendo el cristal sonoro,
Se abalanzaron al rio
Con tal fuerza, que el piloto
De aquella encerrada barca
Probó el agua, midió el golfo.
Ya lo veis, Casandra entonces,

Sacando el turbado rostro,
Por el cancel de un estribo,
Con acentos lastimosos,
Piedad al cielo pedia,
Y á sus amantes socorro:
Mas ellos (¡quién tal pensára!)
Como peñas, como troncos,
Inmóviles al remedio,
Y á su voz estaban sordos.
Llegué yo entonces, y ciego
De ver su tibieza, arrojo
El vestido, aunque era tal,
Que me hiciera poco estorbo;
Salto al agua, esgrimo el brazo,
Hiero el aire, el cristal rompo,
Y al coche voy, que parado
Parecia verde escollo,
Cercado de plata falsa,
Y de sucesivo plomo.
Entro dentro, y ella ansiada
Con el susto y el asombro,
Al cuello me echa los brazos,
Y yo en ellos la acomodo
Sin aliño, que la priesa
Dió licencia á tan forzosos
Favores, que aun el recato,
Que hasta allí fué melindroso,
Dicen, que enseñó al cristal,
Por no decir á mis ojos,
De la coluna de seda,
No sé si seda con oro.
Iba Casandra sin pulsos,
Y caia sobre el hombro
Izquierdo mio su cara;
Y como el golpe furioso
Del agua con mil vaivenes
Me combatia, ella, y todo
Mudaba sitio á la cara,
Tanto, que sus labios rojos
Ví tal vez, como de paso,
Con los mios venturosos
Encontrarse sin querer;
Porque entre su cielo hermoso,
Y entre mi rostro no habia
Mas tabique que mi rostro.
En esto ya sus amantes,
O corridos, ó envidiosos,
Se habian escondido; en fin,
Casandra de aquel asombro
Cobrada, con un suspiro
Que el arte guardó con otros,
Corriendo las dos pestañas,
Fué sumiller de sus ojos;
Y apenas volvió en su acuerdo,
Cuando salpicando á trozos
Con viva sangre la nieve:
Señor don Cárlos de Osorio,
Me dijo, para quereros
Bastaba solo el abono
De ser quien sois, y saber
Que os debo, no, no lo ignoro;
Dos años de voluntad;
Pero ahora que conozco
Que os debo tambien la vida,
Creed que á mi cuenta tomo
La paga, y creed tambien
(Esto cubriéndose el rostro)
Que os tengo amor, y algo mas.
Con esto quedé tan loco,
Fernando, que aun no creí,
Por ser mio, tanto gozo;
Que es en un hombre abatido
El favor tan sospechoso,
Que volví á mirar el campo,
Por ver si hablaba con otro.
Estaba cerca un molino,
Y para con mas decoro
Poder secarme y vestirme,
A su sagrado me acojo.
Allí estuve hasta la noche,
Y al volver, entre unos olmos,
Me pareció que habia gente,
Y con mas atencion, oigo
Hablar seis hombres tan cerca,
Que casi con ellos topo;
Y con la luz, que la luna
Daba pródiga, conozco
Que es el conde y sus criados,
Que como una fiera ó toro,
Me acosan y me retiran:
Mas yo diestro y animoso,
Al primero que encontré,
Que fué acaso el conde Astolfo,
En la mano de la espada
Alcancé un mandoble, y roto
De una vena el primer velo,
Bañó de púrpura el pomo.
Llega entonces la justicia
De la hermandad, que el contorno
De aquel campo visitaba,
Y sin oir en mi abono
Mis disculpas, al virey
Me llevan, que rigoroso
Solo conmigo, quizá
Porque vió que estaba roto,
Maniatado hizo traerme
A este oscuro calabozo,
Donde á poder de la envidia
Vivo el hombre mas dichoso
Que tiene el mundo: aquí estoy
De aquella deidad que invoco,
Regalado cada dia;
Aquí me escribe, y respondo
Lo menos de lo que siento,
Y lo mas de lo que ignoro.
Esta es, Fernando, mi historia,

Esta es la luz que enamoro,
Esta la aurora que sigo,
Esta la dicha que gozo,
Esta la vida que paso,
Esta la suerte que logro,
Esta la gloria que espero,
Y esta la dama que adoro.
D. Fern. ¡Notable historia por cierto,
Y digna de eterna fama!
Con razon Casandra os ama.
D. Cárlos. Pues de camino os advierto,
Que es lo mejor de Valencia,
Rica, hermosa, y celebrada.

ESCENA IV.

DICHOS, TRISTAN Y TEODORO.

Trist. Oye...
Teod. Escucha...
Trist. Una embajada,
O dos, que con diferencia,
De color alegre y triste,
Magra y gorda, mala y buena,
Parte gusto, parte pena,
Ansia y gloria, susto y chiste,
Te traigo.
D. Cárlos. Pues di primero
La buena.
Trist. ¿Pues no es mejor
Saber antes lo peor,
Porque el bocado postrero
Te cure de aquella mala?
D. Cárlos. No, Tristan, que puede ser,
Si entrambas se han de saber,
Que la mala sea tan mala,
Y de tanto rigor llena,
Que no me deje en el pecho
A la vida de provecho
Para que sepa la buena;
Y la buena puede ser
Tan dulce en el razonar,
Que no le deje al pesar
Rastro para acometer:
Y asi diestro maestresala,
La buena es bien que me des,
Que harto tiempo habrá despues
Para trincharme la mala.
Empieza, acaba, di presto.
Trist. Pues digo que libre estás;
Esa es la buena.
D. Cárlos. ¿No mas?
Trist. ¿No mas? ¿Pues es barro esto?
D. Cárlos. ¿Levantóse el conde?
Trist. Sí,
Y el virey está informado
Del caso, y órden ha dado
Para que salgas de aquí.
D. Cárlos. Di ahora la mala.
Trist. Digo,
Que el siervo de don Fernando...
D. Cárlos. Ya escucha el alma temblando.
Trist. Ha estado hablando conmigo,
Y dice que su señor
Es de Leonor...
D. Cárlos. ¿Qué?
Trist. Pariente,
Y que su padre...
D. Cárlos. Detente.
Trist. Viendo en estado á Leonor;
Ya me entiendes, moza y bella,
Le envia á casar.
D. Cárlos. ¿Pues bien?
Trist. No conmigo.
D. Cárlos. ¿Pues con quién?
Trist. Dice el siervo, que con ella.
D. Cárlos. ¿Con Leonor?
Trist. Sí, con Leonor.
D. Cárlos. ¿Diceslo de veras?
Trist. Sí.
D. Cárlos. Todo el cielo sobre mí
Se ha caido: ¡ay, triste amor!
Ya no puede la fortuna,
Ni dar mas, ni querer mas.
Trist. En efecto, libre estás,
Y sin dilacion alguna.
D. Fern. El otro negoció presto.
D. Cárlos. Y viene á ser lo peor,
Que la historia de Leonor,
Aunque con nombre supuesto,
Le he contado.
D. Fern. ¿Pues, amigo,
No me dais el parabien?
Libre estoy.
D. Cárlos. Y yo tambien.
D. Fern. ¿Vos tambien?
D. Cárlos. ¡Ay enemigo! *ap.*
Sí, Fernando.
D. Fern. Ireis ahora
A ver á vuestra Casandra.
D. Cárlos. Aunque ciega salamandra
Soy de su fuego, y la adora
Toda el alma, hasta las dos
De la noche no podré.
Tristan, ¿qué diré? ¿qué haré?
Trist. Disimular.
D. Fern. Pues de vos,
Puesto que lugar habrá,
Me he de amparar.
D. Cárlos. No seais corto,
Aquí estoy, si acaso importo.
D. Fern. Yo soy nuevo en el lugar,
No sé las calles, y quiero
Que á una casa me lleveis,
Que acaso conocereis.
D. Cárlos. ¡Esto mas, cielos! ¿Qué espero? *ap.*

¿Y es?
D. Fern. De don Pedro de Ibarra.
D. Cárlos. Es muy grande señor mio.
¡Hay tal suceso! *ap.*
D. Fern. Es mi tio.
D. Cárlos. Una hija muy bizarra,
Si acaso yo no me engaño,
Ha de tener. ¡Ay, amor! *ap.*
D. Fern. Llámase doña Leonor.
D. Cárlos. Por mi mal y por mi daño. *ap.*
D. Fern. Discreto sois, y pues vos
El alma me habeis fiado,
Sabed que vengo casado
Con ella.
D. Cárlos. Mal te haga Dios. *ap.*
D. Fern. ¿Qué dices?
D. Cárlos. ¡Ay triste! Digo
Que es muy hermosa muger.
¿Esto es morir, ó querer? *ap.*
D. Fern. Mirad que venis conmigo
Hasta ponerme en su casa.
D. Cárlos. ¿Esto en qué fábula cabe?
Trist. Medianamente se sabe.
D. Cárlos. Lo que ahora por mí pasa, *ap.*
Tal estoy, que no lo creo.
D. Fern. Venid, porque verla pueda.
D. Cárlos. Muerto voy. Todo os suceda...
D. Fern. ¿Cómo?
D. Cárlos. Como yo deseo.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

EL CONDE CON BANDA, Y ALGUNOS CRIADOS ACOMPAÑANDO A LEONOR É INES CON MANTO.

Leonor. Vueseñoría de aquí
No ha de pasar.
Conde. Quien se abrasa,
Por todo pasa.
Leonor. Mi casa
No es iglesia.
Conde. Para mí
Siempre cruel.
Leonor. Soy quien fuí.
Conde. Pues tomar agua bendita
De un hombre, ¿qué da ni quita?
Leonor. No da, ni quita, señor;
Mas tengo al agua temor,
Aunque sea agua bendita.
Aquella pila, aunque breve,
(Tanto puede el temor mio)
La imagina un grande rio,
Que á sus márgenes se atreve,
Y vuelta la grana en nieve,
Temió su furia cruel;
Porque si tropiezo en él,
Es fuerza, señor, llamaros:
Y no quiero aventuraros
A que os arrojeis á él.
Conde. Ya os entiendo; mas responde
Mi amor, que la voluntad
En una publicidad
Tal vez el amor esconde.
Leonor. Es engaño, señor conde,
Que el hombre que ve á su dama
Con peligro en vida, ó fama,
Y la suya no aventura,
O revienta de cordura,
O es muy poco lo que ama.
Mándame, señor, en cosa
Que pueda serviros yo;
Mas en cosa de agua, no,
Que es para mí peligrosa;
Y si es ocasion forzosa,
Gusto, tema, ó interes,
Yo entraré al agua cortés;
Mas con condicion...
Conde. Deci.
Leonor. Que esté don Cárlos allí,
Por si peligro despues.
Aunque no, no quiero tal,
Porque si al agua se atreve,
Y hollando la riza nieve,
Me socorre liberal,
Podrá ser que le esté mal,
Y que envidiando su suerte,
A la noche se concierte,
En disimulado alarde,
Algun nadador cobarde,
Que salga á darle la muerte.
Conde. A tan necio responder,
La mejor satisfaccion
Será quitar la ocasion,
Y dejaros por muger;
Que despues yo sabré hacer...
Leonor. ¿Qué ha de hacer vueseñoría?
Conde. Vengar esa groseria.
Leonor. ¿Cómo?
Conde. Matando, pues puedo...
Leonor. ¿A quién?
Conde. A don Cárlos.
Leonor. Quedo.
¡Ay, Cárlos del alma mia! *ap.*
Conde. Vos vereis...
Leonor. Es rigor fiero.
Conde. A quien mereció esos brazos...
Leonor. ¿Cómo, conde?
Conde. Hecho pedazos.
Leonor. ¿Pues digo yo que le quiero?
Conde. No; mas tengo por agüero,
Que compitamos los dos.
Leonor. Señor conde Astolfo, á Dios.
Ines. ¿Qué has hecho?
Conde. Voy á trazar

La muerte que le he de dar,
Para vengarme de vos.

ESCENA VI.

LEONOR.

Matar á Cárlos mi enemigo quiere,
Para que yo le quiera agradecida;
Muerta debo de ser, muerta ó herida,
Pues en Cárlos me hiere, si le hiere.
Que viva yo sin Cárlos, no lo espere,
Porque tengo á su vida el alma asida,
Y es descomedimiento de la vida,
Que viva el cuerpo, cuando el alma muere.
Conde cruel, si por mirarme esquiva,
Solicitas de Cárlos la venganza,
A tí te está mejor que Cárlos viva.
Que aunque por él mi desamor te alcanza,
Si vive, vivo yo, y estando viva,
Tal vez podrá engañarte la esperanza.

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, DON FERNANDO y TRISTAN.

D. Fern. ¿Llegamos ya?
D. Cárlos. Ya llegamos.
D. Fern. Vive Dios, que está una legua
De la cárcel esta casa;
¡Válgate Dios por Valencia!
Hecho pedazos estoy.
Trist. ¿Señor, dónde vas? ¿Qué intentas?
D. Cárlos. No sé, Tristan.
Trist. Yo lo creo:
¿Pues dime, con qué conciencia
Traes á este hombre arrastrando
Por callas y callejuelas
Dos horas ha sin parar,
Dando vueltas, y mas vueltas?
D. Cárlos. Mira, en pensar que le llevo
(¡Ay, Tristan!) á que la vea,
A que la adore, y quizá,
A que se case con ella,
Pues llegar á ver sus ojos,
Y adorar sus luces bellas,
Aunque parecen dos cosas,
Para mí son una mesma;
Me pierdo tanto, que tuve
La mano en la espada puesta
Para darle de estocadas.
Trist. ¿Y eso decíslo de veras?
¡Jesus, qué mal pensamiento!
Reza muchos credos, reza,
Porque Dios te guarde el juicio.
D. Cárlos. Menos tendré, cuando veas
Que doy voces como amante.
Trist. Y aun como loco pudieras.
D. Fern. Tristan, ¿tu señor qué tiene,
Que ya tirando las cejas,
Ya los ojos en el cielo,
Y ya el semblante en la tierra,
Va hablando consigo mismo?
Trist. Señor, mi amo es poeta,
Y los tales cuando escriben
Mudan mas de cuatrocientas
Caras en una hora sola;
Porque si es de cosa tierna,
Se retozan ellos mismos,
Se mirlan, y se gorgean;
Si es de guerra, se ensayonan,
Se encolerizan y emperran;
De manera, que tal vez,
Llevados de aquella idea,
Encasquetando el sombrero,
Al primero con que encuentran,
Como si fuera de Holanda,
De Francia, ó Inglaterra,
Diciendo: *Santiago, á ellos,*
Cierra España, todos mueran;
Le dan dos ó tres puñadas,
O le quiebran la cabeza.
Ahora que abrió los brazos,
Y dando al sesgo una vuelta,
Se puso de Orate Fratres,
Escribe sin duda quejas.
D. Cárlos. Este loco siempre está,
Aunque el mundo se revuelva,
De gracia; lo cierto es,
Y bien la color lo muestra,
Que al volver por esa esquina
Encontré al conde, y la fuerza
Del enojo y de los zelos
Me ha puesto de manera.
Ello ha de ser, ¿pues qué aguardo? *ap.*
Denme los cielos paciencia:
Esta es, Fernando, la casa;
Llama, Tristan, á esta puerta.
Mas tente, que desde aquí,
Con mediana diligencia,
Puedes verla antes de hablarla;
Porque ella y su prima Estela
Cantando á las almohadillas,
Para entretener la siesta,
Han hecho jardin al patio.
D. Fern. ¿Y Estela vive con ella?
D. Cárlos. No vive, pero el amor
Que la tiene, es de manera,
Que se juntan cada dia.

ESCENA VIII.

LEONOR, ESTELA y LAURA HACIENDO LABOR EN EL ESTRADO, Y ENTRAN CÁRLOS, FERNANDO y TRISTAN.

Trist. Si chirimías hubiera,
Fuera tramoya á pié quedo,
Mas escucha, que ya suenan.

Laura. De su querido Vireno (*Canta.*)
La bella Olimpa se queja,
Mas porque la lleva el alma,
Que porque el honor se lleva.
¡Ay! dice, triste y quejosa...

Leonor. No trates, Laura, de quejas,
Que parece que es ponerme
Miedo, y estoy muy resuelta.
¡Ay, preso del alma mia! *ap.*
D. Cárlos. La de la mano derecha...
Trist. Acábalo de parir.
D. Cárlos. Es Leonor.
Est. Buena cabeza,
Bien tocada estás.
Leonor. ¡Ay, prima!
Si de un deseo dijeras,
No pienso que te engañáras.
D. Cárlos. La otra es su prima Estela,
Que para estrella le faltan,
Quizá por yerro, dos letras.
Y le sobran para el sol
Muchas.
D. Fern. ¡Por cierto que es bella!
Mas Leonor...
D. Cárlos. ¿Qué te parece?
D. Fern. ¿Qué me parece? Que es flecha
Del mismo amor, que es un rayo
Del sol, que es sol, y que de ella,
Para aprender á lucir,
Pueden bajar las estrellas
Desde su cielo.
Trist. No pueden,
Que están de aquí muchas leguas,
Y bajarán despeadas.
D. Cárlos. ¿Hay tal cosa? ¡Que consien-
Esto un hombre! Vive Dios... [ta
D. Fern. Cárlos, ¿qué cólera es esa?
Trist. Ahora escribe batallas.
D. Cárlos. En viendo que alguno llega
A gozar con libertad
Lo que quiere, ó lo que intenta,
Me acuerdo de aquel tirano,
Que así mi ventura inquieta,
Y sin poder resistirme,
Como si aquí lo tuviera,
Me alboroto.
Trist. Es muy sanguino.
¿Mas qué das con todo en tierra?
Est. Digo, que es aquel don Cárlos.
Leonor. Dices bien: ¡ay, prima! deja,
Deja el almohadilla ahora,
Y pues mi padre está fuera,
Dile que entre; y de camino
Echa la aldaba á la puerta:
Vosotras desde el balcon,
Ya me entendeis, tened cuenta.
D. Fern. Ya nos ha visto, yo llego.
D. Cárlos. Primero, con tu licencia,
He de ganar las albricias,
Porque Leonor por las nuevas
Hable á Casandra mañana.
D. Fern. Muy enhorabuena sea,
Tu amigo soy, aquí aguardo.
Leonor. ¿Mi bien?
D. Cárlos. ¿Señora?
Leonor. ¿Así llegas
Despues de tanta prision?
¿A quién miras? ¿En qué piensas?
D. Cárlos. No sé, señora.
Leonor. ¿Qué decis?
¿De que calle me haces señas?
D. Cárlos. Tente, por Dios, que te pier-
Y está la causa muy cerca. [des,
Leonor. Habla claro.
D. Cárlos. Aquel hidalgo
Es don Fernando Centellas,
Viene á casarse contigo,
Es muy galan, tú su deuda,
Tu padre juez de esta causa,
Yo el que espero la sentencia,
Mi verdugo el desengaño,
Este patio la escalera,
Ya me quieren arrojar;
Harto he dicho, á Dios te queda.
Leonor. Mi bien, esposo, señor,
Oye, escucha, advierte, espera.
D. Cárlos. ¿Qué quieres?
Leonor. Que te reportes;
¡Qué lástima! ¡y qué vergüenza!
Cierto, que cuando te ví
Llegar con turbada lengua,
Ya mordiéndote los labios,
Ya desquiciando sin cuenta
De su lugar las palabras,
Y ya escupiendo centellas
Por los ojos, que pensé
Que el cielo sobre la tierra
Se caia, ó que el virey
Con ocasion, ó sin ella,
Te desterraba del reino,
O que por vengar su ofensa
El conde, andaba pagando
A quien la muerte te diera,
Que ya las muertes se pagan
Como el paño en una tienda;
Y confiésote que estuve
Escuchándote mas muerta
Que viva; mas ya que sé
Que es la ocasion tan diversa,
Vuelvo en mí. ¡Jesus, qué susto!
No te perdono la pena
Que me has dado.
D. Cárlos. Ahora burlas,
Viéndome morir de veras.
Leonor. Cárlos, sí; que nada importa
Que mi primo vaya ó venga:

Nadie se casa dos veces
En la católica Iglesia,
Antes de haber enviudado:
Yo, conforme á mi conciencia,
Ha dias que me casé,
Estás vivo, yo contenta,
Soy cristiana, temo á Dios;
Harto he dicho, el mundo venga,
Llama ahora á don Fernando.
¿Quieres mas?
D. Cárlos. Solo quisiera
Poder besarte los piés.
Leonor. Las manos están mas cerca:
¿Y he de abrazar al tal primo?
D. Cárlos. Eso es fuerza.
Leonor. Pues si es fuerza,
Ponte detras, y al descuido
Te daré la mano izquierda:
Llámale.
D. Cárlos. Venero á amor.
Leonor. Esto es, prima, estar resuelta.
D. Fern. ¿En fin, negociaste bien?
D. Cárlos. Está loca de contenta.
D. Fern. Mucho me huelgo.
Trist. Tragóla
El señor novio.
Est. Ya llegan.
D. Fern Ya os habrá dicho don Cárlos...
Leonor. Los brazos son la respuesta

(*Abrázanse.*)

De lo que Cárlos me ha dicho;
Vengais muy enhorabuena.
Trist. Como una cordera está
Aguardando, llega, y besa.

(*Llega Cárlos y besa la mano.*)

D. Fern. Este abrazo fué por prima.
Leonor. Y este por esclava vuestra.
Tristan. No aguarda que se lo rueguen.
Leonor. Mirad que mi prima espera
Para besaros la mano.
D. Fern. Perdonad, señora Estela,
Que Leonor tuvo la culpa.
Leonor. Y mi tio, ¿cómo queda?
D. Fern. Con salud, aunque la gota
Algunas veces le aprieta.
Estela. ¿No es muy galan nuestro primo?
Leonor. Parece que le requiebras,
¿Quieres que diga que sí?
Que lo haré porque tú quieras;
Mas no porque le he mirado.
Dame el pulso, ¿estás enferma?
¿Sientes algo en ese pecho?
¿Duélete ya la cabeza?
¡Jesus, qué calenturon!
Estela. Por tu vida, que estoy buena,
Que no me muero, Leonor,
Tan aprisa como piensas.
Tristan. Con la cabeza te dice
Que te vayas, y que vuelvas.
D. Cárlos. Pues voime. Fernando, á Dios;
Dadme hasta despues licencia.
D. Fern. Cárlos, esta es vuestra casa,
Mandad, disponed en ella.
Leonor. Al señor don Cárlos, primo,
Por obligacion y deuda,
Debemos servirle todos.
D. Cárlos. Tristan, si ahora le cuenta
Lo del rio...
Tristan. ¿Pues porqué
No le avisaste?
D. Cárlos. ¡Qué pena! *ap.*
Yo, señora...
Leonor. ¿Veis, Fernando,
A Cárlos, que tan de nuevas
Se hace? Pues yo le debo...
D. Cárlos. Sí, porque mi padre era
Gran servidor de esta casa.
¡Ay, Tristan, si me entendiera!
Leonor. Aun no me acordaba de eso.
D. Cárlos. Si es, porque estando en la
El otro dia, á un hidalgo, [Iglesia
Que habló mal en vuestra ausencia,
Le dije lo que sentia,
Fué respeto á vuestras prendas.
Tristan. No entiende mas que una burra.
Leonor. Que propio es de la nobleza,
Disimular los favores,
Y encubrir las gentilezas.
Esto digo...
D. Cárlos. Muerto estoy.
Leonor. Porque si por él no fuera,
Ya no tuviérades prima.
D. Fern. Cárlos se turba y altera,
Y Leonor dice que debe
Tanto á Cárlos. ¿Mas qué fuera
Que Leonor fuera Casandra?
D. Cárlos. Dejadlo, por vida vuestra.
Leonor. ¿Pues no es mejor, que mi primo
Sepa y conozca la deuda
En que mi vida os está?
D. Fern. Sí, prima, porque agradezca
Un beneficio tan grande.
Tristan. ¡Vive Cristo, que revienta
Por desbuchar el secreto,
Como si una purga fuera!
Leonor. Digo pues...
D. Fern. Decid, decid.
Leonor. Que por la verde cenefa
Iba del rio una tarde
En mi coche, bien agena
Del daño...
D. Fern. Ya sé la historia.
Tristan. Metió los dedos, ya es fuerza
Echar hasta las entrañas.

D. Fern. Ya sé que el coche sin rienda
Se entró por el agua, y luego...
D. Cárlos. ¡Hay desdicha como aquesta!
¡Que no lo avisase antes! [*ap.*
D. Fern. En los brazos casi muerta
Al prado os restituyó
Sin color la primavera.
Todo lo sé, que las cosas
Que tocan en gentilezas,
Antes de hacerse se saben:
Y así, por tan gran fineza,
Dadme los brazos. No os vais (*A Cárlos ap.*)
(De cólera el alma tiembla)
Porque he menester mataros.
D. Cárlos. ¿Matarme?
D. Fern. Sí.
D. Cárlos. No lo creas,
Porque vive mucho un pobre
Cuando de vivir le pesa.
Leonor. Venid, primo, á descansar.
No sé qué me piense, Estela,
De este abrazo.
Est. Que no es bueno.
Leonor. Pues échate esta antepuerta,
Y vete, que quiero ver
Si fué cierta mi sospecha.
Est. Bien me ha parecido el primo,
Quiera Dios que por bien sea.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, DON CÁRLOS, TRISTAN Y LEONOR AL PAÑO.

D. Fern. ¿Fuéronse ya?
D. Cárlos. Ya se fueron.
D. Fern. Con los hombres de mis prendas,
No se usan en la honra
Tan viles estratagemas.
D. Cárlos. Yo soy don Cárlos Osorio.
D. Fern. Yo don Fernando Centellas.
D. Cárlos. Este patio no es campaña,
Ni esa calle es alameda.
D. Fern. Pues por eso quiero yo
Ir á parte, donde pueda
Hablar con menos testigos.
D. Cárlos. Pues seguidme.
Leonor. Ahora entra *ap.*
Mi papel. ¿Adónde bueno?
D. Fern. Como soy nuevo en Valencia,
A don Cárlos le rogaba
Me llevase donde viera
Alguna cosa.
Leonor. Es temprano,
Porque aun estais con espuelas.
D. Fern. Fáciles son de quitar.
Leonor. Es tarde, y mi padre cena
En anocheciendo Dios.
D. Fern. Pues despues...
Leonor. ¡Qué linda flema!
Al punto habeis de acostaros.
Cárlos, aquella es la puerta
De la calle; y por aquí (*A Fernando.*)
Se va á vuestro cuarto: ea,
Idos vos, y quedaos vos;
En mi casa estais, paciencia.
D. Fern. Mañana...
D. Cárlos. Ya entiendo.
D. Fern. A Dios.
¿Es por aquí la escalera?
Leonor. Sí, primo.
D. Fern. Pues voy delante. (*Vase.*)
Leonor. Y yo tras vos. Cárlos, llega.
D. Cárlos. ¿Fuése?
Leonor. Sí: despues te aguardo.
Tristan. Aténgome á esta pendencia.
Leonor. Ahora no puedo mas:
Dios te guarde.
D. Cárlos. Noche, vuela.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Leonor.

ESTELA É INES.

Est. Ines, déjame conmigo
De mí misma murmurar;
Déjame á solas llorar
Esta locura que sigo.
¡Ay, Ines!
Ines. ¿Pues en qué estado
Tienes, señora, tu amor?
Est. En que Cárlos con Leonor
De palabra está casado;
Mi primo, aunque receloso,
Como este secreto ignora,
A Leonor sirve y adora:
Mi tio mas rigoroso,
Sin prudencia ni razon
La quiere casar con él:
Leonor le teme cruel
Por su fuerte condicion.
Cárlos duda se la den,
Aunque á su padre la pida;
Que es la pobreza encogida,
Y mas en hombre de bien:
Y yo (¡ay triste!) por no hablar
Con peligro de Leonor,
Muerta de envidia y de amor,
De zelos y de pesar,
Amo, adoro, busco y quiero,
Solicito, llamo, sigo

A un traidor, á un enemigo,
Por quien vivo, y por quien muero.
Ines. ¿Pues di, sabiendo Fernando
Todo el suceso del rio,
Pretender no es desvarío,
Lo que está Cárlos gozando?
Est. Él no sabe que la goza,
Y ya sobre esto riñeron,
Y allá se satisfacieron.
Nunca (¡ay Dios!) de Zaragoza
Viniera aqueste traidor.
Ines. Sí, pero si mi señora
A Cárlos quiere y adora,
Por fuerza su honesto amor
Ha de venir á lograrse.
Est. ¿Qué importa, si don Fernando
En Leonor está adorando?
Ines. Todo cesa con casarse.
Est. ¡Ay, Ines! Pluguiera al cielo,
Aunque despues me costára
La vida... Pero repara
En que en aquel entresuelo
Siento ruido.
Ines. Muerta estoy.
Est. ¡Válgame Dios! ¿qué será?

ESCENA II.

DICHAS, DON CÁRLOS Y TRISTAN ALBOROTADOS.

Ines. Dos hombres vienen acá.
Est. Turbada y medrosa estoy.
D. Cárlos. Tristan, Estela está aquí.
Tristan. Di que nos escondan presto,
Que yo tirito.
Est. ¿Qué es esto?
D. Cárlos. No lo sé, ni sé de mí,
Solo sé, que estando hablando
Con mi esposa (¡ay Dios!) llegó
Su padre.
Est. ¿Vióte?
D. Cárlos. No vió,
Porque corriendo, volando
A otro cuarto me pasé,
Y una escalera que ví
En dos saltos la subí,
Y la mayor suerte fué
Llegar aquí... Mas por Dios,
Que aun no estoy seguro aquí,
Que los dos vienen allí.
Est. Pues entrad aquí los dos.

ESCENA III.

ESTELA, INES, LEONOR, DON PEDRO, Y DON CÁRLOS Y TRISTAN AL PAÑO.

D. Pedro. Aparte quiero hablarte.
Leonor. Muerta vengo, *ap.*
Color apenas en el rostro tengo.
¿Si vió mi padre á Cárlos cuando huia?
¡Ay, esposo! ¡Ay, amor! ¡Ay, triste dia!
¿Si estará ya en la calle?
Est. ¿Prima?
Leonor. ¿Estela?
D. Pedro. Retírate allá un poco.
Est. Soy tu esclava.
Leonor. Señor, aquí me tienes.
D. Pedro. Pues escucha.
Leonor. Mi turbacion con mi peligro lu-
D. Cárlos. ¡Ah, quién la oyera! [cha. *ap.*
D. Pedro. Yo ya estoy cansado,
Colérico, mohino y enfadado,
Leonor, de vuestras cosas.
Leonor. Si te han dicho, señor...
D. Pedro. ¿Qué han menester decirme? si á esa puerta,
(Así mi noble honor se desconcierta)
Hay espadas, hay sangre, y hay heridas,
Quizá por vuestra causa recibidas;
Y aunque entonces esteis vos en la cama,
Espadas á la puerta de una dama,
Son como tiro de alcabuz valiente,
Que el efecto que hace no se siente
Donde dispara, si no es adonde pára.
Ya me entendeis, la consecuencia es clara,
Yo he venido á entender, y aun me lo han dicho
(Quizá fué presuncion, ó fué capricho)
Que Cárlos os festeja para esposa.
Leonor. Señor...
D. Pedro. No lo he creido, porque es cosa
Que no lleva camino; que á ser cierta,
No digo emparedada, sino muerta
Os habia de ver este mozuelo
Antes que se lográra su desvelo.
¿Con un pobre? ¡Por Dios, gentil marido!
Leonor. ¿Quién lo dijo, señor?
D. Pedro. No lo he creido.
No me satisfagais. ¿Pero quién duda,
Que pensais, Leonor, que estas razones
Se encaminan á hacer que de Fernando
Se concluya el tratado casamiento?
Pues no, Leonor, que mas dichoso aumento
El cielo os ha buscado.
D. Cárlos. ¿De qué tratan?
Trist. ¿Quién duda que será de nuestra [muerte?
Mas nada puede oirse.
D. Cárlos. ¡Ay, triste suerte!
Trist. Reconciliando están.
D. Cárlos. Y yo estoy loco.
Trist. ¿Tú no lo oyes?
D. Cárlos. No.
Trist. Pues yo tampoco.
D. Pedro. Mirad, hija, mirad; Astolfo, digo,
El conde de Belflor...

Leonor. Y mi enemigo. *ap.*
D. Pedro. Esta mañana me llamó.
Leonor. ¿A qué efeto?
D. Pedro. A efecto de casarse.
Leonor. Es muy discreto:
¿Y con quién quiere el conde?
D. Pedro. Con vos quiere.
Leonor. Aquí del todo mi esperanza
D. Pedro. Así lo dijo. [muere. *ap.*
Leonor. ¿Y vos qué respondistes?
¡Ay trágica hermosura! ¡Ay ojos tristes! *ap.*
D. Pedro. ¿Qué habia de responder? sino
Llano todo su gusto, y que ganaba [que estaba
Mi calidad en esto, pues queria
Pasarla de merced á señoría.
Verdad es que Fernando ha de sentirse,
Agraviarse, correrse, y desabrirse;
Pero no importa, no, que mi provecho
Es primero que todo.
Leonor. Aquesto es hecho. *ap.*
D. Pedro. ¿Qué dices? ¿qué respondes?
¿qué murmuras?
Leonor. Señor... ¡Confusa estoy! Si aquí
confieso *ap.*
¡Ay, dulce bien! que pierdo por tí el seso,
Mas que obligarte viene á ser perderte,
Siendo instrumento de mi triste muerte;
Pues consentir en la palabra dada,
Es tomar contra mí tambien la espada:
Mejor es, mejor es, yo me resuelvo
A decir, aunque miento, que á mi primo
Quiero, adoro, respeto, amo, y estimo,
Y así podré escusarme sin perderme,
Y mas honestamente defenderme.
Digo, señor...
D. Pedro. ¿Qué dices?
Leonor. Que no puedo,
Aunque á tus amenazas tengo miedo,
Dejarme de ofender de tus razones,
Pues á mi costa la palabra pones.
Est. Ahora habla Leonor.
D. Cárlos. Y de manera,
Que el eco puede oirse.
D. Pedro. Ya me altera
La disculpa.
Leonor. Pues oye la disculpa,
Y verás que mi amor no tiene culpa:
En cuanto á lo de Cárlos...
Est. Cárlos dice.
Leonor. Me corro de que pienses que mi
Mi gala, mi valor, y mi albedrío, [brio,
A un hombre se rindiese, que no vale,
Aunque á su ser con su pobreza iguale,
Para ser escudero de tu casa.
Est. ¿Oyes aquello?
D. Cárlos. El alma se me abrasa.
Leonor. Perdonad, Cárlos mio, estos
agravios, *ap.*
Que aunque á la posta pasan por los lábios,
El amor que en escrúpulos repara,
Que miento está diciéndome en la cara.
En cuanto al casamiento que me dices,
No es bien, padre y señor, te escandalices
De que á mi primo quiera bien, que el trato
Siempre con el amor comió en un plato:
Tú me dijiste que á Fernando amase,
Porque un lazo de amor nos enlazase;
Miréle bien, y consentí en el lazo.
Trist. Por allá viene ahora el ramalazo.
Leonor. Yo le adoro en efecto, yo le adoro:
Perdona si á tu ser pierdo el decoro,
Porque el amor cuando en locura toca,
Es calentura, y sálese á la boca. [viada!
Est. ¡Cielos, yo soy la muerta y la agra-
Trist. ¿Y mi amo, quedóse en la posada?
D. Pedro. ¿En fin, Leonor, á don Fer-
nando quieres?
Leonor. Tú lo mandaste.
D. Pedro. ¡Qué obediente que eres!
Leonor. Soy hija tuya en fin. Valióme el
arte. *ap.*
D. Pedro. Pues no, Leonor, no tengo de
forzarte;
Pero pues dices que á Fernando adoras,
Puesto que nada con su amor mejoras,
Luego te has de casar.
Leonor. ¿Pues porqué luego?
D. Pedro. Porque me cansan tantas dila-
Y es andar la opinion en opiniones; [ciones,
Fuera de esto, Leonor, viéndoos casada,
Cumplo tambien con la palabra dada;
Pues con decir á mi pesar se ha hecho,
Queda el conde seguro y satisfecho,
Contento mi sobrino, yo sin susto,
Y vos, hija, casada á vuestro gusto.
Leonor. ¡Tal tenga la salud quien mal
me quiere! *ap.*
Ya no hay remedio que en mi mal espere.
Est. Cárlos, difunta estoy.
D. Cárlos. Y yo sin vida.
D. Pedro. Por don Fernando estoy.
Leonor. ¡Ay, homicida! *ap.*
D. Pedro. ¿Parece que os turbais?
Leonor. Haste engañado,
Que solo tu respeto me ha turbado.
D. Pedro. Ven, sobrina, conmigo, por-
Informarme de tí. [que quiero
D. Cárlos. ¡Cielos, hoy muero! *ap.*
Est. Sin alma voy. ¿Y Cárlos, prima mia?
Leonor. En el alma se está, como solia.
Est. Mira que soy muger, y que te he oido,
Y aun Cárlos.
Leonor. ¿Cómo Cárlos?
Est. De esta suerte.
Leonor. ¿Si escuchó la sentencia de su
muerte?

Est. ¿Cómo escuchar? El alma se le abrasa.
D. Cárlos. Ya rabio por salir de aquesta [casa.
Est. Cárlos, á Dios.
D. Pedro. ¿No vienes?
Est. Ya te sigo. (*Vanse.*)
Leonor. Cierra tú de camino ese postigo,
Y tú, ponte á la puerta.
Trist. ¿Ines, es hora?
Ines. Ya pienso que se fué, salid ahora.

ESCENA IV.

LEONOR, DON CÁRLOS, INES Y TRISTAN.

D. Cárlos. Muerto salgo.
Leonor. ¿Pues, señor?
Trist. No hay señor: ¡lindo entremes!
Leonor. Claro está que habreis oido
Mis locuras, mas tambien
Sabreis el fin que me mueve.
D. Cárlos. Si, Leonor, todo lo sé.
¿Fuése ya el señor don Pedro?
Leonor. Seguro estais, ya se fué.
D. Cárlos. Pues perdonad, porque tengo
Cierto negocio que hacer,
Y no puedo detenerme.
Ven, Tristan. Aparta, Ines.
Leonor. ¿Tan de priesa es el negocio?
D. Cárlos. Es fuerza hablar al virey
Sobre pretensiones mias.
Leonor. Bien estoy con que le hableis;
Pero no yéndoos así.
D. Cárlos. ¿Pues cómo? ¿Cómo ha de [ser?
Leonor. Diciéndome: dueño mio,
Leonor, esposa, muger,
O aquellas cosas que amando
Los hombres decir sabeis;
Yo tengo una ocupacion,
Luego, luego volveré:
Y eso no tan mesurado,
Con los ojos en los piés,
El rostro descolorido,
Necio de puro cortés,
Cortés de puro enojado,
Y enojado de cruel.
Trist. Tiene razon que le sobra.
Leonor. ¿Pues en qué, Tristan, en qué?
D. Cárlos. En nada, vamos de aquí.
Leonor. No harás tal, que he de saber
Primero porqué te vas.
D. Cárlos. ¿Porqué me voy? Por querer.
Leonor. Eso no, que si es culpando
Mi voluntad y mi fe,
Por aborrecer será;
Pero yo sabré el porqué,
Aunque me cueste dar voces.
D. Cárlos. Pues para que no las des,
Por vida...
Leonor. No jures mas.
D. Cárlos. Tuya, Leonor, que esta vez
No he de ser tan ignorante,
Que mi infamia y tu desden
Llegue á contarte yo mismo.
Leonor. Pues aparta, aparta, Ines;
Ahora prueba á salir.
D. Cárlos. Aunque te pese saldré.
Leonor. Pues por vida de los dos,
Que por aquí no ha de ser.
D. Cárlos. Deja, déjame salir.
Leonor. Desenojado, sí haré.
D. Cárlos. ¿No ves que juré tu vida?
Leonor. ¿No ves que las dos juré?
D. Cárlos. ¿No ves que juré primero?
Leonor. ¿Y eso qué importa?
Trist. Tened,
Que yo quiero concertaros:
¿Qué es lo que juraste?
D. Cárlos. ¿Qué?
De no decírselo á ella.
Trist. Pues vuélvete á la pared,
Y cuéntalo á esos damascos,
A tí mismo, á mí, ó á Ines,
Como si fuera á Leonor,
Y tú, en oyendo el papel,
Danos pan y callejuela.
D. Cárlos. ¿Y así no vendré á romper
El juramento?
Trist. No, digo.
D. Cárlos. Pues óyeme tú, cruel,
Traidora, frágil, mudable,
Sin efecto te adoré.
Trist. Mucho fué con esta cara...
D. Cárlos. Y si sabes que despues...
Trist. Esto huele á chamusquina.
D. Cárlos. De tu hermosura gocé...
Trist. Seria lampiño entonces.
D. Cárlos. Cómo, pues, ingrata...
Trist. Ines,
Ponte aquí, que juro á Dios,
Que aunque esto de burlas es,
Estoy rabiando por verme
Arrimado á la pared;
Porque temo que mi amo,
Segun está portugues,
Se engañe con mil dimoños,
Puesto que claros esten
En los ceros de la cuenta,
Y me requiebre, sin ver
Que soy sibila barbada,
Y tan macho como él.
Ines. Pues ponte tú en mi lugar.
Trist. Y cómo que me pondré.

(*Múdanse los dos.*)

Leonor. Pasa, Cárlos, adelante.
Trist. Eso sí, por allá dé

El rayo.
Ines. Ya yo te escucho.
D. Cárlos. Digo, pues, fácil muger...
Leonor. Sabe Dios que no es verdad.
D. Cárlos. ¿Cómo no, si te escuché
Decir de mí mil afrentas?
Leonor. Amor fué, que no desden.
D. Cárlos. Y decir que á mi enemigo
Amabas, ¿qué pudo ser?
Leonor. Entretener á mi padre.
D. Cárlos. ¿Y esperar á que con él
Vuelva para que te cases?
Leonor. Resolucion suya fué.
D. Cárlos. ¿Y decirle tú que sí?

(*Vuelve á ella.*)

Leonor. Fué respeto, no querer.
D. Cárlos. ¿Y quieres que aguarde yo
A que vuelva, y tú despues
Entre obediente y turbada,
Ya azucena, ya clavel,
Des la mano á don Fernando?
Que eso de darla sin fe,
Es consuelo del agravio,
Pero al fin, agravio es.
Llegará tu padre airado,
Y don Fernando con él;
Aquí está vuestro marido,
Te dirá con altivez,
Y tú, torciendo las manos,
Vuelto en nieve el rosicler,
Muda, torpe y encogida,
Aunque adorándome estés,
Por haberle dicho ya
Que á tu primo quieres bien,
Ni responderás turbada,
Ni tendrás que responder,
Quedándote como arroyo,
A quien el hielo tal vez,
Embargó todo el aljófar,
Haciendo á medio correr,
Que fuese plata labrada,
Y detenido papel,
Lo que fué vidrio con voz,
Y carámbano con piés.
O por fuerza, ó por alhago
(Claro está) vendrá á vencer
Tu padre, que es padre, en fin;
Y yo, desde aquel cancel,
Muerto, zeloso, y confuso,
La sentencia escucharé
De mi muerte, pues mi muerte
Estará en llegando á ver;
Y sin apelar (¡ay Dios!)
De esta rigurosa ley,
De este golpe inescusable,
De esta pena descortés,
A tribunal mas piadoso,
A mas favorable juez,
Que mi propio corazon,
Como el que abrasar se ve
En las llamas de su afecto,
A mi corazon diré:
Arded, corazon, arded,
Que yo no os puedo valer.
Leonor. Agora escucha.
Trist. ¡Gran mal!
Leonor. ¿Cómo?
Trist. Como viene...
D. Cárlos. ¿Quién?
Trist. Nuestro suegro.
D. Cárlos. ¿Estás contenta?
Leonor. ¿Pues yo qué he podido hacer?
Trist. Ya atraviesa el corredor.
Leonor. Presto, vuélvete á esconder.
D. Cárlos. ¿Qué es esconder? ¡Vive el
Leonor. Eso es echarme á perder, [cielo!
Y aun perderme para siempre.
Trist. Ya pasa como un lebrel
A esotro cuarto.
Leonor. Bien mio...
Trist. Ya el sombrero se le ve;
Apriesa, cuerpo de Cristo.
Leonor. ¿No me harás esta merced?
D. Cárlos. No, Leonor.
Trist. Ya se apropincua.
Ines. Tu temor te da á entender
Que viene.
Leonor. ¿Luego no viene?
Ines. No, pero tu primo y él
Están hablando.
Trist. Es verdad;
Pero ya á mi parecer,
O al parecer de mi miedo,
Llega como un lucifer,
Ya nos ve, ya nos degüella,
¡Qué buen pulso! de un reves;
Ya pedimos confesion:
Ya llaman á fray Miguel,
A fray Juan ó fray Gerundio;
Ya doy el postrer vaiven;
Ya me llevan entre dos,
Y de camino tambien
Me espulgan las faltriqueras,
Por si hay algo que barrer.
Ya me desnuda una vieja,
Y con estopas y pez
Calafatea el postigo
Que nunca el sol pudo ver.
Ya me hilvana con anteojos,
Ya me tiran de los piés,
Ya me zampan como un galgo
En la tumba de alquiler.
Ya la cruz de la parroquia
Viene protestando, que
No ha de escapar un instante,

Aunque se lo mande el rey.
Ya los clérigos empiezan
El no me le recordeis,
Ya me levantan en hombros,
Ya encienden, si hay que encender;
Ya dan conmigo en la iglesia,
Ya deslian el fardel,
Ya me bajan á lo fresco,
Ya me machacan la sien;
Ya los amigos se van,
Porque es hora de comer,
Ya no hay Tristan en el mundo;
Y así por guardar la piel,
Porque no me dejen solo,
Ni dar que llorar á Ines,
Dejándola en mi lugar,
Y posteando al reves,
Me zambullo de gazapo,
Por siempre jamas, amen.
Ines. Señora, ya se despiden.
Trist. Amo del demonio, ven.

(*Escóndese haciendo figuras.*)

Leonor. Cárlos, por amor de mí.
D. Cárlos. ¿Por tí, Leonor, qué no haré?
Leonor. Tú verás que te lo pago
Con el alma.
D. Cárlos. Yo entraré,
Pues tú quieres, á morir,
A callar, á padecer,
A sufrir, á reventar,
Y á decir, Leonor, tambien
A los ojos que lo saben,
Y al corazon que lo ve:
Arded, corazon, arded,
Que yo no os puedo valer.

ESCENA V.

LEONOR, INES, DON PEDRO, Y CÁRLOS Y TRISTAN AL PAÑO.

D. Pedro. ¿Hija?
Leonor. ¿Señor?
D. Pedro. Ya tu primo
Se viste.
Leonor. ¿Pues para qué?
D. Pedro. Para que le des la mano.
Leonor. Ya estoy de otro parecer.
D. Pedro. ¿Qué dices?
Leonor. No te apasiones:
(Dulce amor, ayúdame) *ap.*
Yo lo he mirado mejor,
Y aunque parezca muger,
Esto de ser señoría
Tiene, tiene un no sé qué,
Que me ha brindado el deseo,
Por ser tu gusto, y por ser
Aumento de nuestra casa.
D. Pedro. ¡Así como quiera es!
Veinte mil ducados tiene
De renta.
Leonor. ¿Luego hago bien?
D. Pedro. Con los brazos te respondo:
Loco estoy, abrázame,
Abrázame muchas veces.
D. Cárlos. ¡Qué presto cayó en la red!
Trist. Como á indio le ha engañado
Con figuras de oropel.
D. Pedro. Hija, yo le voy á hablar.
Leonor. Sí; pero aquesto ha de ser
Con prudencia y con espacio,
No piense que el interes
Nos obliga solamente.
D. Pedro. Ya te entiendo, dices bien.
Leonor. Cueste, cuéstele cuidado.
D. Pedro Yo sé que responderé
A tu gusto.
Leonor. Dios te guarde.
D. Pedro. Y á vueseñoría dé
La salud que le deseo.
Leonor. ¿Señoría? Presto es.
D. Pedro. En profecía te llamo
Lo que despues has de ser.
Loco de contento voy. *ap.*
D. Cárlos. ¡Oh codiciosa vejez!
D. Pedro. ¿Y dime, por ser tu padre,
No me han de llamar tambien
Señoría?
Leonor. Claro está.
D. Pedro. Pues á Dios, hasta despues.

(*Vase don Pedro muy grave.*)

ESCENA VI.

LEONOR, INES, DON CÁRLOS Y TRISTAN.

Leonor. Ya pasó del corredor.
Trist. Desalcobémonos, pues,
Que ya estoy abochornado.
D. Cárlos. Dadme, señora, los piés.
Leonor. ¿Estás ahora contento?
D. Cárlos. Estoy como quien se ve
Resucitar de la muerte.
Leonor. ¿No hice bien mi papel?
D. Cárlos. Es ingenioso el amor.
Leonor. No hay saber como querer.
D. Cárlos. No hay querer como obligar.
Leonor. Pues esta es mi mano; ve,
Ve de presto, y tráeme aquí
Licencia para poder
Desposarnos de secreto,
Que antes de un hora has de ser...
D. Cárlos. ¿Qué, Leonor?
Leonor. ¿Qué? Mi marido.
D. Cárlos. Esclavo tuyo seré,
Pues pobre quieres quererme,

Pudiendo ser...
Leonor. Cárlos, ven,
No pases mas adelante.
D. Cárlos. Solo es esto agradecer.
Leonor. Con voluntad todo sobra,
Porque es muy rico el placer.
D. Cárlos. ¿Y sin ella?
Leonor. Todo falta.
D. Cárlos. Vivas mil años, amen.

ESCENA VII.

ESTELA Y DON FERNANDO.

D. Fern. Estela, así Dios te guarde,
Que no puedo mas conmigo.
Est. Rosa del sol soy contigo.
D. Fern. Sí; pero saliste tarde.
Est. Todo al amor es posible.
D. Fern. Yo te quisiera querer;
Pero ya no puede ser,
Que es mi pasion invencible.
Est. Fernando, yo no te pido
Que me quieras.
D. Fern. ¿Pues qué quieres?
Est. Que procures, si pudieres,
Porque te importa su olvido,
Olvidarte de Leonor.
D. Fern. ¿Cómo puedo?
Est. Imaginando
Imperfecciones; que cuando
Llega á pensar el amor
Fealdades, ya está vecino
A no ser amor; y así,
Para agradarte de mí,
Puedes tambien de camino
Pensar que soy la muger
Mas bella del mundo; mira,
Alaba, encarece, admira,
Aunque sea sin querer,
La hermosura de mi boca;
Piensa que en distancia breve,
Es cinta de grana y nieve;
La frente, cristal de roca;
Ramillete las mejillas
De azahar y nácar mezclados;
Las cejas arcos pintados,
Y las manos maravillas;
Los ojos claros espejos
Donde el amor se retrata;
La garganta tersa plata,
De cuyos blancos reflejos
Tiene envidia el sol, y así
Podrá, Fernando, tu amor,
Lo que quitare á Leonor,
Darme de barato á mí.
D. Fern. Alto, pues, yo quiero hacello,
Desde aquí doy en amarte,
Mírote parte por parte.
Est. ¿Qué dices de este cabello?
D. Fern. Bueno está; ¿pero Leonor,
Cuando hace trenza del pelo,
No se toca para el cielo?
Est. ¿Y eso es olvidar, traidor?
D. Fern. Ah, sí, yo me enmendaré,
¡De buena mano está el rizo!
¿Es postizo?
Est. ¿Qué es postizo?
D. Fern. Perdona, que yo pensé
Que eran trenzas levadizas,
Que aunque muchos las escusan,
He sabido que se usan
Hasta las barbas postizas.
¡Buenas manos!
Est. El jabon
Y el pan de almendra lo hacen.
D. Fern. Ellas hermosas se nacen:
Pues la hechura...
Est. Manos son;
El guante las arrebola,
Y las conserva el calor.
D. Fern. Prométote que Leonor
(Y aquesto con agua sola)
Tiene las mejores manos...
Est. Basta ya, que ya me has muerto.
D. Fern. No me acordé del concierto.
Est. Mis pensamientos son vanos;
Mas viven, traidor, los cielos,
Que pues en zelos me abraso,
Que has de pasar lo que paso,
Y he de abrasarte de zelos:
Vive Dios, que has de saber
(Leonor, perdone tu honor) *ap.*
Que Cárlos goza á Leonor.
D. Fern. No es gozar de una muger
Hacer de su amor empleo,
Y amar lo que todos aman
Cortesmente, que esto llaman
En la corte galanteo.
Est. Yo no sé la propiedad
De este vocablo discreto;
Pero solo te prometo,
Y esto con toda verdad,
Que Cárlos...
D. Fern. Di lo demas.
Est. Suele hablar (escucha atento)
Con Leonor en su aposento,
Y de noche... (*Hace que se va.*)
D. Fern. ¿Dónde vas?
Est. A preguntar á Leonor,
Porque saberlo deseo,
Si es aquesto galanteo.
D. Fern. No es sino infamia y rigor.
Est. Pues mira con mas nobleza,
Fernando, cómo te casas;
Porque hay casos en las casas,
Que salen á la cabeza.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO.

Mírase herido un hombre, y porque sea
La herida mas oculta, diligente
Un paño blanco pone á la corriente,
Para que en él se empape, y no se vea.
Pero la sangre que salir desea,
Lo viene á descubrir mas claramente;
Porque el color secreto no consiente,
Y la sangre lo blanco señorea.
Viendo que estoy herido de desvelos,
Para tapar, Estela, tanto daño,
Desengaños les pone á mis recelos:
Pero decidle, cielos, que es engaño;
Que si es la herida amor, y el paño zelos,
Mas se ha de ver la sangre con el paño.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

DON CÁRLOS Y TRISTAN, DE NOCHE.

D. Cárlos. Muy presto habemos venido.
Tristan. De tu amor tu prisa nace.
D. Cárlos. No importa, que oscuro hace.
Tristan. ¿Ya estarás arrepentido
De haberle dado á Leonor
Aquel disgusto?
D. Cárlos. Tristan,
Licencia los zelos dan,
Que es colérico el amor;
Mas ya ceso en mi sospecha,
Pues el estar desposados
Me quita de estos cuidados.
Haz la seña.
Tristan. Ya está hecha,
Y á la ventana está Ines.
D. Cárlos. Pues pregunta si hay lugar
De entrar.
Tristan. Voilo á preguntar.
Ce.

ESCENA X.

DICHOS É INES A LA VENTANA.

Ines. ¿Es Tristan?
Tristan. El mismo es.
Ines. ¿Y tu señor?
Tristan. Allí aguarda.
¿Y tu señora?
Ines. Ya viene,
Que cuidadosa la tiene.

(*Leonor á la ventana.*)

Leonor. La voluntad nunca tarda;
Dile á tu señor que venga,
Que ya está su esposa aquí.
D. Cárlos. ¿Es mi esposa?
Leonor. Cárlos, sí;
Que es bien que este nombre tenga
Quien á tanto se ha atrevido.
D. Cárlos. ¿Es hora?
Leonor. Temprano es,
Mas no importa; ve tú, Ines,
Y mira si se ha dormido
Mi padre.
Ines. Yo lo sabré. (*Vase.*)
Leonor. Tú, señor, espera abajo,
Que ya voy.

ESCENA XI.

DON CÁRLOS, TRISTAN Y DESPUES EL CONDE.

D. Cárlos. Ese trabajo
Pondré á cuenta de mi fe,
Como si fuera, Tristan,
Aquesta la vez primera
Que sus brazos mereciera.
¡Estoy loco!
Conde. Por galan
Y marido á rondar vengo
A Leonor, digo, á mi esposa;
Ella es noble, y es hermosa,
Bastante disculpa tengo;
Y fuera de aquesto ha sido
Mas que amor, tema y enfado,
Pues basta haberlo intentado
Para haberlo conseguido.
D. Cárlos. ¿Qué dices?
Tristan. Que siento gente.
D. Cárlos. ¡Válgame Dios! ¿Quién será?
¿Si es la justicia que va
Buscando algun delincuente?
¿Si es Fernando, que por dicha
No se habia recogido?
Tristan. Hácia aquella parte hay ruido.
D. Cárlos. Ello ha sido mi desdicha;
Mas en todo caso es bien
Que no nos topen aquí.
Tristan. ¿Pues qué haremos?
D. Cárlos. Ven tras mí,
Hasta esotra calle, ven,
Daremos lugar con esto
Para que adelante pase
Quien fuere.
Tristan. Y si se quedase,
¿Qué remedio?
D. Cárlos. Volver presto.

ESCENA XII.

EL CONDE, UN CRIADO Y LEONOR QUE BAJA A LA PUERTA.

Criado. ¡Por Dios que lo han hecho bien!
Conde. ¿Cómo así?
Criado. Como se fueron.
¡Gentil gallina comieron!
Leonor. Bien podeis entrar, mi bien:
Ya la casa está segura.
Criado. ¿Oyes aquello?
Conde. ¡Por Dios,
Que esperaban á los dos!
¡Linda ocasion! ¡gran ventura!
Que yo soy quiero fingir
El llamado.
Criado. Bien harás,
Y así el misterio sabrás.
Conde. Pues mientras vuelvo á salir
Retírate de esa gente,
Y desde lejos podrás
Esperarme.
Criado. Bueno va.
Conde. La ocasion me hace valiente.

(*Entrase el conde y vase el criado.*)

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS Y TRISTAN.

Tristan. Buenas nuevas.
D. Cárlos. ¿Cómo así?
Tristan. O se fueron, ó pasaron,
Porque la calle dejaron.
D. Cárlos. Bien hice en irme de aquí.
Tristan. A la puerta hay ruido, ¿llamo?
¿Qué digo? moza, ola, Ines.
Ines (*dentro*). ¿Diga su nombre, ¿quién es?
Tristan. Tristan soy.
Ines. ¿Pues con tu amo
No pudiste entrar ahora?
Tristan. No pude, que mi señor
Aun no ha entrado.

ESCENA XIV.

DICHOS É INES.

Ines. Buen humor
Gastas, si con mi señora
Va Cárlos por la escalera.
Tristan. Engaño y desdicha fué.
D. Cárlos. ¿Muger, qué dices?
Ines. No sé.
D. Cárlos. ¿Qué te alborota y altera?
Ines. Señor, gran mal.
D. Cárlos. ¡Ay de mí!
Ines. Un hombre..
D. Cárlos. Acaba.
Ines. Llegó
Cuando mi señora abrió.
D. Cárlos. ¿Y entró dentro?
Ines. Señor, sí.
D. Cárlos. ¿Pues qué aguardo? Muerto soy.
Ines. Advierte...
D. Cárlos. Nadie me hable.
Tristan. ¡Brava desdicha!
Ines. ¡Notable!
D. Cárlos. Sígueme. ¡Sin alma voy!

ESCENA XV.

Sala en casa de Leonor.

LEONOR SIN CHAPINES TRAE DE LA MANO AL CONDE Y CIERRA LA PUERTA.

Leonor. Ya, Cárlos mio, podeis
Descansar, y descubriros,
Ya no es posible sentiros:
Mi padre, como sabeis,
Queda acostado; mi primo
Tambien en su cuarto está,
Nadie ofenderos podrá,
Y fuera de eso, yo estimo
Tanto, señor, vuestra vida,
Que la mirára y guardára
Con los ojos de mi cara,
Antes que verla ofendida.
Una palabra siquiera
No habeis hablado, señor;
¿Pues porqué tanto rigor,
Siendo yo la que debiera
Estar quejosa? Mis ojos,
No trateis, no, de agraviarme,
O por mi fe de enojarme... (*Llaman dentro.*)
Mas, ¡ay cielo! O son antojos,
O siento en la puerta ruido.

(*Detiénela el conde.*)

Conde. Deten el paso veloz.
D. Cárlos. Abre, Leonor.
Leonor. Esta voz
Es de Cárlos, ¡yo soy muerta!
¿Hombre, quién eres? ¿Qué has hecho?
D. Cárlos. Cárlos soy, tu esposo soy;
¿Qué aguardas?
Leonor. ¡Difunta estoy!
D. Cárlos. Abre, ó pasaréme el pecho;
¿Qué te detienes?
Leonor. ¿Qué haré?
D. Cárlos. Abre, ó en tantos enojos
Con el fuego de mis ojos
La madera abrasaré.
Leonor. Hombre, déjame.
Conde. Eso no.
Leonor. Cárlos, no puedo, aunque quiera.

D. Cárlos. Pues será de esta manera.

(*Derriba la puerta, y Cárlos cae encima lleno de polvo, y con la espada desnuda.*)

Conde. El postigo derribó.

ESCENA XVI.

DICHOS, DON CÁRLOS, INES Y TRISTAN CON LUZ.

Conde. En gran peligro me veo.
Leonor. Señor...
D. Cárlos. ¿Quién es aquel hombre?
Leonor. Escúchame, y no te asombre,
Que estoy mortal.
D. Cárlos. Yo lo creo.
Leonor. Bajé, señor, bajé, querido espo-
Si bien con pié medroso, [so,
Y con alma turbada,
Llevándome la luz esa criada,
Del balcon á la puerta:
¡Antes, pluguiera á Dios, me halláras muerta!
Llego al umbral, y con silencio grave
El hueco de la llave,
Si bien esfera angosta,
Busca la osada mano por la posta,
Y en la priesa se ofusca;
En fin, halla la mano lo que busca.
La llave aplico entre las sombras pardas,
Toco el muelle y las guardas,
Tiro hácia mí la puerta,
Para tí, mi señor, para tí abierta;
Y aquel hombre embozado
(¡Qué atrevimiento!) se me pone al lado.
Y yo con noble amor, con fe inocente,
Con alma diligente,
Con afecto vencido,
Con ansia viva, con siniestro oido,
Y con silencio atento,
Blanda le halago, tímida le tiento.
Él con engaño falsamente mudo,
Hecha la capa escudo,
El sombrero en la frente,
Y arrojada la vista al occidente,
Callando me acaricia;
Que le quitó la lengua otra codicia.
Con ambas manos las basquiñas prendo,
Por no hacer tanto estruendo,
Que el ruido de las sayas, aunque blando,
Cuando van sin chapines arrastrando,
Parece que al crugir la bordadura,
O publica el delito, ó le murmura.
Llegó á mi cuarto tropezando, y luego
Dejó el fingido fuego,
La luz apartó á un lado,
Que no busca la luz amor hurtado:
Yo segura del hecho,
A sus brazos me arrimo, no á su pecho.
Milagro fué, señor, yo lo confieso,
No hacer algun esceso,
Pasando como loca,
Siquiera de los brazos á la boca;
Que no habiendo embarazos,
Nunca el amor se contentó con brazos.
Pero viéndole (¡ay cielos!) en mi mengua
No despegar la lengua,
Presumiendo cobarde,
Que aun duraban los zelos de esta tarde,
Culpando sus enojos
Guardé los brazos, y reñí los ojos.
Estando, pues, mis inculpables labios
Feriando desagravios
Por amorosos truecos,
Escucho de tu voz los tiernos ecos,
Tan tiernos, que á los bronces
Vestir pudieran de dolor entonces.
En tanta confusion, en pena tanta,
Un nudo á la garganta
El fracaso me puso,
Y toda me turbé, que no está en uso
En tales ocasiones
Consentir á los miembros sus acciones.
Los piés turbados á la tierra asidos,
Los brazos descaidos,
Fatigado el aliento,
Ajado el nácar, y perdido el tiento,
A la primer pregunta,
Plaza pasé conmigo de difunta.
Como suele la oveja, á quien el lobo
Por trato doble ú robo
Prendió en sangrienta lucha,
Cuando los silbos del pastor escucha;
Así, yo que te oia,
Lloraba por seguirte, y no podia.
Asido de mis manos temerosas,
Rigurosas esposas
Con las suyas me pone;
¡Tanto su ciego error le descompone!
Hasta que tú resuelto,
La puerta arrancas en su polvo envuelto.
Esto es, señor, lo que hasta aquí ha pasa-
Si asomos de pecado, [do;
Si escrúpulos de culpa,
Si rastro de delito en mi disculpa
Hallas, rómpeme el pecho,
Si ya con el dolor no está deshecho.
Baña, señor, de púrpura caliente
Este pecho inocente,
Y esta vida que espira;
Rompe, acomete, pasa, hiere, tira:
Ya mi marido eres,
O me castiga, ó haz lo que quisieres.
D. Cárlos. Levanta, Leonor, del suelo;
Y tú, cualquiera que seas,

Que en mi deshonor te empleas,
En fe de ese ferreruelo,
Pide al cielo, que del cielo
Bajen alados querubes,
Que te lleven por las nubes
Hasta el undécimo muro;
Que de mí no estás seguro,
Si á los cielos no te subes.
Habla, ó sino, sin saber
Tu calidad, de tu vida
Seré sangriento homicida.
Conde. Ya es forzoso responder, *ap.*
Mas con industria ha de ser.
No es, Cárlos, tener amor
Aventurar el honor
De la dama.
D. Cárlos. Así lo entiendo;
¿Mas qué pretendes?
Conde. Pretendo
Que no le pierda Leonor;
Con cualquier suceso aquí,
Es cierto que se aventura;
No siendo aquí, está segura.
Leonor. Este es el conde, ¡ay de mí! *ap.*
D. Cárlos. Dices bien.
Conde. Pues ven tras mí,
Que mis criados están
Allá fuera, y te darán
La muerte.
Leonor. Cárlos, advierte
Que está mi vida, ó mi muerte
En tus manos.
D. Cárlos. Tú, Tristan,
Con Leonor puedes quedarte.
Leonor. Yo no he de quedar aquí,
Morir tengo junto á tí.
Trist. El triunfo salió de Marte.
Conde. ¿Vienes?
D. Cárlos. Ya voy á matarte.
Leonor. Esposo, señor, amigo...
D. Cárlos. ¿Tú defiendes mi enemigo?
Leonor. No, sino tu vida, ¡ay cielos!
D. Cárlos. No temas, porque mis zelos
Son muchos, y van conmigo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de selva.

DON CÁRLOS CON ESCOPETA, Y TRISTAN.

D. Cárlos. Vuelvo otra vez á abrazarte;
Pues, Tristan, ¿cómo te ha ido?
Trist. Muy bien, aunque mal comido.
D. Cárlos. Solo tu amor fuera parte
Para darme muy buen dia.
Trist. Bien malos los tuve allá.
D. Cárlos. ¿Dime, dime, cómo está
Mi Leonor, el alma mia,
Mi esposa, y todo mi bien?
Trist. Con salud, aunque muy triste.
D. Cárlos. ¿Qué, la hablaste? ¿Qué, la [viste?
Trist. Con los ojos.
D. Cárlos. ¡Qué mas bien!
Véndeme, Tristan, los ojos,
Pues con ellos la miraste;
Dame la luz que gozaste.
Trist. Favores me dió á manojos;
Así de comer me diera,
Que vengo medio difunto.
D. Cárlos. Cuéntame punto por punto,
Como llegaste á su esfera.
Trist. Pues escucha: yo llegué
A Valencia...
D. Cárlos. ¡Qué valor!
Trist. Aunque con harto temor;
Y al momento me informé
De tu pleito y de tu estado,
Y supe cómo el virey,
Muy preciado de la ley,
A pregones te ha llamado,
Y seis mil escudos de oro
Promete, ¡qué disparate!
A quien te prenda ó te mate.
D. Cárlos. ¿Porqué?
Trist. Porque sin decoro,
Con ventaja y á traicion
Mataste al conde.
D. Cárlos. Es mentira;
Que mas que mi propia ira,
Le mató su sinrazon:
Mas dime, ¿cómo se sabe
Tan cierto que le maté,
Si nadie lo vió?
Trist. No sé;
Pero como es hombre grave,
Hay testigo (yo le ví)
Que en favor del muerto conde,
Dice el cómo, cuando, y donde,
Y lo vió como el sofí.
D. Cárlos. ¿Y di, su hermano Ruger
Aprieta?
Trist. ¡Linda receta!
Quien hereda nunca aprieta,
Sino por bien parecer;
Pero volviendo á tu esposa,
Que es materia de mas gusto,
Va de cuento, y va de susto.
D. Cárlos. Ya escucha el alma gozosa.
Trist. Llegué de noche, y llamé.
D. Cárlos. ¿Y dime (¡sospecha fuerte!)
Abrieron sin conocerte?

Trist. Media hora porfié,
A pique de algun desastre,
Y al cabo aun no merecí,
Siquiera un quién está ahí,
Que suele decirse á un sastre.
D. Cárlos. ¿Pues qué desastre temias?
Trist. Ciertos mozos cascabeles,
Que sonando los broqueles,
Y orando á las celosías,
Daban vueltas á la puerta,
Con música y con rumor.
D. Cárlos. ¿Y asomábase Leonor?
Trist. Como si estuviéra muerta.
D. Cárlos. Dios te lo pague, Tristan,
Que me has vuelto al cuerpo el álma.
Trist. Los dos mereceis la palma
De lo fino y lo galan.
En fin, tantos golpes dí,
Que Ines un postigo abrió,
Y en la voz me conoció;
Bajó, abrióme, entré, subí;
Y Leonor alborotada,
Arrojando la labor,
Bajó al primer corredor,
Preguntándome turbada
Por tu salud, á quien yo
Respondí que bueno estabas,
Y en este monte quedabas:
Calló, suspiró, lloró;
Y contóme que habia muerto
Su padre.
D. Cárlos. Desdicha ha sido,
Que en ausencia de un marido,
Donde es el riesgo tan cierto,
Sirve de marido un padre.
Trist. Leonor no le ha menester,
Que aunque es muger, no es muger,
Sino para la comadre.
D. Cárlos. ¿Está pobre?
Trist. ¿Aqueso dices,
Sabiendo que pleitos tiene,
Y que quien los tiene, viene
A vender bienes raices,
Plata, hacienda, ropa y trastos,
Para gastos de justicia?
Que aunque es virtud, su malicia
Ha llegado á tener gastos.
No le ha quedado una joya,
Y en lo que yo confirmé
Su grande pobreza, fué
(Que con aquesto se apoya)
En que saliéndome un rato
Antenoche á pasear,
Ines me bajó á alumbrar
Con candil de garabato,
Que es una alhaja tan vil
En una casa de honor,
Que no sé cuál es peor,
Una suegra, ó un candil.
Pues en lo que toca á dieta,
Sin duda debe de haber
Precepto de no comer,
En aquella casa escueta;
Porque á nadie ví tratar
De pedir manducacion,
Y tanto, que un sabañon,
Que me solia abrasar,
Tan cortés y honrado fué
En ayunar como yo,
Que aun de burlas no comió
Mientras allí tuve el pié.
No es burla, un frison grosero
Solo de estar por su mal
Dos horas en el portal,
Salió caballo ligero;
Y un mastin entró, esto es mas,
Mas pesado que un hidalgo,
Y otro dia salió galgo.
D. Cárlos. Siempre de burlas estás.
Trist. En fin, yo me despedí,
Y esta me dió, en que te avisa
Que te vayas muy aprisa
A Castilla, porque así
Mientras el pleito se enfria,
Seguro puedas estar;
Y mañana he de llevar
La respuesta.
D. Cárlos. ¡Ay, honra mia!
Mucho teneis que argüir
Sobre mis vanos recelos,
Mis dudas y desconsuelos.
¿Pues cómo yo he de partir
Sin ver primero á Leonor,
Y examinar con los ojos
Mis zelos, ó mis antojos?
Eso no, civil temor.
¿Casta, Leonor, y muger,
Sola, hermosa y celebrada,
Querida y necesitada?
Bien puede, bien puede ser:
Mas yo he de verlo, aunque sea
Mi fiscal y mi homicida.
Trist. ¿Qué dices?
D. Cárlos. Que está mi vida
En que con Leonor me vea
Antes que otra cosa intente.
Trist. Señor...
D. Cárlos. Aquesto es amor;
Yo he de verme con Leonor,
Por ver si tu lengua miente,
En lo que de ella asegura.
Trist. Advierte...
D. Cárlos. ¿Tú no dijiste
Que fuiste? Pues si tú fuiste
Por hacer la noche oscura,
Tambien yo podré.

Trist. No puedes,
Porque te buscan á ti,
Y no á mí.
D. Cárlos. Yo iré sin mí.
Trist. Lengua tienen las paredes.
D. Cárlos. ¿Luego han de topar conmigo?
¿Luego me han de conocer?
¿Y luego me han de prender?
Trist. Sí, que es fuerte tu enemigo.
D. Cárlos. Vamos, que todos son pocos.
Trist. ¿Pues dónde de esta manera?
D. Cárlos. A mi casa.
Trist. Mejor fuera
A la casa de los locos.

ESCENA II.

Jardin en casa de Leonor.

LEONOR É INES.

Leonor. Vuelve á esperar á Tristan,
Que yo entre tanto á estas flores,
A quien del sol los rigores
La luz usurpando van,
Quiero reñir su locura,
Pues tanto se me parecen,
En las mudanzas que crecen.
Ines. Dios te guarde. ¡Qué hermosura!

ESCENA III.

LEONOR.

¿De qué sirve, decid, hacer alarde,
Flores, de vuestros vanos resplandores,
Si cuando el sol recuerda naceis flores,
Y no gozais la sombra de la tarde?
Ayer aquella flor menos cobarde,
En copa de rubíes bebió albores;
Y ya son de vergüenza sus colores,
Caduca presto, aunque nacida tarde.
Hoy muere, en fin, aun antes de nacida,
Y ayer del campo fué purpúrea estrella,
En sus nácares mismos encendida.
Ayer se vió adorar, y hoy se atropella;
Flores, la dicha es flor, y flor la vida,
Miradme á mí, ó escarmentad en ella.

ESCENA IV.

LEONOR É INES.

Ines. Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando, advierte,
Entran ya.
Leonor. ¡Qué mayor suerte!
Vengan muy enhorabuena,
Que les debo mil favores
En ocasion tan urgente.
Ines. Luego ya Fernando...
Leonor. Tente,
Tente, Ines, si no es que ignores
Que ya para mí ha trocado
La voluntad en desden,
Y que á Estela quiere bien
De su hermosura obligado,
Y de verme con marido,
Que es la mas fuerte razon.

ESCENA V.

DICHAS, DON FERNANDO Y ESTELA.

Ines. Él cumplió su obligacion.
Leonor. Y Estela lo ha merecido.
Est. Solo ha merecido Estela,
Que pague su grande amor.
Leonor. ¿Prima? ¿Fernando?
D. Fern. ¿Leonor?
Leonor. Algo tiene de cautela
Cogerme desprevenida.
Est. Yo perdono la merienda.
Leonor. ¿Cómo te va con la prenda?
Est. Como quien la halló perdida.
¿Qué hay de Cárlos?
Leonor. Salud tiene.
D. Fern. ¿Y de pleito?
Leonor. Tiene amigos,
Aunque hay algunos testigos
Que don Rugero previene,
Que juran lo que no vieron,
Porque sola yo lo ví.
D. Fern. A no renovar en tí
Desdichas que procedieron
De aquella noche infelice,
Te rogára lo contáras.
Leonor. Y mandándolo me honráras,
Que aunque el dolor que se dice
Renueva, ofende y altera
La llaga, tambien sé yo
Que mueve á quien le escuchó:
Ello fué de esta manera.
Como zeloso toro, que en el prado
Verde palestra de coral teñida,
Al advertido silbo enamorado,
Peinando el suelo con la mano hendida;
Y en viéndole, parece que erizado
Le vuelve la mas parte de la vida,
Metiendo mano cada cual valiente
A las dos medias lunas de la frente:
Cárlos así de su valor vestido,
Cárlos así de su furor armado,
Cárlos así de su nobleza herido,
Cárlos así de su pasion buscado,
Cárlos así zeloso y ofendido,
Contra el conde se vuelve tan airado,
Que le pronosticó su eterno sueño,
Antes que con la espada, con el ceño.
Saca el conde la suya, y Cárlos fuerte,

Tanto con él intrépido se junta,
Que por el pecho le escondió la muerte,
Y por la espalda le asomó la punta:
El alma, luego que el suceso advierte,
Desampara la forma ya difunta;
Que como, al tiempo de mudar de puesto,
Halló dos puertas mas, salió mas presto.
Llegaron los criados, y cual rayo,
De las nubes aborto malparido,
Encubierto los sigue, y á un lacayo
Quita el caballo, al conde prevenido:
Era el fuerte animal de color bayo,
Y de manos y piés tan sacudido,
Que cuando con la cólera relincha,
Mide lo que hay del suelo hasta la cincha.
Sube gallardo en él, y á mí se viene
Diciendo: Mi Leonor, mi luz, mi vida,
Hoy mi adversa fortuna, porque tiene
Tanto de adversa, ¡ay Dios! como de mia,
Loca, mudable, bárbara, perene,
Me aparta de tu dulce compañía;
Y á Dios, Leonor, mil veces repitiendo,
Flecha de plumas pareció corriendo.
Con dos remos por banda, la galera
Del fogoso animal tan alta sube,
Que pareció codicia de otra esfera,
U antojo de beber de alguna nube:
Porque la tierra olvida de manera,
O me lo pareció, segun estuve,
Que á ser visible el aire, mas de un clavo
Se viera impreso en el cenit octavo.
Como suele quedar la flor doncella,
Hija de Adónis, cuando el viento airado
Con el diáfano acero la degüella
Por la garganta de su pié delgado;
O cual mustio clavel, que se querella
Del sol, que las entrañas le ha abrasado,
Y agonizando con la fiebre, loco
Viene á morir, quizá de beber poco:
Así quedé llorando, lo que ahora
Con lágrimas repito desatadas,
No como algunas, que el melindre llora,
Aun enjutas primero que lloradas:
A la noche, á la tarde, y al aurora,
Aquellas glorias, por mi mal pasadas,
Lloran mis ojos con eterno llanto,
Que tanto ha de llorar quien pierde tanto.
Porque en llegando, ¡ay Dios! en mi despe-
A imaginar cuando la noche calma, [cho,
Que ha de sobrarme la mitad del lecho,
Y ha de faltarme la mitad del alma;
A no acordarme de que Dios lo ha hecho,
Y á no temer la perdicion del alma,
Yo misma, para ejemplo de las gentes,
Me hubiera hecho pedazos con los dientes.
Mas esperando que mi suerte esquiva
Saque una vez en mi favor la espada,
Sola, necesitada, muerta, viva,
Melancólica, triste, desdichada,
Afligida, llorosa, compasiva,
Pobre, constante, huérfana y honrada,
Guardo la vida, porque Cárlos tenga
Con quien partir la suya cuando venga.
D. Fern. Vivas, Leonor, muchos años,
Que con la vida se alcanza
Todo.
Leonor. Solo esa esperanza
Es alivio de mis daños:
Mas ya el sereno nos dice
Que á la sala nos entremos.
D. Fern. Todos tu luz seguiremos.
Leonor. Fuera de eso, aunque infelice,
Espero cierto galan.
Est. ¿Galan?
Leonor. Sí, por vida mia.
D. Fern. ¿Es Cárlos?
Leonor. ¿Cómo podria?
Est. ¿Pues quién? por mi amor.
Leonor. Tristan,
Que como él no es conocido,
La otra noche estuvo aquí.
D. Fern. ¿Y espérasle ahora?
Leonor. Sí.
D. Fern. Huélgome de haber venido
En tan gustosa ocasion.
Leonor. Pues entrad y cenaréis,
Con tal que me perdoneis.
Est. Buenos tus desvelos son.
Leonor. Antes no os convido á nada,
Que si os doy lo que me enviais,
Vosotros sois quien me honrais,
Y yo soy la convidada.
Est. ¡Qué discreta!
D. Fern. ¡Qué cortés!
Est. No hay, Fernando, dicha hermosa.
D. Fern. Ser hermosa, es ser dichosa
Leonor. Adelántate tú, Ines.

ESCENA VI.

Decoracion de campo.

DON CÁRLOS Y TRISTAN.

Trist. Advierte...
D. Cárlos. Ya es por demas.
Trist. La soga llevas tras tí.
D. Cárlos. A Valencia he de ir así.
Trist. Mira que á tu muerte vas;
A quien te mate ó te prenda
Da el virey seis mil ducados,
Con que infinitos soldados,
De estos que toda su hacienda
Llevára una hormiga en peso,
Andan locos á buscarte,
Por prenderte, ó por matarte.
D. Cárlos. Yo confieso que es esceso;

Pero yo tengo de ver
Si hace un milagro el amor.
Trist. ¿Milagro pides? ¡Qué error!
D. Cárlos. ¿Porqué?
Trist. Porque puede ser
Que pare en tu detrimento.
D. Cárlos. Mi mal no puede, aunque
Ser mas. [quiera,
Trist. Sí puede.
D. Cárlos. Es quimera.
Trist. Oye á propósito un cuento.
Enfermó un hombre de un ojo,
Y tanto su mal creció,
Que de aquel ojo cegó,
Si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
Le vino á quedar, pasaba,
Y veia lo que bastaba,
Sin curas, aguas, ni unciones.
Mas como uno le dijese
Que si es que vista desea,
Al Cristo de Zalamea
Devoto y contrito fuese,
Donde por diversos modos
El cojo, el ciego, el mezquino,
Con el aceite divino
De todo mal sanan todos;
Él al punto se partió,
Con fin de desentuertar,
A el soberano lugar;
Y apenas en él entró,
Cuando á la lámpara parte.
Y tanto el aceite agota,
Que entrambos ojos se flota
Por una, y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
Con el contrario licor,
Sintió tan fuerte dolor,
Que del casco se saltaba;
Y en fin, sin remedio alguno
Hubo de venir á estado,
Que de allí á un hora el cuitado
Ya no veia de ninguno.
Al Cristo entonces se fué
Atentando como pudo,
Y á sus piés muy á menudo,
Con mas cólera que fe,
A grandes voces decia:
Señor, á quien me consagro,
Ya no pido, no, milagro,
Sino el que yo me traia.
Cesó el dolor, y al momento,
Contento de hallar su ojo,
Se volvió sin mas antojo
De milagro: aplica el cuento.
D. Cárlos. Qué importa, si me traspasa
El alma, aun con mas dolor,
Que la muerte...
Trist. ¿Qué, señor?
D. Cárlos. ¿Qué? las cosas de mi casa.
Trist. Mi señora es tan honrada,
Que mas no lo puede ser.
D. Cárlos. Sí, pero en fin es muger,
Y muger necesitada.
Trist. Muchas en el mundo ha habido,
A quien nombre el tiempo da
De firmes.
D. Cárlos. Eso será
Siendo dichoso el marido.
Trist. La que es buena, por sí es buena,
Sin otra solicitud;
Porque la propia virtud
No estriba en la dicha agena.
D. Cárlos. Estando en el arco asida,
¿Porqué una cuerda se parte?
Trist. Porque tirando sin arte,
Si pasan de la medida
Adonde llega la cuerda,
Por fuerza se ha de romper.
D. Cárlos. Eso vendrá á suceder
Con Leonor; Leonor es cuerda,
Pero viéndose apretada
De tanto necio galan,
Y sobre todo, Tristan,
Estando necesitada,
Rendida á injustos abrazos,
Podrá decir: Cuerda fuí,
Tiraron mucho, y así
Fué fuerza hacerme pedazos.
Trist. ¿Y cuando fuese verdad,
Tú qué has de hacer?
D. Cárlos. ¿Qué? Matarla,
Consumirla y abrasarla.
Trist. No estando tú en la ciudad,
Y siendo Leonor discreta,
¿Cómo has de poder saber
Si te pudo, ó no, ofender?
D. Cárlos. No hay cosa, Tristan, secreta.
Trist. Quien ama, y honrada fué,
Aun no se fia de sí.
D. Cárlos. ¿No tiene vecinos?
Trist. Sí.
D. Cárlos. Pues yo sé que lo sabré;
Que hay hombre que se entretiene
En ser perpetuo veedor,
Y para hacerlo mejor,
Su libro de caja tiene,
Donde el que quiere saber
Si el vecino entró, ó salió,
Si la música se dió,
Si se asomó la muger,
Lo verá tan puntual,
Como fué la presuncion,
Y con su cuenta y razon,
Fojas tantas, noche tal.
Trist. Vendrá á ser ese vecino,

Si lo cursa dos inviernos,
Coronista en los infiernos.

ESCENA VII.

Decoracion de calle.

TEODORO Y CLAUDIO CON HACHAS, ESTELA CON UN TAFETAN EN LA CABEZA, DON FERNANDO ACOMPAÑANDO A LEONOR, QUE BAJA CON ELLAS HASTA LA PUERTA, Y POR OTRO LADO CÁRLOS Y TRISTAN.

D. Fern. ¿En fin, el galan no vino?
Est. Por llevarte mas presente,
He consentido, Leonor,
Que pases del corredor.
Trist. Esta es la calle; mas tente,
Que hay dos hachas á la puerta.
D. Cárlos. ¿Dos hachas? Agüero ha sido.
Trist. ¿Qué puede haber sucedido?
D. Cárlos. Estar ya mi honra muerta,
De enfermedad de algun yerro,
Y enterrarla en oro ó cobre;
Porque á la puerta de un pobre,
Nunca hay hacha sin entierro.
Trist. ¿Qué entierro, ó qué frenesí?
¿No ves á Estela y Fernando
Estar con Leonor hablando?
D. Cárlos. Pues escucha desde aquí.
Claudio. Cárlos ha sido dichoso
En encontrar tal muger.
Teod. Como no venga á caer;
Porque aunque adore á su esposo,
Como son los pareceres
Varios, puede su belleza
Cansarse de su pobreza;
Y hay, Claudio, muchas mugeres,
Que son, á mas no poder,
Haciendo una liviandad,
Malas por necesidad,
Y no por quererlo ser.
Trist. ¿Oyes esto?
D. Cárlos. Muerto estoy.
Teod. Advierte, señor, que es tarde.
D. Fern. Pues á Dios.
Leonor. El cielo os guarde.
D. Fern. Ola, el coche: vuestro soy.

ESCENA VIII.

DON CÁRLOS Y TRISTAN.

D. Cárlos. ¿Qué te parece, Tristan?
Trist. Que ha sido tu flema mucha.
D. Cárlos. De mi pasion... Mas escucha,
Que allí una música dan.
Trist. ¿Pues qué importa que la den?
¿No será mejor llamar,
Ver á Leonor, y cenar?
D. Cárlos. No es mejor, ni me está bien.

(*Cantan dentro.*)

Mús. ¡Ay, necesidad infame,
A cuántos honrados fuerzas
A que por amor de tí,
Hagan mil cosas mal hechas!

D. Cárlos. ¡Ay, honor, y como creo
Que habeis de volverme loco!
Cuanto miro, cuanto toco,
Cuanto escucho, y cuanto veo,
Parece que en profecía,
Como si me conociera,
Me anuncia con voz severa
La triste desdicha mia.
¡Yo por mi muger infame!
¡Oh, mal haya el inventor
De este género de honor,
Si honor es bien que se llame
Cosa que no está en mi mano,
Y estribe en agena culpa!
Pero dará por disculpa
Algun político humano,
Que como por sacramento
Son el hombre y la muger,
Una carne, una alma, un ser,
Una vida y un aliento,
El agravio se reparte,
Segun es la cantidad,
Y como por vecindad
Le alcanza al hombre su parte.
¿Pues, cómo mi honor manchado,
Pudiéndolo yo impedir?
No, Leonor, yo he de morir,
Y he de morir por honrado.
Vive Dios, Leonor hermosa,
Que no has de ofender tu honor
Por ser pobre, y que mi amor
Ha de hacer por tí una cosa,
Que á poner venga en olvido
Cuantos triunfos generosos,
Por afectos amorosos,
Hayan los hombres tenido.
A Dios, Tristan.
Trist. ¿Dónde vas?
D. Cárlos. Esto en el honor es ley,
A verme con el virey.
Trist. ¡Jesus, que perdido estás!
¿Al virey? Escupe luego.
D. Cárlos. Quédate, y dile á Leonor,
Que voy á morir de amor
Como fénix en el fuego;
Y en mi nombre le darás
Este abrazo.
Trist. Escucha, espera.
D. Cárlos. No soy hombre, que soy fiera.
Trist. Pues dime, ya que te vas,

A qué vas, para que entienda
El estremo de tu amor.
D. Cárlos. A dejar rica á Leonor,
Porque despues no me ofenda.

ESCENA IX.

Salon en el palacio del virey.

EL VIREY, FIRMANDO CARTAS EN UN BUFETE CON LUZ, EL SECRETARIO Y CRIADOS.

Sec. Esta que firmaste ahora,
Es para su magestad.
Virey. Pues luego la trasladad.
Sec. ¿Esta carta?
Virey. ¿Quién ignora
Que vida con *v* se escribe,
No, secretario, con *b*?
Sec. Yerro de la pluma fué,
Que no mio.
Virey. Quien recibe
Una carta mal escrita,
No sabe si fué ignorancia;
Y aunque en fin, no es de importancia,
Ni al dueño desacredita,
Es una cosa tan justa
Hablar siempre con verdad
En todo á su magestad,
Que aun el alma se disgusta
De esa breve niñería;
Y así volvedla á escribir,
Porque no se ha de mentir
Al rey, ni en la ortografía.
Sec. Para el marques tu sobrino,
Es esta.
Virey. ¿Hay mas que firmar?
Sec. Bien te puedes acostar.

(*Dentro criados.*)

Criado. ¡Hay tan grande desatino!
Sin duda que loco viene.
Virey. ¿Qué es esto?
Criado. Un hombre, que ha dado
En que aunque estés acostado
Te ha de hablar.
Virey. ¿Qué traza tiene?
Criado. Aun no le he visto la cara.
Virey. Pues decidle que entre.
Criado. Entrad.

ESCENA X.

DICHOS Y DON CÁRLOS EMBOZADO.

D. Cárlos. Ello es gran temeridad, *ap.*
Pero el amor no repara
En nada.
Virey. Decid que hable,
Pues está ya en mi presencia.
D. Cárlos. Solo quiero á vuecelencia.
Virey. ¿Solo? ¡Suceso notable!
Mas un hombre como yo, *ap.*
Que jamas conoció el miedo,
¿De qué duda? Solo quedo:
Idos todos.

ESCENA XI.

DON CÁRLOS Y EL VIREY QUE CIERRA LA PUERTA.

D. Cárlos. Ya cerró. *ap.*
Virey. Ya está cerrada la puerta,
Y á solas estás conmigo,
¿Qué dices ahora?
D. Cárlos. Digo
(Bien mi muerte se concierta)
Que has de darme, gran señor,
Palabra, sin agraviarme,
Sea quien fuere, de escucharme.
Virey. Sí doy, habla.
D. Cárlos. ¡Qué valor! *ap.*
Yo soy don Cárlos de Osorio.
Virey. ¿Qué dices?
D. Cárlos. Escucha ahora,
Ilustre señor, la accion
Mas nueva, y mas prodigiosa,
Que en los anales del tiempo
Han escrito las historias.
Yo maté al conde, es verdad,
Mas fué, porque con mi esposa
Le hallé una noche, fingiendo
En la voz, y en la persona,
Que era yo, para gozar,
Fiado en sus negras sombras,
Sino el todo, alguna parte
Del aliento de su boca.
Y cuando fuera mi dama,
Viéndole con ella á solas,
Hiciera tambien lo mismo;
Que en mi opinion no se forma
El duelo de aqueste agravio,
Porque la muger se nombra
Propia, sino porque siendo
Dueño suyo el que la goza,
Atreverse á enamorarla
Es despreciar su persona,
Y no tenerle respeto,
Sea, ó no, la muger propia;
Que las ofensas del gusto
Tambien al alma le tocan.
Temeroso de las varas,
Que en cualquiera parte sobran,
Dejé animoso á Valencia,
Y huyendo de mil pistolas,
Fuí á un monte, tan preñado
De los pinares que aborta,
Que sus torcidas raices,

Que por la tierra se asoman,
Riñendo sobre el lugar,
Se pisan unas á otras.
Allí empedrados los riscos
De cantuesos y amapolas,
Tan cerca habitan del cielo,
Que los llantos de la aurora
En vaso de nácar beben,
Primero que el mundo un hora.
Por este verde edificio,
Discurriendo en mis congojas,
Entre dos peñas, hallé
Formada una parda alcoba,
Que á mi parecer, seria,
Si al desaliño se nota,
O de algun sátiro albergue,
O de algunos brutos choza.
Entramos yo, y un criado,
Que en mis aflicciones todas
Me ha acompañado leal,
Y mirando á la redonda
Aquel hospedage oscuro,
Mil aberturas y bocas
Descubrimos, tan confusas,
Que en su fábrica arenosa,
Aun yo no me hallaba á mí
Muchas veces sin antorcha.
Con esto me aseguré
De la molestia enojosa
Que mis temores me daban;
Y puesto que celda angosta,
En uno de aquellos nichos,
De árboles, pellejos y hojas,
Hice cama, donde estuve
Cercado de peñas toscas
Diez meses, y mas tres dias,
Con el fuego, y con la honda,
Matando para comer,
Ya la liebre corredora,
Y ya el tímido gazapo,
Que entre las matas se embosca.
Y estando mirando un dia
Requebrarse una paloma,
Que á su consorte, ó marido,
Cuando el sol los campos borda,
Con mil géneros de arrullos,
El pico daba amorosa,
Vi que un gavilan hambriento
Con agudas alas corta
El aire desde una encina,
Y estando mas cerca, roba
De los dos al triste esposo,
Llevándole entre las corvas
Uñas al árbol primero,
Donde con furia rabiosa
Se le comió sin trinchante,
Llena de plumas la boca.
Y volviendo á la viuda,
Vi que afligida y llorosa,
Dando vueltas, y escarbando
Con los piés la verde alfombra,
Parece que á su fortuna
Se quejaba afectuosa;
Que en el mas torpe animal
Tiene el dolor ceremonias.
Era entre todas, señor,
Si bien de una especie todas,
Esta mas blanca de pluma,
Y mas jarifa de pompa:
Por lo cual otros amantes,
Contentos de verla sola,
En vez del pésame y luto,
La cercan y la enamoran.
Cuál una pluma le quita,
Cuál la halaga y la retoza,
Cuál galan se contonea,
Cuál la arrulla, cuál la ronda,
Y cuál los granos de trigo
Le lleva para que coma;
Que hay tambien aves discretas,
Y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende,
Y aunque la pena la ahoga,
La necesidad la obliga
(Tanto este monstruo ocasiona)
A que el tálamo de pajas
Pise de otro amante novia.
Esto vi, señor, un dia,
Y revolviendo en mis cosas,
Confuso y turbado dije
A mi cobarde memoria:
Leonor es muger, y pobre,
Muy querida, y muy hermosa,
El mundo fuerte enemigo,
Ausente yo, y ella sola;
¿Pues qué sé yo si Leonor
Hace como la paloma,
Y da lugar en el nido
A quien el trigo la arroja?
Con aquestos pensamientos
El alma traje tan loca,
Que tirar piedras podia
A los sentidos que informa.
Despaché luego el criado
A Valencia, por la posta,
El cual me refiere, ¡ay cielos!
De mi Leonor, de mi esposa,
Necesidades tan grandes,
Y finezas tan honrosas,
Que al paso que me regalan,
El corazon me apasionan.
Y despues de mil discursos,
Viendo que la tenebrosa
Noche me ayuda, en el trage
Que miras, entro á deshora,
Resuelto á satisfacer,

Aunque á morir me disponga,
De mis dudas y recelos
La conciencia escrupulosa;
Y estando en mi calle un rato,
Por ver si alguno alborota
Mi casa, cuanto escuché
Fué anuncio de mi deshonra,
Y encarecer á Leonor:
Añadiendo, que aunque ahora,
Es una peña, un diamante,
Un risco, un monte, una roca,
La vencerá andando el tiempo,
(Si bien de fuerte blasona)
La necesidad infame,
Que no hay virtud que no rompa.
Y así, viendo que mi vida
Ni me sirve, ni me importa,
Pues no es vida, bien mirado,
Vida con tantas zozobras;
Y acordándome que tú,
A quien me mate ó me coja,
Ofreces seis mil ducados,
Intento, ¡notable cosa!
Entregarme yo á mí mismo,
Para ganar de esta forma,
A costa de una garganta,
Lo que Valencia pregona;
Y porque Leonor, siquiera,
Con esta ayuda de costa,
Se libre de los peligros
Que en profecía la acosan.
Mira, señor, si el amor
Que me anima y me provoca,
Es bien nacido, y merece
Bronce y mármol, pues se arroja
Como gentil á la muerte,
Que ya me espera por horas.
Yo me prendo, yo me mato,
Yo me sirvo de ponzoña,
Yo me traigo al sacrificio,
Yo doy la leña y la aroma,
Yo me vendo como esclavo,
Yo pongo al cuello la soga,
Yo soy mi verdugo, yo;
Que cuando el honor se enoja,
Contra sí mismo se vuelve
Como irritada pelota.
Cúbrame los piés de hierro
La cárcel, sus lanzas rompa
La justicia, que enojada
Contra mí se muestra sorda;
Brote fiscales el oro
Que mi inocencia pospongan;
Salga de madre el poder,
Dé voces la envidia ronca,
Y escríbanse contra mí
Mas delitos, y mas hojas,
Que tiene ese mar salado
De arenas, peces y conchas:
Que aunque sé que de esta suerte
Voy muriendo por la posta,
Y ha de matar á Leonor
Tragedia tan lastimosa,
Mas quiero morir, que oir
Su pobreza y mi deshonra,
Su riesgo y mis amenazas,
Su desdicha y mis congojas;
Que para un hombre de bien
Que hace estimacion heróica
De la honra que profesa,
No hay vida como la honra.

Virey. Envidioso me has dejado,
Porque en fábulas, ni historias,
No he visto resolucion
Tan honrada y tan briosa.

D. Cárlos. ¿Qué responde vuecelencia?

Virey. Que soy Sandoval, y Rojas,
Y sé estimar la nobleza.
Esperad un poco: ¿ola?

ESCENA XII.

DICHOS, EL SECRETARIO, Y TODOS LOS DEMAS PERSONAGES.

Sec. ¿Señor?

(*Habla el virey con el secretario.*)

D. Fern. ¿Qué es aquesto?

Virey. Entrad.

Leonor. Daré voces como loca.

D. Cárlos. ¿Mi Leonor?

Leonor. ¿Pues cómo, ingrato,
Es posible que malogras
Una vida, que es tan mia,
Por una accion tan impropia
Del ser humano? ¿Qué tigre
Manchado á trechos, qué onza
Pintada de moscas negras
Y de color parda y roja,
Hubiera sido conmigo
Tan fiera y tan rigorosa?
¿Qué me importa la riqueza,
Que con tu muerte me compras,
Si no puede aprovecharme?
Porque apenas en la losa
Tu cabeza destroncada
Verá el alma que te adora,
Cuando con el mismo acero,
Aunque parezca lisonja,
Me abriré el pecho yo misma,
Y de su esfera amorosa
Tan vivo te sacaré
En brazos de mi memoria,
Que pueda otra vez prenderte
La justicia cavilosa.
¿Es posible que me matas?

D. Cárlos. ¡Ay, Leonor! ¡Ay, dulce esposa!
Con esto muero contento;
Llega, pide, admite, cobra
En mis brazos la disculpa.
Virey. Hoy, aunque en palabras pocas,
Verá el mundo que compite
Con la faccion animosa
De Cárlos, mi gran piedad.
Escuchad todos ahora.
D. Cárlos. Leonor, oye.
Leonor. ¡Trance fuerte!
Virey. Cárlos, por ser tan notoria
La muerte del conde Astolfo,
Porque le halló con su esposa,
Confiesa que le mató.
D. Cárlos. Es así.
Leonor. ¡Notable cosa!
Virey. Mas supuesto que el que mata
Sin odio ni vanagloria,
Solo por guardar la vida,
O la hacienda, siendo propia,
Aun para con Dios no peca,
Y la honra es una joya,
Mas que la vida estimable,
Y que la hacienda preciosa;
Porque, como Cárlos dice,
No hay vida como la honra:
Digo, que á Cárlos perdono,
Porque en accion tan heróica,
No ha de enojarse el virey
De lo que Dios no se enoja.
Y porque yo prometí
Seis mil ducados, sin otras
Mercedes, al que trajera
Muerta, ó presa su persona,
Pues él mismo se ha traido
Sin grillos y sin esposas,
Lo prometido le doblo.
D. Cárlos. Como Dios haces ahora;
Siendo nada, el ser me has dado.
Leonor. A tus plantas generosas
Ofrezco lo que me das,
Que es la vida.
Tristan. Aquí hay tres bodas,
Aquesto por abreviar
Cumplimientos y tramoyas.
Estos señores se casan,
Estotros dos se desposan,
Yo me arrugo con Ines.
D. Fern. Y aquí tiene fin la historia
Del marido mas honrado.
Leonor. No se llama de esta forma.
D. Fern. ¿Pues cómo?
D. Cárlos. Yo lo diré:
No hay vida como la honra.

LA TOQUERA VIZCAINA.

A cada paso se halla comprobado en las obras de Montalvan lo que de él dijimos en la ligera noticia que hemos dado de su vida: este poeta no tiene una fisonomía propia, especial; en una palabra carece de genio creador: casi todas sus comedias parecen reflejos de otras mejores. Solo en su comedia titulada *los Amantes de Teruel* se hallan bellezas admirables, y tanto que parece de otra mano: no la insertamos aquí por ser muy conocida y en estremo incorrecta. En esta comedia imitó á Tirso; pero ni tenia Montalvan aquella gracia inimitable de nuestro digno mercenario, ni á decir verdad, debió de meditar su argumento arriba de un cuarto de hora, pues ciertamente es uno de los mas inverosímiles y desatinados que se pueden imaginar. Hasta en ser sumamente inverosímil su comedia imitó á Tirso.

Pero, como ya antes hemos indicado, esta composicion, en medio de sus gravísimos defectos, agrada siempre en la lectura y en el teatro, y creemos que se sostendrá con aplauso en este último mientras exista la lengua castellana. ¿Porqué? No sabremos decirlo; pero es un hecho que en el dia agrada en la escena, que ha agradado siempre, y no hay motivo para que no agrade en adelante.

Mas insistimos en lo dicho: este agrado nunca raya en admiracion, ni menos en entusiasmo.

PERSONAS.

DON DIEGO, } galanes.
DON JUAN, }
LISARDO, caballero.
OCTAVIO, su amigo.
FABIO, criado de don Diego.
LUQUETE, criado de don Juan.
FELICIANO, viejo.
FINEO.
DOÑA ELENA.
FLORA, dama.
BEATRIZ, criada de doña Elena.
JUANA, } criadas.
ISABEL, }
MAGDALENA.

La escena empieza en Valladolid y acaba en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

DON DIEGO, FABIO, Y DOÑA ELENA Y BEATRIZ CON MANTOS Y TAPADAS.

D. Diego. ¿Hemos de pasar de aquí?
Por señas decis que no,
Que me quede solo yo;
Apártate, Fabio, allí.
Ya estamos solos los dos,
Y en el campo me teneis,
¿Decid, qué es lo que quereis?
Da. Elena. Toda soy de hielo: ¡ay Dios!
D. Diego. El recato que mostrais, [*ap.*
El temor con que venis,
El silencio que fingis,
Y los suspiros que dais,
Son testigos verdaderos
De que venis afligida;
Y si es que puede mi vida
En algo favoreceros,
Sin salir de la ciudad,
Fuérades servida en todo,
Por el talle y por el modo.
Ea, descubrid, tirad
Aquese oscuro nublado,
Que ya sin paciencia estoy.
Da. Elena. Pues tenedla, porque soy
Doña Elena de Alvarado.
D. Diego. Señora, mi bien...
Da. Elena. Oid.
D. Diego. ¿Tanto favor?
Da. Elena. No es favor,
Sino miedo á vuestro amor.
D. Diego. La causa ignoro, decid.
Da. Elena. El salir de la ciudad,
Y venir yo como vengo,
Es respeto que me tengo,
No, don Diego, voluntad.
Vos me quereis, es verdad;
Mas supuesto que el quererme
Es solo para ofenderme,
Que no me querais es justo;
Pues quererme sin mi gusto
Mas parece aborrecerme.
Sin atender á mi fama,
Me rondais tan atrevido,
Que aun yo misma me he tenido
A veces por vuestra dama:
Y esto, señor, no se llama,
Galanteo, ni aficion,
Sino necia obstinacion
Que el honor abrasa y quema;
Que hay hombres que aman por tema,
Como otros por eleccion.
Si voy á la iglesia, os hallo
Junto á mí; si hablo de noche,
Lo mismo; y si salgo en coche
Me vais siguiendo á caballo:
Y aunque disimulo y callo,
Es cosa fuerte, por Dios,
Que sin querernos los dos,
Ni vos importarme nada,
Haya de estar encerrada
Para haber de estar sin vos.
Huélgase cualquiera dama
De ser querida: mas esto
Ha de ser con presupuesto
Que no se ofenda su fama,
Ni su gusto; que si ama,
Y acaso es muger de bien,
No hay disgusto que la den
De mas pena y mas dolor,
Que tratarla de otro amor,
Cuando está queriendo bien.
Esto es decir, que estorbais,
Que para un discreto sobra;
Porque me haceis mala obra,
Y pesadumbre me dais.
Viendo, pues, que porfiais,
Y que no aprovecha nada
Lo que os dijo esa criada,
Aspiro al lograrlo yo
Si por vuestra dama no,
Por muy vuestra aficionada.
D. Diego. Vos me mandais una cosa,
Muy fácil, al parecer,
Y en cuanto á mí, ha de ser...
Da. Elena. ¿Qué ha de ser?
D. Diego. Dificultosa.
Da. Elena. ¿Pues porqué, si desdeñosa
Con claridad os confieso
Que á otro quiero bien?
D. Diego. Por eso;
Porque dar gusto no es bien
A quien con tanto desden
Me quiere quitar el seso.
Esos zelos, bella Elena,
Solo sirven de incitarme;
Que es errar la cura darme
Para curarme mas pena.
Da. Elena. ¿Pues decid, qué ley ordena
Que haya por fuerza de veros,
De admitiros y quereros?
D. Diego. ¿Y qué ley manda tampoco,
Que vos me tengais en poco,
Y haya yo de obedeceros?
Da. Elena. Yo pido lo que es muy justo.
D. Diego. ¿Qué mas justo que mi amor?
Da. Elena. Eso es quitarme el honor.
D. Diego. Y esotro quitarme el gusto.

Da. Elena. Tiene mi galan disgusto.
D. Diego. Yo tambien, que estoy zeloso.
Da. Elena. Él pretende ser mi esposo.
D. Diego. Yo tambien lo he pretendido.
Da. Elena. Por eso el otro ha vencido.
D. Diego. Por eso estoy envidioso.
Da. Elena. Pues si soy suya, en efeto,
¿Qué es lo que pensais hacer?
D. Diego. Solamente conocer
Quién es galan tan secreto;
Porque ya que mi respeto
Con vos me tiene encogido,
Quiero vengarme atrevido
En quien mi dicha interrompe,
Como quien los naipes rompe
Con que ha jugado, y perdido.

ESCENA II.

DICHOS, DON JUAN Y LUQUETE.

Da. Elena. Él es hombre que sabrá...
Pero ya no sabrá nada. *ap.*
Beat. ¿Qué tienes?
Da. Elena. Estoy turbada,
Porque allí don Juan está.
D. Diego. Gente viene, y no será
Razon que os hallen aquí.
D. Juan. ¿No es aquel don Diego?
Luq. Sí.
D. Juan. Bien nos dijo don Fernando.
Luq. Con una dama está hablando.
Da. Elena. Haced aquesto por mí.
D. Diego. Yo me iré; mas advirtiendo
(Aunque sea descortés)
Que he de conocer quien es
Vuestro amante.
Da. Elena. Ya os entiendo.
D. Juan. Finalmente, yo pretendo
Decirle que Elena es mia;
Y castigar su osadía.
Luq. Ya se despiden los dos.
D. Diego. Pues á Dios, Elena.
Da. Elena. A Dios.
¡Muerta estoy!

ESCENA III.

DICHOS, MENOS DON DIEGO Y FABIO.

Luq. Ya se desvía;
Mas espera que se aparte
De estas ninfas algun trecho.
Da. Elena. Tápate.
Beat. Muy bien se ha hecho.
Da. Elena. Y ven por esotra parte:

(*Quiérense ir por en medio.*)

¡Mas ay!
Beat. No hay que recelarte.
Da. Elena. Si hay, Beatriz, porque en la
De don Juan (¡qué turbacion!) [accion
Parece que va tras él.
Luq. Ya yo estoy como un papel.
D. Juan. Ahora es buena ocasion:
Ven, Luquete.
Da. Elena. Una muger
Tiene un negocio con vos.
Luq. Va á matar á aquellos dos,
Y ahora no puede ser;
Estad cierta, que á poder
Tuviera á dicha el mandarme.

(*Al irse don Juan, vuelve á salir doña Elena, y detiénele.*)

Da. Elena. Ahora habeis de escucharme,
Por la vida...
D. Juan. No jureis.
Da. Elena. De la dama que quereis.
D. Juan. ¡Hay tal modo de forzarme!
Da. Elena. Mirad que importa á su honor.
D. Juan. Antes con esto la obligo;
Pues matando á su enemigo,
Será venganza y amor.
Da. Elena. No será sino rigor;
Porque en iguales balanzas,
Su amor, sus desconfianzas
Y sus penas estarán,
Que con riesgo del galan,
Ninguna quiere venganzas.
D. Juan. Dejadme.
Da. Elena. Ya estais cruel.
Luq. Y basta; porque no viene,
¿Me reporta, y me detiene?
Beat. Porque se detiene él.
D. Juan. Luquete, ve tú tras él,
Y dile...
Da. Elena. Tenle, Beatriz.
D. Juan. ¿Beatriz?
Luq. ¡Oh suerte infeliz!
D. Juan. Luego vos...
Da. Elena. La lengua erró,
Soy esclava vuestra.
D. Juan. Y yo
El hombre mas infeliz.
¡Cielos, qué es lo que estoy viendo!
Da. Elena. Una muger, que tu vida
Asegura enternecida,
Y está tu riesgo temiendo.
D. Juan. No está sino previniendo,
Para mas presto acabarme,
La muerte que intenta darme;
Porque en tan ciertos desvelos
Detenerme y darme zelos,
Es lo mismo que matarme.
¿Tú hablando con mi enemigo?
¿Tú en el campo? ¿Tú tapada?
Tente, no me digas nada,

Basta lo que yo me digo;
Pues cuando mi amor contigo
Mas piadoso quiere ser,
Es fuerza haber de creer
(Segun lo que viendo estoy)
Que lo que es hablarse hoy,
Fué diligencia de ayer.
¡Mal haya yo, que creí
Lágrimas que perlas fueron!
Pero falsas me salieron,
Porque ya se usan así.
Mil veces llorar te ví;
Mas esto no te acredita,
Pues de suerte se ejercita
El llorar entre vosotras,
Que de ver llorar á otras,
Llorais en una visita.
Viendo tanto suspirar,
Dí crédito á tu desden,
Que siempre un hombre de bien
Fué muy fácil de engañar:
Mas de aquí vengo á sacar,
Pues con ofensas tan claras
Dama de dos te declaras,
Que si el mudarse es deleite,
La condicion, no el afeite,
Os hace tener dos caras.
¡Qué no vence la porfía!
Claro está, tú te rendiste;
Muger como todas fuiste,
Pues le hablaste siendo mia.
Dirás, que fué en cortesía;
Mas yo lo entiendo al reves,
Porque ya en las damas es
Razon de estado admirable,
Para encubrir lo mudable,
Valerse de lo cortés.
Mas yo la culpa he tenido,
Pues solo atento á tu honor,
He consentido su amor,
Y mi agravio he consentido:
Mil locuras he sufrido,
Solo por hacer alarde
De mi amor; mas ya, aunque tarde,
Conozco, por lo que peno,
Que aun cuando importa, no es bueno
Andar un hombre cobarde.
Mas yo volveré por mí.

Da. Elena. ¿Puedo hablar agora yo?
D. Juan. ¿Querrás detenerme?
Da. Elena. No.
D. Juan. ¿Querrás disculparte?
D. Elena. Sí.
D. Juan. No hay disculpa á lo que ví.
D. Elena. Hartas el amor me ofrece.
D. Juan. Quien escucha no aborrece.
Da. Elena. Sí; ¿mas quién oye, y no escucha?
D. Juan. ¿Pues hay diferencia?
Da. Elena. Mucha,
Aunque no te lo parece.
Oir es una pasion
En que todos convenimos,
Sin tener, en lo que oimos,
Ni albedrío, ni eleccion:
Mas escuchar, dice accion
En gusto propio; y así,
Yo que vine aquí sin mí,
Aunque con don Diego hablé,
Le oí, mas no le escuché;
Porque sin gusto le oí.

D. Juan. Con eso te condenaste,
Porque si á verle saliste,
No fué que acaso le oiste,
Sino que tú le buscaste.

D. Elena. Sí, pero el fin ignoraste;
Que si á buscarle salí,
Fué para pedirle aquí
Que me dejase; de suerte,
Que aun lo que pudo ofenderte,
Vino á ser fineza en mí.

D. Juan. Elena, cierra los labios,
Que es reventar de muger
El quererme hacer creer
Por finezas los agravios:
Y así los medios mas sabios
Para vengarme, han de ser
Dejarte, sin atender,
Ni á mi amor, ni á tu mudanza;
Porque no hay mayor venganza
Que dejar á una muger,
Que á don Diego...

D. Elena. ¿Dónde vas?
D. Juan. A matarle.
Da. Elena. Oye primero.
D. Juan. ¿Qué he de oir?
Da. Elena. Lo que te quiero.
D. Juan. Ya lo he visto.
Da. Elena. Necio estás.
D. Juan. Déjame.
Da. Elena. No puedo mas.
D. Juan. ¿Qué quieres?
Da. Elena. Satisfacerte.
D. Juan. ¿Cómo puede ser?
Da. Elena. Advierte...
D. Juan. Suelta la capa.
Da. Elena. Es en vano.
D. Juan. ¡Ah desleal!
Da. Elena. ¡Ah tirano!
D. Juan. Esto es matarme.
Da. Elena. Es quererte.
D. Juan. No me has de engañar.
Da. Elena. Ni quiero.
D. Juan. No me has de ver.
Da. Elena. Eso sí.
D. Juan. A Dios.

Da. Elena. Iréme tras tí.
D. Juan. ¿Dónde?
Da. Elena. Donde vivo y muero.
D. Juan. ¿Y don Diego?
Da. Elena. ¡Qué esto espero!
D. Juan. Tú le hablaste.
Da. Elena. No fué amor.
D. Juan. ¿Quién lo dice?
Da. Elena. Mi dolor.
D. Juan. Déjame, pues yo le ví.
Da. Elena. Amor, vuelve tú por mí.
D. Juan. Quítame la vida, honor.

ESCENA IV.

Decoracion de salon.

LISARDO Y OCTAVIO.

Oct. ¿A mí me encubres el pecho?
Lis. Gasto, Octavio, mal humor.
Oct. ¿Pues mi lealtad, qué os ha hecho?
¿Qué os ha debido mi amor?
Lis. Tengo el pecho muy estrecho.
¡Ay, Flora! ¡Ay, muger! ¡Ay, fiera! *ap.*
¡Pluguiera al cielo, pluguiera
A Dios, que cuando te ví
Muriera, para que así
Conmigo mi amor muriera!
Oct. ¡Notable melancolía!
Lis. Antes casi á pensar vengo,
Segun crece cada dia,
Que es tristeza la que tengo
Causada de culpa mia.
El melancólico ignora,
Puesto que suspira y llora,
La causa porque suspira;
Mas no el triste, que la mira
Como yo la miro ahora.
Oct. ¿Pues qué sentis?
Lis. Un dolor,
Una ansia, una voluntad,
Y un melancólico amor,
Que cuando es enfermedad,
Es la enfermedad mayor.
La mas fuerte calentura
Con su contrario se cura,
Y tiene principio y medio:
Mas ¡ay de aquel que el remedio
En su mismo mal procura!
Pues que sintiéndome arder
De haber visto una muger,
Para haberme de templar,
O me tengo de matar,
O la he de hablar ó ver.
Oct. Todo el dinero lo acaba.
Lis. Antes el alma sospecha
Que no aprovecha esa aljaba.
Oct. ¿En Madrid, y no aprovecha
El dinero? ¡Cosa rara!
Lis. Pues escuchad y vereis
Lo que me pasa en Madrid
Despues que vine.
Oct. Decid.
Lis. Avisad cuando os canseis.
Luego que por Madrid dejé á Zamora,
Pasando acaso por su plaza, en ella,
Al salir el aurora, ví una aurora,
Con quien el sol aun era poca estrella;
Porque iba entonces tan gallarda Flora,
Que solo ella competia con ella,
Y si por dicha no la aventajaba,
Era porque respeto le guardaba.
Amanece en Provincia cada dia,
Puesto un jardin de diferentes flores,
A quien los coches hacen armonía,
Que son de este jardin los ruiseñores;
Tiene una fuente, que sonora y fria,
De las flores murmura, y sus colores,
Y tal vez de otras cosas en su modo,
Que bien tiene de qué si lo ve todo.
Aquí llegó esta dama, y yo gozoso
Llegué tambien por verla y conocerla;
Porque iba tan de sol su rostro hermoso,
Que hubo pimpollo que se abrió sin verla:
Escogió el ramillete mas curioso,
Que fué en su mano como nieve en perla,
Y entonces murmuró la fuente fria
De ver comprar lo mismo que tenia.
Seguila hasta su casa con prudencia,
Y de su estado me informé en secreto,
Que no es fineza, no, la diligencia,
Cuando pasa las leyes del respeto:
Un año, y mas, sufrí su resistencia,
Que es mucho en este tiempo, y en efeto
Cansada, ó lastimada de mi muerte,
Una noche me dijo de esta suerte:
Escarmientos, señor, de amigas mias,
Que del amor se quejan mal pagadas,
Y de los hombres lloran tiranías,
Mas en mudanza, que en razon fundadas,
Tan cobarde me tienen estos dias,
Temiendo ser (¡ay Dios!) de las burladas,
Que me he resuelto, aunque mi edad se asombre,
A no querer jamas á ningun hombre.
Mas porque no penseis que soy ingrata
A tanto amor como mostrais tenerme,
Mi honor dispensa, determina y trata,
Que dentro de mi casa podais verme:
Pero porque mi pecho se recata
De querer, aunque lleguen á quererme,
Ha de ser condicion para obligarme,
Que en materia de amor no habeis de hablarme.
Yo tengo por verdad acreditada
(Bien puede ser engaño) que no hay hombre

Que trate á una muger verdad en nada;
Porque para mentir les basta el nombre:
Y mientras yo no estoy desengañada,
Cosa no he de escuchar que amor se nombre;
Y si de esta manera pensais verme,
Lo mismo será verme que perderme.
Yo, entonces, viendo lo que puede el trato,
Consiento en el partido; en fin la veo,
Si bien con tal silencio y tal recato,
Que parece que ya no la deseo:
Mudo á mi pena, y á mi amor ingrato,
Por no enojarla con mi amor peleo,
Y callo amando, si hay galan que pueda,
Teniendo amor, tener la lengua queda.
Las razones tal vez articuladas
Retiro atras, y su sentido trueco,
Aunque salen algunas tan formadas,
Que casi entre los dientes se oye el eco:
Mas como en aire quedan transformadas,
Y el aire viene á ser húmedo y seco,
A su esfera se va, que son los ojos,
Y las que voces fueron son enojos.
Mira si es harta causa de tristeza
Amar á un mármol, á una nieve, á un hielo,
A un peñasco, á un diamante, á una belleza,
Que nació para bien y mal del suelo:
Penando está en su cielo mi firmeza,
Que aunque implica penar y ver el cielo,
Bien fácil esta enigma se declara,
Con probar su rigor y ver su cara.
Oct. ¡Por Dios, que es muger notable!
Lis. Y mas para quien la adora:
Pues me abrasa y me enamora,
Sin permitirme que hable.
Mas ella sale: á este lado
Podeis estar retirado,
Que yo sé que si la veis,
Mi voluntad disculpeis.

(*Apártanse á un lado.*)

ESCENA V.

Sala en casa de doña Flora.

DICHOS, É ISABEL Y JUANA, CRIADAS, Y DETRAS FLORA MUY BIZARRA.

Juana. Sin causa te has enojado.
Flora. No me teneis que pedir;
Laura no me ha de servir,
Que no quiero yo criada
Que haya estado enamorada.
Hoy de casa ha de salir.
Juana. Por eso ya no lo está,
Despues que está en tu poder.
Flora. Mira; quien amó, amará,
Y basta poder querer
Para que me canse ya.
Quien ha de vivir conmigo
A los hombres (yo lo digo)
Ha de tratar tan severa,
Como si cualquiera fuera
Su capital enemigo.
Is. Eso se debe entender
Solo con algunos hombres
Que hay de tan ruin proceder,
Que murmuran nuestros nombres,
Y deshacen nuestro ser.
Flora. Y con todos; porque está
Tan mal con ellos mi pecho,
Que á todos castigará,
Al malo porque lo ha hecho,
Y al bueno porque lo hará.
Oct. ¡Por cierto, bizarra dama!
Lis. Sí; mas su rigor la infama.
Flora. ¿Tú estabas aquí, Lisardo?
Lis. Solo en verte me acobardo,
Que teme mucho quien ama: *ap.*
¿Y cómo te va de amar?
Quiero decir, ¿de olvidar
A los que te quieren bien?
Flora. Siempre es uno mi desden.
Lis. Y uno tambien mi pesar. *ap.*
No sé si tienes razon.
Flora. ¿Porqué no, si todos mienten?
Lis. Eso es solo presuncion.
Flora. Si lo que dicen no sienten,
¿Qué mejor informacion?
Hoy he hallado en estas rejas
Seis papeles arrojados,
Llenos de amores y quejas;
Que ya que no mis criados,
Tienen mis rejas orejas.
Y mas por curiosidad
Que por tener voluntad,
Los seis papeles pasé,
Y en todos ellos no hallé...
Lis. ¿Qué no hallaste?
Flora. Una verdad;
Y sino, veislos aquí,
Que ellos hablarán por mí. (*Dale los papeles.*)
Lis. Con ellos vencerte espero:
Este es el papel primero.
Flora. Ya lo escucho.
Lis. Dice así:
« Despues que vi tu hermosura,
« Despues que fuí sus despojos,
« Despues que amé sin ventura,
« Y despues que de tus ojos
« Adoré la lumbre pura,
« Estoy tan muerto... »
Flora. Detente,
Y no pases adelante,
Porque ya ese amante miente;
Porque á estar muerto ese amante,
No sintiera como siente.

Lis. Dícese, Flora, morir
Aquel penar y afligirse
Un hombre dentro de sí.
Flora. Dícese, mas no es así:
Luego es mentira decirse.
Pasa al segundo.
Lis. ¡Ah tirana! *ap.*
« Yo os ví ayer á una ventana,
« Y hoy por vos me veo arder. »
Flora. Ya no le queda que hacer
A ese tal para mañana.
Lis. ¿Luego no suelen juntarse
Las estrellas, y mirarse
De trino en galan y dama?
Flora. Eso inclinarse se llama,
No, Lisardo, enamorarse;
Basta el ver, para tener
Solamente inclinacion:
Mas para haber de querer
Con fundamento y razon,
Mas es menester que ver;
Porque el trato, la cordura,
La condicion, la blandura,
El donaire y el hablar,
Suele á un hombre enamorar
Mas que la misma hermosura.
Y supuesto, que ha faltado
Trato, gusto, amor y agrado,
Tambien aqueste ha mentido;
Pues dice que me ha querido
Antes de haberme tratado.
Aquesto no es ser cruel,
Sino querer acertar,
Y serme á mí misma fiel.
Lis. Es condicion singular.
Flora. Vaya el tercero papel.
Lis. « Si de vuestro sol divino
« Matan los rayos... »
Flora. ¿Tan presto
Con el sol á topar vino?
Lis. ¿Tambien es mentira aquesto?
Flora. Es muy grande desatino.
Lis. ¿Porqué?
Flora. Porque es cosa clara,
Que si yo como el sol fuera,
Pues él al sol me compara,
No hubiera quien me quisiera,
Ni á la cara me mirára;
Fuera de ser un favor
Tan comun como el amor.
¿Dime, qué tiene que ver
Con el sol una muger?
Lis. Ser la alabanza mayor.
Flora. No hay tal.
Lis. Pues dí, cuanto vemos,
¿A su luz no lo debemos?
¿No nos calienta?
Flora. Eso es llano:
Mas en llegando al verano,
¿De ese calor qué diremos?
Lis. No habrá cosa que no sea,
Si con tal rigor se mira,
Mentira para tu idea.
Flora. Pues si para mí es mentira,
¿Porqué quieres que lo crea?
Lis. Buena es la ocasion que veo *ap.*
Para decirla mi pena,
Sin que culpe mi deseo.
Flora. Vaya el cuarto.
Lis. Bien se ordena: *ap.*
Quiero fingir que le leo.
« Dos años ha que os obligo,
« Tan humilde y tan contento,
« Que aun lo que siento no digo;
« Porque todo lo que siento
« Se queda siempre conmigo.
« Ni por muerto me juzgué,
« Ni os amé luego que os ví,
« Ni sol tampoco os llamé;
« Y pues que nunca os mentí,
« Ya se ve lo que querré. »
Flora. O la memoria he perdido,
O este papel no he leido;
Pero ya la firma aguardo.
Lis. La firma dice, Lisardo.
Flora. Y Lisardo el atrevido.
Lis. ¿Tanto atrevimiento es,
Para quien muere callando,
Leer un papel tan cortés,
Cuando estoy muriendo, y cuando
Has escuchado otros tres?
Flora. Los otros no están aquí,
Y así tienen mas disculpa
Que tú para hablarme así;
Porque consiste la culpa
En ser delante de mí.
El escribir en quien ama,
Respeto y temor se llama;
Que aunque un papel se recibe,
No todo lo que se escribe
Puede decirse á la dama.
Mas para que no te alteres,
Ni culpes en tu fortuna
Nuestros varios pareceres,
Que siempre lo que hace una
Pagan todas las mugeres,
Respondo, que tú tambien
Estás, Lisardo, mintiendo;
Porque no es quererme bien
Hablarme en lo que me ofendo,
Conociendo mi desden.
Y pues pasas del concierto,
Aunque tengo por muy cierto
Que ni al sol me has comparado,
Ni aun un dia me has amado,
Ni te has tenido por muerto;

No quiero que mas me veas,
Porque tan libre no seas,
Cuando á hablarme te dispongas,
Que á mis preceptos te opongas,
Y tus papeles me leas. (*Vase.*)
Lis. Oye, mira, escucha, advierte;
Tenla, Isabel; tenla, Juana.
Is. ¡Qué desdeñosa! (*Vase.*)
Juana. ¡Qué fuerte! (*Vase.*)
Oct. ¿Qué dices?
Lis. Que esta tirana
Busca, sin duda, mi muerte.
Oct. Y en fin, ¿qué piensas hacer?
Lis. Sufrir, callar, y querer,
Hasta que el amor la inspire,
Que en el espejo se mire,
Y conozca que es muger.
Porque la fiera mas fiera,
Al cabo de la jornada,
Se rinde, aunque nunca quiera,
Ya que no de enamorada,
De agradecida siquiera.

ESCENA VI.

Sala en casa de doña Elena.

DOÑA ELENA Y BEATRIZ.

Da. Elena. ¿Qué hora será?
Beat. Son las diez.
Da. Elena. ¿Las diez, y don Juan no [viene?
¿Las diez, y falta don Juan
Mas ahora que otras veces?
No sé qué me dice el alma.
Beat. No te apasiones, ni alteres;
Que hacer estos ferriones
Un hombre, que zelos tiene,
Es la cartilla de amor
Hasta que el enojo cese.
Entren buenos de por medio,
Vayan y vengan papeles,
Llueva Dios satisfacciones,
Haya pliegues, y mas pliegues,
Y al cabo de cuatro dias
Alguna amiga os concierte,
Que es la postrera estacion
De todos los penitentes.
Da. Elena. Este don Diego ha de ser
Mi destruccion; él pretende
Darme la muerte, sin duda,
A título de quererme.
Yo le he escrito, yo le he hablado,
Yo he avisado á sus parientes,
Yo le he llevado por mal,
Y yo he hecho, finalmente,
Todas cuantas diligencias
Pueden en el mundo hacerse;
Y no aprovechan con él
Ruegos, lágrimas, desdenes,
Persuasiones, ni amenazas;
Y luego dirá la gente
Que si porfian los hombres,
Es porque dan las mugeres
Ocasion á que porfien.
Beat. Conforme los hombres fueren;
Que hay amantes espantajos,
Que se estarán herre, herre,
Mareando las esquinas,
Y gastando las paredes
Todo el dia en una calle,
Sin mas fruto que molerse,
Y moler á cuantos pasan...
Mas tente, que me parece
Que siento ruido aquí fuera.
Da. Elena. ¡Ay Dios, si mi dueño fuese!

ESCENA VII.

DICHAS Y LUQUETE.

Luq. Sudando vengo, por Dios.
Beat. No es don Juan, mas es Luquete.
Luq. ¿Señora?
Da. Elena. ¿Pues cómo solo?
Luq. Como hay gran mal.
Da. Elena. ¿De qué suerte?
Luq. Ya viste que mi señor...
Da. Elena. Ya vi que estuvo impaciente
Aquesta tarde.
Luq. Pues luego
Que el sol empezó á envolverse
En mantillas de oro y grana,
Y el mismo que fué á las nueve
Barba roja de las flores,
A las de la noche siete,
Empezó con poca luz
A barbar castañamente;
Que vuelto en nuestra vulgata,
Todo aquesto decir quiere
Que al anochecer se fué.
Da. Elena. Acaba; no me atormentes
Con dilaciones tan frias,
Ni con pausas tan crueles.
Luq. Luego, pues, que llegó á casa,
Mirando al cielo unas veces,
Y otras mirando á la tierra,
Como jugador que pierde
Una trocada, despues
De perder cuarenta suertes
Derechas, tomó recado
De escribir sobre un bufete,
Y escribió cuatro renglones,
Que fué milagro leerse;
Pues caballero, y turbado
Con este nuevo accidente,
Ya se ve qué letra haria:
Y cerrando el tal billete,

Me mandó darle á don Diego
Sin que nadie lo entendiese.
Díle, y dióme la respuesta,
Que fué compendiosa y breve;
Leyóla, y mas indignado
Que cuarenta luciferes,
El rostro descolorido,
Y el sombrero hasta la frente,
En una mano el broquel,
Y en otra la de me fecit:
Yo voy á reñir, me dijo,
Con don Diego de Meneses;
No digas palabra de esto
A nadie; porque si fueses
Tan necio, que lo dijeras,
Aunque piedad te moviese,
Las piernas te cortaria.
Y sin bastar á tenerle
El ponerle por delante
Que era forzoso perderte,
Mas resuelto que un cochero,
Que es cuanto decirse puede,
Echó por la calle abajo.
Da. Elena. ¡Ay, Beatriz, cierta es mi
Bien mi triste corazon, [muerte!
Bien, aunque confusamente,
Parece que me decia
Todo lo que me sucede.
¿Mas tú, di, porque no fuiste
Con él?
Luq. Ha de suponerse
Que tambien don Diego irá
A reñir únicamente.
Da. Elena. Y si en el campo le esperan
Con don Diego, seis, ó siete,
Desgracia que ha sucedido
En el mundo muchas veces,
¿No fuera bueno, cobarde,
Que su vida defendieses?
Luq. No ves que hay descomunion
Contra el hombre que saliere
Al campo desafiado.
Beat. Mi Luquete, aunque es valiente,
Es temeroso de Dios.
Da. Elena. Ahora bien, cuando se pierde
La vida, el honor y el gusto,
No hay respetos que aprovechen:
Mi tio queda durmiendo,
Y cuando acaso despierte,
No he de ser tan desgraciada
(Aunque en todo lo soy siempre)
Que me busque. Ven, Beatriz.
Beat. ¿Adónde?
Da. Elena. A ver si parecen
Por el campo, ó por las calles;
Y si los hallo, á meterme
Yo misma por las espadas,
Para que de mí se venguen;
Pues yo, que la culpa he sido,
Soy quien la pena merece.
Beat. Ya yo dejo los chapines.
Da. Elena. Así vamos bien.
Luq. Advierte
Que si sabe mi señor
Que yo lo he dicho: ya entiendes.
Da. Elena. Ve tú delante.
Luq. Ya voy.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON JUAN ALBOROTADO.

D. Juan. ¿Pues adónde de esta suerte?
Luq. Ahora, á ninguna parte.
Da. Elena. ¿Pues qué, no me ves? A
Por no acostarme sin tí. [verte,
Mas tú (¡ay Dios!), ¿de dónde vienes?
¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado?
D. Juan. ¿Pues estando aquí Luquete,
No lo sabes?
Luq. No lo sabe;
Porque no soy hombre...
D. Juan. Tente,
Que no vengo para gracias.
Da. Elena. Antes está tan rebelde,
Que nada quiere decirme;
Porque mas me desespere.
¿Parece que estás turbado?
D. Juan. Bien la ocasion lo merece.
Da. Elena. ¿Acaso vienes herido?
D. Juan. En el alma solamente.
Da. Elena. ¿Desengañóte don Diego?
¿Hablástele claramente?
¿Salió solo al desafio?
¿Dió palabra de no verme?
¿Qué dices? ¿No me respondes?
Luq. Conmigo la tema tienes.
D. Juan. ¿Y es esto no saber nada?
Luq. Por mí sí, que las mugeres
En llegando á enamorarse,
Para saber lo que quieren
Menean muy bien las habas.
Da. Elena. El alma, señor, á veces
Adivina los peligros,
Y las desdichas previene.
D. Juan. ¿Pues cómo no sabe el alma,
Que aunque ahora vengo á verte,
Para siempre me has perdido?
Da. Elena. ¿Qué es perderte para siempre?
D. Juan. No verme, Elena, en tu vida;
Escucha en palabras breves.
Yo sufrí de mi enemigo
Las porfías descorteses,
Rogásteme que callase,
Callé por obedecerte,
Pensé que se rendiria
Su porfía á tus desdenes:

Mas no debieron de ser
Los desdenes muy crueles;
Que esto de veros queridas,
De manera os desvanece,
Que aun á los hombres mas viles
Agradeceis que os festejen.
Finalmente aquesta tarde
(¡Oh, quién en lance tan fuerte,
Como el triste Belisario,
De sangre pura dos fuentes
En lugar de ojos tuviera,
Para cegar de repente!)
Te hallé con él en el campo,
La causa, el cielo la puede
Solamente averiguar;
Lo que yo vi claramente
Es, que don Diego te hablaba,
Que tú muy hermosa eres,
Que él era mozo y galan,
Que saliste á hablarle y verle,
Que estabas con él á solas,
Que la ocasion era fuerte;
Si es agravio no lo sé,
Solo sé que lo parece.
Zeloso, pues, y ofendido,
Le supliqué que se viese
Conmigo ahora en el campo;
Salió, conocile, habléle,
Dile cuenta de mi amor,
Respondióme secamente,
Desnudamos las espadas,
Y quiso, Elena, mi suerte,
Que le alcanzase una punta,
Y que la vida perdiese;
Que una cosa es tener dicha,
Y otra ser uno valiente.
Esto es todo lo que pasa,
Y antes que llegue á saberse
Que yo he sido el homicida,
Vengo á decir que te quedes
Sin mí, para muchos años,
Y á que conozcas que tienes
La culpa de esta desgracia.
Y con esto, á Dios; que puede
Costarme, Elena, la vida
Un instante detenerme.
Da. Elena. ¿Y á mí qué me ha de costar,
Cuando te pierdo, y me pierdes,
Sin mas culpa que adorarte?
Luq. Mal caso, Beatriz, es este.
Beat. Y mas para quien te amaba.
Da. Elena. Vete, por Dios, vete, vete;
Porque aun palabras no tengo
Para poder responderte.
D. Juan. Tú, Luquete...
Luq. Ya te escucho.
D. Juan. Ve á casa, y sin detenerte
Me trae aquí dos caballos.
Luq. Partiré como un cohete.
D. Juan. Hoy pierdo á Valladolid.
Da. Elena. Hoy quedo á morir ausente.
Luq. Hoy comeré sin Beatriz.
Beat. Hoy beberé sin Luquete.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Lisardo.

DON JUAN Y LUQUETE.

D. Juan. ¡Lindo lugar!
Luq. Estremado,
Aunque gozado de noche,
Y eso á caballo, ú en coche.
D. Juan. Eso la vida me ha dado.
En Valladolid maté,
De amor y de zelos ciego,
(¡Lance forzoso!) á don Diego;
Ya lo sabes.
Luq. Ya lo sé.
D. Juan. Salí de Valladolid,
Temiendo mayores males,
Y en dos dias no cabales
Nos pusimos en Madrid,
Donde encontré con Lisardo,
Que es el amigo mayor,
De mas brio y mas valor,
Mas discreto y mas gallardo
Que tuve en toda mi vida;
Y contéle lo que pasa.
Luq. Bien se ve, pues en su casa
Nos hizo tal acogida.
D. Juan. Pensé por Madrid andar
Sin ser de nadie notado;
Mas hémonos informado
Que hay en aqueste lugar
Muchos parientes y amigos
De don Diego de Meneses;
Y así va para tres meses,
Por escusar enemigos,
Que de este cuarto no salgo
Si no es de noche, ó en coche.
Luq. En fin, tu dia es la noche.
D. Juan. De su oscuridad me valgo,
Si bien en faltando el gusto,
No hay cosa que bien parezca,
Ni fiesta que se apetezca.
Luq. Ese pesar es muy justo,
Si es por Elena, señor.
D. Juan. ¿Pues por quién pudiera ser?
¿Hay en el mundo muger
Como Elena?

Luq. ¡Bravo amor!
D. Juan. ¡Si tú la vieras, en tanto
Que por los caballos fuiste,
Aquella (¡ay Dios!) noche triste
Que ella y yo perdimos tanto!
Díjome: Mi bien, espera;
Respondí: Mi mal, no quiero;
Y descompuesto y grosero
A tomar fuí la escalera:
Mas ella con la congoja,
Llorosa de mi desden,
Porque hay lágrimas tambien
Que el corage las arroja,
Dando suspiros al aire,
Y cargada de razon,
Un pesia mi corazon
Dijo con tanto donaire,
Que á verla volví y la dije,
Mirando hácia la pared:
¿Qué quiere vuesa merced
Que así me mata y aflige?
Y como los niños suelen
Cuando su enojo señalan
Llorar mas si los regalan,
Y de sus ansias se duelen;
Así sus divinos ojos,
Que ya estaban reventando,
En mirándome mas blando
Declararon sus enojos;
Y por sendas de coral,
Que eran del amor vergeles,
Empezó á regar claveles
Con racimos de cristal.
Elena, en fin, de mi pena
No tuvo culpa ninguna.
Luq. ¿Pues quién?
D. Juan. Mi triste fortuna.
Luq. Pues yo aseguro que Elena
Aun mas que tú lo ha sentido.
D. Juan. ¿Mas que yo? No puede ser.
Luq. Si puede, porque es muger,
Y de ellas tengo entendido
(Aunque las desmienta el nombre)
Que en allegando á querer,
Quiere cualquiera muger
Muchísimo mas que un hombre;
Porque, en fin, el mas amante,
Ronda, visita, pasea,
Juega, mira, y aun desea
Divertido é inconstante:
Mas una pobre señora,
Que no sale por la villa,
Y asida de una almohadilla,
Cose lo mismo que llora,
Claro está que querrá mas
Y que guardará mas ley.
¿No has visto comer á un buey,
Y que despues á compas
(Así la vida conserva)
Con un curso repetido
Vuelve á rumiar lo comido
Hasta topar otra yerba?
Así las mugeres son
Con amor; porque en amando,
Siempre están dando y tomando
En su amorosa pasion,
Hasta que llegan á ver
Lo que pudieran amar,
Y cesando de rumiar,
Vuelve el amor á comer.
Elena en un monasterio,
De su tio despreciada,
De sus deudos olvidada,
Sin humano refrigerio
Desde aquel suceso está:
¿Pues cómo quieres que esté
Quien encerrada no ve
Mas que tu retrato allá,
Y las cartas que le escribes?
D. Juan. ¿Y hago yo mas que leer
Las suyas?
Luq. Ella es muger,
Y tú por lo menos vives
En Madrid, que basta el nombre
Donde solo el ver la gente
Es consuelo suficiente:
Juegas tu poquito de hombre,
Y aun te entretienes con damas.
D. Juan. ¿Yo con damas?
Luq. Tú con Flora,
Que hay quien dice que te adora.
D. Juan. Sin razon su nombre infamas,
Porque es muger que al amor
No rinde el pecho gallardo,
Fuera de amarla Lisardo,
Que es la respuesta mejor.
Luq. Por lo menos á tu ruego
(Aquesto es cierto) permite
Que Lisardo la visite.
D. Juan. Meter paz no es estar ciego;
Mas aquí Lisardo viene.

ESCENA II.

DICHOS Y LISARDO, Y FINEO, CRIADO.

Lis. ¿Don Juan?
D. Juan. ¿Amigo y señor?
Pues bien, ¿cómo va de amor?
Lis. Don Juan, como quien le tiene
A quien no puede pagar,
Porque no sabe querer.
Y vos, ¿qué pensais hacer?
D. Juan. O leer en algo, ó jugar.
Lis. Antes quisiera llevaros
A alguna parte esta tarde.
D. Juan. Tiéneme el riesgo cobarde.

Lis. No teneis que recelaros,
Yendo en el coche, y conmigo.
D. Juan. Vuestro soy. Tú con Fineo,
Ve por cartas al correo.
Lis. En casa de Flora, digo
Que estarémos, si os parece.
D. Juan. Yo no tengo voluntad;
Guiad, elegid, mandad.
Lis. Al paso que me aborrece,
Adoro en esta muger.
D. Juan. Pues vencereis porfiando.
Lis. Porfiando y obligando.
Vamos.
Luq. ¿Y la vas á ver?
D. Juan. No voy sino á acompañar
A quien es galan de Flora;
Porque á Elena el alma adora.
Luq. Si por mí te he de juzgar,
Elena será infeliz,
Y á Flora querrás mañana;
Porque despues que ví á Juana,
No me acuerdo de Beatriz.
D. Juan. No es una nuestra fortuna.
Luq. ¿Porqué, si es uno el trabajo?
D. Juan. Porque tú eres hombre bajo,
Y yo soy don Juan de Luna.

ESCENA III.

Decoracion de calle.

DOÑA ELENA, BEATRIZ Y MAGDALENA, DE TOQUERAS VIZCAINAS, Y FELICIANO, VIEJO.

Mag. No hay sino tener cuidado
Con los precios de las tocas.
Fel. Mugeres, en fin, y locas.
Mag. No habrá casa, no habrá estrado,
Dama, rincon, calle ó plaza,
Que no registres y veas,
Sin que de ninguno seas
Notada.
Da. Elena. Discreta traza
Para lo que yo deseo,
Que es solo ver á don Juan.
Fel. Buenas tus fortunas van,
Que aun te veo y no lo creo.
Da. Elena. El amor me tiene asi.
Fel. ¿Tú en Madrid, siendo quien eres?
Da. Elena. Si erramos siendo mugeres,
Ya no hay remedio.
Fel. ¡Ay de mí!
¡Ay de mi! pues yo lo erré
En venirte á acompañar.
Da. Elena. De ti me quise fiar.
Fel. Eso mi desdicha fué.
Da. Elena. Como juzgas, Feliciano,
Solo por el apariencia,
Culpas mi poca prudencia,
Y pensamiento liviano.
Pero si yo te dijera
Que aunque me ves en Madrid,
No sabe Valladolid
Que estoy de aquesta manera,
Ni que he salido de allá,
Aunque falto tantos dias,
¿Qué dirias? ¿qué dirias?
Fel. Eso imposible será.
Da. Elena. Pues para que no te admires
(Puesto que discreto eres)
Y disculpes las mugeres
Cuando con amor las mires,
Oye, y verás que mi amor
Ha juntado en un sugeto
La voluntad y el secreto,
La osadía y el honor;
Porque aunque mi amor es mucho,
Siempre he sido lo que soy.
Fel. Confuso y atento estoy.
Da. Elena. Escucha, pues.
Fel. Ya te escucho.
Da. Elena. Yo tuve amor; bien empiezo
Para contar mis tragedias,
Porque si en tener amor
Todas las penas se encierran,
Es echar por el atajo
Para decirte mis penas,
Decirte que quise bien
A don Juan de Luna y Leiva.
No nos hablabamos, no,
Por balcones, ni por rejas;
Porque esto de hacer terrero
Fuera bueno, si no hubiera
Malsines que lo notasen,
Vecinos, y malas lenguas:
Y así en tratando de amor,
Para quitar la sospecha,
Mas vale que entre el galan,
Que no que se esté á la puerta;
Porque dentro no le ven,
Y le ven estando fuera;
Y á veces deshonra mas
Una vulgar apariencia,
Que una culpa cometida,
Como con secreto sea.
Por las tapias de un jardin,
Que á otra calle da la vuelta,
Entraba don Juan á verme,
Sin tomarse mas licencia
Que la que mi honor queria,
Y le daba mi vergüenza:
Si bien tal vez amoroso,
Que con amor no hay ofensa,
Dejando las del jardin
Por comunes azucenas,
Apeló para otras flores,

Y puso la boca en ellas.
Dió don Diego en este tiempo
En amarme de manera,
Que apasionado don Juan,
Sin cordura y sin prudencia
(Que no hay cordura que valga
Cuando los zelos aprietan)
Le sacó una noche al campo,
Y le mató: ¡gran tragedia
Para quien quedó llorando
Con muchos ojos su ausencia!
Por el amor de don Diego,
Que público en todos era,
Y la ausencia de don Juan,
Se tuvo por cosa cierta
Ser don Juan el homicida,
Y ser tambien mi belleza,
Por quererme bien entrambos,
La causa de la pendencia;
Que somos tan desgraciadas,
Y mas en esta materia,
Que aun la cólera de un hombre,
Que por su gusto se arriesga,
Quiere el vulgo licencioso
Que corra por nuestra cuenta.
De aquesta injusta opinion,
Cuanto á mi honor tan incierta,
Hizo tal duelo mi tio
(Así la pasion le ciega)
Que empezó, sin otra causa,
A tratarme de manera,
Que cansada de pasar
Por mil géneros de afrentas,
De su casa me salí,
Y estuve en la de una deuda
Seis dias, sin resolverme
A nada, por estar llena
De opuestas dificultades
La resolucion mas cuerda.
Porque volver con mi tio
Era doblarme las penas;
Que enemigos y parientes
Es casi una cosa mesma.
Estarme con una amiga,
No teniendo yo mi hacienda,
Fuera bueno para un mes,
Aunque mas amiga fuera.
Ponerle pleito á mi tio,
Porque réditos me diera
De cincuenta mil ducados,
Que son mi dote y mi herencia,
No era cosa competente
A mi estado y mi nobleza.
Meterme en un monasterio,
Hasta que don Juan volviera
Con libertad á mis ojos,
Fuera la accion mas honesta
Que pudiera hacer entonces
Una muger de mis prendas.
Mas que don Juan en Madrid
Se holgára y entretuviera,
Quizá en fe de que yo estaba
Encerrada en una celda,
Era tambien fuerte cosa,
Y que en Madrid era cierta:
Pues irme públicamente
(Dijeran lo que dijeran)
Con él, como con mi esposo,
Aunque sé que lo desea,
Era ponerme en peligro
De que mal le pareciera,
Y se le entibiára el gusto,
Solo en verme tan resuelta;
Porque no sé qué se tiene
Esto de rendir las fuerzas,
Que á todos en general,
Aunque mas amantes sean,
Las alas del corazon
Se les caen cuando les ruegan.
De suerte, que indiferente
Entre la duda y la pena,
Entre la muerte y la vida,
Entre el honor y la ofensa,
Estaba como arroyuelo,
Cuando al bajar por las peñas,
Siendo cítara de aljófar,
Y filomena de perlas,
Topó al hielo en el camino,
Y parando la carrera,
El que era pájaro vivo,
Saltando de sierra en sierra,
Queda difunto marfil,
Y clavicordio sin cuerdas.
Lo que don Juan me escribia
En todas las cartas, era
Encarecerme su amor,
Su constancia y su tristeza;
Que como por el mentir
A nadie le sacan prendas,
En dejándose á la pluma,
A trueque de que los crean,
Dicen locuras los hombres,
Y mienten á rienda suelta.
En efecto, Feliciano,
Despues de muchas quimeras,
Trazas, desvelos, engaños,
Invenciones y cautelas,
Intento ver á don Juan
En Madrid, sin que me vea,
Y sin que en Valladolid
Se presuma, ni se entienda;
Dos cosas casi imposibles:
Mas oye, porque las creas.
Tiene Beatriz una hermana,
La cual trocando en Elena
El nombre de Estefanía,

Se fué, y entrambas con ella
A un convento, desde donde
Escribí, dándole cuenta
A don Juan de mi clausura,
Si bien clausura supuesta;
Y luego avisé á mi tio,
Solo para que supiera
Que estaba en parte segura,
Y no hiciese diligencia
De buscarme; y advirtiendo
(Por si alguien á verme fuera)
A la tal Estefanía,
Que se fingiese indispuesta,
Nos salimos una tarde;
Y buscando una litera,
Y una mula para tí,
Sin que nadie lo entendiera,
Nos venimos, y de cuanto
Allá sucede en mi ausencia
Me da parte Estefanía,
Con una sobrecubierta,
Que dice á tí, por si acaso
Alguien la lista leyera,
Que conociera mi nombre,
Y el secreto descubriera:
Y las cartas, que don Juan
Me escribe por la estafeta,
Me las envia tambien,
Y yo respondiendo á ellas,
A uno que escribe la lista
Llevo luego la respuesta;
(Que el oro todo lo vence)
Y con su número, y señas,
Entre las otras las pone;
Con que parece por fuerza
Escrita en Valladolid,
Por el tiempo y por la fecha.
De suerte que es imposible
Que nadie en Madrid lo sepa,
Ni en Valladolid tampoco;
Pues Estefanía queda
Con mi nombre en el convento,
Sin que haya quien la desmienta.
Mas viendo que he estado un mes
Sin que ver á don Juan pueda
Ni en Prado, plaza ni calle,
Fiesta, rio, ni comedia,
He llegado á imaginar
(¡Plegue al cielo que no sea!)
Que alguna dama en su casa,
Por mas secreto le hospeda.
Y estando ayer platicando
Aquesto con Magdalena,
Que vive en ese aposento,
Y á título de toquera,
No hay dama que no visita,
Ni hay casa donde no entra,
Me he determinado á andar
De esta suerte, hasta que venga
A encontrar mi dulce dueño;
Mas esto con advertencia
De que soy, estando en casa,
Doña Antonia de la Cerda,
Y Luisa Licoalde,
Vendiendo tocas de seda,
Porque casi á un mismo tiempo
He de ser dama y toquera.
Esto ha sabido la industria,
Esto los zelos intentan,
Esto solicita el alma,
Esto quiere la sospecha,
Esto pretende la duda,
Esto alcanza la agudeza,
Y esto ha podido el amor,
Que cuanto quiere atropella;
Porque con amor no hay cosa
Que no se allane y se venza.

Fel. Solo pudiera tu ingenio,
Que es igual á tu belleza,
Concertar tales engaños.

Da. Elena. El amor en todo acierta.

Fel. Consolado me has en parte,
Aunque en el alma se queda
Siempre un temor.

Da. Elena. No hay temor
Andando de esta manera,
Y con Magdalena al lado.

Mag. Siempre será Magdalena
Amiga y esclava tuya.

Da. Elena. No hayas miedo que lo pierdas
Conmigo.

Beat. ¿Pues qué aguardamos,
Que esta obra no se empieza?

Da. Elena. Que Magdalena nos guie.

Mag. Pues mirad, que tengais cuenta
Que en llamándome algun page,
Lacayo, escudero ó dueña,
Porque no vamos tres juntas,
Se ha de quedar á la puerta
Una de las tres.

Beat. Bien dice.

Da. Elena. Eres en todo discreta.

Beat. Santigüémonos primero.

Mag. Vaya en Dios y enhorabuena
Por esta calle del Prado,
Que es donde está la belleza
Como en su centro.

Da. Elena. Camina,
Y tú, Feliciano, espera;
Que antes que se ponga el sol
Habremos dado la vuelta.

Fel. Dios te dé buena fortuna.

Mag. (*Dice en voz alta:*) ¿Quién quiere tocas de seda?
¿Compran tocas, quieren tocas?

Beat. Bueno va si no se enreda.

Mag. Anda, Luisa.
Da. Elena. Ya te sigo.
Dulce amor, haz que yo vea,
Si puede ser, á don Juan,
Cuando otra cosa no sea.
Beat. ¿Y si le vieras con otra?
Da. Elena. ¡Ay Dios! quedárame muerta.

ESCENA IV.

Sala en casa de doña Flora.

FLORA.

Corazon, ¿qué novedad
Es la que conmigo haceis?
¿En qué pensais? ¿Qué teneis?
Decid, decid la verdad:
Mas no la digais, callad,
Que si no soy la que fuí,
Y despues que me rendí
Tengo otro ser y otra cara,
Como si con otra hablára
Tengo vergüenza de mí.
Venció amor, suya es la palma;
Porque vivir sin amor,
Aunque parece valor,
Es desaliño del alma:
Estaba mi pecho en calma,
Sin bien, sin gusto y sin medra,
Y buscó muro á la hiedra
Para que no se derribe;
Que aun se cae, si no se vive,
Un edificio de piedra.
Está don Juan en Madrid,
Y en Valladolid Elena,
Y parece que la pena
Le tiene en Valladolid:
Y como todo mi ardid
En no creer consistia,
Que amante perfecto habia,
Y tanto don Juan lo fué,
Casi á un mismo tiempo amé
Lo mismo que aborrecia.
Procedia mi tibieza
De temor, no de rigor;
Mas quitóme este temor
Ver de don Juan la firmeza;
Que aunque adora mi belleza
Lisardo, solo se llama
Amante el que ausente ama,
En tiempo que es novedad
Que aun guarde un hombre lealtad
En los brazos de su dama.
Mas, ¡ay Dios! ya me acobardo
En tanta dificultad;
Don Juan tiene voluntad
A Elena, y á mí Lisardo:
Yo peno, suspiro y ardo,
Pues la garganta al cuchillo
Pongo por no descubrillo;
Que una principal muger
Puede llegar á querer,
Mas no llegar á decillo.

ESCENA V.

FLORA, ISABEL Y JUANA.

Juana. Lisardo, aquel que te adora...
Is. Lisardo, aquel que porfia...
Flora. Decid que venga otro dia,
Que estoy indispuesta ahora.
¿Viene solo? ¿Quién lo ignora?
Y querráme marear
Con hablar y mas hablar.
Is. Un don Juan viene con él.
Flora. Pues ya estoy buena, Isabel;
Decid que pueden entrar.
Is. A ignorar tu condicion,
Dijera que ese contento...
Flora. Esto es solo cumplimiento,
No, amigas, inclinacion;
Porque no fuera razon
Cuando por galantería
Me viene á ver algun dia,
No dejarme hablar ni ver;
Que una cosa es no querer
Y otra tener cortesía.
Is. Bien podeis entrar.

ESCENA VI.

DICHAS, DON JUAN Y LISARDO.

Lis. Señora...
Flora. En sentándoos, hablarémos.
Amor, toda soy estremos. *ap.*
D. Juan. ¡Qué discreta!
Flora. Ahora, ahora,
A entrambos preguntaré
Cómo estais.
Lis. Yo muy contento
Solo en veros; esto siento.
Flora. ¿Y vos, don Juan?
D. Juan. No lo sé,
Que como de mi cuidado
Es Elena el alma y vida,
Y esta ausencia desabrida
Sin Elena me ha dejado;
Aunque por horas la escribo,
Y aunque tengo el alma allá,
Hasta saber cómo está
No sé si muero ó si vivo:
Y así, pues que solo sé
Que no sé, bien respondí,
Porque nunca sé de mí
Mientras de Elena no sé.

Flora. Un hombre, que cada instante
Habla y ve tantas mugeres
De tan lindos pareceres,
¿Puede ser tan firme amante?
D. Juan. No hay quien me parezca bien.
Flora. Buen consuelo por mi vida, *ap.*
Para quien está perdida.
Cuanto al ser muger de bien,
De mas virtud y decoro,
De mas recato y mas fama,
Bien creeré, sí, que esa dama
Merezca mas; no lo ignoro:
Pero cuanto á la belleza,
El talle, el brio, el andar,
No; porque estais en lugar,
Que el garbo, la gentileza,
Lo prendido y lo brillante,
Tienen principio de aquí.
D. Juan. Yo confieso que es así,
Y que erraré como amante:
Mas si la hermosura es cosa
Que la da quien la encarece,
La que á un hombre le parece
Mejor, es la mas hermosa;
Y así, aunque sea menos bella,
Tendrá Elena esa fortuna,
Porque no puede ninguna
Parecerme como ella.
Flora. Sereis un necio.
Lis. Parece *ap.*
Que está Flora con cuidado,
Y que casi se ha enfadado,
Porque don Juan encarece
A Elena. ¿Pues qué será?
Vanidad debe de ser;
Que amor, fuera ser muger,
Y es un mármol, claro está.

ESCENA VII.

DICHOS Y LUQUETE CON UNAS CARTAS.

Luq. Albricias.
D. Juan. ¿Hay cartas?
Luq. Sí;
De Elena es aqueste pliego.
D. Juan. Que me perdoneis, os ruego.
Flora. Esto es peor, ¡ay de mí! *ap.*

(*Abre el pliego don Juan, y pónese á leer, y hablan Flora y Lisardo, y Flora está mirando á don Juan.*)

Luq. ¡Jesus, qué de garabatos!
Cada renglon de estas planas
Es una sarta de ranas.
Flora. No han de ser todos ingratos.
Lis. Yo por lo menos no puedo
Serlo contigo.
Flora. ¿Porqué?
Lis. Porque no tengo de qué.
D. Juan. Aquí dice: «Sin tí quedo.»
Flora. ¿Qué dices?
Lis. No habla contigo.
Flora. ¡Amor no bastaba, cielos, *ap.*
Sino amor, envidia y zelos!
Lis. Estad en esto que os digo.
Flora. Para quien ve lo que ve, *ap.*
Es este lindo remedio.

(*Pónese entre las dos mozas Luquete muy recto.*)

Luq. La virtud consiste en medio.
Juana. ¿Y es la virtud su merced?
Luq. Para lo que la cumpliere.
Juana. ¿Es casado?
Luq. Soy muy cuerdo.
Juana. ¿Sabe de amores?
Luq. Me pierdo.
Juana. ¿Querráme?
Luq. Si me quisiere.
Juana. ¡Paréceme gran figura!
Luq. Grande no, figura sí,
Juana. ¿Sabes dar?
Luq. Soldado fuí.
Juana. ¿Regalas?
Luq. He sido cura.
Juana. Pues toca.
Luq. ¡Buena señal!
Tuyo soy, pesia mis males.
Juana. Yo gano catorce reales.
Luq. Yo racion de pan, y real:
A las once te veré.
Juana. Ya me habré lavado entonces.
Luq. ¿Hay esconce?
Juana. Y aun esconces.
Luq. Yo en una cuna cabré;
Porque soy un bon ami.
Juana. Ya yo me fino y desalmo.
Luq. Esto es amar por ensalmo:
Aprended flores de mí...
Lis. ¡Qué te precies de tirana!
Flora. Mas con eso me provocas.
Mag. (*Dentro.*) ¿Compran tocas? ¿Quieren tocas?
Flora. Llama esa toquera, Juana.
Juana. ¿Para qué?
Flora. Para escusarme
De responder á este necio;
Que á pesar de mi desprecio,
Da en quererme y en cansarme,
Cuando está mi voluntad
Adorando á un enemigo.
Juana. (*Dentro.*) ¿Ola, toquera, qué di-
Mag. Luisa, que llaman. [go?
Is. Entrad
Por esa puerta.

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA ELENA Y BEATRIZ.

Da. Elena. ¿Quién llama?
Juana. Mi señora.
Lis. ¡Gentil talle!
Beat. Es por demas el buscalle.
¡Linda casa!
Da. Elena. ¡Y linda dama!
Dios guarde á su señoría,
Su merced, ó lo que fuere.
¿Sois vos quien las tocas quiere?
Flora. Yo soy.
Lis. Bien, por vida mia.
Da. Elena. Pues ya sacamos la tienda.
Flora. Y yo con gusto te escucho.
Da. Elena. No hay sino comprarme mu-
Porque traigo linda hacienda, {cho,
Y mucha; porque hallaréis
Tocas de reina, y beatillas;
Gasas, velos y espumillas,
Y otras muchas: ¿cuál quereis?
Flora. ¿Traes algun descanso?
Da. Elena. No;
Porque si yo le trajera,
Para mí me le quisiera;
Que tambien le busco yo.
Lis. ¿Cómo, siendo vizcaina,
Hablas tan bien nuestra lengua?
Da. Elena. Porque es en Vizcaya mengua,
Y entre los nobles mohina,
Hablar vascuence jamas,
Sino fino castellano.
Flora. Bien predicas con la mano.
Da. Elena. Si yo predico, tú estás
Haciendo oficio de preste,
Revestida entre los dos.

(*Acaba don Juan de leer, y vuelve la cara, y vele doña Elena.*)

D. Juan. Yo he leido.
Da. Elena. ¡Mas, ay Dios!
Beatriz, ¿no es don Juan aqueste?
D. Juan. Direis que grosero fuí.
Lis. Disculpa tiene quien ama.
Flora. Largo os escribe esa dama.
D. Juan. No me lo parece á mí.
Da. Elena. ¡Ay, Beatriz! apenas puedo
Respirar; porque el dolor,
La pesadumbre, el amor,
El sobresalto y el miedo,
Como con llave han cerrado
Todas las puertas al pecho.
¡Ah, don Juan, qué mal lo has hecho!
Beat. Pues un traidor de un criado,
Que está en oracion mental
Con la otra picarona.
Da. Elena. El amo al criado abona.
Beat. Bien dices, tal para cual.
Da. Elena. ¡Mal haya el oficio, amen!

(*Rompe una toca.*)

Beat. Que vienes loca recelo.
Da. Elena. ¿De las tocas tienes duelo,
Cuando tal mis ojos ven?

(*Van recogiendo las tocas.*)

Mas esto ha de ser así;
Vamos presto, y tú allí enfrente
Espera secretamente
A ver si sale de aquí:
Y si sale ve tras él,
Mientras yo me llego á casa,
Y vuelvo á ver lo que pasa
Con Magdalena. ¡Ah cruel,
Bien pagas mi amor honesto!
Juana. ¿Vendeis tocas?
Da. Elena. Ya no hay tocas.
Beat. Voime volando.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS BEATRIZ.

Flora. ¿Estais locas?
Lis. Descolorida se ha puesto.
Flora. ¿Qué ha sido?
Da. Elena. No sé de mí.
Flora. ¿Pues qué sientes?
Da. Elena. Harto siento.
Aquí importa el fingimiento. *ap.*
D. Juan. Luquete, llégate aquí.
Luq. Ya penetro lo que quieres.
D. Juan. ¿No es Elena esta muger?
Luq. No; mas debiéralo ser.
Flora. No te apasiones.
Da. Elena. ¿Qué quieres,
Si en una casa que entré
Me hurtaron (¡infame casa!)
La mejor prenda de gasa?

(*Mirando á don Juan.*)

Yo ahora menos la eché,
Y voy á cobrarla (¡ay triste!)
Por la justicia, ó concierto.
D. Juan. Si no tuviera por cierto
Que este pliego me trajiste;
Que ha tres dias que está escrito;
Y que Elena está encerrada,
Dijera...
Luq. No digas nada;
Que aun el pensarlo es delito.
D. Juan. ¿Que hasta en la voz puede ser
Que se parezcan las dos?
Luq. Parécense, juro á Dios,
Mas que el freir y el llover.

D. Juan. Pues si se parece á Elena,
Solo por eso he de amarla,
Servirla y solicitarla.
Da. Elena. Era la pieza muy buena.
D. Juan. Pues decid lo que valia,
Que yo pagártelo quiero.
Da. Elena. No siento tanto el dinero,
Como la bellaquería.
(Ya en mí los dos repararon.) *ap.*
Y vive Dios, que aunque entienda
Arriesgar toda mi hacienda,
Puesto que me la robaron;
Y aunque pensára por ello
Perder, pues ya estoy perdida,
Con el hacienda la vida,
Que es echar á todo el sello,
He de vengarme de un hombre
Que estaba junto á un estrado,
Y con capa de hombre honrado
(Que tambien engaña el nombre)
Apenas volví los ojos,
Cuando me engañó el traidor;
Porque en no viendo, el mejor
Sabe hacer estos enojos:
Pero yo me vengaré
Si lo llego á averiguar.
Amor, no hay de que fiar, *ap.*
Tambien don Juan hombre fué. (*Vase.*)
D. Juan. Como es de Elena traslado,
Y colérica la ví,
Vive Dios que la temí.
Flora. Gran sentimiento ha mostrado.
Lis. Cuando es el caudal tan poco,
Siéntese cualquiera cosa.
D. Juan. La vizcaina es hermosa;
Vamos tras ella.
Luq. ¿Estás loco?
D. Juan. A Dios, Lisardo, á Dios, Flora;
Que tengo un negocio.
Flora. A Dios.
Lis. ¿Quereis que vaya con vos?
D. Juan. Importa el ir solo ahora.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DON JUAN Y LUQUETE.

Flora. ¿Solo se va? Pues decid,
¿Si fuese á alguna pendencia?
Lis. Pendencia no, diligencia
Será de Valladolid.
Flora. Este miedo solo nace
De ser don Juan vuestro amigo.
Lis. Yo tambien lo mismo digo;
Mas mirad, quien satisface
Parece que está dudando
Él mismo de la verdad.
Flora. Esta es justa voluntad.
Lis. Vos propia os vais despeñando,
Puesto que dices que es justa;
Mas yo, señora, me obligo,
Pues de don Juan por mi amigo
Dice vuestro amor que gusta,
A venir tan prevenido,
Que traiga por mas galan
Siempre conmigo á don Juan,
Para ser bien recibido.
Flora. Lisardo, aunque se reporta, *ap.*
Ha entendido mi aficion.
Lis. Zeloso voy con razon;
Mas es de don Juan, no importa.

ESCENA XI.

Decoracion de calle.

DON JUAN Y LUQUETE.

D. Juan. En aquesta casa entraron.
Luq. ¡Válgate Dios, por muger!
¡Hay cosa tan parecida!
D. Juan. Luquete, tan ella es,
Que Elena propia á sí propia
No se puede parecer.
Luq. ¡O milagro del pincel
Soberano! Mas ahora
¿Qué es lo que habemos de hacer?
D. Juan. Aguardarla; pero no,
Porque aquí sin duda fué
Donde la hurtaron las tocas
Esta tarde, y puede ser
Que la pierdan el respeto
Si me detengo.
Luq. Pues bien,
¿Qué determinas?
D. Juan. Entrar,
Y aun hacérselas volver.
Luq. Eso es tener treinta y nueve
Para loco.
D. Juan. Llama, pues.
Luq. ¿Qué es llamar? ¿Estás en tí?
D. Juan. Pues aparta, apártate,
Que yo llamaré.
Luq. Repara
En que es echarte á perder,
Y echarme á correr á mí. (*Llama.*)
D. Juan. ¿No hay quien responda?

ESCENA XII.

DICHOS Y FELICIANO.

Fel. ¿Quién es?
D. Juan. Un hombre.
Fel. ¿Pues qué mandais?
D. Juan. Aquí ha entrado una muger,
Que pienso que vende tocas,
Y aun rayos puede vender,
A cobrar no sé qué pieza,

Y aunque es poco el interes,
Para una muger es mucho;
Y recibiré merced
En que hagais que se le vuelva,
Porque sino, puede ser...
Luq. Que nos volvamos á casa;
Que es mi señor muy cortés.
Fel. ¿Toquera aquí vizcaina?
No os han informado bien.
D. Juan. Yo mismo la he visto entrar:
Mirad si me engañaré.
Fel. Aquí, señor, hay dos puertas,
Y si acaso entró, creed
Que se salió por la otra;
Que aquesta casa no es
Casa donde se pudiera
Semejante engaño hacer.
Luq. No, señor.
Fel. Porque aquí vive,
Habrá dos años, ó tres,
Doña Antonia de la Cerda,
Muger muy noble, y muger
Que es de don Pedro de Vargas,
Caballero de Jerez.
Luq. Aquí no hay que replicar.
D. Juan. Cuanto me decis creeré:
Mas la toquera está dentro,
Y yo la tengo de ver.
Fel. Advertid, que si don Pedro
Viniese...
Luq. ¿Que en esto des?
Fel. Mas ya sale mi señora.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y DOÑA ELENA DE DAMA CON VESTIDO DIFERENTE.

Da. Elena. ¿Quién da voces? ¿Qué quereis?
¿Qué descompostura es esta?

(*Reparan los dos en ella.*)

D. Juan. Yo buscaba una muger:
Mas ya... ¿Luquete, qué es esto?
Luq. ¿Qué ha de ser, sino querer
Volvernos á entrambos locos,
Sin porqué ni para qué?
Da. Elena. Tenme aparejado el manto;
Porque tengo de ir tras él, [*ap.*
Por si Beatriz se descuida.

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS FELICIANO.

D. Juan. ¿En fin, que es vuestra merced
Mi señora doña Antonia
De la Cerda?
Da. Elena. ¿No lo veis?
D. Juan. ¿Y con don Pedro de Vargas
Casada tambien?
Da. Elena. Tambien.
D. Juan. ¿Tambien? ¿Y eso ha mucho?
Da. Elena. Habrá
Como nueve años, ó diez.
D. Juan. ¿Diez años? ¡Que esto se diga!
Da. Elena. Sí, porque yo me casé [*ap.*
(¡Válgame Dios!) ¿qué año era?
Así (Dios me acuerde bien),
El año de diez y nueve:
Mas decidme, ¿para qué
Es tan larga informacion?
D. Juan. ¿Para qué? Para perder
El juicio.
Luq. Y cuarenta juicios,
Si los pudiera tener.
Aqueste es encanto, ó es como...
D. Juan. Alto,-ello debe de ser
Así, pues lo dicen dos.
Perdonad si os enojé,
Que yo he venido engañado.
Da. Elena. Mas valiera ser cortés,
Y usar de mejor estilo;
Porque si amor me teneis,
Como he pensado, si acaso
Sois vos, no lo dudo, quien
Ronda de noche esta calle,
Conquistando mi desden...
D. Juan. ¿Yo, señora?
Luq. Esto es mejor.
Da. Elena. Aunque es hacerme merced,
No es cordura aventuraros,
Habiendo pluma y papel,
A quererme hablar por fuerza
Donde se puede temer
El peligro de un marido;
Discreto sois, ya entendeis:
Mas voime, que estoy turbada,
Y puede ser, puede ser
Que venga don Pedro. A Dios.
D. Juan. Y á vos larga vida os dé.
Da. Elena. Mamáronla los señores; *ap.*
Lindamente lo tracé.

ESCENA XV.

DON JUAN Y LUQUETE.

Luq. ¡Jesus ochenta mil veces!
D. Juan. Tal estoy, que apenas sé
Lo que me está sucediendo,
Aunque lo acabo de ver.
Luq. Alguna vieja anda aquí,
De estas que al anochecer
Vuelan por las chimeneas.
D. Juan. No sé, Luquete, no sé;
Pero lo que yo he sacado
De aquesas enigmas, es

Que Elena está en un convento,
Que las cartas van á él,
Que ella me responde á todas,
Que es suya aquesta que ves,
Que la toquera de hoy
Es doña Elena tambien,
Y lo mismo doña Antonia.
Luq. De esa suerte ya son tres.
D. Juan. Tres son, y serán trecientas.
Luq. ¿Pues qué remedio ha de haber?
D. Juan. Pues perdimos la toquera,
Y lo mismo viene á ser
Pretender á doña Antonia;
Pues que de su boca sé
Que hay un galan que la mira,
Y á mí me tiene por él;
Y con esto, por lo menos
Mis penas entretendré,
Hasta salir de este encanto.
Luq. Dios nos alumbre con bien.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Elena.

DOÑA ELENA Y BEATRIZ DE DAMAS, MAGDALENA Y FELICIANO.

Da. Elena. ¿En fin, con él has estado?
Mag. Y tan loco está por tí,
Que porque yo me ofrecí
Solo á darte este recado,
Despues de mil bendiciones,
Y besamanos al uso,
(¡Brava fineza!) me puso
En la mano seis doblones;
Que en aqueste tiempo, es una
De las señales de juicio.
Fel. No es muy diablo el tal oficio;
Mas tiene buena fortuna.
Mag. En fin, hablar prometí
En su voluntad contigo;
Porque, si verdad te digo,
Aunque de ello me reí,
Fueron sus estremos tantos,
Que me lastimó don Juan.
Da. Elena. Luego los hombres dirán
Que son todos unos santos.
Beat. ¿Qué es santos? Hereges son:
Del mejor de ellos reniego.
Da. Elena. ¿Que estaba don Juan tan
Mag. Digo que era compasion. [ciego?
Da. Elena. ¿Pues qué muger ha de haber
Tan loca y desatinada,
Que les dé crédito en nada
Viendo lo que llego á ver?
Don Juan es cuerdo y galan,
Cortés, gallardo, entendido,
Puntual, y bien nacido,
Y con todo eso don Juan
A un mismo tiempo enamora
A cuatro, sin lo encubierto:
A mí como á mí, esto es cierto;
Y luego á Luisa, y á Flora,
Y á doña Antonia tambien;
A Luisa, porque te avisa
Que hables de su parte á Luisa,
Señal que la quiere bien;
A Flora, porque aquel dia
Que con ella, ¡ay Dios! le ví,
En sus ojos conocí
Las ofensas que me hacia;
A doña Antonia, no hay duda,
Pues la busca, ronda y mira,
Escribe, ruega y suspira:
De suerte, que el que se muda
Menos, y es el mas galan,
Tres damas tiene sin mí;
Pues si el mejor es así,
¿Los otros cómo serán?
Beat. ¿Cómo? Teniendo hasta ciento,
Porque dicen que un topon
No ofende la inclinacion,
No siendo cosa de asiento.
Da. Elena. Pues si esa es ley general,
Consientan nuestros errores.
Beat. Luego acotan los señores,
Que una muger principal,
Si yerra, yerra á su costa;
Y así han de amar sin errar.
Da. Elena. ¿Pues bien, qué he de hacer?
Beat. Estar
Como soldado de posta,
Sufriendo noches y dias,
Solo con decir el nombre,
Las sequedades de un hombre;
Tramoyas y picardías;
Mas consuélese tu pena,
Con que la que á mí me dan
Es mayor; que á tí don Juan
Si te ofende, es porque á Elena
En Luisa y Antonia ve:
¿Mas veme Luquete á mí
En Juana? ¿Tengo yo allí
Talle, accion, mano, ni pié,
Que imite á lo que pintó
El autor de las Beatrices?
¿Tengo yo aquellas narices?
¿Soy ángel trompeta yo?
Ella es blanda, y yo cruel;
Ella gruesa, yo sucinta;
Ella lantejas y tinta,

Y yo nazuelas y miel.
¿Pues cómo este desalmado
Me ofende con Juana ahora?
Da. Elena. ¿Y parézcome yo á Flora?
Beat. Eso no está averiguado.
Da. Elena. Pues yo lo he de averiguar;
Y mas, si mas puede ser.
Beat. ¿Pues qué has de hacer?
Da. Elena. ¿Qué he de hacer?
Primeramente estorbar
Cuanto intentare en mi daño;
Y pues me tiene en tan poco,
Vengaréme en traerle loco,
Mientras durare el engaño.
Hoy tengo de estar con Flora,
Y he de saber, vive Dios,
Si se quieren bien los dos:
Y porque me han dicho ahora,
Que es en Flora vanidad
No querer á nadie bien;
Porque dice que no hay quien
Trate á una muger verdad;
Mudando el nombre en Leonor,
Tan fácil he de pintalle,
Que la obligue á despreciallе,
Cuando le tuviese amor.
Tú has de llevarle un papel
De otra letra, en que le avisa
Luisa, que le quiere Luisa,
Y que hoy se verá con él.
Hoy llega el correo á Madrid,
Y respondiendo á su carta,
Le rogaré que se parta
Al punto á Valladolid;
Porque importa. Tú, despues
Que se haya puesto la lista,
Y esté ya mi carta vista,
Has de darle muy cortés
De doña Antonia un recado:
Diciendo que mi marido
A Granada se ha partido,
Y que á mí se me ha antojado
Irme al Pardo á entretener
Unos dias, y podrá
Si quisiere verme allá;
Que es empezarle á querer.
Con esto tres cosas hago:
Examino su verdad,
Conozco su voluntad,
Y tambien me satisfago
De la mohina y la pena
Que me da aqueste enemigo,
Ofendiéndome conmigo;
Pues viendo que soy Elena,
Ya vizcaina, ya dama,
Un original tan vivo;
Admirado y pensativo,
Sin conocer á quien ama,
Todo se le va en mirarme
(Haciendo discursos vanos)
Ya á la boca, ya á las manos.
Con lo cual vengo á vengarme
Dél con él, teniendo en él
El agravio, y el castigo;
Pues él me ofende conmigo,
Y yo me vengo con él.
Beat. ¡Vive Dios, que en enredar,
Cátedra puedes leer
A un mohatrero!
Da. Elena. Una muger,
Beatriz, en llegando á amar,
Tiene ingenio peregrino.
Beat. Bien en el tuyo se ve.
Da. Elena. Hoy le verás cuando esté
Con Flora.
Beat. El mejor camino
Para saber de raiz
Tus agravios ha de ser.
Da. Elena. Pues no me ha de anochecer
Sin saberlo. Ven, Beatriz,
Y tú, para que te dé
El papel de la tal Luisa.
Fel. Aquesto es perderse aprisa. *ap.*
Mag. Yo sé que por él tendré
Buenos guantes, y buen porte.
Fel. Y aun una mitra tendrás.
Beat. En bravas cautelas das.
Da. Elena. Esto se aprende en la corte.

ESCENA II.

Sala en casa de doña Flora.

DON JUAN Y LUQUETE.

D. Juan. Ni sé, Luquete, de mí,
Ni sé lo que he de creer.
Luq. ¡Válgate Dios por muger,
O el diablo! para que así
Nos dejen Antonia y Luisa,
Pues son, y no son Elena.
¿Y ha de venir Magdalena?
D. Juan. ¿Pues no?
Luq. Yo lo tengo á risa;
Porque despues de agarrar
Los seis doblones, no es cierto.
D. Juan. Ella cumplirá el concierto.
Luq. O el perro habrá de ladrar:
Pero aquí viene Lisardo.

ESCENA III.

DICHOS Y LISARDO.

Lis. ¿Don Juan?
D. Juan. ¿Amigo?
Lis. ¿No entrais?
D. Juan. He aguardado á que vengais.

Lis. ¿Porqué?
D. Juan. Porque me acobardo
De entrar yo sin vos, adonde
Solamente entro por vos.
Lis. Mil años os guarde Dios;
Pero mi amor os responde
Que están las cosas de modo,
Que aunque yo el primero fuera
Que viniera, ser pudiera
Que os aguardára, yo y todo;
Porque aunque soy de los dos
Quien mas parte tiene aquí,
Mejor podeis vos sin mí,
Que yo puedo entrar sin vos.
D. Juan. Enigmas son, que no entiendo.
Lis. Pues yo me declararé:
Flora os quiere, y yo lo sé.
D. Juan. Pues á Dios.
Lis. ¿Qué haceis?
D. Juan. Pretendo
Con no volver mas aquí,
Daros, Lisardo, á entender,
Que siempre tengo de ser
Lo que soy, y lo que fuí.
Soy, y he sido vuestro amigo;
Soy, y he sido principal;
Dar zelos, es tratar mal;
Tratar mal, es de enemigo;
Ser enemigo, es injusto
De quien mi remedio fué:
Y así no es razon que os dé
Flora conmigo disgusto.
Y ya que os le haya de dar,
No ha de ser, no, con mi nombre,
Sino con vos, ó con hombre
Con quien me pueda matar.
Lis. Yo agradezco, cuanto á mí,
Don Juan, esa gentileza,
Hija de vuestra nobleza;
Pero no ha de ser así.
Vos habeis de entrar aquí,
Siquiera porque no entienda
Flora, aunque en amor se encienda,
Que elegí tan mal amigo,
Que no le traigo conmigo,
Por temor de que me ofenda.
Si en Flora es cierto quereros,
Y sin vos me viese ahora,
Es cosa cierta que Flora
Deseára, don Juan, veros:
Y entre tormentos tan fieros,
Mas quiero, don Juan, que os vea;
Porque quien ve no desea,
Mas quien no ve su cuidado,
Por ver lo que ha deseado
Hará cualquier cosa fea.
De veros tan firme amante,
Aunque era la dama Elena,
Su amor procedió, y su pena;
Mas es muger, no os espante:
Y así, para en adelante,
Sabed de su ciego error,
Que tratarlas de otro amor
Dándoles envidia en él,
Es pautarles el papel
Para que escriban mejor.
En fin, de verla inclinada
Me huelgo, aunque no sea á mí,
Pues por lo menos, así
Sabrá amar, y ser amada:
Y en viéndose despreciada,
De zelos y agravios llena,
Puede ser que mas serena,
Aunque de quererme huya,
Por lo que siente la suya,
Se lastime de mi pena.

ESCENA IV.

DICHOS, FLORA Y JUANA.

Flora. ¿Doña Leonor de Peralta?
Juana. Ella el recado me dió.
Flora. No conozco tal muger,
Ni á mi noticia llegó.
¿Y parece principal?
Juana. Eso, brava ostentacion;
Trae su poco de escudero
Y detras, como timon,
Una dueña remilgada,
Mas tiesa que un asador.
Flora. Digo que no la conozco;
Mas pues ella me buscó,
Ella me conocerá.
Di que entre.
Juana. A decirlo voy.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS JUANA.

Luq. Capítulo de otra cosa;
Que está aquí Flora.
Flora. ¿Señor
Don Juan? ¿Luquete?
Luq. ¡A mí, y todo!
¡Tanto honor, tanto favor!
Flora. No os suplico que os senteis;
Porque no es buena ocasion.
Lis. ¿Cómo?
Flora. Tengo una visita.
Lis. Pues si estorbamos, á Dios.
Flora. No es visita de galan;
Porque no fuera razon,
Sino de dama; mas ella
Entra, y lo dirá mejor.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA ELENA DE DAMA, MUY BIZARRA, Y BEATRIZ DE CRIADA.

Da. Elena. Volved, Otañez, por mí,
Dentro de un hora, ó de dos.
Beat. ¿Hasle visto?
Da. Elena. Ya le he visto:
Ciertas mis sospechas son.
Beat. Disimula.
Luq. Bien se huella.
No hiciera mas un frison;
Parece que entra á danzar.
Flora. No es muy malo lo esterior.
Luq. ¡Lindo brio!
Lis. ¡Gentil dama!
D. Juan. Anda tan ciego mi amor,
(*Mírala atento.*)
Que ninguna muger veo,
Aunque tan distintas son,
Que á Elena no se me antoje.
Luq. Yo soy tan buen amador,
Que aunque he visto mil mugeres,
Ninguna me pareció (*Mira á Beatriz.*)
A Beatriz; ¿mas qué es aquello?
Oye, que pienso por Dios,
Que tu mal se me ha pegado
Como si fuera dolor.
Mira, señor, esta dueña.
D. Juan. No vas fuera de razon,
Algo tiene de Beatriz.
Luq. Menos la contemplacion;
Cortada la cara es ella.
Beat. La tuya, por sí, ó por no.
Luq. ¿Qué dices?
Beat. Estoy rezando
Por mis difuntos.
Juana. Chiton,
Y mire que estoy aquí.
Beat. ¡Oh qué romano valor!
Flora. ¿No os descubris?
Da. Elena. Sola os quiero.
D. Juan. Luquete, las cuatro son.
Luq. ¿Querrás que vaya por cartas?
Flora. Idos, pues.
D. Juan. A Dios.
Lis. A Dios.
Luq. ¡Válgate el diablo por dueña,
Puesto me has en confusion!

ESCENA VII.

DOÑA ELENA, FLORA, BEATRIZ Y JUANA.

Da. Elena. ¿Fuéronse ya?
Flora. Ya se fueron.
Da. Elena. Ahora os diré quién soy:
Mas porque es el cuento largo,
Y traigo alguna pasion,
Me sentaré si gustais. (*Toma una silla.*)
Flora. Muy desenfadada sois.

ESCENA VIII.

DICHAS, DON JUAN Y LISARDO, QUE SE ASOMAN COMO ACECHANDO.

Lis. Pues entre tanto que viene,
Desde aqueste corredor,
Las podemos escuchar.
D. Juan. Por mí, Lisardo, aquí estoy.
Da. Elena. Soy muy servidora vuestra,
Y esto sin adulacion.
¿Qué mirais?
Flora. Que me parece
(O la idea se engañó)
Que os he visto en otra parte.
Da. Elena. Disimulemos, amor. *ap.*
Podrá ser; mas va de cuento,
Escuchad con atencion.
Érase, señora Flora,
Cierta muger de opinion,
Que por pleitos y trabajos,
Con años diez veces dos,
Y una cara razonable,
En Valladolid paró.
Érase tambien un hombre,
Cuanto al talle y al valor,
Galan, discreto, valiente,
Noble, y limpio como el sol;
Pero mirado hácia dentro
De tan civil condicion,
De gusto tan salpicado,
Y tan repartido amor,
Que solo por él se pudo
Decir con mucha razon,
Aquello de tantas veo;
Porque es aqueste señor
Amante tan prevenido,
Y galan tan galalon,
Que por si alguna le deja,
Otra le hace disfavor,
Otra se casa ó se muere
De achaque que Dios la dió,
Tiene siempre de resguardo
Hasta una docena ó dos.
A este turco de Castilla
(¡Qué mal hizo!) se inclinó
Tanto la dama que digo,
(Bien lo paga y lo pagó)
Que á pesar de su vergüenza
Le hizo dueño de su honor:
Que fué para su desprecio,
Subir mas un escalon.
Acudia el dicho amante,

Despues de la posesion,
A verla y á regalarla
Cual y cual vez: digo yo,
Que de lástima seria,
No de gusto, ni aficion;
Que cuando los hombres dicen
Que por ser ellos quien son
Visitan á las mugeres,
Ya la voluntad cesó.
Porque ser hombres de bien,
Es interes de su honor;
Ver y hablar es cortesía,
Tener lástima es dolor;
Y así no quieren entonces,
Porque aunque tengan amor,
Es modo de aborrecer
Amar por obligacion.
En este tiempo (¡ay ingrato!)
A otra señora miró
Tan hermosa, que saliendo
Una tarde al Espolon,
Dicen que al ameno campo
Puso en dulce confusion
De saber á quien debia
Aquel dia el resplandor,
O al sol que estaba en el cielo,
O de aquesta dama al sol.
Por ella, en fin, mató un hombre,
Y temiendo su prision
Salió de Valladolid,
Y con él tambien salió
(Como trasto manual,
Que cabe en cualquier rincon)
Aquella primera dama
De quien hicimos mencion.
Luego que vino á Madrid
(Estad conmigo, por Dios,
Porque importa mucho al caso)
Con otra dama encontró
De su valor muy preciada,
Si es que el desden es valor:
Pero dicen malas lenguas
Que este valor se rindió,
Y sin echarlo de ver
Poco á poco obró el calor;
Que es el amor en nosotras
Como mano de reloj,
Que solo se vió que anduvo
Puesto que la vuelta dió:
Pero no se ve cuando anda;
Porque corre tan veloz,
Que no le alcanza la vista,
Aunque le alcanza el dolor.
Despues de haber conquistado
Esta hermosa presuncion,
Este remedo de un risco,
Y este amago de Faeton,
Con una muger casada
Estuvo en conversacion.
No será ya menester,
Conociéndole el humor,
Decir que la quiso bien:
Baste decir que la habló.
Item mas, porque una tarde
A una mugercilla vió
Vender tocas vizcainas,
La buscó, y enamoró;
Y hoy está loco por ella:
Porque es aqueste amador
La parca de las mugeres,
Que á ninguna perdonó.
Ciñéndome, finalmente,
A fuer de predicador;
Y de camino tambien
Epilogando el sermon,
Digo que el dicho galan,
De quien coronista soy,
Es don Juan de Luna y Leiva;
La dama que le siguió
Doña Leonor de Peralta,
Y la tal dama Leonor,
Yo, que en casa de Lisardo
(Que es su amigo, y el mayor)
He estado con tal secreto,
Que apenas me ha visto el sol.
La que amó despues de mí
(Y por quien tambien mató
A don Diego de Meneses,
Que era su competidor)
Doña Elena de Alvarado.
La casada que encontró,
Doña Antonia de la Cerda,
Muger de un procurador.
La toquera vizcaina
Que vió, que siguió y habló,
Es Luisilla, una mozuela
De chinela con liston,
Que vende, no sé qué vende;
Ella lo sabrá mejor.
La desdeñosa, la esquiva,
Y la brillante sois vos,
De quien él mismo se alaba
Que goza la estimacion.
Este es don Juan, ved ahora
(Siendo, señora, quien sois)
Si quereis aventuraros
A entrar en un corazon
Donde es forzoso que esteis,
No desenfadada, no,
Sino todo lo posible
De encogida; porque son
Cinco las que estamos dentro,
Y apenas cabemos dos. (*Levántanse.*)

Flora. ¡Jesus mil veces! ¡Jesus!

Beat. ¿Qué tal es la informacion?

Flora. ¿Don Juan es de esta manera? *ap.*

Corrida de amarle estoy.
¡Fiad en hombres, Jesus!
Da. Elena. El mejor es el peor.
D. Juan. Dejadme por Dios, Lisardo.
Lis. Si se ve que es invencion,
¿Para qué quereis salir?
D. Juan. Para saberlo mejor,
Y averiguar qué muger
Es esta doña Leonor,
Que aun sabe lo que no he hecho.
Da. Elena. Señora, perdida soy,
Porque don Juan viene allí;
Y si acaso me escuchó,
Hará cualquier demasía
Conmigo, que es un Neron
Si se enoja.
Flora. Estad segura.

(*Llegan don Juan y Lisardo.*)

¿Aquí estábades los dos?
D. Juan. Sí, señora, porque quiero...
Flora. Quedo, don Juan, eso no;
Esa dama está en sagrado,
Pues que de mí se amparó;
Fuera de decir verdades.
D. Juan. ¿Qué verdades? Vive Dios,
Que es engaño cuanto ha dicho.
Da. Elena. Ya la da satisfaccion; *ap.*
Entablado estaba el juego.
Flora. Don Juan, aquí se acabó
Vuestro crédito conmigo,
Y buena reputacion;
No entreis mas en esta casa.
D. Juan. Sí; ¿pero por qué ocasion?
Flora. Porque no os alabeis mas
De que Flora os tiene amor;
Pues dado caso que fuera
Eso verdad, desde hoy
Por vuestro amor inconstante,
Por vuestra falsa intencion,
Y mecánico deseo,
Si no por mi pundonor,
Os aborreciera el alma.
Da. Elena. Eso es lo que quiero yo. *ap.*
Beat. Con mosca está la señora. *ap.*
Da. Elena. El cuento la remató. *ap.*
Lis. Don Juan, si el aborreceros
(Conforme á la condicion
De Flora) solo consiste
En que tengais opinion
De falso, y aquesta dama
No es cosa que os importó,
Confesad que es verdad todo,
Y podrá ser que mi amor
Alguna esperanza tenga.
D. Juan. Alto, si lo quereis vos,
Desde ahora soy ingrato,
Fácil, mudable y traidor.
Lis. Hareisme mucha merced.
D. Juan. ¿Qué merced, ni qué favor?
Si aquesto fuera delante
De Elena, á quien adoró
El alma, aun estando ausente,
Fuera accion de estimacion;
Mas aquí no os sirvo en nada.
Flora. En fin, ¿qué decis los dos?
D. Juan. Que cuanto esta dama ha dicho
Es así como pasó.
Flora. ¿Luego es verdad que estos dias
Habeis requebrado á dos,
La casada y la toquera?
D. Juan. Sí, señora.
Flora. Firme sois.
Da. Elena. No soy yo muger de engaños,
Ni enredos; aqueso no.
Flora. ¿Y Elena?
D. Juan. Elena es del alma.
Flora. Y esta dama que tras vos
Se vino, y con vos está
Como en una religion,
¿Es del alma, ó es del cuerpo?
D. Juan. Eso es mentira, por Dios;
Así digo que es mentira,
Cuanto al llamarse Leonor
La dama que está conmigo;
Mas cuanto al vivir los dos
Juntos, es mucha verdad.
Da. Elena. Ya es mi desdicha mayor. *ap.*
¡Válgame Dios! ¿cómo es esto?
Flora. Volved en vos, corazon. *ap.*
Don Juan tambien es mudable,
Salga, pues, por donde entró.
Da. Elena. Ya estoy al cabo de todo,
Beatriz, en lo cierto doy;
Porque el estar este ingrato
Desde que á Madrid llegó
Tan encerrado y secreto,
No hay duda, no, procedió
De tener su dama en casa.
Beat. No lo creas.
Da. Elena. ¿Cómo no,
Cuando lo confiesa él mismo,
Que es la mas fuerte razon?
Mas yo lo tengo de ver.
Señora, quedaos con Dios,
Y no le dejeis salir
Tan presto, y si os enojó
Mi dilacion, perdonad.
Flora. Antes la vida me dió.
Da. Elena. El cielo os haga dichosa.
¡Zelos, y dicha, qué error! *ap.*
Ingrato don Juan, si acaso
(Como amante engañador)
Con obras, ó con palabras,
Que pasan de la intencion,
Me ofendes, viven los cielos,

Que sin mirar á quien soy,
He de hacerte mil pedazos.
Beat. Atiende.
Da. Elena. No hay atencion.
Beat. Advierte.
Da. Elena. No hay que advertir.
Beat. Oye.
Da. Elena. Ciega y sorda estoy.
Beat. Mira.
Da. Elena. No me digas nada.
Beat. Escucha.
Da. Elena. Deten la voz.
Beat. Repara.
Da. Elena. Cierra los labios.
¡Otra con él! Muerta estoy.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DOÑA ELENA Y BEATRIZ.

Lis. Ya se va.
D. Juan. Pues voy tras ella.
Flora. ¿Dónde con tanto rigor?
D. Juan. Pues es mi dama, á seguirla.
Flora. Teneis por cierto razon;
Mas es ahora temprano.
Lis. ¿No ves que no es discrecion
Quitarle el gusto?
Flora. ¿Estás loco?
¡Qué lindo procurador!
¿Pues porqué ha de tener gusto
A ninguna un embaidor,
Que dice, que á doña Elena;
Como él mismo me contó?
Elena, de tí me valgo *ap.*
Para encubrir mi pasion.
D. Juan. Es verdad.
Flora. Pues si es verdad,
Y ahora en mi casa estoy,
Entraos los dos allá dentro.
Un áspid, un escorpion *ap.*
Llevo en el alma.
Lis. Ya entramos;
Esto es seguir el humor.
D. Juan. Lleno voy de confusiones.
Flora. Rabiando de zelos voy.

ESCENA X.

Sala en casa de Lisardo.

LUQUETE Y OCTAVIO CON CARTAS.

Luq. ¿Ha venido mi amo?
Oct. No ha venido.
Luq. Estragado, molido y remolido
Vengo de la estafeta.
Oct. ¿Mucha gente?
Luq. Es hablar de la mar, no hay quien lo cuente;
Porque segun la trulla, y brava entrada,
Mañana se podrá poner con grada:
A besugos helando, á pan lloviendo,
Y á nieve cuando el mundo se está ardiendo,
No hubiera tanta prisa, llanto y risa.
Oct. En aqueste lugar á todo hay prisa.
Luq. Menos á cuatro cosas, bien has dicho.
Oct. ¿Y cuáles son?
Luq. Conforme mi capricho,
A las mugeres en llegando á viejas;
A fuelles, á bragueros, y á lantejas.
Oct. A las lantejas y á las viejas, vaya:
Porque en verlas el alma se desmaya;
¿Mas á los fuelles?
Luq. A los fuelles menos,
Porque en cualquiera casa por lo menos,
Hay dos fuelles eternos y continos.
Oct. ¿Y cuáles son?
Luq. Octavio, los vecinos,
Que siendo aventadores de una casa,
Soplan cuanto les pasa, y no les pasa;
Y como de estos hay tal muchedumbre,
Nadie busca mas fuelles á su lumbre.
Oct. ¿Y á bragueros porqué no ha de haber prisa,
Siendo como es enfermedad precisa?
Luq. Porque en efecto es falta, y nadie quiere
Dar á entender las suyas, sea quien fuere.
Oct. ¿Pues di, qué hace quien con ella nace?
Luq. Él mismo se los corta, y se los hace:
Y si acaso los compra de la tienda,
Porque nadie lo vea, ni lo entienda,
Y despues lo murmure á trochemoche,
Llega embozado, á oscuras, y de noche.

ESCENA XI.

DON JUAN Y LISARDO.

D. Juan. ¿Que Flora no quisiese que la viese,
Para que yo siquiera no estuviese
Desvanecido ahora, imaginando
En qué ocasion, adónde, cómo, ó cuándo,
Me ha visto esta muger; que entre mil cosas
Que refiere supuestas y engañosas,
Dice muchas verdades, que aun apenas
(Porque pueden tocar honras agenas)
A mis propios deseos he fiado?
Lis. Con alguna muger habrás hablado.
D. Juan. Sí he hablado, sí; mas no con quien pudiese,
Si no es que del demonio se valiese,
Saber por tan estenso mis deseos,
Obras, palabras, vida y galanteos.
Lo que yo he sospechado solamente,
Si la vista, Lisardo, no me miente,
Es, que Elena me habla disfrazada,

Con nombre ó apariencia de casada,
Que es la dama que os digo que festejo;
Porque si con los ojos me aconsejo,
En voz y en cara, pues la escucho y toco,
Doña Antonia es Elena, ó yo estoy loco:
Y si es ella, ella fué la de esta tarde,
En estar tan tapada, y tan cobarde,
Y en saber mis fortunas y mis zelos,
Ausencias, travesuras y desvelos:
Y si acaso no fué, fué la toquera;
Que tambien es su estampa verdadera:
Y si esta no, porque esta vende tocas,
Aunque en la corte la aventajan pocas
En lo hermoso, lo crespo y lo prendido,
Juro á Dios, que no sé quien haya sido.

Lis. Si á esas mugeres se parece tanto
Como vos afirmais...

D. Juan. Es un encanto.

Lis. Una de ellas será.

D. Juan. Y es infalible,
Porque otra cosa no fuera posible;
Una de las dos es mi Elena bella.

ESCENA XII.

DICHOS Y LUQUETE.

Luq. ¿Señor?

D. Juan. ¿Hay cartas?

Luq. Sí.

D. Juan. Pues ya no es ella.

Lis. ¿Porqué, don Juan?

D. Juan. Porque si ahora escribe,
Y en el convento donde está, recibe
Mis cartas, respondiéndome al momento,
Mal puede estar aquí y en el convento.

Lis. Si ella os responde á todas, no hay respuesta.

Luq. De don Alonso mi señor es esta.

D. Juan. Todo mi pensamiento salió vano.

Lis. Mirad lo que os escribe vuestro hermano.

D. Juan. « Dos novedades me debereis « este correo; la primera que el padre de « don Diego, persuadido de la verdad del « caso, quiere reducir la venganza á com- « posicion; y la segunda, que el tio de « doña Elena (aunque no la habla ni la « visita) trata de casarla con un deudo « suyo, que ha venido de Panamá, porque « no salga la hacienda de su casa ni de su « linage. Mirad ahora lo que determinais, « que á todo me hallaréis como hermano « vuestro. DON ANTONIO DE LUNA. »

Luq. ¿Ahora qué dirás?

D. Juan. Que loco estaba
Cuando de doña Elena tal pensaba.

Lis. Miren qué traza para estar Elena
Disfrazada (¡Jesus!), y en tierra agena,
Cuando la está casando allá su tio.

Luq. ¡Qué locura! ¡qué error! ¡qué desvario!

Yo soy, en fin, discreto á lo machucho;
Porque aunque Elena se parezca mucho
A estas dos picaronas que hemos visto,
Nunca pude creerlo, vive Cristo:
Y haber pensado tal desenvoltura
De su honor, su recato y su clausura,
Ha sido, vive Dios, muy mal pensado.
Esta es su carta.

D. Juan. Ya me habré engañado.

Luq. Que ha sido, sí, muy falso tal intento.

D. Juan. Esta es la carta, escucharéis atento.

« Mis desdichas han llegado á estremo, « que despues de tratarme mi tio, como « si no lo fuera, quiere casarme con un « hombre que no conozco; dolor tan in- « menso para quien tan firme ama, que « pienso me han de costar la vida sus per- « suasiones. Y así os suplico, que vista esta, « os partais al punto con todo secreto, para « que tratemos de desposarnos, antes que « la fuerza haga lo que despues no pueda « remediarse. Dios os guarde y traiga con « bien á mis ojos, lo mas presto que ser « pueda. — De este convento de las Huel- « gas de Valladolid, etc. VUESTRA ESPOSA. »

Con esto se remató;
Aquí no hay que hablar palabra,
Sino acudir al remedio,
Y buscar para mañana
Con toda prisa dos postas;
Que antes que amanezca el alba,
De esotra parte ha de verme
La sierra de Guadarrama.

Lis. ¿En efecto, estais resuelto?

D. Juan. ¿Eso decis á quien ama?
La vida me va en partirme.
¡Ay Dios, que se arranca el alma!
¡Quién pudiera volar, cielos!

Lis. Pues, Octavio...

ESCENA XIII.

DICHOS Y OCTAVIO.

Oct. ¿Qué me mandas?

Lis. Encargarte de estas postas
(*Habla aparte con Octavio.*)
Porque á su tierra se vaya,
Y se lleve de camino
Los zelos con que me mata.

Oct. Voy á obedecerte, á Dios.

ESCENA XIV.

ISABEL Y LUQUETE.

Is. No he visto mayor enredo;
Mas tú, Luquete, sabrás
Estas cosas muy de hecho:
Cuéntamelas por tu vida.
Luq. ¿Qué no alcanzará lo bello
De tu rostro, de tu talle,
De tu garbo y tu meneo?
Mucho me pides que haga;
Mas si es forzoso el hacerlo,
Escúchame atentamente.
Is. Ya los oidos prevengo;
Mira que te quiero mucho,
No me pagues con desprecios.
Luq. ¿Yo desprecios? No, mi reina,
Que esos estilos son buenos
No para hombres como yo,
Que soy yo mas, no soy menos.
Por vida de mi muger, *ap.*
De mis hijas, y mis nietos,
Que no sé lo que me diga;
Mas metido en este empeño,
No tengo de hablar verdad;
Va de embuste, va de enredo.
Hoy las calles de la corte
Son cielos, pero estrellados
De damas; que las tapadas
Son cielos de noche; es llano
Que una tapada de ojo
No es cielo de dia, en cuanto
Se ve solamente un sol
Puesto en la gloria de un manto;
Y muchas de estas tapadas
Sin duda van ayunando,
Pues me piden colacion,
Si á enamorarlas me paro.
¡Qué vistosas colgaduras
Por las calles! ¡qué brocados!
¡Qué de fiestas! ¡qué de galas!
¡Qué de triunfos! ¡qué de arcos!
¡Qué de caballos de rua!
¡Qué de jaeces bordados!
La gente anda á borbollones,
Los coches andan rodando,
Un agosto es cada dama,
Cada galan es un mayo;
Porque ellas hacen su agosto,
Y ellos son flores su gasto.
Dueñas no faltan tambien,
Que tocadas de lo vano
De tanto placer, parecen
Contentos amortajados.
Las meninas han crecido,
Mondongas andan por alto,
Perpetuas acechadoras
De guardillas y terrados;
Y esto es, que por ser divinas
No son de tejas abajo.
Is. ¡Jesus, cuánto disparate!
¿Yo te pregunto eso acaso?
Lo que yo pregunto es
Si sabes en esto algo
De la toquera, Leonor,
De doña Antonia, y si acaso,
Tambien de una tal Luisa;
Que mi ama reventando
Por saber aquestas cosas,
Anda con visos de trasgo.
Luq. En preguntándome eso,
Juro á Dios, descompadramos;
Mas ya llegan á este sitio.
Is. Vete noramala, galgo.

ESCENA XV.

DOÑA ELENA DE TOQUERA, MAGDALENA Y BEATRIZ.

Da. Elena. Ya el papel no es de impor-
Que hay muchas cosas de nuevo. [tancia;
Mag. ¿Cómo?
Da. Elena. Como tiene en casa
Una dama.
Mag. ¿Qué me dices?
Da. Elena. Esto es cierto.
Mag. Pues aguarda,
Porque llegue yo primero.

ESCENA XVI.

DICHAS, LISARDO, DON JUAN Y LUQUETE.

Lis. Saliendo de aquí mañana,
Estais allá esotro dia.
Luq. Con dos docenas de llagas,
Molidos brazos y piernas,
Y las tripas enjuagadas.
Mag. ¿Señor don Juan?
D. Juan. ¿Magdalena?
Mag. Vengo á cumplir mi palabra.
D. Juan. ¿Y dime, cómo está Luisa?
Mag. Muy buena.
Da. Elena. Y muy su criada;
Todos estamos acá.
D. Juan. ¿Tanto favor? ¿Merced tanta?
Da. Elena. Yo no vengo aquí por vos.
D. Juan. Tendrélo á mucha desgracia.
Da. Elena. Hame dicho Magdalena
Que vivis en una casa
Tan compuesta, tan jarifa,
Y tan bien aderezada,
Que vengo solo por verla.
D. Juan. Magdalena no se engaña,
Que es Lisardo muy curioso.
Da. Elena. Ni se altera, ni recata. *ap.*

Lis. Casa de un recien venido,
¿Qué ha de ser?
Da. Elena. Será estremada;
Allá entro, si gustais.
D. Juan. Id, Lisardo, á acompañarlas.
Lis. Por guiaros voy delante. (*Vase.*)
Beat. ¿Y si encontramos la dama?
Da. Elena. Mataréla con mis zelos.

(*Vase.*)

Beat. No hay zelos como las varas.
Mag. Yo me quedo con don Juan.
Beat. Aquí descubro la cara
Para dejarle aturdido.

ESCENA XVII.

DON JUAN, MAGDALENA Y LUQUETE.

Luq. ¡Jesus!
D. Juan. ¿Qué has visto?
Luq. No es nada;
Perdido está este lugar
De hechizos y cosas malas.
Cuantas mugeres encuentro
Tienen la misma fachada
Que Beatriz. ¡Dios sea conmigo!
Mag. ¿No es muy donosa muchacha
Luisica?
D. Juan. Es un serafin;
No hay en la corte tal cara.
Mag. Pues yo os aseguro, que es
De lo mejor de Vizcaya;
Un hombre la tiene así,
Que la gozó, con palabra
De ser su esposo, y despues
El traidor se pasó á Francia;
Y ha parado en vender tocas.
D. Juan. ¡Como los ojos se engañan! *ap.*
Luq. Y la hermana compañera,
Que segun es rubia y blanca,
Pudiera servir de aloja
A los reyes y á los papas,
¿Es tambien de allá?
Mag. Tambien.
Luq. ¿Y dime, cómo se llama?
Mag. Andrea de la Gotera.
Luq. Solar es, que hácia mi cama
Ha caido muchas veces;
Porque duermo á teja vana.

ESCENA XVIII.

DICHOS, DOÑA ELENA, LISARDO Y BEATRIZ.

Da. Elena. Lisardo, no nos cansemos;
Una muger hay en casa,
Yo lo sé de quien lo sabe.
Lis. Es verdad; mas es el ama
Que nos guisa de comer.
Da. Elena. No es sino ama que ama.
D. Juan. ¿Qué es eso?
Lis. Que ha dado Luisa
En que teneis encerrada
Una dama; y no ha dejado,
Hasta hacerme abrir las arcas,
Cosa en la casa por ver.
Da. Elena. Y aun no estoy desengañada,
Que denantes se llegó
A mí una muger tapada,
Y me lo dijo.
D. Juan. Y seria
Doña Leonor de Peralta,
Si viene á mano.
Da. Elena. La misma.
D. Juan. Vive Dios, si la encontrára...
Da. Elena. ¿Qué hicieras?
D. Juan. Un disparate.
Da. Elena. ¿Pues porqué?
D. Juan. Porque se anda
Informando en todas partes
De mi buena vida, ó mala,
Sin haberla jamas visto,
Ni aun hablado una palabra.
Da. Elena. Es muy gran bellaquería.

ESCENA XIX.

DICHOS Y OCTAVIO.

Oct. Postas hay para mañana.
Da. Elena. Lindamente se hace todo. *ap.*
¿Pues quién se va de esta casa?
Lis. Don Juan.
Da. Elena. ¿Don Juan? No lo creas.
D. Juan. Es forzosa la jornada,
Y pienso que será breve.
Da. Elena. Aquí veré si me ama. *ap.*
Por tu vida, y por la mia,
Si es que mi vida te agrada,
Que no salgas de Madrid;
Y dado caso que salgas,
Advierte que has de perderme.
D. Juan. No sé que siento en el alma, *ap.*
Que sin querer me enternezco,
Y me pesa de dejarla;
¿Mas qué dudas, loco amor,
Si doña Elena te aguarda?
Luisa, yo he de hablarte claro;
Yo quise bien en mi patria,
Y quiero cierta señora,
De quien por una desgracia
He estado ausente; hame escrito
Una carta, en que me manda
Que me parta; y así es fuerza
Que te deje, y que me parta.
Sabe el cielo, hermosa Luisa,
El ansia que me acompaña,

Solo en pensar que te pierdo.
Da. Elena. ¿Pues de qué es, traidor, el
Si vas á ver á quien quieres? [ansia,
D. Juan. De que eres tan viva estampa
De su rostro, que imagino
Que me falta, si me faltas.
Da. Elena. Así, que ya estaba muerta. *ap.*
¡Animo, dulce esperanza!

ESCENA XX.

DICHOS, FINEO Y POCO DESPUES FELICIANO.

Fineo. Un hombre te quiere hablar,
Y de parte de una dama.
Da. Elena. ¿Dama?
D. Juan. Yo no sé quien sea;
Di que entre.
Fineo. Ya está en la sala.
Fel. Mi señora doña Antonia...
Da. Elena. Adelante.
Fel. Va mañana
Al Pardo.
Da. Elena. ¿Pues qué tenemos
Con que vaya, ó que no vaya?
Fel. Tenemos, que si don Juan
Gusta de verla y hablarla,
Podrá; porque su marido
Va camino de Granada.
D. Juan. Cosas son estas, que apenas
Puede un hombre imaginarlas.
Decid á esa mi señora,
Que yo fuera á regalarla...
Da. Elena. Si no estuviera conmigo,
Y hubiera de irse mañana
A ver cierta dama ausente,
Cuyos ojos idolatra.
¿No es así? Pues si es así,
Esto por respuesta basta.
Fel. Perdonad, que soy mandado.

ESCENA XXI.

DICHOS, MENOS FELICIANO.

Luq. Vaya con Dios, buenas barbas.
Da. Elena. ¿Parécesele tambien
A la otra aquesta dama?
D. Juan. Pues juro á Dios, y á esta cruz,
Que es tambien su semejanza,
Y tuya.
Luq. Y mia, si acaso
Importára á la maraña.
Oct. Flora ha entrado por la puerta.
Lis. Ya el corazon se acobarda.
Da. Elena. ¿Otra muger?
D. Juan. Es muger
A quien Lisardo regala.
Da. Elena. Y tú no, que eres un santo.
D. Juan. Presto lo verás, si callas.

ESCENA XXII.

DICHOS, FLORA Y JUANA.

Flora. Acá está la vizcaina,
Todo ha sido verdad, Juana;
Mas yo volveré por mí.
Lis. ¡Qué novedad tan estraña!
¿Pues vos aquí?
Flora. Sí, Lisardo,
Escuchad todos la causa.
Yo en materia de querer
Tan loca he sido, y tan vana,
Que á nadie quise jamas,
Temerosa de que tratan
Engaño todos los hombres;
No pienso que me engañaba;
Vino don Juan á la corte,
En acciones y palabras
Fingiendo tanta firmeza
Con una dama que amaba,
Que me incliné, no á su talle,
Sino á su mucha constancia;
Porque en lo demas, cualquiera
Pienso yo que le aventaja.
Mas hoy sabiendo que tiene
No menos que cuatro damas,
Y condicion juntamente
De que no desecha nada,
Le he aborrecido de suerte,
Que hasta su nombre me cansa:
Y así, pues solo Lisardo
Es en Madrid quien alcanza
El nombre de firme amante,
(Que es lo que yo deseaba)
Digo que á Lisardo adoro.
Lis. Cuanto me debes me pagas.
Luq. Ya hay un enemigo menos.
D. Juan. Ha sido cuerda venganza;
Mas advierte, que yo, y todo,
Aunque tengo mala fama,
Sé amar, como se ha de amar;
Pues yo con sola esta carta
Dejo á Madrid.
Da. Elena. ¿Pues qué dice
Esa carta?
D. Juan. Que me aguarda...
Da. Elena. ¿Quién?
D. Juan. Elena.
Da. Elena. ¿Para qué?
D. Juan. Para verla y para hablarla.
Da. Elena. ¿Y despues?
D. Juan. Para casarme.
Da. Elena. Pues créeme, y no te vayas;
Porque no está en el convento,
Sino en Madrid, y en tu casa.

D. Juan. ¿Cómo?
Da. Elena. Como soy Elena.
¿Cómo que no?
D. Juan. Luisa, basta;
Que si para detenerme
Quieres usar de esta traza,
Ya no aprovecha.
Da. Elena. ¿Qué dudas?
Elena soy, ¿qué te apartas?
D. Juan. ¿Elena tú? No es posible,
Aunque lo dice la cara;
Porque me escribe mi hermano,
Y es pública voz, y fama,
Que Elena está en un convento.
Da. Elena. La pública voz se engaña.
D. Juan. ¿Y esta carta que hoy me ha escrito?
Da. Elena. Bien dices: ¿y aquesta carta
Que hoy he recibido tuya?
Don Juan, para todo hay traza;
Yo me he venido tras tí,
Y encubierta, y disfrazada,
Casi á un mismo tiempo he sido
Doña Leonor de Peralta,
La toquera vizcaina,
Doña Antonia la casada,
Y ahora soy doña Elena.
D. Juan. Bien el alma imaginaba.
Luq. Luego lo dije, por Dios.
D. Juan. Pues si ausente te adoraba,
Presente ya lo verás.
Da. Elena. Tuya es la mano, y el alma.
Beat. Y yo tambien.
Luq. Tararira.
Da. Elena. Y aquí, señores, acaba
La Toquera vizcaina;
Decid víctor, si os agrada,
Para que Antonia de nuevo
Empiece á ser vuestra esclava.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Luis Velez de Guevara nació en Ecija el año de 1570 y murió en Madrid en noviembre de 1644. Son muy cortas las noticias que nos quedan de su vida, ó á lo menos las que han llegado á noticia del que escribe estas líneas, á pesar de las vivas diligencias que ha practicado. Solo se sabe que fué muy favorecido por el duque de Veraguas y que escribió varias obras en prosa y mas de 400 comedias, de las cuales muchas no han llegado hasta nuestros dias.

Su hijo Juan Velez de Guevara fué tambien poeta y escritor de comedias y entremeses, que imprimió él mismo en Madrid por los años de 1664.

REINAR DESPUES DE MORIR.

¿ Quién no conoce la lastimosa catástrofe de la malhadada doña Ines de Castro? ¿Quién ignora el trozo encantador de la Lusiada de Camoens, en que aquel épico sublime lamenta dulcísimamente tan deplorable suceso, llorado por las ninfas del Mondego? Argumento es tan apropiado al idioma de la poesia, que desde luego afectó á toda imaginacion viva, y produjo las bellas composiciones de *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, en que no desdeñaron ejercitarse religiosas plumas, sin contar otras muchas composiciones mas cortas sobre igual materia, y llegó su vez á Luis de Guevara, de cuya tarea vamos á hablar, procurando ser rápidos en la esposicion de la marcha de sus escenas, por ser tan sabido el fondo sobre que giran.

Brito, confidente del príncipe don Pedro de Portugal, le trae noticias del buen estado de salud en que deja á su amante doña Ines de Castro con el dulce fruto de sus amores, Dionis y Alonso, y le manifiesta las enamoradas cuanto tiernas preguntas que le ha hecho acerca de la bizarría de la infanta de Navarra doña Blanca, que habia venido para casarse con el príncipe, y el cariño de sus tiernos hijos, concluyendo por entregarle la carta que le ha dado su apasionada Ines. El rey don Alonso reprende á su hijo lo poco obsequioso y casi indiferente que se muestra con su futura esposa doña Blanca, amonestándole como padre y amigo, y mandándole como rey cambie de proceder. No bien es ido don Alonso, cuando entra la infanta de Navarra; y aunque al principio de su coloquio con ella parece que el príncipe trata de ostentar lo galan, besándole la mano, bien pronto su corazon, lleno solo del amor á doña Ines, le obliga á desengañarla refiriéndole su pasion á aquella dama, con una circunstanciada narracion de sus amores, y despidiéndose de ella, alegando poco cortesanamente que tenia que ir á verla á una quinta que habitaba en las inmediaciones del Mondego. Doña Ines, acompañada de su confidente Violante, vuelve de caza al caer el sol, confiere con ella sus pesares, se sienta para escuchar una letrilla que cantan los de su comitiva, y quédase dormida en la cercanía de la quinta á tiempo que sobrevienen don Pedro y Brito, que escuchan las espresiones de pavor que profiere á impulso de un espantoso sueño que refiere ya despierta al príncipe, á una con ciertos siniestros acontecimientos que la han aterrorizado en su caceria. Procura don Pedro consolarla, cuando llegan el rey y la infanta á la quinta. Don Alonso se dirige enojado á reprender á su hijo: habla con doña Ines, y su vista y las gracias de sus hijos desarman de tal modo sus iras, que vuelve á salir con doña Blanca, Alvar Gonzalez y Egas Coello, traidores encubiertos que le acompañaban, sin usar medio alguno de rigor, como parecia anunciar su venida á aquel sitio.

Quéjase la infanta al rey de los desaires del príncipe, y declara que para poner fin á sus pesares determina marcharse, sobre lo que ha escrito á su hermano á efecto de que envie por ella, retirándose resueltamente la infanta; dicho esto, sobreviene el príncipe, al cual manda don Alonso vaya preso al castillo de Santaren. Brito anuncia á doña Ines que se acerca la infanta á aquel sitio, á fin de que se retire de su vista; mas ella se resuelve á aguardarla. Llega la infanta con Alvar Gonzalez, Egas Coello y cazadores, y entrando en conversacion con doña Ines, y diciéndole algunas espresiones duras, le responde con firmeza dejándola muy enojada. Don Alonso escucha de su boca lo ocurrido. Alvar Gonzalez aconseja para que se efectue el casamiento de don Pedro con la infanta, que se haga salir á doña Ines de Portugal; pero despues indica, aunque ambiguamente, que convendria perdiese la vida. Háblanse de noche el príncipe é Ines, persuadiéndole esta á que se case, y le propone retirarse ella con sus hijos. Don Pedro le protesta que no quiere para nada la vida sin ella, y reiteradas de una y otra parte las mutuas promesas de amor, se despiden hasta el dia siguiente.

El príncipe envia á Brito á dar un recado á doña Ines, y queda aguardándole en las inmediaciones de la quinta de Coello. Ines asomada con su labor á un balcon, y acompañada de Violante, ve que se acerca gente armada por los campos del Mondego. Alvar Gonzalez y Egas Coello vuelven á instar á don Alonso para que decida que se quite la vida á doña Ines, alegando exigirlo así la salud del reino, á lo que la natural bondad del monarca se resiste. Hace este que baje doña Ines, y le declara la suerte que la aguarda, desecha sus enternecidas plegarias, hace que la separen de sus hijos, y la deja entregada á Alvar Gonzalez y á Coello. Cansado don Pedro de aguardar se acerca á la quinta de doña Ines, entra por el jardin. El condestable y Nuño le notician la repentina muerte de don Alonso en la quinta de Egas Coello, adonde habia ido á caza, y como Egas y Alvar se habian huido á Castilla. Deseoso el nuevo rey de perdonar á todos, manda que se les alcance. Mientras Nuño y el condestable se retiran, oye cantar en el jardin un romance que le escita presentimientos terribles. La infanta doña Blanca le refiere poco despues la muerte de Ines. Condena don Pedro á los traidores á que pierdan la vida, arrancándoles el corazon por la espalda; pasa á ver muerta á su amante, la corona, y hace que todos le besen la mano, y la reconozcan por reina de Portugal.

La ternura, la delicadeza de sentimientos, el tono triste que reina en esta composicion, la impetuosidad de afectos encontrados y el dibujo de los personages prueban el gran talento dramático del autor. Desde que se levanta el telon penetra al espectador una dulce melancolía, á impulsos de la música y amorosos conceptos del romance.

Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Ines,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.

¡Qué conocimiento del corazon de una muger apasionada, que teme verse pospuesta á otra, no arguye la pregunta que pone Guevara en boca de doña Ines!

¿Dime, Brito, es bizarra
Doña Blanca, la infanta de Navarra,
De Pedro nueva empresa,
Que viene á ser de Portugal princesa?

Todo el abandono de una pasion que hace olvidar á los mas discretos las exigencias sociales reina en la escena en que don Pedro refiere abiertamente á doña Blanca sus amores con doña Ines, en la que se perdona lo dilatado de ella por lo delicado de las descripciones y lo natural y suelto de la narracion.

En una quinta, que está
Cerca del Mondego, pasa
Ausencias inescusables,
Solamente acompañada
A ratos de mi firmeza,
Y siempre de su esperanza.

Tenemos de aqueste logro
De Cupido, de esta llama
Del ciego dios, dos infantes,
Dos pimpollos y dos ramas,
Tan bellos, que es ver dos soles
Mirar sus hermosas caras.

El sueño á que se rinde Ines, en tanto que Violante canta la letrilla portuguesa de *Miña saude, caro siñor meu*, prepara dulcemente el ánimo del espectador, para recibir inmediatamente los afectos trágicos de su fantasía turbada en el reposo con imágenes espantosas.

La altanería de Blanca está pintada enérgicamente con un solo rasgo, cuando dice á Elvira respecto á doña Ines y á sí propia:

Que compitiendo las dos,
Aunque es grande su belleza,
Para igualar mi grandeza
Es poco el sol, vive Dios.

Se encuentra toda la superioridad que da la virtud para resistir á necios sarcasmos en la respuesta de doña Ines á la infanta, que empieza *Infanta, con el respeto*, y concluye:

No penseis, señora, no,
Que es profanar el respeto
Que debo hablaros así,
Sino responder, que intento
Desempeñar á mi esposo,

Pues si él asiste en mi pecho,
Con él hablais, no conmigo;
Y puesto que soy él, debo,
Si hablais como doña Blanca,
Responder como don Pedro.

Los rodeos y arterías con que empieza á esponer un pérfido consejero su dictámen, como quien desea que le adivinen, sin aventurarse á presentar desnuda su intencion, no pueden dibujarse con mas exactitud que en el parlamento del rey y Alvar Gonzalez.

Rey. ¿Qué os parece, Alvar Gonzalez?
Alvar. Señor, si ya todo el reino
Espera con alegria
Este feliz casamiento,
Será grande inconveniente

(Así, gran señor, lo entiendo)
Que no llegue á ejecutarse;
Y así, fuera buen acuerdo
Apartar á doña Ines
De Portugal.

Rey. ¿Cómo puedo,
Si está casada?
Alvar. Señor,
Cuando aquese impedimento,
Que es el mayor, no se pueda
Remediar...
Rey. Dadme consejo.
Alvar. Me parece que la vida
De Ines...
Rey. ¿Qué decis?
Alvar. Entiendo...
Rey. Declaraos; ¿porqué temeis?
Acabad.
Alvar. Tengo por cierto
Que peligrará.
Rey. ¿Porqué?
Alvar. Señor, porque en solo eso
Consistia el que pudiese
Gozar la infanta don Pedro.

Caminando la accion rápidamente á su fin desde el tercer acto, se aumenta progresivamente el interes, empezando desde que doña Ines, asomada con Violante al balcon, prorumpe dolorosamente:

Por los campos del Mondego
Caballeros vi asomar,
Y segun he reparado,
Se van acercando acá:
Armada gente los sigue:
¡Válgame Dios! ¿qué será?

La lucha de don Alonso entre el cariño que ha cobrado á doña Ines, y la razon de estado que le inspiran sus crueles consejeros produce la entrevista con la amante de su hijo, escena que destroza el corazon, y en la que Guevara derramó á manos llenas todos los sentimientos del amor, acibarados con los de la crueldad. El espectador, juntamente con Ines, va bebiendo á sorbos esta copa de Atreo; se separa de los tiernos hijos de la victima, gime, pide, suplica con ella, y abrevado ya de amargura y dolor, casi clama con su mismo acento:

¡Que al fin no tengo remedio!
Pues, rey Alonso, escuchad:
Apelo de aquí al supremo
Y divino tribunal,
Adonde de tu justicia
La causa se ha de juzgar.

La muerte casi instantánea del rey don Alonso despues de esta escena puede cohonestarse, trágicamente hablando, pues sirve para hacer mas terrible el efecto de la de doña Ines, frustrada la esperanza que se concibe desde el instante en que falta don Alonso; pero ya no es tiempo; el corazon se lo anuncia al enamorado don Pedro: el silencio y soledad en que se encuentra, el dolorido romance que oye en el jardin:

¿Dónde va el caballero?
¿Dónde vas, triste de ti? etc.

y hasta la fragilidad de la caña en que se apoya, son agüeros ciertos de que ya le ha faltado el objeto que vivificaba su existencia. Nada mas añadiremos sobre lo que resta hasta la coronacion de doña Ines difunta, sino para disculpar la impetuosa venganza de don Pedro en los traidores, tan bien preparada con la pintura de la idólatra pasion del príncipe á su esposa.

Este drama es uno de los mas bellos de nuestro teatro, y como es muy superior en nuestro concepto á todas las demas obras del mismo autor, creemos que bastará él solo para que aprecien debidamente nuestros lectores el talento dramático de don Luis Velez de Guevara.

PERSONAS.

EL REY DON ALONSO de Portugal.
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.
DOÑA BLANCA, infanta de Navarra.
DOÑA INES DE CASTRO, dama.
VIOLANTE, } criadas.
ELVIRA, }
EL CONDESTABLE de Portugal.
NUÑO DE ALMEIDA.
EGAS COELLO.
ALVAR GONZALEZ.
BRITO, gracioso.
ALONSO Y DIONIS, niños.
CRIADOS.
MÚSICA.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena pasa en una quinta en las inmediaciones del Mondego.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon regio.

SALEN MÚSICOS CANTANDO, EL PRÍNCIPE VISTIÉNDOSE Y EL CONDESTABLE.

Mús. Soles, pues sois tan hermosos,
No arrojeis rayos soberbios
A quien vive en vuestra luz
Contento en tan alto empleo.
Princ. La capa.
Mús. El príncipe sale.
Otro. Prosigamos.
Princ. El sombrero.
Mús. Vuestra benigna influencia
Mitigue airados incendios,
Pues el raudal de mi llanto
Es poca agua á tanto fuego.

Prínc. ¡Ay, Ines, alma de cuanto
Peno, lloro, gimo y siento!
Proseguid, cantad.
Mús. Digamos
Otra letra, y tono nuevo.

Mús. Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Ines,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.

Prínc. Parece que á mi cuidado
Esa letra quiso hacer,
Lisonjeándome el alma,
Eterna en mi pecho á Ines.
Volved, volved, por mi vida,
A repetir otra vez
Aquesa letra, cantad,
Que me ha parecido bien.

Mús. Pastores de Manzanares, etc.

Prínc. Pues los pastores publican
Que tanta hermosura ven
En la deidad de mi amante,
Con justa causa diré
Que en perderme fuí dichoso
Por tan soberano bien.
Siempre que llego al Mondego,
Parece que solo al ver
A mi Ines bella, las aves
Quisieran besar su pié.
Las plantas, de su deidad
Reciben fruto; no hay mes
Que en viéndola no la ame:
No hay flor que á su rosicler
No tribute vasallage.
Si aquesto es verdad, si es
Dueña de aves y plantas,
Y de todo cuanto ve
El cielo en la tierra hermosa,
No la lisonjeo en ser
Tambien yo su esclavo: Amor,
Pues á mi Ines me humillé,
Pues me rendí á su hermosura,
A voces confesaré,
Diciendo con toda el alma
A los que amante me ven:
Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Ines,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.

ESCENA II.

DICHOS, Y SALE BRITO DE CAMINO.

Brito. Dele vuestra alteza á Brito,
Príncipe, á besar sus piés.
Prínc. Brito, seais bien venido:
¿Cómo dejais á mi bien?
Brito. Déjame alentar un poco,
Y luego te lo diré;
Que aun no pienso que he llegado,
Que un rocin de Lucifer,
Que el portugues llama Posta,
Que Gibao llama el frances,
Bridon el napolitano,
Y algunas veces Confier,
De tan altos pensamientos,
Que en subiendo encima de él,
Anda á coces con el sol,
Y á cabezadas despues:
Me trae sin tripas, que todas
Se me han subido á la nuez,
A hacer gárgaras con ellas,
Sin lo que toca al borren,
Que viene haciéndose ruedas
De salmon.
Prínc. Calla, no des
Suspension á mi cuidado,
Sino dime cómo fué
Tu viaje: cuenta, Brito,
Que ya deseo saber
Nuevas de mi hermosa prenda:
Habla, Brito.
Brito. Bueno, á fe;
Para contarlo, quedemos
Solos los dos.
Prínc. Dices bien.
Condestable, despejad,
Y á esos músicos les den,
Cuando no por forasteros,
Porque han celebrado á Ines,
Mil escudos.
Cond. Despejad.
Prínc. Id con Dios.
Mús. El cielo dé
A vuestra alteza, señor,
Un siglo de vida, amen.
Prínc. Id con Dios.
Mús. ¡Qué gran valor!
Otro. ¡Qué cordura!
Otro. Octavio, ven:
No es señor quien señor nace,
Sino quien lo sabe ser.

(*Vanse los músicos y el condestable.*)

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE Y BRITO.

Prínc. Ya, Brito, quedamos solos:
Dime, ¿cómo queda Ines?
¿Cómo la dejaste, Brito?
Responde presto.
Brito. A perder
El sentido cada instante
Que entre tus brazos no esté.

Princ. ¿Y Alonso y Dionis?
Brito. El uno
Es jazmin, y otro clavel;
Y cada cual es retrato
De los dos.
Princ. Has dicho bien:
Prosigue, prosigue, Brito.
Brito. Oye, y te la pintaré,
Si de tanta beldad puede
Ser una lengua pincel.
Llegué á Coimbra apenas
Ayer, cuando al blason de sus almenas
A un tiempo hicieron salva
Los músicos de cámara del alba,
El sol, y luego el dia,
Y primero que todos mi alegría.
Guié los pasos luego
A la quinta Narciso de Mondego,
Que guarda en dulce empeño
La beldad soberana de tu dueño,
Cuando dando á la aurora
Zelos el sol, parece que enamora
El oriente divino
De Ines, sol para el sol mas peregrino:
Que aun no he llegado creo,
Piso el umbral, y en el zaguan me apeo;
Que gustan los amantes
Que les vayan contando por instantes,
Por puntos, por momentos,
Las dichas de sus altos pensamientos,
Que brevemente dichas,
No les parece que parecen dichas.
Al fin, al cuarto llego
Alborozado, sin aliento, y luego
A las cerradas puertas,
Solo á tu amor eternamente abiertas,
Dos veces toco en vano,
Que en este oriente aun era muy temprano:
Si bien tu hermoso dueño,
Rendida á tu cuidado mas que al sueño,
Voces dió á las criadas,
Menos de mi venida alborozadas.
Perdóneme Violante,
A quien mas debe el sueño, que su amante:
Mas yo, como es mi vida,
La quiero bien dormida, y bien vestida,
Esté ausente, y presente,
Porque mi amor es menos penitente.
Princ. Pasa, Brito, adelante,
Y con mi amor no mezcles á Violante,
Ni burles en mis veras,
Que espero nuevas de mi bien.
Brito. Esperas
Las que siempre procuro
Yo traerte, vive Dios. Al fin, el muro,
El oriente dorado
De aquel sol, de aquel cielo franqueado,
Sin reparo ninguno,
Corro los aposentos uno á uno,
Y no paro hasta donde
Está la esfera, que tu sol esconde.
Su amor me desalumbra,
Y sin la permision que se acostumbra,
Verla, y hablarla trato,
Que el alborozo precedió al recato.
Entro, al fin, sin sentido,
Y en el dorado tálamo, que ha sido
Teatro venturoso,
Mas de tu amor, que del comun reposo,
Amaneciendo entonces,
Y enamorando mármoles y bronces,
Los ojos en estrellas,
En nieve y nácar las mejillas bellas,
En claveles la boca,
La frente y manos en cristal de roca,
En rayos los cabellos,
Entre Alonso y Dionis, tus hijos bellos,
Asidos á porfía
(Por maternal terneza, ó compañía)
Al cuello de alabastro,
Deidad admiro á doña Ines de Castro,
Aurora en carne humana,
Terciado abril con la mañana,
Todo un cielo abreviado,
Y al sol de los luceros abrazado.
Quedé tierno y dudoso,
Que como de aquel árbol generoso
Tan hermosos pendian,
Racimos de diamantes parecian.
Ella amor ostentando,
Aunque de honestidad indicios dando
A la nieve divina,
De púrpura corriendo otra cortina,
(Que de tales mugeres
Siempre son los recatos sumilleres)
Mas encendida aurora,
Sobre las almohadas se incorpora,
Y ya como embarazos,
Deja á Dionis y á Alonso de los brazos,
Que de sentido agenos
Favores y ternezas no echan menos:
Tanto en tal dulce empeño,
Pueden los pocos años con el sueño.
Y con ansia infinita,
Antes que una palabra me permita,
Ni besarla la mano
(Recato portugues, ó castellano)
Me dijo: ¿Cómo dejas
A Pedro, Brito? y con zelosas quejas
Prosiguió mas hermosa
Que lo está una muger que está zelosa;
Porque han dado los zelos
Hasta el color que visten á los cielos,
Tu tardanza culpando
En Santaren, con doña Blanca, cuando
Tu padre la ha traido

Para tu esposa.
Prínc. Perderé el sentido,
Brito, si Ines no fia
Todo su amor á toda el alma mia.
Primero verá el cielo
Su vecindad de estrellas en el suelo,
Verá la noche fria,
Que puede competir al claro dia,
Que falte la firmeza
Con que yo adoro á Ines.
Brito. Oiga tu alteza:
Basta, basta, no ofusques
Mi relacion, ni imposibles busques
Mal guisados, ni modos,
Que yo los doy por recibidos todos,
Y lo mismo hará el dueño
Por quien te has puesto en semejante em-
Al fin, escucha atento. [peño.
Prínc. Prosigue.
Brito. Como digo de mi cuento...
Prínc. Acaba.
Brito. Ven conmigo.
La tal Ines, en la ocasion que digo,
Finezas y ansias junta,
Y entre falsa y zelosa me pregunta:
¿Dime, Brito, es bizarra
Doña Blanca, la infanta de Navarra,
De Pedro nueva empresa,
Que viene á ser de Portugal princesa?
Yo la respondo entonces,
Haciéndome de pencas y de gonces:
Aunque Blanca no es fea,
Es contigo muy poca su tarea,
Moneda mal segura,
Que no puede correr con tu hermosura;
Y si intenta igualarse
Contigo, muy de noche ha de pasarse.
En esto dispertaron
Dionis y Alonso, juntos preguntaron
A una voz por su padre:
Enterneciose oyéndolos la madre;
O fuese amor, ó zelos,
Tocó á anegar en lágrimas dos cielos,
Y en lluvias tan estrañas,
Sartas de perlas hizo las pestañas,
Que en sus luces hermosas,
De perlas se volvieron mariposas,
Y abrasándose en ellas
Granizaron los párpados estrellas;
Y viendo contra el dia
Que abajo tanto cielo se venia,
Calmando sus recelos
Dila tu carta, y serenó sus cielos:
Cedióse á su alegria,
Convaleció de su tristeza el dia,
Quedó el sol sin nublado,
Porque del desprecio aljofarado
Al último suspiro,
Mucho cristal sobró para zafiro.
Tomó el pliego, y besóle,
Y tres ó cuatro veces repasóle,
Con señas diferentes,
Que es costumbre de espías y de ausentes.
Pidió la escribanía,
Volvió otra vez á perturbarse el dia,
Los cielos se cubrieron,
A la tinta las lágrimas suplieron,
Y mientras escribia,
Un alma en cada lágrima caia,
Siendo en tantos renglones
Las almas muchas mas, que las razones.
Cerró llorando el pliego,
Selléle, despachóme, y partí luego
Otra vez por la posta,
Pareciéndome el mundo senda angosta,
Y con el afuera, aparta,
Entré por Santaren, y esta es su carta.

(*Arrodíllase, y dale una carta.*)

Prínc. Levanta, Brito, del suelo,
Que solo tú puedes dar
Tal alivio á mi pesar,
Tal fin á mi desconsuelo.
Toma esta cadena, Brito, (*Dásela.*)
En tanto que á besar llego
Las letras de aqueste pliego,
Que Ines con el llanto ha escrito.
Brito. Besa muy en hora buena,
Mientras que tomada á peso,
Primero yo tambien beso
Las letras de esta cadena.
El rey.
Prínc. ¿Mi padre?
Brito. Señor,
Él mismo.
Prínc. El pliego guardaré
De Ines.
Brito. Y yo á guardar iré
La cadena, que es mejor.

ESCENA IV.

DICHOS Y EL REY DON ALONSO.

Rey. ¿Príncipe?
Prínc. Señor...
Rey. ¿Qué haceis?
Prínc. ¡Vos aquí!
Rey. No hay que admiraros
De que venga yo á buscaros,
Pedro, pues vos no lo haceis.
Yo os quisiera hablar de espacio.
Prínc. Hoy corre mi amor fortuna. *ap.*
Rey. ¿Quién sois vos?
Brito. Señor, soy una
Sabandija de palacio.
Rey. ¿De qué al príncipe servis?

Brito. De mozo fidalgo.
Rey. Bien:
¿De camino estais tambien?
Brito. Soy su maza.
Rey. ¿Qué decis?
Brito. Que voy siempre con su alteza
Adonde quiera que va.
Rey. Y aun donde no va.
Brito. Esta es ya
Maliciosa sutileza. *ap.*
Rey. Algo desembarazado
Sois.
Brito. Sí, señor poderoso,
Que en palacio al vergonzoso
Siempre el refran ha culpado.
Rey. ¿Cómo os llamais?
Brito. Brito.
Rey. ¿Vos
Sois Brito? ya quien sois sé,
Sois hombre de mucha fe.
Brito. Eso sí, señor, por Dios,
Porque con ella he servido
A su alteza, como ya
De mí satisfecho está.
Princ. Es Brito muy entendido:
Con razon le estimo y quiero,
Téngole notable amor.
Rey. Para que le hagais favor
No habrá menester tercero;
Que en esto debe tener
Gran maña y habilidad.
Brito. Mintió á vuestra magestad
Quien fué de ese parecer,
Que á su alteza no le han dado
Tan pocas partes los cielos,
Que haya menester anzuelos
En el ardid del criado.
No me ha menester á mí
Para ninguna faccion,
Porque los méritos son
Siempre terceros de sí:
Y cuando en alguna se halle
Dificultosa de obrar,
No ha de ir, ni es justo, á buscar
Alcahuetes á la calle:
Porque el príncipe es humano,
Y alguna vez se enamora,
Aunque á esta plaza hasta ahora
No la he tomado una mano.
Vuestra magestad real
Perdone estas baratijas,
Porque hasta en las sabandijas
La defensa es natural.
Y á Dios, que contra cautelas
De palacio asisto en mí,
Que estoy indecente así
Con botas y con espuelas. (*Vase.*)
Rey. Pedro, los que hemos nacido
Padres y reyes, tambien
Hemos de mirar el bien
Comun, mas que el nuestro.
Princ. Ha sido,
Padre y señor, atencion
Debida á esa magestad:
¿Qué me mandais?
Rey. Escuchad,
Vereis que tengo razon.
Yo os he casado en Navarra
Con la infanta (que Dios guarde),
Y en Lisboa á vuestras bodas
Se han hecho fiestas, y tales,
Que todos nuestros fidalgos
Procuraron señalarse,
Dando muestras con su afecto
De ser nobles y leales.
Despues que llegó la infanta,
He reparado que sale
A vuestro rostro un disgusto,
Que os divierte de lo afable,
Os retira de lo alegre,
Y solo pueden llevarse
Aquestos estremos, Pedro,
Donde hay mucho amor de padre.
Doña Blanca disimula,
Y aunque la causa no sabe,
Piensa que sin duda es ella
Causa de vuestros pesares.
Hacedme gusto de verla
Con amoroso semblante.
Príncipe, desenojadla,
Que es vuestra esposa; no halle,
Cuando con vos tanto gana,
El perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
Os lo pido como padre,
Os lo mando como rey,
No deis lugar á enojarme.
Ella viene, aquí os quedad;
Prudente sois, esto baste. (*Vase.*)
Princ. ¡Ay, Ines! ¡cómo por tí,
Loco rendido y amante,
Ni admito la correccion,
Ni hay ventura que me cuadre!

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE Y LA INFANTA DOÑA BLANCA.

Inf. Guarde Dios á vuestra alteza.
Princ. Señora...
Inf. ¿Príncipe?
Princ. Dadme
La mano á besar.
Inf. Señor,
Deteneos, que no es galante
Accion, que beseis mi mano,
Cuando advierto que no sale

Este cortesano afecto
De marido, ni de amante.
Yo, señor, soy vuestra esposa,
Y debeis considerarme
Reina de Portugal,
Si infanta de Navarra antes.
Prínc. Eso no, viviendo Ines. *ap.*
Señora, solo un instante
Os suplico que me deis
Audiencia: sentaos, y hable
El alma, que muda ha estado
Hasta poder declararse.
Inf. Decid.
Prínc. Atended.
Inf. Ya oigo:
Pasad, príncipe, adelante.
Prínc. Casé, señora, en Castilla,
Obedeciendo á mi padre,
Primera vez con su infanta,
Que en globos de estrellas yace:
Tuve de esta dulce union
Un hijo, y puesto que sabe
Vuestra alteza estos principios,
Paso á lo mas importante.
Cuando mi difunta esposa
Vino conmigo á casarse,
Pasó á Portugal con ella
Una dama suya, un ángel,
Una deidad, todo un cielo:
Perdóneme que la alabe
Vuestra alteza en su presencia,
Que informarla de sus partes
Importa, porque disculpe
Osadas temeridades,
Cuando advertida conozca
La causa de efectos tales.
Era, al fin (por acabar
La pintura de esta imágen,
El retrato de este sol,
Este archivo de deidades),
Doña Ines de Castro Coello
De Garza, que con su padre
Pasó á servir á la reina,
Mejor dijera á matarme:
Y aunque siempre su hermosura
Fué una misma, en un instante
Me atreví, señora, á verla
Con pensamientos de amante;
Que á sola mi esposa entonces
Rendí de amor vasallage,
Hasta que cruel la parca
La cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
Casarme otra vez mi padre
Con vuestra alteza, señora,
Que el cielo mil siglos guarde,
Sin que este segundo intento
Conmigo comunicase:
Yerro que es fuerza que ahora
Vuestro decoro le pague,
Y le sienta yo, por ser
Vuestra alteza á quien se hace
La ofensa, que el sentimiento
No será bien que me falte,
A tiempo que por mi causa
Padeceis tantos desaires.
Confusa hasta ver el fin *ap.*
Será fuerza que se halle.
Muerta, señora, ya mi esposa amada,
Querida tanto, como fué llorada,
Pasados muchos dias de tormento,
Difunto el gusto, y vivo el sentimiento,
En un jardin, al declinar el dia,
Mis imaginaciones divertia
Mirando cuadros, y admirando flores,
Archivos de hermosuras y de olores.
Al doblar una punta de claveles,
De esta hermosa pintura los pinceles,
Al pasar por un monte de azucenas,
Que mirar su blancura pude apenas,
Porque la candidez de su hermosura
La vista me robó con la blancura,
Y en una fuente hermosa,
Que tenia el remate de una rosa
Para su adorno un fénix de alabastro,
Ví á doña Ines de Castro,
Que al márgen de la fuente
Se miraba en el agua atentamente;
Y olvidado de mí, viendo mi muerte
En su deidad, la dije de esta suerte:
Nunca pensé que pudiera,
Muerta mi esposa, querer
En mi vida otra muger,
Ni que otro cuidado hubiera
Con que el dolor divirtiera
De mi pena y mi dolor;
Pero ya he visto en rigor,
Advirtiendo tu deidad,
Que aquello fué voluntad,
Y aquesto solo es amor.
¿Cómo puede ser (¡ay cielo!)
Que en mi casa haya tenido
El mismo amor escondido,
Sin que remontase el vuelo
A su intencion mi desvelo?
¿Cómo este bien ignoré?
¿Cómo ciego no miré?
¿Cómo en esta luz hermosa
No fuí incauta mariposa?
¿Y cómo no te adoré?
Hice este discurso apenas,
Cuando á mirarme volvió
El rostro, y entonces yo
Puse silencio á mis penas:
Heladas todas las venas
Quedé, mirándola helado:

Ella el aliento turbado,
Quiso hablar, hablar no pudo,
Quedó suspensa, y yo mudo,
En su imágen transformado.
El alma á verla salió
Por la puerta de los ojos,
Y á sus plantas por despojos
Las potencias le ofreció:
El corazon se rindió
Solo con llegar á ver
Esta divina muger;
Y ella, viéndome rendido,
Y en su hermosura perdido,
Pagó con agradecer.
Desde este instante, señora,
Desde aqueste punto, infanta,
Hicimos tan dulce union,
Reciprocando las almas,
Que girasol de su luz,
Atento á sus muchas gracias,
Vivo en ella tan unido
Debajo de la palabra
Y fe de esposo, que amor
Cuando perdido se halla,
Para poderse cobrar,
Se busca entre nuestras ansias.
En una quinta, que está
Cerca del Mondego, pasa
Ausencias inescusables,
Solamente acompañada
A ratos de mi firmeza,
Y siempre de su esperanza.
Tenemos de aqueste logro
De Cupido, de esta llama
Del ciego dios, dos infantes,
Dos pimpollos, y dos ramas,
Tan bellos, que es ver dos soles
Mirar sus hermosas caras.
Querémonos tan conformes,
Son tan unas nuestras almas,
Que á un arroyo ó fuentecilla,
Adonde algunas mañanas
Sale á recibirme Ines,
Todos los de la comarca
Llaman, por lisonjearnos,
El penedo de las Ansias.
En fin, señora, mi amor
Es tan grande, que no hay planta
Que para amar no me imite:
No hay árbol, que con las ramas
Esté tan unido, como
Lo estoy con mi esposa amada;
Y aunque parezca desaire
A vuestra alteza contarla
Aqueste empleo, he advertido
Que es mejor para obligarla,
Cuando engañada se advierte,
Decirlo, y desengañarla.
Pues cuando de Portugal
No sea reina, en Alemania,
En Castilla y Aragon
Hay príncipes, que estimáran
Saber aquesta ventura,
Que habeis juzgado á desgracia.
Y porque me espera Ines,
Y culpará mi tardanza,
Dadme licencia, señora,
Que á verme en su cielo vaya,
Pues bien es que asista el cuerpo
Allá donde tengo el alma. (*Vase.*)
Inf. ¿Ha sucedido á muger
Como yo tales desaires?
¿Cómo es posible que viva
Quien ha oido semejante
Injuria? Al arma, venganza,
Despida el pecho volcanes
Hasta quedar satisfecha:
Muera conmigo quien hace
Que á una infanta de Navarra
El decoro le profanen:
Que una muger zelosa y agraviada,
Solo consigo misma es comparada;
Que si la aflige amor y acosan zelos,
Aun seguros no están de ella los cielos.

ESCENA VI.

Decoracion de quinta en un bosque.

SALE DOÑA INES DE CASTRO DE CAZA, CON ESCOPETA, Y VIOLANTE, CRIADA.

Viol. ¿No estás cansada, señora?
Da. Ines. Sí, Violante, y triste estoy,
Hacia el Mondego me voy,
Que el sol el ocaso dora;
Y antes que sea mas tarde,
Pues Pedro no viene, quiero
Retirarme.
Viol. Siempre espero
Que hagas de tu gusto alarde,
Sin cuidados amorosos.
Da. Ines. Violante, no puede ser,
Que en la que llega á querer
No hay instantes mas gustosos
Que los que da á su cuidado.
¿Qué será no haber venido
Mi Pedro?
Viol. Le habrá tenido
El rey su padre ocupado.
Desecha ya la tristeza
Que te aflige.
Da. Ines. No te asombre,
Que aunque Pedro es rey, es hombre,
Y temo olvidos.
Viol. Su alteza
Solo en tí vive, señora,

Solo tu amor le desvela.
Da. Ines. Como el pensamiento vuela,
Hizo este discurso ahora:
Violante, advierte mi pena,
Que no temo sin razon,
Ni esta profunda pasion
Es bien que la juzgue agena.
El príncipe mi señor,
Aunque amante le he advertido,
Se ve, Violante, querido,
Y esto aumenta mi temor.
Advierto que está delante
Contrastando mi fortuna
Una hermosa Vénus, y una
Blanca, de Navarra infanta.
Su padre quiere casarle,
Aunque casado se ve,
Y puede ser que mi fe
Llegue, Violante, á cansarle.
Mira tú si mi fortuna
Infelice puede ser,
Que á la mas cuerda muger
Se la doy de dos la una.
Toma esa escopeta allá,
Ya que esta la quinta es.

(*Dale la escopeta, y siéntase.*)

Viol. Descansa, señora, pues.
Da. Ines. Todo disgusto me da.
Viol. ¿Quieres, señora, que cante
Para divertir tu pena,
Una letrilla muy buena
Que te alegre?
Da. Ines. Sí, Violante,
Canta, y no por alegrar
Mi pena te lo consiento,
Sino porque á mi tormento
Quisiera un rato aliviar.
Viol. Saude miña, (*Canta.*)
¿Cuándo vos veria?
Diga el pensamiento,
Pues solo él lo siente,
Adorado ausente,
Lo que de vos siento:
Mi pena y tormento
Se trueque en contento
Con dulce porfía.
Ines y Viol. Saude miña,
¿Cuándo nos veria?
Viol. Miña saude,
Caro siñor meu,
¿A quién diré eu;
Tamaña verdade?
La miña vontade
Cuidosa persuade
De noite y de dia:
Saude miña,
¿Cuándo vos veria?

(*Representa.*)

Parece que se ha dormido,
Y con paso diligente
Vuelve atras la hermosa fuente,
Todo el curso suspendido.
Dejarla quiero al beleño
De este descanso, entre tanto
Que da treguas á su llanto:
Arboles, guardadla el sueño.

ESCENA VII.

DOÑA INES, Y SALEN EL PRÍNCIPE Y BRITO.

Prínc. Gracias á Dios, Brito amigo,
Que he salido á ver mi bien:
¿Quién fué mas dichoso? ¿quién
Pudo igualarse conmigo?
¿Posible es, Brito, que estoy
Donde pueda ver mi esposa,
Entre cuya llama hermosa
Simple mariposa soy?
Brito. Tan posible, que llegamos
A la quinta, que está enfrente
Del Mondego.
Prínc. Aguarda, tente.
Brito. ¿Has visto algo entre los ramos?
Prínc. ¿No ves á Ines celestial,
Que aquí á la vista se ofrece?
Brito. Que está dormida parece
Al márgen de aquel cristal
Que la fuente vierte: calla,
No la dispiertes, señor.
Prínc. Díselo, Brito, á mi amor.
Brito. ¿Luego quieres dispertalla?
Prínc. Quiero, Brito, y no quisiera
Impedirla el descansar.
Brito. Será lástima inquietar
Su sosiego.
Da. Ines. Tente, espera.

(*Soñando Ines.*)

Prínc. Parece que habla.
Brito. Estará,
Señor, entre sueño hablando.
Prínc. ¿Qué estará mi bien soñando?
Brito. Contigo el sueño será.
Da. Ines. Que me mata, tente, aguarda;
Alonso, Dionis, Violante.
Prínc. Deja, Brito, que adelante
Pase, porque ya se tarda
Mi deseo en ver dispierto
Mi bello sol.
Brito. Llega, pues:
Pero dispertar á Ines
Será grande desacierto.
Da. Ines. No me maten tus rigores:
¿Porqué me quitas la vida,
Pedro, Pedro de mi vida,
Esposo, mi bien?
Prínc. Amores,

Mucho he debido al pesar
Que en tí ha ocasionado el sueño,
Pues te trajo, hermoso dueño,
En mi pecho á descansar.
Da. Ines. Pedro, señor, dueño amado.
Prínc. ¿Qué tienes, Ines?
Da. Ines. Soñaba (*Dispierta.*)
Que la vida me quitaba...
Prínc. ¿Quién?
Da. Ines. Un leon coronado,
Y que á mis hijos (¡ay cielos!)
De mis brazos agenaba,
Y airado los entregaba
(Aun no cesan mis recelos)
A dos brutos, que inhumanos
Los apartaron de mí.
Prínc. ¿Eso, Ines, soñaste?
Da. Ines. Sí,
Prínc. Fueron tus recelos vanos:
Desecha, Ines, el dolor,
Cóbrate mas valerosa;
Si bien estás mas hermosa
Con el susto y el temor.
Da. Ines. ¿Eres mio?
Prínc. Tuyo soy.
Da. Ines. Y tuya mi fe será.
Brito. ¿Adónde Violante está?
A pedirla zelos voy. (*Vase.*)
Da. Ines. Nunca como hoy, dueño mio,
Temí de tu amor mudanzas;
No porque de tí no fio,
Sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quinta
Salí á caza esta mañana,
Cuando ví una tortolilla
Que entre los chopos lloraba
Su amante esposo perdido:
Yo, de verla lastimada,
Llegué á temer que mi suerte
No me trajese á imitarla.
Ví luego, que de una vid
Un olmo galan se enlaza,
Y envidiosa de sus dichas,
Tambien se me turbó el alma;
Pues un tronco bruto goza
Posesion mas bien lograda,
Y yo apenas gozo el bien,
Cuando todo el bien me falta.
Y como en la tortolilla
He visto mas declaradas
Mis sospechas temerosas,
Siendo yo tan desdichada;
¿Qué mucho es, Pedro, que tema
Llegar á imitar sus ansias?
Prínc. Ines, si el sol en la tierra,
Como produce las plantas,
Infundiera en cada flor
Una deidad, y llegára
A reducir las bellezas
Con las de tu hermosa cara
(Que es la mayor, dueño mio)
En otra muger, palabra
Te doy, que siendo yo tuyo,
En mi corazon no hallára
Ni un cortesano cariño,
Ni una amorosa palabra,
Ni un pequeño ofrecimiento,
Ni un afecto en que mostrára
Atomos de la aficion
Con que te adoro, que tanta
Fuerza tiene tu hermosura,
Desde que está retratada
En mi pecho, que tu nombre
Tiene por objeto el alma.
¿Alonso y Dionis, adónde
Están?

ESCENA VIII.

DICHOS, Y SALE ALONSO, NIÑO, Y DESPUES BRITO Y VIOLANTE ALBOROTADOS.

Al. ¿Padre?
Prínc. ¿Prenda amada?
¿Y vuestro hermano?
Al. Señor,
Ahora merendando estaba:
¿Quieres que vaya á llamarlo?
Prínc. Sí, mi vida.
Da. Ines. Espera, aguarda.
Brito. Señor, señor, oye.
Prínc. Brito,
¿Qué dices?
Viol. Señora...
Da. Ines. ¡Cielos!
¿Qué es esto? dilo, Violante.
Viol. Dilo, Brito, que no puedo.
Prínc. ¿De qué os turbais? habiad.
Brito. Por la orilla del Mondego,
Y el camino de la quinta,
Tres coches se han descubierto,
Y del rey parecen.
Da. Ines. ¡Hay
Mas desdicha!
Prínc. Ve en un vuelo,
Y reconoce quien es.
Brito. Ya yo he visto, aunque de lejos,
Que el rey y la infanta vienen,
Alvar Gonzalez con ellos,
Y Egas Coello.
Prínc. Ambos son
Dos traidores encubiertos.
Viol. Ya llegan.
Da. Ines. Pues yo me voy
A retirar.
Prínc. Deteneos,
Señora, que estando yo
Con vos, no hay que temer riesgos.

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALEN EL REY DON ALONSO Y LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. Aquesta es la quinta, entrad.
¿Pedro?
Prínc. Señor, ¿qué es aquesto?
Inf. Ahora empieza mi venganza. *ap.*
Da. Ines. Ahora empiezan mis zelos. *ap.*
Rey. Ahora empieza mi castigo. *ap.*
Prínc. Ahora empieza mi tormento. *ap.*
Alvar. Ahora se enoja el rey. *ap.*
Egas. Ahora le echa del reino. *ap.*
Viol. Ahora te echan á galeras.
Brito. Ahora te dan doscientos
Por alcahueta, Violante.
Viol. Miente, y calle.
Brito. Callo, y miento.
Rey. No sé cómo reportarme. *ap.*
En fin, príncipe don Pedro,
¿Ocasionais á que haga
Vuestro padre estos escesos
De salir, para buscaros,
Fuera de la corte?
Da. Ines. ¡Cielos! *ap.*
Temiendo estoy su rigor;
Pero con todo, yo llego.
Déme vuestra magestad
A besar su mano.
Rey. ¿El cielo *ap.*
Mayor belleza ha formadó?
De mirarla me enternezco.
¿Cómo os llamais?
Da. Ines. Doña Ines
De Castro.
Rey. Alzaos del suelo.
Da. Ines. Quien á vuestros piés se ve,
Goza, señor, de su centro,
Pues en ellos...
Rey. Levantad.
Da. Ines. Toda mi ventura tengo.
Rey. ¡Qué honestidad! ¡qué cordura!
¿Quién es este caballero?
Prínc. Un deudo cercano mio.
Rey. Tambien vendrá á ser mi deudo:
Muy lindo es: ¿cómo os llamais?
Al. Alonso, al servicio vuestro.
Rey. Por vuestro abuelo será.
Da. Ines. Tiene muy honrado abuelo.
Rey. Y muy hermosa y muy noble
Madre.
Inf. ¡Qué ha sido esto, cielos!
Rey. Vamos.
Inf. ¿A esto el rey me trae? *ap.*
Perderé el entendimiento.
Rey. Venid, infanta.
Egas. Señor,
Ved que para vuestro reino
Este inconveniente es grande.
Alvar. Y con este impedimento
De doña Ines, doña Blanca
No logrará su deseo
De casar en Portugal.
Rey. Ya lo he mirado, Egas Coello,
Mas no es ocasion ahora
De salir de tanto empeño.
Al. Dadme la mano, señor,
Y la bendicion.
Rey. ¡Qué bueno!
¡Hay mas gracioso muchacho!
Inf. Mis desdichas voy sintiendo. *ap.*
Rey. A Dios, doña Ines.
Da. Ines. Señor,
Guarde mil años el cielo
A vuestra real magestad,
Para mi señor y dueño
De mi albedrío.
Rey. ¡Ay, Ines! *ap.*
¡Cuánto con el alma siento
No poder aquí, aunque quiera,
Mostrar lo mucho que os quiero!
Brito. Violante, á Dios, que me voy.
Viol. Brito, á Dios, que lo deseo.
Prínc. A Dios, Ines de mi vida.
Da. Ines. A Dios, adorado dueño.
Prínc. ¡Muerto voy!
Da. Ines. ¡Y yo sin alma!
Prínc. ¡Qué desdicha!
Da. Ines. ¡Qué tormento!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

LA INFANTA Y ELVIRA, CRIADA.

Inf. Esta es ya resolucion:
No me aconsejes, Elvira.
Elv. Infanta, señora, mira
Que aventuras tu opinion.
Inf. Y aunque lo advierto, no ignoro
Tambien que en desprecio tal,
Una muger principal
Atropella su decoro.
Deja ya de aconsejarme,
Y repara que agraviada,
Ofendida y despreciada,
He de morir, ó vengarme.
A muchas han sucedido
Desprecios de voluntad,

Mas no de la calidad,
Que yo los he padecido.
Bien que Ines es muy bizarra,
Y aunque hermosa llegue á verse,
No es justo llegue á oponerse
A una infanta de Navarra.
Que compitiendo las dos,
Aunque es grande su belleza,
Para igualar mi grandeza,
Es poco el sol, vive Dios.
Elv. El rey sale.
Inf. Pues, Elvira,
Déjame sola, que ahora
He de hablar claro.
Elv. Señora...
Inf. Obedece, calla y mira.
Elv. Ya me voy, y ruego al cielo
Que se acabe tu cuidado. (*Vase.*)
Inf. El agravio declarado
No admite ningun consuelo.

ESCENA II.

La Infanta, y sale el Rey solo.

Rey. Dejadme solo, Coello,
Que á solas pretendo hablarla:
Quisiera desenojarla.
Inf. Pues me ofrece su cabello
La ocasion, quiero lograr
Mi intento. ¿Señor?
Rey. ¿Infanta?
Inf. ¿Tanto favor? ¿merced tanta?
¿Que vos me vengais á honrar?
Gran ventura.
Rey. Blanca hermosa,
Tanto os estimo y venero,
Tanto, bella infanta, os quiero,
Que fuera dificultosa
La accion, que, para serviros,
No emprendiera; y este afecto,
Hijo de vuestro respeto,
Me obliga siempre á asistiros
Con un mudo afecto, y tal,
Que en lo discreta y bizarra
Dudo si sois en Navarra
Nacida, ó en Portugal.
Inf. Con tanto favor tratais
Mi fe, que ciega os adora,
Que confusa el alma, ignora
El modo con que me honrais.
Pero advierte mi cuidado,
Viendo estos estremos dos,
Que me habeis querido vos
Hablar como despejado.
Y advertido del rigor
Que el príncipe usa conmigo,
Como su padre y su amigo,
Me mostrais en vos su amor.
Rey. ¿En qué estaba divertida,
Hija mia, vuestra alteza?
Inf. Solo en pensar la presteza,
Gran señor, de mi partida.
Rey. ¿Cómo con tal brevedad,
Infanta, os quereis partir?
Inf. Eso le quiero decir,
Oiga vuestra magestad.
Por concierto de mi hermano,
Y vuestro (mudos pesares, *ap.*
Hoy hable la estimacion,
Los demas afectos callen),
De este mar de Portugal,
De nuestros navarros mares,
En una ciudad de leños,
En una escuadra volante
De delfines, que volaba
A competencia del aire,
Llegué, señor (¡ay de mí!),
Un lúnes, para mi mártes:
Que en el dueño, y no en el dia,
Se contienen los azares.
Fué tan próspero y feliz
Este deseado viaje,
Que parece que anunciaban
Tan venturosas señales,
Presagios de la desdicha
Que ahora llega á atormentarme.
Salió vuestra magestad
A recibirme y honrarme
Con su persona y amor,
Que son afectos de padre.
Y cuando al príncipe (¡ay cielos!)
Esperaba para darle,
Entre la mano de esposa,
Tiernos requiebros de amante,
Posesion del albedrío,
Uniendo las voluntades,
Supe que quedó en Lisboa,
Sin que su cuidado pase
Siquiera á saber con quien
Su alteza espera casarse.
Este cuidado, ó descuido
Cuidadoso, fueron parte
Para empezar (¡qué desdicha!)
Toda el alma á alborotarse,
Y á temer lo que lloré
Dentro de pocos instantes.
Cuatro veces murió el sol
En los brazos de la tarde,
Por cuya muerte la noche
Vistió lutos funerales,
Primero que de su cuarto
Fuese al mio á visitarme;
Si fué agravio á mi decoro,
Júzguelo quien amar sabe.
Al fin, vuestra magestad
Fué á visitarle una tarde,

Lo que le mandó no sé:
Mas bien puedo asegurarme
Que en defender mi justicia
Seria todo de mi parte.
Al fin me vió, y los empeños
Que tuve solo un instante
Que le di audiencia, no es bien
Que mi lengua los relate;
Básteme, siendo quien soy,
Que los sepa y que los calle:
Que á no ser dentro de mí
Tan bizarra y tan galante,
¿Cómo pudiera pasar
Por el tropel de desaires
Que me han sucedido? ¿Cómo,
Sin que abortára volcanes,
Que en cenizas convirtiera
A quien intentó agraviarme
Atrevido y poco atento?
Vamos, señor, adelante,
Y perdonad, que los zelos
Lleguen á precipitarme,
Y el corazon á los labios
Se asome para quejarse.
Pasadas muchas injurias,
(Que es bien que al silencio pase)
A una quinta del Mondego
Fuí, porque vos me llevasteis,
A volver mas despreciada
Que me habia mirado antes;
Pues se siente mas la ofensa,
Cuando delante se hace
De quien mirando el desprecio
Llegára á vanagloriarse.
Esto, señor, que parece
Que es sentimiento que hace
Mi persona en lo esterior,
Segun os muestra el semblante,
No es sino que así he querido
De mi suceso informarte;
Porque sepas que no ignoro
Lo que vuestra alteza sabe:
Que á no ser así, es sin duda
Que no pasára el desaire
De ir á requebrar los nietos,
Cuando me ofreció vengarme.
Y á no ser así tambien,
¿Cómo pudiera llevarse
Que doña Ines compitiera
(Aunque son muchas sus partes)
Conmigo? que no lo hermoso
Igualar puede á lo grande.
Decid al príncipe vos,
No como rey, como padre,
Que sus empeños disculpo,
Que ha acertado en emplearse
En quien tan bien le merece;
Y que mire cuando agravie,
Que no todas como yo
Podrán desapasionarse.
Este pliego es á mi hermano,
Donde le pido que trate
De enviar por mí, sin que sepa
Lo que ha podido obligarme;
Que no es bien que le dé cuenta
De semejantes desaires.
Con mi partida, señor,
Pongo fin á mis pesares,
Principio al gusto de Ines,
Y medio para que trate
Don Pedro su casamiento,
Sin que yo pueda estorbarle,
Que aunque ya lo está en secreto,
Como llegó á declararme,
Parece que aumenta el gusto
Saber que todos lo saben.
A Dios, señor, no me tenga
Tu magestad, ni me trate
Jamas, sino de partirme,
Porque seria obligarme
A que haga por detenerme
Lo que no por despreciarme;
Que aunque ahora soy prudente,
No sé, en llegando á enojarme,
Si me valdrá la prudencia
Para no precipitarme.
No detenerme es cordura;
A mi cuarto voy, que es tarde:
No hay, señor, de que advertirme,
Que pues llegué á declararme,
Todo lo habré ya mirado:
Voy muriendo; el cielo os guarde.
Rey. Oye, infanta.
Inf. Alonso invicto,
Vuestra magestad no mande
Que un instante me detenga,
O vive Dios que á esos mares,
Partenope desdichada,
Me arroje para anegarme.

ESCENA III.

EL REY, Y SALEN ALVAR GONZALEZ Y EGAS COELLO.

Rey. Alvar Gonzalez, Coello.
Alvar. Señor.
Rey. Partid al instante,
Y detened á la infanta.
Alvar. Ya voy. (*Vase.*)
Egas. El príncipe sale.
Rey. No sé cómo de mi enojo
Ahora podrá librarse:
¡Que así me empeñe mi hijo!
Irme quiero sin hablarle,
Que si le hablo, sospecho
Que no podré reportarme.

ESCENA IV.

El Rey, EGAS, y sale el Príncipe solo.

Príne. ¡Señor, vuestra magestad
Conmigo airado el semblante!
¡La espalda volveis, señor,
A vuestra hechura!
Rey. Dejadme,
No me hableis, que estoy cansado
De ver vuestros disparates.
Príncipe, no me veais:
Egas Coello, aquesta tarde
De Santaren al castillo
Le llevad preso, allí pague
Inobediencias que han sido
Causa de males tan grandes.
Egas. ¡Qué príncipe tan prudente!
Príne. ¿Pues yo, señor, porqué?...
Rey. Baste:
Ahora vereis si es mejor
Obedecer ó enojarme.

ESCENA V.

El Príncipe y EGAS COELLO.

Príne. En fin, Coello, ¿que voy
Preso á Santaren?
Egas. Así
Lo manda su alteza; á mí,
Que noble criado soy,
Me toca el obedecer.
Príne. ¿Sois vos mi alcaide?
Egas. El cuidado
Y el guardaros ha fiado
A mi noble proceder,
Y á sola la lealtad mia;
Y así es forzoso el hacello.
Príne. Si ahora anochece, Coello,
Mañana será otro dia.
Egas. En cualquiera aurora es
Mi lealtad muy de español.
Príne. Mil cosas fomenta el sol
Que las deshace despues.
Egas. Yo sé que llego á servir
Con fe, señor, verdadera;
Y así, muera cuando muera,
Como os sirva con morir.
Príne. Creo que pena os ha dado
El verme que preso voy.
Egas. Sé que vuestro esclavo soy,
Y que solo mi cuidado
Os sirve dias y noches
Como criado de ley.
Príne. Coello, sirvamos al rey;
Id á prevenir los coches.

(*Vase Egas Coello.*)

ESCENA VI.

El Príncipe, y sale BRITO.

Príne. ¿Qué hay, Brito, qué te parece
De estrella tan importuna?
Brito. De esto nos da la fortuna
Cada dia que amanece.
Príne. ¡Qué doloroso trasunto!
Muerto estoy, estoy perdido.
Brito. Solo Belerma ha vivido
Con el corazon difunto.
Príne. Parte, Brito, dila á Ines...
¿Así te vas?

(*Hace Brito que se va.*)

Brito. ¿Porqué no?
Príne. ¿Qué la dirás?
Brito. Qué sé yo;
Ya te lo diré despues.
Quisiera, señor, ponerme
En la iglesia de San Juan,
Porque esperezos me dan
De que el rey ha de prenderme.
Príne. Si eso temes, Brito, vete;
¿Mas porqué te ha de prender?
Brito. Fácil es de conocer,
Porque he sido tu alcahuete;
Y en ocasion semejante
Llegára á sentir de veras
Ir á bogar á galeras,
Como me dijo Violante.
Príne. Brito, ve á la esposa mia,
Y dila que pierdo el seso
Hasta que la vea.
Brito. Y tras eso
Cómo el rey preso te envia.
Príne. Pues si preso me tenia,
¿Para qué dos veces preso?
Que á esplicar mi sentimiento
No basta; y si en eso te obligo,
Di todo lo que yo digo,
Pues no cabe en lo que siento.
Brito. Diréle que partes ciego
Por su amor, lo que la adoras,
Lo que suspiras y lloras
Cuando te abrasa su fuego.
Príne. A mucho te has obligado,
Que el mal á que estoy rendido
Bien cabe en lo padecido,
Mas no cabe en lo esplicado.
Dila que el rey, inhumano...
Oyes, Brito, y no la aflijas,
Y aquellas dos perlas, hijas
De aquel nácar castellano...
Brito. No te enternezcas, señor,
Mira que llorando estás.
Príne. ¡Ay, Brito, no puedo mas!

Brito. ¿Adónde está tu valor?
Préndate el rey, que el proceso
Podrás romper algun dia.
Prínc. Mas si preso me queria,
¿Para qué dos veces preso?

ESCENA VII.

Decoracion de quinta en un bosque.

DOÑA INES Y VIOLANTE.

Viol. ¿Acabaste el papel?
Da. Ines. No.
Viol. ¿Porqué?
Da. Ines. Porque he reparado
Que no cabrá mi cuidado
Ni mis finezas en él.
Viol. ¿Leiste la glosa?
Da. Ines. Sí;
Y es tal, que pude llegar,
Cuando la miré, á pensar
Que se escribió para mí.
Viol. ¿Sábesla ya?
Da. Ines. Ya la sé.
Viol. ¿Toda?
Da. Ines. Nada hay que te espante:
Mientras estuve, Violante,
En mi cuarto la estudié.
Viol. ¿Quieres decirla, señora?
Da. Ines. Sí, Violante, aquesta es;
Atiende.
Viol. Ya escucho.
Da. Ines. Pues
No te diviertas ahora.
« Mi vida, aunque sea pasion,
No queria yo perdella,
Por no perder la ocasion
Que tengo de estar sin ella.
« Dichoso y favorecido
Me vi, Nise, en un instante,
Y luego pasé de amante
A estremo de aborrecido:
Mas aunque airado Cupido
La flecha trocó en arpon,
No pudo ser ocasion
Para desear mi muerte;
Que he de querer por quererte,
Mi vida, aunque sea pasion.
« El alma con que vivia
Se fué á tí, cuando pensaba
Que en mi pecho la hospedaba
Como tuya, siendo mia;
Y aunque la pérdida via,
Sin formar de amor querella,
Contento me vi sin ella;
Mas á no ser en despojos,
Nise, de tus bellos ojos,
No queria yo perdella.
« Gobierno del hombre ha sido
Voluntad y entendimiento,
Con que á la razon atento,
Mientras hombre fuí, he vivido;
Pero despues que Cupido
Puso en tí mi inclinacion,
Puede tanto mi pasion,
Que jamas, bella muger,
No te quisiera perder,
Por no perder la ocasion.
« Cautivo y sin libertad
Vivo despues que te ví,
Y aunque viví en mí, sin mí
Rendido á tu voluntad,
Esperé de tí piedad;
Pero despues que á mi altura
Tu imperio, Nise, atropella,
Es tan contraria mi estrella,
Que ella misma me asegura
Que tengo de estar sin ella.»

ESCENA VIII.

DICHOS, Y SALE BRITO.

Brito. Esconde, Ines, si es posible,
Que no será fácil, de esos
Peligrosos dulces ojos
Los hermosos rayos negros.
Esconde, por vida tuya,
La canícula, lo fresco,
Lo florido, lo nevado,
Lo apacible, lo severo,
Lo buscado, lo temido,
Lo jugueton, lo compuesto,
Lo alegre, lo mesurado,
Lo lindo, lo mas que bello
De esa cara; que un nublado
No le ha de faltar á un cielo
Donde hay tantas pesadumbres.
Da. Ines. ¿Qué dices?
Brito. Vete de presto,
Que viene la infanta acá.
Da. Ines. ¿La infanta acá?
Brito. Pretendiendo
Hallar en esa ribera,
Por no perder el trofeo,
Una garza, que del aire
Hoy ha derribado, entiendo
Que ha de llegar.
Da. Ines. Oye, Brito,
¿Garza?
Brito. Sí.
Da. Ines. ¿Y ella la ha muerto?
Brito. Sí, ella ha sido, que á volar
Con un escuadron soberbio
De pájaros, salió armada.
Da. Ines. Escuadron seria de zelos;
Pues vino á matarme á mí.

Brito. En un alazan soberbio,
Con la rienda en la una mano,
Y en la otra mano uno de ellos,
La vieras como una Pálas,
O la borracha de Vénus.
Da. Ines. ¡Válgame Dios! ¿qué he de ha-
Quiero retirarme, quiero [cer?
Que no me vea: mas no,
Sin duda es mejor acuerdo
Esperarla, y ver si pueden
Cortesanos cumplimientos
Obligarla.
Brito. Dices bien.
Da. Ines. Dime ahora de mi dueño,
¿Cómo le dejaste, Brito?
¿Tiene el príncipe don Pedro
Salud?
Brito. Aunque de su parte
Solo á visitarte vengo,
Para que sepas, señora,
Lo que pasa allá de nuevo,
No es posible; solo digo
Por ahora, que te puedo
Asegurar, que esta noche
Vendrá á verte.
Da. Ines. ¿Cierto?
Brito. Cierto.
Da. Ines. Y dime, Brito, ¿qué hay
De la infanta?
Brito. Que la veo
Ya junto á tí.
Da. Ines. En hora mala
Venga á estorbar mis intentos.

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALEN LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO Y CAZADORES.

Inf. Mucho he sentido perderla.
Alvar. Remontó, señora, el vuelo
Tanto, que ha sido imposible
El hallarla.
Inf. El aire creo
Que en sí la habrá transformado
Para volar mas ligero,
Pues de ella envidioso, pudo
Tomar ligereza.
Da. Ines. El cielo
Dé á vuestra alteza, señora,
La vida que yo deseo.
Inf. No me estuviera muy bien: *ap.*
Ines, levantad del suelo;
¿Vos aquí?
Da. Ines. Si esta ventura
De hablaros, señora, y veros,
Por estar aquí he ganado,
Decir sin lisonja puedo,
Que solo he sido dichosa
Aqueste instante que os veo.
Inf. ¿Cómo estais?
Da. Ines. Para serviros,
Como mi señora y dueño.
Inf. Parece que está muy triste; *ap.*
¿Si ha sabido que á don Pedro
Le prendió el rey? es sin duda:
Pues, amor, examinemos
Si podeis vivir en mí,
Que aunque muerto ya os contemplo,
Para llegarlo á creer,
Falta el último remedio.
¿Triste estais?
Da. Ines. Señora, yo...
Inf. No os aflijais, que os prometo
Que me holgára de poder
Daros, doña Ines, consuelo.
El príncipe en asistiros
Nunca pudo ser eterno,
Siempre ha menester casarse:
Ya lo está conmigo.
Da. Ines. ¡Cielos!
¿Qué decis?
Inf. Que á Santaren,
Como ya sabeis, fué preso,
Y saldrá, para que así
En un dichoso himeneo
Junte dos almas, que vos
Habeis dividido.
Da. Ines. Esto *ap.*
No se puede ya llevar,
Que fuera de ser desprecio,
Son zelos: nadie ha vivido
Cuerda en llegando á tenerlos:
Responderla quiero.
Inf. Ines,
Suspended un poco el vuelo
Con que altiva habeis volado:
Reducios á vuestro centro,
Y sírvaos de correccion,
De aviso y de claro ejemplo,
Que una blanca garza, hija
De la hermosura del viento,
Voló esta tarde, y altiva,
Cuando ya llegaba al cielo,
La despedazó en sus garras
Un gerifalte soberbio,
Enfadado de mirar
Que á su coronado ceño
Desvanecida intentase
Competir; esto os advierto,
Ines, no mas que de paso,
Ya me entendereis.
Da. Ines. No puedo *ap.*
Callar ya.
Alvar. Mucho la infanta
Se ha declarado.

Egas. Yo temo
Alguna desdicha aquí.
Da. Ines. Infanta, con el respeto
Que á tanta soberanía
Se debe, deciros quiero
Que no ajeis de mi nobleza
Lo encumbrado con ejemplos.
Yo soy doña Ines de Castro
Coello de Garza, y me veo,
Si vos de Navarra infanta,
Reina de aqueste hemisferio
De Portugal, y casada
Con el príncipe don Pedro
Estoy primero, que vos;
Mirad si mi casamiento
Será, infanta, preferido,
Siendo conmigo hoy primero.
No penseis, señora, no,
Que es profanar el respeto
Que debo, hablaros así,
Sino responder, que intento
Desempeñar á mi esposo,
Pues si él asiste en mi pecho,
Con él hablais, no conmigo;
Y puesto que soy él, debo,
Si hablais como doña Blanca,
Responder como don Pedro.
Inf. Ines, ¿cómo os olvidais
Que la que cayó del cielo,
Era Garza?
Da. Ines. Y Blanca tambien,
Segun vos dijisteis.
Inf. Bueno:
¿Vos me respondeis á mí
Equívocos desacuerdos?
Da. Ines. Mal he hecho: yo, señora...
Alvar. ¡Que así perdiese el respeto
A tanta soberanía!
Da. Ines. Si dije (¡válgame el cielo!)
Que era Blanca...
Inf. Bien está,
Retiraos.
Da. Ines. Amor, ¿qué es esto?
Egas. El rey viene ya.
Inf. Mi enojo
Quiero reprimir.
Da. Ines. Yo entro
Temerosa y afligida.
Vamos, Violante, que espero
Hallar en Dionis y Alonso
A mi pena algun consuelo.

(*Vanse Ines y Violante, y sale el rey y acompañamiento.*)

Rey. Lograr no pensé el hallaros.
Brito. Voy á decir á don Pedro
Todo cuanto ha sucedido.

ESCENA X.

El Rey, la Infanta, ALVAR GONZALEZ, EGAS y Cazadores.

Rey. Hija, infanta, ¿qué es aquesto?
¿Cómo ha pasado la tarde
Vuestra alteza en el empleo
De la caza?
Inf. Gran señor,
En la falda de ese cerro,
Que la guarnece de plata
Un cristalino arroyuelo,
Descubrimos una garza;
Y aunque al remontar el vuelo
Perdió la vida, volvió
A vivir, señor, de nuevo:
Que no tengo con las Garzas,
Ni jurisdiccion, ni empleo,
Despues que una Garza á mí
Con viles zelos me ha muerto.
Rey. No os entiendo.
Inf. ¡Ay, gran señor!
Pues bien podeis entenderlo,
Que no es la enigma difícil,
Ni es el engaño encubierto.
Doña Ines ahora acaba
De decirme que don Pedro,
El príncipe, es ya su esposo:
Y aunque él lo dijo primero,
No lo creí, por juzgar
Que pudiera ser incierto;
Mas despues que doña Ines,
Sin decoro y sin respeto,
Se atrevió á decirlo aquí,
Ha sido fuerza creerlo.
Rey. ¡Que la modestia de Ines,
Virtud y recogimiento,
Pudo atreverse á perder
La veneracion que os tengo!
Vive Dios, Alvar Gonzalez,
Que el príncipe, loco y ciego,
Ha de ocasionarme á dar
Con su muerte un escarmiento
Tan grande, que á Portugal
Sirva de ejemplo:
Yo remediaré esta injuria.
Inf. Señor, el mejor remedio
Es el no buscarle, pues
Desde este instante os prometo
Olvidar, que solo olvido
Puede ser, si bien lo advierto,
Medio para que se acabe
Mi enojo, señor, y el vuestro.
Rey. ¿Qué os parece, Alvar Gonzalez?
Alvar. Señor, si ya todo el reino
Espera con alegría
Este feliz casamiento,

Será grande inconveniente
(Así, gran señor, lo entiendo)
Que no llegue á ejecutarse;
Y así, fuera buen acuerdo
Apartar á doña Ines
De Portugal.
Rey. ¿Cómo puedo,
Si está casada?
Alvar. Señor,
Cuando aquese impedimento,
Que es el mayor, no se pueda
Remediar...
Rey. Dadme consejo.
Alvar. Me parece que la vida
De Ines...
Rey. ¿Qué decis?
Alvar. Entiendo...
Rey. Declaraos: ¿porqué temeis?
Acabad.
Alvar. Tengo por cierto
Que peligrará.
Rey. ¿Porqué?
Alvar. Señor, porque en solo esto
Consistia el que pudiese
Gozar la infanta á don Pedro.
Inf. Eso no, que mis agravios,
Aunque ofendida lo siento,
No han de pasar á poder
Conmigo mas, que yo puedo:
Viva mil siglos Ines,
Que si hoy por ella padezco,
No es culpada en mis desdichas;
Yo sí, pues yo las merezco.
Rey. Vamos á mirar mejor
Lo que se ha de hacer en esto.
Alvar. ¿A la ciudad?
Rey. No, que estoy
Cansado, y algo indispuesto:
Vamos á la casería,
Alvar Gonzalez, de Coello.
Inf. ¿Está cerca?
Alvar. Sí, señora.
Rey. Disponed, piadoso cielo, *ap.*
Modo para consolarme,
Que si aquesto dura, temo
Que me han de acabar la vida
Pesares y sentimientos.
Inf. Vamos, señor.
Rey. Vamos, hija.
Inf. ¡Qué valor!
Rey. ¡Qué entendimiento!
Inf. ¡Qué prudencia!
Rey. ¡Qué cordura!
Dadme la mano, que quiero
Ser vuestro escudero yo.
Inf. Tanto favor agradezco.
Rey. ¡Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro!

ESCENA XI.

Decoracion de sala en la quinta.

DOÑA INES Y EL PRÍNCIPE DON PEDRO

Da. Ines. Digo que no me aseguro.
Princ. ¿Posible es que no conoces
Que es imposible empañar,
Ines, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, bien mio,
Y acábense los rigores;
No me mates con desdenes,
Basta matarme de amores.
¿Tú enojada? ¿tú tan triste?
¿Cómo puede ser que borren
Nublados de tu disgusto
Tus hermosos esplendores?
Habla, Ines, dime tu pena.
¿Porqué, mi bien, no respondes?
Mas vale, si he de morir,
Que me refieran tus voces
La causa por qué me matas;
No es bien, que sintiendo el golpe,
Cuando no ignoro el morir,
El porqué, mi bien, ignore.
Da. Ines. Señor, esposo, mi vida,
Dueño mio, Pedro...
Princ. Ahorre
Tu lengua, Ines, epitetos,
Y dime ya quién te pone
A tí en tales desconsuelos,
Y á mí en tantas confusiones.
Da. Ines. Tu padre...
Princ. Dilo.
Da. Ines. Pretende...
Princ. Prosigue, mi bien.
Da. Ines. Dispone...
Princ. ¿Qué te turbas?
Da. Ines. Que te cases.
Princ. Si aquesos son tus temores,
Inadvertida has andado,
Pues sabes que en todo el orbe
No he de tener otro dueño.
Da. Ines. Aunque miro tus acciones,
Esposo y señor, dispuestas
A hacerme tantos favores,
Es bien adviertas que ya
La fortuna cruel dispone
Que te pierda, dueño mio,
Y que de tus brazos goce
La infanta, que te previene
Tu padre para consorte.
Y puesto que no es posible
Que seas mio, ni que logre
Mas finezas en tus brazos,
Será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,

Piadosas intercesiones,
Para que el rey, de mi vida
La vital hebra no corte.
Con tus hijos viviré
En lo áspero de los montes,
Compañera de las fieras,
Y con gemidos feroces
Pediré justicia al cielo,
Pues que no la hallé en los hombres,
De quien de tan dulce lazo
Aparta dos corazones.
Mis hijos y yo, señor,
Con tiernas esclamaciones,
Huérfana y sin abrigo,
Daremos ejemplo al orbe
De los peligros que pasa,
Y á cuantas penas se espone
Quien, sin ver inconvenientes,
Se casa, loca de amores.
Quien algun tiempo me quiso,
Señor, es bien que me otorgue
Esta merced: no padezca
Quien fué vuestra, los rigores
De una injusticia, mi bien,
Que mármoles hay y bronces,
Que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo de que note
La mayor fineza en vos:
Mostrad, mostrad los blasones
De vuestra heróica piedad,
Para que conozca el orbe
Que si matarme el reino ha pretendido,
Me habeis, querido dueño, defendido
Con valiente osadía y fe constante,
Por muger, por esposa y por amante.
Prínc. No creyera, bella Ines,
Que jamas desconfiáras
De la fe con que te adoro.
Alza del suelo, levanta,
Enjuga los bellos ojos,
Que las perlas que derramas
Parecen mal en la tierra;
En tus nácares las guarda,
Que no hay en el mundo quien
Se atreva, esposa, á comprarlas.
Si mi padre la cerviz
Me derribára á sus plantas;
Si la infanta, que aborrezco,
La vida, Ines, me quitára,
Porque mi padre contento
Quedase, y ella vengada,
No solo fuera tu esposo,
Pero yo de mi garganta
Derribára la cabeza,
Primero que me obligára
A decir sí; que te adoro
De tal suerte, prenda amada,
Que sin tí no quiero vida.
Da. Ines. ¿Cumplireisme esa palabra?
Prínc. Digo mil veces que sí.
Da. Ines. Pues ya mi temor se acaba.
¿Y cómo habeis quebrantado
La prision?
Prínc. Esta mañana
A Egas Coello le pedí
Me dejase que llegára
A verte, y aunque es traidor,
Temiendo que me enojára,
No me impidió.
Da. Ines. Pues, señor,
Volved antes que las guardas
Os echen menos, que es tarde,
Y volvedme á ver mañana.
Prínc. A Dios, Ines.
Da. Ines. A Dios, Pedro;
No me olvides.
Prínc. Escusada
Está, esposa, esa advertencia.
Da. Ines. ¿Si vuestro padre os lo manda?
Prínc. No puede tener mi padre
Jurisdiccion en mi alma.
Da. Ines. ¿Y si la infanta porfía?
Prínc. Aunque porfíe la infanta.
Da. Ines. ¿Y si el reino se conjura?
Prínc. Aunque en crueles iras arda.
Da. Ines. ¿Tanta firmeza?
Prínc. Soy monte.
Da. Ines. ¿Tanto amor?
Prínc. Solo le iguala
El tuyo.
Da. Ines. ¿Tanto valor?
Prínc. Nadie en valor me aventaja.
Da. Ines. ¿Tan grande fe?
Prínc. Sí, que ciego
A tus luces soberanas,
No es menester que te vea,
Para que te adore.
Da. Ines. Basta:
Ea, á Dios, mi bien.
Prínc. A Dios:
¡Quién contigo se quedára!
Da. Ines. ¡Quién se partiera contigo!
¡Muerta quedo!
Prínc. ¡Voy sin alma!
Da. Ines. A Dios, adorado esposo.
Prínc. A Dios, esposa adorada.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de bosque.

DENTRO VOCES Y RUIDO DE CAZA.

Unos. Tó, tó, por acá, acudid

Aprisa al sabueso, aprisa.
Otros. Al valle, al valle, á la fuente,
No se escape; arriba, arriba,
No se nos vaya.

(*Salen el príncipe y Brito.*)

Brito. Estos son
Cazadores de Coimbra.
Dentro unos. Subid al monte, subid.
Otros. Huyendo va la corcilla,
Hácia la fuente acudid.
Prínc. ¡Ay, doña Ines de mi vida!
Parecióme que acosada,
Mal hallada y perseguida,
Hácia la fuente llegaba.
Brito. ¿Quién, señor?
Prínc. Mi Ines divina.
Brito. ¿Otro agüerito tenemos?
Prínc. Sin duda fué fantasía,
Porque á ser verdad, es cierto
Que mi esposa no se iria,
Brito, á arrojarse á la fuente,
Sino á las lágrimas mias.
Brito. De Santaren has venido,
Y ya estamos de la quinta
Una legua poco mas:
Presto la verás muy fina
En tus brazos.
Prínc. ¡Ay cielos!
Brito. ¿Y ahora porqué suspiras?
Prínc. Porque no llego á sus brazos.
Brito. Todo eso es hazañería.
Prínc. Di, Brito, que este es deseo
De gozar la peregrina
Deidad de Ines, que es tan grande,
Que solo pudo ella misma
Igualarse.
Brito. Así es verdad.
Prínc. Todas las flores, de envidia
Suelen quedar...
Brito. ¿De qué suerte?
Prínc. O agostadas, ó marchitas.
La rosa, reina de todas,
Mirando á mi Ines un dia,
Quedó corrida de verla,
Pálida y envejecida;
El clavel, Brito, agostado,
Cuando miró en sus mejillas
Mas viva púrpura, envuelta
En sangre de Vénus fina.
Díjome un bello jazmin:
Jamas, príncipe, permitas
Que tu Ines vea las flores,
Porque en viéndolas, corridas
No se atreven á crecer;
Y tras sí propias perdidas,
Siendo maravillas todas,
Dejan de ser maravillas.
Brito. ¿Cuándo te ha hablado el jazmin,
Que te ha dicho esas mentiras?
Ten seso, y vamos al caso.
Prínc. Advierte, pues. Yo queria,
Porque ninguno me viese,
No llegar hasta la quinta,
Y para el caso esta carta
De Santaren traigo escrita,
Porque desde aquí la lleves;
Y otra tambien prevenida
Traigo para el condestable:
Llévalas, pues.
Brito. ¿Y me envias
Con esas cartas á mí?
Prínc. ¿Pues á quién jamas se fia
Mi pecho, si no es á tí?
Parte, acaba.
Brito. Y si por dicha
Me encontrase Alvar Gonzalez
Y Egas Coello, que privan
Con el rey tu padre ahora,
Y hecha general visita
De todas las faldriqueras,
Viesen las cartas, y vistas
Me mandasen ahorcar;
Pregunto, señor, ¿seria
Buen viaje el que habia hecho?
Prínc. No temas, porque te anima
Mi valor.
Brito. ¡Qué linda flema!
Si estoy ahorcado, por dicha,
Una vez, ¿de qué provecho
Lo que me ofreceis seria
Para mí? ¿podrá valerme
Tu valor en la otra vida?
Prínc. Brito, llevarlas es fuerza.
Brito. ¿Pues por qué causa á la vista
De la quinta te detienes?
Prínc. Porque mi padre en la quinta
Me dicen que está de Coello,
Que á cazar vino estos dias,
Y no quiero que me vea.
Brito. Y si prosiguen la enigma
De la Garza estos dos sacres,
Que la prision solicitan
De Ines; pregunto, señor,
¿Qué hará el príncipe?
Prínc. ¿Por dicha,
Aquesos sacres villanos
Se atreverán á mi vida?
Porque guardada mi Garza,
Y alentada de sí misma,
Aunque con tornos la cerquen,
Aunque airados la persigan,
Remontará tanto el vuelo,
Que la perderán de vista.
Y los sacres altaneros,
Cuando vean que examina

Por las campañas del aire
Toda la region vacía,
Cansados de remontarse
En mirándola vecina
Del cielo, que es centro suyo,
Y en él á Ines esculpida,
Si la buscan Garza errante,
La hallarán estrella fija.
Brito. Lindamente la has volado:
Di ya lo que determinas.
Prínc. Que partas, Brito, al Mondego,
Que yo te espero en la quinta,
Que está de allá media legua,
Y una legua de Coimbra.
Brito. Allí estarás escondido,
Mientras yo aviso á la ninfa
Mas hermosa de la tierra.
Prínc. Sí, Brito, allí determina
Mi amor quedarte esperando;
Allí la esperanza mia,
Hasta que te vuelva á ver,
De un cabello estará asida:
Allí mi amor mal hallado
Aguardará á que le digas
Si puede llegar á ver
El objeto que le anima:
Allí, Brito, viviré,
Si es que puede ser que viva
Quien tiene, como yo tengo,
En otra parte la vida.
Brito Allí puedes esperar
A que luego allí te diga
Lo que allí ha pasado allí,
Que has dicho una retahila
De allíes, para cansar
Con allíes á una tia;
Cuerpo de Dios con tu allí.
Prínc. Dila muchas cosas, dila
Que las niñas de mis ojos,
En su memoria perdidas,
Si bien como niñas lloran,
Sienten tambien como niñas.
Brito. Viva el príncipe don Pedro.
Prínc. Di que Ines, mi dueño, viva.
Brito. ¡Qué amor tan de Portugal!
Prínc. ¡Qué beldad tan de Castilla!

ESCENA II.

Decoracion de bosque en la quinta.

EN UN BALCON DOÑA INES Y VIOLANTE CON ALMOHADILLAS.

Da. Ines. ¿Qué hora es?
Viol. Las tres han dado.
Da. Ines. Trae, Violante, la almohadilla.
Viol. Aquí está ya.
Da. Ines. Pues sentadas,
Esto que falta del dia
Estemos en el balcon:
¡Ay de mí!
Viol. ¿Porqué suspiras?
Da. Ines. Porque desde ayer estoy
Sin el alma que me anima.
Viol. ¿Cantaré?
Da. Ines. Canta, Violante;
Divierte las penas mias.

Viol. Es verdad que yo la vi (*Canta.*)
En el campo entre las flores,
Cuando Celia dijo así:
¡Ay, que me muero de amores,
Tengan lástima de mí!

Da. Ines. Aguarda, espera, Violante,
Deja ahora de cantar,
Que temo alguna desdicha
Que no podré remediar.
Viol. ¿Qué tienes, señora mia?
¿Hay algun nuevo pesar?
Da. Ines. Por los campos del Mondego
Caballeros vi asomar,
Y segun he reparado
Se van acercando acá:
Armada gente los sigue;
¡Válgame Dios! ¿qué será?
¿A quién irán á prender?
Que aunque puedo imaginar
Que el rigor es contra mí,
Me hace llegarlo á dudar;
Que son para una muger
Muchas armas las que traen.
Viol. Jesus, señora, ¿eso dices?
Da. Ines. Violante, no puede mas
Mi temor; pero volvamos
A la labor, que será
Inadvertida prudencia
Pronosticarme yo el mal.

ESCENA III.

DICHAS, Y SALEN EL REY, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO Y CRIADOS.

Rey. Mucho lo he sentido, Coello.
Alvar. Señor, vuestra magestad,
Por sosegar todo el reino,
No lo ha podido escusar.
Egas. Señor, aunque del rigor
Que quereis ejecutar
Parezca que en nuestro afecto
Haya alguna voluntad,
Sabe Dios que con el alma
La quisieramos librar;
Pero todo el reino pide
Su vida, y es fuerza dar,
Por quitar inconvenientes,
A doña Ines...

Rey. Ea, callad:
¡Válgame Dios Trino y uno!
¡Que así se ha de sosegar
El reino! A fe de quien soy,
Que quisiera mas dejar
La dilatada corona
Que tengo de Portugal,
Que no ejecutar severo
En Ines tan gran crueldad.
Llamad, pues, á doña Ines.
Egas. Pues en el balcon está
Haciendo labor.
Rey. Coello,
¡Visteis tan grande beldad!
¡Qué, he de tratar con rigor
A quien toda la piedad
Quisiera mostrar!
Alvar. Señor,
Si severo no os mostrais,
Peligra vuestra corona.
Rey. Alvar Gonzalez, callad,
Dejadme que me enternezca,
Si luego me he de mostrar
Riguroso y justiciero
Con su inocente beldad.
¡Ay, Ines, cómo ignorante
De esta batalla campal,
Es poco acero la aguja
Para defenderte ya!
Llamadla, pues.
Alvar. Doña Ines,
Mirad que su magestad
Manda que al punto bajeis.
Rey. ¡Hay mas estraña maldad!
Da. Ines. Ponerme á los piés del rey,
Será subir, no bajar. (*Quítanse del balcon.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS INES Y VIOLANTE.

Alvar. Ya viene.
Rey. No sé por donde
La pudiera (¡ay Dios!) librar
De este rigor, de esta pena;
Mas, por Dios, que he de intentar
Todos los medios posibles.
Egas Coello, mirad
Que yo no soy parte en esto;
Y si es que se puede hallar
Modo para que no muera,
Se busque.
Egas. Llego á ignorar
El modo.
Alvar. Yo no le hallo.
Rey. Pues si no le hallais, callad,
Y á nada me repliqueis.

ESCENA V.

DICHOS, Y SALEN DOÑA INES, LOS NIÑOS Y VIOLANTE.

Da. Ines. Vuestra magestad real
Me dé sus plantas, señor:
Dionis, Alonso, llegad,
Y besad la mano al rey.
Rey. ¡Qué peregrina beldad! *ap.*
¡Válgate Dios, por muger!
¿Quién te trajo á Portugal?
Da. Ines. ¿No me respondeis, señor?
Rey. Doña Ines, no es tiempo ya
Sino de mostrarme airado,
Porque vos la causa dais
Para alborotarse el reino,
Con intentaros casar
Con el príncipe; mas esto
Es fácil de remediar,
Con probar que el matrimonio
No se pudo hacer.
Da. Ines. Mirad...
Rey. Ines, no os turbeis, que es cierto
Vos no os pudisteis casar,
Siendo mi deuda, con Pedro,
Sin dispensacion.
Da. Ines. Verdad
Es, señor, lo que decis;
Mas antes de efectuar
El matrimonio, se trajo
La dispensacion.
Rey. Callad,
Noramala para vos,
Doña Ines, que os despeñais;
Pues si es como vos decis,
Será fuerza que murais.
Da. Ines. ¿De manera, gran señor,
Que cuando vos confesais
Que soy deuda vuestra, y yo
Atenta á mi calidad,
Ostentando pundonores,
Negada á la liviandad,
Para casar con don Pedro
Traida la dispensa ya,
Mandais que muera (¡ay de mí!)
A manos de esta crueldad?
¿Luego el haber sido buena
Quereis, señor, castigar?
Rey. Tambien el hombre, en naciendo,
Parece, si le mirais
De piés y manos atado,
Reo de desdichas ya,
Y no cometió mas culpa
Que nacer para llorar:
Vos nacisteis muy hermosa,
Esa culpa teneis mas;
No sé, vive Dios, que hacerme. *ap.*

Egas. Señor, vuestra magestad
No se enternezca.
Alvar. Señor,
No mostreis ahora piedad,
Mirad que aventurais mucho.
Rey. Callad, amigos, callad;
Pues no puedo remediarla,
Dejádmela consolar.
Doña Ines, hija, Ines mia.
Da. Ines. ¿Estoy perdonada ya?
Rey. No, sino que quiero yo
Que sintamos este mal
Ambos á dos, pues no puedo
Librarte.
Da. Ines. ¡Hay desdicha igual!
¿Porqué, señor, tal rigor?
Rey. Porque todo el reino está
Conjurado contra vos.
Da. Ines. Dionis, Alonso, llegad,
Suplicad á vuestro abuelo
Que me quiera perdonar.
Rey. No hay remedio.
Al. Abuelo mio.
Dionis. ¿No ve á mi madre llorar?
¿Pues porqué no la perdona?
Rey. Apenas puedo ya hablar: *ap.*
Ines, que mueras es fuerza;
Y aunque la muerte sintais,
Sabe Dios, aunque yo viva,
Quien ha de sentirla mas.
Da. Ines. No siento, señor, no siento
Esta desdicha presente,
Sino porque Pedro ausente
Tendrá mayor sentimiento;
Antes viene á ser contento
En mi esta muerte homicida,
Que perder por él la vida
No ha sido nada, señor,
Porque ha mucho que mi amor
Se la tenia ofrecida.
Y cuando tu magestad
Quiera quitarme la vida,
La daré por bien perdida,
Que en mi viene á ser piedad
Lo que parece crueldad:
Si bien en viendo mi muerte,
Y mi desdichada suerte,
Morirá tambien mi esposo,
Pues este rigor forzoso
No será en él menos fuerte.
De parte os poneis, señor,
De Blanca, que al bien escede,
Y ayudar á quien mas puede,
Es flaqueza, no es valor:
Si el cielo dió á Pedro amor,
Y á mi, porque mas dichosa
Mereciese ser su esposa,
Belleza de él tan amada,
No me hagais vos desdichada,
Porque me hizo Dios hermosa.
Sed piadoso, sed humano:
¿Cuál hombre, por lo cortés,
Vió una muger á sus piés,
Que no la diese una mano?
Atributo es soberano
De los reyes la clemencia:
Tenga, pues, en mi sentencia
Piedad vuestra magestad,
Mirando mi poca edad,
Y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,
Aunque es mi dolor tan fijo,
Por muger de vuestro hijo,
Por madre de vuestros nietos;
Sino porque hay dos sugetos,
Que muerto el uno, ambos mueren;
Pues si dos liras pusieren
Sin disonancia ninguna,
Herida sola la una,
Suena esotra que no hieren.
¿Nunca, di, llegaste á ver
Una nube, que hasta el cielo
Sube, amenazando el suelo,
Y entre el dudar y el temer,
Irse á otra parte á verter,
Cesando la confusion,
Y no en su misma region?
Pues en Pedro esto ha de ser,
Siendo nubes en su ser,
Son llanto en mi corazon.
¿No oiste de un delincuente,
Que por temor del castigo,
Llevando á un niño consigo,
Subió á una torre eminente,
Y que por el inocente
Daba el sustento forzoso
A entrambos el juez piadoso?
Pues yo á mi Pedro me asi,
Dadme vos la vida á mi,
Porque no muera mi esposo.
Rey. Doña Ines, ya no hay remedio,
Fuerza ha de ser que murais,
Dadme mis nietos, y á Dios.
Da. Ines. ¿A mis hijos me quitais?
Rey don Alonso, señor,
¿Porqué me quereis quitar
La vida de tantas veces?
Advertid, señor, mirad
Que el corazon á pedazos
Dividido me arrancais.
Rey. Llevadlos, Alvar Gonzalez.
Da. Ines. Hijos mios, ¿dónde vais?
¿Dónde vais sin vuestra madre?
¿Falta en los hombres piedad?
¿Adónde vais, luces mias?
¿Cómo? ¿que así me dejais

En el mayor desconsuelo,
En manos de la crueldad?
Al. Consuélate, madre mia,
Y á Dios te puedes quedar.
Que vamos con nuestro abuelo,
Y no querrá hacernos mal.
Da. Ines. ¡Posible es, señor, rey mio,
Padre, que así me cerrais
La puerta para el perdon!
¡Que no llegueis á mirar
Que soy vuestra humilde esclava!
¡La vida quereis quitar
A quien rendida teneis!
Mirad, Alonso, mirad,
Que aunque os llevais á mis hijos,
Y aunque su abuelo seais,
Sin el amor de la madre
No se han de poder criar.
Ahora, señor, ahora,
Ahora es tiempo de mostrar
El mucho poder que tiene
Vuestra real magestad.
¿Qué me respondeis, rey mio?
Rey. Doña Ines, no puedo hallar
Modo para remediaros;
Y es mi desventura tal,
Que tengo ahora, aunque rey,
Limitada potestad.
Alvar Gonzalez, Coello,
Con doña Ines os quedad,
Que no quiero ver su muerte.
Da. Ines. ¿Cómo, señor, vos os vais,
Y á Alvar Gonzalez y á Coello
Inhumano me entregais?
¡Hijos, hijos de mi vida!
Dejádmelos abrazar: (*Abrázalos.*)
Alonso, mi vida, hijo;
Dionis, amores, tornad,
Tornad á ver vuestra madre.
Pedro mio, ¿dónde estás,
Que así te olvidas de mí?
¿Posible es que en tanto mal
Me falte tu vista, esposo?
¡Quién te pudiera avisar
Del peligro en que afligida
Doña Ines, tu esposa, está!
Rey. Venid conmigo, infelices
Infantes de Portugal.
¡Oh, nunca, cielos, llegára *ap.*
La sentencia á pronunciar!
Pues si Ines pierde la vida,
Yo tambien me voy mortal.

(*Vase con los niños.*)

Da. Ines. ¡Que al fin no tengo remedio!
Pues, rey Alonso, escuchad:
Apelo de aquí al supremo
Y divino tribunal,
Adonde de tu justicia
La causa se ha de juzgar.

ESCENA VI.

Decoracion de sala en la quinta.

SALE EL PRÍNCIPE VESTIDO HUMILDE CON UNA CAÑA EN LA MANO.

Cansado de esperar en esta quinta,
Donde Amaltea sus abriles pinta
Con diversos colores,
Cuadros de murta, arrayan y flores,
Sin temer el empeño,
Me he acercado por ver mi hermoso dueño:
A esta caña arrimado,
Que por humilde solo la he estimado,
Pues al verla me ofrece
Que en lo humilde á mi esposa se parece.
Entré por el jardin, sin que me viera
El jardinero; paso la escalera,
Y sin que nadie en casa haya encontrado,
He llegado á la sala del estado:
Ola, Violante, Ines, Brito, criados:
¿Nadie responde? ¿pero qué enlutados
A la vista se ofrecen?
El condestable y Nuño me parecen.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE, Y SALEN EL CONDESTABLE Y NUÑO DE LUTO.

Cond. ¡Válgame Dios!
Nuño. El príncipe es sin duda.
Cond. Yerta tengo la voz, la lengua muda.
Prínc. Condestable, ¿qué es esto? ¿qué hay de nuevo?
Cond. Decidlo, Nuño, vos.
Nuño. Yo no me atrevo.
Prínc. Decidme, ¿qué os motiva á dudas tantas?
Cond. Dénos su magestad sus reales plan-
Prínc. ¿Mi padre es muerto ya? [tas.
Cond. Señor, la parca
Cortó la vida al ínclito monarca.
Prínc. ¿Pues adónde murió?
Cond. En la quinta ha sido
De Egas Coello, porque habia venido
Su magestad á caza, y de repente
Le sobrevino el último accidente
De su vida, y de suerte nos quedamos
Que con haberlo visto, lo dudamos.
Prínc. Aunque con justo llanto
Deba sentir haber perdido tanto,
Mi mayor sentimiento
Es no haberme llamado
Para verle morir; mas pues el hado
Dispuso (¡adversa suerte!)
Que no llegase al tiempo de su muerte,

En sus honras verán hoy mis vasallos
A cuanto en el dolor llego á imitallos,
Escediendo á la pena de esta nueva
Todo el dolor y pena que yo deba.
Y pues mi Ines divina es tan hermosa,
Mi muy amada esposa,
Ya que alegre y contenta
Hoy su grandeza en Portugal ostenta,
Todo en aqueste dia,
Si hasta aquí fué pesar, será alegría:
Llamad á mi Ines bella.
Cond. ¡Qué desdicha!
Prínc. No te dilate, Nuño, aquesta dicha:
Llamad, llamad al punto á mi ángel bello.
Cond. Sepa tu magestad que Egas Coello
Y Alvar Gonzalez á Castilla han ido.
Prínc. Sin duda mis enojos han temido:
Alcanzadlos, que quiero
Ser piadoso, no airado y justiciero;
Y á los piés de mi Ines luego postrados,
De mí y la reina quedarán honrados.
Nuño. ¡O desdichada suerte!
Cond. Hoy recelo del príncipe la muerte.

ESCENA VIII.

El Príncipe solo.

¡Que ha llegado ya el dia
En que pueda decir que Ines es mia!
¡Qué alegre y qué gustosa
Reinará ya conmigo Ines hermosa,
Y Portugal será en mi casamiento,
Todo fiestas, saraos, y contento!
En público saldré con ella al lado:
Un vestido bordado
De estrellas la he de hacer, siendo adivina,
Porque conozcan, siendo Ines divina,
Que cuando la prefiero,
Si ellas estrellas son, ella es lucero.
¡Oh, cómo ya se tarda!
¡Qué pension siente quien amante aguarda!
Como á hablarme no viene,
Mayores sentimientos me previene:
A buscarla entraré, que tengo zelos
De que á verme no salgan sus dos cielos.

(*Dentro cantan.*)

¿Dónde vas, el caballero,
Dónde vas, triste de tí?
Que la tu querida esposa
Muerta es, que yo la ví.
Las señas que ella tenia
Bien te las sabré decir:
Su garganta es de alabastro,
Y sus manos de marfil.

Prínc. Aguarda, voz funesta,
Da á mis zelos y temor respuesta:
Aguarda, espera, tente.

ESCENA IX.

El Príncipe, y sale la Infanta de luto, y le detiene.

Inf. Espera tú, señor, que brevemente
A tu real magestad decirle quiero
Lo que cantó llorando el jardinero.
Con el rey, mi señor, que muerto yace,
Por cuya muerte todo el reino hace
Tan justo sentimiento,
A divertir un rato el pensamiento
Salí á caza una tarde,
Haciendo á mi valor vistoso alarde.
Llegué á esa quinta, donde yace muerto;
Este dolor advierto,
(¡O cielo, o pena airada!)
Hallé una flor hermosa, pero ajada;
Quitando (¡o dura pena!)
La fragancia á una cándida azucena,
Dejando el golpe airado
Un hermoso clavel desfigurado,
Trocando con airado desconsuelo
Una nube de fuego en duro hielo;
Y en fin (muestre valor hoy tu grandeza)
A quitar hoy al mundo la belleza,
Provocándole á ello
Alvar Gonzalez y el traidor Coello.
Con dos golpes airados,
Arroyos de coral ví desatados,
De una garganta tan hermosa y bella,
Que aun mi lengua no puede encarecella,
Pues su tersa blancura
Dechado fué de toda la hermosura.
Parece que no entiendes
Por las señas quien es, ó que pretendes
Quedar de sentimiento
Por basa de su infausto monumento;
Mas para que no ignores
Quien padeció estos bárbaros rigores,
Yo te diré quien es: estáme atento,
Que su sangre, sembrando sentimiento,
Sabrás que es mármol ya, ya es frio hielo.
Murió tu bella Ines.
Prínc. ¡Válgame el cielo! (*Desmáyase.*
Inf. Del pesar que ha tomado
El nuevo rey (¡ay Dios!) se ha desmayado.
Caballeros, fidalgos, ola, gente.

ESCENA X.

Dichos, y sale el Condestable y Criados.

Cond. ¿Qué manda vuestra alteza?
Inf. Un accidente
Al rey le ha dado, remediadle al punto,
Pues temo es ya difunto:
Que yo, compadecida
De que la hermosa Ines perdió la vida,

Y de aqueste espectáculo sangriento,
En las alas del viento,
Lastimada y amante,
A Navarra me parto en este instante. (*Vase.*)
Cond. El rey está desmayado.
Rey de Portugal, señor,
Cese, cese ya el dolor
Que el sentido os ha quitado:
Si vuestra esposa ha faltado,
No falteis vos, y severo,
Riguroso, airado y fiero
Contra quien os ofendió,
Quien amante os advirtió,
Os admire justiciero.

(*Vuelve en sí el príncipe.*)

Prínc. Si Ines hermosa murió,
¿No fué por querérme? Sí:
¿Muriera mi Ines aquí,
Si no me quisiera? No:
Luego la causa soy yo
De la pena que le han dado:
¿Cómo, Pedro desdichado,
Si Ines murió, vivo quedas?
¿Cómo es posible que puedas
No morir de tu cuidado?
En fin, Ines, por mí ha sido,
Por mí, que ciego te adoro,
(De cólera y pena lloro)
La muerte que has padecido
Sin haberla merecido:
¿Cuál fué la mano cruel
Que de mi inocente Abel,
A pesar de mi sosiego,
Bárbaro, atrevido y ciego,
Cortó el hermoso clavel?
¿Qué me detengo? yo voy,
Voy á ver mi muerto bien:
¿Quién (¡cielos divinos!), quién
Me ha olvidado de quien soy?
¿Cómo reportado estoy?
Aguarda, Ines celestial,
Que tambien estoy mortal,
No te partas sin tu esposo,
Que me dejarás quejoso
Si no partimos el mal.
Cond. ¿Dónde vas, señor?
Prínc. A ver
A mi doña Ines hermosa,
A mi difunta esposa,
A la que reina ha de ser.
Cond. Mirad que podeis perder
La vida, señor.
Prínc. Callad,
Dejad que la vea, dejad
Que en sus brazos llegue á verme,
Que no hago nada en perderme,
Perdida ya su deidad.

ESCENA XI.

DICHOS Y NUÑO DE ALMEIDA.

Nuño. Ya á Alvar Gonzalez y Coello
Presos trajeron, señor.
Prínc. Mostrar quiero mi rigor
En los dos (¡ay, ángel bello!):
Quisiera poder hacello
En estos dos inhumanos,
Matándolos con mis manos;
Sin que mi piedad inciten,
Por las espaldas les quiten
Los corazones villanos.
Y para mayor tormento,
Procuren, si puede ser,
Que los dos los puedan ver
Antes que les falte aliento:
Y luego, para escarmiento,
Con dos crueles arpones,
Entre horror y confusiones,
Queden mil pedazos hechos:
¡Ah si pudiera en dos pechos
Caber muchos corazones!
Veamos ahora á Ines.
Cond. Gran señor, no la veais,
Mirad que así aventurais
La vida, vedla despues.
Prínc. ¿Porqué lástima teneis
De mi vida, si estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto
Que no puede ser mayor
Mi tormento y mi dolor.
Cond. Ya, gran señor, está abierto.

(*Descubren á doña Ines muerta sobre unas almohadas.*)

Prínc. ¡Posible es, que hubo homicida
Fiero, cruel y tirano,
Que con sacrílega mano
Osó quitarte la vida!
¿Cómo es posible (¡ay de mí!),
Cómo? ¿cómo puede ser
Que quien á mí me dió el ser,
Te diese la muerte á tí?
Por su cuello (¡pena fiera!)
Corre la púrpura helada,
En claveles desatada.
¡Ay, doña Ines! ¡quién pudiera
Detener ese raudal,
Dar vida á ese hermoso sol,
Dar aliento á ese arrebol,
Y soldar ese cristal!
¡Ay, mano! ya sin recelo
Ser alabastro pudieras,
Que hasta ahora no lo eras,
Porque te faltaba el hielo.
Ya faltó tu hermoso abril:

Si bien piensa mi cuidado,
Ines, que te has transformado
En estatua de marfil.
Si la vida te faltó,
Tampoco, Ines, tengo vida,
Pues mi hermosa luz perdida,
No estoy menos muerto yo.
Nuño de Almeida, á Violante
De mi parte la decid
Que os entregue una corona,
Que yo á mi esposa la di
Cuando me casé, en señal
De que reinaria feliz
Si viviera.

Nuño. Voy por ella. (*Vase.*)

Prínc. Vos, condestable, advertid
Que os encargueis del entierro,
Llevándola desde aquí
A Alcobaza con gran pompa,
Honrándome en ella á mí;
Y porque yo gusto de ello,
El camino hareis cubrir
De antorchas blancas, que envidie
El estrellado zafir,
Todas diez y siete leguas:
Que tambien lo hiciera así,
Si como son diez y siete
Fueran diez y siete mil.

ESCENA XII.

El Príncipe, y sale Nuño y Criados con una corona, se la ponen a Doña Ines y besanla la mano.

Nuño. Esta es la corona de oro.

Prínc. De otra manera entendí
Que fuera Ines coronada;
Mas pues no lo conseguí,
En la muerte se corone.
Todos los que estais aquí
Besad la difunta mano
De mi muerto serafin:
Yo mismo seré el rey de armas,
Silencio, silencio, oid:
Esta es la Ines laureada,
Esta es la reina infeliz,
Que mereció en Portugal
Reinar despues de morir.

ESCENA XIII.

Dichos y el Condestable.

Cond. Murieron los dos, á quien
Espalda y pecho hice abrir.

Prínc. Retirad el cuerpo hermoso,
Mientras que voy á sentir
Mi desdicha: ¡ay, bella Ines!
Ya no hay gusto para mí,
Que faltándome tu sol,
¿Cómo es posible vivir?
Vamos á morir, sentidos:
Amor, vamos á morir. (*Vase.*)

Cond. Esta es la Ines laureada,
Con que el poeta da fin
A su tragedia, en quien pudo
Reinar despues de morir.

DON AGUSTIN MORETO.

Don Agustin Moreto, hijo de don Agustin y de Violante Cavanna, vecinos de Madrid, fué nombrado rector del Refugio en 1657, segun se refiere en el párrafo 2132 de la crónica del cardenal don Baltasar Moscoso, escrita por F. Antonio de Jesus María, é impresa en Madrid en 1680 por Bernardo de Villadiego.

« 2132. Por cuidar de él nombró á don Agustin Moreto, capellan suyo, rector (del « hospital del Refugio): hombre muy conocido por su festiva agudeza, que renunciando « los aplausos que merecidamente le daban los teatros, consagró su pluma á las alabanzas « divinas, convertido el entusiasmo ó furor poético en espíritu de devocion; y para que su « asistencia fuese continua, le dispuso posada en el mismo hospital. » Murió en Toledo, en la misma casa que aun se conserva, siendo la habitacion del rector de la universidad, en 28 de octubre de 1669; pero fué enterrado en la parroquia de San Juan Bautista (hoy escuela de Cristo) por disposicion de su hermano don Julian Moreto y del licenciado Francisco Carrasco Marin, cura de la espresada parroquia, sus albaceas. En su testamento hay una cláusula muy notable: manda que su cuerpo sea enterrado en el pradillo de los ahorcados. Este sitio está reputado por infame por sepultarse en él los criminales; sus albaceas no lo consintieron.

Se sospecha que Moreto nació en el reino de Valencia, donde hay familias de este apellido: el de su madre es valenciano; tambien se sospecha que su madre debió de ser cómica.

Nada se sabe ni de la época de su nacimiento ni de su vida hasta el año 1657. Era el favorito del cardenal Moscoso, en cuya casa estaba: en ella conoció á Lope de Vega, Calderon, Quevedo, y los demas poetas contemporáneos que se reunian en la habitacion de Valdivieso, poeta, su familiar. El cardenal los protegia á todos y los ordenó. Se conserva la posesion de las Nieves donde se reunian; era de doña F. Rivadeneira, de quien hace mencion Lope en el *Laurel de Apolo*; casi todos los escritores célebres de aquella época se reunieron á la sombra del cardenal Moscoso en Toledo. Lope se hallaba en esta ciudad con ocasion de ser secretario del marques de Malpica.

La cláusula que hemos citado del testamento de Moreto ha hecho sospechar á don Ramon Loaisa que él fué el homicida de Baltasar Elisio de Medinilla, poeta toledano amigo de Moreto y compañero de Lope, quien tiene una elegía á su muerte, en el tomo primero de sus obras. Es la última, donde dice que él vió la espada:

Con tu sangre y mis lágrimas regada.

En otra comedia Lope de Vega hace alusion á este caso, y Moreto en dos de las suyas, donde cita hasta la espada, que era de Toro, famoso fabricante de aquel tiempo en Toledo. El asesino de Medinilla jamas se descubrió. Don Nicolas Antonio habla de Medinilla.

Creemos ser los primeros en dar á luz el retrato y la biografía de Moreto, que nos ha remitido de Toledo un sugeto tan ilustrado cuanto digno de toda confianza.

EL DESDEN CON EL DESDEN.

Si la comedia de *los Milagros del desprecio*, que insertamos en el tomo II de esta coleccion, fuera tan buena como *el Desden con el desden*, ó si *el Desden con el desden* fuera una comedia tan original como *los Milagros del desprecio*, no titubearíamos en decir que Lope de Vega era, ó que era Moreto, el primer poeta cómico del mundo. Aun no siendo enteramente original la comedia en que nos ocupamos, muy cerca estamos de dar á su autor ese glorioso dictado. No sabemos si nos ciega el espíritu de partido ó llámese orgullo nacional, pero estamos por decir que en efecto, Moreto le merece á todas luces.

El Desden con el desden es el mas sólido cimiento en que se funda esta opinion nuestra, de que tenemos la satisfaccion de participar con algunos literatos, de mucha y muy merecida opinion.

Es en efecto una obra admirable la que vamos, no á analizar, sino á elogiar con la mas sincera conviccion, pues en composiciones que tanto se acercan á la posible perfeccion, no es dado á la crítica mas severa hacer otra cosa que reconocer su propia impotencia, inclinar la frente y unir su voz á la voz del aplauso universal. *El Desden con el desden* es, sin contradiccion, la mejor comedia que posee nuestra lengua, sin que esceptuemos ni aun la de *la Verdad sospechosa* de Alarcon, que la sigue inmediatamente en órden de mérito. Y es porque no solo se ven en esta creacion todas las bellezas de que es susceptible este género de poesía, sino otras nuevas, desconocidas hasta que ella vino á revelarlas, y que parecen incompatibles con él. Recordarémos con este motivo la opinion de un crítico de quien ya hemos hecho mencion en el curso de esta obra, y aun citarémos sus mismas palabras, que confirman lo que acabamos de decir mejor de lo que nosotros mismos pudieramos hacerlo. « Hasta los vicios inherentes á la comedia, dice, como son el de reducirnos á una esfera limitada y mezquina, y el de fomentar la malignidad, desaparecen en esta obra maestra de nuestro Moreto. Si algunos autores la hubieran podido tener presente, no colocarian á la comedia, juntamente con la sátira, en las últimas clases de la poesía. La creacion del *Desden con el desden*, á pesar de la bellísima sencillez de su argumento, corresponde al órden ideal... Ni aun contra la censura que ejerce puede formar la benevolencia ninguna objecion. En efecto, no se trata de divertirnos á costa de un ente despreciable ú odioso, cuyo corazon está dominado por un vicio incorregible... se trata de enmendar un defecto natural, pero hijo de la inesperiencia juvenil, defecto que no nos indispone contra los que le tienen, porque puede combinarse con las mejores prendas, y porque sabemos que tarde ó temprano ha de desaparecer. »

Moliere, en su pálida imitacion de esta comedia, exageró todo lo que una crítica nimiamente severa pudiera llamar lunares en esta composicion, y desaprovechó la mayor parte de sus bellezas. A causa sin duda de la precipitacion con que el gran Moliere escribió su *Princesa de Elide*, no le fué posible calcular las dificultades con que iba á encontrarse desde el momento en que hiciese la mas leve alteracion en el original de Moreto, tan madura y profundamente trabajado. Así, con solo trasportar el lugar y la época de la accion á los antiguos tiempos de la Grecia, debió privar á su comedia de uno de los mayores encantos que tiene en español, que es la pintura de la galantería y costumbres caballerescas de la edad media; ó conservando esta pintura, como en efecto lo hizo, resignarse á cometer un verdadero anacronismo. Todo lo que agrada en boca de don Cárlos y de los condes de Fox y de Bearne, empalaga en la del príncipe de Itaca y en las de sus dignos rivales, los de Mesenia y Pilos. Polilla encanta con sus inagotables chistes, al paso que el pobre Moron apenas abre la boca que no sea para decir una sandez. Por lo que hace al ayo del príncipe de Itaca, es difícil presentar en la escena un personage mas fastidioso é inútil que él. Todo en la comedia de Moliere está forzado, violento, fuera de quicio; todo en la comedia española es natural, verdadero; todo en ella está holgado y como en su elemento propio. El prurito del poeta frances de ceñirlo todo á los mezquinos límites de las tres unidades le hizo sacrificar los mil recursos que ofrecia á su genio el escelente argumento de esta comedia, argumento de tal naturaleza, que no hay fuerzas capaces de hacerle caber en veinticuatro horas, y en una sola pieza, si ha de estar bien desenvuelto como en la célebre composicion de Moreto. Sin las trabas que á sí mismo se puso, sin duda le hubiera desempeñado admirablemente el autor de *Tartufe* : con ellas quedó y no pudo menos de quedar en una miserable medianía.

No solo en *los Milagros del desprecio*, mas tambien en *la Hermosa fea*, presentó Lope de Vega el mismo argumento del *Desden con el desden*; pero estas dos comedias, como todas las que despues se han hecho sobre la misma idea, son infinitamente inferiores á esta obra maestra de Moreto, que es sin ninguna duda una de las mas preciosas joyas de nuestra literatura.

PERSONAS.

CÁRLOS, conde de Urgel.
EL PRÍNCIPE DE BEARNE.
GASTON, conde de Fox.
DIANA, princesa.
CINTIA, } damas.
FENISA, }
LAURA, dama.
EL CONDE DE BARCELONA, padre de Diana.
POLILLA, criado de Cárlos.
DAMAS.
MÚSICOS.

La escena es en la ciudad de Barcelona; y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

CÁRLOS Y POLILLA.

Cárlos. Yo he de perder el sentido
Con tan estraña muger.
Pol. Dame tu pena á entender,
Señor, por recien venido.
Cuando te hallo en Barcelona
Lleno de aplauso y honor,
Donde tu heróico valor
Todo su pueblo pregona;
Cuando sobra á tus victorias
Ser Cárlos conde de Urgel,
Y en el mundo no hay papel
Donde se escriban tus glorias;
¿Qué causa ha podido haber
De que estés tan mal guisado?
Que por mas que la he pensado,
No la puedo comprender.
Cárlos. Polilla, mi desazon
Tiene mas naturaleza;
Este pesar no es tristeza,
Sino desesperacion.
Pol. ¿Desesperacion? Señor,
Que te enfrenes te aconsejo,
Que tiras algo á bermejo.
Cárlos. No burles de mi dolor.
Pol. ¿Yo burlar? Esto es templarte:
Mas tu desesperacion,
¿Qué tanta es á esta sazon?
Cárlos. La mayor.
Pol. ¿Cosa de ahorcarte?
Que si no poco te ahoga.
Cárlos. No te burles, que me enfado.
Pol. ¿Pues si estás desesperado,
Hago mal en darte soga?
Cárlos. Si dejáras tu locura,
Mi mal te comunicára,
Porque la agudeza rara
De tu ingenio me asegura
Que algun medio discurriera,
Como otras veces me has dado,
Con que alivie mi cuidado.
Pol. Pues, señor, polilla fuera;
Desembucha tu pasion,
Y no tenga tu cuidado,
Teniéndola en tu criado,
Polilla en el corazon.
Cárlos. Ya sabes que á Barcelona,
Del ocio de mis estados,
Me trajeron los cuidados
De la fama que pregona
De Diana la hermosura,
De esta corona heredera,
En quien, la dicha que espera,
Tanto príncipe procura,
Compitiendo en un deseo
Gala, brio y discrecion.
Pol. Ya sé, que sin pretension
Viniste á este galanteo,
Por lucir la bizarría
De tus heróicos blasones,
Y que en todas las acciones,
Siempre te has llevado el dia.
Cárlos. Pues oye mi sentimiento.
Pol. ¿Ello estás enamorado?
Cárlos. Sí estoy.
Pol. Gran susto me has dado.
Cárlos. Pues escucha.
Pol. Va de cuento.
Cárlos. Ya sabes como en Urgel
Tuve antes de mi partida,
Del amor del de Bearne,
Y el de Fox, larga noticia.
De Diana pretendientes,
Dieron con sus bizarrías
Voz á la fama, y asombro
A todas estas provincias.
El ver de amor tan rendidos,
Como la fama publica,
Dos príncipes tan bizarros
Que aun los alaba la envidia,
Me llevó á ver si esto en ellos
Era por galantería,
Gusto, opinion ó violencia
De su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona,
Vila en su palacio un dia,
Sin susto del corazon,
Ni admiracion de la vista;
Vi una hermosura modesta,
Con muchas señas de tibia;
Mas sin defecto comun,
Ni perfeccion peregrina
De aquellas en quien el juicio,
Cuando las vemos queridas,
Por la admiracion apela
Al no sé qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
Cuando al valor desafian
En públicas competencias,
Con que el favor solicitan,
Ya que no pudo mi amor,
Empeñó mi bizarría
Ya en fiestas y ya en torneos,
Y otras empresas debidas
Al culto de la deidad,
A cuya soberanía,
Sin el empeño de amor,
La obligacion sacrifica.

Tuve en todas tal fortuna,
Que dejando deslucidas
Sus acciones, salí siempre
Coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso,
La corona merecida
Por la suerte, dió á mi frente
Por mérito, siendo dicha,
Que cualquiera de los dos
Que en ella me competia,
La mereció mas que yo:
Pero para conseguirla
Tuve yo el faltar mi amor,
Y no tener la codicia
Con que ellos la deseaban;
Y así por fuerza fué mia:
Que en los casos de la suerte,
Por tema de su malicia,
Se van siempre las venturas
A quien no las solicita.
Siendo pues mis alabanzas
De todos tan repetidas,
Solo en Diana hallé siempre
Una entereza, tan hija
De su esquiva condicion,
Que siendo mis bizarrías
Dedicadas á su aplauso,
Nunca me dejó noticia,
Ya que no dé favorable,
Siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivez,
Que en todos dejó la misma
Admiracion que en mis ojos,
Pues la estraña demasía
De su entereza pasaba
Del decoro la medida,
Y escediendo de recato,
Tocaba ya en grosería,
Que á las damas de tal nombre
Puso el respeto dos líneas;
Una es la desatencion,
Y otra el favor; mas avisa
Que ponga entre ellas la planta
Tan ajustada y medida,
Que en una ni en otra toque;
Porque si de agradecida
Adelanta mucho el pié,
La raya del favor pisa,
Es ligereza; y si entera
Mucho la planta retira
Por no tocar el favor,
Pisa la descortesía.
Este error hallé en Diana,
Que empeñó mi bizarría
A moverla, por lo menos,
A atencion, sino á caricia;
Y este deseo en las fiestas
Me obligaba á repetirlas,
A buscar nuevos empeños
Al valor y á la osadía.
Mas nunca pude sacar
De su condicion esquiva
Mas, que mas causa á la queja,
Y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir
Si ella conmigo tenia
Alguna aversion ó queja
Mal fundada ó presumida;
Y averigüé que Diana,
Del discurso las primicias,
Con las luces de su ingenio,
Las dió á la filosofía.
De este estudio y la leccion
De las fábulas antiguas,
Resultó un comun desprecio
De los hombres, unas iras
Contra el órden natural
Del amor, con quien fabrica
El mundo á su duracion
Alcázares en que viva.
Tan estable en su opinion,
Que da con sentencia fija
El querer bien, por pasion
De las mugeres indigna;
Tanto que siendo heredera
De esta corona, y precisa
La obligacion de casarse,
La renuncia y desestima,
Por no ver que haya quien triunfe
De su condicion altiva.
A su cuarto hace la selva
De Diana, y son las ninfas
Sus damas, y en este estudio
Las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
De las ninfas fugitivas
Pinturas que persuaden
Al desden: allí se mira
A Dafne huyendo de Apolo;
Anaxarte convertida
En piedra, por no querer;
Aretusa en fuentecilla,
Que el tierno llanto de Alfeo
Paga en lágrimas esquivas.
Y viendo el conde su padre,
Que en este error se confirma
Cada dia con mas fuerza,
Que la razon no la obliga,
Que sus ruegos no la ablandan,
Y con tal furia se irrita
En hablándola de amor,
Que teme que la encamina
A un furor desesperado;
Que el medio mas blando elija
Le aconseja su prudencia:
Y á los príncipes convida,

Para que haciendo por ella
Fiestas y galanterías,
Sin la persuasion ni el ruego,
La naturaleza misma
Sea quien lidie con ella;
Por si teniendo á la vista
Aplausos y rendimientos,
Ansias, lisonjas, caricias,
Su propio interes la vence,
O la obligacion la inclina:
Que en quien la razon no labra,
Endurece la porfía
Del persuadir, y no hay cosa
Como dejar, á quien lidia,
Con su misma sinrazon;
Pues si ella mesma le guia
Al error, en dando en él,
Es fuerza quedar vencida:
Porque no hay con el que á oscuras
Por un mal paso camina,
Para que vea su engaño,
Mejor luz que la caida.
Habiendo ya averiguado
Que esto en su opinion esquiva
Era desprecio comun,
Y no repugnancia mia,
Claro está que yo debiera
Sosegarme en mi porfía;
Y considerando bien
Opinion tan esquisita,
Primero que á sentimiento,
Pudiera moverme á risa.
Pues para que se conozca
La vileza mas indigna
De nuestra naturaleza,
Aquella hermosura misma,
Que yo antes libre miraba
Con tantas partes de tibia,
Cuando la ví desdeñosa,
Por lo imposible á la vista,
La que miraba comun,
Me pareció peregrina.
¡O bajeza del deseo!
Que aunque sea á la codicia
De mas precio lo que alcanza,
Que lo que se le retira,
Solo por la privacion
De mas valor lo imagina,
Y da el precio á lo difícil,
Que su mesmo ser le quita.
Cada vez que la miraba,
Mas bella me parecia,
Yendo creciendo en mi pecho
Este fuego tan aprisa,
Que absorto de ver la llama,
A ver la causa volvia,
Y hallaba que aquella nieve
De su desden muda y tibia,
Producia en mí este incendio:
¡Qué ejemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
El que en la ceniza fria
Tiene ya su amor difunto:
¡Qué engañado lo imagina!
Si amor se enciende de nieve,
¿Quién se fia en la ceniza?
Corrido yo de mis ansias,
Preguntaba á mis fatigas:
¿Traidor corazon, qué es esto?
¿Qué es esto, aleves caricias?
¿La que neutral no os agrada,
Os parece bien esquiva?
¿La que vista no os suspende,
Cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade á la hermosura
El rigor que la ilumina?
¿Con el desden es hermosa
La que sin desden fué tibia?
¿El desprecio no es injuria?
¿La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿Porqué os arrastra enemiga?
La crueldad á la hermosura
El ser de deidad la quita;
¿Pues qué para mi la ensalza
Lo que para sí la humilla?
Lo tirano se aborrece;
¿Pues á mí cómo me obliga?
¿Qué es esto, amor? ¿es acaso
Hermosa la tiranía?
No es posible, no; esto es falso:
No es este amor, ni hay quien diga
Que arrastrar pudo inhumana,
La que no movió divina.
¿Pues qué es esto? ¿esto no es fuego?
Sí, que mi ardor lo acredita;
No, que el hielo no lo causa;
Sí, que el pecho lo publica.
No puede ser, no es posible,
No, que la razon implica;
¿Pues qué será? esto es deseo:
¿De qué? de mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo:
¿Pues qué será? una codicia
De aquello que se me aparta;
No, porque no lo querria
El corazon. ¿Esto es tema?
No, ¿pues, alma, qué imaginas?
Bajeza es del pensamiento;
No es sino soberanía
De nuestra naturaleza,
Cuya condicion altiva
Todo lo quiere rendir,
Como superior se mira;
Y habiendo visto, que hay pecho
Que á su halago no se rinda,

El dolor de este desden
Le abrasa y le martiriza,
Y produce un sentimiento,
Con que á desear le obliga
Vencer aquel imposible;
Y ardiendo en esta fatiga,
Como hay parte de deseo,
Y este deseo lastima,
Parece efecto de amor,
Porque apetece y aspira,
Y no es sino sentimiento,
Equivocado en caricia.
Esto la razon discurre:
Mas la voluntad indigna,
Toda la razon me arrastra,
Y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
Nieve, ardor, llama ó ceniza,
Yo me abraso, yo me rindo
A esta furia vengativa
De amor, contra la quietud
De mi libertad tranquila;
Y sin esperanza alguna
De sosiego en mis fatigas,
Yo padezco en mi silencio,
Yo mismo soy de las iras
De mi dolor alimento,
Mi pena se hace á sí misma,
Porque mas que mi deseo,
Es rayo que me fulmina:
Aunque es tan digna la causa
El ser la razon indigna,
Pues mi ciega voluntad
Se lleva y se precipita
Del rigor, de la crueldad,
Del desden, la tiranía,
Y muero mas que de amor,
De ver que á tanta desdicha,
Quien no pudo como hermosa,
Me arrastrase como esquiva.
Pol. Atento, señor, he estado,
Y el suceso no me admira;
Porque eso, señor, es cosa
Que sucede cada dia.
Mira, siendo yo muchacho,
Habia en mi casa vendimia,
Y por el suelo las uvas
Nunca me daban codicia.
Pasó este tiempo, y despues
Colgaron en la cocina
Las uvas para el invierno:
Y yo viéndolas arriba,
Rabiaba por comer de ellas
Tanto, que trepando un dia,
Por alcanzarlas, caí,
Y me quebré una costilla:
Este es el caso, él por él.
Cárlos. No el ser natural me alivia,
Si es injusto el natural.
Pol. ¿Dime, señor, ella mira
Con mas cariño á otro?
Cárlos. No.
Pol. ¿Y ellos no la solicitan?
Cárlos. Todos vencerla pretenden.
Pol. Pues á que cae mas aprisa
Apostaré.
Cárlos. ¿Por qué causa?
Pol. Solo porque es tan esquiva.
Cárlos. ¿Cómo ha de ser?
Pol. Verbi gracia:
¿Viste una breva en la cima
De una higuera, y los muchachos
Que en alcanzarla porfian,
Piedras la tiran á pares,
Y aunque á algunas se resista,
Al cabo de aporreada
Con las piedras que la tiran,
Viene á caer mas madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa, y muy alta,
Tú tus pedradas la tiras,
Los otros tiran las suyas:
Luego, por mas que resista,
Ha de venir á caer,
De una y otra á la porfía,
Mas madura que una breva;
Mas cuidado á la caida,
Que el cogerla es lo que importa,
Que ella caerá como hay viñas.
Cárlos. El conde su padre viene.
Pol. Acompañado se mira
Del de Fox y el de Bearne.
Cárlos. Ninguno tiene noticia
Del incendio de mi pecho,
Porque mi silencio abriga
El áspid de mi dolor.
Pol. Esa es mayor valentía:
Callar tu pasion mucho es,
Vive Dios. ¿Porqué imaginas
Que llaman ciego á quien ama?
Cárlos. Porque sus yerros no mira.
Pol. No tal.
Cárlos. ¿Pues porqué está ciego?
Pol. Porque el que ama al ciego imita.
Cárlos. ¿En qué?
Pol. En cantar la pasion
Por calles y por esquinas.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA, EL PRINCIPE DE BEARNE Y GASTON, CONDE DE FOX.

Conde. Príncipes, vuestro justo sentimiento,
Mirado bien, no es vuestro, sino mio:

Ningun remedio intento,
Que no le venza el ciego desvarío
De Diana, en quien hallo
Cada vez menos medios de enmendallo;
Ni del poder de padre á usar me atrevo,
Ni del de la razon, porque se irrita
Tanto, cuando de amor á hablarla pruebo,
Que á mas daño el furor la precipita:
Ella, en fin, por no amar, ni sujetarse,
Quiere morir primero que casarse.

Gaston. Esa, señor, es opinion aguda
De su discurso á los estudios dado,
Que el tiempo solo ó la razon lo muda,
Y sin razon estás desesperado. [esa.

Conde. Conde de Fox, aunque verdad es
No me atrevo á empeñaros en la empresa
De que asistais en vano á su hermosura,
Faltando en vuestro estado á su asistencia.

Bearne. Señor, con tu licencia,
El que es capricho injusto nunca dura;
Y aunque el vencerle es muy dificultoso,
Yo estoy perdiendo tiempo mas airoso,
Ya que á este intento de Bearne vine,
Que dejando la empresa mi constancia,
Porque es mayor desaire que imagine
Nadie que la dejé por inconstancia;
Ni ese crédito es de su hermosura,
Ni del honesto amor, que la procura.

Cárlos. El príncipe, señor, ha respondido
Como galan, bizarro y caballero,
Que aun en mí, que he venido
Sin ese empeño, solo aventurero,
A festejar no haciendo competencia,
Dejar de proseguir fuera indecencia.

Conde. Príncipes, lo que siento es empe-
En porfía, cuando halla la porfía [ñaros
De mayor resistencia indicios claros:
Si la gala, el valor, la bizarría
No la mueve, ni inclina, ¿con qué intento
Vencer imaginais su entendimiento?

Pol. Señor, un necio á veces halla un me-
Que aprueba la razon; si dais licencia, [dio,
Yo me atreveré á daros un remedio
Con que, aunque ella aborrezca su presen-
Se le vayan los ojos hechos fuentes, [cia,
Tras cualquiera galan de los presentes.

Cárlos. ¿Pues qué medio imaginas?

Pol. Como mio.
Hacer fiestas, torneos á una ingrata,
Es poner ollas á quien tiene hastío:
El medio es, que rendirla no dilata,
Poner en una torre á la princesa,
Sin comer cuatro dias, ni ver mesa;
Y luego han de pasar estos galanes
Delante de ella, y envidando á escote,
El uno con seis pollas y dos panes,
El otro con un plato de gigote;
Y á mí me lleve el diablo, si lo viere,
Si tras ellos corriendo no saliere.

Cárlos. Calla, loco, bufon.

Pol. ¿Esto es locura?
Ejecútese el medio, y á la prueba:
Sitien luego por hambre su hermosura,
Y verán si los ojos no la lleva
Quien sacare un vestido de camino,
Guarnecido de lonjas de tocino.

Bearne. Señor, solo una cosa por mí pido,
Que don Gaston tambien ha de querella:
Nunca hablar á Diana hemos podido,
Danos licencia tú de hablar con ella,
Que el trato y la razon puede mudarla.

Conde. Aunque la ha de negar, he de intentarla:
Pensad vosotros medios y ocasiones
De mover su entereza, que á escucharos
Yo la sabré obligar con mis razones,
Que es cuanto puedo hacer para ayudaros
A la empresa tan justa y deseada,
De ver mi sucesion asegurada.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS EL CONDE DE BARCELONA.

Bearne. Conde, crédito es de la nobleza
De nuestra heróica sangre la porfía
De rendir el desden de su belleza:
Juntos la hemos de hablar.

Cárlos. Yo compañía
Al empeño os haré, mas no al deseo,
Porque yo sin amor sigo este empleo.

Gaston. Pues ya que vos no estais enamorado,
¿Qué medios seguiremos de obligalla?
Que esto lo ve mejor el descuidado.

Cárlos. Yo un medio sé que mi silencio calla;
Porque otro empeño es, que al proponerle
Cualquiera de los dos ha de quererle.

Bearne. Decis bien.

Gaston. Pues, Bearne, vamos luego
A imaginar festejos y finezas.

Bearne. A introducir en su desden el fuego.

Gaston. Ríndanse á nuestro ingenio sus tibiezas.

Cárlos. Yo á eso asistiré.

Bearne. Pues á esta gloria.

Cárlos. Y que del mas feliz sea la victoria.

ESCENA IV.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. ¿Pues qué es esto, señor? ¿Porqué
Tu amor? [has negado

Cárlos. He de seguir otro camino
De vencer su desden tan desusado:

Ven, y yo te diré lo que imagino,
Que tú me has de ayudar.
Pol. Eso no hay duda.
Cárlos. Allá has de entrar.
Pol. Seré Simon, y ayuda.
Cárlos. ¿Sabráste introducir?
Pol. Y hacer pesquisas.
¿Yo Polilla no soy? ¿eso previenes?
Me sabré introducir en sus camisas.
Cárlos. Pues ya á mi amor le doy los parabienes.
Pol. Vamos, que si eso importa á las ma-
Yo sabré apolillarla las entrañas. [rañas,

ESCENA V.

Salon en palacio del conde de Barcelona.

DIANA, CINTIA, LAURA, DAMAS Y MÚSICA.

Mús. Huyendo la hermosa Dafne,
Burla de Apolo la fe,
Sin duda la sigue un rayo,
Pues la defiende un laurel.

Diana. ¡Qué bien que suena en mi oido
Aquel honesto desden!
¡Que hay muger que quiera bien!
¡Que haya pecho agradecido!
Cintia. ¡Que por error su agudeza
Quiera el amor condenar!
¡Y si lo es, quiera enmendar
Lo que erró naturaleza!
Diana. Ese romance cantad;
Proseguid, que el que le hizo
Bien conoció el falso hechizo
De esta tirana deidad.

Mús. Poca, ó ninguna distancia
Hay de amar á agradecer;
No agradezca la que quiere
La victoria del desden.

Diana. ¡Qué bien dice! Amor es niño,
Y no hay agradecimiento,
Que al primer paso, aunque lento,
No tropiece en su cariño.
Agradecer, es pagar
Con un decente favor,
Luego quien paga el amor
Ya estima el verse adorar.
Pues si estima agradecida
Ser amada una muger,
¿Qué falta para querer,
A quien quiere ser querida?
Cintia. El agradecer, Diana,
Es deuda noble y cortés;
La que agradecida es,
No se infiere que es liviana.
Que agradece la razon
Siempre en nosotras se infiere,
La voluntad es quien quiere,
Distintas las cosas son:
Luego si hay diversidad
En la causa y el intento,
Bien puede el entendimiento
Obrar sin la voluntad.
Diana. Que haber puede estimacion
Sin amor, es la verdad;
Porque amar es voluntad,
Y agradecer es razon.
No digo que ha de querer
Por fuerza la que agradece;
Pero, Cintia, me parece
Que está cerca de caer.
Y quien de esto se asegura,
No teme, ó no ve el engaño;
Porque no recela el daño
Quien al riesgo se aventura.
Cintia. El ser desagradecida
Es delito descortés.
Diana. Pero el agradecer, es
Peligro de la caida.
Cintia. Yo el delito no permito.
Diana. Ni yo un riesgo tan estraño.
Cintia. Pues por escusar un daño,
¿Es bien hacer un delito?
Diana. Si, siendo tan contingente
El riesgo.
Cintia. ¿Pues no es menor,
Si es contingente, este error,
Que este delito presente?
Diana. No, que es mas culpa el amar,
Que falta el no agradecer.
Cintia. ¿No es mejor, si puede ser,
El no querer y estimar?
Diana. No; porque á querer se ha de ir.
Cintia. ¿Pues no puede allí parar?
Diana. Quien no resiste á empezar,
No resiste á proseguir.
Cintia. ¿Pues el ser agradecida
No es mejor, si esto es ganancia,
Y gastar esa constancia
En resistir la caida?
Diana. No, que eso es introducirle
Al amor; y al desecharle,
No basta para arrojarle
Lo que puede resistirle.
Cintia. Pues cuando eso haya de ser,
Mas que á la atencion faltar,
Me quiero yo aventurar
Al peligro de querer.
Diana. ¿Qué es querer? ¿tú hablas así,
O atrevida, ó sin cuidado?
Sin duda te has olvidado
Que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar
En mi presencia? ¿querer?

Mas eso no puede ser :
Laura, volved á cantar.

Mús. No se fie en las caricias
De amor, quien niño le ve,
Que con presencia de niño
Tiene decretos de rey.

ESCENA VI.

LOS DICHOS Y POLILLA, VESTIDO DE MÉDICO GRACIOSO.

Pol. Plegue al cielo, que dé fuego
Mi entrada.
Diana. ¿Quién entra aquí?
Pol. Ego.
Diana. ¿Quién?
Pol. Mihi, vel mi:
Scholasticus sum ego,
Pauper, et enamoratus.
Diana. ¿Vos enamorado estais?
¿Pues cómo aquí entrar osais?
Pol. No, señora, escarmentatus.
Diana. ¿Qué os escarmentó?
Pol. Amor ruin,
Y escarmentado en su error,
Me he hecho médico de amor,
Por ir de ruin á rocin.
Diana. ¿De dónde sois?
Pol. De un lugar.
Diana. Fuerza es.
Pol. No he dicho poco,
Que en latin lugar es loco.
Diana. Ya os entiendo.
Pol. Pues andar.
Diana. ¿Y á qué entrais?
Pol. La fama oí
De vos, con admiracion
De tan rara condicion.
Diana. ¿Dónde supisteis de mí?
Pol. En Acapulco.
Diana. ¿Dónde es?
Pol. Media legua de Tortosa;
Y mi codicia ambiciosa
De saber curar despues
Del mal de amor, sarna insana,
Me trajo á veros, por Dios,
Por solo aprender de vos;
Partíme luego á la Habana,
Por venir á Barcelona,
Y tomé postas allí.
Diana. ¿Postas en la Habana?
Pol. Sí,
Y me apeé en Tarragona,
De donde vengo hasta aquí,
Como hace fuerte el verano,
A pié á pediros la mano.
Diana. ¿Y qué os parece de mí?
Pol. Eso es fuerza que me aturda:
No tiene Amor mejor flecha
Que vuestra mano derecha,
Si no es que saqueis la zurda.
Diana. Buen humor teneis.
Pol. Así:
¿Gusta mi conversacion?
Diana. Sí.
Pol. Pues con una racion
Os podeis hartar de mí.
Diana. Yo os la doy.
Pol. Beso... ¡Qué error!
¿Beso dije? ya no beso.
Diana. ¿Pues porqué?
Pol. El beso es el queso
De los ratones de amor.
Diana. Yo os admito.
Pol. Dios delante:
Mas sea con plaza de honor.
Diana. ¿No sois médico?
Pol. Hablador,
Y así seré practicante.
Diana. ¿Y del mal de amor, que mata,
Cómo curais?
Pol. Al que es franco
Curo con ungüento blanco.
Diana. ¿Y sana?
Pol. Sí, porque es plata.
Diana. ¿Estais mal con él?
Pol. Su nombre
Me mata. Llamó al amor
Averroes, hernia, un humor,
Que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
Traicion, tiranía villana,
Y solo el tiempo le sana,
Suplicaciones, y aloja.
Amor es quita razon,
Quita sueño, quita bien,
Quita pelillos tambien,
Que hará calvo á un motilon.
Y las que él obliga á amar,
Todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
Por ser todas al quitar.
Diana. Lo que yo habia menester
Para mi divertimiento,
Tengo en vos.
Pol. Con ese intento
Vine yo desde Añover.
Diana. ¿Añover?
Pol. Él me crió,
Que en este lugar estraño
Se ven melones cada año,
Y así Añover se llamó.
Diana. ¿Cómo os llamais?
Pol. Caniquí.
Diana. ¿Caniquí? A vuestra venida
Estoy muy agradecida.

Pol. Para las dueñas nací.
Ya yo tengo introducion : *ap.*
Así en el mundo sucede ;
Lo que un príncipe no puede,
Yo he logrado por bufon.
Si ahora no llega á rendilla
Cárlos, sin maña se viene,
Pues ya introducida tiene
En su pecho la polilla.
Laura. Con los príncipes tu padre
Viene, señora, acá dentro.
Diana. ¿Con los príncipes? ¿qué dices?
¡Qué intenta mi padre, cielos!
Si es repetir la porfía
De que me case, primero
Rendiré el cuello á un cuchillo.
Cintia. ¡Hay tal aborrecimiento
De los hombres! ¡Es posible,
Laura, que el brio, el aliento
Del de Urgel no la arrebate!
Laura. Que es hermafrodita, pienso.
Cintia. A mí me lleva los ojos.
Laura. Y á mí el Caniquí en secreto
Me ha llevado las narices ;
Que me agrada para lienzo.

ESCENA VII.

DICHOS Y EL CONDE CON LOS TRES PRÍNCIPES.

Conde. Príncipes, entrad conmigo.
Cárlos. Sin alma á sus ojos vengo : *ap.*
No sé si tendré valor
Para fingir lo que intento :
Siempre la hallo mas hermosa.
Diana. ¡Cielos! ¿qué puede ser esto? *ap.*
Conde. Hija, Diana.
Diana. Señor.
Conde. Yo, que á tu decoro atiendo,
Y á la deuda en que me ponen
Los condes con sus festejos,
Habiendo de ellos sabido
Que del retiro que has hecho
De su vista, están quejosos...
Diana. Señor, que me des, te ruego,
Licencia antes que prosigas,
Ni tu palabra haga empeño
De cosa, que te esté mal,
De prevenir mi intento.
Lo primero es, que contigo,
Ni voluntad tener puedo,
Ni la tengo, porque solo
Mi albedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
Señor, ha de ser lo mesmo
Que dar la garganta á un lazo,
Y el corazon á un veneno.
Casarme y morir, es uno ;
Mas tu obediencia es primero
Que mi vida : esto asentado,
Venga ahora tu decreto.
Conde. Hija, mal has presumido,
Que yo casarte no intento,
Sino dar satisfaccion
A los príncipes, que han hecho
Tantos festejos por tí ;
Y el mayor de todos ellos,
Es pedirte por esposa,
Siendo tan digno su aliento,
Ya que no de tus favores,
De mis agradecimientos.
Y no habiendo de otorgarlo,
Debe atender mi respeto
A que ninguno se vaya,
Sospechando que es desprecio,
Sino aversion, que tu gusto
Tiene con el casamiento.
Y tambien que esto no es
Resistencia á mi precepto,
Cuando yo no te lo mando,
Porque el amor que te tengo,
Me obliga á seguir tu gusto ;
Y pues tú en seguir tu intento,
Ni á mí me desobedeces,
Ni los desprecias á ellos ;
Dales la razon, que tiene
Para esta opinion tu pecho,
Que esto importa á tu decoro,
Y acredita mi respeto.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS EL CONDE.

Diana. Si eso pretendeis no mas,
Oid, que dárosla quiero.
Gaston. Solo á este intento venimos.
Bearne. Y no estrañeis el deseo,
Que mas estraña es en vos
La aversion al casamiento.
Cárlos. Yo, aunque á saberlo he venido,
Solo ha sido con pretesto,
Sin estrañar la opinion,
De saber el fundamento.
Diana. Pues oid, que ya le digo.
Pol. Vive Dios, que es raro empeño :
¿Si hallará razon bastante?
Porque será bravo cuento
Dar razon para ser loca.
Diana. Desde aquel albor primero
Con que amaneció al discurso
La luz de mi entendimiento,
Y el dia de la razon,
Fué de mi vida el empleo,
El estudio y la leccion
De la historia, en quien da el tiempo
Escarmiento á los futuros,

Con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
Tragedias y desconciertos
Han sucedido en el mundo
Entre ilustres y plebeyos,
Todas nacieron de amor.
Cuanto los sabios supieron,
Cuanto á la filosofía
Moral liquidó el ingenio,
Gastaron en prevenir
A los siglos venideros
El ciego error, la violencia,
El loco, el tirano imperio
De esa mentida deidad,
Que se introduce en los pechos
Con dulce voz de cariño,
Siendo un volcan allá dentro.
¿Qué amante jamas al mundo
Dió á entender de sus efectos,
Sino lástimas, desdichas,
Lágrimas, ansias, lamentos,
Suspiros, quejas, sollozos;
Sonando con triste estruendo
Para lastimar las quejas,
Para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido
Se vió, paró en un despeño,
Que al que no su tiranía,
Le puso el poder del cielo;
Pues si quien se casa va
A amar por deuda y empeño,
¿Cómo se puede casar
Quien sabe de amor el riesgo?
Pues casarse sin amor
Es dar causa sin efecto:
¿Cómo puede ser esclava
Quien no se ha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazon
Mas indigno cautiverio,
Que rendirle su albedrío
Quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
¿Pues cómo vivirá un pecho
Con una obediencia fuera
Y una resistencia dentro?
Con amor, ó sin amor,
Yo, en fin, casarme no puedo:
Con amor porque es peligro,
Sin amor, porque no quiero.
Bearne. Dándome los dos licencia,
Responderé á lo propuesto.
Gaston. Por mi parte yo os la doy.
Cárlos. Yo, que responder no tengo,
Pues la opinion que yo sigo
Favorece aquel intento.
Bearne. La mayor guerra, señora,
Que hace el engaño al ingenio,
Es estar siempre vestido
De aparentes argumentos.
Dejando las consecuencias,
Que tiene amor contra ellos,
(Que en un discurso engañado
Suelen ser de menos precio)
La esperiencia es la razon
Mayor, que hay para venceros,
Porque ella sola concluye
Con la prueba del efecto.
Si vos os negáis al trato,
Siempre estaréis en el yerro,
Porque no cabe esperiencia
Donde se escusa el empeño.
Vos vais contra la razon
Natural; y el propio fuero
De nuestra naturaleza
Pervertis con el ingenio.
No negueis vos el oido
A las verdades del ruego;
Porque si es razon no amar,
Contra la razon no hay riesgo;
Y si no es razon, es fuerza
Que os ha de vencer el tiempo,
Y entonces será victoria
Publicar el vencimiento.
Vos defendeis el desden,
Todos vencerle queremos;
Vos decis que esto es razon:
Permitíos al festejo.
Haced escuela al desden,
Donde en nuestro gálanteo,
Los intentos de obligaros
Han de ser los argumentos.
Veamos quien tiene razon,
Porque ha de ser nuestro empeño
Inclinaros al cariño,
O quedar vencidos ellos.
Diana. Pues para que conozcais,
Que la opinion que yo llevo
Es hija del desengaño,
Y del error vuestro intento,
Festejad, imaginad
Cuantos caminos y medios
De obligar una hermosura
Tiene amor, halla el ingenio;
Que desde aquí me permito
A lisonjas y festejos,
Con el oido y los ojos,
Solo para convenceros
De que no puedo querer;
Y que el desden que yo tengo,
Sin fomentarle el discurso,
Es natural en mi pecho.
Gaston. Pues si argumento ha de ser
Desde hoy nuestro galanteo,
Todos vamos á argüir
Contra el desden y el despego.
Príncipes, de la razon

Y de amor es ya el empeño;
Cada uno un medio elija
De seguir este argumento,
Veamos para concluir,
Quien elije mejor medio.
Bearne. Yo voy á escoger el mio;
Y de vos, señora, espero
Que habeis de ser contra vos
El mas agudo argumento.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS GASTON Y EL DE BEARNE.

Cárlos. Pues yo, señora, tambien,
Por deuda de caballero,
Proseguiré en festejaros;
Mas será sin ese intento.
Diana. ¿Pues porqué?
Cárlos. Porque yo sigo
La opinion de vuestro ingenio;
Mas aunque es vuestra opinion,
La mia es con mas estremo.
Diana. ¿De qué suerte?
Cárlos. Yo, señora,
No solo querer no quiero,
Mas ni quiero ser querido.
Diana. ¿Pues en ser querido hay riesgo?
Cárlos. No hay riesgo, pero hay delito:
No hay riesgo, porque mi pecho
Tiene tan establecido
El no amar en ningun tiempo,
Que si el cielo compusiera
Una hermosura, de estremos,
Y esta me amára, no hallára
Correspondencia en mi afecto.
Hay delito, porque cuando
Sé yo que querer no puedo,
Amarme, y no amar, seria
Faltar mi agradecimiento;
Y así yo, ni ser querido,
Ni querer, señora, quiero,
Porque temo ser ingrato,
Cuando sé yo, que he de serlo.
Diana. ¿Luego vos me festejais
Sin amarme?
Cárlos. Eso es muy cierto.
Diana. ¿Pues para qué?
Cárlos. Por pagaros
La veneracion que os debo.
Diana. ¿Y eso no es amor?
Cárlos. ¿Amor?
No, señora, esto es respeto.
Pol. Cuerpo de Cristo, ¡qué lindo,
Qué bravo boton de fuego!
Échala de ese vinagre,
Y verás, para su tiempo,
Qué bravo escabeche sale.
Diana. ¿Cintia, has oido á este necio?
¿No es graciosa su locura?
Cintia. Soberbia es.
Diana. ¿No será bueno
Enamorar á este loco?
Cintia. Si, mas hay peligro en eso.
Diana. ¿De qué?
Cintia. Que tú te enamores,
Si no logras el empeño.
Diana. Ahora eres tú mas necia:
¿Pues cómo puede ser eso?
No me mueven los rendidos,
¿Y ha de arrastrarme el soberbio?
Cintia. Esto, señora, es aviso.
Diana. Por eso he de hacer empeño
De rendir su vanidad.
Cintia. Yo me holgaré mucho de ello.
Diana. Proseguid la bizarría,
Que yo ahora os lo agradezco
Con mayor estimacion,
Pues sin amor os la debo.
Cárlos. ¿Vos agradeceis, señora?
Diana. Es porque con vos no hay riesgo.
Cárlos. Pues yo iré á empeñaros mas.
Diana. Y yo voy á agradecerlo.
Cárlos. Pues mirad que no querais,
Porque cesaré en mi intento.
Diana. No me costará cuidado.
Cárlos. Pues siendo así, yo lo acepto.
Diana. Andad: venid, Caniquí.
Cárlos. ¿Qué decis?
Pol. Soy yo ese lienzo.
Diana. Cintia, rendido has de verle.
Cintia. Si será, pero yo temo
Que te se trueque la suerte;
Y eso es lo que yo deseo. *ap.*
Diana. Mas oid.
Cárlos. ¿Qué me quereis?
Diana. Que si acaso os muda el tiempo...
Cárlos. ¿A qué, señora?
Diana. A querer.
Cárlos. ¿Qué he de hacer?
Diana. Sufrir desprecios.
Cárlos. ¿Y si en vos hubiese amor?
Diana. Yo no querré.
Cárlos. Así lo creo.
Diana. ¿Pues qué pedis?
Cárlos. Por si acaso...
Diana. Ese acaso está muy lejos.
Cárlos. ¿Y si llega?
Diana. No es posible.
Cárlos. Supongo.
Diana. Yo lo prometo.
Cárlos. Eso pido.
Diana. Bien está,
Quede así.
Cárlos. Guardeos el cielo.
Diana. Aunque me cueste un cuidado,
He de rendir á este necio.

ESCENA X.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Señor, buena va la danza.
Cárlos. Polilla, yo estoy muriendo:
Todo mi valor ha habido
Menester mi fingimiento.
Pol. Señor, llévale adelante,
Y verás si no da fuego.
Cárlos. Eso importa.
Pol. Ven, señor,
Que ya yo estoy acá dentro.
Cárlos. ¿Cómo?
Pol. Con lo Caniquí
Me he hecho ya lienzo casero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

CÁRLOS Y POLILLA.

Cárlos. Polilla, amigo, el pesar
Me quita; dale á mi amor
Alivio.
Pol. A espacio, señor,
Que hay mucho que confesar.
Cárlos. Dímelo todo, que lucha
Con mi cuidado mi amor.
Pol. ¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos
De esos príncipes, ya sabes
Que en fiestas y asuntos graves
Se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
Y con su desden tirano,
Hacer fiestas es en vano,
Porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
Sin que con ello la obliguen,
Y de enamorarla siguen
El camino carretero.
Y ellos mismos son testigos
Que van mal; que esta muger
El alcanzarla ha de ser
Echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinion,
Que con tu desden fingido
De tal suerte la has herido,
Que ha pedido confesion;
Y con mi bellaquería
Su pecho ha comunicado,
Como ella me ha imaginado
Doctor de esta teología.
Para rendirte, un intento
Siempre á preguntar me sale:
Mira tú de quién se vale,
Para que se yerre el cuento.
Yo dije con gran mesura:
Si eso en cuidado te tray,
Para obligarle no hay
Medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
De cuando en cuando al cuitado,
Y en viéndole enamorado,
Vuélvete y dile mamola.
Ella, de mi parecer,
Se ha agradado de tal arte,
Que ya está en galantearte:
Mas ahora es menester
Que con ceño impenetrable,
Aunque parezcas grosero,
Siempre te estés mas entero
Que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,
No piense tu bobería
Que está la casa vacía,
Por ver la cédula falsa:
Porque ella la trae pegada,
Y si tú vas á leella,
Has de hallar que dice en ella:
Aquí no se alquila nada.
Cárlos. ¿Y de eso qué ha de sacarse?
Pol. Que se pique esta muger.
Cárlos. ¿Pues cómo puedes saber
Que ha de venir á picarse?
Pol. ¿Cómo picarse? eso es bueno:
Si ella lo finge diez dias,
Y tú de ella te desvias,
Te ha de querer al onceno;
A los doce ha de rabiar,
Y á los trece me parece,
Que aunque ella se esté en sus trece,
Te ha de venir á rogar.
Cárlos. Yo pienso que dices bien;
Mas yo temo de mi amor,
Que si ella me hace un favor,
No sepa hacerla un desden.
Pol. ¡Qué mas dijera una niña!
Cárlos. ¿Pues qué haré?
Pol. Mostrarte helado.
Cárlos. ¿Cómo, si estoy abrasado?
Pol. Beber mucha garapiña.
Cárlos. Yo he de esforzar mi cuidado.
Pol. Ah, sí, ¡pese á mi memoria!
Que lo mejor de la historia
Es lo que se me ha olvidado:
Ya sabes que ahora son
Carnestolendas.
Cárlos. ¿Y pues?

Pol. Que en Barcelona uso es
De esta gallarda nacion,
Que con fiestas se divierte,
Llevar, sin nota en su fama,
Cada galan á su dama.
Esto en palacio es por suerte:
Ellas eligen colores,
Pide uno el galan que viene,
Y la dama que le tiene,
Va con él, y á hacer favores
Al galan el dia la empeña,
Y él se obliga á ser iman;
Y es gusto, porque hay galan
Que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
Contigo el ir ha dispuesto,
Y no sé, por lograr esto,
Cómo han puesto la pavana.
Ello está trazado ya;
Mas ella sale: hácia allí
Te esconde, no te halle aquí,
Porque algo sospechará.
Cárlos. Persuade tú á su desvío
Que me enamore.

(*Se oculta.*)

Pol. Es forzoso:
Tú eres enfermo dichoso,
Pues te cura el beber frio.

ESCENA II.

DICHOS, DIANA Y CINTIA.

Diana. Cintia, este medio he pensado
Para rendirle á mi amor:
Yo he de hacerle mas favor;
Todas, como os he mandado,
Como yo, habeis de traer
Cintas de todos colores,
Con que al pedir los favores,
Podreis cualquiera escoger
El galan que os pareciere;
Pues cualquier color que pida,
Ya la teneis prevenida,
Y la que el de Urgel pidiere
Dejádmela para mí.
Cintia. Gran victoria has de alcanzar,
Si le sabes obligar
A quererte.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. ¡O luz de este firmamento!
Diana. ¿Qué hay de nuevo?
Pol. Me he hecho amigo
De Cárlos.
Diana. Mucho me obligo
De tu cuidado.
Pol. Así intento *ap.*
Ser espía, y del consejo:
No es mi prevencion muy vana,
Que esto es echar la botana
Por si se sale el pellejo.
Diana. ¿Y no has descubierto nada
De lo que yo de él procuro?
Pol. ¡Ay, señora! está mas duro
Que huevo para ensalada;
Pero yo sé tretas bravas
Con que has de hacerle bramar.
Diana. Pues tú lo has de gobernar.
Pol. ¡Ay, pobreta, que te clavas! *ap.*
Diana. Mil escudos te apercibo,
Si tú su desden allanas.
Pol. Si haré: el emplasto de ranas *ap.*
Pone por madurativo.
Y si le vieses querer,
¿Qué haras despues de tentarle?
Diana. ¿Qué? ofenderle, despreciarle,
Ajarle, y darle á entender
Que ha de rendir sus sosiegos
A mis ojos por despojos.
Cárlos. ¡Fuego de amor en tus ojos!
Pol. ¡Qué gran gusto es ver dos juegos!
¿Digo, y no seria mejor, *ap.*
Despues de haberle rendido,
Tener piedad del caido?
Diana. ¿Qué llamas piedad?
Pol. De amor.
Diana. ¿Qué es amor?
Pol. Digo, querer,
Así al modo de empezar,
Que aquesto de pellizcar
No es lo mismo que comer.
Diana. ¿Qué es lo que dices? ¿querer?
¿Yo me habia de rendir?
Aunque le viera morir,
No me pudiera vencer.
Cárlos. ¡Hay muger mas singular!
¡O cruel!
Pol. Déjame hacer,
Que no solo ha de querer
Vive Dios, sino envidar.
Cárlos. Yo salgo: el alma se abrasa.
Pol. Cárlos viene.
Diana. Disimula.
Pol. Lástima es que tome bula. *ap.*
¡Si supiera lo que pasa!
Diana. Cintia, avisa cuando es hora
De ir al sarao.
Cintia. Ya he mandado
Que esten con ese cuidado.
Cárlos. Y yo el primero, señora,
Vengo, pues es deuda igual,
A cumplir mi obligacion.
Diana. ¿Pues cómo, sin aficion,
Sois vos el mas puntual?
Cárlos. Como tengo el corazon
Sin los cuidados de amar,

Tiene el alma mas lugar
De cumplir su obligacion.
Pol. Hazle un favorcillo al vuelo,
Por si mas grato le ves.
Diana. Eso procuro.
Pol. Esto es *ap.*
Hacerla escupir al cielo.
Diana. Mucho, no teniendo amor,
Vuestra asistencia me obliga.
Cárlos. Si es mandarme que prosiga,
Sin hacerme ese favor,
Lo haré yo, porque obligada
A eso mi atencion está.
Diana. Poca lumbre el favor da.
Pol. Está la yesca mojada.
Diana. ¿Luego al favor que yo os hago,
No le dais estimacion?
Cárlos. Eso con veneracion,
Mas no con amor lo pago.
Pol. Necio, ni aun así lo pagues.
Cárlos. ¿Qué quieres? Templa mi ardor,
Aunque es fingido, el favor.
Pol. Enjuágate, no le tragues.
Diana. ¿Qué le has dicho?
Pol. Que al oillos
Agradezca tus favores.
Diana. Bien haces.
Pol. Esto es, señores, *ap.*
Engañar á dos carrillos.
Diana. Si yo á querer algun dia
Me inclinase, fuera á vos.
Cárlos. ¿Porqué?
Diana. Porque entre los dos
Hay oculta simpatía,
En llevar vos mi opinion,
En ser vos del genio mio;
Y á sufrirlo mi albedrío,
Fuera á vos mi inclinacion.
Cárlos. Pues hicierais mal.
Diana. No hiciera,
Que sois galan.
Cárlos. No es por eso.
Diana. ¿Pues porqué?
Cárlos. Porque os confieso
Que yo no os correspondiera.
Diana. Pues si os viérades amar
De una muger como yo,
¿No me quisiérades?
Cárlos. No.
Diana. Claro sois.
Cárlos. No sé engañar.
Pol. ¡O pecho heróico y valiente!
Dale por esos hijares:
Si tú no se la pegares,
Me la claven en la frente.
Diana. Mucho al enojo me acerco:
Tal desahogo no he visto.
Pol. Desvergüenza es, vive Cristo.
Diana. ¿Has visto tal?
Pol. Es un puerco.
Diana. ¿Qué haré?
Pol. Meterle en la danza
De amor, y á puro desden
Quemarle.
Diana. Tú dices bien,
Que esa es la mayor venganza.
Yo os tuve por mas discreto.
Cárlos. ¿Pues qué he hecho contra razon?
Diana. Eso es ya desatencion.
Cárlos. No ha sido sino respeto;
Y porque veais que es error
Que haya en el mundo quien crea
Que el que quiere lisonjea,
Oid de mí lo que es amor.
Amar, señora, es tener
Inflamado el corazon
Con un deseo de ver
A quien causa esta pasion,
Que es la gloria del querer.
Los ojos que se agradaron
De algun sugeto que vieron,
Al corazon trasladaron
Las especies que cogieron,
Y esta inflamacion causaron.
Su hidrópico ardor procura
Apagar de sus antojos
La sed; y al ver la hermosura,
Mas crece la calentura,
Mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
Quien corresponde al amor,
Bien se ve, que es desleal;
Pues remedia el dolor,
Dándole mas fuerza al mal.
Luego el que amado se viere
No obliga en corresponder,
Si daña como se infiere:
Pues oid como su querer
Tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fe mas pura
Pretende de su pasion
Aliviar la pena dura
Mirando aquella hermosura,
Que adora su corazon.
El contento de miralla
Le obliga al ansia de verla;
Esto en rigor es amalla,
Luego aquel gusto que halla
Le obliga solo á quererla.
Y esto mejor se apercibe
Del que aborrecido está;
Pues aquel amando vive,
No por el gusto que da,
Sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
De la dama que apetecen,

No sienten la desazon
Que les causa su pasion,
Sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
El desden siente quien ama,
El que quiere mas atento
No quiere el bien de su dama,
Sino su propio contento.
A su propia conveniencia
Dirige amor su fatiga:
Luego es clara consecuencia
Que ni con amor se obliga,
Ni con su correspondencia.
Diana. El amor es una union
De dos almas, que su ser
Truecan por transformacion,
Donde es fuerza que ha de haber
Gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
Del agrado y la eleccion,
Y esta voluntaria es,
Ya le debe obligacion,
Si no amante, de cortés.
Cárlos. Si vuestra razon infiere
Que es amar obligacion,
¿Porqué os ofende el que quiere?
Diana. Porque yo tendré razon
Para lo que yo quisiere.
Cárlos. ¿Y qué razon puede ser?
Diana. Yo otra razon no prevengo
Mas, que quererla tener.
Cárlos. Pues esa es la que yo tengo
Para no corresponder.
Diana. ¿Y si acaso el tiempo os muestra
Que vence vuestra porfia?
Cárlos. Siendo una la razon nuestra,
Si se venciere la mia,
No es muy segura la vuestra.

(*Suenan instrumentos.*)

Laura. Señora, los instrumentos
Ya de ser hora dan señas
De comenzar el sarao
Para las carnestolendas.
Pol. Y ya los príncipes vienen.
Diana. Tened todas advertencia
De prevenir los colores.
Pol. Ha, señor, ¿estás alerta?
Cárlos. ¡Ay, Polilla, lo que finjo
Toda una vida me cuesta!
Pol. Calla, que de enamorarla
Te hartarás al ir con ella
Por la obligacion del dia.
Cárlos. Disimula, que ya llegan.

ESCENA III.

DICHOS, LOS PRÍNCIPES Y LOS MÚSICOS CANTANDO.

Mús. Venid los galanes
A elegir las damas,
Que en carnestolendas
Amor se disfraza.
Falarala, larala, etc.

Bearne. Dudoso vengo, señora,
Pues teniendo poca estrella,
Vengo fiado en la suerte.
Gaston. Aunque mi duda es la mesma,
El elegir la color
Me toca á mí, que el ser buena,
Pues le toca á mi fortuna,
Ella debe cuidar de ella.
Diana. Pues sentaos, y cada uno
Elija color, y sea
Como ès uso, previniendo
La razon para escogerla;
Y la dama que le tiene,
Salga con él, siendo deuda
El enamorarla en él,
Y el favorecerle en ella.

Mús. Venid los galanes
A elegir las damas, etc.

Bearne. Esta es accion de fortuna,
Y ella, por ser loca y ciega,
Siempre le da lo mejor
A quien tiene menos prendas;
Y por no tener ninguna
Es forzoso que yo sea
Quien tenga mas esperanza;
Y así, el escoger es fuerza
El color verde.
Cintia. Si yo *ap.*
Escojo de lo que queda
Despues de Cárlos, yo elijo
Al de Bearne. Yo soy vuestra,
Que tengo el verde: tomad
La cinta. (*Dásela.*)
Bearne. Corona sea
De mi suerte el favor vuestro,
Que á no serlo, eleccion fuera.

(*Danzan una mudanza, pónense mascarillas, y retíranse á un lado, quedando en pié.*)

Mús. Vivan los galanes
Con sus esperanzas,
Que para ser dichas
El tenerlas basta.
Falarala, larala.

Gaston. Yo nunca tuve esperanza,
Sino envidia, pues cualquiera

Debe mas favor que yo
A las luces de su estrella;
Y pues siempre estoy zeloso,
Azul quiero.
Fenisa. Yo soy vuestra,
Que tengo el azul; tomad. (*Dásela.*)
Gaston. Mudar de color pudiera,
Pues ya, señora, mi envidia
Con tan buena suerte cesa.

(*Danzan y retíranse.*)

Mús. No cesan los zelos
Por lograr la dicha,
Pues los hay entonces
De los que la envidian.
Falarala, etc.

Pol. ¿Y yo he de elegir color?
Diana. Claro está.
Pol. Pues vaya fuera,
Que ya salirme queria
A la cara la vergüenza.
Diana. ¿Qué color pides?
Pol. Yo tengo
Hecho el buche á damas feas:
De suerte, que habrá de ser
Muy mala la que me quepa.
De las damas, que aquí miro,
No hay ninguna que no sea
Como una rosa, y pues yo
La he de hacer mala por fuerza,
Por si ella es como una rosa,
Yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá:
¿Quién la tiene?
Laura. Yo soy vuestra,
Que tengo el color; tomad. (*Dásela.*)
Pol. ¿Yo aquí he de favorecerla,
Y ella á mí ha de enamorarme?
Laura. No, sino al reves.
Pol. Pues vuelta;
Enamórame al reves.
Laura. Que no ha de ser esto, bestia,
Sino enamorarme tú.
Pol. ¿Yo? Pues toda la manteca
Hecha pringue en la sarten
A tu blancura no llega,
Ni con tu pelo se iguala
La frisa de la bayeta,
Ni dos ojos de jabon
Mas que los tuyos blanquean,
Ni siete bocas hermosas,
Las unas tras otras puestas,
Son tanto como la tuya:
Y no hablo de piés y piernas,
Porque no hilo tan delgado;
Que aunque yo con tu belleza
He caido, no he caido,
Pues no cae el que no peca.

(*Danzan y retíranse.*)

Mús. Quien á rosas secas
Su eleccion inclina,
Tiene amor de rosas,
Y temor de espinas.
Falarala, etc.

Cárlos. Yo á elegir quedo el postrero,
Y ha sido por la violencia
Que me hace la obligacion
De haber de fingir finezas;
Y pues ir contra el dictámen
Del pecho, es enojo y pena,
Para que lo signifique,
De los colores que quedan,
Pido el color encarnado:
¿Quién lo tiene?
Diana. Yo soy vuestra,
Que tengo el nácar; tomad. (*Dásela.*)
Cárlos. Si yo, señora, supiera
El acierto de mi suerte,
No tuviera por violencia
Fingir amor, pues ahora
Le debo tener de veras.

(*Danzan y retíranse.*)

Mús. Iras significa
El color de nácar,
¿El desden no es ira?
¿Quien tiene iras ama?
Falarala, etc.

Pol. Ahora te puedes dar
Un hartazgo de finezas,
Como para quince dias,
Mas no te ahites con ellas.
Diana. Guie la música, pues,
A la plaza de las fiestas,
Y ya galanes y damas
Vayan cumpliendo la deuda.

Mús. Vayan los galanes
Todos con sus damas,
Que en carnestolendas
Amor se disfraza.
Falarala, etc.

ESCENA IV.

DIANA Y CÁRLOS.

Diana. Yo he de rendir á este hombre,
O he de condenarme á necia. [*ap.*
¡Qué tibio galan haceis!
Bien se ve en vuestra tibieza,
Que es violencia enamorar;
Y siendo el fingirlo fuerza,
No saberlo hacer, no es falta
De amor, sino de agudeza.
Cárlos. Si yo hubiera de fingirlo,
No tan remiso estuviera,
Que donde no hay sentimiento

Está mas pronta la lengua.
Diana. ¿Luego estais enamorado
De mí?
Cárlos. Si no lo estuviera,
No me atára este temor.
Diana. ¿Qué decis? ¿hablais de veras?
Cárlos. ¿Pues si el alma lo publica,
Puede fingirlo la lengua?
Diana. ¿Pues no dijisteis que vos
No podeis querer?
Cárlos. Eso era
Porque no me habia tocado
El veneno de esta flecha.
Diana. ¿Qué flecha?
Cárlos. La de esta mano,
Que el corazon me atraviesa;
Y como el pez, que introduce
Su venenosa violencia
Por el hilo y por la caña,
Al pescador pasma y hiela
El brazo con que la tiene;
A mí el alma me penetra
El dulce ardiente veneno,
Que de vuestra mano bella
Se introduce por la mia,
Y hasta el corazon me llega.
Diana. Albricias, ingenio mio, *ap.*
Que ya rendí su soberbia:
Ahora probará el castigo
Del desden de mi belleza.
¿Que en fin, vos no imaginabais
Querer, y quereis de veras?
Cárlos. Toda el alma se me abrasa,
Todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
Este ardor que me atormenta.
Diana. Soltad, ¿qué decis? soltad.

(*Quítase la mascarilla Diana y suéltale la mano.*)

¡Yo favor! La pasion ciega
Para el castigo os disculpa,
Mas no para la advertencia.
¿A mí me pedis favor,
Diciendo que amais de veras?
Cárlos. Cielos, yo me despeñé, *ap.*
Pero válgame la enmienda.
Diana. ¿No os acordais de que os dije,
Que en queriéndome, era fuerza
Que sufrierais mis desprecios,
Sin que os valiese la queja?
Cárlos. ¿Luego de veras hablais?
Diana. ¿Pues vos no quereis de veras?
Cárlos. ¡Yo, señora! ¿Pues se pudo
Trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿yo?
¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
Vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
De vergüenza le callára:
Esto es cumplir con la deuda
De la obligacion del dia.
Diana. ¿Qué me decis? Yo estoy muerta.
¿Qué, no es de veras? ¡Qué escucho! *ap.*
¿Pues cómo aquí á hablar acierta
Mi vanidad de corrida?
Cárlos. ¿Pues vos, siendo tan discreta,
No conoceis que es fingido?
Diana. ¿Pues aquello de la flecha,
Del pez, del hilo, y la caña,
Y el decir que el desden era,
Porque no os habia tocado
Del veneno la violencia?
Cárlos. Pues eso es fingirlo bien:
¿Tan necio quereis que sea
Que cuando á fingir me ponga,
Lo finja sin apariencia?
Diana. ¡Qué es esto que me sucede! *ap.*
¿Yo he podido ser tan necia,
Que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
El alma tengo abrasada;
Mucho temo que lo entienda:
Yo he de enamorar á este hombre,
Si toda el alma me cuesta.
Cárlos. Mirad que esperan, señora.
Diana. ¡Que á mí este error me suceda!
¿Pues cómo vos...?
Cárlos. ¿Qué decis?
Diana. ¿Qué iba yo á hacer? ya estoy
ciega: *ap.*
Poneos la máscara, y vamos.
Cárlos. No ha sido mala la enmienda: *ap.*
¿Así trata el rendimiento?
¡Ah, cruel! ¡ah, ingrata! ¡ah, fiera!
Yo echaré sobre mi fuego
Toda la nieve del Etna.
Diana. Cierto, que sois muy discreto,
Y lo fingis de manera,
Que lo tuve por verdad.
Cárlos. Cortesanía fué vuestra
El fingiros engañada,
Por favorecer con ella,
Que con eso habeis cumplido
Con vuestra naturaleza,
Y la obligacion del dia;
Pues fingiendo la cautela
De engañaros, porque á mí
Me dais crédito con ella,
Favoreceis el ingenio,
Y despreciais la fineza.
Diana. Bien agudo ha sido el modo *ap.*
De motejarme de necia:
Mas así le he de engañar.
Venid, pues, y aunque yo sepa
Que es fingido, proseguid,

Que eso á estimaros me empeña
Con mas veras.
Cárlos. ¿De qué suerte?
Diana. Hace á mi desden mas fuerza
La discrecion, que el amor,
Y me obligais mas con ella.
Cárlos. ¡Quién no entendiese su intento!
Yo le volveré la flecha. [*ap.*
Diana. ¿No proseguis?
Cárlos. No, señora.
Diana. ¿Porqué?
Cárlos. Me ha dado tal pena
El decirme que os obligo,
Que me ha hecho perder la senda
De fingirme enamorado.
Diana. ¿Pues vos, qué perder pudierais
En tenerme á mí obligada
Con vuestra intencion discreta?
Cárlos. Arriesgarme á ser querido.
Diana. ¿Pues tan mal os estuviera?
Cárlos. Señora, no está en mi mano;
Y si yo en eso me viera,
Fuera cosa de morirme.
Diana. ¡Que esto escuche mi belleza! *ap.*
¿Pues vos presumis que yo
Puedo quereros?
Cárlos. Vos mesma
Decis que la que agradece
Está de querer muy cerca:
Pues quien confiesa que estima,
¿Qué falta para que quiera?
Diana. Menos falta para injuria
A vuestra loca soberbia;
Y eso poco que le falta,
Pasando ya de grosera,
Quiero escusar con dejaros:
Idos.
Cárlos. ¿Pues cómo á la fiesta
Quereis faltar? ¿puede ser
Sin dar causa á otra sospecha?
Diana. Ese riesgo á mí me toca:
Decid que estoy indispuesta,
Que me ha dado un accidente.
Cárlos. Luego con eso licencia
Me dais para no asistir.
Diana. Si os mando que os vais, ¿no es fuerza?
Cárlos. Me habeis hecho un gran favor:
Guarde Dios á vuestra alteza. (*Vase.*)
Diana. ¿Qué es lo que pasa por mí?
Tan corrida estoy, tan ciega,
Que si supiera algun medio
De triunfar de su soberbia,
Aunque arriesgára el respeto,
Por rendirle á mi belleza,
A costa de mi decoro
Comprára la diligencia.

ESCENA V.

DIANA Y POLILLA.

Pol. ¿Qué es esto, señora mia?
¿Cómo se ha aguado la fiesta?
Diana. Hame dado un accidente.
Pol. Si es cosa de la cabeza,
Dos parches de tacamaca,
Y que te traigan las piernas.
Diana. No tienen piernas las damas.
Pol. Pues por esta razon mesma
Digo yo que te las traigan:
¿Mas qué ha sido tu dolencia?
Diana. Aprieto del corazon.
Pol. ¡Jesus! pues si no es mas de esa,
Sángrate y púrgate luego:
Y échate unas sanguijuelas,
Dos docenas de ventosas,
Y al instante estarás buena.
Diana. Caniquí, yo estoy corrida
De no vencer la tibieza
De Cárlos.
Pol. ¿Pues eso dudas?
¿Quieres que por tí se pierda?
Diana. ¿Pues cómo se ha de perder?
Pol. Hazle que tome una renta.
¿Pero de veras hablando,
Tú, señora, no deseas
Que se enamore de tí?
Diana. Toda mi corona diera
Por verle morir de amor.
Pol. ¿Y es eso cariño, ó tema?
La verdad; ¿te entra el Carlillos?
Diana. ¿Qué es cariño? yo soy peña:
Para abrasarle á desprecios,
A desaires y violencias,
Lo deseo solo.
Pol. ¡Zape! *ap.*
Aun está verde la breva;
Mas ella madurará,
Como hay muchachos y piedras.
Diana. Yo sé que él gusta de oir
Cantar.
Pol. Mucho, como sea
La pasion, ó algun buen salmo
Cantado con castañetas.
Diana. ¡Salmo! ¿qué decis?
Pol. Es cosa,
Señora, que esto le eleva;
Lo que es música de salmos
Pierde su juicio por ella.
Diana. Tú has de hacer por mí una cosa.
Pol. ¿Qué?
Diana. Abierta hallarás la puerta
Del jardin; yo con mis damas
Estaré allí, y sin que él sepa
Que es cuidado, cantarémos;

Tú has de decir que le llevas
Porque nos oiga cantar,
Diciendo, que aunque le vean,
A tí te echarán la culpa.
Pol. Tú has pensado brava treta,
Porque en viéndote cantar,
Se ha de hacer una jalea.
Diana. Pues ve á buscarle al momento.
Pol. Llevaréle con cadena:
A oir cantar irá el otro
Tras de un entierro; mas sea
Buen tono.
Diana. ¿Qué te parece?
Pol. Alguna cosa burlesca,
Que tenga mucha alegría.
Diana. ¿Cómo que?
Pol. Un requiem eternam.
Diana. Mira que voy al jardin.
Pol. Pues ponte como una Eva,
Para que caiga este Adan.
Diana. Allá espero.

ESCENA VI.

POLILLA Y DESPUES CÁRLOS.

Pol. Norabuena,
Que tú has de ser la manzana,
Y has de llevar la culebra.
Señores, ¡que estas locuras
Ande haciendo una princesa!
Mas quien tiene la mayor,
¿Qué mucho que esotras tenga?
Porque las locuras son
Como un plato de cerezas,
Que tirando de la una,
Las otras se van tras ella.
Cárlos. ¿Polilla, amigo?
Pol. ¡Cárlos, bravo cuento!
Cárlos. ¿Pues qué ha habido de nuevo?
Pol. Vencimiento.
Cárlos. ¿Pues tú qué has entendido?
Pol. Que para enamorarte, me ha pedido
Que te lleve al jardin, donde has de vella,
Mas hermosa y brillante que una estrella,
Cantando con sus damas,
Que como te imagina duro tanto,
Ablandarte pretende con el canto.
Cárlos. ¿Eso hay? mucho lo estraño.
Pol. Mira si es liviandad de buen tamaño,
Y si está ya harto ciega,
Pues esto hace, y de mí á fiarlo llega.
Cárlos. Ya escucho el instrumento.

(*Tocan dentro.*)

Pol. Esta ya es tuya.
Cárlos. Calla, que canta ya.
Pol. Pues aleluya.
Mús. Olas eran de zafir
Las del mar solo esta vez,
Con el que siempre le aclaman
Los mares segundo rey.
Pol. Vamos, señor.
Cárlos. ¿Qué dices, que yo muero?
Pol. Deja eso á los pastores de la Arcadia,
Y vámonos allá, que esto es primero.
Cárlos. ¿Y qué he de hacer?
Pol. Entrar y no mirarla,
Y divertirte con la copia bella
De flores, y aunque ella
Se haga rajas cantando, no escucharla,
Porque se abrase.
Cárlos. No podré emprenderlo.
Pol. ¿Cómo no? Vive Cristo, que has de hacerlo,
O te tengo de dar con esta daga,
Que traigo para eso, que esta llaga
Se ha de curar con escozor.
Cárlos. No intentes
Eso, que no es posible que lo allanes.
Pol. Señor, tú has de sufrir polvos de Juanes,
Que toda el alma tienes ya podrida. (*Mús.*)
Cárlos. Otra vez cantan; oye por tu vida.
Pol. Pese á mi alma; vamos,
No en eso tiempo pierdas.
Cárlos. Atendamos,
Que luego entrar podemos.
Pol. Allá desde mas cerca escucharémos.
Anda con Barrabas.
Cárlos. Oye primero.
Pol. Has de entrar, vive Dios.
Cárlos. Oye.
Pol. No quiero.

(*Métele á empellones.*)

ESCENA VII.

Decoracion de jardin.

DIANA Y TODAS LAS DAMAS EN GUARDAPIÉS Y JUSTILLOS, CANTANDO.

Mús. Olas eran de zafir
Las del mar solo esta vez,
Con el que siempre le aclaman
Los mares segundo rey.
Diana. ¿No habeis visto entrar á Cárlos?
Cintia. No solo no le hemos visto,
Mas ni aun de que venir pueda
En el jardin hay indicio.
Diana. Laura, ten cuenta si viene.
Laura. Ya yo, señora, lo miro.
Diana. Aunque arriesgue mi decoro,
He de vencer sus desvíos.
Laura. Cierto, que estás tan hermosa,
Que ha de faltarle el sentido

Si te ve, y no se enamora;
Mas, señora, ya le he visto,
Ya está en el jardin.
Diana. ¿Qué dices?
Laura. Que con Caniquí ha venido.
Diana. Pues volvamos á cantar,
Y sentaos todas conmigo.

(*Siéntanse ahora todas.*)

ESCENA VIII.

DICHAS, POLILLA Y CÁRLOS.

Pol. No te derritas, señor.
Cárlos. Polilla, ¿no es un prodigio
Su belleza? en aquel trage
Doméstico es un hechizo.
Pol. ¡Qué bravas están las damas
En guardapiés y justillo!
Cárlos. ¿Para qué son los adornos
Donde hay sin ellos tal brio?
Pol. Mira, estas son como el cardo,
Que el hortelano, advertido,
Le deja las pencas malas,
Que aunque no son de servicio,
Abultan para venderle;
Pero despues de vendido
Solo se come el cogollo:
Pues las damas son lo mismo,
Lo que se come es aquesto,
Que el moño y el artificio
De las faldas son las pencas
Que se echan á los borricos:
Pero vuelve allá la cara,
No mires, que vas perdido.
Cárlos. Polilla, no he de poder.
Pol. ¿Qué llamas no? Vive Cristo,
Que he de meterte la daga,
Si vuelves. (*Pónele la daga en la cara.*)
Cárlos. Ya no la miro.
Pol. Pues la estás oyendo, engaña
Los ojos con los oidos.
Cárlos. Pues vámonos alargando,
Porque si canta, el no oirlo
No parezca que es cuidado,
Sino divertirme el sitio.
Cintia. Ya te escucha, cantar puedes.
Diana. Así vencerle imagino.

El que solo de su abril (*Canta.*)
Escogió mayo cortés,
Por gala de su esperanza,
Las flores de su desden...

¿No ha vuelto á oir?
Laura. No, señora.
Diana. ¿Cómo no? ¿pues no me ha oido?
Cintia. Puede ser, porque estás lejos.
Cárlos. En toda mi vida he visto
Mas bien compuesto jardin.
Pol. Vaya de eso, que eso es lindo.
Diana. Al jardin está mirando;
Este hombre está sin sentido:
¿Qué es esto? Cantemos todas,
Para ver si vuelve á oirnos.

(*Cantan todas.*) A tan dichoso favor
Sirva tan florido mes,
Por gloria de sus trofeos
Rendido le bese el pié.

Cárlos. ¡Qué bien hecho está aquel cuadro
De sus armas! ¡qué pulido!
Pol. Harto mas pulido es eso.
Diana. ¡Que esto escucho! ¡que esto miro!
¡Los cuadros está alabando
Cuando yo canto!
Cárlos. No he visto
Hiedra mas bien enlazada:
¡Qué hermoso verde!
Pol. Eso pido:
Date en lo verde, que engordas.
Diana. No me ha visto, ó no me ha oido;
Laura, al descuido le advierte
Que estoy yo aquí. (*Levántase Laura.*)
Cintia. Este capricho
La ha de despeñar á amar.
Laura. Cárlos, estad advertido,
Que está aquí dentro Diana.
Cárlos. Tiene aquí un famoso sitio:
Los laureles están buenos;
Pero entre aquellos jacintos
Aquel pié de guindo afea.
Pol. ¡Oh, qué lindo pié de guindo!
Diana. ¿Ya se lo advertiste, Laura?
Laura. Ya, señora, se lo he dicho.
Diana. Ya no yerra de ignorancia;
¿Pues cómo está divertido?

(*Pasan por delante de ellas, llevándole Polilla la daga junto á la cara porque no vuelva.*)

Pol. Señor, por aquesta calle
Pasa sin mirar.
Cárlos. Rendido
Estoy á mi resistencia:
Volver temo.
Pol. Ten, por Cristo,
Que te herirás con la daga.
Cárlos. Ya no puedo mas, amigo.
Pol. Hombre, mira que te clavas.
Cárlos. ¿Qué quieres? Ya me he vencido.
Pol. Vuelve por esotro lado.
Cárlos. ¿Por acá?
Pol. Por allá digo.
Diana. ¿No ha vuelto?
Laura. Ni lo imagina.
Diana. Yo no creo lo que miro:

Ve tú al descuido, Fenisa,
Y vuelve á dar el aviso. (*Levántase Fenisa.*)
Pol. Otro correo dispara,
Mas no dan lumbre los tiros.
Fenisa. ¿Cárlos?
Cárlos. ¿Quién llama?
Pol. ¿Quién es?
Fenisa. Ved que Diana os ha visto.
Cárlos. Admirado de esta fuente,
En verla me he divertido,
Y no habia visto á su alteza:
Decid que ya me retiro.
Diana. ¡Cielos! sin duda se va:
Oid, escuchad, á vos digo. (*Levántase.*)
Cárlos. ¿A mí, señora?
Diana. Sí, á vos.
Cárlos. ¿Qué mandais?
Diana. ¿Cómo, atrevido
Habeis entrado aquí dentro,
Sabiendo que en mi retiro
Estaba yo con mis damas?
Cárlos. Señora, no os habia visto:
La hermosura del jardin
Me llevó, perdon os pido.
Diana. Esto es peor, que aun no dice *ap.*
Que para escucharme vino.
¿Pues no me oiste?
Cárlos. No, señora.
Diana. No es posible.
Cárlos. Un yerro ha sido,
Que solo enmendarse puede
Con no hacer mas el delito. (*Vase.*)
Cintia. Señora, este hombre es un tronco.
Diana. Déjame, que sus desvíos
El sentido han de quitarme.
Cintia. Aquesto va ya perdido; *ap.*
Si ella no está enamorada
De Cárlos, ya va camino. (*Vase.*)
Diana. ¡Cielos, qué es esto que veo!
Un Etna es cuanto respiro:
¡Yo despreciada!
Pol. Eso sí,
Pese á su alma, dé brincos.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. ¿Señora mia?
Diana. ¿Qué es esto? ¿Este hombre no
A escucharme? [vino
Pol. Sí, señora.
Diana. ¿Pues cómo no ha vuelto á oirlo?
Pol. Señora, es loco de atar.
Diana. ¿Pues qué respondió, ó qué dijo?
Pol. Es vergüenza.
Diana. Dilo pues.
Pol. Que cantabais como niños
De escuela, y que no queria
Escucharos.
Diana. ¿Eso ha dicho?
Pol. Sí, señora.
Diana. ¡Hay tal desprecio!
Pol. Es un bobo.
Diana. Estoy sin juicio.
Pol. No hagas caso.
Diana. ¡Estoy mortal!
Pol. Que es un bárbaro.
Diana. Eso mismo
Me ha de obligar á rendirle,
Si muero por conseguirlo. (*Vase.*)
Pol. Buena va la danza, alcalde,
Y da en la albarda el granizo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

CÁRLOS, POLILLA, GASTON Y EL DE BEARNE.

Gaston. Cárlos, nuestra amistad nos da licencia
De valernos de vos para este intento.
Cárlos. Ya sabeis que es segura mi obediencia.
Bearne. En fe de eso os consulto el pensamiento.
Pol. Va de consulta, y salga la propuesta,
Que todo lo demas es molimiento.
Bearne. Ya vos sabeis que no ha quedado
Fineza, ostentacion, galantería, [fiesta,
Que no haya sido de los tres compuesta,
Para vencer la justa antipatía
Que nos tiene Diana sin debella,
Ni aun lo que debe dar la cortesía;
Pues habiendo salido vos con ella,
La obligacion y el uso de la suerte,
Por no favoreceros, atropella;
Y la alegría del festin convierte
En queja de sus damas y en desprecio
De nosotros, si el término se advierte:
Y de nuestro decoro haciendo aprecio,
Mas que de nuestro amor, nos ha obligado
Solamente á vencer su desden necio;
Y el gusto quedará desempeñado
De los tres, si la viesemos vencida
De cualquiera de todos al cuidado.
Para esto, pues, traemos prevenida [mos,
Yo y don Gaston la industria que os dire-
Que si á esta flecha no quedare herida,
No queda ya camino que intentemos.
Cárlos. ¿Qué es la industria?
Gaston. Que pues para estos dias
Todos por suerte ya damas tenemos,
Prosigamos en las galanterías

Todos, sin hacer caso de Diana,
Pues ella se escusó con sus porfías;
Que si á ver llega su altivez tirana,
Por su desden, su adoracion perdida,
Si no de amante, se ha de herir de vana:
Y en conociendo indicios de la herida,
Nuestras finezas han de ser mayores,
Hasta tenerla en su rigor vencida.

Pol. No es ese mal remedio; mas, señores,
Eso es lo mismo que á cualquier doliente
El quitarle la cena los doctores.

Bearne. Pero si no es remedio suficiente,
Cuando no alivie ó temple la dolencia,
Sirve de que no crezca el accidente:
Si á Diana la ofende la decencia
Con que la festejamos, porfiarla
Solo será crecer su resistencia.
Ya no queda mas medio que dejarla,
Pues si la ley, que dió naturaleza,
No falta en ella, así hemos de obligarla:
Porque en viendo perdida la fineza
La dama, aun de aquel mismo que aborrece,
Sentirlo es natural en la belleza,
Que la veneracion de que carece,
Aunque el gusto cansado la desprecia,
La vanidad del alma la apetece;
Y si le falta lo que el alma aprecia,
Aunque lo calle allá su sentimiento,
La estará á solas condenando á necia;
Y cuando no se logre el pensamiento
De obligarla á querer, en que lo sienta
Queda vengado bien nuestro tormento.

Cárlos. Lo que ofendido vuestro amor in-
Por dos causas de mí queda aceptado; [tenta,
Una, el ser fuerza que ella lo consienta,
Porque eso su desden nos ha mandado;
Y otra que sin amor ese desvío
No me puede costar ningun cuidado.

Bearne. Pues la palabra os tomo.

Cárlos. Yo la fio.

Bearne. Y aun de Diana el nombre á nues-
Desde aquí le prohiba el albedrío. [tro labio

Gaston. Ese contra el desden es medio sabio.

Cárlos. Digo que de mi parte lo prometo.

Bearne. Pues vos vereis vengado nuestro agravio.

Gaston. Vamos, y aunque se ofenda su
En festejar las damas prosigamos [respeto,
Con mas finezas.

Cárlos. Yo el desvío aceto.

Bearne. Pues si á un tiempo todos la deja-
Cierto será el vencerla. [mos,

Cárlos. Así lo creo.

Bearne. Vamos, pues, don Gaston.

Gaston. Bearne, vamos.

Bearne. Logrado habeis de ver nuestro deseo.

ESCENA II.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Señor, esta es brava traza,
Y medida á tu deseo,
Que este es echarte el ojeo,
Porque tú mates la caza.

Cárlos. Polilla, ¡muger terrible!
¡Que aun no quiera tan picada!

Pol. Señor, ella está abrasada,
Mas rendirse no es posible:
Ella te quiere, señor,
Y dice que te aborrece;
Mas lo que ira le parece,
Es quinta esencia de amor:
Porque cuando una muger
De los desdenes se agravia,
Bien puede llamarlo rabia,
Mas es rabia por querer.
Dia y noche está trazando
Como vengar su congoja;
Mas no temas que te coja,
Que ella te dará bien blando.

Cárlos. ¿Qué dice de mí?

Pol. Te acusa:
Dice que eres un grosero,
Desatento, majadero:
Y yo, que entiendo la musa,
Digo: Señora, es un loco,
Un sucio: y ella despues
Vuelve por tí, y dice: No es,
Que ni tanto, ni tan poco.
En fin, porque sus desvelos
Ne se logren, imagino
Que ahora toma otro camino,
Y quiere picarte á zelos.
Conoce la ballestilla,
Y si acaso te la hecha,
Disimula, y di á la flecha,
Riendo: Hágote cosquilla,
Que ella te se vendrá al ruego.

Cárlos. ¿Porqué?

Pol. Porque aunque se enoje
Quien cuando siembra no coje,
Va á pedir limosna luego:
Eso es, señor, evidencia.
Lope, el fénix español,
De los ingenios el sol,
Lo dijo en esta sentencia:
« Quien tiene zelos, y ofende,
¿Qué pretende?
La venganza de un desden;
¿Y si no le sale bien?
Vuelve á comprar lo que vende. »
Mas ya los príncipes van
Sus músicas previniendo.

Cárlos. Irme con ellos pretendo.

Pol. Con eso juego te dan.
Cárlos. Diana viene.
Pol. Pues cuidado,
Y escápate.
Cárlos. Voime luego.
Pol. Vete, que si nos ve el juego,
Perderemos lo envidado.

ESCENA III.

DIANA Y POLILLA.

(*Cantan dentro.*)

Mús. Pastores, Cintia me mata,
Cintia es mi muerte y mi vida,
Yo de ver á Cintia vivo,
Y muero por ver á Cintia.

Diana. ¡Tanta Cintia!
Pol. Es el reclamo
Del bearnés.
Diana. ¡Finezas necias!
Pol. Todo esto es echar especias *ap.*
Al guisado de mi amo.
Diana. Por no ver estas contiendas
De que á sus damas alaben,
Deseo ya que se acaben
Aquestas carnestolendas.
Pol. Eso es ya rigor tirano:
Deja, señora, querer,
Si no quieres, que esto es ser
El perro del hortelano.
Diana. ¿Pues no es cosa muy cansada
Oir músicas precisas
De Cintias, Lauras, Fenisas,
Cada instante?
Pol. Si te enfada
Ver tu nombre en verso escrito,
¿Qué han de hacer sino cintiar,
Laurear y fenisear?
Que el dianar es ya delito:
Y el bearnés tan fino está
Con Cintia, que está en su pecho,
Que una gran décima ha hecho.
Diana. ¿Y cómo dice?
Pol. Allá va:
«Cintia el mandamiento quinto
Quebró en mí, como saeta;
Cintia es la que á mí me aprieta,
Y yo soy de Cintia el cinto.
Cintia, y cinta no es distinto:
Y pues Cintia es semejante
A cinta, soy fino amante,
Pues traigo cinta en la liga,
Y esta décima la diga
Cintor el representante.»
Diana. Bien por cierto, mas ya suena
Otra música.
Pol. Y galante.
Diana. Esta será de otro amante.
Pol. Reventando está de pena. *ap.*

Mús. No iguala á Fenisa el fénix,
Que si él muere, y resucita,
Fenisa da vida, y mata:
Mas que el fénix es Fenisa.

Diana. ¡Finos están!
Pol. ¡Jesus! es
Mucha cosa, y aun mi pecho...
¡Oye lo que á Laura he hecho!
Diana. ¿Tambien das músicas?
Pol. Pues.
«Laura, en rigor, es laurel;
Y pues Laura á mí me plugo,
Yo tengo de ser besugo,
Por escabecharme en él.»
Diana. ¿Y Cárlos no me pudiera
Dar música á mí tambien?
Pol. Si llegára á querer bien,
Sin duda te se atreviera;
Mas él no ama, y tú el concierto
De que te dejase hiciste,
Con que al punto que dijiste,
Id con Dios, vió el cielo abierto.
Diana Que lo dije así, confieso;
Mas él porfiar debia,
Que aquí es cortés la porfía.
Pol. ¿Pues cómo puede ser eso,
Si á las fiestas han de ir,
Y es desprecio de su fama
No ir un galan con su dama,
Y tú no quieres salir?
Diana. ¿Qué pudiera ser, no infieres,
Que saliese yo con él?
Pol. Sí, señora; pero él
Sabe poco de poderes.
Mas ya galanes y damas
A las fiestas van saliendo:
Cierto, que es un mayo ver
Las plumas de los sombreros.
Diana. Todos vienen con sus damas,
Y Cárlos viene con ellos.
Pol. Señores, si esta muger, *ap.*
Viendo ahora este desprecio,
No se rinde á querer bien,
Ha de ahorcarse como hay credo.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALEN TODOS LOS GALANES CON SUS DAMAS, Y ELLOS Y ELLAS CON SOMBREROS Y PLUMAS.

Mús. A festejar sale Amor
Sus dichosos prisioneros,
Dando plumas sus penachos
A sus arpones soberbios.

Bearne. Príncipes, para picarla,
Es este el mejor remedio.

Gaston. Mostrarnos finos importa.
Cárlos. Mi fineza es el despego.
Bearne. Cada instante, Cintia hermosa,
Me olvido de que soy vuestro,
Porque no creo á mi suerte
La dicha que la merezco.
Cintia. Mas dudo yo, pues presumo
Que el ser tan fino es empeño
Del dia, y no del amor.
Bearne. Salir del dia deseo,
Por venceros esa duda.
Gaston. Y vos, si dudais lo mesmo,
Vereis pasar mi fineza
A los mayores estremos,
Cuando solo deuda sea
De la fe con que os venero.
Diana. Nadie se acuerda de mí.
Pol. Yo por ninguno lo siento,
Sino por aquel menguado
De Cárlos, que es un soberbio:
¿Tiene él algo mas que ser
Muy galan y muy discreto,
Muy liberal y valiente,
Y hacer muy famosos versos,
Y ser un príncipe grande?
¿Pues qué tenemos con eso?
Bearne. Conde de Fox, no perdamos
Tiempo para los festejos
Que tenemos prevenidos.
Gaston. Tan feliz dia logremos.
Diana. ¡Qué tiernos van!
Pol. Son menguados.
Diana. ¿Pues es malo el estar tiernos?
Pol. Sí, que es cosa de capones.
Bearne. Proseguid el dulce acento
Que nuestra dicha celebra.
Cárlos. Yo seré iman de sus ecos.

Mús. A festejar sale Amor
Sus dichosos prisioneros, etc.

(*Vanse pasando por delante de Diana sin reparar en ella.*)

ESCENA V.

CÁRLOS, DIANA Y POLILLA.

Diana. ¡Qué finos van y qué graves!
Pol. ¿Sabe qué parecen estos?
Diana. ¿Qué?
Pol. Priores y abadesas.
Diana. Y Cárlos se va con ellos:
Solo de él siento el desden;
Pero de abrasarle á zelos
Es esta buena ocasion:
Llámale tú.
Pol. Ah, caballero.
Cárlos. ¿Quién me llama?
Pol. Appropinquatio
Ad parlandum.
Cárlos. ¿Con quién?
Pol. Mecum.
Cárlos. ¿Pues para eso me llamabas,
Cuando ves que voy siguiendo
Este acento, enamorado?
Diana. ¿Vos enamorado? bueno:
¿Y de quién lo estais?
Cárlos. Señora,
Tambien yo aquí dama llevo.
Diana. ¿Qué dama?
Cárlos. Mi libertad,
Que es á quien yo galanteo.
Diana. Cierto que me habia dado *ap.*
Gran susto.
Pol. Bueno va eso: *ap.*
Ya está mas allá de Illescas
Para llegar á Toledo.
Diana. ¿La libertad es la dama?
Buen gusto teneis por cierto.
Cárlos. En siendo gusto, señora,
No importa que no sea bueno,
Que la voluntad no tiene
Razon para su deseo.
Diana. Pero ahí no hay voluntad.
Cárlos. Sí hay tal.
Diana. O yo no lo entiendo,
O no la hay, que no se puede
Dar voluntad sin sugeto.
Cárlos. El sugeto es el no amar,
Y voluntad hay en esto,
Pues si quiero no querer,
Ya quiero lo que no quiero.
Diana. La negacion no da ser,
Que solo el entendimiento
Le da al ente de razon
Un ser fingido y supuesto;
Y así es esa voluntad,
Pues sin causa no hay efecto.
Cárlos. Vos, señora, no sabeis
Lo que es querer, y así en esto
Será lisonja deciros
Que ignorais el argumento.
Diana. No ignoro tal, que el discurso
No ha menester los efectos
Para conocer las causas;
Pues sin la esperiencia de ellos
Las ve la filosofía;
Pero yo ahora lo entiendo
Con esperiencia tambien.
Cárlos. ¿Pues vos quereis?
Diana. Lo deseo.
Pol. Cuidado que va apuntando
La varita de los zelos;
Untate muy bien las manos
Con aceite de desprecios;
No te se pegue la liga.
Diana. Si este tiene entendimiento *ap.*

Se ha de abrasar, ó no es hombre.
Pol. Eso fuera á no estar hecho *ap.*
El defensivo, y pegado.
Cárlos. De oiros estoy suspenso.
Diana. Cárlos, yo he reconocido
Que la opinion que yo llevo,
Es ir contra la razon,
Contra el útil de mi reino,
La quietud de mis vasallos,
La duracion de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
He puesto á mi pensamiento
Tan forzosos silogismos,
Que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
Apenas cedió el ingenio
Al poder de la verdad
Su sofístico argumento,
Cuando ví, al abrir los ojos,
Que la nube de aquel yerro
Le habia quitado al alma
La luz del conocimiento.
El príncipe de Bearne,
Mirado sin pasion...
Pol. ¿Zelos?
Al aceite, que traen liga.
Diana. Es tan galan caballero,
Que merece la atencion
Mia, que harto lo encarezco:
Por su sangre no hay ninguno
De mayor merecimiento;
Sus partes no las iguala
El mas galan y discreto.
Lo afable en los agasajos,
Lo humilde en los rendimientos,
Lo primoroso en finezas,
Lo generoso en festejos,
Nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
Me haya tenido tan ciega,
Que no viese lo que veo.
Cárlos. Polilla, aunque sea fingido,
Vive Dios, que estoy muriendo.
Pol. Aceite, pese á mi alma,
Aunque te manches con ello.
Diana. Y así, Cárlos, determino
Casarme; mas antes quiero,
Por ser tan discreto vos,
Consultaros este intento.
¿No os parece el de Bearne,
Que será el mas digno dueño,
Que dar puedo á mi corona?
Que yo por el mas perfecto
Le tengo de todos cuantos
Me asisten. ¿Qué sentis de ello?
Parece que os demudais:
¿Estrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida, *ap.*
Que del semblante lo infiero:
Todo el color ha perdido;
Eso es lo que yo pretendo.
Pol. ¡Ah señor!
Cárlos. Estoy sin alma.
Pol. Sacúdete, majadero,
Que te se pega la liga.
Diana. ¿No me respondeis? ¿qué es eso?
¿Pues de qué os habeis turbado?
Cárlos. Me he admirado por lo menos.
Diana. ¿De qué?
Cárlos. De que yo pensaba
Que no pudo hacer el cielo
Dos sugetos tan iguales,
Que esten á medida y peso
De unas mismas cualidades
Sin diferencia compuestos;
Y lo estoy viendo en los dos,
Pues pienso que estamos hechos
Tan debajo de una causa,
Que yo soy retrato vuestro.
¿Cuánto ha, señora, que vos
Teneis ese pensamiento?
Diana. Dias ha que está trabada
Esta batalla en mi pecho,
Y desde ayer me he vencido.
Cárlos. Pues aquese mismo tiempo
Ha que estoy determinado
A querer, ello por ello:
Y tambien mi ceguedad
Me quitó el conocimiento
De la hermosura que adoro;
Digo, que adorar deseo,
Que cierto que lo merece.
Diana. Sin duda logré mi intento. *ap.*
Pues bien podeis declararos,
Que yo nada os he encubierto.
Cárlos. Sí, señora, y aun hacer
Vanidades del acierto:
Cintia es la dama.
Diana. ¿Quién, Cintia?
Pol. ¡Ah, buen hijo! como diestro,
Herir por los mismos filos,
Que esa es doctrina del negro.
Cárlos. ¿No os parece que he tenido
Buena eleccion en mi empleo?
Porque ni mas hermosura,
Ni mejor entendimiento
Jamas en muger he visto.
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
Su agrado, no hace dichosa
Mi pasion? ¿Qué sentis de ello?
Parece que os he enojado.
Diana. Toda me ha cubierto un hielo. *ap.*
Cárlos. ¿No respondeis?
Diana. Me ha dejado
Suspensa el veros tan ciego,
Porque yo en Cintia no he hallado

Ninguno de esos estremos :
Ni es agradable, ni hermosa,
Ni discreta; y este es yerro
De la pasion.
Cárlos. ¡Hay tal cosa!
Hasta ahí nos parecemos.
Diana. ¿Porqué?
Cárlos. Porque á vos de Cintia
Se os encubre el rostro bello,
Y del de Bearne á mí
Lo galan se me ha encubierto :
Con que somos tan iguales,
Que decimos mal á un tiempo,
Yo, de lo que vos quereis,
Y vos, de lo que yo quiero.
Diana. Pues si es gusto, cada uno
Siga el suyo.
Cárlos. ¡Malo es esto!
Pol. Encima viene la tuya,
No se te dé nada de eso.
Cárlos. Pues ya, con vuestra licencia,
Iré, señora, siguiendo
Aquel eco enamorado,
Que el disfrazaros mi intento
Fué temor que ya he perdido,
Sabiendo que mi deseo,
En la ocasion, y el motivo,
Es tan parecido al vuestro.
Diana. ¿Vais á verla?
Cárlos. Sí, señora.
Diana. ¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?
Pol. Pára largo, que la pierde.
Cárlos. A Dios, señora.
Diana. Teneos,
Aguardad : ¿porqué ha de ser
Tan ciego un hombre discreto,
Que ha de oponer un sentido
A todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discursos, qué conceptos
Os la han fingido discreta?
¿Qué garbo tiene, qué aseo?
Pol. Cinco, seis y encaje; cuenta,
Señor, que la va perdiendo
Hasta el codo.
Cárlos. ¿Qué decis?
Diana. Que ha sido mal gusto el vuestro.
Cárlos. ¿Malo, señora? Allí va
Cintia, miradla aun de lejos,
Y vereis cuantas razones
Da su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
Aquel hermoso cabello,
Y si es injusto que sea
Yo el rendido, y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
Como junta el rostro bello,
Bebiendo luz á sus ojos
Sol, luna, estrellas y cielo;
Y en sus dos soles mirad
Si es digno y dichoso el yerro,
Que hace esclavos á los mios,
Aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
Que fino coral vertiendo,
Parece que se ha teñido
En la herida que me ha hecho;
Aquel cuello de cristal,
Que por ser de garza el cuello,
Al cielo de su hermosura
Osa llegar con el vuelo;
Aquel talle tan delgado,
Que yo pintarle no puedo,
Porque es él mas delicado
Que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,
Pues solo ahora le veo,
Y del pesar de mi engaño
Me paso á loco, de ciego;
Pues no he reparado aquí
En tan grande desacierto,
Como alabar su hermosura
Delante de vos; mas de esto
Perdon os pido, y licencia
De ir á pedírsela luego
Por esposa á vuestro padre,
Ganando tambien á un tiempo
Del príncipe de Bearne
Las albricias de ser vuestro.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS CÁRLOS.

Diana. ¿Qué es esto, dureza mia?
¡Un volcan tengo en mi pecho!
¿Qué llama es esta, que el alma
Me abrasa? ¡Yo estoy ardiendo!
Pol. Alto, ya cayó la breva, *ap.*
Y dió en la boca por yerro.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. Señora mia,
¡Hay tan grande atrevimiento!
¿Porqué con él no embestiste,
Y le arrancaste á este necio
Todas las barbas á araños?
Diana. Yo pierdo el entendimiento.
Pol. Pues pierde tambien las uñas.
Diana. Caniquí, este es un incendio.
Pol. Eso no es sino bramante.
Diana. ¡Yo arrastrada de un soberbio!
¡Yo rendida de un desvío!
¡Yo sin mí!
Pol. Señora, quedo,
Que eso parece querer.
Diana. ¡Qué es querer!
Pol. Serán torreznos.

Diana. ¿Qué dices?
Pol. Digo de amor.
Diana. ¿Cómo amor?
Pol. No, sino huevos.
Diana. ¿Yo amor?
Pol. ¿Pues qué sientes tú?
Diana. Una rabia y un tormento:
No sé qué mal es aqueste.
Pol. Venga el pulso y lo veremos.
Diana. Déjame, no me enfurezcas,
Que es tanto el furor que siento,
Que aun á mí no me perdono.
Pol. ¡Ay, señora! vive el cielo,
Que te se ponen azules
Las venas, y es mal agüero.
Diana. ¿Pues de aqueso qué se infiere?
Pol. Que es pujamiento de zelos.
Diana. ¿Qué decis, loco, villano,
Atrevido, sin respeto?
¡Zelos yo! ¿qué es lo que dices?
Vete de aquí, vete luego.
Pol. Señora...
Diana. Vete, atrevido,
O haré que te arrojen luego
De una ventana.
Pol. Agua va. *ap.*
Voime, señora, al momento,
Que no soy para vaciado.
¡Madre de Dios, cuál la dejo! *ap.*
Voime, que donde hay puñal,
El Caniquí corre riesgo.

ESCENA VII.

DIANA.

¿Fuego en mi corazon? No, no lo creo:
Siendo de mármol, ¿en mi pecho helado
Pudo encenderse? No, miente el cuidado;
¿Pero cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseo vencer por mi trofeo
Un desden; pero si es quien me ha abrasado
Fuego de amor, ¿qué mucho se haya entrado
Donde abrieron las puertas al deseo?
De este peligro no advertí el indicio,
Pues para echar el fuego en otra casa,
Le encendí, y en la mia hizo su oficio.
No admire, pues, mi pecho lo que pasa,
Que quien quiere encender un edificio,
Suele ser el primero que se abrasa.

ESCENA VIII.

DIANA Y EL DUQUE DE BEARNE.

Bearne. Gran victoria he conseguido,
Si mi dicha es cierta ya;
Pero aquí Diana está.
A vuestras plantas rendido,
Señora, perdon os pido
De venir tan arrojado
Con la nueva que me han dado,
Que yo pienso, que aun es poco,
Siendo vuestro, el venir loco
De un favor no imaginado.
Diana. No os entiendo: ¿hablais conmigo?
¿Qué favor decis?
Bearne. Señora,
El de Urgel me ha dicho ahora,
Que de él ha sido testigo,
Y que yo el laurel consigo
De ser vuestro.
Diana. Necio fué,
Si os dijo lo que no sé,
Y vos si lo habeis creido.
Bearne. Ya lo dudó mi sentido;
Mas quien lo creyó es mi fe,
Que como milagro fuera
De vos el tener piedad,
Os negára el ser deidad,
Si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os venera,
Haber mas fe es mas trofeo;
Y pues fe ha sido el deseo
De imaginaros deidad,
Perdonad mi necedad
Por la fe con que lo creo.
Diana. ¿Pues no es mas atrevimiento
Creeros digno de mi amor?
Bearne. No, que vos con el favor
Podeis dar merecimiento;
Y en esto mi pensamiento,
Antes que en mí el merecer,
Creyó de vos el poder.
Diana. ¿Y él os ha dicho ese error?
Bearne. Sí, señora.
Diana. Eso es peor *ap.*
Que lo que acaba de hacer,
Porque supone estar yo
Despreciada, y él amante;
Pues al príncipe al instante
El aviso le llevó:
Que él nunca lo hiciera, no,
Si á mí me quisiera bien.
Amor, la furia deten,
Pues ya mi pecho has postrado,
Que en él este hombre ha labrado
El desden con el desden.
Bearne. Señora, yo el modo erré
De aceptar vuestro favor,
Y lo que fuera mejor,
Enmendado el yerro, iré
A vuestro padre y diré
La gracia que os he debido;
Y rogaré agradecido
Que interceda mi pasion
Por mi dicha, y el perdon
De haber andado atrevido.

ESCENA IX.

DIANA.

¿Qué es esto que me sucede?
Yo me quemo, yo me abraso:
Mas si es venganza de amor,
¿Porqué su rigor estraño?
Esto es amor, porque el alma
Me lleva el desden de Cárlos.
Aquel hielo me ha encendido,
Que Amor su deidad mostrando,
Por castigar mi dureza
Ha vuelto la nieve en rayos.
¿Pues qué he de hacer, ¡ay de mí!
Para enmendar este daño,
Que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿yo publicar
Mi delito con el labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene, el recato
De mi decoro me valga,
Que tanto tormento paso
En el ardor que padezco,
Como en haber de callarlo.

ESCENA X.

DIANA, CINTIA Y LAURA.

Cintia. Laura, no creo mi dicha.
Laura. Pues la tienes en la mano,
Lógrala, aunque no la creas.
Cintia. Diana, el justo agasajo,
Que por ser tu sangre, yo
Te he debido, ahora aguardo
Que sea con tu favor
El que requiere mi estado.
Cárlos, señora, me pide
Por esposa, y en él gano
Un logro para el deseo,
Para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
Pide, señora, mi mano;
Solo tu favor me falta
Para la dicha que aguardo.
Diana. Esto es justicia de Amor: *ap.*
¡Uno tras otro el agravio!
¿No me doy ya por vencida?
¿Qué mas quieres, dios tirano?
Cintia. ¿No me respondes, señora?
Diana. Estaba, Cintia, mirando
De qué modo es la fortuna
En sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
Con dudas y sobresaltos,
Diligencias y deseos,
Por un bien imaginado:
Solo porque le deseo,
Huye de él, y es tan ingrato,
Que de otro que no le busca,
Se va á poner en la mano.
Yo de su desden herida,
Procuré rendir á Cárlos:
Obliguéle con favores,
Hice finezas en vano.
Siempre en él hallé desvío,
Y sin buscarle tu halago,
Lo que huyó de mi deseo,
Se va á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
Y el favor que me has rogado
Que te dé, te pido yo
Para vengar ese agravio.
Llore Cárlos tu desprecio,
Sienta su pecho tirano
La llama de tu desvío,
Pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
Hállete su amor de mármol:
Pene, suspire y padezca
En tu desden, y llorando
Sufra...
Cintia. Señora, ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿Porqué he de dar yo castigo
A quien me hace un agasajo?
¿Porqué me has de persuadir
Lo que tú estás condenando?
Si en él su desden no es bueno,
Tambien en mí será malo:
Yo le quiero si él me quiere.
Diana. ¿Qué es quererle? ¿tú de Cárlos
Amada y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
Del pecho se está saliendo
El corazon á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
Cuando su desden helado,
Trocados efecto y causa,
Abrasa mi pecho á rayos?
Primero, viven los cielos,
Fueran las vidas de entrambos
Asunto de mi venganza,
Aunque con mis propias manos
Sacára á Cárlos del pecho,
Donde á mi pesar ha entrado,
Y para morir con él,
Matára en mí su retrato.
¿Cárlos casarse contigo
Cuando yo por él me abraso,
Cuando adoro su desvío,
Y su desden idolatro?
¿Pero qué digo? ¡ay de mí! *ap.*
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,

Miente; mas él no es culpado,
Que si está loco mi pecho,
¿Cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor
Para hacer de uno dos daños.
Muera el corazon y el pecho,
Y viva de mi recato
La entereza. Cintia, amiga,
Si á tí te pretende Cárlos,
Si da amor á tu descuido
Lo que niega á mi cuidado,
Cásate con él y logra
Casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise vencerle,
Y este fué un empeño vano
De mi altivez, que ya veo
Que fué locura intentarlo,
Siendo accion de la fortuna;
Pues como se ve en sus casos,
Siempre consigue el dichoso
Lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
De quien desea, no es lauro,
Sino dicha de su estrella;
Y cuando yo no lo alcanzo,
No se infiere que no tengo
En mi hermosura y mi aplauso
Partes para merecerlo,
Sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
Para lo que he deseado,
Lógrala tú que la tienes,
Dale de esposa la mano,
Y triunfe tu corazon
De sus rendidos halagos.
Enlace... ¿pero qué digo?
Que me estoy atravesando
El corazon; no es posible
Resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
Si por los ojos asoma
El incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
Pues cuando lo mienta el labio,
¿Cómo he de encubrir el fuego
Que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delito
De mi desden me ha llevado
A este mortal precipicio
Por la senda de mi engaño.
El Amor, como deidad,
Mi altivez ha castigado,
Que es niño para las burlas,
Y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
Y á tí te lo he confesado,
A pesar de mi decoro;
Porque tienes en tu mano
El triunfo, que yo deseo:
Mira si habiendo pasado
Por la afrenta de decirlo,
Te estará bien el dejarlo.

ESCENA XI.

DICHAS, MENOS DIANA.

Laura. ¡Jesus! el cuento del loco
Él por él está pasando.
Cintia. ¿Qué dices, Laura, qué dices?
Laura. Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
Y del desden ha sanado.
Cintia. ¡Ay Laura! ¿pues qué he de ha-
Laura. ¿Qué, señora? asegurarlo; [cer?
Y al de Bearne que es fijo,
No soltarle de la mano
Hasta ver en lo que pára.
Cintia. Calla, que aquí viene Cárlos.

ESCENA XII.

DICHAS, CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Las unciones del desprecio,
Señor, la vida la han dado.
¡Gran cura hemos hecho en ella!
Cárlos. Si es cierto, gran triunfo alcanzo.
Pol. Haz cuenta que ya está sana,
Porque queda babeando.
Cárlos. ¿Y has conocido que quiere?
Pol. ¿Cómo querer? por san Pablo,
Que me vine huyendo de ella;
Porque la vi querer tanto,
Que temí que echase el resto,
Y me destruyese.
Cintia. ¿Cárlos?
Cárlos. ¿Cintia hermosa?
Cintia. Vuestra dicha
Logra ya triunfo mas alto
Que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
Del desden que no ha vencido
En Diana el agasajo
De los príncipes amantes:
Ella os quiere, y yo me aparto
De mi esperanza por ella,
Y por vos, si es vuestro el lauro.
Cárlos. ¿Qué es lo que decis, señora?
Cintia. Que ella me lo ha confesado.
Pol. ¡Toma si purga! Señor,
No hay en la botica emplasto
Para las mugeres locas,
Como un parche de mal trato;
Mas aquí su padre viene
Y los príncipes; al caso,

Señor, y aunque esté rendida,
Declárate con resguardo.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA Y LOS PRÍNCIPES.

Conde. Príncipe, vos me dais tan buena nueva,
Que es justo que os la acepte; y aun os deba,
Lo que á vuestra persona
Pago en daros mi hija y mi corona.
Gaston. Pues aunque yo, señor, no haya
La dicha que Bearne ha conseguido, [tenido
Siempre estaré contento
De que él haya logrado el vencimiento
Que tanto he deseado,
Por la parte que debe á mi cuidado,
Y el parabien le doy de este trofeo.
Cárlos. Y tambien le admitid de mi deseo.
Bearne. Cárlos, yo le recibo,
Y el mio os apercibo,
Pues en Cintia lograis tan digno dueño,
Que envidiára el empeño,
A no lograr el mio.

ESCENA XIV.

DICHOS Y DIANA AL PAÑO.

Diana. ¿Dónde me lleva el loco desvarío
De mi pasion? ¡Yo estoy muriendo, cielos,
De envidias y de zelos!
Mas los príncipes todos se han juntado,
Y mi padre con ellos:
Sin alma llego á vellos;
Pues si su fin no alcanza,
Yo tengo de morir con mi esperanza.
Conde. Cárlos, pues vos pedis á mi sobri-
Yo, pagando el deseo que os inclina, [na,
Os ofrezco su mano;
Y pues tanto sosiego en esto gano,
Háganse juntas todas
Las bodas de Diana, y vuestras bodas.
Diana. ¡Cielos! ya estoy mi muerte imaginando.
Pol. Señor, Diana allí te está escuchando,
Y has menester un modo muy discreto
De declararte, porque tenga efeto;
Que va con condiciones el partido,
Y si yerras el cabe, vas perdido.
Cárlos. Yo, señor, á Barcelona
Vine, mas que á pretender,
A festejar de Diana
La hermosura y el desden:
Y aunque es verdad, que de Cintia
El hermoso rosicler
Amaneció en mi deseo,
A la luz del querer bien,
La entereza de Diana,
Que tan de mi genio fué,
Ha ganado en mi albedrío
Tanto imperio, que no haré
Cosa, que no sea su gusto;
Porque la hermosa altivez
De su desden me ha obligado
A que yo viva con él:
Y puesto que haya pedido
Mi amor á Cintia, ha de ser
Siendo así su voluntad,
Pues la suya mia es.
Conde. ¿Pues quién duda que Diana
De eso muy contenta esté?
Pol. Eso lo dirá su alteza,
Por hacerme á mí merced.
Diana. Sí diré; pero, señor,
¿Vos contento no estaréis,
Si yo me caso, que sea
Con cualquiera de los tres?
Conde. Sí, que todos son iguales.
Diana. ¿Y vosotros quedaréis
De mi eleccion ofendidos?
Bearne. Tu gusto, señora, es ley.
Gaston. Y todos la obedecemos.
Diana. Pues el príncipe ha de ser
Quien dé á mi prima la mano,
Y quien á mí me la dé,
El que vencer ha sabido
El desden con el desden.
Cárlos. ¿Y quién es ese?
Diana. Tú solo.
Cárlos. Dame ya los brazos, pues.
Pol. Y mi bendicion os caiga,
Por siempre jamas amen.
Bearne. Pues esta, Cintia, es mi mano.
Cintia. Contenta quedo tambien.
Laura. Pues tú, Caniqui, eres mio.
Pol. Sacúdanse todos bien,
Que no soy sino Polilla;
Mamola, vuesa merced.
Y con esto, y con un víctor,
Que pide humilde y cortés
El ingenio, aquí se acaba
El Desden con el Desden.

EL VALIENTE JUSTICIERO

Y

EL RICOHOMBRE DE ALCALÁ.

Esta comedia tiene un gravísimo defecto, y es el de ser un plagio escandaloso de la comedia de Lope, titulada *el Infanzon de Illescas*. Se conoce que Moreto era muy poco escrupuloso en punto á apropiarse los pensamientos agenos; sin duda sabia que, como dice no nos acordamos quién, « el Parnaso es como el mundo: solo á los ricos se los permite robar, » y que ponia en práctica la máxima de Moliere: «*Je prends mon bien partout où je le trouve.*» Esta comedia, *el Desden con el Desden*, *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, y otras que pudieramos citar, están sacadas de Lope de Vega, pero en todas ha eclipsado Moreto á su modelo. *Los Milagros del desprecio*, *De cuando acá nos vino*, y *el Infanzon de Illescas*, son comedias que nunca se representan y que apenas son conocidas, sobre todo las dos últimas, mas que de los aficionados y curiosos.

Pero dejando aparte este defecto radical, ¡cuánto hay que admirar en *el Valiente Justiciero!* Lo primero que salta á la vista al leer esta comedia, y en general todas aquellas en que nuestros antiguos poetas pusieron en escena al rey don Pedro de Castilla, es la diferencia entre la pintura que de este personage nos hace la historia y el carácter que todos ellos le dieron. Los historiadores, siempre favorables al vencedor, le llaman el *Cruel*; los poetas le llaman el *Justiciero*; la historia le hace odioso, los poetas le pintan grande y noble. Nosotros adoptamos la opinion de estos últimos, porque estos escribian con independencia, y los historiadores, en España como en todas partes, rara vez han dejado de ser unos leales cortesanos del poder.

La inmensa popularidad de que goza esta comedia en España se esplica fácilmente, aun prescindiendo de su gran mérito literario, consignado en el vivísimo interes que inspira, en sus preciosos versos, en sus caractéres perfectamente pintados y sostenidos con un talento sin igual: por la índole misma de su argumento, esta comedia debe siempre agradar, pues es el triunfo del oprimido sobre el opresor. Aunque el poder feudal no ha dejado en España recuerdos tan odiosos como en otras partes, porque nunca ha podido desplegar entre nosotros, á causa de nuestras antiguas libertades, la tiranía que en otros paises que hoy nos tachan de serviles; aunque nunca ha tenido en España esa comitiva de derechos inmorales é infamantes, de que ha disfrutado á su sabor en otras naciones, con que tan odioso llegó á hacerse en ellas, no por eso ha dejado de haber en España tiranillos de horca y cuchillo, cuya arrogancia provocó mas de una vez las rebeliones de los pueblos y las venganzas de los reyes. Debemos decir sin embargo, en honor de la verdad, que nuestra nobleza nunca ha sido esencialmente opresora, y que á ella en gran parte debió la nacion, hasta el fatal reinado de Cárlos I°, la conservacion de sus antiguos fueros, pues siempre se la vió, unida al pueblo en las córtes y aun en el campo de batalla, contribuir poderosamente á reprimir las demasías de los reyes. Mas esto no obsta para que siempre sea grato al pueblo ver humillados á los que con su orgullo y opulencia le humillan á él, aun cuando no le opriman.

Algunos críticos han censurado las cabezadas que da el rey al ricohombre, como indignas de la gravedad del asunto y de los personages que entran en él, pero á nosotros por el contrario nos parecen una idea felicísima del autor, y el mas terrible castigo que podia dar á la brutal insolencia de don Tello. Lo cierto es que siempre el público las aplaude con entusiasmo, y ciertamente no hubiera aplaudido un castigo sangriento, porque no hubiera tenido sobre qué recaer con justicia, ni hubiera producido el efecto deseado de desagraviar á la humanidad humillada por el desprecio con que la trata el orgulloso prócer. Indudablemente hubiera producido un efecto contrario haciéndole interesante. En esto como en todo probó el poeta su esquisita sagacidad.

PERSONAS.

EL REY.	DOÑA LEONOR.
DON TELLO.	DOÑA MARIA.
DON RODRIGO.	INES, criada.
DON GUTIERRE.	UN SOLDADO.
EL CONDE DE TRASTAMARA.	UN CONTADOR.
MENDOZA.	UN MUERTO.
DON ENRIQUE.	MÚSICA Y ACOMPAÑAMIENTO.
PEREGIL, gracioso.	

La escena es en Madrid y en Alcalá de Henares.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Quinta de don Tello.

DON TELLO, DOÑA LEONOR Y PEREGIL.

Da. Leonor. ¿No me escuchas?
D. Tello. ¡Qué molesta
Y qué cansada muger!
Per. Siempre que te viene á ver
Debe de subir por cuesta.
Da. Leonor. Señor don Tello García,
Si ese rigor vuestro nombre
Funda acaso en ser ricohombre
De Castilla, es tiranía;
Que estais, por serlo, obligado
Á pagar obligaciones,
Y os sirven vuestros blasones
De ultrajar al desdichado.
Si os llama absoluto dueño
De Alcalá toda la tierra,
En lo grande no se encierra
Esa soberbia del ceño;
Porque si haceros mayor
Presumis, siendo inhumano,
Cuanto os poneis para vano,
Os quitais para menor.
El agrado es bizarría,
Y los hombres superiores
Con nada se hacen mayores,
Si es nada la cortesía.
La grandeza mas honrada,
Que tienen los grandes buenos,
Es que pueden, al que es menos,
Dar mucho con lo que es nada.
Y si yo me hago menor,
No es porque no os igualára
Doña Leonor de Guevara,
Sino porque os dí mi honor.
De esto solo desconfio
Para juzgarme menor,
Pues para ser vos mayor,
Teneis el vuestro y el mio.
Pero debeis de advertir
Que os le dió el pecho amoroso
Con la palabra de esposo,
La cual habeis de cumplir.
Y cuando por otra cosa
No os merezca yo atencion,
Faltais á la obligacion
De haber de ser vuestra esposa.
D. Tello (*ap. á Peregil*). ¡Que no quiera esta muger
Llegarse á desengañar
De que no me he de casar
Con ella!
Per. (*ap. á don Tello.*) ¿Pues qué ha de hacer,
Si la traes siempre á tu lado?
Apártate á su inquietud,
Que si no has de hacer virtud,
Así saldrás de pecado.
Y con razon lo imagina,
Si hoy que te ve Alcalá toda
Ser padrino de una boda,
La haces á ella la madrina.
D. Tello. No sabes tú con qué intento
Por padrino me he ofrecido,
Y en mi quinta he prevenido
Hoy la boda.
Per. Atrevimiento
Es grande, siendo tu amigo,
Y cuando de tí se fia,
Robarle á doña María
Hoy al pobre don Rodrigo.
D. Tello. ¿Pues quién ha de poner ley
En un hombre como yo,
Que ya que rey no nació,
Tampoco es menos que el rey?
Mi gusto, aunque en otro daño,
He de cumplir y seguir.
Per. Así supieras cumplir *ap.*
Con la parroquia cada año.
Da. Leonor. ¿Pues me llegais á escuchar,
No me podeis responder?
D. Tello. Peregil, dí á esa muger
Que me deje de cansar.
Per. ¿Pues yo he de ser tan civil?
D. Tello. Habla claro.
Per. Yo reparo...
D. Tello. ¿En qué?
Per. En que si soy claro,
Claro será el Peregil.
Da. Leonor. ¿No me respondeis?
Per. Señora,
Mi amo me manda decir
Que ahora no os quiere oir.
Da. Leonor. ¿Pues porqué no quiere [ahora?
Per. Tambien me manda que apunte,
Que no es mas de no querer.
Da. Leonor. ¿Pues eso se puede hacer?
Per. Manda que no se pregunte.
Da. Leonor. ¿Y ese no es rigor injusto?
Per. Manda deciros que sí.
Da. Leonor. ¿Pues yo he de sufrirlo aquí?
Per. Manda que hagais vuestro gusto.
Da. Leonor. ¡Que este agravio llegue á ver!
El corazon me atraviesa.
Per. Tambien manda que si os pesa,
Lo dejeis luego caer.
Da. Leonor. No tengo yo sentimiento,

Pues de oirlo no me infamo :
Mucho manda vuestro amo.
Per. Anda haciendo testamento.
Da. Leonor. Y vuestra osadía villana
Tambien, pues su error no ignora,
Manda mucho.
Per. Soy ahora
Mayordomo de semana.
Da. Leonor. Ya amor la venganza traza
De un desprecio tan civil.
D. Tello. ¿Se lo has dicho, Peregil?
Per. Sí, mas ha vuelto mostaza.
Da. Leonor. Sí lo ha dicho; ya no quiero
Apurar la ofensa mia :
Yo por soberbio os tenia,
Mas no os juzgaba grosero.
Aunque tiranas violencias
Useis, vuestro honor podia
Adornar la tiranía
Con urbanas apariencias;
Que no preciarse un tirano
De cortés, si se repara;
Es para afrentar la cara
Dejar el guante en la mano.
No pagar la obligacion,
Delito es comun y necio,
Mas es afrenta y desprecio
Negarla sin atencion;
Que hay agravios, que aunque de ellos
Satisfaccion no se alcanza,
No irritan á la venganza,
Por el recato de hacellos.
D. Tello. En fin, ya acabais de oir
Que el casarme no ha de ser.
Da. Leonor. ¿No lo pudierais hacer
Sin llegármelo á decir?
D. Tello. ¿No es mejor desengañaros,
Para que no me canseis?
Da. Leonor. ¿Desengañada, sabeis
Que de mí podeis libraros? [der?
D. Tello. ¿Quién por vos me ha de ofen-
Da. Leonor. ¿No hallaré justicia yo?
D. Tello. En la tierra, dudolo;
En el cielo, puede ser.
Da. Leonor. ¿En el cielo?
Per. Y aun me espanta *ap.*
Que hoy la confiese tan presto :
No le he visto tan modesto
En una semana santa.
Da. Leonor. ¿Este era el ruego importuno
Con que me llegué á vencer?
D. Tello. ¿Pues acaso el pretender,
O conseguir, es todo uno?
Da. Leonor. En quien desea alcanzar,
¿Qué diferencia ha de haber?
Per. La misma que hay de comer
Hasta hartarse, ó ayunar.
Da. Leonor. ¿No porfió vuestro amor?
D. Tello. ¿Y vos no os rendisteis luego?
Da. Leonor. Yo me rendí á vuestro ruego.
D. Tello. Pues eso fué lo peor.
Da. Leonor. Si me venció el apurarme
Con porfías, ¿qué os cansó?
D. Tello. El porfiar tanto yo,
Que fué preciso el cansarme.
Da, Leonor. ¿Por fiar un agasajo
Os cansó?
Per. ¡Hay tales estremos!
Señora, no nos cansemos,
Que el porfiar es trabajo.

ESCENA II.

DICHOS É INES.

Ines. ¿Leonor bella?
Da. Leonor. ¿Qué hay, Ines?
Ines. Que ya de un coche se apea
La boda.
Da. Leonor. En mal hora sea.
Ines. ¿Porqué?
Da. Leonor. ¿En mis ojos, no ves
La causa de mi dolor?
No querer este enemigo,
Ines, casarse conmigo,
Siendo dueño de mi honor.
Ines. ¿Pues mi honra, picaron?
Per. ¿Qué honra?
Ines. De pagarla trata.
Per. ¿No lo tomarás en plata,
Reduciéndolo á vellon?
Ines. Ni en oro, que solo allano
Con tu mano lo que erré.
Per. Yo una vuelta te daré,
Que es lo mismo que una mano.
D. Tello. Calla, Peregil.
Per. Ya callo.
Da. Leonor. Ines, rey tiene Castilla,
Que tiembla de su cuchilla
Su enemigo, y su vasallo.
D. Tello. Al ricohombre de Alcalá,
¿Qué rey basta?
Per. Aunque sea un rayo :
Ni para un rico lacayo,
¿Qué justicia haber podrá?
Mas ya en la música he oido,
Que viene el novio hecho un bobo;
¿Cómo ha de ser este robo?
D. Tello. Ya está todo prevenido.

ESCENA III.

DICHOS, DON RODRIGO, DOÑA MARIA Y MÚSICOS.

Mús. Alegraos ahora,
Campos de Alcalá,

Que madrina y novia
Bellas, sol y luna os dan.

D. Rod. Ya, don Tello generoso,
En la dicha de mi amor,
De recibir vuestro honor
Llegó el plazo venturoso.
Mi aplauso os hace el empeño
Del favor que espera ya,
Pues mi rendimiento os da
Veneraciones de dueño.

D. Tello. Yo os estimo, don Rodrigo,
Tanto, que de apadrinaros
Hoy el gusto he de mostraros;
Y vos, señora, conmigo
Partid el justo contento.

Da. María. Eso le toca á mi esposo,
Que mi afecto decoroso
Pára en su agradecimiento;
Ese, señor, no le niego,
Que es deuda en la atencion mia.

D. Tello (*á Peregil*). Bella está doña

Per. Pues meriéndatela luego. [María.

Da. Leonor. Dad, bella doña María,
Los brazos á quien espera
Ser vuestra, no compañera,
Que es contra la suerte mia.

Da. María. En ellos, bella Leonor,
Gana mi suerte mas nombre.

D. Tello. ¿De qué sirve ser ricohombre,
Si no logro yo mi amor? [*ap.*
¿Yo he de ver que un hidalguillo,
Teniendo yo amor, se case
Con quien de zelos me abrase?

Per. ¿Qué llamas verlo? ni oirlo. *ap.*

D. Tello. Enamorado estoy de ella, *ap.*
Y he de quitársela infiel.

Per. Y si lo estuvieras de él, *ap.*
¿Se le quitáras á ella?

D. Tello. Ya está mi gente avisada: *ap.*
Rodrigo, al jardin entremos,
Que allí al cura esperarémos.

D. Rod. No hay que replicaros nada:
Entrad vosotros delante,
Aplaudid con vuestro acento
Mi ventura y mi contento.

Per. Dios te lo lleve adelante.

Mús. Alegraos ahora, etc.

(*Va entrando la música, y al llegar la novia al paño, salen de adentro enmascarados, y róbanla.*)

Uno. Al coche, amigos.

Da. María. ¿Qué es esto?
Esposo, señor.

D. Rod. ¡Qué miro!
¡Cielos, sin alma respiro! [to?

D. Tello. ¿Quién tal traicion ha dispues-

D. Rod. Que me roban á mi esposa.

D. Tello. Sigamos estos traidores.

(*Vanse, sacando las espadas.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, INES Y PEREGIL.

Per. Presto, por Cristo, señores,
Que se escapan: linda cosa.

Da. Leonor. ¡Ay, Ines, que esta traicion
Es sin duda de don Tello!

Ines. ¿Pues ahora caes en ello?
Y con aquesta intencion,
Contigo el casarse escusa.

Da. Leonor. ¡Cielos, que no haya castigo
Para tan fiero enemigo,
Que vuestra justicia acusa!

Ines. ¡Ay, señora! don Rodrigo
Con todos ellos embiste,
Y le han de matar: ¡ay triste!

Da. María (*dentro*). Esposo...

D. Rodrigo (*dentro*). En vano te sigo:
Mas moriré por mi honor.

Uno. Tiradle, ¿qué os deteneis?

D. Tello (*dentro*). Dejadle, no le mateis.

D. Rod Ese es mas fiero rigor;
¿Porqué me dejais la vida,
Si el alma me habeis quitado?

Ines. Sin las armas le han dejado,
Y sin haber quien lo impida
Se la llevan.

Da. Leonor. ¡Que mi brio
Para vengar no sea bueno
Un agravio, que aunque ageno,
Resulta en desprecio mio!
Al rey irán mis enojos,
Y si justicia no alcanza,
Apelaré á la venganza
Del veneno de mis ojos:
Ven, Ines.

Ines. Señora, espera,
Que aquí viene don Rodrigo.

Da. Leonor. Sin vengarle, ser testigo
De su dolor, no quisiera.

ESCENA V.

DICHAS Y DON RODRIGO.

D. Rod. ¿Dónde se esconden los rayos
De vuestra justicia, cielos,
Si el dolor de mi deshonra
No halla la venganza en ellos?
De las llamas que respiro,
Pues no me abrasa el incendio,
O tengo el pecho de bronce,
O me han quitado el aliento.

Da. Leonor. ¿Adónde vais, don Rodrigo?
D. Rod. ¡Ay de mí, que no lo siento,
Pues vivo, hermosa Leonor;
Que esta es traicion de don Tello,
Porque el coche en que á mi esposa
Los alevosos metieron,
Era suyo, y sus criados
Los cómplices de su yerro.
Claro es, que otros no serian,
Que no hubiera atrevimiento,
Que en su quinta lo emprendieran,
Cuando al rey menos respeto
Tienen en toda esta tierra,
Que á este tirano soberbio.
Al desaire de mi afrenta,
El de quitarme el acero
Añadieron atrevidos,
Para que clamando al cielo,
Incapaz de mi venganza,
Llore imposible el remedio.
Tristes campos de Alcalá,
Abrid vuestro oscuro centro,
Para dar sepulcro á un vivo,
Que sin honor está muerto.
Piadosas aguas de Nares,
Llevadme en llanto deshecho;
Caed sobre mi deshonra,
Desnudos y ásperos cerros.
Da. Leonor. Don Rodrigo, en vano suel-
La rienda á tu sentimiento, [tas
Y mas cuando en mi desdicha
Tienen tus males consuelo;
No hay sentimiento mas noble,
Que procurar el remedio.
D. Rod. Bien dices, Leonor, bien dices;
A Madrid el rey don Pedro
Pasa de Guadalajara,
Donde está ahora asistiendo:
Solo hay este tribunal
Para el poder de don Tello;
Bañará sus reales plantas
Mi llanto; y pues justiciero
Se llama, contra la voz
Que cruel le hace, y sangriento,
Haga crédito el castigo
De un agravio tan violento.
Da. Leonor. Y yo te he de acompañar,
Porque agrave á un mismo tiempo
Con mi queja su delito.
D. Rod. Pues si hemos de ir, no tardemos.
Ines. Tambien yo iré con vosotros,
Que á este lobo carnicero
Vosotros dareis la queja
De la pierna, yo del hueso,
Que dan por añadidura.
Conde (*dentro*). Por acá al llano.
Da. Leonor. ¿Qué es esto?

ESCENA VI.

DICHOS, EL CONDE DE TRASTAMARA Y MENDOZA.

Conde. Mendoza, el rey nos alcanza,
Y si en sus manos me veo,
No está segura mi vida:
Los caballos se rindieron;
De la espesura del valle
Nos valgamos; encubiertos
Pasarémos aquí el dia.
Mend. Ese solo es el remedio.
Conde. Vamos, Mendoza: ¡ay, hermano!
¡Ay, ingrato rey don Pedro!
¿Porqué á tu sangre persigues?
Mend. Vamos, señor.
Conde. Vamos presto.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS EL CONDE Y MENDOZA.

Da. Leonor. ¿Qué será esto, don Rodri-
D. Rod. Siguiendo estos caballeros [go?
Viene por aquel camino
Otro, á caballo corriendo,
Con tal furia, que en sí mismo
Tropezó.
Rey (*dentro*). ¡Válgame el cielo!
D. Rod. Ir á socorrerle es fuerza.

ESCENA VIII.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Ya sobra el socorro vuestro,
Pues queda muerto, y yo libre.
¡Que le estorbe á mi deseo *ap.*
La fortuna la venganza,
Cuando con razon me ofendo
De tan aleves hermanos!
Ya Enrique de mi despecho
Se libró, pues el caballo
Tras él reventó corriendo.
D. Rod. ¿Os habeis hecho algun daño?
Reparaos.
Rey. No, caballero.
¿Qué sitio es este?
D. Rod. Es el campo
De Alcalá.
Rey. ¿Estará muy lejos?
D. Rod. Media legua.
Rey. Y esta quinta
¿De quién es?
D. Rod. Es de don Tello,
El ricohombre de Alcalá,
Que por su poder soberbio
No le podeis ignorar.
Rey. ¿Por su poder?

D. Rod. A qué es menos
El del rey.
Rey. ¿Menos que el suyo?
D. Rod. Segun le temen, es cierto.
Rey. Nunca lo he oido decir.
D. Rod. No sereis vos de este reino.
Rey. Si soy; mas los que asistimos
Al rey, y siempre le vemos,
Otro poder ignoramos.
D. Rod. ¿Luego vos le asistis? ¡cielos, *ap.*
Si dais luz á mi venganza!
Rey. Y por venirle siguiendo,
Que á Madrid pasa esta noche,
Le apresuré tan violento,
Que reventé ese caballo:
Mas segun le alabais, creo
Que sois vos criado suyo.
D. Rod. No soy sino quien intento
Vengarme de sus agravios,
Y otro tribunal no tengo,
Sino el del rey, y si vos
Le asistis, y es tan adentro,
Que me hagais ser escuchado,
Os deberé mi remedio.
Rey. Y estas señoras, ¿quién son?
Da. Leonor. Quien de este tirano dueño
Lloran tambien las injurias.
Ines. Y yo, señor, punto menos,
Las lloro de su lacayo,
Con que son mas duraderos
Mis agravios.
Rey. ¿Pues porqué?
Ines. Porque yo en paja los tengo.
Rey. ¿Y no hay para ellos castigo?
Da. Leonor. Solo podrá darle el cielo,
Que el rey no será bastante.
Rey. ¡Que viviendo el rey don Pedro, *ap.*
Esto se diga en Castilla!
Mucho ignoro de mis reinos.
¿Pues porqué no podrá el rey?
Ines. Porque es cruel y sangriento,
Y no nos hará justicia,
Que antes se holgará al saberlo,
De ver que haya quien le imite.
Rey. Esa es voz del vulgo ciego,
Que con lo cruel confunde
El nombre de justiciero,
Porque él solo poner supo
A la justicia respeto;
Y porque lo conozcais,
Yo os haré escuchar de él mesmo,
Y sabreis si hace justicia.
Da. Leonor. La vida y el alma os debo,
Si eso haceis.
Rey. ¿Pues cómo ha sido
Vuestro agravio?
Da. Leonor. Eso reservo
Para el oido del rey.
Rey. Yo le asisto tan adentro,
Y tanto fia de mí
La corona y el gobierno,
Que en decírmelo, podeis
Pensar que hablais con él mesmo.
Da. Leonor. Pues si ese favor nos dais,
Generoso caballero,
Doña Leonor de Guevara
Soy yo, cuyos padres muertos,
Quedé en Alcalá al abrigo
De un copioso heredamiento,
Que en este lugar fundaron
Mis ricos nobles abuelos.
Sola, hermosa, moza, y rica,
Ya vereis los casamientos,
Que unidos me ofrecerian
La codicia y el deseo.
Mas siendo mirada un dia
Del tirano de don Tello,
Le ocasionó mi hermosura
A seguir mi galanteo.
Quedé yo sin eleccion,
Pues por temor, ó respeto,
Cuantos mi amor pretendian
Olvidaron el empeño.
De él solamente asistida
Escuchaba sus afectos,
Bien que horrorosa al principio,
Me hizo el trato lisonjero.
Porfió en decirme amores,
Finezas y rendimientos,
Con que me venció. ¡Ah, si entonces
Advertir supiera el pecho,
Que era el rendimiento falso;
Que en este injusto trofeo
Solo se rinde el amor,
Por lograr el vencimiento!
En fin, con tantas porfías,
Persuadida del ejemplo
De otras, que hicieron lo mismo,
Me resolví á un desacierto.
¡Ah, ciego engaño, que todos,
Para cometer un yerro,
Ven los que erraron, y olvidan
A los que se arrepintieron!
Mano y palabra de esposo
Me dió, y con ella... No puedo
Pasar de aquí con la voz;
Mas bien podeis entenderlo,
Que no se puede dudar
Cual seria mi suceso,
Pues de vergüenza le esplico
Con la frase del silencio.
El hielo de mi desden
Desde aquí se trocó en fuego:
Precipitéme á quererle:
No sé si lo hizo el afecto,
O el trato, ó la obligacion,

O el mirarle como á dueño;
O si de esto no fué nada,
Sin duda fué lo mas cierto,
Que para estar mas galan
Le adornó mi mismo esceso
Con la joya de mi honor,
Que mi error puso en su pecho.
La llama que en mi crecia,
En su amor iba muriendo;
Sin duda hay en el amor
Cantidad fija de fuego,
Y cuando esta se reparte
Con igualdad en dos pechos,
Ni uno, ni otro quiere mucho;
Y si se aviva uno de ellos,
Lo que uno crece, otro mengua;
Y aquella parte de incendio,
Que va creciendo en el uno,
Falta al otro: con que es cierto,
Que tiene coto esta llama,
Que le debe de supuesto,
Que nunca se ven iguales
Dos ardores con estremo.
De este natural discurso
Fué nuestro amor vivo ejemplo,
Porque creció tanto el mio,
Que el suyo se volvió en hielo.
Iba sin gusto á la mesa,
Tarde, y con cansancio al lecho,
De la falta del cariño
Era la disculpa el sueño.
Siempre costaba un disgusto
Hablar en el casamiento;
Yo le halagaba, rendida
Le acariciaba; él severo
Daba un desaire á un cariño,
Por no irritarse á un despecho.
¡Qué cordura es menester
Para conservar sin riesgo
A quien no ama, cuando tiene
Tan cerca de sí el desprecio!
Porque hay muy poco en los hombres
De lo tibio á lo grosero.
Bien se vió en él, pues llegando
La ocasion de haberme hecho
Hoy madrina de una boda,
Que apadrinaba don Tello,
Grosero, ingrato y tirano
Me desengañó, diciendo
Que no habia de casarse
Conmigo; y al mismo tiempo,
Viniendo ya don Rodrigo,
Que es aquese caballero,
Con su esposa al desposorio,
Sin Dios, sin ley, sin respeto...
D. Rod. Ese agravio á mi me toca,
Mas no sé si tendré aliento
Para decir, que tirano
Me robó mi esposa. ¡Cielos,
Como á tan grande maldad
Sordo está el castigo vuestro!
En fin, señor, con mi esposa
Me quitaron el acero,
Y sin poder apelar
De esta traicion, sino al cielo,
Del modo que nos hallais
Nos dejó el bárbaro fiero,
Sin vida, sin ser, sin honra,
Donde á vuestras plantas puestos,
Solicitamos que al rey,
Pues sois tan suyo, lleguemos
Donde escuche nuestro agravio,
Aunque venganza no espero.
Rey. ¡Que haya esta gente en Castilla, *ap.*
Y no me den cuenta de ello!
¡Y que me llamen cruel,
Por castigar sus escesos!
¿No hay justicia en Alcalá?
Ines. ¿Pues ahora dudais eso?
Es lugar estudiantino,
Y si alguno hace un mal hecho,
En partiéndose á Alcalá,
Es lo mismo que á un convento.
Rey. ¿Su corregidor, ó alcalde,
Por un delito tan feo,
No irá á prender á ese hombre?
Ines. Bien que si allá el prendimiento
Fuera de Gethsemani,
En chusma de fariseos,
Los hiciera todos Malcos,
Aunque nunca fuese Pedro.
Rey. ¿Cielos, qué hombrecillo es este? *ap.*
A ir á verle estoy resuelto.
Señora, ¿estais en su casa?
Da. Leonor. Yo no sé si hallaré abierto
Cuando le vaya á buscar.
Rey. Pues allá estad, que yo quiero
Pasar por allá esta tarde,
Para ver si con él puedo
Que os vuelva á vos vuestra esposa,
Y vos logreis el deseo.
D. Rod. Yo solo he de hablar al rey.
Rey. Pues id á Madrid, que luego
Yo haré que el rey os dé audiencia.
D. Rod. Pues la palabra os aceto.

ESCENA IX.

DICHOS, DON GUTIERRE Y CRIADOS.

D. Gut. Pero aquí está. ¿Gran señor?
Rey. Calla, Gutierre, que intento
No ser aquí conocido.
¿Va el rey delante?
D. Gut. El viento
Desmintiendo en un caballo.
Rey. Pues á seguirle pasemos.

Da. Leonor. En vos, señor, voy fiada.
Rey. Vereis lo que hará mi ruego.
¿Qué ricohombrecillo es este, *ap.*
Que teme tanto este pueblo?
Vamos, Gutierre, por verle
Me va matando el deseo.

ESCENA X.

Sala en casa de don Tello.

DON TELLO, DOÑA MARIA, PEREGIL Y MÚSICOS.

Mús. A mejorar su fortuna
La bella Amarilis viene,
Dando á Tirso los aplausos,
Que Riselo no merece.

Da. María. Pues si no está aquí mi esposo,
Yo supliré su presencia,
Y con desden rigoroso
Resistiré la violencia
De un tirano poderoso.
D. Tello. ¿Qué es lo que dices, muger?
Siendo tuyo ese favor,
¿Qué resistencia has de hacer?
¿A ti no te está mejor
Lo que es mejorar de ser?
¿A hacerte yo esposa mia
Te resistes? ¿pues qué habrá
Desde el que suya te hacia,
Hasta don Tello García,
El ricohombre de Alcalá?
¿Dueño de cuanto poseo
No te viene á hacer mi amor?
Que cuando ese campo veo
Diez leguas al rededor,
Por nada ageno paseo.
¿No miras cumbres y llanos,
Que en sembrados diferentes,
Para enriquecerme ufanos,
Me crece el oro en los granos
La plata de sus corrientes?
¿Del sol contra los rigores,
Que sale flechando ardores,
No miras montes y prados
Por el estío nevados
De mis ganados menores?
Que juzgan, segun violentos
Bajan la tarde sedientos
Al valle, donde agua tienen,
Que en mariposas se vienen
Abajo los elementos.
Villas, lugares, castillos
Tengo tantos, que al mandarlos,
Me embarazo con oirlos,
Que el número, al referirlos,
Basta para avasallarlos.
Y estas grandezas no dadas
Por merced de ningun rey,
Sino con sangre ganadas,
En aumento de la ley,
De los moros á lanzadas.
La renta de esta riqueza,
Con que yo nada codicio
En mi pródiga largueza,
Sobra para mi grandeza,
Y basta á mi desperdicio.
Y aunque tanta maravilla
Mi poder, mi sangre pasa
A mas triunfos, que en Castilla
Vió ricoshombres mi casa
Antes que reyes su silla.
Tu ignorancia esto desprecia;
Mira si con causa poca,
La razon, que es quien lo aprecia,
Te llama al dejarlo, necia,
Y al no procurarlo, loca.
Da. María. Todo ese poder, señor,
Que junto habeis referido,
Es en mi aprecio menor
Que el halago del marido,
A quien tengo justo amor.
D. Tello. ¿A un pobre hidalguillo metes
En estimacion?
Per. Es dada
A querer estos pañetes;
No habia de ser honrada
Muger que quiere á pobretes.
D. Tello. Todo mi amor lo atropella.
Da. María. Que no he de casarme digo.
Per. ¿Pues qué importa en su querella,
Que no se case contigo,
Si tú te casas con ella?
D. Tello. Dices bien: cantad en tanto
Que me desposo.
Da. María. ¡Ay de mí!
Per. Cantad al son de su llanto,
Que bien merece que aquí
Le den todos con un canto.

Mús. A mejorar su fortuna, etc.

ESCENA XI.

DICHOS, UN CRIADO Y DESPUES EL REY.

Criado. Señor, á vuestros umbrales
Un caballero se apea,
Que dice que viene á veros.
D. Tello. Entre muy en hora buena,
Que á nadie que viene á verme
Tengo cerradas mis puertas;
Y mas hoy, que en este gusto
Quiero que todos me vean.
Sillas á mí y á mi esposa;
Sentaos, que así recibiera
Al mismo rey.
Criado. Ya está dentro.

Buen talle.
D. Tello. Buena presencia.
Da. María. Que yo calle aquí es forzoso,
Por no irritar su violencia.
Rey. Sentado se está el grosero, *ap.*
Sin saber quien es el que entra:
Estoy por echarle á coces
A rodar; pero aquí es fuerza
Disimular, y encubrirme,
Porque su castigo sea
Para despues escarmiento
De otras tiranas cabezas.
Déme su mano vusía.
D. Tello. Cúbrase, hidalgo.
Rey. Eso es fuerza,
Que no hablo yo descubierto
Con quien sentado me llega
A recibir.
D. Tello. Taburete.
Rey. ¿Eso mas?
Per. Y eso agradezca,
Que mi amo no da asiento,
Ni aun á genoveses.

(*Saca un taburete, y siéntase el rey.*)

Rey. Venga.
D. Tello. Dos sillas tengo, la una
Ocupa mi esposa bella,
La otra yo; mas no os admire,
Que ricoshombres, apenas,
Dan silla al rey en sus casas.
Rey. Ya lo veo que es grandeza;
Y así elijo lo que es mio.
D. Tello. Aunque su buena presencia
Quien es nos dice, ¿en qué altura
De hidalgo se halla?
Rey. Aguilera
De la Montaña.
D. Tello. Escuderos
Son de mi casa: ¿y qué intenta?
Rey. Al rey sigo por un pleito.
D. Tello. ¿Habiendo espadas, quién deja
Gastar su hacienda en procesos?
Rey. La ley es bien que obedezca:
Ya el rey en Madrid está.
D. Tello. Con doña María su prenda
Nos vendrá á dar buen ejemplo.
Rey. Ya es su esposa, y nuestra reina;
Y al que no hablare en sus partes
Con decoro y con decencia,
Con mi espada... (*Levántase.*)
D. Tello. Bueno está:
Brio el hidalguejo muestra. *ap.*
Mucho quiere al rey.
Rey. Si quiero.
D. Tello. Siéntese el buen Aguilera:
¿Que está ya en Madrid el rey? (*Siéntase.*)
Rey. Si vueseñoría le espera,
Ya puede pasar á verle.
D. Tello. Cuando el rey valerse quiera
De mí para alguna cosa,
Vendrá á verme, y hacer venta
En mi casa, donde yo
A los reyes que aquí llegan,
Como á parientes regalo
Y hospedo; y aun se me acuerda,
Que á don Alonso su padre
Hospedó esta cuadra mesma
Mas de una vez, cuyas glorias...
¡Ah, qué rey Alonso era!
Mas hoy su hijo las infama.
Rey. Téngase usía y advierta
Que habla del rey don Pedro,
Que es su rey; y aunque no fuera
Su rey, es tan mal sufrido,
Que le cortára la lengua,
A saber como habla de él. (*Levántase.*)
Per. Criados.
D. Tello. ¿Qué intentas?
Per. Matarle.
Rey. Mi rey defiendo:
Contradígalo quien quiera.
Per. Escuderos.
D. Tello. No los llames,
Loco, necio: ¿en mi presencia
Hablas tú? Si dar castigo
A su osadía quisiera,
¿No bastára yo?
Rey. No sé.
D. Tello. Ea, que la intencion es buena,
Y el buen celo de su rey
Le disculpa: no le ofendan.
Sosegaos.
Rey. Soy buen vasallo,
Vive Dios.
D. Tello. Sin jurar.
Rey. Sea.
D. Tello. Mucho quiere al rey.
Rey. Es ley.
D. Tello. Siéntese el buen Aguilera.
Rey. Perdonadme, que esta ha sido
Locura de la nobleza
De vasallo.
D. Tello. Yo lo soy
Tambien del rey, y se precia
De leal, mas que ninguna,
Mi sangre; diganlo empresas
De mis ilustres abuelos;
Y por esta razon mesma
Me ha parecido gloriosa
Aquí la osadía vuestra.
Dadme esa mano.
Rey. Los nobles
Deben hablar con decencia
De los reyes, porque son
Las deidades de la tierra,

Y en ella los pone Dios,
Y su imágen representa
Tanto el bueno, como el malo;
Pues como á él se reserva
Su soberano secreto,
Nos le da su providencia,
Malo cuando nos castiga,
Y bueno cuando nos premia.
Pero dejando esto aparte,
La gloriosa fama vuestra,
Pasando por vuestra casa,
Me dió deseo de verla;
Y en lo que el lugar os ama,
Ha quedado satisfecha
La opinion que yo traia.

D. Tello. Todo Alcalá me venera
Con mucho amor.

Rey. Y en él dicen
Que menos al rey respetan.

D. Tello. Por acá, hidalgo, conocen
Por sello ó firma á su alteza,
Y es con mi consentimiento
Alguna vez que obedezcan
Su firma.

Rey. ¡Válgame Dios! *ap.*
¿Vióse tan gran desvergüenza?
Si á puntapiés no le mato,
Es porque mas logro tenga
El blason de justiciero;
Que sino, aquí yo le hicièra
Ver quién soy.

Da. Leonor (*dentro*). Dejadme entrar.

Criado. No hay lugar.

Da. Leonor. Aunque no quieran,
He de entrar.

D. Tello. ¿Qué ruido es ese?
¿Quién entra? ¿quién es quien viene?

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA LEONOR É INES.

Da. Leonor. Quien viene á cobrar su ho-
Aunque le negueis la deuda. [nor,

Per. Venga el papel, y veamos
Si está cumplida la letra.

D. Tello. Pues adonde está mi esposa,
¿Hay quién así á entrar se atreva?

Rey. Sí, puede entrar quien pretende
Que quien lo ha de ser, lo sea.

Da. Leonor. Caballero, este tirano
Es quien me robó la prenda
Mejor del alma, y ahora
Lo que prometió me niega,
Faltando á Dios, y á la ley,
É infamando mi nobleza,
Y quitando á otro su esposa.

D. Tello. ¿Pues decidme, quién lo niega?
¿Qué quereis?

Da. Leonor. Que no os caseis.

Da. María. No os toca esa diligencia
A vos, Leonor, sino á mí,
Que aunque mil muertes me diera,
No me casaria con él.

D. Tello. Vive Dios, ingrata, necia,
Que aunque el mismo rey lo mande,
Lo has de ser; y ya que aprecias,
Mas que á mí un pobre hidalguillo,
A pedazos mi violencia
Te le ha de sacar del alma.

Per. Y habrá, como sacamuelas,
Saca hidalgos.

Rey. ¡Que esta injuria *ap.*
Escuche yo, y la consienta!
Mas llegará su castigo.

D. Tello. Yo traje una pasion ciega,
Que fué solamente antojo
De esa muger, y logréla;
Porque ella lo permitió,
Presumiendo, loca y necia,
Que habia de ser su esposo:
Doile de toda mi hacienda
Lo que quisiere, y porfia
Que me ha de casar con ella.

Rey. Pues, señora, si don Tello
Anda con tanta largueza
Con vos, ¿qué mas le pedis?

Da. Leonor. ¿Ines, no ha estado muy
La intercesion? [buena

Ines. Todo es miedo.

Da. Leonor. Pues teniendo al rey tan
A su tribunal apelo, [cerca,
Que su tiranía suspenda.

Da. María. No será eso menester
Donde está mi resistencia.

D. Tello. Echad de aquí á esas mugeres.

Da. Leonor. Buen padrino trae mi pena.

D. Tello. Siempre en los reyes se teme [*ap.*
Mas que la espada, la alteza.

Rey. Pues de don Pedro se dice
Que es bizarro.

D. Tello. Eso se cuenta
Por haber muerto un cantor
Y un clérigo.

Rey. Aunque así sea,
Todos son hombres.

D. Tello. No todos
Son ricoshombres.

Rey. Suspensa *ap.*
Dejo mi venganza ahora,
Para que castigo sea.

Da. Leonor. Ven, Ines, vamos al rey.

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS DOÑA LEONOR É INES.

D. Tello. Andad muy en hora buena;

Retiraos todos adentro,
Y mis bodas se suspendan.
Que hoy es todo azar y enojos.
Da. María. Cielos, en tanta violencia,
Pues otro amparo no tengo, [*ap.*
Válgame la piedad vuestra.
Per. ¿Ea, qué aguardais aquí?
D. Tello. Hidalgo, si hacer desea
Noche en Alcalá, en mi casa
Se quedará, mas advierta
Que es con una condicion.
Rey. ¿Qué?
D. Tello. Que á nadie doy mi mesa.
Rey. Dios guarde á vueseñoría,
Que yo aceptára sin ella
El favor, á no pasar
A Madrid algo de priesa.
D. Tello. Pues á Dios.
Rey. Guardeos el cielo.
D. Tello. Véngame á ver cuando vuelva,
Que me ha parecido, cierto,
Buen hombre el buen Aguilera. (*Vase.*)
Per. Véngame á mí á ver tambien,
Que yo le tendré á la vuelta
De Alcalá, al pasar el rio...
Rey. ¿Qué tendrás?
Per. La barca puesta.
Rey. Dios os guarde.
Per. No acompañe,
Quédese el buen Aguilera. (*Vase.*)
Rey. ¡Cielos, que esto haya en Castilla,
Y haya tenido paciencia
Para no matarlo á coces!
Mas mi magestad me deba
Este noble sufrimiento,
Que yo haré que en su cabeza,
Los que me llaman cruel,
Por justiciero me tengan.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

EL REY Y DON GUTIERRE.

D. Gut. Esto Toledo ha pedido.
Rey. ¿Mi hermano Enrique se ampara
De Toledo?
D. Gut. A Trastamara
Pasaba, y le ha detenido
La ciudad, creyendo en vano,
Fiada de glorias tantas,
Que poniéndose á tus plantas
Vuelva á tu gracia tu hermano.
Esta es su carta.
Rey. No puedo
Templar con él mi pasion:
No es mala la intercesion,
Que estimo mucho á Toledo.
D. Gut. Esta es del conde tu hermano.
Rey. Guardadla para despues:
Poderoso afecto es
La ira de un pecho humano.
De tres hermanos estoy
Enojado y ofendido,
Solo mi furor olvido,
Cuando miro lo que soy.
Mis reinos alborotados
Hoy por su causa se ven,
Yo haré que quietos esten
Cuando queden arrancados,
Porque tumulto no haya,
De Geromea, Fadrique,
Y de Astorga, don Enrique,
Y don Tello, de Vizcaya.
¿A Alcalá se despachó?
D. Gut. Ya viene Tello García.
Rey. ¡Que este hombre en mi reino ha-
Y no lo supiese yo! [bia,
Mas como vivo en Sevilla,
De quien Alcalá está lejos,
Ve solo el sol en reflejos
Esta parte de Castilla.
D. Gut. Dicen que es hombre valiente.
Rey. Yo lo he oido, y cuando veo
Que él lo publica, lo creo
Muy dificultosamente.
D. Gut. Diez hombres juntos escucho,
Que huyen de solo su espada.
Rey. Si son pícaros, no es nada,
Y si son hombres, es mucho;
Porque si tienen alientos,
Reñir con dos es blason,
Y cuando pícaros son,
Lo mismo es diez, que doscientos.
Mirad quien espera audiencia.
D. Gut. Ya, señor, entrando van.

ESCENA II.

DICHOS, UN SOLDADO Y UN CONTADOR.

Sold. Yo, señor, soy capitan,
Con veinte años de esperiencia,
Que en la guerra con el moro
La hambre y sed me han enseñado,
Que hallar no puede el soldado
La piedra de hacer el oro;
Pues deseando tener
Con que pasar, como honrado,
Aunque mi sangre he sembrado,
No he cogido que comer;
Y siempre con las divisas

De que cubierto me hallas,
He reñido mas batallas,
Que me he mudado camisas.
Algun modo de vivir
Por tantos servicios pido,
Que el que yo hasta aquí he tenido
Es el modo de morir.
Rey. Con cuidado quedo.
Sold. O infiel
He sido, ó mal despachado,
Pues cuanto yo he peleado,
Es porque vivas sin él;
Y es de entrambos molestado,
Cuando vengo á pretender,
Irme yo sin que comer,
Y quedar vos con cuidado.
Rey. Bien está.
Cont. Yo soy, señor,
De vuestra alteza premiado,
Hijo de Andres de Alvarado,
Que fué vuestro contador;
Y porque os sirvió tan bien,
Vuestra piadosa atencion
Me dió la administracion
De alcabalas de Jaen;
Y para cuatro años van,
Que á este oficio asisto atento.
Rey. No estaréis vos tan hambriento
Como el pobre capitan.
Cont. La de Murcia vacó ayer,
Y por mi servicio pido
Me mejoreis de partido.
Rey. ¿Y es servicio enriquecer?
Cont. ¿Pues no os sirve mi cuidado?
Rey. No es sino pedir de vicio,
Pues me alegais por servicio
Lo que por premio os he dado.
Si justa merced fué aquella,
Y la estais gozando ya,
Servirla bien, servirá
De conservaros en ella.
No llameis á la desdicha,
Y vuestro oficio gozad,
Que tener comodidad
No es menester, sino dicha.
A ese capitan le den
Aquesa administracion.
Sold. Señor, es mucha razon.
Cont. Miradlo, señor, mas bien;
Que no tendrá suficiencia
Quien esto no ha ejercitado.
Rey. Para estar acomodado
Cualquiera tiene esperiencia;
De ayuda de costa os den
Doscientos escudos luego.
Sold. Logres tu reino en sosiego
La edad de Matusalen;
Y pues hoy tal dicha gano,
Sea cabal el interes,
Dándome, señor, los piés.
Rey. No os daré sino la mano.

(*Dale la mano.*)

Sold. Quedo, señor, que me muero:
Soltad, vive Dios, ú osado...
Rey. Así quiero yo el soldado.
Sold. Y así yo los reyes quiero.

ESCENA III.

EL REY, DON GUTIERRE Y DON RODRIGO.

D. Rod. A vuestras plantas, señor...
¡Mas qué miro!
Rey. No os turbeis,
Alzad, decid; ¿qué quereis?
D. Rod. Reverencia es el temor;
Pero ya habiéndoos mirado,
Pues de mi queja noticia
Teneis, con pedir justicia,
Quedais, señor, informado.
Rey. Que digais la queja, es ley.
D. Rod. Ya que la sabeis infiero.
Rey. La oí como pasagero,
Y la ignoro como rey.
D. Rod. Pues, señor, Tello García,
El ricohombre de Alcalá,
Aquel á quien nombre da
Del poder la tiranía,
A mi esposa me robó
Del modo que ya supisteis.
Rey. Si vos se lo consentisteis,
Tambien lo consiento yo.
D. Rod. Quitóme la espada, y ciego
Me atajó accion tan honrada.
Rey. ¿Y os quitó tambien la espada
Que pudisteis tomar luego?
D. Rod. Yo de su poder no puedo,
Señor, mi agravio vengar.
Rey. ¿Luego se viene á quejar
No la injuria, sino el miedo?
D. Rod. Esto, señor, no es temer,
Sino el poder de su nombre.
Rey. ¿Y cuando está solo ese hombre,
Riñe con él el poder?
D. Rod. ¿Pues cuando justicia os pido,
Que riña con él mandais?
Rey. Yo no quiero que riñais,
Sino que hubierais reñido.
D. Rod. No quise, aunque fuera airosa
La accion, darla esa malicia.
Rey. No va contra la justicia
El que defiende á su esposa;
Y habiéndolo ya intentado,
De no haberlo conseguido
Quedabais mas ofendido,
Mas veniais mas honrado;

Que yo atento á la razon,
Podré mandarle volver
A ese hombre vuestra muger,
Pero no á vos la opinion.
D. Rod. Pues cobrarála mi pecho.
Rey. Ya os costará mi castigo,
Si lo haceis, que ahora os digo
Que no estuviera mal hecho:
Andad, que su sinrazon
Castigaré.
D. Rod. ¿Y no podré,
Pues sin ella quedaré,
Cobrar yo antes mi opinion?
Rey. Sí, y no.
D. Rod. ¿Pues cuál haré yo
Entre un sí, y un no, que oí?
Rey. Don Pedro dice que sí,
Y el rey os dice que no.
D. Rod. Pues ya que en mi honor infiero *ap.*
Tal mancha, lavarla es ley,
Que aunque me amenaza rey,
Me aconseja caballero.

ESCENA IV.

EL REY, DON GUTIERRE, DOÑA LEONOR É INES.

Da. Leonor. Si de la justicia el celo
Al rey, Ines, no le mueve,
No hay á culpa tan aleve
Mas tribunal que el del cielo.
D. Gut. Mirad que el rey os espera.
Da. Leonor. Ya yo llego... ¡Mas, ay Dios!
¿Este es el rey?
Rey. ¿Quién sois vos?
Da. Leonor. Habiéndoos visto, quisiera
Que vuestra piedad atenta
Me escusase, gran señor,
La vergüenza y el dolor
De referiros mi afrenta;
Que sin decir mi bajeza,
No puedo á Tello García
Culpar, pues su tiranía
Comienza de mi flaqueza.
Rey. Basta, ya tengo noticia
De donde su error comienza;
No os ha de costar vergüenza
El que yo os haga justicia.
Da. Leonor. Pues, señor, ya que sabeis
Su delito, y mi desdicha,
Pues á no ser él ingrato,
No fuera culpa la mia;
Ya que sé que sois testigo
De sus soberbias esquivas,
Pues se atrevió su desprecio
A vuestra persona misma,
Supondré en mi propia queja
La ofensa vuestra, y la mia,
Que aunque á vos no llega el daño
Con que yo soy ofendida,
La circunstancia se llega,
Que el que el honor tiraniza
De los humildes vasallos,
Desprecia en vuestra justicia
El poder que los ampara,
Y el brazo que los castiga.
Y para que mas os mueva
Las iras que os justifica,
Que aunque en Dios las suponemos,
Cuando son justas las iras,
Sabed, señor, que á esas plantas
Me traen las lágrimas mias,
Llorando mas en mi afrenta
Infamias que tiranías.
Apenas, señor, salí
De su casa despedida
Con las injurias que visteis,
Cuando á pedir vengativa
Justicia de tanto agravio,
Mi justo enojo camina.
Y estando para Madrid
Previniendo mi familia,
Al coche con sus criados
Llegó don Tello García,
Y maltratando los mios,
Hasta mi persona misma
Padeció el desprecio infame
De sus manos atrevidas;
Desjarretaron las mulas,
Y el coche hicieron astillas,
Diciendo: «Si hay rey que pueda
Castigar mis demasías,
Entre las otras, de aquesta
Venganza tambien le pidan.»
Yo de su furor huyendo,
No busqué prevencion digna,
Que no siendo la decente
Posible, hallé la precisa.
Sin decoro, señor, vengo,
Que no dejó mi desdicha
En mi honor, ni en mi respeto,
Parte que no esté ofendida.
Defendedme, gran señor,
De quien no solo me quita
El honor, pero tambien
La queja me tiraniza.
Porque mi dolor os busca
Para quejarme, se irrita,
Y me dobla las afrentas,
Porque lloro mi desdicha.
Quitarle al dolor la queja
Es la postrer tiranía,
Que al golpe, señor, que hiere,
¿Quién el sonido le quita?
De este agravio la venganza,

A vos, señor, os obliga,
Que vos sois el agraviado,
Aunque yo soy la ofendida.
A quien de satisfacerse
No es capaz, si bien se mira,
El agravio no le ultraja,
Aunque la ofensa le oprima.
En tanto la injuria afrenta,
En cuanto en quien la reciba
Hay respeto que se pierde,
Y riesgo que no se mira.
Por esto al que está sin armas
No le afrenta, aunque le irrita
La injuria, porque le falta
El brazo que la resista.
Luego si en mí no hay poder
Para resistir sus iras,
No es mi pecho á quien agravian,
Aunque es él á quien lastiman,
Sino el vuestro, porque siendo
Quien al humilde apadrina,
Y cuando en vos su defensa
Es obligacion precisa,
El que al inferior ultraja,
Pierde con su tiranía
A vuestro amparo el respeto,
Y el temor á la justicia;
Que es en vuestra regia mano
La rienda con que caminan
Con freno los poderosos,
Y los humildes con guia.
No se desboque, señor,
Su soberbia á su malicia,
Pues vuestro imperio asegura,
Que su furor le reprima.
Y no os fieis del decoro
De vuestra soberanía,
Que quien no os teme, señor,
Os amaga, aunque no os tira.
Y cuando el caballo corre
Desbocado, no peligra
Solamente el que atropella,
Sino el que lleva en la silla.
Caiga esta soberbia planta,
Que ya crece tan altiva,
Que subiendo como trono,
Ya como nube os eclipsa.
Y si como buen cultor,
No está tan endurecida,
Que podais cortar las ramas
De su soberbia, y se humilla
De suerte que no haga sombra
A las flores que marchita,
Porque la luz les usurpe,
Dejándole las precisas:
Cortad las ramas ociosas,
Y sin ser estorbo viva,
Porque se enlace con él
La hiedra que se le arrima.
Pero por mi honor os pido
Que templeis la medicina,
Sin usar de la violenta,
Hasta probar la benigna.
Córtese el brazo, señor,
Si todo el cuerpo peligra,
Mas no quede manco y feo,
Si á su sanidad no implica;
Porque cuando á vuestras plantas
Mis lágrimas solicitan
De mi dolor el remedio,
De mi decoro la vida,
La salud de mi dolencia,
Y el descanso á mis fatigas,
Rey, padre, y médico os halle,
Y curando mi desdicha,
Dando remedio á mi afrenta,
Y amparando mi justicia,
Por vuestro honor mismo sea
Regalo la medicina.

Rey. Tan justo enojo provoca
En mi pecho esta noticia,
Que me he menester yo todo
Para refrenar mis iras.
Mas yo daré en su castigo
Circunstancias tan medidas
A su tirana altivez,
Que su soberbia se rinda.
Ya yo estoy bien informado,
Y espero á Tello García;
Esperadle vos tambien,
Que pues venis á pedirla,
Hoy, antes que de palacio
Salgais, os haré justicia.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR É INES.

Ines. ¡Qué severidad, señora!
Si hace nuestra fantasía
La magestad en los reyes,
¿Porqué cuando allá en la villa
Le vimos, me pareció
Tan hombre, que yo podia
Determinarme á tentarle,
Y acá es una estatua viva,
Que yo pensé, al escucharle,
Que hablaba de la otra vida?

Dª. Leonor. Tanto el oficio de rey
A la persona autoriza,
Que se ve como deidad
Al que como rey se mira.
¡Mas ay, Ines! ¿No es don Tello
El que viene?

Ines. Y su familia,
Que es mas que la de Noé;
Mas yo pienso que es la misma,

Porque es todo cuanto hace
Efecto de lo que brindan.

ESCENA VI.

DICHAS, DON TELLO, PEREGIL, DON GUTIERRE, Y ACOMPAÑAMIENTO.

D. Gut. Desde aquí habeis de entrar solo.
D. Tello. Un ricohombre de Castilla,
Para entrar á hablar al rey,
Con sus deudos se autoriza:
Todos han de entrar conmigo,
Que esto es preeminencia mia;
Y caso que no lo fuera,
Basta el ser de mi familia,
Que vienen aquí escuderos
De nobleza tan antigua,
Que al rey no le deben nada.
Per. Y el rey es quien deberia,
Si se ajustase la cuenta;
Que aquí está una pobre hormiga,
Que tuvo un padre tan noble,
Que estuvo toda su vida
Vertiendo sangre por él.
D. Gut. Muy gran soldado seria.
Per. No fué sino quien mataba
Las aves de su cocina.
D. Tello. Entren todos.
D. Gut. No entre nadie;
Cerrar esa puerta aprisa:
Aquí ha de salir el rey,
Espere vueseñoría.

ESCENA VII.

DON TELLO Y PEREGIL.

D. Tello. ¿Qué es que espere? ¿yo espe-
¿Pues el rey, de mi venida [rar?
No estaba ya prevenido?
Cuando que venga me avisa,
¿Con tal desprecio me trata?
Cuando á la persona misma
Del conde de Trastamara
Su hermano, es igual la mia
En el asiento y el trato,
¿Yo esperar?
Per. Si bien lo miras,
Todo es llamarte judío.
D. Tello. Volverse á Alcalá imagina,
Sin hablarle, mi despecho.
Per. Déjalo para otro dia,
Que ahora no querrá la guarda.
D. Tello. ¿Qué guarda?
Per. ¿Qué? la Amarilla,
Que tiemblo de ella.
D. Tello. ¿Porqué?
Per. Yo la tengo antipatía,
Porque es del color del miedo.
D. Tello. ¡Que á mí me cierren!
Per. Malicia
Es cogerte en ratonera,
Y imagino...
D. Tello. ¿Qué imaginas?
Per. Que han de soltarnos al gato.
D. Tello. ¿Mas quién es?
Per. ¡Santa Lucía!
Vive Dios, que este es el queso;
Pescáronnos en la mina.
D. Tello. ¿Quién es?
Per. ¿No sois vos, Leonor?

ESCENA VIII.

DICHOS Y DOÑA LEONOR.

Da. Leonor. Yo soy la desconocida,
Don Tello, y vos el ingrato.
D. Tello. Vendreis á pedir justicia.
Da. Leonor. Sí vengo.
D. Tello. Bueno por cierto.
Per. ¿Pues te espantas de que pidan?
D. Tello. Pues porque os desengañeis,
Ahora vereis lo que estima
El rey hombres como yo,
En quien su imperio se fia.
Da. Leonor. No es dudable, pues os llama.
Per. ¿Cómo llamar? nos convida
A almorzar, que le han traido
Tocino de algarrobillas.
Ines. Sí será; mas podrá ser
Que os haga mal la comida,
Si comeis de convidados.
Per. Nadie en palacio se ahita,
Principalmente galanes,
Que lo que comen suspiran.
Da. Leonor. Con toda esa vanidad,
Fio yo de la justicia
Del rey, que nos haga iguales.
D. Tello. ¿En qué?
Da. Leonor. En distribuirla.
D. Tello. ¿Qué es iguales?
Per. ¿Qué es iguales?
Igualársenos querian:
¿Somos nosotros gazapos,
O perdigones de rifa?
Da. Leonor. ¿Tan difícil es?
Per. Y tanto,
Que mas presto igualaria
Unos órganos el rey,
Que á mi amo con la misma
Gran Cenobia;... ¿qué es Cenobia?
Ni con la infanta Sevilla,
Ni la Giralda, aunque fuera
Mas alta catorce picas,
Ni aun quince.
Ines. Mire que es falsa.

Per. Por eso ustedes envidan.
D. Tello. Peregil, deja esas locas.
Da. Leonor. Ines, esta demasía
Parará en mayor ultraje;
Quitémonos de su vista.
Ines. Vamos; luego lo veredes. (*Vanse.*)
Per. Agrages lo pronostica;
Pero el rey sale, señor.
D. Tello. Vive Dios, que está corrida
Mi vanidad de que el rey
De este modo me reciba.

ESCENA IX.

DON TELLO, DON GUTIERRE, ACOMPAÑAMIENTO, Y EL REY LEYENDO UNA CARTA POR TODO EL TABLADO, SIN REPARAR EN DON TELLO.

D. Gut. Esa, señor, es su carta.
Rey. Mucho mi hermano me obliga.
D. Tello. Peregil, ¡qué es lo que veo!
Per. Por las santas letanías,
Que es este el buen Aguilera.
D. Tello. ¿Quién es?
Per. Él es por la pinta.
D. Tello. Sin mí estoy de haberle visto.
Per. Ya te espera, llega apriesa.
Rey (*leyendo*). « Cuando la ley de buen « vasallo no me obligára al rendimiento « que debo á vuestra alteza,... »
D. Tello. A vuestros piés, gran señor,
Está don Tello García.

(*Mírale el rey, y prosigue leyendo sin hacer caso.*)

Rey (*leyendo*). « ...la razon de vuestro « hermano no me dejára faltar á esta obli- « gacion. »
D. Tello. ¿Qué puede ser esto? el rey
No me oye, ó no me mira.
Per. Alcese el buen Aguilera.
D. Tello. A vuestras plantas se humilla...
Rey (*leyendo*). « Y para demostracion « de mi obediencia, espero licencia de vues- « tra alteza para ponerme á sus piés,... »
D. Tello. Si vuestra alteza, señor,
En mí no ha puesto la vista...
Per. Sordo está el buen Aguilera.
D. Tello. Que me mireis os suplico.
Rey (*leyendo*). « ...y para que si le enoja « mi poca fortuna, castigue en mí, no la « culpa, sino la desdicha;... »
D. Tello. Dé vuestra alteza la mano...
¿Esto conmigo se estila? *ap.*
Per. Siéntese el buen Aguilera.
D. Tello. Si vuestra alteza no mira...
Rey (*leyendo*). « ...que siempre será en « mí de mas precio su desenojo, que mi « vida. EL CONDE DE TRASTAMARA. »
Per. Tampoco el buen Aguilera
Usa en su casa el dar silla.
D. Tello. Señor, llamado de vos...
Rey. ¿Quién es?
D. Tello. Don Tello García.
Rey. Guardad, Gutierre, esa carta.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS EL REY.

Per. Este estilo es de Castilla.
D. Tello. ¿Desprecio á mí? ya se abrasa
El corazon con mas veras.
Per. ¿Pues quién son los Aguileras,
Escuderos de mi casa?
D. Tello. ¿Pues no lo son?
Per. Yo lo infiero.
D. Tello. En mi sangre es cosa estraña.
Per. Mas como es de la Montaña,
Anda tonto este escudero.
D. Tello. ¿Con las vanidades mias
Usa el rey tal desagrado?
Per. Señor, le habrán ya informado...
D. Tello. ¿De qué?
Per. De tus niñerías.
D. Tello. Todos con semblante esquivo
No hicieron caso de mí.
Per. Sí, han hecho caso de tí;
Pero ha sido acusativo.
D. Tello. Pues desprecia mis trofeos,
Cuando me haya menester
A Alcalá me vendrá á ver;
Vamos de aquí.

ESCENA XI.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Deteneos.
D. Tello. Señor, yo, porque resista
Mi pecho á vos el favor...
Rey. Quien no me tiene temor,
¿Cómo se turbó á mi vista?
D. Tello. Yo no me turbo.
Per. Es verdad,
Que como no ha consumado,
Aun no está recien casado.
Rey. Yo haré que os turbeis, llegad.
D. Tello. A vuestros piés, gran señor...
El guante se os ha caido.
Rey. ¿Qué decis?
D. Tello. Que yo he venido...
Rey. ¿Dúdolo yo?
D. Tello. Si es favor,
Cuando á besaros la mano
Vengo, que el guante perdais...
Rey. ¿Qué decis? ¿no me le dais?

D. Tello. Tomad.
Rey. Para ser tan vano,
Os turbais: ¿qué os embaraza?
D. Tello. El guante.

(*Dale el sombrero por el guante.*)

Rey. Este es el sombrero,
Y yo de vos no le quiero
Sin la cabeza.
Per. ¡Zaraza!
Rey. En fin, ¿vos sois en la villa
Quien al mismo rey no da
Dentro de su casa silla?
¿El ricohombre de Alcalá
Es mas que el rey en Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
Que cualquiera ley es vana,
Solo la de Dios es digna?
Mas quien no guarda la humana,
No obedece la divina.
¿Vos quien, como llegué á vello,
Partis mi cetro entre dos,
Pues nunca mi firma, ó sello,
Se obedece, sin que vos
Deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,
Que su gusto es ley, y al vellas,
No hay honor seguro aquí
En casadas, ni doncellas?
¿Esto lo aprendeis de mí?
Pues entended que el valor
Sobra en el brazo del rey,
Pues sin ira ni rigor
Corta, para dar temor,
Con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
Piensa que hará oposicion
A su impulso, mal seria,
Que al herir de la razon
No resista la osadía.
Para el rey nadie es valiente,
Ni á su espada la malicia
Logra defensa que intente,
Que el golpe de la justicia
No se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
Os lo ha enseñado la ley,
Que vuestro error despreció,
Porque despues de ser rey,
Soy el rey don Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
Quitar el violento efeto,
Cuyo respeto os altera,
Mi persona en vos hiciera
Lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
No me puedo el ser de rey,
Por llegároslo á mostrar,
Y que os he de castigar
Con el brazo de la ley;
Yo os dejaré tan mi amigo,
Que no darme cuchilladas
Querais; y si lo consigo,
A cuenta de este castigo,
Tomad estas cabezadas.

(*Dale contra un poste.*)

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS EL REY.

D. Tello. ¡Cielos, con tal deshonor
A mi ultraje tan infame!
¡Que para esto el rey me llame!
Per. ¿Dolióte mucho, señor?
D. Tello. ¡Ay de mí! sin alma debo
De sentir pena tan rara:
¿Conmigo afrenta tan clara?
Per. Es por si has menester huevo.
D. Tello. ¡Que el rey las manos osadas
Ponga en tan nobles vasallos!
Per. Sabe que tienes caballos,
Y te da las cabezadas.
D. Tello. Mas que el furor de sus manos,
Siento que aje mis blasones.
Per. Apriétate en los chichones
Unos cuartos segovianos.
D. Tello. ¿No pudiera la lealtad
Vengarse de este furor,
Sin que fuera deshonor
Agraviar la magestad?
Que entonces de mi nobleza
El brazo se habia de ver,
Aunque juntase el poder,
El valor y la grandeza.
Mas si impulsos soberanos
Ofenden el inferior,
¿Qué valor es, si al valor
Ata el respeto las manos?
Fuera en campaña, y no aquí,
Y fuera el reñir blason.
Per. Riñe tú con morrion,
Que yo apostaré por tí.
D. Tello. ¿Qué dices, necio, villano?
¿Tú contra mí el labio mueves?
¿Ni aun con la queja te atreves
A lo que es poder tirano?
Per. Yo no hablo mal de su alteza.
D. Tello. ¿Pues, cobarde, porqué no,
Si me agravia?
Per. Porque yo
Escarmiento en tu cabeza.
Mas ya que el dártele plugo,
Vete, y teme la ocasion,
Porque de algun coscorron
Se suele alzar un verdugo.

Y veslo aquí dicho y hecho,
Porque por aquel postigo
Viene aquí un tropel de guardas,
Y es mala señal, por Cristo;
Que tú no eres monumento.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON GUTIERRE, DOÑA MARIA, DOÑA LEONOR É INES.

D. Gut. Entren, señoras, conmigo.
Per. No es nada lo que va entrando.
D. Tello. ¡Válgame el cielo, qué miro!
¿Aquí está doña María?
Per. A fe que te la han traido
Antes que ella haya llegado.
D. Gut. Don Tello, como ministro,
A quien esta diligencia
Encarga el rey, he venido
A que aquí reconozcais
Estas señoras.
Per. ¡Qué lindo!
Con esto á mí me dan soga.
D. Tello. Ya las he reconocido,
Una porque fué mi dama,
Y otra porque solicito
Que sea mi esposa.
D. Leonor. Tened;
La dama, si hablais conmigo,
Lo fué por vuestra traicion,
Porque yo del honor mio
Dueño os hice, con palabra
De esposo.
D. Tello. ¿Quién os ha dicho
Que yo lo niego? Es verdad.
Dd. Leonor. Pues si vuestra dama he sido,
A lo que es engaño vuestro
No llameis intento mio.
Da. María. Y si hacerme vuestra esposa
Queriais, no con motivo
De voluntad en mi afecto,
Sino tirano y altivo,
Robándome de mi esposo,
Que os eligió por padrino.
D. Tello. Todo es así; ¿mas qué importa
Que yo de un pobre hidalguillo
Quite, ó robe la muger,
Cuando atento se la quito
Antes que su esposa sea?
D. Gut. De lo que habeis respondido
Haré informacion al rey.
D. Tello. Decidle, que yo lo digo;
Y si esto tiene por culpa
Que merezca su castigo,
Se acuerde que le defiendo
Sus reinos.

ESCENA XIV.

DICHOS Y DON RODRIGO.

D. Rod. Arrepentido
De cobarde, espero aquí
A don Tello: ¡mas qué miro!
Aquí están él y mi esposa;
Quien halla lo que ha perdido,
En cualquiera parte puede
Cobrarlo, y el honor mio
Está en tu vida. (*Saca la espada.*)
D. Gut. ¿Qué es esto?
Per. Que ha venido su marido.
D. Gut. El rey sale, deteneos.

ESCENA XV.

DICHOS Y EL REY.

Rey. ¿Qué es esto?
D. Tello. Haberse atrevido
Un hidalgo á mi persona,
Por haber acaso visto
Que no me da vuestra alteza
El honor de que soy digno.
D. Rod. Yo le hallé aquí con mi esposa,
Y aquí cobrarla he querido.
Rey. ¿Pues, en palacio? Prendedlos.
D. Rod. ¿Pues, señor, no me habeis dicho
Que puedo cobrar mi honor,
Sin que cometa delito?
Rey. No aquí, ni en esta ocasion,
Donde perdeis atrevido
A mi decoro el respeto,
Y el temor á mi castigo.
Llevadlos; y advertid vos,
Que es don Pedro el que lo dijo,
Y quien os prende es el rey.
D. Tello. Yo solo las armas rindo
A vuestra alteza.
Da. María. Señor,
Yo por mi esposo os suplico.
Rey. Ya ninguno podrá serlo
De los dos, y así os aviso
Que os retireis á un convento,
O busqueis otro marido.
Da. María. Temblando voy de su vista.
D. Gut. Venid entrambos.
D. Rod. Ya os sigo.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS DON RODRIGO.

Rey. Esperad, don Tello, vos.
Gutierre, ¿qué ha respondido
Don Tello á doña Leonor?
D. Gut. Que es verdad que la ha debido
Su honor, y la dió palabra

De ser su esposo.
Rey. Cumplidlo,
Dándola luego la mano.
D. Tello. Vos, señor, de mi albedrío
No sois dueño.
Rey. Así es verdad.
D. Tello. Pues si yo contra mí mismo
No he de ser, dando la mano
A muger que he aborrecido,
De mi hacienda, que lo sois,
(Cuando haya sido delito)
La podeis satisfacer,
Sin violentar mi albedrío;
Que en un hombre como yo,
Sobrado será el castigo
De quitarme de mi hacienda
Lo que parezca medido
Para paga de su honor.
Rey. Aceptar ese partido
Toca á la parte, no á mí.
Da. Leonor. Pues yo, señor, no le admito;
Que si el oro, siendo tanto
Lo que la tierra atesora,
Y las perlas que la aurora
Cuaja con líquido llanto,
Se juntase ahora á cuanto
Don Tello me puede dar,
No bastáran á esmaltar
La mancha que hacerme intenta,
Porque es un yerro la afrenta,
Que no se puede dorar.
Mientras palabra me dió
De esposo, honrada me infiere;
Cuando dice que no quiere,
Lustre y honor pierdo yo:
Para lo que prometió
Tengo sobrada nobleza;
Mire ahora vuestra alteza
Si me la debe cumplir,
Porque yo no he de salir
Sin la mano, ó la cabeza.
D. Tello. Los ricoshombres no pueden
Morir por esos delitos.
Rey. ¿Quién estableció esa ley?
D. Tello. Privilegios concedidos
De reyes, abuelos vuestros,
A los que grandes nacimos.
Rey. ¿Serán mas reyes que yo?
D. Tello. No, señor.
Rey. Pues si lo mismo
Soy yo que ellos, de la ley
Es árbitro quien la hizo,
Y yo la sabré guardar
Cuando importe á mis motivos,
Y derogarla tambien,
Para hacer justo castigo.
Si vos prometisteis ser
Esposo suyo, cumplidlo,
Porque no os arriesgue el alma
Con la vida ese delito.
Mas si debeis, ó no, hacerlo,
No me toca á mí inquirirlo,
Sino á vuestro confesor;
Consultadle ese peligro,
Porque que os caseis, ó no,
Mañana, por plazo fijo,
Os cortaré la cabeza:
Llevadle ahora al castillo.

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS EL REY.

D. Tello. ¡Cielos, qué es esto que escucho!
Per. Cáscaras, dijo Andresillo.
D. Tello. ¿Aquí no hay apelacion?
D. Gut. La de hacer lo que os ha dicho,
Si importa á vuestra conciencia,
Porque el rey ha de cumplirlo.
D. Tello. Bien podrá por la grandeza;
Mas si pudiera mi brio,
Depuesta la magestad,
Que confieso que he temido,
Yo hiciera...
D. Gut. Vamos, que esto es
Justificar el castigo.
D. Tello. ¿En fin, vamos á morir?
Da. Leonor. ¿Que en fin, don Tello, has [querido
Dar primero la cabeza,
Que la mano?
D. Tello. Ya es preciso
Lo que el poder quiere.
Per. Ines,
Si te acuerdas, pues ha sido
Todo manos y cabezas,
¿Fué en sábado este delito?
Ines. Si tú hubieras dicho lúnes,
No hubiera en sábado sido.
Per. Mal haya mi lengua infame.
D. Tello. Ya no hay que tratar, amigo,
Sino de enmendar el yerro.
Da. Leonor. Si eso intentas, aun resquicio
Abre á la piedad el ruego.
D. Tello. Ya no podrás conseguirlo.
Da. Leonor. ¿Pues tú querrás ser mi esposo?
D. Tello. No lo querrá el albedrío,
Mas querrálo la violencia.
Da. Leonor. Pues yo hallar piedad me obligo.
D. Tello. Ya, Leonor, será imposible.
Da. Leonor. ¿Porqué?
D. Tello. Porque el rey lo ha dicho.
Da. Leonor. La amenaza no es palabra.
D. Tello. Téngole muy ofendido.
Da. Leonor. ¡Ah, don Tello, á qué mal [tiempo
Reconoces tus delitos!

D. Tello. ¡Ay, Leonor, qué tarde vuelvo
A mi olvidado cariño!
Da. Leonor. Yo iré á llorar.
D. Tello. Yo á morir.
Da. Leonor. Yo á solicitar tu alivio.
D. Tello. Ya, Leonor, mi vida es tuya,
No defiendes lo que es mio. (*Vase.*)
Da. Leonor. Cielos, siempre un desdichado
Halla entre otro mal su alivio. (*Vase.*)
Per. A buen tiempo se requiebran.
Ines. ¿Peregil?
Per. Pimpollo mio.
Ines. ¿Tú no me darás la mano?
Per. Antes yo á tí te la pido,
Porque voy á dar un salto.
Ines. ¿No te has de casar conmigo?
Per. No.
Ines. Pues te llevará el diablo.
Per. Menos mal será.
Ines. ¿Qué has dicho?
Per. Que mas demonio me lleva,
Si yo me caso contigo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

DOÑA MARIA, DOÑA LEONOR é INES.

Da. Leonor. Ya, bella doña María,
El rigor es impiedad,
La venganza es crueldad,
Y la queja es tiranía.
Ya está don Tello rendido,
Y á muerte está condenado,
Y de verle tan postrado,
El pueblo á piedad movido.
Temple tu venganza, pues,
El ver que aunque te ofendió,
En tu honor no te injurió,
Aunque pudo descortés.
Y no vengues de esta suerte,
Cuando le acusa la ley,
Hacer que apresure el rey
Los términos de su muerte.
Ines. Ten lástima de la pena
De Peregil infelice,
Que si escapa de esta, dice
Que se ha de hacer yerba buena;
Que como tiene costumbre
De afligirse de un pesar,
Si le sacan á ahorcar,
Se ha de ahogar de pesadumbre.
Da. María. Leonor, si de mi venida
Presumis esta intencion,
No sabeis en la afliccion
En que llego á ver mi vida.
Preso don Rodrigo está,
Porque en palacio el acero
Sacó, y el rigor severo
De la justicia, le da
Sentencia esquiva de muerte:
Bien que admite apelacion,
Y con esa pretension
A palacio de esta suerte
Vengo á ver si rigor tanto
Puede mi llanto templar.
Da. Leonor. Pues de esa suerte, ayudar
Nos podemos con el llanto.
Ines. Señora, al llanto te agarra,
Y lloremos á la par,
Que mas fácil de templar
Será un rey, que una guitarra.
Que si á sollozos y llantos
Su dureza enternecemos,
Siendo Pedro, al rey diremos:
Parece que somos santos.
Da. Leonor. Pues al paso le esperemos,
Que por aquí ha de salir.
Ines. Dios nos lo deje plañir
De modo que le ablandemos.

ESCENA II.

DICHAS, EL REY, DON GUTIERRE Y CRIADOS.

Rey. Cerrad, Gutierre, esa puerta,
Que no ha de salir de aquí...
D. Gut. ¿Quién, señor?
Rey. ¡Estoy sin mí! *ap.*
Quien entró, no estando abierta.
D. Gut. Aquí, señor, nadie ha entrado,
Que dé á tu enojo ocasion.
Rey. ¿Qué me quiere esta ilusion? *ap.*
No da á mi valor cuidado
Tanto marcial desacierto,
Ni se le dieron esquivos
Tantos enemigos vivos,
¿Y quiere dármele un muerto?
Desde que airado maté
Aquel clérigo atrevido,
En cualquier parte ofendido
La imaginacion le ve.
Siempre que estoy solo, ó no,
Se me viene al pensamiento,
Y que he de ser, dice al viento,
Piedra en Madrid: ¿piedra yo?
¿Pero porqué esta vision
Me obliga á mí á discurrir?
Piedra seré en no sentir
Tan vana imaginacion.
Gutierre, ¿has notificado

A don Tello la sentencia?
D. Gut. Ya está de la diligencia
El secretario encargado,
Y ya el infante ha partido.
Rey. No quiero que se publique
Que espero á mi hermano Enrique,
Hasta que él haya venido,
Que en él y en Tello han de ver
Mi castigo y mi perdon
Juntos.
D. Gut. Y será razon.
Rey. Así le doy á entender,
Que pues su soberbia loca,
Como rey tengo postrada,
Le he de hacer ver con la espada
Lo que á mi valor le toca.
Da. Leonor. Lleguemos, doña María,
Que esta es la ocasion mayor:
A vuestras plantas, señor...
Rey. ¿Qué quereis?
Da. Leonor. La pena mia
No puede, señor, venir,
Sino á pediros á vos,
Que si os mira como á Dios,
Fuerza es que venga á pedir.
Rey. Justicia me habeis pedido,
Y ya la he mandado hacer.
Da. Leonor. Pues lo mismo viene á ser,
Señor, lo que ahora pido,
Pues segun de vos se indicia,
Por ser imágen de Dios,
Lo mismo ha de ser en vos
La piedad, que la justicia.
Pues si arrepentido el hombre
Llegais, gran señor, á ver,
Tener piedad, es hacer
Justicia con otro nombre.
Da. María. Yo, señor, del mismo daño
Temerosa, á vuestros piés,
Por ser del mismo interes,
Su peticion acompaño.
Rey. ¿Qué pedis?
Da. Leonor. A vuestra alteza,
Yo por entrambas, señor,
Lo diré, aunque con temor
De enojar á vuestra alteza.
Rey. La peticion que no es buena
Nunca ofende la razon,
Que una injusta peticion
Negándola se condena.
Y aunque la vuestra haya sido
No justa, escucharla es ley,
Que á una y otra debe el rey
Tener igual el oido.
Que él por sí nada resuelve,
Mas con cuerda distincion
Deja entrar á la razon,
Y á la sinrazon la vuelve.
Da. Leonor. Pues, generoso don Pedro,
Cuya justicia la fama
Pondera tanto, que puede
Ser esceso la alabanza:
Yo, que mi honor ofendido,
Por lavar la oscura mancha,
Invoqué de vuestro brazo
La proteccion soberana,
En vuestra heróica justicia
Provoqué de ofensa tanta,
Que ya mi honor su castigo
Tanto oprime, como ampara.
Del delito de don Tello
Venganza os pidió mi fama,
Mas ya aunque es justo el castigo,
Es injusta la venganza.
Para merecer la pena
Bastó el desprecio, la sacra
Violencia de la justicia,
Que vuestro valor iguala:
Mas para no padecerla,
Tambien á la ley la basta,
Que arrepentido la tema,
El que ciego la quebranta.
De ser mi esposo don Tello
Me cumple ya la palabra,
Si el negarla le condena,
El cumplirmela le salva.
Revoque, pues, la piedad
Lo que la justicia manda;
Porque en su muerte, señor,
Soy yo la mas castigada.
Él pierde la vida, y yo
Pierdo la vida y la fama,
En quien teniendo mi honor,
Se hizo ya prenda del alma.
Ya quien me ofendió, me obliga,
Que en quien se arrepiente y llama,
Lo que como agravio irrita,
Ya como lisonja halaga.
Ya, gran señor, de don Tello
Volvió á las culpas ingratas
La cara vuestro rigor,
Vuestro desprecio la espalda.
Y pues de una y otra siente
Ya el castigo, eso le basta:
¿Qué tiene que hacer el golpe
En quien rindió la amenaza?
Vuestra piedad solicita;
Y ya postrado la aguarda:
¿Para quién se hizo el perdon,
Si al rendido no le alcanza?
En un castigo, señor,
De quien mereció su saña,
La justicia es quien condena,
Y el poder es el que mata.
Pues si el poder os confiesa
Su rendimiento, ¿á qué pasa

La ejecucion del castigo,
Si mas blason os alcanza
Lo que la justicia enmienda,
Que lo que el poder acaba?
Del árbol que al suelo inclina
Las ramas que vicio alarga,
Por no malograr el fruto,
Mas dignos son de alabanza
Los que la rama enderezan,
Que los que cortan la rama.
Si la victoria sin sangre
Mas al vencedor alaba,
Logre aquí vuestra justicia
Tan victoriosa alabanza.
Justicia es cortar el paso
A una vida que va errada;
Mas justicia y providencia,
Hacerla buena de mala.
Para que sirva un vasallo
Con fe pronta, firme y grata,
Es deuda en vos prevenirle
El premio de la esperanza.
Pues si le teneis mas fijo
Aquí, por razones tantas,
Para lograrle mas firme,
Menos costa, y mas ventaja
Será omitir un castigo,
Que conceder una gracia.
Y si aquí vuestra grandeza
La ha de conceder, logradla
En el amor de las dos;
Pues conducidas entrambas
De una amorosa violencia,
Venimos á vuestras plantas:
Que aunque amor en nuestro oido
Es indecente palabra,
El ser de nuestros esposos
La vuelve decente y casta.
Muévaos, señor, al perdon
El justo dolor, que causa
En nuestro amor su castigo;
La piedad, que mas ensalza
El nombre de justiciero;
La justicia, que es mas sacra
Con freno, que con azote;
La corona, que avasalla
Mas al perdon, que al castigo;
La ley, que es mas soberana
Por las hojas de la oliva,
Que los filos de la espada.
Que cuando no sea en don Tello
Cierta la enmienda, mas falta
Es perder un buen vasallo,
Que daño el que le amenaza.
Rey. Ya venis tarde, señora;
Pues de don Tello la causa
Tiene ya justa sentencia,
Que de mi mano firmada,
Justicia y piedad supone,
Y la concuerdan entrambas.
Da. María. Pues, señor, mi peticion,
No siendo la culpa tanta
De don Rodrigo mi esposo,
Halle en el rigor templanza.
Rey. Tambien respondí á la vuestra:
Ya estais las dos despachadas.
Ines. Yo, señor, tambien soy parte,
Que si á Peregil me matan,
No tengo con que comer
Carnero ya, sino vaca.
Da. Leonor. Señor, aunque haya senten-
Dueño sois de revocarla; [cia,
Mi pena y mi llanto os muevan,
Y el honor que me restaura.
Ines. No le degüellen, que harto
Se degüella él, si se casa.
Rey. La peticion, que propuesta
No me ofendió, replicada
Merecerá de mi enojo
El castigo: despejadlas,
Gutierre.
D. Gut. Salid, señoras.
Da. Leonor. ¡Qué entereza tan estraña!
Da. María. ¡Qué semblante tan severo!
Ines. ¡Y qué acedo de palabras!
Da. Leonor. ¡Temblando voy de su vista!
Ines. Vamos, que pienso que habla
Ciruelas por madurar.
Da. Leonor. Murieron mis esperanzas.

ESCENA III.

EL REY Y DON GUTIERRE.

Rey. No solo por mi justicia
Ha de quedar castigada
Para ejemplo á mis vasallos
De este loco la arrogancia;
Mas tambien por mi valor
Ha de conocer que basta
A castigar su osadía
La violencia de mi espada.
Gutierre, cuando esta tarde
Las oscuras sombras caigan,
A la puerta del jardin
Con secreta vigilancia
Me esperad, y allí tened
Dos caballos, y una espada,
Y solo un mozo los lleve.
D. Gut. ¿Espada vos? ¿pues os falta?
Rey. No, que aquí llevo la mia.
D. Gut. ¡Qué prevencion tan estraña!
Rey. Es que quiero llevar dos:
¿En la escuela de las armas
No habeis tomado licion
De reñir con dos espadas?
D. Gut. Sí, señor, mas como sé

Que vuestro valor no se arma
Para ningunos peligros
Jamas de aquesas ventajas,
Esa prevencion presumo
De mas oculta venganza.
Rey. Pues si presumis, Gutierre,
Que importa para otra causa,
Cuando yo no os la declaro,
Sois necio en averiguarla;
Que nadie tiene al criado
Por consejero en su casa,
Y aquel sirve al rey mejor,
Que hace mejor lo que manda.
D. Gut. Yerro fué de mi fineza.
Rey. Pues sed discreto en lograrla,
Y en ver, que pues no os le fio,
El secreto es de importancia.

ESCENA IV.

Decoracion de cárcel.

UN SECRETARIO CON UNOS PAPELES, DON TELLO, PEREGIL Y UN CRIADO.

Sec. En los decretos del rey
Pone nuestra diligencia
Solamente la obediencia;
Ya veis, don Tello, que es ley
Cumplir así su precepto;
Ya no hay que apelar al brazo,
Sino aprovechar el plazo
Que os señala este decreto;
Mostrad valor y prudencia.
D. Tello. ¿Eso es mas que morir? ¿pues
Qué valor menester es
Para morir con violencia?
Sec. Que tengais, deciros quiero,
Valor para resistir.
Per. Claro es, que para morir,
Antes es menester miedo.
D. Tello. Mas cuando no me perdona,
Mira el rey, pues yo le irrito,
La calidad del delito,
Y no la de mi persona.
Esto el rey lo puede hacer,
Pero atienda su rigor
Que no me vence el valor,
Si me condena el poder.
Y que si fuera me hallára
De la prision, ser pudiera
Que en sus ministros no hubiera
Quien á prenderme llegára.
Sec. ¿Pues qué pudieras hacer
Para intentaros librar?
Per. ¿Pues le quiere usted quitar
Lo que pudiera correr?
Notifique usted, y tasa
No ponga en nuestro poder.
Sec. ¿Pues qué, pudiera correr?
Per. Mas que el alquiler de casa.
D. Tello. No es tiempo de repugnallo,
Y así yo he de obedecello.
Sec. Eso es lo mejor, don Tello.
D. Tello. Pues ya otro medio no hallo,
A Leonor haced venir,
Que pues lo ordena mi estrella,
Me desposaré con ella.
Sec. Eso voy á prevenir.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL SECRETARIO.

Criado. Vos tambien ya habeis oido
Que á muerte estais condenado.
Per. ¿Hámelo notificado?
Criado. ¿Pues no?
Per. Pues no lo he entendido.
Criado. ¿Cómo no?
Per. Digo que no;
Vuelva usted, y no replique.
Criado. ¿Para qué?
Per. Usted notifique
Hasta que lo entienda yo.
Criado. Pues oiga, que dice así;
Y en la misma causa escritos.
« Por cómplice en sus delitos
A Peregil... »
Per. Tenga ahí;
Y de ver me haga merced
Si dice ahí Pedro Gil.
Criado. Aquí dice, Peregil.
Per. Pues deletréelo usted.
Criado. Peregil dice: ¡hay tal caso!
Per. ¿Es verde la letra?
Criado. No.
Per. ¿Pues cómo puedo ser yo?
¿Hay Peregil negro acaso?
Criado. Esos son vanos atajos;
Sentenciado está vusté
A muerte de horca.
Per. ¿De qué?
Criado. De horca.
Per. ¿Y es de ajos?
Criado. Prevéngase.
Per. ¡Que mis castos
Deseos mueran al viento!
Criado. ¿Qué dice?
Per. Que solo siento
Morir en el tres de bastos.
Criado. Haga lo que su señor.
Per. Diga que me manden dar
Término para enviar
A llamar mi confesor.
Criado. Yo lo traeré, ¿dónde está?
Per. No está muy lejos de aquí;
En Lóndres.

Criado. ¿En Lóndres?
Per. Sí,
Qué es canónigo de allá.
Criado. ¡Que piense ese desvarío!
Un fraile le haré enviar.
Per. Yo no me he de confesar
Sino en inglés, señor mio.
Criado. Pues mañana esos cuidados
Perderá; á Dios.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS EL CRIADO.

Per. ¿Qué es mañana?
Que ni en toda esta semana
Puedo pensar mis pecados.
D. Tello. Peregil, esto es violencia,
Pero es justicia tambien;
Y con Dios ponernos bien
Es la mejor diligencia.
Per. ¿Yo morir haciendo gestos?
¿Ajusticiados los dos?
Aunque puestos bien con Dios,
No quedamos muy bien puestos.
Mañana en fin por mí anda
La campanilla y los gritos;
¡Qué gran dia de coritos,
Si les toca la demanda!
Que todo el dia es tragar
Lo que juntan en su nombre,
«Para hacer bien por el hombre,
Que sacan á ajusticiar.»
D. Tello. Ya va oscureciendo el viento
La noche lóbrega y triste,
Que parece que la viste
Su trage mi pensamiento.
Per. El mio no, que es morado,
Y tira algo á columbino.
D. Tello. ¿Porqué?
Per. En la lengua imagino
Que he de salir ahorcado.
D. Tello. ¿No hay luz en este castillo?
Per. Impiedad es no la dar,
Viendo aquí para espirar
Dos hombres de garrotillo.
D. Tello. Mala noche.
Per. Pues paciencia,
Que á mí peor me lo aplican,
Que como es de salto, pican
Las pulgas de la sentencia.
D. Tello. Ya mi desdicha el consejo
De no malograrla tomo.
Per. Pues por Dios que es bravo como
Pensar en el cordelejo.
D. Tello. O es el temor que resisto,
O el postigo abriendo están
Del castillo; ¿quién será?
Per. Un confesor con un Cristo.

ESCENA VII.

DICHOS, EL REY Y DON GUTIERRE.

Rey. Desde aquí os podeis volver.
D. Gut. Solo á obedecerte asisto. (*Vase.*)
Per. Muy devoto soy de Cristo,
Y él me ha de favorecer.
D. Tello. ¿Quién va?
Rey. ¿Es Tello?
D. Tello. Tello soy.
¿Quién lo pregunta?
Rey. Quien viene
A daros vida, y previene
Vuestra libertad.
Per. Ya voy.
D. Tello. Detente; quien sois decid,
Porque sepa con quien hablo.
Per. Librenos, y sea el diablo.
Rey. Un hombre soy de Madrid.
Per. No le negueis la verdad,
Que confesor os creia,
Y os daremos señoría,
Si no sois paternidad.
Rey. ¿No está de mí asegurada
La verdad?
D. Tello. En vos se ve.
Per. Tiéntale.
D. Tello. ¿Pues para qué?
Per. Por si trae Cristo, ó espada.
Rey. No dudeis, que soy un hombre
Que os viene á dar libertad,
Traido de la piedad
A que mueve vuestro nombre;
Que soy un hidalgo creed,
Que vengo á esta diligencia.
Per. Os creemos reverencia,
Y os dudamos la merced.
D. Tello. ¿Pues qué intentais?
Rey. ¿Tendreis, pues,
Valor para aqueste esceso?
Per. No pregunteis para eso
Por valor, sino por piés.
D. Tello. Mucho estraño, si sabeis
Quien soy, de que hayais dudado
Valor á mi pecho osado.
Rey. Pues seguidme, si quereis
Que del rey la sinrazon
No se logre.
D. Tello. No lográra,
Si el poder no lo intentára.
Per. Vive Dios, que es un Neron,
Cara de Sardanapalo,
Que de sí da testimonio.
Rey. Es mal hombre.
Per. Y mal demonio,
Que aun para diablo era malo.
D. Tello. Pues con toda esa fiereza,

Yo de encontrarle me holgára,
Donde no me embarazára
El respeto de la alteza.
Per. Le hicieras mil rebanadas,
Que yo, por vida de san,
De solo comer tu pan
Estoy, que broto estocadas.
Rey. Ya yo sé que sois brioso,
Y á vuestro brio inclinado,
Libertad hoy he intentado,
De aficionado y piadoso.
D. Tello. ¿Pues quién sois?
Rey. No es para aquí,
Que arriesga la dilacion
Mi noble resolucion.
Per. ¿Pues qué esperais, pesia mí?
Rey. Seguidme los dos.
Per. Corred
Presto, señor.
D. Tello. ¿Quién será
Quien este favor nos da?
Per. ¿Si es fraile de la Merced?

ESCENA VIII.

Parque de palacio.

DON ENRIQUE Y MENDOZA.

D. Enr. En esos álamos queden
Los caballos, hasta el dia,
Y la gente.
Mend. La porfia
Del sueño vencer no pueden.
D. Enr. Aquí quiero que aguardemos
Al sol, para entrar de dia.
Mend. Temo á tu hermano.
D. Enr. Porfia
En tus temores y estremos:
¿Qué temes de él?
Mend. Que te tiene
Envidia por tu valor,
Y es poderoso.
D. Enr. El temor
De la culpa te previene;
Mas tus recelos son vanos,
Que el delito hace el temor.
Mend. ¿Pues qué delito mayor,
Si hay odio entre dos hermanos,
Que atropellar cualquier ley?
D. Enr. Vete, Mendoza, á la mano,
Que es ofender en mi hermano,
Y es irritarme en mi rey.
La mano vengo á besar,
Porque licencia me ha dado,
Y habiendo á sus piés llegado,
Nada puedo aventurar;
Y pues de su enojo injusto
Es causa mi adversa estrella,
No quiero mas logro de ella,
Que morir dándole gusto.
Mend. Gente parece que viene
Hácia aquí.
D. Enr. Guardas son
Del campo, que en vela están;
Que no nos vean conviene.
Mend. Bien será que te separes,
Que aquí se van acercando.
D. Enr. Pues vámonos retirando
A orilla de Manzanares.

ESCENA IX.

EL REY, DON TELLO Y PEREGIL.

Rey. Ya en este parque estamos mas seguros.
D. Tello. Alejémonos algo de los muros,
Que temo mucho al rey.
Rey. ¿Pues teneis miedo
Del rey?
D. Tello. Si lo obrára su denuedo,
Y cuerpo á cuerpo aquí yo le encontrára,
Pudiera ser que el miedo se trocára:
Pero riñe el poder con muchas manos,
Con quien los brios son alientos vanos.
Per. Y luego tiene para ser valiente
Una cara de sátiro de fuente,
Que entre sus tentaciones pensar puedo,
Que al mismo san Anton le diera miedo.
Rey. Ya que solos estamos, sabed, Tello,
Que el libertaros me movió á emprendello
Vuestro valor.
D. Tello. Y yo saber deseo
A quién debo favor como el que veo.
Rey. Este criado ir puede á aquel molino
A traer una luz, que aquí previno
Para esto una linterna mi cuidado,
Porque me conozcais, y asegurado
De quien yo soy, busquemos los caballos,
Por si no acierto donde pueda atallos.
Per. ¿Y hácia dónde, señor, nos encaminas?
Porque yo tendré miedo en Filipinas.
Rey. Portugal, ó Aragon serán reparo,
Porque sus reyes os darán amparo,
Que aquí os daré yo letras y dineros.
D. Tello. Mas que librarme, espero conoceros.
Per. ¿Dinero y letras? vengan al instante,
Que porque nuestro gozo te los cante,
Las pondremos en solfa en el camino,
Para que tengan fuga: mas yo inclino
Mis pasos á Aragon.
Rey. ¿Porqué lo intentas?
Per. Porque yo tengo allí muchas parientas.

Rey. Si allá tienes parientes, bien esperas.
Per. Soy por vinoso deudo de las peras.
Rey. Pues ve á traer la luz.
Per. Iré volando,
Y por las letras me vendré cantando.

ESCENA X.

EL REY Y DON TELLO.

Rey. Un bulto hácia aquí viene.
D. Tello. Sin espada
No puedo conocerle.
Rey. Pues si osada
Vuestra mano echa menos el acero,
Tomad la mia, que llegarme quiero
Por otra, que al arzon traigo colgada,
Y guardad este puesto con la espada.
D. Tello. Eso no os dé cuidado.
Rey. Temo que nos descubran. (*Vase*.)
D. Tello. Yo aseguro,
Mas que si esto quedára con un muro.
¿Quién será este hombre, cielos, cuyo trato
Tanto me obliga, y con tan gran recato,
Siempre cubriendo el rostro me ha traido
Donde de un rey cruel me ha defendido?
(*Sale el rey*.)
Rey. Ya ocasion ha logrado mi deseo
De ver si se compone mi trofeo
De respeto, ó valor, si esto consigo.
D. Tello. Este es el bulto que asustó á [mi amigo.
Rey. ¿Quién va?
D. Tello. ¿Quién lo pregunta?
Rey. Quien desea
Saber quién va.
D. Tello. Muy mala vista tiene;
Que quien quedo se está, ni va, ni viene.
Rey. ¿Qué busca en este parque?
D. Tello. Leña verde.
Rey. ¿Qué buscais?
D. Tello. ¿Volveis vos lo que se pierde?
Rey. Yo mostraré á estocadas lo que hablo,
Si no se va de ahí.
D. Tello. Válgalo el diablo.
Rey. Váyase, ó le echaré de aquí al momento.
D. Tello. ¿Cuántos vienen con él para el [intento?
Rey. En mí viene quien sobra.
D. Tello. Muy pocas penas trae para la [obra.
Rey. Pues comiéncelo á ver.
D. Tello. ¡Qué lindo tema!
¿Que en fin quieres reñir?
Rey. ¡Donosa flema!
O arrojaréle de ahí.
D. Tello. Tenga paciencia,
Que yo le hartaré presto de pendencia:
Acérqueseme un poco.
Rey. Riña, y calle.
D. Tello. No quiero yo cansarme por matalle;
Pulso tiene, por Dios, y trae la espada *ap*.
No mal alicionada.
Rey. Bien repara, y bien tira; *ap*.
Tiene valor, y ya es menor mi ira,
Que le cobro aficion.
D. Tello. ¡Que hombre haya habido
Que solo me resista! estoy corrido.
Rey. Vive el cielo, que Tello se defiende;
Casi me da cuidado: mas pretende
Ya de mi furia resistirse en vano.
D. Tello. La espada me has sacado de la [mano.
Rey. Tómala.
D. Tello. ¿Cómo puedo,
Si la fuerza perdí?
Rey. ¿Me tienes miedo?
D. Tello. Miedo no, envidia sí, pues me has vencido;
Mover no puedo el brazo: hombre atrevido,
¿Quién eres? que no sabes cuanta gloria
Te da el haber logrado esta victoria.
Rey. ¿No me conoces?
D. Tello. No.
Rey. ¿Luego yo solo,
Sin que el ser yo quien soy sea circunstancia,
Confiesas que he vencido tu arrogancia?

ESCENA XI.

DICHOS Y PEREGIL CON LUZ.

D. Tello. No te lo puedo negar.
Per. Vengan letras y dinero,
Que ya está la luz aquí...
¡San Pablo! ¡qué es lo que veo!
Rey. ¡Al ricohombre de Alcalá
A los piés del rey don Pedro!
Per. San Miguel está al reves.
D. Tello. ¿Vos sois, señor?
Rey. Sí, don Tello,
Que lo que tú deseabas
Te he mostrado cuerpo á cuerpo,
Parando tu vanidad,
Porque veas que eres menos
Que el clérigo y el cantor
Que maté, acaso riñendo
Con mas aliento que tú;
Para que sepas que puedo
Hacer hombre con la espada,
Lo que rey con el respeto.
D. Tello. Yo lo confieso.
Rey. Pues ya
Que por mí mismo te venzo,
Y sabes que te vencí
En tu casa por modesto,
Y por rey en mi palacio,
Y en estos tres vencimientos
Me has admirado piadoso,

Y valiente, y justiciero;
Vete, pues te dejo libre,
De Castilla y de mis reinos,
Porque si en ellos te prenden,
Has de morir sin remedio;
Porque si aquí te perdono,
Allá como rey, no puedo:
Que aquí obra mi bizarría,
Y allá ha de obrar mi consejo.
Allá la ley te condena,
Y aquí te absuelve mi aliento;
Aquí puedo ser bizarro,
Y allá he de ser justiciero;
Allá he de ser tu enemigo,
Y aquí ser tu amigo quiero,
Que allá no podré dejar
De ser rey, como aquí puedo;
Porque para que riñeses
Sin ventaja cuerpo á cuerpo,
Me quité la alteza, y solo
Vine como caballero.
D. Tello. ¡Sin mí estoy! y con mas fe
Tu magestad reverencio,
Admiro tu bizarría,
Y tu valentía tiemblo,
Juzgando gloria el castigo,
Y honor este vituperio;
Porque tú solo podrás
Postrar mi valiente pecho;
Y así dejando á Castilla,
Tu voluntad agradezco.
Per. Y yo, señor, de memoria
Tomando tan buen consejo,
Obedezco en tu mandado
Voluntad y entendimiento,
Y con mis cinco sentidos
Voy á correr como un viento,
Que no quiero como un galgo,
Por temer tu pan de perro.
Rey. Junto aquel olmo está un hombre
Con caballos y dineros;
Que esto, García, es ser rey,
Y esto es ser valiente, Tello.
D. Tello. Todo, señor, lo conozco.
Rey. Pues no dilateis el riesgo.
Per. ¿Qué es dilatar? vamos de esta.
D. Tello. Mil veces tus plantas beso.
Rey. Idos presto.
Per. Abur jauná.
D. Tello. Corrido voy.
Per. Vamos luego.
D. Tello. Vamos.
Per. Lleve el diablo el alma
Que gastare cumplimientos.

****

ESCENA XII.

EL REY.

Rey. Glorioso quedo de haber
Ganado en un vencimiento
Dos triunfos, que en un rendido
Malogra el golpe el trofeo.
Ya el alba está muy vecina,
Cerca aquí á palacio tengo.
(*Dentro.*) Piedra has de ser en Madrid.
Rey. ¡Qué escucho! ¡válgame el cielo!
Esta voz, que en mis oidos
Tanto horror hacen sus ecos,
Vuelvo á oir; ¿pero qué importa,
Si es ilusion que padezco?
Recogerme quiero.

ESCENA XIII.

EL REY Y UN MUERTO CON ALBA Y MANÍPULO DE CLÉRIGO.

Muerto. Aguarda.
Rey. ¿Quién me llama?
Muerto. Yo.
Rey. ¡Qué veo!
Sombra, ó fantasma, ¿qué quieres?
Muerto. Decirte que en este puesto
Has de ser piedra en Madrid.
Rey. ¿Qué pregon me estás haciendo,
Que así en Madrid me persigues?
Muerto. Llega, si quieres saberlo,
Y en el brocal de este pozo
Que está arrimado á este templo,
Venerable, como humilde,
Glorioso, como pequeño,
Por haberlo edificado
Santo Domingo, asistiendo
El seráfico Francisco
En su fábrica, podemos
Sentarnos.
Rey. Viene ya el dia,
Y detenerme no puedo.
Muerto. Siéntate, que eso es temor.
Rey. Por desmentirte, me siento.
Ya estoy sentado, prosigue.
Muerto. ¿Conócesme?
Rey. Estás tan feo,
Que no me acuerdo, si no eres
Demonio, que persiguiendo
Me estás.
Muerto. No; vuelve á sentarte.
Rey. Sí haré.
Muerto. Yo, Neron soberbio,
Soy el clérigo á quien diste
De puñaladas.
Rey. ¿Yo?
Muerto. Es cierto.

Rey. Mas anduviste atrevido,
Y aunque fué justo tu celo,
Ni á mi rey, me respetaste,
Ni era tuyo aquel empeño.
Muerto. Es verdad, mas te amenaza
Con el mismo fin el cielo
Con este agudo puñal,
Con el cual tu hermano mesmo,
De tus ciegos precipicios
Dará á Castilla escarmiento.
Rey. ¿A mí mi hermano? ¿qué dices?
Suelta el puñal.
Muerto. Ya le suelto.

(*Deja caer el puñal y queda clavado en el tablado.*)

Rey. Si te pudiera matar
Otra vez, te hubiera muerto.
Muerto. Dia de santo Domingo
Me mataste.
Rey. ¿Y qué es tu intento?
Muerto. Advertirte que Dios manda
Que fundes aquí un convento,
Donde en vírgenes le pagues
Lo que le hurtaste en desprecios:
Clausuras honren clausuras;
¿Prométeslo?
Rey. Sí, prometo:
¿Quieres otra cosa?
Muerto. No.
Queda en paz; lábrale luego,
Porque has de vivir en él
En alabastros eternos.
Rey. ¿Eso es ser piedra en Madrid?
Muerto. Sí, piedra en Madrid es esto;
Y dadme ahora la mano
En señal del cumplimiento.
Rey. Sí, doy;... pero suelta, suelta,
Que me abrasas, vive el cielo.
Muerto. Este es el fuego que paso,
De donde salir espero
Cuando la fábrica acabes.
Rey. Suelta, que sufrir no puedo,
Vive Dios...
Muerto. En ese ardor,
Teme, rey, el del infierno.

ESCENA XIV.

EL REY, Y POCO DESPUES DON ENRIQUE Y MENDOZA.

Rey. ¡Vive Dios, que á ser posible,
Te hiciera átomos mi aliento!
¡Mas válgame Dios! ¡qué digo!
Haré edificar el templo,
Porque por él se revoque
Lo que me amenaza el cielo.
Mas ya tras el alba el dia
Viene aprisa, gente siento,
Y el retirarme es forzoso.
D. Enr. Él es, Mendoza, lleguemos.
Rey. Por el postigo del parque,
Que cae allí, entrarme quiero,
Antes que me reconozcan.
D. Enr. ¡Mi hermano es, viven los cie-
Y ya por aquel postigo [los!
Se entra al palacio: ¿qué haremos?
Mend. No darse por entendido;
Pues tú no sabes qué empeño
Le ha detenido esta noche.
D. Enr. Llama á los criados luego...
¡Mas válgame Dios! ¿puñal
No es aquel? ¡terrible encuentro!
Mend. Antes di terrible azar.
D. Enr. ¿Qué, está clavado en el suelo?
Algo tengo de Mendoza,
Mas no creo estos agüeros:
Muestra.
Mend. Prenda es de valor.
D. Enr. En la guarnicion que veo,
Conozco que es el puñal
De mi hermano.
Mend. Algun esceso
De pesar ha sucedido:
¡Ah, quién llegára mas presto!
D. Enr. Vamos, Mendoza, á palacio:
Por aquí el paso atajemos.
Mend. Vamos, señor.
D. Enr. El puñal
Ha de ser, Mendoza, el medio
Por donde el rey me reciba
Mas grato; porque su reino,
Segun su primor aprecia,
Presumo que estima en menos.
Mend. Dicha ha sido haberle hallado.
D. Enr. No sé qué alborozo siento,
Que de este puñal presumo
Que han de resultar mis premios:
Mas ya á palacio llegamos.
Mend. ¿Qué alboroto suena dentro?
D. Enr. No sé, vámonos llegando;
Que el rey en el parque, y luego
En palacio este alboroto,
Me ha dado mucho recelo.
Mend. No hay ya que pasar de aquí,
Porque todos van saliendo,
Y presumo que es el rey.
D. Enr. A buena ocasion le vemos.
(*Dentro.*) Plaza, plaza al rey.

ESCENA XV.

Salon de palacio.

DON ENRIQUE, MENDOZA, EL REY, DON GUTIERRE, Y ACOMPAÑAMIENTO.

D. Gut. Señor,
Ya se sabe en todo el pueblo,

Que don Tello se ha escapado.
Rey. Grande fué su atrevimiento:
Haced que luego le sigan,
Que ha de ser el escarmiento
De Castilla su castigo:
Y llamad á los maestros,
Que hayan de venir conmigo
A ver la planta del templo
Que labro á santo Domingo,
Donde he de hacer un convento
De monjas, que le dé honor
A Madrid, donde deseo
Que mi hija doña Juana
Tome el hábito primero:
Donde se cayó el puñal,
La capilla hacer pretendo.
D. Gut. Sin duda se te ha caido,
Pues solo la vaina veo.
Rey. Junto al pozo le olvidé:
Por azar perderle tengo.
(*Dentro.*) Llévenle luego al castillo.
Rey. Mirad, Gutierre, qué es eso.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS DON GUTIERRE.

Rey. Haber perdido el puñal
Me ha dado gran sentimiento.
D. Enr. Pues, señor, no está perdido,
Que á quien desvela el deseo
De servirte, le ha traido,
Por lograr este contento.
Rey. ¡Válgame el cielo! ¡qué miro! *ap.*
Mas pesar me ha dado el verlo
En mi hermano, que el perderle;
Pues cuando me avisa el cielo
Que me ha de matar mi hermano
Con este mismo instrumento,
Con temor y horror le miro;
Mas disimularlo quiero.
Enrique, llega á mis brazos.
D. Enr. Y el alma, señor, en ellos
Te daré.
Rey. ¿Qué haces, traidor?
¡Ha de mi guarda! prendedlo,
Matadle.
D. Enr. ¿Señor, qué dices?
Rey. Tú con el puñal sangriento
Me quieres quitar la vida,
Tú me has herido, prendedlo:
Dame ese acero alevoso,
Dámele, que con él mesmo
Te he de matar.
D. Enr. Gran señor,
Humilde y rendido vengo:
Y si mi humildad te enoja,
Besándole te le vuelvo,
Como quien de su castigo
Besa humilde el instrumento.
Rey. Alza, Enrique, de mis piés,
Que en los decretos del cielo
Nada es el hombre, y las obras
Ejecutan sus decretos.
¡Qué loca ilusion me asusta!
(*Dentro.*) Entrad adentro.
Rey. ¿Qué es eso?

ESCENA XVII.

DICHOS, DON GUTIERRE Y LAS DAMAS.

D. Gut. Señor, las guardas del campo
Iban siguiendo á don Tello;
Y los criados del infante,
Sin conocerle, creyendo
Que fuese algun malhechor,
Le detuvieron á tiempo
Que ya iban á prenderle,
Y le traen.
Rey. Mucho lo siento, *ap.*
Porque es preciso que muera.
D. Enr. Mis criados le prendieron, *ap.*
Ya es empeño el ampararle.
Da. Leonor. Señor, á tus plantas vuelvo,
Porque te hace mas deidad,
Aunque te ofenda, mi ruego.
Da. María. Mirad, señor, nuestro llanto.
Rey. Gutierre, llévenle luego
A ejecutar la sentencia;
No entre aquí, y el privilegio
De verme la cara alegue.
D. Enr. Señor, si el merecimiento
De haber entrado en tu gracia
Puede alcanzar este premio,
Te pido que le perdones;
Y sea aquese el primero
Favor que de tí reciba,
Para empeñar mis alientos
En las glorias de servirte.
Rey. Muy poderoso es tu ruego;
Hermano, su vida es tuya.
D. Enr. Mil veces tus plantas beso.
Rey. Venga él, y don Rodrigo.

ESCENA XVIII.

TODOS.

D. Gut. Aquí están todos.
Per. Laus Deo.
D. Tello. Y yo rendido á tus plantas.
Rey. Dad la mano á Leonor, Tello.
D. Tello. Ya se la doy con el alma.
Da. Leonor. Dulce fin de tanto empeño.
D. Rod. Tambien yo á doña María.
Da. María. Tu vida es la que yo aprecio.

Per. Oigan ustedes, que falta
Aquí lo mejor del cuento;
Y es, que sepan que aquí acaba
El Valiente Justiciero.

EL LINDO DON DIEGO.

El título de esta comedia ha quedado en el lenguaje familiar en España, para designar un hombre fatuo y demasiado cuidadoso del aliño de su persona: esto prueba la popularidad que ha alcanzado esta composicion. Todavía, á pesar de la mudanza de los tiempos y de las costumbres, es una de las que mas hacen reir en el teatro.

Si Moreto no hubiera escrito su admirable *Desden con el Desden*, *el Lindo don Diego* seria en nuestro concepto la mejor de sus comedias. Pertenece esta al género llamado de *figuron*, que con tanto éxito cultivó tambien Moliere, y en que tanto se han distinguido los poetas cómicos italianos. Entre los nuestros, el que mas partido ha sacado, despues de Moreto, de este género tan á propósito para escitar la risa, es don José de Cañizares, autor del *Dómine Lucas*, que insertarémos en esta coleccion.

Seria menester llenar con esta noticia del *Lindo don Diego* tantas páginas como ocupa la comedia misma, si hubieramos de hacer notar todas las bellezas que contiene. Desde su esposicion, que no puede ser mas clara y sencilla, hasta el desenlace, en que queda castigado el vicio con la severidad que merece, ni mas ni menos, todo es digno de elogio. Un vicio, mejor diriamos flaqueza, tan poco perjudicial á los demas como la presuncion, no exigia un castigo muy grave; el espectador le hubiera visto con disgusto, pues si bien se rie de don Diego, desde que este se presenta en la escena, porque es en efecto muy necio y muy ridículo, ni le desprecia ni le aborrece porque ni tiene un carácter bajo, ni por la índole peculiar del defecto dominante en él, hace daño á nadie. Es lo que suele llamarse un majadero sin hiel.

Recomendamos muy particularmente á nuestros lectores el gracioso Mosquito, que es de los buenos graciosos de nuestro teatro. Sus embrollos para zafarse de las preguntas de don Tello son chistosísimos. Esta comedia nos parece una de las mejores de nuestro antiguo repertorio.

PERSONAS.

DON TELLO, padre de
DOÑA INES, y
DOÑA LEONOR.
DON JUAN, amante de doña Ines.
DON DIEGO, sobrino de don Tello.
DON MENDO, primo de don Diego.
BEATRIZ, criada.
MOSQUITO, criado de don Tello.
LOPE, } criados.
MARTIN, }

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de don Tello.

DON TELLO Y DON JUAN.

D. Tello. Quiera Dios, señor don Juan,
Que volvais muy felizmente.
D. Juan. Breves los dias de ausente,
Señor don Tello, serán;
Pues llegar de aquí á Granada
Ha de ser mi detencion.
D. Tello. La precisa ocupacion
De ser hora señalada
Esta, de estar esperando
Dos sobrinos, que han venido
De Búrgos, la causa ha sido
De no iros acompañando
Hasta salir de Madrid:
Que mi amistad no sufriera,
Si este empeño no tuviera,
Dejar de hacerlo.
D. Juan. Asistid,
Señor don Tello, á un empeño
Tan de vuestra obligacion,
Que yo estimo la atencion.
D. Tello. Vos de la mia sois dueño;
Que el haber hecho pasage
Los dos de Méjico á España,
Hace amistad tan estraña,
Que el cariño de un viage
Casi es deudo; y mas ahora,
Que mi obligacion confiesa

Favor tanto á la condesa
Vuestra prima, y mi señora:
Y pues ha de ser tan breve
Vuestra ausencia, hasta volver
Las bodas no se han de hacer.
D. Juan. ¿Qué bodas?
D. Tello. De todo debe
Daros cuenta mi atencion:
Los dos sobrinos que espero
Con mis hijas casar quiero.
D. Juan. ¡Cielos, qué escucho! *ap.*
D. Tello. Ellos son
Don Mendo y don Diego: á Mendo,
Hijo de hermana menor,
Le quiero dar á Leonor.
Y á Ines, en quien yo pretendo
Fundar de mi honor la basa,
Para don Diego la elijo,
Porque de mi hermano es hijo,
Y cabeza de mi casa:
Su gala y su bizarría
Es cosa de admiracion;
De Búrgos es el blason.
D. Juan. ¡Ay de la esperanza mia! *ap.*
¡Ay, Ines, que bien se advierte
Que de traicion prevenida,
Me has encubierto esta herida,
Para lograrme esta muerte!
D. Tello. ¿Qué decis, don Juan?
D. Juan. Que apruebo
Vuestros justos regocijos.
D. Tello. Voy á esperar á mis hijos;
Que ya este nombre les debo.
A Dios, don Juan.
D. Juan. Él os guarde.
D. Tello. Y á vos os vuelva con bien.

ESCENA II.

DON JUAN, Y DESPUES DOÑA INES.

D. Juan. Amor, el golpe deten,
Contra la vida. ¡Qué tarde,
Ya con tan cruel herida,
Mi amor podrá revivir!
¿Pues qué falta por morir,
Si era amor toda mi vida?
Da. Ines. ¿Don Juan, qué es esto? ¿Tú
¿Tú quejas, y tú suspiros? [voces?
Cuando de tu ausencia está
Tan cercano mi peligro,
Esperando que se fuese
Mi padre, me dió el aviso
Tu voz de que estabas solo;
¡Y cuando salgo te miro
Triste, enojado y quejoso!
¿Qué ha sido la causa? Dilo,
Señor, que es cruel la duda.
D. Juan. ¿Pues tú, ingrato dueño mio,
Por la causa me preguntas?
¿Tú, que eres de ella el principio,
Dudas la razon que tengo
Para llorar tus desvíos?
Da. Ines. Don Juan, señor, ¿con quién
Que de tan bastardo estilo, [hablas?
No puedo ser el sugeto.
¿Tú traicion, tú engaño has visto?
No sé, por Dios, lo que dices;
Y turbada te replico,
Que aunque no tenga razon
Tu queja, que no averiguo,
De tan horroroso estruendo
Para turbar basta el ruido.
D. Juan. ¿No tiene razon mi queja?
Pluguiera al cielo divino
Que yo comprára mi engaño
A precio de ese delito;
Pero mira si la tiene,
Pues ya supe, dueño esquivo,
Que estás casada, y tu padre
Esperando á sus sobrinos,
Que han de ser los dos dichosos
A costa de mi martirio:
Con Leonor, tu hermana, el uno,
Y el otro, ¡ay de mí! contigo.
Don Diego, Ines, es tu dueño;
Claro está que será digno,
Tanto como por su sangre,
Por haberte merecido.
Ya halló ocasion tu entereza
De disfrazar tus cariños,
Dando en agrados de esposo
Envuelto el nombre de primo.
De tu eleccion no me quejo:
Pero ¿qué triunfo has tenido
En que muera de agraviado
Quien pudo morir de fino?
¿Para qué ha sido engañarme?
¿Para qué alentarme ha sido?
Tu rigor...
Da. Ines. Don Juan, detente.
¿Qué don Diego? ¿Qué sobrinos?
¿Qué casamientos son estos?
¿Quién ese engaño te ha dicho?
Porque no solo es engaño,
Mas ni aun yo de él tengo indicio,
Que llegue á mas que saber
Que son esos dos mis primos;
Que mi padre hoy los espera;
Que de Búrgos han venido:
Mas casarme, no sé cómo,
Si no es que tú hallas camino
De que sin saberlo yo,
Pueda casarse conmigo.
D. Juan. ¿Pues esto puede ser falso,
Cuando tu padre lo ha dicho?
¿O siendo tú su hija, puedes

Ignorar este designio?
Yo, Ines, habia deseado,
Reconociendo el estilo
De las mugeres, saber
Si habrá caso tan preciso,
O tan claro desengaño,
Donde alguna se haya visto
Sin tener que responder,
Concluida en su delito.
Pero pues tú hallas en este
A tu disculpa resquicio,
De que no la puede haber,
Me doy, Ines, á partido.
Pero vive Dios, tirana,
Que no ha de lograr conmigo
Tu traicion sus agudezas;
Y si era el intento mio
Partirme, para volver
En alas de mi cariño,
No has de lograr la traicion,
Huyendo yo mi peligro;
Pues por malograrte el rayo,
Voy á morir del aviso.

Da. Ines. Don Juan, señor, oye, espera.

ESCENA III.

DICHOS Y DOÑA LEONOR.

Da. Leonor. Ines, hermana, ¡qué miro!
¿Tú descompuesta? ¿Qué es esto?

Da. Ines. Esto es, Leonor, un delirio;
Decir don Juan que mi padre,
Que estoy casada le ha dicho,
Y que esposos de las dos
Vienen á ser nuestros primos.

Da. Leonor. Pues, Ines, dice verdad;
Porque él ahora me dijo
Que prevenidas estemos,
Porque él va por sus sobrinos,
Que han de ser nuestros esposos;
Y que por cierto motivo
Que ha importado á su atencion,
Nos ha callado este aviso.

Da. Ines. ¡Ay de mí! Leonor, ¿qué dices?
Que ya te oigo sin sentido.

D. Juan. Mira, Ines, si fué verdad
Mi temor.

Da. Ines. Mas ya has oido
Cómo pude yo ignorarle.

D. Juan. ¿Pues qué importa al temor
Erré en culpar tu fineza, [mio?
Mas no en temer mi peligro.
¿Cómo se escusa mi muerte
Si ya perderte imagino?

Da. Ines. No sé, don Juan; que si es cierto,
Como en mi mal lo colijo,
Yo replicar á mi padre
Podré, mas no resistirlo.

D. Juan. ¿Luego es preciso morir?

Da. Leonor. No, don Juan, no es tan
Que en la eleccion del estado [preciso;
Dan fuero humano y divino,
La proposicion al padre
Y la aceptacion al hijo.
Las dos, don Juan, nos casamos,
Aunque él nos busque el marido;
Y la eleccion no ha de ser
De quien no fuere el peligro:
Ni es posible que una accion,
Que es tan de nuestro albedrío,
La resuelva su decreto
Sin lograrnos el aviso.

D. Juan. ¿Pues qué puede ser, Ines,
Haberme tu padre dicho
Que ya estais las dos casadas?

Da. Ines. Tener él ese designio,
Y querernos proponer
Para esposos nuestros primos:
Mas si él ya no lo ha resuelto
Como mi hermana te ha dicho,
Cuanto está en mi voluntad,
Está, don Juan, sin peligro.

Da. Leonor. Ines, mira que es forzoso,
Que vamos á prevenirnos.

Da. Ines. ¡Ay, Leonor! ¿Cómo podremos
Hallar las dos un camino
De parecerlos muy mal?

Da. Leonor. Apelar al artificio:
Mucho moño y arracadas,
Valona de canutillos,
Mucho collar, mucho afeite,
Mucho lazo, mucho rizo,
Y verás qué mala estás;
Porque yo, segun me he visto,
Nunca saco peor cara
Que con muchos atavíos.

Da. Ines. Tienes buen gusto, Leonor;
Que es el demasiado aliño
Confusion de la hermosura,
Y embarazo para el brio.

ESCENA IV.

DICHOS Y MOSQUITO.

Mosq. ¡Jesus, Jesus! Dadme albricias.

Da. Leonor. ¿De qué las pides, Mosquito?

Mosq. De haber visto á vuestros novios;
Que apenas el viejo hoy dijo
La sobriniboda, cuando
Partí como un hipogrifo:
Fuí, ví, y vencí mi deseo,
Y ví vuestro par de primos.

Da. Leonor. ¿Y cómo son?

Mosq. Hombres son.

Da. Leonor. Siempre estás de un humor
mismo.

¿Pues podian no ser hombres?
Mosq. Bien podian ser borricos,
Que en trage de hombres hay hartos.
Da. Leonor. ¿Y cómo te han parecido?
Mosq. El don Mendo, que es el tuyo,
Galan, discreto, advertido,
Cortés, modesto y afable;
Menos algun revoltillo,
Que se le irá descubriendo
Con el uso de marido.
Da. Leonor. Si él es tan afable ahora,
Casado será lo mismo.
Mosq. Eso no; que suelen ser
Como espadas los maridos,
Que en la tienda están derechas,
Y comprándolas sin vicio,
En el primer lance salen
Con mas corcoba que un cinco.
Da. Ines. ¿Y don Diego?
Mosq. Ese es un cuento
Sin fin, pero con principio;
Que es lindo el don Diego y tiene
Mas que de Diego, de lindo.
Él es tan rara persona,
Que como él anda vestido,
Puede en una mogiganga
Ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero
Se ve en su talle y su brio;
Porque el arte suyo es arte
De marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
Que al andar sale de quicio,
Porque anda descoyuntado
Del tormento del vestido.
De curioso y aseado
Tiene bastantes indicios;
Porque aunque de trage no,
De sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso, parece
Ateista, y lo colijo
De que segun él discurre,
No espera el dia del juicio.
A dos palabras que hable,
Le entenderás todo el hilo
Del talento, que él es necio,
Pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes
De quién es y de su estilo,
Te pintaré la mañana
Que con él hoy he tenido.
Yo entré allá y le vi en la cama,
De la frente al colodrillo
Ceñido de un tocador,
Que pensé que era judio.
Era el cabello hecho trenzas
Clin de caballo morcillo,
Aunque la comparacion
De rocin á ruin ha ido.
Con su bigotera puesta
Estaba el mozo garifo,
Como mulo de arriero
Con jáquima de camino.
Las manos en unos guantes
De perro, que por aviso
Del uso de los que da,
Las aforró de su oficio.
De este modo, de la cama
Salió á vestirse á las cinco,
Y en ajustarse las ligas
Llegó á las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo,
Y en memorias de Narciso
Le dió las once en la luna,
Y en daga y espada y tiros;
Capa, vueltas y valona,
Dió las dos, y despues dijo:
Dios me vuelva á Búrgos, donde
Sin ir á visitas vivo;
Que para mí es una muerte,
Cuando de priesa me visto.
¿Mozo, dónde habrá ahora misa?
Y el mozo humilde le dijo:
A las dos dadas, señor,
No hay misa sino en el libro;
Y él respondió muy contento:
No importa, que yo he cumplido
Con hacer la diligencia:
Vamos á ver á mi tio.
Este es el novio, señora,
Que de Búrgos te ha venido;
Tal que primero que al novio
Esperára yo un novillo.
Da. Ines. ¡Ay, don Juan! con estas nuevas
Es menos ya el temor mio;
Pues mi padre, no es posible
Que me entregue á este martirio.
D. Juan. Ines, por cualquiera parte
Crece el temor y el peligro:
No es nuevo ser tú mi vida,
Y ya en tus labios la miro.
Da. Ines. Vete, don Juan, que es forzoso
Ir las dos á prevenirnos.
D. Juan. Ya no es posible ausentarme.
Da. Ines. Albricias doy al peligro;
¿Mas cómo, si de mi padre
Ya has quedado despedido?
D. Juan. Fingiré algun embarazo.
Da. Ines. Y lograrásme un alivio.
D. Juan. A eso voy.
Da. Ines. Guárdete el cielo.
Mosq. Guárdate tú, que es lo mismo.
¡Ah, señor don Juan!
D. Juan. ¿Qué quieres?
Mosq. Tres portes de papelillos,
Que á doblon montan...

D. Juan. Ve á casa,
Y llevarás un vestido.

ESCENA V.

DOÑA INES, DOÑA LEONOR Y MOSQUITO.

Mosq. Pues él ha de ser llevado,
No me le dé usted traido.
Da. Ines. Vamos, Leonor.
Mosq. ¡Ah, señora!
Da. Ines. ¿Qué dices?
Mosq. Tengo contigo
Una intercesion y un ruego;
Y aunque con sol tan divino
Es osadía, me atrevo
A título de Mosquito.
Da. Ines. ¿Qué es lo que quieres?
Mosq. Beatriz,
Despues que la has despedido,
Anda pidiendo limosna.
Da. Ines. Pues si mi padre lo hizo,
¿Qué puedo yo remediar?
Mosq. Ese es rigor.
Da. Ines. Mas no mio.
Mosq. Pues pide, dala; que es pobre.
Da. Ines. ¿Qué la he de dar?
Mosq. Un recibo,
Y vuelva á servirte á casa;
Pues ya llora el pan perdido.
Da. Ines. Espero hoy otra criada.
Mosq. No la llegará al tobillo
Ninguna de cuantas vengan.
Da. Ines. ¿Porqué no?
Mosq. ¿Qué, no está visto?
Ella es golosa, chismosa,
Respondona, y alza el grito;
¿Pues dónde has de hallar criada,
Que cumpla mas con su oficio?
Da. Ines. Porque se ha criado en casa
Siento haberla despedido;
Mas como ella por ahora
Quiera estarse en mi retiro,
Sin que la vea mi padre,
La recibiré.
Mosq. ¡Ah Dios mio!
¡Lo que hace un buen abogado!
Da. Ines. Dila que venga, Mosquito.
Da. Leonor. Y entre sin verla mi padre.
Mosq. ¿Y si está aquí?
Da. Ines. Entre contigo.

ESCENA VI.

MOSQUITO Y BEATRIZ.

Mosq. Victoria por mis camisas.
¡Ah Beatricilla!
Beat. ¿Qué ha habido?
Mosq. Que estás recibida ya.
Beat. ¿Qué dices?
Mosq. Que Tito Livio
No pudo hablar en tu abono
Como yo de tu servicio.
Ponderé aquí tus labores,
Tu cuidado y tu buen pico:
Y hace tanto un buen tercero,
Que te recibió al proviso.
Beat. Siempre conocí yo en tí
Tu buena intencion, Mosquito.
Mosq. Mira, yo naturalmente
Hablo bien de mis amigos.
Beat. Tuya seré eternamente.
Mosq. Mas ya que te han recibido,
¿No me des carta de pago?
Beat. Tú verás si es mi amor fino.
Mosq. Toca esos huesos y vamos.
Beat. Toco y taño.
Mosq. Salto y brinco.
Beat. ¿Y esto ha de pasar de aquí?
Mosq. No, sino amarnos de vicio.
Beat. ¿Qué, querernos en silencio?
Mosq. No podré siendo Mosquito,
Porque los mosquitos siempre
Para picar hacen ruido.

ESCENA VII.

Sala en una posada.

DOS CRIADOS CON DOS ESPEJOS: DON DIEGO Y DON MENDO.

D. Diego. Poneos los dos enfrente,
Porque me mire mejor.
D. Mendo. Don Diego, tanto primor
Es ya estilo impertinente:
Si todo el dia se asea
Vuestra prolija porfía,
¿Cómo os puede quedar dia
Para que la gente os vea?
D. Diego. Don Mendo, vos sois estraño;
Yo rindo con salir bien
En una hora que me ven,
Mas que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
Os veis como yo me veo,
No os tardeis en vuestro aseo;
Porque es tiempo mal gastado.
Mas si veis la perfeccion
Que Dios me dió sin tramoya,
¿Quereis que trate esta joya
Con menos estimacion?
¿Veis este cuidado, vos?
Pues es virtud mas que aseo;
Porque siempre que me veo
Me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
Tan bien labrado y pulido,
Mil veces he presumido

Que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella,
Que rinde quien mas regala,
La arrastro yo con mi gala;
Pues dejadme cuidar de ella:
Y vos, que vais á otros fines,
Vestios de prisa, yo no,
Que no me he de vestir yo
Cual frailes para maitines.

D. Mendo. Si lo haceis con ese fin,
¿Qué dama hay que os quiera bien?

D. Diego. Cuantas veo, si me ven;
Porque en viéndome dan fin.

D. Mendo. ¡Que llegueis á imaginar
Locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
Muger que os venga á buscar?

D. Diego. Eso consiste en mis tretas,
Que yo á las necias no miro,
Y en las que yo logro el tiro,
Sufren como son discretas;
Y aunque las mueva su fuego
A hablar, callarán tambien;
Porque ven que mi desden
Ha de despreciar su ruego.

D. Mendo. ¿Vos desden? ¡Tema graciosa!

D. Diego. ¿Pues quereis que me avasalle?
¿Fácil yo con este talle?
No me faltaba otra cosa.

D. Mendo. Mirad que eso es bobería
De vuestra imaginacion.

D. Diego. No paso yo por balcon
Donde no haga batería;
Pues al pasar por las rejas
Donde voy logrando tiros,
Sordo estoy de los suspiros
Que me dan por las orejas.

D. Mendo. Vive Dios, que eso es manía
Que teneis.

D. Diego. Muger sé yo,
Que dos veces se sangró
Por haberme visto un dia.

D. Mendo. Yo desengañaros quiero.

D. Diego. ¿Cómo?

D. Mendo. Que á una dama vamos
A festejar, y veamos
A cuál se rinde primero.

D. Diego. ¿Pues no tenemos aquí
A nuestras primas, y vos?
¿Cuánto va que ambas á dos
Hoy se enamoran de mí?

D. Mendo. ¿No veis que en ellas es mas
El honor que las refrena?

D. Diego. Hasta verme, norabuena;
Pero en mirándome, zas.

D. Mendo. Loco soy, pues quiero yo *ap.*
A este necio disuadir.

D. Diego. ¿Qué decis?

D. Mendo. Que ya temo ir
Con vos.

D. Diego. Pues no sino no:
Mas dejadme, que yo mismo
Vuelva el talle á repasar;
Que hoy por vos temo sacar
En mi gala un solecismo.
Alzad esos dos espejos.

Martin. Bien están así.

D. Diego. No están.

Lope. ¿Pues cómo bien estarán?

D. Diego. Mirándose los reflejos.

Martin. La luna se mira toda.

D. Diego. No tal.

Lope. ¿Pues cómo ha de ser?

D. Diego. ¡Que no aprendas á poner
Los espejos á la moda!

Martin. Di cómo, y no te alborotes.

Lope. ¿Qué es moda?

D. Diego. Mi rabia toda.
¡Que no sepan lo que es moda
Hombres que tienen bigotes!

Martin. ¿Están bien así?

D. Diego. Eso quiero;
Que así todo se divisa.

D. Mendo. Cayéndome estoy de risa
De ver á este majadero.

D. Diego. El pelo va hecho una palma;
Guárdese toda muger.
Yo apostaré que al volver
En cada hebra traigo un alma.
Los bigotes son dos motes;
Diera su belleza espanto,
Si hiciera una dama un manto
De puntas de estos bigotes.
El talle está de retablo,
El sombrero va sereno,
De medio arriba está bueno,
De medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada.
¡Qué airosa pierna es la mía!
De la tienda no podia
Parecer mas bien, sacada.
Pero tened, vive Dios,
Que aquesta liga va errada;
Mas larga está la lazada
El canto de un real de á dos.
Llega, mozo, á deshacella.

D. Mendo. ¡Que aqueso os cueste fatiga!
¿Pues qué importará esta liga?

D. Diego. No caer pájaro en ella.

D. Mendo. Mirad que esas son locuras,
Que á quien las ve á risa obliga.

D. Diego. Solo con aquesta liga
Cazo yo las hermosuras.

D. Mendo. Ya está bueno.

D. Diego. Ahora están
Iguales las dos; bien voy:

Con el reparillo estoy
Cuatro dedos mas galan.
Siempre que verme repito,
Queda el alma mas ufana:
Mozo, acuérdate mañana
De traerme pan bendito.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MOSQUITO.

Mosq. Ya está aqui el coche, señor.
D. Diego. ¡Mosquito! Vamos, don Mendo.
D. Mendo. Segun vais, ya voy temiendo
Que he de parecer peor.
D. Diego. ¿Voy bien?
D. Mendo. La risa reprimo. *ap.*
A desconfiar me obligas.
D. Diego. Miren si importan las ligas,
Pues ya se rinde mi primo.
Mosq. Al mirarle estoy suspenso. *ap.*
¡Que este piense que es galan!
Mas hartos lo pensarán,
Que lo piensan por el pienso.
D. Diego. Mosquito, ¿hay gran preven-
¿Cómo mis primas están? [cion?
Mosq. Tales, señor, que podrán
Tocarse entrambas á un son.
D. Diego. Tambien acá arde la fragua;
Que todo eso es menester.
Pues á fe que hemos de ver
Quien se lleva el gato al agua.
Mosq. ¿Pues dudarse eso no es yerro?
Solo de oir tu retrato
Las ví, que no solo el gato
Llevarás tú, sino el perro.
D. Diego. Pues ves, solo me lastima...
Mosq. ¿Qué, señor?
D. Diego. Mi estrella mala.
¡Que venga toda esta gala
A parar en una prima!
Mosq. Cierto, que tienes razon,
Y á mí tambien me lastima.
D. Diego. ¿No me malogro en mi prima?
Mosq. Merecias un bondon:
Mas de eso no te provoques.
D. Diego. El ser tan rica me anima.
Mosq. Y yo pienso que la prima
Saltará antes que la toques.
D. Diego. ¿Cómo saltar?
Mosq. Es galante,
Y baila famosamente.
D. Diego. ¡Oh! pues viéndome presente,
Bailará el agua delante;
¿Y ella me merece á mí?
Mosq. Ese es, señor, mi recelo;
Porque es un ángel del cielo,
Y no te merece á tí.
D. Diego. ¿Qué dices?
Mosq. Si no es que sea
Ley de estrella poderosa.
D. Diego. Miren, si esto es siendo her-
¿Qué haria si fuera fea? [mosa,
Mosq. ¿Sabes quien estoy pensando
Que te merecia?
D. Diego. ¿Quién fuera?
Mosq. Una dama que estuviera
Toda su vida ayunando.
D. Mendo. Vamos presto, que mejor
Allá lo podreis juzgar.
D. Diego. Vamos, don Mendo, á matar
Estas dos primas de amor.
Mosq. Al verte será delito,
Si no se desmayan luego.
D. Diego. Juicios tiene de don Diego.
Mosq. Y tú sesos de mosquito.

ESCENA IX.

Salon en casa de don Tello.

DON TELLO Y DON JUAN.

D. Juan. Suspendióse, don Tello, mi par-
Porque mi prima estando prevenida [tida,
Para ir á cumplir una novena
Que tenia ofrecida á Guadalupe,
Que me detenga ordena;
Y es fuerza que me ocupe
En asistir sus pleitos entre tanto.
No será sino mio. *ap.*
D. Tello. Estimo tanto
Vuestra amistad, don Juan, que habiendo
Justa ocasion que os haya detenido, [habido
Os he de suplicar que á honrarme asista
Vuestra persona, ahora que á la vista
De mis hijas espero á mis sobrinos.
D. Juan. Siempre de honrarme hallais
nuevos caminos.
¡Cielos, que haya logrado de esta suerte *ap.*
El ver yo la sentencia de mi muerte!
D. Tello. Ya aqui vienen las dos. Hoy las
Con mi quietud su dicha. [espera
D. Juan. Yo quisiera
Me aviseis, por no errar de adelantado,
Si ya están los conciertos en estado
De poder dar el parabien.
D. Tello. Sí, amigo,
Bien se le podeis dar.
D. Juan. ¿Cielos, qué espero? *ap.*
Mas que del golpe, de temerlo muero.
D. Tello. Que aunque Ines y Leonor no
lo han sabido,
Ya yo el concierto tengo concluido;
Y así por mi palabra asegurado,
Dareis el parabien adelantado. [ha sido.
D. Juan. Muy como vuestra la intencion
¡Cielos, yo estoy hablando sin sentido! *ap.*

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA LEONOR Y DOÑA INES VESTIDAS DE BODA.

Da. Ines. ¡Muerta salgo!
Da. Leonor. Tus dudas son forzosas.
D. Tello. Bien prevenidas salen, son curiosas.
D. Juan. Al ver perdido mi bien, *ap.*
Esfuércese el corazon:
Y en tan violento vaiven
Dé yo á Ines el parabien,
Y el pésame á mi pasion.
Lograd tan feliz estado
A medida del deseo:
Y á costa de un desdichado. *ap.*
Da. Ines. No sé á qué va encaminado
El parabien, ni el empleo.
D. Tello. El parabien da don Juan
De los casamientos hechos
Con vuestros primos.
Da. Ines. ¿Y están
En estado, que podrán
Admitirle nuestros pechos?
D. Tello. ¿Pues no, si ellos han venido
De mi palabra fiados?
Da. Ines. No habiéndolos admitido
Nosotras, en vano ha sido
Darlos por efectuados.
D. Tello. ¿Pues podeis las dos hacer
A mi gusto resistencia?
Da. Leonor. Yo, señor, no sé tener
Voluntad; y si ha de ser
Alguna, esa es mi obediencia.
Da. Ines. Contigo tambien, señor,
Mi voluntad es agena;
Solo tu gusto es mi amor:
Mas este mismo primor
Tu resolucion condena;
Porque cuando yo he de estar
Pronta siempre á obedecer,
No me debieras mandar
Cosa en que puedo tener
Licencia de replicar.
Y si me da esta licencia
El cielo, y tu autoridad
Me la quita con violencia,
Casaráse mi obediencia,
Pero no mi voluntad.
Siendo este estado, señor,
De tantos riesgos cercado,
¿No pudiera algun error
Dar asunto á mi dolor
Y empeños á tu cuidado?
Luego aunque yo me concluyo,
Debieras á mi albedrío
Proponerlo, no por suyo,
Sino porque aunque él es tuyo,
Tiene el título de mio.
D. Tello. Aunque es la queja tan vana,
Por queja de amor la he oido,
Y mas callando tu hermana,
Que no eres tú tan liviana,
Que tuviera otro sentido.
Y mi palabra empeñada,
Ya, Ines, no tiene lugar
Tu queja, aunque bien fundada;
Pues sobre que estás casada,
No tienes que replicar.
D. Juan. ¡Cielos, yo de mi tormento *ap.*
He venido á ser testigo!
Da. Ines. Y yo del dolor que siento. *ap.*
Pues si ya mi casamiento
Das por hecho, solo digo
Que aunque tan llano lo ves,
Falta una duda por ti
No fácil.
D. Tello. ¿Y esa cuál es?

ESCENA XI.

DICHOS, MOSQUITO, Y POCO DESPUES DON MENDO, DON DIEGO Y CRIADOS.

Mosq. Los novios están aquí.
D. Tello. Déjalo para despues.
¿Dónde están?
Mosq. Veslos allí,
Que el coche con gran sosiego
Los va ya dando de sí.
D. Tello. Prevenid sillas aquí.
Mosq. Y albarda para don Diego.
D. Diego. Buen lugarcillo es Madrid.
D. Mendo. Dadnos, señor, los piés vuestros.
D. Tello. Llegad, hijos, á mis brazos,
Que ya de padre os prevengo.
D. Diego. Bravos todos hace, tio.
D. Tello. ¿Pues qué embarazo os han hecho,
Viniendo los dos en coche?
D. Diego. Antes lo digo por eso;
Que hemos perdido ocasion
De venir gozando de ellos.
D. Tello. ¿Pues echais menos los todos?
Mosq. Es adamado don Diego,
Y le ha olido bien el barro.
D. Tello. Hablad á Ines.
D. Diego. Eso intento.
Lo primero que habla un novio,
Dicen todos los discretos
Que es necedad; pues á posta
He de hablar yo poco y bueno.
Señora, ya os habrán dicho
Que sois mia, y yo soy vuestro:
Mas os puedo asegurar

Que en mí os da mi tio un dueño
Que hay muchas que le tomáran
Con dos cantos á los pechos.
Con decir una verdad
Se escusa uno de ser necio.
Da. Ines. (*ap.*) Muerta estoy. En mí, señor,
La voluntad que yo tengo
Es de mi padre, y no mia,
Y vuestra por su precepto.
¿Qué hombre, cielos, es aqueste *ap.*
Tan fastidioso y tan necio?
D. Diego. Alto: clavóse hasta el alma;
Ya por mí perderá el seso.
Mosq. Si ella se casa contigo,
Que le perderá es bien cierto.
D. Tello. Hablad, don Mendo, á Leonor.
D. Mendo. En su hermosura suspenso,
Del primer yerro en mi labio
Tendrá disculpa el proverbio;
Y ya turbado, señora,
A las luces del sol vuestro
Con tanta razon, seria
Acertar el mayor yerro.
Da. Leonor. Nada puede errar quien lleva
Por norte tan buen lucero
Como la desconfianza.
Discreto y galan es Mendo, *ap.*
Y he sido la mas dichosa.
D. Diego. Mi primo con lo modesto
Vence el no ser muy galan.
Da. Leonor. Vos lo sois con tanto estremo,
Que haceis menos á cualquiera.
¡Hay mas loco majadero! *ap.*
D. Diego. Tambien cayó la Leonor: *ap.*
Buena mi primo la ha hecho
En ir á vistas conmigo.
D. Tello. Tomad, sobrinos, asiento.
D. Diego. Yo por mí ya estoy sentado.
D. Tello. Muy llano venis, don Diego.
Muy tosco está mi sobrino: *ap.*
Mas la corte le hará atento.
D. Diego. ¡Ola! Por Dios que tambien
Se me ha enamorado el viejo.
Mosq. Dicha tienes en que aquí
No esté tambien el cochero.
D. Juan. Cielos, mienten los que dicen *ap.*
Que puede ser de consuelo
El competidor indigno,
Que antes es de mas tormento;
Pues las mas veces las dichas
Se aseguran en el necio.
D. Tello. Los dos al señor don Juan
Conoced, que es á quien debo
Tan íntima obligacion,
Que le viene el nombre estrecho
De amistad á nuestro amor.
D. Juan. Y en mí tendreis un deseo
De serviros, que dará
Indicios de aqueste empeño.
D. Mendo. Ya, señor don Juan, le logro
En las noticias que tengo.
D. Diego. Y yo desde hoy con mas veras
He de ser amigo vuestro;
Que tirais algo á galan,
Y para mí es bravo cebo.
D. Juan. Delante de vos no puede
Ningun galan parecerlo;
Que tirais tanto, que dais
En el blanco de ese acierto.
D. Diego. No: antes doy poco en el blanco,
Porque es color que aborrezco,
Y el usarse aquestas mangas
De garapiña, me ha hecho
Sacar blanco algunas veces;
Pero ya es todo mi anhelo
Una color de pepino
Que ha traido un estranjero.
D. Juan. ¡De pepino! ¿Pues no es verde?
D. Diego. Es gran color.
Mosq. Será bueno
Para aforrar ensaladas.
D. Diego. Solo unos guantes me he puesto
De este color; pero estaba
Que era prodigio con ellos.
Da. Ines. Leonor, este hombre no tiene
Uso del entendimiento.
Da. Leonor. Ni aun del sentido tampoco.
D. Diego. Ya hablan las dos en secreto; *ap.*
Luego dije yo que habia
De parar el caso en zelos.
¿Qué se murmura, señoras?
Da. Leonor. Alabaros de discreto.
D. Diego. ¿Y no de galan?
Da. Leonor. Tambien.
D. Diego. Pues eso es cuento de cuentos;
Porque en Búrgos unas damas
Trataron de hacer lo mesmo,
Y en solo los piés tardaron
Un dia.
Mosq. Segun son ellos,
Bien de prisa los pasaron.
D. Mendo. Corrido estoy, vive el cielo, *ap.*
De venir con este tonto.
D. Tello. Mi sobrino está algo necio: *ap.*
Mas yo le reprenderé
Para que enmiende este yerro.
Venid á ver vuestro cuarto.
D. Diego. Sí, señor, vamos á eso,
Porque el mio ha menester
Mucha luz para el espejo.
D. Mendo. Señora, no se despide
Quien deja el alma asistiendo
Al culto de vuestros ojos,
Desde que vive de verlos.
D. Diego. Yo, prima, no sé de cultos;
Porque á Góngora no entiendo,

Ni le he entendido en mi vida:
Pero despues nos veremos.

ESCENA XII.

DOÑA INES, DOÑA LEONOR, DON JUAN Y MOSQUITO.

Da. Ines. ¿Qué dices de esto, Leonor?
Da. Leonor. No sé, hermana, ni me atrevo
A hablar, y viendo tu pena,
Por no afligirte te dejo.
Mosq. Pues yo, sí, me atrevo á hablar,
Y á decirte que aunque luego
Te case con él tu padre,
Yo á descasarte me atrevo,
Porque este novio es un macho,
Y hace nulo el casamiento.
D. Juan. Ines, señora, ¿qué dices?
¿Quédale ya á mi tormento
Esperanza que le alivie?
Ya todo el peligro es cierto;
Ya dió palabra tu padre;
Ya está aceptado el empeño;
Ya yo te perdí, señora,
Y ya... ¡Pero cómo puedo
Referir mayor desdicha,
Que haber dicho que te pierdo!
Da. Ines. Don Juan, segun yo he queda-
Ni aun para hablar tengo aliento. [do,
Ni yo sé si me has perdido,
Ni de mi padre el empeño,
Ni si ya ha dado palabra,
Ni aun razon tampoco tengo
Para saber de mi pena;
Mira qué haré del remedio.
Si hay alguno en el discurso,
Es no tenerle don Diego;
Ser sugeto tan indigno,
Y mi padre no tan ciego,
Que no lo haya conocido.
A él con mis quejas apelo,
Y á decirle, que el casarme
Con hombre tan torpe y necio,
Es condenarme á morir,
O á vivir en un tormento.
Mosq. Y que es pecado nefando
Casarte con un jumento.
D. Juan. Y si á tu padre le obliga
De su palabra el empeño,
Y desprecia tu razon
Por su atencion, que es primero,
¿Que haré, perdiéndote yo?
Mosq. Lo que yo hago cuando pierdo.
D. Juan. ¿Qué haces tú?
Mosq. Romper los naipes,
O llevármelos enteros.
Da. Ines. Don Juan, mi padre no es
A mi amor tan poco atento,
Que viendo tan justa causa
Como de quejarme tengo,
A toda una vida mia
Anteponga otro respeto.
Esta apelacion me falta:
Si es tan uno nuestro riesgo,
Admítela, que parece
Que no es tuyo mi deseo.
D. Juan. ¿Cómo he de admitirla, Ines,
Viendo á tu padre resuelto
A cumplir con su palabra,
Y es de su honor este empeño?
Da. Ines. ¿Y el mio no es de mi vida?
D. Juan. Sí; pero con él es menos.
Da. Ines. ¿No puede ser que se mueva
A mi llanto?
D. Juan. No lo espero.
Da. Ines. Pues, don Juan, si tu temor
Da mi peligro por cierto,
Resolvernos á morir;
Que aquí no hay otro remedio.
D. Juan. ¿Pues, para cuándo es, Ines,
Un atrevido despecho,
Que tiene tantas disculpas?
Da. Ines. Don Juan, no me hables en eso;
Que aunque es tan grande mi amor,
Es mi obligacion primero.
D. Juan. ¿Y ese puede ser amor?
Da. Ines. Amor es, pero sujeto
A la ley de mi decoro.
D. Juan. ¿Que en fin niegas un aliento
Al temor de mi esperanza?
Da. Ines. ¿Ya no te doy el que puedo?
D. Juan. ¿Qué puede importar tan poco?
Da. Ines. Pudiendo bastar lo menos,
¿Porqué he de empeñar lo mas?
D. Juan. ¿Y si lo requiere el riesgo?
Da. Ines. Vete, don Juan; que los daños
Empeñan á los remedios.
D. Juan. Esa esperanza me alivia.
Da. Ines. Pues deja ver el suceso.
D. Juan. Quiera amor que sea feliz.
Da. Ines. Que de mi parte está el ruego.
D. Juan. ¡Qué temor!
Da. Ines. A Dios, don Juan.
D. Juan. Guárdete, señora, el cielo.
Mosq. Miren si es verdad, que ya
Pierde el juicio por don Diego.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de don Tello.

DON JUAN Y MOSQUITO.

Mosq. Vuelvo á decirte que hay medio
Para curar tu dolor.

D. Juan. Mosquito, en tanto rigor,
¿Cuál puede ser el remedio?
Don Tello ha determinado
El dar á Ines á don Diego,
Y ha despreciado su ruego,
Y su palabra ha empeñado;
No hay medio en tanta afliccion.
Mosq. Dígote que le ha de haber.
D. Juan. Necio, ¿cómo puede ser?
Mosq. ¡Hay tal desesperacion!
¿Ese hombre no es un rocin?
Luego tu duda es cruel.
D. Juan. ¿Pues qué medio hay para él?
Mosq. El medio de un celemin.
D. Juan. ¿Búrlaste de mi dolor?
Mosq. Pues si no me quieres creer,
¿Qué tengo de responder?
No desesperes, señor,
Que en esto hay medio y remedio,
Y tataramedio y todo.
D. Juan. Pues viviré de ese modo.
Mosq. Y ha de ser pared en medio;
Pero para aqueste efeto,
Tu licencia me has de dar,
De lo que yo he de trazar.
D. Juan. Esa yo te la prometo.
Mosq. Pues, señor, ya conocida
La liviandad de don Diego,
Deseando tu sosiego,
Hallé el medio por su herida.
Alabéle con intento
A tu prima la condesa,
Que ya, de viuda profesa,
Se le anda el casamiento.
Abrió tanto ojo, á fe mia,
Y muy fiado de sí,
Dijo: Si ella me ve á mí,
Yo me veré señoría.
Yo le prometí llevar
Donde ella verle pudiera;
Y él dijo: De esa manera,
Conde soy de par en par.
Si trazamos, que en él cuaje
Esta esperanza, despues
Despreciará á doña Ines,
Al viejo, y á su linage.
Con que tú puedes tratar
De tu boda á tu placer;
Porque él por encondecer,
No ha de querer emprimar.
D. Juan. Sí: mas no halla mi desvelo
Modo de verlo logrado.
Mosq. Pues velo aquí ejecutado,
Como el huevo de Juanelo.
Tú con tu prima has de hacer
Que un favor no le recate.
D. Juan. ¡Jesus, qué gran disparate!
¿Yo me habia de atrever
Con mi prima á esa indecencia?
Demas de que ausente está
En Guadalupe, aunque acá
No se sabe de su ausencia;
Pues su casa está asistida,
Como si ella aquí estuviera.
Mosq. Pues mejor: de esa manera
La industria está conseguida.
D. Juan. ¿De qué modo?
Mosq. Con mi maña.
Yo tengo aquí una muger,
Que fingirá, sin caer,
La princesa de Bretaña:
Tan sabia que por su cholla
Dijo aquel refran feliz,
De las hembras la Beatriz,
Y de las aves la olla.
Ella, que mi industria anima,
Por finísima embustera,
Es tan delgada tercera,
Que se sabrá fingir prima.
Sin costarte mas trabajo
Que permitirme la empresa,
Le haré tragar la condesa
Envuelta en el estropajo.
D. Juan. ¿No es fuerza que eso se ajusta
Con las criadas?
Mosq. Mejor;
¿Pues qué criadas, señor,
Se niegan para un embuste?
D. Juan. Si de ese modo ha de ser,
Yo permitillo no puedo.
Mosq. Si ha de saberse el enredo,
¿Ella qué puede perder?
Y si esto te escama aun,
¿Hay mas de hacer yo el papel,
Insolidum, sin que en él
Entres tú de mancomun?
D. Juan. Sin que me des por autor,
Hazlo tú.
Mosq. Pues, caballero,
¿Soy yo tan pobre embustero,
Que he menester fiador?
D. Juan. Si lo logras de esa suerte,
Le darás vida á mi amor.
Mosq. Pues vete luego, señor,
Que conmigo no han de verte,
Y vienen aquí los dos
Con mi señor.
D. Juan. Mi sosiego
Fio de tí.
Mosq. Vete luego.
D. Juan. Pues á Dios.

ESCENA II.

MOSQUITO, Y DESPUES DON TELLO, DON DIEGO Y DON MENDO.

Mosq. ¡Válgame Dios!
Sin importarme, esto noto,
¿Quién en tal bulla me mete?
Mas esto es, que un alcahuete
Siente mucho ahorcar el voto.
D. Tello. Sobrino, esto es atencion.
D. Diego. Tio, eso es mucho apretar;
Yo me tengo de alabar
En cuanto fuere razon.
D. Tello. No puede serlo alabaros
Neciamente de galan,
Y donde damas están,
No es luciros, sino ajaros.
D. Diego. ¿Eso, señor, se usa aquí?
D. Tello. Y en todo el mundo.
D. Diego. Eso no;
Que seria mentir yo,
Si dijera mal de mí.
D. Tello. Tampoco os digo eso yo.
D. Diego. Pues si yo tengo buen talle,
¿Tengo de echar en la calle
La gala que Dios me dió?
D. Tello. ¿Perdereis vos lo galan
Por no alabaros modesto?
No os desaireis vos en esto,
Que otros os alabarán.
D. Diego. Peor es eso que esotro. [den?
D. Tello. ¿No es mejor que aplauso os
D. Diego. Pues lo que á mí me está bien,
¿Para qué lo ha de hacer otro?
D. Tello. En otro os está mejor.
D. Diego. Y si callan en mi mengua,
¿Para qué tengo yo lengua?
Mosq. Para ir á Roma, señor.
D. Diego. ¿Yo á Roma? ¿Por qué acci-
Mosq. A absolveros. [dente?
D. Diego. Bien, por Dios,
¿Maté yo á alguien?
Mosq. No; que vos
De todo estais inocente.
D. Mendo. Señor, tu atencion se apura;
Es en vano refrenalle.
D. Tello. É ignorancia en mí irritalle
Por tan ligera locura.
Hijos, yo voy á sacar
Vuestros despachos: á Dios,
Que aquesta noche los dos
Os habeis de desposar;
Porque estimeis á mi amor
Lo mismo que él os estima.
D. Diego. Eso estímelo mi prima,
Que es á quien la está mejor.
D. Tello. Tú, Mosquito, ten cuidado
De acompañarlos.
Mosq. Sí haré;
Yo los acompañaré,
Como canten ajustado.

ESCENA III.

DON DIEGO, DON MENDO Y MOSQUITO.

D. Diego. Muy cansado está mi tio.
D. Mendo. Por viejo está impertinente.
Mosq. Aquí entro yo bravamente. *ap.*
No hay mas hablar, señor mio.
D. Diego. Mosquito, ¿qué hay?
Mosq. Que he informado
A la condesa de suerte,
Que á instantes espera verte.
D. Diego. ¿Qué dices?
Mosq. Que te he alabado
De modo, que me ha pedido
Que yo te lleve á su casa:
Pero tú de lo que pasa
No te has de dar por sabido,
Sino fingir un intento
Con que irla á visitar;
Que en viéndote, no hay dudar
Que se cuaje el casamiento.
D. Diego. Pues caerá.
Mosq. Para *nobis*.
D. Diego. Solo de oirlo me incita.
¿Pues qué hará la condesita
En viéndome el *coram vobis*?
Mosq. Pues, si tomas mi consejo,
Ve luego.
D. Diego. Eso quiero hacer:
Mas antes he de volver
A repasarme al espejo.
Espérame aquí.
D. Mendo. Mirad
Que están mis primas aquí.
D. Diego. ¿Me han visto?
Mosq. Pienso que sí.
D. Diego. No importa; con brevedad
De ellas me despediré.
Espérame tú allá fuera.
Mosq. Pues disponlo de manera,
Que vamos luego.
D. Diego. Sí haré.

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON MENDO, DOÑA LEONOR Y DOÑA INES.

Da. Leonor. Aquí está don Diego, herma-
Da. Ines. Pues yo me quiero volver, [na.
Que así le doy á entender
Lo que ha de saber mañana.
D. Mendo. Nunca el sol tarde salió
A quien con su luz da vida.

Da. Leonor. A vuestra fe agradecida,
Por mí, antes saliera yo.
D. Mendo. Con vuestra gracia, mi amor
De méritos tan desnudo,
Solo mereceros pudo
Tan venturoso favor.
Da. Leonor. Supuesto, don Mendo, el
De mi padre, á vuestro amor [trato
Debe mi agrado el favor
Que permite mi recato.
D. Diego. Si esto á vos, señora, os mueve,
Mi prima quiere enojarme.
¿Porqué no viene á pagarme
Los favores que me debe?
Da. Leonor. Está indispuesta.
D. Diego. ¿De qué?
Da. Leonor. Saliendo aquí, de repente
La dió ahora un accidente.
D. Diego. Miren si lo adiviné.
Dila por el corazon,
Y es preciso que esto sea;
Y de otra vez que me vea,
Ha de pedir confesion.
D. Mendo. ¿Y de eso no te lastimas?
D. Diego. ¿Pues tengo la culpa yo?
D. Mendo. ¿Pues quién lo hace, si vos no?
D. Diego. Mi talle, que es mata primas.
D. Mendo. ¡Que en este error tan cerrada
Esté su imaginacion! [*ap.*
D. Diego. Digo. ¿el mal de corazon
La dejó muy apretada?
Da. Leonor. No está buena.
D. Diego. ¿Y eso ha sido
Causa de retiro tal?
Ella ha cumplido muy mal
En no haber aquí salido.
Da. Leonor. ¿Pues no es bastante tener
Alguna indisposicion?
D. Diego. ¿Cómo es eso? Con la uncion
Habia de venirme á ver.
Da. Leonor. A tan necia grosería
Y delirio tan estraño,
Castigará el desengaño,
Que recataros queria;
Y ahora os haré saber
Que mi hermana está muy buena,
Y por no darse esta pena
No os quiere salir á ver.
Y aquí para entre los dos,
Dejad empresa tan vana;
Porque es cierto que mi hermana
No se ha de casar con vos.
D. Diego. ¡Miren y con lo que viene!
¡Por donde brota el humor!
D. Mendo. ¿Qué dices?
D. Diego. Que la Leonor
Zelos de su hermana tiene.
¿Y aqueso de entre los dos
Es cierto?
Da. Leonor. Esperadlo á ver.
D. Diego. Digo, ¿y es eso querer
Tratar de pescarme vos?
Da. Leonor. El que de necio la pierde,
No ofende la estimacion.
D. Diego. ¿No lo escuchais? Zelos son
Con su puntica de verde.
D. Mendo. Si haceis favor del desden,
Bien descansado vivis.
D. Diego. Pues si vos lo consentis,
Yo lo consiento tambien.
Da. Leonor. Señor don Diego, si fuera
Sin mi padre vuestro intento,
Por risa y divertimiento
La ignorancia os permitiera;
Y os advierto, que en secreto
Desistais la pretension,
O llegaréis á ocasion
De ajaros mas el respeto.
D. Diego. ¿Pensais doblarme? pues no;
Que eso por lo que sentis,
Vos sola me lo decis.

ESCENA V.

DICHOS Y DOÑA INES.

Da. Ines. No lo dice sino yo.
Da. Diego. ¡Oigan el demonio! Estotra
Lo ha estado oyendo á la cuenta [*ap.*
Y sale tambien zelosa:
Si se arañan es gran fiesta.
Da. Ines. Señor don Diego, si el lustre
De la sangre que os alienta,
A su misma obligacion
Se sabe pagar la deuda,
Ninguna puede ser mas
Que la que ahora os empeña,
Pues una muger se vale
De vuestro amparo en su pena.
Mi padre, señor don Diego,
A cuya voz tan sujeta
Vivo, que por voluntad
Tiene el alma mi obediencia,
Trató la union de los dos,
Tan sin darme parte de ella,
Que de vos y del intento,
Al veros tuve la nueva.
Casarme sin mí, es injusto;
Mas dejo aparte esta queja,
Porque al blason de obediente
Tiene algun viso de opuesta.
Casarme con vos, don Diego,
Si quereis, ha de ser fuerza;
Pero sabed que mi mano,
Si os la doy, ha de ser muerta.
De caballero y de amante
Faltais, don Diego, á la deuda,

Si sabiendo mi despecho,
Vuestra mano me atropella.
Vos, don Diego, habeis de hacer
A mi padre resistencia;
Y escoged vos en la causa
La razon que mas convenga:
Aborrecedme, injuriadme;
Que yo os doy toda licencia
Para tratar mi hermosura
Desde desgraciada á necia.
Haced cuenta que una dama
A vencer á otro os empeña,
Que es lance que no le puede
Escusar vuestra nobleza.
Haced, don Diego, una accion,
Que es por entrambos bien hecha;
Por mí, porque yo os lo pido;
Por vos, porque en vos es deuda.
Y advertid que yo á mi padre,
Por la ley de mi obediencia,
Para cualquiera precepto
El sí he de dar por respuesta.
Si vos no lo repugnais,
Yo no he de hacer resistencia;
Y si deseais mi mano,
Desde luego será vuestra:
Pero mirad que os casais
Con quien, cuando la violentan,
Solo se casa con vos,
Por no tener resistencia.
Y ahora vuestra hidalguía,
O el capricho, ó la fineza
Corte por donde quisiere;
Que cuando pare en violencia,
Muriendo yo, acaba todo:
Pero no vuestra indecencia;
Pues donde acaba mi vida,
Vuestro desdoro comienza.

D. Diego. ¡Pudo el diablo haber pensado
Mas graciosísima arenga, [*ap.*
Para disfrazar los zelos,
Y está de ellos que revienta!
Señora, todo ese enojo
Nace, con vuestra licencia,
De zelos que os da Leonor.
Si temeis que yo os ofenda,
Os engañais, juro á Dios;
Que por vida de mi abuela,
Y así Dios me deje ver
Con fruto unas viñas nuevas,
Que plantó mi padre en Búrgos,
Que es lo mejor de mi hacienda,
Como yo nunca la he dicho
De amor palabra, ni media;
Que ella es la que á mí me quiere;
Y sino, digalo ella.

D. Mendo. Tener no puedo la risa *ap.*
De tan graciosa respuesta.

****

Da. Leonor. Hermana, este hombre no
Sentido, y en vano intentas [tiene
Que se reduzca á razon.

Da. Ines. Sean zelos, ó no sean,
Señor don Diego, yo os pido,
Porque una dama os lo ruega,
Que aquí me deis la palabra
De hacer por mí esta fineza.

D. Diego. No haré yo tal, hasta ver *ap.*
Como pinta la condesa.
Señora, eso es una cosa,
Que es para dormir sobre ella.
Yo me veré bien en ello
Para daros la respuesta;
Que aquí tengo yo un agente,
Que es quien mejor me aconseja.

Da. Ines. ¿Pues qué hay que pensar en
Para que nadie os advierta? [esto,

D. Diego. ¿Pues no quereis que me infor-
Si puedo hacerlo en conciencia? [me,

Da. Leonor. ¡Hay mas raro desatino!

D. Diego. Esto es, porque vos quisierais
Que respondiera que sí,
Para verme libre de ella,
Y echarme luego la garra.

Da. Ines. Ya vuestra locura necia
Pasa el término de loco,
Y á mí que hacer no me queda
Mas que volver á advertiros
Que cuanto os he dicho atenta,
Os lo repito ofendida:
Y si tras esta advertencia
Os quereis casar conmigo,
Aunque mi sangre os alienta,
Sois hombre indigno de honor:
Pensad, ó no la respuesta.

D. Diego. ¿Qué llama indigno? Escuchad.

Da. Leonor. Eso, don Diego, es perderla
De muchas veces: haced
Lo que Ines os aconseja,
O en mayor desaire vuestro
Parará su resistencia.

ESCENA VI.

DON DIEGO Y DON MENDO.

D. Diego. ¿Desaire?

D. Mendo. Tened, don Diego.
Un hombre noble, ¿qué espera,
Oyendo este desengaño?

D. Diego. Hombre, ¿no ves que te que-
Y Leonor, porque me adora, [mas,
Es quien causa esta revuelta?

D. Mendo. Vive Dios, que es imposible
Sacarle de la cabeza [*ap.*
Esta aprehension. Pues, don Diego,
¿En qué conoceis que tenga
Fundamento ese cariño?

D. Diego. ¡Hay mas graciosa simpleza!
Bueno sois para marido,
Si no entendeis esta lengua,
Pues no veis que hablan los ojos,
Y la Leonor está muerta;
Sino es que vos, por casaros,
No mirais delicadezas.
D. Mendo. Vive Dios, que á no saber
Que habla la ignorancia vuestra,
Mas que la malicia en vos,
De esta sala no salierais,
Sin ser el último aliento
Necedad tan desatenta:
Pero pues es inculpable
Vuestra locura, ella mesma
Sea la que dé el castigo
A tan notoria simpleza.

ESCENA VII.

DON DIEGO.

¡Hay tonto como mi primo!
Pero á mí, allá se lo avenga:
Yo me voy á ver si puedo
Derribar esta condesa,
Y si no saliere cosa,
Fijas las dos primas quedan;
Y si todas me quisieren,
Apechugaré con ellas:
Y á mas moros mas ganancia,
Que el turco tiene trecientas.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Juan.

BEATRIZ, DE CONDESA VIUDA, MOSQUITO Y UNA CRIADA.

Beat. ¿Qué me dices, Mosquito, vengo buena?
Mosq. Beatricilla, estás hecha una azucena.
Beat. ¿Y de condesa viuda tengo aseo?
Mosq. Bien puedes ser la viuda de Siqueo.
Criada. ¿No temes que á dudarlo se adelante?
Mosq. ¿Qué llamas duda? Lo creerá un bergante.
Criada. Esto importa ocultarlo á los criados,
Menos á los que estamos avisados.
Beat. El tonto va á caer.
Mosq. Claro está eso.
Beatricilla, caerá como con queso.
Beat. ¿Y dónde está?
Mosq. A la puerta le he dejado;
Que fingiendo yo entrar con el recado,
Subí á ver si ya estabas prevenida,
Y me he admirado al verte ya vestida;
Que apenas ha un instante,
Que desde casa te envié delante.
Beat. Rabio ya por lograr tan buenos ratos.
Mosq. Seis veces se ha limpiado los zapatos.
Beat. Llámale, pues, que muero por hablallo.
Mosq. Mira, Beatriz, si quieres acertallo,
Cuanto hablares sea oscuro y sea confuso,
Habla crítico ahora, aunque no es uso;
Porque si tú el lenguaje le revesas,
Pensará que es estilo de condesas;
Que los tontos que traen imaginado
Un gran sugeto, en viéndole ajustado
A hablar claro, aunque sea con conceto,
Al instante le pierden el respeto:
Y en viendo que habla voces desusadas,
Cosas ocultas, trazas intrincadas,
Para dar á entender que lo comprenden,
Le dicen que es gran cosa, y no la entienden;
Con que si le hablas culto prevenida,
Te tendrá por condesa, y entendida.
Beat. Pero si él me pregunta algo cortesano,
Forzoso es responderle vulgarmente.
Mosq. De ningun modo; que ese no es su paso.
Beat. Y si él pregunta, cómo estais, acaso,
¿Qué le he de responder?
Mosq. En garatusa,
Libidinosa, crédula y obtusa.
Beat. ¿Pues qué ha de entender él, si eso no es nada?
Mosq. Acaso entenderá que estás preñada.
Beat. Déjame á mí, que yo sabré hablar culto,
Cuando importe; que no ha de ser á bulto.
Mosq. Pues él viene hácia acá, voy á sacallo;
Que aquí don Juan tambien está á escuchallo.

ESCENA IX.

DICHOS Y DON DIEGO.

D. Diego. Mosquito, ¿está aquí?
Mosq. ¿No ves
Que es la que está en esta pieza?
D. Diego. ¿Es esta? Rara belleza
Descubre por el envés.
Beat. ¿Quién anda en los corredores?
Míralo, Isabel.
D. Diego. Ya ha hablado:
Hasta el tono es delicado;
En fin, manjar de señores.
Criada. ¿Quién es?
D. Diego. Respóndele apriesa.
Mosq. Diga usted, como don Diego,
Mi señor, quisiera luego
Ver á misa la condesa.

Criada. Ya la teneis avisada;
Entre.
D. Diego. El norte lo asegura.
Criada. ¡Jesus, qué rara figura!
D. Diego. Ya ha caido la criada.
Mosquito, ¿ves lo que pasa?
Todo caerá.
Mosq. Aqueso es llano:
Mas, señor, vete á la mano,
No caiga tambien la casa.
D. Diego. El cielo guarde esa aurora.
Beat. La vuestra sea bien venida.
D. Diego. No he visto en toda mi vida
Mejor bulto de señora.
Beat. ¿Qué intento os lleva neutral
A mis coturnos cortés?
D. Diego. ¡Jesus, cuál habla! Esto es *ap.*
Estilo de sangre real.
Señora, bueno he venido.
Mosq. Qué quieres, te preguntó.
D. Diego. Estar bueno quiero yo:
Luego bien he respondido.
Beat. De risa me estoy muriendo,
Y disimular no sé.
D. Diego. Tambien me parece que
Va la condesa cayendo.
Beat. ¿En fin, venis rutilante
A mi esplendor fugitivo,
Para ver si yo os esquivo
A mi consorcio anhelante?
D. Diego. ¿No ves, Mosquito, al hablarme
Con qué gracia me enamora?
Mosq. ¿Pues qué es lo que dice ahora?
D. Diego. Todo aquesto es alabarme.
Si yo aquí os he parecido
Como vos significais,
Cierto que no lo arriesgais;
Porque soy agradecido.
Beat. Esplicaos de una vez.
D. Diego. Hablaros despacio intento.
Beat. Pues apropincuad asiento.
D. Diego. Mosquito, ya pica el pez.
Mosq. Ya yo le he visto tragar.
D. Diego. Yo soy cebo de mugeres.
Mosq. Ahora digo que tú eres
Linda caña de pescar.
D. Diego. Hablarla importa con frases
De un estilo levantado.
Mosq. Sí; que el estilo acostado
Es para cuando te cases.
D. Diego. Vuestra fama sonorosa,
Concurso no de estudiantes,
Sino de tropas volantes,...
¡Bravo pedazo de prosa!
Mosq. Bueno va; adelante pasa.
D. Diego. Desde Búrgos me ha traido
A daros en mí un marido
Que sea honor de vuestra casa.
Beat. Súbito, no meditado,
Vuestro pretesto colijo.
Mosq. ¿Qué es lo que ahora te dijo?
D. Diego. Que lo acepta de contado.
Beat. Algo de bobera en vos
Presume el cándido pecho.
D. Diego. ¡Jesus, qué favor me ha hecho!
Buena pascua te dé Dios.
Mosq. De risa el tonto me apura. *ap.*
Prosigue, que ya está tierna.
D. Diego. Ahora me alabó la pierna.
Pues si vierais mi cintura
Por de dentro, os admirára
Su medida tamañita;
Porque á mí el sastre me quita
Dos dedos de media vara.
Mosq. En eso no hay que dudar.
D. Diego. Y aun me la achica despues.
Mosq. Mas la media vara es
De vara de torear.
D. Diego. Eso, en torear, no hay hombre
Como yo: con un jaez
En Búrgos salí una vez,
Y tembló el toro mi nombre.
Yo me anduve por allí
En la plaza hecho un medoro,
Y no osó llegar el toro
A treinta pasos de mí.
Mosq. ¡Bravas suertes!
D. Diego. Y hasta el fin
Ningun rocin me mató.
Mosq. Pues si á tí no te alcanzó,
Seguro estaba el rocin.
D. Diego. Paréceme que un poquito
Vos estais de mí pagada.
Beat. Adusta sí, no implicada.
D. Diego. ¡Toma si escampa, Mosquito!
Mosq. ¡Jesus! A Beatriz aprisa *ap.*
Señas le haré por detras;
Porque si esto dura mas
He de reventar de risa.
Beat. Remito, por lo que espreso,
La locucion á otro dia.

(*Levántase.*)

D. Diego. ¿En efecto, sereis mia?
Beat. Cogitacion habrá en eso.
D. Diego. Eso sí al alma regala.
Beat. Pensaislo con juicio agreste.
D. Diego. ¡Mira qué favor aqueste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!
Beat. A Dios.
D. Diego. Hasta nuestras bodas.
Criada. ¡Bravo tonto! *ap.*
Beat. Ya os entiendo.

ESCENA X.

DON DIEGO, MOSQUITO Y DON JUAN, DENTRO.

D. Diego. La muger se va cayendo:
Pero lo mismo hacen todas.
Mosq. Lográronse mis cuidados. *ap.*
¿Qué dices de aquesta empresa?
D. Diego. Que la muger es condesa
De todos cuatro costados.
Mosq. Ahora entra aquí don Juan *ap.*
Para acreditar el caso.
Señor, si esto va á este paso,
¿Tus dos primas qué dirán?
D. Diego. Volaverunt.
Mosq. Yo querria
Que lo sepas recatar.
D. Diego. Ya bien puedes empezar
A llamarme señoría.
D. Juan (*desde adentro*). Ola, Mateo,
¿No hay algun criado aquí? [Benito.
¿Qué modo es este?
Mosq. ¡Ay de mí!
D. Diego. ¿Qué es esto?
Mosq. ¡Cristo bendito!
Don Juan, eso que no es nada,
Primo de aquesta señora,
Y zeloso.
D. Diego. ¿Eso hay ahora?
Pues requeriré la espada.
Mosq. ¿Y qué hemos de hacer con eso?
D. Diego. Voto á Dios, si me habla en
Que á la primer cuchillada [nada,
Le rebane como queso.
Mosq. ¿Qué, eres valiente?
D. Diego. Los chinos
Son enanos para mí.
Mosq. ¡Ay, madre de Dios! que aquí
Se matan como cochinos.
D. Juan (*saliendo á la escena*). ¡Siempre en casa ha de haber priesa!
Pero, don Diego, ¿aquí estais?
¿Pues qué en la casa buscais
De mi prima la condesa?
D. Diego. ¿Yo?
D. Juan. Sí.
D. Diego. No lo puedo creer.
¿A mí?
D. Juan. ¿No habeis escuchado?
D. Diego. Vive Dios, que me he tur-
Y no sé qué responder. [bado, *ap.*
D. Juan. ¿No hablais?
Mosq Yo, señor, de un tiro
Con mi señor iba al Prado,
Y aquí nos hemos topado
Por la plaza del Retiro.
D. Diego. ¿Qué diré? *ap.*
Mosq. El diablo lo fragua;
De quien me parió reniego.
D. Juan. ¿Porqué no me hablais, don
Mosq. Tiene la boca con agua. [Diego?
D. Juan. ¿Qué dices?
Mosq. Que él iba aprisa,
Y se entró aquí.
D. Juan. ¿A qué se entró?
Mosq. Yo... cuando... si... qué sé yo...
Los dos ibamos á misa.
D. Juan. Villano, ¿es eso burlar
De mí?
D. Diego. Ya yo me cobré, *ap.*
Y así lo remediaré.
Don Juan, yo os vengo á buscar.
D. Juan. ¿Vos á mí?
D. Diego. A solas os quiero.
D. Juan. Pues por mí yo solo estoy.
D. Diego. Pues vete tú.
Mosq. Ya me voy.
Clavóse este majadero. *ap.*

ESCENA XI.

DON DIEGO Y DON JUAN.

D. Juan. Ya estamos solos.
D. Diego. Don Juan,
Yo me caso con mi prima;
Que aunque ella no me merezca,
En efecto ha de ser mia.
Yo en efecto, como digo,
Vengo aquí, porque en mi vida...
Por Dios, que he perdido el hilo *ap.*
De lo que decir queria.
D. Juan. Proseguid.
D. Diego. Ya voy al caso.
La memoria es quebradiza.
Desde Búrgos á Madrid
Hay cuarenta leguas chicas:
Pienso que hay mas; no, no hay tantas.
D. Juan. ¿Pues eso á qué se encamina?
D. Diego. ¿Las leguas no son del caso?
D. Juan. ¿Pues el camino á qué tira?
D. Diego. ¿Tampoco importa el camino?
D. Juan. ¿Pues qué importa?
D. Diego. ¿Esto no estriba
En resolucion? Pues alto.
Señor mio, yo queria
Saber de vos, ¿á qué intento
Entrais en cas de mi prima?
D. Juan. ¿Pues porqué lo preguntais?
D. Diego. ¿Porqué? ¡La duda es muy
Porque he de ser su marido. [linda!
D. Juan. ¡Vive Dios, que la salida *ap.*
Que ha buscado, aunque el engaño
Que yo deseo acredita,
Pues lo hace por deslumbrarme,
A un grave empeño me obliga;

Que aunque es necio, es caballero!
D. Diego. ¿No hablais? ¿Me dais con la
Pues yo esto vengo á saber. [misma?
D. Juan. La pregunta es tan indigna,
Que no merece respuesta:
Pero si ha de ser precisa,
Yo os la daré.
D. Diego. No: tened;
Que yo tengo en esta villa
Mas de cuatrocientas damas
Que á mi casamiento aspiran.
Yo os lo digo, por si acaso
Vuestro amor á Ines se inclina,
Que alzaré mano de ella;
Porque vuestra bizarría
Me ha enamorado, y no quiero
Que os dé mi boda un mal dia.
D. Juan. Yo os digo, que no os respondo.
D. Diego. Segun eso, vuestra mira
No debe de ser á Ines,
Sino á Leonor.
D. Juan. Esa misma
Es la pregunta pasada,
Que ya teneis respondida.
D. Diego. ¡Ah, cómo os di yo en el alma!
En los ojos se averigua:
Leonor es la que os abrasa.
D. Juan. No hagais vos respuesta mia,
La que yo no os quiero dar;
Y si el negarlo os irrita,
Ya os digo...
D. Diego. No os enojeis;
Que aquesto, por vida mia,
Es querer ser vuestro amigo.
D. Juan. Mi voluntad os lo estima:
Mas no hablemos mas en eso.
D. Diego. Mi duda está concluida.
Quedad con Dios.
D. Juan. Él os guarde.
D. Diego. Y entended, que en mi caricia
Teneis el lugar de un primo.
D. Juan. Deuda es de mí agradecida.
D. Diego. No es nada el equivoquillo;
Mi ingenio es todo una chispa:
Quedaos, no paseis de aquí.
D. Juan. No me escuseis que yo os sirva.
D. Diego. Yo os iré sirviendo á vos.
D. Juan. Yo he de lograr esa dicha.
D. Diego. ¡Ah, qué bien que te la pego! *ap.*
D. Juan. Ya él me ha creido la prima.

ESCENA XII.

Sala en casa de don Tello.

MOSQUITO Y BEATRIZ DE CRIADA.

Mosq. Dame cuatro mil abrazos,
Ingeniosa Beatricilla;
Que has hecho el papel mejor
Que pudiera Celestina.
Beat. ¿Parecia yo condesa?
Mosq. ¿Qué es condesa? Parecias
Fregona en paños mayores.
Beat. Y si él creyó la postiza,
¿En qué ha de parar el cuento?
Mosq. ¿Pues eso no lo imaginas?
En que te cases con él.
Beat. ¿Yo? ¡Madre de Dios bendita!
Primero fuera beata
De aquestas arrobadizas.
Mosq. Calla, boba; que don Juan,
Que es á quien le va la vida,
Lo ha de pagar por entero;
Y de la paga, la liga
Tomarás tú, y yo la media.
Beat. Eso de la media esplica;
Porque tiene muchos puntos.
Mosq. Entremos en casa aprisa,
Que aquí en el zaguan estamos
A riesgo de una venida.
Beat. Vamos, no me vea el viejo.
Mosq. ¿Y hemos de entrarnos á frias?
¿No me darás un abrazo?
Beat. Y quince.
Mosq. ¿Con eso envidas?

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON DIEGO.

D. Diego. Grande empresa he conseguido,
Y escaparme fué gran dicha.
¡Pero qué miro!
Beat. ¡Ay Dios mio!
Don Diego, y á letra vista
Nos ha cogido.
Mosq. ¡Jesus!
D. Diego. O estoy loco, ó juraria
Que es la condesa.
Beat. Villano,

(*Dale á Mosquito.*)

¿Tú á mí engañarme querias?
Viven los cielos, traidor,
Que en tí he de vengar mis iras.
Mosq. ¡Qué haces, muger del demonio!
Beat. ¿Traidor, tú á engañarme ibas?
¿A una muger de mi estado
La finges alevosías?
D. Diego. ¡Viven los cielos, que es ella!
Señora, ¿pues qué os irrita [*ap.*
Este pícaro, que os hallo
En una accion tan indigna,
Y en tan indecente trage?
Beat. ¿Siendo vuestra la malicia,
Lo dudais, mal caballero,

Que con aleves caricias
Engañais nobles mugeres?
¿Es bien robarme la vida,
Prometiendo ser mi esposo,
Estando con vuestra prima
Para desposaros hoy?
D. Diego. Señora, ¿quién tal mentira
Os ha dicho? Vive Dios, *ap.*
Que sabe ya la cartilla.
Mosq. Remediólo bravamente. *ap.*
Beat. Yo lo sé, de quien me avisa
De todos vuestros engaños;
Y por ver vuestra malicia
Con mis ojos, he venido,
Llena de ansias y fatigas,
Disfrazada y sin respeto,
Donde he sabido que es fija
La boda para esta noche.
Mosq. ¡O gran Beatriz, fondo en tia!
D. Diego. No es nada lo que obra el talle:
Tomen si purga la niña. [*ap.*
Señora, viven los cielos,
Que aunque está ya prevenida,
Es sin mi consentimiento;
Y porque quedeis vencida
Yo haré aquí un remedio breve.
Beat. ¿Cuál es?
D. Diego. Daros una firma
Con tres testigos.
Beat. ¿Pues yo,
Qué he de hacer de ella, ofendida?
D. Diego. Sacarme por el vicario,
Si este tio me da prisa.
Mosq. Esto es peor; que en mentando *ap.*
El ruin, es sentencia fija
Que ha de cumplirse el refran.
El viejo viene.
Beat. Seria
Gran desdicha que me viera
En una accion tan indigna.
D. Diego. ¿Os conoce?
Beat. No; mas basta
Que me vea.
D. Diego. Pues aprisa
Escondeos.
Beat. ¿Dónde puedo?
D. Diego. Detras de esa puerta misma.
Beat. Todo es decente en un riesgo.
Mirad, que mi honor peligra,
En que ninguno me vea.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, MOSQUITO, Y POCO DESPUES DON TELLO.

D. Diego. Si viniera Atabalipa
Y Motezuma, no os viera,
Hasta costarme la vida.
Disimula tú, y finjamos
Que bajabamos de arriba.
Mosq. Pienso que el viejo lo ha visto;
Que trae aceda la vista.
D. Tello. ¿Don Diego?
D. Diego. ¿Tio y señor?
D. Tello. ¿Es deshecha esa alegría?
¿Paréceos accion decente,
Que en casa de vuestra prima
Hableis con una muger
Tapada, la tarde misma
Que con ella os desposais?
D. Diego. ¿Yo muger?
Mosq. ¡Ay Beatricilla!
Que aquí dió fin el enredo.
D. Tello. Negarlo es buena salida,
Acabando yo de ver
Que está en mi casa escondida.
D. Diego. Mirad, señor, que es engaño.
D. Tello. Vive Dios, que si porfia
Vuestro desacato, yo
La he de sacar.
D. Diego. Poca prisa;
Porque esta casa es vedada,
Y está la guarda á la mira.
D. Tello. ¿Pues á mí me decis eso?
D. Diego. A vos y á vuestras dos hijas.
D. Tello. ¿Yo no he de entrar en mi casa?
D. Diego. A eso, ni vos, ni mi tia.
D. Tello. Villano, viven los cielos,
Que de tan grande osadía
Tomaré satisfaccion.
D. Diego. Aunque perdiera mil vidas,
No habeis de ver esta dama.

(*Empuñan las espadas.*)

D. Tello. Pues yo haré que lo permitas.

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA INES POR LA PUERTA DE EN MEDIO Y DON JUAN POR OTRA.

Da. Inés. ¡Padre y señor, vos la espada!
D. Juan. Don Tello, aquí está la mia.
D. Tello. Para el castigo que intento,
Sobran armas á mis iras.
D. Diego. ¡Esto es peor! Vive el cielo,
Que si don Juan ve á su prima,
No tiene salida el lance.
D. Tello. Villano, á esa mugercilla
Sacaré yo de este modo.
D. Diego. Detente, señor, y mira
Que esta dama es de don Juan
Con mucho estrecho, y peligra
Su honor y su vida en esto.
D. Tello. ¡Qué, esta es su dama!
D. Diego. Esta misma.

Da. Ines. ¡Ah traidor! ¡Qué es lo que
¿Esto encubierto tenias? [escucho! *ap.*
D. Tello. ¡Buena la intentaba yo!
Turbado me ha la noticia.
¡Cuerpo de Dios! ¡No dijerais
Que aquesa muger venia
A ampararse á vos de un riesgo!
Llamadla, é idos aprisa,
Que yo os guardaré la espalda.
Tapaos, señora. Seguidla.
D. Diego. Señora, venid tras mí.
Perdonad, señora prima,
Que yo con quien vengo vengo.

(*La saca de entre bastidores tapada y pasa por delante de ellos.*)

Mosq. Escapóse Beatricilla;
Salto y brinco de contento.

ESCENA XVI.

DON TELLO, DON JUAN Y DOÑA INES.

D. Tello. Detener yo ahora á don Juan,
Porque no pueda seguirla, [*ap.*
Será lo mas importante.
Don Juan, fuerza es que yo siga
A don Diego, por si acaso
En este empeño peligra.
Quedaos vos aquí.
D. Juan. Eso fuera
Faltar yo á la deuda mia,
Sabiendo que van con riesgo.
D. Tello. Es, que para la accion misma
Os he menester yo aquí.
D. Juan. Siendo así, aquí está mi vida
Para arriesgarla por vos.
D. Tello. Mi amistad de vos la fia.
Hasta que él esté seguro
Le guardaré yo esta esquina.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DOÑA INES.

D. Juan. Ines, señora, á este lance
Queda mi fe agradecida,
Pues podré hablarte en seguro.
Da. Ines. Si eso á engañarme camina,
Ya no lo podrás, ingrato,
Conseguir mientras yo viva.
D. Juan. ¿Qué es lo que decis, señora?
¡Yo traicion! ¿En qué imaginas
Que la tenga una fineza,
Que no hay luz que la compita?
Da. Ines. Pero hay luz que la descubra,
Y á bien poca se averigua;
Pues tal es su desenfado,
Y tienes dama tan fina,
Que ofendiendo tu decoro,
A un hombre, que no ha tres dias
Que está en Madrid, tus finezas
Y su liviandad publica.
D. Juan. Señora, viven los cielos,
Que ageno de esas malicias,
No puedo entender tu queja,
Ni sé de qué se origina.
Da. Ines. Pues yo, no agena, don Juan,
De tu traicion fementida,
Y ya mas desesperada,
Negándomelo á la vista,
Te lo diré, aunque al decirlo
Mayor empeño se siga.
Piérdase lo que se pierda,
Donde se pierde mi vida.
Esa dama, que á su amparo
Aquí á don Diego le obliga,
Tú eres de quien la recata,
Y ella de tí se retira.
Y pues sabe un forastero,
Que es tan tuya, que peligra
Hallándola tú con otro;
Mira si es tu alevosía
Tan recatada, que al verla
De mucha luz necesita.
D. Juan. Oye, señora.
Da. Ines. Es en vano.
D. Juan. Tente, por Dios.
Da. Ines. Mas me irritas.
D. Juan. ¿Pues no me oirás?
Da. Ines. ¿Qué he de oirte?
D. Juan. Que ha sido ilusion.
Da. Ines. Mi dicha.
D. Juan. ¿Quién te ha dicho esos enga-
Da. Ines. Don Diego, que lo publica, [ños?
Y yo que lo ví.
D. Juan. ¿No sabes
Su locura?
Da. Ines. Si porfias,
Harás, don Juan, que en mi ofensa
Pase á despecho la ira. (*Vase.*)
D. Juan. Vive el cielo, que este necio
Ha de costarme la vida;
Iré á buscarle y á ver
De donde nace este enigma.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

BEATRIZ, DON DIEGO Y MOSQUITO.

Beat. Ya será el pasar de aquí,
Arriesgarme á otro cuidado.
D. Diego. Compañía de ahorcado

No es, señora, para mí.
Yo os he de dejar segura
Y sin lesion, ¡vive Dios!
Y hasta que lo esteis, con vos
He de ir á Dios y á ventura.
Beat. Mosquito, ¿qué hemos de hacer
Si él da en este desatino?
Mosq. Aquí no hay otro camino,
Sino arrancar á correr.
Beat. ¿Por si á su vista me robo,
No le sabrás tú apartar?
Mosq. Nadie se puede librar
De un bobo, sino otro bobo.
D. Diego. ¡Secreto para conmigo!
¿Qué te dice?
Mosq. Que va ahora
La condesa mi señora,
Muy asustada contigo.
D. Diego. Eso, tómalo al reves.
¿Pues no voy yo á defendella,
Aunque venga contra ella
El armada del inglés?
Mosq. Es que estais junto á la entrada
De su casa, y si los dos
Llegais, la verán con vos.
D. Diego. ¿Qué importa, si va tapada?
Mosq. Pues si ven, á su beldad,
Seguirla, ¿no es cosa espresa
Que han de creer que es la condesa?
D. Diego. Esa es la pura verdad:
Pero si dejarla intento,
Cuando de mí se amparó,
Si sucede algo, estoy yo
Obligado al saneamiento.
Ademas, que fuera accion
Llena de incivilidad.
Beat. ¿No veis que eso es necedad?
D. Diego. Mas que sea discrecion.
Vos no habeis de ir sin mí;
Y creed, si esto no basta,
Que he de acompañaros hasta
El postrer maravedí.
Beat. Ya que estais determinado,
Venid, pues eso quereis,
Y á la puerta no llegueis.
D. Diego. No he de ir sino hasta el estra-
No lo escuseis. [do:
Mosq. ¡Guarda Pablo!
Beat. ¿Vos en mi casa tras mí?
D. Diego. ¿Pues qué peligro hay allí?
Mosq. ¿Qué sé yo, lo que hará el diablo?
Por aquí la he de escapar. *ap.*
Señor, advierte una cosa,
Que esta condesa es golosa,
Y esto lo hace por entrar
Sola en ese confitero,
A comprar dulces sin susto.
D. Diego. Tiene lindísimo gusto;
A eso entraré yo el primero.
Mosq. ¿Llevas dinero?
D. Diego. Ni blanca.
Mosq. ¿Pues á qué has de entrar allá?
D. Diego. ¿Pues qué riesgo en eso habrá?
Mosq. ¿Donde está tu mano franca,
Has de consentirla que
Pague lo que á comprar va?
D. Diego. ¿Eso dudas? Claro está,
Que se lo consentiré.
Mosq. ¡A la condesa!
D. Diego. ¿Pues no?
¿Eso quieres que la arguya?
Ni aun á una criada suya
No se lo estorbára yo.
Mosq. ¿Qué dices? Que eso es quedar
En una accion afrentosa.
D. Diego. Hermano, si ella es golosa,
¿Téngolo yo de pagar?
Mosq. Aquesto es cosa perdida.
Beat. ¡Ay, desdichada de mí!
Don Juan viene por allí.
Mosq. Su primo, pese á mi vida.
D. Diego. ¿Quién?
Mosq. Don Juan, de par en par.
D.Diego. ¿Pues ahora, qué hemos de ha-
Mosq. Irnos, y tú defender, [cer?
Que no nos pueda alcanzar.
D. Diego. Y si no puedo atajarle,
Si acaso viene muy fuerte,
¿Qué he de hacer?
Mosq. Darle la muerte.
D. Diego. ¿Darle la muerte?
Mosq. O matarle.
D. Diego. ¿Y si no trae mal humor,
Y detenerle por bien
Puedo?
Mosq. Mátale tambien.
D. Diego. Pues manos á la labor.
Beat. No permitais que se acabe
De arriesgar la vida mia.
D. Diego. Váyase vueseñoría,
Que ya estoy pensando el cabe.
Mosq. Detenedle bien.
D. Diego. Sí haré.
Mosq. Ya podemos escurrir.
Beat. Detenedle sin reñir.
D. Diego. Sin reñir le mataré.
Mosq. Arranquemos á correr,
Mientras él queda en arrobo.
Beat. ¡Jesus! harta voy de bobo.
Mosq. No es poco para muger.

ESCENA II.

DON DIEGO, Y POCO DESPUES DON JUAN.

D. Diego. A mucho quedo empeñado,
Si este hombre en seguirla da:

Pero bien hecho será;
Que un primo es medio cuñado.
D. Juan. En haberme detenido
Con tal cuidado don Tello,
Reconozco que es verdad
Lo que les dijo don Diego:
Y pues aquí le he alcanzado,
He de averiguar su intento.
D. Diego. Hombre, mira lo que haces, *ap.*
Que vas andando y muriendo.
D. Juan. ¿Señor don Diego?
D. Diego. Don Juan,
¿Qué quereis?
D. Juan. Buscándoos vengo.
D. Diego. Como no paseis de aquí,
Seré muy servidor vuestro.
Decid qué es lo que os ocurre.
D. Juan. Lo que yo deciros quiero,
Aquí os lo puedo decir.
D. Diego. De vida sois segun eso.
D. Juan. Vos habeis dicho delante
De vuestra prima y don Tello,
Que aquella muger tapada,
Que ahora os iba siguiendo,
La recatabais de mí,
Por importarme su empeño.
Yo sé que esto es imposible;
Porque yo en Madrid no tengo
Muger que pueda importarme,
Ni por amor, ni por deudo:
Y siendo así que es fingido,
De vos entender pretendo
¿Para qué fin lo fingisteis?
D. Diego. Eso es peor, vive el cielo; *ap.*
Porque si él fuera tras ella,
Le matára sin remedio;
Porque ya lo habia pensado:
Pero matarle por esto
No lo he pensado, y no es fácil.
D. Juan. ¿Qué decis?
D. Diego. Ya voy á ello.
Señor don Juan, que yo dije
A mi tio ese embeleco,
Para escaparme de allí,
Es verdad, y no lo niego:
¿Pero eso, á vos qué os importa?
D. Juan. ¿Pues vos, siendo caballero,
Lo dudais? El que se entienda
Que dama ó parienta tengo
Tan liviana, que de mí
Anda con otros huyendo.
D. Diego. Pues si vos sabeis que es falso,
Y os asegurais en eso,
¿Qué importa que yo os lo diga?
D. Juan. El que no lo piensen ellos;
Que la opinion no es lo que es,
Sino lo que entiende el pueblo.
D. Diego. ¿Pues mi tio, es pueblo acaso?
D. Juan. Es parte de él, que es lo mesmo.
D. Diego. Don Juan, esto no os importa
Mas, de que no tenga zelos
Leonor, de lo que yo dije,
Como es vuestro galanteo.
¿Remediando esto, habrá mas?
D. Juan. Yo no os pido nada de eso.
D. Diego. Pues veis aquí, que lo dije;
Que era verdad. ¿Qué remedio?
D. Juan. Que vos habeis de decir
A todos los que lo oyeron,
El intento que tuvisteis,
Y que yo os obligo á ello.
D. Diego. ¡No es nada la añadidura
Que decir vos! Eso es bueno.
Antes me volviera moro.
D. Juan. Pues aquí no hay otro medio.
D. Diego. Pues mas que nunca le haya.
Bien quedaba yo con eso,
Para ir á la plaza en Búrgos
A hablar con los caballeros.
El toro de las dos madres
No hiciera mas ruido entre ellos.
D. Juan. ¿Pues cómo habeis de escusallo?
D. Diego. ¿Cómo? Por Dios, que me huelgo.
Usted me tiene por rana,
Con dos manos y diez dedos;
Con cinco palmos de espada,
Y libra y media de acero.
D. Juan. Pues aguardad, y veamos
Si es mas posible otro medio.
¿Esa muger os importa?
D. Diego. Y mucho; y á no ser eso,
Si ella no me importa, á ella
La importo yo, que es lo mesmo.
¿Teneis mas que preguntar?
D. Juan. Pues si vos sabeis que es cierto,
Que ella no me importa á mí,
Dadle á entender á don Tello,
Como acaso, ó con industria,
Quien es; para que con esto
Se sepa que no es muger
Con quien dependencia tengo.
D. Diego. Por Dios, que la haciamos buena.
¡Que me pida el majadero,
Que yo publique á su prima!
Válgate el diablo el empeño.
Yo no sé como él lo oyó,
Porque lo dije bien quedo.
D. Juan. ¿Os parece esto mejor?
D. Diego. ¿Vos teneis entendimiento?
¿Yo manifestar la dama?
No se pide eso á un gallego.
D. Juan. Pues, don Diego, aquí no hay modo
De escusarse nuestro duelo,
Porque yo no he de apartarme
De vos, sin ir satisfecho.
D. Diego. Pues venios á mi lado,

Que yo os doy licencia de eso,
Como durmamos aparte.
D. Juan. Pero esto ha de ser riñendo.
D. Diego. Mas mátala, vive Dios,
Que si reñimos por esto,
Se ha de enojar la condesa.
D. Juan. Don Diego, esto es perder tiempo.
D. Diego. ¿En fin, hemos de reñir?
D. Juan. No tiene el lance otro medio;
Y si ha de ser...
D. Diego. Aguardad.
D. Juan. ¿Pues qué quereis?
D. Diego. Que primero
Protesto que soy forzado;
Porque importa para el cuento.
D. Juan. Eso á mí nada me importa.
D. Diego. ¡Válgame Dios! Yo me entiendo.
D. Juan. Sacad, don Diego, la espada.
D. Diego. Comenzad, diciendo el credo;
Y abreviadle.
D. Juan. ¿Para qué?
D. Diego. Por no daros hasta el tiempo
De la vida perdurable.
D. Juan. Eso ahora lo veremos.

ESCENA III.

DICHOS Y DON MENDO.

D. Mendo. ¿Qué es esto, primo, don Juan?
D. Diego. Los dos tenemos un duelo,
Que nos obliga á reñir;
Y vos, como caballero,
No nos lo habeis de estorbar.
D. Mendo. Si es justo, yo lo prometo.
D. Juan. Es justo, y él lo dirá.
D. Diego. No es sino injusto, y muy necio.
Yo me he de escapar del lance, *ap.*
Enredando en él á Mendo.
Primo, don Juan galantea,
Como lo muestra su intento,
A nuestra prima Leonor.
Yo, por salir sin empeño
Con una muger de casa,
Queriéndola ver mi suegro,
Que eran cosas de don Juan
Dije á mi tio en secreto,
Llegando él á esta ocasion;
Por salir de ella sin riesgo.
De esto resulta, sin duda,
Que Leonor de él tenga zelos,
Y él para satisfacerla,
Que esto no puede ser menos,
Quiere que yo me desdiga.
A Dios, pues.

ESCENA IV.

DON MENDO Y DON JUAN.

D. Juan. Oid, don Diego.
D. Mendo. Esperad, señor don Juan;
Que ya con mi primo el duelo
No teneis, sino conmigo,
Y aquello es despues de aquesto.
D. Juan. ¿Porqué?
D. Mendo. Porque habiendo causa
De reñir en dos empeños,
De ser llamado, y llamar,
El ser llamado es primero.
D. Juan. ¿Pues vos, porqué me llamais?
D. Mendo. Porque yo á casarme vengo
Con doña Leonor, mi prima,
Siendo vos testigo de ello;
Y pues esta queja es justa,
Salgamos al campo luego,
Que allí de esta sinrazon
Me satisfará mi acero.
D. Juan. Si la queja que teneis
Por lo que dijo don Diego,
Antes de llamarme al campo,
Me la hubiérades propuesto,
Yo os dejára aquí sin ella:
Mas ya llamado al empeño,
No os quiero satisfacer,
Aunque era razon, y puedo;
Porque despues de reñir,
Quiero, que vos satisfecho,
Sepais que por no escusarlo,
No os satisfice, pudiendo.
D. Mendo. Siendo eso así, yo os lo pido...
D. Juan. Ya os respondo, que no puedo.
D. Mendo. Pues vamos á la campaña.

ESCENA V.

DICHOS Y DON TELLO.

D. Tello. Tened: ¿dónde vais, don Mendo?
D. Mendo. Señor, yo á don Juan al campo
A divertirnos, le ruego
Que vamos, y este favor
Recibo de él.
D. Juan. Yo os lo debo.
Por serviros, á esto vamos,
Si dais licencia, don Tello.
D. Tello. Yo á don Mendo he menester;
Y de tal divertimiento
Siento estorbaros el gusto.
En lo que oí, y lo que veo *ap.*
En sus semblantes, conozco
Que iban los dos á algun duelo.
Estorbarlo aquí es forzoso,
Hasta ver el fundamento.
Don Mendo, venios conmigo.

D. Mendo. Voy, señor, á obedeceros.
Forzoso es disimular *ap.*
Por mi tio nuestro intento.
D. Juan. Sois atento; yo os lo estimo:
Mas ya faltaros no puedo.
D. Mendo. Yo en pudiendo os buscaré.
D. Juan. Forzosamente soy vuestro.
D. Tello. ¿Qué es lo que decis, don Juan?
D. Juan. Me despido de don Mendo.
D. Tello. No os despidais, que tambien
A vos os pido lo mesmo.
D. Juan. Iré gustoso á serviros.
D. Tello. Así asegurarlos quiero. *ap.*
Venid conmigo.
D. Juan. Ya vamos.
D. Mendo. Lo dicho dicho.
D. Juan. Esto ofrezco.

ESCENA VI.

Sala en casa de don Tello.

DOÑA INES Y LEONOR.

Da. Ines. Eso pasa, Leonor. Don Juan,
Me pagó con tal trato [ingrato
La fe que me debia.
Da. Leonor. ¿Y sabes tú si la verdad seria
Lo que dijo don Diego?
Da. Ines. Mira tú si es verdad, pues se
Y en su traicion vencido, [fué luego;
Aun no me ha vuelto á ver.
Da. Leonor. Eso habrá sido
Porque te vió irritar e su porfía,
Y tú que no te vea le has mandado.
Da. Ines. Si por eso no ha vuelto, Leonor
O no sabe de amor, ó está culpado; [mia,
Que en zelos que despiden al amante,
Nunca habla el corazon, sino el semblante.
Yo, Leonor, por mi daño,
He visto cara á cara el desengaño;
Y pues yo de mi culpa soy testigo,
Le lograré, aunque sea en mi castigo.
Yo á mi padre no tengo resistencia;
Mi decoro es la ley de mi obediencia;
A esta atencion, aun de él correspondida,
Por no faltar, perdiera yo la vida.
Pues ya que de él estoy tan agraviada,
Con mi muerte he de verme castigada.
Hoy á don Diego le daré la mano:
Si tarde he de morir, alivio gano;
Pues solo de esta suerte
Puedo abreviar los plazos á mi muerte.
Da. Leonor. Pues caso que don Juan te haya faltado,
Casarte con un hombre tan privado
De razon y de gusto, ¿es buen remedio?
Da. Ines. Para morir mas presto, ese es el medio.
Da. Leonor. Don Juan viene aquí dentro.
Da. Ines. Pues, hermana,
Yo sé de amor la condicion tirana;
Y aunque en mi mismo honor haga el estra-
Lo atropellaré todo por su halago. [go,
Si le veo, aunque sea desatento,
No me he de resolver á lo que intento:
Tú mi resolucion le manifiesta;
Que yo á esperarte voy con la respuesta.
Da. Leonor. ¿Pues eso intenta tu rigor?
¿no advierte
Que él sin duda vendrá á satisfacerte?
Da. Ines. De eso quiero escusarme;
Porque mas creo que vendrá á engañarme.
Da. Leonor. Pues yo se lo diré.
Da. Ines. De él voy huyendo.
Mucho rigor es este que resuelvo.
De aquí le oiré, que ni me voy ni vuelvo.

ESCENA VII.

DON JUAN, DOÑA LEONOR Y DOÑA INES AL PAÑO.

D. Juan. Llegando don Tello á casa,
Nos mandó en ella esperarle,
Y fué á buscar á don Diego:
Sin duda presume el lance.
Si entre tanto hablar pudiese
A Ines, fuera alivio grande
De la pena en que me tiene.
Da. Leonor. Señor don Juan, Dios os guar-
D. Juan. Hermosa Leonor... [de.
Da. Leonor. Mi hermana,
Viéndoos pasar adelante,
Al entrar por esa sala,
Se retiró; perdonadme
Que os diga, que por no hablaros;
Pues ocultarlo no es fácil.
Hoy se casa con mi primo,
Y de esto el retiro nace;
Que no fuera justo hablaros,
Estando en este dictámen
Con esta resolucion.
D. Juan. No paseis mas adelante,
Señora, si no intentais
Que el corazon me traspasen
Las flechas, que mi desdicha
De mis finezas le hace.
Si eso nace de su queja,
La luz del cielo me falte
O la de sus ojos bellos,
Que es mas que aquella suave,
Si he dado cuenta á su enojo:
Piérdala yo en esta tarde
Si en mí de otro pensamiento,
Aun lo que no es culpa cabe.
Si su primo me ha culpado,
Malicioso ó ignorante,

Cualquiera engaño es delito,
Si no se espera el exámen.
Condenar sin causa á un reo,
Es rigor; y ya que pase,
No otorgarle apelacion,
Es gana de condenarle.
Y si es tan severa ley
El precepto de su padre,
Máteme su ejecucion,
Mas ella no la adelante.
Muera yo, á no poder mas,
Porque mi estrella me ultraje:
Mas no ella; que no es todo uno,
Que ella ó mi estrella me mate.
Da. Ines. Bien huia yo de oirle.
¡O amor, tirano cobarde,
A la ofensa tan ligero,
Como al rendimiento fácil!
Da. Leonor. Don Juan, á vuestras razones,
Aunque muevan mis piedades,
No puedo yo responder;
Que, aun por consuelo, es en balde.
Esto me mandó deciros
Mi hermana, y ahora darle
Esa respuesta por vos,
Es cuanto está de mi parte.
A esto voy: guárdeos el cielo.
D. Juan. ¿Podré esperar?
Da. Leonor. No se agravie
Vuestro amor, si no saliere;
Que si no es que ella lo mande,
Yo no tengo á que volver.
A Dios.
D. Juan. Leonor, escuchadme.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON MENDO AL PAÑO.

D. Mendo. ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Da. Leonor. ¿Qué decis?
D. Juan. Pues son crueldades,
Que las templeis os suplico.
Da. Leonor. Cuanto esté aquí de mi parte,
Ya lo sabeis, eso haré.
D. Juan. ¿En fin, no decis que aguarde?
Da. Leonor. No está en mi mano, don Juan;
Esto es fuerza: perdonadme.
Y salir no puedo á hablarle.
D. Juan. ¿Qué es lo que decis, don Mendo?
D. Mendo. Que ya en mi enojo no caben
Mas dilaciones, don Juan;
Que ya, aunque pudierais darme
Satisfacion muy precisa,
No la quiere mi corage.
D. Juan. Pues haceis mal, vive Dios;
Que ya roto el primer lance,
En este, por muchas causas,
Os la diera yo bastante.
D. Mendo. Pues salgamos á reñir.
D. Juan. Vuestro es el puesto: guiadme.
Da. Ines. ¡Qué escucho! ¡Válgame el cielo!
D. Mendo. A vos os toca ir delante.
D. Juan. No toca eso sino á vos,
Que habeis de escoger la parte.
D. Mendo. Pues venid, si á mí me toca.
D. Juan. Ya os voy siguiendo.
Da. Ines (*saliendo*). ¡Ay pesares!
Escuchad, señor don Mendo.
D. Mendo. ¿Quién es?
Da. Ines. Quien, oyéndoos, sale
A escusaros este empeño.
D. Mendo. No presumo que eso es fácil.
Da. Ines. Sí es; que yo puedo deciros,
Fiada de vuestra sangre,
Lo que de atento don Juan,
Es forzoso que os recate.
Vos al campo le llamais,
Creyendo que á Leonor ame;
Y sabed que va á reñir
De noble, mas no de amante.
Don Juan, señor, ha seis años,
Que viéndome en el pasage
De Méjico á España, puso
Los ojos en mí, y él sabe
Los desdenes, los rigores
Que lloró su amor constante,
Hasta ganarme licencia,
Para pedirme á mi padre.
Esto supuesto, don Mendo,
Conocereis cuán de balde
Vuestro temor os provoca,
Cuando don Juan es mi amante.
De esto no os quedará duda;
Porque fuera error notable
Presumir que una muger
De mi obligacion os llame,
Y compasiva del riesgo
Por ver reñir dos galanes,
Quiera fingirse un desdoro
Para escusaros un lance.
La fineza que don Juan
Por mí en su silencio añade,
Se la pago en publicar
Lo que en él fuera desaire.
Y á vos os pido en albricias

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DOÑA LEONOR.

D. Juan. Pues yo, antes que su rigor,
Iré á que mi amor me mate.
D. Mendo (*saliendo á la escena*). Para eso está aquí mi espada,
Cuando ese despecho os falte.
Da. Ines. Cielos, don Mendo ha venido,

De que sé que Leonor hace
Tanta estimacion de vos,
Como es justo que ella os pague;
Que cesando esto, no solo
De este caso no se hable:
Mas quedando en vuestro oido,
A la memoria no pase.
Y vos, don Juan, pues ya veis
El empeño de mi padre,
Y que vuestra peticion
No se previno á ser antes,
Olvidad vuestro cariño,
Que en los hombres es muy fácil.
Digo fácil, ¡ay de mí!
Es pena mas tolerable,
Porque ellos pueden tener
Sin culpa las variedades:
Porque yo, siendo forzoso,
Para el plazo de esta tarde
He dispuesto mi obediencia
Como debo. Dios os guarde,
Que yo dejándoos amigos,
Como es deuda en pechos tales,
Voy contenta de haber sido
El iris de vuestras paces.

D. Mendo. Oid, señora; escuchad;
Que en un alivio tan grande,
Como el que de vuestro aviso
A mis esperanzas nace,
Os debo yo agradecido
Fineza que las iguale.

Da. Ines. ¡Vos fineza á mí! ¿En qué modo?

D. Mendo. En hacer que vuestro padre,
Sea ó no contra mi primo,
A vos con don Juan os case.

Da. Ines. Esa fineza es para él
Si él la solicita amante;
Que para mí no es lisonja.

D. Juan. Señora, ¿qué tanto vale
El crédito de un engaño,
Que por él así me trates?
Y ahora, pues estando ya
Don Mendo de nuestra parte,
No importa que esto mas sepas:
Seguí á don Diego, y él sabe
Que confesó en su presencia,
Que solo porque tu padre
No viese aquella muger...

Da. Ines. No vais, don Juan, adelante;
Que aquesa es satisfaccion,
Y aquí no os la pide nadie.
¡Oh, lo que miente el recato! *ap.*

D. Mendo. Señora, si de eso nace
Algun descontento vuestro,
Yo, por hallarme delante,
Soy testigo que don Juan
No la conoce, ni sabe
Quien es, y que él lo fingió.

Da. Ines. Eso, don Mendo, es tratarme
Con mas llaneza que es justo.
Don Juan, ni muger, ni nadie
Me ha dado desabrimiento;
¿Pues porqué me satisface?
¡Quiera amor que sea verdad, *ap.*
Que aunque le pierda, es mas suave!

D. Juan. Si tu enojo lo publica,
¿Qué importa que lo recates?

Da. Ines. Por no oir eso me voy.

D. Juan. Señora, escucha un instante.

Da. Ines. ¿Qué me quereis?

D. Juan. Esto solo.
Si don Mendo me lograse
La dicha que ha prometido,
¿Será tu amor de mi parte?

Da. Ines. ¿Yo amor? No sé qué es amor;
Despues de que yo me case,
Sabré de eso, que ahora ignoro.

D. Juan. Aunque en mi pena lo calles,
Lo publica ya tu agrado.

Da. Ines. Mirad que viene mi padre.

D. Mendo. Retirémonos, don Juan.

D. Juan. Ya yo os sigo; id vos delante.

ESCENA X.

DON JUAN Y DOÑA INES.

D. Juan. Señora, no me permitas
Que con tal dolor me aparte
De tu presencia.

Da. Ines. Don Juan,
¿Qué me quieres? ¿Ya no sabes
Los pesares que me cuestas?

D. Juan. ¿Pues ya no ves de qué nacen?

Da. Ines. ¿Qué importa el verlo, al perderte?

D. Juan. ¿Eso no puede enmendarse?

Da. Ines. ¡Pluguiera al cielo pudiese!

D. Juan. ¿Qué dices?

Da. Ines. Que no te pares.

D. Juan. Eso es desvío.

Da. Ines. Es temor.

D. Juan. ¡Qué pena!

Da. Ines. Que entra mi padre.

D. Juan. ¡Mal haya el peligro!

Da. Ines. ¡Amen!

D. Juan. Quédate á Dios.

Da. Ines. Él te guarde.

ESCENA XI.

DOÑA INES Y BEATRIZ.

Beat. Señora.

Da. Ines. Beatriz, ¿qué es eso?

Beat. Con el viejo en este instante,
Si no corro, doy de hocicos.

Da. Ines. ¿Dónde has estado esta tarde?

Beat. Señora, en un gran empeño.
Da. Ines. ¿Qué ha sido?
Beat. Fuí á echar naipes,
Porque don Diego te deje;
Y segun las cartas salen,
O mentirá el rey de bastos,
O no ha de querer casarse.
Da. Ines. ¿Crédito das á esas cosas?
¿No ves que son disparates?
Beat. ¿Pues un rey ha de mentir?
Da. Ines. Deja esas vulgaridades.
Beat. Tú verás en lo que pára:
Mas dejando esto á una parte,
¿Hasta cuándo ha de durar
El estar yo por mis paces
De embozada en el retiro,
Que ya es cosa intolerable?
Da. Ines. A mi padre hablaré ahora.
Beat. Pues él y Mosquito salen,
Y mas que vienen hablando
En el caso de los naipes.
Da. Ines. ¿Qué dices? ¿Pues eso es cierto?
Beat. Tú verás lo que ello pare;
Y si quieres entenderlo,
Retírate aquí un instante.
Da. Ines. Harélo, aunque es desatino,
Por ver en ello á mi padre.

ESCENA XII.

DON TELLO, MOSQUITO, DOÑA INES Y BEATRIZ AL PAÑO.

D. Tello. Tú has de saber de este caso
Todo lo que en ello hubiere.
Mosq. Señor, cuanto yo supiere,
Lo diré mas que de paso.
D. Tello. Pues yo te hallé en el zaguan:
¿Quién era aquella muger?
Mosq. La condesa era, á mi ver.
D. Tello. ¿Quién?
Mosq. La prima de don Juan.
D. Tello. ¿Qué dices?
Mosq. Como ahora es dia,
La ví ella por ella espresa.
D. Tello. ¡La condesa!
Mosq. La condesa,
Condada su señoría.
D. Tello. ¡Válgame Dios!
Mosq. Y á mí y tódo.
D. Tello. De gran empeño salí,
Estando don Juan allí.
Mosq. Y yo no andaba en el lodo.
Beat. Verás lo que se alborota.
Da. Ines. ¿Pues qué semejanza tiene
Con los naipes, que previene
La condesa?
Beat. Esa es la sota.
Da. Ines. ¡Cielos! yo mi desengaño
Agradezco haber sabido.
D. Tello. Mosquito, estoy aturdido
De un suceso tan estraño.
¿Pues ella buscóle á él,
O cómo allí llegó á estar?
Mosq. ¡Cielos! ¿cómo he de escapar *ap.*
De aqueste viejo cruel,
Que á dudas me ha de moler,
Y se aventura el enredo?
Mas solo librarme puedo
No dejándome entender.
Yo, señor, al conocella,
La ví que al zaguan entró,
Y un pobre entonces llegó,
Que no dió limosna ella.
El pobre pasó adelante,
Don Diego vino tras él,
Y repitiendo el papel
Vino el pobre vergonzante.
Traia un vestido escaso
De color; y Dios me acuerde,
Que no era tal, sino verde.
D. Tello. ¿Pues el vestido es del caso?
Mosq. Habiendo el pobre salido,
Vino la condesa luego,
Y cuando vino don Diego,
Vino, porque habia venido.
D. Tello. ¿Quién habia venido?
Mosq. Él.
D. Tello. ¿Luego ella le fué á buscar?
Mosq. No, señor; porque al entrar
Ella entraba con aquel,
Y el pobre que entraba cuando
Entraba él, no llegó.
D. Tello. ¿Pues quién era aquel que entró?
Mosq. Eso es lo que voy contando.
Entró ella, y cuando entraba,
Entró el pobre: fué don Diego,
Y como entró con sosiego,
Despues de entrado, allí estaba;
Y de esto se quedó loco,
Porque entraba muy esquivo.
D. Tello. No lo entiendo, por Dios vivo.
Mosq. Pues eso, ni yo tampoco.
Da. Ines. Beatriz, ¿qué es lo que está
Mosquito? [hablando
Beat. Los naipes son.
Da. Ines. ¿Pues qué es esta confusion?
Beat. ¿No ves que está barajando?
D. Tello. ¿Quién á quién vino á buscar?
Mosq. ¿Luego no lo has entendido?
D. Tello. No, ni esplicarte has sabido.
Mosq. Pues vuélvotelo á contar.
Él buscó á quien le buscaba,
Porque ella buscando vino,
Y buscando de camino,
Él buscó lo que allí estaba;
Y el pobre que los buscó,

No buscó duelos agenos.
D. Tello. Ahora lo entiendo menos.
Mosq. ¿Pues qué culpa tengo yo?
D. Tello. Tú has de apurar mis enojos:
¿Qué dices?
Mosq. ¡Hay tal rigor!
Viven los cielos, señor,
Que lo ví con estos ojos.
D. Tello. ¿Qué es lo que viste?
Mosq. Esta historia.
D. Tello. ¿Qué historia? que en tu torpeza
No tiene piés ni cabeza.
Mosq. Pues no será pepitoria.
D. Tello. ¿Sabes tú si de él ella es dueño,
O tiene empeño?
Mosq. ¡Hay tal! como
Yo no soy su mayordomo,
Qué sé yo si tiene empeño.
D. Tello. Anda, vete, mentecato;
Que eres un simple.
Mosq. Eso quiero.
D. Tello. ¿Para qué apuro yo dudas
Donde me avisa un ejemplo?
No hay honra puesta en muger
Segura de aquestos riesgos;
Y hoy, pues me le da este caso,
Lograr el aviso quiero
Casando luego á mis hijas.
Da. Ines. Beatriz, aunque yo no entiendo
A Mosquito, el desengaño
He logrado de mis zelos;
Y en albricias salgo á hablar
Por tí á mi padre.
Beat. Eso espero.
Da. Ines. ¿Padre y señor?
D. Tello. Ines mia:
¿Quién viene contigo?
Da. Ines. El ruego
De Beatriz me ha condolido:
Por ella á pedirte vengo,
Que vuelvas á recibirla.
D. Tello. Si es tu gusto, ¿cómo puedo
Negártelo? Quede en casa.

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON DIEGO AL PAÑO.

D. Diego. A decir vengo resuelto
A mi tio, que disponga
De mi prima; pues yo tengo
Mejor boda en la condesa.
Da. Ines. Ya se logró tu deseo:
Agradécelo á mi padre.
Beat. Los piés mil veces te beso.
D. Tello. Ya tú quedas recibida,
Y yo de ello muy contento.
Mosq. ¡Qué es lo que miro! ¡Ay Jesus,
Que hemos dado con los huevos
En la ceniza, Beatriz!
Beat. ¿Qué es lo que dices?
Mosq. Don Diego
Está viendo esta funcion.
Beat. Salióse todo el puchero.
D. Tello. Ines, ven á prevenirte;
Que ya está todo dispuesto,
Y os habeis de desposar
Luego que venga don Diego.
Da. Ines. ¡Ay de mí, Beatriz! ¿Qué dices?
Beat. Vete, señora, allá dentro;
Que estoy en un gran conflicto,
Y estriba en él tu remedio.
Da. Ines. Sin vida voy á esperarte.

ESCENA XIV.

BEATRIZ, MOSQUITO Y DON DIEGO AL PAÑO.

Beat. Villano, no hagas estremos,
Viendo mi resolucion;
Que con amor no hay respetos.
Yo he de ser de su traicion
Testigo, estando aquí dentro,
Y aquí he de ver si á mis ojos
Se atreve el falso á ofenderlos.
Mosq. ¡Jesus, qué bien lo ha enhebrado!
¿Señora, pues tú haces eso?
¿Una muger de tus prendas,
Se finge humilde, en desprecio
De su honor; y se acomoda
Por criada de don Tello,
Que puede ser tu lacayo?
Beat. El amor dora los yerros:
Yo he de ver con esta industria
Si se casa ó no don Diego.
D. Diego. Señores, ¡qué es lo que escu-
Mil cruces me estoy haciendo. [cho!
Y dirán que no me alabe.
Un testimonio de aquesto
Tengo de enviar á Búrgos.
Mosq. ¿Y qué ha de decir don Diego
Si esto ve?
Beat. ¿Qué ha de decir?
El alma, viven los cielos,
Le he de sacar si se casa.
Déjame ya, ó mi despecho
Dará voces como loca.
D. Diego. Señora, oid, deteneos.
Mosq. ¡Ay señor! pues has venido,
Mira qué locura ha hecho.
Témplala, que está hecha un tigre.
Beat. Y un basilisco, un veneno:
Aquí vengo á ver, traidor,
Si se hace hoy el casamiento.
D. Diego. ¿Qué casamiento? ¿Pues yo
No sabeis ya que soy vuestro?
Beat. No fio de eso, tirano.

D. Diego. ¿Pues de qué finis?
Beat. De mi incendio,
Que ha de abrasar esta casa,
Si aqui ofendida me veo.
D. Diego. Señores, ¿esto es encanto?
¿Mi talle es pacto secreto?
Señora, ¿pues no advertis
Que yo permitir no puedo
Esto, siendo vuestro esposo?
Beat. No hay que tratar, yo he de verlo.
D. Diego. ¿Qué habeis de ver?
Beat. Si esta noche
Te casas.
D. Diego. No temais eso.
Beat. No puede un amor que es fino.
D. Diego. ¿Pues el lustre?
Beat. Todo es menos.
D. Diego ¿Y el decoro?
Beat. No hay decoro.
D. Diego. Por Dios, que os volvais.
Beat. No quiero.

ESCENA XV.

DICHOS Y DON TELLO.

D. Tello. ¡Ola! ¿qué voces son estas?
Mosq. Señor, por su honor te ruego
Que disimules ahora.
Beat. Señor, el señor don Diego
De mi señora está hablando.
D. Tello. ¿Qué hablais, sobrino? ¿Qué es esto?
Beat. Señor, me dice que diga...
D. Tello. ¿Qué has de decir, tú? Esto es bueno:
¿Apenas te han recibido,
Y empiezas ya á hacer enredos?
D. Diego. ¿Y he de sufrir yo, que trate *ap.*
Este vejezuelo clueco
A mi muger de este modo?
Mosq. Disimula, por san Pedro.
Beat. Yo, señor, no enredo nada.
D. Tello. Éntrate, loca, allá dentro.
D. Diego. Tú lo eres y tu alma, *ap.*
Y mientes como mal viejo.
Mosq. Sufre, señor, que te pierdes.
D. Tello. ¿No te vas?
Beat. Ya te obedezco.
D. Diego. ¡Vive Dios!
Beat. Calla, cruel.
D. Diego. ¿Qué dices?
Beat. Que ahora veremos
Si te casas.
D. Diego. ¿Eso dudas?
Beat. A oirlo voy.
D. Diego. Yo me huelgo.
Beat. Pues aquesta es la ocasion.
D. Diego. Aquí lo verás.
D. Tello. ¿Qué es eso?
Beat. Hacer lo que me has mandado.
D. Tello. Llama á tus señoras luego.
D. Diego. Mas señora es ella que ellas, *ap.*
Lo que va de mí á un cochero.
D. Tello. Sobrino, con vuestras cosas
Estoy con tanto desvelo,
Que hasta veros desposado,
Ya no he de tener sosiego.
Todo está ya prevenido,
Y solo á vos os espero
Por salir de este cuidado.
D. Diego. ¿De tanto gusto es ser suegro,
Que á serlo os dais tanta priesa?
¿No es mejor, pues estais viejo,
Que lo dilateis un poco,
Y os dure el oficio menos?
D. Tello. ¿Qué es dilatarlo, ó porqué?
D. Diego. Por unos dias, que aquesto
No ha de ser cochite berbite;
Que una boda no es buñuelo.
D. Tello. ¿Qué dias?
D. Diego. Cuatro ó seis años;
Que ello se hará andando el tiempo.
D. Tello. ¿Qué llamais cuatro ó seis años?
Ni una hora, ni un momento:
Luego os habeis de casar.
D. Diego. Pues yo casarme no puedo.
Mosq. Acabóse: esto dió lumbre. *ap.*
D. Tello. ¿Qué decis; que no os entiendo?
D. Diego. Que no me puedo casar:
¿Lo entendeis ahora?
Mosq. Menos.
D. Tello. ¿Porqué?
D. Diego. Porque soy casado.
Mosq. Y yo soy testigo de ello.
D. Tello. ¿Vos, casado?
D. Diego. In facie Ecclesiæ.
D. Tello. ¿Pues con quién?
D. Diego. Eso no puedo
Decir, porque es un amigo.
D. Tello. Pues, villano, vive el cielo,
Que en tí he de tomar venganza
De tan osado desprecio.
Mosq. ¡Ay, señores, que se matan!

ESCENA XVI.

DICHOS, Y POR UNA PUERTA DOÑA INES Y DOÑA LEONOR, Y POR OTRA DON JUAN Y DON MENDO.

D. Juan. ¿Qué es esto, señor don Tello?
D. Mendo. ¿Tio, qué es esto?
Da. Ines. ¡Ay, Leonor!
Que mi muerte estoy temiendo.
Da. Leonor. Padre, ¿qué enojo os irrita?
D. Tello. Un agravio de don Diego,
Que dice que está casado,
Cuando yo darle pretendo

A mi hija por esposa.
D. Mendo. Esto es que tomó el consejo
De doña Ines, y lo escusa, [*ap.*
Valiéndose de este medio:
Mas yo en favor de don Juan
He de enmendar el empeño.
Tio, aunque don Diego ha dicho
Que está casado, no es cierto.
Él despues que vino, supo
Que don Juan tenia intento
De pediros á mi prima;
Y él ha sido tan discreto,
Que lo calló enamorado,
Por veros en otro empeño.
Don Diego por él lo deja.
D. Diego. No lo dejo tal por eso:
Sino porque estoy casado,
Digo otra vez, y no puedo.
¿Quiere usted que me encorocen?
D. Tello. Hagaislo ó no por aquello:
Don Juan, ¿es esto verdad?
D. Juan. Yo, señor, si la merezco,
No aspiro á mayor ventura,
Que la de ser hijo vuestro.
D. Tello. Yo me honro mucho con vos;
Y el castigo mas severo
De este necio, es que la pierda.
Dadle á Ines la mano luego.
D. Juan. Con el alma y con mil vidas.
Da. Ines. Con otras tantas la acepto.
D. Tello. Vos, Mendo, dadla á Leonor.
Da. Leonor. Con gozo se la prevengo.
D. Diego. Pues ahora verán mi boda,
Supuesto que esas se han hecho.
Mosq. Antes se ha de ver la mia.
Señor, yo hago lo que veo:
Beatriz se casa conmigo.
D. Tello. Yo darla el dote prometo.
Dila que salga acá fuera.
Mosq. Señor, tened á don Diego,
Porque no me descalabre;
Que aquí se acaba el enredo.
Ah, Beatriz, dame esa mano.
Beat. (*Saliendo.*) Yo, aunque indigna,
te la ofrezco.
D. Diego. ¡Ah, pícaro! ¿A mi muger
Tienes tal atrevimiento?
D. Tello. ¿Qué muger?
D. Diego. Esta que veis,
Es mi muger.
D. Tello. Bien por cierto:
¿Y por aquesta criada
Dejais á mi hija?
D. Diego. Eso es bueno:
¿Qué criada, si es condesa,
Y se disfrazó por zelos?
Descubrios ya, señora.
Beat. Yo descubriros no puedo
Mas, de que soy Beatricilla,
Y vos el lindo don Diego.
D. Diego. ¿Pues cómo es esto?
Mosq. Mamola.
D. Diego. Villano, viven los cielos...
Mosq. Aquí no hay á que apelar;
Que no lo sufriera el pueblo.
D. Diego. Pídase, si quedó mal.
Mosq. Y castigando este necio
A gusto de los oyentes,
Aquí con aplausos vuestros,
Dichosamente el poeta
Da fin al Lindo don Diego.

DON FRANCISCO DE ROJAS.

Don Vicente García de la Huerta, en su *Teatro español*, dice que nació este célebre poeta en la villa de San Esteban de Gormaz, cerca de Aranda de Duero, y Montalvan, en su *Para todos*, le supone hijo de Madrid, incluyéndole en su catálogo de ingenios naturales de la corte; pero uno y otro se engañan, pues consta de las pruebas que hizo para tomar el hábito de caballero de la órden de Santiago, que nació en Toledo en el año de 1641. Fueron sus padres el alférez don Francisco Perez de Rojas y doña Mariana de Vesga Zeballos.

Rojas figura en primera línea entre nuestros escritores dramáticos al lado de Lope, Calderon, Moreto, Alarcon y Tirso, y tiene como todos ellos el mérito de haber sobresalido tanto en el género cómico como en el trágico: en este último, sobre todo, dotó á nuestro repertorio del mejor drama trágico que en nuestro concepto posee la lengua castellana; hablamos del *García del Castañar*, que insertamos al frente de las obras de este autor y en que nos ocuparémos con alguna detencion en el exámen crítico que debe acompañarla.

Rojas, aunque no esento del culteranismo de su siglo y de los demas resabios que afean la diccion de todos los poetas de aquel tiempo, sobre todo de los dramáticos, es uno de los grandes maestros de la lengua. Esta proposicion escandalizaria tal vez á algunos clásicos severos; á nosotros nos parece muy verdadera, aunque no se nos oculta que, con un poco de mala voluntad, es fácil parodiarla y hacerla pasar por absurda. El que lo hiciera no desearia ciertamente poner en limpio la verdad, sino embrollar la cuestion para lucir su ingenio. Seria menester ser un verdadero insensato, á menos de ser rematadamente tonto, para ver un modelo de locucion ni de nada en la monstruosa comedia titulada *No hay padre siendo rey* por ejemplo, que solo puede compararse en lo absurda y necia á la de *los Aspides de Cleopatra;* pero es menester considerar que en Rojas parece que se ven dos poetas distintos, —enteramente distintos, no solo en el carácter de sus diferentes composiciones, sino hasta en el estilo y en el lenguaje. Dejando aparte á Calderon, á quien ningun otro de nuestros poetas dramáticos aventajó en nada, Rojas iguala si no supera á todos sus rivales en pureza de locucion, y supera á todos sin duda en *nervio;* su frase es siempre mas concisa y vigorosa; sus espresiones mas castizas y propias, es decir, mas adecuadas á la situacion, y es esto tan cierto, que el hombre mas versado en nuestra riquísima lengua difícilmente hallaria una palabra que alterar con otra equivalente en un verso suyo, sin quitarle fuerza ó dulzura. Entiéndase que esto es solo en los dramas buenos de Rojas, en aquellos en que le consideramos como un modelo, y que es tan fácil distinguir de los malos que ni aun el mas rudo principiante puede desconocer su diferencia. En ellos podrá acaso fallar alguna vez nuestra regla, pero será seguramente en escepciones.

¿Qué decis?
Mas precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices...

En toda esta relacion de *García del Castañar*, por ejemplo, y en la del mismo que empieza con estos magníficos versos:

No soy quien piensas, Alfonso,
No soy villano, ni injurio
Sin razon la inmunidad
De tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
Generosa sangre encubro...

En el admirable soliloquio de Sancho en *Donde hay agravios no hay zelos*, que empieza:

¡Despues de Dios, bodegon!

Y acaba con esta profunda observacion digna del filósofo-lacayo que la hace, despues de probar la vanidad del duelo y el error de los duelistas:

Y que á la muerte tan ciertos
Vayan, porque el duelo acaben,...
Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.

Y en otros muchos trozos que pudieramos citar de *Progne y Filomena*, de *Abrir el ojo*, del *Desden vengado*, y de otras muchas comedias de este eminente escritor, no se hallará un solo lunar, cosa que no puede decirse de ningun otro poeta dramático antiguo de España.

No tenemos noticia de que Rojas escribiese ó á lo menos publicase mas obras que sus comedias.

DEL REY ABAJO, NINGUNO,

Y LABRADOR MAS HONRADO

GARCIA DEL CASTAÑAR.

Es tan popular esta comedia en España, que apenas hay jóven medianamente educado que no recite de memoria algunos trozos de ella; en los teatros de las ciudades se representa continuamente, y aun en los lugares y aldeas es muy conocida por ser la primera que sacan á relucir, cuando pasan por ellas, las trashumantes compañías de cómicos de la legua. Puede decirse, pues, que esta comedia es la mas generalmente conocida en España de todas las de nuestro inmenso repertorio.

Una celebridad tan universal y tan duradera no puede menos de fundarse en un mérito estraordinario, sobre todo cuando se considera que esa celebridad no es debida, ni á ser la primera ni mucho menos la única obra en su género conocida en España, ni tampoco á que su carácter trivial la ponga naturalmente al alcance del gusto poco delicado del vulgo. *Los Doce Pares de Francia* y el *Bertoldo y Cacaseno*, por ejemplo, deben su inmensa fama entre el populacho español á esta última circunstancia; otras por este estilo la deben á la primera. Pero el *García del Castañar* no se halla bajo ningun aspecto en estos casos; nuestro repertorio ofrece un sin número de composiciones dramáticas de este género mixto de cómico y trágico, y justamente esta pieza es una composicion seria y profunda. ¿Mas qué mucho que esta comedia haya alcanzado tanta celebridad, si es tan admirable que no hallamos espresiones con que encarecer su mérito? Si por una inconcebible fatalidad estuviese destinado á desaparecer de repente de la faz de la tierra nuestro antiguo teatro, y nos fuese dado salvar solo una pequeñísima parte de él, — cuatro dramas, como reliquia de tanta riqueza, nosotros que tenemos en mucho las glorias literarias de nuestra nacion, no vacilariamos en elegir para salvarlas de ese espantoso naufragio universal el *Tetrarca* de Calderon, *el Desden con el Desden*, de Moreto, *La Verdad sospechosa*, de Alarcon, y el *García del Castañar*, de Rojas.

García y Blanca son dos caractéres pintados de mano maestra: el primero es el modelo de los hombres nobles y honrados, la segunda el modelo de las esposas virtuosas. Hay dramas muy buenos en los que se conoce sin embargo que seria posible hacer alguna correccion, suprimir ó variar alguna escena para el mejor efecto general del todo, añadir algun toque á este ó el otro personage para darle mas relieve; esto sucede aun en las obras de mas mérito, pero en el *García del Castañar*, introducir la mas leve alteracion seria privarle de una belleza y destruir bárbaramente la mágica armonía del conjunto. Porque en efecto, nada seria mas fácil que hacer con esta comedia lo que solia hacer M. Ducis con las obras de Shakspeare, y cercenándola por aquí, y estirándola por allá, y adulterándola toda miserablemente, convertirla de la noche á la mañana en una tragedia muy regular, con sus tres unidades corrientes y aun su romance endecasílabo asonantado; pero, ¿qué se harian en ese teje-maneje las mil bellezas de este drama, de las cuales muchas no lo son mas que á causa del sitio en que se hallan, y sacadas de quicio perderian todo su carácter, como aquellas estatuas de los siglos XIII y XIV que hacen un efecto admirable en los nichos de una catedral gótica para los que fueron labradas, y que parecerian ridículas ó intempestivas cuando menos en un jardin ó en el pórtico de un palacio moderno? Para reducir esta composicion á la estrechez de las formas clásicas, seria menester ante todas cosas poner no relacion varias escenas que en ella pasan en accion, y ya nos dijo Horacio, y sin que Horacio lo

hubiera dicho lo sabriamos tambien, que hace mucha mas impresion en el ánimo lo que entra por los ojos que lo que entra por los oidos.

Despues de la deliciosa pintura de la vida del campo con toda su serena dulzura, que presenta el poeta en los dos primeros actos de este drama, despues de ofrecernos un cuadro bellísimo de la felicidad perfecta de dos jóvenes esposos, eleva en el ánimo del espectador el terror trágico á su mas alto punto, cuando al reconocer García que no es don Mendo el rey como hasta entonces equivocadamente habia creido, esclama fuera de sí:

Honra desdichada mia,
¡Qué engaño es este que ves!

Al oir estas terribles palabras, conoce el espectador que no hay poder humano capaz de salvar á don Mendo. Su sentencia de muerte está ya pronunciada y es irrevocable.

¡Con qué artificio prepara el autor su accion! Nada hay forzado en ella, nada que no venga traido por el órden natural de las cosas, sin que jamas se vea el esfuerzo del poeta por complicar los sucesos, para aumentar el interes. Se conoce que Rojas meditó mucho este argumento, y así consiguió hacer una obra maestra. ¡Lástima es que no hicieran siempre lo mismo nuestros poetas del siglo XVII! No seria acaso tan abundante nuestro repertorio, pero contendria mas obras de que pudiera decirse lo que del *García del Castañar*: — Es una obra que se acerca á la perfeccion, cuanto es posible. Inútil será decir que no hablamos de esa perfeccion *convencional* que enseñan las *poéticas*, y que está sujeta á los caprichos de la moda.

PERSONAS.

DON GARCIA, labrador.
DOÑA BLANCA, } labradoras.
TERESA, }
BELARDO, viejo.
EL REY.
LA REINA.
DON MENDO.
BRAS.
EL CONDE DE ORGAZ, viejo.
TELLO, criado.
DOS CABALLEROS.
MÚSICOS labradores.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

EL REY CON BANDA ROJA LEYENDO UN MEMORIAL, Y DON MENDO.

Rey. Don Mendo, vuestra demanda
He visto.
D. Mendo. Decid querella:
Que me hagais, suplico en ella,
Caballero de la banda.
Dos meses ha que otra vez
Esta merced he pedido:
Diez años os he servido
En palacio, y otros diez
En la guerra; que mandais
Que esto preceda primero
A quien fuere caballero
De la insignia que ilustrais.
Hallo, señor, por mi cuenta,
Que la puedo conseguir;
Que sino, fuera pedir
Una merced para afrenta.
Respondióme lo veria,
Merezco vuestro favor,
Y está en opinion, señor,
Sin ella la sangre mia.
Rey. Don Mendo, al conde llamad.
D. Mendo. Y á mi ruego ¿qué responde?
Rey. Está bien: llamad al conde.
D. Mendo. El conde viene.
Rey. Apartad.

ESCENA II.

DICHOS Y EL CONDE CON UN PAPEL.

D. Mendo. Pedí con satisfaccion
La banda, y no la pidiera,
Si primero no me hiciera
Yo propio mi informacion.
Rey. ¿Qué hay de nuevo?
Conde. En Algecira
Temiendo están vuestra espada:
Contra vos el de Granada
Toda el Africa conspira.
Rey. ¿Hay dineros?
Conde. Reducido
En este, vereis, señor,
El donativo mayor
Con que el reino os ha servido.
Rey. ¿La informacion cómo está,
Que os mandé hacer en secreto,

Conde, para cierto efeto
De don Mendo? ¿Hízose ya?
Conde. Sí, señor.
Rey. ¿Cómo ha salido?
La verdad, ¿qué resultó?
Conde. Que es tan bueno como yo.
Rey. La gente con que ha servido
Mi reino, ¿será bastante
Para aquesta empresa?
Conde. Freno
Sereis, Alfonso el Onceno,
Con él del moro arrogante.
Rey. Quiero ver, conde de Orgaz,
A quien debo hacer merced
Por sus servicios: leed.
Conde. El reino os corone en paz
Adonde el Genil felice
Arenas de oro reparte.
Rey. Guárdeos Dios, cristiano Marte:
Leed, don Mendo.
D. Mendo. Así dice:
« Lo que ofrecen los vasallos
Para la empresa á que aspira
Vuestra alteza, de Algecira,
En gente, plata y caballos:
Don Gil de Albornoz dará
Diez mil hombres sustentados;
El de Orgaz dos mil soldados;
El de Astorga llevará
Cuatro mil; y las ciudades
Pagarán diez y seis mil:
Con su gente hasta el Genil
Irán las tres hermandades
De Castilla; el de Aguilar,
Con mil caballos ligeros,
Mil ducados en dineros;
García del Castañar
Dará para la jornada
Cien quintales de cecina,
Dos mil fanegas de harina,
Y cuatro mil de cebada,
Catorce cubas de vino,
Tres hatos de sus ganados,
Cien infantes alistados,
Cien quintales de tocino;
Y doy esta poquedad,
Porque el año ha sido corto:
Mas ofrézcole, si importo,
Tambien á su magestad,
Un rústico corazon
De un hombre de buena ley,
Que aunque no conoce al rey,
Conoce su obligacion. »
Rey. ¡Grande lealtad y riqueza!
D. Mendo. Castañar, humilde nombre.
Rey. ¿Dónde reside este hombre?
Conde. Oiga quien es, vuestra alteza.
Cinco leguas de Toledo,
Corte vuestra y patria mia,
Hay una dehesa, adonde
Este labrador habita,
Que llaman el Castañar,
Que con los montes confina
Que de esta imperial de España
Son posesiones antiguas.
En ella un convento yace,
Al pié de una sierra fria,
Del caballero de Asis,
De Cristo efigie divina,
Porque es tanta de Francisco
La humildad, que le entroniza,
Que aun á los piés de una sierra
Sus edificios fabrica.
Un valle el término incluye
De castaños, y apellidan
Del Castañar, por el valle,
Al convento, y á García,
Adonde, como Abraham,
La caridad ejercita;
Porque en las cosechas andan
El cielo y él á porfía.
Junto del convento tiene
Una casa compartida
En tres partes; una es
De su rústica familia,
Copioso albergue de fruto
De la vid y de la oliva,
Tesoro donde se encierra
El grano de las espigas;
Que es la abundancia tan grande
Del trigo que Dios le envia,
Que los pósitos de España
Son de sus trojes hormigas.
Es la segunda un jardin,
Cuyas flores repartidas
Fragantes estrellas son
De la tierra, y del sol hijas,
Tan varias y tan lucientes,
Que parece, cuando brillan,
Que bajó la cuarta esfera
Sus estrellas á esta quinta.
Es un cuarto la tercera,
En forma de galería,
Que de jaspes de san Pablo
Sobre tres arcos estriba.
Ilústranle unos balcones
De verde y oro, y encima
Del tejado de pizarras
Globos de esmeraldas finas.
En él vive, con su esposa
Blanca, la mas dulce vida
Que vió el amor, compitiendo
Sus bienes con sus delicias;
De quien no copio, señor,
La beldad que el sol envidia,
Porque ahora no conviene

A la ocasion, ni á mis dias:
Baste deciros, que siendo
Sus riquezas infinitas,
Con su esposa comparadas,
Son la menor de sus dichas.
Es un hombre bien dispuesto,
Que continuo se ejercita
En la caza, y tan valiente,
Que vence á un toro en la lidia.
Jamas os ha visto el rostro,
Y huye de vos, porque afirma
Que es sol el rey, y no tiene
Para tantos rayos vista.
García del Castañar
Es este, y os certifica
Mi fe, que si le llevais
A la guerra de Algecira,
Que lleveis á vuestro lado
Una prudencia que os rija,
Una verdad sin embozo,
Una agudeza advertida,
Un rico sin ambicion,
Un parecer sin porfía,
Un valiente con discurso,
Y un labrador sin malicia.
Rey. ¡Notable hombre!
Conde. Os prometo
Que en él las partes se incluyen,
Que en palacio constituyen
A un caballero perfeto.
Rey. ¿No me ha visto?
Conde. Eternamente.
Rey. Pues yo le tengo de ver,
De él esperiencia he de hacer.
Yo y don Mendo solamente,
Y otros dos hemos de ir;
Pues es el camino breve.
La cetrería se lleve,
Porque podamos fingir
Que vamos á caza; que hoy
De esta suerte le he de hablar,
Y en llegando al Castañar,
Ninguno dirá quien soy.
¿Qué os parece?
Conde. La agudeza
A la ocasion corresponde.
Rey. Prevenid caballos, conde.
Conde. Voy á serviros.

ESCENA III.

EL REY, LA REINA, Y DON MENDO.

D. Mendo. Su alteza.
Reina. ¿Dónde, señor?
Rey. A buscar
Un tesoro sepultado,
Que el conde ha manifestado.
Reina. ¿Lejos?
Rey. En el Castañar.
Reina. ¿Volvereis?
Rey. Luego que ensaye
En el crisol su metal.
Reina. Es la ausencia grave mal.
Rey. Antes que los montes raye
El sol, volveré, señora,
A vivir la esfera mia.
Reina. Noche es la ausencia.
Rey. Vos dia.
Reina. Vos mi sol.
Rey. Y vos mi aurora.

ESCENA IV.

EL REY Y DON MENDO.

D. Mendo. ¿Qué decis á mi demanda?
Rey. De vuestra nobleza estoy
Satisfecho, y pondré hoy
En vuestro pecho esta banda:
Que si la doy por honor
A un hombre indigno, don Mendo,
Será en su pecho remiendo,
Y mudará de color,
Y al noble seré importuno,
Si á su desigual permito;
Porque si á todos admito,
No la estimará ninguno.

ESCENA V.

Sala en casa de don García.

DON GARCIA.

Fábrica hermosa mia,
Habitacion de un infeliz dichoso,
Oculto desde el dia
Que el castellano pueblo victorioso,
Con lealtad oportuna,
Al niño Alfonso coronó en la cuna.
En tí vivo contento,
Sin desear la corte, ó su grandeza,
Al ministerio atento
Del campo donde encubro mi nobleza,
En quien fuí peregrino,
Y estraño huésped, y quedé vecino.
En tí, de bienes rico,
Vivo contento con mi amada esposa,
Cubriendo su pellico
Nobleza, aunque ignorada, generosa;
Que aunque su ser ignoro,
Sé su virtud, y su belleza adoro.
En la casa vivia
De un labrador de Orgaz prudente y cano:
Vila, y dejóme un dia,
Como suele quedar en el verano,
Del rayo á la violencia,
Ceniza el cuerpo, sana la apariencia.

Mi mal consulté al conde,
Y asegurando que en mi esposa bella
Sangre ilustre se esconde,
Caséme amante, y me ilustré con ella;
Que acudí, como es justo,
Primero á la opinion y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
Aunque no sé quien es, y ella lo ignora:
Secreto reservado
Al conde que la estima, y que la adora,
Ni jamas ha sabido
Que nació noble el que eligió marido.
Mi Blanca, esposa amada,
Que divertida entre sencilla gente,
De su jardin traslada
Puros jazmines á su blanca frente:
Mas ya todo me avisa
Que sale Blanca, pues que brota risa.

ESCENA VI.

DON GARCIA, DOÑA BLANCA DE LABRADORA, CON FLORES, BRAS, TERESA, BELARDO, VIEJO, Y MÚSICOS PASTORES.

Mús. Esta es blanca como el sol,
Que la nieve no:
Esta es hermosa y lozana,
Como el sol,
Que parece á la mañana;
Como el sol,
Que aquestos campos alegra;
Como el sol,
Con quien es la nieve negra,
Y del almendro la flor:
Esta es blanca como el sol,
Que la nieve no.

D. García. Esposa, Blanca querida,
Injustos son tus rigores,
Si por dar vida á las flores
Me quitas á mí la vida.
Blanca. Mal daré vida á las flores,
Cuando pisarlas suceda;
Pues mi vida ausente queda
Adonde animas, amores;
Porque así quiero, García,
Sabiendo cuanto me quieres,
Que si tu vida perdieres,
Puedas vivir con la mia.
D. García. No habrá merced, que sea mu-
Blanca, ni grande favor, [cha,
Si le mides con mi amor.
Blanca. ¿Tanto me quieres?
D. García. Escucha:
No quiere el segador el aura fria,
Ni por abril el agua mis sembrados,
Ni yerba en mi dehesa mis ganados,
Ni los pastores la estacion umbria,
Ni el enfermo la alegre luz del dia,
La noche los gañanes fatigados,
Blandas corrientes los amenos prados,
Mas que te quiero, dulce esposa mia;
Que si hasta hoy su amor desde el primero
Hombre juntáran, cuando así te ofreces
En un sugeto á todos los prefiero:
Y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
Y no puedo querer mas que te quiero,
Aun no te quiero como tú mereces.
Blanca. No quieren mas las flores al ro-
Que en los fragantes vasos el sol bebe, [cío,
Las arboledas la deshecha nieve,
Que es cima de cristal, y despues rio:
El índice de piedra al norte frio,
El caminante al iris cuando llueve,
La oscura noche la traicion aleve,
Mas que te quiero, dulce esposo mio;
Porque es mi amor tan grande, que á tu
Como á cosa divina, construyera [nombre,
Aras donde adorarle; y no te asombre,
Porque si el ser de Dios no conociera,
Dejára de adorarte como hombre,
Y por Dios te adorára, y te tuviera.
Bras. Pues están Blanca y García,
Como palomos de bien,
Resquiebrémonos tambien;
Porque desde ellotro dia
Tu carilla me engarrucha.
Ter. Y á mí tu talle, mi Bras.
Bras. ¿Mas que te quiero yo mas?
Ter. ¿Mas que no?
Bras. Teresa, escucha.
Desde que te ví, Teresa,
En el arroyo á pracer,
Ayudándote á torcer
Los manteles de la mesa;
Y torcidos, y lavados,
Nos dijo cierto estodiante,
Así á un pobre pleiteante
Suelen dejar los letrados:
Eres de mí tan querida,
Como lo es de un logrero
La vida de un caballero,
Que dió un juro de por vida.

ESCENA VII.

DICHOS Y TELLO.

Tello. Envidie, señor García,
Vuestra vida el mas dichoso:
Solo en vos reina el reposo.
Blanca. ¿Qué hay, Tello?
Tello. ¡O señora mia!
¡O Blanca hermosa, de donde
Proceden cuantos jazmines
Dan fragancia á los jardines!
Vuestras manos besa el conde.
Blanca. ¿Cómo está el conde?

Tello. Señora,
A vuestro servicio está.
D. García. Pues, Tello, ¿qué hay por acá?
Tello. Escuchad aparte agora:
Hoy con toda diligencia
Me mandó que este os dejase
Y respuesta no esperase:
Con esto dadme licencia.
D. García. ¿No descansaréis?
Tello. Por vos
Me quedára hasta otro dia;
Mas no han de verme, García,
Los que vienen cerca: á Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS TELLO.

D. García. El sobrescrito es á mí:
¿Mas que me riñe, porque
Corto el donativo fué,
Que hice al rey? Mas dice así:
« El rey, señor don García,
Que su ofrecimiento vió,
Admirado preguntó
Quién era vueseñoría.
Díjele que un labrador
Desengañado y discreto,
Y á examinar va en secreto
Su prudencia y su valor.
No se dé por entendido,
No diga quien es al rey;
Porque aunque estime su ley,
Fué de su padre ofendido;
Y sabe cuanto le enoja
Quien su memoria despierta.
Quede á Dios; y el rey, advierta,
Que es el de la banda roja.
EL CONDE DE ORGAZ, su amigo. »
Rey Alfonso, si supieras
Quien soy, ¡cómo previnieras
Contra mi sangre el castigo
De un difunto padre!
Blanca. Esposo,
Silencio y poco reposo
Indicios de triste son;
¿Qué tienes?
D. García. Mándame, Blanca,
En este el conde, que hospede
A unos señores.
Blanca. Bien puede,
Pues tiene esta casa franca.
Bras. De cuatro rayos con crines,
Generacion española,
De unos cometas con cola,
O aves, y al fin rocines,
Que andan bien y vuelan mal,
Cuatro bizarros señores,
Que parecen cazadores,
Se apean en el portal.
D. García. No te des por entendida
De que sabemos que vienen.
Ter. ¡Qué lindos talles que tienen!
Bras. Par diez que es gente llocida.

ESCENA IX.

DICHOS, EL REY SIN BANDA, DON MENDO CON ELLA, Y DOS CAZADORES.

Rey. Guárdeos Dios, los labradores.
D. García. Ya veo al de la divisa. *ap.*
Caballeros de alta guisa,
Dios os dé bienes y honores:
¿Qué mandais?
D. Mendo. ¿Quién es aquí
García del Castañar?
D. García. Yo soy, á vuestro mandar.
D. Mendo. Galan sois.
D. García. Dios me hizo así.
Bras. Mayoral de sus porqueros
Só, y porque mucho valgo,
Miren si los mando en algo
En mi oficio, caballeros;
Que lo haré de mala gana,
Como verán por la obra.
D. García. Quita, bestia.
Bras. El bestia sobra.
Rey. ¡Qué simplicidad tan sana!
Guárdeos Dios.
D. García. Vuestra persona,
Aunque vuestro nombre ignoro,
Me aficiona.
Bras. Es como un oro;
A mí tambien me inficiona.
D. Mendo. Llegamos al Castañar
Volando un cuervo, supimos
De vuestra casa, y venimos
A verla, y á descansar
Un rato, mientras que pasa
El sol de aqueste horizonte.
D. García. Para labrador de un monte,
Grande juzgaréis mi casa;
Y aunque albergue pequeño
Para tal gente será,
Sus defectos suplirá
La voluntad de su dueño.
D. Mendo. ¿Nos conoceis?
D. García. No, en verdad;
Que nunca de aquí salimos.
D. Mendo. En la cámara servimos
Los cuatro á su magestad,
Para serviros. García,
¿Quién es esta labradora?
D. García. Mi muger.
D. Mendo. Goceis, señora,
Tan honrada compañía
Mil años; y el cielo os dé

Mas hijos que vuestras manos
Arrojan al campo granos.
Blanca. No serán pocos, á fe.
D. Mendo. ¿Cómo es vuestro nombre?
Blanca. Blanca.
D. Mendo. Con vuestra beldad conviene.
Blanca. No puede serlo quien tiene
La cara á los aires franca.
Rey. Yo tambien, Blanca, deseo
Que vivais siglos prolijos
Los dos, y de vuestros hijos
Veais mas nietos, que veo
Arboles en vuestra sierra;
Siendo á vuestra sucesion,
Breve para habitacion,
Cuanto descubre esa sierra.
Bras. No digan mas desatinos.
¡Qué poco en hablar reparan!
Si todo el campo pobráran,
¿Dónde han de estar mis cochinos?
D. García. Rústico entretenimiento
Será para vos mi gente;
Pues la ocasion lo consiente,
Recibid, sin cumplimiento,
Algun regalo en mi casa:
Tú disponlo, Blanca mia.
D. Mendo. Llámala fuego, García, *ap.*
Pues el corazon me abrasa.
Rey. Tan hidalga voluntad
Es admitirla nobleza.
D. García. Con esta misma llaneza
Sirviera á su magestad;
Que aunque no le he visto, intento
Servirle con aficion.
Rey. ¿Para no verle hay razon?
D. García. O señor, ese es gran cuento;
Dejadle para otro dia.
Tú, Blanca, Bras y Teresa,
Id á prevenir la mesa
Con alguna niñería.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA BLANCA, BRAS Y TERESA.

Rey. Pues yo sé que el rey Alfonso
Tiene noticias de vos.
D. Mendo. Testigos somos los dos.
D. García. ¿El rey de un villano intonso?
Rey. Y tanto el servicio admira
Que hicisteis á su corona,
Ofreciendo ir en persona
A la guerra de Algecira,
Que si la corte seguis,
Os ha de dar á su lado
El lugar mas envidiado
De palacio.
D. García. ¿Qué decis?
Mas precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa,
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando,
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca:
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador,
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas, ó tres,
Pastilla de lumbre es,
Y canela del brasil;
Y entregárselo á Teresa,
Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,
Una yo, y otra mi esposa
Nos comemos; que no hay cosa
Como á dos perdices, dos:
Y levantando una presa
Dársela á Teresa, mas
Porque tenga envidia Bras,
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido,
Y oir por tono el crujido
De los dientes y los huesos,
Y en el cristal transparente
Brindar, y con mano franca,
Hacer la razon mi Blanca,
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envia
El sustento cada dia,
Varias cosas platicando,
Que aquesto es el Castañar,
Que en mas estimo, señor,

Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.
Rey. ¿Pues cómo al rey ofreceis
Ir en persona á la guerra,
Si amais tanto vuestra tierra?
D. García. Perdonad, no lo entendeis.
El rey es de un hombre honrado,
En necesidad sabida,
De la hacienda y de la vida
Acreedor privilegiado.
Agora con pecho ardiente
Se parte á la Andalucía,
Para estirpar la heregía,
Sin dineros y sin gente;
Así le envié á ofrecer
Mi vida, sin ambicion,
Por cumplir mi obligacion,
Y porque me ha menester;
Que como hacienda debida
Al rey, le ofrecí de nuevo
Esta vida, que le debo
Sin esperar que la pida.
Rey. ¿Pues concluida la guerra,
No os quedaréis en palacio?
D. García. Vívese aquí mas despacio,
Es mas segura esta tierra.
Rey. Posible es que os ofrezca
El rey lugar soberano.
D. García. ¿Y es bien que le dé á un vi-
El lugar que otro merezca? [llano,
Rey. Elegir el rey amigo
Es distributiva ley:
Bien puede.
D. García. Aunque pueda el rey,
No lo acabará conmigo,
Que es peligrosa amistad,
Y sé que no me conviene;
Que á quien ama, es el que tiene
Mas poca seguridad:
Que por acá siempre he oido,
Que vive mas arriesgado
El hombre del rey amado,
Que quien es aborrecido;
Porque el uno se confia,
Y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,
Que muchas veces decia,
Dándome buenos consejos,
Que tenia certidumbre
Que era el rey como la lumbre,
Que calentaba de lejos,
Y desde cerca quemaba.
Rey. Tambien dicen mas de dos,
Que suele hacer, como Dios,
Del lodo que se pisaba,
Un hombre ilustrado, á quien
Le venere el mas bizarro.
D. García. Muchos le han hecho de barro,
Y le han deshecho tambien.
Rey. Seria el hombre imperfecto.
D. García. Sea imperfecto, ó no sea:
El rey, á quien no desea,
¿Qué puede darle en efecto?
Rey. Daráos premios.
D. García. Y castigos.
Rey. Daráos gobierno.
D. García. Y cuidados.
Rey. Daráos bienes.
D. García. Envidiados.
Rey. Daráos favor.
D. García. Y enemigos:
Y no os teneis que cansar,
Que yo sé no me conviene,
Ni daré por cuanto tiene
Un dedo del Castañar:
Esto, sin que un punto ofenda
A sus reales resplandores.
Mas lo que importa, señores,
Es prevenir la merienda.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON GARCIA.

Rey. Poco el conde lo encarece:
Mas es de lo que pensaba.
D. Mendo. La casa es bella.
Rey. Estremada:
¿Cuál lo mejor os parece?
D. Mendo. Si ha de decir la fe mia
La verdad á vuestra alteza,
Me parece la belleza
De la muger de García.
Rey. Es hermosa.
D. Mendo. Es celestial,
Es ángel de nieve pura.
Rey. ¿Ese es amor?
D. Mendo. ¿La hermosura
A quién le parece mal?
Rey. Cubríos, Mendo, ¿qué haceis?
Que quiero en la soledad
Deponer la magestad.
D. Mendo. Mucho, Alfonso, recogeis
Vuestros rayos, satisfecho
Que sois por fe venerado
Tanto, que os habeis quitado
La roja banda del pecho
Para encubriros, y dar
Aliento nuevo á mis brios.
Rey. No nos conozcan, cubríos;
Que importa disimular.
D. Mendo. Ricohombre soy, y de hoy
Grande es bien que por vos quede. [mas
Rey. Pues ya lo dije, no puede
Volver mi palabra atras.

ESCENA XII.

DICHOS Y DOÑA BLANCA.

Blanca. Entrad, si quereis, señores,
Merendar, que ya os espera,
Como en verde primavera,
La mesa llena de flores.
D. Mendo. ¿Y qué teneis que nos dar?
Blanca. ¿Para qué saberlo quieren?
Comerán lo que les dieren,
Pues que no lo han de pagar:
O quedaránse en ayunas;
Mas nunca faltan, señores,
En casa de labradores
Queso, arrope y aceitunas;
Y blanco pan les concierto,
Que amasamos yo y Teresa;
Que pan blanco y limpia mesa
Abren las ganas á un muerto.
Tambien hay de las tempranas
Uvas de un majuelo mio,
Y en blanca miel de rocío
Berengenas toledanas;
Perdices en escabeche;
Y de un jabalí, aunque fea,
Una cabeza en jalea,
Porque todo se aproveche:
Cocido en vino un jamon,
Y un chorizo, que provoque
A que con el vino aloque
Hagan todos la razon:
Dos ánades, y cecinas
Cuantas los montes ofrecen,
Cuyas hebras me parecen
Deshojadas clavellinas,
Que cuando vienen á estar
Cada una de por sí,
Como seda carmesí,
Se pueden al torno hilar.
Rey. Vamos, Blanca.
Blanca. Hidalgos, ea,
Merienden, y buena pro.

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS EL REY Y LOS DOS CAZADORES.

D. Mendo. Labradora, ¿quién te vió
Que amante no te desea?
Blanca. Venid, y callad, señor.
D. Mendo. Cuanto previenes, trocára
A un plato, que sazonára
En tu voluntad amor.
Blanca. Pues decidme, cortesano,
El que trae la banda roja,
¿Qué en mi casa se os antoja
Para guisarle?
D. Mendo. Tu mano.
Blanca. Una mano de almodrote
De vaca os sabrá mas bien:
Guarde Dios mi mano, amen,
No se os antoje gigote:
Que harán, si la tienen gana,
Y no hay quien los replique,
Que se pique y se repique
La mano de una villana,
Para que un señor la coma.
D. Mendo. La voluntad la sazone
Para mis labios.
Blanca. Perdone,
Bien se está san Pedro en Roma;
Y si no lo habeis sabido,
Sabed, señor, en mi trato,
Que solo sirve ese plato
Al gusto de mi marido;
Y me lo paga muy bien,
Sin lisonjas, ni rodeos.
D. Mendo. Yo con mi estado y deseos
Te lo pagaré tambien.
Blanca. En mejor mercadería
Gastad los intentos vanos,
Que no engañarán gitanos
A la muger de García;
Que es muy ruda y montaraz.
D. Mendo. Y bella como una flor.
Blanca. ¿Qué de adonde soy, señor?
Para serviros, de Orgaz.
D. Mendo. Que eres del cielo sospecho,
Y en el rigor, de la sierra.
Blanca. ¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad, y buen provecho. [mia?
D. Mendo. ¿No me entiendes, Blanca
Blanca. Bien entiendo vuestra trova;
Porque no es del todo boba
La de Orgaz, por vida mia.
D. Mendo. Pues por tus ojos amados,
Que has de oirme, la de Orgaz.
Blanca. Tengamos la fiesta en paz:
Entrad ya, que están sentados,
Y tened mas cortesía.
D. Mendo. Tú menos riguridad.
Blanca. Si no quereis, aguardad.
¡Ah, marido! Ola, García.

ESCENA XIV.

DICHOS Y DON GARCIA.

D. García. ¿Qué quereis, ojos divinos?
Blanca. Haced al señor entrar,
Que no quiere hasta acabar
Un cuento de Calainos.
D. García. ¿Si el cuento fuera de amor *ap.*
Del rey, que Blanca me dice,
Para ser siempre infelice?
Mas si viene á darme honor

Alfonso, no puede ser:
Cuando no de mi linage,
Se me ha pegado del trage
La malicia y proceder.
Sin duda no quiere entrar,
Por no estar con sus criados
En una mesa sentados;
Quiéroselo replicar
De manera, que no entienda
Que le conozco. Señor,
Entrad, y hareisme favor,
Y alcanzad de la merienda
Un bocado, que os le dan
Con voluntad, y sin paga;
Y mejor provecho os haga
Que no el bocado de Adan.

ESCENA XV.

DICHOS Y BRAS QUE SACA ALGO DE COMER Y UN JARRO CUBIERTO.

Bras. Un caballero me envia
A decir como os espera.
D. Mendo. ¿Cómo, Blanca, eres tan fie-
Blanca. Así me quiere García. [ra?

ESCENA XVI.

DICHOS, MENOS DON MENDO Y DOÑA BLANCA POCO DESPUES.

D. García. ¿Es el cuento?
Blanca. Proceder
Con él quiere pertinaz:
Mas déjala á la de Orgaz,
Que ella sabrá responder.
Bras. Todos están en la mesa,
Quiero á solas, y sentado,
Mamarme lo que he arrugado
Sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
Un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mia.
(*Dentro.*) Bebed vos.
Bras. ¿Yo? Que me place.

ESCENA XVII.

DICHOS, EL REY, DON MENDO, DOÑA BLANCA Y LOS DOS CAZADORES.

Rey. Caballeros, ya declina
El sol al mar Oceano.
D. García. Comed mas, que aun es tem-
Ensanchad bien la petrina. [prano;
Rey. Quieren estos caballeros
Una ave en tierra rasa
Volarla.
D. García. Pues á mi casa
Os volved.
Rey. Obedeceros
No es posible.
D. García. Cama blanda
Ofrezco á todos, señores,
Y con almohadas de flores,
Sábanas nuevas de holanda.
Rey. Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos;
Que desde mañana hacemos
Los cuatro semana al rey,
Y es fuerza estar en palacio.
Blanca, á Dios: á Dios, García.
D. García. El cielo os guarde.
Rey. Otro dia
Hablarémos mas despacio.
D. Mendo. Labradora hermosa mia,
Ten de mi dolor memoria.
Blanca. Caballero, aquesa historia
Se ha de tratar con García.
D. García. ¿Qué decis?
D. Mendo. Que dé á los dos
El cielo vida y contento.
Blanca. A Dios, señor, el del cuento.
D. Mendo. Muerto voy. A Dios. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON GARCIA Y DOÑA BLANCA.

D. García. A Dios.
Y tú, bella como el cielo,
Ven al jardin, que convida
Con dulce paz á mi vida,
Sin consumirla el anhelo
Del pretendiente, que aguarda
El mal seguro favor,
La sequedad del señor,
Ni la provision que tarda,
Ni la esperanza que yerra,
Ni la ambicion arrogante
Del que armado de diamante
Busca al contrario en la guerra,
Ni por los mares del norte,
Que envidia pudiera dar
A cuantos del Castañar
Van esta tarde á la corte:
Mas por tus divinos ojos,
Adorada Blanca mia,
Que es hoy el primero dia
Que he tropezado en enojos.
Blanca. ¿De qué son tus descontentos?
D. García. Del cuento del cortesano.
Blanca. Vamos al jardin, hermano;
Que esos son cuentos de cuentos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

LA REINA Y EL CONDE.

Reina. Vuestra estraña relacion
Me ha enternecido; y prometo
Que he de alcanzar con efeto
Para los dos el perdon;
Porque de Blanca y García
Me ha encarecido su alteza,
En el uno la belleza,
Y en el otro gallardía.
Y pues que los dos se unieron
Con sucesos tan prolijos,
Como los padres, los hijos
Con una estrella nacieron.
Conde. Del conde nadie concuerda
Bien en la conspiracion:
Salió al fin de la prision,
Y don Sancho de la Cerda
Huyó con Blanca, que era
De dos años, á ocasion
Que era yo contra Aragon
General de la frontera,
Donde el Cerda con su hija
Se pretendió asegurar;
Y en un pequeño lugar,
Con la jornada prolija,
Adoleció de tal suerte,
Que aunque le acudí en secreto,
En dos dias en efeto,
Cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
Con silencio, y apiadado
Mandé que á Orgaz un soldado
La inocente criatura
Llevase; y un labrador
La crió, hasta que un dia
La casaron con García
Mis consejos, y su amor:
Que quiso, sin duda alguna,
El cielo, que ambos se viesen,
Y de los padres tuviesen
Junta la sangre y fortuna.
Reina. Yo os prometo de alcanzar
El perdon.

ESCENA II.

DICHOS Y BRAS.

Bras. Buscandole,
Pardiobre que me colé,
Como fraile, sin llamar;
Topéle: su sonsería
Me dé las manos y piés.
Conde. Bien venido, Bras.
Reina. ¿Quién es?
Conde. Un criado de García.
Reina. Llegad.
Bras. ¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda;
Pero si vos sois la conda,
Tendreis muy mala ventura.
Conde. ¿Y qué hay por allá, mancebo?
Bras. Como al Castañar no van
Estafetas de Milan,
No he sabido qué hay de nuevo:
Y por acá, ¿qué hay de guerra?
Conde. Juntando dineros voy.
Bras. De buena gana los doy
Por gozar en paz mi tierra;
Porque el corazon me ensancha
Cuando duermo mas seguro
Que en Flandes detras de un muro,
En un carro de la Mancha.
Reina. Escribe bien, breve, y grave.
Conde. Es sabio.
Reina. A mi parecer,
Mas es que serlo, tener
En palacio quien le alabe.

ESCENA III.

DICHOS Y DON MENDO. LA REINA SE VA POCO DESPUES.

D. Mendo. Su alteza espera.
Reina. Muy bien
La banda está en vuestro pecho.
D. Mendo. Por vos su alteza me ha hecho
Aquesta honra.
Conde. Tambien
Tuve parte en esta accion.
D. Mendo. Vos me disteis esta banda,
Que mia fué la demanda,
Y vuestra la informacion.
Ayer con su alteza fuí,
Y dióme esta insignia, conde,
Yendo al Castañar (adonde *ap.*
Libre fuí, y otro volví).

ESCENA IV.

DICHOS Y TELLO.

Tello. El rey llama.
Conde. Espera, Bras.
Bras. El billorete leed.
Conde. Este hombre entretened
Mientras vuelvo.
Bras. Estoy de mas,
Desempachadme temprano;
Que el palacio y los olores

Se hicieron para señores,
No para un tosco villano.
Conde. Ya vuelvo.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CONDE Y TELLO.

D. Mendo. Conocer quiero
Este hombre.
Bras. ¿No hay habrar?
¿Cómo fué en el Castañar
Ayer tarde, caballero?
D. Mendo. Daré á tus aras mil veces
Holocaustos, dios de amor,
Pues en este labrador
Remedio á mi mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
Me tienes! ¡con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡Nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero
Que fuera Alfonso á tu tierra,
Muerte me diera en la guerra
El corvo africano acero!
¡Pluguiera á Dios, labrador,
Que al áspid fiero y hermoso,
Que sirves, y cauteloso
Fué causa de mi dolor,
Sirviera yo, y mis estados
Te diera, la renta mia;
Que por ver á Blanca un dia,
Fuera á guardar sus ganados!
Bras. ¿Qué diabros tiene, señor,
Que salta, brinca, y recula?
Sin duda la tarantula
Le ha picado, ó tiene amor.
D. Mendo. Amor, pues norte me das, *ap.*
De este tengo de saber
Si á Blanca la podré ver:
¿Cómo te llamas?
Bras. Yo, Bras.
D. Mendo. ¿De dónde eres?
Bras. De la villa
De Ajofrin, si sirvo en algo.
D. Mendo. ¿Y eres muy gentil hidalgo?
Bras. De los Brases de Castilla.
D. Mendo. Ya lo sé.
Bras. Decis verdad,
Que só antiguo, aunque no rico;
Pues vengo de un villancico
Del dia de Navidad.
D. Mendo. Buen talle tienes.
Bras. Bizarro;
Mire qué pié tan perfeto:
¿Monda nísperos el peto?
¿Y estos ojuelos son barro?
D. Mendo. ¿Y eres muy discreto, Bras?
Bras. En eso soy estremado,
Porque cualquiera cuitado
Presumo que sabe mas.
D. Mendo. ¿Quieres servirme en la corte,
Y verás cuanto te precio?
Bras. Caballero, aunque só necio,
Razonamientos acorte,
Y si algo quiere mandarme,
Acabe ya de parillo.
D. Mendo. Toma, Bras, este bolsillo.
Bras. Mas, par Dios, quiere burlarme:
A ver, acerque la mano.
D. Mendo. Escudos sy.
Bras. Yo lo creo;
Mas por no engañarme, veo
Si está por de dentro vano.
Dinero es, y de ello infiero,
Que algo pretende que haga,
Porque el hablar bien se paga.
D. Mendo. Solo que me digas quiero,
Si ver podré á tu señora.
Bras. ¿Para malo, ó para bueno?
D. Mendo. Para decirla que peno,
Y que el corazon la adora.
Bras. Lástima os tengo, así viva,
Por lo que tengo en el pecho;
Que aunque rudo, amor me ha hecho
El mio como una criba.
Yo os quiero dar una traza,
Que de provecho será.
Aquestas noches se va
Mi amo García á caza
De jabalíes, vestida
Le aguarda, sin prevencion,
Y si entrais por un balcon,
La hallaréis medio dormida,
Porque hasta el alba le espera;
Y esto muchas veces pasa
A quien deja hermosa en casa,
Y busca en otra una fiera.
D. Mendo. ¿Me engañas?
Bras. Cosa es tan cierta,
Que de noche en ocasiones
Suelo entrar por los balcones,
Por no llamar á la puerta,
Ni que Teresa me abra;
Y que por la honda, que deja
Puesta Belardo en la reja,
Trepando voy como cabra,
Y la hallo sin embarazo
Sola esperando á García;
Porque le aguarda hasta el dia
Recostada sobre el brazo.
D. Mendo. En tí el amor me promete
Remedio.
Bras. Pues esto haga.
D. Mendo. Yo te ofrezco mayor paga.
Bras. Esto no es ser alcahuete.
D. Mendo. Blanca, esta noche he de entrar

A verte, á fe de español;
Que para llegar al sol,
Las nubes se han de escalar.

ESCENA VI.

EL REY, EL CONDE Y BRAS.

Rey. El hombre es tal, que os prometo
Que con vuestra aprobacion
He de llevarle á esta accion,
Y ennoblecer.
Conde. Es discreto,
Y valiente; en él están
Sin duda resplandecientes
Las virtudes convenientes
Para hacerle capitan;
Que yo sé que suplirá
La falta de la esperiencia
Su valor y su prudencia.
Rey. Mi gente lo acetará,
Pues vuestro valor le abona;
Y sabe de vuestra ley,
Que sin méritos, al rey
No le proponeis persona.
Traedle mañana, conde.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS EL REY, Y POCO DESPUES EL CONDE.

Conde. Yo sé que aunque os acuiteis,
Que en la ocasion publiqueis
La sangre, que en vos se esconde.
Bras. Despachadme, pues, que no,
Señor, otra cosa espero.
Conde. Que se recibió el dinero,
Que al donativo ofreció,
Le decid, Bras, á García;
Y podeos ir con esto,
Que yo le veré muy presto,
O responderé otro dia.
Bras. No llevo cosa que importe:
Sobre tardanza prolija,
¿Largo parto, y parir hija?
Propio despacho de corte.

ESCENA VIII.

Decoracion de bosque.

DON GARCIA DE CAZADOR, CON UN PUÑAL Y UN ARCABUZ.

Bosques mios frondosos,
De dia alegres, cuanto tenebrosos,
Mientras baña Morfeo
La noche con las aguas del Leteo,
Hasta que sale de Faeton la esposa
Coronada de plumas y de rosa,
En vosotros doctrina
Halla sobre quien Marte predomina,
Disponiendo sangriento
A mayores contiendas el aliento;
Porque furor influye
La caza, que á la guerra sostituye.
Yo soy el vivo rayo
Feroz de vuestras fieras, que me ensayo
Para ser, con la sangre que me inspira,
Rayo del Castañar en Algecira;
Criado en vuestras grutas y campañas;
Alcides español de estas montañas;
Que contra sus tiranos
Clava es cualquiera dedo de mis manos,
Siendo por mí esta vera
Pródiga en carnes, abundante en cera;
Vengador de sus robos,
Parca comun de osos y de lobos,
Que por mí el cabritillo y simple oveja
Del montañes pirata no se queja,
Y cuando embiste airado
A devorar el tímido ganado,
Si me arrojo al combate,
Ocioso el can en la palestra late;
Que durmiendo entre flores,
En mi valor fiados los pastores,
Cuando abre el sol sus ojos,
Desperezados ya, los miembros flojos,
Cuando al ganado asisto,
Cuando al corsario embisto,
Pisan difunta la voraz caterva
Mas lobos sus abarcas, que no yerba.
¿Qué colmenar copioso
No demuele defensas contra el oso,
Fabricando sin muros
Dulce y blanco licor en nichos puros?
Que por eso han tenido,
Gracias al plomo á tiempo compelido,
En sus cotos amenos,
Un enemigo las abejas menos;
Que cuando el sol acaba,
Y en el postrero parasismo estaba,
A dos colmenas, que robado habia,
Las caló dentro de una fuente fria,
Ahogando en sus cristales
Las abejas, que obraron sus panales,
Para engullir segura
La miel, que misturó en el agua pura,
Y dejó, bien que turbia su corriente,
El agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche bajando
Un jabalí á aqueste arroyo blando,
Y cristalino cebo,
Con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
Le miré cara á cara,
Haciéndose lugar entre la jara,
Despejando la senda sus cuchillos,
De marfil ó de acero sus colmillos;

Pero á una bala presta,
La luz condujo á penetrar la testa,
Oyendo el valle á un tiempo repetidos
De la pólvora el eco, y los bramidos.
Los dos serán trofeos
Pendientes en mis puertas, aunque feos,
Despues que Blanca con su breve planta
Su cerviz pise, y por ventura tanta
Dirán, aun en la muerte
Tiene el cadáver de un dichoso suerte;
Que en la ocasion mas dura,
A las fieras no falta la ventura.
Mas el ruido me avisa
Que un jabalí desciende; con gran prisa
Vuelve huyendo, habrá oido
Algun ruido distante su sentido;
Porque en distancia larga
Oye calar al arcabuz la carga,
Y esparcidas las puntas,
Que sobre el cerro acumulaba juntas,
Si oye la bala, ó menear la cuerda,
Es ala, cuando huye, cada cerda.

ESCENA IX

DON GARCIA, DON MENDO, Y UN CRIADO CON UNA ESCALA.

D. Mendo. ¿Para esto, amor tirano,
Del cerco toledano
Al monte me trajiste,
Para perderme en su maleza triste?
¿Mas qué esperar podia
Ciego, que á un ciego le eligió por guia?
Una escala previne, con intento,
Blanca, de penetrar tu firmamento,
Y lo mismo emprendiera
Si fueras diosa en la tonante esfera,
No montañesa ruda,
Sin honor, sin esposo que te acuda;
Que en este loco abismo
Intentára lo mismo,
Si fueras, Blanca bella,
Como naciste humana, pura estrella:
Bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
Bajára en polvo, y ascendiera en humo.
D. García. Llegó primero al animal valiente,
Que á mi sentido, el ruido de esta gente.
D. Mendo. En esta luna de octubre
Suelen salir cazadores
A esperar los jabalíes;
Quiero llamar: ha del monte.
Criado. Ola, hao.
D. García. Pesia sus vidas,
¿Qué buscan? ¿de qué dan voces?
D. Mendo. ¿El sitio del Castañar
Está lejos?
D. García. En dos trotes
Se pueden poner en él.
D. Mendo. Pasabamos á los montes,
Y el camino hemos perdido.
D. García. Aquese arroyuelo corre
Al camino.
D. Mendo. ¿Qué hora es?
D. García. Poco menos de las doce.
D. Mendo. ¿De dónde sois?
D. García. Del infierno:
Id en buen hora, señores,
No me espanteis mas la caza,
Que me enojaré, pardiobre.
D. Mendo. ¿La luna hasta cuándo dura?
D. García. Hasta que se acaba.
D. Mendo. Oye
Lo que es villano en el campo.
D. García. Lo que un señor en la corte.
D. Mendo. ¿Y en efecto hay donde errar?
D. García. ¿Y en efecto no se acogen?
D. Mendo. Terrible sois.
D. García. Mal sabeis
Lo que es estorbar á un hombre
En ocasion semejante.
D. Mendo. ¿Quién sois?
D. García. Rayo de estos montes,
García del Castañar;
Que nunca niego mi nombre.
D. Mendo. Amor, pues estás piadoso, *ap.*
Detenle, porque no estorbe
Mis deseos, y en su casa
Mis esperanzas malogre.
Y para que á Blanca vea,
Dame tus alas veloces
Para que mas presto llegue.
Quedaos con Dios.

ESCENA X.

DON GARCIA.

Buenas noches.
Bizarra ocasion perdí,
Imposible es que la cobre;
Quiero volverme á mi casa
Por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oid,
De grutas partos feroces,
Salid, y bajad al valle,
Vivid en paz esta noche,
Que vuestro mayor opuesto
A su casa se va, adonde
Dormirá, no en duras peñas,
Sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
Tan trocadas mis acciones,
En los brazos de mi esposa
Verá el Argos de la noche,
Y el Polifemo del dia,
Si las observan feroces

Y tiernas, que en este pecho
Se ocultan dos corazones;
El uno de blanda cera,
El otro de duro bronce,
El blando para mi casa,
El duro para estos montes.

ESCENA XI.

Decoracion de sala en casa de don García.

DOÑA BLANCA, Y TERESA CON UNA BUJÍA, QUE PONE ENCIMA DE UN BUFETE.

Blanca. Corre veloz, noche fria,
Porque venga con la aurora
Del campo, donde está ahora,
A descansar mi García:
Su luz anticipe el dia,
El cielo se desabroche,
Salga Faeton en su coche,
Verá su luz deseada
La primer enamorada
Que ha aborrecido la noche.
Ter. Mejor, señora, acostada
Esperarás á tu ausente;
Porque asientan lindamente
Sobre la holanda delgada
Los brazos: que por el Credo,
Que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
De la ciudad de Toledo,
Que le esperára roncando.
Blanca. Tengo mas obligaciones.
Ter. Y le echára á mogicones,
Si no se entrára callando:
Mas si has de esperar que venga
Mi señor, no estés en pié,
Yo á Belardo llamaré,
Que tu desvelo entretenga:
Mas él viene.

ESCENA XII.

DICHOS Y BELARDO.

Bel. Pues el sol
Veo de noche brillar,
El sitio del Castañar
Es antípoda español.
Blanca. Belardo, sentaos.
Bel. Señora,
Acostaos.
Blanca. En esta calma,
Dormir un cuerpo sin alma,
Fuera no esperar la aurora.
Bel. ¿Esperais?
Blanca. Al alma mia.
Bel. Por muy necia la condeno,
Pues se va al monte sereno,
Y os deja hasta que es de dia.

Bras. Si vengo de Toledo, (*Dentro.*)
Teresa mia,
Yo vengo de Toledo,
No de Francia.

Ter. Mas ya viene mi garzon.
Bel. A abrirle la puerta iré.
Ter. Con tu licencia, sabré
Qué me trae, por el balcon.
Bras. Que si buena es la albahaca,
Mejor es la cruz de Calibaca.

(*Abre Teresa el balcon.*)

Ter. ¿Cómo vienes, Bras?
Bras. Andando.
Ter. ¿Qué me traes de la ciudad,
En muestras de voluntad?
Bras. Yo te lo diré cantando:

Tráigote de Toledo,
Porque te alegres,
Un galan, mi Teresa,
Como unas nueces.

Ter. Llévele el diablo mil veces:
Ved qué sartal, ó corpiño.

(*Cierra juntando el balcon.*)

Blanca. ¿Qué te trae?
Ter. Muy lindo aliño:
Un galan como unas nueces.
Blanca. Será sabroso.

ESCENA XIII.

DICHOS Y BRAS.

Bras. ¿Qué hay,
Blanca? Teresa, estoy muerto.
¿Qué, no me abrazas?
Ter. Por cierto,
Por las cosas que me traes.
Bras. Dimuños sois las mugeres:
¿A quién quieres mas?
Ter. A Bras.
Bras. Pues si lo que quieres mas
Te traigo, ¿qué es lo que quieres?
Blanca. Teresa tiene razon:
Mas sentaos todos, y di,
¿Qué viste en Toledo?
Bras. Vi
De casas un burujon,
Y mucha gente holgazana,
Y en calles buenas y ruines
La basura á celemines,
Y el cielo por cerbatana;
Y dicen que hay infinitos
Desdenes en caras buenas;
En verano berengenas,

Y en el otoño mosquitos.
Blanca. ¿No hay mas nuevas en la corte?
Bras. Sátiras pide el deseo
Malicioso, ya lo veo:
Mas mi pluma no es de corte;
Con otras cosas, señora,
Os divertid hasta el alba,
Que al ausente, Dios le salva.
Blanca. Pues al que acertare ahora
Este enigma, de los tres,
Daré un vestido de paño,
Y el de grana, que hice ogaño:
A Teresa digo, pues:
¿Cuál es el ave sin madre,
Que al padre no puede ver,
Ni al hijo, y le vino á hacer
Despues de muerto su padre?
Bras. ¿Polainas y gallaruza
Ha de tener?
Blanca. Claro es:
Digan en rueda los tres.
Ter. El cuclillo.
Bras. La lechuza.
Bel. No hay ave á quien mejor cuadre
Que al fénix, ni otra ser puede;
Pues esa misma procede
De las cenizas del padre.
Blanca. El fénix es.
Bel. Yo gané.
Bras. Yo perdí como otras veces.
Blanca. No te doy lo que mereces.
Bras. Un gorrino le daré
A quien dijere el mas caro
Vicio que hay en el mundo.
Blanca. En que es el juego me fundo.
Bras. Mentis, Branca, y esto es craro.
Ter. El de las mugeres, digo,
Que es mas costoso.
Bras. Mentis.
Vos, Belardo, ¿qué decis?
Bel. Que el hombre de caza amigo
Tiene el de mas perdicion,
Mas costoso é infelice:
La moralidad lo dice
Del suceso de Acteon.
Bras. Mentis tambien, que á mi juicio
Sin quedar de ello dudoso,
Es el vicio mas costoso
El del borracho, que es vicio
Con quien ninguno compite;
Que si pobre viene á ser,
De lo que gastó en beber
No puede tener desquite.

(*Silba dentro D. García.*)

Blanca. Oye, Bras; amigos, ea,
Abrid, que es el alma mia.
Temprano viene García;
Quiera Dios que por bien sea.
D. García (*dentro*). Buenas noches,
gente fiel.
Bras. Seais, señor, bien venido.

ESCENA XIV.

DON GARCIA, BRAS, TERESA Y BLANCA QUE VA AL ENCUENTRO DE SU ESPOSO; Y ARRIMA DON GARCIA EL ARCABUZ AL BUFETE.

D. García. ¿Cómo en Toledo te ha ido?
Bras. Al conde dí tu papel,
Y dijo responderia.
D. García. Está bien. Esposa amada,
¿No estais mejor acostada?
¿Qué esperais?
Blanca. Que venga el dia:
Esperar como solia
A su cazador la diosa
Madre de amor cuidadosa,
Cuando dejaba los lazos,
Y hallaba en sus tiernos brazos
Otra cárcel mas hermosa,
Vínculo de amor estrecho,
Donde yacia su bien,
A quien parte dió tambien
Del alma, como del lecho:
Mas yo con mejor derecho,
Cazador que al otro escedes,
Haré de mis brazos redes,
Y porque caigas, pondré
De una tórtola la fe,
Cuyo llanto escusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
No rebelde jabalí
Te consagro, una ave sí,
Que lloraba por su esposo:
Concédete generoso
A vínculos permitidos,
Y escucharán tus oidos,
En la palestra de pluma,
Arrullos blandos en suma,
Y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
Quejosa de que te alejes
De noche, y mis brazos dejes
Por esperar una fiera;
Adórote de manera,
Que aunque propongo á mis ojos
Quejas, y tiernos despojos,
Cuando vuelves de esta suerte,
Por el contento de verte
Te agradezco los enojos.
D. García. Blanca hermosa, blanca rama
Llena por mayo de flor,
Que es con tu bello color

Etiope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
Del rojo planeta oscura,
Y herido de su luz pura,
El terso cristal pizarra,
Que eres la accion mas bizarra
Del poder de la hermosura:
Cuando alguna conveniencia
Me aparte, y quejosa quedes,
No mas dolor darme puedes,
Que el que padezco en tu ausencia:
Cuando vuelvo á tu presencia,
De dejarte arrepentido,
En vano el pecho ofendido
Me recibiera terrible;
Que en la gloria no es posible
Atormentar al sentido.
Las almas en nuestros brazos
Vivan heridas y estrechas,
Ya con repetidas flechas,
Ya con recíprocos lazos:
No se tejan con abrazos
La vid y el olmo frondoso,
Mas estrechos que tu esposo
Y tú, Blanca: llega, amor,
Que no hay contento mayor
Que rogar á un deseoso.
Y aunque no te traigo aquí,
Del sol á la hurtada luz,
Herido con mi arcabuz
El cerdoso jabalí,
Ni el oso ladron, que vi
Hurtar del corto vergel
Dos repúblicas de miel,
Y despues á pocos pasos,
En el humor de sus vasos
Bañar el hocico y piel;
Te traigo en vez de trofeos
De jabalíes y osos,
Por lo bien trabado, hermosos,
Y distintamente feos,
Una alma y muchos deseos
Para alfombras de tus piés;
Y me parece que es,
Cuando tus méritos toco,
Cuanto os he contado poco,
Como es poco cuanto ves.

Bras. Teresa, allí, vive Dios.

Ter. ¿Pues aquí quién vive, Bras?

Bras. Aquí vive Barrabas,
Hasta que chante á los dos
Las bendiciones el cura;
Porque un casado, aunque pena,
Con lo que otro se condena
Su salvacion asegura.

Ter. ¿Con qué?

Bras. Con tener amor
A su muger, y aumentar.

Ter. Eso, Bras, es trabajar
En la viña del Señor.

Blanca. Desnudaos, que en tanto quiero
Preveniros, prenda amada,
Ropa por mi mano hilada,
Que huele mas que el romero:
Y os juro que es mas sutil
Que ser la de Holanda suele;
Porque cuando á limpia huele,
No ha menester al abril.
Venid los dos.

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS DOÑA BLANCA.

Bras. Siempre he oido
Que suele echarse de ver
El amor de la muger,
En la ropa del marido.

Ter. Tambien en la sierra es fama
Que amor ni honra no tiene
Quien va á la corte, y se viene
Sin joyas para su dama.

ESCENA XVI.

DON GARCIA.

Envidienme en mi estado
Las ricas y ambiciosas magestades,
Mi bienaventurado
Albergue, de delicias coronado,
Y rico de verdades:
Envidien las deidades,
Profanas y ambiciosas,
Mi venturoso empleo;
Envidien codiciosas:
Que cuando á Blanca veo,
Su beldad pone límite al deseo.
¡Válgame el cielo, qué miro!

ESCENA XVII.

DON GARCIA Y DON MENDO, EL CUAL ENTRA POR EL BALCON ABRIÉNDOLE DE GOLPE, Y AL VER A DON GARCIA SE EMBOZA.

D. Mendo. ¡Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar!
Valor, corazon, ya es hecho:
Quien de un villano confia,
No espere mejor suceso.

D. García. Hidalgo, si serlo puede
Quien de accion tan baja es dueño,
Si alguna necesidad
A robarme os ha dispuesto,
Decidme lo que quereis,
Que por quien soy os prometo
Que de mi casa volvais

Por mi mano satisfecho.
D. Mendo. Dejadme volver, García.
D. García. Eso no; porque primero
He de conocer quien sois;
Y descubrios muy presto,
O de este arcabuz la bala
Penetrará vuestro pecho.
D. Mendo. Pues advertid no me erreis;
Que si con vos igual quedo,
Lo que en razon me llevais,
En sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz *ap.*
Lo ha dicho á alguno en secreto,
Informándole de mí:
La banda que cruza el pecho,
De quien soy testigo sea.

(*Desembózase, y cáesele el arcabuz á don García.*)

D. García. El rey es: ¡válgame el cielo!
Y que le conozco sabe:
Honor y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradicion implica
La lealtad con el remedio?
D. Mendo. ¡Qué propia accion de villano!
Temor me tiene ó respeto;
Aunque para un hombre humilde
Bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
Por valiente! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais,
Ni huir, ni negarlo puedo;
Mas en ella entré esta noche...
D. García. A hurtarme el honor que [tengo:
Muy bien pagais á mi fe
El hospedage por cierto
Que os hicimos Blanca y yo:
Ved qué contrarios efectos
Verá entre los dos el mundo,
Pues yo ofendido os venero,
Y vos de mi fe servido,
Me dais agravios por premios.
D. Mendo. No hay que fiar de un villano
Ofendido: pues que puedo,
Me defenderé con este.
D. García. ¿Qué haceis? Dejad en el [suelo
El arcabuz, y advertid
Que os le estorbo, porque quiero
No atribuyais á ventaja
El fin de aqueste suceso:
Que para mí basta solo
La banda de vuestro cuello,
Cinta del sol de Castilla,
A cuya luz estoy ciego.
D. Mendo. ¿Al fin me habeis conocido?
D. García. Miradlo por los efectos.
D. Mendo. Pues quien nace como yo
No satisface, ¿qué haremos?
D. García. Que os vais, y rogad á Dios
Que enfrene vuestros deseos;
Y al Castañar no volvais:
Que de vuestros desaciertos
No puedo tomar venganza,
Sino remitirla al cielo.
D. Mendo. Yo lo pagaré, García.
D. García. No quiero favores vuestros.
D. Mendo. No sepa el conde de Orgaz
Esta accion.
D. García. Yo os lo prometo.
D. Mendo. Quedad con Dios.
D. García. Él os guarde.
Y á mí de vuestros intentos,
Y á Blanca.
D. Mendo. Vuestra muger...
D. García. No, señor, no hableis en eso,
Que vuestra será la culpa:
Yo sé la muger que tengo.
D. Mendo. ¡Ay Blanca! sin vida estoy: *ap.*
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
Tú adorándote me has muerto.
D. García. ¿Adónde vais?
D. Mendo. A la puerta.
D. García. ¡Qué ciego venis, qué ciego!
Por aquí habeis de salir.
D. Mendo. ¿Conocéisme?
D. García. Yo os prometo
Que á no conocer quien sois,
Que bajáredes mas presto:
Mas tomad este arcabuz
Ahora; porque os advierto
Que hay en el monte ladrones,
Y que podrán ofenderos,
Si como yo, no os conocen:
Bajad aprisa; no quiero
Que sepa Blanca este caso.
D. Mendo. Razon es obedeceros.
D. García. Aprisa, aprisa, señor,
Remitid los cumplimientos;
Y mirad que al descender
No caigas, porque no quiero
Que tropeceis en mi casa,
Porque de ella os vais mas presto.
D. Mendo. ¡Muerto voy!

ESCENA XVIII.

DON GARCIA.

Bajad seguro,
Pues que yo la escala os tengo.
¡Cansada estabas, fortuna,
De estarte fija un momento!
¡Qué vuelta diste tan fiera
En aqueste mar! ¡Qué presto
Que se han trocado los aires!
¡En qué dia tan sereno,

Contra mi seguridad
Fulmina rayos el cielo!
Ciertas mis desdichas son,
Pues no dudo lo que veo,
Que á Blanca mi esposa busca
El rey Alfonso encubierto.
¡Qué desdichado que soy,
Pues altamente naciendo
En Castilla conde, fuí
De aquestos montes plebeyo
Labrador, y desde hoy
A estado mas vil desciendo!
¿Así paga el rey Alfonso
Los servicios que le he hecho?
Mas desdicha será mia,
No culpa suya, callemos;
Y, afligido corazon,
Prevengamos el remedio,
Que para animosas almas
Son las penas y los riesgos.
Mudemos tierra con Blanca,
Sagrado sea otro reino
De mi inocencia y mi honor:
Pero dirán que es de miedo,
Pues no he de decir la causa,
Y que me faltó el esfuerzo
Para ir contra Algecira.
Es verdad: mejor acuerdo
Es decir al rey quien soy;
Mas no, García, no es bueno,
Que te quitará la vida,
Porque no estorbe su intento;
Pero si Blanca es la causa,
Y resistirle no puedo,
¿Qué he de hacer en este caso?
Que las pasiones de un rey
No se sujetan al freno
Ni á la razon: muera Blanca,

(*Saca el puñal.*)

Y deshonor, y elijamos,
Corazon, del mal lo menos:
A muerte te ha condenado
Mi honor, cuando no mis zelos;
Porque á costa de tu vida
De una infamia me preservo.
Perdóname, Blanca mia,
Que aunque de culpa te absuelvo,
Solo por razon de estado
A la muerte te condeno:
¿Mas es bien, que conveniencias
De estado en un caballero
Contra una inocente vida
Puedan mas, que no el derecho?
Sí; cuando la providencia,
Y cuando el discurso atento,
Miran el daño futuro
Por los presentes sucesos.
¿Mas yo he de ser, Blanca mia,
Tan bárbaro y tan severo,
Que he de sacar los claveles
Con aqueste de tu pecho
De jazmines? No es posible,
Blanca hermosa, no lo creo,
Ni podrá romper mi mano
De mis ojos el espejo.
Mas de su beldad ahora,
Que me va el honor me acuerdo:
Muera Blanca, y muera yo:
Valor, corazon, y entremos
En una á quitar dos vidas,
En uno á pasar dos pechos,
En una á sacar dos almas,
En uno á cortar dos cuellos,
Si no me falta el valor,
Si no desmaya el aliento,
Y si no, al alzar los brazos,
Entre la voz y el silencio,
La sangre falta á las venas,
Y el corte le falta al hierro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de selva.

EL CONDE, DE CAMINO.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
Que á pié quiero gozar del dia bello,
Pues tomó de este monte
El dia posesion de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
Tú que le vives morirás dichoso,
Pues en él, don García,
Doctrina das á la filosofía,
Y la muger mas cuerda,
Blanca en virtud, en apellido Cerda;
Pero si no me miente
La vista, sale apresuradamente,
Con señas celestiales,
De entre aquellos jarales,
Una muger desnuda;
Bella será, si es infeliz, sin duda.

ESCENA II.

EL CONDE Y DOÑA BLANCA, CON PARTE DE SUS VESTIDOS EN EL BRAZO.

Blanca. ¿Dónde voy sin aliento,
Cansada, sin amparo, sin intento,
Entre aquesta espesura?

Llorad, ojos, llorad mi desventura;
Y en tanto que me visto,
Decid, pues no resisto,
Lenguas del corazon sin alegría:
¡Ay dulces prendas, cuando Dios quería!
Conde. Aunque mal determino,
Parece que se viste, y imagino
Que está turbada y sola;
De la sangre española
Digna empresa es aquesta.
Blanca. Un hombre para mi la planta
Conde. Parece hermosa dama. [apresta.
Blanca. Quiero esconderme entre la verde rama.
Conde. Muger, escucha, tente,
¿Sales, como Diana, de la fuente
Para matar severa
De amor al cazador, como á la fiera?
Blanca. ¡Mas ay suerte dichosa!
Este es el conde.
Conde. Hija, Blanca hermosa,
¿Dónde vas de esta suerte?
Blanca. Huyendo de mi esposo, y de mi [muerte.
Ya las dulces canciones,
Que en tanto que dormia, en mis balcones
Alternaban las aves,
No son, ¡o conde! epitalamios graves;
Serán, ¡o dueño mio!
De pájaro funesto agüero impío,
Que el dia entero, y que las noches todas
Cante mi muerte, por cantar mis bodas.
Trocóse mi ventura;
Oye la causa, y presto te asegura,
Y ve á mi casa, adonde
Muerto hallarás mi esposo, muerto, conde.
Aquesta noche, cuando
Le aguardaba mi amor en lecho blando,
Ultimo del deseo,
Término santo, y templo de Himeneo;
Cuando yo le invocaba,
Y la familia recogida estaba,
Entrar le ví severo
Blandiendo contra mí su blanco acero;
Dejé entonces la cama,
Como quien sale de improvisa llama,
Y mis vestidos busco,
Y al ponerme me ofusco
Esta cota brillante;
Mira qué suerte peto de diamante:
Vístome el faldellin, y apenas puedo
Hallar las cintas, ni salir del ruedo;
Pero sin compostura
Le aplico á mi cintura,
Y mientras le acomodo,
Lugar me dió la suspension á todo.
La causa le pregunto;
Mas él casi difunto,
A cuanto vió, y á cuanto le decia,
Con un suspiro ardiente respondia,
Lanzando de su pecho y de sus ojos
Piedades confundidas con enojos,
Tan juntos, que dudaba
Si eran iras ó amor lo que miraba;
Pues de mí retirado,
Le ví volver mas tierno, mas airado,
Diciéndome entre fiero, y entre amante:
Tú, Blanca, has de morir, y yo al instante.
Mas el brazo levanta,
Y abortando su voz en su garganta,
Cuando mi fin recelo,
Caer le ví en el suelo,
Cual suele el risco cano
Del aire á impulso descender al llano,
Y yerto en él, y mudo,
De aquel monte membrudo,
Suceder en sus labios y en sus ojos
Pálidas flores á claveles rojos,
Y con mi boca y mi turbada mano
Busco el calor entre su hielo, en vano;
Y estuve de esta suerte
Neutral un rato entre la vida y muerte,
Hasta que ya latiendo,
Oí mi corazon estar diciendo:
Vete, Blanca infelice;
Que no son siempre iguales
Los bienes y los males,
Y no hay accion alguna
Mas vil, que sujetarse á la fortuna.
Yo le obedezco, y dejo
Mi aposento, y mi esposo, y de él me alejo,
Y en mis brazos, sin brios
Mal acomodo los vestidos mios:
Por donde voy no veia,
Cada paso caia,
Y era, conde, forzoso,
Por volver á mirar mi amado esposo.
Las cosas que me dijo,
Cuando la muerte me intimó y predijo,
Los llantos, los clamores,
La blandura, mezclada con rigores,
Los acometimientos, los retiros,
Las disputas, las dudas, los suspiros:
El verle amante y fiero,
Ya derribarse el brazo, ya severo
Levantarle arrogante,
Como la dama en su postrero instante:
El templar sus enojos
Con llanto de mis ojos:
El luchar, y no en vano,
Con su puñal mi mano,
Que con arte consiente
Vencerse fácilmente,
Como amante que niega
Lo que desea dar á quien le ruega:
El esperar mi pecho
El crudo golpe, en lágrimas deshecho:

Ver aquel mundo breve,
Que en fuego comenzó, y acabó nieve;
Y verme á mí asombrada,
Sin determinacion, sola y turbada,
Sin encontrar recurso
En mis piés, en mi mano, en mi discurso:
El dejarle en la tierra,
Como suele en la sierra
La destroncada encina
El que oyó de su guarda la bocina,
Que deja al enemigo
Desierto el tronco, en quien buscaba abrigo:
El buscar de mis puertas,
Con las plantas inciertas,
Las llaves, cuando siento
(Aquí, señor, me ha de faltar aliento)
Al abrirlas á escuras
El no poder hallar las cerraduras,
Tan turbada, y sin juicio,
Que las buscaba de uno en otro quicio;
Y las penas que pasa
El corazon cuando dejé mi casa
Por estas espesuras,
En cuyas ramas duras
Hallarás mis cabellos,
(¡Pluguiera á Dios me suspendiera en ellos!)
Te contaré otro dia;
Agora ve, socorre al alma mia,
Que queda de este modo:
Yo lo perdono todo;
Que no es, señor, posible,
Fuese su brazo contra mí terrible
Sin algun fundamento;
Bástele por castigo el mismo intento,
Y á mí por pena básteme el cuidado,
Pues yace, si no muerto, desmayado.
Acúdele á mi esposo,
O conde valeroso,
Sucesor y pariente
De tanta, con diadema, honrada frente;
Así la blanca plata,
Que por tu grave pecho se dilata,
Barra de España las moriscas huellas,
Sin dejar en su suelo señal de ellas,
Que los pasos dirijas
Adonde, si está vivo, le corrijas
De fiereza tan dura,
Y seas, porque cobre mi ventura
Cuando de mí te informe,
Arbitrio entre los dos que nos conforme,
Pues los hados fatales
Me dieron el remedio entre los males;
Pues mi fortuna quiso
Hallase en tí favor, amparo, aviso;
Pues que miran mis ojos
No salteadores de quien ser despojos;
Pues eres, conde ilustre,
Gloria de Illan, y de Toledo lustre;
Pues que plugo á mi suerte
La vida hallase quien tocó la muerte.

Conde. Digno es el caso de prudencia mucha;
Este es mi parecer: ha, Tello, escucha.

ESCENA III.

DICHOS Y TELLO.

Conde. Ya sabes, Blanca, como siempre
Acudas á mi gusto; [es justo
Así, sin replicarme,
Con Tello al punto, sin escusas darme,
En aqueste caballo, que lealmente
A mi persona sirve juntamente,
Caminad á Toledo:
Esto conviene, Blanca, esto hacer puedo;
Y tú á palacio llega,
A la reina la entrega,
Que yo voy á tu casa,
Que por llegar el corazon se abrasa,
Y he de estar de tu parte
Para servirte, Blanca, y ampararte.

Tello. Vamos, señora mia. [cia.

Blanca. Mas quisiera, señor, ver á Gar-

Conde. Que aquesto importa advierte.

Blanca. Principio es de acertar obedecerte.

ESCENA IV.

Sala en casa de don García.

DON GARCIA CON UN PUÑAL DESNUDO EN LA MANO.

¿Dónde voy, ciego homicida?
¿Dónde me llevas, honor,
Sin el alma de mi amor,
Sin el cuerpo de mi vida?
A Dios, mitad dividida
Del alma, sol que eclipsó
Una sombra; pero no,
Que muerta la esposa mia,
No tuviera luz el dia,
Ni tuviera vida yo.
¡Blanca muerta! No lo creo,
El cielo vida la dé,
Aunque esposo la quité
Lo que amante la deseo:
Quiero verla; pero veo
Solo el retrete, y abierta
De mi aposento la puerta,
Limpio en mi mano el puñal,
Y en fin yo vivo, señal
De que mi esposa no es muerta.
¡Blanca con vida, ay de mí,
Cuando yo sin honra estoy!
Como ciego amante soy,

Esposo cobarde fuí.
Al rey en mi casa ví,
Buscando mi prenda hermosa,
Y aunque noble, fué forzosa
Obligacion de la ley,
Ser piadoso con el rey,
Y tirano con mi esposa.
¿Cuántas veces fué el tirano
Acero la ejecucion?
¿Y cuántas el corazon
Dispensó el golpe á la mano?
Si es muerta, morir es llano;
Si vive, muerto he de ser.
Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer?
¿Mas qué me puedes decir,
Pues solo para morir
Me has dejado en que escoger?

ESCENA V.

DON GARCIA Y EL CONDE.

Conde. Dígame vueseñoría,
¿Contra qué morisco alfange
Sacó el puñal esta noche,
Que está en su mano cobarde?
¿Contra una flaca muger,
Por presumir ignorante
Que es villana? Bien se acuerda,
Cuando propuso casarse,
Que le dije era su igual,
Y mentí; porque un infante
De los Cerdas fué su abuelo,
Si conde su noble padre.
¿Y con una labradora
Se afrentára, como sabe
Que el rey ha venido á verle,
Y por mi voto le hace
Capitan de aquesta guerra,
Y me envia de su parte
A que le lleve á Toledo?
¿Es bien que aquesto me pague
Con su muerte, siendo Blanca
Luz de mis ojos brillante?
Pues vive Dios, que le habia
De costar al loco, al fácil,
Cuanta sangre hay en sus venas,
Una gota de su sangre.
D. García. ¿Decidme, Blanca, quién es?
Conde. Su muger, y aquesto baste.
D. García. Reportaos: ¿quién os ha di-
Que quise matarla? [cho
Conde. Un ángel
Que hallé desnudo en el monte:
Blanca, que entre sus jarales
Perlas daba á los arroyos,
Tristes suspiros al aire.
D. García. ¿Dónde está Blanca?
Conde. A palacio,
Esfera de su real sangre,
La envié con un criado.
D. García. Matadme, señor, matadme.
¡Blanca en palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿Cómo, si sois tantos juntos,
No me acaban tantos males?
¿Mi esposa en palacio, conde?
¿Y el rey, que los cielos guarden,
Me envia contra Algecira
Por capitan de sus haces,
Siendo en su opinion villano?
Quiera Dios, que en otra parte
No desdore con afrentas
Estas honras que me hace.
Yo me holgára, á Dios pluguiera,
Que esa muger que criasteis
En Orgaz para mi muerte,
No fuera de estirpes reales,
Sino villana, y no hermosa:
Y á Dios pluguiera, que antes
Que mi pecho enterneciera,
Aqueste puñal infame
Su corazon con mi riesgo
Le dividiera en dos partes;
Que yo os escusára, conde,
El vengarla, y el matarme,
Muriéndome yo primero.
¡Qué muerte tan agradable
Hubiera sido, y no agora
Oir, para atormentarme,
Que está sin defensa, adonde
Todo el poder la combate!
Haced cuenta, que mi esposa
Es una bizarra nave,
Que por robarla, la busca
El pirata de los mares,
Y en los enemigos puertos
Se entró, cuando vigilante
En los propios la buscaba,
Sin pertrechos que la guarden,
Sin piloto que la rija,
Y sin timon, y sin mástil.
No es mucho que tema, conde,
Que se sujete la nave,
Por fuerza, ó por voluntad,
Al capitan que la bate.
No quise por ser humilde
Darla muerte, ni fué en balde;
Creed que aunque no lo digo,
Fué causa mas importante.
No puedo decir por qué:
Mas advertid que mas sabe,
Que el entendido en la agena,
En su casa el ignorante.
Conde. ¿Sabe quién soy?
D. García. Sois Toledo,
Y sois Illan por linage.

Conde. ¿Débeme respeto?
D. García. Sí,
Que os he tenido por padre.
Conde. ¿Soy su amigo?
D. García. Claro está.
Conde. ¿Qué me debe?
D. García. Cosas grandes.
Conde. ¿Sabe mi verdad?
D. García. Es mucha.
Conde. ¿Y mi valor?
D. García. Es notable.
Conde. ¿Sabe que presido á un reino?
D. García. Con aprobacion bastante.
Conde. Pues confiese lo que siente,
Y puede de mí fiarse
El valor de un caballero
Tan afligido y tan grave;
Dígame vueseñoría,
Hijo, amigo, como padre,
Como amigo, sus enojos,
Cuénteme todos sus males,
Refiérame sus desdichas:
¿Teme que Blanca le agravie?
Que es, aunque noble, muger.
D. García. Vive Dios, conde, que os mate,
Si pensais que el sol, ni el oro
En sus últimos quilates,
Para exagerar su honor,
Es comparacion bastante.
Conde. Aunque habla como debe,
Mi duda no satisface
Por su dolor regulada:
Solos estamos, acabe;
Por la cruz de aquesta espada
He de acudille, amparalle,
Si fuera Blanca mi hija,
Que en materia semejante,
Por su honra depondré
El amor y las piedades.
¿Dígame si tiene zelos?
D. García. No tengo zelos de nadie.
Conde. ¿Pues qué tiene?
D. García. Tanto mal,
Que no podeis remedialle.
Conde. ¿Pues qué hemos de hacer los dos
En tan apretado lance?
D. García. ¿No manda el rey que á To-
Me lleveis, conde? llevadme: [ledo
Mas decid, ¿sabe quién soy
Su magestad?
Conde. No lo sabe.
D. García. Pues vamos, conde, á Toledo.
Conde. Vamos, García.
D. García. Id delante.
Conde. Tu honor y vida amenaza, *ap.*
Blanca, silencio tan grande;
Que es peligroso accidente
Mal que á los labios no sale.
D. García. ¿No estás en palacio, Blan-
¿No te fuiste, y me dejaste? [ca?
Pues venganza será ahora
La que fué prevencion antes.

ESCENA VI.

Salon de palacio.

LA REINA Y DOÑA BLANCA.

Reina. A vuestro amparo me obligo,
Y creedme que me pesa
De vuestros males, condesa.
Blanca. ¿Condesa? No habla conmigo.
Mire vuestra magestad
Que de quien soy no se acuerda.
Reina. Doña Blanca de la Cerda,
Prima, mis brazos tomad.
Blanca. Aunque escuchándola estoy,
Y sé no puede mentir,
Vuelvo, señora, á decir
Que una labradora soy,
Tan humilde, que en la villa
De Orgaz pobre me crié
Sin padre.
Reina. Y padre, que fué
Propuesto rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
Sois hija, vuestro marido
Es, Blanca, tan bien nacido
Como vos; y pues sois cuerda,
Y en palacio habeis de estar,
En tanto que venga el conde,
No digais quien sois, y adonde
Ha de ser, voy á ordenar.

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA Y LUEGO DON MENDO.

Blanca. ¿Habrá alguna, cielo injusto,
A quien dé el hado cruel
Los males tan de tropel,
Y los bienes tan sin gusto
Como á mí? ¿Ni podrá estar
Viva con mal tan esento?
¡Qué no da vida un contento
Y da la muerte un pesar!
¡Ay, esposo, qué de enojos
Me dejes! Mas pesar tanto,
¿Cómo lo dicen sin llanto
El corazon y los ojos?

(*Pone un lienzo en los ojos, y sale don Mendo.*)

D. Mendo. Labradora, que al abril
Florido en la gala imita,
De los bellos ojos quita
Ese nublado sutil,

Si no es que con perlas mil
Bordas, llorando, la holanda:
¿Quién eres? la reina manda
Que te guarde, y ya te espero.
Blanca. Vamos, señor caballero,
El que trae la roja banda.
D. Mendo. Bella labradora mia,
¿Conócesme acaso?
Blanca. Sí:
Pero tal estoy que á mí
Apenas me conocia.
D. Mendo. Desde que te ví aquel dia,
Cruel para mí, señora,
El corazon que te adora
Ponerse á tus piés procura.
Blanca. Solo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.
D. Mendo. Anoche en tu casa entré,
Con alas de amor, por verte,
Mudaste mi feliz suerte,
Mas no se mudó mi fe;
Tu esposo en ella encontré,
Que cortés me resistió.
Blanca. ¿Cómo? ¿Qué dices?
D. Mendo. Que no,
Blanca, la ventura halla
Amante, que va á buscalla,
Sino acaso como yo.
Blanca. Ahora sé, caballero,
Que vuestros locos antojos
Son causa de mis enojos,
Que sufrir y callar quiero.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON GARCIA.

D. García. Al conde de Orgaz espero:
¡Mas qué miro!
D. Mendo. Tu dolor
Satisfaré con amor.
Blanca. Antes quitaréis primero
La autoridad á un lucero,
Que no la luz á mi honor.
D. García. ¡Ah, valerosa muger!
¡O tirana magestad!
D. Mendo. Ten, Blanca, menos crueldad.
Blanca. Tengo esposo.
D. Mendo. Y yo poder;
Y mejores han de ser
Mis brazos, que honra te dan,
Que no sus brazos.
Blanca. Sí harán;
Porque bien, ó mal nacido,
El mas indigno marido
Escede al mejor galan.
D. García. ¿Mas cómo puede sufrir
Un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
El rey: saldréle á impedir.
D. Mendo. ¿Cómo te has de resistir?
Blanca. Con firme valor.
D. Mendo. ¿Quién dió
Tanta dureza?
Blanca. Quien dió
Fama á Roma en las edades.
D. Mendo. ¡Oh qué villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?
D. García. Yo;
Que esto solo se permite
A mi estado y desconsuelo,
Que contra rayos del cielo
Ningun humano compite;
Y sé, que aunque solicite
El remedio que procuro,
Ni puedo, ni me aseguro:
Que aquí, contra mi rigor,
Ha puesto un muro el amor,
Y aquí el respeto otro muro.
Blanca. ¡Esposo mio, García!
D. Mendo. Disimular es cordura. *ap.*
D. García. ¡O malograda hermosura!
¡O poderosa porfía!
Blanca. Grande fué la dicha mia.
D. García. Mi desdicha fué mayor.
Blanca. Albricias pido á mi amor.
D. García. Venganza pido á los cielos;
Pues en mis penas y zelos
No halla remedio el honor:
Mas este remedio tiene.
Vamos, Blanca, al Castañar.
D. Mendo. En mi poder ha de estar
Mientras otra cosa ordene;
Que me han dicho que conviene
A la quietud de los dos
El guardarla.
D. García. Guárdeos Dios,
Por la merced que me haceis:
Mas no es justo vos guardeis
Lo que he de guardar de vos;
Que no es razon natural,
Ni se ha visto, ni se ha usado,
Que guarde el lobo al ganado,
Ni guarde el oso el panal.
Antes, señor, por mi mal,
Será, si á Blanca no os quito,
Siendo por vuestro apetito,
Oso ciego, voraz lobo,
O convidar con el robo,
O rogar con el delito.
Blanca. Dadme licencia, señor.
D. Mendo. Estás, Blanca, por mi cuenta,
Y no has de irte.
D. García. Esta afrenta
No os la merece mi amor.
D. Mendo. Esto ha de ser.
D. García. Es rigor

Que de injusticia procede.
D. Mendo. Para que en palacio quede *ap.*
A la reina he de acudir.
De aquí no habeis de salir;
Ved que lo manda quien puede.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON MENDO.

D. García. Denme los cielos paciencia,
Pues ya me falta el valor;
Porque acudiendo á mi honor,
Me resisto á la obediencia.
¿Quién vió tan dura inclemencia?
Volved á ser homicida;
Mas del cuerpo dividida
El alma, siempre inmortales
Serán mis penas; que hay males
Que no acaban con la vida.
Blanca. García, guárdete el cielo,
Fénix vive eternamente,
Y muera yo, que inocente
Doy la causa á tu desvelo,
Que llevaré por consuelo,
Pues de tu gusto procede,
Mi muerte: tú vive, y quede
Viva en tu pecho al partirme.
D. García. ¿Que en efecto no he de irme?
No, que lo manda quien puede.
Blanca. Vuelve, si tu enojo es,
Porque rompiendo tus lazos,
La vida no dí á tus brazos:
Ya te la ofrezco á tus piés;
Ya sé quien eres, y pues
Tu honra está asegurada
Con mi muerte, en tu alentada
Mano blasone tu acero,
Que aseguró á un caballero
Y mató á una desdichada.
Que quiero que me des muerte,
Como lo ruego á tu mano;
Que si te temí tirano,
Ya te solicito fuerte.
Anoche temí perderte,
Y agora llego á sentir
Tu pena. No has de vivir
Sin honor; y pues yo muero
Porque vivas, solo quiero
Que me agradezcas morir.
D. García. Bien sé que inocente estás,
Y en vano mi honor previenes,
Sin la culpa, que no tienes,
La disculpa, que me das:
Tu muerte sentiré mas,
Yo sin honra, y tú sin culpa;
Que mueras el amor culpa,
Que vivas siente el honor,
Y en vano me culpa amor,
Cuando el honor me disculpa.
Aquí admiro la razon,
Temo allí la magestad,
Matarte será crueldad,
Vengarme será traicion;
Que tales mis males son,
Y mis desdichas son tales,
Que unas á otras iguales,
De tal suerte se suceden,
Que solo impedir se pueden
Las desdichas con los males.
Y sin que me falte alguno,
Los hallo por varios modos
Con el sentimiento á todos,
Con el remedio á ninguno:
En lance tan importuno
Consejo te he de pedir,
Blanca: mas si has de morir,
¿Qué remedio me has de dar,
Si lo que he de remediar,
Es lo que llego á sentir?
Blanca. Si he de morir, mi García,
No me trates de esa suerte;
Que la dilatada muerte
Especie es de tiranía.
D. García. ¡Ay, querida esposa mia,
Qué dos contrarios estremos!
Blanca. Vamos, esposo.
D. García. Esperemos
A quien nos pudo mandar
No volver al Castañar:
Aparta, y disimulemos.

ESCENA X.

EL REY, LA REINA, EL CONDE, DON MENDO, Y LOS QUE PUDIEREN.

Rey. ¿Blanca en palacio, y García?
Tan contento de ello estoy,
Que estimaré tengan hoy
De vuestra mano y la mia
Lo que merecen.
D. Mendo. No es bueno
Quien por respetos, señor,
No satisface su honor,
Para encargarle el ageno:
Créame, pues se confia
De mí vuestra magestad.
Rey. Esta es poca voluntad: *ap.*
Mas allí Blanca y García
Están. Llegad, porque quiero
Mi amor conozcais los dos.
D. García. Caballero, guárdeos Dios;
Dejadnos besar primero
De su magestad los piés.
D. Mendo. Aquel es el rey, García.
D. García. Honra desdichada mia, *ap.*
¿Qué engaño es este que ves?

A los dos, su magestad,
Nos dad la mano, señor;
Pues merece este favor,
Que bien podeis...
Rey. Apartad;
Quitad la mano; el color
Habeis del rostro perdido.
D. García. No le trae el bien nacido *ap.*
Cuando ha perdido el honor.
Escuchad aquí un secreto:
Sois sol, y como me postro
A vuestros rayos, mi rostro
Descubrió claro el efecto.
Rey. ¿Estais agraviado?
D. García. Y sé
Mi ofensor, porque me asombre.
Rey. ¿Quién es?
D. García. Ignoro su nombre.
Rey. Señaládmele.
D. García. Sí haré.
Aquí fuera hablaros quiero (*A D. Mendo.*)
Para un negocio importante,
Que el rey no ha de estar delante.
D. Mendo. En la antecámara espero.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON MENDO, Y DESPUES DON GARCIA.

D. García. Valor, corazon, valor.
Rey. ¿Adónde, García; vais?
D. García. A cumplir lo que mandais;
Pues no sois vos mi ofensor. (*Vase.*)
Rey. Triste de su agravio estoy:
Ver á quién señala quiero.
D. García (*dentro*). Este es honor, caballero.
Rey. Ten, villano.
D. Mendo (*dentro*). Muerto soy.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON GARCIA, QUE VUELVE ENVAINANDO EL PUÑAL ENSANGRENTADO.

D. García. No soy quien piensas, Alfonso;
No soy villano, ni injurio
Sin razon la inmunidad
De tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
Generosa sangre encubro,
Que no sé mas de los montes,
Que el desengaño y el uso.
Don Fernando el Emplazado
Fué tu padre, que difunto,
No menos que ardiente jóven,
Asombrado dejó el mundo;
Y á tí de un año, en sazon
Que campaba el moro adusto,
Y comenzaba á fundar
En Asia su imperio el turco.
Eran en Castilla entonces
Poderosos, como muchos,
Los Laras, y de los Cerdas
Cierto el derecho, entre algunos,
A tu corona; si bien
Rey te juraron los tuyos:
Lealtad, que en los castellanos
Solamente caber pudo.
Murmuraban en la corte,
Que el conde Garci Bermudo,
Que de la paz y la guerra
Era señor absoluto,
Por tu poca edad, y hacer
Reparo á tantos tumultos,
Conspiraba á que eligiesen
De tu sangre rey adulto,
Y á don Sancho de la Cerda
Quieren decir que propuso;
Si con mentira, ó verdad,
Ni le defiendo, ni arguyo.
Mas los del gobierno, antes
Que fuese en el fin Danubio,
El que era apenas arroyo,
O fuese rayo futuro
Lo que era apenas centella,
La vara, tronco robusto,
Preso restaron al conde
En el alcázar de Búrgos.
Don Sancho, con una hija
De dos años, huyó oculto;
Que no fió su inocencia
Del juicio de tus tribunos.
Con la presteza quedó
Desvanecido el oscuro
Nublado que á tu corona
Amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
Vino á la ciudad, y trujo
Consigo un hijo, que entraba
En los términos de un lustro.
Pidió de noche á las guardas
Licencia de verle, y pudo
Alcanzarla, sino el llanto,
El poder de mil escudos.
« No vengo, le dijo, esposo,
Cuando te espera un verdugo,
A afligirte, sino á dar
A tus desdichas refugio
Y libertad; » y sacó
Unas limas de entre el rubio
Cabello, con que limar
De sus piés los hierros duros;
Y ya libre, le entregó
Las riquezas, que redujo
Su poder, y con su manto
De suerte al conde compuso,
Que entre las guardas salió

Desconocido y seguro
Con su hijo; y entre tanto
Que fatigaban los brutos
Andaluces, en su cama
Sustituia otro bulto.
Manifestóse el engaño
Otro dia, y presa estuvo,
Hasta que en hombros salió
De la prision al sepulcro.
En los montes de Toledo
Pára el conde, entre desnudos
Peñascos, y de una cueva
Vivia él centro profundo,
Hurtado á la diligencia
De los que en distintos rumbos
Le buscaron; que trocados
En abarcas los coturnos,
La seda en pieles, un dia
Que se vió en el cristal puro
De un arroyo, que de un risco
Era precipicio inundo,
Hombre mentido con pieles,
La barba y cabello infurto,
Y pendientes de los hombros,
En dos aristas, diez juncos;
Viendo su retrato en él,
Sucedido de hombre en bruto,
Se buscaba en el cristal,
Y no hallaba su trasunto:
De cuyas campañas, antes
Que á las flores los coluros
Del sol en el lienzo vario
Diesen el postrer dibujo,
Llevaba por alimento
Fruta tosca en ramo inculto,
Agua clara en fresca piel,
Dulce leche en vasos rudos:
Y á la escasa luz, que entraba
Por la boca de aquel mustio
Bostezo, que dió la tierra
Despues del comun diluvio,
Al hijo las buenas letras
Le enseñó, y era sin uso,
Ojos despiertos sin luz,
Y una fiera con estudio.
Pasó jóven de los libros
Al valor, y al colmilludo
Jabalí opuesto, á su cueva
Volvia en humor purpúreo.
Tenia el anciano padre
El rostro lleno de sulcos,
Cuandó le llamó la muerte,
Débil, pero no caduco,
Y al jóven le dijo: « Orgaz
Yace cerca, importa mucho
Vayas, y digas al conde
Que á aqueste albergue nocturno
Con un religioso venga;
Que un deudo, y àmigo suyo,
Le llama para morir. »
Habló al conde, y él dispuso
Su viaje, sin pedir
Cartas de creencia al nuncio.
Llegan á la cueva, y hallan
Débiles los flacos pulsos
Del conde, que al huésped dijo,
Viendo le observaba mudo:
« Ves aquí, conde de Orgaz,
Un rayo disuelto en humo,
Una estatua vuelta en polvos,
Un abatido Nabuco:
Este es mi hijo, » y entonces
Sobre mi cabeza puso
Su débil mano: « yo soy
El conde Garci Bermudo;
En tí, y estas joyas, tenga
Contra los hados recurso
Este hijo, de quien padre
Piadoso te sostituyo: »
Y en brazos del religioso,
Pálido, y los ojos turbios,
Del cuerpo y alma, la muerte
Desató el estrecho nudo.
Llevámosle al Castañar
De noche, porque sus lutos
Nos prestase, y de los cielos
Fuesen hachas los carbunclos,
Adonde con mis riquezas
Tierras compro, y casas fundo,
Y con Blanca me casé,
Como á amor y al conde plugo.
Vivia, sin envidiar,
Entre el arado y el yugo,
Las cortes, y de tus iras
Encubierto me aseguro;
Hasta que anoche en mi casa
Ví á aqueste huésped perjuro,
Que en Blanca, atrevidamente,
Los ojos lascivos puso.
Y pensando que eras tú,
Por cierto engaño, que dudo,
Le respeté, corrigiendo
Con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
Venzo al temor con quien lucho,
Pídeme el honor venganza,
El puñal luciente empuño,
Su corazon atravieso...
Mírale muerto, que juzgo
Me tuvieras por infame,
Si á quien de este agravio acuso,
Le señalára á tus ojos
Menos, señor, que difunto;
Aunque sea hijo del sol,
Aunque de tus grandes uno,
Aunque el primero en tu gracia,

Aunque en tu imperio el segundo;
Que esto soy, y este es mi agravio,
Este el ofensor injusto,
Este el brazo que le ha muerto,
Este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros robusto,
No he de permitir me agravie,
Del rey abajo, ninguno.
Reina. ¿Qué decis?
Rey. Confuso estoy.
Blanca. ¿Qué importa la vida pierda?
De don Sancho de la Cerda
La hija infelice soy;
Si mi esposo ha de morir,
Mueran juntas dos mitades.
Rey. ¿Qué es esto, conde?
Conde. Verdades,
Que es forzoso descubrir.
Reina. Obligada á su perdon
Estoy.
Rey. Mis brazos tomad;
Los vuestros, Blanca, me dad;
Y de vos, conde, la accion
Presente he de confiar.
D. García. Pues toque el parche sonoro,
Que rayo soy contra el moro,
Que fulminó el Castañar.
Y verás en sus campañas
Correr mares de carmin,
Dando con aquesto fin,
Y principio á mis hazañas.

DONDE HAY AGRAVIOS NO HAY ZELOS,

Y AMO CRIADO.

Esta comedia, poco despues de publicada en Madrid, fué traducida al frances bajo su segundo título, y pronto adquirió tanto aplauso en Francia como en España; sin embargo no pasa de ser un capricho ingenioso, cuya importancia es nula si se compara con la del drama anterior *García del Castañar*. Los caractéres en esta comedia son generalmente algo descoloridos; solo el de Sancho tiene una viveza y una originalidad que encantan. Tambien Beatriz en su género es escelente.

El soliloquio de Sancho que empieza, *¡Despues de Dios, bodegon!* es admirable. En él discurre el gracioso acerca de la honra y del duelo con una filosofía natural que encanta: la poca importancia que da á un bofeton recibido el buen Sancho, es idea que se halla repetida en varios graciosos de Rojas, pero en ninguna comedia con tanto chiste y oportunidad como en la titulada, *No hay amigo para amigo, las cañas se vuelven lanzas.* Aunque la necesidad de dar cabida en esta coleccion á las obras de otros autores, y la circunstancia de no ser la espresada comedia de las mejores de Rojas, no nos permitan insertarla en este tomo, no podemos resistir á la tentacion de copiar aquí el pasage de que acabamos de hacèr mencion. Es un diálogo entre un amo (*Don Lope*) y su criado (*Moscon*), en que reboza la sal desde las primeras palabras. Creemos á no dudarlo que su lectura dará mas gusto á nuestros lectores, que cuantas reflexiones pudieramos hacer acerca de la comedia que insertamos á continuacion.

D. Lope. Ya estamos solos, Moscon;
¿A qué á solas me has llamado,
Todo el semblante turbado
Y confusa la razon?
¿Qué traes? ¿qué te ha sucedido?
¿Qué quieres de tus pasiones?
Moscon. Que me escuches dos razones
Cuatro dedos del oido.
D. Lope. Di.
Moscon. Preguntarle es forzoso *ap.*
Si es duelo mi bofetada;
Señor, el caso no es nada,
Mas yo soy escrupuloso.
No es nada.
D. Lope. ¿Pues qué te paras?
Dilo y olvida esos miedos.
Moscon. Con no mas de cinco dedos
Me han dado en toda la cara.
D. Lope. ¿Eso sufriste? oye, espera;
Mas es que lo escuche yo.
¿Quién te dió? ¿y como te dió?
Moscon. Señor, de aquesta manera.
(*Va á darle una bofetada.*)
D. Lope. Quita, pícaro, bufon,
Y tan deshonrado estar
Cuando me ves enojar
De chanza en esta ocasion!
¿No te corres de decirlo?
Moscon. Tiempo hay, yo me correré.
D. Lope. ¿Y dime, sobre qué fué?
Moscon. ¿Sobre qué? sobre un carrillo.
D. Lope. Oye, ¿qué es lo que te dió?
¿Fué puñada ó bofetada?
Moscon. ¡Oh! si me diera puñada,
No se lo sufriera yo.
D. Lope. Eso era menos.
Moscon. No sé
Cuál de los dos es mejor.
D. Lope. A mano abierta es peor.
Moscon. Pues de esa manera fué.
D. Lope. ¡Que aqueso un hombre consiente

Otra cosa hay que dudar.
¿Sonó al llegártela à dar?
Moscon. Lo que es sonar, bravamente.
D. Lope. Pues si tú tu agravio infieres,
Y si tu deshonra ves,
Estando à solas, ¿qué es
Lo que preguntarme quieres?
Moscon. Señor, el golpe supuesto,
O supuesto el bofeton,
Saber quiero en conclusion...
D. Lope. Dilo.
Moscon. Si quedé bien puesto.
D. Lope. ¡Que esta razon llegue à oirle!
¿Quién tal ignorancia vió?
Cuando el bofeton te dió,
¿Qué hiciste tú?
Moscon. Recibirle.
D. Lope. En fin, no te satisfizo.
Cuando el bofeton te dió,
¿Te hizo cara?
Moscon. Cara no,
Porque antes me la deshizo.
D. Lope. ¡Que esta ofensa en ti no labre
Indignar la espada airada!
Moscon. Dice el miedo à estotra espada
Que esta vaina no se abre.
D. Lope. Buscar quiero otro criado,
Supuesto lo que te pasa,
Que no ha de estar en mi casa
Hombre que está deshonrado.
Moscon. ¿Qué medio hay entre los dos?
D. Lope. Morir noble y temerario.
Moscon. Pues páguème mi salario,
Y quédese usted con Dios.
D. Lope. De suerte, Moscon, de suerte
Que cuando agraviado estás,
¿Aun valor no mostrarás
De vengarte con su muerte?
Moscon. ¿Luego con su muerte gana
Lo que perdió mi opinion?
D. Lope. Así habrá satisfaccion.
Moscon. ¡Hablarais para mañana!
Lo que me habeis advertido
Es lo que llega à importarle:
¿Hay mas que decir, matarle,
Y hubiéralo yo entendido?
Ahora, don Lope, pues,
Corage y valor me sobra,
A él, manos à la obra,
¡Buen corazon!
D. Lope. Eso es.
Moscon. Pues su alivio me despierta
Voy á matarle derecho.
D. Lope. Hasta volver satisfecho
No me entres por esa puerta.
Moscon. Vos vereis lo que yo hiciere.
D. Lope. Que has de darle muerte espera.
Moscon. No está mas de que él se muera
Del golpe que yo le diere.
Preguuto, pues sabeis de esto,
Si por valor ó por suerte
Él me diese à mi la muerte,
¿Cuál quedará mejor puesto?
D. Lope. Tú, Moscon; vete con Dios,
Y de tu venganza trata.
Moscon. Pues por Dios que si me mata
Que me he de quejar de vos.
D. Lope. Ea, ve.
Moscon. Oye, señor.
¿Será bueno en este aprieto
Llevar un famoso peto
Hecho à prueba de doctor?
D. Lope. Corazon y manos, loco,
Son las que dan opinion.
Moscon. No la dará el corazon,
Pero las manos.., tampoco.
D. Lope. A Dios.
Moscon. Voime. Mi dolor
A darle muerte me inclina:
¡Quién supiera medicina
Para matarle mejor!

PERSONAS.

DON JUAN DE ALVARADO.
SANCHO, su criado.
DON LOPE DE ROJAS.
BERNARDO, criado suyo.
DOÑA INES DE ROJAS.
DON FERNANDO, su padre.
BEATRIZ, su criada.
DOÑA ANA DE ALVARADO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la calle de Alcalá.

SANCHO Y DON JUAN DE CAMINO, CON BOTAS Y ESPUELAS.

Sancho. O es que te has endemoniado,
O es que lo que haces ignoras:
En la corte, y á estas horas,
¿Qué buscas recien llegado?
¿Dónde tu discurso va?
¿Qué es lo que intentas hacer?
D. Juan. Calla, necio: esta ha de ser
La gran calle de Alcalá,
Que turbada mariposa,
Busco mi llama, ó mi estrella.
Sancho. ¿Qué quieres hacer en ella?
D. Juan. Aquí ha de vivir mi esposa.
Sancho. El juicio hemos de perder,
Si hay alguno que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapon muger?
Que estás cansado imagina;
Mira que las doce han dado;
Tan llanos han caminado

Mi morion, y tu frontina.
Volvernos por Dios podremos
A dormir á la posada,
Que ya dejamos tomada.
D. Juan. En tanto que no sabemos
Cual de aquestas casas es,
(Sea amor, ó sea desvelo)
Adonde se oculta el cielo
De mi hermosa doña Ines,
Bien puedes tener por cierto
Que no habrá descanso igual.
Sancho. Acuérdate, hombre mortal,
Que hoy hemos pasado el Puerto;
Y por el bendito Dios,
Que te acuerdes de por sí,
Que hay desde Búrgos aquí
Muy largas cuarenta y dos;
Y no seas tan reacio,
Sobre novio, que me pesa,
Que tomes hoy tan de priesa,
Lo que ha de ser tan despacio.
D. Juan. ¡Ay, Sancho, que su hermosura,
Aun pintada me ha abrasado!
Sancho. Hombre que se ha enamorado
No mas que por la pintura,
Porque á castigar se empiece
Su amorosa desvergüenza,
Ser sacado á la vergüenza
Del desengaño merece.
Dime, señor, por tu vida,
Engáñete, ó no, el primor,
¿Ha de pintarte el pintor,
Si es tu muger presumida,
Si es necia ó recatada?
¿Advertiráte fiel,
Muy solícito el pincel,
Si es sucia, ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(Por mas que avisa elegante)
Si tiene dientes delante,
Si guarda corcoba atras?
¿Advertiráte el retrato,
Con curiosa perfeccion,
Lo que hay en su inclinacion,
Lo que hallarás en su trato?
Porque esto solo ha de ser,
Aunque mas quieras culpar,
Lo que se ha de examinar
En una propia muger.
Pues si no has averiguado
(De tus zelos enemigo)
Nada de esto que te digo,
¿De qué te has enamorado?
D. Juan. Ya su belleza acredita
Lo que en ella puede haber.
Sancho. Oyes, la propia muger
No ha ser mas que bonita;
Y que ha de tener, sabrás,
Semblante modesto y casto,
Y hermosura para el gasto
De su marido no mas.
D. Juan. Amigo Sancho, no sé,
Dejando lo discurrido,
Cómo le habré parecido
En el retrato que envié;
Porque de mi original,
No ví mas cierto traslado.
Sancho. Yo sí, señor.
D. Juan. ¿Qué has pensado?
Sancho. Que le has parecido mal.
D. Juan. ¿Pues no me dirás porqué?
¿La copia, di, no es igual
Con mi propio original?
¿Pues di, porqué?
Sancho. Yo lo sé.
D. Juan. Acaba ya, mentecato;
Dime la causa en rigor.
Sancho. ¿Quereislo saber mejor?
D. Juan. Sí.
Sancho. No está acá tu retrato.
D. Juan. De tu necedad me rio;
¿Mi retrato no te di?
¿Yo no hiciste el pliego?
Sancho. Sí.
D. Juan. ¿Pues cuál enviaste?
Sancho. El mio.
D. Juan. Vive Dios, borracho, loco,
Que á ser lo que dices cierto,
Pienso que te hubiera muerto.
Sancho. Señor, vete poco á poco.
D. Juan. ¿Dime, cómo ha sido?
Sancho. Espera,
Y yo te lo contaré.
D. Juan. ¿Acaba, di cómo fué?
Sancho. Fué, señor, de esta manera.
Ya te acordarás, señor,
(Que yo harto estoy de acordarme)
Que en Flandes dió en retratarme
Por fuerza cierto pintor:
Pues por estraña y agena
Pintó mi cara endiablada,
Que es mejor para pintada
La mala, que no la buena;
Y despues de aquesta hazaña,
Que España observa triunfante,
Que nos dió el señor infante
Dos licencias para España.
D. Juan. En fin, que á Búrgos llegamos,
Patria en que los dos nacimos,
Donde apenas conocimos
Los mismos que antes tratamos.
Sancho. Que de tu desdicha incierto,
Siendo tu esperanza vana,
Menos hallaste á tu hermana,
Y á tu hermano hallaste muerto;
Sin que te avise cruel,

Pena que tu honor profana,
Ni quién se llevó á tu hermana,
Ni quién le dió muerte á él.
D. Juan. No acuerdes tan inhumana
Pena, sin darme sosiego.
¡Ay, mi hermano! ¡Ay, mi don Diego!
¡Ay, mal nacida doña Ana!
Mas si no sé mi enemigo,
¿Porqué comunico al labio,
Sin mi venganza mi agravio?
Prosigue, Sancho.
Sancho. Prosigo.
Tambien sabes, que despues
Por cartas de cumplimiento
Trataste tu casamiento
En Madrid con doña Ines,
Y que será dama fio
De honor, prudencia, y recato;
Que ella te envió su retrato...
D. Juan. Y que yo la he enviado el mio.
Sancho. Eso es fuerza que prosiga.
D. Juan. No dices cosa que importe.
Sancho. Ya hemos llegado á la corte,
Y es fuerza que te lo diga,
Pues ahora al retrato llego:
Ya sabes, si te acordaste,
Que la noche que le enviaste
Me hiciste cerrar el pliego,
Y fué porque...
D. Juan. Sancho, acaba;
Que todo es verdad te digo,
Porque me llamó un amigo
Al tiempo que le cerraba.
Sancho. Pues dióme gana, señor,
De mirar en este rato
Tu retrato y mi retrato,
Por ver cuál era mejor,
Y viendo en los dos pinceles
La propiedad y el primor,
A entrambos con mucho amor
Los envolví en dos papeles;
Pues envueltos...
D. Juan. Dilo.
Sancho. Espera;
Los troqué tan torpe y ciego,
Que el mio puse en tu pliego,
Y el tuyo en mi faltriquera.
D. Juan. Yo te escucho, y no lo creo.
Sancho. ¿Pues eso á mí qué me inquieta?
D. Juan. ¿Y lo echaste en la estafeta?
Sancho. No, señor, en el correo.
D. Juan. ¿Qué dirá mi Ines, repara
Con tu cara?
Sancho. No te asombres;
Dirá que todos los hombres
No han de tener buena cara.
D. Juan. ¿Y qué dirá de tu talle,
Y de tu presencia, di?
Sancho. ¿Si Dios me la ha dado así,
Tengo de echarle en la calle?
D. Juan. ¿Pero qué importa el engaño,
Ni qué puede haber que importe,
Si habiendo entrado en la corte,
Está cerca el desengaño?
Sancho. Ea, pues, señor, acaba
De cumplir con tu pension.
D. Juan. Estas presumo que son
Las monjas de Calatrava,
Y no sé cómo sabremos
Cuál de aquestas casas es
La casa de doña Ines.
Sancho. Por su padre preguntemos;
Tu prudencia comedida
Así lo intente saber,
Que no es segura muger
La muger que es conocida.
D. Juan. Él se llama don Fernando
De Rojas.
Sancho. Quiero llegar.
D. Juan. ¿Y á quién lo has de preguntar?
Sancho. Un hombre se va acercando.

ESCENA II.

DICHOS Y BERNARDO.

Bern. Sobre tener gran recelo,
No tengo poco cuidado,
Que mi amo salga tan tarde,
Y que entrase tan temprano.
Las doce y mas de la noche
Son ya; y estando cerrados
Los postigos de la calle,
Mas dudo, y menos alcanzo.
Amante ciego de Ines,
De la belleza milagro,
Fénix de amor, mi señor
Vive y muere de sus rayos;
Pero siendo Ines su prima,
Y su tio don Fernando,
Los que entraren en sospechas,
Son discursos temerarios;
Pero aquí he de esperar,
En tanto que el sol dorado,
Al alba que los avisa
Manda recoger sus astros.
D. Juan. Ea, pregúntalo, acaba.
Bern. Aquí he de esperar.
Sancho. Hidalgo,
¿Dónde posa un caballero,
Que se llama don Fernando
De Rojas? Si es vuesasted
Curial en aqueste barrio.
Bern. Vive en esta propia casa.
Sancho. ¿Dígame usted, en qué cuarto?
Bern. En toda la casa vive.
Sancho. Guárdele el cielo mil años,

Cuatro ó cinco mas ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
Tu muger, mas siendo propia,
Fuera no hallarla milagro.
D. Juan. Ya lo escuché.
Bern. Vive Dios, *ap.*
Que pienso que lo he errado
En haber dicho la casa,
Que estando dentro mi amo,
Para esperar y salir,
No ha de ser poco embarazo.
Sancho. Ea, manos á la boda.
D. Juan. ¿Ea, no llamas?
Sancho. Ya llamo.
Bern. Oye vuested, caballero.
Sancho. ¿Caballero? Mas abajo
Tengo mi alcuña; ¿qué quiere?
Bern. Que hay enfermos en el barrio,
Y es tarde, y mañana hay dia.
Sancho. Los dos que ve se han criado
En la Noruega, y así
Por la noche negociamos.
Bern. ¿Tanta prisa traen los dos?
Sancho. Nunca traemos espacio.
Bern. ¿Diga porqué?
Sancho. Porque quieren
Muy apriesa los soldados.
Bern. No lo entiendo.
Sancho. Dios me entiende.
Bern. ¿Has cenado?
Sancho. Sí he cenado;
Mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
Y tu alma son los borrachos.
Bern. To, to, to, valiente me es.
D. Juan. ¿Ahora la tiendes, Sancho?
Sancho. Yo la doblaré despues.
Bern. ¿Oye?
Sancho. Bien oigo.
Bern. Aquí al lado
De los Padres Recoletos,
Pues quiere reñir, le aguardo.
Sancho. Pícaro, yo nunca riño,
Siendo Sancho, y siendo el Bravo,
Al lado de Recoletos,
Sino al lado de los diablos.
Bern. Así los pienso sacar *ap.*
De la calle. Ya me canso
De sus cosas, y otra vez
Digo que espero en el Prado.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS BERNARDO.

Sancho. Mas se cansará vuested
Si me espera. Por san Pablo,
Que le he de matar.
D. Juan. Aguarda,
Escúchate, Sancho.
Sancho. Aguardo.
D. Juan. Entremos á ver á Ines,
Y al instante que salgamos
Le irás á buscar.
Sancho. Bien dices.
¡Ha de esta casa! En lo alto
Han abierto un postiguillo.
D. Juan. Si responden.
Sancho. No está claro.

ESCENA IV.

DICHOS Y DON LOPE, QUE BAJA POR UN BALCON AL TABLADO.

D. Juan. Un hombre, viven los cielos,
O la vista me ha engañado,
Desciende por un balcon.
Sancho. La grande llaneza alabo.
D. Lope. ¿Quién es quien está en la calle?
¿No es Bernardo?
D. Juan. No es Bernardo.
¿Diga quién es?
D. Lope. No es posible.
Aquí hay gran riesgo si aguardo; *ap.*
Y si me voy, doy indicios
De cobarde, ó de villano;
Este es el medio mejor.
Si no dejan libre el paso,
Así lo intento cobrar. (*Saca la espada.*)
D. Juan. Al valor, y tengo manos.
D. Lope. La oscuridad de la noche,
Y lo importante del caso,
Y ver que al ruido que hacemos
Ha de salir don Fernando, (*Riñen.*)
Me da ocasion de volver
Al riesgo de honor los pasos;
Ya yo he cobrado la calle,
Y puesto que la he cobrado,
Y que no soy conocido,
Por dama y honor volvamos.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS DON LOPE.

D. Juan. Si no me dices quien eres,
No has de pasar.
Sancho. ¡Oiga el diablo!
¿Mi amo riñe conmigo?
D. Juan. ¿Dígame, quién es?
Sancho. Soy Sancho.
D. Juan. ¿Qué dices?
Sancho. Lo que te digo:
Si no hablas recio te mato.
D. Juan. ¿Luego se fué?...
Sancho. ¿No lo ves?
D. Juan. ¿El que bajó?
Sancho. ¿No está claro
Que dará mejor carrera

Quien supo dar tan buen salto?
D. Juan. Sigámosle.
Sancho. ¿Tienes postas?
D. Juan. ¡Que se fuese!
Sancho. ¡*Verbum caro*
Factum est, y qué de cosas
En un instante han pasado!
D. Juan. No creas que era cobarde
El que bajó.
Sancho. ¿Pues yo cuando
Pienso que nadie es gallina?
Todos para mí son gallos.
D. Juan. Si has visto lo que nos pasa,
¿Qué te parece que hagamos?
Sancho. Lo que á ti te pareciere.
D. Juan. Discurramos.
Sancho. Discurramos,
Que ya amanece, y tendremos
Los entendimientos claros.
D. Juan. ¡Ser yo caballero pobre,
Y apenas haber llegado
De Flandes, donde á mi rey
Serví mas de catorce años,
Cuando con su propia hija
Me envia á rogar don Fernando;
Ella en Madrid, y yo en Búrgos,
Ella hermosa, y yo rogado,
Ella muy rica, y yo pobre;
Y que me buscasen!
Sancho. Malo.
Aristóteles contigo
Discurrió como un muchacho.
D. Juan. ¡Venir á Madrid contento,
Y apenas haber llegado,
Cuando un criado á estas puertas,
(Si debió de ser criado
Del que estaba dentro) intenta
Que de la calle salgamos,
Y para sacarnos finge
Que nos desafiaba!
Sancho. Malo.
D. Juan. ¡Ser ya las dos de la noche,
Estar los cuartos cerrados,
Ser casa en que viven solos
Doña Ines y don Fernando,
Desde el balcon principal
Bajar un hombre arrojado,
Sacar la espada valiente,
Y acuchillarnos á entrambos,
Y por no ser conocido,
Irse tan aprisa!
Sancho. Malo.
D. Juan. ¡Casarme yo con Ines,
Siendo los indicios claros!
Sancho. Peor.
D. Juan. ¿Pues qué hemos de hacer?
Sancho. Discurramos.
D. Juan. Discurramos.
Ahora bien, yo tengo un medio
Estremado.
Sancho. Ya le aguardo.
D. Juan. Y es averiguar yo mismo
Mis zelos y mis agravios.
Bien puede ser que este hombre
No entre por Ines, y en tanto
Que averiguo con la vista
Lo que tan ciego idolatro,
Tú has de hacer por mí una cosa
Que importa.
Sancho. Vamos al caso.
D. Juan. ¿No es verdad, que por el mio
Vino á Madrid tu retrato?
Sancho. Es verdad.
D. Juan. ¿Y hay en la corte
Quien te conozca?
Sancho. No hallo,
Con ser tordo de tu higuera,
Quien pueda llamarme Sancho.
D. Juan. Pues desde hoy te has de fingir
Mi amo, y yo tu criado;
Yo tu nombre he de llamarme
Y tú el mio, con que allano
Ser espía de mi honor
En este contrario campo.
Fingete don Juan ahora
Con doña Ines; porque entrando
Tú en mi nombre, y yo en el tuyo,
En su casa disfrazados,
Ladron de casa procuro
Averiguar este encanto.
Sancho. Señor, ¿y si me conocen,
Y me dan quinientos palos,
Si no es que me dan dos mil,
Por novio de contrabando?
D. Juan. Estando yo allí, no hay riesgo.
Sancho. ¿Y dime, señor, si acaso
Me cobrase doña Ines
Aficion, y entrase el diablo,
Y me tentase; que yo
Soy mortal, y fuí soldado
En Flandes?
D. Juan. ¿Cómo es posible
Con ese talle, menguado?
Sancho. Porque siempre las mugeres
Quieren lo peor.
D. Juan. Pues, Sancho,
Esto ha de ser.
Sancho. ¿En efecto,
Estás ya determinado?
D. Juan. Sin remedio.
Sancho. ¿No hay remedio?
Pues ahora bien, yo me armo
De punta en necio, que son
Las armas de los casados.
D. Juan. ¿Si te vendrán mis vestidos?
Sancho. Sí, mi señor, porque ¿cuándo

A un pobre no le ha venido
Cualquier vestido pintado? [marme.
D. Juan. Desde hoy Sancho he de lla-
Sancho. Y yo don Juan de Alvarado.
¿Estás resuelto?
D. Juan. Sí estoy:
Sancho, vamos.
Sancho. Don Juan, vamos.
D. Juan. ¿Sabrás fingir?
Sancho. Como dama.
D. Juan. ¿Si te turbas?
Sancho. Soy bellaco.
D. Juan. Así sabré quien me injuria.
Sancho. Así estaré regalado.
D. Juan. Hoy veré á mi Ines hermosa.
Sancho. Yo pienso engordar á palos.
D. Juan. Pero si Ines no es quien es...
Sancho. Mas si caen en el engaño...
D. Juan. Tomaré venganza en todos.
Sancho. Muera Sancho, y muera harto.
D. Juan. Ea, don Juan, á vestiros.
Sancho. Ea, Sancho, á desnudaros.
D. Juan. Bien empiezas.
Sancho. Sí, señor,
Que soy, por ser tu criado,
Tu criado pericon,
Que me haces de todos palos.

ESCENA VI.

Sala en casa de don Fernando.

BEATRIZ CON MANTO, Y DOÑA INES SIN ÉL.

Beat. En fin, tú me has despedido.
Da. Ines. Beatriz, no repliques mas.
Beat. Injusto pago me das
Del tiempo que te he servido.
¿Con tanta ira y rigor
Premias mi antigua lealtad?
Da. Ines. Antes que mi voluntad,
Tiene su lugar mi honor.
Beat. Solo te pido que acabes,
Puesto que me has despedido,
De decir, ¿en qué he ofendido
Tu decoro?
Da. Ines. Tú lo sabes.
Beat. Mi ánima sea maldita,
Y de Dios escomulgada,
Por toda mi santiguada,
Y por esta cruz bendita,
Señora, que yo no sé
Porque te hayas enojado.
Da. Ines. Pues si no me he declarado,
Escucha, y te lo diré.
Beat. Dilo, pues que sin razon
Me riñes á troche y moche.
Da. Ines. ¿Pues dime, Beatriz, anoche,
A qué abriste mi balcon
A mas de las diez?
Beat. Repara,
Que en eso no hay que culpar,
Porque puse á serenar
El agua para la cara.
Da. Ines. ¿No hablaste al abrir?
Beat. No hablaba.
Ella ha de cogerme aqui. *ap.*
Da. Ines. Mientes, Beatriz, yo te oí.
Beat. Es verdad, pero rezaba.
Da. Ines. ¿Pues dime, por qué razon,
Cuando en la ventana estabas,
Ya que rezabas, rezabas
Tan recio?
Beat. Es mas devocion.
Da. Ines. ¡Oh, qué bien sabes tener
La respuesta prevenida!
¿Y di, á qué estabas vestida
Antes del amanecer?
Y si acaso sueño fué,
Y vestida te dormiste,
¿Cómo no me respondiste
Al tiempo que te llamé?
¿Cómo, habiendo alborotado
La casa, no respondias?
Dirásme que no me oias.
Beat. Tengo el sueño muy pesado.
Yo he de escaparme, por Dios. *ap.*
Da. Ines. ¿Dormias de esa manera,
Cuando echaste un hombre fuera
Por el balcon á las dos?
Beat. ¿Yo eché un hombre fuera?
Da. Ines. Sí:
Tú, Beatriz, en conclusion,
Fuiste quien abrió el balcon.
Beat. ¿Quién lo dice?
Da. Ines. Yo lo ví.
Beat. Pues si lo viste, señora,
Y estás en eso tan cierta,
Tu primo...
Da. Ines. No me le nombres.
Beat. Don Lope...
Da. Ines. Irritarme intentas.
Beat. Anoche, á primera noche,
Hallando la puerta abierta,
Se acogió acá, porque dijo
Que llovia: en la escalera
Dijo, que hablarte queria,
Y entrando con tanta priesa,
Apenas empezó á darme
El hábito de tercera,
Y apenas yo le tomaba,
Para ser criada buena,
Cuando el viejo de tu padre
Por esa cuadra atraviesa.
Yo que lo sentí, ¿qué hago?
Porque á tu primo no sienta,

Al banasto de un balcon
Le zampucé con presteza;
Cerré el balcon por de dentro,
Y al dejarle por defuera,
Todos sus deseos puse
Al sereno como velas;
Pero como soy tan pía,
Que soy parienta de Eneas,
Y esto de hacer bien á todos,
Lo tengo desde pequeña;
Apenas sentí que estabas
Sosegada, aunque despierta,
Y apenas vi que tu padre
No escupió una vez siquiera,
Ni dijo esta tos es mia,
Con ser la tos su perpetua,
Cuando abriéndole el balcon,
Le saqué, porque se fuera,
Tan quedito, que pensó
Que ibamos pisando yemas.
Pero como el buen don Lope
Miró la casa tan quieta,
Dió en decir, erre que erre,
Cuando yo fuera, que fuera;
Y yéndose á tu aposento,
O por amor, ó por tema,
Oliendo hácia donde estabas,
Porque es amante de muestra,
Te alborotó, y diste en esto
Voces tales, como buenas.
Él á este tiempo asustado,
Como silbado poeta,
Recelando que tu padre,
O le conozca, ó le vea,
Antes que haga de las suyas,
Dispuso hacer de las nuestras;
Volvióse al señor balcon,
Y en efecto por la reja
Saltó á la calle, en la cual
Hubo no sé qué pendencia.
Este, señora, es el caso,
Para que mejor lo sepas,
Contado al pié de la boca,
Ya que no al pié de la letra;
Y supuesto que tu padre
No lo sintió, no consientas
Dar un castigo tan grande
A una culpa tan pequeña:
Así tu novio don Juan,
Que por instantes esperas,
No tu marido, señora,
Sino tu amante parezca:
Así tú le goces...
Da. Ines. Calla,
Si no quieres que sangrienta,
Antes que á don Juan pronuncies,
Te despedace la lengua.
¿Yo casarme con don Juan?
No lo permitan adversas,
Con violencias mi fortuna,
Ni con influjos mi estrella;
Antes el mar de mis ojos
Rompa, cuando airado crezca,
El márgen de las mejillas,
Que son sus blancas riberas;
Y á tí, porque has irritado,
O desconocida, ó necia,
Con tu ruego mi piedad,
Mi obligacion con tu queja,
Pues con don Lope traidora,
Pues con don Juan halagüeña,
Mas que me obligas, me irritas,
Me enojas mas, que me empeñas,
Porque á don Juan me nombraste...

ESCENA VII.

DICHAS Y DON FERNANDO.

D. Fern. Ines, ¿qué voces son estas?
¿Qué ha sido?
Da. Ines. No sé, señor.
D. Fern. Beatriz, ¿porqué estás cubierta?
Beat. Señor, estoy despedida.
D. Fern. ¿Porqué?
Beat. Decirlo quisiera:
Mas aunque lo intento hacer,
No me deja la vergüenza.
D. Fern. ¿Qué es el caso?
Beat. Mi señora,
Que ha dado en aquesta tema.
D. Fern. ¿Qué es?
Beat. En que no ha de casarse
Con don Juan, aunque tú quieras;
Y porque la dije ahora,
Solo que te obedeciera...
D. Fern. ¿Qué hizo?
Beat. Me despidió.
D. Fern. ¿Esa fué la causa?
Beat. Esta.
D. Fern. Quítate el manto, Beatriz.
Beat. ¡Oh, vivas mas que una suegra,
Cuando es rica, y tiene yerno
Que desea que se muera!

ESCENA VIII.

DON FERNANDO Y DOÑA INES.

D. Fern. Ahora me llego á hablarla. *ap.*
¿Ines?
Da. Ines. Señor, ¿qué me ordenas?
D. Fern. ¿No dirás qué novedad
Ha irritado tu obediencia?
¿De qué tan triste estos dias,
O de airada, ó de suspensa,
Les trasladas á los ojos
Las pasiones de la lengua?

¿No es don Juan gran caballero?
¿Porqué neciamente niegas
A mi cuidado este amor,
A mi fe esta diligencia?
¿No quieres á don Juan?
Da. Ines. No:
Y ya que entre tantas penas
A lo secreto del alma
Rompió el recato la nema,
No me he de casar con él;
Y porque la causa sepas,
Repara en este retrato,
Si es justa mi inobediencia.

(*Dale un retrato y míralo.*)

D. Fern. ¿Qué tiene?
Da. Ines. Que no es posible,
Aunque tú me lo encarezcas,
Que sea hombre principal
Un hombre de esta manera.
¿Esta es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena
Quien tiene este talle? ¿Este arte,
Es arte de hombre de prendas?
D. Fern. ¿Pues di, quién ha conocido
Por el rostro la nobleza?
¿Dice el talle calidades?
Las obras son las que enseñan
La buena sangre; el valor
Es la mas hermosa muestra.
Da. Ines. Sí; pero la buena sangre,
Aunque se oculte en las venas,
Puede hacer que las facciones
Participen su influencia:
Bien así como el cristal,
Que es la sangre de la tierra,
Que cuanto mas puro y limpio
En sus entrañas se hospeda,
Tanto mas la tierra misma,
Que es mas noble la demuestra.
D. Fern. No sofística procures
Convencer con esperiencias,
Verdades, que en su valor
Seguras esperimentan.
Tú has de casarte con él,
Aunque...
Da. Ines. Suspende la lengua,
Porque mi albedrío es mio,
Y no es justicia que quieras
Sujetarme por ser padre,
Lo que aun Dios no me sujeta.
D. Fern. Advierte, Ines, que don Juan,
Aunque es pobre, ahora espera
Heredar de un tio anciano
Dos mil ducados de renta.
Da. Ines. Antes si tiene don Juan
Parte por donde le quiera,
Es por ser pobre, que amor
No se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
Uno en dos hombres, y fuera
Uno rico, y otro pobre,
Y fueran de iguales prendas,
Porque me quisiera mas,
Al que es mas pobre eligiera.
D. Fern. Mira, Ines, yo no te pido
Que te cases.
Da. Ines. ¿Pues qué intentas?
D. Fern. Que veas solo á don Juan;
Porque puede ser que sea
Mucho mejor la persona
Que la pintura.
Da. Ines. No creas
Que falten á la malicia
Las antiguas esperiencias;
Porque el mas recto pincel
Es el que mas lisonjea,
Que como ya el interes
Lisonja, y pinturas premia,
Se han hecho de un mismo modo
Los pinceles y las lenguas;
Pero por obedecerte,
Y porque no te parezca
Que es mi desden por impulso,
Ni mi enojo por estrella,
Yo esforzaré mi deseo
A quererle cuanto pueda.
Venga don Juan á mis ojos,
Que porque bien me parezca,
A mis motivos presumo
Reconvenir con violencias;
Y porque quiero tambien,
Que aborreciéndole veas
Que por tu amor contra el mio,
Hago la mayor fineza...
¿Pero quién se ha entrado aquí?

ESCENA IX.

DICHOS Y DOÑA ANA.

Da. Ana. Una muger es, que intenta
Hablar con vos, don Fernando.
D. Fern. ¿A solas?
Da. Ana. Sí.
D. Fern. Vete afuera.
Da. Ines. Ya te obedezco.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA INES.

D. Fern. ¿Quién sois?
Da. Ana. Una infelice, que espera
Vuestro amparo.
D. Fern. Descubríos.
Da. Ana. Aunque mi propia vergüenza
Me aconseja que me oculte,

Mi honor tambien me aconseja
Que os hable; mas mi semblante
De lo que es dirá mi pena. (*Descúbrese.*)
D. Fern. ¿Qué es vuestro mal?
Da. Ana. Un agravio.
D. Fern. ¿Quién le ha causado?
Da. Ana. Mi estrella.
D. Fern. ¿Y despues?
Da. Ana. Un hombre aleve.
D. Fern. Y puesto que yo le sepa,
¿Lo puedo yo remediar?
Da. Ana. A eso vengo.
D. Fern. Di, ¿qué intentas?
Da. Ana. Oye mi mal.
D. Fern. Ya le espero.
Da. Ana. Pues óyeme atento.
D. Fern. Empieza.
Da. Ana. Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Búrgos mi patria, Búrgos, que ha intentado
Con sus agujas y sus torres bellas
Competir con la luz de las estrellas.
Nací de sangre noble y valerosa,
Tan infeliz como si fuera hermosa;
Crióme con recato y con cuidado
Mi padre don Alonso de Alvarado. [go:
D. Fern. Parad ahora, que el dolor miti-
El que nombrais fué mi mayor amigo,
Y obligaciones grandes os confieso.
Da. Ana. A ampararme de vos vengo por
Que en vos tiene fundada mi esperanza, [eso,
O la satisfaccion, ó la venganza.
Viví tan sin amor, tan sin cariño,
Que no temí las flechas del dios niño:
Pues me halló, cuando quiso darme enojos,
Muy atento el sentido de los ojos:
Mas no hay quien á sus iras se resista,
Que no venga á quedar con menos vista:
En fin, rayó el amor con mas violencia,
Obró mas donde halló mas resistencia.
Vi una tarde en el campo un forastero,
Habló amante, creíle lisonjero:
Creíle, mas loaba mi hermosura,
Que la lisonja tiene esa ventura.
Dejéle, despidióse, fuése luego,
Inquietóseme todo mi sosiego,
Y aunque estaban entonces divertidos,
Llamé á junta potencias y sentidos,
Y porque amor ganase la victoria,
La voluntad dispuso á la memoria:
Obró el discurso torpe, y poco atento,
La memoria engañó al entendimiento;
Los ojos, si no ciegos, suspendidos,
Se dejaron guiar de los oidos.
Díle entrada en mi casa con recato,
Ardió el amor, que le atizaba el trato;
Salimos á un jardin, él me rogaba,
Yo lloré, sin saber porqué lloraba:
Consolóme, admití grata el consuelo,
Y el temor le guardé para el recelo;
Con pasiones procuró convencerle:
Dijo... mas, tuve gana de creerle,
Y como fuentes, árboles y flores,
Apadrinan mejor al dios de amores,
Como la noche estaba tan oscura,
Cuanto despues lo ha estado mi ventura,
Dándome una palabra incierta y vana,
Que el deseo creyó de buena gana;
Sin rienda la pasion, que mi amor llama,
Ya sin temor la nave de mi fama
Sin móvil este cielo de mis ojos,
Ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
Me aparté de una fuente pura y fria,
Que por vecina murmurar podia.
Y al fin, señor, (¡oh, si para tal mengua
La voz se deslizára de la lengua!)
Y al fin, señor, (¡oh, si por mas enojos,
Se saliera mi ofensa por los ojos!)
Mas si digo, que dijo que me amaba,
Que amena soledad nos convidaba,
Que porque mi desdicha me convenza,
Le dió sombra la noche á mi vergüenza,
Que las flores mediaban mi cuidado;
¿Qué te cuento, si ya te lo he contado?
Fuese por una suerte desdichada,
En que fué mi fortuna interesada:
Supo mi padre tan preciso agravio,
Y el corazon se le negaba al labio:
Enterneció los montes y los vientos,
Murióse de llorar dos sentimientos;
Y en fin, oculta de él con tantos daños,
Viendo que se pasaban cuatro años,
En que por mitigar tantos enojos,
Regaba mi esperanza con mis ojos,
Viendo mi honor perdido,
Y juzgando que aquel, que me ha ofendido,
En Madrid disimula su cuidado,
Vine á Madrid, adonde no le he hallado;
Porque de su traicion he prevenido,
Que fingiéndome el nombre, me ha mentido:
Pero aunque mi discurso intentó sabio
No verte, por callarte aqueste agravio,
Hallo por mejor medio
Buscar en tus consejos el remedio;
Y así, si la amistad del padre mio,
Si mi delirio, acaso, ó desvarío,
Te obligan como noble, y como anciano,
Hoy me rindo al amparo de tu mano,
Y en tu casa, por ver mi fama honrada,
Ampara una muger tan desdichada;
No ande mi deshonor tan peregrino,
Porque ganes... (*Sale Beatriz.*)
Beat. Don Lope tu sobrino,
Todo el color turbado,
De algun riesgo su aliento embarazado,
Quiere hablarte.

D. Fern. Di que entre. Vos, señora,

(*Vase Beatriz.*)

Con mi hija estaréis oculta ahora,
Que yo os prometo, como caballero,
Mirar por vuestro honor.

Da. Ana. Así lo espero.

D. Fern. El mismo honor de vuestro padre es mio.

Da. Ana. Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

D. Fern. En mi fe no pongais vano recelo,
Entrad presto.

Da. Ana. Ya voy.

ESCENA XI.

DON FERNANDO Y DON LOPE, CON UN PAPEL.

D. Lope. Guárdeos el cielo.

D. Fern. ¿Qué es esto, amigo don Lope?
¿Qué turbaciones han sido
Las que atentamente cuerdo
En vuestro rostro averiguo?

D. Lope. ¿Mi sangre es vuestra?

D. Fern. Sí, Lope.

D. Lope. ¿No somos los dos amigos?

D. Fern. Y ese es para entre los dos
El parentesco mas fino.

D. Lope. ¿Me aconsejaréis?

D. Fern. Los viejos
No tenemos otro oficio.

D. Lope. ¿Estamos solos?

D. Fern. Sí estamos;
Ea, declaraos, sobrino.

D. Lope. Pues oid este papel.

D. Fern. Empezadle.

D. Lope. Ya le digo.

(*Lee.*) «Amigo don Lope, el hermano del « caballero á que disteis muerte en esta ciu- « dad, ha partido hoy á esa villa: yo no « sé lo que en ella intenta; solo sé, que á « mí me toca dar este aviso, y á vos el cui- « dado de tan grande enemigo.—Guárdeos « el cielo. — Búrgos.»

¿Habeis oido el papel?

D. Fern. Sí, don Lope, ya le he oido.

D. Lope. ¿Es grande el empeño?

D. Fern. Sí;
¿Pero decidme, sobrino,
Fué justa la muerte?

D. Lope. No.

D. Fern. ¿A quién matasteis? decidlo.

D. Lope. Di la muerte, sin querer,
Al mayor amigo mio.

D. Fern. ¿Cómo fué?

D. Lope. Para el remedio
Quiero decir el delito.
Por celebrar de Isabel
El fruto esperado opimo,
Primero boton del árbol
Del gran monarca Filipo,
Búrgos, esa gran ciudad,
Cuyos altos edificios
A vencer al sol gigante
Compiten consigo mismos,
Dispuso toros y fiestas
Al popular regocijo,
En su plaza, que en España
Es antiquísimo circo;
Y un caballero, que en ella
Era el mejor, ó el mas visto,
Muy galan sin presuncion,
Discreto sin artificio,
Muy airoso sin cuidado,
Sin ser prolijo muy limpio;
Y sobre todo, sin ser
Lisonjero, el mas bien quisto,
Me envió á llamar á esta corte,
Porque con mi lado quiso
Dar novedad á su patria,
Y á su intencion un amigo.
Obedecíle, y apenas
El aparato festivo
Del pimpollo Baltasar,
Disfraz vistoso corrimos,
Cuando despues que valiente,
Llevándome por padrino,
A la cerviz de seis fieras
Fijó penachos de pino,
Salímonos á pasear
Por el márgen cristalino
De Arlanzon, á cuyo espejo
El sol se estudia Narciso;
Y entre las muchas bellezas,
Que al prado ajado y marchito
Le hermosearon mas fragante,
O le hicieron mas florido,
Ví una belleza embozada,
Cuyos ojos fueron vistos,
Para el yerro de mi amor
Dos imanes atractivos;
Y escusando el referirte,
Por no usado, ó por prolijo,
Las antiguas novedades
Que usa amor en los principios,
Digo, que á su casa fuí,
Despues de algunos avisos,
Que me tuvieron de costa
Esperanzas y suspiros.
Llegué, y ví en ella una dama,
Tan bella...; mas si es preciso
Que mi honor dudoso busque
Las veredas y caminos,
No embaracemos mi labio

Y tu atencion al decirlos;
Que si de amor los efectos
Con los del honor unimos,
Se equivocarán de suerte,
Gloria y dolor respectivos,
Que ni unos serán de pena,
Ni otros servirán de alivio.
Dentro en su casa una noche,
Yo, y el dueño, que fué mio,
Con ruegos muy de la pena,
Con voces muy del oido,
Nos deciamos amores,
No hablados, y ya entendidos;
Cuando alborotó mi amor,
Que en efecto amor es niño,
Un golpe, que de una puerta
Rompió bisagras y quicios.
Mató mi dama una luz,
Entró un hombre, yo atrevido
Doy la defensa á la espada,
Y la indignacion al filo.
A oscuras, pues, me buscaba,
Y á oscuras le solicito,
Cuando á mis piés desangrado,
Por mi suerte ó su destino,
Cae mortal, y tan mortal
Le fingió la idea herido,
Que aun no le costó la muerte
La propiedad de un suspiro.
Saca la luz asustada
Mi dama, el suceso miro,
Y hallo que el que estaba muerto
(Aquí la memoria aflijo)
Era (¡qué grave dolor!),
Era aquel amigo mio
Por quien fuí á Búrgos, aquel,
Fernando, que he referido,
Que, como de mis deseos,
Fué dueño de mi albedrío.
Mas preguntarásme ahora,
¿Cómo siendo tan amigos,
Cómo paseando juntos,
Ambos á dos no supimos,
Ni él, que yo amaba á su hermana,
Ni yo el amor que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
Por enojos muy antiguos,
Apartada de su padre
Con recato y con retiro
En casa de una parienta,
Viéndose tan sola, quiso
Aventurar con su fama
La lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste;
Mi amor, ya le has entendido.
Fuíme, sin entender nadie
Ser dueño de este delito,
Porque tambien á mi dama
Hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado este amor,
Y llegando á lo preciso,
Sabe que el menor hermano
De este caballero mismo,
Habrá tres meses, y mas,
Que á Búrgos de Flandes vino;
Y aunque no sabe quien es
Su ofensor, he presumido
Que á Madrid viene á buscarme
Por sospecha, ó por indicio;
Y aunque á mi no me conoce,
Puesto que nunca me ha visto,
Al consejo de esas canas,
Prudente y osado aspiro:
Que viene á Madrid, es cierto;
Que ha de buscarme, imagino;
Huir de él, es cobardía;
Querer matarle, es delito;
No esperarle, es gran desdoro;
Solicitarle, es delirio;
Y así... A la puerta han llamado.

D. Fern. ¿Quién es? (*Sale Beatriz.*)

Beat. Albricias te pido:
El novio de ti esperado,
Mas galan que diez Narcisos,
Mas hueco que un guarda infante,
En este instante ha venido.

D. Fern. Pues á Ines llama, Beatriz,
Y abre de paso el postigo
De esa antesala, y harás
Que esté todo prevenido.

Beat. Voy al punto. (*Vase.*)

D. Lope. ¿Qué es aquesto?
¿Habeis casado, decidlo,
A doña Ines?

D. Fern. Sí, don Lope.

D. Lope. ¿Cómo, siendo deudo mio,
No me avisasteis?

D. Fern. Porque
Fué no avisaros preciso.

D. Lope. ¿Quién es?

D. Fern. Luego lo vereis.

D. Lope. ¡Qué desdicha! *ap.*

D. Fern. ¡Mortal vivo! *ap.*

D. Lope. ¡Yo sin Ines! *ap.*

D. Fern. ¡Vive Dios! *ap.*
Que don Juan es su enemigo.

D. Lope. Pero yo lo evitaré. *ap.*

D. Fern. Mas remediarlo imagino. *ap.*

ESCENA XII.

DICHOS Y DOÑA INES Y BEATRIZ POR UNA PUERTA, Y POR OTRA SANCHO, VESTIDO DE GALAN CON JOYAS, DON JUAN Y BERNARDO.

Beat. ¿Ea, no llegais, señor?

D. Juan. Ea, no llegueis tan tibio.
Da. Ines. Veré la muerte. *ap.*
Sancho. Allá voy.
D. Juan. Muerto vengo. *ap.*
D. Lope. Estoy perdido. *ap.*
D. Fern. Él llega. *ap.*
Da. Ines. Bien satisface *ap.*
Su talle á lo imaginado.
D. Fern. Seais, don Juan, bien llegado
A esta casa.
Sancho. Que me place.
D. Fern. Mucho de veros me alegro.
Sancho. Desgraciado vengo á ser : *ap.*
Antes de ver mi muger
Me han pegado con mi suegro.
D. Juan. No dirás cosa que importe. *ap.*
Sancho. Yo lo he de echar á perder. *ap.*
¿Decid, no podremos ver
Un poco de la consorte?
D. Fern. Es obligacion forzosa.
D. Juan. En lo que dices repara.
Da. Ines. ¡Qué talle! ¡qué mala cara!
D. Fern. Esta es, don Juan, vuestra es-
Sancho. A vuestra luz peregrina [posa.
Fallezca el alma envidiosa,
Que antes os juzgaba hermosa,
Y ahora os halla tan divina :
Sois de notable hermosura,
Y sois en fin (fuera miedos)
Mas de aquestos cuatro dedos
Mejor que vuestra pintura.
Dais quince á cuantas beldades
Intentan...
D. Juan. Necedad fué.
Sancho. Señora, en estando en pié
Diré dos mil necedades.
D. Fern. Sillas, ola.
Bern. Él ha empezado
Con lindo estilo, en efeto. (*Siéntanse.*)
Da. Ines. Por solo oiros discreto,
Procuro veros sentado.
D. Lope. De rabia y de enojo muero. *ap.*
¡Hay hombre mas desdichado!
D. Fern. El tal don Juan de Alvarado *ap.*
Parece gran majadero.
Da. Ines. ¿Decid, cómo habeis venido?
Sancho. Como quien os viene á ver,
Bueno : ¿mas quiero saber,
Qué tal os he parecido?
Da. Ines. ¡Que esto pregunte don Juan!
Vuestro mismo talle abona, [*ap.*
Que no habrá en Madrid persona
Que os compita en ser galan;
Porque vuestro talle, creo
Que es el mas raro que ví.
Sancho. Todos lo dicen así,
Y yo tambien me lo creo.
D. Lope. Pues saber tambien espero,
Pues lo mas preciso es,
¿Qué os parece doña Ines?
Sancho. ¿Quién es este caballero?
Da. Ines. Es mi primo, á quien estimo,
Y que es mi sangre atended.
Sancho. Conózcame vuesarced
Por su hermano, y menor primo.
D. Fern. Esto es lo mas importante,
Y aun no lo habeis respondido :
¿Ines qué os ha parecido?
Decidmelo.
Sancho. Lo bastante. (*Ríense.*)
¿Rien? ¿Qué, fué necedad?
Da. Ines. Yo he de perder el sentido.
Sancho. Por mi vida, ¿qué, que ha sido
Disparate la verdad?
D. Lope. Una ignorancia en rigor
De un novio, no hay que admirarse.
Sancho. Primo, para mí el casarse
Es la necedad mayor;
Que es muerte el casarse infiero;
Y así debeis de advertir,
Que se va un novio á morir,
Pues que le lloran primero.
Bern. Por una sospecha incierta

(*Llégase á don Juan.*)

Saber mi enojo intentó
Si él, ó su amo llamó
Esta noche á aquesta puerta,
Porque le he desafiado,
Y quiero que sepa, que
Cuerpo á cuerpo le diré
Lo que allá verá en el Prado.
D. Juan. El criado es, vive Dios, *ap.*
Que anoche en la calle estaba,
Y el que á su amo esperaba
Cuando llegamos los dos.
Bern. Y para tan grande empeño,
Que he de castigarle digo.
D. Juan. Hidalgo, no habla conmigo.
Este sin duda es su dueño. *ap.*
Bern. La voz, el aire y el talle
Todo junto me engañó.
D. Juan. Y el que á deshora bajó *ap.*
Desde el balcon á la calle.
Bern. ¿De qué sirve hacer estremos,
Pues lo niega?
D. Juan. ¡Hay tal dolor! *ap.*
¡Hay mas infeliz amor!
Sospechas, averigüemos.
D. Fern. Decid.
Sancho. Saber he querido,
Supuesto que ya he llegado,
Si es la novia de contado,
Y el dote de prometido.
D. Fern. Vos habeis hecho un reparo,
Que parece desvarío;

Esto es presto.
Sancho. Señor mio,
Cuanto mas yerno mas claro.
D. Lope. Como habeis sido soldado,
Os preciais de desparcido.
Sancho. No tengo mas que haber sido,
Que ser don Juan de Alvarado.
D. Lope. Don Juan de Alvarado dijo, *ap.*
O el oido me engañó;
Y pues de Búrgos llegó,
Que es el hermano colijo
De don Diego, aquesto es cierto,
A quien yo la muerte dí.
¿Vos no sois de Búrgos?
Sancho. Sí.
D. Lope. ¿Teneis otro hermano?
Sancho. Es muerto;
Que le dieron muerte fiera,
No por valor, sí por suerte.
D. Lope. ¿Y sabeis quién le dió muerte?
D. Juan. Si mi dueño lo supiera,
Sangriento en airados lazos,
Porque su ofensa vengára,
¿Del pecho no le arrancára
El corazon á pedazos?
Y cuando á su muerte aspira,
¿Tuviera en otra balanza
Vida para su venganza,
Ni objeto para su ira?
Porque si de ser cruel
Se redujera templado,
Yo que nací su criado
Le diera muerte por él.
D. Lope. ¿Y á vos, quién os mete aquí
En hablar, ni responder?
Sancho. Téngole dado poder
Para enojarse por mí.
D. Lope. ¿De haberme así replicado,
Decid, cuál la causa fué?
D. Juan. Perdonad, que me llevé
Del afecto de criado.
D. Fern. De ordinario afecto pasa
Enojo tan desigual.
D. Juan. Soy criado.
D. Lope. Y muy leal.
Sancho. Sancho se ha criado en casa,
Como á hermano le he tenido,
Y que es bizarro advertid.
Da. Ines. Señor don Juan...
Sancho. ¿Qué? Decid.
Da. Ines. Buen criado habeis traido.
Sancho. Supuesto que á escuchar llego
Que le diabas sin compas,
No he de ponérmele mas;
Servíos con él desde luego.
Bern. Ser quiero su amigo fiel.
D. Juan. Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?
Bern. Yo, Bernardo.
D. Juan. ¡Viven los cielos, que es él! *ap.*
D. Fern. ¿Ea, qué es lo que aguardamos?
Da. Ines. ¡Qué es, cielos, lo que me pasa! *ap.*
D. Fern. Venid, vereis vuestra casa.
Sancho. Vamos, Ines.
Da. Ines. Don Juan, vamos.
D. Juan. Pues esta fortuna sigo, *ap.*
Zelos, sufrir y callar.
D. Lope. ¡Que se viniese á casar *ap.*
Con mi dama mi enemigo!
D. Fern. ¡Hay duda y pena mayor! *ap.*
¡El hijo que yo he elegido,
Ignorante y ofendido,
Y mi sangre el ofensor!
Da. Ines. ¡Que mi estrella en este empe-
Dueño me haya señalado, [ño *ap.*
Tan malo, que aun el criado
Es mucho mejor que el dueño!
Sancho. ¡Que tenga yo dama honrada, *ap.*
Ave de gusto y primor,
Y me parezca mejor
La vaca de la criada!
D. Juan. ¡Que mi mal sin esperanza, *ap.*
Halle, para mas dolor,
Recelos en el amor,
Y dudas en la venganza!
D. Lope. ¡Que para tantos desvelos *ap.*
Haya, en igual recompensa,
De callar aquí una ofensa,
Y sufrir aquí unos zelos!
D. Fern. ¿Pues, penas, cómo mas bien
He de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
Y el que la ofendió tambien.
D. Juan. Pero ya preciso es *ap.*
Dar mi silencio á mi labio.
D. Lope. Pero cauteloso y sabio *ap.*
Pienso pretender á Ines.
D. Fern. Pues fuerza es que medio halle
Para poderlo atajar. [*ap.*
Da. Ines. Pero no me he de casar *ap.*
Con hombre de tan mal talle.
Sancho. Pero vivir regalado *ap.*
Me ha de sacar de este susto.
D. Fern. Mas mal me ha de andar el gus-
O he de apurar al criado. [to, *ap.*
D. Juan. Pues ea, indicios, callar. *ap.*
D. Lope. Ea, intentos, proseguir. *ap.*
D. Fern. Ea, cuidados, á morir. *ap.*
Da. Ines. Afectos, á adivinar. *ap.*
D. Juan. Y que halle, quieran los cielos,
Mi dilatada esperanza, [*ap.*
El camino á mi venganza,
Y el desengaño á mis zelos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE Y BERNARDO.

D. Lope. ¿En fin, no quieres dejarme?
Bern. Contradecirte me pesa;
Pero en los juegos de amor,
Para que mejor lo sepas,
Aciertan mas los que miran,
Que aquellos propios que juegan.
D. Lope. Yo he de entrar á hablar á Ines.
Bern. Mira lo que haces.
D. Lope. No quieras
Apagar con tus consejos
De mis pasiones el Etna;
Permite que al labio salga
Esta calentura lenta,
Que es sanidad en el labio,
Lo que en el pecho es dolencia.
Bern. Si ha de casarse mañana
Doña Ines, ¿no consideras
Que con decirle tu amor,
Siendo Ines cuerda y honesta,
Si no aprovechas la voz,
Que echas á perder la queja?
Acostúmbrate á sufrir;
Un mal á otro mal suceda,
Amortigüe á ese dolor
Tu recato y tu prudencia:
Pon de tu parte el silencio;
Que callando, aunque mas sientas,
En breve tiempo estarás
Bien hallado con tus penas.
D. Lope. Ya solo en mi voz mi mal,
Si hay alivio, alivio espera:
Con fuego de amor ayer,
Con ser fuego sin materia,
Ardí buscando la llama,
Y teniéndola encubierta;
Pues si porque sufra mas,
O para que mas padezca,
Zelos hoy han avivado
De mi incendio esta violencia;
Y si con solo mi amor
Ardí con llama violenta,
Hoy que á este amor se le añaden
De mis zelos las sospechas;
¿Cómo quieres que mas sufra,
Cuando es fuerza que mas sienta?
Bern. ¿Y dime, señor, es justo
Que tercera vez ofendas
A don Juan, cuando le debes
Satisfacer dos ofensas?
A su hermano diste muerte,
Y á su hermana noble y bella
Burlaste fingiendo el nombre:
Aunque en hombre de tus prendas
Viene á ser mayor traicion
Saber fingir las finezas;
Y hoy tercera vez procura
Con ruegos tu inadvertencia,
Que elija ser prenda tuya
La que serlo suya espera.
D. Lope. Yo no le ofendí, sabiendo
Quien era el que ofendo; y deja
Los consejos, pues que has visto
Tan incapaz mi prudencia.
Bern. Ea, pues, obra, señor,
Si sacar el premio esperas
De tus deseos, conforme
Al influjo de tu estrella.
D. Lope. Hasta la propia antesala
Hemos entrado, y quisiera
Hablar á Beatriz.
Bern. Agora
Por otra sala atraviesa.
Ah, Beatriz.
D. Lope. Ah, Beatricilla.

ESCENA II.

DICHOS Y BEATRIZ.

Beat. ¿Quién llama? ¿Quién me cecea?
D. Lope. Yo soy.
Beat. ¿Es don Lope?
D. Lope. Sí.
Beat. Abrázame antes que venga
Mi señora.
D. Lope. ¿Qué hay de nuevo?
Beat. Téngote famosas nuevas.
D. Lope. Dilas.
Beat. Entra mas adentro,
Que no quiero que nos vean
Hablar los demas criados
Que esa antesala pasean.
Mi señora...
D. Lope. Dilo presto.
Beat. Aborrece con tal fuerza
A este don Juan, que esta tarde
La he tenido casi muerta.
Tanto llanto dió al dolor
En dos cristalinas hebras,
Que recoger perlas quise,
Por darte un tesoro en ellas.
Pero iman rojo su labio,
Las atrajo de manera,
Que pespuntó sus corales
Con guarnicion de sus perlas.
D. Lope. ¿Dónde está?
Beat. Ya se ha vestido.
D. Lope. ¿Don Juan qué hace?
Beat. La gran bestia

Duerme.
D. Lope. ¿Tan tarde?
Beat. Tan tarde;
Y es su dormir de manera
Que ya debe de pensar
Que se ha casado con ella.
D. Lope. ¿Ines, di, se ha desvelado?
Beat. Como si tuviera deudas.
D. Lope. ¿Podré hablarla?
Beat. Si podrás;
Pero de tal modo sea,
Que no sepa... Pero ya
Sale á esta sala, y es fuerza
Que me vaya: yo te dejo
Donde aprovecharte puedas
De tu prosa: dila aquello
De mi ángel, mi bien, mi estrella;
Promete como persona
Que no ha de dar; mete arenga:
Dila que eres infelice,
Que tienes infausta estrella;
Que de piedad puede ser
Que te escuche, y se enternezca;
Y si pudieres echar,
Aunque mas por fuerza sea,
Un lagrimon, será cosa
Para enternecer las peñas.
D. Lope. Pues toma...

(*Dale un bolsillo.*)

Beat. No hay que tratar...
D. Lope. Este bolsillo.
Beat. Eso fuera
Por pagarme la amistad,
Querer que yo... pero venga.
D. Lope. Mira que llega tu ama.
Beat. Pues venga el bolsillo. Llega,
Y créeme que le tomo
Por no parecer grosera. (*Vase.*)
D. Lope. Vete tú.
Bern. ¿Dónde?
D. Lope. A la calle.
Bern. ¿Te he de aguardar?
D. Lope. Vete apriesa.
Bern. Mira que...
D. Lope. No me repliques.
Bern. Tu precepto es mi obediencia.

(*Vase.*)

ESCENA III.

DON LOPE Y DOÑA INES. APÁRTASE DON LOPE.

Da. Ines. Como jamas he cursado
De los males en la escuela,
Nunca supe que cabian
En un dolor tantas penas.
Tres afectos, tres cuidados,
Tres tormentos, tres violencias
Del castillo de mi amor
Sitiaron la fortaleza:
Dos sujetos aborrezco,
Y uno adoro con tal fuerza,
Que aunque quisiera querer
Lo que aborrezco, y quisiera
Aborrecer lo que adoro,
Tal mi idea está suspensa,
Que no sé si el odio estime,
O si el amor aborrezca.
Don Juan (hable mi dolor)
Para ser dueño le espera
De mi albedrío; don Lope
Mi fama y mi honor molesta;
Ambos de mi amor son iras,
Ambos de mi enojo señas;
Y al que en el alma se ha entrado,
No sé por cuál de sus puertas,
Procuro echarle del alma,
Y no es posible que pueda.
Yo quiero bien, mas no quiero,
(¡O cielos, y quién pudiera
Hacer que aquesta verdad
Se quedára en ser sospecha!)
A un hombre tan desigual,
Y de tan humildes prendas,
Que es bajeza de mi sangre;
Mas no pienso que es bajeza,
Que aunque es verdad que el amor
De igualdades se contenta,
Bien puedo yo querer bien
A otro que mi igual no sea;
Que no es fino amor, amor
Que se funda en conveniencias.
Sirvanos de ejemplo el sol,
A quien Clicie galantea,
Pues le espera á que despunte,
Y con ser Clicie flor reina,
Por requebrar á la rosa,
La olvida el sol, y la deja,
Y con ser la rosa fértil,
Parto inútil de la tierra,
Que entre raices y espinas
Tuvo su naturaleza,
Mejor que á la reina Clicie,
La regala y la requiebra.
Pues si el planeta mayor
Es quien nos da su influencia,
¿Porqué no ha de hacer el hombre
Lo que influye su planeta?
Olmo, monarca del prado,
A quien las flores cortejan,
Se deja amorosamente
Solicitar de la hiedra;
Ella humilde se conoce,
Primero los piés le besa,

Y como se muestra amante,
A enlazar sus brazos trepa,
Hasta que iguales los dos,
Son dos almas y una mesma,
Pues ella al olmo asegura,
Y él á la hiedra sustenta;
Pues si con ser estas almas
Vegetativas, enseñan
A amar, ¿porqué no han de amar
A su imitacion las nuestras?
Yo aborrezco; mas mi voz
Salga en quejas á la lengua,
Que no es bien, donde hay amor,
Que mis iras se diviertan.
Yo aborrezco, ya lo digo,
Pero no habrá quien lo entienda,
Que la voz de mis suspiros
Enciende; pero no enseña.
A don Lope es á quien digo,
Que aborrezco con tal fuerza,
Que pienso... ¿Quién está aquí?
D. Lope. Un desdichado, que llega
A coger en desengaños,
Lo que ha sembrado en finezas:
Una mariposa soy,
Tan desalumbrada y ciega,
Que solicito la llama
Para fallecer en ella;
Y un infeliz, á quien hacen
Infeliz sus resistencias,
Pues si de tu voz no he muerto,
No moriré de mi pena;
Pero aunque ingrata á mi amor,
Desconocida á mi queja,
Desprecias las ansias mias,
Mas de vana, que de atenta,
Te he de avisar, que aunque ahora
Me rindes, y me sujetas...
Da. Ines. No prosigas en matarme.
D. Lope. No es valor, sino destreza:
Mis afectos...
Da. Ines. No los hables.
D. Lope. Mis iras...
Da. Ines. No las adviertas.
D. Lope. Sí, te las he de advertir:
Que es gran crueldad que pretendas
Que mi mal no tenga alivio
En referirlo siquiera.
Yo no te puedo olvidar,
Doña Ines, yo me hago fuerza
A olvidarte, y es querer
Del sol vencer la carrera;
Yo á tus favores aspiro,
Y sacrificar quisiera,
Al templo de tu rigor,
Toda una alma por ofrenda.
¿A un hombre ignorante admites
Indigno de tus finezas,
Y á quien supo conocerte,
Pues te adora, le desdeñas?
Da. Ines. Vete, don Lope, no intentes,
Que irritada, ó que grosera...
D. Lope. Ya estoy hecho á tus rigores,
Ya no hay mas con que me ofendas,
Que criado en el veneno
Del desden, él me alimenta;
Mas ya que el último plazo
A mis desdichas se acerca,
Oye mi mal, que si le oyes
Como él es, ha de ser fuerza
Que á premiarle y admitirle,
Si no te obliga, te muevas,
Y que le has de premiarle.
Da. Ines. Suspended iras y quejas,
Y esa amorosa locura
Hácia el pecho retroceda.
Miente vuestro labio infame;
Y el sol, que luces dispensa,
A decirlo con los rayos
De su luz tambien mintiera.
¿Yo, si os escucho, premiaros?
Mas fácil es que se crea
Que el dios que el mar bruto rige
Del ábrego á la violencia,
Roto el alacran de espuma
Perdió las azules riendas,
Que imagines que en mí puede
Haber sombra ó apariencia
De aficion, sin que mi enojo
No la apure ó la resuelva.
Con una dama, que en Búrgos,
Confiadamente necia,
Os quiso, podeis gastar
Esa fingida terneza:
Y vuestra amante pasion
Se corrija mas discreta,
Y en la cárcel del silencio,
Sea su alcaide la modestia;
Y sino, viven mis iras...
(Mas no viven, que están muertas,
Puesto que no me he vengado
Con solo el incendio de ellas)
Que os haga, sí, vive Dios,
Mas átomos que hay estrellas,
Hijas del sol, y en el mar
Disimuladas arenas;
Porque así...

ESCENA IV.

DICHOS Y BEATRIZ.

Beat. ¡Buena la hicimos!
Tu padre salió á esa pieza,
Don Juan se ha vestido ya,
Sancho ese cuarto atraviesa,
Y como voces has dado,

Te buscan.
Da. Ines. Pues, Beatriz, lleva
A don Lope á esa antesala.
Beat. Verálo Sancho.
Da. Ines. Pues sea
Por esta pieza.
Beat. Don Juan
Te anda buscando por ella.
Da. Ines. Pues véanle, que no importa,
Si es mi primo.
Beat. Aunque lo sea,
Que siendo tan de mañana,
No es hora de primos esta.
Da. Ines. Ea, Beatriz, ¿no lo escondes?
Beat. Mira que has de dar sospecha
De lo que no ha sido culpa;
Presto, señora, que llegan.
Da. Ines. Pues escóndele en mi cuarto.
D. Lope. Porque tu opinion no pierdas,
Me escondo.
Beat. No estés aquí;
Mas adentro hay donde puedas
Estar mas seguro: tú

(*Escóndese en otra cuadra.*)

Riñeme, para que entiendan
Que era conmigo el enojo.
Da. Ines. Si por mi padre no fuera,
Te diera el justo castigo
Que pide tu inadvertencia.
Don Juan ha de ser mi esposo,
Y quien atrevida intenta
Decir que es un ignorante,
Desairado y necio, crea...

ESCENA V.

DICHAS, SANCHO, DON JUAN Y DON FERNANDO.

Da. Ines. ...Que me ofende; y dado caso
Que estos defectos padezca,
Si á mí me parece bien,
Poco importa que los tenga.
Sancho. Dice muy bien doña Ines;
Bruta, insulsa, majadera,
¿Tan mal os he parecido?
¿Decid, bergante, estas piernas
Pueden ser mas bien sacadas?
¿No soy ancho de hombros? Puerca,
¿Mi cara haránla mejor
Aunque la hiciesen de cera?
Holgára haberme casado
Para daros una vuelta
De podenco.
Beat. Siendo suya,
Ser de podenco era fuerza.
D. Fern. Ines, ¿y por eso dabas
Esas voces?
Sancho. Sí, estas eran.
Beat. Ya salimos de este empeño, *ap.*
Aunque tan caro me cuesta.
D. Fern. Por solo hablar á doña Ana, *ap.*
Ir á este cuarto quisiera,
Adonde está recogida;
Pero hay riesgo en que la vea
Y la conozca don Juan.
Voime con vuestra licencia,
Que tengo que hacer.
Sancho. A Dios.
D. Fern. Don Juan tiene dos ofensas, *ap.*
La una de sangre, y la otra
De honor; pues siendo tan ciertas,
No será justo que yo
Le dé á Ines, mientras no venga
Su deshonor, y deshace
El duelo de dos afrentas.
A buscar voy á don Lope,
Porque en estas diferencias
He de juntar á los dos;
Que aunque es verdad que se arriesga
Una vida, no es razon
Que mi honor por eso pierda;
Pues veamos (¡o cuidados!)
Si en tan rigorosa empresa,
O la espada los ajusta,
O el consejo los concierta.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS DON FERNANDO.

Da. Ines. ¡Que repetido en desvelos *ap.*
Crezca inmortal este ardor!
D. Juan. ¡Que embarace yo mi amor *ap.*
Por un indicio de zelos!
Da. Ines. ¡Que esté mi dolor tan loco! *ap.*
D. Juan. ¡Que esté tan cuerda mi pena! [*ap.*
Sancho. ¡Que hubiese anoche tal cena,
Y cenase yo tan poco! [*ap.*
Da. Ines. Pues cese aquesta locura. *ap.*
D. Juan. Pues este recelo pase. *ap.*
Sancho. ¡Que mi amo me mandase *ap.*
Que cenase con cordura!
Da. Ines. Mas no cesen mis pasiones. *ap.*
D. Juan. Mas vuelva esta llama á arder. [*ap.*
Sancho. Mas por Dios que he de saber *ap.*
Si hay en Madrid bodegones.
Beat. ¿Cómo he de sacar ahora *ap.*
A este galan escondido?
Sancho. Mas vuélvome á ser marido. *ap.*
¿Queréisme mucho, señora? [*ap.*
Da. Ines. ¿Que esto mi desdicha espera?
D. Juan. Cuidados, no receleis. *ap.*
Sancho. ¿No direis si me quereis?
Acabad.

Da. Ines. De esta manera.
Antes que os viese, señor,
Mi desprecio y mi osadía,
Lo que era desden sabia,
Y ahora lo que es amor:
Mas vivo con un dolor,
Que aunque sé que me adorais,
Me pesa cuando premiais
Este amor que ardiente veis,
Pues no le remediaréis
Con ser vos quien le causais.
Amando suspiro, y lloro
Con lágrimas de deseo,

(*Mirando á don Juan.*)

Cuando viéndoos á vos, veo
El dulce dueño que adoro;
Y á no ser por mi decoro,
Arrojada, vive Dios,
Porque se viera en los dos,
Mostrára mortal mi herida,
Pues por vos gozo mi vida,
Siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
Es mi amor, por ser tan raro,
Que cuando mas lo declaro
Es cuando menos lo digo.
Si le hablo no le mitigo;
Y si procuro fingirle,
Es castigarme en sufrirle:
Y así tengo al conservarle,
Mucho fuego en ocultarle,
Y poco alivio en decirle.
Sancho. Con grande resolucion *ap.*
Su amor me ha dado á entender.
¡Cosa que aquesta muger
Me haya cobrado aficion!
Pues no perder ocasion
Es justo, que si su estrella
Su inclinacion atropella,
Dos cosas habré logrado,
La una, hacer como criado,
La otra, alzarme con ella.
Tanto á quereros me obligo
Desde el instante que os ví...
Sancho, responded por mí,
Que no sé lo que me digo.
D. Juan. Yo, señor...
Sancho. ¿No sois testigo
De lo mucho que la quiero?
Pues responded, majadero.
D. Juan. ¿Pues yo sé vuestro cuidado?
Sancho. Haced lo que os he mandado,
Pues me costais mi dinero.
D. Juan. Estas finezas serán
Sin alma.
Sancho. Sean.
D. Juan. ¿Qué intenta?
Sancho. Haced este rato cuenta
Que soy Sancho, y vos don Juan.
Así este rato hablarán, *ap.*
Que yo lo he dispuesto así.
D. Juan. Como lo consienta aquí
Doña Ines, servirte intento.
Da. Ines. Si es por mí, yo lo consiento.
D. Juan. Pues ya empiezo.
Sancho. Vaya.
Da. Ines. Di.
D. Juan. Yo, con tan finos desvelos
Os quiero, y con tanto ardor,
Que para decir mi amor,
Os digo que tengo zelos:
Primero fueron recelos;
Pero hoy tan confuso estoy,
Que cuando á deciros voy
Quien soy, tal me llego á ver,
Que por ser el que he de ser,
No soy con vos el que soy.
Con discurso desigual
Habeis llegado á argüir,
Que en no poderle decir
Se hace mayor vuéstro mal;
Pero está mi pena tal,
Como es zeloso mi amor,
Que al declarar el rigor
De mis pasiones veloces,
Cuanto mas le digo á voces,
Se hace mi incendio mayor.
Da. Ines. ¿Luego si yo le he callado,
Mayor mal vengo á sentir?
D. Juan. No, que el mio ha de morir;
Mas cuanto mas declarado,
Mas fuego en decirle he hallado.
Da. Ines. Yo en no decirle un rigor.
D. Juan. Yo con hacerle mayor,
Ya á decirlo me sentencio.
Da. Ines. Pues mi mal en mi silencio
Tiene todo su dolor.
D. Juan. Luego el alivio has hallado
En callarle, y reprimirle,
Y yo el dolor en decirle,
Cuando no ha de ser premiado.
Da. Ines. ¿Cuándo un amor no ha penado
Mas, cuando se ha de ocultar?
D. Juan. Y en llegarle á declarar,
¿Qué gloria habrá sin premiarle?
Da. Ines. ¿No es mucho peor callarle
Sin poderle remediar?
D. Juan. No es mal fuerte y desigual,
Mal que puede reprimirse.
Da. Ines. Ni mal que puede decirse
Tampoco es muy grande mal.
D. Juan. Pero de estos males, ¿cuál
Es fuerza que mas apure?
Da. Ines. Aquel que la voz procure;
Que es mayor mi mal contemplo.

D. Juan. Asegúrelo este ejemplo.
Da. Ines. Este ejemplo lo asegure.
D. Juan. El que oculta un accidente,
O ya de honor, ó de afrenta,
Le llora, cuando le cuenta;
Y calla, cuando le siente;
Y es, que entonces mas ardiente
Se remueve aquel ardor;
Si calla, cesa el dolor:
Luego has esperimentado
Que se hace menor callado,
Y hablado se hace mayor.
Da. Ines. Dices bien, pero imagina
Para hacer concepto igual,
Que cuando se cura un mal,
Duele mas la medicina.
Esperiencia peregrina
En este ejemplo hallarás,
Pues cuando sintiendo estás
Con voces tu mal veloz,
Es que le cura la voz,
Y por eso duele mas.
D. Juan. Tambien lo contrario infiere,
Que cuando los males duran,
Por mitigarlos, procuran
Que calle el que los refiere.
Da. Ines. No quien tu discurso oyere
Mis obediencias desdore,
Que tambien (porque no ignore
Tu discurso mi opinion)
A quien duele el corazon,
Le piden que hable y que llore.
D. Juan. Pues, doña Ines, si es así,
Callar quiero mi pasion.
Da. Ines. No, mejor es tu opinion:
Yo he de hablar mi mal aquí.
D. Juan. ¿Pues merezco tu amor?
Da. Ines. Sí.
D. Juan. ¡Qué gloria!
Da. Ines. Hoy te premiarán
Mis finezas.
D. Juan. ¿Y serán
Constantes?
Da. Ines. Amor es dios.
Sancho. Mucho se huelgan los dos; *ap.*
Yo me vuelvo á ser don Juan.
Da. Ines. La calentura de amor *ap.*
Se salió á mi labio ya.
D. Juan. ¡Del mar del amor, qué presto
Cesó la tranquilidad! [*ap.*
Sancho. O mal me anda el discursillo, *ap.*
O soy diez tontos, y aun mas,
O Ines me ha dicho su amor
En cabeza de don Juan;
Si ella piensa que es criado,
Y yo el dueño, claro está
Que por mí lo ha dicho: ello es,
Que este huevo quiere sal.
¿Ois? idos allá fuera.
D. Juan. ¿Sancho á solas qué querrá?
Beat. Ya te obedezco, señor: [*ap.*
No será posible echar
A don Lope ahora. (*Vase.*)
D. Juan. ¿Sancho *ap.*
Con doña Ines, qué querrá?
Sancho. ¿No os vais?
D. Juan. Ya me voy, señor.
Desde aquí quiero escuchar *ap.*
Lo que dice.

ESCENA VII.

DOÑA INES Y SANCHO.

Sancho. Ahora bien, *ap.*
Yo me quiero desasnar,
Que no han de ser vizcainas
Las novias. Si Dios me da
Una muger, que me diga
Su amor tan de par en par,
Perderlo por mi señor
Es muy grande necedad.
Dulce dueño de mis ojos,
¿Podrá un marido gozar
Un poquillo de la fruta,
Que cria el árbol nupcial?
Da. Ines. ¡Esto le faltaba ahora *ap.*
A mi dolor que llorar!
¡Que no le haga mil pedazos!
Sancho. Ella se quiere llegar, *ap.*
Y de puro vergonzosa
La vuelve el respeto atras.
D. Juan. Vive el cielo, que si llega...
Sancho. Si os dejais comunicar,
Vereis mas suave un alma,
Que la holanda y el cambray:
Sabed, que un marido en cierne
Bien puede ser manual.
Da. Ines. ¡Que sufra esto y no le mate! *ap.*
D. Juan. ¡Que no le salga á matar!
¡Hay tal bestia!
Da. Ines. Vive el cielo...
Sancho. Que hace de querer llegar, *ap.*
Y el honorcillo la tiene
Si caerá ó no caerá;
Mas yo he de ser el que embista,
Péscola la mano, y zas.

(*Vuelve la cara, cógela la mano y bésala.*)

Da. Ines. ¿Cómo, villano atrevido,
Te arrojas á profanar
En el templo de mi fama
El honor, que es su deidad?
¿Cómo?...
Sancho. Detened, señora.
Da. Ines. ¿O mi enojo, ó mi crueldad

No te hacen dos mil pedazos?
Sancho. ¿Dos mil pedazos no mas?
Da. Ines. A no ser porque mis ojos
Se sabrán de si vengar,
No en lluvias de aljófar puro,
Sino en fuentes de coral...
Pero, iras, ¿de qué servis? *ap.*
Cese vuestra actividad,
Que no es bastante una queja
Para aplacar todo un mal;
Y si don Juan ha de ser
Dueño de mi voluntad,
Iras, temed y morid,
Penas, sufrid y callad.
Sancho. Yo puedo hacer de mi mano
Un sayo, y aun un gaban.

ESCENA VIII.

SANCHO Y DON JUAN.

D. Juan. Pícaro, viven los cielos,
Que ahora me has de pagar (*Dale.*)
Lo que has hecho.
Sancho. ¿Yo qué hice?
D. Juan. Besar su mano.
Sancho. No tal.
La mano me besó á mí.
D. Juan. De este modo pagarás (*Dale.*)
Tu deslealtad.
Sancho. Pues, señor,
¿En qué he sido desleal?
¿He de perder, si me quiere,
Por ti mi comodidad?
D. Juan. Vive Dios... (*Dale.*)
Sancho. Tente, señor,
No te precipites mas.

ESCENA IX.

DICHOS Y DOÑA INES. PÉGALE SANCHO A DON JUAN.

Da. Ines. ¿Qué es esto?
Sancho. Aqueste tacaño,
Descarado ganapan,
No ha de estar una hora en casa:
Aun he de pegarle mas. (*Dale.*)
Da. Ines. Advertid que es buen criado.
Sancho. Doña Ines, entraos á hilar,
Que es oficio de mugeres,
Y dejadme castigar
Mis criados. Toma, puerco. (*Dale.*)
Da. Ines. Señor, mirad...
Sancho. Bueno va:
Ea, pícaro, espulsion,
Idos de mi casa: ¿hay tal?
Da. Ines. Señor don Juan, si mi ruego
Halla en vuestro amor lugar...
Sancho. ¿Qué es lo que mandais, señora?
Da. Ines. ¿Qué? que no le despidais.
Sancho. Agradecedlo á mi esposa,
Que á no mandármelo, ya
Os habia de poner
Como á un san Sebastian.
Grosero, belitre, ruin,
Hombrecillo, tal por cual,
Noramala para vos,
¿Mi esposa os parece mal?
Pues, bergante, yo os prometo,
Que os la he de hacer descalzar.
¡Oh, si pudiera un criado, *ap.*
Para poder descansar,
Sacudir de cuando en cuando
A su dueño el balandran!

ESCENA X.

DON JUAN Y DOÑA INES.

Da. Ines. ¡Que esto escuche! *ap.*
D. Juan. ¡Que esto sufra! *ap.*
Da. Ines. ¡Si esto que dice es verdad! *ap.*
¡Si me aborrece!
D. Juan. ¿Qué espero? *ap.*
Yo me quiero declarar.
Da. Ines. Pues torne otra vez mi pena
Su llama á disimular. [*ap.*
D. Juan. Pero averiguar mi indicio *ap.*
Es medio mas eficaz.
Da. Ines. Y ahora dar lugar es fuerza *ap.*
Para que pueda sacar
Beatriz á don Lope, pues
Oculto en mi cuarto está.
D. Juan. Esto ha de ser. *ap.*
Da. Ines. Esto sea. *ap.*
¿Ois, Sancho?
D. Juan. ¿Qué mandais?
Da. Ines. Advertid...¡Estoy confusa! *ap.*
D. Juan. ¿Qué decis?¡Estoy mortal! *ap.*
Da. Ines. Que cuando dije... ¡Ay que
Que reviente este volcan [temo *ap.*
De mi fuego, si mi voz
Hace á la llama lugar!
D. Juan. Ea, declaraos, señora.
Da. Ines. A poderme declarar,
Yo dijera...
D. Juan. ¿Qué decis?
Da. Ines. Que aunque oisteis...
D. Juan. Acabad.
¡Que estando yo tan cobarde, *ap.*
Esfuerce á quien no lo está!
Da. Ines. Que aunque os dije que os
Era porque erais don Juan. [adoro,
D. Juan. Pues mi pena y mi deseo
Es porque á don Juan querais.
Da. Ines. ¿Lo deseais?
D. Juan. Fuera mi gloria.
Da. Ines. No me tiene voluntad. *ap.*
¿Eso es cierto?

D. Juan. Y es tan cierto,
Que todo mi honor está
En que á don Juan estimeis.
Da. Ines. ¿Luego no os asegurais
Que le adoro?
D. Juan. Estoy dudoso.
Da. Ines. Pues no lo esteis, y pensad...
D. Juan. ¿Qué?
Da. Ines. Que á don Juan solo quiero.
D. Juan. Plegue á Dios que sea verdad.

ESCENA XI.

Cuarto de doña Ana.

DOÑA ANA.

Despues que ayer don Fernando
Me dió este cuarto, y despues
Que estuve con doña Ines
Mi pena y mi mal templando;
Y despues que por mí ayer
Lloró en líquidos cristales,
Porque obligan mas los males
Cuando son de una muger;
Estoy con grande cuidado
De ver que tan tarde es,
Y ni llama doña Ines,
Ni su padre me ha avisado;
Y en esta cuadra he sentido
De Ines, á lo que yo infiero,
Airadas voces primero,
Y despues confuso ruido.
¡Que este continuo anhelar
Mi amor y mi honor moleste!
El cuarto de Ines es este;
Entrarla quiero á buscar,
Para avisarla tambien
Que irme de su casa trato,
Pues cuanto mas me recato,
Mas lejos estoy del bien;
Porque si vengo á buscar
A un hombre que me ha agraviado,
¿Cómo en un cuarto cerrado
Mi cuidado le ha de hallar?
Y mas cuando ha presumido
Discursivo mi temor,
Que quien me fingió el amor
El nombre me habrá fingido;
Y pues no he creido el nombre,
Sepa Ines este deseo...
Mas por las espaldas veo
Dentro de su cuarto un hombre;
Yo me quiero volver pues:
Mas pienso que me ha sentido.

ESCENA XII.

DOÑA ANA Y DON LOPE.

D. Lope. Hácia aqui he escuchado el
Vive Dios, que es doña Ines. [ruido:
Da. Ana. ¡No me vió el rostro, que fuera
Muy posible que importára!
D. Lope. ¿Ines?
Da. Ana. Yo cierro.
D. Lope. Repara;
No cierres, aguarda, espera;
Ya vengo determinado;
No pienses que has de cerrar.
Vive Dios, que has de escuchar,
Puesto que yo te he escuchado:
Mi pena en este rigor
Ya no puede estar mas muerta,
Que no es la primera puerta
Que le has cerrado á mi amor;
Mas por si llegan á ser
Zelos los que me pediste,
De la dama que dijiste
Te quiero satisfacer.
Si tu padre te ha casado,
Mi amor quiere mi desvío,
Pues nunca al desvelo mio
Costó su amor un cuidado.
En Búrgos la hablé, y la ví,
Y aun la llegué á merecer;
¿Mas cómo puedo querer
A quien el nombre fingí?
Basten estos desengaños,
Si zelos tu enojo han sido,
Que á nadie se le han pedido
Zelos de amor de seis años.
Tu discurso apresurado
A tu pasion atropella,
Pues solo me acuerdo de ella,
Porque me la has acordado.
La satisfaccion te doy,
Paga el premio de mi fe,
Pues ni la he visto, ni sé
En qué parte está.
Da. Ana. Aquí estoy;
Viven los cielos, ingrato,
Traidor, y mal caballero...
D. Lope. ¿Qué es, ojos, lo que he mi-
¿Aquí doña Ana? ¿Qué es esto? [rado? *ap.*
Da. Ana. Que has de pagarme en vengan-
Lo que he escuchado en desprecios; [zas
Y supuesto que te he hallado
Cuando te buscaba menos,
De mi rigor serás ruina,
Y de mi agravio escarmiento.
D. Lope. No des voces; oye, aguarda.
Da. Ana. No me atajes.
D. Lope. Yo prometo...

Da. Ana. ¿Cercado de mi razon
Pide partidos tu miedo?
D. Lope. Oye; detente, señora.
Da. Ana. Don Fernando, aquí está el
De mi ofensa, y el que dió [dueño
Muerte á mi hermano don Diego.
D. Lope. Mira que me iré.
Da. Ana. ¡Ah traidor!
¡No hay quien oiga mis empeños!
¡No hay quien socorra el honor
De una muger!

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON JUAN.

D. Juan. ¿Qué es aquesto?
Da. Ana. ¡Válgame el cielo! ¡qué miro!
¡Viva estatua soy de hielo! [*ap.*
D. Juan. O es que mis ojos no han visto,
Ni mis oidos oyeron... [*ap.*
D. Lope. O es que aquí mi sinrazon *ap.*
Dejó mi acero suspenso...
Da. Ana. O es que porque sienta mas, *ap.*
Finge apariencias el miedo...
D. Juan. O esta es mi hermana doña Ana,
De tantos agravios dueño. [*ap.*
D. Lope. O soy cobarde enemigo, *ap.*
Pues no me irrito, ni muevo.
Da. Ana. O este es mi hermano don Juan. *ap.*
D. Juan. ¿Pues qué aguardo? *ap.*
D. Lope. ¿Pues qué espero?
Salir es duelo forzoso. *ap.*
D. Juan. Matarle es preciso empeño. *ap.*
D. Lope. Mas quiero ver lo que intenta. *ap.*
D. Juan. Pero no sé, vive el cielo, *ap.*
Cuál de aquestas dos ofensas
Deba castigar primero:
Aquí á mi hermana he encontrado,
Y á don Lope tambien veo;
Esta ofensa es de mi honor,
Y esta parece de zelos.
Una siento como ardor,
Y otra guardo como incendio;
Si doy á mi hermana muerte,
Esta venganza divierto,
Y si esta vengar procuro,
La mas importante dejo.
¿Pues cómo lo hará mi fama
Para recobrar de nuevo
De mi sospecha y honor,
Las dos venganzas á un tiempo?
D. Lope. Hombre, que le has suspendido
A mi valor los aciertos,
O acomete con la lengua,
O háblame con el acero.
D. Juan. Pero si esta ofensa es cierta, *ap.*
Y dudoso estotro afecto,
Sea para mí venganza
Mi honor, antes que mis zelos.
Muere, ingrata, porque así...

(*Saca una daga.*)

Da. Ana. Señor, yo aquí...
D. Lope. Deteneos,
Que aunque ella pidió favores
Contra mí, ya estoy en tiempo,
Que para librar su vida
Vengo á ser quien la defiendo.
D. Juan. Luego contra vos pidió
Favor cuando salí.
D. Lope. Es cierto.
D. Juan. ¿Luego la debeis ofensa?
D. Lope. ¿Pues á vos qué os toca de eso,
Siendo de don Juan criado?
D. Juan. Que soy criado os confieso;
Y siéndolo fiel, me tocan
Las ofensas de mi dueño.
D. Lope. Pues esta dama...
D. Juan. Decid.
Da. Ana. Atajar el riesgo quiero, *ap.*
Pues piensa que no es mi hermano,
Y satisfacerle á un tiempo.
En este cuarto que veis
De Ines, este caballero
(No sé yo con qué intencion)
Estaba oculto y secreto.
Yo le ví salir, dí voces,
Quiso atajarme, y en esto
Saliste...
D. Juan. Cierra los labios,
Tu voz pon en tu silencio,
O en el fondo de mi pena.
¡Qué de sospechas renuevo! *ap.*
Pues cuando en tantos agravios
Me voy á hallar satisfecho,
Si hallo una sombra á mi honor,
Hallo una luz á mis zelos.
Ahora bien, cierro esta puerta,
Sancho no está en casa, y puedo,
Puesto que tengo ocasion,
Satisfacerme yo mesmo.
Señor don Lope, sacad
La espada.
D. Lope. Ya lo deseo,

(*Sacan las espadas.*)

Que los dos somos iguales
En llegando á los aceros;
¿Pero no hay campaña?
D. Juan. No,
Que es tan ardiente mi fuego,
Que si aquí con vuestra sangre
No intento apagarle presto,
Cuando le quiera templar,
Llegará tarde el remedio.

D. Lope. Pues riñamos.
D. Juan. Sois bizarro. (*Riñen.*)
D. Lope. No parece, vive el cielo,
Vuestro valor de hombre bajo.
¿Llamaron?

(*Llaman recio á la puerta.*)

D. Juan. Sí.
D. Lope. ¿Pues qué haremos?
D. Juan. Reñir.
D. Lope. ¿No será mejor
Ocultar el caso, y luego
Ir á reñir á campaña?
D. Juan. Yo nunca hè mirado en riesgos
Cuando riño.
D. Fern. Abrid aquí. (*Dentro.*)
Da. Ana. De esta ocasion me aprovecho,
Abro la puerta.
D. Juan. No abras.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON FERNANDO Y DOÑA INES.

D. Fern. Detened, parad. ¿Qué es esto?
D. Juan. Querer matar á don Lope.
D. Lope. Matar á un criado necio.
D. Juan. Volver por vos, y por mí.
D. Fern. ¡Qué es esto que miro, cielos!
¡Don Lope oculto en mi casa! *ap.*
¡Sancho aquí tan descompuesto!
D. Juan. ¡Que don Lope haya salido! *ap.*
Da. Ana. ¡Que esté mi mal sin remedio! *ap.*
D. Fern. ¡Doña Ana ya descubierta! *ap.*
Contadme, Lope, este empeño.
D. Juan. Yo os lo contaré mejor;
Pero decidme primero,
¿No ocultais en vuestra casa
A doña Ana?
D. Fern. No lo niego.
A su padre don Alonso,
Y aun á su hermano don Diego,
Debí mil obligaciones,
Que hoy publico, y hoy confieso,
Y con guardar á doña Ana
Pagárselas todas pienso,
Pues le ha de importar su honor.
D. Juan. ¿Decid, y este caballero,
Segun vos decis, no es?...
D. Lope. Soy su amigo, y soy su deudo.
D. Juan. Y decidme, don Fernando,
Siendo criado, ¿no debo
Mirar en ausencia suya
Por el honor de mi dueño?
D. Fern. Mirar debeis por su honor,
No lo dudo, ni lo niego.
D. Juan. Pues en el cuarto de Ines,
Don Lope estaba encubierto,
Doña Ana de él se quejaba,
Airado salí á este tiempo;
O esta ofensa es de doña Ana,
O de doña Ines el duelo.
La una ofensa es de un agravio,
La otra de honor y de zelos;
Y aunque yo vengo á ignorar
Cuál es de estos dos sugetos
Por quien se ofende la fama
De mi dueño, cuando es cierto
Que es por una de las dos,
Matarle por una quiero.
D. Fern. Tened la espada, por Dios,
Que este es el mayor empeño
Que han visto las esperiencias
De mis años.
D. Juan. ¿Cómo puedo
Esperaros?
D. Lope. Acabad.
D. Juan. ¡Qué gran pena! *ap.*
Da. Ana. ¡Qué gran riesgo! *ap.*
D. Fern. Mas le quiero asegurar *ap.*
Por doña Ana. Ya os advierto
Que de esta dama el honor
Es mas limpio que el sol mesmo;
Y del duelo de mi hija
No debo satisfaceros,
Porque ese duelo me toca
Como á su padre; y supuesto
Que tengo seguridad
De don Lope, no pretendo
Satisfaceros á vos,
Pues que yo estoy satisfecho.
D. Juan. A este cuarto no hay por donde
Pudiese entrar, pues yo mesmo
He estado en esta antesala
Todo el dia.
D. Lope. Vive el cielo,
Que es querer con vuestro honor
Apurar mi sufrimiento.
Apartad. (*Embiste.*)
D. Fern. Tened, don Lope;
Porque es atrevido esceso
Que á un criado se permita
Las licencias de su dueño.
D. Juan. Dejadme matarle.
D. Fern. Tente,
Que me corro, vive el cielo,
Que tocándome á mi tanto
El honor del dueño vuestro,
De mi honor y de mi espada
Desconfieis osado y necio.
D. Juan. Ya aquí no ha de ser posible *ap.*
Satisfacerme; y supuesto
Que es difícil, á estas cosas
Quiero arriesgar un remedio.
Supuesto que os toca á vos,
Yo admito vuestro consejo;

Pero á los dos, dos palabras
Pediros á un tiempo quiero.
D. Fern. Yo juro hacer lo posible.
D. Lope. Y yo lo mismo os prometo.
D. Juan. Que entregaréis á doña Ana
A su hermano, es lo que os ruego;
Y que vos acabaréis
Con don Juan aqueste duelo:
Con lo cual, vengo á salir
De dos tan graves empeños,
Pues á él toca conseguirlos,
Y á mí toca el emprenderlos.
D. Fern. Yo ofrezco lo que pedis.
D. Lope. Yo lo que ordenais ofrezco;
Pero es vergüenza, por Dios,
Que siendo quien sois, os demos
Palabra, que será nueva.
D. Juan. Vive Dios, que soy tan bueno
Como don Juan, y que haré
Que así lo confiese él mesmo;
Y yo sé que don Juan es
Tan puntual caballero,
Que lo que mi lengua diga,
Sabrá sustentar su acero.
D. Lope. Pues yo os prometo buscarle.
D. Juan. Él os buscará primero.
D. Fern. Yo á doña Ana guardaré.
D. Juan. Hareis como noble en eso.
D. Lope. Pues buscadme.
D. Juan. Ya es preciso.
D. Lope. Porque veais...
D. Juan. Eso quiero.
D. Lope. Que mi espada...
D. Juan. En la campaña
Obran mas los que hablan menos.
D. Fern. Mi hijo es don Juan, y á don
Sangre y amistad confieso. [Lope *ap.*
Da. Ana. Si digo aquí que es mi hermano,
Correrá mi vida riesgo.
Da. Ines. Este es el primer criado *ap.*
Que por su amo tiene zelos.
D. Juan. De doña Ana he de saber *ap.*
Mi agravio, y matarla luego.
D. Fern. Juntar á los dos procuro. *ap.*
D. Juan. ¿Ah don Lope, estais resuelto
A reñir con don Juan?
D. Lope. Sí.
D. Juan. ¿Vos guardaréis con secreto
A doña Ana?
D. Fern. Eso aseguro.
D. Juan. Pues buscar á don Juan quiero.
D. Lope. Yo le aguardo.
D. Juan. Sois valiente.
D. Lope. Sois leal.
D. Juan. De eso me precio.
Déme mi agravio fortuna. *ap.*
D. Lope. Déme mi valor esfuerzo. *ap.*
D. Fern. Consejo me den mis canas. *ap.*
Da. Ines. Déme mi pasion remedio. *ap.*
Da. Ana. Déme cordura mi ofensa. *ap.*
D. Juan. Denme venganza los cielos. *ap.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Fernando.

DOÑA ANA CON MANTO, Y DOÑA INES DETENIÉNDOLA.

Da. Ana. Déjame ir, Ines, y advierte...
Da. Ines. Digo, que no has de pasar.
Da. Ana. ¿Qué intentas?
Da. Ines. Quiero evitar
Con mi advertencia tu muerte.
Da. Ana. Déjame ver el rigor
De una crueldad prevenida:
Mira que ha de ser mi vida
Medicina de mi honor.
Da. Ines. Esta, doña Ana, ha de ser.
Da. Ana. Reducirte en atajarme,
Mira que será matarme
Por quererme defender:
Temo el acero inhumano
De don Juan, que está ofendido.
Da. Ines. Sancho y mi padre han salido
Juntos á buscar tu hermano,
Y así puedes divertir
Tu mal.
Da. Ana. Déjame, señora.
Da. Ines. Mandóme mi padre ahora
Que no te deje salir.
Da. Ana. Si aquí me encuentra, imagina,
Que don Juan me ha de matar.
Da. Ines. En un riesgo suele estar
Dispuesta la medicina.
Di tu nuevo mal, que es mengua
Morir confusa en callarle,
Que para poder contarle,
Es capaz toda tu lengua.
Da. Ana. El mal que infiriendo estás
De mi fortuna enemiga,
Cuando le hablo se mitiga,
Y luego se enciende mas:
Mayor mi desasosiego,
Declarándole se fragua,
Que á gran fuego echar poca agua,
Es hacer mayor el fuego. (*Llora.*)
Da. Ines. Manifiéstame este ardor,
Que callas tú, y yo recelo
Que yo te daré el consuelo
Conforme al mal.
Da. Ana. Tengo amor.

Da. Ines. Yo tambien ese mal siento
Con mas preciso dolor;
Que no hay quien no tenga amor
En teniendo entendimiento.
Da. Ana. Yo por mi honor con crueldad
A mi obligacion decente,
Si no modesta, prudente
Castigo mi voluntad.
Da. Ines. Que es igual mi amor te digo
Al que declarando estás;
Pues que por mi honor no mas
Le reprimo y le castigo.
Da. Ana. El mio ha de fallecer;
Pues mi voz mi honor disfama.
Da. Ines. Yo le doy sombra á mi llama,
Y nadie la ha visto arder.
Da. Ana. Mayores son mis desvelos.
Da. Ines. Mi pena ha sido mayor.
Da. Ana. Mas pena es mi amor, que
Da. Ines. ¿Qué es la pena? [amor.
Da. Ana. Tengo zelos.
Da. Ines. Cuando ví que discurrias,
Y que al tiempo que contabas
Tu mal, tambien le llorabas,
Conocí que le tenias:
Mas ni me admiro, ni espanto,
Que zelos hayas tenido.
Da. Ana. ¿De qué lo has colegido?
Da. Ines. De tu voz, y de tu llanto;
Porque en la amorosa calma
De sospechas y recelos,
Son el amor y los zelos
Las calenturas del alma,
Que salen por dar despojos,
Reducidos en agravios,
Las de zelos á los labios,
Y las de amor á los ojos;
Pues como en esta fortuna
Dispuestas siempre y abiertas
El alma tiene dos puertas,
Y amor no cabe por una;
Para no suspender tanto
Los dos su afecto veloz,
Los zelos buscan la voz,
Y el amor elige el llanto.
Da. Ana. Pues otro mal hay aquí,
Que aflige mas mis desvelos,
Que de quien tengo estos zelos,
Es...
Da. Ines. ¿De quién? dilo.
Da. Ana. De tí.
Da. Ines. ¿Pues di, de qué has colegido
Esos zelos, y porqué?
Da. Ana. Porque á don Lope encontré
Dentro en tu cuarto escondido.
Da. Ines. ¿Y yo estaba dentro?
Da. Ana. No;
Mas mi amante, ó mi enemigo,
Pensó que hablaba contigo,
Y su amor me declaró;
Pues de aquel mismo desden
Mayor mi sospecha se hace,
Porque aquel que satisface,
O es querido, ó quiere bien.
Da. Ines. Un desengaño mayor
Es preciso que se arguya
En esta sospecha tuya.
Da. Ana. ¿Qué es?
Da. Ines. Que ya tengo amor.
Da. Ana. ¿Y así, mi pena y mi afan
Cómo apagará esta llama?
Da. Ines. No hay dama que quiera á da- [ma
Que ha querido á su galan;
Y así, por seguro ten,
Que en mí no hay afecto tal,
Pues yo te quisiera mal,
Si yo le quisiera bien.
Da. Ana. Zelos he tenido aquí;
Pero mal de ellos infieres,
Pues no digo que le quieres,
Sino que él te quiere á tí.
Da. Ines. Pues si él, traidor ó infiel,
Tu honor y amor ha ofendido,
Esos zelos que has tenido,
No son de mí, sino de él.
Da. Ana. Remedia mi pena fiera.
Da. Ines. Yo lo mas que puedo hacer,
Es llegarle á aborrecer,
No hacerle que no me quiera;
Y mejor te estaba á tí,
Si me despreciára cruel,
Que yo le quisiera á él,
Que no que él me quiera á mí.
Da. Ana. Dices bien; déjame, pues
No remedio tanto ardor,
Por el riesgo de mi honor,
Irme de tu casa, Ines.
Da. Ines. Vive Dios, que no te has de ir;
Y ahora tu mal infiera
Que si á don Lope quisiera,
Yo te dejára salir.
Da. Ana. Tanto un riesgo se previene,
Que decírtelo no puedo.
Da. Ines. Tu fama cure á tu miedo.
Da. Ana. Don Juan no es don Juan.
Da. Ines. Él viene.
Da. Ana. Pues tú no me has de esconder,
Si librar quieres mi vida,
Adonde estuve escondida.
Da. Ines. Eso, doña Ana, ha de ser;
Por esa falsa escalera
Se va á un cuarto principal;
Espérame en él.
Da. Ana. Mortal
Mi alivio tu alivio espera. (*Vase.*)
Da. Ines. Para verle en ocasion

Que no me ve, prevenida
Quiero escucharle escondida. (*Escóndese.*)

ESCENA II.

SANCHO.

¡Despues de Dios, bodegon!
Luego dirán, que es deshonra
Comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, Señor,
Que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
Por mas me vengo á tener;
Porque yo mas quiero ser
Pícaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor, y aun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
Que como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser mas profundo,
Y yo me entro á discurrir,
Porque esto me ha de pudrir,
Que se use honra en el mundo.
Porque uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos)
En mi cara cinco dedos,
¿Le tengo yo de matar?
Pues respóndanme, ¿porqué?
Si hay barbero que me pone,
Cuando afeitarme dispone,
Como á un san Bartolomé,
Y llega con su navaja,
Que sabe Dios donde ha andado;
Y en fin, despues de afeitado,
Me toma el rostro, y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones.
¿Porqué en otras ocasiones
Hay duelo é indignacion?
¿No es mejor un bofeton,
Que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan,
Que sea el mentir afrenta,
Que no importa que yo mienta,
Y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afan?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, aun los palos vaya,
Que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
Con el puntillo de honor,
¿Dime, tonto, no es peor
Ser muerto, que abofeteado?
Y que á la muerte tan ciertos
Vayan, porque el duelo acaben,
Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.

ESCENA III.

SANCHO Y BEATRIZ.

Beat. Seais, don Juan, bien venido.
Sancho. Beatriz, va de pundonor.
Beat. Don Lope con mi señor
A buscaros han salido,
Y Sancho vuestro criado.
Sancho. ¿Qué me querian?
Beat. No sé.
Sancho. No me encontraron, porque
Hoy he sido convidado.
Beat. Vuestro suegro, y dueño mio,
Aquesta llave que veis,
Me dió para que os bajeis
Al cuarto que está vacío.
Que será alegre os alabo;
Quiere que abajo habiteis;
Pero buen cuarto teneis.
Sancho. Para mí basta un ochavo.
Beat. Ya voy á bajar la cama.
Sancho. ¿Y en fin, porqué la bajais?
Beat. Porque no es bien que vivais
En el cuarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
Y que no estando casado,
Será en la corte notado
Que durmais arriba.
Sancho. Bien;
Dadme la llave.
Beat. Tomad.
Sancho. ¡Lo que á servirme se humilla!
Quereis creerme, Beatricilla, [*ap.*
Que te tengo voluntad;
Sí, juro á Dios...
Beat. ¡Qué me dices!
¿Amor me tienes á mí?
Sancho. Beatriz, desde que nací
Fuí inclinado á Beatrices.
Beat. ¿Que á mí con afecto tal,
Quererme tu engaño intente?
Sancho. En siendo el amor corriente,
Busco la dama usual.
Beat. Que no he de quererte, digo;
Ni en mí ha de caer tal mancha.
Sancho. Porque la ruego se ensancha; *ap.*
¡Qué bien decia un amigo!
Que el que quisiere vencer
Cualquier gorrona, al llegar,
No la procure rogar,
Si la puede acometer.
¿En fin, no te persuades
A pagar mi amor honesto?

ESCENA IV.

DICHOS Y DOÑA INES.

Beat. No.
Sancho. Pues embisto.
Da. Ines. ¿Qué es esto?
Sancho. ¿Esto? Nada; mocedades.
Da. Ines. ¿Pues cómo habeis profanado
Mi opinion, y fama toda?
Sancho. Como se alarga la boda,
Anda el hombre endemoniado.
Da. Ines. ¿Vuestra voluntad ingrata,
Cómo mi honra atropella?
Sancho. Yo no lo hacia por ella,
Sino por tenerla grata.
Da. Ines. Advertid...

ESCENA V.

DICHOS Y DON FERNANDO.

D. Fern. Señor don Juan...
Sancho. Don Fernando, bien venido.
D. Fern. A buscaros he salido.
Sancho. ¿Qué hay de nuevo?
D. Fern. Hoy cesarán *ap.*
Mis dudas.
Sancho. Acabad, pues.
¡Qué querrá este viejo hablar! *ap.*
D. Fern. Solos hemos de quedar:
Vete, Beatriz; vete, Ines.
Sancho. Pues no se me ha de escapar *ap.*
La Beatricilla tirana.
Da. Ines. Bajo á buscar á doña Ana; *ap.*
Yo la voy á consolar.

ESCENA VI.

DON FERNANDO Y SANCHO.

D. Fern. ¿Cómo no le digo, pues, *ap.*
De mi agravio estos estremos?
Sancho. Señor suegro, ¿qué tenemos?
D. Fern. Un empeño grande.
Sancho. ¿Y es?
D. Fern. Que al campo vais os exhorta
Mi celo, que os desengaña.
Sancho. ¿Pues qué importa ir á campaña?
D. Fern. Es á reñir.
Sancho. ¿Eso importa?
Mas si obedeceros trato,
¿Porqué irritarme quereis?
D. Fern. Porque un agravio teneis.
Sancho. Vos sois grande mentecato.
D. Fern. ¿Pues decid, de qué inferis
Ser yo necio, y poco sabio?
Sancho. Si yo no sabia mi agravio,
¿Para qué me lo decis?
D. Fern. O atrevido, ó inhumano,
Que le deis la muerte espero,
Porque está aquí el caballero
Que dió muerte á vuestro hermano;
Y fuese valor, ó suerte,
Cuando matarle intentó,
En vuestra casa le dió
A oscuras sangrienta muerte.
Sancho. ¿A oscuras fué?
D. Fern. A oscuras fué.
Sancho. Pues no quiero acometerle.
Que si aquel mató sin verle,
¿Qué hará de mí si me ve?
D. Fern. No vengaros será ultraje,
Y aun cobardía será.
Sancho. ¿No mirais que sabe ya
Cómo matar mi linage?
D. Fern. Que ese es temor imagino.
Sancho. Pues tomar venganza espero:
¿Quién es ese caballero?
D. Fern. Es don Lope mi sobrino.
Sancho. Oh, pues si don Lope es,
Templóse mi enojo ardiente;
Basta ser vuestro pariente
Para echarme yo á sus piés.
D. Fern. Que tomeis venganza elijo,
O indignado, ó valeroso;
Que siendo de Ines esposo,
Mas sois vos, pues sois mi hijo.
Sancho. Pues á morir se prevenga,
Que ya á matarle me arrojo.
D. Fern. No tan presto.
Sancho. Oh, si me enojo,
No hay demonio que me tenga.
D. Fern. Con otra ofensa profana
Vuestra nobleza.
Sancho. ¿Pues bien?
D. Fern. Hay otro agravio tambien.
Sancho. ¿Y es?
D. Fern. Que ofendió á vuestra hermana.
Sancho. ¿Cierto?
D. Fern. Podeislo creer.
Sancho. Pues ya perdonarle intento.
D. Fern. ¿Porqué?
Sancho. Porque es juramento
De no reñir por muger.
D. Fern. ¿Esa es la llama inhumana
Con que vuestro enojo ardió?
Sancho. Señor, ¿he de andarme yo
Hecho un rufian de mi hermana,
Si por mis pecados negros
Hace de mi muerte alarde?
D. Fern. Vive Dios, que sois cobarde.
Sancho. Esto no toca á los suegros.
D. Fern. Si toca.
Sancho. ¡Hay tal matarme!
Suegro cisma, y suegro eterno,
Si porque he de ser tu yerno
Procuras despabilarme,

Haces mal, que es sin razon,
Porque un duelo satisfaga,
Que este yernecidio se haga
Antes de la posesion.
D. Fern. Sancho palabra le ha dado
De reñir por vos aquí.
Sancho. Pues que la cumpla por mí,
Si la ha dado mi criado.
D. Fern. ¿Así un honor se desdora?
¿No reñis por vuestra hermana?
Sancho. Señor, reñir quiere gana,
Y yo no la tengo ahora.
D. Fern. ¡Vive Dios!
Sancho. ¡Hay tal porfiar!
D. Fern. ¿Que así un temor os reporta?
Sancho. ¿Hombre, ó suegro, qué os im-
Que yo me salga á matar? [porta
D. Fern. Que cuando esposo os elijo
De Ines, viendo esa templanza,
O habeis de tomar venganza,
O no habeis de ser mi hijo:
Y sin que se satisfaga
El duelo, no hay que pensar,
Que no os tengo de casar.
Sancho. Oye, de ese mal me haga.
D. Fern. ¡Vive Dios!
Sancho. ¡Hay tal infierno
De hombre!
D. Fern. ¡Cobarde, villano!
Sancho. No se tome tanta mano
Usted, que aun no soy su yerno.
D. Fern. La muerte daros sabré,
Porque aunque me estoy templando...

ESCENA VII.

DICHOS Y DON JUAN.

D. Juan. ¿Qué es aquesto, don Fernando?
D. Fern. Escuchad, y os lo diré:
Porque tome recompensa
Hoy de su honor ofendido,
A vuestro dueño le pido
Que satisfaga esta ofensa.
Pero hace tanto desprecio,
Con saber ya su enemigo,
Que al verle remiso digo
Que es cobarde, ó que es muy necio.
Y puesto que tan templado
Deja vivo un deshonor,
Pues no sabe ser señor,
Ser señor, y ser criado,
Cuerdo podeis enseñarle
A cumplir con su opinion.
Esta fué mi obligacion;
Don Lope espera en la calle;
Hacedle tener valor,
Criado á un tiempo y amigo,
Que aunque es grande su enemigo,
Es el agravio mayor.
Irritadle vos aquí,
Pues templado se reporta;
Que aunque á mí su honor me importa,
A él le importa mas que á mí.
D. Juan. ¿Pues decidme, como sabio,
Qué otro agravio hay que vengar?
D. Fern. Don Juan le podrá contar,
Que don Juan sabe el agravio.

ESCENA VIII.

DON JUAN Y SANCHO.

D. Juan. Sancho amigo, ¿qué es aquesto?
Sancho. ¿Fuése?
D. Juan. Ya se fué.
Sancho. Pues hablo;
Dejemos aparte ahora
Ficciones y disparates,
De mi amor y obligacion
Las bien seguras lealtades;
No es tiempo de burlas este.
¿Dime, no desafiaste
Por mí esta tarde á don Lope?
D. Juan. Sin llegar á declararme,
Le desafié.
Sancho. ¿Porqué?
D. Juan. Mis sospechas se declaren;
Porque de Ines en el cuarto
Le hallé atrevido y amante.
Sancho. ¿No reñiste con él?
D. Juan. No,
Hasta hacer seguro exámen
De su intento, y de una ofensa,
Que es fuerza que honor te calle.
Sancho. Pues, señor, ahora es tiempo
Que tu acero tu honor lave,
Que las manchas del honor
Las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
Pon la razon de tu parte;
No se ultraje tu valor,
Ya que tu honor se profane.
Don Lope ofende tu fama,
Tu acero intentó matarle;
Que aunque tus zelos ignoras,
Ignoras lo que mas sabes.
Aprovecha la ocasion,
Si no quieres que se pase;
Su acero espera tu acero,
Matarle intenta arrogante;
Si no te hallare sangriento,
Determinado te halle.
Procura...
D. Juan. Calle tu voz;
Mis oidos no embaraces,
Porque segun me aconsejas,

Parece que estoy cobarde.
¿Di, qué ofensa puede ser,
Que á la de zelos se iguale?
Sancho. La del honor.
D. Juan. Dices bien;
Que en dos estremos tan grandes,
Respecto el un mal del otro,
Son, cuando mas tibias arden,
Las ofensas fuego activo,
Los zelos ceniza fácil.
Mas dime, Sancho...
Sancho. Señor.
D. Juan. ¿Dime, aquesta ofensa nace
De mis zelos?
Sancho. No, señor;
De otro agravio.
D. Juan. No profanes
El sagrado de mi oido,
O harás que intente matarte.
Sancho. En mi vida, como tuya,
Te he de permitir que mandes;
Y no te quiero decir,
O tu desdoro, ó tu ultraje,
Porque no podrás oirle,
Ni yo he de poder contarle.
D. Juan. Bien haces, que si un agravio
Es del honor, al contarle,
Se hace el valor sentimiento;
Pero cuando no se sabe
El nervio dél, el dolor
Valor atrevido se hace;
Y si sabido, ha de ser
Mi valor dolor, mas vale
Que el dolor se haga valor,
Porque me irrite, y le mate.
¿Y di, don Fernando ahora
Qué intenta?
Sancho. Desagraviarte;
Con ser su sangre don Lope,
Procura vengar tu sangre.
D. Juan. ¿Y esta ofensa que tú callas,
Y que adivinan mis males,
Sábenla ya todos?
Sancho. Sí.
D. Juan. ¡Oh, aqueste incendio me abra-
Sancho. Y don Lope, tu enemigo, [se!
Me está esperando á que baje,
Pensando que soy don Juan.
D. Juan. ¿Cómo haré para matarle,
Donde sepan mi venganza,
Los que mis desdichas saben?
Sancho. Sácale á campaña.
D. Juan. No;
Porque aunque se satisfacen
En el campo las venganzas,
En casos de honor tan graves,
Aunque venza á mi enemigo,
No quiero yo aventurarme
A que no se cuente bien,
Que allí no lo mira nadie;
Y con mirarlo y saberlo,
Hay en Madrid lenguas tales,
Que cuentan los vencimientos
A la luz de los desaires.
Sancho. Pues, señor, ya no se usa
Sacar la espada en la calle;
Que en las calles de la corte
Todas las guerras son paces.
D. Juan. Si yo tuviera una casa
Donde poder encerrarme
Con él...
Sancho. Espera, señor.
D. Juan. ¿Porqué?
Sancho. Porque en este instante
Se te cayó la pendencia
En la miel; aquesta llave
Es de un cuarto de esta casa,
Que aunque es bajo, es cuarto grande:
Ahora me la dió Beatriz,
Y dijo que me bajase
A habitar en él; tú puedes,
Pues él te espera, encerrarte
Con él, que si le das muerte,
Ines y su viejo padre
Han de saber tu venganza,
Y tú has de quedar triunfante.
D. Juan. Dices bien; pues baja, Sancho,
Y llámale.
Sancho. Es disparate
En cosas que importan tanto:
Ya bien puedes declararte;
Baja, y di que eres don Juan.
D. Juan. En vano me persuades,
Que si por solo unos zelos
Encubrí mi nombre amante,
¿Cuánto mas justo será
Que por mi honor me disfrace?
Y así, en tanto que vengado
Todo este volcan se apague,
Sabe tú sufrir mi nombre,
Pues yo sé pasar mi ultraje.
Sancho. Di, ¿qué quieres hacer?
D. Juan. Esto;
Dame ahora aquesa llave.
Sancho. Toma; ¿qué intentas? Acaba.
D. Juan. Ahora es fuerza que bajes
A desafiarle, que yo
Oculto quiero aguardarle
Dentro del cuarto escondido;
Y una industria ha de vengarme,
Que has de ver.
Sancho. Dime, señor,
En fin, ¿he de desafiarle?
D. Juan. Sí.
Sancho. Y si le diese una priesa
De reñir, y al mismo instante

Desatacase la espada,
¿Cómo quieres que le ataje?
D. Juan. Hazle señas desde lejos,
Que él te seguirá al instante.
Sancho. Y di, si es corto de vista,
Y no viese las señales,
¿Qué quieres que haga, señor?
D. Juan. Ya eso es pasar á cobarde.
Sancho. No es sino ser advertido.
En fin, ¿quieres esperarle?
D. Juan. Dentro del cuarto estaré.
Sancho. Mira que al entrar no aguardes
Que él embista; embiste tú,
Que temo que se adelante.
D. Juan. Parte al punto.
Sancho. A obedecerte
Voy como leal.
D. Juan. Verásme,
Si el cielo quiere, vengado;
Que aunque no quiero escucharte
Este agravio, mis discursos
Son profetas de mis males.
Sancho. Pues, señor, voy por don Lope.
D. Juan. Pues ya yo voy á esperarle.
Sancho. Soy tuyo.
D. Juan. Hoy he de premiar
Tu lealtad.
Sancho. No me la pagues;
Mucho mas que yo en servirte,
Vienes á hacer en mandarme.
D. Juan. Sancho, á Dios.
Sancho. Señor, á Dios:
El por quien es, hoy me saque
De ser criado y señor;
No sea el demonio que paguen
Los Sanchos aquesta vez
Lo que hicieron los don Juanes.

ESCENA IX.

BEATRIZ.

Vino la señora noche,
Muy preciadita de madre
De las sombras, mas cerrada
Que colegio de estudiantes;
Y á este cuarto principal,
He bajado en este instante
De don Juan, y su criado
Las camas. Aquí no hay nadie
Que me escuche, aunque doña Ana
Y mi señora no saben,
En ese jardin ocultas,
Los intentos de su padre;
Mas ha de un hora que están
Hablando; plegue á Dios que hablen
Mas que soldados que vienen
De los estados de Flandes.
Yo solamente no tengo
A quien le cuente mis males;
Pues vaya de soliloquio,
Que en cuantas comedias se hacen
No he visto que las criadas
Lleguen á soliloquearse.

(*Pone la luz sobre un bufete.*)

Este criado, este hombron,
De linda presencia y talle,
Me aficiona por lo tosco,
Y pica por lo arrogante.
He dado en pensar que es
Desgarrado, y algo jaque,
Y los bravos solamente
Son los que me satisfacen.
Lleve el diablo á las mugeres,
Que quieren lindos bergantes;
¿Para qué es bueno un tacaño,
Que se esté mirando el talle
Desde el alba hasta la noche,
Que presume que te hace
El amor de merced solo
En permitir que le hables?
¿No es mejor un bravo, que entra
Muy zaino, y dice: ¿Qué hace? —
¿Qué quiere que haga á las diez
De la noche yo? Esperarle. —
¿No he dicho que no me espere? —
¿Pues qué he de hacer? — Acostarse.
Y luego al punto me pega,
Juntico de los gaznates,
Seis manotadas, ¿qué no?
¿Él habia de tocarme
En el pelo de la ropa? —
¿Oye? — Bien oigo. — Que calle
Le digo. — No he de callar;
En mi casa estoy, infame. —
Mire no demos al diablo
De comer. — Con lo que él trae,
Ni de cenar le daremos.
Y en fin, con lindo donaire,
En bofetadas y coces,
Me da seis pares de pares.
Esta es vida, y este es hombre:
Pasemos mas adelante.
Llama un melífluo á la puerta;
¿Quién llama? ¿quién es? — Yo; abre.
Entra, y lo primero es
Irse al espejo á mirarse.
Llégase luego la dama,
Y si ella quiere abrazarle,
Dice: Mira esta valona,
No sea que me la ajes.
¡Que haya quien quiera á estos mandrias!
¡Que haya muger que los hable!
Pudiendo cualquiera dama
Tener, si quiere buscarle,
No lindo que la requiebre,

Sino hombre que la maltrate;
Que si he de hablar la verdad,
Las bofetadas me saben
(Si son á tiempo) mejor
Que gallinas y faisanes.
Pues volviendo á este criado,
Digo...

(*Meten una llave por la puerta de adentro.*)

Mas la puerta abren
Por defuera, ó yo me engaño;
Y porque ahora no hallen
A doña Ana y mi señora,
Presumo que es importante
Echar este cerrojillo,
Y avisarlas que se guarden.

(*Echa el cerrojillo que ha de haber.*)

Ce, señora, ce, doña Ana.

ESCENA X.

BEATRIZ, DOÑA ANA Y DOÑA INES.

Da. Ines. ¿Qué hay, Beatriz?
Beat. ¿No ois la llave
Con que abren la puerta?
Da. Ines. Sí.
Beat. Pues subid, antes que llamen,
Por esta escalera falsa.
Da. Ines. A mí me importa quedarme
En aquesta cuadra oculta.
Beat. En la escalerilla es fácil.
Da. Ana. ¿No ves que pudiera acaso
Bajar por ella tu padre?
Da. Ines. Pues volvamos al jardin.
Beat. ¿Abriré la puerta?
Da. Ines. Abre,
Que desde aquí escucharémos,
Para saber cuanto pase.

(*Vanse las dos por donde se vinieron, y Beatriz tira el cerrojo y vase tras ellas.*)

Beat. Tiro el cerrojo, y escurro
La bola hácia aquesta parte.

ESCENA XI.

DON JUAN.

No acertaba, por Dios, á abrir la puerta;
Ahora importa que se quede abierta;
Poner la llave intento por de dentro.
Ya mi venganza halló felice centro.
En esta alcoba elijo recatado
Prevenirle mi industria á mi cuidado;
Ya llegan, y yo quiero
Prevenir á mi honor mi ardiente acero:
Hoy cobrará dichosa mi esperanza,
O la satisfacion, ó la venganza. (*Escóndese.*)

ESCENA XII.

SANCHO Y DON LOPE.

D. Lope. Ea, señor don Juan, solos esta-
Ya es tiempo que cumplamos, [mos;
Pues son precisas las obligaciones,
De una ofensa las dos satisfacciones;
Y hallar quisiera para no ofenderos,
Medio para poder satisfaceros:
Pero pues ya supisteis vuestro agravio,
Pase al acero la pasion del labio,
Que á una ofensa juzgada,
Satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros,
Y por otra tambien cuido templaros;
Que hoy temo, vive Dios (decirlo quiero),
Vuestra razon, aun mas que vuestro acero.
Sancho. Por san Cosme bendito, que he entendido; *ap.*
Que abrió mi amo la puerta, y que se ha ido.
D. Lope. Ea, irrite el acero vuestro brio.
Sancho. Esto no quiere priesa, señor mio.
Él se fué, que dejó la puerta abierta. *ap.*
D. Lope. Acabad, y cerremos esa puerta.
Sancho. Esperad.
D. Lope. Ya la cierro. (*Ciérrala.*)
Sancho. Entre puertas yo llevo pan de perro. *ap.*
D. Lope. Avivad de este fuego las cenizas.
Sancho. Mas estocadas hay que longanizas,
Tiempo hay harto, señor, por Jesucrito.
Junto á esta puerta á mi señor he visto. *ap.*
¿Ea, señor, qué esperas?
Porque este hombre ha de darme para peras.
D. Juan. Empieza, riñe para asegurarlo.
Sancho. ¿Y si acaba conmigo al empezarlo?
D. Lope. ¿No vibrais el acero penetrante?
Sancho. Estoy haciendo cólera bastante.
Sal, que ya empiezo.
D. Lope. ¿Qué es aquesto?
Sancho. Nada;
Dejadme enderezar aquesta espada.
D. Lope. Que suspendais vuestro valor me pesa.
Sancho. Tuércese fácilmente, es genovesa.
D. Lope. Acabad.
Sancho. Vive Dios, que un real no vale.
¿A qué espera mi amo, que no sale? *ap.*
D. Lope. Que no le importa, á vuestro brio infiero,
Que el valor obra mas, que no el acero.
D. Juan. ¡O cielos, quién pudiera *ap.*
Reñir aquí con él, sin que me viera!

(*Riñe Sancho con don Lope, y retírase.*)

Sancho. Ea, pues.
D. Lope. Sois valiente y arrojado.
Sancho. Helo sido, mas ya se me ha ol-
Ea, señor, arrójate valiente. [vidado.
D. Lope. Bien reñis, vive Dios.
Sancho. Bonitamente.
D. Lope. ¿Pues cómo á mis impulsos no os provoco?
Sancho. Mal me trata. (*ap.*) Esperad, tened un poco.
¿Mi amo, en qué imagina? *ap.*
Vive Cristo, que pienso que es gallina.
D. Lope. ¿Decid, pues, qué os ataja, ú os divierte?
Sancho. ¿Vos no le disteis á mi her-
A oscuras? [mano muerte
D. Lope. Sí.
D. Juan. Buen medio ha elegido *ap.*
Para reñir, y no ser conocido.
Sancho. Pues mi cordura á mi valor ataja,
Que yo no he de mataros con ventaja:
A oscuras fué el matarle por vengaros,
Y á oscuras, vive Dios, he de mataros.

(*Mata la luz, sale don Juan, riñe á oscuras con don Lope, y este sale herido.*)

Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
Toma en él la venganza, ó el castigo.
D. Juan. Mataréle, pues hoy quiere mi
Satisfacer mi fama con su muerte. [suerte
Sancho. Pues yo, donde él estaba estoy seguro. [oscuro;
D. Lope. La luz muestra sus rayos en lo
Mas valiente por Dios os he advertido.
¡Viven los cielos, que me habeis herido!
D. Fern. Ola, Beatriz. (*Dentro.*)
D. Juan. Que bajan luz recelo. *ap.*
D. Lope (*dentro*). Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.
D. Juan. Sancho, sal otra vez.
Sancho. ¿Qué dices?
D. Juan. Presto.

(*Escóndese.*)

ESCENA XIII.

DON LOPE, SANCHO Y DON FERNANDO.

D. Fern. Detened, esperad, don Juan; ¿qué es esto? [ofendido.
Sancho. Esto, matar aquel que me ha
D. Lope. Y yo vengar mi sangre.
D. Fern. ¿Estais herido?
D. Lope. Sí estoy.
D. Fern. ¿Es cuchillada ó estocada?
Sancho. En mi vida he tirado cuchillada,
Que es de bobos, y yo riño prudente.
D. Fern. No os tuve, vive Dios, por tan
¿Dónde es? [valiente.
D. Lope. En este brazo es la herida.
Sancho. Esa es mi herida; no la erré en mi vida.
D. Fern. ¿Y ahora vuestra ofensa impía,
Qué es lo que pretende hacer?
D. Lope. Yo quiero satisfacer
Con vuestra sangre la mia.
D. Fern. Uno airado, otro ofendido;
Volved nobles á arrojaros,
Que mucho mas que á aplacaros,
A irritaros he venido.
Que si al bajar arrojado,
Hallo solos á los dos,
De ninguno, vive Dios,
Me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente,
Neutral mi pasion obligo;
Uno es mi sangre y amigo,
Y otro mi amigo y pariente.
Y puesto que no se ve
(Segun de los dos recelo)
Satisfecho vuestro duelo,
Reñid, que yo os miraré.
D. Lope. Pues es tan cuerdo, admitir
Es fuerza vuestro consejo.
Sancho. En efecto aqueste viejo
Me ha hecho por fuerza reñir.
D. Lope. Ya la ira me obliga aquí
A irritaros inhumano,
Yo dí muerte á vuestro hermano,
Y á vuestra hermana ofendí;
Y así, atrevido y osado,
Todo mi amor os provoca.

ESCENA XIV.

DICHOS Y DON JUAN.

D. Juan. Esa venganza le toca
Solo á don Juan de Alvarado;
Y así el acero indignad.
D. Lope. ¿Pues quién es don Juan aquí?
D. Juan. Yo soy don Juan.
Sancho. Es así.
D. Lope. ¿Y este es Sancho?
Sancho. Así es verdad.
D. Juan. Bien pude disfrazar yo,
Oculto como criado,
Un agravio adivinado,
Pero averiguado no.
Y así, para castigarle,
Me hizo esfuerzos el sentirle;
Que una cosa es presumirle,
Y otra cosa es escucharle.
Que soy don Juan, bien se ve,
Y tambien á oscuras fuí
El que primero os herí,
Y el que ahora os mataré.
A mi sospecha ofendida,

Tiró el indicio otra flecha,
Y así vengué la sospecha
Con la sangre de esa herida.
Mas ya que escuchó mi suerte
Mi agravio de vuestro labio,
Para sanear el agravio,
He de comprar vuestra muerte;
Y así las satisfacciones
Prometidas se verán:
Mirad si sabe don Juan
Cumplir sus obligaciones.

D. Fern. ¿Decid, porqué cauteloso
Tan oculto habeis estado?

D. Lope. ¿Porqué habeis disimulado
El nombre?

D. Juan. Estuve zeloso.

D. Fern. ¿Pues de quién los zelos son?
Decid el indicio aquí.

D. Lope. ¿De quién?

D. Juan. De vos, pues os ví
Bajar por ese balcon.

D. Lope. ¿Vos lo visteis?

D. Juan. Y despues,
O amante ó determinado,
Os hallé oculto y cerrado
Dentro del cuarto de Ines.

D. Lope. ¿Pues porqué se declaró,
Guardando ardor tan violento,
Aquí vuestro sentimiento?

D. Fern. ¿No teneis ya zelos?

D. Juan. No.

D. Lope. Pues publiquen vuestros labios
Estos dudosos recelos:
¿Porqué no teneis ya zelos?
Decid.

D. Juan. Porque tengo agravios.
Amor tuve con desvelos
Iguales á mi dolor,
Y así como en el amor
Hallan propiedad los zelos,
A un tiempo advertí, y dudé
Cautelosamente sabio;
Pero en sabiendo mi agravio,
De mis zelos me olvidé.
Que si en dudas y recelos
De aquel repetido ardor,
Hay zelos donde hay amor,
Donde hay agravios, no hay zelos.

D. Lope. Aunque ya como enemigo
Vibrais la espada en la mano,
Advertid que vuestro hermano
Era mi mayor amigo;
Y que á oscuras, torpe y ciego,
A don Diego muerte dí:
Pero como no le ví,
No supe que era don Diego.

D. Fern. Y en mi crédito se allana
Esta verdad, que es abono.

D. Juan. Pues esta ofensa os perdono,
Y paso á la de mi hermana.
Hoy mi venganza me llama,
Mucho mas que mi rigor;
Mi hermana está sin honor,
Y mi honor está sin fama:
Y á satisfacer primero
El duelo esta ofensa aspira;
Que esta pasion pide ira,
Y esta ofensa pide acero.

D. Lope. Cuando yo ofendí á doña Ana,
De un error nacieron dos,
Que tampoco, vive Dios,
Supe que era vuestra hermana;
Que antes perdiera la vida,
Avergonzado y corrido.

D. Juan. ¿Y por no haberlo sabido,
Deja de estar ofendida?

D. Lope. Ahora bien, ahora os muestro
Lealtad con que os mitigo;
Pues don Diego fué mi amigo,
Yo lo quiero ser mas vuestro.
Si por templar los recelos
De vuestros discursos sabios,
Os quitase los agravios,
¿Quedariais vos con zelos?
¿Decid, no los templaréis,
Si hallais nuevas recompensas?

D. Juan. Acabadas las ofensas,
Tengo amor, y los tendré.

D. Lope. Y si con nuevos desvelos,
Que han de pronunciar los labios,
Satisfago los agravios,
Y satisfago los zelos,
¿No corregirá advertida
Hoy vuestra sospecha fiera,
Duelo y amor?

D. Juan. Eso fuera
Darme honor, y darme vida;
Y mitigaréis así
Todas mis sospechas.

D. Lope. Pues
Sabed, que yo quise á Ines,
Y Ines no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasion,
Viéndome á su amor rendido,
Por dos veces me ha escondido
En el cuarto y el balcon.
Y puesto que honores gano,
A satisfacer se allana,
Con la mano de doña Ana,
La sangre de vuestro hermano.
Y si al sí de nuestros labios
Doña Ana mi esposa es,
Siendo vuestra doña Ines,
Ni habrá zelos, ni habrá agravios.

D. Juan. Nuevo honor en eso gano.
¿Pues dónde las dos están?

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA INES Y DOÑA ANA.

Da. Ines. Esta es mi mano, don Juan.
Da. Ana. Esta, don Lope, es mi mano.
D. Juan. Así mi honor se remedia.
D. Lope. Ya no es mi amor tan ingrato.
Sancho. Pues vuélvame mi retrato,
Y tenga fin la comedia;
Y acabarla presto es
Porque un vítor alcancemos,
Que Beatriz y yo podemos
Irnos á casar despues.

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO.

Si Rojas no se propuso decididamente en esta comedia probar el ningun respeto que merecen las tan decantadas unidades de lugar y tiempo (pues por lo que hace á la de *accion* ó de *interes* todos están de acuerdo en que es el alma de toda composicion), puede decirse que, sin intentarlo, lo logró completamente. Aquí presenta el autor una accion interesante, y que por su naturaleza misma reclama indispensablemente la mudanza del lugar de la escena, y la duracion necesaria para hacer un viaje de algunas leguas. ¿Habia de renunciar á él porque era imposible reducirle á los consabidos límites de tres horas y pico y de un espacio comprendido entre cuatro bastidores, siempre los mismos? No ciertamente.

Hay en esta comedia, ademas del mérito del argumento, que es ingenioso y nuevo, caractéres delineados de mano maestra y perfectamente sostenidos. El don Lucas del Cigarral,

Zambo un poco, calvo un poco,
Dos pocos verdimoreno,
Tres pocos desaliñado,
Y cuarenta muchos puerco,

es uno de los personages mas cómicos que pueden presentarse en la escena, y el del impertinente don Luis, de quien dice Isabel,

Y en efecto, el tal señor
Que mi libertad apura,
Visto es muy mala figura,
Pero escuchado es peor,

tiene tambien muchísima gracia.

Esta comedia, en fin, por su mucho movimiento, por los caractéres y por su bello lenguaje, en el que siempre se reconoce la diccion vigorosa y castiza del autor de *García del Castañar*, es digna del aprecio de que goza entre los inteligentes.

Tomas Corneille tradujo libremente esta comedia, bajo el título de *Don Beltran del Cigarral.*

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON LUCAS.
DON LUIS.
DON ANTONIO, viejo.
DOÑA ISABEL DE PERALTA.
DOÑA ALFONSA.
CABELLERA, gracioso.
CARRANZA, criado.
ANDREA, criada.

La escena empieza en Madrid, sigue en las ventas de Torrejoncillo, Illescas, y campo de Cavañas, en cuya posada concluye.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Antonio.

DOÑA ISABEL Y ANDREA.

Is. ¿Llegó el coche? ¡Es evidente!
And. Y la litera tambien.
Is. ¡Qué perezoso es el bien,
Y el mal, oh qué diligente!
¡Que mi padre inadvertido,
Darme tal marido intente!
And. Marido tan de repente,
No puede ser buen marido.
Juéves tu padre escribió
A Toledo; ¿no es así?
Pues viérnes dijo que sí,
Y el domingo por tí envió.
Cierta esta boda será,
Segun anda el novio listo;
Que parece que te ha visto,
En la priesa que se da.
Is. A obedecer me condeno
A mi padre, amiga Andrea.
And. Puede ser que este lo sea,
Pero no hay marido bueno.
Ver, cómo se hacen temer
A los enojos menores,
Y aquel hacerse señores
De su perpetua muger;
Aquella templanza rara
Y aquella vida tan fria,
Donde no hay un *alma mia*
Por un ojo de la cara;
Aquella vida tambien
Sin cuidados ni desvelos,
Aquel amor tan sin zelos,
Los zelos tan sin desden,
La seguridad prolija
Y las tibiezas tan grandes,
Que pone un requiebro en Flandes
Quien llama á su muger hija.
¡Ah, bien haya un amador
De estos que se usan ahora,
Que está diciendo que adora,
Aunque nunca tenga amor!
Bien haya un galan en fin,
Que culto á todo vocablo,
Aunque una muger sea diablo,
Dice que es un serafin.
Luego que es mejor se infiera,
(Haya embuste ó ademan)
Aunque mas finja, un galan,
Que un marido, aunque mas quiera.
Is. Lo contrario he de creer
De lo que arguyendo estás,
Y de mi atencion verás
Que el marido y la muger,
Que se han de tener no ignoro,
En tálamo repetido,
Respeto ella á su marido,
Y él á su muger decoro.
Y este callado querer
Mayor voluntad se nombre;
Que no ha de tratar un hombre
Como á dama á su muger.
Y así mi opinion verás
Y mi argumento evidente:
Menos habla quien mas siente,
Mas quiere quien calla mas.
No esa llama solicito,
Toda lenguas al arder;
Porque un amor bachiller
Tiene indicios de apetito.
Y así tu opinion sentencio
A mi enojo ó mi rigor,
Que antes es seña de amor
La cautela del silencio.
Dígalo el discurso sabio,
Si mas tu opinion me apura,
Que no es grande calentura
La que se permite al labio.
La oculta es la que es mayor,
Su dolor el mas molesto,
Y aquel amor que es honesto
Es el que es perfecto amor.
No aquel amor siempre ingrato,
Todo sombras, todo antojos;
Que este nació de los ojos,
Y aquel se engendra del trato.
Luego mas se ha de estimar
Porque mi fe se asegure,
Amor que es fuerza que dure,
Que amor que se ha de acabar.
And. ¿Y di, un marido es mejor
Que en casa la vida pasa?
Is. ¿Pues qué importa que esté en casa
Como yo le tenga amor?
And. Y el que es por fuerza, ¿no es fiera
Pension?
Is. Tampoco me enfada.
And. Naciste para casada,
Como yo para soltera.
Is. Pues déjame.
And. Ya te dejo,
Pero este chisgaravis,
Este tu fino don Luis,
Galan de tapa y espejo;
Ese que habla á borbotones
De su prosa satisfecho,
Que en una horma le han hecho
Vocablos, talle y acciones:
¿Qué es lo que de tí ha intentado?

Is. Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
En casa, calle ni prado
Con una asistencia rara.
Si á la iglesia voy, allí
Oye misa junto á mí;
Si pára el coche, él se pára;
Si voy á andar, yo no sé
Cómo allí se me aparece;
Si voy en silla, parece
Mi gentilhombre de á pié.
Y en efecto el tal señor
Que mi libertad apura,
Visto es muy mala figura,
Pero escuchado es peor.
And. ¿Habla culto?
Is. Nunca entabla
Lenguaje disparatado:
Antes por hablar cortado,
Corta todo lo que habla.
Vocablos de estrado son
Con los que á obligarme empieza;
Dice *crédito*, *fineza*,
Recato, *halago*, *atencion*;
Y de esto hace mezcla tal,
Que aun con amor no pudiera
Dijerirlo, aunque tuviera
Mejor calor natural.
And. ¡Ay, señora mia! malo.
No le vuelvas á escuchar;
Que ese hombre te ha de matar
Con los requiebros de palo.
Is. Yo admitiré tu consejo,
Andrea, de aquí adelante.
And. Señora, el que es fino amante
Habla castellano viejo.
El atento y el pulido,
Que este pretende, creerás,
Ser escuchado no mas,
Mas no quiere ser querido.
Is. Andrea, amiga, sabrás
Que tengo amor, ¡ay de mí!
A un hombre que una vez ví.
And. Dime, ¿y no le has visto mas?
Is. No, y á llorar me provoco
De un dolor enternecida.
And. ¿Y qué le debes?
Is. La vida.
And. ¿No sabes quién es?
Is. Tampoco.
And. Para que ese enigma crea,
¿Cómo, te pregunto yo,
De la muerte te libró?
Is. Oye y lo sabrás, Andrea.
And. Para remediarlo falta
Saber tu mal.
Is. Oye.
And. Dí.
Cab. (*Dentro.*) ¡Ha de casa! ¿Posa aquí
Doña Isabel de Peralta?
And. Por tí preguntan. ¿Quién es?
Is. ¡Si vienen por mí!
And. Eso infiero.
¿Quién es?

ESCENA II.

DICHOS Y CABELLERA.

Cab. Éntrome primero,
Que yo lo diré despues.
Is. ¿Qué quereis?
Cab. Si hablaros puedo,
Y no os habeis indignado,
¿Podré daros un recado
De don Pedro de Toledo?
Is. Hablad: no esteis temeroso.
Cab. ¡Buen talle! *ap.*
Is. Hablad.
Cab. Yo me animo.
Is. ¿Quién es don Pedro?
Cab. Es un primo
Del que ha de ser vuestro esposo,
Que viene por vos.
Is. Sepamos
Qué es lo que envia á decir.
Cab. (*Dándola una carta.*) Que es hora ya de partir,
Si estais prevenida.
Is. Vamos.
Si esto que miro no es sueño,
No sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
Ese primo de mi dueño?
And. ¡O marido apretador!
Is. ¿Yo he de irme con tanta priesa?
Cab. Señora, es órden espresa
De don Lucas mi señor:
Y para él delito fuera,
No llegarle á obedecer.
Manda que aun no os venga á ver
Cuando entreis en la litera.
Is. ¿Quién ese don Lucas es?
Cab. Quien ser tu esposo previene.
Is. Escelente nombre tiene
Para galan de entremes.
¿Vos le servis?
Cab. No quisiera;
Mas sirvole.
And. ¡Buen humor!
Cab. Nunca le tengo peor.
Is. ¿Cómo os llamais?
Cab. Cabellera.
Is. ¡Qué mal nombre!
Cab. Pues yo sé
Que á todo calvo aficiona.
Is. ¿No me dirás qué persona

Es don Lucas?
Cab. Sí diré.
Is. ¿Hay mucho que decir?
Cab. Mucho,
Y mas espacio quisiera.
And. Tiempo hay harto, Cabellera.
Cab. Pues atended.
Is. Ya os escucho.
Cab. Don Lucas del Cigarral,
Cuyo apellido moderno,
No es por su casa, que es
Por un cigarral que ha hecho,
Es un caballero flaco,
Desvaido, macilento,
Muy cortísimo de talle,
Y larguísimo de cuerpo:
Las manos de hombre ordinario,
Los piés un poquillo luengos,
Muy bajos de empeine y anchos,
Con sus juanetes y pedros:
Zambo un poco, calvo un poco,
Dos pocos verdimoreno,
Tres pocos desaliñado,
Y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
Como dice aquel proverbio,
No solo espanta sus males,
Pero espanta los agenos.
Si acaso duerme la siesta,
Da un ronquido tan horrendo,
Que duerme en su cigarral,
Y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante,
Y bebe como un tudesco,
Pregunta como un señor,
Y habla como un heredero.
A cada palabra que habla,
Aplica dos ó tres cuentos:
Verdad es que son muy largos,
Mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga
Que ha estado; ninguno ha hecho
Cosa que le cuente á él,
Que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
A Sevilla, dice luego:
Yo las corrí hasta el Perú,
Con estar el mar en medio.
Si hablan de espadas, él solo
Es quien mas entiende de esto,
Y á toda espada sin marca
La aplica luego el maestro.
Tiene escritas cien comedias,
Y cerradas con su sello,
Para si tuviere hija,
Dárselas en dote luego.
Pero ya que no es galan,
Mal poeta, peor ingenio,
Mal músico, mentiroso,
Preguntador sobre necio,
Tiene una gracia no mas,
Que con esta le podremos
Perdonar esotras faltas;
Que es tan mísero y estrecho,
Que no dará, lo que ya
Me entenderán los atentos;
Que come tan poco el tal
Don Lucas, que yo sospecho
Que ni aun esto podrá dar,
Porque no tiene escrementos.
Estas, damas, son sus partes,
Contadas de verbo ad verbum:
Esta es la carta que os traigo,
Y este el informe que he hecho.
Quererle es tan cargo de alma,
Como lo será de cuerpo.
Partiros, no hareis muy bien;
Casaros, no os lo aconsejo;
Meteros monja, es cordura;
Apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro:
Discreta sois, no lo niego:
Y así estimaos como hermosa;
Y pues sois discreta, os ruego
Que antes que os vais á casar,
Mireis lo que haceis primero.
Is. ¡Buen informe!
And. Razonable.
Is. Pero dime, ¿cómo siendo
Su criado, hablas tan mal
De las partes de tu dueño?
And. ¿Cómo quien come su pan?...
Cab. ¿Yo le como? ni aun le almuerzo.
Sirvo por mi devocion;
Que hice un voto muy estrecho,
De servir á un miserable,
Y estoile ahora cumpliendo.
Is. ¿Pues os pasais sin comer?
Cab. Si no fuera por don Pedro,
Su primo, fuera criado
De vigilia.
Is. ¿Y (dinos esto)
Don Pedro quién es?
Cab. ¿Quién es?
Es el mejor caballero,
Mas bizarro y mas galan,
Que alabar puede el esceso;
Y á no ser pobre, pudiera
Competir con los primeros.
Juega la espada y la daga
Poco menos que Pacheco
Narvaez, que tiene ajustada
La punta con el objeto.
Si torea, es Cantillana;
Es un Lope, si hace versos;
Es agradable, cortés,

Es entendido, es atento,
Es galan sin presuncion,
Valiente sin querer serlo,
Queriendo serlo, bien quisto,
Liberal, tan sin estruendo,
Que da, y no dice que ha dado,
Que hay muy pocos que hagan esto.
And. ¿Es posible que tu padre
Eligiese aquel sugeto,
Pudiéndote dar estotro?
Cab. No me espanto, que en efecto,
Este no tiene un ochavo,
Y esotro tiene dinero.
And. ¿Pues qué importa que lo tenga,
Si lo guarda?
Is. Yo no quiero
Sin el gusto la riqueza.
Decidme: ¿y ese don Pedro
Tiene amor?
Cab. Yo no lo sé;
Mas trátanle casamiento
Con la hermana de don Lucas,
Doña Alfonsa de Toledo,
Que puede ser melindrosa
Entre monjas; y os prometo
Que se espanta de una araña,
Aunque esté cerca del techo.
Vió un raton el otro dia
Entrarse en un agujero,
Y la dió de corazon
Un mal con tan grave aprieto,
Que entre siete no pudimos
Abrirla siquiera un dedo;
Pero son ellos fingidos,
Como yo criado vuestro.
Él viene ya á recibiros.
Is. No vendrá, que vive el cielo,
Que hoy ha de saber mi padre...

ESCENA III.

DICHOS Y DON ANTONIO.

Ant. Doña Isabel, ¿qué es aquesto?
Is. Es que yo no he de casarme,
Mándenlo ó no tus preceptos,
Con don Lucas.
Ant. ¿Porque, hija?
Is. Porque es miserable.
Ant. Eso
No te puede á ti estar mal,
Siendo su muger, supuesto
Que vendrás á ser mas rica,
Cuanto él fuere mas estrecho.
Is. Es porfiado.
Ant. No porfiar
Con él, y te importa menos.
Is. Es necio.
Ant. Él te querrá bien,
Y el amor hace discretos.
Is. Es feo.
Ant. Isabel, los hombres,
No importa que sean muy feos.
And. Señor, es puerco.
Ant. Limpiarle.
Sea lo que fuere, en efecto,
Yo os he de casar con él.
¿Será mejor un mozuelo
Que gaste el dote en tres dias
Y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
Cásoos con un caballero
Que tiene seis mil ducados
De renta, ¡y haceis pucheros!
¿Qué carta es esa?
Is. Una carta
De mi esposo.
Ant. ¿Y yo, no tengo
Carta alguna?
Cab. No, señor.
Voy á llamar á don Pedro,
Porque hasta daros las cartas
No tuve órden para hacerlo.
Guárdeos el cielo. (*Vase.*)
Ant. Él os guarde.

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL, DON ANTONIO Y ANDREA.

Is. Quitadme la vida, cielos. *ap.*
Ant. Veamos qué dice la carta.
Is. Dice así.
Ant. Ya estoy atento.

Is. (*Lee.*) « Hermana, yo tengo seis mil « cuarenta y dos ducados de renta de mayo- « razgo, y me hereda mi primo, si no tengo « hijos. Hanme dicho que vos y yo podemos « tener los que quisieremos: venios esta « noche á tratar del uno, que tiempo nos « queda para los otros. Mi primo va por « vos: poneos una mascarilla para que no « os vea, y no le hableis, que mientras yo « viviere no habeis de ser vista ni oida. En « las ventas de Torrejoncillo os espero: « venios luego, que no están los tiempos « para esperar en venta. Dios os guarde y « os dé mas hijos que á mí. »

And. ¡Hay tal bestia!
Is. Dime ahora
Bien de aqueste majadero.
Ant. Sí haré, que no es disparate
El que viene dicho á tiempo.
Don Lucas es hoy marido,
Y para empezar á serlo
Ha dicho su necedad
Como tal; porque en efecto,

No es marido, quien no dice
Un disparate primero.

(*Dale una mascarilla.*)

La mascarilla está aquí.
And. Y está en el zaguan don Pedro.
Ant. Pues póntela, antes que suba.
Is. Si esto ha de ser, obedezco.

(*Pónese la mascarilla.*)

And. Llamaron.
Is. Llegó mi muerte.
Ant. Abre la puerta.
And. Esto es hecho.

ESCENA V.

DICHOS, DON PEDRO Y CABELLERA.

And. Sea usted muy bien venido.
Ant. Don Pedro, guárdeos el cielo.
Pedro. Seais, señor don Antonio,
Bien hallado.
Ant. ¿Venis bueno?
Pedro. Salud traigo. ¿Y vos?
Ant. Sentaos.
Pedro. Perdonadme, que no puedo;
Que me ha ordenado don Lucas
Que llegue y no tome asiento,
Que os pida su esposa á vos,
Y que se la lleve luego.
Is. ¡Cielos, qué es esto que miro!
¿Este no es el caballero,
A quien le debí la vida?
¿Andrea?
And. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
Is. Este es el que te contaba
Que tengo amor.
And. No te entiendo.
¿Este es quien te dió la vida,
Cómo me dijiste?
Is. El mesmo.
And. ¿Y este á quien quieres?
Is. Tambien.
And. Si este es primo de tu dueño,
¿Qué has de hacer?
Is. Morir, Andrea.
Pedro. Aunque no merezca veros,
Si las conjeturas ven,
Divina Alfonsa, ya os veo:
Mas sois vos, que vuestra fama.
Mal haya el que lisonjero,
Yendo á pintaros perfecta,
Aun no os retrató en bosquejo.
Hermoso enigma de nieve,
Que el rostro habeis encubierto.
Para que no os adivinen,
Ni los ojos, ni el ingenio;
Geroglífico difícil,
Pues cuando voy á entenderos,
Cuanto solicito en voces,
Tanto acobardo en silencios:
Permitid vuestra hermosura;
Mas no hagais tal, que mas quiero
Ver esa pintura en sombras,
Que haber de envidiarla en lejos.
Claro cielo, sol y rayo,
Que está esta nube tejiendo,
Venid á Toledo á ser
El mas adorado objeto,
Que supo lograr Cupido,
En los brazos de himeneo.
La voz de don Lucas habla
En mi voz: yo soy quien ciego
A ser intérprete vine
De aquel amor estranjero.
Y pues sois rayo, alumbrad
Entre sombras y reflejos;
Pues sois cielo y sol, usad
De vuestros claros efectos:
Geroglífico, esplicaos;
Enigma, dad á entenderos;
Pues descubriéndoos sereis,
Con una causa y á un tiempo,
El geroglífico, el rayo,
El sol, la enigma y el cielo.
And. Discreto parece el primo.
Is. Advertid, señor don Pedro,
Que se ha ido vuestra voz
Hácia vuestro sentimiento.
Doña Isabel es mi nombre,
No doña Alfonsa, y no quiero
Que á ella la representeis,
Y ensayeis en mí el requiebro.
Y aunque el favor me digais
Por el que ha de ser mi dueño,
No os estimo la alabanza
Que me haceis. Vedme primero,
Y creeré vuestras lisonjas,
Creyendo que las merezco;
Pero sin verme, alabarme,
Es darme á entender con eso,
O que yo soy presumida
Tanto, que pueda creerlo;
O que don Lucas y vos
Teneis un entendimiento.
Pedro. Pues el sol, aunque se encubra
Entre nubes, no por eso
Deja de mostrar sus rayos
Tan claros, si no serenos.
El iris, ceja del sol,
Mas hermoso está y mas bello,
Cuando entre negros celages
Es círculo de los cielos.
Mas sobresale una estrella
Con la sombra; los luceros,
Porque esté oscura la noche,

No por eso alumbran menos.
Perfume el clavel del prado
En verse cárcel cubierto,
Por las quiebras del capillo
Da á leer sus hojas luego.
¿Pues qué importa, que esa nube
Agora no deje veros,
Si habeis de ser como el iris,
Clavel, estrella y lucero?
Ant. Doña Isabel, ¿qué esperamos?
A la litera.
Pedro. Teneos:
Que vos no habeis de salir
De Madrid.
Ant. ¿Porqué, don Pedro?
Pedro. Porque no quiere mi primo.
Ant. Pues decidme, ¿cómo puedo
Dejar de ir á acompañar
A mi hija? Demas de eso,
Que si yo no se la doy,
Y lo que ordena obedezco,
¿Cómo me podrá dar cuenta
De lo que yo no le entrego?
Pedro. Todo eso está prevenido.
Ved ese papel que os dejo,
Con que no necesitais
De partiros.
Ant. Ya lo leo.
¿Qué es esto? ¡Papel sellado!

(*Abre un pliego.*)

And. ¿Qué será?
Cab. Yo no lo entiendo.
Ant. (*Lee.*) «Recibí de don Antonio de
« Salazar una muger, para que lo sea mia,
« con sus tachas buenas ó malas, alta de
« cuerpo, pelimorena y doncella de fac-
« ciones; y la entregaré tal y tan entera,
« siempre que me fuere pedida por nulidad
« ó divorcio. En Toledo, á... de setiembre
« de 638 años.
DON LUCAS DEL CIGARRAL, Toledo.»
Is. ¿Para mi carta de pago?
Ant. Don Pedro, ¿este caballero
Piensa que le doy muger,
O piensa que se la vendo?
Cab. Pues yo sé, que va vendida
Doña Isabel.
And. Yo lo creo.
Ant. Yo quiero ver á don Lucas
En las ventas. Vamos luego;
Ven, Isabel.
Is. A morir.
¡Valedme, piadosos cielos! *ap.*
Pedro. Aunque esté vuestra pintura
En borron, tiene unos lejos
Dentro, que el alma retrata,
Que casi son unos mesmos.
Is. ¡Quién pudiera descubrirse! *ap.*
Pedro. ¡Quién viera su rostro! *ap.*
Is. ¡Cielos, *ap.*
Qué nave halló la tormenta
En las bonanzas del puerto!
Ant. Ea, Isabel, á la litera.
And. Ve delante.
Cab. Allá te espero.
Ant. Yo lo erré, vamos.
Is. Ya voy.
Ant. ¿Qué esperais?
Pedro. Ya os obedezco.
Is. ¿Si fuese yo la que quiere?
Pedro. ¿Si este es mi perdido dueño?
Ant. Mas si don Lucas es rico,
¿Qué importa que sea necio?

ESCENA VI.

Sala en la venta de Torrejoncillo.

DON LUIS Y CARRANZA.

Car. ¿No me dirás, don Luis, adónde
Ya en las ventas estamos [vamos?
Del muy noble señor Torrejoncillo,
U del otro segundo Peralbillo:
Pues aquí la hermandad mesonizante
Asaetea á todo caminante.
Don Luis, habla: conmigo te aconseja.
¿No me dirás que tienes?
Luis (*paseándose*). Una queja.
Car. ¿A qué efecto has salido de la corte?
En estas ventas, di, ¿qué habrá que importe
Para tu sentimiento?
Di, ¿qué tienes, señor?
Luis. Desvalimiento.
Car. Deja hablar afeitado,
Y dime, ¿á qué propósito has llegado
A estas ventas? Refiére me en efeto,
¿Qué vienes á buscar?
Luis. Busco mi objeto.
Car. ¿Qué objeto? Habladme claro, señor mio.
Luis. Solicito á mi llama mi albedrío.
Car. ¿No acabarémos, y dirás qué tienes?
Luis. ¿Quieres que te procure á mis desdenes?
Car. A oirlos, en tu pro yo me sentencio.
Luis. Y en fin, ¿han de salir de mi silen-
Car. Dilos, señor. [cio?
Luis. Pues á mi voz te pido,
Que hagas un agasajo con tu oido.
Carranza amigo, yo me hallé inclinado;
Costóme una deidad casi un cuidado;
Mentalmente la dije mi deseo;
Aspiraba á los lazos de himeneo;

Y ella viendo mi amor enternecido,
Se dejó tratar mal del dios Cupido.
Su padre, que colige mi deseo,
En Toledo la llama á nuevo empleo,
Y hoy sale de la corte
Para lograr indigno otro consorte.
Por aquí ha de venir, y aquí la espero;
Convalecer á mi esperanza quiero,
Dando al labio mis ímpetus veloces,
A ver que hacen sus ojos con mis voces.
Isabel es el dueño,
Vida del alma, y alma de este empeño,
La que con tanto olvido
A un amante ferió por un marido.
Suspiraré, Carranza, vive el cielo,
Aunque me cueste todo un desconsuelo;
Intimaréla todo mi cuidado,
Aunque muera de haberle declarado;
Culparé aquel desden, que el pecho indicia,
Aunque destemple airada la caricia.
Mas si los brazos del consorte enlaza,
Indignaréme con el amenaza;
Mis ansias irritado, airado, fiero,
Trasladaré á las iras del acero;
Que es descrédito hallarme yo corrido,
Quedándose mi amor tan desvalido.
Esta es la causa, porque desta suerte
Yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
De suerte, que corrido, amante y necio,
Vengo á entrar por las puertas del desprecio;
Con vuelo que la luz penetrar osa,
Galanteo mi muerte, mariposa;
Porque en este desden, que amante estraño,
Me suelte mi albedrío el desengaño,
Y en este sentimiento
Mi eleccion deje libre mi tormento,
Y para que Isabel desconocida
Logre mi muerte, pues logró su vida.

Car. Oí tu relacion y maravilla.
¿Que con cuatro vocablos de cartilla,
Todos impertinentes,
Me digas tantas cosas diferentes? [do?

Luis. Gente cursa el camino. ¿Si ha llega-

Car. ¿Qué es cursa? ¿Este camino está

Uno (*dentro*). ¡Ha de la venta! [purgado?

Todos (*dentro*). ¡Hala!

Uno (*dentro*). Ah seor ventero,
¿Hay qué comer?

Dos (*dentro*). No faltará carnero.

Uno (*dentro*). ¿Es casado vusted?

Dos (*dentro*). Mas ha de treinta.

Uno (*dentro*.) Segun eso, carnero hay en la venta. [celebre,

Tres (*dentro*). Huésped, así su nombre se
Véndame un gato, que parezca liebre.

Todos (*dentro*). ¡Hala!

Uno (*dentro*). ¿Qué hay?

Dos (*dentro*). Mentecato,
Compra al huésped, que es libre, y tira á

Car. Una dama y un hombre miro. [gato.

Luis. Quedo.
Espérate, que vienen de Toledo.

Car. Nada, pues, te alborote.

Uno (*dentro*). ¿Dónde van Dulcinea y don Quijote?

Dos (*dentro*). ¿Dónde han de ir? Al Toboso por la cuenta.

Lucas (*dentro*). Voy al infierno.

Uno (*dentro*). Eso es á la venta.

Luis (*dentro*). ¡Raro sujeto es este que ha llegado!

Car. Aqueste es un don Lucas, un men-
De Toledo. [guado

Uno (*dentro*). Ah seor huésped, si le agra-
Écheme ese fiambre en ensalada. [da,

Dos (*dentro*). Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
En la calle del Lobo hay aposento.

Tres (*dentro*). Pues á fe que es muger de gran trabajo.

Lucas (*dentro*). . . . . .
Que han de entrar en la venta por la posta.

Todos (*dentro*). Gua, gua.

Uno (*dentro*). Que la ha tendido don Lan-

Lucas (*dentro*). Mentis, canalla. [gosta.

Car. Ahora ha echado el resto.

Lucas (*dentro*). Apeaos, doña Alfonsa: acabad presto,
Porque quiero reñir.

Alf. (*dentro*). Detente, espera;
Que me dará un desmayo que me muera.

Uno (*dentro*). Doña Melindre, déjele.

Lucas (*dentro*). ¿Qué espero?
Matarélos, á fe de caballero.

Alf. (*dentro*). Detente, hermano.

Lucas (*dentro*). Vínome la gana.

ESCENA VII.

DICHOS, DON LUCAS Y DOÑA ALFONSA.

Lucas. Téngame cuenta usted con esta hermana. (*A don Luis.*)

Luis. ¿No ve vusted que es vaya?

Car. Uced se tenga.

Lucas. Conmigo no ha de haber vaya, ni
Gentecilla... [venga.

Todos (*dentro*). Gua, gua.

Luis. Tened templanza.

Uno (*dentro*). Envaine vuesarced, señor Carranza. [vado?

Lucas. ¿A mí Carranza, villanchon mal-

(*Empuña la espada Carranza.*)

Car. Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado:

Que yo tambien me atufo y me abochorno.
Lucas. Mientes tú y cinco leguas en contorno.
Car. Saquéla. (*Sacando la espada.*)
Luis. Téngase, que ya me enfada.
Lucas. Déjeme darle solo esta estocada.
Luis. Tened.
Lucas. Yo he de tirarle este altibajo.
Luis. No me desperdicieis este agasajo.
Lucas. No os entiendo.
Alf. Señor, mira.
Luis. Repara,
Que es mi sirviente.
Lucas. Fuera.
Pedro (*dentro*). Pára.
Todos (*dentro*). Pára.
Luis. Una litera entró, y podeis templaros.
Lucas. Aunque entre un coche, tengo de mataros.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON PEDRO, DON ANTONIO, CABELLERA, ANDREA, Y DOÑA ISABEL CON MASCARILLA.

Pedro. ¿Qué es esto?
Alf. Tente, hermano;
Detente.
Lucas. No me vayan á la mano.
Ant. ¿Con quién riñe?
Luis. Con este mi criado.
Ant. ¿Con un pobre criado así indignado?
Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.
Lucas. Yo pensé que reñia con Carranza.
Luis. Envainad, pues os logro tan templado.
Lucas. Primero ha de envainar vuestro [criado.
Car. (*Envainando.*) La espada desem-
Y obedezco. [puño
Lucas. Yo envaino la de Ortuño.
Is. Andrea, ¡qué mal hombre!
And. ¡Qué hosco y negro!
Lucas. Por mi cuenta, señor, vos sois mi suegro.
Ant. Vuestro padre seré.
Pedro. Muero abrasado. *ap.*
Alf. ¿Don Pedro qué será que no me ha hablado?
Mas tambien puede ser que no me vea.
Is. Doña Alfonsa es aquella, amiga An-
Luis. Esta es doña Isabel. [drea.
Car. Callar intenta.
And. Don Luisillo tambien está en la ven-
Luis. No puedo resistirme. *ap.* [ta.
Is. ¡Qué hasta aquí haya venido á perseguirme!
Lucas. ¿Y hala visto mi primo?
Ant. Ni la ha hablado.
Lucas. ¿Vino siempre cubierta?
Ant. Así ha llegado.
Lucas. ¿Y en fin me quiere bien?
Ant. Por vos se muere.
Lucas. ¿Y la puedo decir lo que quisiere?
Ant. Sí podeis.
Lucas. ¿Puedo?
Pedro. ¿Si obligarla intenta? *ap.*
Lucas. Pues así os guarde Dios, que tengais cuenta.
Un amor, que apenas osa
Hablaros, dice fiel,
Que una de dos, Isabel,
O sois fea, ó sois hermosa.
Si sois hermosa, se acierta
En cubrir cara tan rara;
Que no ha de andar vuestra cara
Con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
Diligencia bien lograda;
Puesto que estando tapada,
Nadie sabrá si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,
Con vos, si hoy hermosa os ven;
Mas si os ven fea, tambien
Todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así por Dios,
Aunque os parezca importuno;
Que no se ha de holgar ninguno
Ni conmigo ni con vos.
Is. ¿Qué hombre es este, Andrea?
And. El peor
Que he visto, señora mia.
Ant. ¡Qué necedad!
Luis. Grosería. *ap.*
Lucas. ¿No me hablais?
Is. Digo, señor,
Que debo agradecimiento
A ansias y pasiones tales;
Pues en vos admiro iguales
El talle y entendimiento.
La fama que vos teneis,
Por ser quien sois, os aclama:
Pero no dijo la fama
Tanto, como mereceis.
Y así la muerte resisto
Tarde; pues quiero decir,
Que en viéndoos, pensé morir,
Y ya muero, habiéndoos visto.
Lucas. ¡Lindo ingenio!
Ant. Así lo crea
Vuestra pasion prevenida.
Lucas. ¿Qué decis?
Pedro. Que es entendida,
Y debe de ser muy fea.
Alf. Haz que el rostro se descubra,
Hermano, si verla intentas.

Lucas. Dejádmela brujulear,
Que pinta bien.
Alf. ¿A qué esperas?
Lucas. Isabel, hacedme gusto
De descubriros, y sea
La máscara el primer velo
Que corrais á la modestia;
Que están aquí debatiendo
Si sois fea, ó no sois fea:
Y si acaso sois hermosa,
No es justicia que yo tenga
Mancilla en el corazon
Porque no tengais vergüenza.
Is. Los que son en vos preceptos,
Han de ser en mí obediencia.
Yo me descubro. (*Quítase la mascarilla.*)
Lucas. Llenóme.
Don Antonio, á fe, de veras,
Que haceis escelentes caras.
Ant. Era su madre muy bella.
Pedro. Vive Dios, que es Isabel,
A quien en la rubia arena
De Manzanares un dia
Libré de la muerte fiera.
Lucas. ¿Qué os parece la fachada,
Primo mio? Hablad.
Pedro. Que es buena.
Is. Ya me conoció don Pedro,
Porque son los ojos lenguas.
Pedro. ¿Y á tí qué te ha parecido,
Doña Alfonsa?
Alf. Que es muy fea.
Pedro. Eres muger, y no quieres
Que alaben otra belleza.
Lucas. Pensando estoy qué deciros,
Despues que os ví descubierta.
¡Qué no sé lo que me diga!
¿Pedro?
Pedro. Señor.
Lucas. Oye, llega,
Y dí por la boca verbos,
O lo que á tí te parezca.
Háblala del mismo modo,
Como si yo mismo fuera;
Dila aquello que tú sabes,
De luceros y de estrellas,
Tierno como el mismo yo,
Hasta dejarla muy tierna:
Que cubierto yo me atrevo
A hablar como una manteca;
Pero en mi vida he sabido
Hablar tierno á descubiertas.
Pedro. ¿Yo he de llegar?
Lucas. Sí, primillo:
Con mi propio poder llegas.
Pedro. ¿Con qué alma la he de decir
Los requiebros y ternezas,
Si es fuerza que haya de hablar
Con la tuya?
Lucas. Con la vuestra.
Señora, allá va Perico:
No hay sino teneos en buenas,
Y advertid que los requiebros
Que os dijere, los requiebra
Con mi poder: respondedle
Como si á mí propio fuera.
Empezad.
Pedro. Ya te obedezco.
Is. Déme mi dolor paciencia. *ap.*
And. Lindo empleo hizo Isabel. *ap.*
Pedro. Amor, alas tienes, vuela. *ap.*
Surgió la nave en el puerto,
Halló el piloto la estrella,
Dió el arroyo con la rosa,
Salió el arco en la tormenta,
Gozó el arado la lluvia,
Hallaron al sol las nieblas,
Rompió el capillo la flor,
Encontró el olmo la hiedra,
Tórtola halló su consorte,
El nido el ave ligera;
Que esto, y haberos hallado,
Todo es una cosa mesma.
¡Bien haya ese velo ó nube,
Que piadosamente densa,
Porque no ofendiese al sol,
Detuvo á la luz perpleja!
Yo he visto nacer el dia
Con clara luz y serena,
Para castigar el prado,
O ya en sombras, ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
Serenidades diversas,
Para engañar al mar cano
Con una y otra tormenta.
Pero engañarme con sombras
Y herir con luz, es destreza
Que ha inventado la hermosura,
Que es de las almas maestra.
Vos sois mas que aquello mas,
Que cupo en toda mi idea,
Y aun mas que aquello que miro,
Si hay mas en vos, que mas sea.
Que tan iguales se añudan
En vos ingenio y belleza,
Vuestro donaire tan uno
Se ha unido con la modestia,
Que si rendirme no mas
Que á la hermosura quisiera,
El ingenio me ha de hacer,
Que del ingenio me venza.
Sí; del donaire el recato
Es quien igual me sujeta;
Porque como estas virtudes
Están unidas, es fuerza
Que no ós quiera por ninguna,

O que por todas os quiera.
Lucas. Aprieta la mano, Pedro,
Que eso es poco.
Pedro. Hermosa hiena,
Que halagasteis con voz blanda,
Para herir con muerte fiera,
¿Cómo, decidme, de ingrata
Soberbiamente se precia,
Quien me ha pagado una vida
Con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví,
Se rindieron mis potencias
De suerte...
Is. Mirad, señor,
Que es grosería muy necia,
Que me vendais un desprecio
A la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente
Por la vista: amor se engendra
Del trato, y no he de creer
Que amor que entra con violencia,
Deje de ser como el rayo,
Luz luego y despues pavesa.
Pedro. No engendra al amor el trato,
Isabel; que si eso fuera,
Fuera querida tambien,
Siendo discreta, una fea.
Is. El trato engendra al amor;
Y para que la esperiencia
Lo enseñe, si no hay agrado,
Es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura:
Para el agrado es de esencia
Que haya trato: luego el trato
Es el que el amor engendra.
Pedro. Con trato amor, yo confieso
Que es perfecto; mas se entienda,
Que amor puede haber sin trato.
Is. Pero en fin, amor se acendra
En el trato.
Pedro. Decis bien.
Is. Pues si es así, luego es fuerza
Que os quede mas que quererme,
Si mas que tratarme os queda.
Lucas. No me agradan estos tratos.
Pedro. Concedo esa consecuencia:
Mas ya os trata amor si os oye,
Ya os quiere amor...
Lucas. Mucho aprieta.
Is. ¿Y me quereis?
Pedro. Os adoro.
Solo falta que yo vea
Vuestro amor.
Is. Dirále el tiempo.
Pedro. No le deis al tiempo treguas,
Teniendo vos vuestro amor.
Is. Pues como á mi esposo, es fuerza
Quereros.
Pedro. Seré dichoso.
Is. Esta mano, que lo es vuestra,
Lo dirá.
Lucas. No es sino mia.

(*Tómale la mano don Lucas.*)

Y es muy grande desvergüenza,
Que os tomeis la mano vos,
Sin dármela á mí la Iglesia.
Primillo, fondo en cuñado,
Idos un poco á la lengua.
Pedro. Si yo hablaba aquí por vos.
Lucas. Sois un hablador, y ella
Es tambien otra habladora.
Is. Si vos me disteis licencia...
Lucas. Sí, pero sois licenciosa.
Pedro. Como tú dijiste que era
Poco lo que la decia...
Lucas. Poco era. ¿Quién os lo niega?
Mas ni tanto ni tan poco.
Alf. ¡Que ella le hablase tan tierna, *ap.*
Y que él la adore tan fino!
Lucas. Doña Alfonsa.
Alf. ¿Qué me ordenas?
Lucas. Llevaos con vos esta mano.

(*Dale la mano de doña Isabel.*)

Alf. Sí haré, y pido que me tengas
Por tu amiga y servidora;
Y tu enemiga. *ap.*
Lucas. En Illescas
Me he de casar esta noche.
Alf. Hasta ir á Toledo, espera;
Para que don Pedro y yo
Nos casemos, y allí sean
Tu boda y la mia juntas.
Is. Antes quiera amor que muera. *ap.*
Lucas. Señora mia, no estoy
Para esperaros seis leguas.
Luis. Muerto estoy. (*ap.*) A acompañaros
Iré con vuestra licencia,
Y celebrar vuestra boda.
Yo soy don Luis de Contreras,
Vuestro servidor antiguo.
Lucas. No os conozco, en mi conciencia.
Luis. Y amigo de vuestro padre.
Lucas. Sed su amigo norabuena;
Pero no habeis de ir conmigo.
Cab. Llega el coche.
And. La litera.
Luis. Yo he de ir con vos.
Lucas. Voto á Dios,
Que me quede en esta venta.
Luis. Ya me quedo.
Lucas. ¡Gran favor!
Is. Muerta voy. *ap.*
Cab. ¡Hermosa bestia! *ap.*
Alf. Muriendo de zelos parto. *ap.*

Pedro. ¡Que esto mi dolor consienta! *ap.*
Ant. ¡Que esto mi prudencia sufra! *ap.*
Is. ¡Que esto influyese mi estrella! *ap.*
Lucas. Alfonsa, ¿guardas la mano?
Alf. Sí, señor.
Lucas. Pues tened cuenta.
Entre bobos anda el juego.
Pedro, entrad.
Pedro. Cielos, paciencia. *ap.*
Lucas. Guárdeos Dios, señor don Luis.
Luis. Allá he de ir, aunque no quiera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Patio del meson de Illescas.

DON PEDRO CON SOMBRERO, CAPA Y ESPADA; Y CABELLERA MEDIO DESNUDO POR EL PATIO DEL MESON.

Cab. ¿Adónde vas, señor, de esta manera,
Medio desnudo?
Pedro. Calla, Cabellera.
Cab. A las dos de la noche, que ya han da-
De mi medio columpio me has sacado, [do,
Y discurrir no puedo
Donde ahora me llevas.
Pedro. Habla quedo.
Cab. Si hemos de ir fuera, aquí miro cer-
La puerta principal de la posada. [rada
Pedro. No ha sido ese mi intento.
Cab. ¿Pues adónde hemos de ir?
Pedro. A este aposento.
Cab. Don Lucas aquí duerme recojido,
Que se oye en todo Illescas el ronquido.
Doña Alfonsa, su hermana,
Duerme en otra alcobilla á él cercana.
Pedro. ¿Y el padre de Isabel?
Cab. Duerme á aquel lado,
En aquel aposento.
Pedro. ¿Está cerrado?
Cab. Cerrado está. Di lo que quieres, ea.
Pedro. ¿Y dónde están doña Isabel y An-
Cab. En esta sala están. [drea?
Pedro. Ven poco á poco,
Que la tengo de hablar.
Cab. Si no estás loco,
Que has de perder el seso he imaginado.
¿Qué es esto? ¡Tú, señor, enamorado
De una muger, que serlo presto espera
De don Lucas!
Pedro. Sí, amigo Cabellera.
Cab. Ten, señor, mas templanza.
¡Tú faltar de tu primo á la confianza!
¿Cómo? ¡Tú enamorado de repente!
Pedro. Mas anciano es el mal de mi acci-
Siglos ha que padezco un mal eterno. [dente.
Cab. Yo tuve tu accidente por moderno.
Pero si tiene tanta edad, mas sabio
Quiero saber tu pena por tu labio.
Dime tu amor, que ya quiero escucharle.
Pedro. ¿Qué intentas con oirle?
Cab. Disculparle.
Pedro. ¿Me ayudarás despues?
Cab. Soy tu criado.
Pedro. ¿Oyenos alguien?
Cab. Todo está cerrado.
Pedro. ¿Tendrás secreto?
Cab. Ser leal intento.
Pedro. Pues escucha mi amor.
Cab. Ya estoy atento.
Pedro. Era del claro julio ardiente dia,
Manzanares al soto presidia,
Y en clase, que la arena ha fabricado,
Lecciones de cristal dictaba al prado,
Cuando, al morir la luz del sol ardiente,
Solicito bañarme en su corriente.
En un caballo sendas examino,
Y á la Casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
Elijo fértil sitio de esmeralda;
Del caballo me apeo,
Creo la amenidad, el cristal creo;
Y apenas con pereza diligente
La templanza averiguo á la corriente,
Cuando alegres tambien como veloces,
A un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,
Y solo la logré con el oido.
Piso por las orillas, y tan quedo,
Que pensé que pisaba con el miedo.
Mas la voz me encamina, y mas me llama;
Voy apartando la una y otra rama,
Y en el tibio cristal de la ribera
A una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
Fuera el rostro y en roscas el cabello,
Deshonesto el cristal que la gozaba,
De vanidad al soto la enseñaba.
Mas si de amante el soto la queria,
Por gozársela él toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
Verla por los cristales transparentes,
Y al dedicar mis ojos á mi pena,
Estaba al movimiento de la arena,
Ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
¿Quién con esta deidad no ha de estar ciego?
Turbio el cristal estaba,
Y cuanto mas la arena le enturbiaba,
Mejor la vi, que al no ver la corriente,

Sola era su deidad lo transparente,
No el rio, que al gozar tanta hermosura,
Él es quien se bañaba en su blancura.
Cubria, para ser segundo velo,
Túnica de Cambray todo su cielo,
Y solo un pié movia el cristal blando;
Sin duda imaginó que iba pisando.
Pero cuando, sin verse, se mostraba,
Un plumage del agua levantaba,
Del curso propio con que se movia:
Viale entre el cristal y no le via;
Que distinguir no supo mi albedrío,
Ni cuando era su pié ni cuando el rio.
Procuraban ladrones mis enojos
Robar sus perfecciones con los ojos,
Cuando en pié se levanta, toda hielo,
Cubre el cristal lo que descubre el velo;
Recátome en las ramas dilatadas,
Prevenidas la esperan sus criadas;
Dícenla todas que á la orilla pase,
Y nada se dejó que yo robase:
Y en fin, al recogerla,
Tiritando salió perla con perla;
Y yo dije abrasado:
¡Oh qué bien me parece el fuego helado!
Sale á la orilla donde verla creo;
Ponénseme delante y no la veo:
Enjúgala el halago prevenido
La nieve que ella habia derretido;
Cuando un toro con ira y osadía
(Que era dia de fiestas este dia)
Desciende de Madrid al rio, y luego
Mas irritado, sí, que no mas ciego,
Quiere cruel, impío,
De corage beberse todo el rio.
Bebe la blanca nieve,
Bebe mas y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
Parte á vengar su injuria por el soto:
Las cortinas de ramas desabrocha,
Sacude con la coz á la garrocha,
Y á mi hermosa deidad vencer procura;
Que se quiso estrenar en la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con recelo,
Y ella se honesta con segundo velo;
Que aunque el temor la halló desprevenida,
Quiso mas el recato que la vida.
Yo que miro irritarse el toro airado,
De amor y de piedad á un tiempo armado,
Indigno la pasion, librarla espero,
Y dándole advertencias al acero,
(Osadía y pasion á un tiempo junta)
El corazon le paso con la punta,
Con tan felice suerte,
Que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce que á mi amor debe la vida;
Honestamente la hallo agradecida;
Menos, viéndola mas, mi amor mitigo;
Entra dentro del coche y yo la sigo:
Cierra luego la noche,
Entre otros con lo oscuro pierdo el coche.
Búscala y no la encuentra mi cuidado:
Voime á Toledo, donde enamorado
Le dije mis finezas con enojos
A aquel retrato que copié en los ojos.
Quéjome solo al viento,
Procúrame mi primo un casamiento;
La ejecucion de sus preceptos huyo;
Voy á Madrid á efectuar el suyo;
Vuelvo con Isabel... ¡Nunca volviera!
Cubre el rostro Isabel... ¡Nunca le viera!
Pues dice mi esperanza, hoy mas perdida,
Que es Isabel á la que dí la vida
Por valor; y por suerte,
Que es Isabel la que me da la muerte.
Y en fin, amante sí y no satisfecho,
De la sombra esta noche me aprovecho;
A vengar con mis voces este agravio,
Salga esta calentura por el labio;
Sepa Isabel de mi cruel tormento.
Asusten mis suspiros todo el viento;
Sean ahora, que Isabel me deja,
Intérpretes mis voces de mi queja;
Suceda todo un mal á todo un daño;
Válgame un riesgo todo un desengaño.
Ahora la he de hablar: verla porfio:
Déjame, que use bien de mi albedrío;
Deja que á hablarla llegue,
Para que esta tormenta se sosiegue;
Déjame que la obligue,
Para que este cuidado se mitigue,
Y porque al referir pena tan fiera,
Mi gloria dure y mi tormento muera.

Cab. Tu relacion he escuchado,
Y por Dios que me lastimo,
Que se enamore quien tiene
Tan lindos cinco sentidos.
¡Tú, señor, enamorado!

Pedro. Es el sugeto divino.

Cab. Y tú muy lindo sugeto.
Pero puesto que has venido
A hablar con doña Isabel,
Llega falso y habla fino.
Pero no andarás muy falso
Con don Lucas, que es tu primo;
Pues tú la amabas primero,
Y él hasta ayer no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
Un hombre á todo albedrío,
No hay hermano para hermano,
Ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿Cómo ha de valer un primo,
Que es parentesco de negros?
Todos están recogidos
Los huéspedes del meson,

¿Llamaré?
Pedro. Llama quedito.
Cab. No sea que el huésped nos sienta,
Que es el huésped mas cocido
Que hay en Illescas, y siente
Dentro en su casa un mosquito.
Pedro. Oyes, ¿viste anoche entrar
A un don Luis, que se hizo amigo
De don Lucas?
Cab. Embozado
Tras la litera se vino,
Y anoche tomó posada
En el meson.
Pedro. ¿Y has sabido
A qué viene?
Cab. Galantea
A Isabel, que así lo dijo
Su criado á otro criado,
Y aqueste criado mismo
A otro criado despues,
Como criado fidedigno,
Se lo contó, y él á mí.
Yo ahora á tí te lo aviso;
Que no sirve, quien no cuenta
Lo que ha visto, y que no ha visto.
Pedro. Pues con amor y con zelos
A un tiempo me determino
A hablar á Isabel.
Cab. Pues manos
Al amor, amo y amigo.
¿Llego?
Pedro. No llegues: espera;
Que están abriendo el postigo
Por de dentro.
Cab. Dices bien.
Pedro. ¿Qué será?
Cab. No lo he entendido.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA ISABEL Y ANDREA QUE SALEN DE UN APOSENTO.

Is. No me detengas, Andrea.
And. ¿Dónde vas?
Is. A dar suspiros
A los cielos de mis quejas.
And. Témplate.
Is. No espero alivio.
And. ¿Qué intentas?
Is. Buscar mi padre.
And. Está ahora recogido.
Is. Ven á despertarle, Andrea;
Que no ha de ser dueño mio
Don Lucas.
And. Resuelta estás.
Pedro. Arrimate.
Cab. Ya me arrimo.
And. ¿Y si no quiere tu padre?
Is. No es dueño de mi albedrío.
And. ¿Pues quién ha de ser tu esposo?
Is. Don Pedro ha de serlo mio,
O ninguno lo ha de ser;
Si no es que desconocido,
A Alfonsa quiere.
Pedro. Pedidme
Albricias, alma y sentidos.
And. Vuélvete á dormir.
Is. No puedo.
Cab. Cenó poco; no me admiro.
Is. ¿En qué aposento hallaré
A mi padre?
And. No le he visto
Recoger: yo no lo sé.
En habiendo amanecido,
Podrás hablarle.
Is. No alargues,
Plazos á un dolor prolijo.
Don Pedro ha de ser.

(*Se encuentra con don Pedro.*)

Pedro. Don Pedro
Infelice, dueño mio,
Ha de ser, quien os adore
Tan amante y tan rendido,
Que han de ser alma y potencias
Lo menos que os sacrifico.
Is. ¿Quién es?
Pedro. Quien no os ha ganado,
Cuando ya os hubo perdido:
El que os ha grangeado á penas,
El que os mereció á suspiros,
El que os solicita á riesgos,
El que os procura á cariños.
Is. Hablad quedo, y ved que estamos...
Pedro. Templar la voz no resisto,
Que esta es la voz de mi amor,
Y está mi amor encendido.
Is. Señor don Pedro, si oisteis
La verdad del dolor mio,
Si aun no os ha costado un ruego
La compasion de un cariño,
No os llameis tan infeliz,
Como decis, pues no he dicho
Acaso, que tengo amor,
Y ya vos lo habeis sabido.
Dejad para el desdeñado
La queja: llámese el digno
Feliz, é infeliz se llame
El que nunca ha merecido.
Yo sí que soy desdichada;
Pues os quiero y lo repito,
Y estando vivo el amor,
Tengo á los zelos mas vivos.
Ya habreis templado con verme
El mal de no haberme visto;
Este sí es mal, pues que tiene,

Viéndoos mas, menos alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra;
Con que viene á ser preciso
Que no lo pueda yo ser,
Ni pueda llamaros mio.
Ella es quien dice que os quiere;
Con que yo naturalizo
A mis bastardos temores,
Que son de mis zelos hijos.
Mirad, pues, cuál de los dos
El mas infeliz ha sido;
Pues vos lograis un amor,
Y yo unos zelos concibo.
Pedro. ¿Yo, Isabel, no tengo zelos;
Yo, decis vos, que me libro
De una verdad, que la cubro
Con la sombra de un indicio?
¿No es la flor clicie don Luis,
Que constante á los peligros,
Está acechando los rayos
De vuestro oriente vecino?
¿No viene á amaros, señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
Que os quiere?
Is. ¿Y quién es el sol?
No con falsos silogismos
Me arguyais, cuando estais vos
Respondiéndoos á vos mismo.
Si es la clicie flor don Luis,
¿Cuándo el sol la clicie quiso?
¿Cuándo, para desdeñarla,
No es cada rayo un aviso?
Si soy sol, como decis,
¿Cuándo mis rayos no han sido,
Para desdeñarle, ardientes,
Y para abrasarse tibios?
¿Qué os daña á vos, que él me quiera,
Pues veis que yo no le estimo?
Mucho mas florece el premio
De la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
Y él está desvanecido
De ver que le hayan premiado
En competencias del lirio.
Olmo que abrazó á la hiedra,
Está mas agradecido
De ver que siendo él distante,
Se olvidase del vecino.
¿Así qué importa, que amante,
Constante, atento y activo,
Me quiera don Luis á mí,
Si con ver un amor mismo
En los dos, con ser á un tiempo
Tan constantes como finos,
Sois el preferido vos,
Y es él el aborrecido?
Pedro. Luego aunque me quiera á mí
Doña Alfonsa, no hay indicio
Para zelos.
Is. Sí le hay;
Porque vos no me habeis dicho
Que no la quereis; y yo,
Que aborrezco á don Luis, digo.
Pedro. Pues yo solo os quiero á vos.
Is. Que no me halagueis os pido
Con el amor, si despues
Me matais con el olvido;
Que mucho peor será,
Si no le teneis, fingirlo,
Que si le teneis, callarle;
Pues por mas decente elijo
Que me oculteis vuestra llama
Y os halle despues mas fino,
Que no hallarme aborrecida,
Pensando que me han querido.
Pedro. Pulid el bruto diamante
De mi amor, en cuyos visos
Hareis claras esperiencias
Del fondo del ardor mio.
Is. Pues elijase un remedio
Para evitar los designios
De mi padre.
And. Ce, señores.
Pedro. ¿Qué es lo que dices?
And. Que miro
Abrir aquel aposento.
Pedro. ¿Cuyo es?
And. El de don Luisillo.
Pedro. ¿Dónde irá?
And. Habrá madrugado,
Para tomar el camino
Antes que amanezca.
Cab. Es cierto.
Is. Pues, señor, yo me retiro,
No me vea.
Pedro. Bien eliges.
Is. Quédate á Dios, dueño mio.
Pedro. En fin, ¿me querrás?
Is. Soy tuya.
Pedro. ¿Y don Luis?
Is. Es mi enemigo.
¿Y Alfonsa?
Pedro. Mátela amor.
Cab. Acabad, cuerpo de Cristo,
Que está don Luis en el patio.
Is. Pues yo me voy. Ven conmigo.

(*A Andrea.*)

Cab. Señor, entra tú tambien;
Porque don Luis ha salido,
Y puede verte al pasar
A tu aposento, y colijo
Que no puede juzgar bien
De verte á esta hora vestido.
Is. Mirad, don Pedro...
Pedro. ¿Qué importa

Que esté un instante contigo,
En tanto que este don Luis
Sale fuera?
And. Bien ha dicho.
Luz tienes, y eres honrada,
Que él te quiere bien he oido,
Y los que son mas amantes,
Son los menos atrevidos.
Is. Pues cierra.
And. La puerta cierro.
Pedro. Tú quédate aquí escondido,
Pues no importa que te vea.
Cab. Obedecerte es preciso.
And. Lo dicho dicho, lacayo.

(*Entranse los tres en el cuarto de doña Isabel.*)

Cab. Fregona, lo dicho dicho.

ESCENA III.

DON LUIS, CABELLERA Y CARRANZA.

Car. ¿A media noche, señor,
Dónde vas?
Luis. Nada te espante.
Voy á intimar á mi amante
La justicia de mi amor.
Car. No alcanzo tu pensamiento.
Luis. Huella quedo.
Car. ¿No dirás
Adónde á estas honras vas?
Luis. Solicito su aposento,
Car. Ten cordura, ten templanza.
¡Que esto un hombre cuerdo intente!
¿Y si don Lucas te siente?
Luis. No me aconsejes, Carranza.
Car. Durmiendo á todos ahora
Con un mismo sueño igualo;
No seas Arias Gonzalo,
Si está hecho el meson Zamora.
De verla no es ocasion,
Y esta en que la vas á hablar,
Solo es hora de buscar
A la moza del meson.
Luis. A dedicar almas mil,
Vengo á la luz por quien veo;
Porque nunca yo flaqueo
De ese accidente civil.
Car. Si ello ha de ser, vamos pues:
Mitiga tu sentimiento.
Luis. ¿Sabes cuál es su aposento,
Carranza amigo?
Car. Este es:
Anoche se recogió
En este aposento.
Luis. Y dí,
¿Estás cierto en eso?
Car. Sí.

(*Llama Carranza á otro aposento que está enfrente del de Isabel.*)

Luis. Pues llama. ¿Responden?
Car. No.
Luis. Otra vez puedes volver
A llamar, por si despierta.
Car. Llamo.
Alf. (*Dentro.*) ¿Quién anda en la puerta?
Luis. ¿Esta no es voz de muger?
¿Quién será?
Car. Isabel seria.
Luis. ¿Si es Andrea?
Car. No, señor,
Que yo conozco mejor
Su voz que la propia mia.
Luis. Dudoso en la voz estoy.
Car. No es Andrea, señor.
Luis. Pues
Si no es Andrea, ella es.

ESCENA IV.

DICHOS Y DOÑA ALFONSA MEDIO DESNUDA.

Alf. ¿Quién llamaba aquí?
Luis. Yo soy.
Alf. ¿Quién sois?
Car. Abrieron la puerta
Luis. Dueño hermoso de mi vida,
Quien os procuró dormida
Y os ha logrado despierta.
Soy quien con fuego veloz...
Alf. Que es don Pedro he imaginado. *ap.*
Como habla disimulado,
No le conozco en la voz.
Luis. Trocar procura en caricias
Halagos de un ciego dios.
Soy el que viene tras vos.
Alf. Don Pedro es: amor, albricias. *ap.*
Luis. Soy quien os quiere tan fiel...
Alf. ¿Pues cómo, si es eso así,
No me hablasteis cuando os vi?
Luis. Tiene razon Isabel. *ap.*
No hagais desatenta enojos
Las que obré finezas sabio;
Pues lo que dictaba el labio,
Representaban los ojos.
Alf. Perdonad, que recelé
(Que es desconfiado quien ama)
Que mirabais á otra dama.
Luis. Es verdad que la miré,
Pero puesto su arrebol
De esa luz en la presencia,
Conocí la diferencia
Que hay de la tiniebla al sol.

Alf. Por lisonja tan dichosa
Premios mi verdad ofrezca;
Mas como yo os lo parezca,
No quiero ser mas hermosa.
Creer quiero lo que decis,
Y valerme del consuelo.
Cab. Doña Alfonsa, vive el cielo, *ap.*
Es la que habla con don Luis.
¡Buena es la conversacion!
Que es este don Luis ignora.
¿Cosa que la diese ahora
Algun mal de corazon?
Luis. Sola una ocasion deseo
En que yo pueda mostrar...
Alf. Don Lucas ha de estorbar
Nuestro amor.
Luis. Así lo creo.
Pero podeis estar cierta
Que no ha de lograr su intento;
Pues cuando este casamiento...
Lucas. (*Dentro.*) ¡Ola! ¿quién anda en la [puerta?
Luis. ¿Quién es?
Alf. ¡Don Lucas! ¿Qué haré?
Cab. Sentido los ha, por Dios.
Luis. ¿Don Lucas está con vos?
Alf. ¿Pues dónde quereis que esté?
Luis. Daré quejas á los cielos.
¿Así premiasteis mi amor?
¿Cómo...?
Alf. ¿Qué es esto, señor?
¿De don Lucas teneis zelos?
Luis. Yo he de ver...
Alf. Tened templanza.
Car. No es tiempo de hacer estremos.
Vente.
Alf. A Dios: luego hablarémos.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS DOÑA ALFONSA.

Luis. ¿Qué es esto, amigo Carranza?
Car. En la ceniza hemos dado
Con el amor.
Luis. Ven tras mí.
Car. ¿Sale ya don Lucas?
Luis. Sí.
Car. Por Dios, que se ha levantado.
Luis. Perdí famosa ocasion.

ESCENA VI.

CABELLERA.

Pulgas lleva el don Luisillo;
Pero no me maravillo,
Que hay muchas en el meson.
A dormir de buena gana
Me fuera. Señor, no hay gente;
(*Llama á la puerta por donde entró don Pedro.*)
Sal presto; pero detente.

ESCENA VII.

CABELLERA Y DON LUCAS, QUE SALE MEDIO VESTIDO RIDÍCULAMENTE, CON ESPADA Y UNA LUZ, DEL APOSENTO DE DOÑA ALFONSA.

Lucas. El diablo está en Cantillana.
¿Quién está aquí?
(*Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.*)
Cab. Ya me vió.
A mi fortuna maldigo.
Lucas. Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?
Cab. Yo.
(*Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.*)
Lucas. ¿Qué es yo? Con eso no salva
Una cuchillada fiera;
¿Diga, quién es?
Cab. Cabellera,
Al servicio de tu calva.
Lucas. ¿Qué haces aquí?
Cab. ¿Qué diré?
Digo... Estaba... Porque... Yo...
Lucas. ¿Llamaste á mi puerta?
Cab. No.
Lucas. ¿Pues quién llamó?
Cab. No lo sé.
Lucas. ¿Viste abrir la puerta?
Cab. Sí.
Lucas. ¿Y quién era, conociste?
Cab. No, señor.
Lucas. ¿Y á qué saliste?
Cab. Señor, á tu voz salí.
Lucas. ¿Era hombre el que llamaba?
Cab. Sí, señor.
Lucas. ¿Vístele?
Cab. No.
Lucas. ¿Adónde entró?
Cab. Que sé yo.
Lucas. Esto está peor que estaba.
Discurro. ¿No puede ser,
Que quien fué con mal intento,
Por llamar á mi aposento,
Llamase al de mi muger?
¿Y que el que á llamar se atreve,
Luego que abriesen la puerta,
Dijese, en viéndola abierta:
Acójome acá, que llueve?

Pues si puede ser, yo intento
Con gallardas osadías
Entrar á hacer de las mias,
Y visitar su aposento;
Y darle presumo un zas
De buen modo si le encuentro.

(*Va á la puerta por donde entró don Pedro.*)

Cab. Por Cristo que va allá dentro.
¡Ah señor! ¿adónde vas?
Lucas. A visitar mi muger.
Cab. ¿Cómo lo podré impedir? *ap.*
Mira que nos hemos de ir,
Y que quiere amanecer.
Lucas. ¿Qué importa eso?

(*Va á la puerta.*)

Cab. Allá se arroja. *ap.*
Así le he de divertir.
Señor, ¿quiéresme decir
De qué maestro es mi hoja?
Que no hay, desde aquí á Sevilla,
Quien la sepa conocer. (*Saca la espada.*)
Lucas. ¿Ahora?
Cab. Ahora la has de ver.
Lucas. De Francisco Ruiz Portilla.
Cab. ¡Que ahora no salga el asnazo *ap.*
De don Pedro! Es un espejo
La espada; diz que es del viejo.
Lucas. Del mozo es este recazo.

(*Dale la espada, y va á la puerta.*)

Quédate aquí.
Cab. No remedia *ap.*
Nada, y su intento no he visto.
¡Ah! sí: ¿de las que has escrito,
Quieres leerme una comedia?
Lucas. ¿A media noche?
Cab. Es verano.
Lucas. ¿Pues adónde la oirás?
Cab. En aquel pozo, y serás
Poeta samaritano.
La que se ha de hacer cien dias,
Segun dices.
Lucas. Hela aquí. (*Saca una comedia.*)
Oye un paso que escribí
Entre Herodes y Herodías.
Cab. Será famoso.
Lucas. Sí á fe...
Pero ver primero intento,
Quien llamaba á mi aposento.

(*Hace que va al aposento.*)

Cab. Señor, yo fui quien llamé.
Lucas. Si eras tú, yo me concluyo.
¿Y á qué llamaste, si eras?
Cab. Llamaba á que me leyeras
Algun trabajillo tuyo,
Si no dormias acaso.
Don Pedro así me ha de oir: *ap.*
Ahora es tiempo de salir.

(*Dice recio este verso.*)

Lucas. ¿Quién ha de salir?
Cab. El paso.
Di los versos.
Lucas. Son valientes.
Cab. Lope es contigo novel.
Lucas. Sale Herodes, y con él
Cuatrocientos inocentes.

(*Asómase Andrea y don Pedro á la puerta.*)

Pedro. Ahora á salir me obligo,
Aunque allí está.
And. ¿Sales?
Pedro. Sí.
Cab. Vaya, señor.
Lucas. Dice así...
¿Quién anda en aquel postigo?

(*Velos don Lucas.*)

Pedro. Él me vió: cierra la puerta;
Cierra.

(*Cierran y tórnanse á entrar.*)

And. Nací desdichada.
Lucas. ¿Conmigo la hacen cerrada?
Pues yo la he de hacer abierta.
Cab. Vive Dios que no salió. *ap.*
Lucas. Cabellera.
Cab. Él ha de hallarle. *ap.*
¿Quieres entrar á matarle?
Responde.
Lucas. No, sino no.
Llama á la puerta. (*Llama Cabellera.*)
And. (*Dentro.*) ¿Quién llama?
Lucas. ¿Esta es la criada?
Cab. Sí.
Lucas. Ola, criada, abre aquí
Al marido de tu ama.
And. Entrad. (*Abre.*)
Lucas. Entra tú primero.
Morirá, á fe de cristiano. (*Saca la espada.*)
Cab. Pon la daga en la otra mano,
Y dame ese candelero;
Que yo he de morir contigo.

(*Da don Lucas la luz á Cabellera.*)

Lucas. Esa luz puedes llevar.
Cab. Así lo he de remediar. *ap.*
¿No me sigues?
Lucas. Ya te sigo.
Cab. Voy enojado.
Lucas. Voy ciego.
Cab. Adelante, industria mia. *ap.*

Lucas. ¡Adulterio el primer dia!
Entre bobos anda el juego.

ESCENA VIII.

Aposento de doña Isabel.

DON PEDRO Y DOÑA ISABEL TURBADOS.

Is. ¿Entró don Lucas?
Pedro. Entró,
Desnudo el airado acero.
Is. Detras de aquesta cortina
Te esconde.
Pedro. No me resuelvo.
Diré que tu esposo soy.
Is. Échasme á perder con eso.
Escóndete, dueño mio.
Pedro. Advierte...
Is. Escóndete presto,
Que llegan.
Pedro. No me porfies.
Is. Mira, señor...
Pedro. Estoy ciego.
Is. Haz esto por mí. ¿Qué dudas?
Pedro. Isabel, ya te obedezco.

(*Escóndese detras de una cortina.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, DON LUCAS Y CABELLERA CON EL CANDELERO.

Lucas. Alumbra, mozo.
Cab. Ya alumbro.
Lucas. ¿Quién está en este aposento?
Is. ¿Qué es esto, señor don Lucas?
¿Cómo vos tan descompuesto
Alterais de mi quietud
El recatado silencio?
Lucas. ¿Qué haceis, Isabel, vestida
A estas horas?
Is. En el lecho
Desvelada, y no desnuda,
Estaba esperando el tiempo
De partir. ¿Y vos, airado
Y ciego, cómo resuelto
Os entrais de esta manera?
Lucas. ¿Y qué hombre estaba aquí den-
Is. ¿Estais en vos? [tro?
Lucas. Sí, señora.
Ya estoy en vuestro aposento,
Y le he de ver de pe á pa.
Alumbra, hermano: miremos
Detras de aquesta cortina.
Cab. Has dicho muy bien: yo llego...

(*Cae en el suelo Cabellera, fingiendo que tropezó, y mata la luz.*)

¡Jesus!
Lucas. ¿Qué ha sido?
Cab. Caer,
Y matar la luz á un tiempo.
Lucas. Trae otra.
Cab. Tengo quebrado
Un pié. Sal, señor.

ESCENA X.

DICHOS Y DON PEDRO QUE SALE DETRAS DE LA CORTINA CON LA MANO DELANTE.

Pedro. Yo pruebo
A salir, puesto que ahora
No hay luces.
Lucas. ¡Ah, señor Nieto!
Pues es huésped, traiga luces.
Ponerme á la puerta quiero;
No sea que estando á oscuras,
Se salga el que está acá dentro.

(*Vase á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza con él, y ásele don Lucas.*)

Is. ¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer? *ap.*
Lucas. ¿Quién anda aquí?
Pedro. Vive el cielo, *ap.*
Que he topado con don Lucas.
Lucas. Topé un hombre.
Cab. Peor es esto; *ap.*
Porque al salir, es sin duda,
Que ha topado con don Pedro.
Quiero decir, que soy yo,
Y llegarme.

(*Llégase cara con cara con su amo.*)

Lucas. Diga luego
Quién es.
Cab. Yo, que voy por luces.
Lucas. Mentis, que es de mejor pelo,
A quien yo tengo.
Cab. Señor,
Yo soy.
Lucas. Ahora lo veremos.
Luces. (*En voz alta.*)
Meson. ¿Andan los demonios (*Dentro.*)
En el meson?

(*Hace fuerza don Pedro para soltarse.*)

Lucas. Estaos quedo.

ESCENA XI.

DICHOS, DON LUIS Y DOÑA ALFONSA CON LUCES.

Alf. Luz hay aquí.
Luis. Y aquí hay luz.
Is. ¡Qué miro! ¡Válgame el cielo! *ap.*
Lucas. . . . . . .

¿Pues qué haceis aquí, don Pedro?
Pedro. Señor, mirar por tu honor,
Y mirar por lo que debo;
Mirar que tú eres mi sangre.
Lucas. Dejad esos miramientos,
Y decid, ¿qué haceis aquí?
Luis. Ea, responded, don Pedro.
Lucas. ¿Quién os mete en eso á vos?
¿Sois mi sombra, caballero?
Luis. Soy vuestra luz, pues la traigo.
Lucas. Pues llevaos la luz, os ruego,
Que yo no la he menester.
¿Adónde vais?
Luis. A Toledo.
Lucas. Pues yo me vuelvo á Madrid
Solamente por no veros.
Luis. Sois ingrato, vive Dios.
Yo me voy. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS DON LUIS.

Lucas. No soy mas de esto.
Válgate el diablo el don Luis.
Alf. Don Lucas, decid, ¿qué es esto?
Lucas. Don Pedro está aquí encerrado.
Alf. ¿Vos le encontrasteis?
Lucas. Yo mesmo.
Alf. ¿Pues á qué entró?
Lucas. Qué sé yo.
Alf. ¿Quiere á Isabel?
Lucas. Lo sospecho,
Pues yo le he hallado escondido
Ahora.
Alf. ¡Válgame el cielo!

(*Finge que la da el mal de corazon, y cae sobre un taburete.*)

Cab. Dióle el mal.
Lucas. Tenla esa mano,
Y tírala bien del dedo
Del corazon. ¿No hay quién traiga
Manteca?
Is. Sí, yo la tengo.
Lucas. Pues id por ella.
Is. Yo voy.
Llamaré de allí á don Pedro. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS DOÑA ISABEL.

Cab. ¡Qué gran mal! ¡pobre señora!
Lucas. ¿Veis, primo, lo que habeis he-
Tenedla esta mano vos, [cho?
Porque voy á mi aposento
Por la uña de la gran bestia.

ESCENA XIV.

DON PEDRO, DOÑA ALFONSA
Y CABELLERA.

Cab. Ponga su uña, que es lo mesmo.
Pedro. ¿Fuése?
Cab. Sí.
Pedro. ¿Qué hemos de hacer?
Cab. Luego tratarémos de eso.
Requiebra á la desmayada
(Si entra don Lucas mas tierno);
Porque crea que la quieres,
Que esto importa.
Pedro. Y eso intento.
Cab. Él viene ya.
Pedro. Doña Alfonsa,
Mi luz, mi divino cielo,
No le disfraceis turbado,
Si he de gozarle sereno.
A vos os quiero, señora.

ESCENA XV.

DICHOS Y DOÑA ISABEL.

Is. ¡Qué es lo que escucho! *ap.*
Pedro. Creed esto,
Que solo á vuestra hermosura
Se consagran mis deseos.
El alma sois por quien vivo,
Vos sois la luz por quien veo.
Is. Pues, traidor, falso, atrevido...
Viven mis ardientes zelos,
Dioses que hoy en mi corage
Tienen la corona y cetro,
Que he de pagarte en venganzas
Cuanto cobro en escarmientos.
Don Luis ha de ser mi esposo;
Porque aunque yo le aborrezco,
Por vengarme de tí solo,
Vengarme en mí misma apruebo.
Quédate...
Pedro. Espera, señora,

(*Deja á la desmayada.*)

Y advierte que estos requiebros
Los pronuncio con el labio
Y los finjo con el pecho.
Díjelos porque don Lucas
Entendiese que la quiero:
No porque á tí no te adoro.
Escúchame.
Is. No te creo;
Que no estando aquí él, no vienen
Esas disculpas á tiempo.
Cab. Si aqueste desmayo fuera *ap.*
Fingido, estábamos buenos.
Pedro. Señora, solo eres tú

El alma por quien aliento,
La muerte por quien yo vivo
Y la vida por quien muero.
Escucha.
Is. No tengo oidos.
Pedro. Repara bien...
Is. Ya te dejo.
Pedro. Que solo te adoro á tí,
Que á doña Alfonsa aborrezco.
Alf. Pues, vive el cielo, cruel,

(*Levántase del desmayo.*)

Falso, ingrato, lisonjero,
Que has de decir de las dos
A cuál adoras, supuesto
Que á ella le mientes finezas,
Y á mí me finges requiebros.
Cab. El desmayo era fingido: *ap.*
Todo el infierno anda suelto.
Alf. Di á quien quieres.
Is. Eso aguardo.
Pedro. Mirad...
Alf. ¿En qué estás suspenso?
Is. ¿Me quieres?
Pedro. ¿Qué la diré? *ap.*
Alf. ¿Me aborreces?
Pedro. ¡Qué haré, cielos! *ap.*
Is. ¡Que te elevas!
Alf. ¡Que te turbas!
Is. ¿Quién merece tu desprecio?
Alf. ¿Quién es dueño de tu amor?
Pedro. Si digo... *ap.*
Cab. Buena la has hecho.
Pedro. Quien quiero, á la una agravio,
Si á la otra favorezco. [*ap.*
Alf. ¿Estas eran las finezas
Con que anoche en mi aposento
Dijiste que me adorabas?
Pedro. ¡Yo en tu aposento! ¿qué es esto?
Is. A Alfonsa quieres, traidor.
Alf. Doña Isabel es tu dueño.
Is. Hoy has de probar mis iras.
Alf. Hoy has de ver tu escarmiento.
Pedro. Doña Alfonsa...
Alf. No te escucho.
Pedro. Doña Isabel...
Is. Soy de fuego.
Pedro. Mirad...

ESCENA XVI.

DICHOS Y DON LUCAS.

Lucas. Ya está aquí la uña.
Cab. La bestia ha llegado á tiempo. *ap.*
Lucas. ¿Estás sosegada?
Alf. No.
Lucas. ¿Pues qué sientes?
Alf. Un desprecio.
Lucas. ¿Qué es esto, Isabel?
Is. No sé.
Lucas. Tú, di tu mal.
Alf. Soy de hielo.
Lucas. Tú, dime tu pena.
Is. Es grande.
Lucas. ¿No hay remedio?
Is. Es sin remedio.
Lucas. Don Pedro, dime qué sientes.
Pedro. No tiene voz mi tormento.
Lucas. ¿No lo he de saber?
Alf. Sabráslo.
Lucas. ¿No me lo dirás?
Is. No puedo.
Lucas. Isabel, á la litera:
Alfonsa, el coche está puesto;
Pedro, el rucio está ensillado.
En Cabañas nos veremos.
Alf. Quejas, que muero de amor. *ap.*
Is. Iras, que rabio de zelos. *ap.*
Lucas. Honra, que andais titubeando. *ap.*
Pedro. Dudas, que andais discurriendo.
Lucas. Pero yo lo sabré todo; [*ap.*
Que entre bobos anda el juego.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

DON ANTONIO Y DON LUCAS.

Lucas (*dentro*). Ten ese macho, mulero;
Que es un poquillo mohino.

(*Salen los dos.*)

Ant. ¿Dónde fuera del camino
Me sacais?
Lucas. Hablaros quiero.
Ant. ¿Pues á qué nos apartamos
Del camino? ¿Qué quereis?
Lucas. Suegro, ahora lo vereis.
Ant. Ya estamos solos.
Lucas. Sí estamos.
¿Viene el coche?
Ant. Se quedó
Mas de una legua de aquí.
Lucas. ¿Quereis escucharme?
Ant. Sí.
Lucas. ¿Habeis de enojaros?
Ant. No.
Lucas. ¿Ois bien?
Ant. ¿No lo sabeis?
Lucas. Quiero hablar quedo.
Ant. Hablad quedo.

Lucas. Ultimadamente, ¿puedo
Hablar á bulto?
Ant. Podeis.
¿Teneis que hablar mucho?
Lucas. Mucho.
¿Replicaréis cuando yo
Estuviere hablando?
Ant. No.
Lucas. Pues escuchad.
Ant. Ya os escucho.
Lucas. Yo soy, señor don Antonio
De Contreras, un hidalgo
Bien entendido, así, así,
Y bien quisto, tanto cuanto.
Soy ligero, luchador,
Tiro una barra de á cuatro,
Y aunque pese cuatro y libras,
A mas de cuarenta pasos.
Soy diestro como el mas diestro,
Espléndidamente largo,
Por el principio atrevido,
Y valiente por el cabo.
De la escopeta en las suertes
Salen mis tiros en blanco,
Y puedo tirar con todos
Cuantos hay, del rey abajo.
Canto, bailo y represento,
Y si me pongo á caballo,
Caigo bien sobre la silla,
Y de ella mejor, si caigo.
Si en Zocodóver toreo,
Me llaman el secretario
De los toros, porque apenas
Llegan, cuando los despacho.
Conozco bien de pinturas,
Hago comedias á pasto,
Y como todos tambien,
Llamo á los versos trabajos.
No soy nada caballero
De ciudad; soy cortesano,
Y nací bien entendido,
Aunque nací mayorazgo.
Pues mi talle no es muy lerdo;
Soy delgado sin ser flaco,
Soy muy ancho de cintura,
Y de hombros tambien soy ancho.
Los piés así me los quiero;
Piernas así me las traigo,
Con su punta de lo airoso,
Y su encaje de estevado.
Yo me alabo: perdonad;
Que esto importa para el caso:
Y no he de hallar quien me alabe
En un campo despoblado.
En fin, discreto, valiente,
Galan, airoso, bizarro,
Diestro, músico, poeta,
Ginete, toreador, franco,
Y sobre todo teniendo
De renta seis mil ducados,
(Que no es muy mala pimienta
Para estos veinte guisados)
Salgo á que Isabel merezca
Estas gracias en sus brazos,
Que nunca pensé, por Dios,
Venderme yo tan barato;
Y hallo, que con vuestra hija
Me distes por liebre gato.
Ant. Advertid que sois un necio.
Lucas. ¿No me oireis?
Ant. No he de escucharos:
Mataros era mas justo.
Lucas. Señor mio, no lo hagamos
Pendencia. Escuchad ahora,
Y vamos al cuento.
Ant. Vamos.
Lucas. Lo primero, envié á decir
Que saliese con cuidado
De Madrid, y se pusiese
Una máscara al recato;
Y ella se puso por una,
Media mascarilla; tanto,
Que se le vió media cara
Desde la nariz abajo.
Lo segundo, os supliqué
Que no vinierais, enviando,
De que á Isabel admitia,
Un recibo ante escribano;
Y os venisteis, no sabiendo
Que yo he de vestirme llano;
Pues la tela de muger
No ha menester suegro al canto.
Lo tercero, luego al punto
Que me vió, se fué de labios,
Y me dijo mil requiebros
Por mil rodeos estraños,
Y una muger, cuando es propia,
Ha de andar camino llano;
Que no ha de ser hablador
El amor, que ha de ser casto.
Mas: arguyó con mi primo,
Daca el trato, toma el trato:
Con que se le echa de ver
Que es tratante, á treinta pasos.
Luego le dijo, y le daba,
Sin haberla nunca hablado,
Los requiebros en mi nombre,
Y en causa propia la mano.
Mas: un don Luis se ha venido,
Amante zorrero al lado,
Por vuestra señora hija,
Muy modesto, aunque muy falso;
Y en Illescas esta noche
Hallé á mi primo encerrado
En la sala de Isabel;
Y hoy, que á examinarle aguardo,

Pregunto qué fué la causa
De haber anoche violado
El que ella llamaba templo,
Y vos nombrabais sagrado:
Y díjome que allí oculto
Estuvo, por ver si acaso
Don Luis hablarla intentára,
Para que su acero airado
Feriára á venganzas nobles
Aquellos zelos villanos.
Ant. ¿Y habló con don Luis?
Lucas. No habló.
Pero es caso temerario,
Que haya de andar un marido,
Si la ha hablado, ó no la ha hablado.
¿Por una muger, y propia,
He de andar yo vacilando,
Pudiendo por mi persona
Tener mugeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí.
Muger que se haya criado
En Toledo, es lo que quiero,
Y aunque naciese en mi barrio.
Muger criada en Madrid,
Para mi propia, descarto;
Que son de reves las unas,
Y las otras son de tajo.
Y en efecto, don Antonio,
Solo vengo á suplicaros
Que os volvais con vuestra hija
A vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella,
Aunque me hicieran pedazos.
Solos estamos los dos;
Nadie nos oye en el campo.
Volveos á misa Isabel
A Madrid, sin enojaros;
Que esto es entre padres y hijos,
Que es algo mas que entre hermanos.
Que en llegando las sospechas
A andar tan cerca del casco,
Y en siendo los suegros turbios,
Han de ser los yernos claros.
Ant. Por cierto, señor don Lucas,
Que un poco antes de escucharos,
Os tuve por majadero;
Pero no os tuve por tanto.
¿Sabeis con quién hablais?
Lucas. Sí.
Dadme mi carta de pago,
Y llevaos á vuestra hija.
Ant. Con ella habeis de casaros,
O os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra, cuantos
Digan que á casarse vino?
Lucas. ¿Y qué dirán los criados,
Que han sabido que don Luis
La anda siguiendo los pasos?
Ant. Don Luis camina á Toledo.
Lucas. ¿Pues cómo va tan despacio,
Yendo Isabel en litera,
Y él en mula?
Ant. ¿No está claro
Que es por llevar compañía,
Y no ir solo?
Lucas. Ese es el caso;
Que por no ir solo á Toledo,
Quiere ir acompañado.
Ant. ¿No decis que vuestro primo
Se encerró anoche en el cuarto
De mi hija?
Lucas. Así lo digo,
Y él así me lo ha contado,
Para ver mejor si hablaba
Con él.
Ant. Pues desengañaos,
Y logre esa diligencia
Quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿Porqué quereis indignado,
Pagarla en viles castigos
Cuanto debeis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
Porque ya se ha adelantado;
Y yo quedo con la queja,
Y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente;
Que vive Dios, que me espanto,
Que no tengais entre esotras
La falta de ser confiado.
Lucas. ¿Y cómo? Si tengo tal:
Que no soy tan mentecato,
Que no sepa que merezco
Mas que él esto y otro tanto.
Pero díceme mi primo,
Que es un poco mas cursado,
Que las mugeres escogen
Lo peor.
Ant. Pues consolaos;
Que no teneis mal partido,
Si es verdadero el adagio.
Lucas. Ahora, señor don Antonio,
Vuelvo á decir que estoy llano
A casar con vuestra hija.
Ya yo estoy desengañado.
Pero si acaso don Luis,
Amante dos veces zaino,
Vuelve á hacerse encontradizo
Con nosotros, no me caso.
Ant. Pues yo admito ese partido.
Lucas. Yo vuestro precepto abrazo.
Ant. Pues esperemos el coche
En ese camino.
Lucas. Vamos.
¡Ah! sí: don Antonio, aviso,
Que si hubiere algun engaño

En el amor de don Luis,
Que si él entra por un lado
A medias como sucede,
Con otros mas estirados,
Me habeis de volver al punto
Cuanto yo hubiere gastado
En mulas, coche, litera,
Gasto de camino y carros:
Que no es justicia, ni es bien,
Cuando yo me quedo en blanco,
Que seamos él y yo,
El del gusto, y yo del gasto.

Ant. Dios os haga mas discreto.

Lucas. No haga mas, que ya ha hecho harto. (*Vanse.*)

(*Dentro ruido de carruages.*)

Uno (*dentro*). Arre, rucia de un puto, arre, beata.

Dos (*dentro*). Dale, dale, Perico, á la reata.

Uno (*dentro*). ¡Oiga, la parda cómo se atropella! [de aquella.

Dos (*dentro*). Arre, mula de aquel hijo

Cab. (*dentro*). Va una carrera, cochecillo ingrato. [y corre un rato?

Uno (*dentro*). ¿Qué hace que no se apea

Cab. ¿Adónde va el patan en el matado?

Caminante (*dentro*). . . . . .

Cab. . . . . . .

. . . . . .

Cam. (*dentro*). . . . . .

Dos (*dentro*). . . . . .

Otro cam. (*dent.*) Por aquí hay un mon-

Cab. ¿Pues qué hay? [ton.

Todos. Basura.

(*Cantan dentro.*)

Mozuelas de la corte,
Todo es caminar,
Unas van á Huete,
Y otras á Alcalá.

Cab. Pára, cochero: el coche se ha volcado. [quebrado.

Uno (*dentro*). El cibicon del coche se ha

Dos (*dentro*). ¿Pues qué importa?

And. ¡Qué lindo desahogo!

Alf. Sáquenme á mí primero, que me

Cab. Paren esa litera. [ahogo.

Coch. Pára, pára.

And. Quebróse la redoma de la cara.

ESCENA II.

DOÑA ISABEL Y ANDREA.

Is. Volcóse el coche.

And. En hora mala sea.

Is. Don Pedro saca á doña Alfonsa, Andrea.

¿Qué espero? Ya su amor se ha declarado.

And. ¿Si la dará otro mal como el pasado?

Is. ¡Cómo mis iras se hallan mas templadas!

And. Previniéndola está dos almohadas,
En tanto que aderezan una rueda.

Is. ¿Queda mas que saber?

And. Aun mas te queda.

Is. Ya doña Alfonsa en ellas se ha sentado.

And. Don Pedro en la litera te ha buscado,
Y como no te halla, yo recelo
Que te viene á buscar.

Is. Pues vive el cielo,
Que yo no le he de hablar.

ESCENA III.

DICHOS, DON PEDRO Y CABELLERA.

Pedro. Oye, detente:
No quieras...

Is. Déjame.

Pedro. Tan impaciente
Malograr mi verdad.

Is. No hay quien la crea.

Pedro. Ruégala que me escuche, amiga
Abona tú mi fe. [Andrea.

Is. Nada te abona.

Cab. Enternécete, dura Faraona.

Pedro. Iras y pasos deten.

Is. Cruel, diestro engañador,
Que amagas con el amor,
Para herir con el desden,
¿Quién es tan ingrato, quién?
¿Quién fué tan desconocido,
Que por haber conseguido
Una tan fácil victoria,
Resucite una memoria
Con la muerte de un olvido?
Y pues tus engaños veo,
Delincuente el mas atroz,
¿Para qué hiciste á tu voz
Cómplice de tu deseo?
Si sabes que no te creo,
Si conoces mi razon,
¿Porqué quiso tu pasion
(Viendo que es mayor agravio)
Hacer delincuente al labio
De lo que erró el corazon?
Y ya que tan falso eras,
Y ya que no me querias,
Di, ¿para qué me fingias?
¿Pídote yo que me quieras?
Tu amor fingieras, y fueras
Poco fino; solo un daño
Sintiera mi desengaño;
Mas tal mis ansias me ven,
Que mucho mas que el desden,
Vengo á sentir el engaño.
No me hables, y mis enojos

Menos airados verás;
Que se irritan mucho mas
Mis oidos que mis ojos.
Quiero vencer los despojos
De mi amor, si te oigo, á veces;
Y tanto al verte mereces,
Que aunque has fingido primero,
Solo miro que te quiero,
Y no oigo que me aborreces.
Mas vete, que he de argüir
Cuando me quiera templar,
Que á mí no me puede amar
Quien á otra sabe fingir.
Ya yo te he llegado á oir
Que á tu prima has de querer,
Y aquel que llegare á ser
En mi amor el preferido,
Aun no ha de decir fingido
Que procura otra muger.
A Alfonsa dices que quieres,
A mí dices que me adoras,
Por una fingiendo lloras,
Y por otra amando mueres.
¿Pues cómo, si no prefieres
Tu voluntad declarada,
Creerá mi pasion errada,
Cuando es la tuya fingida,
Que soy yo la preferida,
Y es Alfonsa la olvidada?
Pues témplese este accidente;
Que no es justicia que acuda
A una tan difícil duda
Un amor tan evidente;
Porque es mas fácil que intente,
Menos airado y mas sabio,
Siendo tan grande el agravio,
A vista de mis enojos,
Dar lágrimas á mis ojos
Que evidencias á tu labio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,
Y sea yo la olvidada;
Porque ya estoy bien hallada
Con tu olvido y con mi estrella.
Yo soy la infelice, y ella
Quien te merece mejor;
Y pues tuve yo el error
De haberte querido, es bien
Que pague con el desden
Lo que erré con el amor.
Y vete ahora de aquí,
Porque no es justicia, no,
Que tenga la culpa yo
Y te dé la queja á tí.
Pedro. Hermosa luz por quien ví,
Alma por quien animé,
Deidad á quien adoré,
No hagas con ciega venganza,
Que pague tu desconfianza
Lo que no ha errado mi fe.
Deja esa pasion, que dura
En tus sentidos inquieta;
Y no seas tan discreta
Que no creas tu hermosura.
Tú misma á tí te asegura:
Imaginate deidad,
Y así creerás mi verdad:
Usa bien de tus recelos,
Y cria para estos zelos
Por hijo á la vanidad.
A doña Alfonsa prefieres,
Bien como al lirio la rosa:
Mas qué importa ser hermosa,
Si no presumes lo que eres.
Sé como esotras mugeres;
Ten contigo mas pasion;
Haz de tí satisfacion;
Sé divina, mas humana;
Que á tí para ser mas vana,
Te sobra mas perfeccion.
Is. Esa prudente advertencia
Con que tu pasion me ayuda,
Es buena para la duda,
Mas no para la evidencia.
Ella dijo en mi presencia
Que tú en su cuarto has estado
Anoche; que la has hablado:
¿Pues cómo, si esto es verdad,
Con toda mi vanidad
Sosegaré mi cuidado?
¿Y cuando eso fuera, di,
Di, cuando con ella estabas,
No te oí decir que amabas
A doña Alfonsa?
Pedro. Es así.
Is. ¿Tú no lo confiesas?
Pedro. Sí;
Mas fingido mi amor fué.
Is. Y cuando te pregunté
A cuál de las dos querias,
¿Porqué no me respondias?
Pedro. Oye porqué.
Is. Di porqué.
Pedro. Porque es grosería errada,
Nunca al labio permitida,
Despreciar la aborrecida
En presencia de la amada.
Bástela verse obligada,
Sin que oyese aquel desden;
Bástela quererte bien,
Sin que al ver desprecio tal,
La venga á pagar tan mal,
Porque me quiso tan bien.
Is. Pues galan no quiero ahora,
Que por no dejar corrida
A aquella de quien se olvida,
No hace un gusto á la que adora.

Vete.
Pedro. Escúchame, señora.
Que agradezca, no te espante
Ver, que me ame tan constante;
Pero á tí te he preferido.
Is. Pues si estás agradecido,
Cerca estás de ser amante.
Pedro. Oye, señora, y verás...
Is. No he de oirte.
Pedro. Aguarda, espera.
Cab. Don Luis abrió la litera,
Y mira si en ella estás.
Pedro. ¿Y ahora tambien dirás
Que no te tiene aficion?
Is. Daré la satisfaccion.
Pedro. Tampoco te he de creer.
Is. ¿Quieres echarme á perder
Con los zelos mi razon?
Pues no ha de valerte, no.
Despreciarle pienso aquí.
Pedro. ¿Y yo he de escucharlo?
Is. Sí.
Don Luis. (*En voz alta.*)
Luis (*dentro*). ¿Quién me llama?
Is. Yo.
And. Él viene acá: ya te oyó.
Is. Escóndete entre esos ramos.
Cab. La satisfaccion oigamos.
Is. Yo he de quedar con recelos,
Y tú has de quedar sin zelos.
Cab. Ven, señor, que llega.
Pedro. Vamos. (*Escóndese.*)

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL, ANDREA Y DON LUIS; DON PEDRO Y CABELLERA ESCONDIDOS.

Luis. Al cariño de tu voz
No vengo, divina ingrata,
Como otras veces solia,
A consagrar vida y alma.
A ser escarmiento vengo
De mi amor, á ser venganza
De tu desden, á ser duda
De mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
Cruel, al paso que blanda,
Que me matas con los zelos,
Y con el desden me halagas;
Yo soy el que mereció
Sacrificarse á tus llamas,
Sino ciega mariposa,
Atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso,
Y aquel soy á quien agravias,
El que como el girasol
Aspiró á tus luces tardas;
El que anoche en tu aposento
Logró (nunca los lográra)
De tu labio mas favores,
Que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
A tan fingidas palabras
Encubridora la noche
Secretamente mediaba,
Cuando un sí llegó á mi oido,
Llegó un premio á mi esperanza:
Recójome á mi aposento;
Y cuando pensé que estaba
Don Lucas dentro del suyo,
Que á veces la voz engaña,
Oigo en otro cuarto voces,
Tomo luz, busco la causa,
Y hallo, ¡ay Dios! que con don Pedro
Tu fé y mi lealtad agravias.
¿Para esto me diste un sí?
¿Para esto, dime, premiabas
Un amor que le he sufrido
Al riesgo de una esperanza?
No quiero ya tus favores:
Logre don Pedro en tus aras
Las ofrendas por deseos,
Que amante y fino consagra.
Bastan tres años de enigmas;
Tres años de dudas bastan;
Desengáñenme los ojos,
Con ser ellos quien me engañan.
Ya el sí que me diste anoche,
No le estimaré.
Is. Repara,
Que yo no te he hablado anoche.
¿Dónde, ó cómo?
Luis. Ya no falta
Sino que tambien me niegues
Que me diste la palabra
De ser mi esposa. Si piensas
Que la he de admitir, te engañas.
Is. ¿Yo te hablé anoche?
Luis. ¿Eso niegas?
Is. Mira...
Luis. Mis zelos, ¿qué aguardan?
Solo vengo á despedirme
De mi amor. ¡Quédate, falsa!
Tus voces ya no las creo;
Tu amor ya me desengaña.
A Madrid vuelvo corrido:
Vuélvase el alma á la patria
Del desengaño: halle el puerto
Quien navegó en la borrasca.
Razon tengo, ya lo sabes:
Zelos tengo, tú los causas;
Y si dudosos obligan,
Averiguados agravian.
Is. Espera...
Luis. Voime.
Pedro. ¡Ah, cruel!

Is. Mira...
Luis. Déjame, traidora.

ESCENA V.

DOÑA ISABEL, ANDREA, DON PEDRO Y CABELLERA.

Pedro. Pideme zelos ahora
De doña Alfonsa, Isabel.
Habla. ¿Qué te has suspendido?
No finjas leves enojos.
Di que no han visto mis ojos;
Di que está incapaz mi oido:
Resuelto á escucharte estoy.
¿Qué puedes ya responder?
¿Con qué has de satisfacer
Mis zelos?
Is. Con ser quien soy.
Pedro. ¿Pues cómo puedes negar
Que estuviste (¡gran tormento!)
Con don Luis en tu aposento?
Respóndeme.
Is. Con callar.
Pedro. Isabel ingrata, di,
(Fuego en todas las mugeres)
¿Cómo niegas que le quieres?
Is. Con decir que te amo á tí.
Pedro. ¿No entró?
Is. A callar me sentencio,
Un bronce obstinado labras.
Pedro. No crees tú mis palabras,
¿Y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
Matar con la voz intentas;
Mar que embozó las tormentas
Con la quietud de la calma;
Ingrata la mas divina,
Divina mas rigorosa,
Purpúrea á la vista rosa,
Y al tacto cruel espina;
Ya no podrá tu rigor
Peregrinar esta senda,
Ya me he quitado la venda,
Y con vista no hay amor.
A dejarte me sentencia
Una verdad tan desnuda,
Que al caminar por la duda,
Encontré con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
Ya no quiere arrepentido
Sufrir á tu voz mi oido:
Ya te dejo, ya me voy.
Is. Pues, falso, aleve, infiel,
Ingrato, ¿cómo, enemigo,
Si estuve anoche contigo,
Cómo pude estar con él?
¿Cuándo habia de hablarle, espero
Saber, cuando yo quisiera?
Respóndeme.
Pedro. ¿No pudiera
Haberte hablado primero?
Is. No pudiera: y ese es
El indicio mas impropio.
¿No sabes tú que tú propio
Le viste salir despues
De su aposento?
Pedro. Es así.
Is. ¿Luego el castigo mereces?
Pedro. ¿No pudo salir dos veces?
Is. Sí, pudo salir. Mas di,
Cuando estabas escondido,
¿Que yo te amaba no oiste?
Pedro. Sí; pero tambien pudiste
Haberme ya conocido.
Is. Ya que en esos zelos das,
Dime, don Pedro, por Dios,
¿Puedo yo querer á dos?
Pedro. A don Luis quieres no mas.
Is. Y si eso pudiera ser,
(Que no lo he de consentir)
¿Porqué habia de fingir
Contigo?
Pedro. Por ser muger.
Is. Tú eres la luz de mi vida;
Solo á tí te adoro yo.
Pedro. ¿No lo haces de amante?
Is. No.
Pedro. ¿Pues de qué?
Is. De agradecida.
Deja esa duda, señor,
No te cueste un sentimiento;
Que no hay agradecimiento,
Adonde no hay fino amor.
Pedro. Las finezas son agravios.
Is. Mi bien, templa esos enojos,
Y satisfagan mis ojos
Lo que no aciertan mis labios.
Pedro. No he de creerte, cruel.
Is. Advierte...
Pedro. No estoy en mí.

ESCENA VI.

DICHOS, DON LUCAS Y DOÑA ALFONSA, CADA UNO POR SU LADO.

Alf. Don Pedro, ¿qué haceis aquí?
Lucas. ¿Qué es eso, doña Isabel?
Cab. Cayeron en ratonera.
Lucas. ¿Qué era el caso?
Is. Señor, fué...
Pedro. Fué, señor... ¿Qué le diré? *ap.*
Is. Era estar quejosa.
Pedro. Era
Reñirme ahora tambien,
Porque entré con el intento
Que te dije, en su aposento

Esta noche.
Lucas. Hizo muy bien.
Is. Esforcemos la salida. *ap.*
¿Y á vuestro amor corresponde,
Que entre otro, que vos, adonde
Yo estuviere recogida?
Cab. Ya de este rayo escapamos. *ap.*
Is. ¿Vos dudais, sieñdo quien soy?
Nadie entra, donde yo estoy.
Lucas. Porque no entre nadie, andamos.
Alf. ¡Que así este engaño creyó! *ap.*
Don Lucas, advierte ahora,
Que no entró...
Lucas. Callad, señora:
Yo sé si entró, ó si no entró.
Alf. Que creais, me maravillo,
Este enojo que fingió.
Él la quiere.
Lucas. Ya sé yo
Que la quiere don Luisillo:
Mas yo lo sabré atajar.
Alf. No es sino...
Lucas. Callad, señora,
Que os habeis hecho habladora.
Alf. Mirad...
Lucas. No quiero mirar.
Alf. Advierte, señor, que es él.
Lucas. Calla, hermana, no me enfades:
Háganse estas amistades:
Dadle un abrazo, Isabel.
Is. No me lo habeis de mandar,
Que ha dudado en mi opinion.
Lucas. Digo que teneis sazon,
Pero le habeis de abrazar.
Is. Por vos hago este reparo.
Lucas. Sois muy honesta, Isabel.
Is. ¿Querrá él?
Lucas. Sí, querrá él:
¿No está claro?
Pedro. No está claro.
Lucas. ¿Cómo no? Viven los cielos...
Pedro. Si aun no tengo satisfecha
Una evidente sospecha...
Lucas. ¿Qué sospecha?
Pedro. De unos zelos. *ap.*
Alf. ¿No lo has entendido?
Lucas. No.
¿Pues hay otra causa?
Is. Sí:
Que está doña Alfonsa aquí.
Lucas. ¿Y estoy en las Indias yo?
Habeis de darla un abrazo
Por mí; acabemos, por Dios.
Is. Voy á dársele por vos.
Cab. ¡Que te clavas, bestionazo! *ap.*
Alf. Siendo ciertos mis recelos,
¿Cómo mis iras reprimo?
Pedro. Agradécelo á mi primo.
Is. Agradécelo á mis zelos. (*Abrázanse.*)
Lucas. Eso me parece bien.
Alf. Mira, hermano...
Lucas. Ya es enfado.
¿Está el coche aderezado?
And. Sí, señor.
Lucas. Isabel, ven.
Alf. Diréle que me engañó,
Luego que salga de aquí.
Lucas. ¿Eres su amiga?
Is. Yo sí.
Lucas. ¿Y tú eres su amigo?
Pedro. Aun no.
And. Hazlos amigos. ¿Qué esperas?
Lucas. Vuelvan acá. ¿Dónde van?
Cab. Déjalos, que ellos se harán
Mas amigos que tú quieras.

ESCENA VII.

Sala en la posada de Cabañas.

DON LUIS Y CARRANZA.

Car. Este es Cabañas, señor.
Luis. ¡Desaliñado lugar!
Car. La primer pulga se dice
Que fué de aquí natural.
Aquí han de parar el coche
Y la litera.
Luis. Es verdad;
Y aquí he de hablar á don Lucas.
Car. Yo pienso que llegan ya.
¿Pero qué intentas decirle,
Si le hablas?
Luis. Tú lo sabrás.
Car. ¿Tienes zelos de Isabel?
Luis. He llegado á imaginar
Que si anoche (como viste)
Habló conmigo, será
Poner manchas en el sol,
Buscarla en su honestidad.
Demas, que aquel aposento
En que la hallamos, está
Poco distante del otro:
Y se pudo acaso entrar
En él, oyendo la voz
De don Lucas.
Car. Es verdad,
Que él la sintió cuando tú
La hablabas.
Luis. Tente, que ya
Llegan todos á la puente.
Car. ¿Qué intentas?
Luis. Tú has de llamar
A don Lucas, y decirle
Que un caballero, que está
Por huésped de este aposento,
Dice que le quiere hablar.

Car. Voy á hacer lo que me ordenas.
Luis. Con silencio.
Car. Así será. (*Vase.*)
Luis. Sepa don Lucas de mí
Mi amor: sepa la verdad
De mi dolor; que no es bien,
Donde tantas dudas hay,
Ocultar el accidente,
Pudiendo sanar el mal.

ESCENA VIII.

DON LUIS Y DON LUCAS.

Lucas. ¿Está un caballero aquí,
Que me quiere hablar?
Luis. Sí está.
Lucas. ¿Vos sois?
Luis. Sí, señor don Lucas.
Lucas. ¿Todavía caminais?
¿Vais en mula, ó en camello?
Porque desde ayer acá,
Cuando os presumo delante,
Os vengo á encontrar atras.
¿Qué me quereis, caballero,
Que un punto no me dejais?
Luis. Quiero hablaros.
Lucas. Yo no quiero
Que me hableis.
Luis. Esperad,
Que os importa á vos.
Lucas. ¿A mí
Me importa? Pues perdonad;
Que con importarme á mí
Tanto, no os quiero escuchar.
Luis. ¿Y si toca á vuestro honor?
Lucas. A mi honor no toca tal;
Que yo sé mas de mi honra
Que vos, ni que cuantos hay.
Luis. ¿Dos palabras no me oireis?
Lucas. ¿Dos palabras?
Luis. Dos no mas.
Lucas. Como no me digais tres,
Lo admito.
Luis. Pues dos serán.
Lucas. Decidlas.
Luis. Doña Isabel
Me quiere á mí solo.
Lucas. Zas.
Mas habeis dicho de mil
En dos palabras no mas.
Pero ya que se ha soltado
Tan grande punto al hablar,
Deshaced toda la media,
Y hablad mas; ¿pero qué mas?
Luis. Señor, yo miré á Isabel.
Lucas. Bien pudierais escusar
Haberla mirado.
Luis. El sol,
Cuando con luz celestial
Sale al oriente divino
Dorando la tierra y mar,
Alumbra la mas distante
Flor, que en capillo sagaz
De la violencia del cierzo
Guarda las hojas de azar.
Lucas. No os andeis conmigo en flores,
Señor don Luis, acabad.
Luis. Digo que adoré sus rayos
Con amor tan pertinaz...
Lucas. ¡Pertinaz! ¿don Luis, quereis
Que me vaya ahora á echar
En el pozo de Cabañas,
Que en esa plazuela está?
Luis. Quísome Isabel; que yo
Lo conocí en un mirar
Tan al descuido, que era
Cuidado de mi verdad;
Que quien los ojos no entiende...
Lucas. Oculista ó Barrabas,
Que de Isabel en los ojos
Hallasteis la enfermedad,
Decidme, ¿cómo os premió?
Que aquesto es lo principal,
Y no me hableis tan pulido.
Luis. Premióme con no me hablar.
Pero en Illescas anoche
Con ardiente actividad
. . . . . .
Salió á hablarme hasta el zaguan.
Y en él me esplicó la enigma
De toda su voluntad.
Dice que ha de ser mi esposa,
Y de violentada va
A daros la mano á vos.
Pues si eso fuese verdad,
¿Porqué dos almas quereis
De un mismo cuerpo apartar?
Yo os tengo por entendido,
Y os quiero pedir...
Lucas. Callad,
Que para esta y para estotra
Que me habeis de pagar. [dentro?
Alf. (*Dentro.*) ¿Está mi hermano aquí
Lucas. A esta alcoba os retirad,
Que quiero hablar á mi hermana.
Luis. Decidme, ¿en qué estado está
Mi libertad y mi vida?
Lucas. Idos, que harto tiempo hay
Para hablar de vuestra vida
Y de vuestra libertad.

ESCENA IX.

DON LUCAS, DOÑA ALFONSA Y DON LUIS ESCONDIDO.

Alf. ¿Hermano?
Lucas. ¿Qué hay, doña Alfonsa?

Alf. Yo vengo á hablaros.
Lucas. ¡Hay tal!
¡Qué de ellos hablarme quieren!
Mas si yo los dejo hablar,
Hacen muy bien en hablarme,
Y hago en oirlos muy mal.
Alf. ¿Estamos solos?
Lucas. Sí, hermana.
Alf. Di, señor, ¿te enojarás
De mis voces?
Lucas. Qué sé yo.
Alf. Sabes, señor...
Lucas. No sé tal.
Alf. Que soy muger...
Lucas. No lo sé.
Alf. Yo, señor...
Lucas. Acaba ya.
Este don Luis y esta hermana
Pienso que me han de acabar.
Alf. Tengo amor...
Lucas. Ten norabuena.
Alf. A don Pedro.
Lucas. Bien está.
Alf. Pero él no me quiere á mí;
Porque amante desleal,
A doña Isabel procura
Contra mi fe y tu amistad.
Lucas. Digo que no he de creerlo.
Alf. Ya sabes que me da un mal
De corazon...
Lucas. Sí, señora.
Alf. Y tambien te acordarás
Que en Illescas me dió anoche
Un mal de estos.
Lucas. ¿Pues qué hay?
Alf. Sabrás que el mal fué fingido.
Lucas. ¿Y ahora quién te creerá,
Si te da el mal verdadero?
Alf. Importó disimular;
Porque don Pedro, traidor,
Juzgando que era verdad,
Dijo á Isabel mil ternezas:
Yo entonces quise estorbar
Su amor, con mi indignacion;
Y tan adelante está
Su amor que aun en tu presencia
La requebró.
Lucas. Bueno está.
Alf. Anoche estuve con ella
En su aposento; y pues ya
Llegan mis zelos á ser
Declarados, tú podrás
Tomar venganza en los dos.
Solicita, pues, vengar
Esta traicion, que te ha hecho,
Contra la fidelidad,
Don Pedro.
Lucas. ¡Buena la hice!
¿Mas quién puede examinar
Si quiere á don Luis, ó á don Pedro?
Pero á entrambos los querrá;
Porque la tal Isabel
Tiene gran facilidad.
Mas de lo que estoy corrido
Mas que de todo mi mal,
Es, que riñendo por zelos,
Los hiciese yo abrazar.
Pero á cual de los dos quiere,
Ahora he de averiguar;
Y si es don Pedro su amante,
Por vida de esta, y no mas,
Que he de tomar tal venganza,
Y he de hacer castigo tal,
Que dure toda la vida,
Aunque vivan mas que Adan:
Que darles muerte á los dos,
Es venganza venial.
Alf. ¿Pues qué intentas?
Lucas (*en voz alta*). Don Antonio.
Alf. Sentado está en el zaguan.
Lucas (*en voz alta.*) Don Pedro.
Alf. Ya entra don Pedro.
Lucas (*en voz alta*). Doña Isabel.
Alf. Allí está.

ESCENA X.

DICHOS, DON ANTONIO, DOÑA ISABEL, DON PEDRO, ANDREA Y CABELLERA.

Ant. ¿Qué me mandais?
Is. ¿Qué me quieres?
Pedro. ¿Qué me ordenas?
Lucas. Esperad.
Cabellera, entra acá dentro.
Cab. Como ordenas, entro ya.
Lucas. Cierra la puerta.
Cab. Ya cierro.
Lucas. Dame la llave.
Cab. Tomad.
Lucas. Don Luis, salid.
Luis. Ya yo salgo.

(*Saliendo de la alcoba.*)

Is. Di, ¿qué intentas?
Ant. ¿Qué será?
Pedro. ¿A qué me llamas?
Luis. ¿Qué es esto?
Alf. ¿Qué pretendes?
Lucas. Escuchad.
El señor don Luis, que veis,
Me ha contado que es galan
De doña Isabel; y dice
Que con ella ha de casar;
Porque ella le dió palabra
En Illescas, y...

Cab. No hay tal;
Que yo en Illescas anoche
Le ví á una puerta llamar,
Y con doña Alfonsa habló
Por Isabel. ¿No es verdad
Que tú la sentiste anoche?
¿Tú no saliste á buscar
Un hombre con luz y espada?
Pues él fué.
Luis. ¿Quién negará
Que tú saliste, y que yo
Me escondí? Pero juzgar
Que yo hablé con Isabel,
No son Alfonsa...
Alf. Aguardad:
Yo fuí la que allí os hablé;
Pero yo os llegaba á hablar,
Pensando que era don Pedro.
Pedro. Amor, albricias me dad. *ap.*
Is. ¿Lo entendiste?
Pedro. Sí, Isabel.
Lucas. Esto está como ha de estar:
Ya está este galan á un lado;
Con esto me dejará.
Pues vamos al caso ahora,
Porque hay mas que averiguar.
Doña Alfonsa me ha contado
Que traidor y desleal
Quereis á Isabel.
Pedro. Señor...
Lucas. Decidme en esto lo que hay.
Vos me dijisteis anoche,
Que entrasteis solo á cuidar
Por mi honor en su aposento;
Con que colegido está,
Que de la parte de afuera
Lo pudiérades mirar.
Mas: os ha escuchado Alfonsa
Ternísimo requebrar,
Y satisfacerla amante.
Ant. Don Lucas, no lo creais.
Lucas. Yo creeré lo que quisiere;
Dejadme ahora, y callad.
Mas: os hablasteis muy tiernos
En Torrejoncillo. Mas:
Cuando el coche se quebró
(Esto no podeis negar)
Tuvisteis un quebradero
De cabeza.
Cab. ¡Hay tal pesar! *ap.*
Lucas. Mas: al llegar á Cabañas
(Esto fué sin mas, ni mas)
La sacasteis en los brazos
De la litera al zaguan.
Mas: desde ayer á estas horas
Os miran de par á par,
Cantando á un coro los dos
El tono del ay, ay, ay.
Mas: aquí os hicisteis señas;
Mas: no lo podeis negar;
Pues muchos mases son estos,
Digan luego el otro mas.
Is. Padre y señor...
Ant. ¿Qué respondes?
Is. Don Pedro...
Ant. Remisa estás.
Is. Es el que me dió la vida
En el rio.
Pedro. Y el que ya
No puede ahora negarte
Una antigua voluntad.
Antes que tú la quisieras
La adoré: no es desleal
Quien no puede reprimir
Un amor tan eficaz.
Lucas. Calla, primillo, que vive...
Pero no quiero jurar:
Que he de vengarme de tí.
Pedro. Estrena el cuchillo ya
En mi garganta.
Lucas. Eso no:
Yo no os tengo de matar:
Eso es lo que vos quereis.
Pedro. ¿Pues qué intentas?
And. ¿Qué querrá?
Entre bobos anda el juego.
Ant. ¿Qué haces?
Lucas. Ahora lo verás.
Vos sois, don Pedro, muy pobre;
Y á no ser porque en mí hallais
El arrimo de pariente,
Perecierais.
Pedro. Es verdad.
Lucas. Doña Isabel es muy pobre;
Por ser hermosa no mas,
Yo me casaba con ella;
Pero no tiene un real
De dote.
Ant. Por eso es
Virtuosa y principal.
Lucas. Pues dadla la mano al punto;
Que en esto me he de vengar:
Ella muy pobre, vos pobre,
No tendreis hora de paz.
El amor se acaba luego,
Nunca la necesidad;
Hoy con el pan de la boda
No buscaréis otro pan.
De mí os vengais esta noche,
Y mañana, á mas tardar,
Cuando almorceis un requiebro,
Y en la mesa, en vez de pan,
Pongais una fe al comer,
Y una constancia al cenar;
Y pongais en vez de gala
Un buen amor de Milan,

Una tela de *mi vida*,
Aforrada en *me querrás*:
Echaréis de ver los dos,
Cual se ha vengado de cual.
Pedro. Señor...
Lucas. Ello has de casarte.
Cab. Cruel castigo le das.
Lucas. Entre bobos anda el juego.
Presto me lo pagarán,
Y sabrán presto lo que es
Sin olla una voluntad.
Pedro. Hacerme de rogar quiero: *ap*.
Señor...
Cab. La mano la da;
No se arrepienta.
Pedro. Esta es
Mi mano. (*Danse las manos*.)
Is. El alma será
Quien solo ajuste este lazo.
Lucas. Don Luis, si os quereis casar,
Mi hermana está aquí de nones,
Y hareis los dos lindo par.
Luis. En Toledo nos veremos.
Lucas. Iréme de él, si allá vais.
Cab. Y don Francisco de Rojas
A tan gran comunidad
Pide el perdon, con que siempre
Le favoreceis y honrais.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Nada absolutamente se sabe acerca de la vida de este eminente poeta; el único documento relativo á Alarcon que hemos podido adquirir es el siguiente: — Baltásar de Medina, en la Crónica de la provincia de San Diego de Méjico de religiosos descalzos de San Francisco, — Méjico, 1682, — dice positivamente en el folio 251 que Alarcon nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente.

Tenemos una satisfaccion en declarar que debemos esta interesante noticia á la bondad de M. Enrique Thernaux, quien, como ya antes hemos tenido ocasion de manifestar, nos ha franqueado su preciosa biblioteca para la formacion de esta obra, ayudándonos ademas frecuentemente para esta empresa con sus profundos conocimientos en la literatura española.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

Corneille, imitando y casi traduciendo esta comedia, hizo en ella, entre varias alteraciones infelices, como la de suprimir el escelente diálogo de la escena segunda, que sacrificó á la unidad de lugar, que al fin y al cabo no observa, una que nos parece acertada, y es la de suponer en su protagonista alguna inclinacion hácia la dama con quien se ve precisado á casarse. No decimos que nos parece acertada esta alteracion por la razon que se ha alegado de que es un castigo demasiado duro por un hombre cuyo vicio no redunda en perjuicio de tercero, condenarle á ser marido de una muger á quien no quiere, lo que equivale á hacerle desgraciado, sino porque en la hipótesis de Corneille el desenlace es mas verosímil que en la comedia de Alarcon. Un vicio tan feo como el de mentir merece un castigo muy severo, y Alarcon se le da á don Garcia; pero parece muy poco probable que este le acepte con tanta docilidad, solo porque su padre le hace la absurda amenaza de quitarle la vida. Por lo demas, nada vemos en esta comedia que no sea una serie de bellezas, pues desde el escelente diálogo entre don Beltran y el licenciado, hasta la aparicion de don Juan, despues que describe tan prolijamente su desastrado fin el embustero, todo mereceria estar escrito con letras de oro.

En esta comedia, como en todas sus obras, se propuso Alarcon un fin moral, cosa que no siempre hicieron los demas poetas cómicos españoles, á escepcion de Moreto. Son muy contadas las comedias de nuestro antiguo repertorio en que se castiga un vicio: todas ellas se reducen por lo general á un ingenioso enredo en que el poeta se propone lucir su talento de interesar con lances inesperados y de halagar el oido con hermosos versos. Alarcon por el contrario nunca pierde de vista el fin moral; y si á esto añadimos que á ningun otro poeta cede en la buena disposicion de sus fábulas, en la pureza y gala del lenguaje y en la viveza del diálogo, creeremos haber hecho completa justicia á este eminente ingenio.

Y si nos preguntasen porqué la celebridad de Alarcon no es, á pesar de todo esto, tan grande como la de otros poetas que la merecen menos, responderiamos que la suerte tiene á veces estraños caprichos, y que este es uno de ellos; que hay anomalías inesplicables, y que esta es una de ellas. Ademas, hay talentos desgraciados: este es un hecho que la razon no esplica, pero que la esperiencia de todos los dias acredita con dolorosa tenacidad. Hay hombres á quienes sin merecerlo en todo persigue la desgracia, ¿porqué? solo Dios puede decirlo.

Alarcon es poco célebre en España en comparacion de Lope, Calderon, Moreto, y otros que en nada le aventajan. Ya en su tiempo se imprimian sus mejores obras bajo el nombre de otros ingenios; él mismo se queja de esta injusticia con una delicadeza y un candor que revelan un alma grande, y al mismo tiempo con una especie de amargura que prueba que no era insensible á ella y que conocia su mérito como todos los que le tienen: « Sabe (dice al lector en el prólogo « de la segunda parte de sus comedias, publicada en 1634) que las ocho comedias de mi primera « parte y las doce de esta segunda, son todas mias, aunque algunas han sido plumas de otras « cornejas, como son *el Tejedor de Segovia*, *la Verdad sospechosa*, *el Exámen de maridos*, y « otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores que les dan los que les « parece, no de los autores á quien las han atribuido, cuyo mayor descuido luce mas que mi « mayor cuidado; y así he querido declarar esto, mas por su honra que por la mia; que no es « justo que padezca su fama notas de ignorancia, etc.» »

Esto es bellísimo en boca del autor de la mejor comedia que posee nuestro teatro, si se esceptua solamente *el Desden con el Desden*, á la que, ya lo hemos dicho, ninguna aventaja á nuestro entender en mérito, de cualquiera especie que sea.

Nuestros lectores no querrán que les hablemos de una mala comedia de Goldoni, *il Bugiardo*, imitada de la imitacion de Corneille y llena de chocarrerías de entremes. Hace reir como todas las comedias de Goldoni, pero dista tanto de la pieza de Corneille, como esta de la de Alarcon. En España fué imitada por los hermanos Figueroa en su *Mentir y mudarse á un tiempo*, ó *el Mentiroso en la corte*.

PERSONAS.

DON GARCIA, } amantes de
DON JUAN, }
DOÑA JACINTA, sobrina de
DON SANCHO.
DON JUAN DE LUNA, anciano, y padre de
DOÑA LUCRECIA.
DON BELTRAN, padre de don Garcia.
DON FELIX.
UN LETRADO.
ISABEL, criada de doña Jacinta.
CAMINO, escudero de doña Lucrecia.
UN PAGE.
TRISTAN, criado de don Garcia.

La escena es en Madrid, y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala en casa de don Beltran.

SALEN POR UNA PUERTA DON GARCIA Y UN LETRADO VIEJO, VESTIDOS DE ESTUDIANTES Y DE CAMINO, Y POR LA OTRA DON BELTRAN Y TRISTAN.

D. Belt. Con bien vengas, hijo mio.
D. García. Dame la mano, señor.
D. Belt. ¿Cómo vienes?
D. García. El calor
Del ardiente y seco estio
Me ha afligido de tal suerte,
Que no pudiera llevallo,
Señor, á no mitigallo
Con la esperanza de verte.
D. Belt. Entra pues á descansar.
Dios te guarde, ¡qué hombre vienes!
¿Tristan?
Trist. Señor.
D. Belt. Dueño tienes
Nuevo ya de quien cuidar:
Sirve desde hoy á García;
Que tú eres diestro en la corte,
Y él bisoño.
Trist. En lo que importe
Yo le serviré de guia.
D. Belt. No es criado el que te doy;
Mas consejero y amigo.
D. García. Tendrá ese lugar conmigo.
(*Vase.*)
Trist. Vuestro humilde esclavo soy.
(*Vase.*)
D. Belt. Déme, señor licenciado,
Los brazos.
Let. Los piés os pido.
D. Belt. Alce ya. ¿Cómo ha venido?
Let. Bueno, contento, y honrado
De mi señor don García,
A quien tanto amor cobré,
Que no sé cómo podré
Vivir sin su compañía.
D. Belt. Dios le guarde, que en efeto
Siempre el señor licenciado
Claros indicios ha dado
De agradecido y discreto.
Tan precisa obligacion
Me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
A lo que es tanta razon.
Porque le aseguro yo
Que es tal mi agradecimiento,
Que como un corregimiento
Mi intercesion le alcanzó.
Segun mi amor desigual
De la misma suerte hiciera
Darle tambien, si pudiera,
Plaza en el consejo real.
Let. De vuestro valor lo fio.
D. Belt. Sí, bien lo puede creer;
Mas yo me doy á entender,
Que si con el favor mio
En ese escalon primero
Se ha podido poner, ya
Sin mi ayuda subirá
Con su virtud al postrero.
Let. En cualquier tiempo y lugar
He de ser vuestro criado.
D. Belt. Ya pues, señor licenciado,
Que el timon ha de dejar
De la nave de García,

Y yo he de encargarme de él,
Que hiciese por mí y por él
Sola una cosa querria.
Let. Ya, señor, alegre espero
Lo que me quereis mandar.
D. Belt. La palabra me ha de dar
De que lo ha de hacer, primero.
Let. Por Dios juro de cumplir,
Señor, vuestra voluntad.
D. Belt. Que me diga una verdad,
Le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento,
Que el camino que seguia
De las letras don García
Fuese su acrecentamiento;
Que para un hijo segundo
Como él era, es cosa cierta
Que es esa la mejor puerta
Para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
De llevarse á don Gabriel,
Mi hijo mayor, con que él
Mi mayorazgo quedó,
Determiné que dejada
Esa profesion, viniese
A Madrid, donde estuviese,
Como es cosa acostumbrada,
Entre ilustres caballeros
En España; porque es bien
Que las nobles casas den
A su rey sus herederos.
Pues como es ya don García
Hombre que no ha de tener
Maestro, y ha de correr
Su gobierno á cuenta mia,
Y mi paternal amor
Con justa razon desea,
Que ya que el mejor no sea,
No le noten por peor;
Quiero, señor licenciado,
Que me diga claramente
Sin lisonja lo que siente,
Supuesto que le ha criado,
De su modo y condicion,
De su trato y ejercicio,
Y á qué género de vicio
Muestra mas inclinacion.
Si tiene alguna costumbre
Que yo cuide de enmendar;
No piense que me ha de dar
Con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso
Que me pese, claro está;
Mas saberlo me será
Util, cuando no gustoso.
Antes en nada, á fe mia,
Hacerme puede mayor
Placer, ó mostrar mejor
Lo bien que quiere á García,
Que en darme este desengaño,
Cuando provechoso es,
Si he de saberlo despues
Que haya sucedido un daño.
Let. Tan estrecha prevencion,
Señor, no era menester
Para reducirme á hacer
Lo que tengo obligacion.
Pues es caso averiguado,
Que cuando entrega al señor
Un caballo el picador,
Que lo ha impuesto y enseñado,
Si no le informa del modo
Y los resabios que tiene,
Un mal suceso previene
Al caballo, y dueño, y todo.
Deciros verdad es bien;
Que demas del juramento
Daros una purga intento,
Que os sepa mal y haga bien.
De mi señor don García
Todas las acciones tienen
Cierto acento, en que convienen
Con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
Es sagaz y es ingenioso,
Es liberal y piadoso;
Si repentino, impaciente.
No trato de las pasiones
Propias de la mocedad;
Porque en esas con la edad
Se mudan las condiciones.
Mas una falta no mas
Es la que le he conocido,
Que por mas que le he reñido
No se ha enmendado jamas.
D. Belt. ¿Cosa que á su calidad
Será dañosa en Madrid?
Let. Puede ser.
D. Belt. ¿Cuál es? decid.
Let. No decir siempre verdad.
D. Belt. ¡Jesus, qué cosa tan fea
En hombre de obligacion!
Let. Yo pienso, que, ó condicion
O mala costumbre sea,
Con la mucha autoridad
Que con él teneis, señor,
Junto con que ya es mayor
Su cordura con la edad,
Ese vicio perderá.
D. Belt. Si la vara no ha podido,
En tiempo que tierna ha sido,
Enderezarse, ¿qué hará
Siendo ya tronco robusto?
Let. En Salamanca, señor,
Son mozos, gastan humor,
Sigue cada cual su gusto;

Hacen donaire del vicio,
Gala de la travesura,
Grandeza de la locura,
Hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
Su enmienda esperar podemos,
Donde tan validas vemos
Las escuelas del honor.
D. Belt. Casi me mueve á reir
Ver cuan ignorante está
De la corte; ¿luego acá
No hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido
Un estremo don García,
Hay quien le dé cada dia
Mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
En un puesto levantado,
En cosa en que al engañado
La hacienda ó honor le va,
¿No es mayor inconveniente
Quien por espejo está puesto
Al reino? Dejemos esto,
Que me voy á maldiciente.
Como el toro, á quien tiró
La vara una diestra mano,
Arremete al mas cercano,
Sin mirar á quien hirió;
Así yo con el dolor
Que esta nueva me ha causado,
En quien primero he encontrado
Ejecuté mi furor.
Créame, que si García
Mi hacienda de amores ciego
Disipára, ó en el juego
Consumiera noche y dia;
Si fuera de ánimo inquieto
Y á pendencias inclinado;
Si mal se hubiera casado;
Si se muriera en efeto,
No lo llevára tan mal,
Como que su falta sea
Mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta á mi natural!
Ahora bien, lo que he de hacer
Es casarle brevemente,
Antes que este inconveniente
Conocido venga á ser.
Yo quedo muy satisfecho
De su buen celo y cuidado,
Y me confieso obligado
Del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?
Let. Querria
Luego.
D. Belt. ¿No descansará
Algun tiempo, y gozará
De la corte?
Let. Dicha mia
Fuera quedarme con vos;
Pero mi oficio me espera.
D. Belt. Ya entiendo; volar quisiera,
Porque va á mandar. A Dios.
Let. Guárdeos Dios. Dolor estraño
Le dió al buen viejo la nueva;
Al fin el mas sabio lleva
Agriamente un desengaño.

ESCENA II.

El teatro representa las Platerías.

DON GARCIA, VESTIDO DE GALAN, Y TRISTAN.

D. García. ¿Diceme bien este trage?
Trist. Divinamente, señor.
¡Oh, bien haya el inventor
De este holandesco follage!
¿Con un cuello apanalado
Qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama, á quien dió
Cierto amigo gran cuidado
Mientras con cuello le via;
Y una vez que llegó á verle
Sin él, la obligó á perderle
Cuanta aficion le tenia;
Porque ciertos costurones
En la garganta cetrina
Publicaban la ruïna
De pasados lamparones:
Las narices le crecieron;
Mostró un gran palmo de oreja,
Y las quijadas, de vieja
En lo enjuto parecieron.
Al fin el galan quedó
Tan otro del que solia,
Que no le conoceria
La madre que le parió.
D. García. Por esa y otras razones
Me holgára de que saliera
Premática, que impidiera
Esos vanos cangilones.
Que demas de esos engaños,
Con su holanda el estranjero
Saca de España el dinero
Para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Mas á gusto, á menos costa.
Y no que con tal cuidado
Sirve un galan á su cuello,
Que, por no descomponello,
Se obliga á andar empalado.
Trist. Yo sé quien tuvo ocasion
De gozar su amada bella,

Y no osó llegarse á ella
Por no ajar un cangilon.
Y esto me tiene confuso:
Todos dicen que se holgáran
De que valonas se usáran,
Y nadie comienza el uso.
D. García. De gobernar nos dejemos
El mundo: ¿qué hay de mugeres?
Trist. El mundo dejas, ¿y quieres
Que la carne gobernemos?
¿Es mas fácil?
D. García. Mas gustoso.
Trist. ¿Eres tierno?
D. García. Mozo soy.
Trist. Pues en lugar entras hoy,
Donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
En el cortesano suelo,
De la suerte que en el cielo
Brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud,
Y el estado hay diferencia;
Como es varia su influencia,
Resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
Que en este número esten;
Que son ángeles, á quien
No se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas,
Que son con almas livianas,
Siendo divinas, humanas;
Corruptibles, siendo estrellas.
Bellas casadas verás,
Conversables y discretas,
Que las llamo yo planetas,
Porque resplandecen mas.
Estas, con la conjuncion
De maridos placenteros,
Influyen en estranjeros
Dadivosa condicion.
Otras hay, cuyos maridos
A comisiones se van,
O que en las Indias están,
O en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
En esto, que mil taimadas
Suelen fingirse casadas,
Por vivir con libertad.
Verás de cautas pasantes
Hermosas recientes hijas;
Estas son estrellas fijas,
Y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
De señoras del tuson,
Que entre cortesanas son
De la mayor magnitud.
Siguense tras las tusonas
Otras, que serlo desean,
Y aunque tan buenas no sean,
Son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
Que dan menor claridad;
Mas en la necesidad
Te habrás de alumbrar con ellas.
La buscona no la cuento
Por estrella, que es cometa;
Pues ni su luz es perfeta,
Ni conocido su asiento.
Por las mañanas se ofrece
Amenazando al dinero,
Y en cumpliéndose el agüero,
Al punto desaparece.
Niñas salen que procuran
Gozar todas ocasiones;
Estas son exhalaciones
Que mientras se queman, duran.
Pero que adviertas es bien,
Si en estas estrellas tocas,
Que son estables muy pocas,
Por mas que un Perú les den.
No ignores, pues yo no ignoro,
Que un signo el de Virgo es,
Y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro:
Y así, sin fiar en ellas,
Lleva un presupuesto solo,
Y es que el dinero es el polo
De todas estas estrellas.
D. García. ¿Eres astrólogo?
Trist. Oí,
El tiempo que pretendia,
En palacio astrología.
D. García. ¿Luego has pretendido?
Trist. Fuí
Pretendiente por mi mal.
D. García. ¿Cómo en servir has parado?
Trist. Señor, porque me han faltado
La fortuna y el caudal;
Aunque quien te sirve, en vano
Por mejor suerte suspira.
D. García. Deja lisonjas, y mira
El marfil de aquella mano,
El divino resplandor
De aquellos ojos, que juntas
Despiden entre las puntas
Flechas de muerte y amor.
Trist. ¿Dices aquella señora
Que va en el coche?
D. García. ¿Pues cuál
Merece alabanza igual?
Trist. ¡Que bien encajaba agora
Esto de coche del sol,
Con todos sus adherentes
De rayos de fuego ardientes,
Y deslumbrante arrebol!
D. García. La primer dama que ví

En la corte, me agradó.
Trist. ¿La primera en tierra?
D. García. No,
La primera en cielo sí;
Que es divina esta muger.
Trist. Por puntos las toparás
Tan bellas, que no podrás
Ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
Constante amor ni deseo;
Que siempre por la que veo
Me olvido de la que ví.
D. García. ¿Dónde ha de haber resplan-
Que borren los de estos ojos? [dores
Trist. Miraslos ya con antojos,
Que hacen las cosas mayores.
D. García. ¿Conoces, Tristan?
Trist. No humanes
Lo que por divino adoras;
Porque tan altas señoras
No tocan á los Tristanes.
D. García. Pues yo al fin, quien fuere sea,
La quiero, y he de servilla;
Tú puedes, Tristan, seguilla.
Trist. Detente, que ella se apea
En la tienda.
D. García. Llegar quiero.
¿Usase en la corte?
Trist. Sí;
Con la regla que te dí,
De que es el polo el dinero.
D. García. Oro traigo.
Trist. Cierra, España,
Que á César llevas contigo:
Mas mira si en lo que digo
Mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
Que tras ella sale agora,
Puede ser sol de su aurora,
Ser aurora de su estrella.
D. García. Hermosa es tambien.
Trist. Pues mira
Si la criada es peor.
D. García. El coche es arco de amor,
Y son flechas cuantas tira:
Yo llego.
Trist. A lo dicho advierte.
D. García. ¿Y es?
Trist. Que á la muger rogando,
Y con el dinero dando.
D. García. ¡Consista en eso mi suerte!
Trist. Pues yo, mientras hablas, quiero
Que me haga relacion
El cochero, de quien son.
D. García. ¿Dirálo?
Trist. Sí, que es cochero.

ESCENA III.

DOÑA JACINTA, DONA LUCRECIA É ISABEL CON MANTOS. CAE JACINTA, Y LLEGA DON GARCIA, Y DALE LA MANO.

Da. Jac. ¡Válgame Dios!
D. García. Esta mano
Os servid de que os levante,
Si merezco ser Atlante
De un cielo tan soberano.
Da. Jac. Atlante debeis de ser,
Pues le llegais á tocar.
D. García. Una cosa es alcanzar
Y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad
Alcanzar, por quien me abraso,
Si es favor que debo al caso,
Y no á vuestra voluntad?
Con mi propia mano así
El cielo; ¿mas qué importó,
Si ha sido porque él cayó,
Y no porque yo subí?
Da. Jac. ¿Para qué fin se procura
Merecer?
D. García. Para alcanzar.
Da. Jac. Llegar al fin, sin pasar
Por los medios, ¿no es ventura?
D. García. Sí.
Da. Jac. ¿Pues cómo estais quejoso
Del bien que os ha sucedido,
Si el no haberlo merecido
Os hace mas venturoso?
D. García. Porque como las acciones
Del agravio y el favor
Reciben todo el valor
Solo de las intenciones;
Por la mano que os toqué
No estoy yo favorecido,
Si haberlo vos consentido
Con esa intencion no fué.
Y así sentir me dejad,
Que cuando tal dicha gano,
Venga sin alma la mano
Y el favor sin voluntad.
Da. Jac. Si la vuestra no sabia,
De que agora me informais,
Injustamente culpais
Los defectos de la mia.

ESCENA IV.

DICHOS Y TRISTAN.

Trist. El cochero hizo su oficio; *ap.*
Nuevas tengo de quien son.
D. García. ¿Qué, basta aquí de mi afi-
Nunca tuvistes indicio? [cion
Da. Jac. ¿Cómo, si jamas os ví?

D. García. ¿Tampoco ha valido, ¡ay Dios!
Mas de un año, que por vos
He andado fuera de mí?
Trist. ¡Un año, y ayer llegó *ap.*
A la corte!
Da. Jac. Bueno á fe;
¿Mas de un año? Juraré
Que no os ví en mi vida yo.
D. García. Cuando del indiano suelo
Por mi dicha llegué aquí,
La primer cosa que ví
Fué la gloria de ese cielo;
Y aunque os entregué al momento
El alma, habeislo ignorado;
Porque ocasion me ha faltado
De deciros lo que siento.
Da. Jac. ¿Sois indiano?
D. García. Y tales son
Mis riquezas, pues os ví,
Que al minado Potosí
Le quito la presuncion.
Trist. ¡Indiano! *ap.*
Da. Jac. ¿Y sois tan guardoso
Como la fama los hace?
D. García. Al que mas avaro nace
Hace el amor dadivoso.
Da. Jac. ¿Luego, si decis verdad,
Preciosas ferias espero?
D. García. Si es que ha de dar el dinero
Crédito á la voluntad,
Serán pequeños empleos,
Para mostrar lo que adoro,
Daros tantos mundos de oro
Como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
De esa divina beldad,
Ni á mi inmensa voluntad
Ha de igualar el poder;
Por lo menos os servid
Que esta tienda que os franqueo
Dé señal de mi deseo.
Da. Jac. No ví tal hombre en Madrid,
Lucrecia. ¿Qué te parece
Del indiano liberal?
Da. Luc. Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.
D. García. Las joyas que gusto os dan
Tomad de este aparador.
Trist. Mucho te arrojas, señor.
D. García. Estoy perdido, Tristan.
Is. Don Juan viene.
Da. Jac. Yo agradezco,
Señor, lo que me ofreceis.
D. García. Mirad que me agraviaréis
Si no lograis lo que ofrezco.
Da. Jac. Yerran vuestros pensamientos,
Caballero, en presumir
Que puedo yo recibir
Mas que los ofrecimientos.
D. García. ¿Pues qué ha alcanzado de
El corazon que os he dado? [vos
Da. Jac. El haberos escuchado.
D. García. Yo lo estimo.
Da. Jac. A Dios.
D. García. A Dios;
Y para amaros, me dad
Licencia.
Da. Jac. Para querer
No pienso que ha menester
Licencia la voluntad. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. García. Siguelas.
Trist. Si te fatigas,
Señor, por saber la casa
De la que en amor te abrasa,
Ya la sé.
D. García. Pues no las sigas;
Que suele ser enfadosa
La diligencia importuna.
Trist. Doña Lucrecia de Luna
Se llama la mas hermosa,
Que es mi dueño, y la otra dama
Que acompañándola viene,
Sé donde la casa tiene;
Mas no sé cómo se llama:
Esto respondió el cochero.
D. García. Si es Lucrecia la mas bella,
No hay mas que saber; pues ella
Es la que habló, y la que quiero;
Que como el autor del dia
Las estrellas deja atras,
De esa suerte á las demas
La que me cegó vencia.
Trist. Pues á mí la que calló
Me pareció mas hermosa.
D. García. ¡Qué buen gusto!
Trist. Es cierta cosa
Que no tengo voto yo:
Mas soy tan aficionado
A cualquier muger que calla,
Que bastó, para juzgalla
Mas hermosa, haber callado.
Mas dado, señor, que estés
Errado tú, presto espero
Preguntándole al cochero
La casa, saber quien es.
D. García. ¿Y Lucrecia dónde tiene
La suya?
Trist. Que á la Vitoria
Dijo, si tengo memoria.
D. García. Siempre ese nombre conviene
A la esfera venturosa
Que da ecliptica á tal luna.

ESCENA VI.

DICHOS, Y DON JUAN Y DON FELIX, QUE SALEN POR OTRO LADO.

D. Juan. ¿Música y cena? ¡Ah fortuna!
D. García. ¿No es este don Juan de Sosa?
Trist. Él mismo.
D. Juan. ¿Quién puede ser
El amante venturoso,
Que me tiene tan zeloso?
D. Felix. Que lo vendreis á saber
A pocos lances confio.
D. Juan. ¡Que otro amante le haya dado,
A quien mia se ha nombrado,
Música y cena en el rio!
D. García. ¿Don Juan de Sosa?
D. Juan. ¿Quién es?
D. García. Ya olvidais á don García.
D. Juan. Veros en Madrid lo hacia,
Y el nuevo trage.
D. García. Despues
Que en Salamanca me vistes,
Muy otro debo de estar.
D. Juan. Mas galan sois de seglar
Que de estudiante lo fuistes.
¿Venis á Madrid de asiento?
D. García. Sí.
D. Juan. Bien venido seais.
D. García. Vos, don Felix, ¿cómo estais?
D. Felix. De veros, por Dios, contento:
Vengais bueno enhorabuena.
D. García. Para serviros. ¿Qué haceis?
¿De qué hablais? ¿En qué entendeis?
D. Juan. De cierta música y cena
Que en el rio dió un galan
Esta noche á una señora,
Era la plática agora.
D. García. ¡Música y cena, don Juan!
¿Y anoche?
D. Juan. Sí.
D. García. ¿Mucha cosa?
¿Grande fiesta?
D. Juan. Así es la fama.
D. García. ¿Y muy hermosa la dama?
D. Juan. Dícenme que es muy hermosa.
D. García. Bien.
D. Juan. ¿Qué misterios haceis?
D. García. De que alabeis por tan buena
Esa dama y esa cena;
Sino que alabando esteis
Mi fiesta y mi dama así.
D. Juan. ¿Pues tuvistes tambien boda
Anoche en el rio?
D. García. Toda
En eso la consumí.
Trist. ¿Qué fiesta ó qué dama es esta, *ap.*
Si á la corte llegó ayer?
D. Juan. ¿Ya teneis á quien hacer
Tan recien venido fiesta?
Presto el amor dió con vos.
D. García. No ha tan poco que he llegado,
Que un mes no haya descansado.
Trist. Ayer llegó, voto á Dios; *ap.*
Él lleva alguna intencion.
D. Juan. No lo he sabido, á fe mia:
Que al punto acudido habria
A cumplir mi obligacion.
D. García. He estado hasta aquí secreto.
D. Juan. Esa la causa habrá sido
De no haberlo yo sabido.
¿Pero la fiesta, en efeto,
Fué famosa?
D. García. Por ventura
No la vió mejor el rio.
D. Juan. Ya de zelos desvario. *ap.*
¿Quién duda que la espesura
Del Sotillo el sitio os dió?
D. García. Tales señas me vais dando,
Don Juan, que voy sospechando
Que la sabeis como yo.
D. Juan. No estoy del todo ignorante,
Aunque todo no lo sé;
Dijéronme no sé qué
Confusamente, bastante
A tenerme deseoso
De escucharos la verdad;
Forzosa curiosidad
En un cortesano ocioso:
O en un amante con zelos. *ap.*
D. Felix. Advertid cuan sin pensar

(*A don Juan aparte.*)

Os han venido á mostrar
Vuestro contrario los cielos.
D. García. Pues á la fiesta atended:
Contaréla, ya que veo
Que os fatiga ese deseo.
D. Juan. Hareisnos mucha merced.
D. García. Entre las opacas sombras
Y opacidades espesas,
Que el Soto formaba de olmos
Y la noche de tinieblas,
Se ocultaba una cuadrada,
Limpia y olorosa mesa,
A lo italiano curiosa,
A lo español opulenta.
En mil figuras prensados
Manteles y servilletas,
Solo envidiaban las almas
A las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores puestos
En cuadra correspondencia,
La plata blanca y dorada,
Vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo

En todo el Sotillo apenas,
Que de ellas se edificaron
En varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
Ocultan las cuatro de ellas,
Otra principios y postres,
Y las viandas la sesta.
Llegó en su coche mi dueño,
Dando envidia á las estrellas,
A los aires suavidad,
Y alegría á la ribera.
Apenas el pié que adoro
Hizo esmeraldas la yerba,
Hizo cristal la corriente,
Las arenas hizo perlas;
Cuando en copia disparados
Cohetes, bombas y ruedas,
Toda la region del fuego
Bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
Se acabaron, cuando empiezan
Las de veinticuatro antorchas
A oscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
De chirimías, tras ellas
El de las vihuelas de arco
Sonó en la segunda tienda:
Salieron con suavidad
Las flautas de la tercera,
Y en la cuarta cuatro voces
Con guitarras y arpas suenan.
Entre tanto se sirvieron
Treinta y dos platos de cena,
Sin los principios y postres
Que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
En fuentes y tazas, hechas
Del cristal que da el invierno,
Y el artificio conserva,
De tanta nieve se cubren,
Que Manzanares sospecha,
Cuando por el Soto pasa,
Que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
Cuando el gusto se recrea,
Que de espíritus suaves
De pomos y cazoletas,
Y destilados sudores
De aromas, flores y yerbas,
En el Soto de Madrid
Se vió la region sabea.
En un hombre de diamantes,
Delicadas de oro flechas,
Que mostrasen á mi dueño
Su crueldad y mi firmeza,
Al sauce, al junco y al mimbre
Quitaron su preeminencia;
Que han de ser oro las pajas,
Cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folla
Los cuatro coros comienzan,
Desde conformes distancias,
A suspender las esferas:
Tanto que envidioso Apolo
Apresuró su carrera,
Porque el principio del dia
Pusiese fin á la fiesta.

D. Juan. Por Dios que la habeis pintado
De colores tan perfectas,
Que no trocára el oirla
Por haberme hallado en ella.

Trist. ¡Válgate el diablo por hombre, *ap.*
Que tan de repente pueda
Pintar un convite tal,
Que á la verdad misma venza!

D. Juan. ¡Rabio de zelos!

(*Aparte á don Felix.*)

D. Felix. No os dieron
Del convite tales señas.

D. Juan. ¿Qué importa, si en la sustancia
El tiempo y lugar concuerdan?

D. García. ¿Qué decis?

D. Juan. Que fué el festin
Mas célebre que pudiera
Hacer Alejandro Magno.

D. García. ¡Oh! son niñerías estas
Ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
Para prevenirme, un dia;
Que á las romanas y griegas
Fiestas, que al mundo admiraron,
Nueva admiracion pusiera. (*Mira adentro.*)

D. Felix. Jacinta es la del estribo

(*A don Juan aparte.*)

En el coche de Lucrecia.

D. Juan. Los ojos á don García

(*A don Felix aparte.*)

Se le van, por Dios, tras ella.

D. Felix. Inquieto está y divertido.

D. Juan. Ciertas son ya mis sospechas.

D. Juan y D. García. A Dios.

D. Felix. Entrambos á un punto
Fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS DON JUAN Y DON FELIX.

Trist. No ví jamas despedida *ap.*
Tan conforme, y tan resuelta.

D. García. Aquel cielo, primer móvil
De mis acciones, me lleva

Arrebatado tras sí.
Trist. Disimula y ten paciencia,
Que el mostrarse muy amante
Antes daña que aprovecha:
Y siempre he visto que son
Venturosas las tibiezas.
Las mugeres y los diablos
Caminan por una senda,
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse de ellas,
Y solo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.
D. García. Es verdad; mas no soy dueño
De mí mismo.
Trist. Hasta que sepas
Estensamente su estado,
No te entregues tan de veras;
Que suele dar quien se arroja,
Creyendo las apariencias,
En un pantano cubierto
De verde engañosa yerba.
D. García. Pues hoy te informa de todo.
Trist. Eso queda por mi cuenta;
Y agora, antes que reviente,
Dime por Dios, ¿qué fin llevas
En las ficciones que he oido?
Siquiera para que pueda
Ayudarte, que cogernos
En mentira será afrenta:
Perulero te fingiste
Con las damas.
D. García. Cosa es cierta,
Tristan, que los forasteros
Tienen mas dicha con ellas;
Y mas si son de las Indias,
Informacion de riqueza.
Trist. Ese fin está entendido:
Mas pienso que el medio yerras,
Pues han de saber al fin
Quien eres.
D. García. Cuando lo sepan,
Habré ganado en su casa,
O en su pecho ya las puertas
Con este medio; y despues
Yo me entenderé con ellas.
Trist. Digo que me has convencido,
Señor; mas agora venga
Lo de haber un mes que estás
En la corte; ¿qué fin llevas,
Habiendo llegado ayer?
D. García. Ya sabes tú que es grandeza
Esto de estar encubierto,
O retirado en su aldea,
O en su casa descansando.
Trist. Vaya muy enhorabuena;
Lo del convite entra agora.
D. García. Fingilo, porque me pesa
Que piense nadie que hay cosa
Que mover mi pecho pueda
A envidia, ó admiracion,
Pasiones que al hombre afrentan:
Que admirarse es ignorancia,
Como envidiar es bajeza.
Tú no sabes á qué sabe,
Cuando llega un porta-nuevas
Muy orgulloso á contar
Una hazaña ó una fiesta,
Taparle la boca yo
Con otra tal, que se vuelva
Con sus nuevas en el cuerpo,
Y que reviente con ellas.
Trist. Caprichosa prevencion,
Si bien peligrosa treta;
La fábula de la corte
Serás, si la flor te entrevan.
D. García. Quien vive sin ser sentido,
Quien solo el número aumenta
Y hace lo que todos hacen,
¿En qué difiere de bestia?
Ser famoso es grande cosa,
El medio cual fuere sea;
Nómbrenme á mí en todas partes,
Y murmúrenme si quiera:
Pues uno, por ganar nombre,
Abrasó el templo de Efesia:
Y al fin es este mi gusto,
Que es la razon de mas fuerza.
Trist. Juveniles opiniones
Sigue tu ambiciosa idea,
Y cerrar has menester
En la corte la mollera.

ESCENA VIII.

Habitacion de doña Jacinta en casa de don Sancho.

DOÑA JACINTA É ISABEL CON MANTOS, Y DON BELTRAN Y DON SANCHO.

Da. Jac. ¿Tan grande merced?
D. Belt. No ha sido
Amistad de solo un dia
La que esta casa, y la mia,
Si os acordais, se han tenido;
Y así no es bien que estrañeis
Mi visita.
Da. Jac. Si me espanto,
Es, señor, por haber tanto
Que merced no nos haceis.
Perdonadme, que ignorando
El bien que en casa tenia,
Me tardé en la platería,
Ciertas joyas concertando.
D. Belt. Feliz pronóstico dais

Al pensamiento que tengo,
Pues cuando á casaros vengo,
Comprando joyas estais.
Con don Sancho vuestro tio
Tengo tratado, señora,
Hacer parentesco agora
Nuestra amistad; y confio,
Puesto que como discreto
Dice don Sancho que es justo
Remitiese á vuestro gusto,
Que esto ha de tener efeto.
Que pues es la hacienda mia
Y calidad tan patente,
Solo falta que os contente
La persona de Garcia,
Y aunque ayer á Madrid vino
De Salamanca el mancebo,
Y de envidia el rubio Febo
Le ha abrasado en el camino,
Bien me atreveré á ponello
Ante vuestros ojos claros,
Fiando que ha de agradaros
Desde la planta al cabello;
Si licencia le otorgais
Para que os bese la mano.
Da. Jac. Encarecer lo que gano
En la mano que me dais,
Si es notorio, es vano intento;
Que estimo de tal manera
Las prendas vuestras, que diera
Luego mi consentimiento,
A no haber de parecer,
Por mucho que en ello gano,
Arrojamiento liviano
En una honrada muger;
Que el breve determinarse
En cosas de tanto peso,
O es tener muy poco seso,
O gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
Me parece, si os agrada,
Que para no arriesgar nada,
Pasando la calle sea.
Que si, como puede ser,
Y sucede á cada paso,
Despues de tratarlo, acaso
Se viniese á deshacer;
¿De qué me hubiera servido,
O qué opinion me darán
Las visitas de un galan
Con licencias de marido?
D. Belt. Ya por vuestra gran cordura,
Si es mi hijo vuestro esposo,
Le tendré por tan dichoso,
Como por vuestra hermosura.
D. Sancho. De prudencia puede ser
Un espejo, la que ois.
D. Belt. No sin causa os remitis,
Don Sancho, á su parecer.
Esta tarde con Garcia
A caballo pasaré
Vuestra calle.
Da. Jac. Yo estaré
Detras de esa celosia.
D. Belt. Que le mireis bien os pido;
Que esta noche he de volver,
Jacinta hermosa, á saber
Cómo os haya parecido.
Da. Jac. ¿Tan apriesa?
D. Belt. Este cuidado
No admireis, que es ya forzoso;
Pues si vine deseoso,
Vuelvo agora enamorado;
Y á Dios.
Da. Jac. A Dios.
D. Belt. ¿Dónde vais?
D. Sancho. A serviros.
D. Belt. No saldré.
D. Sancho. Al corredor llegaré
Con vos, si licencia dais.

ESCENA IX.

DOÑA JACINTA É ISABEL.

Is. Mucha prisa te da el viejo.
Da. Jac. Yo se la diera mayor,
Pues tambien le está á mi honor,
Si á diferente consejo
No me obligára el amor;
Que aunque los impedimentos
Del hábito de don Juan,
Dueño de mis pensamientos,
Forzosa causa me dan
De admitir otros intentos,
Como su amor no despido,
Por mucho que lo deseo,
Que vive en el alma asido;
Tiemblo, Isabel, cuando creo
Que otro ha de ser mi marido.
Is. Yo pensé que ya olvidabas
A don Juan, viendo que dabas
Lugar á otras pretensiones.
Da. Jac. Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel; no te engañabas,
Que como ha tanto que está
El hábito detenido,
Y no ha de ser mi marido
Si no sale, tengo ya
Este intento por perdido.
Y así para no morirme,
Quiero hablar y divertirme,
Pues en vano me atormento:
Que en un imposible intento
No apruebo el morir de firme.
Por ventura encontraré
Alguno tal, que merezca

Que mano y alma le dé.
Is. No dudo que el tiempo ofrezca
Sugeto digno á tu fe;
Y si no me engaño yo,
Hoy no te desagradó
El galan indiano.
Da. Jac. Amiga,
¿Quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció,
Y tanto que te prometo
Que si fuera tan discreto,
Tan gentilhombre y galan
El hijo de don Beltran,
Tuviera la boda efeto.
Is. Esta tarde le verás
Con su padre por la calle.
Da. Jac. Veré solo el rostro y talle:
El alma, que importa mas,
Quisiera ver con hablalle.
Is. Háblale.
Da. Jac. Hase de ofender
Don Juan, si llega á sabello,
Y no quiero, hasta saber
Que de otro dueño he de ser,
Determinarme á perdello.
Is. Pues da algun medio, y advierte
Que siglos pasas en vano,
Y conviene resolverte:
Que don Juan es de esta suerte
El perro del hortelano.
Sin que lo sepa don Juan,
Podrás hablar, si tú quieres,
Al hijo de don Beltran;
Que, como en su centro, están
Las trazas en las mugeres.
Da. Jac. Una pienso, que podria
En este caso importar;
Lucrecia es amiga mia,
Ella puede hacer llamar
De su parte á don García;
Que como secreta esté
Yo con ella en su ventana,
Este fin conseguiré.
Is. Industria tan soberana
Solo de tu ingenio fué.
Da. Jac. Pues parte al punto, y mi in-
Le di á Lucrecia, Isabel. [tento
Is. Sus alas tomaré al viento.
Da. Jac. La dilacion de un momento
Le di, que es un siglo en él.

ESCENA X.

DICHOS Y DON JUAN, QUE ENCUENTRA A ISABEL AL SALIR.

D. Juan. ¿Puedo hablar á tu señora?
Is. Solo un momento ha de ser;
Que de salir á comer
Mi señor don Sancho es hora. (*Vase.*)
D. Juan. Ya, Jacinta, que te pierdo,
Ya que yo me pierdo, ya...
Da. Jac. ¿Estás loco?
D. Juan. ¿Quién podrá
Estar con tus cosas cuerdo?
Da. Jac. Repórtate, y habla paso,
Que está en la cuadra mi tio.
D. Juan. Cuando á cenar vas al rio,
¿Cómo haces de él poco caso?
Da. Jac. ¿Qué dices? ¿Estás en tí?
D. Juan. Cuando para trasnochar
Con otro tienes lugar,
¿Tienes tio para mí?
Da. Jac. ¿Trasnochar con otro? Advierte
Que aunque eso fuese verdad,
Era mucha libertad
Hablarme á mí de esa suerte:
Cuanto mas que es desvarío
De tu loca fantasía.
D. Juan. Ya sé que fué don García
El de la fiesta del rio;
Ya los fuegos, que á tu coche,
Jacinta, la salva hicieron,
Ya las antorchas, que dieron
Sol al Soto á media noche;
Ya los cuatro aparadores,
Con vajillas variadas;
Las cuatro tiendas pobladas
De instrumentos y cantores.
Todo lo sé, y sé que el dia
Te halló, enemiga, en el rio;
Di agora que es desvarío
De mi loca fantasía.
Di agora que es libertad
El tratarte de esta suerte,
Cuando obligan á ofenderte
Mi agravio y tu liviandad.
Da. Jac. ¡Plega á Dios...!
D. Juan. Deja invenciones,
Calla, no me digas nada,
Que en ofensa averiguada
No sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño,
No niegues que te he perdido;
Tu mudanza me ha ofendido,
No me ofende el desengaño.
Y aunque niegues lo que oí,
Lo que ví confesarás;
Que hoy lo que negando estás,
En sus mismos ojos ví.
¿Y su padre qué queria
Agora aquí? ¿Qué te dijo?
¿De noche estás con el hijo,
Y con el padre de dia?
Yo lo ví, ya mi esperanza
En vano engañar dispones;
Ya sé que tus dilaciones

Son hijas de tu mudanza.
Mas, cruel, viven los cielos,
Que no has de vivir contenta;
Abrásate, pues revienta
Este volcan de mis zelos.
El que me hace desdichado
Te pierda, pues yo te pierdo.
Da. Jac. ¿Tú eres cuerdo?
D. Juan. ¿Cómo cuerdo;
Amante y desesperado?
Da. Jac. Vuelve, escucha, que si vale
La verdad, presto verás
Cuan mal informado estás.
D. Juan. Volme, que tu tio sale.
Da. Jac. No sale; escucha, que fio
Satisfacerte.
D. Juan. Es en vano,
Si aquí no me das la mano.
Da. Jac. ¿La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala.

DON GARCIA EN CUERPO LEYENDO UN PAPEL, TRISTAN Y CAMINO.

D. García. « La fuerza de una ocasion
« me hace esceder del órden de mi estado.
« Sabrála usted esta noche por un balcon
« que le enseñará el portador, con lo de-
« mas que no es para escrito; y guarde
« nuestro Señor, etc. »
¿Quién este papel me escribe?
Cam. Doña Lucrecia de Luna.
D. García. El alma sin duda alguna
Que dentro en mi pecho vive.
¿No es esta una dama hermosa,
Que hoy antes de mediodia
Estaba en la platería?
Cam. Sí, señor.
D. García. ¡Suerte dichosa!
Informadme, por mi vida,
De las partes de esta dama.
Cam. Mucho admiro que su fama
Esté de vos escondida;
Porque la habeis visto, dejo
De encarecer que es hermosa,
Es discreta y virtuosa:
Su padre es viudo y es viejo:
Dos mil ducados de renta
Los que ha de heredar, serán
Bien hechos.
D. García. ¿Oyes, Tristan?
Trist. Oigo, y no me descontenta.
Cam. En cuanto á ser principal,
No hay que hablar; Luna es su padre,
Y fué Mendoza su madre,
Tan finos como un coral.
Doña Lucrecia, en efeto,
Merece un rey por marido.
D. García. ¡Amor, tus alas te pido
Para tan alto sugeto!
¿Dónde vive?
Cam. A la Vitoria.
D. García. Cierto es mi bien. Que sereis,
Dice aquí, quien me guieis
Al cielo de tanta gloria.
Cam. Serviros pienso á los dos.
D. García. Y yo lo agradeceré.
Cam. Esta noche volveré
En dando las diez, por vos.
D. García. Eso le dad por respuesta
A Lucrecia.
Cam. A Dios quedad.

ESCENA II.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. García. ¿Cielos, qué felicidad,
Amor, qué ventura es esta?
Ves, Tristan, ¿cómo llamó
La mas hermosa el cochero
A Lucrecia, á quien yo quiero?
Que es cierto que quien me habló
Es la que el papel me envia.
Trist. Evidente persuasion.
D. García. Que la otra, ¿qué ocasion
Para escribirme tenia?
Trist. Y á todo mi suceder,
Presto de dudas saldrás;
Que esta noche la podrás
En la habla conocer.
D. García. Y que no me engañe es cier-
Segun dejó en mi sentido [to,
Impreso el dulce sonido
De la voz con que me ha muerto.

ESCENA III.

DICHOS, Y UN PAGE QUE DA UN PAPEL A DON GARCIA.

Page. Este, señor don García,
Es para vos.
D. García. No esté así.
Page. Criado vuestro nací.
D. García. Cúbrase, por vida mia.
(*Lee á solas.*) « Averiguar cierta cosa
« Importante á solas quiero
« Con vos: á las siete espero
« En San Blas. DON JUAN DE SOSA. »

¡Válgame Dios! desafío. *ap.*
¿Qué causa puede tener
Don Juan, si yo vine ayer,
Y él es tan amigo mio?
Decid al señor don Juan
Que esto será así.

ESCENA IV.

DON GARCIA Y TRISTAN.

Trist. Señor,
Mudado estás de color;
¿Qué ha sido?
D. García. Nada, Tristan.
Trist. ¿No puedo saberlo?
D. García. No.
Trist. Sin duda es cosa pesada.
D. García. Dame la capa y espada.
¿Qué causa le he dado yo? *ap.*

ESCENA V.

DON GARCIA Y DON BELTRAN.

D. Belt. ¿García?
D. García. ¿Señor?
D. Belt. Los dos
A caballo hemos de andar
Juntos hoy, que he de tratar
Cierto negocio con vos.
D. García. ¿Mandas otra cosa?

ESCENA VI.

DICHOS Y TRISTAN, QUE DA DE VESTIR A DON GARCIA.

D. Belt. ¿Adónde
Vais cuando el sol echa fuego?
D. García. Aquí á los trucos me llego
De nuestro vecino el conde.
D. Belt. No apruebo que os arrojeis,
Siendo venido de ayer,
A daros á conocer
A mil que no conoceis.
Si no es que dos condiciones
Guàrdeis con mucho cuidado,
Y son que jugueis contado,
Y hableis contadas razones:
Puesto que mi parecer
Es este, haced vuestro gusto.
D. García. Seguir tu consejo es justo.
D. Belt. Haced que á vuestro placer
Aderezo se prevenga
A un caballo para vos.
D. García. A ordenallo voy.

ESCENA VII.

DON BELTRAN Y TRISTAN.

D. Belt. A Dios.
¡Que tan sin gusto me tenga *ap*
Lo que su ayo me dijo!
¿Has andado con García,
Tristan?
Trist. Señor, todo el dia.
D. Belt. Sin mirar en que es mi hijo,
Si es que el ánimo fiel,
Que siempre en tu pecho he hallado,
Agora no te ha faltado,
Me dí lo que sientes de él.
Trist. ¿Qué puedo yo haber sentido
En un término tan breve?
D. Belt. Tu lengua es, quien no se atreve;
Que el tiempo bastante ha sido,
Y mas á tu entendimiento:
Dimelo, por vida mia,
Sin lisonja.
Trist. Don García,
Mi señor, á lo que siento,
Que he de decirte verdad,
Pues que tu vida has jurado...
D. Belt. De esa suerte has obligado
Siempre á tí mi voluntad.
Trist. Tiene un ingenio escelente
Con pensamientos sutiles;
Mas caprichos juveniles,
Con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
La leche, y tiene en los labios
Los contagiosos resabios
De aquella caterva moza.
Aquel hablar arrojado,
Mentir sin recato y modo,
Aquel jactarse de todo,
Y hacerse en todo estremado.
Hoy en término de un hora
Echó cinco ó seis mentiras.
D. Belt. ¡Válgame Dios!
Trist. ¿Qué te admiras?
Pues lo peor falta agora;
Que son tales, que podrá
Cogerle en ellas cualquiera.
D. Belt. A Dios.
Trist. Yo no te dijera
Lo que tal pena te da,
A no ser de tí forzado.
D. Belt. Tu fe conozco y tu amor.
Trist. A tu prudencia, señor,
Advertir será escusado
El riesgo que correr puedo,
Si esto sabe don García,
Mi señor.
D. Belt. De mí confia;

Pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar
Los caballos. ¡Santo Dios! (*Vase Tristan.*)
Pues esto permitis vos,
Esto debe de importar.
¿A un hijo solo, á un consuelo
Que en la tierra le quedó
A mi vejez triste, dió
Tan gran contrapeso el cielo?
Ahora bien, siempre tuvieron
Los padres disgustos tales;
Siempre vieron muchos males,
Los que mucha edad vivieron.
Paciencia; hoy he de acabar,
Si puedo, su casamiento:
Con la brevedad intento
Este daño remediar;
Antes que su liviandad,
En la corte conocida,
Los casamientos le impida
Que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
Que tal estado acarrea,
De una costumbre tan fea
Se vendrá á ver enmendado;
Que es vano pensar que son
El reñir y aconsejar
Bastantes para quitar
Una fuerte inclinacion. (*Sale Tristan.*)
Trist. Ya los caballos están,
Viendo que salir procuras,
Probando las herraduras
En las guijas del zaguan;
Porque con las esperanzas
De tan gran fiesta, el overo
A solas está primero
Ensayando sus mudanzas:
Y el bayo, que ser procura
Émulo al dueño que lleva,
Estudia con alma nueva
Movimiento y compostura.
D. Belt. Avisa pues á García.
Trist. Ya te espera tan galan,
Que en la corte pensarán
Que á estas horas sale el dia.

ESCENA VIII.

Habitacion de doña Jacinta.

DOÑA JACINTA É ISABEL.

Is. La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
De tu agudo pensamiento,
Y esta noche en su balcon
Para tratar cierto intento
Le escribió que aguardaria;
Para que puedas en él
Platicar con don García.
Camino llevó el papel,
Persona de quien se fia.
Da. Jac. Mucho Lucrecia me obliga.
Is. Muestra en cualquier ocasion
Ser tu verdadera amiga.
Da. Jac. ¿Es tarde?
Is. Las cinco son.
Da. Jac. Aun durmiendo me fatiga
La memoria de don Juan,
Que esta siesta le he soñado
Zeloso de otro galan. (*Miran adentro.*)
Is. ¡Ay, señora, don Beltran,
Y el perulero á su lado!
Da. Jac. ¿Qué dices?
Is. Digo, que aquel
Que hoy te habló en la platería
Viene á caballo con él;
Mírale.
Da. Jac. Por vida mia,
Que dices verdad, que es él;
¿Hay tal? ¡Cómo el embustero
Se nos fingió perulero,
Si es hijo de don Beltran!
Is. Los que intentan, siempre dan
Gran presuncion al dinero,
Y con ese medio hallar
Entrada en tu pecho quiso;
Que debió de imaginar
Que aquí le ha de aprovechar
Mas ser Midas, que Narciso.
Da. Jac. En decir que ha que me vió
Un año, tambien mintió;
Porque don Beltran me dijo
Que ayer á Madrid su hijo
De Salamanca llegó.
Is. Si bien lo miras, señora,
Todo verdad puede ser;
Que entonces te pudo ver,
Irse de Madrid, y agora
De Salamanca volver;
Y cuando no, ¿qué te admira
Que quien á obligar aspira
Prendas de tanto valor,
Para acreditar su amor
Se valga de una mentira?
Demas, que tengo por llano,
Si no miente mi sospecha,
Que no lo encarece en vano,
Que hablarte hoy su padre, es flecha
Que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mia,
Acaso, que el mismo dia
Que él te vió, y mostró quererte,
Venga su padre á ofrecerte
Por esposo á don García.
Da. Jac. Dices bien; mas imagino
Que el término que pasó

Desde que el hijo me habló
Hasta que su padre vino,
Fué muy breve.
Is. Él conoció
Quien eres; encontraria
Su padre en la plateria,
Hablóle; y él, que no ignora
Tus calidades, y adora
Justamente á don García,
Vino á tratarlo al momento.
Da. Jac. Al fin, como fuere sea;
De sus partes me contento,
Quiere el padre, él me desea,
Da por hecho el casamiento.

ESCENA IX.

Paseo de Atocha.

DON BELTRAN Y DON GARCIA.

D. Belt. ¿Qué os parece?
D. García. Que animal
No ví mejor en mi vida.
D. Belt. ¡Linda bestia!
D. García. Corregida
De espíritu racional;
¡Qué contento y bizarría!
D. Belt. Vuestro hermano don Gabriel,
Que perdone Dios, en él
Todo su gusto tenia.
D. García. Ya que convida, señor,
De Atocha la soledad,
Declara tu voluntad.
D. Belt. Mi pena direis mejor.
¿Sois caballero, García?
D. García. Téngome por hijo vuestro.
D. Belt. ¿Y basta ser hijo mio
Para ser vos caballero?
D. García. Yo pienso, señor, que sí.
D. Belt. ¡Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
Como caballero, el serlo;
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos:
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?
D. García. Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego:
Mas no negueis, que sin ellas
Tambien la da el nacimiento.
D. Belt. Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello?
D. García. Es verdad.
D. Belt. Luego, si vos
Obrais afrentosos hechos,
Aunque seais hijo mio,
Dejais de ser caballero;
Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es, que la fama
Diga á mis oidos mesmos
Que á Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero, y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo,
Solo el decirle que miente,
Decid, ¿qué será el hacerlo,
Si vivo sin honra yo,
Segun los humanos fueros,
Mientras de aquel que me dijo
Que mentia, no me vengo?
¿Tan larga teneis la espada,
Tan duro teneis el pecho,
Que penseis poder vengaros
Diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
Tiene á los lascivos presos;
Obliga á los codiciosos
El poder que da el dinero,
El gusto de los manjares
Al gloton, el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego;
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio,
La fama y la presuncion
Al que es por la espada inquieto:
Todos los vicios al fin
O dan gusto ó dan provecho;
Mas ¿de mentir, qué se saca
Sino infamia y menosprecio?
D. García. Quien dice que miento yo,
Ha mentido.
D. Belt. Tambien eso
Es mentir; que aun desmentir
No sabeis, sino mintiendo.
D. García. Pues si dais en no creerme.
D. Belt. ¿No seré necio si creo
Que vos decis verdad solo,
Y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
Esta fama con los hechos,
Pensar que este es otro mundo,

Hablar poco y verdadero;
Mirad que estais á la vista
De un rey tan santo y perfecto,
Que vuestros yerros no pueden
Hallar disculpa en sus yerros;
Que tratais aquí con grandes,
Títulos y caballeros,
Que si os saben la flaqueza,
Os perderán el respeto;
Que teneis barba en el rostro,
Que al lado ceñis acero,
Que naciste noble al fin,
Y que yo soy padre vuestro:
Y no he de deciros mas;
Que esta sofrenada espero
Que baste, para quien tiene
Calidad y entendimiento.
Y agora porque entendais
Que en vuestro bien me desvelo,
Sabed que os tengo, García,
Tratado un gran casamiento.

D. García. ¡Ay, mi Lucrecia! *ap.*

D. Belt. Jamas
Pusieron, hijo, los cielos
Tantas, tan divinas partes
En un humano sujeto,
Como en Jacinta, la hija
De don Fernando Pacheco,
De quien mi vejez pretende
Tener regalados nietos.

D. García. ¡Ay Lucrecia, si es posible
Tú sola has de ser mi dueño! [*ap.*

D. Belt. ¿Qué es esto? ¿No respondeis?

D. García. ¡Tuyo he de ser, vive el cielo! *ap.*

D. Belt. ¿Qué os entristeceis? Hablad,
No me tengais mas suspenso.

D. García. Entristézcome, porque es
Imposible obedeceros.

D. Belt. ¿Porqué?

D. García. Porque soy casado.

D. Belt. ¿Casado? ¡Cielos, qué es esto!
¿Cómo sin saberlo yo?

D. García. Fué fuerza, y está secreto.

D. Belt. ¡Hay padre mas desdichado!

D. García. No os aflijais, que en sabiendo
La causa, señor, tendreis
Por venturoso el efeto.

D. Belt. Acabad, pues; qué mi vida
Pende solo de un cabello.

D. García. Agora os he menester, *ap.*
Sutilezas de mi ingenio.
En Salamanca, señor,
Hay un caballero noble
De quien es la alcuña Herrera
Y don Pedro el propio nombre:
A este dió el cielo otro cielo
Por hija, pues con dos soles
Sus dos purpúreas mejillas
Hace claros horizontes.
Abrevio, por ir al caso,
Con decir que cuantas dotes
Pudo dar naturaleza,
En tierna edad la componen.
Mas la enemiga fortuna,
Observante en su desórden,
A sus méritos opuesta
De sus bienes la hizo pobre;
Que demas de que su casa
No es tan rica como noble,
Al mayorazgo nacieron
Antes que ella dos varones.
A esta, pues, saliendo al rio
La ví una tarde en su coche,
Que juzgára el de Faeton,
Si fuese Eridano el Tórmes.
No sé quien los atributos
Del fuego en Cupido pone,
Que yo de un súbito hielo
Me sentí ocupar entonces.
¿Qué tienen que ver del fuego
Las inquietudes y ardores,
Con quedar absorta un alma,
Con quedar un cuerpo inmóvil?
Caso fué verla forzoso,
Viéndola cegar de amores;
Pues abrasado seguirla,
Júzguelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de dia,
Rondé su calle de noche,
Con terceros y papeles
Le encareci mis pasiones,
Hasta que al fin condolida
O enamorada responde;
Porque tambien tiene amor
Jurisdiccion en los dioses.
Fuí crecentando finezas,
Y ella aumentando favores,
Hasta ponerme en el cielo
De su aposento una noche;
Y cuando solicitaban
El fin de mi pena enorme,
Conquistando honestidades,
Mis ardientes pretensiones,
Siento que su padre viene
A su aposento: llamóle,
Porque jamas tal hacia,
Mi fortuna aquella noche.
Ella turbada, animosa,
Muger al fin, á empellones
Mi casi difunto cuerpo
Detras de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija,
Fingiendo gusto, abrazóle
Por negarle el rostro, en tanto
Que cobraba sus colores:

Asentáronse los dos,
Y él con prudentes razones
Le propuso un casamiento
Con uno de los Monrois.
Ella honesta como cauta
De tal suerte le responde,
Que ni á su padre resista,
Ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
Y cuando ya casi pone
En el umbral de la puerta
El viejo los piés; entonces...
¡Mal aya amen el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
A dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
Hácia su hija: ¿De dónde
Vino ese reloj? le dijo.
Ella respondió: Envióle,
Para que se le aderecen,
Mi primo don Diego Ponce,
Por no haber en su lugar
Relojero ni relojes.
Dádmele, dijo su padre,
Porque yo ese cargo tome:
Pues entonces doña Sancha,
Que este es de la dama el nombre,
A quitármele del pecho
Cauta y prevenida corre,
Antes que llegar él mismo
A su padre se le antoje.
Quitémele yo, y al darle
Quiso la suerte que toquen
A una pistola, que tengo
En la mano, los cordones;
Cayó el gatillo, dió fuego,
Al tronido desmayóse
Doña Sancha, alborotado
El viejo empezó á dar voces.
Yo viendo el cielo en el suelo,
Y eclipsados sus dos soles,
Juzgué sin duda por muerta
La vida de mis acciones;
Pensando que cometieron
Sacrilegio tan enorme
Del plomo de mi pistola
Los breves volantes orbes.
Con esto, pues, despechado
Saqué rabioso el estoque;
Fueran pocos para mí
En tal ocasion mil hombres.
A impedirme la salida,
Como dos bravos leones,
Con sus armas, sus hermanos
Y sus criados se oponen:
Mas, aunque fácil por todos
Mi espada y mi furia rompen,
No hay fuerza humana que impida
Fatales disposiciones:
Pues al salir por la puerta,
Como iba arrimado, asióme
La alcayata de la aldaba
Por los tiros del estoque:
Aquí para desasirme
Fué fuerza que atras me torne,
Y entre tanto mis contrarios
Muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha, y para que se estorbe
El triste fin que prometen
Estos sucesos atroces,
La puerta cerró animosa
Del aposento, y dejóme
A mí con ella encerrado,
Y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
Baules, arcas y cofres;
Que al fin son de ardientes iras
Remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes,
Mas mis contrarios feroces
Ya la pared me derriban,
Y ya la puerta me rompen.
Yo viendo, que aunque dilate,
No es posible que revoque
La sentencia de enemigos
Tan agraviados y nobles;
Viendo á mi lado la hermosa
De mis desdichas consorte,
Y que hurtaba á sus mejillas
El temor sus arreboles;
Viendo cuan sin culpa suya
Conmigo fortuna corre,
Pues con industria deshace
Cuanto los hados disponen;
Por dar premio á sus lealtades,
Por dar fin á sus temores,
Por dar remedio á mi muerte
Y dar muerte á mis pasiones,
Hube de darme á partido,
Y pedirles que conformen
Con la union de nuestras sangres
Tan sangrientas disensiones.
Ellos, que ven el peligro
Y mi calidad conocen,
Lo acetan, despues de estar
Un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al obispo
Su padre, y volvió con órden
De que el desposorio pueda
Hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
La mortal guerra trocóse,
Dándote la mejor nuera
Que nació del sur al norte.

****

Mas en que tú no lo sepas
Quedamos todos conformes,
Por no ser con gusto tuyo,
Y por ser mi esposa pobre:
Pero ya que fué forzoso
Saberlo, mira si escoges
Por mejor tenerme muerto,
Qué vivo, y con muger noble.
D. Belt. Las circunstancias del caso
Son tales, que se conoce
Que la fuerza de la suerte
Te destinó esa consorte;
Y así no te culpo en mas
Que en callármelo.
D. García. Temores
De darte pesar, señor,
Me obligaron.
D. Belt. Si es tan noble,
¿Qué importa que pobre sea?
¿Cuánto es peor que lo ignore,
Para que habiendo empeñado
Mi palabra, agora torne
Con eso á doña Jacinta?
Mira en qué lance me pones:
Toma el caballo, y temprano,
Por mi vida, te recoge:
Porque despacio tratemos
De tus cosas esta noche. (*Vase.*)
D. García. Iré á obedecerte, al punto
Que toquen las oraciones.

ESCENA X.

DON GARCIA.

Dichosamente se ha hecho:
Persuadido el viejo va;
Ya del mentir no dirá
Que es sin gusto y sin provecho;
Pues es tan notorio gusto
El ver que me haya creido,
Y provecho haber huido
De casarme á mi disgusto.
Bueno fué reñir conmigo,
Porque en cuanto digo miento;
Y dar crédito al momento
A cuantas mentiras digo.
¡Qué fácil de persuadir
Quien tiene amor, suele ser!
¡Y qué fácil en creer
El que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda don Juan.

(*Dirá adentro.*)

Ola, llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
Que sucediéndome van,
Que pienso que desvario:
Vine ayer, y en un momento
Tengo amor, y casamiento,
Y causa de desafío.

ESCENA XI.

DICHOS Y DON JUAN.

D. Juan. Como quien sois lo habeis hecho,
Don García.
D. García. ¿Quién podia,
Sabiendo la sangre mia,
Pensar menos de mi pecho?
Mas vamos, don Juan, al caso
Porque llamado me habeis:
Decid, ¿qué causa teneis,
Que por sabella me abraso,
De hacer este desafío?
D. Juan. Esa dama, á quien hicistes,
Conforme vos me dijistes,
Anoche fiesta en el rio,
Es causa de mi tormento;
Y es con quien dos años ha,
Que, aunque se dilata, está
Tratado mi casamiento.
Vos, ha un mes que estais aquí,
Y de eso, como de estar
Encubierto én el lugar
Todo ese tiempo de mí,
Colijo que habiendo sido
Tan público mi cuidado,
Vos no lo habeis ignorado,
Y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho, digo
Cuanto tengo que decir;
Y es, que ó no habeis de seguir
El bien que ha tanto que sigo,
O si acaso os pareciere
Mi peticion mal fundada,
Se remita aquí á la espada;
Y la sirva el que venciere.
D. García. Pésame que sin estar
Del caso bien informado,
Os hayais determinado
A sacarme á este lugar.
La dama, don Juan de Sosa,
De mi fiesta, vive Dios,
Que ni la habeis visto vos
Ni puede ser vuestra esposa;
Que es casada esta muger,
Y ha tan poco que llegó
A Madrid, que solo yo
Sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido,
De no verla mas os doy
Palabra como quien soy,
O quedar por fementido.
D. Juan. Con eso se aseguró
La sospecha de mi pecho,
Y he quedado satisfecho.

D. García. Falta que lo quede yo;
Que haberme desafiado
No se ha de quedar así:
Libre fué el sacarme aquí,
Mas habiéndome sacado
Me obligastes, y es forzoso,
Puesto que tengo de hacer
Como quien soy, no volver
Sino muerto ó victorioso.

(*Sacan las espadas y acuchíllanse.*)

D. Juan. Pensad, aunque mis desvelos
Hayais satisfecho así,
Que aun deja cólera en mí
La memoria de mis zelos.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON FELIX.

D. Felix. Deténganse, caballeros,
Que estoy aquí yo.
D. García. ¡Que venga
Agora quien me detenga!
D. Felix. Vestid los fuertes aceros;
Que fué falsa la ocasion
De esta pendencia.
D. Juan. Ya habia
Dícholo así don García;
Pero por la obligacion
En que pone el desafío,
Desnudó el valiente acero.
D. Felix. Hizo como caballero
De tanto valor y brio;
Y pues bien quedado habeis
Con esto, merezca yo
Que á quien de zeloso erró
Perdon y la mano deis.

(*Danse las manos.*)

D. García. Ello es justo, y lo mandais:
Mas mirad de aquí adelante,
En caso tan importante,
Don Juan, como os arrojais.
Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafío,
Que empezar es desvarío
Por donde se ha de acabar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON FELIX Y DON JUAN.

D. Felix. Estraña ventura ha sido
Haber yo á tiempo llegado.
D. Juan. ¿Qué, en efeto me he engañado?
D. Felix. Sí.
D. Juan. ¿De quién lo habeis sabido?
D. Felix. Súpelo de un escudero
De Lucrecia.
D. Juan. Decid, pues,
Cómo fué.
D. Felix. La verdad es,
Que fué el coche y el cochero
De doña Jacinta anoche
Al Sotillo, y que tuvieron
Gran fiesta las que en él fueron;
Pero fué prestado el coche.
Y el caso fué que á las horas
Que fué á ver Jacinta bella
A Lucrecia, ya con ella
Estaban las matadoras,
Las dos primas de la quinta.
D. Juan. ¿Las que en el Cármen vivieron?
D. Felix. Sí, pues ellas le pidieron
El coche á doña Jacinta,
Y en él con la oscura noche
Fueron al rio las dos;
Pues vuestro page, á quien vos
Dejastes siguiendo el coche,
Como en él dos damas vió
Entrar, cuando anochecia,
Y noticia no tenia
De otra visita, creyó
Ser Jacinta la que entraba
Y Lucrecia.
D. Juan. Justamente.
D. Felix. Siguió el coche diligente,
Y cuando en el Soto estaba
Entre la música y cena,
Lo dejó y volvió á buscaros
A Madrid, y fué el no hallaros
Ocasion de tanta pena;
Porque yendo vos allá
Se deshiciera el engaño.
D. Juan. En eso estuvo mi daño:
Mas tanto gusto me da
El saber que me engañé,
Que doy por bien empleado
El disgusto que he pasado.
D. Felix. Otra cosa averigüé,
Que es bien graciosa.
D. Juan. Decid.
D. Felix. Es que el dicho don García
Llegó ayer en aquel dia
De Salamanca á Madrid:
Y en llegando se acostó,
Y durmió la noche toda,
Y fué embeleco la boda
Y festin que nos contó.
D. Juan. ¿Qué decis?
D. Felix. Esto es verdad.
D. Juan. ¿Embustero es don García?
D. Felix. Eso un ciego lo veria;
Porque tanta variedad
De tiendas, aparadores,
Vajillas de plata y oro,
Tanto plato, tanto coro

De instrumentos y cantores,
¿No eran mentira patente?
D. Juan. Lo que me tiene dudoso,
Es que sea mentiroso
Un hombre que es tan valiente;
Que de su espada el furor
Diera á Alcides pesadumbre.
D. Felix. Tendrá el mentir por costum-
Y por herencia el valor. [bre,
D. Juan. Vamos, que á Jacinta quiero
Pedille, Felix, perdon,
Y decille la ocasion
Con que esforzó este embustero
Mi sospecha.
D. Felix. Desde aquí,
Nada le creo, don Juan.
D. Juan. Y sus verdades serán
Ya consejos para mí.

ESCENA XIV.

Decoracion de calle.

DON GARCIA, TRISTAN Y CAMINO DE NOCHE; Y POCO DESPUES EN LA VENTANA JACINTA, LUCRECIA É ISABEL.

D. García. Mi padre me dé perdon,
Que forzado le engañé.
Trist. Ingeniosa escusa fué;
Pero dime, ¿qué invencion
Agora piensas hacer
Con que no sepa que ha sido
El casamiento fingido?
D. García. Las cartas le he de coger
Que á Salamanca escribiere,
Y las respuestas fingiendo
Yo mismo, iré entreteniendo
La ficcion cuanto pudiere.
Da. Jac. Con esta nueva volvió
Don Beltran bien descontento,
Cuando ya del casamiento
Estaba contenta yo.
Da. Luc. ¿Que el hijo de don Beltran
Es el indiano fingido?
Da. Jac. Sí, amiga.
Da. Luc. ¿A quién has oido
Lo del banquete?
Da. Jac. A don Juan.
Da. Luc. ¿Pues cuando estuvo contigo?
Da. Jac. Al anochecer me vió,
Y en contármelo gastó
Lo que pudo estar conmigo.
Da. Luc. ¡Grandes sus enredos son!
¡Buen castigo te merece!
Da. Jac. Estos tres hombres parece
Que se acercan al balcon.
Da. Luc. Vendrá al puesto don García,
Que ya es hora.
Da. Jac. Tú, Isabel,
Mientras hablamos con él,
A nuestros viejos espia.
Da. Luc. Mi padre está refiriendo
Bien despacio un cuento largo
A tu tio.
Is. Yo me encargo
De avisaros en viniendo.
Cam. Este es el balcon adonde
Os espera tanta gloria.

ESCENA XV.

DON GARCIA, DOÑA JACINTA, DOÑA LUCRECIA, Y TRISTAN.

Da. Luc. Tú eres dueño de la historia,
Tú en mi nombre le responde.
D. García. ¿Es Lucrecia?
Da. Jac. ¿Es don García?
D. García. Es quien hoy la joya halló
Mas preciosa, que labró
El cielo en la platería;
Es quien, en llegando á vella,
Tanto estimó su valor,
Que dió abrasado de amor
La vida y alma por ella.
Soy al fin el que se precia
De ser vuestro, y soy quien hoy
Comienzo á ser, porque soy
El esclavo de Lucrecia.
Da. Jac. Amiga, este caballero
Para todas tiene amor.
Da. Luc. El hombre es embarrador.
Da. Jac. Él es un gran embustero.
D. García. Ya espero, señora mia,
Lo que me quereis mandar.
Da. Jac. Ya no puede haber lugar
Lo que trataros queria.
Trist. ¿Es ella? (*Al oido.*)
D. García. Sí.
Da. Jac. Que trataros
Un casamiento intenté
Bien importante, y ya sé
Que es imposible casaros.
D. García. ¿Porqué?
Da. Jac. Porque sois casado.
D. García. ¿Qué yo soy casado?
Da. Jac. Vos.
D. García. Soltero soy, vive Dios;
Quien lo ha dicho, os ha engañado.
Da. Jac. ¿Viste mayor embustero?
Da. Luc. No sabe sino mentir.
Da. Jac. ¿Tal me quereis persuadir?
D. García. Vive Dios, que soy soltero.
Da. Jac. Y lo jura.
Da. Luc. Siempre ha sido
Costumbre del mentiroso,
De su crédito dudoso,

Jurar para ser creido.
D. García. Si era vuestra blanca mano,
Con la que el cielo queria
Colmar la ventura mia,
No pierda el bien soberano,
Pudiendo esa falsedad
Probarse tan fácilmente.
Da. Jac. ¡Con qué confianza miente!
¿No parece que es verdad?
D. García. La mano os daré, señora,
Y con eso me creereis.
Da. Jac. Vos sois tal, que la dareis
A trecientas en un hora.
D. García. Mal acreditado estoy
Con vos.
Da. Jac. Es justo castigo;
Porque mal puede conmigo
Tener crédito quien hoy
Dijo que era perulero
Siendo en la corte nacido;
Y siendo de ayer venido,
Afirmó que ha un año entero
Que está en la corte, y habiendo
Esta tarde confesado
Que en Salamanca es casado,
Se está agora desdiciendo;
Y quien pasando en su cama
Toda la noche, contó
Que en el rio la pasó
Haciendo fiesta á una dama.
Trist. Todo se sabe.
D. García. Mi gloria,
Escuchadme, y os diré
Verdad pura, que ya sé
En qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso,
Que son de poco momento,
Por tratar del casamiento,
Que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
Causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿Será culpa haber mentido?
Da. Jac. ¿Yo la causa?
D. García. Sí, señora.
Da. Jac. ¿Cómo?
D. García. Decíroslo quiero.
Da. Jac. Oye, que hará el embustero
Lindos enredos agora.
D. García. Mi padre llegó á tratarme
De darme otra muger hoy;
Pero yo, que vuestro soy,
Quise con eso escusarme;
Que mientras hacer espero
Con vuestra mano mis bodas,
Soy casado para todas,
Solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
Llegó esforzando mi intento,
Al tratarme el casamiento,
Puse impedimento en él.
Este es el caso, mirad
Si esta mentira os admira,
Cuando ha dicho esta mentira
De mi aficion la verdad.
Da. Luc. ¿Mas si lo fuese? *ap.*
Da. Jac. ¡Qué buena
La trazó, y qué de repente!
¿Pues cómo tan brevemente
Os puedo dar tanta pena?
Casi aun no visto me habeis,
¿Y ya os mostrais tan perdido?
Aun no me habeis conocido,
¿Y por muger me quereis?
D. García. Hoy ví vuestra gran beldad
La vez primera, señora;
Que el amor me obliga agora
A deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
Milagro el efeto es;
Que el dios niño no con piés,
Sino con alas camina.
Decir que habeis menester
Tiempo vos para matar,
Fuera, Lucrecia, negar
Vuestro divino poder.
Decis que sin conoceros
Estoy perdido: ¡pluguiera
A Dios que no os conociera,
Por hacer mas en quereros!
Bien os conozco, las partes
Sé bien que os dió la fortuna,
Que sin eclipse sois Luna,
Que sois mudanza sin mártes,
Que es difunta vuestra madre,
Que sois sola en vuestra casa,
Que de mil doblones pasa
La renta de vuestro padre.
Ved si estoy mal informado:
¡Ojalá, mi bien, que así
Lo estuviérades de mí!
Da. Luc. Casi me pone en cuidado. *ap.*
Da. Jac. ¿Pues Jacinta no es hermosa?
¿No es discreta, rica, y tal,
Que puede el mas principal
Desealla para esposa?
D. García. Es discreta, rica, y bella;
Mas á mí no me conviene.
Da. Jac. Pues decid, ¿qué falta tiene?
D. García. La mayor, que es no querella.
Da. Jac. Pues yo con ella os queria
Casar, que esa sola fué
La intencion con que os llamé.
D. García. Pues será vana porfía;
Que por haber intentado
Mi padre don Beltran hoy

Lo mismo, he dicho que estoy
En otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
Intentais hablarme en ello,
Perdonad, que por no hacello
Seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios;
Porque mi amor es de modo
Que aborrezco aquello todo,
Mi Lucrecia, que no es vos.
Da. Luc. ¡Ojalá! *ap.*
Da. Jac. ¡Que me trateis
Con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no teneis memoria,
O vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
A Jacinta que la amais,
Ahora me lo negais?
D. García. ¿Yo á Jacinta? Vive Dios,
Que solo con vos he hablado
Desde que entré en el lugar.
Da. Jac. Hasta aquí pudo llegar
El mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo ví
Os atreveis á mentirme,
¿Qué verdad podreis decirme?
Idos con Dios, y de mí
Podeis desde aquí pensar,
Si otra vez os diere oido,
Que por divertirme ha sido;
Como quien para quitar
El enfadoso fastidio
De los negocios pesados,
Gasta los ratos sobrados
En las fábulas de Ovidio. (*Vase.*)
D. García. Escuchad, Lucrecia hermosa.
Da. Luc. Confusa quedo. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. García. Estoy loco: *ap.*
¡Verdades valen tan poco!
Trist. En la boca mentirosa.
D. García. ¡Que haya dado en no creer
Cuanto digo!
Trist. ¿Qué te admiras,
Si en cuatro ó cinco mentiras
Te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
Conocerás claramente,
Que quien en las burlas miente
Pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de doña Lucrecia.

DOÑA LUCRECIA Y CAMINO QUE LE DA UN PAPEL.

Cam. Este me dió para tí
Tristan, de quien don García
Con justa causa confia
Lo mismo que tú de mí.
Que aunque su dicha es tan corta
Que sirve, es muy bien nacido;
Y de suerte ha encarecido
Lo que tu respuesta importa,
Que jura que don García
Está loco.
Da. Luc. ¡Cosa estraña!
¿Es posible que me engaña
Quien de esta suerte porfia?
El mas firme enamorado
Se cansa, si no es querido;
¿Y este puede ser fingido,
Tan constante y desdeñado?
Cam. Yo al menos, si en las señales
Se conoce el corazon,
Ciertos juraré que son,
Por las que he visto, sus males:
Que quien tu calle pasea
Tan constante noche y dia;
Quien tu espesa celosía
Tan atento brujulea;
Quien ve que de tu balcon,
Cuando él viene te retiras,
Y ni te ve ni le miras,
Y está firme en tu aficion;
Quien llora, quien desespera,
Quien porque contigo estoy
Me da dineros, que es hoy
La señal mas verdadera,
Yo me afirmo en que decir
Que miente, es gran desatino.
Da. Luc. Bien se echa de ver, Camino,
Que no le has visto mentir.
¡Pluguiera á Dios fuera cierto
Su amor, que á decir verdad,
No tarde en mi voluntad
Halláran sus ansias puerto!
Que tus encarecimientos,
Aunque no los he creido,
Por lo menos han podido
Despertar mis pensamientos;
Que dado que es necedad
Dar crédito al mentiroso,
Como el mentir no es forzoso,

Y puede decir verdad,
Obligame la esperanza
Y el propio amor á creer,
Que conmigo puede hacer
En sus costumbres mudanza.
Y así por guardar mi honor
Si me engaña lisonjero;
Y si es su amor verdadero,
Porque es digno de mi amor,
Quiero andar tan advertida
A los bienes y á los daños,
Que ni admita sus engaños,
Ni sus verdades despida.
Cam. De ese parecer estoy.
Da. Luc. Pues dirásle, que cruel
Rompí, sin vello, el papel;
Que esta respuesta le doy:
Y luego tú de tu aljaba
Le di, que no desespere,
Y que si verme quisiere,
Vaya esta tarde á la octava
De la Madalena.
Cam. Voy.
Da. Luc. Mi esperanza fundo en tí.
Cam. No se perderá por mí,
Pues ves que Camino soy.

ESCENA II.

Sala en casa de don Beltran.

DON BELTRAN, DON GARCIA Y TRISTAN.
DON BELTRAN SACA UNA CARTA ABIERTA, Y SE LA DA A DON GARCIA.

D. Belt. ¿Habeis escrito, García?
D. García. Esta noche escribiré.
D. Belt. Pues abierta os la daré
Porque leyendo la mia,
Conforme á mi parecer
A vuestro suegro escribais,
Que determino que vais
Vos en persona á traer
Vuestra esposa, que es razon;
Porque pudiendo traella
Vos mismo, enviar por ella
Fuera poca estimacion.
D. García. Es verdad; mas sin efeto
Será agora mi jornada.
D. Belt. ¿Porqué?
D. García. Porque está preñada;
Y hasta que un dichoso nieto
Te dé, no es bien arriesgar
Su persona en el camino.
D. Belt. ¡Jesus! fuera desatino,
Estando así, caminar.
Mas dime; ¿cómo hasta aquí
No me lo has dicho, García?
D. García. Porque yo no lo sabia;
Y en la que ayer recibí
De doña Sancha, me dice
Que es cierto el preñado ya.
D. Belt. Si un nieto varon me da,
Hará mi vejez felice.
Muestra, que añadir es bien

(*Tómale la carta que le habia dado.*)

Cuanto con esto me alegro:
Mas dí, ¿cuál es de tu suegro
El propio nombre?
D. García. ¿De quién?
D. Belt. De tu suegro.
D. García. Aquí me pierdo. *ap.*
Don Diego.
D. Belt. O yo me he engañado,
U otras veces le has nombrado
Don Pedro.
D. García. Tambien me acuerdo
De eso mismo; pero son
Suyos, señor, ambos nombres.
D. Belt. ¿Diego y Pedro?
D. García. No te asombres,
Que por una condicion
Don Diego se ha de llamar
De su casa el sucesor:
Llamábase mi señor
Don Pedro antes de heredar,
Y como se puso luego
Don Diego, porque heredó,
Despues acá se llamó
Ya don Pedro, ya don Diego.
D. Belt. No es nueva esa condicion
En muchas casas de España:
A escribirle voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GARCIA Y TRISTAN.

Trist. Estraña
Fué esta vez tu confusion.
D. García. ¿Has entendido la historia?
Trist. Y hubo bien en qué entender;
El que miente ha menester
Gran ingenio y gran memoria.
D. García. Perdido me ví.
Trist. Y en eso
Pararás al fin, señor.
D. García. Entre tanto de mi amor
Veré el bueno ó mal suceso.
¿Qué hay de Lucrecia?
Trist. Imagino,
Aunque de dura se precia,
Que has de vencer á Lucrecia
Sin la fuerza de Tarquino.
D. García. ¿Recibió el billete?
Trist. Sí;
Aunque á Camino mandó

Que diga que lo rompió;
Que él lo ha fiado de mí.
Y pues lo admitió, no mal
Se negocia tu deseo,
Si aquel epigrama creo
Que á Nebia escribió Marcial:
« Escribí, no respondió
Nebia, luego dura está;
Mas ella se ablandará,
Pues lo que escribí leyó. »
D. García. Que dice verdad sospechó.
Trist. Camino está de tu parte,
Y promete revelarte
Los secretos de su pecho:
Y que ha de cumplillo espero,
Si andas tú cumplido en dar;
Que para hacer confesar
No hay cordel como el dinero.
Y aun fuera bueno, señor,
Que conquistáras tu ingrata
Con dádivas, pues que mata
Con flechas de oro el amor.
D. García. Nunca te he visto grosero,
Sino aquí, en tus pareceres;
¿Es esta de las mugeres
Que se rinden por dinero?
Trist. Virgilio dice que Dido
Fué del troyano abrasada,
A sus dones obligada
Tanto como de Cupido.
Y era reina: no te espantes
De mis pareceres rudos;
Que escudos vencen escudos,
Diamantes labran diamantes.
D. García. ¿No viste que la ofendió
Mi oferta en la platería?
Trist. Tu oferta la ofenderia,
Señor, que tus joyas no.
Por el uso te gobierna,
Que á nadie en este lugar,
Por desvergonzado en dar
Le quebraron brazo ó pierna.
D. García. Dame tú que ella lo quiera,
Que darle un mundo imagino.
Trist. Camino dará camino,
Que es el polo de esta esfera.
Y porque sepas que está
En buen estado tu amor;
Ella le mandó, señor,
Que te dijese que hoy va
Lucrecia á la Madalena
A la fiesta de la octava;
Como que él te lo avisaba.
D. García. ¡Dulce alivio de mi pena!
¿Con ese espacio me das
Nuevas que me vuelven loco?
Trist. Dóitelas tan poco á poco,
Porque dure el gusto mas.

ESCENA IV.

Calle.

DOÑA JACINTA Y DOÑA LUCRECIA CON MANTOS.

Da. Jac. ¿Qué, prosigue don García?
Da. Luc. De modo que con saber
Su engañoso proceder,
Como tan firme porfia
Casi me tiene dudosa.
Da. Jac. Quizá no eres engañada;
Que la verdad no es vedada
A la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,
Y mas donde tu beldad
Asegura esa verdad
En cualquiera que te viere.
Da. Luc. Siempre tú me favoreces;
Mas yo lo creyera así,
A no haberte visto á tí,
Que al mismo sol oscureces.
Da. Jac. Bien sabes tú lo que vales,
Y que en esta competencia
Nunca ha salido sentencia,
Por tener votos iguales.
Y no es sola la hermosura
Quien causa amoroso ardor,
Que tambien tiene el amor
Su pedazo de ventura.
Yo me holgaré que por tí,
Amiga, me haya trocado,
Y que tú hayas alcanzado
Lo que yo no merecí.
Porque ni tú tienes culpa,
Ni él me tiene obligacion;
Pero ve con prevencion,
Que no te queda disculpa
Si te arrojas en amar,
Y al fin quedas engañada
De quien estás ya avisada
Que solo sabe engañar.
Da. Luc. Gracias, Jacinta, te doy;
Mas tu sospecha corrije,
Que estoy por creerle, dije,
No que por quererle estoy.
Da. Jac. Obligárate el creer,
Y querrás, siendo obligada;
Y así es corta la jornada
Que hay de creer á querer.
Da. Luc. ¿Pues qué dirás si supieres
Que un papel he recibido?
Da. Jac. Diré que ya le has creido,
Y aun diré que ya le quieres.
Da. Luc. Erraráste, y considera
Que tal vez la voluntad
Hace por curiosidad

Lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
En la platería?
Da. Jac. Sí.
Da. Luc. ¿Y fuiste en oirle allí
Enamorada, ó curiosa?
Da. Jac. Curiosa.
Da. Luc. Pues yo con él
Curiosa tambien he sido,
Como tú en haberle oido,
En recibir su papel.
Da. Jac. Notorio verás tu error,
Si adviertes que es el oir
Cortesía; y admitir
Un papel, claro favor.
Da. Luc. Eso fuera á saber él
Que su papel recibí;
Mas él piensa que rompí
Sin leello su papel.
Da. Jac. Pues con eso es cosa cierta,
Que curiosidad ha sido.
Da. Luc. En mi vida me ha valido
Tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
Conozcas, escucha y mira

(*Saca un papel, le abre, y lee en secreto.*)

Si es mentira, la mentira
Que mas parece verdad.

ESCENA V.

DICHAS, Y AL PAÑO DON GARCIA, TRISTAN Y CAMINO.

Cam. ¿Veis la que tiene en la mano
Un papel?
D. García. Sí.
Cam. Pues aquella
Es Lucrecia.
D. García. ¡O causa bella *ap.*
De dolor tan inhumano!
Ya me abraso de zeloso.
¡O Camino, cuánto os debo!
Trist. Mañana os vestis de nuevo.
Cam. Por vos he de ser dichoso.
D. García. Llegarme, Tristan, pretendo
Adonde, sin que me vea,
Si posible fuere, lea
El papel que está leyendo.
Trist. No es difícil, que si vas
A esta capilla arrimado,
Saliendo por aquel lado
De espaldas la cogerás.
D. García. Bien dices, ven por aquí

(*Vanse.*)

Da. Jac. Lee bajo, que darás
Mal ejemplo.
Da. Luc. No me oirás:
Toma y lee para tí. (*Da el papel á Jacinta.*)
Da. Jac. Ese es mejor parecer.

(*Salen don García y Tristan por otro lado, cogiendo de espaldas á las damas.*)

Trist. Bien el fin se consiguió.
D. García. Tú, si ves mejor que yo,
Procura, Tristan, leer.
Da. Jac. (*lee.*) « Ya que mal crédito co-
« De mis palabras sentidas, [bras
« Dime si serán creidas,
« Pues nunca mienten, las obras.
« Que si consiste el creerme,
« Señora, en ser tu marido,
« Y ha de dar el ser creido
« Materia al favorecerme,
« Por este, Lucrecia mia,
« Que de mi mano te doy
« Firmado, digo que soy
« Ya tu esposo, DON GARCIA. »
D. García. Vive Dios, que es mi papel.
Trist. ¿Pues qué, no lo vió en su casa?
D. García. Por ventura lo repasa,
Regalándose con él.
Trist. Como quiera te está bien.
D. García. Como quiera soy dichoso.
Da. Jac. Él es breve y compendioso,
O bien siente, ó miente bien.
D. García (*á Jacinta*). Volved los ojos,
Cuyos rayos no resisto. [señora,

(*Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.*)

Da. Jac. Cúbrete, pues no te ha visto,
Y desengáñate agora.
Da. Luc. Disimula y no me nombres.
D. García. Corred los delgados velos
A ese asombro de los cielos,
A ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llego á ver,
Homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
En la iglesia hubo de ser:
Si os obliga á retraer
Mi muerte, no hayais temor;
Que de las leyes de amor
Es tan grande el desconcierto,
Que dejan preso al que es muerto
Y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
Estais, mi bien, condolida,
Si el estar arrepentida
Os trajo á la Madalena:
Ved como el amor ordena
Recompensa al mal que siento,
Pues si yo llevé el tormento
De vuestra crueldad, señora,

La gloria me llevo agora
De vuestro arrepentimiento.
¿No me hablais, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentisos acaso
De haberos arrepentido?
Que advirtais, señora, os pido,
Que otra vez me mataréis:
Si porque en la iglesia os veis
Probais en mí los aceros,
Mirad que no ha de valeros
Si en ella el delito haceis.
Da. Jac. ¿Conoceisme?
D. García. Y bien por Dios.
Tanto que desde aquel dia
Que os hablé en la platería,
No me conozco por vos:
De suerte que de los dos
Vivo mas en vos que en mí;
Que tanto, desde que os ví,
En vos transformado estoy,
Que ni conozco el que soy,
Ni me acuerdo del que fuí.
Da. Jac. Bien se echa de ver que estais
Del que fuistes olvidado;
Pues sin ver que sois casado
Nuevo amor solicitais.
D. García. ¡Yo casado! ¿En eso dais?
Da. Jac. ¿Pues no?
D. García. ¡Qué vana porfía!
Fué por Dios invencion mia,
Por ser vuestro.
Da. Jac. O por no sello;
Y si os vuelven á hablar de ello,
Sereis casado en Turquía.
D. García. Y vuelvo á jurar por Dios,
Que en este amoroso estado
Para todas soy casado,
Y soltero para vos.
Da. Jac. ¿Ves tu desengaño?

(*A Lucrecia.*)

Da. Luc. ¡Ah cielos, *ap.*
Apenas una centella
Siento de amor, y ya de ella
Nacen volcanes de zelos!
D. García. Aquella noche, señora,
Que en el balcon os hablé,
¿Todo el caso no os conté?
Da. Jac. ¿A mí en balcon?
Da. Luc. ¡Ah traidora! *ap.*
Da. Jac. Advertid que os engañais:
¿Vos me hablastes?
D. García. Bien por Dios.
Da. Luc. ¿Hablaisle de noche vos, *ap.*
Y á mí consejos me dais?
D. García. ¿Y el papel que recibistes,
Negaréislo?
Da. Jac. ¿Yo papel?
Da. Luc. ¡Ved qué amiga tan fiel! *ap.*
D. García. Y sé yo que lo leistes.
Da. Jac. Pasar por donaire puede
Cuando no daña, el mentir;
Mas no se puede sufrir
Cuando ese límite escede.
D. García. ¿No os hablé en vuestro bal-
Lucrecia, tres noches ha? [con,
Da. Jac. ¿Yo Lucrecia? Bueno va: *ap.*
Toro nuevo, otra invencion:
A Lucrecia ha conocido,
Y es muy cierto el adoralla;
Pues finge, por no enojalla,
Que por ella me ha tenido.
Da. Luc. Todo lo entiendo, ¡ah trai-
Sin duda que le avisó [dora! *ap.*
Que la tapada fuí yo;
Y quiere enmendallo agora
Con fingir que fué el tenella
Por mí, la causa de hablalla.
Trist. Negar debe de importalla

(*A don García.*)

Por la que está junto della,
Ser Lucrecia.
D. García. Así lo entiendo;
Que si por mí lo negára,
Encubriera ya la cara;
¿Pero no se conociendo
Se habláran las dos?
Trist. Por puntos
Suele en las iglesias verse
Que parlan sin conocerse,
Los que acierten á estar juntos.
D. García. Dices bien.
Trist. Fingiendo agora
Que se engañaron tus ojos,
Lo enmendarás.
D. García. Los antojos
De un ardiente amor, señora,
Me tienen tan deslumbrado,
Que por otra os he tenido:
Perdonad, que yerro ha sido
De esa cortina causado;
Que como á la fantasía
Fácil engaña el deseo,
Cualquiera dama que veo
Se me figura la mia.
Da. Jac. Entendíle la intencion. *ap.*
Da. Luc. Avisóle la taimada. *ap.*
Da. Jac. Segun eso, ¿la adorada
Es Lucrecia?
D. García. El corazon,
Desde el punto que la ví,
La hizo dueño de mi fe.
Da Jac. Bueno es esto.
Da. Luc. ¡Que esta esté *ap.*

Haciendo burla de mí!
No me doy por entendida
Por no hacer aquí un esceso.
Da. Jac. Pues yo pienso que á estar de
Cierta, os fuera agradecida [eso
Lucrecia.
D. García. ¿Tratais con ella?
Da. Jac. Trato, y es amiga mia,
Tanto, que me atreveria
A afirmar, que en mí y en ella
Vive solo un corazon.
D. García. Si eres tú, bien claro está. *ap.*
¡Qué bien á entender me da
Su recato y su intencion!
Pues ya que mi dicha ordena
Tan buena ocasion, señora,
Pues sois ángel, sed agora
Mensagera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
Y perdonadme si os doy
Este oficio.
Trist. Oficio es hoy *ap.*
De las mozas de Madrid.
D. García. Persuadidla que á tan grande
Amor ingrata no sea.
Da. Jac. Hacelde vos que lo crea,
Que yo le haré que se ablande.
D. García. ¿Porqué no creerá que muero,
Pues he visto su beldad?
Da. Jac. Porque, si os digo verdad,
No os tiene por verdadero.
D. García. Hacelde vos que lo crea.
Da. Jac. ¿Qué importa que verdad sea,
Si el que la dice sois vos?
Que la boca mentirosa
Incurre en tan torpe mengua,
Que solamente en su lengua
Es la verdad sospechosa.
D. García. Señora...
Da. Jac. Basta: mirad
Que dais nota.
D. García. Yo obedezco.
Da. Jac. ¿Vas contenta?
Da. Luc. Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad.

ESCENA VI.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. García. ¿No ha estado aguda Lucrecia?
¡Con qué astucia dió á entender
Que le importaba no ser
Lucrecia!
Trist. A fe que no es necia.
D. García. Sin duda que no queria
Que la conociese aquella
Que estaba hablando con ella.
Trist. Claro está que no podia
Obligalla otra ocasion
A negar cosa tan clara;
Porque á ti no te negára
Que te habló por el balcon,
Pues ella misma tocó
Los puntos de que tratastes
Cuando por él os hablastes.
D. García. En eso bien me mostró
Que de mí no se encubria.
Trist. Y por eso dijo aquello:
Y si os vuelven á hablar de ello
Sereis casado en Turquía.
Y esta conjetura abona
Mas claramente el negar
Que era Lucrecia, y tratar
Luego en tercera persona
De sus propios pensamientos,
Diciéndote que sabia
Que Lucrecia pagaria
Tus amorosos intentos,
Con que tú hicieses, señor,
Que los llegase á creer.
D. García. ¡Ay Tristan! ¿qué puedo hacer,
Para acreditar mi amor?
Trist. ¿Tú quieres casarte?
D. García. Sí.
Trist. Pues pídela.
D. García. ¿Y si resiste?
Trist. Parece que no la oiste
Lo que dijo agora aquí:
Hacedle vos que lo crea,
Que yo la haré que se ablande;
¿Qué indicio quieres mas grande
De que ser tuya desea?
Quien tus papeles recibe,
Quien te habla en sus ventanas,
Muestras ha dado bien llanas
De la aficion con que vive.
El pensar que eres casado
La refrena solamente,
Y queda ese inconveniente
Con casarte, remediado.
Pues es el mismo casarte,
Siendo tan gran caballero,
Informacion de soltero:
Y cuando quiera obligarte
A que des informacion,
Por el temor con que va
De tus engaños, no está
Salamanca en el Japon.
D. García. Sí está para quien desea;
Que son ya siglos en mí
Los instantes.
Trist. ¿Pues aquí
No habrá quien testigo sea?
D. García. Puede ser.
Trist. Es fácil cosa.
D. García. Al punto los buscaré.

Trist. Uno yo te lo daré.
D. García. ¿Y quién es?
Trist. Don Juan de Sosa.
D. García. ¿Quién, don Juan de Sosa?
Trist. Sí.
D. García. Bien lo sabe.
Trist. Desde el dia
Que te habló en la platería
No le he visto, ni él á tí;
Y aunque siempre he deseado
Saber qué pesar te dió
El papel que te escribió,
Nunca te lo he preguntado,
Viendo que entonces severo
Negaste y descolorido:
Mas agora que ha venido
Tan á propósito, quiero
Pensar que puedo, señor;
Pues secretario me has hecho
Del archivo de tu pecho,
Y se pasó aquel furor.
D. García. Yo te lo quiero contar;
Que pues sé por esperiencia
Tu secreto y tu prudencia,
Bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
Me escribió que me aguardaba
En San Blas don Juan de Sosa
Para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío;
Que quiere el que no lo calla
Que le estorben ó le ayuden:
Cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio
Donde don Juan me aguardaba
Con su espada y con sus zelos,
Que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
Satisfice á su demanda;
Y por quedar bien, al fin
Desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
Y haciéndole una ganancia
Por los grados del perfil
Le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
Un *Agnus Dei* que llevaba,
Que topando en él la punta
Hizo dos partes mi espada.
Él sacó piés de gran golpe;
Pero con ardiente rabia
Vino, tirando una punta;
Mas yo por la parte flaca
Cogí su espada, formando
Un atajo; él presto saca
(Como la respiracion
Tan corta línea le tapa,
Por faltarle los dos tercios
A mi poco fiel espada)
La suya, corriendo filos;
Y como cerca me halla,
Porque yo busqué el estrecho,
Por la falta de mis armas
A la cabeza furioso
Me tiró una cuchillada:
Recibíla en el principio
De su formacion y baja,
Matándole el movimiento
Sobre la suya mi espada.
Aquí fué Troya, saqué
Un reves con tal pujanza,
Que la falta de mi acero
Hizo allí muy poca falta;
Que abriéndole en la cabeza
Un palmo de cuchillada,
Vino sin sentido al suelo,
Y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
Me vine; esto es lo que pasa,
Y de no verle estos dias,
Tristan, es esta la causa.
Trist. ¡Qué suceso tan estraño!
¿Y si murió?
D. García. Cosa es clara:
Porque hasta los mismos sesos
Esparció por la campaña.
Trist. ¡Pobre don Juan!... ¡Mas no es [este
Que viene aquí!

ESCENA VII.

DICHOS Y DON JUAN, Y POR OTRO LADO DON BELTRAN.

D. García. ¡Cosa estraña!
Trist. ¿Tambien á mí me la pegas?
¿Al secretario del alma?
Por Dios, que se lo creí, *ap.*
Con conocelle las mañas.
¿Mas á quién no engañarán
Mentiras tan bien trobadas?
D. García. Sin duda que le han curado
Por ensalmo.
Trist. Cuchillada
Que rompió los mismos sesos,
¿En tan breve tiempo sana?
D. García. ¿Es mucho? Ensalmo sé yo
Con que un hombre en Salamanca,
A quien cortaron á cércen
Un brazo con media espalda,
Volviéndosele á pegar,
En menos de una semana
Quedó tan sano y tan bueno
Como primero.
Trist. ¡Ya escampa!
D. García. Esto no me lo contaron;
Yo lo vi mismo.

Trist. Eso basta.
D. García. De la verdad, por la vida,
No quitaré una palabra.
Trist. ¡Que ninguno se conozca! *ap.*
Señor, mis servicios paga,
Con enseñarme ese ensalmo.
D. García. Está en dicciones hebraicas,
Y si no sabes la lengua,
No has de saber pronunciarlas.
Trist. ¿Y tú sábesla?
D. García. ¡Qué bueno!
Mejor que la castellana:
Hablo diez lenguas.
Trist. Y todas *ap.*
Para mentir no te bastan:
Cuerpo de verdades lleno
Con razon el tuyo llaman,
Pues ninguna sale de él,
Ni hay mentira que no salga.
D. Belt. ¿Qué decis?
D. Juan. Esto es verdad;
Ni caballero, ni dama
Tiene, si mal no me acuerdo,
De esos nombres Salamanca.
D. Belt. Sin duda que fué invencion *ap.*
De García, cosa es clara;
Disimular me conviene.
Goces por edades largas
Con una rica encomienda
De la cruz de Calatrava.
D. Juan. Creed que siempre he de ser
Mas vuestro, cuanto mas valga;
Y perdonadme; que ahora
Por andar dando las gracias
A esos señores, no os voy
Sirviendo hasta vuestra casa. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS DON JUAN.

D. Belt. ¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que á mí no me perdonáran
Las costumbres de este mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
Me mintiese, al mismo tiempo
Que riñéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo
En cosa tan de importancia
Tan presto, habiendo ya oido
De sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí
Me mintiera, cuando estaba
Reprendiéndole eso mismo?
¿Y qué juez se recelára
Que el mismo ladron le robe,
De cuyo castigo trata?
Trist. ¿Determinaste á llegar?
D. García. Sí, Tristan.
Trist. Pues Dios te valga.
D. García. Padre.
D. Belt. No me llames padre,
Vil, enemigo me llama;
Que no tiene sangre mia,
Quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos,
Que por Dios, si no mirára...
Trist. El mar está por el cielo; (*A García.*)
Mejor ocasion aguarda.
D. Belt. ¡Cielos, qué castigo es este!
¿Es posible que á quien ama
La verdad, como yo, un hijo
De condicion tan contraria
Le diésedes? ¿Es posible
Que quien tanto su honor guarda,
Como yo, engendrase un hijo
De inclinaciones tan bajas?
¿Y á Gabriel, que honor y vida
Daba á mi sangre y mis canas,
Llevásedes tan en flor?
Cosas son, que á no mirarlas
Como cristiano...
D. García. ¿Qué es esto? *ap.*
Trist. Quítate de aquí; ¿qué aguardas?
D. Belt. Déjanos solos, Tristan;
Pero vuelve, no te vayas.
Por ventura la vergüenza
De que sepas tú su infamia,
Podrá en él lo que no pudo
El respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
Le obligue á enmendar sus faltas,
Servirále por lo menos
De castigo el publicallas.
Di, liviano, ¿qué fin llevas?
Loco, di, ¿qué gusto sacas
De mentir tan sin recato?
¿Y cuando con todos vayas
Tras tu inclinacion, conmigo
Siquiera no te enfrenáras?
¿Con qué intento el matrimonio
Fingiste de Salamanca,
Para quitarles tambien
El crédito á mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo,
A los que dije que estabas
Con doña Sancha de Herrera
Desposado? ¿con qué cara,
Cuando sabiendo que fué
Fingida esta doña Sancha,
Por cómplices del embuste
Infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo,
Que saque bien esta mancha?
Pues á mejor negociar,
Si de mí quiero quitarla,

He de ponerla en mi hijo;
Y diciendo que la causa
Fuiste tú, ¿he de ser yo mismo
Pregonero de tu infamia?
Si algun cuidado amoroso
Te obligó á que me engañáras,
¿Qué enemigo te oprimia?
¿Qué puñal te amenazaba,
Sino un padre, padre al fin?
Que este nombre solo basta
Para saber de qué modo
Le enternecieran tus ansias.
Un viejo que fué mancebo,
Y sabe bien la pujanza
Con que en pechos juveniles
Prénden amorosas llamas.

D. García. Pues si lo sabes, y entonces
Para escusarme bastára;
Para que mi error perdones,
Agora, padre, me valga.
Paréceme que seria
Respetar poco tus canas
No obedecerte, pudiendo,
Me obligó á que te engañára.
Error fué, no fué delito;
No fué culpa, fué ignorancia;
La causa amor, tú mi padre;
Pues tú dices que esto basta.
Y ya que el daño supiste,
Escucha la hermosa causa;
Porque el mismo dañador
El daño te satisfaga.
Doña Lucrecia, la hija
De don Juan de Luna, es alma
De esta vida; es principal
Y heredera de su casa.
Y para hacerme dichoso
Con su hermosa mano, falta
Solo que tú lo consientas,
Y declares que la fama
De ser yo casado tuvo
Ese principio, y es falsa.

D. Belt. No, no, ¡Jesus! calla: ¿en otra
Habias de meterme? basta.
Ya, si dices que esta es luz,
He de pensar que me engañas.

D. García. No, señor, lo que á las obras
Se remite, es verdad clara;
Y Tristan, de quien te fias,
Es testigo de mis ansias:
Dilo, Tristan.

Trist. Sí, señor,
Lo que dice es lo que pasa.

D. Belt. ¿No te corres de esto? di:
¿No te avergüenza, que hayas
Menester que tu criado
Acredite lo que hablas?
Ahora bien, yo quiero hablar
A don Juan; y el cielo haga
Que te dé á Lucrecia, que eres
Tal que ella es la engañada.
Mas primero he de informarme
En esto de Salamanca;
Que ya temo que en decirme
Que me engañaste, me engañas.
Que aunque la verdad sabia,
Antes que hablarte llegára,
La has hecho ya sospechosa
Tú con solo confesarla. (*Vase.*)

D. García. Bien se ha hecho.

Trist. ¿Y cómo bien?
Que yo pensé que hoy probabas
En tí aquel ensalmo hebreo,
Que brazos cortados sana.

ESCENA IX.

Sala con vistas á un jardin.

DON JUAN, ANCIANO, Y DON SANCHO.

D. Juan. anc. Parece que la noche ha refrescado. [para el rio

D. Sancho. Señor don Juan de Luna,
Este es fresco en mi edad demasiado.

D. Juan. anc. Mejor será que en ese jardin mio
Se nos ponga la mesa, y que gocemos
La cena con sazon, templado el frio.

D. Sancho. Discreto parecer, noche tendremos
Que dar á Manzanares mas templada;
Que ofenden la salud estos estremos.

D. Juan. anc. Gozad de vuestra hermosa convidada (*Adentro.*)
Por esta noche en el jardin, Lucrecia.

D. Sancho. Veaisla, quiera Dios, bien empleada;
Que es un ángel.

D. Juan. anc. Demas de que no es necia,
Y ser cual veis, don Sancho, tan hermosa,
Menos que la virtud la vida precia.

(*Sale un criado.*)

Criado. Preguntando por vos don Juan
A la puerta llegó y pide licencia. [de Sosa

D. Sancho. ¿A tal hora?

D. Juan. anc. Será ocasion forzosa.

D. Sancho. Entre el señor don Juan.

ESCENA X.

DICHOS, Y DON JUAN CON UN PAPEL.

D. Juan. A esa presencia,
Sin el papel que veis, nunca llegára;
Mas ya con él faltaba la paciencia:
Que no quiso el amor que dilatára
La nueva un punto, si alcanzar la gloria

Consiste en eso de mi prenda cara.
Ya el hábito salió; si en la memoria
La palabra teneis que me habeis dado,
Colmaréis, con cumplirla, mi vitoria.
D. Sancho. Mi fe, señor don Juan, habeis premiado,
Con no haber esta nueva tan dichosa
Por un momento solo dilatado:
A darla voy á mi Jacinta hermosa;
Y perdonad, que por estar desnuda
No la mando salir. (*Vase.*)
D. Juan anc. Por cierta cosa
Tuve siempre el vencer; que el cielo ayuda
La verdad mas oculta: en ser premiada
Dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XI.

DICHOS, DON GARCIA, DON BELTRAN Y TRISTAN, QUE SALEN POR OTRO LADO.

D. Belt. Esta no es ocasion acomodada
De hablarle, que hay visita; y una cosa
Tan grave á solas ha de ser tratada.
D. García. Antes nos servirá don Juan
En lo de Salamanca por testigo. [de Sosa
D. Belt. ¡Que lo hayais menester! ¡qué infame cosa!
En tanto que á don Juan de Luna digo
Nuestra intencion, podeis entretenello.
D. Juan anc. ¿Amigo? ¿don Beltran?
D. Belt. Don Juan, amigo.
D. Juan anc. ¿A tales horas tal esceso?
D. Belt. En ello
Conocereis que estoy enamorado. [cello.
D. Juan anc. Dichosa la que pudo mere-
D. Belt. Perdon me habeis de dar, que haber hallado
La puerta abierta, y la amistad que os tengo,
Para entrar sin licencia, me la han dado.
D. Juan anc. Cumplimientos dejad, cuando prevengo
El pecho á la ocasion de esta venida. [go.
D. Belt. Quiero deciros, pues, á lo que ven-
D. García. Pudo, señor don Juan, ser oprimida
De algun pecho de envidia emponzoñado
Verdad tan clara; pero no vencida.
Podeis por Dios creer que me ha alegrado
Vuestra vitoria.
D. Juan. De quien sois lo creo.
D. García. Del hábito goceis encomen-
Como vos mereceis, y yo deseo. [dado,
D. Juan anc. Es en eso Lucrecia tan dichosa
Que pienso que es soñado el bien que veo:
Con perdon del señor don Juan de Sosa,
Oid una palabra, don García,
Que á Lucrecia quereis por vuestra esposa
Me ha dicho don Beltran.
D. García. El alma mia,
Mi dicha, honor y vida está en su mano.
D. Juan anc. Yo desde aquí por ella os doy la mia, (*Se dan las manos.*)
Que como yo sé en eso lo que gano,
Lo sabe ella tambien, segun la he oido
Hablar de vos.
D. García. Por bien tan soberano
Los piés, señor don Juan de Luna, os pido.

ESCENA XII.

DICHOS, DON SANCHO, DOÑA JACINTA Y DOÑA LUCRECIA.

Da. Luc. Al fin tras tantos contrastes,
Tu dulce esperanza logras.
Da. Jac. Con que tú logres la tuya
Seré del todo dichosa.
D. Juan anc. Ella sale con Jacinta,
Agena de tanta gloria,
Mas de calor descompuesta
Que aderezada de boda:
Dejad que albricias le pida
De una nueva tan dichosa.
D. Belt. Acá está don Sancho; mira
En qué vengo á verme agora.
D. García. Yerros causados de amor,
Quien es cuerdo los perdona.
Da. Luc. ¿No es casado en Salamanca?
D. Juan anc. Fué invencion suya engaño-
Procurando que su padre [sa,
No le casase con otra.
Da. Luc. Siendo así, mi voluntad
Es la tuya, y soy dichosa.
D. Sancho. Llegad, ilustres mancebos,
A vuestras alegres novias,
Que dichosas se confiesan
Y os aguardan amorosas.
D. García. Agora de mis verdades
Darán probanza las obras.

(*Vanse D. García y D. Juan á Jacinta.*)

D. Juan. ¿Adónde vais, don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.
D. García. ¿Cómo Lucrecia?
D. Belt. ¿Qué es esto?
D. García. Vos sois mi dueño, señora.

(*A Jacinta.*)

D. Belt. ¿Otra tenemos?
D. García. Si el nombre
Erré, no erré la persona.
Vos sois á quien he pedido;
Y vos, la que el alma adora.
Da. Luc. Y este papel, engañoso,

(*Saca un papel.*)

Que es de vuestra mano propia,
Lo que decis, ¿no desdice?
D. Belt. ¡Que en tal afrenta me pongas!
D. Juan. Dadme, Jacinta, la mano,
Y dareis fin á estas cosas.
D. Sancho. Dale la mano á don Juan.
Da. Jac. Vuestra soy.
D. García. Perdí mi gloria.
D. Belt. Vive Dios, si no recibes
A Lucrecia por esposa,
Que te he de quitar la vida.
D. Juan anc. La mano os he dado agora
Por Lucrecia, y me la distes;
Si vuestra inconstancia loca
Os ha mudado tan presto,
Yo lavaré mi deshonra
Con sangre de vuestras venas.
Trist. Tú tienes la culpa toda;
Que si al principio dijeras
La verdad, esta es la hora
Que de Jacinta gozabas:
Ya no hay remedio, perdona,
Y da la mano á Lucrecia,
Que tambien es buena moza.
D. García. La mano doy, pues es fuerza.
Trist. Y aquí verás cuan dañosa
Es la mentira, y verá
El senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra,
Es la verdad sospechosa.

GANAR AMIGOS.

La lectura de esta comedia deja en el ánimo una impresion deliciosa. El gran poeta Byron solia decir que cuando se sentia próximo á caer en un arrebato de misantropía, procuraba, para apartarse de aquella peligrosa tendencia, recordar las acciones y los caractéres que honran á la humanidad; y Silvio Pellico, refiriendo este hecho, recomienda el mismo medio á los que se hallen en el mismo caso. Pero tal vez no estaria de mas añadir, que cuando esa meditacion fuese insuficiente, debe buscarse el preservativo contra la misantropía en la lectura de aquellos libros de una filosofía tan dulce y consoladora que bien pueden llamarse bálsamos de paz para los corazones ulcerados. De estos libros ha escrito algunos el mismo Silvio Pellico.

Hablando de la comedia de Calderon titulada *Mañanas de abril y mayo*, dijimos que encantaba el alma por la pintura que ofrece de la naturaleza material en toda su hermosura; *Ganar amigos* logra aun mas el mismo objeto, porque pinta la naturaleza humana en toda su perfeccion moral, rayando casi en los límites del idealismo. Estas pinturas, aun cuando se las nieguen otros méritos, tienen incontestablemente el de personificar la virtud y aficionar á ella, porque ¿quién, leyendo esta comedia, no querrá parecerse al marques don Fadrique, por ejemplo?

En esta comedia puede verse comprobado lo que dijimos hablando de la de Moreto, titulada *el Ricohombre de Alcalá*, acerca del distinto colorido que dan los poetas y los historiadores al carácter del rey don Pedro de Castilla. Estos le pintan como un monstruo, y aquellos evidentemente le hacen mas justicia.

Todos los caractéres de esta comedia son bellísimos, y hasta el mismo Encinas tiene en su género una nobleza ideal. Los graciosos de nuestro teatro antiguo son siempre cobardes y ridículos; este por el contrario prefiere morir en un cadalso á faltar á la palabra que dió á don Diego. El lenguaje es digno de estos personages. En toda esta bellísima comedia respiran los mas nobles sentimientos.

PERSONAS.

EL MARQUES DON FADRIQUE.
DON FERNANDO DE GODOY, amante de DOÑA FLOR.
DON PEDRO DE LUNA.
EL REY DON PEDRO.
DON DIEGO, hermano de doña Flor y amante de doña Ana.
DOÑA ANA.
INES, criada de doña Flor.
ENCINAS, criado de don Fernando.
RICARDO, criado del marques.
UN ALGUACIL.
UN CORCHETE.
UN ESCUDERO viejo.

La escena es en Sevilla, y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DOÑA FLOR É INES CON MANTOS.

Da. Flor. ¿Qué dices?
Ines. Digo, señora,
Que es él.
Da. Flor. ¡Desdichada soy!
¿Don Fernando de Godoy,
Cielos, en Sevilla ahora?
La fortuna me persigue:
Cúbrete.
Ines. Ya es escusado;
Porque muestra su cuidado,
Que conoce lo que sigue.
Da. Flor. Cuando el marques prometia,
Abrasado de amoroso,
Pasar mi estado dichoso
De merced á señoría,
¿Viene á ser impedimento
De tanto bien don Fernando?
Ines. ¿Pues porqué lo ha de ser?
Da. Flor. Dando,
Pues ha de seguir su intento,
Ocasiones de zelar
Al marques; y es cierta cosa,
Que á su pasion cuidadosa
Nada, al fin, se ha de ocultar:
Que aunque don Fernando, es llano,
Que amante secreto ha sido,
El disgusto sucedido
En Córdoba con mi hermano,
Fué público en el lugar;
Y lo que entonces pasó,
Para sospechar bastó,
Si no para condenar:
Y esto será impedimento
A la mano que procuro;
Que es el honor cristal puro,
Que se enturbia del aliento.
Ines. Pues desengáñalo luego,
Y pide que no te quiera
A don Fernando.
Da. Flor. Eso fuera
Poner á la mina fuego,
Y hacerle esparciar al viento
Secretos de amor desnudos;
Que ni son los zelos mudos,
Ni es sufrido el sentimiento.
Ines. Él llega.
Da. Flor. Suerte inhumana,
¿Cómo me podré librar?
En esta tienda ha de estar
Aguardándote doña Ana.

ESCENA II.

DICHAS Y DOÑA ANA CON MANTO.

Da. Ana. Gracias á Dios, que te veo;
Ya tu tardanza acusaba.
Da. Flor. No imagines que me daba
Menos prisa mi deseo;
Pues que mi hermano, sabiendo
Que á verte, amiga, venia...
Da. Ana. ¡Oh qué cansada porfía!

ESCENA III.

DICHAS, DON FERNANDO Y ENCINAS.

D. Fern. Hablarla ahora pretendo.
Enc. Llega, pues.
Da. Flor. Ines, procura,
Mientras hablo, entretener
A doña Ana.
D. Fern. Si el poder
Igualase á la hermosura,
Yo fuera, damas hermosas,
Esta ocasion por igual
Venturoso y liberal.
Enc. Ellas fueran las dichosas.
D. Fern. Mas puesto que no hay hacienda
Que iguale á tanta beldad,
Si lo merezco, tomad
Lo que os sirvais de la tienda.
Enc. ¿Qué es esto? Nunca te ví
Ser galan tan de provecho.
Señoras, milagro han hecho
Vuestras deidades aquí;
Pero segun tus estrellas,
Que nunca des han dispuesto:
Hoy que tú quieres, apuesto
Que no lo reciben ellas.
Ines. Doña Ana hermosa, ¿no tiene
Gracia el bufon?
Enc. No me llamo
Sino Encinas.
Da. Ana. La del amo
Con mas razon me entretiene;
Sabré al descuido quien es.
Agradado me has de suerte,
Que estimára conocerte;
Porque algunos ratos des
Alivio á tristezas mias.
Enc. Harélo yo, si te doy
Gusto en eso.
Da. Ana. Sí; que soy
Sujeta á melancolías.
Enc. Oye, pues. Buena ocasion *ap.*
Doy á mi señor con esto.
Ines. Lindamente se ha dispuesto.
D. Fern. Dueño de mi corazon...

Da. Flor. Tu aficion, Fernando mio,
Proceda mas recatada;
Porque ni de esa criada,
Ni de esa amiga me fio.
D. Fern. Ya con esa prevencion
A hablarle llegué, mostrando
No conocerte.
Da. Flor. Fernando,
Los nobles amantes son
Centinelas del honor
De sus damas.
D. Fern. ¿Pues porqué,
Si has conocido mi fe,
Me previenes eso, Flor?
Da. Flor. Tú, Fernando, eres testigo
De lo que nos sucedió
Cuando en Córdoba te halló
Mi hermano hablando conmigo.
Entonces, para aplacar
Los bandos y desafíos
Entre tus deudos y mios,
Prometiste no llegar
A esta ciudad en dos años,
Donde en aquella ocasion,
A empezar su pretension
Y acabar aquellos daños,
Mi hermano partió conmigo,
Por estar su magestad
Despacio en esta ciudad.
D. Fern. Y tú, Flor, eres testigo
Que mi palabra, á despecho
De mi paciencia, he cumplido.
Da. Flor. Pues ya que tan noble has sido,
No deshagas lo que has hecho.
D. Fern. ¿Cómo?
Da. Flor. Ocasionando ahora
Nuevos disgustos; y así,
Solo una cosa por mí
Has de hacer, mi bien.
D. Fern. Señora,
No mandes que del amor
Que idolatra tu hermosura
Desista: y pide segura
El imposible mayor.
Da. Flor. Tú verás en lo que pido,
Que encamino tu esperanza.
D. Fern. Siendo así, de tu tardanza
Está mi amor ofendido.
Da. Flor. Ya con el rey sus intentos
Tiene en buen punto mi hermano,
Y de los suyos es llano,
Que han de pender mis aumentos.
Da fuerza á su pretension,
Y á su razon calidad,
De mi honor y honestidad,
La divulgada opinion;
Y porque temo, y no en vano,
Que han de causar tus pasiones
Al lugar murmuraciones,
É inquietudes á mi hermano,
Quiero, que como quien eres
Me prometas que jamas,
Fernando, á nadie dirás
Que te quiero, ni me quieres;
Que vivieron en tu pecho
Secretas nuestras historias,
Solicitando tus glorias,
O zeloso, ó satisfecho,
Tan cauto, y tan recatado,
Que en el mayor sentimiento,
Solo con tu pensamiento
Comuniques tu cuidado.
Esto le importa á mi honor
Y á tu amor.
D. Fern. Yo te prometo,
Como quien soy, el secreto,
Mi gloria, de nuestro amor.
¿Estás contenta?
Da. Flor. Sí estoy.
D. Fern. ¿Confias que cumpliré
Mi palabra?
Da. Flor. Sí; que sé
Que eres sangre de Godoy.
D. Fern. ¿Di, pues, ahora qué estado
Tiene contigo mi amor?
Da. Flor. Déjalo á tiempo mejor;
Que estoy aquí con cuidado.
D. Fern. ¿Di cómo el vernos dispones
Entre esas dificultades?
Da. Flor. A conformes voluntades
Nunca faltan ocasiones:
Búscalas, que yo prometo
Hacerlo tambien.
D. Fern. A tí
Toca el trazarlas, y á mí
El gozarlas con secreto.
Da. Flor. Fernando, á Dios.
D. Fern. Flor, advierte
En la firme fe que tengo
Tras tanta ausencia; y que vengo
A Sevilla solo á verte.
Da. Flor. Yo soy la misma que fuí.
¡Nunca, pluguiera á los cielos, *ap.*
Vinieras á darle zelos
Al marques, y pena á mí!
D. Fern. ¡Quién dice que las mugeres *ap.*
No son firmes! Peñas son.
Da. Ana. Doña Ana soy de Leon:
Si por ventura tuvieres,
Que eres forastero al fin,
Alguna necesidad,
Conocerás mi verdad.
Enc. Pon en mi boca el chapin.
Ines. ¿Cómo habeis quedado?
Da. Flor. Ines,
El medio que pude dar

He dado, para evitar
Sentimientos al marques.

ESCENA IV.

DON FERNANDO Y ENCINAS.

Enc. ¿Qué tenemos?
D. Fern. Nada.
Enc. ¿Nada?
D. Fern. Ya no me trates jamas
De doña Flor.
Enc. Bueno estás;
Bien logramos la jornada.
D. Fern. Al punto que entienda yo,
Que nadie de ti ha sabido
Que algun tiempo la he servido,
Ni la historia que pasó
En Córdoba, pagarás
Con la vida. Así el precepto *ap.*
Ejecuto del secreto.
Enc. Que lo diga Barrabas,
Supuesto que soy testigo
De la furia de tu acero;
Y que sabes dar primero,
Que la amenaza, el castigo.

ESCENA V.

EL MARQUES Y RICARDO, DE NOCHE.

Ric. Sin seso estás.
Marq. ¿No es razon
Estar de contento loco,
Cuando con mis manos toco
Tan dichosa posesion?
Esta noche (¡o santo cielo,
Permitid que llegue á vella!)
Gozo de la Flor mas bella
Que dió primavera al suelo.
Esta noche mis empleos
Logran su larga esperanza,
Y mi firme amor alcanza
El fin de tantos deseos.
En esta vida, ¿qué bien
Puede igualar á la gloria
De conseguir la victoria
De un dilatado desden?
Ric. ¡Oh quién te viera, señor,
Libre de estas mocedades!
Marq. ¿Ahora me persuades?
Ric. Juzgo que fuera mejor,
Cuando te ves tan privado
Del rey don Pedro, gozar
De su favor, y asentar
El paso, tomando estado.
Marq. No, mientras viva mi hermano,
Ricardo, á quien justamente,
Por honrado, por valiente,
Por discreto y cortesano,
Como tierno padre quiero.
No quiera Dios, que casado,
A mi casa, ni á mi estado
Solicite otro heredero.
Yo tengo por Flor la vida,
Por Flor desprecio la muerte;
Mas si el amor de otra suerte
Con sus glorias me convida,
Sin que me case, no es justo
Quitar la herencia á mi hermano;
Que no siempre con la mano
Se debe comprar el gusto.

ESCENA VI.

DICHOS Y DON FERNANDO ALBOROTADO CON LA ESPADA DESNUDA Y CAPA DE COLOR.

D. Fern. Si sois nobles por ventura,
Mostrad los pechos hidalgos
En dar favor á quien tiene
Todo el mundo por contrario.
Dadme esa capa por esta,
Cuyo color es el blanco
Que siguen mis enemigos;
Dareis vida á un desdichado.
Marq. No es menester donde estoy;
Caballero, sosegaos.
D. Fern. ¿Es el marques don Fadrique?
Marq. El mismo soy.
D. Fern. Vuestro amparo
Es puerto de mi esperanza.
Marq. Contadme el caso: fiaros
Podeis de mí.
D. Fern. Un hombre he muerto,
Y el lugar alborotado
Cierra las puertas furioso,
Y airado sigue mis pasos.
Marq. ¿Fué bueno á bueno la muerte?
D. Fern. Los dos solos desnudamos
Cuerpo á cuerpo las espadas,
Y el otro fué el desdichado.
Marq. Siendo así, yo os libraré.
D. Fern. Prospere Dios vuestros años.

ESCENA VII.

DICHOS, Y LA JUSTICIA CON LINTERNA Y UN CORCHETE.

Corch. Allí hay gente.
D. Fern. La justicia
Es aquella.
Marq. Reportaos;
Seguro estais.
Just. Esos hombres
Conoced.
Corch. Ténganse, hidalgos,
A la justicia. ¿Quién es?
Ric. Escusad el linternazo,
Que es el marques don Fadrique.

Just. ¿Vais, señor, tambien buscando
Acaso al fiero homicida
De vuestro infeliz hermano? [muerto?
Marq. ¡Qué decis! ¿Mi hermano es
Just. Perdonadme, si os he dado
Con tal nueva tal pesar.
D. Fern. ¡Qué es esto, cielos! ¡Herma-
Era del marques el muerto! [no *ap.*
¡Favor pedí al agraviado!
Marq. ¿Cómo sucedió?
Just. Señor,
Dos testigos, que se hallaron
Presentes, dicen que un hombre
De color, estaba hablando
A la ventana de Flor.
Marq. ¡Esto mas, crueles hados! *ap.*
Just. Pasó en aquella ocasion
El sin ventura don Sancho;
Y sobre el quitarle el puesto,
Y defenderlo el contrario,
Desnudaron las espadas,
Y cuerpo á cuerpo gran rato
Riñeron, hasta que el cielo
Dió permiso al triste caso.
Huyó luego el homicida:
Mas fiad de mi cuidado,
Que le tengo de prender,
Si no se escapa volando.
D. Fern. Aquí es mi muerte. *ap.*
Marq. Seguidle,
Y no dejeis, hasta hallarlo,
Piedra alguna por mover.
Corch. Señor, si yo no me engaño, *ap.*
Las señas del delincuente [*á la Just.*
Tiene aquel, que recatado
Detras del marques se esconde.
Just. Calla, necio. ¿Del hermano
Del muerto habia de ampararse?
Corch. Indicios dan su recato,
Y el color de su vestido.
¿Qué se pierde en preguntarlo?
Just. Bien mereceré perdon,
Si por vengar vuestro agravio
Ofendo vuestro decoro:
Señor marques, ese hidalgo
Que el cuerpo y el rostro esconde
Con sospechoso cuidado,
¿Puede saberse quién es?
D. Fern. ¡Perdido soy! *ap.*
Marq. ¿No está claro
Que no será quien me ofende,
Pues que conmigo le traigo?
D. Fern. ¡Qué nunca visto valor! *ap.*
Just. Las señales me engañaron:
Disculpad mi inadvertencia;
Y porque pide este caso
Diligencia, perdonad
Si no os quedo acompañando.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS LA JUSTICIA.

D. Fern. ¡Cielo santo, si querrá
Vengar él mismo á su hermano,
Y por eso me libró
De la justicia!
Ric. ¡Qué estraño
Suceso! ¿Qué hará el marques
En lance tan apretado?
Marq. ¡Que mi hermano es muerto, y
Fué la ocasion de mi agravio; [Flor
Y que este fué el homicida!
Déjanos solos, Ricardo.
Ric. Habérselas quiere á solas: *ap.*
Temiendo voy un gran daño.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS RICARDO.

Marq. ¡O adversa fortuna mia! *ap.*
Ved los tormentos que paso;
Noche en que esperé alcanzar
De amor los bienes mas altos,
De sentimiento me ahogo,
Cuando de zelos me abraso:
Disimulando tenerlos,
Me conviene averiguarlos.
D. Fern. La espada y el corazon
Apercibo á todo.
Marq. ¿Hidalgo?
D. Fern. ¿Señor marques?
Marq. Pierdo el seso. *ap.*
¿Estamos solos?
D. Fern. Sí estamos.
Marq. Un hermano me habeis muerto.
D. Fern. Un hombre he muerto, igno-
Quien era, y ahora supe [rando
Que era, marques, vuestro hermano.
Marq. No os disculpeis.
D. Fern. No penseis
Que el temor busca reparos,
Que inventa el respeto escusas,
O la obligacion descargos;
Porque es verdad os la he dicho,
De que á vos testigo os hago,
Pues despues de conoceros,
A vos mismo os pedí amparo;
Para que sepais así
A lo que estais obligado.
Marq. Si imaginais que os he dicho
No os disculpeis, de indignado;
Y resuelto á la venganza,
No doy lugar al descargo,
Engañaisos: advertid
Que en eso me haceis agravio,
Pues mostrais que habeis creido

Que por el dolor me aparto
De cumpliros la palabra
Que os he dado de libraros:
Yo os la dí, y he de cumplirla.
D. Fern. La tierra que estais pisando
Será el altar de mi boca.
Marq. Caballero, levantaos;
No me deis gracias por esto,
Supuesto que no lo hago
Yo por vos, sino por mí,
Que la palabra os he dado:
Cuando os la dí, os obligué;
Cumplirla no es obligaros,
Que es pagar mi obligacion,
Y nadie obliga pagando.
De esto procedió el deciros
No os disculpeis; por mostraros,
Que sin que escuseis la ofensa,
Ni disculpeis el agravio,
Basta, para que yo cumpla
Mi palabra, haberla dado.
D. Fern. Ejemplo sois de valor
Y de prudencia; y no en vano
Ocupais en la privanza
Del rey el lugar mas alto.
Marq. Dejad lisonjas, y ahora,
Supuesto que he de libraros,
Me decid ¿quién sois, y cuál
Fué la ocasion de este caso?
¿Qué empeño teneis con Flor,
Para haberos obligado
A defender el lugar
De su ventana á mi hermano?
D. Fern. No, señor, no me está bien,
Cuando así os tengo indignado,
Decir quien soy; la ocasion
Ya la oisteis; declararos
De ella mas, es imposible.
Que á Flor la palabra guardo *ap.*
Que del secreto la dí;
Y aunque de zelos me abraso,
No á romper obligaciones
Dan licencia los agravios.
Marq. Pues no es justo.
D. Fern. Yo os suplico,
Pues sois noble, que evitando
Mas dilaciones, cumplais
La palabra que habeis dado:
Prometido habeis librarme;
Y á vos mismo os he escuchado,
Que el haberlo prometido,
Basta para ejecutarlo.
Advertid que no lo haceis
En pidiendo nada en cambio;
Que ponerme condiciones
Es modo de quebrantarlo.
Marq. Es verdad: mas no os las pongo,
Que pidiendo, no obligando,
Pregunté; porque me importa
Saberlo, si á vos callarlo;
Y en prueba de esto, seguidme,
Que aunque en mi valor fiado
Me lo querais decir, antes
Que lo escuche he de libraros.
D. Fern. Ya os sigo.
Marq. ¡Ah Dios! ¡que en un noble,
Cuando de zeloso rabio,
Y de lastimado muero,
La palabra pueda tanto!

ESCENA X.

Sala en casa de don Diego.

DON DIEGO, DOÑA FLOR É INES, CON LUZ.

D. Diego. ¿Flor?
Da. Flor. ¿Hermano?
D. Diego. ¿Ines?
Ines. ¿Señor?
D. Diego. El cielo me dé prudencia; *ap.*
Cuando anegan la paciencia
Tempestades del honor,
Ni discurre el pensamiento,
Ni sé por donde comience
La averiguacion; que vence
Al discurso el sentimiento.
Da. Flor. Confusa estoy.
D. Diego. Entra, Ines,
En esa cuadra.
Ines. ¿Señor?
D. Diego. Entra y calla.
Ines. De temor *ap.*
Muevo sin alma los piés.

ESCENA XI.

DON DIEGO Y DOÑA FLOR.

D. Diego. Yo pensé, Flor, que los daños
Que otra vez tu liviandad
Ocasionó en la ciudad
De Córdoba habrá dos años,
De freno hubieran servido
Para no causar aquí
La desdicha, que por tí,
Enemiga, ha sucedido.
Esta noche al mas esperto
De Europa, al mejor soldado,
Caro hermano del privado
Del rey, por tu causa han muerto.
Mira tú qué fin espero
Del daño que ha sucedido,
Si es tan fuerte el ofendido,
Y es el rey tan justiciero.
No llores, Flor, que no es eso
Lo que ahora ha de aplacarme;

Lo que importa es declararme
La verdad de este suceso;
Porque sepa yo qué medio
Tendré para dar seguro
Prevencion á lo futuro,
Y á lo pasado remedio.
Solos estamos: advierte,
Si á tan justa confesion
No te mueve la razon,
Que te ha de obligar la muerte.
No te refrene el temor,
Y piensa que en caso igual
Oye el médico tu mal,
Y tu culpa el confesor.
Mira, si negar intentas,
Que á informarme obligarás
De los criados, y harás
Públicas nuestras afrentas;
Y así es mejor informarme
Secretamente de tí,
Y que se resuelva aquí
Lo que importe, que obligarme
A una gran demostracion,
Si me doy por entendido
De que tu locura ha sido
De este daño la ocasion.

Da. Flor. Hermano, á quien justamente
Pueden dar nombre de padre
Los honrosos sentimientos
Que acompañan tus piedades;
Sabe, (que aunque la vergüenza
Me enfrene, es preciso lance,
Cuando amenazan los daños,
Manifestar las verdades)
Sabe, que desde aquel dia,
Dos años ha, que llegaste
A esta escepcion de los tiempos,
Envidia de las ciudades:
¡ Pluguiera á Dios, que primero
Que mirase y admirase
De sus altos edificios
Los soberbios homenages;
Pluguiera á Dios, que primero
Que en la region de las aves
Contemplase de fortuna
En la Giralda una imágen,
Pues cual diosa habita el cielo,
Y solo el viento mudable
Es la razon imperiosa
De su movimiento fácil:
Pluguiera á Dios, que primero,
Que patentes sus umbrales
Diesen permiso á mis pasos,
Y á su ruina hospedage;
Sus altos muros, sirviendo
A su paraiso de ángel,
Túmulo funesto diesen
A mis obsequias fatales!
Pues desde aquel mismo dia
Empezaron á engendrarse
De este incendio las centellas,
De este daño las señales;
Que apenas la vez primera
Vieron mis ojos sus calles,
Cuando el marques don Fadrique,
Ese castigo de alarbes,
Ese honor de castellanos,
Rayo de turcos alfanges,
Ese espejo de las damas,
Y envidia de los galanes,
A combatirme empezó
Con medios tan eficaces,
Que ha usurpado la opinion
Mi corazon al diamante.
Si al fin sus continuas quejas,
Si al fin sus bizarras partes
Correspondencia engendraron
En mi pecho, no te espante,
Que por doña Ana te he visto
De tu valor olvidarte,
Regar la tierra con llanto,
Romper con quejas los aires;
Pues si eres hombre, don Diego,
Y la fuerza de amor sabes,
De sus victorias despojo,
Víctima de sus altares,
¿Qué mucho que una muger
Contra su poder no baste?
¿Y mas si obligan temores,
Y esperanzas persuaden?
Que el marques, si amante humilde,
Conquistador arrogante
Mezclaba (esta falsa culpa *ap.*
Le imputo por disculparme)
Las amenazas crueles
A las promesas suaves,
Y el poder, y la ambicion
Igualmente me combaten,
Temo venganzas injustas
En mi opinion, y en tu sangre,
Espero que á ser mi esposo
Le obliguen mis calidades:
Y al fin, estas fuerzas todas,
A empresa mayor bastantes,
A darle esta noche entrada
Pudieron determinarme.
No te alteres, oye, hermano;
Que en caso tan importante,
No en ligeras confianzas
Fundaba mis liviandades.
Prevenida me arrojaba,
Ordenando, que ocupasen
Tres testigos de mi cuarto
Ciertos ocultos lugares,
Con intencion de pedirle
Palabra de esposo, antes

Que en la fuerza de mi honor
Le hiciese el amor alcaide.
Y si la diese, ó movido
De su aficion y mis partes,
O pretendiendo, fiado
En el secreto, engañarme,
Tener testigos, con quien
Convencerle, y obligarle
Al cumplimiento: que puesto
Que su poder me acobarde,
El rey don Pedro es el rey,
Y justicia á todos hace
Tan igual, que ha merecido
Que el justiciero le llamen.
Y si á su intento quisiese,
Sin obligarse, obligarme,
Tener quien diese socorro
A mi resistencia frágil.
Este fué mi pensamiento,
Y envuelta en cuidados tales,
Esta noche, autora triste
De lamentoso desastre,
Tuve abierta esa ventana,
Sin que un punto de ella aparte
La vista, esperando señas,
Y temiendo novedades,
Cuando hácia la reja un hombre
Ví cuidadoso llegarse,
Cuyo recato atrevido
Me daba de amor señales.
Pensé (¡desdichado engaño!)
Que era el marques, y al instante
A hablarle llego, y apenas
El engaño se deshace,
Cuando su infeliz hermano,
Que por el marques amante,
Mas que hermano, fiel amigo,
Ronda zeloso la calle,
Le llegó á reconocer,
Y sobre querer quitarle
De la reja, sus aceros
Dieron rayos á los aires.
El oculto pretendiente
Fué mas dichoso, que á nadie
Mas valiente que al difunto
Celebraron las edades.
Esta es mi culpa: mi pena,
O tu castigo me mate,
Pues que venturoso muere
El que desdichado nace.

D. Diego. ¡Hay mas dura confusion!
¡Que aun son mayores mis males
Que pensé! ¡que es el marques,
Y no don Sancho, tu amante!
¿De modo, que tengo ahora
Que librarte, y que librarme
(Demas de lo que amenaza
Una desdicha tan grande)
De la venganza furiosa
De los zelos que causaste
Al marques, y de la ofensa,
Que en pretenderte me hace?
¡Ah Dios! ¿qué fuerzas habrá,
Que con vida y honra, saquen
Mi opinion de entre los brazos
De tantas adversidades?
No puede ser; pues valor
Heredado de mis padres,
Para tales ocasiones
Vive en el pecho la sangre:
¿Mas di, quién fué el homicida?

Da. Flor. Ni rostro, ni voz, ni talle
Conocí.

D. Diego. ¿Cómo es posible?

Da. Flor. Fueron breves los instantes
Del caso: lo mas te he dicho,
Y no hay para que callarte
Lo demas, si lo supiera.
La verdad quiero negarle; *ap.*
Que me adora don Fernando,
Y me obliga, aunque me agravie.

D. Diego. ¿Cómo sabré que tu lengua
Me ha referido verdades,
Flor?

Da. Flor. Si el crédito me niegas,
Ines y Alberto lo saben;
Mas si probanza procuras
Mas secreta, por no darte
Por entendido, papeles
Del marques guarda esta llave;
Que de la verdad que digo
Podrán mejor informarte. (*Dale una llave.*)

D. Diego. Muestra, y piensa que no rompe
Mi espada tu pecho infame,
Porque no digan que empiezo
Por la muger á vengarme.

Da. Flor. Si mi triste fin deseas,
No importa que no me mate
Tu espada, que espada son
De la muerte mis pesares.

ESCENA XII.

Decoracion de campo.

EL MARQUES Y DON FERNANDO.

Marq. Ya os saqué de la ciudad;
Ya en este campo desierto
Alcanza seguro puerto
Por mí vuestra libertad.
Y para poder seguir
La derrota que os agrada,
Teneis postas en Tablada,
Barcos en Guadalquivir.
Y porque tengo advertido
Que no pudo á intento igual

Lo súbito de este mal
Hallaros apercibido;
Porque no os impida acaso
Algo la necesidad,
Estas cadenas tomad, (*Dáselas.*)
Que os faciliten el paso.
D. Fern. Cuando la ocasion que veis
No me obligára á aceptar,
Lo hiciera por no agraviar
La largueza que ejerceis:
Por mil modos dejais presa
Mi voluntad.
Marq. Ya he cumplido
Mi palabra.
D. Fern. Y escedido
El efecto á la promesa.
Marq. Ya, pues, que no me podeis
Oponer esa escepcion,
Pedir puedo con razon
Que quien sois me declareis;
Que digais qué os ha pasado
Con mi hermano y doña Flor,
Porque sepa mi valor
A lo que estoy obligado;
Que será bien, pues por ella
Ha sucedido este mal,
Y soy la parte formal
De seguirla ó defendella,
Que entre los dos brevemente
La causa aquí sustanciada,
O la perdone culpada,
O la disculpe inocente.
Así averiguo mis zelos, *ap.*
Sin dar á entender mi amor.
D. Fern. El nunca visto valor
De que os dotaron los cielos,
Por igual engendra en mí
El recelo y confianza;
Que amenaza la venganza,
Supuesto que os ofendí,
Cuando mi pecho confia
De que le tendreis tambien
Para perdonar á quien
No supo que os ofendia.
Y así ó perdonad mi ofensa,
Marques, ó el no declararme;
Que ha de ser el ocultarme
De vos mi mayor defensa.
Marq. Ved que me habeis agraviado;
Pues dais en eso á entender
Que os engendra mi poder
Y no mi valor, cuidado.
D. Fern. ¿Cómo?
Marq. Clara es la razon
En que este argumento fundo;
Que si las leyes del mundo
Piden la satisfaccion
Como fué la ofensa, es llano,
Que cuerpo á cuerpo los dos
Debo vengarme, pues vos
Matasteis así á mi hermano.
D. Fern. Es así.
Marq. Pues si es así,
Y que estamos hombre á hombre,
Querer ocultarme el nombre
Cuando os tengo á vos aquí,
Y decir que de esa suerte,
Si no os quiero perdonar
Mi ofensa, pensais librar
Vuestra vida de la muerte;
¿No es evidente probanza
De que pensais que pretendo
Saber quién sois, remitiendo
A otra ocasion mi venganza?
Pues si teniéndoos presente,
Pensais que no quiero aquí
Vengarme de vos por mí,
Dais á entender claramente
Que os pretendo conocer,
Porque pueda en mi ofensor,
Lo que ahora no el valor,
Hacer despues el poder.
D. Fern. Vuestro valor solo ha sido
El que me obliga á ocultarme;
Que supuesto que librarme
Prometisteis, he creido
Que está seguro mi pecho
Esta vez de vos aquí;
Pues se ha de entender así
La promesa que habeis hecho.
Marq. No; de mi palabra es esa
Muy larga interpretacion;
Conforme á la relacion
Se ha de entender la promesa.
Vos dijisteis que alterado
Os perseguia el lugar;
De él os prometí librar,
Y de él os he ya librado;
Y vos mismo ahora aquí
Confesasteis que he cumplido
Mi palabra, y escedido
A lo que yo os prometí.
Segun esto, no hay razon
Que declararos impida,
Si ha de quedar fenecida
La causa en esta ocasion.
D. Fern. En albricias de eso, os quiero
Besar los heróicos piés,
Porque si acaso, marques,
Aquí á vuestras manos muero,
Me será mas conveniente
Que vivir sobresaltado
Siempre del duro cuidado
De un contrario tan valiente.
Y si os mato, á mi valor
Doy cuanto en la fama cupo;

Venciendo á quien nunca supo
Sino salir vencedor;
Y pues ya no me está mal
Decir mi nombre, yo soy
Don Fernando de Godoy,
De Córdoba natural.
Marq. En vuestro valor advierto
La sangre que os ha animado.
D. Fern. Bien pienso que lo ha probado
Quien á vuestro hermano ha muerto;
Pues si con igual hazaña
Os mato, decir podré
Que en una noche quebré
Entrambos ojos á España.
Con esto os he declarado
Lo que mandais.
Marq. Resta ahora
Que digais lo que con Flora
Y don Sancho os ha pasado.
D. Fern. De vuestro hermano ya oisteis
Que por quererme quitar
De una ventana el lugar
Que ocupaba, le perdisteis.
En cuanto á Flor, lo primero,
Pensad, que jamas su honor
Sufrió la duda menor;
Luego, como caballero
Y galan, me decid vos,
¿Si dado caso que fuera
Yo tan dichoso, que hubiera
Secretos entre los dos,
Diera el descubrirlos fama
A mi honor, si es, segun siento,
Inviolable sacramento
El secreto de la dama?
Marq. Pues si callar os prometo,
¿El ser quien soy no me abona?
D. Fern. No hay escepcion de persona
En descubrir un secreto.
En vano estais porfiando.
Marq. Advertid que con callar
Me dais mas que sospechar,
Que podeis dañar hablando;
Si al constante desvarío
En que dais, de doña Flor
Os ha obligado el honor...
D. Fern. No me obliga sino el mio,
Ni temo que sospecheis
De su honor por eso mal,
Que sois noble, y como tal
La sospecha engendraréis;
Y cuando no, de no hablar
Nace sospecha dudosa,
Siendo tan cierta y forzosa
La afrenta de no callar:
Y porque mas adelante
No paseis, mi pecho es
En este caso, marques,
Un sepulcro de diamante.
Marq. Ya no basta el sufrimiento; *ap.*
Que añade la resistencia
A los zelos impaciencia,
Y furias al sentimiento.
Mas con esta espada yo (*Acuchillanse.*)
El diamante romperé,
Y en vuestro pecho veré
Lo que en vuestra boca no.
D. Fern. ¡Ah marques! Mucho valor
Pusieron en vos los cielos.

(*Abrázanse y luchan.*)

Marq. La espada animan los zelos, *ap.*
Y el corazon el dolor.
D. Fern. Si os igualo en valentía,
Vos en fuerza me escedeis.
Marq. No os espante, cuando veis
La razon de parte mia.

(*Cae debajo don Fernando.*)

D. Fern. ¡Ah cielos! Vencido soy.
Marq. ¿Decid, pues lo estais ahora,
Qué os ha pasado con Flora?
D. Fern. Resuelto á callar estoy.
Marq. ¿Qué os resolveis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
A no decirlo?
D. Fern. Conmigo
Ha de morir mi secreto.
Marq. Levantad, ejemplo raro
De fortaleza y valor,
Alto blason del honor,
De nobleza espejo claro:
Vivid, no permita el cielo
Que quien tal valor alcanza,
Por una ciega venganza,
Deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
Con esto; pues si sabeis
Que sé que muerto me habeis
Mi hermano, sabeis tambien
Que cuerpo á cuerpo os vencí,
Y si ya pude mataros,
Hago mas en perdonaros,
Pues tambien me venzo á mí.
Para con el mundo nada
Satisfago, si aquí os diera
Muerte, pues nadie supiera
Que fué la autora mi espada,
Por el secreto que ofrece
Esta muda oscuridad;
Y en tanto que la verdad
De mi ofensor se oscurece,
No tengo yo obligacion
De daros muerte, si bien
La tengo de inquirir quien
Hizo ofensa á mi opinion.

Guardaos, si viene á saberse
Que fuisteis vos mi ofensor;
Porque en tal caso mi honor
Habrá de satisfacerse:
Mientras no, para conmigo
No solo estais perdonado,
Pero os quedaré obligado,
Si me quereis por amigo.
D. Fern. De eterna y firme amistad
La palabra y mano os doy.
Marq. Don Fernando de Godoy,
Idos con Dios, y pensad
Que puesto que ya la muerte
De mi hermano sucedió,
Que mas que á mi quise yo,
Os estimo de tal suerte,
Que trueco alegre y ufano,
A mi suerte agradecido,
El hermano que he perdido,
Por el amigo que gano.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

EL REY, EL MARQUES Y DON PEDRO.

Rey. Marques, cuando solicito
Consolaros de este mal,
Hallo que yo por igual
De consuelo necesito.
Vos perdisteis un hermano,
Yo un amigo verdadero,
Por cuya lealtad y acero
Di terror al africano;
Y advertireis que no yerra
La comparacion que he hecho,
Pues me defendió su pecho,
Y mi hermano me hace guerra.
¿Mas teneis del agresor
Noticia? Que solamente
La pena del delincuente
Dará alivio á mi dolor.
Marq. Hasta ahora se ha ignorado
El homicida; mas yo,
Puesto que ya sucedió
El daño, y que está probado
Que desnudaron los dos
Los aceros mano á mano,
Y dar á mi triste hermano
Menos dicha quiso Dios;
Solo me holgára, señor,
Que el agresor pareciera,
Para que á vos os sirviera
Un hombre de tal valor;
Que quien á mi fuerte hermano
Cuerpo á cuerpo matar pudo,
Pondrá á esos piés, no lo dudo,
Todo el imperio otomano;
Y así os pido que los dos
Le perdonemos aquí;
Dadle vos perdon por mí,
Que yo se le doy por vos.
Rey. Hija de vuestro valor
Solo y de vuestra amistad
Es tal accion: levantad,
Caballerizo mayor.
Marq. Pondré donde vos los piés,
La boca.
Rey. Así he comenzado
A pagaros el soldado
Que darme quereis, marques.
Marq. Tan recto os mostrais, señor,
Que aun los intentos pagais.
Rey. Y porque á mi cuenta hagais,
A quien debí tanto amor,
Las exequias funerales,
Las alcabalas os doy
De Córdoba.
Marq. Hechura soy
De esas manos liberales:
Pero decidme, señor,
Si habeis perdonado ya
Al agresor.
Rey. Bien está.
Marq. ¡Qué justicia!
D. Pedro. ¡Qué valor!
Mil años, marques, goceis
Tanto favor.
Marq. Mi fortuna,
Señor don Pedro de Luna,
Que es vuestra tambien sabeis.
Rey. Don Pedro, haced prevenir
La caza al punto, que intento
Divertir mi sentimiento.
D. Pedro. Voite, señor, á servir. (*Vase.*)
Rey. ¿Estamos solos?
Marq. Señor,
Solo está tu magestad.
Rey. Siempre de vuestra lealtad
Fió el secreto mayor.
Marques, don Pedro de Luna,
Segun informado he sido,
Con mi favor atrevido,
Y fiado en su fortuna,
Quebrantando la clausura
De mi palacio real,
Entra á gozar desleal
De una dama la hermosura.
Pena de la vida tiene;
Mi justicia le condena:

Mas no ejecutar la pena
Públicamente conviene;
Que tiene deudos y amigos
Sin número, y de esa suerte
Cobrára con una muerte
Vivos muchos enemigos,
Cuando por las disensiones
De mi hermano es tan dañoso
Ocasionar rigoroso
En mi reino alteraciones:
Y así, yo os mando y cometo
A ese valor y prudencia,
Que ejecuteis la sentencia
Con brevedad y secreto.
Marq. Señor...
Rey. No me repliqueis,
Obedeced y callad;
Conozco vuestra piedad,
Mi justicia conoceis.

ESCENA II.

EL MARQUES.

¿Qué justicia, qué rigor
Si bien se mira, consiente
Castigar tan duramente
Yerros causados de amor?
Para ejecutor cruel
De la pena del que ha errado
Por amor, han señalado
A quien yerra mas por él.
Válgale al menos conmigo
Saber la fuerza de amor,
Ya que en su alteza el rigor
Hace inviolable el castigo.
Válgale; pecho, trazad
Como tengais igualmente,
Ni piedad inobediente,
Ni ejecutiva crueldad;
Que entrambos fines consigo,
Si algun medio puedo hallar
Con que dilate sin dar
Enojo al rey, el castigo;
Porque humane el tiempo en él
Este rigoroso intento,
O ponga otro impedimento
A la ejecucion cruel.
¿Ricardo?

ESCENA III.

EL MARQUES Y RICARDO.

Ric. ¿Señor?
Marq. ¿Qué dice
De esa desdicha el lugar?
Ric. Todo es sentir y llorar
Suceso tan infelice;
Ignórase el homicida:
Mas es público que Flora
Fué del daño causadora.
Marq. Calla, Ricardo: en tu vida,
Si no quieres darme enfado,
Me nombres esa muger.
Ric. ¿Qué dices?
Marq. Esto has de hacer.
Ric. ¿Estás ahora enojado?
Marq. Resuelto, Ricardo, estoy;
Ni recado, ni papel
De esa liviana infiel
Me des ya.
Ric. A los cielos doy
Gracias por esa mudanza,
Que tú sabes que yo he sido
Quien siempre te ha persuadido
Que gozases tu privanza,
Sin dar que decir de tí;
Y ya que resuelto estás,
Para que confirmes mas
Este intento, escucha.
Marq. Di.
Ric. Otra vez dicen que dió
En Córdoba, habrá dos años,
Ocasion á grandes daños
Doña Flor; porque la halló
Su hermano (que ya sabrás
Su mucho valor) hablando
De noche con don Fernando
De Godoy.
Marq. No digas mas;
¡Que tan antiguo es el mal!
Lo dicho dicho, Ricardo,
No deje este amor bastardo
En mi la menor señal.
Ya mi hermano desdichado
Es muerto, casarme quiero;
Daré á mi casa heredero,
Daré quietud á mi estado.
A doña Ines de Aragon
Quiero en palacio servir,
Que bien puede divertir
Su belleza y discrecion
El mas firme pensamiento;
Y si merezco su mano,
Nunca bien mas soberano
Alcanzó el merecimiento.
Ric. Bien harás.
Marq. Para que entiendas
Que arrepentirme no aguardo,
Toma esa llave, Ricardo,
Y los papeles y prendas
De Flor entrega al momento
Al fuego.
Ric. A servirte voy. (*Vase.*)
Marq. Lleve sus cenizas hoy,
Pues lleva su amor, el viento.

ESCENA IV.

EL MARQUES Y DON DIEGO.

D. Diego. Solo está: buena ocasion *ap.*
De hablarle es esta. Los piés
Os beso, señor marques.
Marq. ¿Señor don Diego?
D. Diego. Aunque son
Tiempos tales dedicados
Solo á sentir y llorar,
No me dejan dilatar
Esta ocasion mis cuidados.
No os encarezco, señor,
Lo que este caso he sentido,
Porque ambos hemos tenido
Igual causa de dolor;
Que un hermano perdeis vos,
Yo una hermana. ¡A Dios pluguiera,
Que de la pérdida fuera
Igual el modo en los dos!
Pues es cosa conocida
Que es mas pesada y mas fuerte,
En quien es noble, la muerte
Del honor, que de la vida;
Y no sé, cuando os contemplo
De prudencia, de nobleza,
De justicia y fortaleza,
Muro fuerte, y vivo ejemplo,
¡Cómo es posible que fuí
Yo solo tan desdichado,
Que quien á todos ha honrado,
Solo me deshonre á mí!
Señor marques, Flor causó
La muerte de vuestro hermano:
Pero vuestro amor liviano
Causa á mi deshonra dió.
Conozco vuestro poder,
Vos conoceis mi valor,
Del rey los dos el rigor;
Mirad lo que habeis de hacer.
Marq. Señor don Diego, testigo
Es el cielo soberano,
Que de mi difunto hermano,
No pudo el dolor conmigo,
Lo que el pesar de haber dado
Causa á que en su deshonor
Se hablase de doña Flor.
Bien lo mostró mi cuidado,
Pues primero la avisé
Que no hiciese novedad;
Primero de esta ciudad
A la justicia encargué
Que á vuestra casa guardase
Las debidas esenciones,
Y que en las informaciones
El nombre de Flor callase,
Que del muerto hermano mio,
Causa en mí de tal dolor,
Me llevase el vivo amor
A ver el cadáver frio.
D. Diego. Confieso que ese cuidado
Os tengo que agradecer.
Marq. Ya sucedió: no hay poder
Que revoque lo pasado;
Mi culpa yo os la confieso:
Pero si de amor sabeis,
No dudo que disculpeis
Con su locura mi esceso.
Solo falta dar un medio,
Con que vos tengais seguro
Prevencion en lo futuro,
Y en lo pasado remedio.
D. Diego. Eso intento.
Marq. Ceda, pues,
Mi pasion á vuestro honor;
A vuestra amistad mi amor,
Mi gusto á vuestro interes.
Supuesto que yo conmigo *ap.*
No ver á Flor proponia,
Con lo que de balde hacia
Quiero ganar un amigo.
Yo os doy, como caballero,
Palabra, no solamente
De oprimir mi amor ardiente,
Y de que tendrá primero
Nuevas de mi muerte Flor,
Que indicios de mi cuidado;
Mas de no admitir recado,
Mensagero, ni favor,
Que venga de parte suya;
Y porque si nota ha dado
Lo que mi amor le ha quitado,
Mi poder le restituya,
Haré que su magestad
Tanto, don Diego, os aumente,
Que hecho un sol resplandeciente,
Vuestra hermosa claridad
Ilustre á Flor, y en su llama
Los rayos vuestros consuman
Los vapores, que presuman
Quitar la luz á su fama.
D. Diego. Con esos dos medios voy
Seguro, y soy vuestro amigo.
Marq. De cumpliros lo que digo
Otra vez palabra os doy.
D. Diego. Pues porque os muestre mi pe-
Cuanto de ella se confia, [cho
Estos testigos tenia

(*Saca unos papeles, y dáselos.*)

Del daño que me habeis hecho:
Tomadlos, no quiera Dios,
Si á vuestro valor me obligo,
Que quiera yo mas testigo
Que á vos mismo, contra vos.
Marq. Pagaré esa confianza

Con amistad verdadera.
D. Diego. Y la vuestra hasta que muera
Vivirá en mí sin mudanza.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

ENCINAS.

Válgate Dios, confusion
Y embeleco de Sevilla:
¿Es posible que se encubra
Don Fernando tantos dias,
Sin que ni deudos, ni amigos
De él me hayan dado noticia?
Mas es la corte, y en ella
Estas mañas son antiguas.
Un hombre conozco yo,
Que es tahur, y desde el dia
Que á un desdichado inocente
En el garito emprestilla,
Se va al de otro barrio, que es
Como pasarse á Turquía:
Cursa en él hasta pegarle
A otro blanco con la misma,
Y va visitando así
Por sus turnos las ermitas,
Y en acabando la rueda,
Se vuelve á la mas antigua,
Donde, como los tahures
Se trasiegan cada dia,
O no va ya su acreedor,
O él hace del que se olvida,
O tiene conchas la deuda,
Del tiempo largo prescripta.

ESCENA VI.

ENCINAS Y DON FERNANDO DE PEREGRINO.

D. Fern. Encinas está á la puerta *ap.*
De Flor, y no pronostica
Estar en ella seguro
Mal suceso á mis desdichas.
¿Hidalgo?
Enc. ¿Quién es?
D. Fern. Un hombre
Que saber de vos querria
Si vivis en esta casa.
Enc. Señor, señor de mi vida,
¿Es posible que te veo?
D. Fern. Quedo. ¿No me conocias?
Enc. Tu voz conoció el oido,
Que no tu cara la vista:
Tanto el disfraz desfigura.
D. Fern. Huélgome; que algunos dias
Importa á ciertos intentos
Andar oculto en Sevilla.
Enc. ¿No me dirás qué te has hecho?
¿Así te vas y me olvidas?
¿A Encinas con la traspuesta?
¿Luego querrás que no diga
De los cordobeses mal?
D. Fern. Mal discurres, cuando admiras
Mi ausencia, y estos disfraces;
Que en tanto que se averigua
Quien fué del valiente hermano
Del marques el homicida,
Me he de ocultar; que haber sido
Yo amante de Flor, me indicia
De culpado; y así, quiero
Que en este caso me digas
Lo que pasa, qué hay de Flor,
Y qué se dice en Sevilla.
Enc. Como vino la mañana,
Y tú, señor, no venias,
Salí á buscarte, ofreciendo
A Dios en hallazgo misas:
Hallé toda la ciudad
Alborotada, y sentida
De la muerte de don Sancho,
Y que el vulgo discurria
Ignorando el agresor;
Si bien la fama publica
Que fué doña Flor la causa.
De aquí tomó la malicia
Ocasion de divulgar
La que en Córdoba ella misma
Dió por ti ahora ha dos años
A semejantes desdichas:
Mas no por esto á su casa
Se ha atrevido la justicia;
Del lastimado marques
Prevencion bien advertida,
Aunque de ella, y de no haber
Faltado algunos que digan
Que el marques mismo ayudó
A escaparse al homicida,
Y que ha pedido á su alteza,
Que de perdonar se sirva
Al delincuente, hay algunos
Maliciosos que colijan
Que quitaron á su hermano
Por órden suya la vida
Por zelos de doña Flor;
Conjetura que confirman
Las circunstancias, pues fué
Sobre hablarla la mohina.
Este es el punto en que están
Estas cosas: de las mias
Sabrás, que desesperado
De no hallar de ti noticia,
Y apretado, Dios lo sabe,
De la pobreza enemiga,
Me resolví, y hoy de Flor
Vine á saber si sabia
De ti, y pedir que socorra
Mi necesidad esquiva:

Halléla triste, y hallé
Que su noble hermano habia
Tripulado los sirvientes,
Del juego de amor malillas.
Entró don Diego, y hallóme
Con ella; mas no hay quien finja
Artificiosos remedios
En desgracias repentinas,
Como la muger: al punto
Le dice Flor, que yo habia
Tenido, de que buscaba
Un escudero, noticia,
Y entré, por estar sin dueño,
A pedir que me reciba.
Conocióme, que los dos
En la edad poco entendida
En Córdoba hicimos juntos
Mas de dos garzonerías;
Y con esto quiso Dios,
Que ó nunca supo, ó se olvida
De que he sido tu criado,
Y el ser de su patria misma
A justa piedad le mueve,
Y á recibirme le obliga.
Quedé por criado al fin
De don Diego de Padilla,
Si tan suyo como debo,
Tan tuyo como solia.

D. Fern. ¿Que el marques pidió á su alteza
El perdon del homicida?

Enc. Así dicen.

D. Fern. ¡Gran valor!
¡Por cuántos modos me obliga!
¿Y el rey qué le respondió?

Enc. Con severidad esquiva
Dijo solo: Bien está;
Ya conoces su justicia.

D. Fern. ¿Bien está? Pues no está bien.
¿En fin, es don Diego, Encinas,
Tu dueño?

Enc. Desde hoy acá;
Mas tu teniente dirias
Mejor: ya ves, fué forzosa
La ocasion.

D. Fern. Que lo prosigas
Lo es tambien, por evitar
Sospechas.

Enc. Bien advertida
Prevencion.

D. Fern. Y porque salgas
Del empeño en que estos dias
Te habrás puesto, esa cadena

(*Dale una cadena de las que le dió el marques.*)

Recibe.

Enc. ¿Señor, es fina?

D. Fern. ¿No lo parece?

Enc. En el pobre
Pasa el oro por alquimia.

D. Fern. Si quien me la dió supieras,
Su valor no dudarias.

Enc. ¿Fué muger?

D. Fern. No, sino un hombre
A quien le debo la vida.

Enc. ¿Cómo, señor?

D. Fern. Mas espacio
Quiere el caso. Ahora mira
Si puedo, porque me importa,
Hablar á Flor.

Enc. ¿No decias
Que renunciabas su amor?

D. Fern. Y otra vez lo digo, Encinas:
Otro es mi intento.

Enc. Pues entra;
Que ahora no hay quien lo impida,
Que no tienen mas criado
Que á mí: sal presto y evita
El peligro de su hermano,
Que yo me pongo en espia. (*Vase.*)

D. Fern. Ardiendo y temblando llego
A mi adorada enemiga;
Que si mis zelos me enojan,
Su enojo me atemoriza.

ESCENA VII.

DON FERNANDO Y DOÑA FLOR.

Da. Flor. ¿Es posible que el marques *ap.*
Ni me vea, ni me escriba?
¡Cielos! ¿Se venga zeloso,
O agraviado se retira?
¿Qué es esto? ¿Quién es?

D. Fern. Es, Flor,
Quien de lo que ser solia
Solo tiene la memoria,
Porque de infierno le sirva.

Da. Flor. ¿Es don Fernando?

D. Fern. ¿Hasta ahora,
Cruel, no me conocias?
¿Tan del todo tu mudanza
De mi firmeza te olvida?
¿Es posible que en un pecho
A quien noble sangre anima,
Ya que la mudanza cupo,
Quepa tambien la mentira?
Falsa, ¿porqué me engañaste?
¿Porqué el infelice dia,
Que tras de tantos de ausencia,
Llegué mas firme á tu vista,
No me distes desengaños?
Que remedian, si lastiman,
Aprovechan, aunque ofenden,
Y aunque atormentan, obligan.
Hiciéraslo, si me quieres,
Porque guardase la vida,

Y si no, porque dejasen
De cansarte mis porfías.
¿Fué mas cordura obligarme
Con tus palabras fingidas
Al peligro en que me viste,
Y á la desgracia que miras?
¿Mas cómo fueras, ingrata,
Cómo fueras, enemiga,
Cómo muger, si no fueras
Contraria á la razon misma?
Da. Flor. Basta, don Fernando, basta,
Que te engañas, si imaginas,
Anticipando tus quejas,
Cerrar el paso á las mias.
Si tú me cumplieras, falso,
La palabra prometida,
Mi fama y tu amor gozáran
Mas quietos y dulces dias.
El secreto me juraste,
¿Y al primer lance, perdida
O la memoria ó la fe,
Me ofendes y lo publicas?
D. Fern. ¿Yo lo he publicado?
Da. Flor. Si;
Que lo mismo es que lo digan
Las obras que las palabras:
¿Tu lengua, aleve, podia
Decir mas claro tu amor,
Que lo dijo vengativa
Tu espada, locos tus zelos,
Precipitadas tus iras?
D. Fern. ¡Bien por Dios, lo que hice yo
Para obligar desobliga!
¿Para disculpar las tuyas
Finges, falsa, culpas mias?
Saqué la espada callando,
Puse á peligro la vida
Por no descubrirme á quien
Conocerme pretendia,
Solo por guardarte así
El secreto, ¿y tú lo aplicas
A lo contrario? ¡qué clara
Se conoce tu malicia!
Da. Flor. Evitáras el peligro,
Pues la resistencia vias
Que á mayor publicidad
Daba ocasion tan precisa;
Dejáras el puesto, huyeras,
Que pues no te conocian,
Nada perdieras en ello.
D. Fern. Sin duda mi sangre olvidas;
Ser secreto prometi,
No cobarde; que no habia
De aceptar quien nació noble
Cosas que lo contradigan:
No importa no conocerme,
Que yo á mí me conocia,
Y la misma sangre noble
Es fiscal contra sí misma;
Y si tú me conociste,
¿Qué mas ocasion querias?
¿Hay mas mundo para mí?
¿Hay mas honra? ¿hay mas estima?
Da. Flor. Conmigo nada perdieras,
Si por mi opinion lo hacias.
D. Fern. Conocida era la fuga,
La intencion no conocida,
Y accion que es mala por sí,
En duda la aplicarias
A lo peor, claro está,
Que conozco mi desdicha;
Y dada ya la sospecha
De que tu amor merecia
Quien contigo á tu ventana
De noche hablaba: ¿no miras
Que á nadie infamára mas,
Huyendo yo, que á tí misma,
Pues con causa te acusáran
De que á un cobarde querias?
¿Ves mi razon? ¿Ves tu afrenta?
¿Ves cómo quedas vencida?
¿Ves cómo de culpas tuyas
Hoy nacen las penas mias?
Tus engaños cometieron
El delito que me aplicas,
Que á no tener otro amante,
Y á no decir, fementida,
Que eras quien fuiste, no hubiera
Sucedido esta ruina.
Da. Flor. ¿Yo, otro amante?
D. Fern. Y aun querido;
Que nadie, sin que le admitan,
Zeloso guarda la calle,
Furioso arriesga la vida.
Da. Flor. Desdeñado un poderoso,
Convierte el amor en ira.
D. Fern. En vano para conmigo
Falsas disculpas maquinas.
Quédate por siempre, ingrata,
Liviana, aleve, fingida,
Mudable, tirana, fiera,
Tigre hircana, y sierpe libia;
Quédate, que solo vine
A exhalar las llamas vivas,
Que de tu ofensa engendradas,
Dentro de mi pecho ardian,
Con decirte sola á tí
Tus infamias, tus mentiras,
Mudanzas y liviandades;
Ya que el ser quien soy me priva
De romper con publicarlas
La palabra prometida,
Que yo ofendido la guardo,
Y tú obligada la olvidas;
Y así para no ver mas
Falsedades, tan indignas

De quien eres y quien soy,
No me verás en tu vida. (*Quiere irse.*)
Da. Flor. Vete, ocasion de mis males,
Vete, y los cielos permitan
Que ni el eco de tu nombre
Vuelva otra vez á Sevilla.
D. Fern. ¡Cómo, traidora, te huelgas
Que de tu amor me despida!
¿Mi nombre ofende tu oido,
Y mi presencia tu vista?
Pues vive Dios, que por eso
Aunque arriesgára mil vidas,
He de ser eternamente
Una sombra que te siga;
Porque me vengue en lo mismo
Con que á venganza me incitas.
Da. Flor. Pues yo, si en eso te vengas,
Sabré hacer...

ESCENA VIII.

DICHOS Y ENCINAS.

Enc. Señora, mira
Que viene tu hermano.
Da. Flor. ¡Ay, triste!
Vete, Fernando.
D. Fern. Enemiga,
Mi muerte y la tuya espero.
Enc. Pues duélete de la mia:
Vete, señora, á tu cuarto,
Y tú, señor, te retira
A mi aposento.
Da. Flor. ¿Veré,
Antes que muera, algun dia,
Que por tu causa no tenga
Alborotos y desdichas? (*Vase.*)
D. Fern. ¿Y yo sin mudanzas tuyas
Veré alguno?
Enc. Señor, mira
Que llega don Diego.
D. Fern. Llegue,
Y á sus manos vengativas
Muera yo, Encinas, primero
Que á las de su hermana viva.
Enc. Acaba, que á toda ley
Es bueno guardar la vida.

ESCENA IX.

Sala en casa de doña Ana.

DOÑA ANA É INES.

Da. Ana. ¿Hácete Flor soledad?
Ines. Mal puedo, señora mia,
Sentirla en tu compañía.
Da. Ana. Pagas, Ines, mi amistad.
Ines. Solo siento la tristeza
Que con mi ausencia padece.
Da. Ana. A fe que no la merece.
Ines. Es pension de su belleza;
Pero ya viene el marques.
Da. Ana. Bien su palabra ha cumplido.

ESCENA X.

DICHAS Y EL MARQUES.

Marq. Alegre y desvanecido
Vengo á serviros.
Da. Ana. Los piés
Os beso por tal favor.
Marq. Comenzad, pues, á mandarme,
Que si quereis obligarme,
Ese es el medio mejor.
Pedido me habeis que os vea,
Advertid, doña Ana hermosa,
Que no ha de ser para cosa
Que muy dificil no sea.
Da. Ana. La nobleza y cortesía
Que en vos celebra la fama,
Porque es muger la que os llama,
Disculpára su osadía;
Y eso mismo me asegura
Que tendrá en esta ocasion
Efecto mi pretension,
Y mi esperanza ventura.
Señor marques, doña Flor,
En cuyo constante pecho
Inhumano estrago han hecho
Vuestra ausencia y vuestro amor,
Como os habeis retirado
Tan del todo de sus ojos,
Que aun no alivia sus enojos
De parte vuestra un recado;
Está oprimida de suerte,
De pesar y sentimiento,
Que perdido el sufrimiento,
Pide remedio á la muerte.
Yo, que estimo su amistad,
Y en vuestra nobleza fio,
He tomado á cargo mio
Amansar vuestra crueldad:
Merezca una vez siquiera
Veros el rostro, por ser
Vos noble, y ella muger,
Y yo, marques, la tercera.
Marq. ¡Ay Flor! bien saben los cielos *ap.*
Que á tantos rayos de amor,
A no resistir mi honor,
No resistieran mis zelos:
Dí mi palabra; ¡maldiga
El cielo al necio imprudente,
Que con enojo presente
A lo futuro se obliga!
Señora, lo que pedis
A ser dificil lo haria;
Mas es, por desdicha mia,

Imposible.
Da. Ana. ¿Qué decis?
Marq. Digo...

ESCENA XI.

DICHOS, Y AL PAÑO DON DIEGO Y ENCINAS.

Enc. ¿Pues, señor, así
Te cuelas?
D. Diego. Ya á la impaciencia
Se rindió la resistencia;
Mas el marques está aquí.
Enc. En Canta-la-Piedra has dado.
D. Diego. Quedo. Pues no me han sen-
Quiero aplicar el oido; [tido,
Que á zelos toca el cuidado.
Marq. Segun esto, no os espante
Mi resolucion.
Da. Ana. Señor...
Marq. Tratarme ahora de amor,
Es ablandar un diamante.
Da. Ana. Acabad: cesen enojos;
No puedan tanto los zelos.
D. Diego. ¡Por Dios! que le ruega; ¡cie-
Tal vienen á ver mis ojos! [los, *ap.*
Marq. Doña Ana, en vano os cansais.
Da. Ana. ¿Rogado os endureceis?
No á la sangre que teneis
La condicion conformais.
D. Diego. Ello es cierto. *ap.*
Marq. Lo que os pido
Es que no me trateis mas
De esta materia.
Da. Ana. Jamas
Me hubiera yo persuadido,
Si no lo llegára á ver,
Y aun lo dudo, aunque lo toco,
Que con vos puedan tan poco
Los ruegos de una muger.
¿No dareis, marques, lugar
A las disculpas siquiera?
Ines. Esto es justo.
Marq. Yo lo hiciera,
Si me pudiera mudar.
Da. Ana. ¡Maldiga Dios á don Diego,
Que á una determinacion
Tan cruel dió la ocasion!
Enc. ¿Oyes esto, señor?
D. Diego. ¿Luego
El marques por zelos mios
La trata con tal rigor?
Hará bien; ya que el amor
No ayuda mis desvarios,
A un engaño me apercibo,
Con que, pues no soy dichoso,
Lo que no alcanzo amoroso,
Alcanzaré vengativo.
Aquí me importa que des
A entender que eres criado
Del marques.
Enc. Ese cuidado
Me deja, que fácil es;
Que pues hasta aquí por tuyo
No me conocen, saldré
Con él, y así pasaré
Plaza de criado suyo.
D. Diego. Pues al punto que él se ausente
Vuelve á entrar, y de su parte
Estos doblones reparte (*Dale un bolson.*)
En la familia sirviente
De doña Ana; y al que fuere
Mas codicioso dirás
Que el marques le ofrece mas,
Porque esta noche le espere
A la puerta de doña Ana,
Que á deshora quiere hablarle;
Y el secreto has de encargarle.
Enc. No será tu industria vana
Por mi parte.
D. Diego. Bien de tí
Sé lo que puedo fiar:
Yo quiero, por no causar
Sospechas, irme de aquí,
Pues no me han visto. (*Vase.*)
Da. Ana. Bien sé
Que á doña Ines de Aragon
Servis ya.
Marq. Y en su aficion
Vive contenta mi fe:
Mas con todo, si pudiera,
Os dejára mas gustosa.
Da. Ana. Nunca os pediré otra cosa,
Pues he errado la primera.
Marq. ¿Qué decis? Perdon os pido,
Y que os quejeis de esa suerte,
Si en mí pudiere la muerte
Lo que vos no habeis podido.

ESCENA XII.

DOÑA ANA, INES Y ENCINAS.

Da. Ana. ¡Terrible rigor!
Enc. Ines,
Quédate con Dios.
Ines. ¿Aquí
Estabas, Encinas?
Enc. Sí,
Que vine con el marques.
Ines. ¿Pues qué, le sirves?
Enc. Y soy
Quien priva mas en su pecho.
Da. Ana. Dime, Encinas, ¿qué se ha
Don Fernando de Godoy? [hecho
(*Se asoma Encinas al vestuario.*)
Enc. Qué, ¿me llama el marques? Sí,

Ya voy : ¡qué presto me echó
Menos ! Juráralo yo;
No vive un punto sin mí.
Perdonad, hasta otro dia. (*Vase.*)
Da. Ana. Buen gusto tiene el marques.
Ines. Siempre con señores es
Feliz la bufonería.

ESCENA XIII.

Salon de palacio.

DON PEDRO Y LUEGO EL MARQUES.

D. Pedro. ¿Negocio tiene conmigo,
Cuando le da la aficion
De doña Ines de Aragon
En mí un oculto enemigo?
Él la sirve, y yo en secreto
La gozo, y he de callar,
No se venga á sospechar
El delito que cometo.
¡Gran tormento! Mas él viene.
Marq. ¿Señor don Pedro?
D. Pedro. En cuidado,
Señor marques, un recado
De parte vuestra me tiene:
¿Hay en qué os sirva?
Marq. Creed
Que pago vuestra amistad,
Y sé con la voluntad
Que en todo me haceis merced.
Hoy ha llegado un correo
(Ya lo sabreis) de Granada
De la muerte desdichada
De don Miguel Carabeo,
Nuestro general valiente;
Y al punto para ocupar
Tan importante lugar
Hallé que era conveniente
Vuestra persona; mirad
Si os disponeis á aceptarlo,
Porque quiero consultarlo
Luego con su magestad.
Con este piadoso medio *ap.*
Quiero dilatar su muerte;
Porque entre tanto la suerte
Le disponga otro remedio.
D. Pedro. Darme lo que yo no pido, *ap.*
No teniéndole obligado,
Cuando sé que á nadie han dado
Cargo que no haya pedido,
No es por bien. ¿Qué fin tendrá
En ausentarme el marques?
Zelos no de doña Ines,
Que oculto mi amor está;
Mi poder y su mudanza
Teme sin duda: alejarme
Quiere del rey, por cortarme
El hilo de mi privanza.
Conozco la obligacion,
Marques, en que me poneis;
Mas advertid que dareis
De quejas justa ocasion,
Dándome lo que podrán
Pretender mil caballeros,
Cuyos valientes aceros
Terror á los moros dan.
Yo vivo alegre en mi estado,
Ni mas grande ni mas rico
Quiero ser; y así os suplico
Me tengais por escusado.
Marq. ¡Triste de vos, que os perdeis! *ap.*
Esto al servicio conviene
Del rey.
D. Pedro. Sin número tiene
Soldados, en quien podeis,
Tambien como en mí, el baston
Emplear.
Marq. ¿Decid en quién?
D. Pedro. En el señor de Bailen.
Marq. Parte á servir á Aragon.
D. Pedro. En don Sancho Marmolejo.
Marq. Lleva á Francia la embajada.
D. Pedro. En don Francisco de Estrada.
Marq. Está enfermo, y es muy viejo.
D. Pedro. En don Fernando Manrique.
Marq. Ocupaciones forzosas
Son las suyas en las cosas
Del infante don Enrique.
Yo en fin lo he mirado bien:
No me arguyais, aceptad
El cargo y mi voluntad;
Y advertid que os está bien.
D. Pedro. Mas parece que os conviene
A vos, segun me apretais.
Marq. En eso no os engañais;
Que quien es mi amigo, tiene,
Don Pedro, en mi corazon
Tanta parte, que deseo
Como propio lo que veo
Que ha de aumentar su opinion.
D. Pedro. Yo agradezco la amistad;
Pero os advierto, marques,
Que para mí no lo es.
Marq. ¡Oh, quién pudiera!... Mirad
Que os aconsejo.
D. Pedro. No hableis
Misterioso. En su porfía *ap.*
Crece la sospecha mia;
Y para que no os canseis,
Por último desengaño
Digo que estoy satisfecho
De que trazais mi provecho;
Pero yo quiero mi daño.
Marq. Cuanto resiste obstinado, *ap.*
Tanto piadoso deseo

Remediarle, porque veo
Que yerra de enamorado.
D. Pedro. ¿Mandais otra cosa?
Marq. En esto
Pido solo que os mireis;
Y á Dios.
D. Pedro. Pues vos me quereis *ap.*
Quitar del dichoso puesto
En que con el rey estoy,
Yo del vuestro os quitaré.
Marq. De la muerte os libraré, *ap.*
O no seré yo quien soy.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON DIEGO Y ENCINAS, DE NOCHE, Y DESPUES UN ESCUDERO.

D. Diego. Solo aquel que tu hidalgo nacimiento,
Tu fuerte corazon, tu entendimiento,
Y honrado proceder como yo sabe,
Confiára de tí caso tan grave. [ga.
Enc. Tu confianza á mucho mas me obli-
D. Diego. Permita amor que mi intencion consiga.
Enc. Estará puntual el escudero:
¡Qué gran negociador es el dinero!
Cercáronme al partir de los doblones,
Como á la flor la banda de abejones:
Con cada escudo que á cualquiera daba,
Un ojo á los demas se les saltaba;
Mas este, á quien dí parte de tu intento,
Ni ví miron de pintas mas atento:
Veré si aguarda.
D. Diego. Ayuda, noche oscura, *ap.*
A quien vengarse de un desden procura;
Pues doña Ana al marques adora, intento,
Fingiendo serlo, entrar en su aposento,
Donde, lo que no amor, me dé el engaño:
Loco estoy, remediar quiero mi daño;
Y á quien le pareciere esceso grave,
No me condene, si de amor no sabe.
Enc. Pues sabeis su poder y su privanza,
Tened de grandes premios confianza;
Mas sabedle obligar.
Esc. ¿Cómo? la vida
En servirle daré por bien perdida;
Porque de liberal y agradecido
Tiene el nombre, que nadie ha merecido.
Enc. Llegad.
Esc. ¿Es el marques?
Enc. Sí.
Esc. Señor mio,
¿Qué me quereis mandar?
D. Diego. De vos me fio;
Y vos fiad de mí.
Esc. Dejad rodeos,
Y probad en mis obras mis deseos.
D. Diego. ¿Doña Ana está acostada?
Esc. Y recogidos
Todos en casa ya.
D. Diego. Sin ser sentidos
Los dos hemos de entrar en su aposento.
Esc. ¿Qué pretendeis?
D. Diego. Sin preguntar mi intento
Lo haced, para obligarme de este modo;
Que mi poder os sacará de todo.
Enc. Por él lo haceis, y él mismo os asegu-
No repliqueis, que os busca la ventura. [ra:
Esc. Yo temo.
Enc. (*A don Diego.*) El carro gruñe, im-
Untarlo. [portaria
D. Diego. Hoy repartí cuanto tenia.
¿Tienes dinero tú?
Enc. No tengas pena;
Suplir puede la falta esta cadena,
Que me dió un amo, á quien servi primero.

(*Dale la cadena á don Diego, y este al escudero.*)

D. Diego. Pagaros parte de mi deuda
Tomad. [quiero:
Esc. ¿A quién no vencereis? Callando
Venid.
D. Diego. Las luces mataré en entrando.
Enc. Dios nos saque con bien. [*ap.*
D. Diego. Si los criados
Viéredes por ventura alborotados,
Y quisieren entrar, vos en mi nombre
Los detened, y amenazad.
Esc. No hay hombre
En esta casa que por vos no muera.
Enc. ¡Qué engañado se hallára quien lo hiciera!

ESCENA II.

Salon de palacio.

EL REY Y EL MARQUES.

Marq. No puede en esta ocasion
Ocupar persona alguna
Como don Pedro de Luna
De general el baston;
Que vistos y examinados
Los demas, en quien podeis
Emplearle, los teneis,
Donde importan, ocupados;
Y la valerosa espada
De don Pedro; solamente,

Basta á ceñiros la frente
Con el laurel de Granada.
Rey. ¿Las órdenes que yo os doy
Ejecutais de esa suerte?
Marq. Dispuesto á darle la muerte,
Como habeis mandado, estoy;
Mas por la nueva ocasion
Os le consulto de nuevo.
Rey. Marques, la piedad apruebo,
Condeno la remision.
Marq. Vos mandais que con secreto
Le mate, y bien podeis ver
Que no es fácil disponer
Con brevedad el efeto;
Y así, en mí la dilacion
No nace de resistencia,
Mas de buscar con prudencia
El tiempo á la ejecucion:
Fuera de que, bien mirado,
Alguna vez el rigor
De la justicia, señor,
Cede á la razon de estado.
Rey. Es así.
Marq. Pues siendo así,
¿Dónde podrá la razon
Derogar la ejecucion
De la ley mejor que aquí?
Con justa causa lo infiero,
Porque no es mas conveniente
Castigar un delincuente,
Que ganar un reino entero;
Demas de que no os privais
Así de cumplir con todo,
Que el castigo de este modo
Diferis, no perdonais;
Y pues que con ausentarle,
El delinquir cesará,
Allá aprovecha, y acá
No daña el no castigarle.
Rey. Tiene en mí tanto valor
Ver en vos esa amistad,
Que se da á vuestra piedad
Por vencido mi rigor.
Vaya don Pedro á Granada,
Goce el honroso baston
Mas por vuestra intercesion,
Que por su valiente espada.
Marq. Es el mas alto favor
Que de vuestra magestad
Recibí jamas.
Rey. Alzad,
Mi mayordomo mayor.
Marq. Hechura soy vuestra.
Rey. Quiero
Teneros siempre á mi lado,
Que pues el mundo me ha dado
Renombre de justiciero,
Por merecerle mejor,
Sin que el esceso me dañe,
Es bien que en todo acompañe
Vuestra piedad mi rigor.

ESCENA III.

DICHOS Y DON PEDRO.

D. Pedro. En estando solo el rey *ap.*
Le daré del caso cuenta;
Que pues derribarme intenta,
La defensa es justa ley.
Marq. Don Pedro viene.
D. Pedro. Los piés
Me dé vuestra magestad.
Rey. Mi general, levantad.
D. Pedro. ¡Qué clara muestra el mar-
Su envidiosa emulacion! [ques *ap.*
Rey. Luego os partid á Granada,
Que importa allí vuestra espada.
D. Pedro. Tomada resolucion, *ap.*
No hay replicar; mas cordura
Es mostrarme agradecido.
De nuevo los piés os pido,
Donde hallé tanta ventura.
(*Dentro.*) Detente, muger; aguarda.

ESCENA IV.

DICHOS Y DOÑA ANA CON MANTO.

Da. Ana. Los oidos y las puertas
Ha de tener siempre abiertas
Un rey, que justicia guarda.
Rey poderoso y sabio,
Recto, noble, católico, y prudente,
Castigo del agravio,
De la virtud amparador valiente,
A quien, por ser tan justo y tan severo,
Propios y estraños llaman justiciero;
Yo soy, señor invicto,
Doña Ana de Leon, que los blasones
De mi estirpe acredito,
Con montañesas bandas, y leones;
De aquel árbol soy rama; siempre en ellas
Fulminaron desdichas las estrellas.
Don Fernando de Castro,
Asombro de las huestes otomanas,
Que á piras de alabastro
Da presuncion con sus cenizas vanas,
Me dió el ser y la dicha, que importuna
Mira al merecimiento la fortuna.
Su fin arrebatado
Me dejó solo en orfandad funesta
Para elegir estado,
No la prudencia, sí la edad dispuesta;
Y así mi juventud poco entendida
Pasaba en muda confusion la vida,
Cuando no sé qué signo,
Qué adversa estrella, qué planeta airado

Para mi mal previno,
Que el marques don Fadrique, ese, que al
Vuestro es atlante de esta monarquía, [lado
Me fuese á visitar á instancia mia.
Para un intento ageno
Le llamé, bien lo sabe. ¡Quién creyera
Que allí el mortal veneno
De mi opinion y honestidad bebiera!
Bien dicen que la suerte está constante
En tablas esculpida de diamante.
Despidióse, encubriendo
Su aleve intento, y ya determinado,
Para el delito horrendo
Se encomendó á la industria de un criado;
Y por su astuta mano, de los mios
Con dones conquistó los albedrios.
¿Cómo es posible, cómo,
Cuando ostentais la rigorosa espada,
Desde la punta al pomo
De incesable suplicio ensangrentada,
Que incurra en mas culpable atrevimiento
Quien mas de cerca mira el escarmiento?
Las cumbres ya del polo
Pisaba de traicion la negra autora,
Y yo en mi lecho solo
Los rayos aguardaba de la aurora,
Bañándome las urnas de Morfeo
En las dulces corrientes del Leteo,
Cuando el marques tirano
Mis castas puertas abre, poco fuertes
A su pródiga mano,
Que esparce dones, y amenaza muertes
A la familia vil, mientras al dueño
Vuestra justicia aseguraba el sueño.
Oculto de mi fama
El robador en la tiniebla oscura,
Llegó á mi honesta cama.
¡Ojalá fuera triste sepultura,
Y publicára la inscripcion sangrienta
Al mundo antes mi fin, que yo mi afrenta!
De sus brazos apenas
Sentí el inusitado atrevimiento,
Cuando con voces llenas
De confusion, temor, duda y tormento,
Pido favor, pregunto quién me ofende:
Nadie responde, nadie me defiende.
Solo el marques aleve,
En baja voz, que al fin, como traidora,
Tímido aliento mueve:
El marques don Fadrique soy, señora,
Dijo; y porque á defensas me apercibo,
Fuerzas aplica á su furor lascivo.
Yo á su apetito ciego
Culpo humilde, registro valerosa,
Enternecida ruego,
Amenazo cruel, lloro amorosa,
Vuestro rigor le traigo á la memoria,
Ultima apelacion de mi victoria.
Ni amenazas, ni quejas,
Ni ruegos penetraron solo un grado
Por las sordas orejas
Al pecho en sus intentos obstinado,
Antes daba á su indómita violencia
Mas insano furor mi resistencia.
Al fin, su fuerza mucha,
Débil mi cuerpo, mi defensa poca,
En la prolija lucha,
Al pecho aliento, y voces á la boca
Negaron; lo demas, si es bien contarlo,
La vergüenza lo dice con callarlo.
Luego el traidor Tarquino
Me dejó en cambio la tiniebla oscura;
Yo, con el desatino
De tan incomparable desventura,
A tener al ladron tiendo los brazos,
Y á vanas sombras doy vanos abrazos.
Así quedé llorando
Sin mi culpa el ageno desvarío,
La suerte blasfemando,
Que á un tirano poder sujetó el mio;
Solo ya el pensamiento en mi venganza,
Fundo en vuestra justicia la esperanza.
Justicia, rey, justicia;
Muestre tanto mas vivos sus enojos,
Cuanto es mas la malicia
Del que sus aras ofendió á sus ojos;
Pues vibra Jove el rayo vengativo,
Mas ardiente al peñasco mas altivo.
Pruebe el desnudo acero
Este que al cielo se atrevió gigante;
Y el nombre justiciero,
Que en el delito despreció arrogante,
Ya que no fué bastante á refrenarlo,
Baste para vengarme, y castigarlo.
Marq. Por el sagrado laurel
Que os ciñe la frente altiva,
Así coronada viva
Infinitos años de él,
Que es engaño y falsedad
Cuanto ha dicho.
Da. Ana. ¿Podrá ser,
Gran señor, que su poder
Oscurezca mi verdad?
Rey. No, doña Ana; mi corona
Fundo en tener la malicia
Refrenada. En mi justicia
No hay escepcion de persona.
¡Ha de mi guardia!
Marq. Creed,
Gran señor...
Rey. Marques, callad.
En juicio, vos le acusad;
Vos en juicio os defended.

(*Salen guardas.*)

Guardas. ¿Qué mandais?

Rey. Vaya el marques
Preso al cuarto de la torre.
D. Pedro. La fortuna me socorre; *ap.*
Moved, venganza, los piés,
La ocasion tengo en la mano
Para acumularle ahora,
Que él por los zelos de Flora
Hizo matar á su hermano.
Marq. ¿Cómo, doña Ana, ha cabido
Tan gran traicion en tu pecho?
Da. Ana. ¿Cómo á negar lo que has hecho,
Tirano, te has atrevido?
Marq. Ella está loca.
Da. Ana. Él se fia
En su poder.
Marq. Brevemente
Haré mi verdad patente.
Da. Ana. Y yo probaré la mia.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

ENCINAS DE DONADO FRANCISCO, CON ANTEOJOS, Y DON DIEGO.

Enc. ¿Voy bueno?
D. Diego. Encinas, advierte
Si es tu deuda conocida;
Pues cuando puedo mi vida
Asegurar con tu muerte,
Tanto de tu pecho fio,
Que dejo en esta ocasion
En tu lengua mi opinion,
Y mi vida en tu albedrío.
Enc. De hidalgos padres nací
En Córdoba, tú lo sabes,
Y que de mil casos graves
Honrosamente salí.
Fuera de que te asegura
Este disfraz, y mi ausencia.
Si á tan dura contingencia
Viniese mi desventura,
Que me prendiesen, de mí
Puedes fiar que primero
Mi pecho al verdugo fiero
Diera mil almas, que un sí.
D. Diego. La vida á entrambos nos va.
Enc. Gran yerro, por Dios, hiciste.
¿Cómo, di, no preveniste
Lo que sucediendo está?
D. Diego. No pensé que resistiera
Doña Ana, cuando emprendí
El engaño; antes creí
Que alegre tálamo diera
Al marques. Víme en sus brazos,
Toqué marfiles bruñidos,
Gusté labios defendidos,
Y gocé esquivos abrazos;
Creció el apetito, el fuego,
El furor: lo mismo hiciera
Si la espada al cuello viera,
O el amor no fuera ciego.
Enc. Él fué bocado costoso:
Mas paciencia, y al reparo;
Que Adan lo comió mas caro,
Y á la fe menos gustoso.
D. Diego. Tú, mi hermana y yo no mas,
Sabemos que me has servido;
Con que vivas escondido,
Estoy seguro y lo estás.
Enc. Eso importa, y la mancilla
Caiga en el pobre marques.
D. Diego. Poderoso, Encinas, es,
Y saldrá al fin á la orilla.
Enc. Y la verdad le valdrá.
D. Diego. Y á nosotros la prudencia,
La industria y la diligencia.
Enc. A Dios, que de esta se va
Fray Bartolo; hasta la vuelta
Me arroja tu bendicion:
Mas escucha ese pregon;
Que anda la corte revuelta.

(*Pregonan dentro.*)

« El rey, nuestro señor, promete dos mil
« ducados á quien entregare preso á Juan
« de Encinas, natural de Córdoba; y á él
« mismo si se presentare con perdon de to-
« dos sus delitos; y manda que nadie le
« ampare ni encubra, pena de la vida.
« Mándase pregonar porque, etc. »

Enc. ¿Qué dices del pregoncete,
Y de los dos mil?
D. Diego. De prisa
Debe de andar la pesquisa:
Encinas, amigo, vete.
Enc. ¡Dos mil ducados, y verme
Seguro de esta afliccion!
Por Dios que es gran tentacion:
Muy cerca está de vencerme.
D. Diego. ¿Qué es lo que dices?
Enc. Si puedo
Pescar esta cantidad,
Y vivir con libertad,
¿Quién me mete en tener miedo,
Andar retirado y solo,
Fugitivo, alborotado,
Bandido y sobresaltado,
Hecho el hermano Bartolo?
Señor, perdona; allá va

(*Hace que se desnuda.*)

Tu disfraz y tu dinero.
D. Diego. ¿Estás loco? Tente.
Enc. Quiero,
Pues Dios su mano me da,

Verme libre de pobreza
Y justicia.
D. Diego. ¿Esta es lealtad?
¿Esta es ley?
Enc. La caridad,
Señor, de sí misma empieza.
D. Diego. Yo te daré mucho mas
De mi hacienda.
Enc. ¿Y el perdon
De mi culpa?
D. Diego. ¿Del pregon
Te fias?
Enc. Pues qué, ¿dirás
Que es engaño?
D. Diego. Sí.
Enc. En los reyes
La palabra es ley.
D. Diego. No hay ley,
Encinas, que obligue al rey;
Porque es autor de las leyes.
Enc. Cuando en público se obliga,
Empeña su autoridad.

(*Hace que se desnuda.*)

Resuelto estoy; libertad,
Libertad.
D. Diego. ¡Suerte enemiga,
Mirad de quien me he fiado!
¡Muera yo, pues que indiscreto
Quise fiar mi secreto!
Enc. Lindamente la has tragado.
D. Diego. ¿Qué dices?
Enc. Tu confianza
Probé con este picon.
D. Diego. Muy pesadas burlas son;
Pero nunca tu mudanza
Creí del todo.
Enc. Señor,
Tienen los pobres criados
Opinion de interesados,
De poco peso y valor.
Pese á quien lo piensa: ¿andamos
De cabeza los sirvientes?
¿Tienen armas diferentes
En especie nuestros amos?
¿Muchos criados no han sido
Tan nobles como sus dueños?
El ser grandes ó pequeños,
El servir ó ser servido
En mas ó menos riqueza,
Consiste sin duda alguna,
Y es distancia de fortuna,
Que no de naturaleza.
Por esto me cansa el ver
En la comedia afrentados
Siempre á los pobres criados,
Siempre huir, siempre temer;
Y por Dios que ha visto Encinas
En mas de cuatro ocasiones
Muchos criados leones,
Y muchos amos gallinas.
D. Diego. Bien dices: vete con Dios,
Y mas peligro no esperes. (*Vase.*)
Enc. A Dios, que donde murieres
Hemos de morir los dos.
Hoy han de ser restaurados
En su opinion por mi fe
Los que sirven; hoy seré
Un Pelayo de criados.

ESCENA VI.

ENCINAS, INES CON MANTO, Y DON FERNANDO.

Ines. Oye, hermano.
Enc. Pese á mí, *ap.*
Ines y Fernando son.
Ines. Tenga.
D. Fern. Escuche: ¿qué pregon
Es el que se ha dado aquí?
Que importa saberlo.
Ines. Él es
Sordo ó tonto.
Enc. ¡Que haya sido *ap.*
Tan desdichado! Perdido
Soy, si me conoce Ines.
D. Fern. El cielo en él retrató *ap.*
A Encinas.
Enc. Aquesto es hecho.
Ines. Otra vez, segun sospecho, *ap.*
Esta cara he visto yo.
Enc. Acabóse: el mismo diablo *ap.*
Los trajo aquí. De este modo

(*Hácese cruces.*)

Me escaparé, que del todo
Me han de conocer si hablo.

ESCENA VII.

INES Y DON FERNANDO.

D. Fern. Tenga.
Ines. Aguarde.
D. Fern. Tentacion
Debes de darle sin duda,
Pues hace la lengua muda
Cruces en el corazon.
Ines. ¿Yo tentacion?
D. Fern. Juraria
Que era Encinas.
Ines. Yo tambien.
D. Fern. Mas á serlo, yo sé bien
Que no se me encubriria.
Ines. Otro nos informará.
D. Fern. Prosigue.
Ines. Hanle acumulado
A la fuerza, que ha mandado

Matar su hermano; y está
Probado que ya escondió
Él mismo al fiero homicida:
Y aun dicen mas, que la vida
Al matador le quitó
Para encubrirlo.
D. Fern. ¡Qué engaño!
Ines. Apretado está el marques.
Don Pedro de Luna es
Quien le ha hecho todo el daño,
Por ser su competidor
En privanza.
D. Fern. ¿No fué ya
A Granada?
Ines. Ya estará
Dando á los moros temor.
D. Fern. ¡Qué notables estrañezas
Me cuentas!
Ines. ¿Dónde has estado
Que esto ignoras?
D. Fern. Retirado
Me han tenido mis tristezas.
Ines. Si las ha causado Flor,
Muda intento, por tu vida;
Que el marques, aunque la olvida,
Es quien la abrasa de amor.
D. Fern. Hasta ahora pensé yo
Que era su hermano el amante
De Flora.
Ines. Causa bastante
Su muerte á ese yerro dió:
Y á Dios, que el tiempo no es mio,
Con las desdichas que ves.
D. Fern. Lo que en mí has tenido, Ines,
Tendrás siempre.
Ines. Así lo fio.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO.

¿Qué hemos de hacer, corazon,
En un tan confuso estado?
El que la vida me ha dado,
Por mi culpa está en prision.
A Flora perdí por él;
¿Mas él en qué me ofendió,
Si mi aficion ignoró?
Palabra de amigo fiel
Le dí, y me dió, y ha cumplido
Él la suya; pues mi vida
Será primero perdida,
Que yo en amistad vencido.

ESCENA IX.

Salon de palacio.

EL REY Y EL SECRETARIO.

Rey. Esto es justicia.
Sec. Señor,
¿Por indicios solamente
Ha de morir un pariente
Vuestro, de tanto valor?
Rey. No os dé necia confianza
Ser sus delitos dudosos;
Que contra los poderosos
Los indicios son probanza.
Contra el marques, ¿qué testigo
Quereis vos que se declare,
Sin que el temor le repare
De tan valiente enemigo?
Fuera de que muchos son
Los indicios, y vehementes;
Y estos dos son accidentes,
Que hacen plena informacion.
Pruébase que el mismo dia
A doña Ana visitó,
Que á su gente repartió
Dineros cuando salia.
La cadena, que al criado
A abrir obligó la puerta,
Era suya, cosa es cierta;
Tres testigos lo han jurado.
Demas de esto, le condena
La pública voz y fama,
Tirano el vulgo le llama,
Y á voces pide su pena;
Que por mas justo que sea,
Siempre aborrece al privado,
Y como ocasion ha hallado,
Hace ley lo que desea.
Juzgad ahora, si quiero,
Con razon y causa urgente,
Castigar un delincuente,
Y quietar un reino entero.
Para aclarar la verdad *ap.*
Conviene tanto rigor,
Y hoy la esperiencia mayor
Tengo de hacer. Escuchad.

(*Habla al oido al secretario, y vase este.*)

ESCENA X.

EL REY, Y DON PEDRO, CON BANDERAS MORISCAS ARRASTRANDO A SON DE CAJAS.

D. Pedro. Vuestra magestad me dé
Sus piés.
Rey. Don Pedro de Luna,
¿Qué es esto?
D. Pedro. Que hoy la fortuna
Africana os besa el pié.
Supo el moro de Granada
La muerte del general
Don Miguel; mas por su mal
Se le encubrió mi llegada
Al campo, que sin cabeza

Juzgó engañado; embistió
Animoso, mas venció
Brevemente vuestra alteza.
Vuestra es Granada y su tierra;
Y así yo á serviros vengo
En la paz, porque no tengo
Que hacer ahora en la guerra.
Rey. Servicio tan escesivo
En estremo me ha obligado,
Y así con igual cuidado
A premiaros me apercibo;
Y por justo galardon
De la victoria que gano
Hoy por vos, os doy la mano
De doña Ines de Aragon.
D. Pedro. Es el premio sin medida.
Rey. Lo que en dote quiero daros,
No menos ha de alegraros.
D. Pedro. Ya lo espero.
Rey. Es vuestra vida.
D. Pedro. ¡Mi vida! ¿cómo, señor?
Rey. Id al marques don Fadrique,
Y decidle que os esplique
Su piedad, y vuestro error.
D. Pedro. ¿Vos no podeis declararlo?
Rey. Tanto á castigar me incito,
Que sé, si nombro el delito,
Que no podré perdonarlo.
D. Pedro. El marques no lo dirá,
Si fué entre los dos secreto,
Sin un firmado decreto.
Rey. Este sello lo será;

(*Dale una sortija.*)

Y hoy conocereis la fe
De quien habeis perseguido.
D. Pedro. El rey sin duda ha sabido *ap.*
Que el palacio quebranté.

ESCENA XI.

Sala en casa de doña Flor.

DON FERNANDO Y DOÑA FLOR.

D. Fern. Yo sé, hermosa doña Flor,
Que al marques tu pecho adora;
No vengo á quejarme ahora
De tu mudanza y su amor;
Que la desesperacion
Ha dado muerte al cuidado.
Da. Flor. Nunca mas rayos ha dado
De su luz tu discrecion.
D. Fern. Solo vengo á que me des
Relajacion del secreto
Que te ofrecí, y te prometo
Darte libre á tu marques.
Da. Flor. Pues cuando puedas librarle
De la muerte de su hermano,
Que le imputan, ¿no está llano
Que es imposible escusarle
La que espera, condenado
A ella ya por el esceso
De la fuerza?
D. Fern. Flor, en eso
Deja el cargo á mi cuidado.
Da. Flor. Si la libertad así
Ha de conseguir, supuesto
Que nunca al favor honesto
Cuando te quise escedí;
Y que solo te encargué
Que el amor nuestro callases,
Porque al marques no estorbases,
Que la mano que esperé
Me diese, y ya lo ha sabido;
No hay en ello que perder:
Y así, puedes ya romper
El secreto prometido.
D. Fern. Yo acepto la permision;
Que hoy pienso al mundo mostrar
De qué modo han de pagar
Los nobles obligacion.
Da. Flor. Bien ves si cumplo la mia,
Pues que pudiendo librallo
Con hablar, padezco y callo
Por la que yo te tenia:
Líbrale, y me pagarás
Lo que me debes en esto. (*Vase.*)
D. Fern. De agradecido, muy presto
La prueba mayor verás.

ESCENA XII.

DON FERNANDO Y DON DIEGO.

D. Diego. ¡Encinas preso! Yo soy *ap.*
Perdido; confesará
Sin duda... Mas aquí está
Don Fernando de Godoy.
D. Fern. Con diligencia os buscaba,
Señor don Diego.
D. Diego. ¿Hay en qué
Os sirva?
D. Fern. Oid, y os diré
La ocasion que me obligaba.
Vos no debeis ignorar
Del marques el triste estado.
D. Diego. No.
D. Fern. Pues la vida me ha dado,
Y la vida le he de dar.
D. Diego. Es justa correspondencia;
¿Pero yo qué parte soy
En esto?
D. Fern. Informado estoy,
Que el revocar la sentencia
Que á muerte le ha condenado
Por la fuerza, está no mas
De en probarse que jamas

Encinas fué su criado.
A mí me consta que el dia
Que el delito sucedió,
A que Encinas ayudó,
A vos, don Diego, os servia;
Y me consta que habeis sido
Ciego amante de doña Ana;
Y así es conjetura llana
Que vos lo habeis cometido.
D. Diego. Quien dijere...
D. Fern. Detened
El arrojado furor,
Y para prueba mayor
De lo que digo, sabed
Que yo por mis ojos ví
Hablar á vuestro criado
En hábito disfrazado
Con vos mismo; y aunque allí
Con el disfraz me engañó,
Porque no estaba advertido
Del caso, haberlo sabido,
Del engaño me sacó.
Mirad lo que habeis de hacer,
Sin fiaros del secreto:
Porque el marques en efeto
Por vos no ha de padecer;
Y mas cuando ya ocultar
No es posible vuestro esceso,
Pues está ya Encinas preso,
Y al fin lo ha de confesar.
D. Diego. ¿Qué he de hacer? La culpa es grave, *ap.*
Noble y muger la ofendida,
Justiciero el rey... Perdida
Miro esta mísera nave
Entre fieras tempestades,
É inevitables bajíos.
¡O terribles desvaríos
De amorosas ceguedades!
D. Fern. Don Diego, ¿qué os deteneis
En discursos sin provecho?
Disponed el noble pecho,
Que tan sin remedio veis,
Haciendo en esta ocasion
Virtud la necesidad,
A una bizarra piedad,
Que os dé inmortal opinion.
D. Diego. ¿Cómo?
D. Fern. Si os sentís culpado,
Pues encubrirlo quereis
En vano, cuando sabeis
Que han preso á vuestro criado;
Antes que él venga, haced vos
Lo que yo, y en las historias
Borrarémos las memorias
De agena fama los dos.
D. Diego. ¿Que lo que vos haga?
D. Fern. Sí.
D. Diego. Empezadlo á disponer;
Que vos, ¿qué podeis hacer,
Que no me esté bien á mí?
D. Fern. Pues venid conmigo.
D. Diego. Voy.
La fuerza haré voluntad. *ap.*
D. Fern. De agradecida amistad
Claro ejemplo al mundo soy.

ESCENA XIII.

El Rey, y un Secretario a una ventana, que da a la prision.

Sec. Don Pedro entró á visitar
Ahora al marques, señor.
Rey. De este oculto mirador
A los dos quiero escuchar:
Vos haced lo que ordené.
Sec. Voy al punto. (*Vase.*)
Rey. La esperiencia
De la culpa ó la inocencia
Del marques con esto haré.

ESCENA XIV.

El Marques y don Pedro.

Marq. Pues el sello me enseñais
De su alteza, su decreto
Obedezco, y el secreto
Os diré, que preguntais.
Supo el rey, que desleal,
Don Pedro, en la noche oscura
Quebrantasteis la clausura
De su palacio real;
Y por causas que advirtió,
(Estas no pienso decirle, *ap.*
Que no es justo descubrirle,
Que su magestad temió)
Determinó su rigor
Daros la muerte en secreto;
Y así, cometió el efeto
De su intento á mi valor:
Mas yo, vuestro firme amigo,
Piadoso empecé á trazar
Medios para dilatar,
Hasta evitar el castigo.
Dios, que ayuda liberal
La bien fundada intencion,
Quiso entonces que el baston
Vacase de general,
Porque mi amistad fiel,
Venciendo la voluntad
Vuestra, y de su magestad,
Os diese la vida en él.
D. Pedro. Basta, no querais que el pecho
Me rompa el dolor estraño,
Antes que remedie el daño
Que sin razon os he hecho.

Marques, quitadme la vida,
Que engañada os ha ofendido,
Y como víbora ha sido
De quien se la da, homicida:
Perdonadme, ejemplo raro
De valor y de piedad,
Símbolo de la amistad,
De nobleza espejo claro:
Gloria del nombre español,
Perdonadme; que pensando
Que vuestro pecho, envidiando
Verme tan cerca del sol,
Gozar de los rayos bellos
De su favor y privanza,
Maquinaba mi mudanza,
Cuando me apartaba de ellos,
Os he perseguido: tal
Es de la envidia el rigor,
Que de ella aun solo el temor
Es bastante á tanto mal.

ESCENA XV.

DICHOS Y DON FERNANDO, DON DIEGO Y DOÑA FLOR CON MANTO.

D. Fern. Esperad; que hablando están
Él y don Pedro de Luna.
D. Pedro. Mas ni tiempo, ni fortuna
De vos, marques, triunfarán,
Si yo puedo. Condenado
Estais á muerte, severo
Rigor del rey justiciero:
Vos la vida me habeis dado,
A vos os debo el baston,
Y la alcanzada victoria,
Y por vos llego á la gloria
De doña Ines de Aragon:
La vida y la libertad
He de daros.
Marq. Para hacello,
¿Qué imaginais?
D. Pedro. Pues el sello
Tengo de su magestad,
Sacaros de la prision
Quiero con él, y quedar
Yo en ella; para mostrar
Que es amistad, no traicion,
Por quien cometer ordeno
Tal error contra su alteza.
Rey. Agradezco la fineza, *ap.*
Si la deslealtad condeno.
D. Pedro. ¿Qué decis?
Marq. Que ese ha de ser
Mayor daño de los dos;
Que si quedais preso vos,
Yo, don Pedro, ¿qué he de hacer
Sino á la misma prision
Volverme para libraros?
Pues de otra suerte pagaros
No podré esta obligacion.
Demas, que estoy confiado,
De que al fin ha de librarme
Mi inocencia; y ausentarme,
Es confesarme culpado.
D. Pedro. No es sino el golpe evitar,
Que tan cerca os amenaza.
Marq. Pues decidme vos; ¿qué traza
Del rey me puede librar?
¿No ha de volver á prenderme,
Y de esta culpa tendreis
La pena, sin que logreis
El fin de favorecerme?
D. Pedro. ¿Pues no hay, marques don Fadrique,
Otros reinos? Y está claro
Que alegre os dará su amparo
El infante don Enrique.
Marq. Don Pedro, no quiera el cielo,
Cuando está toda la tierra
Ardiendo en continua guerra,
Que vaya yo á dar recelo,
Y duda de mi lealtad,
Por huir cierto castigo,
Buscando en reino enemigo
De mi rey la libertad.
No; muy mal lo habeis mirado,
Que menor inconveniente
Será morir inocente,
Que vivir mal opinado.
Rey. ¡Gran valor! *ap.*
D. Pedro. ¿Qué hareis, supuesto
Que hoy, si el mal no se remedia,
Vuestra mísera tragedia
Verá el teatro funesto?
Marq. ¿Qué? Morir, si castigar
Sufre el cielo la inocencia.

ESCENA XVI.

DICHOS, EL SECRETARIO, Y DOÑA ANA CON MANTO.

Sec. Mostrad, marques, la paciencia,
Que el valor suele adornar;
Que al punto manda su alteza,
Que pues vuestra culpa es llana,
Le deis la mano á doña Ana,
Y al verdugo la cabeza.
Rey. Si resiste al casamiento, *ap.*
A vista ya de la muerte,
De su inocencia me advierte.
Marq. Morir sin casarme intento:
Llegue el verdugo inhumano
A ser mi fiero homicida;
Que al cielo debo la vida,
Mas no á doña Ana la mano.
Da. Ana. ¡Hay tal maldad!

Sec. Del suplicio
Ya los ministros aguardan.
Marq. ¿Pues, secretario, qué tardan?
Vamos; haced vuestro oficio.
D. Pedro. Aguardad.
D. Fern. No quiera Dios
Que padezca un inocente.
D. Diego. Muera solo el delincuente.
Sec. ¿Pues quién lo ha sido?
D. Fern. y D. Diego. Los dos.
D. Diego. Yo ciego, loco, abrasado,
Fuí, doña Ana, el robador
Oculto de vuestro honor:
Encinas fué mi criado,
No del marques; bien lo sabe
Don Fernando de Godoy,
Y Flora.
D. Fern. Testigo soy.
Da. Flor. Yo tambien.
D. Fern. Y porque acabe
Esta ciega confusion,
Yo á Encinas dí la cadena,
Por quien al marques condena
La vehemente presuncion;
Que el marques me la dió á mí
La noche que yo á su hermano
Maté, que fué tan humano,
Cuanto yo inhumano fui:
Pues no solo perdonó
La ofensa, pero piadoso,
Magnánimo y generoso,
Del peligro me sacó;
Y tal su valor ha sido,
Que el cuchillo ya presente,
Antes morir inocente
Que condenarme ha querido.
Tanto le debo, y así
Me acuso yo por pagarle,
Muriendo por él, y darle
La vida que él me dió á mí.
Yo maté á su hermano, yo;
Y la malicia ha mentido,
Cuando informar ha querido
De que el marques lo ordenó.
Yo le maté, culpa es mia;
Porque me quiso agraviar,
Echándome del lugar
Que en la ventana tenia
De doña Flor, á quien sigo
Tres años ha firmemente,
Si mal pagado; presente
Está solo á ser testigo:
Decidlo, Flor.
Da. Flor. Esta es
La verdad.
D. Fern. Pues confesamos,
Los dos culpados muramos,
Y no sin culpa el marques.
Sec. ¡Gran valor!
Rey. ¡Notable hazaña! *ap.*
D. Pedro. Libre estais, marques.
Marq. No estoy.
Ahora, don Pedro, soy,
Con fineza tan estraña,
Mas preso que antes lo era,
Del cuerpo y del alma ya;
Que es noble y antes dará
Mil vidas que consintiera
Que den la muerte á los dos,
Que por mí la vida ofrecen.
D. Pedro. Ellos con razon padecen,
Y estais inocente vos.
Marq. Yo, don Pedro, solo veo
Que por mí se han ofrecido;
Esta deuda he conocido
Y esta pagarles deseo.
D. Fern. Los dos somos los culpados.
D. Diego. El que delinquió padezca.
Rey. De mi justicia amanezca
El sol entre estos nublados.

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS EL REY.

Da. Flor. ¡Qué pena!
Da. Ana. ¡Qué confusion!
D. Fern. Señor secretario, dad
Noticia á su magestad
De esta nueva dilacion,
Y él en todo ordenará
Lo que importe.
Marq. Deteneos.
Sec. Señor marques, resolveos,
Qne se pasa el plazo ya,
Que para la ejecucion
Señaló su magestad.
D. Pedro. Yo voy á hablarle.

ESCENA XVIII.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Aguardad.
Sec. El rey.
D. Pedro. Haced relacion,
Secretario, de este caso.
Rey. A todo he estado presente.
D. Pedro. Sol de España, cuyo oriente
No teme el oscuro ocaso,
Vuestra grandeza mostrad;
O en el público teatro
Dad la muerte á todos cuatro,
O á todos los perdonad.
(*Dentro.*) Entrad.
Rey. ¿Qué es esto?

ESCENA XIX.

DICHOS, Y DOS GUARDAS CON ENCINAS EN HABITO DE DONADO.

Guarda. Este es
Juan de Encinas, el criado
Que prender habeis mandado
Por el caso del marques.
O está loco ó finge estallo;
Que desde que le prendimos,
Solo á cuanto le decimos,
Nos da por respuesta: Callo.
D. Diego. Yo estoy de tu lealtad,
Encinas, bien satisfecho:
Mas ya niegas sin provecho;
Decir puedes la verdad,
Supuesto que ya mi error
He confesado.
Enc. Con eso
Yo tambien, señor, confieso
Que es don Diego quien su honor
Le robó á doña Ana, y yo
Quien fingiendo ser criado
Del marques, por su mandado
Los de su casa engañó.
D. Fern. Di lo que sabes de Flor
Y de mí.
Enc. Su amante has sido
Tres años, y no ha tenido
Mas que esperanza tu amor.
D. Pedro. Así está ya la verdad
Bien clara; señor, pues ves
Las disculpas de los tres,
Muestra en ellos tu piedad.
Da. Flor. Perdona, amiga, á mi her-
Queda con honra y casada, [mano;
Y no sin ella, y vengada.
Da. Ana. Señor, dándome la mano
Don Diego, le doy perdon.
Marq. Yo de la muerte le doy
A don Fernando; pues soy
Parte formal de esta accion.
Rey. Caballeros valerosos,
De España gloria y honor,
En cuyos heróicos pechos
Cuatro espejos mira el sol,
De justiciero me precio;
No he de serlo menos hoy;
Justicia tengo de hacer,
Y premiar vuestro valor.
Al que es único en un arte,
Util á las gentes, dió
La ley, de cualquier delito,
Por una vez remision;
Que el derecho prevenido
Mas conveniente juzgó
Conservar el bien de muchos,
Que castigar un error.
De vosotros, pues, cualquiera
Es tan único en valor,
Que niega á los mismos ojos
Crédito la admiracion.
¿Pues cuál arte puede dar
A un reino fruto mayor,
Que el valor? Pues por los cuatro
Miro ya en mi sujecion
Las cuatro partes del mundo:
Luego bien pruebo que os doy
La libertad por derecho,
Y por justicia el perdon.
Marq. Dilate el cielo tu imperio.
D. Fern. Des á la envidia temor.
D. Pedro. Celebre el tiempo tu nombre.
D. Diego. Y la fama tu opinion.
Rey. Dad, pues, la mano de esposo,
Don Diego, á doña Ana, y vos
Escoged esposo, Flora;
Que la perdida opinion
Es justicia restauraros.
Da. Flor. El marques la causa dió
A que en mi fama tocase
El vulgo murmurador;
Que á quien con poder pretende,
Le juzga en la posesion:
Y así él es solo quien puede
Y debe ilustrar mi honor.
Marq. Por pagar así á don Diego,
Vuestro hermano, que ofreció
Su vida por darme vida:
Sin eso os la diera, Flor.
Enc. ¿Y á mí me alcanza la ley
De lo del arte y valor?
Rey. Por ser único en lealtad,
Perdon merece tu error.
Enc. Y pues solo por serviros
Se ha desvelado el autor;
Siendo nobles, por justicia
Os puede pedir perdon.

LAS PAREDES OYEN.

Lope de Vega trató este mismo argumento en su comedia *el Premio del bien hablar*; pero él hizo una comedia muy vulgar y Alarcon una obra escelente. Lope de Vega no se propuso un fin moral, y Alarcon nunca perdia de vista este grandioso y útil objeto: por eso de las comedias del primero solo queda en el ánimo una impresion muy pasagera, al paso que las del segundo se graban profundamente en la imaginacion.

Esta comedia puede servir de pareja á la de *la Verdad sospechosa*; en ella se ve un jóven lleno de buenas prendas, pero deslucidas todas con un solo defecto esencial, el de tener muy mala lengua. Alarcon es, de todos nuestros dramáticos antiguos, el que mejor comprendió la verdadera mision del poeta cómico. Para hacer resaltar mas el vicio de su protagonista, pone en contraste con el embustero don Garcia el noble carácter de don Beltran, con el maldiciente don Mendo el generoso y amable don Juan; en estos contrastes tan hábilmente manejados, dió Alarcon una prueba de su rara sagacidad. En toda esta obra manifiesta el autor su profundo conocimiento del corazon humano, y todo bien considerado, no nos parece inferior en nada esta comedia á la de *la Verdad sospechosa*, y sí muy superior á la del *Méchant*, que tantos elogios ha valido á Gresset, á pesar de que el carácter del protagonista no es en manera alguna propio de la comedia de costumbres.

Como muestra del bello estilo de Alarcon, permítasenos citar esta décima que pone en boca de doña Ana y en que tan perfectamente espresado se ve uno de aquellos íntimos misterios del corazon que solo puede tocar con acierto un pincel muy delicado:

No niego que desde el dia
Que defenderme le oí,
Tiene ya don Juan en mí
Mejor lugar que solia;
Porque el beneficio cria
Obligacion natural;
Y pues el rigor mortal
Aplacó ya mi desden,
Principio es de querer bien
El dejar de querer mal.

Todo esto es muy natural, muy sencillo, muy evidente; parece que esto lo diria cualquiera; — y sin embargo, por eso mismo nos parece á nosotros muy difícil decirlo bien.

Es admirable la respuesta de Lucrecia á don Mendo, cuando él, despreciado por doña Ana, le pide su mano.

Da. Lucrecia. Vos hablasteis, pretendiendo
A doña Ana, mal de mí.
D. Mendo. ¡Yo á doña Ana mal de tí!
Da. Luc. Las paredes oyen, Mendo.
Mas puesto que en vos es tal
La imprudencia que quereis
Ser mi esposo, cuando habeis
Hablado de mí tan mal,
Yo no pienso ser tan necia
Que esposa pretenda ser
De quien quiere por muger
A la misma que desprecia...

Despues de esta acerba ironía de doña Lucrecia, completa el autor la confusion y el castigo del maldiciente, poniendo en boca del conde esta severa leccion:

D. Mendo. ¡Todo lo pierdo!
¿Para qué quiero la vida?
Conde. Júzgala tambien perdida,
Si en hablar no eres mas cuerdo!

Aquí se ve que la indignacion eleva al poeta á la terrible dignidad de la tragedia; pero esto, lejos de ser un defecto, es una prueba mas del gran talento de Alarcon, porque en efecto el vicio que se propuso castigar exige, por sus graves consecuencias, una severidad que pareceria intempestiva aplicada á otros de que no resulta perjuicio de tercero. La proporcion entre la culpa y el castigo es una ley de justicia tan necesaria en la comedia como en los códigos penales. Por eso se muestra Alarcon mucho mas inflexible con el maldiciente que con el embustero; este halla á lo menos una muger que le quiere; al otro le desprecian todas, y para colmo de humillacion se ve pospuesto á un galan pobre, de mal talle y mala cara, y á quien, lo que es aun mas, habia mirado doña Ana al principio con aversion. En cierto modo es superior esta comedia á la de *la Verdad sospechosa*; hay en ella mas intencion dramática, pues no solo se propuso el autor mostrar los inconvenientes de hablar mal, sino las ventajas de hablar bien, de manera que en realidad no se sabe si el protagonista es don Mendo ó don Juan. De los últimos versos de la comedia podria inferirse que lo es don Juan, pues el autor no manifiesta haberse limitado á probar que no se debe hablar mal, sino que se debe hablar bien.

Y pues este ejemplo ven,
Suplico á vuesas mercedes
Miren, que oyen las paredes,
Y *á toda ley hablar bien.*

Esta es acaso la única comedia, si se esceptua *el Jugador* de Regnard, en que el estremo opuesto

al defecto que se castiga, no es otro defecto. En el *Avaro*, en el *Presumido*, en el *Misántropo*, en todas las comedias de carácter, recomienda el poeta un justo medio entre el defecto del protagonista y el estremo contrario, — *in medio virtus*, — pero Alarcon no puede hacerlo asi en *las Paredes oyen*, porque la virtud está precisamente en el estremo opuesto al vicio que él castiga. La virtud está en hablar bien, no en un término medio entre hablar bien y hablar mal.

Mucha fortuna tuvo Alarcon en hallar un asunto tan bueno para su comedia, pero se necesitaba un genio tan superior como el suyo para manejarle tan admirablemente y sacar de él tanto partido. Nos parece imposible que se pueda sacar mas.

PERSONAS.

DON MENDO, DON JUAN, EL DUQUE, EL CONDE, } galanes.
LEONARDO, criado.
BELTRAN, gracioso.

DOÑA ANA, dama viuda.
DOÑA LUCRECIA dama.
CELIA, criada.
ORTIZ, escudero.
MARCELO, FABIO, } criados del duque.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Ana.

DON JUAN VESTIDO LLANAMENTE, Y BELTRAN.

D. Juan. Tiéneme desesperado,
Beltran, la desigualdad,
Sino de mi calidad,
De mis partes y mi estado.
La hermosura de doña Ana,
El cuerpo airoso y gentil,
Bella emulacion de abril,
Dulce envidia de Diana,
¡Mira tú cómo podrán
Dar esperanza al deseo
De un hombre tan pobre y feo,
Y de mal talle, Beltran!
Belt. A un Narciso cortesano
Un humano serafin
Resistió un siglo, y al fin
La halló en brazos de un enano.
Y si las historias creo,
Y ejemplos de autores graves,
(Pues, aunque sirviente, sabes
Que á ratos escribo y leo)
Me dicen que es ciego amor,
Y sin consejo se inclina;
Que la emperatriz Faustina
Quiso un feo esgrimidor;
Que mil injustos deseos,
Puestos locamente en ella,
Cumplió Hipia noble y bella
De hombres humildes y feos.
D. Juan. Beltran, ¿para qué refieres
Comparaciones tan vanas?
¿No ves que eran mas livianas
Que bellas esas mugeres,
Y que en doña Ana es locura
Esperar igual error,
En quien escede el honor
Al milagro de hermosura?
Belt. ¿No eres don Juan de Mendoza?
¿Pues doña Ana qué perdiera
Cuando la mano te diera?
D. Juan. Tan alta fortuna goza,
Que nos hace desiguales
La humilde en que yo me veo.
Belt. Que diste en el punto, creo,
De que proceden tus males.
Si fortuna en tu humildad
Con un soplo te ayudára,
A fe que te aprovechára
La misma desigualdad.
Fortuna acompaña al dios
Que amorosas flechas tira,
Que en un templo los de Egira
Adoraban á los dos.
Sin riqueza su hermosura
Pudieras lograr tu intento;
Siglos de merecimiento
Trueco á puntos de ventura.
D. Juan. Eso mismo me acobarda;
¡Soy desdichado, Beltran!
Belt. Trocar las manos podrán
Fortuna y amor: aguarda.
D. Juan. Si á don Mendo hace favor,
¿Qué esperanza he de tener?
Belt. En ese echarás de ver
Que es todo fortuna amor.
A competencia lo quieren
Doña Ana y doña Teodora,

Doña Lucrecia lo adora,
Todas al fin por él mueren.
Jamas el desden gustó.
D. Juan. Es bello, rico, y mancebo.
Belt. ¿Cuánto mejor era Febo,
Y Dafne lo desdeñó?
Y cuando no conociera
Otro en perfeccion igual,
¿Aquesto de decir mal
Es defecto como quiera?
D. Juan. ¿Y no es eso murmurar?
Belt. Esto es decir lo que siento.
D. Juan. Lo que siente el pensamiento
No siempre se ha de esplicar.
Belt. ¿Decid?...
D. Juan. Que calles te digo,
Y ten por cosa segura,
Que tiene aquel que murmura,
En su lengua su enemigo.
Belt. Entre tus desconfianzas
En su casa entrar te veo,
Sin duda que el gran deseo
Engaña tus esperanzas.
Veste en desierto lugar,
Y no cesas de dar voces,
Y aunque tu muerte conoces,
Nadas en medio del mar.
D. Juan. Lo que en gran tiempo no ha hecho
Hace amor en solo un dia,
Venciendo en fin la porfia.
Belt. Que te sucede, sospecho,
Lo que al tabur, que en perdiendo,
Solamente con decir:
¡Que no sepa yo gruñir!
Está sin cesar gruñendo.
Tú dices que desesperas,
Y entre el mismo no esperar
Nunca dejas de intentar:
¿Qué mas haces cuando esperas?
¿Tú piensas que el esperar
Es alguna confeccion
Venida allá del Japon?
El esperar, es pensar
Que puede al fin suceder
Aquello que se desea,
Y quien hace porque sea,
Bien piensa que puede ser.
D. Juan. Pues si con esta invencion

(*Saca una carta.*)

En su desden no hay mudanza,
Aunque viva mi esperanza,
Morirá mi pretension.
Belt. El mercader marinero
Con la codicia avarienta,
Cada viaje que intenta,
Dice que será el postrero.
Así tú, cuando imagino
Que desengañado estás,
Ya con nuevo intento vas
En la mitad del camino.
Mas, dime, ¿qué te ha obligado
A trazar esta invencion
Para mostrar tu aficion,
Pudiendo con un criado
De su casa negociar
Lo que tú vienes á hacer?
D. Juan. No he de arriesgarme á ofender
A quien pretendo obligar;
Que como es tan delicada
La honra, suele perderse
Solamente con saberse
Que ha sido solicitada.
Y así del murmurador
Pretendo que esté segura
Mi desdicha ó mi ventura,
Su flaqueza, ó su valor.
Que aun á tí mismo callado
Estos intentos hubiera,
Si en tí, Beltran, no tuviera
Mas amigo, que criado.
Belt. ¿Toda esta casa, don Juan,
A una muger aposenta?
D. Juan. ¿Seis mil ducados de renta,
Qué alcázar no ocuparán?
Belt. Celia es esta.

ESCENA II.

DICHOS Y CELIA.

Celia. ¿Qué mandais,
Señor don Juan?
D. Juan. Celia mia,
Besar las manos queria,
Si licencia me alcanzais,
A mi señora doña Ana.
Celia. Que será imposible, entiendo;
Porque se está previniendo
Para partirse mañana
A una novena á Alcalá.
D. Juan. ¿De la corte se desvia,
Cuando el celebrado dia
De san Juan tan cerca está?
Celia. Para los tristes no hay fiesta.
D. Juan. Pues, Celia, verla me importa;
La visita será corta;
Solo la quiero dar esta
Que le ha venido en un pliego,
Y me dice quien la envia,
Que solo de mí confia
El darla.
Celia. Yo salgo luego.

ESCENA III.

DON JUAN Y BELTRAN.

Belt. No hay pobre con calidad :
Si un villano rico fueras,
A fe que nunca tuvieras
En verla dificultad.
D. Juan. Si ella está tan de camino,
Que es justa la causa creo.
Belt. Lo que con los ojos veo...
D. Juan. Malicioso desatino.
Belt. ¿Cuánto vá que no la ves?
D. Juan. De no alcanzar no se ofende
Quien lo difícil emprende ;
Mas doña Ana es muy cortés.
Belt. ¿Y agora qué hemos de hacer,
Que ella se parte á Alcalá?
D. Juan. En tanto que ausente está,
Aguardar y padecer.
Belt. Bueno fuera acompañarla.
D. Juan. Si como quien soy, pudiera,
Forzoso el hacerlo fuera
Si asi entendiese obligarla.
Mas ni me ayuda el poder,
Ni ella lo agradeceria,
Por la nota que daria
Si se llegase á entender.
Belt. Ella sale.
D. Juan. Di, Beltran,
Que la aurora bella y clara.

ESCENA IV.

DICHOS, Y DOÑA ANA HABLANDO APARTE Á CELIA.

Da. Ana. ¡Ay Celia, y qué mala cara,
Y mal talle de don Juan!
D. Juan. Aunque me dijo, señora,
Celia vuestra ocupacion,
Con que fuera mas razon
El no estorbaros agora,
La importancia contenida (*Dale la carta.*)
En esta carta, que os doy,
Me disculpa.
Da. Ana. Nunca estoy,
Señor don Juan, impedida
Para recibir merced
De tan noble caballero.
D. Juan. Vuestro soy; respuesta espero,
Si sois servida, leed.
Da. Ana. Ser descortés me mandais.
D. Juan. Leed, que importa una vida,
Que cerca está de perdida,
Si remedio no le dais.
Da. Ana. Si está su defensa en mí,
La pena y temor dejad.
D. Juan. El caso es grave, mandad
Que estemos solos aquí;
Que tenemos que tratar,
Y el secreto es importante.
Da. Ana. Dejadnos solos.
Belt. Amante
Fué el inventor de engañar.

ESCENA V.

DOÑA ANA Y DON JUAN.

D. Juan. Pues contigo solo estoy,
Porque mi recato veas,
Oye, señora; no leas,
(*Va á leer doña Ana, y detiénela.*)
Que la carta viva soy.
Que me atreva no te altere,
Pues estoy solo contigo,
Y un agravio sin testigo
Al punto que nace muere.
Desde que la vez primera
Ví la luz de tu arrebol,
Dos veces la ha dado el sol
A los signos de su esfera;
Como al que el rayo tocó
De Júpiter vengativo,
Por gran tiempo muerto vivo
En un instante quedó;
Como aquel, que la cabeza
De la Górgona miraba,
Por un peñasco trocaba
La humana naturaleza;
Tal en viéndote, me veo,
Tan absorto y admirado,
Que en admirarte ocupado,
No doy lugar al deseo :
Que esos divinos despojos
Tanta gloria me mostraron,
Que al punto me arrebataron
Toda el alma por los ojos.
Da. Ana. Tened, don Juan, ¿esto pára
Todo en que amor me teneis?
D. Juan. No, porque ya lo sabeis,
Y en vano el tiempo gastára.
Da. Ana. ¿En que os moris?
D. Juan. No, señora;
Pues ni en morir parará,
Que en el alma vivirá,
El amor que os tengo agora.
Da. Ana. ¿Pára en pedirme que os [quiera?
D. Juan. Ni llega, señora, ahí,
Que no hay méritos en mí
Para que á tal me atreviera.
Da. Ana. Pues decid lo que quereis.
D. Juan. Quiero... Solo sé que os quiero,
Y que remedio no espero,
Viendo lo que merecels.
Como el misero doliente

Que en el lecho fatigado,
A cualquier parte inclinado
Los mismos dolores siente;
Y por huir del tormento,
Que en cada lado es mayor,
Busca alivio á su dolor
En el mismo movimiento;
Así yo con mi cuidado
Vengo á vos, dueño querido,
No de esperanza inducido,
Sino de dolor forzado;
Por no morir con callallo,
No por sanar con decillo,
Que es imposible el sufrillo,
Como lo es el remediallo.
Y así no os ha de ofender
Que me atreva á declarar,
Pues va junto el confesar
Que no os puedo merecer.
Da. Ana. ¿Quereis mas?
D. Juan. ¿Qué mas que vos?
Si entender quereis mi estado,
En que os quiero está cifrado.
Da. Ana. Pues, señor don Juan, á Dios.
D. Juan. Tened, ¿no me respondeis?
¿De esta suerte me dejais? [amais?
Da. Ana. ¿No habeis dicho que me
D. Juan. Yo lo he dicho, y vos lo veis.
Da. Ana. ¿No decis que vuestro intento
No es pedirme que yo os quiera,
Porque atrevimiento fuera?
D. Juan. Así lo he dicho y lo siento.
Da. Ana. ¿No decis que no teneis
Esperanzas de ablandarme?
D. Juan. Yo lo he dicho.
D. Ana. ¿Y que igualarme
En méritos no podeis,
Vuestra lengua no afirmó?
D. Juan. Yo lo he dicho de este modo.
Da. Ana. Pues si vos lo decis todo,
¿Qué quereis que os diga yo?

ESCENA VI.

DON JUAN.

¡Oh, venga la muerte, acabe
Con vida tan desdichada,
Que solo puede su espada
Remediar pena tan grave!
¿Qué delito cometí
En quererte, ingrata fiera?
Quiera Dios...; pero no quiera,
Que te quiero mas que á mí.

ESCENA VII.

DON JUAN, CELIA Y BELTRAN.

Celia. ¡Ah desdichado don Juan!
Belt. Ayúdale.
Celia. ¡A Dios pluguiera
Que mi voluntad valiera!

ESCENA VIII.

DON JUAN Y BELTRAN.

Belt. ¿Pues qué tenemos?
D. Juan. Beltran;
La verdad huye, á la esperanza pido
Engaños que alimenten mi deseo,
Eternos contra mí imposibles veo,
Nado en un golfo, ni de un leño asido:
Con el vuelo de amor mas atrevido
No subo un paso, y aunque mas peleo,
Al fin vencido soy de lo que creo,
Vencedor solo en lo que soy vencido.
Así desesperado, victorioso,
Niego al deseo engaños, y á la gloria
Mas vivo anhelo, si su muerte sigo.
¡Triste donde es el no esperar forzoso,
Donde el desesperar es la victoria,
Donde el vencer da fuerza al enemigo!
Belt. ¡Triste donde es forzoso andar contigo,
Donde hallar que comer es gran victoria,
Donde el cenar es siempre de memoria!

ESCENA IX.

Sala en casa de don Mendo.

EL CONDE, DON MENDO Y ORTIZ.

D. Mendo. A mi señora Lucrecia
Dad, Ortiz, ese papel. (*Dale un papel.*)
Ortiz. Guárdeos Dios. (*Vase.*)
D. Mendo. Cosa cruel,
Conde, es una muger necia.
Conde. ¿Cómo?
D. Mendo. Con zelos y amor
Sale Lucrecia de sí.
Conde. ¿Con causa, don Mendo?
D. Mendo. Sí;
Mas tanto el yerro es mayor.
Si por doña Ana estoy ciego,
¿Ella qué ha de remediar
Con reñir y con zelar,
Sino añadir fuerza al fuego?
Conde. ¡Quieran, Lucrecia, los cielos *ap.*
Que te mude esta mudanza,
Y á mi perdida esperanza
Abran la puerta tus zelos!
¿Y vos qué le respondeis?
D. Mendo. Nunca el negar hizo daño.
Conde. Mejor fuera el desengaño
Si en otra parte quereis.
D. Mendo. Dañarme, conde, podria,
Que su amor causó en mi pecho

Terrible incendio, y sospecho
Que hay centellas todavía.
Y quien antiguo cuidado
Arraigado al alma tiene,
Ha de obligar el que viene,
Sin despedir el pasado;
Que mil veces se agradó
De la novedad Cupido,
Y vuelve á buscar rendido
Lo que arrogante dejó.
Conde. Avariento sois de amor.
D. Mendo. Mas el de doña Ana estimo.
Conde. ¿Y ella os quiere?
D. Mendo. Pienso, primo,
Que merezco su favor.
Conde. ¿Qué hay de Teodora?
D. Mendo. Queria
Que yo fuese su marido,
Como si hubieran nacido
Mis abuelos en Turquía.
Conde. Sin ser loca, yo no creo
Que ninguna muger pida
La esclavitud de una vida
Por la muerte de un deseo.
D. Mendo. Pues ya despues que mi amor
Sacó piés amedrentado,
En ella crece el cuidado,
Y al paso de él mi rigor.
Ya sin esa condicion
Estimára mis favores.
Conde. Dichoso sois en amores.
D. Mendo. En el signo del Leon
Marte y Vénus concurrieron
De mi nacimiento el dia,
Y si hay cierta astrologia,
Ellos amable me hicieron...
Mas á Dios, primo, que es tarde,
Y á doña Ana quiero ver,
Que hoy su sol se va á poner
En Alcalá.
Conde. Dios os guarde.

ESCENA X.

DON MENDO Y LEONARDO.

Leon. El coche á la puerta está:
Que ya se pára imagino.
D. Mendo. Tenme el coche de camino
A la puerta de Alcalá.
Parta al punto el repostero,
Y encárgales, por mi vida,
Que esté á punto la comida
En la venta de Vivero.
Haz como doña Ana vea
En mi prevencion mi amor.
Leon. Toda tu gente, señor,
Su vida en tu gusto emplea.

ESCENA XI.

Sala en casa de doña Ana.

DOÑA ANA DE CAMINO Y CELIA.

Da. Ana. ¿De qué vas triste? ¿de qué
Lo van todas mis doncellas?
Habla, dime sus querellas.
Celia. Señora, verdad diré,
Pues obligacion me pones:
Tienen tus criadas todas
En la esperanza sus bodas
Y en la corte sus pasiones;
Y como de aquí á seis dias
Es la noche de san Juan,
Cuando los amantes dan
Indicios de sus porfías,
Sienten el ver que esa noche
En la corte no han de estar.
Da. Ana. Pues pierdan, Celia, el pesar,
Que por la posta en un coche
Conmigo entonces vendrán;
Porque se alegre mi gente,
Gozaré secretamente
De la noche de san Juan,
Y volveréme á la aurora
A proseguir mis novenas.
Celia. Alivie el cielo tus penas;
¿Mas no era mejor, señora,
Dilatar esta partida?
Da. Ana. Si sabes que estoy muriendo
Por dar la mano á don Mendo,
Y no hay cosa que lo impida
Sino el cumplir las novenas
Que á san Diego prometí,
¿Dilataré, estando así,
El remedio de mis penas?
Con esta traza que doy
Ninguna queda quejosa.
Celia. Hágate el cielo dichosa;
A dalles la nueva voy.
Da. Ana. Encárgales por mi vida
El secreto.
Celia. Así lo haré.
Don Mendo viene.
Da. Ana. Tendré
Buen agüero en la partida.

ESCENA XII.

DOÑA ANA Y DON MENDO.

D. Mendo. Los campos de Alcalá, bella
Desdeñan los favores del verano, [señora,
Y de la fértil Flora
No solicitan ya la diestra mano,
Despues que primaveras les reparte
La dichosa esperanza de mirarte.

Los arroyos, que esperan ser espejos,
En quien de esos dos soles celestiales,
Se miren los reflejos,
Transforman sus corrientes en cristales;
Y el agua en cambio de besallos, grata
Hace á tus blancos piés puente de plata.
Al nuevo sol que nace, agradecidas
En verdes ramos las cantoras aves
A coros divididas,
Dando á los vientos músicas suaves,
Para esplicar la gloria de este dia
Articular intentan su armonía.
Parte, o feliz, que el céfiro suave
Lisonjear pretende codicioso
La voladora nave
De nueva Europa Júpiter dichoso,
Por quien en Indias vuelto Manzanares,
España de sus glorias hace á Henares.
Parte, o primero móvil adorado,
De quien siguiendo voy el movimiento,
Si bien arrebatado,
Pues tras mi centro corro no violento;
Que yo, si lo merezco, gloria mia,
Voy á ser el lucero de este dia.
Da. Ana. Los campos de esperanzas ma-
La consonancia dulce de las aves, [tizados,
Los cristales cuajados,
Las lisonjas del céfiro suaves,
En nada estimo, y estimára solo
Llevar por mi lucero al mismo Apolo.
Mas cuando el corazon lo solicita,
Forzosa accion de amor correspondiente,
Ni el honor acredita,
Ni el estado que tengo lo consiente. [cia.
D. Mendo. Es iman de mis ojos tu presen-
Da. Ana. Justo efecto de amor es la obediencia.
D. Mendo. ¿Sin tí quieres dejarme?
Da. Ana. Yo, don Mendo,
Parto sin tí.
D. Mendo. ¿Qué mucho? Vas helada,
Cuando yo quedo ardiendo. [da.
Da. Ana. Segura fuese yo, como abrasa-
D. Mendo. No me apartes de tí, si desconfias. [mias.
Da. Ana. Vive el recato entre las ansias
D. Mendo. ¿No me llamas tu dueño?
Da. Ana. Y de mis ojos,
Cierta lengua del alma, lo has sabido.
D. Mendo. ¿De quién temes enojos,
Cuando te adoro yo de tí querido? [danza,
Da. Ana. Hasta el sí conyugal temo mu-
Que no hay dentro del mar cierta bonanza.
En tanto que á mis deudos comunico
La dichosa eleccion de vuestra mano,
Y devota suplico
En Alcalá á su dueño soberano,
Que lleve á fin feliz mi intento nuevo,
Y las novenas pago, que le debo;
Puede mudarse vuestro amor ardiente,
Y quedar mi opinion en opiniones
Del vulgo maldiciente,
Que á lo peor aplica las acciones.
D. Mendo. ¿Mudarme yo?
Da. Ana. Temores son de amante.
D. Mendo. Mas parecen cautelas de in-
Si ya nuevo cuidado te fatiga, [constante.
¿El fingido recato qué pretende?
Declárate, enemiga;
No el desengaño la mudanza ofende;
Vete segura, ocuparé entre tanto
El alma en zelos, y la vida en llanto. [fias;
Da. Ana. Ofendes mi lealtad, si descon-
Mas porque de tu error te desengañes,
Pon secretas espías,
Prueba mi fe, como mi honor no dañes.
D. Mendo. Confianza tendré, mas no paciencia,
Contra el rigor, señora, de tu ausencia.

ESCENA XIII.

DICHOS Y CELIA.

Celia. Doña Lucrecia, señora,
Viene á visitarte.
Da. Ana. ¿Quién?
Celia. Tu prima.
D, Mendo. A impedir mi bien *ap.*
La trae mi desdicha agora.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA LUCRECIA CON MANTO Y ORTIZ.

Da. Luc. No quise, prima, dejar
De verte en esta partida.
Da. Ana. Ni yo, Lucrecia querida,
Me partiera sin pasar
Por tu casa; porque el ver
Al pasar tu rostro hermoso,
Fuese presagio dichoso
Del viaje que he de hacer.
Da. Luc. Niégame agora, traidor,

(*Aparte á don Mendo.*)

Las verdades que estoy viendo.
Da. Ana. ¿Qué le dices á don Mendo?
Da. Luc. Del vestido de color
Le pregunto la ocasion;
Porque de irte á acompañar
Lo indica el tiempo y lugar,
Y fuera galante accion.
Da. Ana. Tan alto merecimiento
Con mi humildad no conviene,
Y mas que lisonja, tiene

Malicia ese pensamiento.
Mas si conmigo partiera,
De parecer, prima, soy
Que, pues yo de negro voy,
De color no se vistiera.
Celia. Ya bien te puedes partir,
Que los coches han venido.
Da. Ana. Que no me olvides, te pido.
Da. Luc. Por puntos te he de escribir.
Da. Ana. A Dios, don Mendo,
D. Mendo. Señora,
En el coche os dejaré.
Da. Ana. Si alguno en la calle os ve,
Sospechará lo que ahora
Ha sospechado mi prima.
Quedaos, y salid despues.
D. Mendo. Yo obedezco, y vuestros piés
(*Aparte de Lucrecia.*)
Sigue el alma que os estima.

ESCENA XV.

DOÑA LUCRECIA, DON MENDO Y ORTIZ.

(*Doña Lucrecia saca un papel, y muéstralo á don Mendo.*)

Da. Luc. ¿Conoces este papel?
D. Mendo. Yo, Lucrecia, lo escribí.
Da. Luc. Junta lo que has hecho aquí
Con lo que dices en él.
Traidor, fingido, embustero,
Engañoso, ¿á tí te dan
Apellido de Guzman,
Y nombre de caballero?
¿Qué sangre puede tener
Quien tiene pecho traidor?
¿Es hazaña de valor
Engañar una muger?
D. Mendo. Oye, señora.
Da. Luc. No muevas
Esos fementidos labios,
Que intentas nuevos agravios
Con satisfacciones nuevas.
D. Mendo. ¿Pues qué quieres? conde-
Sin oir satisfaccion, [narme,
Por sola una presuncion?
Da. Luc. ¿Qué disculpa puedes darme?
¡Presuncion llamas, traidor,
Esta tan clara probanza
De mi agravio y tu mudanza!
D. Mendo. En lo que fundas mi error,
Fundo la satisfaccion:
¿No te dijo de mi parte
Tu escudero, que de hablarte
Deseaba una ocasion,
Donde el descargo sabrias
Del recelo que te abrasa?
Tuve aviso de tu casa,
Que á ver tu prima salias,
Y vine á esperarte aquí,
Y adelantéme en llegar,
Por no dar que sospechar,
Viéndome venir tras tí.
Mira porque me condenas.
Da. Luc. ¿De modo que te disculpas,
Multiplicando tus culpas,
Y acrecentando mis penas?
Causa doña Ana mi daño,
¿Y con hallarte con ella
Das remedio á mi querella?
D. Mendo. Porque fuese el desengaño
En su presencia mas fuerte.
Da. Luc. ¿Qué desengaño me diste?
D. Mendo. Como tu pena encubriste,
No quise hablando ofenderte;
Mas ten cierta confianza,
Para asegurar tus zelos,
Que en el órden de los cielos,
Antes que en mí, habrá mudanza.
Tuyo soy.
Da. Luc. Las obras creo.
D. Mendo. Presto, con la voluntad
De tu padre, su verdad
Te mostrará mi deseo.

ESCENA XVI.

DICHOS Y EL CONDE.

Conde. ¿Dónde hay con zelos cordura?
¿Lucrecia hermosa? ¿Don Mendo? [*ap.*
D. Mendo. Conde, que venis entiendo
Traido de mi ventura.
Que Lucrecia ha de saber
De vos lo que hablamos hoy
De su amor.
Conde. Testigo soy.
D. Mendo. Eso á solas ha de ser,
Que pensará que os obligo
Con mi presencia á abonarme.

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS DON MENDO.

Da. Luc. ¡Tú dejas para informarme *ap.*
En tu favor buen testigo!
Conde. ¿He de decir la verdad?
Da. Luc. Para eso quedas aquí.
Conde. Pues escúchala de mí,
Pagues, ó no, mi lealtad;
Y por prevenir el daño,
Si acaso no me creyeres,
Ten secreto lo que oyeres,
Y averigua si es engaño:
Que pues me dijo don Mendo
Que cuente lo que hoy pasó,

Cumpliendo lo que él mandó,
Nadie dirá que le ofendo;
Que aunque su intento haya sido
Que use contigo de engaño,
No debo para mi daño
Darme yo por entendido.
Dando hoy para tí un papel
Don Mendo á Ortiz tu criado,
Desdeñoso y enfadado
Me dijo: « ¡Cosa cruel,
Conde, es una muger necia!
Despues que á doña Ana dí
En servir, sale de sí
De amor y zelos Lucrecia. »
Yo le dije: « ¿No es mejor
No engañarla? » Y respondió:
« Mil veces lo que dejó
Volvió á desear amor;
Y este caso previniendo,
Nada pierdo en conservalla. »
Da. Luc. ¿Qué enredos inventas? Calla;
¿Tal pudo decir don Mendo?
Que tu aficion agradezca,
Quieres así disponer;
¿Piensas que te he de querer
Aunque á don Mendo aborrezca?
Conde. Oye.
Da. Luc. No me digas nada.
Conde. Averígualo advertida,
Y dame pena ofendida,
O premio desengañada.
Y si por amarte yo,
Duda en mi verdad has puesto,
Sírvate de indicio aquesto,
Ya que de probanza no.
Él va tras ella á Alcalá,
Y no es este mal testigo
Del desengaño que digo;
Despacha tú quien allá
Con cuidado y sin pasion
Secretamente lo siga,
Y si mi verdad te obliga,
Premia un leal corazon;
Que será culpable error
Que prefiera en tu cuidado,
Un engaño averiguado
A un averiguado amor.
Da. Luc. La verdad diciendo estás,
Que si negándola estoy,
No es que crédito no doy,
Sino que pena me das.
¡Ah falso! ¡ah mal caballero!
¡Plegue á Dios, que en igual grado
Amante y desengañado
Pruebes el mal de que muero!
Pluguiera á Dios, conde mio,
Pudiera en esta ocasion
Mudarse la inclinacion
Al paso que el albedrío:
Mas vive cierto, señor,
Que si me has dicho verdad,
Te dará mi voluntad
Lo que te niega mi amor.
Conde. Yo lo estimo de esa suerte.
Da. Luc. Tanto mas me deberás
Cuanto me forzare mas,
Conde, por corresponderte.

ESCENA XVIII.

Decoracion de calle.

DON JUAN Y BELTRAN DE NOCHE.

Belt. El duque Urbino esta noche
Bien pudiera perdonarte.
D. Juan. ¿Qué puede querer?
Belt. Llevarte
Querrá consigo en el coche,
Amarrado al duro banco,
Sin poderte entretener,
Cuando el decir y el hacer
Anda por las calles franco.
¡Qué noche de san Juan hallo,
Si un peon sabe embestir!
Que suele solo rendir
Mas que treinta de á caballo;
Que hay muger, que en el engaño
Que en esta noche previene,
Librados los gustos tiene
De los deseos de un año;
Cual llega al poblado coche
De angélica gerarquía,
Y siendo page de dia,
Pasa por marques de noche;
Cual sin pensar se acomoda
Con la viuda disfrazada,
Que entre galas de casada
Hurta los gustos de boda;
Cual encuentra y desbarata
Una sarta de doncellas,
De quien son las manos bellas
Engarzaduras de plata;
Cual se llega á las que van
Brindando los retozones,
Y trueca á mil refregones,
Un pellizco que le dan.
D. Juan. Quien los encuentros enseña,
Encuentre con un azar.
Belt. ¿Es el azar encontrar
Una muger pedigüeña?
Si ese temes, en tu vida
En poblado vivirás;
Porque ¿dónde encontrarás
Hombre ó muger que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
Diciendo: « Lienzo, » á un lencero,

Te dice : «Dame dinero
Si de mi lienzo quisieres. »
El mercader claramente
Diciendo está, sin hablar :
« Dame dinero, y llevar
Podrás lo que te contente. »
Todos, segun imagino,
Piden, que para vivir
Es fuerza dar y pedir
Cada uno por su camino;
Con la cruz el sacristan,
Con los responsos el cura,
El monstruo con su figura,
Con su cuerpo el ganapan;
El alguacil con la vara,
Con la pluma el escribano,
El oficial con la mano,
Y la muger con la cara :
Y esta, que á todos escede,
Con mas razon pedirá,
Pues que mas que todos da,
Y menos que todos puede;
Y el miserable, que el dar
Tuviere por pesadumbre,
Ellas piden por costumbre,
Haga costumbre el negar;
Que tanto, desde que nacen,
El pedir usado está,
Que pienso que piden ya
Sin saber lo que se hacen :
Y así es fácil el negar,
Porque se puede inferir
Que quien pide sin sentir,
No sentirá no alcanzar.

D. Juan. Aunque mas razones halles,
No has de quitarme el temor,
Beltran, que el azar mayor
Es el no tener que dalles :
Y mas si la que he adorado
Se dignase de mis dones.

Belt. ¿Aun te duran tus pasiones?

D. Juan. Ardo mas, mas desdeñado.

Belt. Este es el duque.

ESCENA XIX.

DICHOS, EL DUQUE Y DON MENDO, DE NOCHE.

Duque. ¿Don Juan?

D. Juan. Déme los piés vuecelencia.

Duque. Ya acusaba vuestra ausencia.

D. Juan. Si don Mendo de Guzman,
Apolo de discrecion,
Acompañando os está,
Señor, ¿qué falta os hará
El que en su comparacion
Luz de una estrella no envia?

D. Mendo. Merced recibo de vos.

Duque. La amistad de entre los dos
Estraña la cortesía.

D. Juan. Decidme pues el intento
Con que hemos sido llamados.

D. Mendo. Aquí teneis dos criados.

Duque. Dadme pues oido atento.
Hombre que á la corte viene
Recien heredado y mozo,
Pájaro que estrena el viento,
Nave que se arroja al golfo;
Que á los ojos de su rey,
Y á los populares ojos,
Ni debe mostrar flaqueza,
Ni puede esconder el rostro;
Ha de regir sus acciones
Por los espertos pilotos,
Obligados, por parientes,
Por amigos, cuidadosos.
Con esta ley os obligo
Y con esta fe os escojo,
Capitanes veteranos
De este soldado bisoño.
Acompañadme los dos,
Advertidme lo que ignoro,
Decidme el nombre, el estado,
Y la calidad de todos;
Y en lo de las cortesías
Principal cuidado os pongo,
Advirtiendo que con nadie
Pretendo pecar de corto;
Que el señor siempre es señor,
Como Apolo siempre Apolo,
Aunque en lugares indignos
Entren sus rayos hermosos.
Lengua honrosa, noble pecho,
Fácil gorra, humano rostro,
Son voluntarios Argeles
De la libertad de todos.
Enseñadme los bajíos,
En que tocar suelen otros,
Cual es Acates fiel,
Y cual Sinon cauteloso;
Ya del dulce lisonjero
El veneno en vaso de oro,
Ya la canora sirena,
Porque me defienda sordo.
Al fin, los dos sois el hilo,
La corte el cretense monstruo,
Por mi corren mis aciertos,
Y mis yerros por vosotros.

D. Mendo. Yo confieso que es muy débil
Para ese cielo este polo;
Mas suplirán mis deseos
El defecto de mis hombros.

D. Juan. De no ser un Quinto Fabio
Hoy con mi suerte me enojo;
Mas el que soy, obediente
A serviros me dispongo.

Duque. Con eso en nombre de Dios,
Seguro á la mar me arrojo;
Vamos andando las calles,
Mientras pregunto y me informo.
D. Mendo. Esta es la calle Mayor.
D. Juan. Las Indias de nuestro polo.
D. Mendo. Si hay Indias de empobrecer,
Yo tambien Indias la nombro.
D. Juan. Es gran tercera de gustos.
D. Mendo. Y gran corsaria de tontos.
D. Juan. Aquí compran las mugeres.
D. Mendo. Y nos venden á nosotros.
Duque. ¿Quién habita en estas casas?
D. Juan. Don Lope de Lara, un mozo
Muy rico, pero mas noble.
D. Mendo. Y menos noble que tonto.

(*Hacen dentro ruido de baile.*)

Duque. Tened, que bailan allí.
D. Juan. San Juan es fiesta de todos.
D. Mendo. Yo aseguro que van estos
Mas alegres que devotos.
Duque. ¿Quién vive aquí?
D. Juan. Una viuda,
Muy honrada y de buen rostro.
D. Mendo. Casta es la que no es rogada;
Alegres tiene los ojos.
Belt. ¡Bien haya tan buena lengua! *ap.*
¡Vive Cristo, que es un Momo!
D. Juan. Esta imágen puso aquí
Un estranjero devoto.
D. Mendo. Y entre aquestas devociones
No le sabe mal un logro.
D. Juan. Un regidor de esta villa
Hizo este hospital famoso.
D. Mendo. Y primero hizo los pobres.
Belt. Por Dios, que lo arrasa todo. *ap.*

ESCENA XX.

DICHOS, DOÑA ANA Y CELIA A LA VENTANA.

Da. Ana. Hoy hace, Celia, tres años
Que mi esposo con sus dias
Dió fin á mis alegrías,
Y dió principio á mis daños.
Celia. Si de Alcalá te veniste,
Solo á gozar la alegría
Que Madrid hace este dia,
¿Porqué quieres estar triste?
¿Porqué con esta memoria
Tan injusta guerra mueves
Contra el contento que debes
A noche de tanta gloria?
Ya que tu luto funesto
Te impide el salir de casa
Hoy, que los límites pasa
El estado mas honesto,
Y estar quieres encerrada
Noche, que el uso permite
Que los altares visite
La doncella mas honrada,
Con quien pasa tus enojos
Divierte, señora mia,
Y niegue esta celosía
Lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora;
Oye del segundo esposo
El pronóstico dichoso.
Da. Ana. A don Mendo el alma adora.
D. Mendo. Don Juan de Mendoza.
Da. Ana. ¡Ay Dios!
¿Don Mendo no es el que habló?
Celia. Sí, mas á don Juan nombró.
Da. Ana. ¿Quién duda que de los dos
Es don Mendo de Guzman
Pronóstico para mí,
Pues antes su voz oí,
Que no el nombre de don Juan?
Celia. ¡Mas qué fuera, que ordenára
El destino soberano,
Que tu blanca hermosa mano
Para don Juan se guardára!
Da. Ana. Calla, necia; ¿quién pensó
Tan notable desatino?
¿Qué importará que el destino
Quiera, si no quiero yo?
Del cielo es la inclinacion,
El sí, ó el no todo es mio;
Que el hado en el albedrío
No tiene jurisdicion.
¿Cómo puedo yo querer
Hombre cuya cara y talle
Me enfada solo en mirallé?
Celia. El amor lo puede hacer.
Da. Ana. Solo quitará el morirme,
Celia, á don Mendo mi mano;
Que está el plazo muy cercano,
Y mi voluntad muy firme.
Duque. ¿Cuyos son estos balcones?
D. Juan. De doña Ana de Contreras;
El sol por sus vidrieras
Suele abrasar corazones.
Da. Ana. Escucha, que hablan de mí.
Duque. ¿Es la viuda de Siqueo?
D. Juan. La misma.
Duque. Verla deseo.
D. Mendo. Pues agora no está aquí.
Ni yo en mí que estoy sin ella. *ap.*
Duque. ¿Dónde fué?
D. Mendo. Velando está
A san Diego en Alcalá.
Duque. La fama dice que es bella.
D. Juan. Pues por imposible siento
Que en algo la haya igualado
El dibujo que ha formado
La fama en tu pensamiento;

Que en belleza y bizarría,
En virtud y discrecion
Vence á la imaginacion,
Si vence á la noche el dia.
D. Mendo. ¡Plegue á Dios que esta ala-
No engendre en el duque amor, [banza *ap.*
Que con tal competidor
Mal vivirá mi esperanza!
Yo quiero decir mal de ella,
Por quitar la fuerza al fuego.
Ciego sois, ó yo soy ciego,
O la viuda no es tan bella:
Ella tiene el cerca feo
Si el lejos os ha agradado,
Que yo estoy desengañado,
Porque en su casa la veo.
Duque. ¿Visitaisla?
D. Mendo. Por pariente
Alguna vez la visito,
Que si no, fuera delito,
Segun es de impertinente.
Da. Ana. ¡Ah traidor!
Don Mendo. Si el labio mueve
Su mediano entendimiento,
Helado queda su aliento
Entre palabras de nieve.
Belt. ¡Ya escampa! *ap.*
D. Juan. ¡Que trate así *ap. á Belt.*
Un caballero á quien ama!
Belt. Esto dice de su dama,
¡Mira qué dirá de tí!
D. Mendo. Pues la edad no sufre engaños,
Aunque la tez resplandece.
Da. Ana. ¡Ah falso! ¿qué te parece?
Aun no perdona mis años.
D. Mendo. Mil botes son el Jordan
Con que se remoza y lava.
Duque. ¿Pues cómo don Juan la alaba?

(*Aparte los dos.*)

D. Mendo. Para entre los dos, don Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio;
Vuestro deudo es, y mi amigo:
Mas esto no es murmurar.
D. Juan. ¡Que querais poner defeto
En tan hermoso sugeto!
D. Mendo. En la rosa suele estar
Oculta la aguda espina.
D. Juan. Ellos son gustos, y al mio,
O del todo desvario,
O esta muger es divina.
D. Mendo. Poco sabeis de mugeres.
D. Juan. Vereisla, duque, algun dia,
Y acabará esta porfía
De encontrados pareceres.
D. Mendo. Don Juan me quiere matar, *ap.*
Y aquello mismo que he hecho
Para sosegar el pecho
Del duque, me ha de dañar.
Celia. ¿Qué te parece?
Da. Ana. Estoy loca.
Celia. ¿A este hombre tienes amor?
Da. Ana. ¡El pecho abrasa el furor!
¡Fuego arrojo por la boca!
¡Posible es que tal oí!
¡Vil, á quien te quiere infamas!
¡Así tratas á quien amas!
Celia. No ama quien habla así;
Él te engaña.
Da. Ana. Claro está:
Di que me traigan un coche;
Volvamos, Celia, esta noche
A amanecer á Alcalá,
Que lo que ahora escuché
Castigo del cielo ha sido,
Por haber interrumpido
Las novenas que empecé.
Celia. Antes este desengaño
Le debes á esta venida.
Da. Ana. Si con él pierdo la vida,
Mejor me estaba el engaño.

ESCENA XXI.

DICHOS, MENOS DOÑA ANA Y CELIA.

D. Mendo. Allí suenan cuchilladas.

(*Hacen dentro ruido de cuchilladas.*)

Duque. Estas damas de mi voto (*Vase.*)
Sigamos.
D. Mendo. Es mas devoto

(*Aparte con don Juan.*)

De mugeres, que de espadas. (*Vase.*)
D. Juan. Y así el mas amigo abona
Para que advertido estés.
Belt. Su lengua en efeto es
La que á nadie no perdona.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del duque.

EL DUQUE, DON JUAN Y BELTRAN; TODOS DE COLOR.

Duque. ¿Cómo los toros dejais?
D. Juan. Viéndome sin vos en ellos,
Estaba de los cabellos...
¿Del juego cómo quedais?

Que era robado el partido.
Duque. Cogiéronme de picado:
He perdido, y me he cansado.
D. Juan. Mil cosas habeis perdido:
El descanso, y el dinero,
Y los toros.
Belt. ¡Que haya juicio,
Que del cansancio haga vicio,
Y tras un hinchado cuero,
Que el mundo llama pelota,
Corra ansioso y afanado!
¿Cuánto mejor es sentado
Buscar los piés á una sota,
Que moler piernas y brazos?
Si el cuero fuera de vino,
Aun no fuera desatino
Sacarle el alma á porrazos.
¿Pero perder el aliento
Con una y otra mudanza;
Y alcanzar, cuando se alcanza,
Un cuero lleno de viento;
Y cuando una pierna rota,
Brama un pobre jugador,
Ver al compas del dolor
Ir brincando la pelota?
D. Juan. El brazo queda gustoso,
Si bien la pelota dió.
Belt. Séneca la comparó
Al vano presuntuoso,
Y esa semejanza ha dado
Sin duda al juego sabor;
Porque no hay gusto mayor
Que apalear á un hinchado.
Mas si miras el contento
De un jugador de pelota,
Y un cazador, que alborota
Con halcon la cuerda al viento;
¿Por dicha, tendrás la risa,
Viendo que á presa tan corta
Que vencida nada importa,
Corre un hombre tan de prisa,
Que apenas tocan la yerba
Los caballos voladores?
Valgaos Dios por cazadores;
¿Qué os hizo esa pobre cierva?
Duque. De la guerra has de pensar
Que es la caza semejanza,
Y así el ardid, la asechanza,
El seguir y el alcanzar,
Es gustoso pasatiempo.
Belt. ¿Mil contra una cierva? Sí,
Bien dices que son así
Las pendencias de este tiempo.
D. Juan. ¡Beltran, satírico estás!
Belt. ¿En qué discreto, señor,
No predomina ese humor?
D. Juan. Como matas morirás.
Belt. En Madrid estuve yo
En corro de tal tijera,
Que la pegaba cualquiera
Al padre que lo engendró;
Y si alguno se partia
Del corro, los que quedaban
Mucho peor de él hablaban,
Que él de otros hablado habia:
Yo que conocí sus modos,
A sus lenguas tuve miedo,
¿Y qué hago? estoime quedo
Hasta que se fueron todos.
Pero no me valió el arte,
Que ausentándose de allí,
Solo á murmurar de mí
Hicieron un corro aparte.
Si el maldiciente mirára
Este solo inconveniente,
¿Hallárase un maldiciente
Por un ojo de la cara?
D. Juan. ¿Fuera por eso peor?
Belt. Espántome que eso ignores;
Mas que cien predicadores
Importa un murmurador.
Yo sé quien ni con sermones,
Ni cuaresmas, ni consejos
De amigos sabios y viejos,
Puso freno á sus pasiones;
Ni sus costumbres redujo
En gran tiempo, y solamente
De temor de un maldiciente,
Vive ya como un cartujo.
Duque. Digo que teneis, don Juan,
Entretenido criado.
D. Juan. Es agudo, y ha estudiado
Algunos años Beltran.
Duque. ¿Qué hay de doña Ana?
D. Juan. Esta noche
Parte sin duda á Madrid.
Duque. Nuestra invencion prevenid.
D. Juan. Ella, duque, va en su coche,
Su gente en uno alquilado.
Duque. Bien nos viene.
D. Juan. Así lo espero.
Duque. ¿Apercibióse el cochero?
D. Juan. Ya, señor, lo he concertado.
Duque. ¿Y está en los toros doña Ana?
D. Juan. No la he visto; pero sé
Que cuando en ellos esté,
Ni en andamio, ni en ventana
De suerte estará que pueda
Ser de nadie conocida;
Que no por fiestas olvida
Obligaciones que hereda.
Duque. ¿Cuántos toros vistes?
D. Juan. Tres,
Y entró don Mendo al tercero,
Despreciando en un overo
Al amor y al interes.

Salió con verde librea,
Robando así corazones,
Que aun el toro á sus rejones
Con su muerte lisonjea.
Duque. ¿Tan bueno anduvo el Guzman?
D. Juan. En todo es hombre escelente
Don Mendo.
Duque. ¡Cuán diferente *ap.*
Suele hablar él de don Juan!
Cansado estoy.
D. Juan. Reposar
Podeis, señor, entre tanto
Que da Tétis con su manto
A nuestra invencion lugar.
Duque. Que á su tiempo me despiertes
Te encargo.
D. Juan. Tendré cuidado.

ESCENA II.

DON JUAN Y BELTRAN.

Belt. ¿Porqué, señor, no has pintado
Caballos, toros y suertes?
Que con eso, y con tratar
Mal á los calvos, hicieras
Comedias con que pudieras
Tu pobreza remediar.
A que te cuenten, me obligo,
Seiscientos por cada una.
D. Juan. Pues supongamos que en una
Eso que me adviertes digo,
¿En otra qué he de decir?
Que á un poeta le está mal
No variar, que el caudal
Se muestra en no repetir.
Belt. Para dar desconocidos
Estos platos duplicados,
Dar aquí calvos asados,
Y acullá calvos cocidos.
Pero, señor, á las veras
Vuelva la conversacion:
¿No me dirás la intencion
Que llevan estas quimeras?
¿Para qué se han prevenido
Los dos capotes groseros?
¿Qué es esto de los cocheros?
D. Juan. Escucha, irás advertido.
Desde aquella alegre noche,
Que al gran Precursor el suelo
Celebra por alba hermosa
Del sol de justicia eterno,
De la encontrada porfia
En que me puso don Mendo
A mil gracias que conté
De doña Ana, mil defectos;
En el corazon del duque
Nació un curioso deseo
De cometer á sus ojos
La definicion del pleito.
A don Mendo le esplicó
El duque este pensamiento,
Y para ver á doña Ana
Quiso que él fuese el tercero.
El se escusó, procurando
Divertirlo de este intento,
O temiendo mi vitoria,
O anticipando sus zelos.
Creció en el mancebo duque
El apetito con esto,
Que sospechando su amor,
Hizo tema del deseo.
Declaróme su intencion,
Y yo en su ayuda me ofrezco,
Dándome esperanza á mí
Lo que temor á don Mendo:
Y como doña Ana estaba
Aquí velando á san Diego,
Venimos hoy á los toros
Mas por verla que por verlos.
Y sabiendo que esta noche
Se parte mi dulce dueño,
Por quien ya comienza Henares
El lloroso sentimiento,
Por poder gozar mejor
De su cara y de su ingenio;
Porque las gracias del alma
Son alma de las del cuerpo,
Trazamos acompañarla,
Sirviéndole de cocheros,
Nuevos faetontes del sol,
Si atrevidos, no soberbios.
Con los cocheros ha sido
Para este fin el concierto,
Para esto la prevencion
De los capotes groseros;
Que á tales trazás obliga
En ella el recato honesto,
En el duque sus antojos,
Y en mí, Beltran, mis deseos.
Belt. Todo lo demas alcanzo,
Y eso postrero no entiendo.
¿Cómo en el amor del duque
Funda el tuyo su remedio?
D. Juan. Mientras sin contrario fuerte
Ame doña Ana á don Mendo,
Ella está en su amor muy firme,
Y á mudalla no me atrevo.
Y como el duque es persona
A cuyas fuerzas y ruegos
Puede mudarse doña Ana,
Que la conquiste pretendo,
Para que andando mudable
Entre los fuertes opuestos,
No estando firme en su amor,
Esté flaca á mi deseo.
Belt. Esa es cautela que enseña

El diestro don Luis Pacheco,
Que dice que está la espada
Mas flaca en el movimiento.
D. Juan. Mejor se sujeta entonces:
De esa licion me aprovecho.
Belt. ¿Y dime, por vida tuya,
Agora sales con esto?
¿No eres tú quien me dijiste:
Si de esta vez no la muevo,
Morirá mi pretension,
Aunque vivan mis deseos?
D. Juan. Imita mi amor al hijo
De la tierra, aquel Anteo,
Que derribado cobraba
Nueva fuerza y valor nuevo.
Belt. Pensé que desesperado
Lo curabas como á muerto,
Que aunque la traza es aguda,
Pongo gran duda en su efeto;
Que el duque es muy poderoso:
Llevarála.
D. Juan. Por lo menos,
Si vence, alivio será
Que por un duque la pierdo;
Y sino, consolaráme
Ver que lo que yo no puedo,
Tampoco ha podido un duque.
Belt. En fe de aquesos consuelos
Has cortado la cabeza
Totalmente á tus intentos,
Y estando tu mal dudoso,
Has querido hacerlo cierto.
Quieres que el duque la lleve
Por quitársela á don Mendo,
Y del daño el daño mismo
Has tomado por remedio.
El epígrama que á Fanio
Hizo Marcial, viene á pelo.
D. Juan. ¿Cómo dice?
Belt. Traducido,
Dice así en lenguaje nuestro:
« Queriendo Fanio huir
Sus contrarios, se mató. »
¿No es furor, pregunto yo,
Para no morir, morir?
D. Juan. El epígrama es agudo,
Mas la aplicacion te niego,
Que no es, como tú imaginas,
Que venza el duque tan cierto;
Que si él es grande de España,
Es el querido don Mendo,
Y esto es ser grande tambien
En la presencia de Vénus.
Belt. Grandes son los dos contrarios,
Y tú, señor, muy pequeño;
Mas si fortuna te ayuda,
Juzgo posible tu intento.
Dos valientes salteadores
Por un hurto que habian hecho,
Riñeron, que cada cual
Lo quiso llevar entero;
Y mientras ellos reñian,
Un ladroncillo ratero
Cogió la presa.
D. Juan. Dios quiera
Que me suceda lo mesmo.

ESCENA III.

Habitacion de doña Ana.

DOÑA ANA Y DOÑA LUCRECIA DE CAMINO.

Da. Ana. ¿Cómo en los toros te ha ido?
Da. Luc. Jamas hicieron provecho
En las dolencias del pecho
Los remedios del sentido.
Que en un rabioso cuidado,
Tanto con el alma asisto,
Que aunque los toros he visto,
Prima, no los he mirado.
Da. Ana. Yo apostaré que hay amor.
Da. Luc. Forzoso es ya que te cuente,
Porque el daño no se aumente,
La causa de mi dolor.
Doce veces ha vestido
Febo de luz á su hermana,
Despues, hermosa doña Ana,
Que me sujetó Cupido:
Mas no fácil en mi amor
Llevó el que adoro la palma,
Que al postrer precio del alma
Le rendí el primer favor.
Hasta aquí te lo he callado,
Porque muestra liviandad
La que sin necesidad
Manifiesta su cuidado.
Mas ya que teme el amor,
Si callo, un agravio injusto,
Viendo que se anega el gusto,
Se arroja á nado el honor.
Don Mendo es pues el sugeto
Por quien quiso amor que muera,
Que menor causa no hiciera
En mí tan tirano efeto.
Supe que daba en mirar
Tu belleza soberana,
Que solo por tí, doña Ana,
Me pudiera á mí olvidar.
A mi zelosa querella
Satisfacer intentó,
Mas aunque el fuego aplacó,
Quedó viva la centella.
Supe que á Henares venia
Hoy con galas y librea;
¿Por quién quieres tú que sea,
Si á mí en Madrid me tenia?

Pedí á mi padre licencia
Para venir á Alcalá,
Y porque estabas tú acá
Me ha permitido esta ausencia.
No vine á los toros, no,
Mas á impedir nuestro daño,
Con que sepas tú tu engaño
Y mi desengaño yo.
Y porque probar pretendo
Mi verdad, este papel
Mira, y confirma con él
Las traiciones de don Mendo.
A los zelos satisface
De que yo cargo le hice;
Mira de tí lo que dice,
Y contigo lo que hace.

(*Da un papel á doña Ana.*)

Da. Ana (*leyendo*). « Tu sentimiento encareces,
« Sin escuchar mis disculpas,
« Cuanto sin razon me culpas,
« Tanto con razon padeces.
« Si miras lo que mereces,
« Verás como la pasion
« Te obliga á que sin razon
« Agravies en tu locura,
« Con las dudas la hermosura,
« Con los zelos la eleccion.
« Lucrecia, de tí á doña Ana
« Ventaja hay mas conocida
« Que de la muerte á la vida,
« De la noche á la mañana.
« ¿Quién á la hermosa Diana
« Trocará por una estrella?
« Deja la injusta querella,
« Desengaña tus enojos,
« Que tengo una alma, y dos ojos
« Para escoger la mas bella. »
Da. Luc. ¿Qué dices de ese papel?
Da. Ana. Si estás viendo, prima, aquí,
Lo que él ha dicho de mí,
¿Que quieres que diga de él?
Pierde el cuidado cruel
Que te obliga á recelar,
Cuando así me ves tratar,
Si es cosa cierta el nacer
La injuria de aborrecer,
Y la alabanza de amar.
Mas cansada te imagino,
Entra á reposar un rato,
Que para hablar de tu ingrato,
Será tercero el camino.
Da. Luc. Mi zeloso desatino
El sueño me ha de impedir.
Da. Ana. A las doce es el partir
Forzoso.
Da. Luc. ¿Y tú, no reposas?
Da. Ana. No, Lucrecia, que mil cosas
Me faltan por prevenir.
Da. Luc. ¿Puedo ayudarte?
Da. Ana. Ayudarme,
Dejarme sola será.
Da. Luc. El obedecerte es ya
Forzoso. (*Vase.*)
Da. Ana. Como el matarme. *ap.*
Celia, ven, ven á ayudarme
A lamentar mi tormento,
Presta tu voz á mi aliento,
Que en desventura tan grave,
Por una boca no cabe
A salir el sentimiento.

ESCENA IV.

DOÑA ANA Y CELIA.

Celia. ¿Qué ha sido?
Da. Ana. Nuevos agravios
Del vil don Mendo, que en suma
Firma tambien con la pluma
Lo que afirmó con los labios.
Celia. Mudar consejo es de sabios:
Hasta aquí nada has perdido;
Tu misma vista y oido
Te han avisado tu daño:
Agradece el desengaño
Que á tan buen tiempo ha venido.
Quien así te injuria ausente,
Y presente lisonjea,
O engañoso te desea,
O deseoso te miente;
Y cuando cumplir intente
Lo que ofrece, y ser tu esposo,
Si ordinario, y aun forzoso
Es el cansarse un marido,
¿Cómo hablará arrepentido,
Quien habla así deseoso?
Da. Ana. No es, Celia, mi corazon
Angel en el aprender,
Que nunca pueda perder
La primera aprehension;
No es bronce mi corazon
En quien viven inmortales
Las esculpidas señales:
Mudarse puede mi amor;
Si puede, ¿cuándo mejor,
Que con ocasiones tales?
No pienses que está ya en mí
Tan poderoso y entero
El gigante amor primero,
A quien tanto me rendí;
Desde la noche que oí
Mis agravios, la memoria
En tan afrentosa historia
Tan rabiosamente piensa,
Que entre el amor y la ofensa

Dudaba ya la victoria.
Pero con tan gran pujanza
La nueva injuria ha venido,
Que del todo se ha rendido
El amor á la venganza.
Celia. ¿Serás firme en la mudanza?
Da. Ana. O el cielo mi mal aumente.
Celia. Tus venturas acreciente,
Como contento me ha dado
Tu pensamiento mudado
De un hombre tan maldiciente.
Que desde que estando un dia
Viéndote por una reja,
La cerré, y me llamó vieja,
Sin pensar que yo lo oia,
Tal cual soy, no lo querria
Si él fuese del mundo Adan.
Da. Ana. Que eran botes mi Jordan,
Dijo de mí; ¿qué te altera,
Que á tus años te atreviera?
Celia. ¡Cuán diferente es don Juan!
Ofendido y despreciado
Es honrar su condicion,
Cuanto el lengua de escorpion
Ofende, siendo estimado.
Una vez desesperado,
Don Juan se quejaba así:
« ¿Qué delito cometí
En quererte, ingrata fiera?
Quiera Dios... ; pero no quiera,
Que te quiero mas que á mí. »
¡Si vieras la cortesía
Y humildad con que me habló
Cuando licencia pidió
Para verte el otro dia!
¡Si vieras lo que decia
En mi defensa á un criado,
Que porfiaba arrojado,
Que si yo dificultaba
La visita, lo causaba
Ser él pobre y desdichado!
¡Si vieras!... ¿pero qué vieras,
Que igualase á lo que viste,
Cuando del traidor le oiste,
Defenderte tan de veras?
Ya te ablandáras, si fueras
Formada de pedernal.
Da. Ana. ¿Qué te obliga á que tan mal
Te parezca mi desden?
Celia. Tener á quien habla bien
Inclinacion natural;
Y sin ella me obligára
La razon á que lo hiciera.
Da. Ana. ¡Celia, si don Juan tuviera
Mejor talle y mejor cara!...
Celia. ¡Pues cómo! ¿en eso repara
Una tan cuerda muger?
En el hombre no has de ver
La hermosura, ó gentileza;
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber:
Lo visible es el tesoro
De mozas faltas de seso,
Y las mas veces por eso
Topan con un asno de oro;
Por eso no tiene el moro
Ventanas, y es cosa clara,
Que aunque al principio repara
La vista, con la costumbre
Pierde el gusto ó pesadumbre
De la buena ó mala cara.
Da. Ana. No niego que desde el dia
Que defenderme le oí,
Tiene ya don Juan en mí
Mejor lugar que solia;
Porque el beneficio cria
Obligacion natural;
Y pues el rigor mortal
Aplacó ya mi desden,
Principio es de querer bien,
El dejar de querer mal.
Pero no fácil se olvida
Amor que costumbre ha hecho,
Por mas que se valga el pecho
De la ofensa recibida;
Y una forma corrompida
A otra forma hace lugar:
Mas bien puedes confiar,
Que el tiempo irá introduciendo
A don Juan, pues á don Mendo
He comenzado á olvidar.
Celia. ¿Podré yo ver el papel?
Da. Ana. Pide luces, que la oscura
Noche impedirte procura
Ver mis agravios en él.
Celia. Ya están las luces aquí.
Da. Ana. Ten el papel.

(*Dale el papel á Celia.*)

ESCENA V.

DICHAS Y UN ESCUDERO.

Esc. Dos cocheros
Piden licencia de veros.
Da. Ana. Entren.
Esc. Entrad.

ESCENA VI.

DICHOS, EL DUQUE Y DON JUAN, DE COCHEROS.

D. Juan. Pues á tí
Nunca te ha visto, seguro
Habla de ser conocido,
Mientras yo callo escondido

En manto de sombra oscuro.
Duque. El cielo os guarde, señora.
Da. Ana. Bien venido.
Duque. Acá me envia
El cochero que os servia,
Y no puede hacerlo agora,
Rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?
Que os tengo yo de servir
Esta jornada por él.
Da. Ana. ¿Tanto es su mal?
D. Juan. Por lo menos
No podrá serviros hoy.
Da. Ana. Pésame.
Duque. Persona soy,
Con quien no lo echaréis menos.
Da. Ana. A media noche esté el coche
Prevenido á la carrera.
Duque. Y será la vez primera
Que el sol sale á media noche.
Da. Ana. ¿Cómo es eso?
Duque. ¿Cómo es eso?
Da. Ana. ¿Tierno sois?
Duque. ¿Es contra ley?
Alma, tengo, como el rey,
Aunque este oficio profeso.
No huyo de amor los males,
Que si por ellos no fuera,
Yo os juro que no estuviera
Cubierto de estos sayales.
Da. Ana. ¿Pues qué? ¿son disfraz de amor
Por infanta pretendida?
Duque. Puede ser.
Da. Ana. Bien, por mi vida.
El cochero tiene humor.
Celia. Don Mendo viene.
Da. Ana. Id con Dios,
Y á media noche os espero.
Duque. Tengo por mi compañero
Tambien que tratar con vos;
Que es suyo el coche en que va
Vuestra gente, y esta noche
Ya veis cuanto vale un coche,
Y concertado no está.
La visita recibid,
Que los dos esperarémos.
Da. Ana. Por eso no reñiremos,
Si con bien llego á Madrid.
Duque. Señora, entre padres y hijos
Parece bien el concierto.

(*Se aparta el duque.*)

ESCENA VII.

DICHOS, DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mendo. ¡Gloria á Dios que llego al puerto
De combates tan prolijos!
Duque. Escuchar pretendo así,
Si á don Mendo favorece
Doña Ana.
D. Juan. ¿Pues qué os parece?
Duque. Que por mi daño la vi.

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA LUCRECIA Y ORTIZ AL PAÑO.

Da. Luc. ¡Don Mendo con ella, cielos!
Ortiz. ¿Si sabe que estás acá?
Da. Luc. Cerca el desengaño está.

(*Pónese á escuchar.*)

Ortiz. Hoy averiguas tus zelos.
D. Mendo. ¿Qué es esto, doña Ana hermosa?
¿No me respondes? ¿qué es esto?
¿Quién ha mudado tan presto
Mi fortuna venturosa?
¿Tú, señora, estás así
Grave y callada conmigo?
¿Quién me ha puesto mal contigo?
¿Quién te ha dicho mal de mí?
Habla, dime tu querella.
Da. Ana. ¿Tú puedes causarme enojos,
Teniendo una alma y dos ojos
Para escoger la mas bella?
D. Mendo. Palabras son que escribí *ap.*
A la engañada Lucrecia:
Esperado habrá la necia
Lucrecia tener de mí
Favor con hacerme daño;
Mas no pienso que le importe:
Vamos, señora, á la corte,
Verás si la desengaño.
Da. Luc. ¡Ah falso! *ap.*
D. Mendo. Que su favor
No estimo, porque concluya,
Lo que una palabra tuya
Aunque la engendre el rigor,
Da. Ana. ¿Cómo, pues si el labio mueve
Mi mediano entendimiento,
Helado queda mi aliento
Entre palabras de nieve?
D. Mendo. Don Juan le debió de dar *ap.*
Cuenta de nuestra porfía:
Mas aquí la industria mia
Las suertes ha de trocar;
Que si la verdad confieso,
Y que el amor y el poder
Temí del duque, es muger,
Y despertará con eso.
Vuelve ese rostro en que veo
Cifrado el cielo de amor.
Da. Ana. Don Mendo, así está mejor
Quien tiene el cerca tan feo.
D. Mendo. Ya colijo que don Juan

De Mendoza, mal mirado,
La contienda te ha contado
De la noche de san Juan;
Que conozco esas razones
Que el necio dijo de tí,
Porque yo le defendí
Tus divinas perfecciones.
D. Juan. ¡Ah traidor!
Duque. Disimulad.
D. Mendo. Pero don Juan bien podia
Callar, pues que yo queria
Perdonar su necedad.
Mas ya que estás de esa suerte
De mí, señora, ofendida,
Porque le dejé la vida
A quien se atrevió á ofenderte,
No me culpes, que el estar
El duque Urbino presente,
Pudo de mi furia ardiente
El ímpetu refrenar.
Celia. ¡Qué embustero!
Da. Ana. ¡Qué engañoso!
Celia. Mira con quien te casabas.
D. Mendo. Si por eso me privabas
De ver ese cielo hermoso,
Vuelve, que presto por mí
Cortada verás la lengua
Que en tus gracias puso mengua.
Da. Ana. Pues guárdate tú de tí.
D. Mendo. ¡Yo de mí! ¿Luego yo he [sido
Quien te ofendió?
Da. Ana. Claro está:
¿Quién si no tú?
D. Mendo. ¿Cuánto va
Que ese falso fementido,
Lisonjero universal,
Con capa de bien hablado,
Por adularte ha contado
Que él dijo bien y yo mal?
Mas brevemente verán
Esos ojos, dueño hermoso,
Castigado al malicioso.
Da. Ana. Para entre los dos, don Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio;
Vuestro deudo es mi amigo:
Mas esto no es murmurar.
D. Mendo. Eso dije á solas yo
Al duque; que se admiró
De verle vituperar
Lo que yo tanto alabé.
Da. Ana. Dilo al reves.
D. Mendo. Segun esto,
Quien contigo mal me ha puesto
El duque sin duda fué.
¡Aun no ha llegado á la corte,
Y ya en enredos se emplea!
¡O piensa que está en su aldea,
Para que nada le importe
Su grandeza ó calidad
Al necio rapaz conmigo,
Para no darle el castigo!
Duque. ¡Ah traidor!
D. Juan. Disimulad.
Da. Ana. ¿Qué sirven falsas escusas,
Qué quimeras, qué invenciones,
Donde la misma verdad
Acusa tu lengua torpe?
¿Hablas tú tan mal de mí,
Sin que contigo te enojes,
Y enojaste con quien pudo
Contarme tus sinrazones?
Quien te daña es la verdad
De las culpas que te ponen;
Si pecaste, y yo lo supe,
¿Qué importa saber de donde?
Pues nadie me ha referido
Lo que hablaste aquella noche;
Verdad te digo, ó la muerte
En agraz mis años corte.
Y siendo así, sabes tú
Que son las mismas razones
Las que aquí me has escuchado,
Que las que dijiste entonces.
Y pues la sé, bien te puedes
Despedir de mis favores,
Y á toda ley hablar bien,
Porque las paredes oyen.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DOÑA ANA Y DESPUES LOS DEMAS.

D. Mendo. Vuelve, escucha, dueño her- [moso,
Lo que mi fe te responde;
Y pues oyen las paredes,
Oye tú mis tristes voces.
Da. Luc. Mas que de tristeza mueras.

(*Vase.*)

Celia. Mas que eternamente llores.
Duque. ¿De dónde pudo doña Ana
Saber lo que aquella noche
Hablamos?
D. Juan. Yo no lo he dicho.
Duque. Ni yo.
D. Juan. Las paredes oyen. (*Vanse.*)
D. Mendo. Oyeme tú, Celia, así
Tus floridos años logres.
Celia. Las que ya llamaste canas,
¿Cómo agora llamas flores?
D. Mendo. ¿Quién te ha dicho tal de mí,
Celia?
Celia. Las paredes oyen.

ESCENA X.

Decoracion de calle.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mendo. ¿Qué es esto, suerte enemiga?
¡Por tan falsas ocasiones
Tan verdadera mudanza
En voluntad tan conforme!
¡Que pueda ser, quien me ha dado
Los mas estrechos favores,
A mi acusacion de cera,
Y á mi descargo de bronce!
¿A mis contrarios escuchas?
¿A malos terceros oyes?
¿A mí el oido me niegas?
¿A mí la cara me escondes?
Leon. Con la pasion no discurres;
¿Posible es que no conoces
Que tan estraños efetos
A mayor causa responden?
No por las culpas que dice
Hay mudanza en sus amores,
Antes por haber mudanza
Aquestas culpas te pone.
Que si el enojo que ves
Causáran tus sinrazones,
No tan resuelta negára
Los oidos á tus voces;
Que á quien obligan ofensas
De quien ama, que se enoje,
La satisfaccion desea,
Cuando la culpa propone.
Doña Ana no quiso oirte,
Y así me espanta que ignores
Que culpas ha menester,
Pues huye satisfacciones:
Y el que anda á caza de culpas
Intencion resuelta esconde,
Y pretende dar color
De castigo á sus errores.
D. Mendo. Bien imaginas.
Leon. Señor,
Ciego estás, pues no conoces
Su desamor en su ausencia,
Su engaño en sus dilaciones.
Dilató por las novenas
El matrimonio, engañóte;
Que no hay muger que al amor
Prefiera las devociones.
Con secreto caminaba
A otro fin su trato doble,
Y por si no lo alcanzase,
Entretuvo tus amores.
Ya lo alcanzó, y te despide,
Sin que en descargo le informes,
Que ha menester que tus culpas
Su injusta mudanza abonen.
D. Mendo. Agudamente discurres;
Mas por los celestes orbes
Juro que me he de vengar
De su rigor esta noche.
Leon. Poderoso eres, señor.
D. Mendo. De allá han salido dos hombres.
Leon. Cocheros son de doña Ana.
D. Mendo. La fortuna me socorre.

ESCENA XI.

DICHAS, EL DUQUE Y DON JUAN.

Duque. No ví hermosura mayor,
Ni tal discrecion oí.
D. Juan. ¿Luego á don Mendo vencí?
Duque. Pregúntaselo á mi amor.
Vive el cielo, que estoy loco.
D. Juan. Mi invencion es ya dichosa. *ap.*
Duque. Será mi esposa.
D. Juan. ¡Tu esposa!
Duque. Sí.
D. Juan. Ni tanto ni tan poco. *ap.*
D. Mendo. Dios os guarde, buena gente.
Duque. ¿Quién va allá?
D. Mendo. Don Mendo soy
De Guzman.
Duque. Por darle estoy
El castigo aquí.
D. Juan. Detente,
Que es de doña Ana esta puerta.
Duque. ¿Qué mandais?
D. Mendo. Que me digais,
Pues á doña Ana llevais,
¿A qué hora se concierta
La partida?
Duque. A media noche.
D. Mendo. Una cosa habeis de hacer,
Que me obligo á agradecer.
Duque. Decidla.
D. Mendo. Apartar el coche
En que fuere vuestro dueño,
Del camino un trecho largo,
Haciendo del yerro cargo
A la oscuridad ó al sueño.
Duque. ¿Para qué fin?
D. Mendo. Solamente
Hablarla pretendo, amigos,
Con espacio y sin testigos.
Duque. Cosa que algun hecho intente
Que nos cueste...
D. Mendo. No os dé pena,
Cuando yo os amparo, el miedo;
La obligacion en que os quedo
Publique aquesta cadena,
Que podeis los dos partir.
Duque. No, señor.

D. Mendo. Esto ha de ser.
(*Dale una cadena, y tómala el duque.*)
Duque. Una cosa habeis de hacer,
Si os habemos de servir.
D. Mendo. Hablad pues.
Duque. Que á la ocasion
No vais mas de dos amigos;
Porque cuantos son testigos,
Tantos enemigos son.
D. Mendo. Solos iremos los dos;
De esto la palabra os doy.
Duque. Con eso á serviros voy.
D. Mendo. Y yo á seguiros.
Duque. A Dios,
Que es hora ya de partir.
D. Juan. ¿Dónde con tu intento vas?
Duque. Presto, don Juan, lo verás.

ESCENA XII.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mendo. Manda luego apercibir,
Leonardo, los dos rocines
De campo, para alcanzar
Esta fiera. Hoy he de dar
A esta caza dulces fines.
Leon. No lo dudes, pues está
Tan de tu parte el cochero.
D. Mendo. Como eso puede el dinero.
Leon. Contra su dueño será,
Si de su favor te ayudas.
D. Mendo. El primer cochero agora
No será que á su señora
Haya servido de Judas.

ESCENA XIII.

Decoracion de campo.

(*Cantan dentro.*)

Venta de Viveros,
Dichoso sitio,
Si el ventero es cristiano,
Y es moro el vino.
Sitio dichoso,
Si el ventero es cristiano,
Y el vino es moro.
Otro. Con mi albarda y mi burro
No envidio nada,
Que son coches de pobres
Burros y albardas.
Una muger. Tan gustosa yo vengo
De ver los toros,
Que nunca se me quitan
De entre los ojos.
Tercero. Unos ojos que adoro
Llevo á las ancas:
¿Quién ha visto los ojos
A las espaldas?
Un Arriero (*dentro*). ¿Gruñes, ó gritas,
ó cantas?
Cuarto. Mis males espanto así.
Arr. ¿Somos tus males aquí?
Porque tambien nos espantas.
Cuarto. Calla y toma mi consejo,
Que no es la miel para tí.
Arr. ¿Fuiste á ver los toros?
Cuarto. Sí.
Arr. ¿Pues no hay en tu casa espejo?
Arr. 2º. ¡Ha del coche! ¿dónde bueno?
Del camino se han salido.
Arr. 1º. O el cochero se ha dormido,
O han de hacer noche al sereno.
Arr. 2º. ¡Ah Faeton de los cocheros,
Que te pierdes! Por acá.
Arr. 1º. Por esos trigos se va.
Arr. 2º. Y tras él dos caballeros.
Arr. 1º De malas lenguas se quita
Quien va al desierto á morar.
Arr. 2º. No van ellos á rezar,
Que por allí no hay ermita.
Arr. 1º. Arre, mula de Mahoma;
Ella hace burla de mí:
Dale, Francisco.
Arr. 2º. Echa aquí.
Arr. 1º. Arre, ¿qué diablo te toma?
D. Mendo (*dentro*). Pára, cochero.
Da. Ana. ¿Quién es?
D. Mendo. Don Mendo soy.
Da. Ana. Anda.
D. Mendo. Pára.

ESCENA XIV.

DON MENDO, DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA Y LEONARDO.

Da. Ana. ¿Quién sino tú se mostrára
Conmigo tan descortés?
D. Mendo. Mi esceso y atrevimiento
Disculpo con tu mudanza.
Da. Ana. Llámala justa venganza,
Y cuerdo arrepentimiento.
D. Mendo. ¿Quién lo causó?
Da. Ana. Tus traiciones.
D. Mendo. ¡Ah falsa! ¿engañarme pien-
¿Acreditas mis ofensas, [sas?
Por abonar tus acciones?
Pues no lograrás tu intento.
Da. Ana. ¿Qué es esto?
(*Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña Lucrecia á ayudarla y Leonardo á tener á doña Lucrecia.*)
D. Mendo. Justo castigo
De tu mudanza.
Da. Ana. ¿Conmigo
Tan grosero atrevimiento?
Da. Luc. ¡Justicia de Dios!
Leon. Teneos.
Da. Ana. ¡Hay escesos mas estraños!

D. Mendo. A pesar de tus engaños
He de lograr mis deseos.

ESCENA XV.

DICHOS, EL DUQUE Y DON JUAN DE COCHEROS QUE SACAN LAS ESPADAS Y DAN SOBRE ELLOS.

Duque. La venganza nos convida.
Da. Ana. ¿Dónde están mis escuderos?
Vendido me han los cocheros.
Duque. Por vos, señora, la vida
Vuestros cocheros darán.
D. Mendo. ¿A don Mendo os atreveis,
Viles?
Leon. ¿Cocheros, qué haceis?
Que es don Mendo de Guzman.
A vuestro coche os volved.
D. Mendo. Furias del infierno son.
Da. Luc. ¡Qué pena!
Da. Ana. ¡Qué confusion!

(*Retíranse don Mendo y Leonardo, y el duque y don Juan van tras ellos.*)

Cocheros, tened, tened.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Ana.

DOÑA ANA, CELIA, EL DUQUE Y DON JUAN.

(*Todos como acabaron el segundo acto.*)

Da. Ana. ¿No advertis lo que habeis
¿Cómo tan despacio estais? [hecho?
Duque. Por nosotros no temais,
Quietad el hermoso pecho;
Pues con probar la violencia
Que intentó aquel caballero,
En nuestro favor espero
Que tendremos la sentencia.
Y por su reputacion
Le estará mas bien callar;
No penseis que ha de tratar
De tomar satisfaccion
Por justicia un caballero.
¿No veis lo mal que sonára,
Que herido se confesára
Del brazo vil de un cochero
Un tan ilustre señor,
Dueño de tantos vasallos?
De estos casos el callallos
Es el remedio mejor.
Da. Ana. Siéntome tan obligada
De vuestro valor estraño,
Que el temor de vuestro daño
Toda me tiene turbada!
Duque. No temais.
Da. Ana. El pecho fiel
El daño está previniendo.
Duque. Quien pudo herir á don Mendo,
Podrá defenderse de él.
Celia. En hablar tan cortesanos,

(*A doña Ana al oido.*)

Tan valientes en obrar,
Mucho dan que sospechar
Estos cocheros.
Da. Ana. Las manos (*A Celia al oido.*)
Les mira, que la verdad
Nos dirán.
Celia. Es gran razon
Pagalles la obligacion
Que tiene á su lealtad,

(*Toma las manos al duque y vuélvese á hablar aparte á doña Ana.*)

Pues por estas manos queda
Tu honestidad defendida.
¡Ay, señora de mi vida! (*Aparte las dos.*)
Blandas son como una seda,
Y en llegando cerca, son
Sus olores soberanos.
Da. Ana. ¿Buen olor y buenas manos?
Clara está la informacion.
Disimula.
Celia. El otro está
Siempre cubierto y callado,

(*Don Juan se está escondido detras del duque.*)

Cogerélo descuidado,
Pues la aurora alumbra ya
Lo que basta á conocello.

(*Va Celia por detras de todos á coger de cara á don Juan.*)

Da. Ana. Amigos, puesto que así
Os arriesgasteis por mí,
Sin obligacion de hacello,
De esta casa y de mi hacienda
Os valed.
Duque. Los piés os beso;
Mas yo no paso por eso,
Que no es razon que se entienda,
Que fué sin obligacion
El serviros; pues de un modo
Se la pone al mundo todo
Vuestra rara perfeccion.
Porque á quien os llega á ver
Dais gloria tan sin medida,

Que aunque os pague con la vida,
Os queda mucho á deber.
Celia. ¿Y vos sois mudo, cochero?

(*A don Juan.*)

¿De qué estais triste? Volved;
Alzad el rostro, aprended
Animo del compañero.
¿El que riñó sin temer,
Teme sin reñir agora?
Duque. En vano os cansais, señora,
Que es mudo.
Celia. Bien puede ser.
Mas yo don Juan de Mendoza *ap.*
Pienso que es; él es, ¿qué dudo?
El triste se finge mudo
Por no perder lo que goza
Mientras encubierto está.
¿Quién dirá, señora, que es
El callado?
Da. Ana. Dilo pues.
Celia. ¿Quién piensas tú que será?
Da. Ana. No lo sé.
Celia. ¡Quién puede ser,
Quien siendo gran caballero,
Quisiese ser tu cochero
Solo por poderte ver!
¡Quién el que con tal valor
En un lance tan estrecho,
Pusiese á la espada el pecho
Por asegurar tu honor!
¡Quién el que en penar se goza
Por tu amor, y tu desden
Sigue enamorado! ¡quién,
Sino don Juan de Mendoza!
Da. Ana. Bien dices, solo él haria
Finezas tan estremadas.
Celia. Bien merecen ser premiadas.
Da. Ana. Que no las pierde confia.
Duque. El sol sale, porque vos,
Que sol al mundo habeis sido
En tanto que él ha dormido,
Reposeis agora; á Dios.
Y así los cielos, que os dan
Belleza, os den larga vida,
Que no os inquiete la herida
De don Mendo de Guzman.

ESCENA II.

DICHOS, MENOS EL DUQUE.

Da. Ana. Tras la ofensa que ha intentado,
No hay porque inquietarme pueda,
Que ni aun la ceniza queda
En mí del amor pasado.
Deten á don Juan, que quiero
Hablalle.
Celia. A servirte voy.
Da. Ana. Y mientras con él estoy,
Entreten al compañero.
Celia. Señor cochero fingido,
Mi dueño os llama; esperad.
D. Juan. Un...
Celia. No hay *Un*, volved y hablad,
Que ya os hemos conocido.

ESCENA III.

DOÑA ANA Y DON JUAN.

D. Juan. ¡Eso debo á mi ventura!
Da. Ana. ¿Qué es esto, don Juan?
D. Juan. Amor.
Da. Ana. Locura, dirás mejor.
D. Juan. ¿Cuándo amor no fué locura?
Da. Ana. Sí: mas los fines ignoro
De estos disfraces que veo.
D. Juan. Así miro á quien deseo;
Así sirvo á quien adoro.
Da. Ana. No; traidoras intenciones
Encubren estos disfraces.
D. Juan. Falsas conjeturas haces,
Por negar obligaciones.
Da. Ana. El probarte lo que digo
No es difícil.
D. Juan. Ya lo espero.
Da. Ana. ¿Quién es ese caballero?
¿Y á qué fin viene contigo?
Traer quien me diga amores,
Y escuchallos escondido,
¿Podrás decir que no ha sido
Con pensamientos traidores?
D. Juan. ¡Cuán lejos del blanco das,
Pues si traidores los llamas,
La mayor fineza infamas
Que ha hecho el amor jamas!
Da. Ana. Dila pues, que á agradecella,
Sino á pagalla, me obligo.
D. Juan. Por obedecer, la digo,
No por obligar con ella.
Como mi mucha aficion
Y poco merecimiento
Engendró en mi pensamiento
Justa desesperacion;
Vino amor á dar un medio
En desventura tan fiera,
Que á mi mal consuelo fuera,
Ya que no fuera remedio.
Y fué, que te alcance quien
Te merezca; tu bien quiero,
Que el efecto verdadero
Es este de querer bien.
A este fin, tus partes bellas
Al duque Urbino conté,
Si contar posible fué
En el cielo las estrellas:
Él, de tu fama movido,

De tu recato obligado,
Este disfraz ha ordenado,
Con que te ha visto y oido.
Y ojalá, que conociendo
Tu sugeto soberano,
Dé, con pretender tu mano,
Efecto á lo que pretendo;
Que yo, con verte en estado
Igual al merecimiento,
Al fin quedaré contento,
Ya que no quede pagado.
Esta ha sido mi intencion,
Y si escuchaba escondido,
Fué porque el ser conocido
No estorbase la invencion.
Que juzgues agora quiero,
Si he merecido, ó pecado,
Pues de puro enamorado
Vengo á servir de tercero.
Da. Ana. Tu voluntad agradezco,
Pero condeno tu engaño,
Que presumes por mi daño
Mas de mí, que yo merezco.
Porque no es á la escelencia
Del duque igual mi valor,
Que no engaña el propio amor,
Donde hay tanta diferencia.
Fué mi padre un caballero
Ilustre, mas yo imagino
Que pensára honrarle Urbino
Si lo hiciera su escudero.
Y así á tan locos intentos
Tus lisonjas no me incitan,
Que afrentosos precipitan
Los soberbios pensamientos.
D. Juan. Mucho, señora, te ofendes,
Porque sin tu calidad,
Digna es por sí tu beldad
De mas bien que en esto emprendes.
No te merece gozar
El duque, ni el rey, ni...
Da. Ana. Tente;
La fiebre de amor ardiente
Te obliga á desatinar.
Tu amoroso pensamiento
Encarece tu valor,
Diérasle al duque tu amor
Que yo le diera tu intento.
D. Juan. ¿Quién podrá quererte menos,
En viendo tu perfeccion?
Da. Ana. Al fin, por tu corazon
Quieres juzgar los agenos;
Y es engaño conocido,
Que si el tuyo por mí muere,
No con una flecha hiere
Todos los pechos Cupido;
Y aunque el duque tenga amor,
Galan querrá ser, don Juan,
Y honra mas que un rey galan,
Un marido labrador.
Y aunque en el duque es forzosa
La ventaja que le doy,
Grande para dama soy,
Si pequeña para esposa.
D. Juan. Nadie con tal pensamiento
Ofende tu calidad.
Da. Ana. De mi consejo, dejad
De terciar en ese intento;
Porque mayor esperanza
Puede al fin tener de mí
Quien pretende para sí,
Que quien para otro alcanza.

ESCENA IV.

DON JUAN, Y DESPUES BELTRAN.

D. Juan. ¿Posible es que tal favor
Merecieron mis oidos?
¡Dichosos males sufridos!
¡Dulces victorias de amor!
Que tendrá mas esperanza,
Dijo, si bien lo entendí,
Quien pretende para sí,
Que quien para otro alcanza.
Que la pretenda mi amor
Me aconseja claramente,
Y la muger, que consiente
Ser amada, hace favor.
Belt. Mira que el duque te espera,
Y no el padre de Faeton,
Que á publicar tu invencion,
Apresura su carrera.
D. Juan. En cas de mi amada bella
Son los años puntos breves.
Belt. En la taberna no bebes,
Pero te huelgas en ella.
D. Juan. Bien lo entiendes.
Belt. Alegría
Vierten tus ojos, señor.
D. Juan. Hacen fiestas á un favor.
Belt. Mucho alcanza la porfía.

ESCENA V.

DICHOS Y CELIA.

D. Juan. Celia, amiga, Dios te guarde.
Celia. Y te dé el bien que deseas.
D. Juan. Como de mi parte seas,
No hay ventura que no aguarde.
Celia. Si en mi mano hubiera sido,
Tu dicha fuera la mia;
Mas, don Juan, sirve y porfia,
Que no va tu amor perdido.

ESCENA VI.

CELIA Y BELTRAN.

Belt. ¿Y á mí me aprovecharia
El servir como á mi amo?
Celia. ¿Pues amas tambien?
Belt. Yo amo
Por solo hacer compañía.

ESCENA VII.

DICHOS Y DOÑA ANA.

Da. Ana. Celia está con el criado
De don Juan, y no sosiego
Hasta hablalle; ya está el fuego
En mi pecho declarado.
Celia. Mi señora.
Belt. Voime.
Da. Ana. Hidalgo,
Volved. ¿Quién sois?
Belt. Soy Beltran,
Un criado de don Juan
De Mendoza.
Da. Ana. ¿Quereis algo?
Belt. Servirte solo quisiera:
Aquí á Celia le decia
Que amo por compañía.
Da. Ana. No es conclusion verdadera.
¿Satirizas?
Belt. No conviene,
Que eso puede solo hacer
Quien no tiene que perder,
O que le digan no tiene.
¿Pero yo, cómo querias
Que predique, sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?
Da. Ana. Tu gusto desacreditas
Con esa cuerda intencion;
Porque á la conversacion
La mejor salsa le quitas.
Belt. Si ella es salsa, es muy costosa,
Señora, que bien mirado,
Ni hay mas inútil pecado,
Ni salsa mas peligrosa.
¿Despues que uno ha dicho mal,
Saca de hacerlo algun bien?
Los que le escuchan mas bien,
Esos lo quieren mas mal;
Que cada cual entre sí
Dice, oyendo al maldiciente:
Este, cuando yo me ausente,
Lo mismo dirá de mí.
Pues si aquel, de quien murmura,
Lo sabe, que es fácil cosa,
¿Qué mesa tiene gustosa?
¿Qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos,
Que no aborrecen la gente,
Y solo del maldiciente
Huyen con cuidado todos.
Del malo mas pertinaz
Lastima la desventura,
Solamente al que murmura
Lleva el diablo en haz y en paz.
En la corte hay un señor,
Que muchas veces oí,
(Esto encaja bien aquí *ap.*
Para quitarle el amor)
Que está mal quisto de modo,
Por vicioso en murmurar,
Que si lo vieran quemar
Diera leña el pueblo todo.
¿No conoces á don Mendo
De Guzman?
Da. Ana. Beltran, detente,
¿El vicio del maldiciente
Has estado maldiciendo,
Y con tal desenvoltura
De don Mendo has murmurado?
Belt. Pienso que es esceptuado
Murmurar del que murmura:
Dicen que el que hurta al ladron
Gana perdones, señora.
Da. Ana. Dicen mal; vete en buen hora.
Belt. Da á mi ignorancia perdon,
Si acaso te he disgustado.
Mal disimula quien ama. *ap.*

ESCENA VIII.

DOÑA ANA Y CELIA.

Celia. Apagado se ha la llama,
Mas mucha brasa ha quedado,
Pues su ofensa te ofendió.
Sin duda que en tu memoria
Ha borrado amor la historia,
Que esta noche te pasó.
Da. Ana. Celia, ten; cierra los labios,
Mira que mi honor ofendes,
Cuando de mi pecho entiendes
Que olvida así sus agravios.
No los males he olvidado
Que ha dicho de mí don Mendo,
La infame hazaña estoy viendo
Que hoy en el campo ha intentado,
En que claramente veo,
Pues tan poco me estimaba,
Que engañoso procuraba
Solo cumplir su deseo.
Con que ya en mi pensamiento
No solo el fuego apagué,
Pero cuanto el amor fué,
Es el aborrecimiento.
Mas esto no da licencia

Para que un bajo criado,
De hombre tan calificado
Hable mal en mi presencia;
Que no por la enemistad
Que entre dos nobles empieza,
Pierden ellos la nobleza
Ni el villano la humildad.
Esto, Celia, me ha obligado
A indignarme con Beltran,
Que no porque ya don Juan
No esté solo en mi cuidado.
Celia. ¿Al fin su fe te ha vencido?
Da. Ana. Con lo que anoche pasó,
Cuanto don Mendo bajó,
Él en mi rueda ha subido.
Celia. ¿Declarástele tu amor?
Da. Ana. ¿Tan liviana me has hallado?
¿No basta haberle mostrado
Resplandores de favor?
Celia. ¡Liviana dices, despues
De dos años que por ti
Ha andado fuera de sí!
Bien parece que no ves
Lo que en las comedias hacen
Las infantas de Leon.
Da. Ana. ¿Cómo?
Celia. Con tal condicion,
O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan trage,
Y sirviéndole de page,
Van con las piernas al viento.
Pues tú, que obligada estás
De tanto tiempo, y fe tanta,
Si bien señora, no infanta,
Honestamente podrás
Decirle tu voluntad
Con prevenciones discretas,
Sin temer que á los poetas
Les parezca impropiedad.
Da. Ana. ¿Poco á poco no es mejor?
Celia. ¿Tú quiéreslo?
Da. Ana. Celia, sí.
Celia. ¿Sabes que él muere por tí?
Da. Ana. Bien cierta estoy de su amor.
Celia. Pues cuando de esa verdad
Hay certidumbre, yo hallo
Mas crueldad en dilatallo,
Que en decillo liviandad;
Que el tiempo sirve de dar
Del amor informacion,
Y es necia la dilacion,
Si no queda que probar.
Da. Ana. El sujetarme es forzoso,
Celia, á tu agudeza estraña.
Celia. Es verdad que es poca hazaña
Persuadir á un deseoso.

ESCENA IX.

Sala en casa de don Mendo.

DON MENDO CON BANDA, SIN ESPADA, Y EL CONDE.

D. Mendo. Mis cocheros me han vendido,
Dijo mi enemiga apenas,
Cuando en espadas y dagas
Truecan azotes y riendas,
Y como animosos, mudos,
Indicio de su fiereza,
Que da el valor á los pechos
Lo que les quita á las lenguas.
Embistieron dos á dos
Con tal ímpetu y violencia,
Que pensé, viendo el esceso
De su valor y sus fuerzas,
Que trasformado en cochero,
Jove por mi ingrata bella
Vibraba rayos ardientes
Para vengar sus ofensas;
Porque sus valientes golpes
Eran tantos, que no suenan
En la fragua de Vulcano
Los martillos tan apriesa.
Al fin, primo (que á vos solo
Puedo confesar mi afrenta),
La espada de un hombre humilde
Pudo herirme en la cabeza,
Y tanta sangre corria,
Con ser la herida pequeña,
Que cegándome los ojos
Puso fin á la pendencia.
Volví á curarme á Alcalá,
Que estaba un cuarto de legua,
Mas con rabia de la causa,
Que del efecto con pena.
Esto ha podido en doña Ana
Una mal fundada queja,
Y este es el premio que traigo
De celebrarla en las fiestas.
Conde. ¡Hay suceso mas estraño!
¿Y habeis sabido quién eran
Cocheros tan valerosos?
D. Mendo. Como se va con cautela,
Procurando por mi honor
Que el suceso no se sepa,
No es averiguarlo fácil;
Mas yo tengo una sospecha,
Que siempre estas viudas mozas,
Hipócritas y santeras,
Tienen galanes humildes,
Para que nadie lo entienda.
Tal valor en un cochero
Los zelos no mas lo engendran,
Que nunca así por leales
Los hombres bajos se arriesgan.

Esto se viene rodado,
Que si no, no lo dijera,
Que ya sabeis que no suelo
Meterme en vidas agenas.
Conde. ¡Así tengas la salud! *ap.*
No vengo en esa sospecha;
El enojo os precipita
Contra tan honradas prendas;
Y no es justo hablar así
De quien puede ser que sea
Vuestra esposa.
D. Mendo. Ya he perdido
La esperanza y la paciencia.
Conde. ¿Tan presto?
D. Mendo. Volverme quiero
A mi constante Lucrecia.
Conde. ¡Malas nuevas te dé Dios! *ap.*
Indicios dais de flaqueza:
Si doña Ana está engañada,
Procurad satisfacerla.
D. Mendo. Niega á mi voz los oidos.
Conde. Entrad y habladla por fuerza;
Porque quien el dueño ha sido,
Siempre tiene esa licencia,
Mientras no se satisface
De que es la mudanza cierta.
Quizá enojada os castiga,
Y no os despide resuelta;
O decid vuestras disculpas
En un papel.
D. Mendo. Yo lo hiciera,
Si hubiera de recibillo.
Conde. Yo me obligo á que lo lea.
D. Mendo. ¿Cómo?
Conde. Dádmele, que yo
Lo pondré en sus manos mesmas.
D. Mendo. Al punto voy á escribir.

ESCENA X.

EL CONDE.

Y yo á pedir á Lucrecia
Que me cumpla su palabra,
Pues ha visto sus ofensas;
Que pues con doña Ana vino
De Alcalá en un coche, es fuerza
Que viera lo que ha contado,
Y su desengaño viera;
Y este papel ha de ver,
Para que negar no pueda;
Que modo habrá de escusarme,
Cuando don Mendo lo sepa:
Y consiga yo mi intento,
Suceda lo que suceda,
Que no mira inconvenientes
El que ciega amor de veras.

ESCENA XI.

DON JUAN Y BELTRAN.

Belt. ¿Que llegó el tiempo?
D. Juan. Llegó
El fin de las ansias mias.
Belt. ¡Gracias á Dios, que en mis dias
Un milagro sucedió!
¿Que á doña Ana le das pena?
¿Que olvida al Guzman Narciso?
Este es el tiempo que quiso
Ver el marques de Villena.
Es verdad que de cada año
Lo mismo decir he oido,
Pero viene aquí nacido
Con suceso tan estraño.
¿Que te quiere bien?
D. Juan. Sin duda;
Ya lo dijo claramente,
Y un ángel, Beltran, no miente.
Belt. Todo en efecto se muda,
Pues algun tiempo averiguo
Que fué ya la calva hermosa:
Jamas el tiempo reposa;
¿No dice un romance antiguo:
Por mayo era, por mayo,
Cuando los grandes calores,
Cuando los enamorados
A sus damas llevan flores?
Pues ves aquí se ha pasado
A setiembre ya el calor;
Pero sospecho, señor,
Que tú tambien te has mudado.
¿De qué tal melancolía
Te ha cargado en un instante?
Tahur parece el amante,
Pues no dura su alegría;
Pero advierte que es flaqueza.
D. Juan. Déjame con mi afliccion.
Belt. ¿Ello importa á la invencion,
Señor? pues va de tristeza.
D. Juan. Beltran, la mudanza mia
En mudarse todo está,
Que tambien se mudará
La causa de mi alegría.
Que adora así su beldad
El duque Urbino, que creo
Que por lograr su deseo,
Perderá la libertad.
Belt. ¿Que se case temes?
D. Juan. Sí.
Belt. Pues si tu querida alcanza
De vista aquesa esperanza,
Bien pueden doblar por tí.
¿Que por llamarse escelencia
Qué no hará una muger?
D. Juan. Eso me obliga á perder

La esperanza y la paciencia.
Belt. Pues al remedio, señor.
D. Juan. Dilo tú, si alguno ves.
Belt. Si él ama así, no lo es
El declaralle tu amor.
Mas porque tu amada bella
Contigo esté declarada,
Antes que él la persuada,
Cásate, señor, con ella.
D. Juan. ¿Cómo la podré obligar
Tan brevemente?
Belt. Fingiendo
Que la herida de don Mendo
Se ha sabido en el lugar:
Y con esto el vulgo toca
En la opinion de doña Ana,
Que tengo por cosa llana,
Que por taparle la boca,
Si se ha de determinar
Tarde, que quiera temprano
Darte de esposa la mano:
Con esto puedes mostrar
Un desconfiado pecho
Con recelos de su fe,
Porque la mano te dé
Para verte satisfecho.
Que pues dice claramente
Que te quiere y tú la quieres,
O ha de hacer lo que quisieres,
O ha de confesar que miente.
D. Juan. Al jardin irá esta tarde;
Allí la tengo de ver,
Y seguir tu parecer.
Belt. Nunca ha vencido el cobarde.
El duque es este.

ESCENA XII.

DICHOS, EL DUQUE Y FABIO.

D. Juan. ¿Señor?
Duque. Don Juan, amigo, yo muero.
D. Juan. ¿Cómo?
Duque. En un combate fiero
De zelos, desden y amor.
Al ingrato, como bello
Angel que adoro, escribí
Hoy un papel.
D. Juan. ¡Ay de mí! *ap.*
Duque. Y no ha querido leello.
D. Juan. El alma al cuerpo me ha vuel-
¿Pues cómo tanto rigor? [to. *ap.*
Duque. Nacido es de ageno amor
Un disfavor tan resuelto.
D. Juan. Yo á ser amada atribuyo
El mostrarse tan ingrata.
Duque. Cuando el efecto me mata,
Sobre la causa no arguyo.
Lo que es cierto es que yo muero;
Vos, don Juan, me aconsejad.
D. Juan. De tan resuelta crueldad
La mudanza desespero.
Dejallo es mi parecer,
Antes que crezca el amor.
Duque. Ya no puede ser mayor.
D. Juan. Pues amar y padecer.

ESCENA XIII.

DICHOS Y MARCELO.

Marc. ¿Puedo hablarte?
Duque. Sí, Marcelo.
Marc. Dame albricias.
Duque. Tu tardanza
Me mata.
Marc. Ya tu esperanza
Ha hallado puerta en tu cielo.
Hoy va tu dueño cruel
Al jardin, y un escudero
(Que esto ha podido el dinero)
Quiere darte entrada en él.
Duque. Abrázame.
Belt. ¡Qué doblones!
Duque. ¿No ireis conmigo, don Juan?
D. Juan. Señor, los que solos van
Gozan bien las ocasiones.
Duque. Bien decis; vedme despues
Que se esconda el sol dorado,
Sabreis lo que me ha pasado. (*Vase.*)
D. Juan. ¡Mal haya el vil interes,
Por quien ni honor, ni opinion
Podemos asegurar!
Belt. Lo que importa es madrugar,
Y hurtalle la bendicion.

ESCENA XIV.

Decoracion de jardin.

EL CONDE Y DOÑA LUCRECIA.

Conde. ¿Negarás, señora mia,
La palabra que me diste?
Da. Luc. Yo no la niego.
Conde. ¿Y que viste
Cuando doña Ana venia
De Alcalá, tu desengaño?
Da. Luc. Eso tampoco te niego;
Mas aunque se apagó el fuego,
Quedan reliquias del daño.
Conde. Pues porque arrojes del pecho
Las cenizas que han quedado,
Mira el papel que me ha dado
Don Mendo, de amor deshecho,
Para aplacar el rigor
De doña Ana de Contreras;
Si mas agravios esperas
Será bajeza, y no amor.
(*Dale un papel, y lee Lucrecia.*)

Da. Luc. « El que sin oir condena,
« Oyendo ha de condenar;
« Esto me obliga á pensar
« Que es sin remedio mi pena.
« Ya que el cielo así lo ordena,
« Dadme solo un rato oido,
« Que si culpado lo pido,
« Para mas pena ha de ser,
« Sino que os dañe saber
« Que jamas os he ofendido. »
Conde. ¿Conoces la letra?
Da. Luc. Sí.
Conde. ¿Ves tu engaño?
Da. Luc. Ya lo veo.
Conde, y pagarte deseo
Lo que padeces por mí;
Que demas de que premiarte
Es justo tan firme fe,
Gusto á mi padre daré,
Que es en esto de tu parte.
Hazme gusto de esconderte
Por el jardin, no te vea
Mi prima.
Conde. El alma desea
Por gloria el obedecerte.

ESCENA XV.

DOÑA LUCRECIA, DOÑA ANA Y CELIA.

Celia. ¿Que de esa manera estás?
Da. Ana. Despues que estoy declarada,
Cuanto mas resistí helada,
Tanto voy ardiendo mas.
¡Quién detras de este arrayan
Súbitamente lo hallára!
Celia. ¡Ay, Celia, y qué mala cara,
Y mal talle de don Juan!
¿Ves lo que en un hombre vale
El buen trato y condicion?
Da. Ana. Tanto, que ya en mi opinion
No hay Narciso que le iguale.
Prima, ¿qué es eso que lees?
Da. Luc. Un billete de don Mendo,
Y mostrártelo pretendo,
Por si sus promesas crees.
Da. Ana. Ni le escucho, ni le creo,
Bien puedes vivir segura.
Da. Luc. ¡No le dé Dios mas ventura,

(*Da el papel á doña Ana, y ella se pone á leerlo.*)

De la que yo le deseo!
Solo pretendo que dél
Entiendas lo que te quiere.
Haréle el mal que pudiere, *ap.*
Pues da ocasion el papel.

ESCENA XVI.

DICHOS Y DON JUAN.

Celia. Llega atrevido y dichoso.
(*A don Juan, que se llega por un lado á doña Ana.*)
D. Juan. Un papel está leyendo, *ap.*
Y la letra es de don Mendo.
¿Tendrá licencia un zeloso,
A quien tu dueño has llamado,
Para ver ese papel?
Da. Ana. Don Juan, si ha nacido de él
Ese zeloso cuidado,
Pide licencia primero
A mi prima, y lo verás.
D. Juan. ¿Luego licencia me das
De decille que te quiero?
Da. Ana. Sí, que este es lance forzoso,
Puesto que el alma te adora.
D. Juan. Dadme licencia, señora,
Por amante, ó por zeloso,
Para ver este papel.
Da. Luc. Mi gusto en doña Ana vive.
Da. Ana. Agora sabe que escribe
Don Mendo á Lucrecia en él.
D. Juan. ¿Don Mendo á Lucrecia?
Da. Ana. Sí;
Decirlo puede mi prima.
D. Juan. Si tanto tu gusto estima,
Mas que eso dirá por tí.
Pero aquí el mismo papel
Es bien que el testigo sea.
Da. Luc. Satisfacerme desea,
Y audiencia me pide en él.
D. Juan (*leyendo*). « El que sin oir con-
« Oyendo ha de condenar; [dena,
« Y esto me obliga á pensar
« Que es sin remedio mi pena.
« Ya que el cielo así lo ordena,
« Dadme solo un rato oido,
« Que si culpado lo pido,
« Para mas pena ha de ser,
« Sino que os dañe saber
« Que jamas os he ofendido. »
Doña Ana, ¿qué te ha obligado
A pretenderme engañar?
¿Qué te puedo yo importar
No querido, y engañado?
A tí vienen dirigidas
Las razones que he leido,
Que sobre lo sucedido
Son palabras conocidas.
Da. Ana. Cuando á mí venga el papel,
¿Da gracias de algun favor,
O quejas de mi rigor?
Luego te obligo con él.

D. Juan. Mejor modo de obligar
Fuera no haberlo leido;
Que quien escucha ofendido,
No huye de perdonar.
¿Ageno papel recibes
Cuando mia te has nombrado?
O poco me has estimado,
O livianamente vives.
De donde he ya conocido
Que vivir me está mas bien
Desdichado en tu desden,
Que en tu favor ofendido.
Yo me iré donde jamas
Pueda otra vez engañarme
Tu favor.
Da. Ana. ¿Quieres matarme,
Señor?
D. Juan. Suelta.
Da. Ana. No te irás
Sin oirme; prima mia,
Ayudámele á tener.
D. Juan. Soltad.
Da. Luc. Ya es esto perder
La debida cortesía.
Celia. Don Mendo está en el jardin.
Da. Ana. ¿Don Mendo?
Celia. Por fuerza ha entrado.
Da. Ana. A coyuntura ha llegado
Que daré á tus zelos fin.
Los dos tras ese arrayan
Os entrad, donde escondidos
Los ojos y los oidos
Satisfaccion os darán.
D. Juan. Sola tu mano ha de ser
Quien me tenga satisfecho.
Da. Ana. Señor eres ya del pecho;
Poco te queda que hacer.

(*Escóndense don Juan y doña Lucrecia.*)

ESCENA XVII.

DICHOS Y DON MENDO.

D. Mendo. Ni quiero que me perdones,
Ni volver quiero á tu gracia;
Y si tal pidiere, cierra
El oido á mis palabras.
Mis descargos solamente
Quiero que escuches, doña Ana,
Por volver por mi opinion,
No por culpar tu mudanza.
Si al duque Urbino, de ti
Dije una noche mil faltas,
Fué temor de que en su pecho
Engendrase amor tu fama;
Porque don Juan de Mendoza
Contaba tus alabanzas,
Y á la pólvora de un mozo
La menor centella basta.
A tu prima le escribí
Mil agravios por tu causa,
Desengañando su amor,
Y encareciendo tus gracias.
Si ella te ha dicho otra cosa,
Presto verás que te engaña,
Que el traslado traigo aquí;
Oye sus mismas palabras.
« Tu sentimiento encareces (*Lee.*)
« Sin escuchar mis disculpas;
« Cuanto sin razon me culpas,
« Tanto con razon padeces:
« Si miras lo que mereces,
« Verás como la pasion
« Te obliga á que sin razon
« Agravies en tu locura,
« Con las dudas, la hermosura,
« Con los zelos, la eleccion.
« Lucrecia, de tí á doña Ana
« Ventaja hay mas conocida,
« Que de la muerte á la vida,
« De la noche á la mañana.
« ¿Quién á la hermosa Diana
« Trocará por una estrella?
« Deja la injusta querella,
« Desengaña tus enojos,
« Que tengo una alma y dos ojos
« Para escoger la mas bella. »
Mira si mas claramente
Pude yo desengañarla;
Si ella lo entendió al reves,
En mí no estuvo la falta.
Que quise en el campo usar
De fuerza, dirás. ¡Ah ingrata!
Como á esposa lo intenté,
Si te ofendí como á estraña;
Y delinquir en el campo
No fué mucho, si llevaba
Anticipado el castigo
Con mil flechas en el alma.
Tus quejas y mis disculpas
Estas son, la furia amansa,
Huya de tu hermoso cielo
La nube de mi desgracia;
Que el cielo, el aire, la tierra
Son testigos de mis ansias:
No hay quien dude mis verdades
Sino tú, que eres la causa.
Esta es mi mano de esposo,
Y con disculpa tan clara,
O no niegues mi firmeza,
O confiesa tu mudanza.
Da. Luc. Aquí se casan sin duda.
D. Juan. Aquí sin duda se casan.
¿Saldré, Celia?
Celia. No la enojes
Cuando te importa obligalla.

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL DUQUE CON UN ESCUDERO, Y QUÉDANSE AL PAÑO.

Esc. Aquí podeis aguardar
A que don Mendo se vaya.
Da. Ana. Don Mendo, yo te confieso
Que tu descargo es muy llano,
Y que con darme la mano
Puede cerrarse el proceso;
Pero tu intento no tiene
Remedio, ya me has perdido,
Y resuelto el ofendido,
Tarde la disculpa viene.
Digo que fué la intencion
Con que hablaste mal de mí
Al duque, querer así
Librarme de su aficion;
Mas fué público el hablar,
La intencion oculta fué;
Si por lo escrito juzgué,
No te me puedes quejar:
Y agora te desengaña
De cuan malo es hablar mal,
Pues con ser la causa tal,
Y el fin tan bueno, te daña.
Por el mal medio condeno
El buen fin; todo lo igualo,
En que verás que lo malo
Aun para buen fin no es bueno.
Tu lengua te condenó,
Sin remedio á mi desden;
A toda ley, hablar bien,
Que á nadie jamas dañó.
Con esto, si eres discreto,
Mudar intento podrás.
D. Mendo. ¿Resuelta en efecto estás?
Da. Ana. Resuelta estoy en efeto.
D. Mendo. Mira lo que dices.
Da. Ana. Digo
Que es vana tu presuncion,
Porque esta, resolucion
Es, don Mendo, no castigo.
D. Mendo. Ya lo que dice de tí
La fama creer es justo,
Que informa de tu mal gusto
El aborrecerme á mí.
Del cochero que me hirió
Se habla mal, y mal sospecho,
Que tal brio en bajo pecho
De tus favores nació.
Da. Ana. Tente, no me digas mas;
Yo estorbaré mis afrentas;
Por donde obligarme intentas
Del todo me perderás.
El cochero que te hirió,
Don Mendo, mostrarte quiero.
Bien podeis salir, cochero.

(*Salen al teatro, y empuñan todos las espadas.*)

D. Juan. Yo soy el cochero.
Duq. Y yo.
Da. Ana. Caballeros, deteneos,
Que á mí ese daño me haceis.
Duq. Basta que vos lo mandeis.
D. Juan. Serviros son mis deseos.
Da. Ana. Estos los cocheros son
Por quien mi opinion se infama;
Y por quitar á la fama
De mi afrenta la ocasion,
Le doy la mano de esposa
A don Juan. (*Dansę las manos.*)
D. Juan. Y yo os la doy.
Celia. ¡Buena pascua!
Belt. ¡Loco estoy!
Duq. Vuestra amistad engañosa
Castigaré.

(*Empuña el duque contra don Juan.*)

D. Juan. Deteneos,
Que yo nunca os engañé;
Recato y no engaño fué
Encubriros mis deseos;
Que si os quereis acordar,
Solo os tercié para vella,
Y en empezando á querella,
Os dejé de acompañar.
Da. Ana. Y en fin, si bien lo mirais,
El dueño fuí de mi mano,
Y sobre mi gusto en vano
Sin mi gusto disputais.
A don Juan la mano dí,
Porque me obligó diciendo
Bien de mí, lo que don Mendo
Perdió hablando mal de mí.
Este es mi gusto, si bien
Misterio del cielo ha sido,
Con que mostrar ha querido
Cuanto vale el hablar bien.
D. Mendo. Antes sospecho que fué
Pena del loco rigor
Con que por tí el firme amor
De tu prima desprecié:
Mas con llorar mi mudanza
Y gozar su mano bella
Estorbaré su querella,
Y mi engaño, y tu venganza.
Da. Luc. ¿Quién os dijo que sustenta
Hasta agora el alma mia
Vuestra memoria?
Belt. Él hacia
Sin la huéspeda la cuenta.
Da. Luc. Vos hablastes, pretendiendo
A doña Ana, mal de mí.

D. Mendo. ¡Yo á doña Ana mal de ti!
Da. Luc. Las paredes oyen, Mendo.
Mas puesto que en vos es tal
La imprudencia, que quereis
Ser mi esposo, cuando habeis
Hablado de mí tan mal;
Yo no pienso ser tan necia,
Que esposa pretenda ser
De quien quiere por muger
A la misma que desprecia;
Y porque con la esperanza
El castigo no alivieis,
Lo que por falso perdeis,
El conde por firme alcanza.
Vuestra soy. (*Da la mano al conde.*)
D. Mendo. ¡Todo lo pierdo!
¿Para qué quiero la vida?
Conde. Júzgala tambien perdida,
Si en hablar no eres mas cuerdo.
Belt. Y pues este ejemplo ven,
Suplico á vuesas mercedes
Miren, que oyen las paredes;
Y á toda ley hablar bien.

EL TEJEDOR DE SEGOVIA.

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE.

Esta comedia tiene todas las bellezas y todos los defectos de *los Bandidos* de Schiller; Pedro Alonso, lo mismo que Karl Moor, es un hombre de alma verdaderamente grande, precisado de una especie de fatalidad, que le impele á seguir la carrera de los delitos.

Nuestros críticos han censurado esta comedia por la misma razon que hizo prohibir en Wurtemberg la representacion de *los Bandidos*; — han temido que el mal ejemplo del protagonista arrastrase á la juventud á engrosar las filas de los bandoleros, como lo hizo en efecto aun no hace muchos años el drama de Schiller; pero las cabezas alemanas deben ser mas propensas á exaltarse que las castellanas, pues á pesar de haberse representado muchas veces en nuestros teatros *el Tejedor de Segovia*, y á pesar tambien de que no escasean desgraciadamente las cuadrillas de salteadores en nuestros caminos, hay hartas razones á que atribuir esta mala plaga, para que tengamos que recurrir á la influencia de la comedia en cuestion, para esplicarla. Inútil creemos decir que los mismos críticos han censurado en ella con todo rigor la no observancia de la unidad de lugar, de tiempo, etc., etc.

Pero lo que no han podido negar es que en esta comedia brilla en el mas alto grado de perfeccion la unidad de interes, — esta unidad, que es la mas importante y dificil de observar en las obras de arte, porque no se aprende con las reglas cuando no la inspira el genio.

PRIMERA PARTE.

PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO.
DON FERNANDO RAMIREZ, } galanes.
DON GARCERAN DE MOLINA, } galanes.
EL CONDE DON JULIAN, } galanes.
EL MARQUES SUERO PELAEZ, } barbas.
BELTRAN RAMIREZ, } barbas.
DOÑA MARIA LUJAN, } damas.
DOÑA ANA RAMIREZ, } damas.
LEONOR, criada.
TEODORA, } criadas.
MENCIA, } criadas.
PEDRO ALONSO, viejo.
BERMUDO, criado.
EFRAIN, } moros.
MUZAF, } moros.
UN OIDOR.
MONTEROS.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DENTRO VOCES, Y SALEN EFRAIN Y MUZAF, VESTIDOS DE CRISTIANOS, Y DETRAS MONTEROS PERSIGUIÉNDOLES CON ESPADAS DESNUDAS.

Rey (*dent.*). Muerto soy: ¡Jesus!
Belt. (*dent.*) Matadlos.
Efr. Huye.
Belt. Seguidlos, monteros.
Muzaf. Efrain, morir callando,
Pues se malogró el intento.
Mont. 1°. ¡Ah traidores!
Efr. Muzaf, deja
Caer el puñal y el pliego,
Para mas seguridad.
Mont. 2°. No os ha de valer el viento.

(*Vanse.*)

ESCENA II.

SALE BELTRAN RAMIREZ.

¡Que en la lealtad castellana
Quepan traiciones! ¿qué es esto?
¡O brazo, en esta ocasion
Me habeis dicho que soy viejo!
Seguidlos, sepan quien son
Los que al soberano pecho
Atrevieron mano vil,
Y osaron traidor acero.
Aquí el puñal alevoso
Se les cayó, y aquí veo
Un pliego, de esta maldad
Sacrílegos instrumentos. (*Levántalos.*)
« Al marques Suero Pelaez; (*Lee.*)
« Y en su ausencia (¡estoy suspenso!)
« Al conde don Julian
« Su hijo, y amigo nuestro. »
¿Pliego al conde y al marques (*Rep.*)
Traian los que emprendieron
Tal traicion, maldad tan grave?
Aquí sin duda hay misterio.
Y así, curioso, y fiado
En nuestra amistad, ver quiero
Quien las escribe: aquí firma
Ayataf, rey de Toledo.
¡Válgame Dios! ¿con los moros
Tan cristianos caballeros
Correspondencias? por falsos
Y fementidos los tengo,
Sin duda que en este caso
Tambien son cómplices ellos;
Mas las razones lo dicen
Del moro: ¡el sentido pierdo!
¡Ah, caballeros ingratos,
Al señor mas justo y bueno,
Que inmortal han de hacer bronces,
Que harán mármoles eternos!
¿Pero maldad tan enorme,
Tan bárbaro atrevimiento,
Vil accion en un Dionisio,
Y bajeza en un Maxencio,
Habian de cometer
Contra Dios y contra el cielo.
El marques y el conde? es falso;
No lo creo, no lo creo.
Mas el marques viene aquí,
Quiero guardarlo y romperlo;
Mas pues en los pechos nobles
La imaginacion es efecto,
El pliego quiero enseñarle;
No porque del marques pienso
Esta traicion, que seria
Poner en el sol defecto.

ESCENA III.

SALE EL MARQUES.

Marq. Hoy mi intento se descubre, *ap.*
Que los alcaides, temiendo
La muerte, han de publicar
Los tratos y los conciertos
Mios y de Abeyafat.
Aquí está el alcaide, llego,
Dándole á entender que estoy
Ignorante del suceso.
¿Qué es esto, señor alcaide?
Belt. Señor marques, esto es esto;

(*Dale el pliego.*)

Y pues á vos se dirige,
Y yo la causa no entiendo,
Vos en vos lo que es mirad,
Y respondeos á vos mesmo.

(*Lee el sobrescrito el marques.*)

Marq. « Al marques Suero Pelaez,
Y en su ausencia, al conde... » ¡ah cielo!
Belt. Mirad las firmas ahora.
Marq. Ayataf, rey de Toledo:
¡Perdido soy!
Belt. Esas cartas
Y ese puñal, cuando huyendo
Salieron los dos traidores,
Dejaron caer, que el peso
De su delito, pensaba
Así escapar mas ligero.
Recogilos yo, por ir
De la ejecucion mas lejos,
Y viendo que á vos le escriben,

En vuestras manos le dejo,
Para que vos las veais,
Y veais, cuando me ausento,
Que en la amistad Pitias soy,
Y soy piedra en el silencio.
Marq. Aguarda, Beltran Ramirez,
Que dejarme tan resuelto
Con la traicion en las manos,
Es decir que yo la he hecho.
Belt. No quiera Dios que imagine,
No de vos, que sois espejo
De lealtades y virtudes,
Tan bárbaros desconciertos,
Mas del villano mas vil
Que en las Asturias de Oviedo
Abarcas calce, y empuñe
Venablo de dos encuentros.
Marq. Estos son de mis privanzas
Enemigos encubiertos;
Que en la envidia, los favores
Son agravios manifiestos.
Esto es querer con su alteza
Descomponerme, poniendo
En el sol de mi lealtad
Pardas nubes, cuando en lecho
De nieve, de nácar, de oro,
Dice, mas luciente y bello,
Que doy espíritu al dia,
Y á la lealtad que profeso.
¿A mí el moro cartas? ¿yo
Trato con el moro? ¡ah, fieros
Aspides, que entre las flores
De las lisonjas, sangrientos,
Servis cicuta á la envidia,
Dándole al honor veneno!
Guardar quiero el sobrescrito,
Para moderar con verlo
Mis pensamientos altivos,
Y mis soberbias, diciendo:
Este es, envidia, tu yugo,
Este es, privanza, tu freno.
Beltran, pues el cielo os hizo
Tan singular y perfecto,
Así en heróicas virtudes,
Como en alto entendimiento;
Echad de ver que este ha sido
Rigor de la envidia, opuesto
A mí, porque vuestro soy;
Defendedme, pues soy vuestro.
Llevad el puñal infame,
Y estos papeles, que el lienzo
De Deyanira los hizo,
Para atropellar trofeos
De la virtud, anagrama
En que pintaron los griegos
En Hércules abrasado
Tan claro y glorioso ejemplo.
Mueran en vuestro castigo,
Abrásense en vuestro fuego,
Para que así mi lealtad
Se ilustre en vuestro secreto.
Belt. Marques, lo que es de mi parte
Hacer por vos os prometo;
Haced de la vuestra vos,
Porque así nos conformemos.
Una lealtad y un valor
Profesad como profeso,
Considerando en Alfonso
La imágen de Dios, y el centro
En quien las virtudes páran,
Por rey santo, justo y recto:
Y de esta suerte los dos
Un ángel engendrarémos;
Porque de no ser así,
Podrá de nuestro concierto,
Marques, engendrarse un monstruo
De dos caras y dos cuerpos. (*Vase.*)
Marq. ¡Quién vió mayor confusion!
Mi traicion se ha descubierto:
¿Qué he de hacer? ¡perdido soy!
¡O sobrescrito, que has puesto
En mis máquinas estorbo,
Y término en mis deseos!
Comerte quiero á pedazos,
En tus renglones comiendo
Tósigo, pues á Tesalia (*Cómeselo.*)
Aquí en cada letra encuentro.
Ya las industrias me faltan,
No siento en mi mal consuelo,
Y mas si Beltran Ramirez
Quita á los labios el sello;
Que ya no hay Efestiones,
Ni yo Alejandro ser puedo.
Vida, privanza y honor
He de conservar, haciendo
Mi nombre eterno en Castilla;
Que pues no pudo ser menos,
Proseguir en mis engaños
Es el último remedio.

ESCENA IV.

SALEN EL REY, EL CONDE Y MONTEROS.

Mont. 1º. El pueblo vengativo
No concedió lugar de traer vivo,
Con su cólera fiera,
A alguno de los dos.
Rey. Así supiera
Quién contra mí conspira
Tan sacrílego intento, y tan vil ira.
Mont. 2º. Los que fueron dos hombres,
En un instante, porque el caso asombre,
Tantos hombres se hicieron,
Que por la tierra en átomos se vieron,
Que eran moros mentidos
En la seguridad de los vestidos.

Rey. ¿Moros eran?
Mont. 1º. A voces,
En los rigores bárbaros y atroces,
Que eran moros dijeron,
Y en declarar su intento piedras fueron.
Marq. El alcaide perdone, *ap.*
Si este engaño á mi intento se dispone.
¿Señor?
Rey. ¿Marques, amigo?
Solo vos de esta accion no sois testigo.
En mi cámara estaba,
Cuya puerta entendí que me guardaba
La lealtad de Castilla,
Y el antiguo valor de aquesta villa,
Cuando en mi pecho veo
(Impensada traicion, que aun no lo creo)
Dos lucientes puñales:
Doy una voz, y fuertes como leales,
Acuden mis monteros,
Tiemblan la ejecucion los hombres fieros,
Y turbados pretenden
Sus vidas escapar, y no me ofenden;
Huyen, y van tras ellos,
Donde el pueblo pedazos pudo hacellos.
¿Mirad, marques, si pide
Castigo esta traicion?
Marq. ¿Pues quién lo impide?
Rey. No haberse averiguado.
Marq. Si quieres...
Rey. Habla.
Marq. Verlo comprobado...
Pero cosas tan graves...
Rey. Eso es decir, marques, que el caso sabes,
Y encubrírmele quieres:
Habla, que pensaré que traidor eres.
Marq. La ocasion del vil hecho
El alcaide dirá, viéndole el pecho.
Rey. ¿Qué dices?
Marq. Que es amigo
Beltran Ramirez; pero aquí contigo
Se derogan las leyes:
Tanto pueden las vidas de los reyes.
Rey. ¿Beltran Ramirez trata
Esta conspiracion?
Marq. La accion ingrata
Dirá esta diligencia.
Rey. ¡Válgame Dios! traedlo á mi presen-
Conde. Señor, ¿qué intentas? [cia.
Marq. Quiero
Nuestras vidas guardar, que es lo primero.
Rey. ¿Es posible que sea
El alcaide traidor, siendo la idea
A quien yo reducia
El peso de mi sacra monarquía?
Imposible parece,
Mas la ambicion con la privanza crece.

ESCENA V.

SALEN BELTRAN RAMIREZ Y MONTEROS.

Belt. ¿En mí atrevidas manos?
Mont. 1º. Su alteza...
Belt. Bueno está.
Mont. 2º. Señor...
Belt. Villanos,
Ya pecais de groseros.
Rey. Menos iras, Beltran, con mis monte-
Que por ellos comienza [ros,
A perderse el decoro y la vergüenza
Que al príncipe se debe;
Y el que á ellos se atreve á mí se atreve.
Belt. ¿Yo, señor?
Rey. Vedle el pecho.
Belt. Ya la traicion y la maldad sospecho:
El marques ha querido
Con su traicion dejarme convencido;
Mas la verdad divina
Espíritu es de luz, que al sol fulmina;
Y aunque la eclipsen velos,
Sale por nácar, redimiendo cielos.

(*Desabróchanle, y sacan dos cartas y el puñal.*)

Mont. 1º. Dos cartas tiene en el pecho.
Mont. 2º. Y en la cinta este puñal
Desnudo.
Belt. Dar por bien mal,
Siempre la traicion lo ha hecho.
Rey. Ya en las sospechas me incito:
Dadme las cartas.
Belt. Sí haré;
Mas haced, señor, que os dé
El marques su sobrescrito.
Que aunque á mi pecho vinieron,
Que como el sol limpio está,
El sobrescrito podrá
Decir á quien se escribieron.
Que estos á quien engendraron
La codicia y la traicion
Hijos espósitos son,
Que á mis puertas los echaron.
Díles generoso el pecho,
Seguro de estos engaños;
Mas como hijos estraños,
Aspides en él se han hecho.
Y sangrientos y atrevidos,
Aspiran al corazon;
Mas no importa, porque son
Sus padres muy conocidos.
Rey. Muestra.
Belt. No van sobrescritas,
Mas son sin fe y sin decoro,
Señor, de cartas de moro,
A dos traidores escritas.

Marq. Alcaide, sin fundamento
A su alteza persuades,
Y equivocando verdades,
Quieres encubrir tu intento.
Y es bárbaro persuadir,
Cuando en vergüenza deshecho,
Las dos cartas en tu pecho
Te tienen de desmentir.
Porque en tu pecho dirán,
Que son, aunque mas las dores,
Escritas á dos traidores,
Que son Fernando y Beltran.
Belt. Marques, bien lo sabeis vos.
Marq. Yo por la verdad me rijo,
Padre sois, y teneis hijo.
Belt. Y así estamos dos á dos.
Marq. Las cartas del pecho os quito.
Belt. Bien pudiera por no verme
Así las cartas comerme,
Como alguno el sobrescrito.
Rey. Basta, que ya se atropella
Mi prudencia y mi razon:
¿No basta hacer la traicion,
Sino aquí volver por ella?
Belt. Yo soy leal, y soy...
Rey. Basta.
Belt. No basta, cuando el honor
Se amancilla, y un traidor
Me aniquila y me contrasta.
Rey. ¿Hay mayor atrevimiento?
Marq. Traidor es el que lo es.
Belt. Dice muy bien el marques.
Marq. Bien se ha logrado mi intento. *ap.*

Rey (*lee*). « Amigo y deudo nuestro, á « quien el gran profeta engrandezca, ahí « os envio dos alcaides elegidos en mi « reino, para la ejecucion de lo dicho; « ellos harán la ocasion que deseamos, por- « que jamas la temieron: y muerto ese ti- « rano, conseguiré, ayudado de vuestro « brazo, el imperio de Castilla, pues es « nuestro poder el de Alaquivir. Él os « guarde. Toledo, segundo de la luna de « marzo. »

(*Otra.*) « Alá, hijo de tan grande padre, « te levante al lugar que deseas. Los alcai- « des van con esta, el ejército está preve- « nido, y Mahoma te asegura esa monar- « quía. Toledo, en el semilunio de marzo.

« AYATAF, rey de Toledo. »

Marques, no puedo creer
Tal maldad, aunque la leo;
Mas si aquí la causa veo,
Ya no tengo mas que ver:
¡Que pueda traicion caber
En un noble, en un cristiano!
¡Que se obligue á ser tirano,
Y que dos veces sin fe
Venda á su patria, y le dé
Muerte á su rey soberano!
No puede ser; pero aquí
La razon se ha desmentido
En un ingrato, que ha sido
Cuervo al favor que le dí:
Y bárbaro contra mí,
Ser otro Luzbel procura,
Y con soberbia y locura,
Quiere, arrogante y traidor,
Deshacer á su hacedor,
Sin advertir que es su hechura.
Y así en mi justicia habrá,
Si esta traicion se castiga,
Otro Miguel que le diga:
¿Quién como el rey? y verá
El que se juzgaba ya,
Sin lealtad, sin honra y fe,
Hacedor del que lo fué
Suyo en tanta desventura;
Que si un pié le hizo hechura,
Le deshizo un puntapié.
A una torre le llevad
De palacio.
Belt. Señor...
Rey. Cierra
La boca, donde se encierra
La mas enorme maldad.
Belt. Mi inocencia y mi lealtad
Abonarán mi opinion.
Rey. ¿Cómo, villano, si son,
Cuando disculparte intentas,
Los abonos que presentas,
Testigos de tu traicion?
Llevadlo.
Belt. Inocente voy
A que la muerte me des,
Que esta voz es del marques,
A quien respondiendo estoy:
Eco de su acento soy,
Solo en responderte peco,
Viendo el rigor de este trueco:
Y así, en el rigor atroz,
En él disculpas la voz,
Y en mí castigas el eco. (*Llévanle.*)
Marq. Basta, que conmigo quiere
Disculpar su alevosía.
Rey. Marques, en la gracia mia
Vivis, cuando un loco muere:
Hoy vuestra virtud adquiere
La magestad castellana,
Y en mas luciente mañana
Del fénix que deshaceis,
A la eternidad naceis,
Con penachos de oro y grana.
Marq. Dadme esos piés.
Rey. Vaya el conde,

Sin dejar guarda ó montero,
A las casas de ese fiero,
Que así á mi amor corresponde,
Y cuanto guarda y esconde
De estas traiciones secretas
En papeles y en discretas
Cartas, me traiga al momento,
Sin perdonar avariento
Las mas ocultas gavetas.
Y con debido rigor
Confisque toda su hacienda,
Su hija y criados prenda,
Para informarme mejor.
Conde. Ejecutaré, señor,
Lo que manda vuestra alteza,
Con justicia.
Rey. Y con fineza.
Marq. Danos á los dos los piés.
Rey. La vida os debo, marques,
Como Beltran la cabeza. (*Vase.*)
Conde. Bueno va el rey.
Marq. Y ya ahora
Importa que esta traicion
Se esfuerce, con la prision
Que ya el alcaide desdora:
Y pues el trato se ignora
Que con el moro tenemos,
Descomponerlo podemos
Con sus cartas.
Conde. Podrán vellas,
Pues con advertencia en ellas
Al moro que escriba haremos,
Sin nombrar conde ó marques,
Para mas seguridad.
Marq. Las cartas lo harán verdad:
Llévalas, porque despues,
Juntas al rey se las des,
Irritando su grandeza.
Conde. Todo engaño es agudeza.
Marq. Si vale la industria mia,
Lo que hoy en tí es señoría,
Mañana ha de ser alteza. (*Vase.*)

ESCENA VI.

SALEN BERMUDO DE SOLDADO, Y LEONOR.

Berm. Mas de espacio nos veremos,
Que á hablar voy á mi señora.
Leonor. Vengas, Bermudo, en buen hora,
De mi amor dulces estremos.
Berm. Muestren tus brazos el gusto:
¿Dónde mi señora está?
Leonor. Vistiéndose; pero ya
Te ha sentido.

ESCENA VII.

SALEN DOÑA ANA Y MENCIA.

Ana. Fuera injusto
Rigor, no salir á verte.
Berm. Dadme, señora, esa mano.
Ana. Bermudo, ¿viene mi hermano?
Berm. Vencedor, bizarro y fuerte,
Y con cien moros y moras,
Para alfombra de esas plantas,
Que en diez morales no hay tantas,
Aunque su victoria ignoras.
Ana. ¿Y cuándo entrará en Madrid?
Berm. Mañana.
Leonor. Será gran dia.
Berm. Con tal grandeza solia
Entrar en Búrgos el Cid:
La corte se ha de admirar
Con los alarbes despojos.
Ana. Pavon le harán tantos ojos.
Berm. Mañana logra el triunfar.
Viene con aquel varon
Don Garceran de Molina,
Caballero á quien se inclina,
Y á quien el rey de Aragon,
Por cabo de sus banderas,
Envió á aquesta jornada.
Ana. Leonor, ¿estoy bien tocada?
Leonor. Tan bien, que ser sol pudieras.
Berm. ¿Y el alcaide mi señor?
Ana. Pocas veces de palacio
Viene á casa, que ese espacio
Da su privanza y favor.
Berm. Así se llega á gozar
La privanza, si se alcanza;
Aunque la mayor privanza
Es privarse de privar.
Ana. Dices bien: llega ese espejo;
Verle quiero retirado,
Que para tanto cuidado,
Está mi padre muy viejo.
Berm. Deja que logre Castilla
Privado tan generoso,
Que el que priva dadivoso,
Todo lo postra y lo humilla.

(*Ruido dentro.*)

Ana. ¿Quién causa este estruendo atroz,
Mencia, y rumor tan nuevo?
Mencía. A decirte no me atrevo
Lo que hay.
Ana. ¿Qué dices?
Mencía. ¡Ay Dios!
Ana. ¿Qué te suspende?
Mencía. El zaguan,
Los dos patios y las puertas
De nuestra casa, cubiertas
De armas y de gente están,
Y atropellando criados,
Osan subir hasta aquí.
Ana. ¿Armas en mi casa así?

¿Aquí estruendo? ¿aquí soldados?
Dadme el venablo.

(*Danle un venablo.*)

ESCENA VIII.

SALEN EL CONDE Y GENTE.

Conde. Romped
Esos canceles y entrad.
Mencía. Señor, advierte...
Conde. Apartad:
Astillas la puerta haced.
Leonor. ¡Que haya en Madrid quien ofenda
A Beltran Ramirez!
Conde. Sí:
Entrad.
Ana. Teneos, que hay aquí
Magestad que lo defienda.
Conde. ¿Quién eres, portento hermoso?
Eres Juno ó Leda, ingrata,
Burlando en cisne de plata
A Júpiter poderoso?
¿Eres Diana en lo fuerte
Del venablo defendida?
¿O disfrazada en la vida
Eres por dicha la muerte?
Mas de tu ambicion gallarda
Vengo á colegir, en fin,
Que serás el querubin
Que estos paraisos guarda.
Ana. No soy Juno, ni soy Pálas,
Diana, Vénus ni Leda;
Mas soy doña Ana Ramirez
De Vargas, en quien se encierra,
Por acciones generosas,
Y por virtudes inmensas,
De todas ellas la gloria,
Y el valor de todas ellas.
Y así, señor conde, haced,
Que esa gente atras se vuelva,
O yo les mostraré cómo
Estas casas se respetan.
¿Vos con gente? ¿vos con armas?
¿Vos con rigor y fiereza?
¿Vos desestimando patios?
¿Vos atropellando puertas?
¿Sabeis que estas casas vive,
Rico de heróicas empresas,
El alcaide de Madrid,
Jason de aquestas fronteras?
¿Sabeis que es deidad su nombre,
Y que estos bronces y piedras,
Con mucha veneracion,
Su autoridad representan?
Volveos, y no permitais
Que atrevida y descompuesta,
Haga que de este venablo
El imperio se obedezca.
Conde. Proseguid, que en el furor
Mas vuestra beldad se aumenta,
Que por diluvios de rosas,
Que la cólera desflueca
En provincias de cristales,
Y en monarquía de estrellas,
Fulminando rayos de almas,
Se asoma á vuestra belleza,
Escediéndose á sí misma,
Como sale con vergüenza.
Ana. Señor conde, bueno está,
Porque no es ocasion esta
De lisonjas: prevenid
Con recato y con prudencia
A cuantos vienen con vos,
Que aquí comedidos sean,
Y que se vuelvan atras;
O vive Dios que por fuerza
Les haga con el venablo
Salir con tanta presteza,
Que unos tropezando en otros,
Puedan terminar apenas
La breve distancia que hay
Desde el cancel á las puertas.
Conde. Bueno está, que los que vienen
Conmigo, es fuerza que vengan,
Sino á averiguar traiciones,
A calificar sospechas.
Ana. Este es centro de lealtad,
Y basta que en su nobleza
El Vargas lo califique.
Conde. Ya el Vargas es cosa muerta,
Ya se perdió su arrogancia,
Ya se humilló su soberbia,
Y ya queda por traidor
Preso.
Ana. Quien lo dice ó piensa,
Se engaña.
Conde. Su alteza es
Quien lo piensa, y su alteza,
Por esta cédula suya,
Me manda que luego prenda
Cuantos criados teneis,
Y que á vos os deje presa
Con recato y con cuidado,
Donde ha de hacer que os merezca
Por fuerza amor, ya que ingrata
Atropellas mis ternezas.
Ana. ¿Mi padre está preso?
Conde. Y preso
Por traidor.
Ana. Deten la lengua,
Que pones falta en el sol,
Que de escucharte se afrenta
¿Beltran Ramirez de Vargas
Traidor? ¿En Vargas sospecha
De alevosía? ¿En Vargas
Cosa que lealtad no sea?

Mienten la envidia y la fama;
Mienten los que le atropellan.
Conde. Sea mentira ó verdad,
Preso vuestro padre queda;
Y á tí, disculpadme ahora,
Que aquí, con vuestra licencia,
He de registraros cuanto
Ocultan y manifiestan
Vuestras casas, sin dejar
En la mas libre gaveta
De los escritorios ricos,
La lisonja mas pequeña:
Entrad.
Ana. Ya licencia os doy.
Criado. ¡Bella muger!
Conde. Gozaréla,
Pues la ofrece á mi apetito
La ocasion.
Criado. ¿Llorar la dejas? (*Entranse.*)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS EL CONDE Y CRIADOS.

Ana. En tan graves enojos,
Si llantos se permiten,
Mis lágrimas amargas soliciten
La muerte por los ojos,
Y en corrientes despojos,
Cada lágrima sea
Un pedazo de alma, porque vea
Castilla, en dolor tanto,
Que mis lágrimas son almas del llanto.
¡Mi padre preso, y preso
Por traidor y alevoso!
¡Alfonso de él quejoso!
¡En pecho tan leal, tan torpe esceso!
¡Loca estoy, pierdo el seso!
¡Ay, Bermudo! ¡ay, amigas!
¡Traidor Beltran Ramirez!
Berm. No prosigas,
Que no es el sol mas claro.
Ana. Perdí padre, honor, perdí mi ampa-
¿Podrás salir, Bermudo, [ro:
A avisar á mi hermano?
Berm. Engañando al tirano,
Saldré entre los soldados.
Leonor. Yo lo dudo.
Berm. Mucho la industria pudo.
Ana. ¡Ay, infelice dia!
Esto es, amigas, lo que yo temia.

ESCENA X.

SALEN EL CONDE Y TODOS LOS CRIADOS CON DOS GAVETAS DE CARTAS.

Conde. Metedla en esa sala.
Criado. Esta prision el conde te señala.
Ana. Sepulcro tendré en ella.
Conde. Júpiter he de ser, si es Dafne bella.
Ana. ¿Vil fortuna, qué es esto?
Conde. Ya entre sus cartas las del moro he
Criado. Entrad. [puesto.
Ana. ¿Sin mis criadas?
Conde. Esas esten aparte aprisionadas.
Ana. Dadme, cielos, paciencia.
Conde. Ya bárbara ha de ser tu resistencia.
Ana. A imposibles te encargas,
Que muriendo y triunfando he de ser Vargas.
Conde. Yo te veré de espacio:
A palacio guiad.
Berm. Ola, á palacio:
Verme en la calle espero *ap.*
Con plaza de soldado ú de montero. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

SALEN EL REY, EL MARQUES Y UN OIDOR.

Oidor. Locos los descargos son,
Culpando y contradiciendo
La sumaria informacion.
Marq. Las cartas lo están diciendo.
Rey. ¿Qué dice en su confesion?
Oidor. Que es verdad, que vuestra alteza
Vió las cartas y el puñal,
Accion de tan vil fiereza,
Y que él es noble y leal.
Rey. Bien prosigue en su nobleza.
Oidor. Dice que el conde y marques
Son los traidores, y pide
Que algun término le des
Para probarlo.
Marq. Si mide
Vuestra alteza, que dios es
De Castilla, la justicia
Con la verdad, gran señor,
Averigüe esta malicia,
No se ofenda en un traidor
La nobleza de Galicia.
Rey. Marques, de vuestra lealtad
Y amor estoy satisfecho.
Marq. Dame esos piés. (*Arrodíllase.*)
Rey. Levantad.
Oidor. Cartas y puñal del pecho
Nos comprueban la verdad.

ESCENA XII.

SALE EL CONDE, Y SACAN DOS CRIADOS DOS GAVETAS DE CARTAS, CUBIERTAS CON DOS TAFETANES.

Conde. Ya la ejecucion cumplí
De vuestra ley soberana:
Cofres y escritorios ví,
Confisqué, prendí á doña Ana,
Y las cartas traigo aquí
Con los papeles que hallé.
(*Toman cartas, y lee el oidor.*)

Rey. Carta es, marques, del rey moro
La primera que encontré.
Oidor (*lee*). « Mi grandeza y mi decoro
« Con tu amparo aumentaré. »
Y esta es del moro tambien.
Marq. ¿Qué mas clara informacion?
Rey (*lee*). « Benalut y Abderramen... »
« Si no lograis la ocasion... » (*Lee otra.*)
Así cubiertas esten. (*Rep.*)
Oidor. « Que os ha de dar fama y nombre. »
Rey. ¡Hay tal maldad!
Oidor. ¡Loco quedo!
Marq. Que esto, señor, no te asombre.
Oidor. De Ayafat, rey de Toledo,
Son todas.
Rey. Esto al renombre
De Vargas juntó el traidor.

(*Sale un criado.*)

Criado. Ya el gallardo don Fernando
Ramirez llega, señor,
Con tus banderas triunfando,
Porque viene vencedor.
Rey. ¡Ah, traidor! venid, que quiero
Que le prendan en palacio
Despues de oirle severo.
Marq. Mi injuria no pide espacio.
Rey. Juzgad la mia primero:
Salga el conde á recibille,
Porque del padre el suceso
Ninguno pueda decille.
Marq. Pocos saben que está preso.
Rey. Dios á este Nembrot humille:
¿Qué decis de esto?
Oidor. Señor,
No creyera hazaña igual.
Rey. ¿Esta es su fe? ¿este su amor?
No vive mas el leal
De lo que quiere el traidor. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

TOCAN CAJAS, Y SALEN DON FERNANDO CON BASTON DE GENERAL Y GARCERAN.

Fern. Ya, Garceran, estamos
A la vista del premio, porque aquellas
Torres, que divisamos,
Con desprecio del sol borrando estrellas,
En diamantes escriben
La magestad que de su luz reciben.
Aquel es el palacio,
Que entre los rayos de la escasa lumbre
Se reduce á un topacio,
Corona de este monte, y pesadumbre
Del Manzanares frio,
Que por él goza autoridad de rio.
Garc. Gallarda vista tiene
Madrid por esta parte.
Fern. A recibirnos
Tropa de gente viene.
Garc. Parabienes serán.
Fern. ¿No ves decirnos
Mudamente las glorias
Con que ha de honrar el rey nuestras vic-
Ya parece que llego, [torias?
Y que glorioso Alfonso me recibe
Con grandeza y sosiego;
Y que mi padre alegre me apercibe
Parabienes y abrazos,
Quebrando las ternezas con los brazos:
Dichosas penas que hallan
Tanto agradecimiento y tanto gusto.

ESCENA XIV.

SALE BERMUDO.

Berm. Si el suceso le callan,
En las manos dará del rey injusto:
Llegar quiero á avisarle;
Pero el conde es aquel.

ESCENA XV.

SALEN EL CONDE Y GUARDIAS.

Conde. He de abrazarle. *ap.*
Yo, Fernando, el primero,
En tanta dicha, y en ventura tanta,
Gozar la parte de estas glorias quiero.
Fern. Siempre vueseñoría
A honrarme se adelanta.
Berm. Señor...
Conde. Ventura es mia.
Fern. Basta, necio. [precio.
Conde. De ser vuestro, señor, me ilustro y
Fern. Conoced al baron del moro espanto.
Conde. Confieso que á Aragon debemos
Berm. Aviséle por señas, [tanto.
Y entenderme no quiere.
Fern. ¿Vienes loco?
Berm. Tú, que al mar te despeñas,
É inadvertido vas, no lo estás poco:
Háblole por la mano.
Fern. Sin seso estás.
Berm. No estoy.
Fern. Vete, villano.
Conde. Siempre de vos recibo,
Fernando, estas mercedes y favores.
Fern. En vuestro amparo vivo:
Ved, baron, uno aquí de los mayores
Amigos, que yo tengo.
Conde. ¡Si lo supieras bien! *ap.*
Garc. Ya me prevengo
Para ser su criado.
Conde. De mi dueño os preciad.
Berm. Para avisarle *ap.*

Ningun remedio he hallado :
¡Cielo, aviso no he podido darle,
Y en palacio se ha entrado!
Ya temo su prision.
Conde. Glorioso efecto
Tendrá nuestra fiereza.
(*Dentro.*) Plaza.
Fern. Ya, Garceran, sale su alteza.

ESCENA XVI.

SALEN EL REY, EL MARQUES Y ALABARDEROS.

Fern. A esos piés soberanos
Ofrezco un escuadron roto y vencido,
Despojo de estas manos,
Que vuestras son.
Rey. Fernando, bien venido.

(*Hace que se va.*)

Fern. ¿Os entrais sin oirme?
Rey. Ya sé por fe lo que quereis decirme.
Fern. Oid, señor, mi gloria,
Que no es para callar tan gran victoria,
Y aunque el esceso es mucho,
Perdonad si os detengo.
Rey. Ya os escucho.
Fern. Llegué con Garceran, que está
Adonde España dividir procura, [presente,
Con un Tajo de plata trasparente,
Del claro Portugal la Estremadura :
Era púrpura entonces el oriente,
Y el sol en rosicler y en nieve pura,
Iba formando ejércitos la aurora,
Que osada imita la cuadrilla mora.
Que como de las sombras redimian
Aljabas y almalafas sus colores,
Hermosas primaveras parecian,
O abriles anegados entre flores;
Y en los turbantes, que en el viento hacian,
Mendigando del sol los resplandores,
Golfos de plata y piélagos de espumas,
El cielo era un pavon de ricas plumas.
Al bárbaro escuadron medio despierto
Descubrimos en fin, que á un monte daba
Azucenas y rosas como el huerto,
Que la ciudad de Miño coronaba :
Cesan nuestros clarines, que el concierto
De sus dulces jabebas remedaban,
Porque á los dos la empresa reducida,
El moro á la batalla me convida.
Admito el desafio, y salgo luego
A la palestra, en que aguardando estuve
En un rayo andaluz, monstruo de fuego,
Que una vez es astilla y otra nube :
Hipógrifo le juzga el campo ciego;
Y el sol cometa, que á eclipsarle sube,
Que unas veces ligero, y otras grave,
Goza en los vientos privilegios de ave.
Era tigre en la piel como retrata
Entre flores abril, curioso toro,
En quien siembra con círculos de plata,
Pórfido á líneas, salpicadas de oro :
La cola, que en culebra se desata,
Pompa del sol, y de su luz decoro,
Golfo de tornasoles parecia,
Y la crin lisonjera argentería.
Era un monte su pecho, y su cabeza
Tan recogida y breve, que á un diamante
La quiso reducir naturaleza,
Siendo en todo á una perla semejante;
Tropezando en su misma ligereza,
Burla el viento, soberbio y arrogante,
Tanto, que el viento, allí por imitallo,
Quisiera no ser viento y ser caballo.
A esta ocasion el moro al puesto llega,
Danzando al son del militar ruido,
Con los compases de una alfana griega,
Alabastro con alma y con sentido :
Cisne parece, que en el sol navega,
Por nubes que ha burlado y desmentido :
Que entre ellas quiere el bruto que presuma
Que hay estrellas tambien que visten pluma.
Era un jazmin la yegua poderosa
De cola y crin, de cuello angosto y breve,
Ancha de pechos, de ancas portentosa,
Dando en ellas al sol montes de nieve :
Llamas sus ojos son, su testa hermosa,
Que entre ondas de marfil estrellas bebe,
Lágrimas de Ceilan, pues al moverla,
Le dió la vista admiracion de perla.
Tocan á acometer, y como fieras
Los dos monstruos se miran, engrifando,
Sobre las manos sueltas y ligeras,
Los pechos en su espuma están nadando :
Entre tanto las lanzas lisonjeras,
Como juncos al sol los dos vibrando,
Quebradas, sin piedad y sin mancilla,
Atomos dan al aire astilla á astilla.
Pasaron los dos botes las adargas,
Y empuñando diamantes por aceros,
Escusando, señor, arengas largas,
Fuimos allí los dos cíclopes fieros :
Yo soy, dijo, Alcatar. — Y yo soy Vargas,
Le respondí soberbio; y tan ligeros
Mas á pavor los dos nos embestimos,
Que en los caballos dos faetontes fuimos.
Busco el moro en el suelo, y con tal ira
Le atropello y le mato, que pensaba
La muerte, que su muerte era mentira,
Aunque muerto y sangriento le miraba :
Corre la voz, la escuadra ya se admira,
Y como oyó que el general faltaba,
Bañada en confusion y en llanto triste,
Sin aguardar concierto, al nuestro embiste.
Recibióle con gusto y alegría,
Añadiendo con su llanto mas tristeza,

Que pudo entonces la victoria mia
Infundir en mi pecho fortaleza:
Garceran, que á mi lado la regia,
Ilustró de sus barras la grandeza;
Y al fin, rendido el moro, á vuestros ojos
Vengo con los trofeos y despojos.
Vuestra Cáceres es, vuestra Trujillo,
Alcántara, Corin y Calisteo,
Sin darle al moro en el menor castillo
El palio de lisonja ni trofeo. [cillo.
Rey. Si bien obrais, mas bien sabeis de-
Fern. Mas bien lo obro que lo digo.
Rey. Yo lo creo;
Quedaos viendo ese espejo único y raro,
Miraos en él, aunque no está muy claro.

(*Vanse, y descubren degollado á Beltran.*)

Fern. ¡Válgame Dios! (*Cae desmayado.*)
Garc. En el suelo
Se derribó sin sentido
Don Fernando; enternecido
Estoy en su desconsuelo.
Fern. ¡Que este rigor sufra el cielo!

(*Vuelve.*)

Garc. Mirad que el sol se avergüenza
Que lloreis.
Fern. Mi amor venza,
Y en tan profundo pesar,
Ojos, bien podeis llorar,
Sin dejarlo de vergüenza.
Espejo limpio y leal,
Dejadme que en vos me mire,
Si no es que de vos me admire,
Viéndoos en bajeza igual:
¿Quién, generoso cristal,
En castigo de los dos,
Os trató así? mas, ¡ay Dios!
Que el rey, que en vos se ha mirado,
Envidioso os ha quebrado,
Porque no me mire en vos.
Cristal de mi corazon,
¿Cómo así me recibis?
¿Quién os hizo de rubis
Tan sangrienta guarnicion?
No ha podido ser traicion
Fiereza y cuidado igual,
Rigor ha sido fatal,
Y de la envidia estos fines,
Que en los regios camarines
Corre peligro el cristal.
Berm. Huye, señor, que á prenderte
Viene todo el mundo.
Fern. Loco,
Si el honor vale tan poco,
Su premio estará en la muerte.

ESCENA XVII.

SALEN EL MARQUES, EL CONDE Y GUARDAS.

Conde. Prendedlo.
Fern. De aquesta suerte,
Fieros, me dejo prender:
¿Garceran?
Garc. Tuyo he de ser.
Marq. ¡Invencible resistencia!
Fern. Pelea en mí la inocencia,
Y ella me ha de defender.

(*Mételos á cuchilladas.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALEN DON FERNANDO, GARCERAN Y BERMUDO EN LO ALTO DE LA TORRE, Y ABAJO EL MARQUES, EL CONDE Y GUARDAS CON ESCALAS, ALABARDAS Y ALBAÑILES.

Marq. La torre derribad.
Fern. Todo tu intento,
Alevoso marques, es derribarme:
No se ha de lograr tu pensamiento.
Conde. Ya lo verás.
Fern. Traidor, sube á matarme.
Marq. La torre derribad por el cimiento.
Fern. Todo el mundo se escuse de irritarme,
Porque me da Martin, que me socorre,

(*Tira.*)

En ladrillos y en piedras media torre.
Conde. Llegad con picos.
Berm. Estas son del santo
Las reliquias divinas.
Conde. Imposible
Ha de ser escaparte.
Fern. Pues en tanto, (*Tira.*)
Recoge este ladrillo.
Conde. Es invencible.
Fern. Ripio, Bermudo.
Conde. En su valor me espanto.
Berm. Aquí hay ladrillo, perro.
Fern. Es invisible
Este ladrillo ó no? Ripio, Bermudo. [crudo.
Berm. Aquí hay ladrillo, perro, y ripio
Conde. Bronce debe de ser, pues en tres
Que le tiene cercada tanta gente, [dias
No ha perdido el valor.
Fern. ¿Vencer porfias

El alcázar del sol, claro y luciente?
Ripio, Bermudo.
Berm. Hermosas niñerías.
Fern. ¿Garceran?
Berm. En la puerta es Cid valiente.
Marq. Poned fuego á la torre, y los sol-
La prueben á asaltar por los tejados. [dados
Conde. ¿Tres dias sin comer? ¡cosa notable!
Marq. No puede ser, alguno le socorre.
Conde. ¿Cómo, si está cercado, y no hay quien hable
Con él, cuarenta pasos de la torre?
Marq. Cercado has de tener fin misera-
Rabiando has de morir. [ble:
Berm. Buen viento corre,
Será camaleon.
Fern. Entre estas hiedras
Ladrillos comeré, comeré piedras.
Conde. Paréceme, señor, que este villano,
Fingiendo algun descuido, ha de prenderse:
Haz que el tumulto bárbaro y tirano
En parte esté, que de él no pueda verse;
Que viendo esta mudanza, es caso llano
Que á poca gente, hambriento, ha de atreverse;
Y cuando en tal faccion lleguen á verle,
Con gran facilidad podrán prenderle. [to.
Marq. Paréceme muy bien tu pensamien-
Conde. Manda apartar los jueces y merinos. [intento.
Fern. Prosigue en tu maldad; sigue tu
Marq. El rey castigará tus desatinos.
Berm. Aquí regañarás, que por el viento,
En cestas de oro y vasos cristalinos,
Con pan nos da Martin su vino puro;
Y allá va un cuarteron, mira si es duro.
Marq. Traidor, cercado estás, y así cer-
Rabiando has de morir: retirad luego [cado
Esa gente, y el pueblo alborotado
Se reduzca á su paz y á su sosiego;
Queden las guardas solas, pues cercado
Le tengo en San Martin á sangre y fuego:
En él por hambre has de dejar prenderte.
Fern. Comeréme la muerte, y no habrá
Marq. Es muy dura y cruel. [muerte.
Fern. Mas cruel y dura
Es, marques, la traicion que te sustenta.
Conde. Esa te infama á ti.
Fern. Cándida y pura
Saldrá la gloria á redimir la afrenta.
Marq. La de tu padre desmentir procura.
Fern. Yo haré que en el sepulcro se desmienta.
Marq. Pregonad otra vez, pena de vida,
Nadie le dé comida ni bebida.

ESCENA II.

VANSE, Y DAN GOLPES DENTRO, Y LUEGO SALDRAN POR UN ESCOTILLON PEDRO ALONSO CON UN PICO, Y UN PAÑUELO ATADO EN LA CABEZA, Y TEODORA CON UNA CESTA CON COMIDA Y CON FLORES, Y DOÑA MARIA CON UNA HACHA ENCENDIDA.

Mar. Rompe mas.
Pedro. Ya salir puedes,
Porque ya en la cueva estamos
De la sacristía.
Mar. Hallamos
Resistencia en las paredes.
Pedro. ¡Notable resolucion!
Cáncer de sótano has sido:
Toda una calle has rompido.
Mar. Generosa compasion
De este noble caballero,
A esto me pudo obligar.
Pedro. Puede el sótano llegar,
Si importára, hasta el terrero
Del palacio: tan tratable
Es este collado, en quien
Entre pedernales ven
Este lugar admirable
Templanza.
Mar. Fundado en fuego,
A Venecia burla en agua:
Y así, los hijos que fragua,
Con alto desasosiego,
Son centellas, que en el sol
Rayos se han visto volver.
Pedro. Al fin, ¿qué intentas hacer?
Mar. Amigo, un hecho español:
Dar libertad por aquí
A don Fernando.
Pedro. ¿Y la vida?
Mar. Pedro Alonso, bien perdida
Será por quien me perdí.
Pedro. ¿Qué dices?
Mar. Que amo el valor
Y gallarda resistencia
De don Fernando, escelencia
En las grandezas de amor.
Pedro. ¿Y la gloria de Lujan?
Mar. Con tan alta accion se aumenta
É ilustra, porque la afrenta
Los vituperios la dan;
Y un caso tan generoso
Antes aumenta el honor.
Pedro. Si es don Fernando traidor
Al rey, darle á un alevoso
Amparo, traicion será;
Que aunque me ves escudero,
Sangre de Segovia adquiero.
Mar. Pedro Alonso, bueno está:

Ya determinada estoy
En librarle.
Pedro. Y yo tambien
En servirte.
Mar. Tú verás
El premio.
Pedro. En la iglesia estás.
Mar. Aquella tumba preven,
Con que cubrirse podrá
La cueva que abierta ven.
Pedro. Dices bien; Teodora, ten:
Famosa la trampa está.

(*Saquen una tumba entre los dos.*)

Mar. Como puertas y ventanas
El marques mandó tapiar,
Y no dejar celebrar
Las ofrendas soberanas
Que á Dios se envia, oscura
Está la iglesia.
Pedro. Detente,
Que hay rumor.
Mar. Juzgo que es gente.
Pedro. Pues esconderte procura
En la cueva, hasta saber
Si es gente de paz ó guerra.
Mar. Viva la tumba me encierra;
Mas muerta debo de ser.
Teod. Alzad la tumba y entremos.
Pedro. Entrad las dos, que ya os sigo.
Mar. Venid á morir conmigo,
Hasta que resucitemos.

(*Alzan la tumba y éntranse.*)

ESCENA III.

SALE GARCERAN DESMAYADO, Y DON FERNANDO TENIÉNDOLE LOS BRAZOS, Y BERMUDO ARRASTRANDO, TODOS CON ESPADAS DESNUDAS.

Garc. Ya no puedo resistir
El rigor.
Fern. Toma mis brazos,
Muere, Garceran, en ellos;
Y porque logre tus años,
Aguarda, me abriré el pecho,
Para que los dos vivamos
Con la vida, que los cielos
Guardan para agravios tantos,
Y así venceré á la muerte.
Garc. ¡Ay, amigo!
Fern. ¡Ay, desdichado
Caballero! Y tú, Bermudo,
Anímate.
Berm. Apenas hablo,
Por no enojar á las tripas,
Que en meneando los labios,
Pensando que digo brindis,
Me responden aceptando.
Por necia tuve la sed
Cuando me incitaba á tragos;
Pero la hambre lo es mas,
Que á tragos me está matando.
Huya de mí san Anton,
Que si está en algun retablo,
Le he de dejar sin cochino.
San Nicolas en el plato
Esconda su perdigon,
Que he de comerlo á bocados,
Que mi hambre no repara
En perdigones de palo.
Martin divino, que estais
Con aquese pobre el manto
Partiendo, partid conmigo
Una hogaza: ¿menearon
La tumba? ¡Válgame Dios!
San Gil, san Cosme, san Braulio,
San Pantaleon, san Lesmes,
San Agapito, san Fabio.
¡Gran refrigerio es el miedo
Contra la hambre! estoy harto:
¿Harto digo? es poco, ahito
Estoy.
Fern. ¿Qué traes?
Berm. ¿Qué traigo?
Mal olor.
Fern. ¿Qué has visto?
Berm. He visto
En aquella tumba hablando
Mil almas del purgatorio;
Y pues en tan breve espacio
Caben, de criados son,
Que murmuran de sus amos.
Fern. Todo es hambre.
Berm. Que son, digo,
Almas, si no son acaso
Eclesiásticos ratones.
Garc. La tumba se está meneando:
Dice bien.
Berm. ¡Válgame Dios!
Fern. Calla, cobarde.
Berm. Ya callo.
Fern. Garceran, detente.
Berm. Llega
Tú.
Fern. Si hubiera mas encantos
En ella, que intentó Circe,
Me vieras atropellarlos:
Si son almas, alma tengo;
Si son ministros tiranos
Del rey, don Fernando soy;
Y si diablos, yo soy diablo:
Ruede así de un puntapié
La tumba.
Berm. Ya estoy temblando.

ESCENA IV.

DA UN PUNTAPIÉ, Y LEVANTA LA TUMBA, Y ESTÁ DOÑA MARIA CUBIERTA CON UN VELO Y SIN LUZ.

Fern. ¡Mas válgame Dios!
Garc. ¿Qué es esto?
Berm. Yo soy alma.
Fern. ¿Quién con pasos
Tan graves se nos acerca?
Ténganse, porque en la mano
Traigo el acero desnudo,
Y cuando me enojo es rayo.
Berm. Con almas del purgatorio
Solo valen los rosarios,
No espadas ni valentías.
Garc. Embiste.
Fern. Yo solo basto:
¿Quién eres tú, que te acercas?
Mar. Alma soy, que estoy penando
En tu pecho.
Fern. ¿Pues mi pecho
Es tu purgatorio?
Mar. Y hallo
En él, aunque peno en él,
Mi sosiego y mi descanso.
Fern. Cuerpo seas, ó alma seas,
Tente, que te haré pedazos,
Vive Dios.
Mar. Ya me detengo,
Generoso don Fernando.
Fern. ¿Quién eres?
Mar. Veráslo ahora:
Saca esa luz.
Pedro. Ya la saco.

(*Sacan las hachas y la cesta entre los dos.*)

Fern. ¡Válgame Dios!
Mar. No te admires,
Jóven ilustre y gallardo,
Que efectos de tu valor
A esto han podido obligarnos.
Fern. Decidme lo que quereis,
Y quien sois.
Mar. Ya estais mirando
Quien somos: lo que queremos
Es, quereros, sin agravio
De nuestro honor, que se fia
Del decoro y del recato.
Y al fin, para que sepais
Quién somos ó qué buscamos,
Escuchad.
Fern. Aunque en la nube
Del velo me estais hablando,
Proseguid, que á vuestra voz
Seremos los tres de mármol.
Mar. Yo, don Fernando Ramirez,
Soy hija de un mayorazgo
De esta villa, cuyas casas,
En sus fachadas y patios,
Dan en escudos, que están
De la eternidad triunfando,
Espíritu á su nobleza
En pórfidos y alabastros:
Y aunque mis blasones digo,
Mi nombre callo; que cuando
Se ha de hacer un beneficio,
Debe el que es noble callarlo;
Porque el hacerlo diciendo
Quien, es dejarle obligado,
Cuando es pobre, á agradecerlo:
Y cuando es rico, á pagarlo.
Y así yo, que solamente
Aquí de serviros trato,
Cuando os hago el beneficio,
Mi nombre en silencio paso.
Al fin, desde un mirador
De mis casas, que del sacro
Edificio en que nos vemos,
La distancia están mirando
En cuatro casas, que en medio
Impiden su breve espacio,
Vi el impensado rigor
Del pueblo inconstante y vario;
Y á vos defendiéndoos de él
En el chapitel mas alto
De esa torre, donde os tiemblan,
Y donde vos tan bizarro,
Triunfando de la fortuna,
Estais del amor triunfando;
Que como son sus efectos
Parecidos de los casos,
Flechas halla en las desdichas,
Arpones en los agravios.
Y así, gentil de los vuestros,
Contra mi pecho da el arco
Puntas, que flechan mi vida,
Flechas que apuntan mis años;
Pues rendida en vuestras penas,
He intentado, por libraros,
Un hecho que por glorioso,
Por memorable, por raro,
Puede atreverse á pedir
Blasones de temerario.
Pues con silencio y secreto,
Tan heróica accion fiando
De los que veis, he podido
Romper, á fuerza de brazos,
Desde una profunda cueva,
Que encubre en mi casa, cuanto
Hay de ella hasta la cueva,
Por donde á la iglesia salgo;
Que como se corresponden,
Por la piedad del peñasco,
En Madrid las cuevas, pude

Por ellas ejecutarlo.
Para daros libertad
Y vida, os he abierto el paso,
Lograd la ocasion dichosa,
Pues que ya lo teneis franco.
Triunfad del rigor, triunfad
Del rey, que sangriento y bravo,
Quiere en vuestra juventud
Escarmentar sus vasallos.
Vuestra lealtad atropellan
Envidia y pechos ingratos,
Que quieren que haya tambien
Españoles Belisarios.
Mi amor os da esta ocasion,
Que en ver que os defiendo y guardo,
Vereis que os adoro y quiero,
Sabreis que os adoro y amo.
Solo libraros pretendo,
Que es mi amor tan noble y casto,
Que solicita en perderos
La magestad del ganaros.
Y ahora admitid con gusto
Lo que en esta cesta os traigo,
Que estoy cierta que en tres dias
No habeis comido bocado.
Comed, que daros quisiera,
Deshecha en egipcios vasos,
La lisonja del Oriente,
Del nácar luciente parto.
Y pues ya se ha satisfecho
Mi amor en sí mismo, usando
Esta clemencia con vos,
Sin mas premio que libraros,
Quedad á Dios, porque tengo
Honor, nobleza y hermano;
Y al fin, enemigos, que es
Decir que tengo criados.
Y Dios, don Fernando, os dé
La ventura de Alejandro,
La seguridad de César,
Y la grandeza de Dário.
Y de la nube en que os tiene
Ahora el tiempo eclipsado,
Salgais como el sol al mundo,
Rigiendo imperios de rayos,
De vuestro rey conocido,
De la fortuna premiado,
Desvaneciendo traidores,
Y atropellando contrarios.
Que ver solo satisfechos
Merecimientos tan altos,
Es el premio que deseo,
Por la vida que consagro.
Berm. A oscuras no nos quedemos,
Ya que con cesta quedamos:
Esta me encended.

(*Saque un cabo de vela, y enciéndalo.*)

Mar. Amor,
Este silencio te encargo.

(*Éntrase.*)

ESCENA V.

DICHOS, MENOS DOÑA MARIA.

Berm. A Dios, Habacuc bendito,
Que nos dejaste en el lago
De los Leones la cesta.
Garc. ¡Rara muger!
Fern. Los romanos
Tan alta matrona envidien,
Y callen los holocaustos
De Artemisa.
Garc. Amor la debes.
Fern. La ibertad que restauro
La pagaré agradecido.
Berm. Vive Dios, que me desmayo.
Fern. Mira lo que hay.
Berm. ¡Santa cesta!

(*Saca de la cesta lo que dicen los versos.*)

Unos manteles mas blancos
Que sus manos.
Fern. Mucho dices,
Porque eran cristal sus manos.
Berm. Ten así, y pondré la mesa,
Iré viandas sacando:
Cubierta de flores viene,
Sin duda es cesta de mayo.
Fern. ¿Es naranja?
Berm. Y candelero:
En ella la vela encajo;
Si estos candeleros sobran,
Vive Dios, que es un borracho
El que de plata los busca.
Fern. Saca y calla.
Berm. Callo y saco:
Seis panecillos de sopa
Son estos, y este es un frasco:
De San Martin será vino,
Pues en San Martin estamos.
Brindis, señor generoso; (*Bebe.*)
La salva á los dos os hago;
Pues vive Dios, que es la madre
De las ranas y los patos:
¡O traidora! ¿en frasco vienes?
Me recelo, si es el caño
De Leganitos ó Pera,
Que eres en cristales claros,
La opiladora del mundo.
Garc. Calla y saca.
Berm. Callo y saco:
Aquí hay rabanitos porros,

Que tiernos y colorados
Pican : de Olmedo parecen.
Fern. ¿Qué es eso?
Berm. Salpimentado
Un cobarde.
Fern. En las comidas,
Es el mas valiente plato :
Tierno está.
Berm. Dale ese pecho,
Que parece de alabastro,
A Garceran.
Fern. Y esta pierna :
Ea, amigo.
Garc. Apenas paso
El pan.
Berm. Traguitos y á ello :
¿Eres novio?
Garc. Don Fernando,
Don Fernando, ¿tierno ahora?
¿Lágrimas ahora y llanto?
Fern. Si está el descanso en la muerte,
¿Para qué los desdichados (*Levántase.*)
Han de comer? no soy noble
Ni tengo honor : ¡fuerte hado!
¡Ay, espíritu glorioso,
Que en pavimentos de estrellas,
Hoy pisas con plantas bellas
Ese alcázar luminoso!
Perdonad, si generoso
No os he vengado.
Berm. Señor,
¿Qué es esto?
Fern. Tener honor :
Seguidme.
Garc. ¿Qué hacer intentas?
Fern. Redimir tantas afrentas,
Y agradecer tanto amor.
Mi hermana en poder está
Del conde enemigo y fiero,
Y de ella vengarme quiero,
Ya que la ocasion me da :
Muera á mis manos, pues ya
Rigor y afrenta tan clara,
Con su muerte se trocára :
¡Qué deidad Lucrecia fuera,
Si antes la muerte se diera
Que Tarquino la gozára!
Tú, Bermudo, me dijiste
Que ingrato la amenazó,
Memoria que me bañó
Los ojos en llanto triste :
Y aunque el honor se resiste
Muchas veces del poder,
Es inconstante su ser,
Y no se ha de aventurar,
Que no es cordura probar
Vidrio, espada ni muger.
Seguidme.
Garc. Resolucion
Es de gentil.
Fern. Ser romano
Quiero con valor cristiano,
Si los rigores lo son :
Quitar quiero la ocasion
Del agravio en su prudencia.
Garc. ¡Bárbara y fiera sentencia!
Berm. ¿Porqué ha de morir doña Ana?
Fern. Por delitos de mi hermana,
Y por culpas de inocencia.
Garc. Mira...
Berm. Advierte...
Fern. Vive Dios,
Que despedace y que mate
Al que de ampararla trate :
¿Vos sois mi amigo? vos? vos?
Garc. Porque lo somos los dos
Os doy tan cuerdo consejo.
Fern. Pues si en las manos la dejo
Del conde en esta ocasion,
Quebrará la guarnicion,
Como ha quebrado el espejo.
Garc. Matémosle.
Fern. Es imposible,
Que no hay quien tanto se guarde,
Garceran, con un cobarde,
Que se hace al viento invisible.
Garc. Pues en accion tan terrible,
Un medio te quiero dar,
Con que la puedas matar,
Menos fiero, aunque es tan bueno.
Fern. ¿Cómo?
Garc. Dándola un veneno.
Fern. Bien dices.
Garc. Confeccionar
Lo sé yo.
Fern. ¿Y da de repente
La muerte?
Garc. Quita la vida
Esta sangrienta bebida
Brevemente y dulcemente.
Fern. Pues luego, amigo, se intente.
Garc. Yo á confeccionarla voy.
Fern. Ahora tu amigo soy.
Garc. Ya el llanto apenas resisto,
Que aunque á su hermana no he visto,
Compasivo y muerto estoy.
Fern. Por horas peligro corre
Mi honor.
Garc. La noche siguiente
Morirá, si á un inocente
El cielo no le socorre.
Fern. Pues yo me subo á la torre.
Garc. Yo á ejecutar el rigor,
A la cueva de tu amor
Desciendo.
Berm. ¡Sentencia ingrata!

Fern. Hermana, tu honor te mata,
Que es tan bárbaro tu honor.

(*Vase él por el sótano, y ellos por la puerta de la torre.*)

ESCENA VI.

SALEN EL CONDE Y CRIADOS.

Criado 1º. Será imposible el vencella,
Que es arrogante y terrible.
Conde. Todo el rigor lo atropella:
Yo allanaré el imposible,
Si hay imposibles en ella.
Resuelto esta noche estoy
En gozarla ó en matalla,
Y así al sol priesa le doy.
Criado 1º. Todo la noche lo calla.
Conde. Ya aprehendí, y demonio soy,
Que apartar de mí no puedo
La aprehension: el rey se va
A Segovia, y dueño quedo
Yo de Madrid, y no hay ya
Persona á quien tenga miedo;
Que su hermano en San Martin,
Tapiado, ya estará muerto.
Criado 2º. Postró su arrogancia al fin
El cielo.
Conde. Este sol cubierto
De clavel y de jazmin,
En cuyos labios amor
Abeja pretende ser,
He de burlar flor á flor.
Criado 2º. Tu padre viene.

ESCENA VII.

SALE EL MARQUES.

Marq. Esto es ser
Bárbaro, ingrato y traidor.
¿Conde?
Conde. ¿Señor?
Marq. ¿Qué has sabido
De don Fernando?
Conde. Que está
Tapiado, mas no rendido.
Marq. El cielo aliento le da,
Pues tanto se ha resistido:
Ola, dejadnos.

(*Vanse los criados.*)

Ya, conde,
Somos los reyes los dos;
Con prudencia corresponde,
Pues de los ojos de Dios
Pensamiento no se esconde;
Y no hay humano secreto,
Que no revele en su abismo
Divino y alto decreto.
Conde. Vuestra escelencia en sí mismo,
Pues es prudente y discreto,
Consulte en esta ocasion
Lo que debemos hacer.
Marq. Entretener la traicion
Con el moro hasta tener
Segura la posesion
Del reino.
Conde. Ya vuecelencia
Mudar á Segovia hace
La corte.
Marq. De mi elocuencia
Tanto el rey se satisface,
Que en su cordura y prudencia
La suspende, y así soy
Alma en su yugo y su ley;
Y amado del reino estoy,
Tanto, que parezco el rey
Cuando por la corte voy,
Porque afable y lisonjero,
A todos trato cortés;
Que el privado que es severo,
Blanco de las lenguas es
De todo ese vulgo fiero.
Y así, yo solo he podido
Sacar de Madrid la corte,
Que solo y mal defendido
Su muro, al sangriento corte
Del que en Júpiter ha sido
Rayo, y es alfange ahora
De Almuzaf, no ha de poder
Resistir, y vencedora
Su media luna, nacer
Le veré en su roja aurora
Coronado y vencedor.

ESCENA VIII.

SALE EL REY.

Rey. ¿Está, marques, prevenida
Mi partida?
Marq. Ya, señor,
Os aguarda.
Rey. Es conocida
Muestra de lealtad y amor,
Marques, la puntualidad
Que en darme gusto poneis.
Marq. Vivo en vuestra voluntad;
Luego partiros podeis.
Rey. Segunda vez pregonad
La mudanza, y asistid
En el camino conmigo.
Marq. ¿Y el conde?
Rey. Quede en Madrid:
Conde, ese fiero enemigo
Acabad y perseguid:
Y á su hermana llevaréis
Presa á Segovia, que en ello

Gusto y servicio me hareis.
Conde. Sin matarlo y sin prenderlo,
Gran señor, no me vereis
En Segovia.
Rey. Levantad,
Conde, alcaide de Madrid.
Marq. Engrandeceis su humildad.
Rey. Canciller mayor, venid.
Marq. ¡Gran señor!
Rey. Alzad, entrad.
(*Póngale la mano en el hombro, y vanse los tres juntos.*)

ESCENA IX.

SALEN DON FERNANDO, GARCERAN, DOÑA MARIA Y BERMUDO.

Mar. Mirad, Fernando mio,
Que mi vida llevais, volved por ella.
Fern. ¿De mí la confiais?
Mar. De vos la fio.
Fern. ¿Pues quién vida tan bella,
Sin ofenderme á mí, podrá ofendella?
Antes se ha asegurado,
Porque es siempre inmortal un desdichado:
Haced que en vos resida,
Que en mí, señora, os cansará la vida.
Mar. Preveníos de recato
Al salir de la villa.
Fern. Por ahora
De ser vuestro en la cueva solo trato.
Mar. ¿Qué, no os vais?
Fern. No, señora,
Hasta beber el llanto de la aurora,
Resuciten tres muertos,
Con las tres capas, que nos das cubiertos.
Mar. Capas son de mi hermano,
Que en albricias las doy del bien que gano.
Fern. Recogeos.
Mar. Hasta el dia
Estrella pienso ser, y estar despierta.
Berm. ¿Has caido en quién es?
Fern. Doña María
Lujan, que está en su casa.
Mar. Estará abierta
Hasta el alba la puerta.
Fern. Si vos la haceis la salva,
Con vos siempre será puerta del alba.
Mar. Miradme por mi vida,
Aunque por vos perdida, es bien perdida.
Fern. Triunfaré en sus rigores.
Mar. Dios os libre, Fernando, de traidores. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA MARIA.

Garc. Mucho, amigo, la debes
A esta heróica muger.
Berm. Es muger santa.
Fern. Cuando en brazos del fénix me re-
Pagarla me verás clemencia tanta. [nueve,
Garc. ¡Triste noche!
Fern. Se espera
De verme tan trocado,
Que aun la noche ofende un desdichado.
Garc. Antes tiembla de verte
Salir á ejecutar tan fiera muerte.
Fern. ¡Ah, pundonores viles!
Cristianos pareceis, y sois gentiles.
Berm. Ya en nuestras casas estamos.
Garc. ¿Estas son tus casas?
Fern. Sí;
Y te has de quedar aquí,
Amigo, hasta que salgamos,
Mirando si el conde viene,
Que en su nombre he de llamar,
Y á las guardas engañar.
Garc. Llama, la ocasion previene,
Pues ves que tu amigo soy.
Fern. Da á esa puerta un puntapié,
Que en respondiendo, diré
Que á matar mi vida voy.

(*Llaman, y salen dos alabarderos.*)

Alab. 1°. ¿Quién es?
Fern. ¡Loca inadvertencia!
Berm. ¿Al conde no conoceis?
Alab. 2°. Señor...
Fern. Disculpa teneis.
Garc. Dios vuelva por la inocencia.
Fern. Cerrad, y dadme la llave.

(*Toma la llave, y éntrase con Bermudo.*)

Alab. 1°. Esta noche es el rigor.
Alab. 2°. ¡Triste dama!
Alab. 1°. ¡Pobre honor!
Alab. 2°. Callemos, que el caso es grave.

(*Vanse.*)

ESCENA XI.

GARCERAN.

¿Quién se vió en tal afliccion?
¡O infelice caballero!
Aquí disculparte quiero
En tan rigorosa accion,
Puesto que es gentilidad,
Entre el rigor descompuesto,
Que Dios á veces ha puesto
En el veneno piedad.
Gigante de aquella esquina
Quiero ser, donde verán
Los cielos, que es Garceran
Mas rayo que no Molina. (*Vase.*)

ESCENA XII.

SALEN DON FERNANDO Y BERMUDO.

Fern. Pienso, Bermudo, que estoy
En las provincias del sueño;
No he visto tan gran quietud,
No he oido tan gran sosiego.
En corredores y patios
Las guardas están durmiendo;
Y en sus cuartos los criados
Están haciendo lo mesmo.
Todo es pálido letargo,
Todo es profundo silencio,
Y en sueño tan rigoroso
Mi honor no ha de estar despierto.
Berm. Lo que me ha admirado mas,
Es, señor, que esten durmiendo
Las dueñas, que son demonios
Vestidos de blanco y negro.
Pero ya en el cuarto estamos
De mi señora.
Fern. Ya tiemblo
La crueldad, que la inocencia
Tiene soberano esfuerzo:
¿Qué hará?
Berm. Durmiendo estará.
Fern. Cuando el honor es discreto,
No duerme en tan graves casos,
Argos en sus males hecho.
Berm. Abierta la puerta está.
Fern. Por mal agüero lo tengo.
Berm. En la virtud de tu hermana
Son bárbaros los agüeros:
Entra.
Fern. Tropecé en la alfombra. (*Tropieza.*)
Honor tropezando entró,
Cerca de caer estoy
Por vos, pues por vos tropiezo.
Berm. Luz hay en su alcoba.
Fern. Corre
La cortina.
(*Descúbrese una cama y un taburete, un bufetillo con recado de escribir, dos bugías, y doña Ana durmiendo.*)
Berm. Hermoso y bello
Espectáculo.
Fern. Volvamos
A cerrar, porque estoy cierto
Que tan divina hermosura
No ha de consentir afecto.
Los cuerpos son unos vasos
De cristal, y está diciendo
La pureza de las almas
La hermosura de los cuerpos.
Y así, en tan rara hermosura
Alma hay perfecta; ¿mas vengo
Yo dudando de su honor,
Que le disculpo y defiendo?
Bien sé que doña Ana es sol
Cándido y puro; mas temo
Que una nube se le oponga,
Sus rayos oscureciendo.
Berm. Escribiendo estaba.
Fern. Muestra
El papel.
Berm. Podrás leerlo
De rodillas.
Fern. ¡Ay, Bermudo,
Que en pié mis desdichas veo!
« Ya, hermano, que la fortuna (*Lee.*)
« Y el rigor nos dividieron,
« Como á tórtolas del nido
« Los cazadores sangrientos,
« Y nos quitaron la vida
« Con un afrentoso esceso
« En nuestro glorioso padre,
« No permitais que soberbios
« Se atrevan á nuestro honor;
« Mirad que aunque lo defiendo,
« Soy muger: harto os he dicho. »
Berm. Pasa adelante.
Fern. No puedo,
Que aunque el honor me irrita,
En el amor me enternezco:
¿Quién se vió en desdicha igual?
¿Quién se vió en igual aprieto?
¿Que el sacrificio de un ángel
Me ha de dar honor? No quiero
Honor, triunfe de ella el conde:
Ven, Bermudo.
Ana. ¡Ay, Dios! ¿qué es esto?
¿Quién en mi retrete mismo
Se atreve así á mi respeto?
Fern. Gente es de paz: sosegaos.
Ana. ¡Válgame Dios! no lo creo:
Hermano mio, Fernando
De mi alma, honor, remedio
De esta huérfana afligida,
Solo y último consuelo
Que en el mundo me ha quedado,
Amparadme en vuestro pecho,
Defendedme en vuestros brazos.
¿Estais bueno? ¿Venis bueno?
Fern. Malo estoy por lo que he visto;
Bueno estoy, porque te veo.
Ana. Volved á abrazarme, hermano;
Mal digo, padre, que el cielo
Ya de hermano os trueca en padre,
Pues otro padre no tengo.
¿Cómo os habeis atrevido
A entrar aquí? que es poneros
En las manos del rigor,
Y quedar rendido y preso,
Que con cien hombres asiste
Siempre el conde aquí.

Fern. Resuelto
Vengo á morir y á matar;
Y así, si al bárbaro encuentro,
No le han de valer sus guardas.
Ana. ¡Ay, hermano, que así os pierdo!
Y no hay ganancia segura,
Como yo llegue á perderos.
Fern. Fuerza es, si quereis ganarme,
Perderme, porque perdiendo
Me ganas; y si no pierdes,
Los dos el honor perdemos.
Ana. Pues para ganar, hermano,
¿Qué se ha de perder? Suspenso
No esteis: ¿qué se ha de perder?
Fern. La vida vos, y yo el seso.
Ana. ¿La vida?
Fern. La vida: tanto
Vale, hermana, el honor nuestro.
Ana. ¿Y quién me la ha de quitar?
Fern. El mismo honor, que es tan necio.
Ana. ¿Y quién lo ha de ejecutar
Por él?
Fern. Yo.
Ana. ¿Vos?
Fern. Yo, que tengo
Su poder en causa propia,
Y esta sentencia de premio.
Ana. ¿Luego á matarme venis?
Fern. Decid que á matarme vengo.
Ana. ¿Por qué culpa?
Fern. Es al reves
El rigor de este decreto
De los ordinarios.
Ana. ¿Cómo?
Fern. ¿No lo entendeis?
Ana. No lo entiendo.
Fern. Porque él os hace matar
Porque no llegueis á veros
Culpada, porque culpada,
No hiciera el dolor afecto.
Porque inocente moris,
Y en sacrificio tan fiero,
No puede el dolor ser mas,
Ni puede el rigor ser menos.
Hermana, el rey, persuadido
Del marques y el conde, ha puesto
Su poder en acabarnos,
Y su brazo en ofendernos.
Traidor hizo á nuestro padre,
Su lealtad oscureciendo,
Y su cabeza arrancando
De su generoso cuello.
A mí me tiene cercado
En San Martin, con intento
De hacer lo mismo, y así,
Con infamia y vituperio
De nuestro honor, te ha encargado
Al conde, de quien sospecho
Entre sinrazones viles,
Villanos atrevimientos.
Yo he sabido, hermana (¡ay triste!),
Que esta noche se ha resuelto,
Atrevido y poderoso,
Por fuerza burlarte, haciendo
De nuestro honor soberano
Bárbaro y torpe desprecio.
Y así, para que no logre
Tan atrevidos deseos,
Apetitos tan incautos,
Y tan torpes pensamientos,
Quiero que des al rigor,
Antes, de esta daga, el pecho,
Que al de sus lascivos brazos;
Y así, luego, luego, luego
Has de elegir un puñal,
O has de tomar un veneno.
Ana. Si eso te puede traer
Generoso adonde estoy,
Sabiendo, hermano, quien soy,
Escusado pudo ser:
Muy bien te puedes volver,
Sin que me ofrezcas así
Veneno y puñal aquí,
Que en mi honor, de glorias lleno,
Tengo puñal y veneno
Para defenderme á mí.
Pero pues tan prevenido
De rigores has llegado,
Porque vuelvas consolado,
Si temeroso has venido,
El veneno que has traido,
Sin temerlo y sin dudarlo,
Elijo para ilustrarlo;
Que si en tí animoso en ello
Ha sido mucho el traello,
En mí es menos el tomarlo.
A su rigor me condeno,
Dame el pomo de oro aquí,
Que soy triaca, y de mí
Está temblando el veneno:
Y esta prevencion condeno,
Pues en la copa mas clara
Que lo trajeras bastára;
Porque importante no era,
Para que yo lo bebiera,
Que en oro se disfrazára.

(*Dale un pomo y bebe.*)

Ya todo me lo bebí.
Berm. Por Dios, que se lo ha bebido.
Ana. Así gallarda he querido
Triunfar del veneno aquí:
Ya la inclemencia vencí
Del rey y del conde fiero,
Triunfando me considero;
Y en accion tan torpe y vil

Acabo como gentil,
Y como bárbara muero. (*Cae.*)
Berm. Ya espiró.
Fern. ¡Notable esceso!
Apenas sé cómo ha sido:
Muerto estoy, cuanto corrido,
Del mal pensado suceso:
Ya mi ingratitud confieso
En su pálido arrebol:
No soy, Bermudo, español,
Monstruo soy, soy tigre fiera;
Mas (¡ay de mí!) ¿quién creyera
Que morir podia el sol?
Dame el pomo, acabaré
Con sus sombras mi vigor;
Mas si es veneno el rigor,
A sus manos moriré;
La muerte el conde me dé:
Gente, soldados.

ESCENA XIII.

SALEN LOS ALABARDEROS.

Alab. 1º. ¿Qué es esto?
Alab. 2º. ¿Quién soberbio y descompuesto
Nos da voces?
Alab. 1º. ¡Ay de mí!
¿Tú aquí?
Fern. Villanos, yo aquí,
Triste, porque el sol se ha puesto.
Puesto está el sol, que bañaba
Los orbes de lumbre hermosa:
Ya está pálida la rosa
Que en jazmin fragrancia daba,
Del abril que coronaba
De pesadumbre de olor,
La frente del mismo amor
Ya en sombras trocado veis;
Y así, al conde le direis
Que vale tanto mi honor.
Decid que sus luces puras
Son del dia menosprecio,
Porque cuando llegue necio,
Se halle en sus rayos á oscuras:
Y aunque os parezcan locuras
Las fuerzas de mis razones,
Decidle que sus acciones
Modere, si es español,
Porque en poniéndose el sol,
Se castigan las traiciones.
Pasa delante, Bermudo.
Alab. 1º. Prendedle.
Fern. El que se moviere
Morirá cuando el sol muere,
Que llevo un rayo desnudo.
Berm. A tu espada soy tu escudo.
Fern. Toma esa llave, y abierta
Deja con ella la puerta,
Porque vea esa sin fe,
Cómo salí, y cómo entré,
Y que está mi hermana muerta.
Entraos, llama á Garceran.

ESCENA XIV.

SALE EL CONDE Y GENTE ACUCHILLANDO A GARCERAN.

Fern. ¿Mas qué es esto?
Garc. Atropellarme
Aquí podrán y matarme;
Mas rendirme no podrán.
Berm. Atropellando le están:
¿No lo ves?
Fern. Demonio soy.
Conde. Amigo, á tu lado estoy,
Que soy el conde.
Fern. Buscando
Te voy, yo soy don Fernando.
Conde. ¿Qué dices?
Fern. Que tras tí voy.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALEN EL CONDE Y MONTEROS.

Conde. ¿Qué es lo que me dices, hombre?
Mont. 1º. Que doña Ana...
Conde. No me des,
Con equívocas razones,
La muerte en vaso penado;
Mátame, necio, de un golpe.
Mont. 1º. Digo que muerta hallarás
A doña Ana.
Conde. ¿Muerta?
Mont. 2º. Anoche,
Su ingrato hermano la muerte
Le dió, porque no la goces,
Que encubierto entró fingiendo
Tu autoridad y tu nombre.
Conde. Vive el cielo, necio, infame...
Mont. 1º. ¿Tú, señor, te descompones?
Conde. Muera, matadle, seguidle.
Mont. 2º. Mas vale que te reportes. (*Vase.*)
Conde. ¿Que me reporte, decis?
¡Oh, fieros! dejadme: asombre
Mi pena al cielo, pues hay
En él quien muera de amores.
¿Pero ahora me suspendo?
Ea, necias esclamaciones,
¿Y al sol que duerme, no voy
A darle la vida á voces?
Correr la cortina quiero:

Tierra, cielos, mares, montes,
Conmigo llorad, llorad,
Que el sol las cortinas corre.

(*Descubren á doña Ana muerta en una silla.*)

¡Válgame Dios! ¡tal crueldad
En humanos corazones
Pudo caber! ¡que un hermano,
Con entrañas tan feroces,
Tirano apagar intente
Tan divinos esplendores!
¿Quién, mi aurora, tarde os hizo?
¿Quién, mi dia, os hizo noche?
¿Qué vil morador del Ganges,
Que la piedad no conoce,
Os trató así? ¿ó qué tirano
De la márgen del Orontes?
Cielo os dejé, estatua os hallo,
Desmintiendo adoraciones
De Fidias, porque con vos
Sea el ateniense jóven.
Dadme muerta la que viva
Me entregasteis; pero entonces
Erais Dafne, y aquí os veo
Laurel, que no siente ni oye.
Dadme, laurel, vuestras ramas,
Porque de vos me corone,
Como Apolo.

Ana. ¡Ay Dios! (*Vuelve en sí.*)

Conde. ¿Qué es esto?

Ana. ¡Ay!

Conde. ¡O fieras ilusiones!

Guardas, criados.

ESCENA II.

SALEN TODOS.

Criado 2º. Señor,
¿Qué mandas?

Conde. No sé.

Ana. ¡Ay de mí!

Conde. ¿Es la muerta?

Mont. 1º. Señor, sí.

Conde. ¿Pues no decis que el rigor
De su hermano la dió muerte?

Mont. 2º. Su hermano eclipsó la aurora,
Y ha estado muerta hasta ahora.

Ana. Venció el rigor de mi suerte
La malicia del veneno;
Mas si es el no tener dicha,
Veneno de mi desdicha,
La resistencia condeno.

Conde. Viva está.

Criado 1º. La confeccion
Este milagro concierta.

Mont. 2º. Doce horas ha estado muerta,
Porque ahora las diez son,
Y á las diez entró su hermano,
Cuando la muerte la dió.

Ana. ¿Qué espero en mi vida yo?

(*Levántase.*)

Conde. La gloria, que en veros gano.

Ana. ¡Válgame Dios!

Conde. En mis brazos,
Que vos tanto aborreceis,
Este veneno hallaréis,
Pues son veneno sus lazos.
La muerte hallaréis en ellos,
Si la muerte vais buscando,
Que os solicitan amando,
Y dais en aborrecellos.
Mirad si amor me debeis,
Pues cuando de vuestra vida
Es vuestro hermano homicida,
En ellos vida teneis.
La muerte os dió su rigor;
Y amor, que en mi pecho está,
La vida, señora, os da:
Ved si es milagro de amor.
Pálida, difunta y fria
Os ví; y pues vida teneis,
Y entre mis brazos naceis,
Amor dice que sois mia.
Ya vuestro amparo murió
En mil sangrientos pedazos,
Y pues naceis en mis brazos,
Dejad que os ampare yo.
Pues pudiendo ser tirano,
Con la lealtad y el poder,
Vuestro padre quiero ser,
Y quiero ser vuestro hermano.
Y así, cruel y piadosa,
Prevenios, sin honra y fama,
Por fuerza aquí á ser mi dama,
O por gusto á ser mi esposa.
Que la fe y palabra os doy
Delante tantos testigos,
Que los vereis enemigos,
Si vuestro amigo no soy.
Amor á vos me postró, (*De rodillas.*)
Y me habeis de dar aquí
Con vuestros brazos el sí,
O con vuestra espalda el no.

Ana. Antes que os responda,
Conde generoso,
Dejad que les dé
Almas á mis ojos.
Dejad que del pecho
Salga el llanto en golfos,
Que en rigor tan grave,
El valor es poco.
No lloro el amaros,
Mis desdichas lloro,
Que son, conde, tantas,
Que en ellas me asombro.

Yo soy la que ayer,
Con desprecios propios,
Fingiendo deidades,
Desmentí decoros.
Yo soy la que al sol
Daba inciensos de oro,
Magestad de plumas,
Vanidad fué todo.
Soberbio pavon,
Que en su pompa loca,
Viéndose los piés,
Desmiente lo hermoso.
Venerar me hizo
Soberano Alfonso,
Ya en sus altos brazos,
Ya en sus sacros solios.
De esa voz mi padre
Fué el aliento solo,
Vida en sus consejos,
Alma en sus negocios.
Crió lisonjeros,
Que hizo poderosos,
Que fueron despues
De sus glorias monstruos.
Pues descomponiendo
Sus hechos gloriosos,
Luz fué, que apagaron
Del primero soplo.
Y el que se vió altivo,
Despreciando tronos,
Humilló al suplicio
Su valor heróico.
Dió á un monstruo infame
Lo que fué en sus hombros
Deidad, gloria ya
Traducida en polvo.
Murió por traidor:
¿Cómo me reporto,
Cuando hasta en su fama
Veo estos oprobios?
Quedé como el lirio,
Que en los verdes sotos,
Si le estiman unos,
Le desprecian otros.
Colegí en mi hermano
Lisonjeros gozos;
Mas por lisonjeros
Me duraron poco.
Pues muerto tambien
Con arrullos roncos,
Tortolilla finjo
En gigantes olmos.
Soledad estimo,
Desventuras logro,
Que en desdichas tantas,
Toda soy enojos.
Y tan sola estoy,
Que en mí no conozco
Aun la libertad,
Que es faltarme todo.
Compasiones busco,
Y rigores oigo,
Que con las desdichas,
Todos se hacen sordos.
En tantos agravios,
El menor escojo,
Que es la muerte en ellos,
El rigor mas corto.
El veneno elijo,
Confecciones tomo,
Mas cruel conmigo,
Quiso ser piadoso.
Inmortal me quieren
Los males que copio,
Pues hasta en la muerte
Hallo mil estorbos.
Calla, si la llamo,
Vuela, si yo corro:
¿Quién jamas en ella
No vió piés de plomo?
Al fin, desdichada,
En cuanto propongo,
Soy de la fortuna
Bárbaro despojo.
Todo al fin me falta,
Todo me huye, y solo
Me sobra la vida,
Y así, al mundo sobro.
Y pues en tal trance
Me admitis piadoso,
Y amparo me falta,
Por mi amparo os nombro.
Ya el rigor me muestra
Favorable el rostro,
Que en tan gran señor,
Lo qué pierdo cobro.
Yo llamándoos padre,
A esos piés me postro,
Pues su falta suple
Un tan digno esposo.
Y así, la fe y mano,
Y el sí que os otorgo,
Del vínculo sean
Dulce testimonio.
Vuestra esclava soy,
Y en fe que os adoro,
Disponed del alma,
Como dueño propio.

Conde. Alzad, que envidio al suelo,
Porque le dais autoridad de cielo;
Y en recíprocos lazos,
Sea fénix amor en nuestros brazos.

Ana. Vuestra soy.

Conde. Y yo vuestro,
Que con el alma esta verdad os muestro;
¿Que ya sois prenda mia?

Dichoso el hombre que en amor porfía :
Dadme esa mano bella,
Cometa de cristal ó limpia estrella.
Ana. Y en ella os rindo el alma.
Conde. Póstrense mis laureles á su planta.
Ana. De esposa os doy la mano,
Proceded como noble.
Conde. Cuando gano
Tan divina belleza,
¿Dudais en mi nobleza?
Ana. La nobleza,
Si imposible allana,
Tal vez suele ser vil, y ser villana.
Conde. Hago al cielo testigo,
Y á los que veis, de la verdad que digo;
O á pedirme esta mano
Venga, aunque es imposible, vuestro her-
A cuyas manos muera. [mano,
Ana. No prosigais, porque matarme fuera,
Siendo vuestro homicida,
Si ya desde hoy sois dueño de mi vida :
¿Cuándo serán las bodas?
Conde. En previniendo las desdichas to-
Porque el rey enojado, [das:
Que te lleve á Segovia me ha mandado,
Y hasta desenojarle,
Es fuerza entretenerle y engañarle,
Diciendo que te has ido;
Y así, mudando el nombre y el vestido,
Serás en una aldea
Reina del alma, que adorar desea
Tan divina hermosura.
Ana. Donde ordenares estaré segura :
¡Ah, rigorosa estrella, *ap.*
Que á un traidor me conduces!
Conde. Prenda bella,
Venid donde esta gloria
Mis criados celebren.
Ana. La victoria *ap.*
No del amor ha sido,
Sino de la desdicha á que he venido.
Conde. Esto al veneno debo.
Ana. Por él con vos mi juventud renuevo.
Conde. Todo es ventura mia :
Dichoso el hombre que en amor porfia.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

SALEN DON FERNANDO Y BERMUDO.

Berm. Juzgo que quieren romper
Las tapias.
Fern. Romper con todo
Quisiera, que de este modo
Viniera en Castilla á ser
Nuevo Sanson en el templo,
Muriendo y matando en él
A este bárbaro, á este infiel,
Por quien pálida contemplo
Aquella azucena hermosa,
A los cielos trasladada,
Que en copos de luz bañada,
Es ya estrella luminosa.
Berm. ¡Notable gentilidad
La de los dos!
Fern. El amor
Es gentil, y así el rigor
Fué suyo.
Berm. ¿La voluntad
De esta divina Amaltea
No encareces?
Fern. Tal muger
Escede al encarecer,
Y asi es bien que deidad sea.
Mas pasa á saber si ha visto
Ese portento Lujan
A mi amigo Garceran;
Porque apenas me resisto,
Cuando advierto que por mí
Se vió anoche en tal aprieto.
Berm. ¿Él no vino acá, en efeto?
Fern. Con la gente le perdí;
Y así, con cuidado estoy,
Por ver si está preso ó muerto.
Berm. Que está libre es lo mas cierto.
Fern. Pasa á saberlo.
Berm. Ya voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO.

Don Fernando, ya es razon
Que esta clausura dejemos,
Y que en el caso tomemos
Gloriosa resolucion :
Vuestro heróico corazon
Deje lugar tan estrecho,
Y gloria y hazañas hecho,
Salga á libertarse ya,
Que si mas opreso está,
Vendrá á reventar el pecho.
Corazon, bien el honor
Me aconseja, salid luego
A ser rayo y á ser fuego,
Y á ser furia en el rigor :
Por aleve y por traidor
Estais retirado aqui,
Y el mundo lo entiende así;
Y así, en rigor tan profundo,
Salid á decirle al mundo,
Corazon, que estais en mí.
Decid que en historias largas,
Soberano é inmortal,
Habeis sustentado leal
La memoria de los Vargas :
Y en las moriscas adargas

Esculpid este blason
Segunda vez: corazon,
¿Bónde iré, si me fastidia
Por una parte la envidia,
Y por otra la traicion?
¿A Aragon? no, que es cuñado
Su rey, de Alfonso mi rey,
Y ha de ejecutar la ley
En vos, de Alfonso indignado:
¿A Portugal? es privado
Del rey, que todo lo alcanza:
¿Al moro? es baja mudanza:
¿Al cielo? airado le vemos;
Pues, corazon, ¿dónde iremos?
Don Fernando, á la venganza.
Donde, ó cómo se ha de hacer,
¿Corazon, qué nos importe?
En la corte, con el corte
Que te ha dado honor y ser:
¿Cómo, si es tanto el poder?
La industria todo lo alcanza.
Dices bien, ten esperanza:
A la venganza, Fernando;
Pues tú me estás animando,
Corazon, á la venganza.

ESCENA V.

SALE DOÑA MARIA CON UNA VELA ENCENDIDA POR EL ESCOTILLON.

Mar. ¿Fernando?
Fern. Escusad, señora,
La luz, que así oscureceis,
Porque es la luz que traeis
Poca para tanta aurora:
Mirad que en vos se desdora
Esa lágrima, que el dia
Topacio apenas le envia;
Mas cuando la vela fuera
El mismo sol, pareciera
En vuestras manos bugia.
Mar. Si cielo, señor, se niega
La luz que siguiendo voy,
Es, porque tan ciega estoy,
Que hasta en mí la luz se ciega,
Que como en mi mano llega
A verse en vuestros despojos,
Me da por rayos enojos;
Y lo mismo del sol fuera,
Cuando arrogante quisiera
Atreverse á vuestros ojos.
Mas aunque la luz es poca,
Con ella vengo á alumbraros,
Porque podais escaparos
Del rigor que así os provoca:
Cuanto de mi parte toca,
Porque tenga el caso efeto,
Apercibiros prometo:
Ved si escaparos podeis,
Que en mí, Fernando, teneis
Joyas, dinero y secreto.
Fern. Ya que me habeis dado luz
Con vuestros rayos divinos,
Pues luz del entendimiento
Vienen á ser los avisos:
Poned, señora, en la cueva
La luz, en tanto que os digo
Los arbitrios de mi amor,
Que un pobre todo es arbitrios.
Mar. Ya está en la cueva la luz,
Y á vuestra voz le apercibo
Veneracion y silencio. (*Retira la luz.*)
Fern. Y yo á ese pecho le fio
Secretos, que sabe apenas
El alma que os sacrifico:
Haciendo discursos varios
En tan notorios peligros,
Que prevengo desdichado,
Y que temo aborrecido.
Y viendo á mi padre muerto
Por traidor, siendo mas limpio
Que ese racimo de luz,
Que se desgaja en sí mismo:
Y de mi hermana inocente
Bañada en cárdeno lirio,
Cuanto fué azucena, y cuanto
Rosa, jazmin y narciso:
Y viendo que estos agravios
Piden descargos precisos,
Quedando en eterna infamia,
Si la verdad no averiguo,
Elijo un medio imposible
Para hacerlo, pues elijo
La corte, en que me amenaza
La lisonja y el suplicio.
Al fin, resuelto, señora,
Estoy á pasar los frios
Gigantes, que Guadarrama,
Con bárbaro desatino,
Atreve al cielo, quebrando
En sus estrellas sus vidrios;
Y en Segovia disfrazado,
Aguardar desconocido,
Tiempo, ocasion y ventura;
Pues por sermones y libros
Sabemos que con el tiempo
Muchos hay que la han tenido.
Bien sé que á la muerte voy,
Bien sé que voy al cuchillo;
Pero entre cuchillo y muerte,
Vengándome me eternizo.
Esto he pensado, esto intento
Y ejecutarlo imagino:
Dadme, señora, el consejo
Que en tal confusion os pido.
Mar. Como me des la fe y mano

De esposo, en vuestros designios
Vereis con seguridad
Prósperos fines.
Fern. Lo mismo
Digo yo, si pongo en ello
Tan generosos principios.
Y así, con la fe y con la mano
Esta venganza confirmo,
Seguro de que por vos
Me he de ver glorioso y rico.
Mar. ¿Que soy vuestra?
Fern. Haced, señora,
Aquí á los santos testigos,
Que mudamente consientan,
Este vínculo divino:
Que si con la mano os pago,
Ellos, señora, que han visto
Los beneficios que os debo,
Verán que los beneficios,
Si bien pagados no quedan,
Quedan bien agradecidos.
Cuanto y mas, que á la pureza
De los Lujanes le quito
El lustre, y con vuestra mano
Mis agravios califico.
Mar. Con el Vargas le dais glorias,
Pues lisonjeros los siglos
De su lealtad, en vos hallan
Disculpado este delito.
Y pues ya soy vuestra esposa,
A conservaros me obligo
En Segovia disfrazado
Con un modo peregrino.
Este escudero, de quien
Ha tres años que me sirvo,
Hombre de peso y secreto,
Aunque los viejos son niños,
Fué en Segovia tejedor,
Poderoso, honrado y rico;
Que la fortuna tambien
Tiene imperio en los oficios.
Perdióse, y vino á servir,
Pero no, á ampararnos vino,
Pues tiene de resultarnos
El premio de su servicio.
A este, pues, juzgo engañar,
Diciendo que errante sigo
Un sol, que en la corte tiene
Su oriente, y que he de seguirlo
Disfrazada, haciendo á amor
Autor de estos desvaríos.
Daréle para telares,
Lisonjas de su ejercicio,
Mil escudos, con que tenga,
Fernando, para encubrirnos
Caudal suficiente, siendo
Su nuera yo, y vos su hijo.
Y porque nuestro secreto
Esté solamente escrito
En nuestras almas, sin verle
En mas pechos repartido,
Yo he de irme sola con él,
Mudando nombre y vestido,
Que el de humilde tejedora,
Desde hoy, don Fernando, habito.
Y previniendo una casa
Humilde en el grande sitio
De los tejedores, luego
Podreis, en trage esquisito
De peregrino ó soldado,
Disfraz de muchos perdidos,
Preguntar por Pedro Alonso,
En nombre de padre ó tio;
Que en poniéndose en la casa,
Y en ella viéndoos conmigo,
Yo haré que os quedeis en ella.
Fern. Tengo de ser conocido
Luego al momento; mas ya
Un nuevo engaño fabrico
Para desmentir los ojos,
Pues viéndome libre y vivo,
A mí mismo han de tenerme
Por retrato de mí mismo.
Mar. ¿Cómo ha de ser?
Fern. No hay ahora
Ocasion para decirlo,
Despues lo sabreis: al fin,
¿Cómo ha de ser mi apellido?
Mar. Pedro Alonso.
Fern. Pues desde hoy
En el nombre me confio:
¿Y qué he de hacer en Segovia?
Mar. Tejer, hasta ver el hilo
De la venganza.
Fern. Si en ella
De estos fieros la consigo,
Tejiendo, y no peleando,
A trocar me determino
Las lanzas por lanzaderas,
En los telares metido:
¿Y tú cómo has de llamarte?
Mar. Con equívoco sentido,
Teodora, ó te adora, señas
De que te adoro y estimo:
Y aunque Teodora me llame,
La que te adora me digo.
Fern. Agudeza es de tu ingenio.
Mar. Del tuyo las participo:
Voy á hablar al escudero.
Fern. Vaya nuestro amor contigo:
Déjame la vela. (*Dale la vela.*)
Mar. A Dios,
Mi Pedro Alonso querido.
Fern. A Dios, mi amada Teodora.
Mar. La que te adora me digo. (*Vase.*)
Fern. ¡Ah, muger divina y bella!

ESCENA VI.

SALE BERMUDO.

Berm. La cena está prevenida.
Fern. Pues la ocasion me convida, *ap.*
Del copete he de prendella.
Berm. Hay una hermosa ensalada,
Que está diciendo, coméme.
Fern. Quien se acobarda, quien teme, *ap.*
De su desdicha se agrada.
Berm. Hay un gigote, que ha sido
Incensario de un altar.
Fern. Un muerto quiero sacar *ap.*
De una bóveda, y vestido
Como estoy, persuadir quiero
Que he sido muerto á traicion.
Berm. Y hay un pernil y un capon,
Que puede ser racionero.
Divertido está: señor,
Ven, que se enfria la cena.
Fern. ¡Oh, Bermudo! en hora buena
Vengas.
Berm. Muévate el olor
Del gigote.
Fern. ¿No has tenido
Nuevas de Garceran?
Berm. No,
Señor.
Fern. Bermudo, él murió,
Y yo quien le ha muerto he sido;
Toma esa vela.
Berm. Sí haré,
Y ven, señor, á cenar.
Fern. Antes quiero levantar
Esta losa.
Berm. ¿Para qué?
Fern. Para visitar un muerto
Amigo.
Berm. ¿Qué dices?
Fern. Digo
Que hablar quiero á un muerto amigo.

(*Alza una losa.*)

Berm. Ya la bóveda has abierto:
Entra, pues.
Fern. Pasa adelante
Con la luz.
Berm. ¿Yo?
Fern. Sí.
Berm. ¿Yo?
Fern. Tú.
Berm. Entre el mismo Bercebú,
Y con él un ignorante,
Un casado, un presumido,
Un don recien bautizado,
Un bermejo, un bien logrado,
Que jamas fiesta ha perdido.
Fern. Acaba ya.
Berm. Eso es mandar,
Señor, que me acabe yo,
Porque aquí jamas entró
Ninguno sin acabar.
Fern. Entra, cobarde.
Berm. No puedo,
Porque hay cierto muerto ahí,
A quien yo de palos dí,
Y se vengará, y no es miedo,
Vive Dios, sino temor
Del muerto, que un traidor fué,
Y si allá dentro me ve,
Sé que ha de decir, señor:
Aquí de los muertos, muera.
Fern. ¿He de enojarme?
Berm. Ya vengo,
Que un flux en las tripas tengo,
Y voy á envidar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON FERNANDO.

Espera.
Porque me dejára solo,
Le apuré de aquesta suerte.
Ahora bien, yo quiero entrar,
Y el primer muerto que encuentre,
Y mas recien enterrado,
Sacarlo aquí: ¡qué mal huele
La bóveda! tales son
Los perfumes de la muerte.
Para poder resistirlo,
Quiero el aliento beberme:
Mas quien desprecia la vida,
Dificultades desprecie. (*Entra.*)
Ya estoy dentro, y aquí están
Seis atahudes (¡o suerte!)
Cofres de este suelo son,
Que el tiempo en carbon convierte.
Este saco, que en el cuerpo
Ha fingido parecerme,
Y es el mas fresco de todos,
Mientras mis desdichas tiene.

(*Saque un muerto, y déjale caer.*)

¡Válgame Dios! muerto salgo,
Mas salir sin que muriese,
Milagro es, que á mi valor
Atribuírsele puede.
Meterle en la cueva quiero,
Y mis vestidos ponerle,
Dejándole en los bolsillos
Mis cartas y mis papeles,
Con este rosario y llaves,
Y esta sortija, que en verdes
Lisonjas de una esmeralda
Mis armas grabadas tiene.

Y aunque el rostro, como está,
Su primer forma desmiente,
Tres ó cuatro puñaladas
Le he de dar, que sangre muestre,
Que he de sacarme á puñadas,
Por si ya la suya mueve
Lo horrible, para que así
Mas se acredite mi muerte.
El mármol quiero volver
A su lugar: tal me tiene
La fortuna, que he venido,
Por su ocasion, á valerme
De los muertos, porque cuando
Espantosos y crueles
Me desamparan los vivos,
Los muertos me favorecen.
Con este engaño podré
Mas libre desconocerme
En Segovia, y tejedor
De agravios, que al alma ofenden,
Tejiendo esperanzas largas,
Que mi venganza celebren,
Hacer así, que las lanzas
Por lanzaderas se truequen.

(*Éntrase con el muerto en la cueva.*)

ESCENA VIII.

SALE DOÑA MARIA VESTIDA POBREMENTE.

Mar. La confusion y el temor
De que mi hermano recuende,
Sin ver á mi don Fernando,
Me fuerzan á que me ausente:
¿Qué empresas y qué imposibles
No intentarán las mugeres?
Bien dijo un sabio, que son
Lo mas bajo y lo mas fuerte.
A ser tejedora voy,
Que amor urde, y amor teje
(Penelope me disculpe)
Lo atrevido y lo prudente.
Tres mil escudos y mas,
En oro y joyas previene
Mi cuidado.

ESCENA IX.

SALE PEDRO ALONSO DE TEJEDOR.

Pedro. Ea, señora,
Partamos, que ya amanece.
Mar. Teodora me llamo, padre,
Que aquí el señora perece.
Pedro. Pues vamos, Teodora, al rio,
Que las mulas en la puente
Nos aguardan.
Mar. Ya voy, mas...
Pedro. Volvámonos, si es que temes
A tu hermano,
Mar. Yo soy, padre,
Tu hija.
Pedro. No lo pareces
En no obedecerme.
Mar. Vamos:
Fernando, las horas breves,
Infiernos y eternidades
En mí han de ser hasta verte. (*Vanse.*)

ESCENA X.

SALE DON FERNANDO DESNUDO, Y CON ESPADA, Y SACA EL MUERTO CON SU VESTIDO.

Aquí mis persecuciones
Se acaben, porque comiencen
Mis venganzas: tambien finge
Mi persona, que desmiente
La verdad, pues que soy él,
A mí mismo me parece.
En la puerta de la iglesia
Lo dejé; mas gente viene,
Huir será valentía.

ESCENA XI.

SALE BERMUDO.

Berm. Ahora que el mundo duerme,
Tambien dormirá Fernando:
Quiero entrar.
Fern. Bermudo es este.
Berm. Mas en un muerto caí.
Fern. Aquí mi engaño comience.
Berm. Y es el muerto don Fernando
Mi amo, que así perecen
Los traidores á su rey.
Fern. Y tú de la misma suerte (*Dale.*)
Has de morir.
Berm. Muerto soy,
Confesion, confesion.
Fern. Aleve,
No des voces.
Berm. Quiero darlas,
Que ya que me mata adrede,
Gusto no le pienso dar:
Muero á voces.
Fern. Vil, pues muere.
Berm. Homicida matador,
Permite que me confiese,
Que estoy en pecado.
Fern. Montes,
Que con coronas de nieve
Haceis reina á Guadarrama,
En vosotros voy á verme
Pobre, afligido y desnudo;
Y si montes se enternecen,

Anegadme en vuestros copos,
O permitid que me vengue. (*Vase.*)

ESCENA XII.

SALE GARCERAN.

Garc. Anoche llegar no pude
A San Martin, por la gente
Que me siguió.
Berm. El homicida
Sin duda á matarme vuelve:
Muerto me quiero fingir.
Garc. Cuando Fernando despierte
Se ha de alegrar, que estará
Con cuidado: ¡qué bien duermen
Las guardas! mas (¡ay de mí!)
Muertos están, y parece
Este Fernando, y Bermudo
Estotro: ¡ay de mí!
Berm. Bien puedes,
Bermudo, resucitar,
Que este es Garceran.
Garc. Paredes,
Cielos, y aurora, que haciendo
Crepúsculos amaneces,
¿Decidme si son los dos?
Berm. Los dos son.
Garc. ¡Ay Dios!
Berm. Detente,
Que solo es muerto Fernando.
Garc. ¿Fernando?
Berm. Sí, llega á verle,
Que yo queria morirme
Con las sombras de su muerte.
Garc. Él es: ¡ay, amigo mio!
Berm. Muertos los amigos hieden,
Y este hiede mucho.
Garc. ¿Quién,
Bárbaro, vil é inclemente,
Del pecho mas generoso,
Mas leal, mas noble y fuerte,
Sacó la vida? ¿quién pudo
Al mismo honor atreverse?
¡Ay, don Fernando! ¡ay, amigo!
Si sois de lealtades fénix,
Como el fénix renaced,
Pues la lealtad con vos muere.
Berm. Saliendo Fernando y yo
A buscarte y defenderte,
En un valiente escuadron
Cien hombres nos acometen;
Yo maté diez, y herí doce,
Y mi amo á ciento y trece.
Garc. Pues vivo quedastes tú, (*Va tras él.*)
Vil, no peleaste: vete
Donde no me veas mas.
Berm. Yo juro á Dios de no verte
Mas en mi vida, ni al rey,
Que no quiero que escarmiente
Conmigo á Castilla: el nombre
Y el trage es fuerza que trueque,
Por no imitar á Fernando. (*Vase.*)
Garc. ¡Que así virtudes se premien!
¡Y que estos traidores hagan,
Y lo consientan los reyes!
En Segovia pienso estar
Defendiendo eternamente
Esta inocencia, este agravio,
Hasta que el reino confiese
Que han sido traicion y envidia
Monstruo de tres inocentes. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

SALEN EL CONDE, DOÑA ANA, UNA CRIADA Y CRIADOS.

Conde. Ola, mirad quien da voces:
Con bien salgan juntamente
Dos soles al mundo, dando
Resplandores diferentes,
Aunque el vestido te eclipsa.
Ana. Así del rey nos defiende:
¿Cuándo te veré en la aldea?
Conde. Antes, señora, que llegues,
Podrá ser que esté contigo;
Mira que en ella te acuerdes
De mí.
Ana. Si en tí dejo el alma
(¡Ay de mí!) no estás ausente:
¿Cómo te puedo olvidar?
Criado 2º. El sol sale, y conocerte
Podrán.
Ana. Ola, llega el coche,
A Dios. (*Vase.*)
Criado 2º. Ya amor me enternece.
Criado 1º. Vueseñoría me dé
Albricias, porque ya tiene
Muerto á su enemigo.
Conde. ¿Cómo?
Criado 2º. A estocadas, llega á verle.

(*Llegan al cadáver, y sacan del bolsillo lo que dicen los versos.*)

Conde. Ola, esa gente apartad;
Así la soberbia siempre
Acabó.
Criado 2º. En este bolsillo
Tiene un rosario.
Conde. Y en este
Unas llaves y un diurno.
Criado 1º. Y estas cartas y papeles
Tiene en el pecho.
Criado 2º. Y sus armas
En una esmeralda prende
Un dedo.
Conde. Mostrad, que al rey

Estos despojos infieles
Le he de enseñar : dadme postas,
Y llevad donde se entierre
Ese miserable monstruo.
Criado 2º. Todo Madrid se suspende.
(*Llévanle y vanse.*)

ESCENA XIV.

SALE DON FERNANDO CON UN MAL VESTIDO, Y CON ESPADA.

La piedad de Guadarrama,
Y de su cura, que vieron
Mi necesidad, me dieron,
Con la accion que Dios mas ama,
Este pobre vestidillo,
Diciendo que me robaron
Ladrones, y lo juntaron
Con la priesa del pedillo.
Rapados barba y cabello,
Soy ya tejedor tan tosco,
Que apenas yo me conozco
Cuando mas reparo en ello.
Ya en Segovia estoy, esta es
La parte en el Alzobejo,
Donde Pedro Alonso el viejo
(*Está doña María al paño.*)
Ha de vivir : ¿ la que ves,
No es, don Fernando, tu aurora?
Mar. ¿Qué es lo que busca, buen hom-
Fern. A Teodora. [bre?
Mar. Ese es mi nombre,
Que yo soy la que te adora :
Amigos, salid á ver
A Pedro Alonso mi esposo.
Fern. ¡ Hay hombre mas venturoso!

ESCENA XV.

SALEN DOS TEJEDORES Y MUGERES.

Mar. ¡ Hay mas felice muger!
Vecinas, amigas.
Muger. Ya
Con vuestras voces se alegra,
Vecina, toda la calle.
Tejed. 1º. Y los tejedores dejan
Sus telares.
Tejed. 2º. Y sus cardas
Los de la carda.
Tejed. 1º. A ser venga
Pedro Alonso de este barrio
Quietud, amparo y defensa.
Mar. ¿No tiene, amigos, buen talle
Mi Pedro Alonso?
Tejed. 1º. Presencia
Tiene de gran caballero.
Fern. Basta, señores, que tenga
El cuerpo de un tejedor,
Que esta es mi misma nobleza :
Vuesas mercedes me abracen.

ESCENA XVI.

SALEN PEDRO ALONSO Y BERMUDO.

Pedro. ¿ Qué es aquesto?
Mar. Pedro, llega
A tu padre.
Fern. ¿ Padre mio?
Pedro. ¿ Hijo? ¡ notable quimera! *ap.*
Mas quiero disimular,
Pues soy el que gano en ella :
¡ Qué roto vienes!
Fern. Así,
Padre, escapé de la guerra.
Mar. Y aun á mí, de traer vida,
Decid que me lo agradezca.
Fern. A ella, padre, se lo debo.
Pedro. Ea, todo el mundo teja.
Fern. Padre, enviar por un trago,
Y celébrese esta fiesta :
(*Toquen chirimías.*)
¿ Mas qué es esto?
Pedro. Vuelve el rey
Al alcázar.
Fern. Verlo es fuerza :
Abrid las puertas, pues Dios
Le ha traido á nuestras puertas.
Berm. ¿ Es el rey como nosotros?
Pedro. Si como nosotros fuera,
Fuera tejedor.
Fern. Callad,
Que ya el aparato llega.

ESCENA XVII.

SALEN EL REY, EL MARQUES, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. El claustro es bueno, marques,
Pero la iglesia es pequeña;
Y el ser fin tan soberano
Me pide que la engrandezca.
Marq. De este heróico corazon
Será el fin.
Criado. Postas son estas.
Marq. Y de ellas mi hijo el conde
Es, señor, el que se apea.

ESCENA XVIII.

SALE EL CONDE.

Conde. Dadme esos piés.
Rey. Levantad :
¿ Cómo aquel bárbaro queda?
Conde. Muerto.

Fern. Mientes, porque Dios *ap.*
Le libró por su inocencia.
Conde. Estas cartas y papeles,
Llaves y condutas, eran
De su castigo lisonja,
Y aquesta sortija.
Rey. Muestra:
¿Cómo fué muerto?
Conde. A estocadas.
Rey. Castigó Dios su soberbia:
¿Y dónde queda su hermana?
Conde. En Madrid la dejo presa,
Por traer las nuevas.
Rey. Conde,
Villacastin por las nuevas
Es vuestro.
Conde. Dadme esa mano.
Rey. Venid conmigo.
Berm. Presencia
De un rey tiene el rey, par Dios.
Fern. Pues no puede ser en esta,
Dios me ha de dar la venganza
En la segunda comedia,
Por quien trocar he podido
Las lanzas por lanzaderas.

EL TEJEDOR DE SEGOVIA.

SEGUNDA PARTE.

PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO.
DON FERNANDO RAMIREZ, } galanes.
DON GARCERAN DE MOLINA, } galanes.
EL CONDE DON JULIAN, } galanes.
EL MARQUES SUERO PELAEZ, barba.
CHICHON, gracioso.
FINEO, criado del conde.
TEODORA, } damas.
DOÑA ANA RAMIREZ, } damas.
FLORINDA, criada.
UN AMIGO DE DON GARCERAN.
CORNEJO, } bandoleros.
JARAMILLO, } bandoleros.
CAMACHO, } bandoleros.
UN BASTONERO.
UN CAMINANTE.
UN ALGUACIL.
UN VILLANO.
DOS SALTEADORES.
UN VENTERO, vejete.
UN PAGE.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

EL CONDE Y FINEO DE NOCHE, Y CRIADOS.

Fineo. Esta que miras, señor,
Es la casa.
Conde. Humilde choza
Para hermosura que goza
Los despojos de mi amor.
Fineo. Tú, pues á honrarla te inclinas,
Levantarás su humildad
A las estrellas.
Conde. Llamad.
Fineo. En efecto, ¿determinas
Entrarla á ver?
Conde. Si, Fineo,
No sufre mas dilacion
Esta amorosa pasion
En que se abrasa el deseo.
Fineo. Mira á lo que te dispones,
Siendo tu padre el privado
Del rey, que con mas cuidado
Nota todas tus acciones.
Conde. Consejos me das perdidos,
Cuando estoy de amor tan ciego,
Que si el alma toca á fuego,
Solo tratan los sentidos
De librarse de la llama
Que encierra dentro mi pecho,
Sin atender al provecho,
A la razon ni á la fama.
Bien sé el lugar de que gozo,
Y á lo que obliga esa ley;
Mas cuando esto lo sepa el rey,
Tambien sabe que soy mozo.
Solo á mi padre le toca
El gobierno; y siendo así,

Pues no soy ministro, en mí
No es tan culpable y tan loca
Esta accion, que estando ciego,
Por no dar que murmurar,
Procure, Fineo, dar
Tanto alivio á tanto fuego.
Fineo. ¿De una vista te cegó?
Conde. Tanto, que á no estar presente
En la audiencia tanta gente,
Cuando ella á mi padre habló,
Hiciera allí mi locura
Estos escesos que ves,
Y arrodillado á sus piés
Adorára su hermosura.
Estando ageno de mí,
Puse en prision mi deseo,
En confianza, Fineo,
De tu cuidado y de tí.
Seguiste por órden mia
Sus pasos, hasme informado
Que aunque es noble, en pobre estado
Vive aquí sin compañía.
Siendo así, que han de tener
Por desigual este esceso,
No se recela por eso
Mi privanza y mi poder.
Fineo. Hacer que ella fuese á verte
Me pareciera mejor.
Conde. ¡Qué poco sabe de amor,
Quien consuela de esa suerte
Las ansias de mi pasion!
Mira, en empezando á amar,
Se sigue el desconfiar,
Porque amor todo es traicion.
En esta casa, Fineo,
Un alcázar miro ya,
La muger que dentro está,
Es ya reina en mi deseo.
Apenas empecé á amar,
Cuando ya empecé á temer
Por humilde mi poder,
Por imposible alcanzar.
Mira si podré, Fineo,
Mostrar desprecio en amarla,
Pues aun viniendo á buscarla
Pisa medroso el deseo.
Llama.
Fineo. Obedecerte quiero. (*Llama.*)
Conde. Eso, Fineo, es servir,
Que un criado ha de advertir,
Mas no ha de ser consejero.

ESCENA II.

DICHOS, Y TEODORA A UNA VENTANA.

Teod. ¿Quién es?
Conde. Un hombre que tiene,
Bella Teodora, que hablarte.
Teod. ¿De qué parte?
Conde. De mi parte.
Teod. Otros no me conviene,
Pues no sé quien sois.
Conde. Teodora,
Bajad, abridme, y vereis
Quien soy.
Teod. Perdonar podeis,
Porque es imposible ahora.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS TEODORA.

Conde. Oye, ventanas y oido
Ha cerrado, á lo que creo:
Yo he de lograr mi deseo,
O he de perder el sentido.
Fineo. Pues, señor, mal se concierta
Estar loco y ser prudente;
Entremos por fuerza.
Conde. Tente,
Que pienso que abren la puerta.
Fineo. Un hombre sin capa es
El que sale.
Conde. Pues, Fineo,
Examinarle deseo.
Fineo. El temor ó el interes
Le harán decir la verdad:
Ha, hidalgo.

ESCENA IV.

DICHOS Y CHICHON CON UN JARRO.

Chich. ¡Triste de mí!
La justicia estaba aquí:
¿Quién es?
Fineo. No temais, llegad.
Conde. ¿Adónde vais?
Chich. Yo, señor,
Voy por vino, como ves,
Para mi amo.
Conde. ¿Quién es?
Chich. Pedro Alonso, un tejedor,
De quien yo soy aprendiz.
Conde. ¿Es galan de esta muger?
Chich. O lo es ó lo quiere ser.
Conde. ¡Hay hombre mas infeliz!
Di tu nombre.
Chich. Yo me llamo
Chichon.
Conde. Vete en hora buena.
Chich. Pienso que ha de hacer la cena
Hoy mal provecho á mi amo.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS CHICHON.

Fineo. ¿Qué determinas, señor?
Conde. Que llames, fingiendo ser

Ese mozo, entrar y hacer
Que se vaya el Tejedor,
Y aun darle la muerte.
Fineo. ¡Ah cielos!
Mira...
Conde. A furia me provoco;
Si de amor estaba loco,
¿Qué será de amor y zelos?
¿Un hombre bajo ha de hacer
Competencia á mi aficion?
Fineo. Por esa misma razon
Has de mudar parecer,
Que dice cierto entendido
Que no puede querer bien
La muger, sin que tambien
Se enamore del marido.
Considera un tejedor
Muy barbado, que está ahora
Gozando de tu Teodora,
Y perderás el amor.
Conde. Considera tú un abismo
En que pone ardiente y ciego,
Y verás como mi fuego
Se aumenta con eso mismo.
Llama: acaba ya, que el pecho
Se abrasa en loco furor.
Fineo. ¡Ah duro imperio de amor!

(*Llama, y sale Teodora arriba.*)

Teod. ¿Quién es?
Fineo. Chichon, esto es hecho.

(*Vase Teodora.*)

Conde. El rostro tendré cubierto,
Tú lo puedes disponer
Sin que me dé á conocer.
Fineo. Es cordura ir encubierto.

ESCENA VI.

DICHOS, TEODORA, Y DON FERNANDO A LO VALIENTE.

Teod. Entremos pues: ¡ay de mí!
¿Quién es?
Fineo. No es alboroteis,
Que amigos son los que veis.
Fern. ¿Y qué pretenden aquí,
Caballeros, á tal hora,
Teniendo dueño esta casa?
Conde. Ya la cólera me abrasa. *ap.*
Fineo. Que dejeis sola á Teodora.
Fern. Por Dios, hidalgos, que vienen
De mí muy mal informados:
Adviertan, si son honrados,
La poca razon que tienen;
Pues aunque me hubiere hallado
Acaso aquí, me obligára,
Teniendo barba en la cara,
Y teniendo espada al lado,
La ley del mundo á no hacer
Semejante cobardía.
Pues si esta muger es mia,
Y si mi esposa ha de ser,
¿Cómo la puedo dejar,
Sin morir primero yo?
Fineo. Y quien tambien se empeñó,
Comenzándolo á intentar,
¿Cómo con su obligacion,
Desistiendo de emprendello,
Cumplirá?
Fern. Rindiendo el cuello
Al yugo de la razon;
Pues es la hazaña mayor
Vencerse á sí.
Conde. ¿Qué te pones
A argumentos y razones,
Cuando estoy muerto de amor?
Hazle al punto resolver
A lo que intento, sin dar
A mas réplicas lugar:
Pedro Alonso, esto ha de ser.
Fern. No ha de ser.
Conde. Solo pudiera
Responder así un señor,
Y no un pobre tejedor.
Fern. Y solamente pudiera
Lo que habeis aquí intentado
Tan contra razon y ley,
Quien fuera un tirano rey,
O muy gran desvergonzado.
Conde. Villanos... (*Descúbrese.*)
Teod. ¡Triste de mí!
Teneos, por Dios, aguardad.
Fern. Vive Dios...
Conde. Mi autoridad
Es ya menester aquí.
Pedro Alonso, deteneos,
Que estoy aquí yo.
Fern. ¿Es el conde?
Conde. El conde soy.
Fern. ¿Corresponde,
Para hacer casos tan feos,
A vuestra sangre esta hazaña?
Conde. Basta, atrevido, ¿qué es esto?
¿A mí me hablais descompuesto?
¿Qué confianza os engaña?
Idos al punto.
Fern. Señor...
Conde. Idos, villano, acabad.
Fern. Tratadme bien y mirad
Que soy, aunque tejedor,
Tan hombre...
Conde. ¡Qué atrevimiento!
¿Eso me decis á mí?

(*Dale una bofetada, y acuchíllanse.*)

Matadle.
Teod. ¡Ay cielo!
Fern. Hasta aquí
Ha llegado el sufrimiento.
Teod. ¡Hay muger mas desdichada!
Conde. Muera.
Fern. Presto habeis de ver
Que no gobierna el poder,
Sino la fuerza y la espada.
Conde (*dentro*). ¡Muerto soy!
Teod. Triste, ¿qué haré?

ESCENA VII.

SALE CHICHON.

Chich. Señora, ¿qué confusion,
Qué ruido es este?
Teod. ¡Ay, Chichon!
Mi desdicha solo fué
La que ha podido causarlo:
Llévame al punto de aquí,
Que hay gran mal.
Chich. Luego lo ví,
Mas no pude remediarlo:
¿Adónde te he de llevar?
Teod. En casa de algun amigo,
Donde el rigor y el castigo
Del conde pueda evitar.
Chich. No sé donde, porque es cosa
De gran peligro, poner
La dama en otro poder,
Y el verte á tí tan hermosa,
Me da mil desconfianzas,
Que estando á solas contigo,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas:
Mas embajador me llamo.
Teod. Bien dices.
Chich. Allí segura,
La desdicha ó la ventura
Aguardarás de mi amo.
Teod. Vamos.
Chich. Bien hayan, amen,
Los primeros inventores
De casas de embajadores
Para bellacos de bien.

ESCENA VIII.

Decoracion de cárcel.

GARCERAN PRESO Y UN AMIGO SUYO.

Am. Digo que á mi parecer,
La verdadera ocasion
Que os tiene en esta prision,
No es la que os dan á entender;
Causa tiene superior,
Y para encubrirla, dan
Al agravio, Garceran,
Que os hacen esta color.
Garc. ¡Ay de mí! que bien lo entiendo.
Bien sé (¡ay triste!) que Cloriana
Es la causa soberana
Del mal que estoy padeciendo.
Bien sé que en tenerme aquí,
Es el intento matarme;
Porque siendo quien soy, darme
La cárcel pública á mí
Por prision, no se me esconde
Que es rigor, furia y venganza:
De su padre la privanza
Da tanta soberbia al conde.
Ya veo que sus enojos
Quiere vengar con agravios:
Hallé hechizos en los labios,
Hallé rayos en los ojos
De aquella aldeana bella,
Injuria del sol: robóme
El alma del pecho, hallóme
El conde hablando con ella:
Sus zelos y su aficion
Disimuló, mas al punto
Le ví en el color difunto
De la cara el corazon.
Y quiere dar fin aquí
A sus zelos con mi vida,
Bien lograda, si perdida,
Bella Cloriana, por tí.
Am. Garceran, esa fineza
Es de caballero andante:
Lo preciso y lo importante
Es conservar la cabeza.
Garc. ¿Cómo?
Am. Buscando algun modo
Con que eso borres, pidiendo,
Que porfiando y sufriendo
Se vence y se alcanza todo.

ESCENA IX.

DICHOS, DON FERNANDO CON GRILLOS Y ESPOSAS, Y CHICHON.

Fern. ¿Siéntelo mucho Teodora?
Chich. De suerte, que á ser de vino
Las lágrimas, dieran sed
A todos los retraidos:
Da en decir que quiere hablar
Por tí al conde.
Fern. ¿Tal ha dicho?
¿Comprar quiere con mi ofensa
La gracia de mi enemigo?
Daréla mil puñaladas,
Por los cielos, si averiguo
Que otra vez toma en la boca
Su nombre.
Chich. ¿Tienes juicio?

Cuando te ves con esposas
Las manos, los piés con grillos,
¿Echas retos? ¿di, qué intentas?
Fern. ¿Por ventura has entendido
Que he de estar preso mañana?
Chich. Antes, señor, imagino
Que saldrás libre á dar higas
A todos tus enemigos;
Mas daráslas con la lengua,
Hecho en el aire racimo.
Fern. Calla, necio, tráeme tú
Dos cordeles y un martillo,
Que en cas del embajador
He de amanecer contigo.
Chich. ¿Cómo?
Fern. No preguntes cómo,
Haz al punto lo que digo,
Chichon, y no me repliques.
Chich. Voy por ello, y no replico. (*Vase.*)
Garc. Esto me importa.
Am. La vida
Arriesgaré por serviros,
Pues dicen que la prision
Es toque de los amigos.

ESCENA X.

FERNANDO Y GARCERAN.

Fern. ¿Señor Garceran?
Garc. ¿Qué es esto,
Pedro Alonso? ¿qué delito
Tan grave hicisteis, que estais
Con esposas y con grillos?
Fern. ¿No se lo ha dicho la fama?
Garc. No.
Fern. Pues anoche me hizo
Cierto señor un agravio,
Con la ventaja atrevido
De tres que le acompañaban;
Mas mi buena suerte quiso
Que dando muerte á los dos,
Comenzase su castigo,
Y si la justicia tarda,
Hago en los demas lo mismo.
Llovió luego sobre mí
Mas justicia, que granizo
Precipita el noto helado
En el abrasado estío.
Prendiéronme, y sepultaron
Mis piés en doblados grillos:
Pidiéronme la patente
Con su acostumbrado estilo
Los presos avalentados,
Con privilegios de antiguos;
Mas yo con los remanentes
Del pasado fuero mio,
Con un mástil visité
Los sesos á cuatro ó cinco.
Hasta que los bastoneros
Acudieron al ruido,
Y echándome estas esposas,
Cesaron mis desatinos.
Garc. ¡Caso estraño!
Fern. No os espante,
Que un noble que está ofendido,
Es como toro en el coso,
Que en las capas vengativo,
La ardiente rabia ejecuta,
Que en sus dueños no ha podido.
¿Pero, señor Garceran,
Está usted de peligro?
¿Es mortal la enfermedad
Que á este sepulcro de vivos
Le ha traido?
Garc. Ya la vida,
Segun son los males mios,
Porque muera muchas veces,
Me conserva mi destino.
Fern. Pues no se aflija, que yo,
Si usted quiere, me obligo
A ponerle en libertad,
Antes que en blanco rocío
Bañe los campos el alba.
Garc. ¿Qué decis?
Fern. Esto que digo
Cumpliré: su voluntad
Me diga, y á cargo mio
Deje lo demas.
Garc. Dareis
La libertad á un cautivo,
La vida á un muerto.
Fern. Pues calle,
Y esta noche prevenido
Me aguarde en la enfermería.
Garc. Vuestro será mi albedrío
Y mi vida, si de vos,
Como decis, la recibo.
Y de mí podeis creer
Que hiciera con vos lo mismo,
Que me debeis amistad
Despues que os vi, porque miro
En vuestro rostro su imágen
Misma, y el retrato vivo
De aquel infeliz Fernando
Ramirez; que los dos fuimos
Los amigos mas estrechos
Que han celebrado los siglos.
Fern. ¡Quién pudiera declararle *ap.*
Secretos tan escondidos!
¿No es el que en Madrid hallaron
Muerto á puñaladas, hijo
De aquel infeliz Beltran
Ramirez, que en el suplicio
Dió el cuello á un verdugo, siendo
De Madrid alcaide?
Garc. El mismo.

Fern. Dios aclare la verdad,
Que la fama siempre ha dicho
Que dieron muerte al alcaide
Envidias y no delitos.
Garc. Defendiendo su inocencia
A dar la vida me obligo.
Fern. Sois noble, y creed que en mí,
Si son mis hados propicios,
No echeis menos á Fernando,
Si me quereis por amigo.
Garc. De ello os doy palabra y mano.
Fern. Yo, como debo, la estimo.

ESCENA XI.

DICHOS, CORNEJO, CAMACHO Y JARAMILLO.

Cam. Pues Pedro Alonso lo dice,
Y es su valor conocido,
Él saldrá con lo que intenta.
Jar. Camacho, lo mismo digo,
Mas vale salto de mata
Que rogar á estos ministros
Del infierno: él está aquí,
Hablémosle: ¿Pedro amigo?
Fern. ¡Oh Camacho!
Cam. Ya he trazado
Con Cornejo y Jaramillo,
Por quien se gobiernan todos
Los bravos, vuestro designio;
Mas de veinte están dispuestos
A ayudaros y seguiros.
Fern. Pues libertad, camaradas,
Que ayuda á los atrevidos
La fortuna, redimamos
El peligro con peligro,
Que no han de estar tantos hombres
Sujetos á los puntillos
De una pluma, que cortando
Los vientos, ensayos hizo
Para cortar de las vidas,
Como la parca, los hilos.
Corn. Lo mismo decimos todos.
Fern. Solo me falta advertiros
Que busquen modo esta noche
Los que quieran conseguirlo,
De estar en la enfermería.
Cam. Para los presos antiguos
No es difícil, porque tienen
Oficiales conocidos;
Y los que no, con achaque
De velar á Alonso Pinto,
Que está muriéndose, pueden
Obligar á los ministros.
Fern. Trácelo bien cada cual,
Que yo, puesto que imagino
Que es imposible, conforme
Se acriminan mis delitos,
Que fuera del calabozo
Me dejen, si no hay preciso
Impedimento, he trazado,
Con modo bien esquisito,
Alcanzarlo: ¿tiene alguno
De vosotros un cuchillo?
Jar. Yo le tengo, vesle aquí. (*Sácalo.*)
Fern. Pues en la cabeza, amigo,
Me dad una cuchillada,
Y fingiendo que he caido
De esa escalera, mi intento
Con este medio consigo,
Pues luego en la enfermería
Me han de poner.
Jar. Peregrino,
Aunque cruel, es el medio.
Fern. Antes piadoso, si evito
Con él de un fiero verdugo
El inhumano suplicio:
Acabad, que el golpe espero.
Cam. Con vos ahora ejercito,
Para escusar mayor daño,
De cirujano el oficio. (*Dale.*)
Fern. ¡Válgame el cielo!
(*Dentro.*) ¿Qué es eso?

ESCENA XII.

DICHOS Y UN BASTONERO.

Corn. Pedro Alonso es, que ha caido
De esta escalera: ¡mal hayan
Tantas esposas y grillos!
¿No es mejor matar á un hombre?
Cam. La cabeza se ha rompido.
Bast. Llevadle á la enfermería.
Garc. Mas valor tiene escondido, *ap.*
Que de hombre humilde se espera,
Pedro Alonso: á no haber visto
Mis ojos muerto á Fernando,
Afirmára que era el mismo.
Corn. Demonio es el Tejedor.
Cam. Tragóla el señor ministro.

ESCENA XIII.

Sala en casa del marques.

EL CONDE Y FINEO.

Conde. Gran escándalo ha causado
En Segovia este suceso.
Fineo. Y es sin duda que haber preso
Al tejedor te ha dañado.
Conde. Ni yo lo puedo estorbar
Sin darme allí á conocer,
Ni los zelos saben ser
Bizarros en porfiar.
Demas, que es tan arrojado,
Tan valiente y atrevido,

Que libre y de mí ofendido,
Me pudiera dar cuidado.
Mejor está, á toda ley,
Donde pague su locura,
Que si el pueblo me murmura;
Como no lo sepa el rey,
No importa; y su magestad,
Como sabes, no da audiencia
A nadie sin mi presencia,
Y el amor y voluntad
Que me tiene, me aseguran
De los que cerca le están,
Pues solo gusto le dan
Los que dármele procuran.
Fuera de que el Tejedor,
Que conoce mi poder,
Se ha de enfrenar, y temer
De la justicia el rigor,
Si declara que el acero
Osó contra mi empuñar,
Pues esto le ha de dañar
Mas que el homicidio fiero
Que cometió.
Fineo. Caso es llano.
Conde. ¿Cómo está Claudio?
Fineo. La herida
Ha abierto puerta á la vida,
Si no miente el cirujano.
Conde. ¡Triste de él!
Fineo. ¡Triste de Arnesto,
Que sin confesion pagó
Pena que no mereció!
¿Mas dime, señor, con esto
Has aplacado el ardor
Del solícito deseo
De Teodora?
Conde. No, Fineo,
Que no es tan cuerdo mi amor;
Yo he de gozarla, ó el llanto
Me ha de anegar, segun peno;
La flecha trajo veneno,
Pues de una vez pudo tanto.
Fineo. ¿Y Cloriana, qué diria,
Si eso supiese?
Conde. De amor
Es sin sentido el dolor,
La seguridad le enfria.
En accion nueva me enciendo,
Y no hay amor que posea,
Que no trueque el que desea,
El bien que está poseyendo.
Fineo. Pues si no sientes perdella,
¿Porqué en Garceran, señor,
Te vengas con tal rigor,
De hallarle hablando con ella?
Conde. Esa ha sido obligacion,
Si no de amante, de honrado,
Que en amar á quien he amado,
Ofendió mi estimacion.
Demas, que con Cloriana
Era toda mi alegría,
Que de Teodora aun no habia
Visto la luz soberana.
Mas mi padre viene allí,
Parte al punto, y con recato
Sabe de aquel dueño ingrato,
A quien el alma le dí.
No vuelvas, sin saber donde
Se oculta el bien por quien muero.
Fineo. Hallarla, señor, espero,
Si el mismo centro la esconde.

ESCENA XIV.

EL CONDE Y EL MARQUES.

Marq. ¿Conde?
Conde. ¿Señor?
Marq. ¿Vos sabeis
Que sois señor?
Conde. Sé, á lo menos,
Que vos lo sois, y que yo
Soy vuestro hijo heredero.
Marq. Pues no está en el heredarlo,
Sino en las obras el serlo,
Que de ellas solo resulta
La estimacion ó el desprecio.
Los señores son los jueces,
Y los jueces hoy nacieron
Para deshacer agravios,
Conde, que no para hacerlos.
¿Qué piensan vuestras locuras?
¿Qué esperan vuestros escesos,
Sino que todos os pierdan
Con justa causa el respeto?
¿Por una muger que quiere
A un hombre, que tanto menos
Vale que vos, la opinion
Y vida poneis á riesgo?
Allá noramala, allá
Con el moro de Toledo,
Que contra Segovia pudo
Pasar el nevado puerto,
Mostrad esos fuertes brios;
Que quien tiene noble el pecho,
Por Dios, por su honor y el rey
Solo empuña el blanco acero.
¿Sabeis que el alto lugar
Que os ha dado (el que yo tengo
Con el rey) está á la envidia
Y á la emulacion sujeto?
¿Sabeis acaso que basta
A la privanza un cabello
Para tropezar? ¿Sabeis
Que en tropezando, está cierto
El caer, pues el privado
Es árbol, á quien derecho,

Las ramas que le rodean
Son adorno lisonjero,
Y en comenzando á caer,
Las mismas que pompa fueron,
Son todas peso, que ayudan
A derribarlo mas presto?
¿No os lo están diciendo á voces
Mil historias, mil ejemplos?
¿No habeis vos visto á Beltran
Ramirez, mandar el reino,
Y de la envidia despues
En un teatro funesto,
Los rayos de su privanza
En humo se ven resueltos?
¿Pues qué necia confianza
Os da loco atrevimiento,
Para irritar con agravios
Justas venganzas del pueblo?
Está el otro con su dama,
¿Y vos, airado y resuelto,
Tras querérsela quitar,
Lo afrentais? Pluguiera al cielo,
Que como su justo enojo
Vengó en dos criados vuestros,
Diera en vuestra misma vida
El rigoroso escarmiento.
Conde. Señor...
Marq. No me deis disculpa,
Enmendad vuestros escesos,
Que por la vida del rey,
Si no lo haceis, de poneros
En un castillo, de donde
No salgais, hasta que el tiempo,
Cubriéndoos de nieve el rostro,
Os temple el ardor del pecho. (*Vase.*)
Conde. Con un loco, en vano son
Amenazas ni consejos,
Mientras no me restituyas,
Hermosa Teodora, el seso.

ESCENA XV.

Decoracion de cárcel.

DON FERNANDO CON ESPOSAS Y GRILLOS, Y GARCERAN, CAMACHO, CORNEJO Y JARAMILLO CON LUZ, Y UNOS CORDELES Y UN MARTILLO.

Fern. Ahora, amigos, que ocupa
La noche en profundo sueño
Nuestros contrarios, despierte
Nuestro valor los intentos.
¿Hay quién se atreva á romper
Estas esposas? Cornejo,
Camacho, probad las fuerzas.
Cam. Romper el templado hierro
Con las fuerzas de las manos,
Pedro Alonso, es vano intento.
Fern. ¡Que no quisiese el alcaide,
Viéndome herido y enfermo,
Aliviarme las prisiones!
Cam. Aun muerto le dareis miedo.
Corn. Lo propio es, batir con balas
De cera muros de acero.
Garc. Pues querer romperlo á golpes
Es malograr el intento,
Que es forzoso que al ruido
Despierten los bastoneros.
Fern. ¡Pese á mí! si tengo dientes,
¿Porqué busco otro remedio?
¿Dos dedos han de estorbar
Que se escape todo el cuerpo?

(*Muérdese los dedos, y arroja las esposas, y átanle unos paños.*)

Cam. ¿Qué habeis hecho?
Jar. Hase arrancado
Los dos últimos artejos
De los pulgares.
Garc. En vos
Otro Scévola contemplo:
¿Mas los grillos?
Fern. En los piés
No importa el impedimento,
Que como yo pueda usar
De las manos, no estoy preso:
Dadme un cuchillo.
Cam. Tomad.
Fern. Quien de la hazaña que emprendo
Desistiere, se imagine
Con este á mis manos muerto.
Corn. Todos quieren ayudaros,
Serviros y obedeceros.
Fern. Pues, amigos, levantad
De las camas los enfermos,
Que poniendo unas en otras,
Podremos llegar al techo,
Y rompiéndole una tabla
Con este martillo, haremos
Puerta, con que todos gocen,
Libres de prision, el cielo.
Y despues estos cordeles
Serán escalas del viento
Para bajar á la calle.
Corn. Pues, amigo, comencemos.
Fern. Enfermo no ha de quedar,
Si salgo con lo que intento,
Que de ello haga relacion.
Garc. Salga vivo ó salga muerto
Quien no nos siguiere.
Cam. Vamos.
Fern. Noche, ayude tu silencio
Contra injustas tiranías
Tan justos atrevimientos.

ESCENA XVI.

Decoracion de calle.

FINEO Y CHICHON.

Fineo. Los que á su provecho van
Atentos, solo han de ser
Lisonjeros del poder:
Viva quien vence, es refran.
El conde mi dueño, amigo,
Pierde por Teodora el seso,
Ya lo sabes, y por eso
Hablo tan claro contigo.
Ayer pusimos espías
En la cárcel que te vieron
Con Pedro Alonso, y siguieron
Tus pasos, cuando venias
De en cas del embajador,
Para descubrir que esconde
Esta casa el sol, que al conde
Tiene abrasado de amor.
Ayúdale á conquistar
La voluntad de Teodora;
Y porque la clara aurora
Al mundo comienza á dar
Sus perlas, si lo has de hacer,
Llámala al punto, que quiero
Hablarla, Chichon, primero
Que nadie lo pueda ver.
Y porque á obligarte empiece,
Esta cadena te dé
Señal de amor y de fe
De lo que el conde te ofrece.
Chich. Por cierto, que has predicado
Tan eficaz, que imagino
Que si te oyera Calvino,
Hubiera su error dejado.
Y el epílogo, en un toro,
En un tigre hiciera efeto,
Pues cerró como discreto
La oracion con llave de oro.
De tu palabra me fio,
Y del valor y el poder
De tu dueño, para hacer
Tal deslealtad con el mio;
Mas pues hoy ha de morir,
Yo por no serle fiel,
Aquí me despido de él,
Y al conde empiezo á servir.
Fineo. Y yo en su nombre, Chichon,
Te recibo, que de él tengo,
En órden á lo que vengo,
Tan amplia la comision,
Que lo que hiciere dará
Por hecho.
Chich. Llamemos pues
A este aposento que ves, (*Llama.*)
Que en él aguardando está
Teodora del Tejedor
Los sucesos desdichados.

ESCENA XVII.

DICHOS, Y TEODORA MEDIO DESNUDA.

Teod. ¿Quién está aquí?
Chich. Dos criados
Son del conde, mi señor.
Teodora. ¿Es Chichon?
Chich. Mi presuncion
A Chichon no te responde,
Que despues que sirvo al conde
Me llamo ya don Chichon.
Teod. ¿Al conde sirves?
Chich. Teodora,
Sí, á tí debo esa ventura,
Ocasion fué tu hermosura
Del mal que lloras ahora.
Pedro Alonso ha de ser hoy
Despojo vil de un verdugo.

ESCENA XVIII.

DON FERNANDO, GARCERAN, CAMACHO, CORNEJO, JARAMILLO Y OTROS.

Fern. Gracias á Dios, que le plugo
Librarnos.
Chich. Perdido soy;
Que es Pedro, y si me ha escuchado
Me parte: pobre Chichon,
Heme aquí perdido el don,
Y vuelto al humilde estado.
Teod. ¿Es posible que te veo
Libre ya?
Fern. Teodora, sí.
Fineo. En gran riesgo estoy aquí.
Teod. Yo te abrazo, y no lo creo.
Chich. Huye, que estamos los dos
A riesgo si te ve aquí.
Fineo. Ponte delante de mí.
Chich. Lo dicho dicho, y á Dios.

ESCENA XIX.

DICHOS, MENOS FINEO Y CHICHON.

Fern. Amigos, ya que ha querido
Con piedad tan generosa
El cielo, que á los intentos
Los efectos correspondan,
Conviene que consultemos,
Y resolvamos ahora
El modo de conservarnos
En la libertad preciosa:
Que aunque os parezca que estamos
Seguros aquí, pues gozan
Las casas de embajadores

Esenciones tan notorias,
Suelen por razon de estado,
Cuando la quietud importa,
Ellos mismos dar licencia
Para que el fuero les rompan;
Y mas, cuando es mi enemigo
Del rey la privanza toda,
A quien el embajador
Hará mayores lisonjas.
Por esto, pues, y por ver
Que es una especie penosa
De prision el retraimiento,
Pues la libertad estorba,
Será bueno que salgamos
Todos juntos de Segovia,
Adonde nuestras hazañas
Den materia á las historias.
Muchos somos, y serán
Muchos mas los que por horas
Medrosos de sus delitos,
A seguirnos se dispongan.
De los vecinos lugares,
O por fuerza ó por mañosa
Industria, los delincuentes
Sacarémos, que aprisionan,
Y de todos formarémos
Un ejército, que ponga
Temor á enemigas huestes,
Seguridad á las propias;
Y ocupando á estas montañas
La aspereza peñascosa,
Nos darán muros y torres
Sus inespugnables rocas.
Saltearémos caminantes,
Y las poblaciones cortas
Saquearémos de dineros,
De bastimentos y ropas.
Los agraviados podremos
Vengarnos, que es cierta cosa
Que el tiempo dará ocasiones,
Y la ventaja victorias.
Cam. Yo soy de ese parecer:
¿Quién hay que no se disponga
A seguiros?
Jar. Todos juntos
En lo mismo se conforman.
Fern. Y vos, señor Garceran,
¿Qué decis?
Garc. Que á mí me importa
Proseguir otros designios,
Porque no soy dueño ahora
De mi libertad, que vivo
Preso en la cadena hermosa
Del gusto de una muger;
Y pues del amor no ignora
Vuestro pecho el duro imperio,
Razon será que conozca
Que es esta bastante causa:
Pero ya que mi persona
No os sigue, creed que el alma,
Que se os confiesa deudora
De esta vida, eternamente
Su obligacion reconozca,
Y que, si puedo, algun dia
Os lo muestre con las obras.
Fern. De vuestra palabra fio.
Garc. Vuestras manos generosas
Alcancen tanta ventura,
Cuanto valor las informa.

ESCENA XX.

DICHOS, MENOS GARCERAN.

Fern. De lo que importa tratemos:
Es diligencia forzosa
Que un capitan elijamos,
A quien todos reconozcan;
Que sin cabeza no hay órden,
Y sin órden es forzosa
La confusion y la ruina,
Segun muestran las historias.
Cam. ¿Quién si no vos lo ha de ser?
Corn. ¿Quién puede haber que se oponga
A vuestro valor?
Jar. Ya todos
Por su capitan os nombran.
Fern. Pues todos sobre esta cruz
La mano derecha pongan,
Y juren que me serán,
Pena de muerte afrentosa,
Obedientes y leales.
Todos. Sí juramos.
Fern. Falta ahora
Que busquemos todos luego
Espadas, broqueles, cotas;
Prevéngase cada cual
Como pueda: tú, Teodora,
¿Qué dices de esto?
Teod. Que iré
A las partes mas remotas,
Por los mayores peligros
Y penas mas fatigosas,
A tu lado, oscureciendo
La fama á las Amazonas.
Fern. Lo que me cuestas me pagas;
Y pues que tu cara hermosa
Me acompaña, me prometo
De todo el mundo victoria.
Amigos, á prevenirnos,
Que no ha de alumbrar la aurora
Otra vez, sin que pisemos
De Guadarrama las rocas.
Todos. Vamos, vamos.
Fern. Yo haré presto
Que tú y el mundo conozcan,

Conde enemigo, quien es
El Tejedor de Segovia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sierra.

DON FERNANDO, CAMACHO, CORNEJO, JARAMILLO Y TEODORA DE BANDOLEROS, CON MASCARAS, Y TEODORA EN HABITO DE HOMBRE.

Cam. Ya, famoso capitan,
Son ochenta hombres valientes
Y armados, los que obedientes
A tu fuerte mano están.
Un ejército lucido
Ha de ser tu compañía,
Segun crece cada dia,
Porque no ha de haber bandido,
Agraviado ó malhechor,
Que de servirte no trate,
Y mas cuando se dilate
La fama de tu valor.
Fern. Si cuantos son delincuentes
Me eligen por capitan,
En número escederán
A las de Ciro mis gentes.
Mas, amigos, advertid
Que en la guerra es vencedor
Mas el órden que el valor,
Mas que la fuerza el ardid.
Y así, supuesto que es cierto
Que si publica la fama
Que ocupan de Guadarrama
Tantos ladrones el puerto,
El rey ha de prevenir
Por prendernos tanta gente,
Que á su ejército valiente
No podamos resistir:
Me parece que ocupeis
Toda la sierra, esparcidos
En cuadrillas, divididos
Cinco á cinco y seis á seis,
Distantes en proporcion
Que unos á otros oigais,
Porque ayudaros podais,
Si lo pide la ocasion.
De suerte que en cualquier lance,
Solos parezcan aquellos
Que basten á que con ellos
Lo que pretenden se alcance.
Ademas que es importante
Para que senda ó vereda
No quede, por donde pueda
Escaparse un caminante;
Porque pensando que son
Pocos los nuestros, no harán
Caso de ellos, ni pondrán
Cuidado en nuestra prision.
Cam. Está bien considerado.
Fern. En la sierra despues de esto
Hemos de elegir un puesto
De nadie jamas pisado,
Donde reparos formeis
Contra la nieve y el viento,
Y á comun alojamiento
Todos de noche os junteis.
Las mugeres allí ocultas
Del regalo cuidarán
De todos, y allí serán,
Como importen, las consultas.
Cam. Aguarda, que viene allí
Un caminante.
Fern. Pues dos
Salgan, Camacho, con vos
Al camino, y traedle aquí.
Cam. Vamos los tres. (*Vanse.*)

ESCENA II.

FERNANDO Y TEODORA.

Fern. Los demas
Se retiren: tú, Teodora,
¿Hállaste bien salteadora?
Pero acostumbrada estás
A robos de mas valor;
Pregúntenselo á tus ojos,
A quien rinde por despojos
Almas y vidas amor.
Teod. Mi firme fe has agraviado,
Mi bien, con pregunta igual,
Que no se me atreve el mal
Mientras gozo de tu lado.

ESCENA III.

DICHOS, CAMACHO, CORNEJO Y JARAMILLO, QUE SALEN CON UN ALGUACIL.

Alg. Quitadme, si sois humanos,
La hacienda, mas no la vida;
Advertid que la crueldad
Infama la valentía.
Cam. Ande y calle.
Fern. Di, ¿quién eres?
Alg. Alguacil por mi desdicha,
Pues mis manos te prendieron.
Cam. Mejor dirás por la mia;
Pero, vive Dios, que ahora
Ha llegado tu visita.
Fern. ¿Qué hay en Segovia de nuevo?
Alg. Solo ahora se platica
Del Tejedor Pedro Alonso.

Fern. ¿Qué dicen de él?
Alg. Mil mentiras,
Que en una verdad envueltas,
La fama las acredita.
Fern. Él es un gran delincuente.
Alg. Ni las edades antiguas,
Ni las presentes han visto
Mayor bellaco en Castilla.
Cam. El fuego en que ha de abrasarse
Su misma lengua publica.
Fern. ¿Tratan de prenderle? ¿hace
Diligencia la justicia?
Alg. Dos mil ducados promete
A quien entregare viva
Su persona.
Fern. Es vano intento,
Que yo he tenido noticia
Que á ampararse de los moros
Ha pasado á Andalucía;
Si no hacen mas diligencia,
Segura tiene la vida.
Alg. Dan ahora mas cuidado
Las banderas berberiscas,
Que en Toledo se aperciben
Para hacer guerra á Castilla.
Fern. ¿Y tú ahora dónde vas,
O á qué negocio caminas?
Alg. A informarme con secreto
Si Garceran de Molina
Está escondido en Madrid
El conde Julian me envia.
Fern. ¿Qué dineros llevas?
Alg. Pocos.
Fern. ¿Pues no has hurtado estos dias?
Alg. Anda muy corto el oficio,
Que está la corte perdida:
Solo delinquen los pobres;
No peca la gente rica,
Que los corrige y ajusta,
No la virtud, la avaricia.
Por no arriesgar el dinero,
No hay agraviado que riña,
En los pleitos se componen,
En las mugeres varian.
Y si hallamos con su dama
Alguno por su desdicha,
Por no incurrir en la pena,
Antes muere que reincida.
Décimas nunca se logran,
Que si alguno determina
Ejecutar, luego hay ruegos,
Conciertos y tercerías.
Fern. Pues yo he de ganar perdones,
Con quitarte lo que quitas;
No me ocultes solo un real,
Que te costará la vida.
Alg. En esta pequeña bolsa
(*Dale una bolsa.*)
Traigo una rica sortija,
Y os doy todo cuanto llevo.
Corn. Venga la capa y ropilla
Presto.
Alg. De muy buena gana.
Cam. Y despues de esto la vida.
Fern. No le mates.
Cam. Este fué
La ocasion de mis desdichas,
Que él me prendió.
Fern. Si su oficio
Ejerció como justicia,
Ni te hizo agravio en prenderte,
Ni con razon le castigas.
Cam. ¿No basta ser alguacil?
Fern. No basta, antes me fastidian
Los que de oficio aborrecen
Los alguaciles; por dicha,
¿No ha de haberlos? ¿no han de serlo
Hombres? ¿Acaso querias,
Que no haya algunos que prendan,
Donde hay tantos que delincan?
Si les basta á malquistar
El oficio que administran,
¿Qué informacion en su abono
Pretendes mas conocida,
Que conservarse entre tantos
Enemigos, quien tendria
De la culpa mas venial
Mas mortales coronistas?
Vete con Dios.
Cam. Solo quiero
Que cortarle me permitas
Una oreja.
Fern. Ni un cabello;
En hazañas mas altivas
Ha de emplear el valor
Quien anda en mi compañía.
Cam. Válgale vuestro sagrado.
Alg. Los años del fénix vivas;
Pero ya que la piedad
Tan noblemente ejercitas,
Dame solo con que coma
De aquí á Madrid.
Cam. Pues la vida
Le dejamos, parta luego,
Sin pedir mas demasías:
Esta vara de virtud (*Dale la vara.*)
Su necesidad redima,
Que quien le deja la vara
No le quita la comida. (*Vase el alguacil.*)

ESCENA IV.

DICHOS Y SALE UN VILLANO CANTANDO.

Villano. La muger flaca y fea,
Con muchos huesos,

Es un juego de bolos
Con su talego.
Jar. Tente, villano.
Vill. Si tengo;
Mas no tengo.
Fern. Así estarás
Mas seguro; ¿dónde vas?
Vill. De ver una hermana vengo
Que en Guadarrama fué novia,
Y vuélvome á mi lugar.
Fern. ¿De dónde eres?
Vill. Del Villar,
Aldea que de Segovia
Está dos leguas, al pié
De aquella sierra.
Fern. ¿En tu aldea
Hay quien estimado sea
Por rico?
Vill. Señor, no sé
Que estimen ningun borrico,
Mas que el de Blas Chaparron,
Porque es bravo garañon.
Fern. No digo sino hombre rico.
Vill. ¡Hombre rico! ¿En una aldea,
Qué riqueza puede haber?
Solamente una muger,
En cuya aficion se emprea
Todo polido zagal,
Por su aliño y su hermosura,
En el lugar se murmura
Que tiene mucho caudal
De joyas.
Cam. ¿Y esa villana
Es casada?
Vill. Señor, ella
Dice á todos que es doncella.
Cam. ¿Cómo es su nombre?
Vill. Cloriana.
Cam. ¿Con quién vive?
Vill. Solamente
La acompaña una criada.
Cam. Esta es presa acomodada,
Para que mi gusto aumente.
Robemos esta muger,
Capitan.
Fern. ¿Pues ya la quieres?
Cam. Donde faltan las mugeres,
¿Qué regalos puede haber?
Fern. Bien dices.
Cam. Este villano
Servirnos podrá de guia.
Fern. Ya esconde el autor del dia
En el húmedo oceano
Su hermoso y luciente coche;
Partiendo luego, llegamos
A tiempo, y aseguramos
El silencio con la noche.
Cam. Vamos, villano, guiad
A vuestra aldea.
Vill. Esta vez,
Cloriana, tu doncellez
Tiene de decir verdad. (*Vanse.*)

ESCENA V.

Sala en casa del conde.

EL CONDE Y FINEO, Y LUEGO CHICHON.

Conde. Así he trazado, Fineo,
El remedio de mi daño.
Fineo. ¡Que con rigor tan estraño
Te aflija un loco deseo!
Conde. No sé qué hechizo bebí
Por los ojos, tan violento,
Que de todo en un momento
Quedé por ella sin mí.
Yo estoy, al fin, sin remedio,
Que tal me llego á sentir,
Que entre gozarla y morir
Es imposible hallar medio.
Fineo. Hágase, pues, lo que ordenas.
Conde. Entre Chichon, y engañemos,
Puesto que no la alcancemos,
Con la esperanza mis penas. (*Sale Chichon.*)
Chich. A jurar ser tu criado
Vengo, con tal presuncion,
Que pienso que este Chichon
Ha de reventar de hinchado.
Conde. A recibirte me obliga
Ver que me tienes amor:
¿De dónde eres?
Chich. Yo, señor,
Soy natural de Barriga.
Conde. ¿Hay lugar que así se nombre?
Chich. Que ignorante de ello estés,
Me espanto: Barriga es
La primer patria del hombre,
De ella se etimologiza
Mi nombre, y el caso fué
Que Mencía (en gloria esté),
Siendo doncella castiza,
Dió un tropezon, y fué tal
La caida, que aunque dió
Sobre un colchon, la quedó
En el vientre un cardenal.
Creció despues la hinchazon,
Y á quien saber pretendia
La ocasion, le respondia
Mencía, que era un chichon.
En efecto, me parió,
Y la vecindad con esto,
Viéndola sana tan presto,
Y que el chichon era yo,
Con risa y murmuracion,
Señalándome, decia:
Helo el chichon de Mencía;

Y quedóseme Chichon.
Conde. Donaire tienes.
Chich. Señor,
Hoy empiezo á ser feliz,
Pues que salgo de aprendiz,
Y aprendiz de un tejedor,
Que el alma tengo cansada
De andar por corto interes
Siempre con manos y piés
Bailando la rastreada.
Conde. Sabes, ya que te dispones
A servirme, ¿á qué te obligas?
Chich. A mal premiadas fatigas,
Y á mal pagadas raciones,
Andar fino y puntual
Un mes, y á los dos pasados
Como los demas criados
Decir de tí mucho mal.
Conde. Ya yo sé que no lo harás,
Que mi privanza has de ser.
Chich. ¿Qué partes me han de poner
En el lugar que me das?
Conde. Mi aficion te lo promete.
Chich. ¿Privado sin merecello?
Señores, del pié al cabello
Me tengan por alcahuete,
Pues Teodora ya ha volado.
Conde. Este fué un villano antojo,
De quien ya me causa enojo
La memoria y el cuidado:
En caso mas grave ahora
Tu ingenio me ha de valer.
Chich. Manda, pues.
Conde. Tú has de prender
Al Tejedor y á Teodora.
Chich. Guarda la gamba.
Conde. En la sierra,
Con otros facinerosos,
Son salteadores famosos,
Y atemorizan la tierra.
Chich. ¿Yo he de prenderlos?
Conde. Dos mil
Ducados Segovia da,
Y el rey por mí te dará
Una vara de alguacil.
Y á su magestad así
Harás, Chichon, gran servicio,
Al reino un gran beneficio,
Y una gran lisonja á mí.
Chich. Si la fama te ha informado
Acaso, que soy valiente,
Por Dios, que la fama miente,
Que soy muy considerado.
¡Que haya quien riña, teniendo
Un gaznate, un corazon,
Cuatro lagartos, que son
Tan delicados, que en viendo
El mas meñique agujero
En cualquier de ellos, la vida
A las veinte por la herida,
Deja el triste cuerpo huero!
Pues luego es fuerte la malla
Del pellejo; aquí me acabo
De acobardar, con un nabo
Puede el mas flaco pasalla.
Conde. Con industria lo has de hacer,
Que no con fuerza, Chichon,
Que esta ha sido la ocasion
Que me ha movido á escoger
Tu persona, que supuesto
Que has sido tú su criado,
De tí estará confiado,
Y estriba el engaño en esto.
Chich. Si en eso consiste, fia
En mi ingenio y mi lealtad. (*Sale un page.*)
Page. Gran señor, su magestad
Aguarda á vueseñoría.
Conde. Quédate aquí, que despues
Te lo diré mas de espacio,
Que voy ahora á palacio.
Chich. Beso, gran señor, tus piés.

ESCENA VI.

Habitacion de doña Ana.

DOÑA ANA RAMIREZ, QUE ES CLORIANA, DE VILLANA, Y FLORINDA, CRIADA, DE VILLANA TAMBIEN.

Ana. Florinda, de suerte estoy,
Que me falta el sufrimiento.
Flor. A tan justo sentimiento
Ningun consejo te doy.
Ana. ¿Despues de tanta firmeza,
Tan repetida mudanza?
¿Despues de tanta esperanza,
Tan desdeñosa tibieza?
¡Posible es que así se enfria
De casos de querer bien
Un hombre! mal haya, amen,
La muger que en hombre fia.

ESCENA VII.

DICHAS Y GARCERAN.

Garc. Ahora, gloria mia,
Que de llegar á verte
Trajo esta noche el venturoso dia,
No temo ya la muerte,
Antes muera yo aquí, si he de perderte.
Ana. ¿Qué es esto, Garceran?
Garc. Es quien la vida
Solo ganada, si por tí perdida,
Consagra á tu hermosura,
Principio de mi mal y mi ventura.
Ana. Garceran, un amor correspondido

Con bastante disculpa es atrevido;
Mas si desengañado
De que no puede ser jamas premiado,
Hace de los peligros tal desprecio,
Efecto es temerario, impulso es necio.
Garc. Por eso amor es loco,
Que no ama mucho quien estima poco.
Ana. Esa es fineza vana,
Que ni galan os quiero,
Ni esposo habeis de ser de una villana.
Garc. De mi amor verdadero...

(*Ruido dentro.*)

Flor. Pasos siento, señora.
Ana. ¡Ay de mí! si es el que mi pecho
Yo, triste, soy perdida; [adora,
Mirad por mi opinion y vuestra vida:
A ese oscuro aposento
Os entrad, que á la huerta
Sale de él una puerta.
Garc. Por tu opinion consiento
Que saque piés de aquí mi atrevimiento.
Ana. Presto.
Garc. ¿Porqué dilatas, suerte dura,
La vida á quien acortas la ventura?

ESCENA VIII.

DICHOS, Y DON FERNANDO, CAMACHO, CORNEJO Y JARAMILLO CON MASCARILLAS.

Ana. ¿Quién es? ¡Ay desdichada!
Fern. La voz enfrenad, ó aquesta espada
Os meteré en el pecho.
Ana. ¿Quién sois? ¿qué pretendeis?
Fern. ¿Eres Cloriana?
Ana. Yo soy.
Fern. Venga la llave de tus joyas.
Ana. Da, Florinda, las llaves al momento.

(*Asómase Garceran.*)

Garc. ¡O ladrones infames! ¿Mas qué in-
Si guardan el decoro á su belleza? [tento,
No pierda la opinion con la riqueza,
Pues es fuerza perdella
Si saben que á tal hora estoy con ella.
Fern. ¡Qué miro! vive el cielo, ¡si viviera
Mi hermana, que dijera
Que es la misma que veo!
Pero no puede ser, porque á mis ojos
Rindió á la muerte pálidos despojos.

(*Saca Cornejo un paño con dineros y joyas.*)

Corn. Ya están aquí las joyas y el dinero:
Las dos ahora, sin mover los labios,
O verán de la muerte el rostro fiero,
Nos sigan.

ESCENA IX.

DICHOS, Y GARCERAN CON LA ESPADA DESNUDA.

Garc. ¿A muger haceis agravios?
¿A un serafin humano
El respeto perdeis?
Fern. Tened, amigos:
¿Es Garceran?
Garc. El mismo.
Fern. Pues la mano,
Que de amistad os dí, no ha de ofenderos:
Detened los aceros.
Garc. ¿Quién es el que conmigo
Usa de tal nobleza?
Fern. Vuestro amigo: (*Descúbrese.*)
¿Conoceisme?
Garc. Sí, Pedro, que no olvida
A quien le ha dado libertad y vida,
Quien tiene noble el pecho. [ventura
Fern. Pues, Garceran, decidme, ¿es por
Cloriana, la ocasion de vuestros daños?
¿Es esta la hermosura
De que os resultan males tan estraños?
Garc. Bien muestra el mismo caso,
Que es fuego Cloriana en que me abraso.
Fern. Pues advertid que el conde no per-
Traza ni diligencia [dona
En órden á buscar vuestra persona,
Que en la sierra he encontrado yo estos dias
Diferentes espías,
Contra vos conjuradas,
Y en las tierras vecinas y apartadas.
Si como por gozar la luz hermosa
Se deja allí abrasar la mariposa,
Os tiene de Cloriana el amor ciego
Preso al mismo peligro, al mismo fuego,
Huid de la prision y de la pena,
Y llevaos con vos mismo la cadena.
Robemos á Cloriana,
Casi cien hombres tengo ya valientes
A mi imperio obedientes:
Si de ellos y de mí quereis valeros,
Del conde injusto, y aun del mundo todo
Es fácil en la sierra defenderos.
Garc. Si como me está bien vuestro con-
Se conforma con él Cloriana hermosa, [sejo,
¿Qué suerte mas dichosa?
Su gusto es, Pedro amigo,
Ley de mi voluntad, norte que sigo.
Fern. ¿Tiénesla amor?
Garc. Si mi aficion pagára,
¿Qué desdichas llorára?
Fern. En pena pues de su rigor injusto,
La fuerza alcance lo que niega el gusto,
Proponed el intento,
Y remitid la vida ó el tormento.

Garc. Hermosa prenda mia,
Perdona, si un amor, que desconfia
De ablandar tu tibieza,
Conquista con agravios tu belleza;
Conmigo he de llevarte.
Ana. ¿Qué dices, Garceran?
Garc. Digo que muero,
Y pues que desespero
De poder obligarte,
No te admires ni culpes la fe mia,
Si emprendo por vivir la grosería.
Ana. Primero en mil pedazos
Me verás dividida que en tus brazos. [mosa.
Fern. Ello ha de ser al fin, Cloriana her-
Ana. ¡Vos amais, Garceran, y vos sois
¿De qué rústico roble [noble!
Las entrañas teneis? ¿qué bruto ofende
Al mismo dueño que obligar pretende?
¿Qué victoria, qué palma
Lleva el amor injusto,
De voluntad sin gusto,
Alma sin voluntad, cuerpo sin alma?
Y si teneis honor, como lo fio
De vuestra ilustre sangre, ¿porqué el mio
Con tan infame accion quereis quitarme?
¿Ofenderme es amarme?
Fern. Tu resistencia es vana;
¿Qué honor puede tener una villana,
Que no quede ilustrado,
Teniendo por galan tal caballero?
Ana. ¿Si por dicha mi trage os ha enga-
Yo le igualo en nobleza; y así espero [ñado?
Que de mí condolidos,
Deis á mi mal piadosos los oidos.
Fern. ¡Válgame Dios! con mil sospechas
Habla, que ya te escucho, [lucho;
Inclinado á ampararte, si mereces
En lo que ocultas mas, que en lo que ofreces.
Ana. Rompo pues las aldabas del silencio,
Si solo aquí librarme
De este aprieto, consiste en declararme.
Oid pues, que ya espero,
Si las entrañas no teneis de acero,
Que han de mostrarse pias,
Si no á mi sangre, á las desdichas mias.
Esa vil corteza,
Ese rudo trage,
Nubes son del sol,
Y del oro engaste.
No es la vez primera
Que fieros desastres
De esta suerte obligan
A ocultos disfraces.
Mi nombre es doña Ana
Ramirez, mi padre
Fué Beltran Ramirez,
De Madrid alcaide.
Su infeliz historia
No es bien que relate,
Pues le da la fama
Eternas edades.
Escuchad la mia,
Pues solo es bastante
A mover á llanto
Duros pedernales.
El conde Julian
Dió en solicitarme,
Señor con poderes,
Y galan con partes.
En mis resistencias,
Puesto que le amase,
Nada desmintieron
A mis calidades.
Y así, con su firma
Se obliga á casarse
Conmigo, por verme
A sus ruegos fácil.
Dió la vuelta entonces
La rueda mudable
De aquella, que apenas
Sus dones reparte.
Murió en el suplicio
Mi inocente padre,
Lamentoso efecto
De la envidia infame.
Mi hermano Fernando,
De quien los diamantes
Tiernamente lloran
El fin miserable,
Teniendo noticia
De que era mi amante
El conde, y temiendo
Mi afrentoso ultraje;
Porque en ningun tiempo
Pudiese gozarme,
Venenos previene
Que mi vida acaben.
Piadoso me avisa
El mismo á quien hace
Secreto ministro
De tales crueldades:
Y confidcionando,
Para prepararme,
Antídotos fuertes,
Que su fuerza atajen,
El licor mortal
Mi hermano me trae;
Necia medicina
De calamidades.
Bebilo, y fingiendo
Entre ansias mortales
Despedir la vida,
Pude asegurarme.
Que él al mismo tiempo
Me deja, y se parte
A buscar la muerte,

Que Castilla sabe.
Yo con los temores
De infortunios tales,
Y con las afrentas
De mi ilustre sangre,
La aficion prosigo,
Y para ocultarme
De Madrid me ausento,
Mudo nombre y trage.
Mas tan duras penas,
Tan fieros desastres,
A no amar al conde
No fueron bastantes,
Antes la aumentaron
Las adversidades,
Buscando en sus bienes
Remedio á mis males.
Y con pena y miedo,
Sin honra y sin padres,
Por único esposo
Escogí á mi amante.
Reveléle el caso,
Cuando él daba al aire,
Llorando mi muerte,
Quejas lamentables.
Y al fin, su poder,
Mi amor y mis males
Del honor y el alma
Le hicieron alcaide.
Mudóse á Segovia
La corte, yo en trage
De villana, sigo
Mi adorado amante.
Y él, para poder
Mas libre gozarme,
En esta aldehuela
Quiso que habitase,
Donde muchas veces,
Fingiendo que sale
A buscar recreos
En las soledades,
Viene á que mis brazos
Y los suyos causen
Envidia á Vénus,
Y zelos á Marte.
Estos son mis casos,
Mi estado y mi sangre:
Si á piedad os mueven
Desventuras tales,
Amparadme humanos,
O fieros matadme,
Pues la muerte espero
De calamidades.
Fern. ¿Que tú eres doña Ana?
Ana. Díganlo mis males.
Garc. No han visto los siglos
Caso mas notable.
Fern. ¿Que al conde engañoso
Tu honor entregaste?
Ana. Desdichas lo hicieron,
Que no liviandades.
Fern. ¡Qué máquinas formas, *ap.*
Qué mal que me haces,
Vil fortuna, sola
En mi mal constante,
Para perseguirme!
Estoy por sacarme
La sangre del pecho;
Mas bien es que trate
Medios, que á su honor
Den remedio, antes
Que darle castigos.
Que á doña Ana ampare,
Garceran, es fuerza,
Y así perdonadme.
Garc. Lo mismo pretendo,
Que á su hermano y padre
Tuve obligaciones,
Y debí amistades
Tan grandes, que puesto
Que es mi amor tan grande,
Moriré primero,
Que la ley quebrante.
Fern. Son correspondencias
A quien sois iguales.
Tú, doña Ana hermosa,
Escúchame aparte.

(*Hablan los dos aparte.*)

A mí me han movido
Tus adversidades,
Como á quien se informa
De tu misma sangre.
Quien soy es forzoso
Que ahora te calle;
Defender tu honor
Pienso que es bastante
Para prueba de esto,
Y para que aguarde
Que este beneficio
Con otro me pagues.
Ana. La vida te debo,
No hay dificultades
Que por tí no venza.
Fern. No es bien declararle *ap.*
Mi intento, que al conde,
Puesto que la agravie,
Adora, y no guarda
Secreto un amante:
Válgame la industria.
Doña Ana, ampararme
Del conde pretendo,
Para que me alcance
Del rey el perdon
De las culpas graves
A que me ha traido

Este oficio infame.
Y para este efecto
Quiero que te encargues,
Cuando él venga á verte,
De hacer avisarme:
Que echado á sus piés,
No dudo, si sabe
Que por prenda suya
Hice respetarte,
Que esta obligacion
Como noble pague.
Ana. Corta recompensa
De merced tan grande:
Pero dime, ¿adónde
Enviaré á avisarte?
Fern. En la cruz, que al cerro
La cabeza parte,
Me busque ó me espere
Quien lleve el mensage,
Y tenga en la mano
Por seña este guante,
Que siempre á la vista
Tendré quien le aguarde.
Ana. De mi obligacion
Confiado parte.
Fern. Volvedle las joyas.
Ana. El cielo te guarde:
Y tú, Garceran,
Pues mi historia sabes,
Mi rigor perdona,
Que ya que no amante,
Quedo agradecida.

ESCENA X.

DON FERNANDO Y GARCERAN.

Garc. Ruego á Dios que alcances
El fin que pretendes,
Que el tiempo mudable
No borró las deudas
Que debo á tu sangre.
Fern. Si quieres pagarlas,
Y de los combates,
Que tu vida emulan,
Intentas librarte,
Huye los peligros,
Y ven donde mandes
Mi valiente escuadra.
Garc. Pues ya no hay que aguarde
Mi abrasado amor,
Fuerza es que me ampare
De tí y de tu gente.
Fern. Pues ven, que si valen
Industria y valor,
Presto pienso darte
De mi amistad firme
Mas claras señales.

ESCENA XI.

Decoracion de sierra.

CHICHON Y OTROS DOS COMO SALTEADORES.

Chich. En esta inculta aspereza
Los habemos de encontrar.
Primero. Pienso que te has de turbar.
Chich. Mal sabeis la sutileza
Del ingenio de Chichon:
En engañar y mentir
Parias me puede rendir
El griego astuto Sinon.
No me manden pelear,
Que lo demas sabré hacer.
Prim. A tí toca el disponer,
Y á nosotros el obrar.

ESCENA XII.

DICHOS, CAMACHO, JARAMILLO Y CORNEJO APUNTANDOLES CON LAS ESCOPETAS.

Cam. Hidalgos, rindan las armas.
Chich. Aguardad, que soy Chichon.
Si es de vosotros alguno
Pedro Alonso mi señor,
Todos somos de la carda,
Todo cristiano es ladron.
Descubrirse puede el rostro,
Que de su fama la voz
Trajo á los tres á aumentar
El número á su escuadron.
Cam. Bien podemos descubrirnos.
Chich. ¿Es Camacho?
Cam. Sí, yo soy.
Chich. ¿Es Cornejo?
Corn. Sí.
Chich. ¿Y mi amo?
Cam. Entre esas peñas quedó
Con su querida Teodora;
Pero ya vienen los dos.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON FERNANDO Y TEODORA.

Cam. Ya tenemos, capitan,
Tres soldados mas.
Fern. Chichon,
¿En mis manos has caido?
Chich. Sí, mas fué por querer yo
Hacer de ellas fuerte escudo
Contra la persecucion,
Que por serte tan fiel
Mi cabeza amenazó;
Pero conoce y recibe
En tu amistad á los dos.
Prim. Huyendo de la fortuna

Vengo á ampararme de vos,
Por dar con tal capitan
Al mismo infierno temor.
Chich. No tiene mas de seis muertes
El amigo.
Fern. ¿Seis?
Chich. Las dos
En el campo cuerpo á cuerpo,
Y las cuatro de antuvion.
Segundo. De un poderoso ofendido,
La ventaja, no el valor,
Me obliga á buscar defensa
En vuestro fuerte escuadron.
Chich. El que ves á un mayorazgo
Le dejó de un bofeton
Hecha su boca Orihuela,
Que toda la despobló.
Fern. Con soldados tan valientes,
Ya me juzgo vencedor
De cuantos reinos visita
La luz hermosa del sol.
Chich. ¿Es por dicha mi señora
La que miro?
Teod. Sí, Chichon.
Chich. ¿Quién se podrá defender
De tan bello salteador?

(*Cantan dentro.*)

Ya se salen de Segovia
Cuatro de la vida airada,
El uno era Pedro Alonso,
Camacho el otro se llama,
El tercero es Jaramillo,
Y Cornejo es el que falta.
Todos cuatro matasietes,
Valentones de la hampa,
Rompiendo los embarazos,
Y quitándose las trabas,
A pesar de los guardianes
Escaparon de la jaula.
Pidieron embajador,
Y dándose buena maña,
Fueron á ser gavilanes
Del cerro de Guadarrama.
Triste de aquel que agarraren
Los pescadores de caña,
Que al son de una cuerda sola
Hará en el aire mudanzas.

Chich. Antes ciegues que tal vean
Cuantos oyen lo que cantas.
Garc. Este no nos tiene miedo,
Pues que por la sierra pasa
Cantando tan libremente.
Chich. No debe de llevar blanca.
Fern. Salidle al paso los tres,
Y traedle aquí, que me agrada
El romancillo, y deseo
Escucharle lo que falta.
Demas, que me ha parecido
Correo de á pié, y las cartas
Quiero ver, que nos serán
Por ventura de importancia.
Cam. Vamos. (*Vanse.*)
Chich. Él os ha sentido,
Y ya sus piés llevan alas.

ESCENA XIV.

DON FERNANDO, TEODORA, CHICHON Y LOS DOS CAMARADAS.

Fern. Seguidle, y no le dejeis
De alcanzar, aunque á las faldas
Llegueis, que con sus cristales
Fertiliza Guadarrama,
Que pues huye tan ligero,
Y tan medroso se escapa,
Algo lleva de valor.
Chich. Hombre, ¿eres hombre? ¿eres [cabra?
¿Eres pelota de viento?
Volando las peñas pasa,
Y del golpe que da en una,
Tan ligero en otra salta,
Que, ó son de corcho sus piés,
O son los riscos de lana.
Fern. Hijos son del viento mismo
Los que le van dando caza;
En vano escaparse intenta.
Chich. Ya ni aun la vista le alcanza.
Fern. Mientras vuelven con el preso,
Concede, prenda del alma,
Tu regazo á quien te adora.
Teod. Sentémonos, y descansa
Un rato de tantas penas,
Y de vigilias tan largas. (*Siéntase.*)
Chich. Esta es famosa ocasion,
Amigos: sus camaradas (*Habla ap.*)
Van tan lejos, que no pueden
Socorrerle: yo en la cara
Le echaré este capotillo,
Y vos quitadle las armas:
Vos á Teodora tapadla
La boca, y amenazadla
Con la muerte si da voces.
Prim. Bien has dicho, llega, acaba.
Chich. Animo, pues, que yo tiemblo
Desde el cabello á la planta.
¿Qué no podrás, vil codicia,
En la condicion humana?

(*Pónele un capote, como que le tapa el sol.*)

Fern. ¿Qué es esto, Chichon?
Chich. Señor,
Contemplo que es dura cama
La que te da este peñasco,
Y así pretendo que hagan
Alfombra de este capote,
Si no colchon, tus espaldas.
Fern. No es menester, ya los riscos

Me conocen, pues son blandas
Las peñas, á los trabajos
Que padezco comparadas.
Chich. ¿Qué trabajos? ¿has parido?
Cuerpo de Dios, que me espanta.
Prim. Llega, Chichon, ¿qué es aquesto?
¿Ahora el valor te falta?
Chich. No os espanteis, que me echó
Unos ojos, que bastáran
A dar miedo al mismo infierno:
Mas esta vez esta hazaña
Se ha de acabar.

(*Va á llegar.*)

Fern. ¿Aun porfias,
Chichon?
Chich. Señor, en la cara
Te dan los rayos del sol,
Y hacerte sombra intentaba.
Fern. ¡Qué cuidadoso que estás!
¿De cuándo acá me regalas,
Chichon, con tanto cuidado?
Chich. Ahora hay mas justa causa,
Que tu vida y tu salud
Me son de mucha importancia.
Fern. Deja de cuidar de mí.
Chich. No puedo hacer lo que mandas.
Prim. ¿Quieres mi amparo, Chichon?
¿Siempre al llegar te acobardas?
Chich. Sí, camaradas, que tiene
La muerte muy mala cara.
Seg. Pues los dos le prenderemos,
Y tú á Teodora.
Chich. Eso vaya,
Que con ella bien me atrevo
A hacer singular batalla.

(*Échanle una capa en la cara y quitanle la espada, átanle las manos atras, y Chichon á Teodora.*)

Fern. ¡Ah traidores!
Teod. ¿Qué es aquesto?
Fern. ¡Amigos, ha de mi escuadra!
Chich. No resista, si no quiere
Que le abramos puerta al alma.
Prim. Atadle las manos presto.
Seg. Este es el fin de quien anda,
Pedro Alonso, en tales pasos.
Chich. Perdonad, que el rey lo manda.
Prim. Atadle bien.
Seg. Con la cuerda
Del arcabuz enlazadas
Sus manos serán de Alcides,
Si las rompe ó las desata.
Prim. Ea, empiece á caminar.
Seg. Espuela será esta daga
Si perezoso se mueve.
Chich. ¡Malos años, cómo brama!
Paciencia, Pedro, que en fin,
Quien mal anda en mal acaba.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de venta.

UN PASAGERO Y UN VENTERO CON UN CANDIL.

Pas. Ventero, ha ventero.
Vent. Necio,
Ya lo sé.
Pas. Acá estamos todos.
Vent. Y otro, que entraba en galeras
A remar, dijo lo propio.
Pas. ¡Pepita!
Vent. En quien me maldice.
Pas. ¿Habrá que cenar?
Vent. Un rollo
De congrio no faltará.
Pas. ¿Pullas á mí, purgatorio
De caminantes?
Vent. Espinas,
Que no pullas, tiene el congrio.
Pas. ¡Qué sana sinceridad!
Por esto os tienen por bobo.
Vent. El oficio lo requiere;
Mas vos, que tan malicioso
Hablais, ¿quién sois?
Pas. Yo soy sastre.
Vent. Yo ventero, vamos horros;
¿Pero de dónde venis?
Pas. De ese alcázar suntuoso,
A quien dan luciente espejo
Vueltos en cristal los copos.
Vent. Esta hermosa recreacion
Es de Pedro de los Cobos.
Pas. Hase retirado á ella
Melancólico y ansioso,
Dicen que de hipocondría,
El conde Julian: mas otros
Dicen que su padre así,
Por travesuras de mozo
Le castiga, y he venido
A hablarle en cierto negocio.

ESCENA II.

DICHOS, CHICHON Y LOS DEMAS; Y SACAN A FERNANDO Y TEODORA PRESOS.

Chich. Esta venta está dos leguas
De Segovia, en ella un poco
Descansemos, y á la hambre

Le demos algun socorro.
Prim. Pues estamos ya seguros,
Bien dices.
Chich. Huéspedes, bon giorno.
Vent. Si aquí hay bochorno, en la sierra
No estará tan caluroso.
Chich. Oeste.
Vent. ¿Os quemo?
Chich. ¿Hay cualque cosa
Que manchar?
Vent. Aceite es propio
Para manchar.
Chich. ¿No me entiendes,
Venterico de mis ojos,
Que te hablo en italiano?
Vent. Pues hágase hácia allá un poco,
Que requebrarme y hablarme
Italiano, es peligroso.
¿Mas quién es el de las manos
Atadas?
Chich. Es el demonio;
El Tejedor de Segovia.
Vent. Ve noramala; ¿pues cómo
No me pedisteis albricias,
Que estoy de contento loco?
Ya estás metido en la trena (*Baila.*)
Tú, valiente Pedro Alonso,
Que estos alfileres vivos
Le prendieron hecho un zorro.
Chich. Loco esta el viejo.
Vent. No es mucho,
Que ha mil dias que no como,
Que de temor á esta venta
No ha llegado un hombre solo.
Pas. Dadnos que cenar de albricias.
Vent. De un carnero os daré un lomo
En lo tierno portugues,
Y provincial en lo gordo:
¡Qué cara tiene el bellaco!
¿Hombre, dime, qué demonio
Te ha engañado?
Chich. No espereis
Que os responda mas que un tronco,
Que en prendiéndole, caló
La visera, y bajó el morro,
Y no ha hablado mas palabra.
Vent. Decidme, ¿quién es el otro?
Chich. Es un camarada suyo.
Vent. Triste de él, que es como un oro;
¿Qué digo? guardaos de hablarle
En italiano á este mozo. (*Vase.*)
Seg. Mientras doy priesa á la cena,
Quedad de guarda vosotros. (*Vase.*)

(*Pónense á hablar los dos, y don Fernando llega á quemarse las ligaduras al candil que está en la mesa.*)

Fern. Dadme favor, santos cielos,
Que mientras hablan, dispongo
Que el fuego de este candil
Me dé remedio piadoso,
Aunque me abrase las manos;
Que si las desaprisiono,
Hechos ceniza los lazos,
Han de hacer del fuego propio
En que ellos se abrasen, rayos,
En que mis contrarios todos
Fulminen mi ardiente furia.
Elemento poderoso,
Esfuerza la accion voraz,
Tú, que los húmedos troncos,
Los aceros, los diamantes
Sueles convertir en polvo,
¡Ah, pese á tu actividad!
Todo me abraso, y no rompo
Los lazos: fuego enemigo,
¿Dante pasto mas sabroso
Mis manos, que estas estopas,
Que te suelen ser tan propio
Alimento? Ya estoy libre;
Ahora si cuantos monstruos
De Egipto beben las aguas,
Pacen de Hircania los sotos,
Se oponen á mi furor,
Los haré pedazos todos.
Pas. Dicha fué que le dejasen
Sus camaradas tan solo,
Para prenderlo.
Prim. Obra fué
De Dios, que ordenó piadoso,
Que pague tan gran bellaco
Tantos salteos y robos.
Fern. Ahora lo vereis, perros.

(*Sácale á uno la espada.*)

Chich. ¡Ay de mí! Perdidos somos.
Prim. Aquí del rey.
Chich. Ha gallinas,
¿A mi amo Pedro Alonso
Os atreveis? á ellos,
Que á tu lado estoy.
Teod. Socorro.
Fern. ¡Ha traidor! (*Dale á Chichon.*)
Chich. ¿Así me pagas,
Cuando á tu lado me pongo?
¡Muerto soy! Cielos, ¿qué haré?
Vent. Toca á la hermandad, Bartolo.

(*Les va tirando cuchilladas.*)

ESCENA III.

Decoracion de campo y quinta.

EL CONDE Y FINEO.

Fineo. Alegre noche.
Conde. A no estar

Yo tan triste, alegre fuera,
Mas las luces de su esfera
No me pueden alegrar.
Fineo. Famosa recreacion
Es aquesta, señor.
Conde. Buena,
Si hiciese un punto mi pena
Treguas con mi corazon.
Fineo. Cómprasela, si te agrada,
Que un rey la puede estimar.
Conde. ¿Qué me puede á mí agradar,
Teniendo el alma abrasada?
Fineo. ¿Quieres, señor, que con juegos
Te diviertan los criados?
¿Y que alumbrando estos prados,
Con luminarios y fuegos,
Te entretengan?
Conde. No, Fineo,
Antes al campo salí,
Por dar mas lugar así
A que me mate el deseo.
Fineo. No fuera malo traer
A Cloriana del aldea.
Conde. No la nombre quien desea
Mi privanza no perder,
Y el lugar que en mí le doy:
Todo lo que no es hablar
De Teodora, es aumentar
Pena al infierno en que estoy.
Fineo. El moro dicen, señor,
Que á Madrid tiene cercado.
Conde. ¡No me dieran mas cuidado
Que sus flechas, las de amor!
Fineo. Tambien publica la fama,
Que contra Segovia tiene
El mismo intento, y que viene
Marchando hácia Guadarrama.
(*Dentro.*) A la quinta.
Seg. Al valle.
Terc. Al prado.

ESCENA IV.

DICHOS, Y DON FERNANDO HUYENDO CON LA ESPADA QUEBRADA.

Fern. Cielo santo, ¿adónde iré?
¿Cómo librarme podré
De tanta gente cercado?
Imposible es resistir,
Pues me ha llegado á faltar
La espada para esperar,
Y el aliento para huir.
Si hay en vosotros piedad,
Si ageno mal os lastima,
Si noble sangre os anima,
A un desdichado amparad.
Conde. ¿Quién sois?
Fern. Si teneis valor
Basta ser un perseguido
De mil contrarios, que os pido
Contra su furia favor.
Si habeis de hacerlo, mirad
Que airados y temerarios
Se acercan ya mis contrarios.
Conde. En esta quinta os entrad.
Fern. Ya en vuestro sagrado espero,
Sin saber de quien me fio,
Y en vuestro valor confio,
Por ser el lance postrero. (*Éntrase.*)

ESCENA V.

EL CONDE Y FINEO; SALEN EL VENTERO Y LOS DEMAS QUE SACAN A TEODORA PRESA.

Vent. O la tierra le ha tragado,
O en esta quinta se esconde.
Conde. Aguardad.
Vent. ¿Quién es?
Fineo. El conde.
Fern. (*en lo alto.*) ¡Hay hombre mas des-
En manos de mi enemigo [dichado!
He dado.
Conde. ¿Es Celio?
Celio. Señor,
Celio soy, que al Tejedor
Con toda esa gente sigo:
Con Teodora le traia
Preso, y haciendo pedazos
En esta venta los lazos,
Que Alcides no romperia,
Y sacando de la cinta
La espada á un huésped, hiriendo
Y matando se fué huyendo;
Y si no está en esta quinta,
Es cierto que se ha escapado.
Conde. ¿Y Teodora?
Seg. Vesla aquí.
Fern. Todo el infierno arde en mí.
Conde. Pues la palabra que he dado, *ap.*
Le cumpliré al Tejedor,
Que soy noble; y pues alcanza
A Teodora mi esperanza,
Ni mi amor ni mi rigor
Le quieran dar mas castigo.
El, sin ser visto de mí,
No ha podido entrar aquí;
Quede Teodora conmigo,
Y proseguid en buscarle.
Celio. Vamos.
Vent. A fe de ventero,
De no dar á pasagero
Vino puro antes de hallarle.

(*Vanse y desatan á Teodora.*)

ESCENA VI.

EL CONDE, FINEO Y TEODORA.

Conde. Llega, que ofendido estoy,
Teodora, de que estos lazos
Presuman prender los brazos,
Cuyo prisionero soy.
Fern. (*en lo alto siempre.*) ¿Qué haré sin armas, zeloso,
Y en poder de mi enemigo?
Que aunque se muestra conmigo
Tan noble, humano y piadoso
En ocultarme á la gente
Que me sigue, ya cumplió
La palabra que me dió;
Y ahora es fuerza que intente
Sus venganzas en mi vida,
Y en Teodora mis agravios.
Conde. Mueve los hermosos labios,
No te muestres ofendida
De que te adore, y advierte
Que está en mi poder tu amante,
Y si resistes constante,
Te he de obligar con su muerte
A olvidarle y á quererme;
Y que al fin, para vencer,
La fuerza me ha de valer,
Pues puedo de ella valerme.
Llama al Tejedor, Fineo.
Fineo. Esto es hecho. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL CONDE Y TEODORA.

Teod. ¡Ay, dueño mio! *ap.*
No librarte es desvario,
Del peligro en que te veo;
Líbrate tú, que despues
Yo moriré resistiendo.
No pienses, conde, que ofendo,
Con el silencio que ves,
A la estimacion debida
A tu amor y á tu grandeza;
Antes viendo mi bajeza,
Avergonzada y corrida
De no haber antes tu amor,
Como era justo, pagado,
Y de haberte despreciado
Por un pobre tejedor,
Negaba á la boca el pecho
Atrevimiento de hablarte.
Conde. Si ya merezco ablandarte,
Obligado y satisfecho
De tu resistencia estoy,
Pues ella misma la gloria
Aumenta de la victoria.
Teod. No lo dudes, tuya soy.

****

ESCENA VIII.

DICHOS, Y SALEN FINEO Y DON FERNANDO.

Fern. ¡Tal escucho! ¡ah vil muger!
¡Ah mudable! ¡ah fementida!
Conde. No la injuries, si la vida
Tambien no quereis perder.
Fineo. Estad todos con cuidado,
Que es demonio el Tejedor.
Fern. ¿Qué victoria, qué valor
Es el haberme librado
De mis contrarios, si aquí
Deslustras ya esa piedad,
Y ejecuta tu crueldad
Tan fiera venganza en mí?
Teod. Necio, di, ¿qué confianza
Te ha dado á entender jamas
Que yo no quisiese mas
Cumplir la justa esperanza
Al conde, que ser constante
A la fe de un salteador?
¿Tan ciega estoy de tu amor,
Que á un señor, que es el Atlante
En que estriba justamente
El peso de la corona,
Prefiera la vil persona
De un bandido delincuente?
Conócete, presumido,
Confiado, vuelve en tí,
Que el seguirte yo hasta aquí,
No amor, sino fuerza ha sido.
Y así, el furor que te anima
Solo fabrica tu daño:
Goza pues del desengaño,
Y como á prenda me estima
Del conde ya, ó vive el cielo,
Si me vuelves á injuriar,
Que yo misma he de manchar
De tu infame sangre el suelo.
Fern. ¡Tal escucho!
Conde. ¿Qué, merezco
Tan gran favor de tus labios?
Fern. Ya con tan justos agravios
Mi misma vida aborrezco.
Empieza á matarme, fiera,
Que ya yo empiezo á ofenderte,
Y alegre espero la muerte,
Como injuriándote muera,
Vil, infame...
Conde. El sufrimiento
Me falta ya; muera.
Teod. Conde,
Tente, que no corresponde
A tu grandeza ese intento:
Que en un bandido manchar
Tu acero, no es honra tuya,
Que para mas pena suya,

Yo misma le he de matar.
Dame esa espada. (*Toma la espada.*)
Fern. ¡Ah enemiga!
Cielo santo, ¿para quién
Guardais los rayos?
Teod. Mi bien,
Tómala, y porque no siga (*Dásela.*)
Mis medrosos piés el conde,
La puerta defiende en tanto
Que en su tenebroso manto
La noche negra me esconde.

ESCENA IX.

EL CONDE Y DON FERNANDO.

Conde. ¡Ah engañadora!
Fern. ¡Ah honor
De mugeres!
Conde. Ea, muera,
Y seguidla.
Fern. Si no fuera
El que suele mi valor,
La pudiérades seguir;
Matándome á mí primero,
Por la punta de este acero
Al campo habeis de salir.
Fineo. Furia del infierno es.
Fern. Presos habeis de quedar,
El paso he de asegurar
Con las manos y los piés.
(*Mételos á cuchilladas.*)

ESCENA X.

Decoracion de sierra y de noche.

GARCERAN, CAMACHO, CORNEJO, JARAMILLO, Y OTROS.

Garc. Soldados, marchad aprisa;
Ahora, amigos, ahora
De vuestro agradecimiento
Den testimonio las obras.
Vuestro capitan va preso,
A cuyo valor deudoras
Son las mas de vuestras vidas
Del libre estado que gozan.
Corn. Vive Dios, que hemos de entrar,
Aunque la corte se ponga
En arma, en la cárcel misma,
Si la suerte rigurosa
Impide que le alcancemos.
Garc. Entre las oscuras sombras
Viene pisando la falda
De la sierra una persona.
Corn. Un hombre es solo y á pié.
Jar. Llamémosle, pues que importa
Informarnos de él, si viene
Por ventura de Segovia.

ESCENA XI.

DICHOS Y TEODORA.

Teod. ¡Ay de mi! perdida soy.
Garc. Hombre, no huyas, despoja
El receloso temor
Y la turbacion medrosa,
Y dinos si has encontrado
Y adónde llegará ahora
La gente que lleva preso
Al Tejedor de Segovia.
Teod. Lisonja es de mi fortuna:
¿No es Garceran?
Garc. ¿No es Teodora?
Teod. Teodora soy.
Garc. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo vienes libre y sola?
¿Qué hay de Pedro?
Teod. Hácia la quinta
Que el pié de la sierra borda,
Escapó, ya que en las peñas
Hace del cristal aljófar:
Caminemos, que por dicha
Vuestro socorro le importa,
Y refiriendo os iré
Por el camino su historia.
Garc. Vamos aprisa, ¿mas dinos
Si queda libre?
Fern. (*dentro*). ¡Teodora!
Teod. ¡Ay cielo! su voz escucho.
Fern. ¡Teodora!
Teod. ¡Suerte dichosa!
Libre está: ¡Pedro!
Garc. Otra vez
Le llama, porque conozca
Tu voz, y siga sus ecos.
Teod. ¡Pedro!
Jar. Ya de entre esas rocas
Sale al camino.
Garc. Llegad,
Que aquí vuestra escuadra toda
Os aguarda.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON FERNANDO.

Fern. ¿Es Garceran?
Garc. Y vuestra gente.
Fern. ¿Y Teodora?
Teod. Dame los brazos, mi bien.
Corn. Y á todos los que te adoran.
Garc. Supimos de un pasagero
Que os llevaban á Segovia
Presos; y juntando al punto
Vuestra cuadrilla animosa,
Partimos en vuestro alcance.

Fern. Mi valor me dió victoria
De aquellos traidores viles
Que con industria alevosa
Me prendieron, y despues
Me dió la vida Teodora,
Honor de su padre, afrenta
De las reinas amazonas:
Y al conde y á sus criados
Dejo encerrados ahora
En la quinta por defuera.
Amigos, si en la memoria
Teneis lo que os he servido,
En esta ocasion importa
Que vuestro agradecimiento
En los efectos conozca.
Jar. La prevencion es agravio.
Cam. No hay aquí quien no se oponga
Por vos á la misma muerte.
Corn. Todos con vos se conforman
A dar guerra al mismo infierno.
Garc. Prueba tu gente animosa.
Fern. Seguidme pues.
Garc. ¿Dónde vamos?
Fern. Al Villar, que la persona
De Cloriana he de llevar
A la quinta.
Garc. Ya la aurora
Por la nieve de la sierra
Envuelta en púrpura asoma.
Fern. A buen tiempo llegarémos;
Hoy he de hacer que conozcas,
Tirano conde, quien es
El Tejedor de Segovia.

ESCENA XIII.

Sala en la quinta del conde.

EL CONDE VISTIÉNDOSE, FINEO Y CRIADOS DÁNDOLE RECADO.

Conde. Mal reposa un agraviado,
Mal sosiega un ofendido:
De avergonzado y corrido
No ha permitido el cuidado
A mis ojos un momento
De sueño. ¡Que pueda tanto
Un vil hombre, cielo santo!
De tener vida me afrento.
Fineo. Toda la noche, señor,
Sin reposar has pasado.
Conde. ¡Ojalá que hubiera dado
Fin á mi vida el dolor!
¡Que una muger me engañase!
¡Que un hombre vil me venciese!
¡Que en mi poder la tuviese,
Y la ocasion no gozase!
Hoy me matad, cielos, hoy
Me matad: haz prevenir
Caballos en que partir
A la corte, pues estoy
Obligado á acompañar
Al rey, que parte esta tierra. (*Vase Fineo.*)
¿Qué hazañas hará en la guerra,
Qué moros ha de matar
Un hombre, cuyo valor,
Con ventaja tan notoria,
No pudo llevar victoria
De un humilde tejedor
Que burló mis prevenciones?
¿Chichon?

ESCENA XIV.

EL CONDE, Y CHICHON QUE SALE CON PAÑOS EN LA CABEZA.

Chich. Ya puedes pasar
Al plural del singular:
Llámame, señor, Chichones.
Preso el Tejedor, y presa
Teodora, se desató
Por ensalmo, y comenzó
A matar con tanta priesa
Las pulgas, que los venteros,
De sangre de mis costillas,
Dieron en hacer morcillas
Para pobres pasageros. (*Vase.*)

ESCENA XV.

EL CONDE Y FINEO.

Fineo. Perdidos somos, señor,
Que un gran escuadron de gente
Valerosa y diligente
Ha cercado al rededor
La quinta, y poniendo guardas
A las puertas, con violento
Furor viene á tu aposento.
Conde. ¿Qué temes? ¿qué te acobardas?
¿A mí quién se ha de atrever?

ESCENA XVI.

DICHOS, DON FERNANDO, GARCERAN, CAMACHO, DOÑA ANA Y LOS DEMAS CON MÁSCARAS.

Conde. Hombres, ¿quién sois? ¿qué que-
Que con tan loca osadía, [reis,
El respeto y cortesía
A mi grandeza perdeis?
Fern. No admireis mi atrevimiento,
Que yo aquí para con vos,
De la justicia de Dios
Soy un humano instrumento.
Aunque no equivale el nombre
Que os da el mundo, viene á ser,

En queriéndose perder,
El mayor señor un hombre.
¿Conoceis esta villana?
Conde. Bien la conozco.
Fern. ¿Sabeis
Que aquesta muger que veis
En trage humilde, es doña Ana
Ramirez, cuyo linage
Es igual, sino mejor,
Que el vuestro, y que vuestro amor
La disfraza en este trage,
Dando á sus prendas perdidas,
Por ser en vos empleadas,
Esperanzas engañadas
Y promesas mal cumplidas?
Conde. ¿Yo á doña Ana?
Fern. Yo no espero
Aquí vuestra confesion
Por plenaria informacion
Para mover el acero.
Mi sentencia es sin embargo,
Y sin aguardar disculpa,
Notificaros la culpa,
Sin pediros el descargo.
Dadla, pues, luego al momento
La mano que la debeis,
O vive Dios, quedaréis
Teatro de este aposento.
Fineo. Sin duda es el Tejedor
En la voz: y pues es vano
Resistir, dala la mano:
Libra tu vida, señor,
Del gran peligro que ves,
Pues siendo obligado á ello
Con violencia, el deshacello
Será muy fácil despues.
Conde. Bien dices: llega, doña Ana,
Que felizmente se emplea
En tí mi mano, no sea
Tan justa esperanza vana.
Ana. Bien sabes, conde y señor,
Que cuando no te obligára
Tu palabra y fe, bastára
A merecerte mi honor.
Conde. A tu fineza es debida
Tan justa correspondencia.
¡Ah enemiga, esta violencia *ap.*
Me pagarás con la vida!
Mi mano es esta, yo soy
Tu esposo.
Ana. Yo venturosa,
Pues doy la mano de esposa
A quien vida y alma doy.
Fern. Dejadnos solos ahora,
Que al conde tengo que hablar.
Fineo. ¿Mas queda que averiguar?
Conde. Por tí, enemiga Teodora, *ap.*
Me veo en tan fuerte trance.
Ana. Pedirle querrá, sin duda,
Que con el rey le dé ayuda
Para que el perdon alcance. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

DON FERNANDO Y EL CONDE SOLOS.

Conde. No espere suerte mejor
Quien desenfrenado yerra:
Una y otra puerta cierra
Por de dentro el Tejedor.
Al cielo tiene enojado
Mi soberbio pensamiento,
Pues con tan vil instrumento
Mi altivez ha derribado.
Fern. ¿Conócesme, conde? (*Descúbrese.*)
Conde. Sí.
Y en vuestro valor osado,
Antes de haberos quitado
La máscara, os conocí.
Fern. ¿Quién soy?
Conde. Sois el Tejedor
Pedro Alonso, no me olvido.
Fern. Aun no me habeis conocido,
Miradme, conde, mejor.
Conde. Por lo que decis, pensára,
Si pudiera ser, mirando
El retrato de Fernando
Ramirez en vuestra cara,
Que érades él.
Fern. Yo soy, conde.
Conde. ¡Válgame Dios! si ofendido
De mí el cielo, ha permitido
Que del sepulcro que esconde
Vuestro cadáver helado,
Que yo mismo ví enterrar,
Os levanteis á vengar
Vuestra hermana, yo he pagado
La deuda, y cobró su honor
Con la mano que la dí.
¿Qué mas pretendeis de mí?
Fern. No quiero que mi valor
Deslumbreis, atribuyendo
A milagro soberano
Las hazañas de esta mano:
Ya que justamente entiendo
Que es el cielo quien ordena
Que yo os castigue, no estoy
Muerto, conde, vivo estoy,
Y de vuestra justa pena
Es mi brazo el instrumento.
Conde. ¿Cómo es posible? yo mismo
Os ví entregar al abismo
De un oscuro monumento.
Fern. Engaño fué, no verdad;
Y porque no le quiteis
La gloria que le debeis
A mi valor, escuchad:

Seis años ha que el diente venenoso
De la infernal envidia, que derrama
Furia inmortal y tósigo rabioso
Contra el valor, virtud, nobleza y fama,
A mi padre se opuso, que dichoso
Fué mariposa á la luciente llama
De la gracia del rey, pues halló en ella
La causa de perderse y de perdella.
La emulacion, la hostilidad, el miedo,
Que en sus contrarios la privanza cria,
Pues mi padre no pudo, ni yo puedo
Faltar á la lealtad y sangre mia,
Con el moro Zeilan, rey de Toledo,
A mi padre imputaron que tenia
Trato alevoso, y la malicia pudo
Vencer de la verdad el fuerte escudo.
Rindió el cuello inocente en el suplicio
El alcaide leal, y quiso el cielo,
Que pretendiendo por el mismo indicio
Manchar de mi inculpable sangre el suelo,
Para ocultar el capital juicio,
Prestóme alas el temor, y vuelo
Del divino Martin al templo santo,
Que aun duran las costumbres de su manto.
Sabiendo pues allí que de mi hermana
Era de vuestro cuidado la belleza,
Porque no la obligase á ser liviana,
Conde, ó vuestro poder, ó su flaqueza,
La quise atosigar; mas á doña Ana
Preservó la piedad ó la destreza
Del que el veneno fabricó, de suerte,
Que fingiendo morir huyó la muerte.
Solo restaba hurtarle á la amenaza
El golpe fiero de mi muerte dura,
Y la necesidad me dió la traza,
Si bien horrible, por igual segura:
Y cuando en sueño mas profundo enlaza
Al viviente mortal la noche oscura,
Dándome mi valor atrevimiento,
Doy á la ejecucion mi pensamiento.
A una bóveda llego, en que escondia
Despojos de la muerte el templo santo,
La fuerza aplico, y una losa fria,
Puerta del hondo túmulo, levanto:
Tentando entré la bóveda sombría,
Poco diversa al reino del espanto,
Saco de un ataud un cuerpo helado,
La misma noche en él depositado.
La mortaja quité al cadáver yerto,
Y púsele mi propia vestidura,
Y para que no fuese descubierto
Mi engaño, le deshice la figura
Del rostro con heridas, y así al muerto
Trasladé de su propia sepultura
A la calle, y mi planta al campo pisa
Con solo su mortaja por camisa.
Hallando pues la plebe el cuerpo frio,
Con mis ropas, mis llaves y papeles,
Que comprobaron ser cadáver mio,
Fueron tenidos por testigos fieles:
Voló la fama, y el desastre impío
Enterneció los pechos mas crueles,
Y dándole en la tierra el mundo puerto,
Se asentó la opinion de que era muerto.
Yo fugitivo, el curso acelerado,
A Guadarrama caminé, fingiendo
Que he sido de ladrones salteado,
Y á la piedad cristiana me encomiendo
Del cura del lugar, que lastimado
De mi desdicha y desnudez, pidiendo
Limosna al pueblo, me compró vestido,
Con que á Segovia parto agradecido.
Y antes de entrar en ella, despojado
De la barba, mi rostro desfiguro,
Si bien antes la pena del cuidado
Me dió la nueva forma que procuro:
Pedro Alonso me nombro, y obligado
De la necesidad, su imperio duro
Y mis desdichas evité, sirviendo
A un tejedor, cuyo ejercicio aprendo.
De mi tranquilidad y mi ventura
Se cansó la fortuna, y de Teodora
Tomó por instrumento la hermosura,
Dulce tormento en que navego ahora:
Conquisté su belleza, y con fe pura
Paga el amor con que mi fe la adora:
Es noble, es bella, es firme, y yo dichoso
En la palabra que la dí de esposo.
En esto estaba yo cuando los cielos
Trajeron á Segovia el cortesano
Tumulto, porque diese á mis desvelos
Fiera ocasion vuestro poder tirano:
Añadiendo á la rabia de mis zelos,
Y al agravio feroz de vuestra mano,
El de mi hermana, donde á cada ofensa
Es solo vuestra muerte recompensa.

Conde. Si sois Fernando de mi esposa her-
El matarnos los dos es desvarío. [mano.

Fern. Ella cobró su honor con vuestra mano:
Y yo con vuestra muerte cobro el mio.

Conde. De vuestra queja es sentimiento
Puesto que no agravió mi airado brio [vano,
A Fernando Ramirez, sino á un hombre
Tejedor en oficio, y Pedro en nombre.

Fern. Este es el rostro mismo en que la afrenta
De vuestra injusta mano se retrata:
Si al Tejedor le hicisteis, haced cuenta
Que el Tejedor y don Fernando os mata:
Este es el mismo que ofender intenta
Vuestro amor con mi esposa.

Conde. Si ella ingrata
Resiste á mi aficion, ¿en qué os ofendo?

Fern. Al marido se ofende pretendiendo.

(*Acuchíllanse, y cae el conde.*)

Conde. ¡Muerto soy, cielos! justo es el castigo
De mis culpas; escucha, ya que muero:
Yo contra tí y tu padre fuí testigo;
Falso, Fernando, fuí, no verdadero:
Orden fué de mi padre, que conmigo
Y con el de la envidia el rigor fiero
Tan grande fué; perdóname, pues eres
Cristiano y noble. (*Muere.*)
Fern. Perdonado mueres.

ESCENA XVIII.

ASÓMASE CHICHON, Y DICE:

Ya ha pasado la tormenta,
Si doy crédito al silencio:
Quedito, sí, ya se fué
El Tejedor caballero.
¡Bravas cosas he sabido!
¡Válgate el diablo por Pedro!
¿Que era Fernando Ramirez?
Por Dios, que lo dije luego.
El conde como un atun
Está tendido en el suelo;
Pero la llave le ha echado
Por defuera al aposento;
Hácia la sierra caminan.
De las sábanas del lecho
Del triste conde, podré
Hacer escalas al viento.

ESCENA XIX.

Decoracion de sierra.

DON FERNANDO, GARCERAN, CAMACHO, CORNEJO, Y LOS MAS QUE PUDIEREN.

Fern. Esta es la ocasion, amigos,
En que quiere el santo cielo
Que ilustre un honroso fin
Todos los pasados yerros.
Victorioso el berberisco
Sigue el alcance, y los nuestros
Sin órden ya se retiran;
Por mil valemos los ciento
En la sierra, donde estamos
Ejercitados y diestros.
Acometamos en órden,
Y la furia reparemos
De los castellanos: ea,
Al rey, á la patria, al cielo,
A quien viviendo ofendimos,
Hoy obliguemos muriendo.
Garc. Con tan valiente caudillo,
Y con tan honrado intento,
Será un rayo cada brazo,
Y una peña cada pecho.
Cam. Acomete, capitan,
Que todos te seguiremos.
Jar. Restauremos lo perdido.
Cam. Acometamos.
Fern. A ellos.

(*Vanse y tocan al arma.*)

ESCENA XX.

EL REY Y EL MARQUES ARMADOS, CON LAS ESPADAS DESNUDAS.

Marq. Toma un caballo, señor,
Y salva tu vida.
Rey. ¡Ay cielos!
Defended la causa mia,
Pues que la vuestra defiendo.
Fern. (*Dent.*) Volved, volved, castellanos,
Que no los moros, el miedo
Es quien os vence y obliga:
Volved, Santiago, á ellos.
Rey. ¿Qué escuadra es esa, marques,
Que con los rostros cubiertos,
Valerosamente embiste
Contra el campo sarraceno?
Marq. Favor al cielo pediste,
Y te da favor el cielo.
Rey. Volved, soldados, volved,
Cobren los heróicos pechos
La reputacion perdida.
Marq. Ya sube el moro sangriento
Huyendo por los peñascos,
Por donde bajó siguiendo.
Rey. Embestid, marques, volved
Por mi honor y por el vuestro;
Pues por vos y vuestro hijo,
Que en un lance tan estrecho
Se ha ocultado, os obligasteis
A pelear.
Marq. Sabe el cielo
Que estoy de haberle engendrado
Tan corrido, que deseo
Morir, por no verle vivo,
O vivir, por verle muerto.

ESCENA XXI.

CHICHON CON LA ESPADA DESNUDA.

Ahora que por la sierra
Suben los moros huyendo,
Seguro podré salir
De entre las peñas, y quiero
Participar de la gloria
De los salteadores: perros,
¿De perros os volveis liebres?
Aguardad, que quiere haceros
Chichon á todos chichones.

ESCENA XXII.

DICHO Y EL MARQUES HERIDO, DON FERNANDO ACUCHILLANDOLE, Y EL REY TRAS ELLOS SE QUEDA AL PAÑO.

Marq. ¿Quién eres, hombre? ¿qué es
Que despues de haber vencido [esto,
Los moros, el fuerte acero
Contra los cristianos vuelves?
Fern. Solo contra tí le vuelvo;
Fernando Ramirez soy...
Rey. ¡Qué escucho!
Fern. A quien quiso el cielo
Dar vida, porque mostrase
Las lealtades de mi pecho,
Dándole victoria al rey,
Y á tí castigo sangriento,
Por los injustos agravios
Que á mí y á mi padre has hecho.
Rey. ¡Misterios del cielo son,
No quiero enojar al cielo!
Chich. El Tejedor al marques
Le está dando pan de perro.
Fern. Pague tu vida la vida
Que quitó tu falso pecho
A mi padre tan leal.
Marq. ¡Muerto soy! yo lo confieso. (*Cae.*)
Rey. Basta, Fernando, deten,
Pues lo confiesa el acero.
Fern. Tu magestad lo escuchó,
Con eso estoy satisfecho,
Y con haber confesado
Su hijo el conde lo mesmo.
Chich. De eso soy testigo yo,
Que debajo de su lecho,
Lo que refiere Fernando,
Le ví confesar muriendo.
Fern. Yo le dí, señor, la muerte
Por agravios que me ha hecho,
Que su injusta tiranía
Me obligó á ser bandolero:
Por él y su padre el mio
Manchó el teatro funesto,
Y yo con astuto engaño
Salvé la vida, poniendo
Mis vestidos á un cadáver,
Con que mi muerte creyeron.
Quitó el honor á mi hermana;
Y á mi esposa pretendiendo,
Porque lo impedí, en mi rostro
Estampó los cinco dedos.
Humilde pongo á tus piés
Mi cabeza, si merezco
Pena, cuando siendo noble
Tan justamente me vengo.
Rey. Fernando, á vuestro valor
Y al de vuestra sangre, debo
La victoria que he alcanzado:
Y cuando fueran los vuestros
Delitos, y no venganzas
Tan justas, los diera el premio
De hazañas tan valerosas
En mi gracia el lugar mesmo
Que os quitó la envidia: lleguen
Vuestros soldados, que quiero
Conocerlos y premiarlos.

ESCENA XXIII.

EL REY, DON FERNANDO, GARCERAN, ETC.

Garc. Todos, gran señor, ponemos
A vuestros piés estas vidas,
Que leales os sirvieron.
Rey. Todos quedaréis premiados
De vuestros heróicos hechos:
Mas decid, Fernando, ¿vive
Vuestra hermana?
Fern. En ese pueblo
Trage aldeano la oculta;
Pero ya con el contento
De la victoria se acercan
Los villanos, y con ellos
Viene mi hermana y mi esposa
A vuestras plantas.

ESCENA XXIV.

DICHOS, TEODORA, DOÑA ANA, CHICHON Y VILLANOS.

Villano. Lleguemos
A besar los piés al rey.
Fern. Llega, esposa, que ya el cielo
Le da fin á mis desdichas,
Y á tus finezas el premio.
Llega, hermana, y á su alteza,
Por la merced que me ha hecho,
Le besa las reales plantas.
Teod. Humilde, besan el suelo
Que pisas, aquestos labios.
Rey. Alzad, que honraros pretendo
Por esposa y por hermana
De Fernando.
Fern. Tus piés beso
Por la merced: Garceran,
Advertid que el claro espejo
De mi honor y el de mi hermana
Queda restaurado, siendo
Su esposo; luego la mano
Le dad, si acaso os merezco
Por cuñado.
Garc. Si doña Ana
Quiere premiar mis deseos,
Será colmada mi dicha,

Pues gano en un punto mesmo
El mas verdadero amigo
Y el mas valeroso deudo.
Ana. Bien merece tanto amor
La mano y alma.
Chich. Y con esto,
Yo le suplico á Fernando
Que me perdone mis yerros.
Fern. Yo los perdono, con ser
Tan grandes, por ver si puedo
Obligar así al senado
A que perdone los nuestros.

MATOS FRAGOSO.

LORENZO ME LLAMO,

Y

CARBONERO DE TOLEDO.

Lorenzo pertenece á esa numerosa familia de aventureros con fortuna, especie de héroes predestinados, que tan en voga están en la literatura moderna. De simple carbonero, llega á alcanzar altos grados en el ejército y á casarse en fin con la hermana de un marques, de la que estaba perdidamente enamorado. Mucho se ha declamado contra estas pinturas de un mundo ideal en el que todo sucede de muy distinta manera que en el real y verdadero, pero nosotros no alcanzamos qué perjuicio pueda resultar del estímulo que se da con estas ingeniosas fábulas á la legítima ambicion de los que nacieron en humilde cuna y sienten en sí elementos para *hacer un linage*, segun la enérgica espresion que pone el poeta en boca del mismo Lorenzo.

De esta manera nací
Si es que la virtud se alaba,
Que como en otros se acaba,
Mi linage empieza en mí;
Porque son mejores hombres
Los que sus linages hacen,
Que aquellos que los deshacen
Adquiriendo viles nombres.

Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que esta comedia deja siempre en el ánimo una impresion muy agradable. Es, en nuestro concepto, la mejor de Matos Fragoso, uno de nuestros buenos poetas de segundo órden.

PERSONAS.

LORENZO, } galanes.
DON JUAN DE FLORES. }
EL BARON ROSEL,
EL MARQUES DE SANTA CRUZ.
DON PEDRO DE VARGAS, barba.
DOÑA JUANA DE FLORES.
MADAMA TEODORA, dama.
LUCIA, criada.
MARTIN, gracioso.
UN AYUDANTE.
UN CAPITAN.
UN SARGENTO.
DOS SOLDADOS.
UN TAMBOR.
CUATRO SALTEADORES.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de doña Juana.

LORENZO, DE CARBONERO, DOÑA JUANA Y LUCIA.

Juana. Cierra esa puerta, Lucía,
Y á quien me buscare, di
Que no estoy en casa.
Lucía. Así
Lo haré, señora mia. (*Vase.*)
Juana. Lorenzo, solos estamos,
Oidme.
Lor. Decid, señora,
Que me admira el ver ahora,
Como decis, lo quedamos,
Que es notable novedad
En vuestro recogimiento.
Juana. Estadme, Lorenzo, atento.
Lor. Decid, señora.
Juana. Escuchad.
Tres años ha que venis
De los montes de Toledo
A traer carbon á casa,
De cuyo conocimiento
Ha nacido la amistad
Y voluntad que os tenemos.
En ausencia de mi hermano

El capitan, que sirviendo
Está en Flandes á Filipo
Segundo, que guarde el cielo,
Debajo de las banderas
Que militan el gobierno
Del conde de Fuentes, que hoy
Es de nuestras armas Héctor,
Os debo amistades grandes;
No quiero decir que os debo
Servicios, que no es razon,
Si bien estais satisfecho
Que os paga mi voluntad
De la manera que puedo.
Ha un año que me persigue,
Sin dejarme en ningun tiempo,
Un deseo de saber
Lo que os diré, estadme atento;
Y si fuere liviandad,
Con presumir que es deseo
De muger, tendré disculpa;
Que cuando algo no tenemos,
Por natural condicion
Tanto nos abrasa el pecho,
Que no hay prudencia en el alma
Ni en la lengua sufrimiento.
He visto que me mirais
Algunas veces suspenso,
De manera que aunque os hablo,
O no respondeis tan presto,
O no es respuesta conforme
A tan buen entendimiento
Como teneis, aunque sois
Un labrador carbonero.
Si me dais algo temblais,
Y á veces el rostro os veo
Pálido ó rojo, colores
De la vergüenza y del miedo.
Si cuando á casa venis
Y estoy en la iglesia, vuelvo
El rostro, os veo mirarme
Con tal atencion, que pienso
Que forma altar de mis ojos
La devocion de los vuestros.
Si salgo al campo, en el campo
Os hallo, tanto que llego
A imaginar que es amor;
Y estad seguro que tengo,
Con ser muger principal,
Tan poco de lo soberbio,
Que con ser vos lo que sois,
Si es amor os lo agradezco;
Que bien puede amor entrar
En un villano grosero
Como espíritu, sin ser
En agravio del sugeto.
Vos teneis muy buen juicio,
Y puede amor haber hecho
Este milagro con vos;
Decidme lo que hay en esto,
Que por vida de mi hermano
De no enojarme, pues veo
Que lo que es sobra de amor,
Es falta de atrevimiento;
Que á tenerle, siendo vos
Lo que sois, tened por cierto
Que eran pocas muchas vidas
Para el menor pensamiento.
No os parezca liviandad
Querer entender si es cierto,
Pues no perdeis en decirlo,
Y yo gusto de saberlo.

Lor. Pues habeis dado, señora,
Licencia á mis pensamientos,
Cosa que ellos no pensaron,
Porque si pensáran ellos
Que pudiera ser llegar
A declararse, sospecho
Que hubiera víbora sido,
Que á quien los engendra abriendo
El pecho, quitan la vida:
Gran providencia del cielo,
Que uno nazca y otro muera,
Para que siendo veneno,
No vaya dejando vivos
Su fiero daño en aumentos:
Si bien los que me congojan,
Pues que ya los digo, entiendo,
Claro está que han de matarme
Rompiendo mi sufrimiento;
Pero no acierto en llamarlos
Víboras, siendo tan cierto
Que ha sido vuestra hermosura
Quien los engendra en mi pecho.
Soy un pobre labrador
De los montes de Toledo,
Donde nací de los Robles,
Padres que ya por lo menos,
Por una letra que erraron
No fueron nobles, y fueron
Robles: mirad en que está
De nuestra fortuna el yerro.
Sé leer, aunque no es mucho,
He aprendido sin maestro:
Escribir, aunque he tenido
De saberlo gran deseo,
Mi oficio no me ha dejado
Jamas una hora de tiempo
Para la pluma ó la espada:
Si bien, señora, os prometo
Que allá en mi lugar las fiestas
Los labradores mas diestros
Temen, si no la destreza,
La fuerza con que la juego:
Pues en los montes á veces
Me sucede cuerpo á cuerpo
Matar un oso, que es cosa

Que á caballo con monteros
Teme el mas ejercitado.
Perdonad si os entretengo,
Que es mas buscar dilaciones
A mis pensamientos necios,
Que deciros alabanzas
De tan rústico sugeto.
Finalmente, es fuerza hablar,
Como deuda obedeceros,
Pues la licencia asegura,
Si no lo avergüenza el miedo;
Que un libro de disparates
Compré ayer en prosa y verso,
Y en el principio decia
Que era con licencia impreso;
Y así escucharéis los mios,
Pues que ya de vos la tengo,
Y digo que vine un dia
Guiado de un escudero
Con dos cargas de carbon
A vuestra casa, tan lejos
De pensar que lo era yo,
Como fué milagro nuevo
Encenderme vos los ojos
Con un rayo de los vuestros.
Salisteis á hacer la cuenta,
Como quien tiene el gobierno
De esta casa, sin hermano,
Con un guardapiés honesto,
Dorado el color con plata,
La pretiuilla cubriendo
Solo el pecho, temerosa
De tocar la nieve al cuello,
Recien puesta la camisa,
Me pareció á los almendros,
Que en esos montes florecen
Cuando entra de paz febrero.
Yo triste, á ver enseñado
Carbon, quedéme suspenso
De ver tanta nieve junta,
No habiendo entrado el invierno.
Cuando hacíades la cuenta,
Estaba entre mi diciendo:
Troquemos nieve á carbon,
Divino monte de Vénus.
Oyólo amor, y tomando
Una pella de los pechos,
Tiróme al alma (¡o milagro!)
Que encendió con nieve el fuego,
Flechas de nieve tiramos
A un corazon carbonero:
¡Qué victoria! ¿mas qué digo?
¿Qué mas heróicos trofeos,
Que hacer que un rudo villano
Levantase el pensamiento
A un ángel, y conociese
De amor los altos misterios?
Desde entonces, por no daros
Fastidio con largos cuentos,
(Que han de oir los cuentos largos,
O caminantes, ó presos)
Ha sido mi vida estar
Entre el cielo y el infierno;
El infierno si no os veia,
Y el cielo en llegando á veros.
Con el zapato de vaca
Llegaba á la puente, y luego
El de cordoban pulido
Calzaba á mis piés groseros.
Quitéme el cuello colchado,
Compré cortesanos cuellos,
No por pareceros bien,
Que bien estaba yo cierto
Que no reparaba el sol
En átomos tan pequeños;
Pero por honrar, señora,
Vuestro gran merecimiento,
Por disculparle conmigo,
Siquiera de haberme muerto.
¡Qué lágrimas no he llorado
En esos montes, haciendo
Responder á mis suspiros
Los pájaros y los ecos!
Muchas veces he querido
Matarme, no porque os quiero,
Mas porque siendo quien soy
Tuve tal atrevimiento.
Como yo no sé escribir
Vuestro nombre, tengo llenos
Los blancos olmos del Tajo
Por cifra del nombre vuestro
De flores mal retratadas;
Así la vida entretengo.
Trayéndoos la liebre viva,
La fruta del verde almendro,
Las truchas de los arroyos,
Y los panales cubiertos
De rosas, las blancas natas,
El vino oloroso, el queso,
Y tal vez os he traido,
Ved qué rudo Polifemo,
Que en un libro lo he leido,
Que aunque muy oscuro, entiendo
Lo que habia de decir,
Mas no que lo dice el verso,
Que los osos presentaban
A Galatea pequeños;
Y así yo los he traido
La vez que me parecieron
En los rústicos donaires,
Y en los groseros pellejos:
¿Pero cómo de contaros,
Señora, no me avergüenzo
Tan atrevidas pasiones,
Como gloriosos tormentos?
Hago fin con advertiros

Que de hoy para siempre os pierdo,
Pues no es justo veros mas
Sabiendo mi atrevimiento.
Juana. Lorenzo, yo os pregunté,
No ha sido la culpa vuestra;
Pero llamémosla nuestra,
Pues culpa de entrambos fué:
Mia, porque os agradé;
Vuestra, porque el ser os culpa
Quien sois, aunque nos disculpa
Una disculpa á los dos:
A mí el cielo, amor á vos,
Que es accidente y no culpa.
Condenar la inclinacion
No es posible; pero creo
Que engendra en vuestro deseo
Monstruos la imaginacion:
Olvidad esa pasion
Tan vana y tan atrevida,
Que aunque vuestra fe rendida
Me solicite obligada,
Borran las leyes de honrada
Los fueros de agradecida:
Que cierto vuestra persona
Mas de hombre noble parece
Que humilde, y que vista ofrece
Alma que todo lo abona:
Si amor, amor galardona,
Con que le puedo tener
Adonde no puede ser:
Id con Dios y perdonad,
Que á un noble la voluntad
¿Dónde se puede tener?
Lor. Señora, bien me temia
Que el dia que se supiese
Mi amor, el último fuese
Que veros mereceria;
Mas si por la vida mia,
Que va á morir la esperanza,
Algun ramo verde alcanza
De donde se puede asir,
Temblando quiero pedir
De esa sentencia mudanza.
Si yo intentase valer
Algo, señora, por mí,
En partiéndome de aquí,
Y tal os volviese á ver,
Que os pudiese merecer,
¿Qué tanto me esperaria
Vuestra noble cortesía?
Juana. Mucho agradezco esta fe,
Lorenzo, pero no sé
Qué os responda: ¡hay tal porfía!
Dé ahora mi compasion *ap.*
Esta esperanza á su brio,
Que con eso le desvio
De su loca pretension.
Lor. Tiemblo al rogaros.
Juana. Si son
A vuestros ciegos engaños
Despechos los desengaños,
Revóquelos mi piedad.
Lor. Señora, un plazo me dad.
Juana. Pues sea el plazo tres años.
Lor. ¿Tres? pues acepto el partido,
Que en tres años será cierto
O ser otro hombre ó ser muerto:
Con esto licencia os pido,
Y aunque humilde y atrevido,
La mano...
Juana. Yo os pongo en ella
Esta memoria, que sella
El concierto de los dos.

(*Dale la mano, y bésala Lorenzo.*)

Lor. Pues á Dios, señora.
Juana. A Dios.
Lor. Favor, amorosa estrella.

ESCENA II.

DOÑA JUANA, Y SALE LUCIA Y DALE UNA CARTA.

Lucía. Pues ya Lorenzo se ha ido,
Bien puedo entrar, ¿quién lo ignora?
De Flandes, señora, ahora
Esta carta te han traido
De don Juan tu hermano.
Juana. Muestra.
Lucía. Don Fernando me la dió.
Juana. Luego el alma me advirtió
Como una sola es la muestra:
Dias ha que la deseo.
Lucía. ¿Si se acordará de mí?
Abre y lee.
Juana. Dice así:
Apenas que es cierto creo.

(*Lee.*) « Hermana mia, la fuerza ha sido « la causa de mi descuido, aunque nunca « le tuve en procurar tus dichas, de que te « doy la enhorabuena, pues tengo concer- « tadas tus bodas con el baron Rosel: su « calidad es grande, y su caudal no menos: « yo iré por el mar presto, para cuya jor- « nada puedes desde ahora prevenirte: ma- « dama Teodora, que es hermana del que « ha de ser tu esposo, te desea ver en Flan- « des; y te aseguro que en su compañía « no has de echar menos á España. Tu her- « mano el capitan

« DON JUAN FLORES. »

¿Pudiera haber mas estraña
Nueva para mí, Lucía?
Lucía. ¿Sentirás, señora mia,
El que dejemos á España?
Juana. No siento sino casarme.

Lucía. ¿Pues si es con un señor?
Juana. Puesto que tiene valor
Mi hermano, pudiera darme
Un español por marido.
Lucía. No, á lo menos señoría.
Juana. No está la desdicha mia
En que estranjero haya sido,
Sino que siento que dí
Una palabra á un galan,
Y si me fuerza don Juan,
Será desacierto en mí.
Lucía. ¿Galan? ¿pues tú lo has tenido
Y no lo he sabido yo?
Juana. Es una sombra que entró
Para dispertar mi olvido.
Ven, que te quiero contar
Un disparate de amor.
Lucía. Mal disimula el dolor
Quien llegó una vez á amar.

ESCENA III.

Decoracion de calle.

SALEN CUATRO VALIENTES COMO DE NOCHE.

Prim. Amigo, esto ha de ser;
En esta esquina podemos
Aguardar, pues tanto importa
El buen fin de este suceso.
El marques de Santa Cruz
Ha dias que está en Toledo,
Porque como pasa á Flandes
A gobernar, cuando menos,
Aquellos estados, antes
Quiere llevarse dos tercios
De españoles, que levanta
En esta ciudad; yo, viendo
Que todas las noches sale
A hacer oracion al templo
De la Vírgen del Sagrario
Solo y disfrazado, intento,
Amigos del alma mia,
Que un cintillo le quitemos
De diamantes, que trae siempre
Por toquilla en el sombrero,
Sin la bolsa, que Dios fuere
Servido que traiga, puesto
Que un señorazo tan grande
Nunca ha de andar sin dinero;
Y dado que no lo traiga,
El cintillo, á lo que creo,
Vale un reino, porque son
Los diamantes como huevos;
Y bien mirado, el marques
No ha de tener queja de esto,
Pues á un príncipe no es falta
Que le quiten el sombrero.
Seg. Digo que has dado en el punto,
Cespedosa, desde luego
Mi espada con mi persona
Para la empresa te ofrezco;
Haz cuenta que ya al cintillo
Le llegó su hora.
Prim. Tan cierto
Es lo que dices, que juzgo
Que ya en mi poder le tengo.
Terc. ¿Y para esa niñería
Gasta ucé saliva? bueno;
¿Pues hay mas de daca y toma,
Y santas pascuas?
Cuarto. Hablemos
Claro: para estas empresas
Los hombres de bien nacieron,
Porque los de obligaciones
No son ladrones rateros:
Solo quiero preguntaros,
Porque este lance no erremos,
Si le conoceis.
Prim. Amigos,
Bien espiado le tengo:
Aunque es oscura la noche,
Eso del conocimiento
A mi cargo queda.
Seg. Oid,
Que ruido á esta parte siento,
Y él debe de ser sin duda.
Cuarto. Hácia aquí nos retiremos.

(*Retiranse los cuatro á un lado.*)

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALE EL MARQUES DE SANTA CRUZ EMBOZADO CON UN CINTILLO DE DIAMANTES EN EL SOMBRERO.

Marq. Aunque es oscura la noche,
De mi casa lo primero,
Mi devocion me ha sacado,
Como lo acostumbro, y luego
Haber llegado á mi oido
Que la gente de estos tercios
Que en Toledo se levantan,
Hacen en anocheciendo
Mil insultos, que es perder
A mi persona el respeto;
Y así, he querido esta noche
Examinarlo yo mesmo,
Y si hallo algunos culpados,
Por la fe de caballero,
Que su castigo ha de ser
De los demas escarmiento.
Prim. Él es, amigos.

ESCENA V.

DICHOS, Y SALEN POR OTRO LADO LORENZO Y MARTIN CON CAPOTILLAS Y ESPADAS.

Lor. Martin,
No creerás cuanto me alegro

De que quieras ir conmigo
A la guerra.
Martin. Yo prometo
Servirte bien.
Lor. Mucho estimo
Tus honrados pensamientos:
Ven á casa; pero aguarda,
Que, si no me engaño, creo
Que oigo ruido en esta esquina.

(*Llegan los cuatro al marques.*)

Marq. Aquí hay gente.
Prim. Caballero,
Cuatro hidalgos muy honrados,
Que no tienen un sustento,
Vive Dios, y no acostumbran
Buscarlo por bajos medios,
Os suplican una cosa
Muy fácil.
Marq. Ya yo la espero.
Prim. Es, pues, que aquí de los tres,
Uno de mis compañeros
Está con un resfriado,
Y le hace falta un sombrero;
Y así, hacedle caridad
De prestarle aqueste vuestro
Hasta mañana.
Marq. Si es esa
La causa, hidalgos, no puedo:
Porque tambien lo estoy yo,
Y aprieta mucho el sereno;
Y fie, que la caridad
Diz que empieza por sí mesmo.
Lor. ¿No escuchas, Martin?
Martin. Ya escucho.
Lor. Ladrones son.
Prim. Déle luego,
O quitarésele yo.
Marq. La cortesía agradezco:
Pero de noche y á oscuras
No reparo en cumplimientos:
¿Son soldados vuesarcedes?
Seg. Ninguno es.
Marq. Yo me alegro
De que sea así: estos doblones
Tomen, y váyanse luego,
Antes que yo me arrepienta
De habérselos dado.
Prim. Bueno:
Si esa es treta, ó intentona
Para escapar el sombrero,
Quédese con él, que solo
Ese cintillo queremos.
Marq. Hidalgos, aqueso tiene
Dificultad.
Lor. Vive el cielo,
Que es hombre de bien, Martin.
Martin. ¿Dónde vas?
Lor. A socorrerlo,
Que me han picado sus brios.
Prim. ¿A qué aguarda? deje luego
Sombrero, capa, y espada.
Seg. Y la bolsa.
Lor. Caballeros,

(*Pónese Lorenzo al lado del marques.*)

Estando yo aquí, no es fácil:
Ea, hidalgo, al lado vuestro
Teneis un hombre de bien.
Marq. En vuestra accion lo estoy viendo.
Seg. Hombre, mira que te pierdes,
Porque he de pasarte el pecho
Con dos balas.

(*Saca una pistola, y la encara á Lorenzo.*)

Lor. Pues, amigo,
Apuntar bien, y no erremos,
Que si no da lumbre el gato,
He de quitarte el pellejo.
Marq. De esta manera respondo:

(*Sacan todos las espadas, y el de la pistola dispara, y no da lumbre; métenlos á cuchilladas, y quédase solo Martin.*)

¡Ha ladrones!
Seg. No dió fuego,
Huyamos todos al punto.
Prim. (*Dentro.*) Que me matan.
Seg. (*Dentro.*) Que me han muerto.
Terc. (*Dentro.*) Confesion.

ESCENA VI.

MARTIN.

Tres por la cuenta
Van ya, ah famoso Lorenzo,
Que puedes ser en España
Honra de los carboneros;
Pero aquí ha quedado uno,
¿Qué aguardo que no le espeto?

(*Finge pendencia Martin con uno.*)

Hombre, riñe: vive Dios,
Que es valiente como un Héctor.
Doile con la irremediable:
Esto se acabó, Laus Deo:
Cansado estoy de reñir.

ESCENA VII.

MARTIN, Y SALEN EL MARQUES Y LORENZO ENVAINANDO.

Marq. Obligado, caballero,
Os estoy, pues vida y honra
A vuestro valor le debo:

Decidme, ¿quién sois?
Lor. Hidalgo,
A mi fortuna agradezco,
Aunque no era menester
El haber llegado á tiempo,
Que os hiciese este servicio:
Mas si la verdad confieso,
A vos solo os podeis dar
Tan justo agradecimiento,
Porque hablando sin pasion,
No vi tan lindos aceros
En mi vida.
Marq. Si es querer
Honestarme lo que os debo
Con mi alabanza, eso fuera
Faltar yo al conocimiento
Que debo tener; y así,
Decid quien sois, pues es cierto
Que quien obra tan bizarro,
Debe de ser caballero.
Martin. Vive Dios, señor, que ha dado
En el punto: su abolengo
Viene, si yo no me engaño,
De los montes de Toledo,
Y del gran solar de encino.
Y en cuanto á cristiano viejo,
Al rey no le debe nada,
Porque es tratante de aquello
Con que queman los judíos,
Y de la honra, ya sabemos
Con cuanto entra la romana.
Lor. ¿Quieres escucharme, necio?
Martin. Esta es la verdad, que aquí
No hemos de ser carboneros.
Lor. Caballero, este criado
Que es un loco imaginad;
Pero lo que es la verdad,
Es, que soy un hombre honrado:
Y de tan corta fortuna
Mis pensamientos se ven,
Que tengo de hombre de bien
El no merecer ninguna.
No sé quien soy, ni he podido
Conseguirlo á mi despecho,
Mas si me informo del pecho,
Dice que soy bien nacido;
Porque aunque algunas estrellas
Influyen altos blasones,
Solo tiene obligaciones
Quien sabe cumplir con ellas.
Este soy, este he de ser,
Oro poco, y mucho esmalte;
Pero aunque todo me falte,
Me sobra el buen proceder.
Y pues ya quedais seguro,
No haciéndoos falta los dos,
Quedaos, hidalgo, con Dios.
Marq. Esperad, que ahora procuro
Con mas veras vuestro nombre
Saber.
Martin. Yo se lo diré.
Lor. ¿Mi nombre? ¿pues para qué?
Marq. Para conocer á un hombre
Que sin noticia ninguna
De si poco ó mucho adquiere,
Solo con su aliento quiere
Contrastar á la fortuna.
Martin. Ea, á decirlo disponte.
Marq. No perderá vuestra fama.
Martin. Señor, mi amo se llama
Lorenzo de Todo Monte.
Lor. El nombre verdad ha sido,
Pero el sobrenombre no,
Que los pobres como yo
Nunca tienen apellido.
Martin. Hombre, responde al reclamo.
Lor. ¡Qué necio y cansado estás!
Ya he dicho que no sé mas
De que Lorenzo me llamo.
Marq. Que yo os estimo creed,
Y así, hidalgo, perdonad,
Este bolsillo tomad,
Y esta sortija os poned
En mi nombre, y esto sea
Sin que nada me digais.

(*Dale un bolsillo y una sortija.*)

Lor. Como á pobre me tratais.
Marq. Con mas servicios desea
Mi atencion: quedaos con Dios;
Cumplimientos no gastemos,
Que algun dia nos veremos.
Lor. Pero ahora he de ir con vos.
Marq. No ha de ser, por vida mia,
Que no os lo consentiré:
Quedaos, hidalgo.
Lor. Ya sé
Que es necedad la porfía:
Ya os obedezco.
Marq. Admirado
Voy, porque el mundo se asombre,
Si por Dios, de ver á un hombre
Tan valiente y tan honrado.

ESCENA VIII.

LORENZO Y MARTIN.

Lor. ¿Qué dices de esto, Martin?
Martin. Vive Dios, que es cosa nueva
Esta que te ha sucedido,
Y que yo no la creyera
A no haberla visto: ¿tú
Sortija y doblones?
Lor. Deja,
Que me admire de que yo
Alguna fortuna tenga:

¿Quién será este hombre?
Martin. Será
El alma de un sastre en pena,
Que se anda restituyendo
Todo.
Lor. ¿Que nunca de veras
Has de hablar? ¿no puede ser
Que algun caballero sea
De muchísima importancia?
Esta dádiva lo muestra.
Martin. No, señor.
Lor. ¿Porqué?
Martin. Porque
Los caballeros á secas
No dan sortija y doblones,
Porque tienen muchas deudas
Con quien cumplir: vive Dios,
Que una dádiva como esta
La pudo dar el gran turco,
O el gran Tamorlan de Persia:
¿Mas sabes lo que he pensado?
Lor. Acaba, dilo, ¿qué piensas?
Martin. Que estaba el hombre borracho,
Porque si no lo estuviera,
No hiciera tan gran locura;
Y así, vámonos apriesa,
No vuelva en su juicio, y
A dar tras nosotros vuelva.
Lor. ¡Ay, doña Juana divina!
Ya parece que mi estrella
Quiere hacer paces conmigo.
Martin. Ta, ta, ¿de ese pié cojeas?
¿Luego estás enamorado?
Lor. ¡Ay, Martin, si tú supieras
Del modo que tengo el alma!
Martin. ¿Y quién es la tal princesa?
Lor. ¿Quién ha de ser? El sol mismo,
El alba, el aurora bella,
Todo el cielo, y cuantas partes
Puede imaginar la idea:
Tantas presumo, Martin,
Que se han de admirar en ella.
Martin. ¿Pues un pobre carbonero
Tales desatinos piensa?
No he de creerlo, por Dios;
Mira, si tú me dijeras:
Martin, yo pierdo mi juicio
Por Juana la carbonera,
O la gorrona, era fácil
De creer; pero á estas reinas
Atreverte con la cara
De color de chimenea,
Con mas borrones que plana
De algun muchacho de escuela,
No lo he de creer.
Lor. Martin,
Ven, que quiero que la veas,
Porque disculpes mi amor.
Martin. Aquese recado á ella,
Que ella se ha de disculpar
Si tal desatino intenta.
Lor. Ven, comprarémos vestidos.
Martin. Con los doblones que llevas,
Bastante habrá para todo.
Lor. Y pues se va con gran priesa
El marques de Santa Cruz
A Flandes, mi diligencia
Me ha de valer, porque pienso
Debajo de sus banderas
Merecer por mi valor
Lo que mi sangre me niega.
Martin. Vamos, que tambien Martin
Ha de campar con su estrella:
¿Y hemos de pasar el mar
Para llegar á esa tierra?
Lor. Sí, Martin.
Martin. Dígalo, porque
Iremos mar en carreta,
Que son de los carboneros
Los barcos con que navegan.
Lor. Fortuna, tres años solos
De vida á mi amor le quedan,
En este tiempo, ó morir,
O adquirir lustre y hacienda.

ESCENA IX.

Decoracion de campo.

DOÑA JUANA Y LUCIA CON MANTOS.

Lucía. Hermosa, señora, estás.
Juana. De oirte, Lucía, me rio.
Lucía. Con tu donaire y tu brio
Envidia á las flores das;
Alegre está tu belleza,
Señora, aunque mas me digas.
Juana. Nunca verás ser amigas
La hermosura y la tristeza:
Yo estoy triste, y de esa suerte,
Aunque tus lisonjas crea,
Estaré sin duda fea.
Lucía. Que estás engañada advierte,
Porque la melancolía
Suele añadir perfeccion.
Juana. Eso en las que hermosas son:
¿Mas negarásme, Lucía,
Si desengañarte quieres
Y salir de aquese error,
Que solamente el color
Hace hermosas las mugeres?
Luego si estoy triste, cosa
Que el color á todas priva,
En que la hermosura estriba,
¿Cómo puedo estar hermosa?
Lucía. Mucho del color te agradas,
Y no es cosa de matar,

Yo he visto á muchos penar
Por mugeres opiladas:
Si fuera hombre, sus desdenes
Adorára, y sus querellas,
Y me anduviera tras ellas.
Juana. Lucía, mal gusto tienes,
Graciosa has estado.
Lucía. Pero
Dejando esto aparte yo,
¿No dirás qué te pasó
Con Lorenzo el carbonero?
Juana. He sabido, si te agrada,
Aquí para entre las dos,
Que se me inclina.
Lucía. Por Dios,
Que te hallas acomodada:
No son sus designios malos;
¿Qué has de hacer si persevera?
Juana. Yo, reirme.
Lucía. Mejor fuera
Hacerlo moler á palos,
Porque vaya el picaron
En su oficio á trabajar.
Juana. Yo á nadie puedo quitar
Que me tenga inclinacion,
Y de eso haga chanza ahora:
Mas dejando aquesto á un lado,
¿Has visto con el cuidado
Que me sirve y enamora
Don Pedro de Vargas?
Lucía. Puedo
Decirte sin interes,
Que ese caballero es
De lo mejor de Toledo:
Y si servirte desea,
¿Quién por mas galan merece?
Juana. Si á mí no me lo parece,
¿Qué importará que lo sea?
A Flandes me voy contenta,
Solo por estar sin él.
Lucía. En fin el baron Rosel
Es el dichoso.
Juana. Que sienta
No estrañes casarme ahora
Con un hombre, que á mi gusto
No sé si será.
Lucía. Del susto
Saldrás en Flandes, señora.
Juana. Oye. (*Hablan aparte.*)

ESCENA X.

DICHAS, Y SALEN MARTIN Y LORENZO DE GALA.

Martin. Señor, vive Dios,
Que aunque somos dos patanes,
Que venimos mas galanes
Que Gerineldos los dos:
Bien haya, amen, el bolsillo,
Que en fin nos ha remediado.
Lor. Pues todavía ha quedado,
Martin, algun dinerillo.
Martin. ¿Y la sortija?
Lor. Aquí está
En el dedo.
Martin. Bien, á fe;
Déjame reir.
Lor. ¿De qué?
Martin. De ver las vueltas que da
Este mundo.
Lor. Majadero.
¿Con qué tu discurso topa?
Martin. Ayer eras poca ropa,
Y hoy pareces caballero.
Lor. Aguarda, Martin. ¡Qué veo!
¿Es verdad, cielos divinos?
¿No es doña Juana?
Juana. ¡Ay, Lucía!
¿No es Lorenzo aquel que miro?
¿Lorenzo?
Lor. Señora mia,
No en vano el alma me dijo
Que saliese al campo, y no
En vano está tan florido;
Porque alentándole vos
Con vuestros ojos divinos,
Y pisándole, volveis
La campiña en paraiso.
Ya por lo menos, señora,
Lorenzo mejor vestido
Está de lo que solia:
Ya por vos me determino
A colgar de mi esperanza
El grosero capotillo.
Ya por vos me voy.
Juana. Lorenzo,
Yo os agradezco y estimo
La voluntad que mostrais
Tenerme, y ahora os digo
Que la palabra que os di
Desde aquí os la revalido
De esperar tres años: cielos, *ap.*
¿Qué tiene este hombre consigo,
Que el corazón se alborota
De verle?
Lor. A esos piés rendido,
Otra vez os lo agradezco.
Lucía. ¿Y usted, señor monacillo,
Es carbonero tambien?
Martin. Pico mas alto.
Lucía. ¡Oh, qué lindo!
Por lo dicho y alegado
Parece usté un gran pollino.
Martin. Y usté un dia de san Marcos,
Porque es usté un mal trapillo.

Lucía. Oigame.
Martin. Diga.

ESCENA XI.

DICHOS, Y SALEN UN CRIADO Y DON PEDRO DE VARGAS.

Criado. Señor,
Una criada me dijo
Que hácia la huerta del Rey
Aquesta mañana vino
Tomando el acero.
Pedro. Pienso
Que es verdad lo que te ha dicho,
Que alguna mañana suelo
Encontrarla en este sitio;
Pero aguarda, ¿no es aquella?
¡Viven los cielos divinos,
Que está hablando con un hombre!
De cólera estoy perdido.
Juana. ¡Ay Dios! don Pedro de Vargas,
Lucía...
Lucía. Buena la hicimos.
Pedro. Aunque el mundo me lo estorbe,
Vengaré los zelos mios.
Mi señora doña Juana, (*Llega.*)
Dos palabras os suplico
Me escucheis aparte.
Lor. Hidalgo,
Estando hablando conmigo,
Es sobra de atrevimiento,
Y mucha falta de estilo,
Llegar sin pedir licencia.
Pedro. Con los hombres de mis brios
Y de mi sangre no corre
Esa razon que habeis dicho;
Con vos pudiera correr,
Porque ya os he conocido,
Y no mereceis...
Lor. Teneos,
Y no pronuncieis altivo
Palabras, en que no se halle
Satisfacion ni castigo;
Mas pues de vuestro valor
Estais tan pagado, elijo
Que riñamos, y pluguiera
A Dios en este conflicto
Que el que tuviera mas manos
Fuera hoy el favorecido.
Pedro. De esta manera respondo
A tan locos desvaríos.
Lor. Y yo de aquesta manera
A las obras me remito.

(*Sacan las espadas, y éntranse acuchillando, y retira á don Pedro.*)

Martin. A ellos, que son badeas.
Lor. (*Dentro.*) Así cobardes castigo.
Pedro (*dentro*). ¡Muerto soy!
Lucía. Vírgen de gracia,
Padre mio san Francisco,
Que se matan.
Juana. Ven, Lucía:
¡Sin alma voy!
Lucía. Ya te sigo. (*Vanse.*)
Martin. Señor, la justicia toda
Nos sigue, huyamos.
Voces (*dentro*). Seguidlos,
Porque es don Pedro de Vargas
El que está muerto ó herido.
Lor. Ven hácia el cuerpo de guardia
Del marques.
Martin. Pléguete Cristo,
Aguija.

ESCENA XII.

ENTRANSE CORRIENDO POR UNA PARTE Y SALEN POR OTRA.

Uno (*dentro*). Por acá van.
Martin. Vive Dios, que hemos corrido
Como dos galgos.
Lor. Martin,
Estando aquí no hay peligro:
El cuerpo de guardia es este
Del marques.
Martin. ¿Estás herido?
Lor. ¿Qué dices? ¿estás borracho?
Echarme á mí de estos lindos
Engolillados galanes,
Es como echarme mosquitos:
Solo con pena me tiene
Saber qué habrá sucedido
De doña Juana; por Dios,
Que estoy por volver al sitio
A saberlo.
Martin. Seor Lorenzo,
¿Usted quiere ser racimo
Con piés? ¿es boba la otra?
A su casa se habrá ido.
Uno (*dentro*). Toca á recoger, tambor.

(*Tocan la caja.*)

Lor. Los soldados á este sitio
Vienen ya.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALEN EL SARGENTO, DOS SOLDADOS Y EL TAMBOR CON LA CAJA.

Sold. 1º. En fin, seor sargento,
El capitan nos ha dicho
Que marcha el marques mañana.
Sarg. Así lo tengo entendido,
Pues ya prevenidos tiene
Los bajeles.

Sold. 2º. Vive Cristo,
Que si Dios no lo remedia,
Que la chata ha de ir conmigo.
Sold. 1º. Señor sargento, ¿usté quiere
Entretenerse un poquito
A los naipes boca arriba?
Sarg. Debe de haber dinerillo,
Que ha sido dia de paga.
Sold. 1º. Aqueste tambor maldito
Servirá de mesa.
Sarg. Vaya.
Sold. 1º. El descuadernado libro

(*Saca naipes.*)

Saco, que yo á aquestas horas
Las traigo siempre conmigo.
Sarg. Alzo por mano: un rey es.

(*Pónense á jugar.*)

Sold. 1º. Yo una sota: ¡vive Cristo,
Que no haya aquí una pretina!
Baraje usted: mal principio,
A cinco y cinco, y terceras,
Y veinte en quinta.
Sarg. Hago y digo.
Lor. ¿Martin?
Martin. ¿Señor?
Lor. ¿Quieres que
Pruebe la mano?
Martin. Eso pido,
Y mas que estás de jornada:
Pondré, que me quemen vivo,
Si no haces mesa gallega.
Lor. Aquí tengo en el bolsillo
Unos doblones, yo llego.
Hidalgos, si sois servidos (*Llega á ellos.*)
De que en el juego haga tercio,
Jugaré tambien.
Sarg. Yo digo
Que entre por mí.
Sold. 1º. Y yo tambien:
Este parece chorlito;
Seor sargento, ojo alerta.
Iremos dos al mohino.
Lor. Mio es el naipe.

(*Toma Lorenzo el naipe y baraja, y alzan por mano.*)

Sold. 1º. A ocho y ocho.
Sarg. Veinte y veinte.
Sold. 2º. A entrambos digo,
Cuatro y cinco, mio es el cuatro.
Sold. 1º. Ande, que la mia he visto.
Lor. Se engaña usted.
Martin. Dice bien,
Porque le faltó el ombligo.
Lor. Esa es mi suerte.
Sarg. Por vida...
Lor. Una, dos, tres, cuatro, cinco,
Seis, siete, ocho, nueve, diez,
Once, doce.
Sold. 1º. Vive Cristo,
¿Doce pintas? doce diablos
Carguen contigo, y conmigo.

(*Muerde los naipes.*)

Sarg. Baraje usté, á cinco y ciento.
Sold. 1º. Yo á lo mismo.
Martin. Ah, buenos hijos,
Que así parais á la errona.
Lor. Mi suerte á la quinta vino:
Diez pintas gano.
Martin. ¿Está loco?
Pese á su alma, ¿pues no ha visto
Que es sencilla?
Lor. Lo que veo
Es, que tantas he corrido,
Y que se me han de pagar
Luego al punto.
Sarg. Bien ha dicho:

(*Quítale á Lorenzo la bolsa, y sacan las espadas, y riñen.*)

Mas pues le quito el dinero,
Haga cuenta que ha perdido.
Lor. Ah gallinas, vive Dios,
Que os he de hacer mil añicos
Y pedazos, aunque venga
Todo el mundo á resistirlo.
Martin. Señor sargento, cuidado
Con la panza.

ESCENA XIV.

DICHOS, Y SALEN UN AYUDANTE Y EL MARQUES.

Ayud. Fuera digo,
Que está su escelencia aquí.
Marq. ¿Qué es esto?
Sarg. Señor invicto,
Sobre cierta diferencia,
Que en el juego hemos tenido,
Tras no quererme pagar
El dinero que ha perdido
Este soldado, señor,
Sacó la espada conmigo,
Sin la atencion que se debe
A este lugar, á este sitio:
Esto es lo que pasa.
Martin. Bueno,
Trocada la hemos perdido.
Marq. ¡Hay tan grande atrevimiento!
¡Vive el cielo! que á delito
Tan grande no halla la ira,
Ni la cólera castigo:
Cuando tengo echado el bando

Que nadie sea atrevido
A sacar la espada en
Mi cuerpo de guardia mismo,
¿Con un oficial se atreve
Desatento un soldádillo?
Por vida del rey, que es mengua
No castigarle yo mismo
Con este acero: ayudante,
Luego al instante, al proviso
Le den dos tratos de cuerda.
Lor. A vuecelencia suplico...
Martin. Aceitunas.
Lor. Que me escuche,
Que un soberano ministro,
Y un capitan, de quien tiembla
El mundo, de dos oidos,
Que le dió naturaleza,
Ha de usar, tan sin perjuicio,
Que uno ha de dar á la queja
Justiciero, otro benigno
A la disculpa; porque
Sentenciar sin mas aviso,
Da á entender que la razon
Está sujeta al capricho.
Marq. Hablad, pues.
Lor. Digo, señor,
Que no solo aquí he perdido
Dinero alguno, sino antes
Estando ganando, altivos
Estos soldados por fuerza
Me arrebataron el mio.
Yo, pues, no por el dinero,
Que es lo que menos estimo,
Sino por el menosprecio,
Que en los hombres bien nacidos
Es lo que se siente mas,
Saqué la espada atrevido,
Y sin mirar...
Marq. Bien está,
Ya de no haberos oido
No os quejaréis.
Lor. No, señor.
Marq. Pues la sentencia confirmo,
Porque sacasteis la espada
Con un superior: asidlo,
Y llevadlo.
Lor. Vuecelencia
Mire...
Marq. Ya lo tengo visto.
Lor. Por Dios, que esto va de veras.

(*Asido el marques, y repara la sortija.*)

Advertid que mi castigo
No os toca.
Marq. ¡Válgame el cielo!
Lor. Porque yo...
Marq. ¿Qué es lo que miro?
¿No es mi sortija?
Lor. No soy
Soldado.
Marq. Cielos divinos, *ap.*
¿No es este el hombre á quien debo
La vida? bien lo averiguo
En la sortija que tiene,
Que yo la dí por mí mismo:
En fin, ¿que no sois soldado?
Lor. No, señor, pero me inclino
A serlo: pasar quisiera
A Flandes, si en vuestro arrimo
Hallo sombra que me ampare.
Marq. Bien me parece el designio:
¿Qué sobrenombre teneis?
Lor. Lorenzo me llamo.
Marq. El mismo *ap.*
Es que dijo aquella noche:
No os pregunto el nombre, digo,
El sobrenombre os pregunto.
Lor. Lorenzo me llamo he dicho
A secas, porque esto solo
De mi linage he sabido.
Marq. Pues, Lorenzo, en mí tendreis
Buen padrino y buen amigo;
Sentad plaza luego al punto
En mi compañía.
Lor. Invicto
Marques, de mi sobrenombre
Habeis de ser mi padrino,
Cuando veais que le gano
En el real del enemigo.
Marq. Andad, señor, que ya sé
Que teneis muy buenos brios,
Y yo y vos para otros dos.
Lor. Si esos favores consigo,
Verá Flandes por mi brazo
Un asombro y un prodigio.
Marq. Vamos, ayudante; vos
A las tropas dad aviso,
Que marcho luego. (*Vase.*)
Sarg. Señor
Lorenzo, seamos amigos,
Que aquí están vuestros doblones.
Lor. Pues, señores, repartidlos
Entre todos, porque yo,
Con la dicha que he tenido,
No estoy en mí.
Sarg. Venid, pues.

ESCENA XV.

LORENZO Y MARTIN.

Martin. ¿Qué hay, Lorenzo?
Lor. Estoy sin juicio.
Martin. A Flandes vamos.
Lor. Fortuna,
Ya un escalon he subido
En estos tres años, ten

De tu rueda el curso fijo :
A Dios, tres años, España,
A Dios, pues, bello prodigio;
Desde hoy con vuestra licencia,
Aunque parezca delito,
Me llamo Lorenzo Flores,
Que un esclavo ya ha sabido
Tomar de su dueño el nombre.
Flores soy, y te suplico,
¡O deidad de la fortuna!
Que te vengas bien conmigo,
Y en estos tres años tengas
De tu rueda el curso fijo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de quinta.

EL BARON Y DON JUAN.

Baron. De haber visto á mi esposa,
Señor don Juan, tan estraña
O tan esquiva, ha nacido
En mí la desconfianza
De imaginar que en su pecho
No hallaron lugar mis ansias,
O que sus cuidados son
Efectos de mi desgracia.
Juan. No estrañeis, señor baron,
Ver en tristeza á mi hermana,
Que ese es comun sentimiento
De las que dejan su patria;
Que otra cosa ser no puede
De su tristeza la causa,
Cuando felizmente en vos
Tan ilustre esposo gana.
Ayer de España llegamos
Mi hermana y yo á esta casa,
Y el cansancio del camino,
Despues de tantas jornadas,
Junto con la novedad
De verse en Flandes, bastaba
Para turbar su alegría;
Ademas, que allá en España
Usan las nobles mugeres
Una hermosura afectada,
Que como melancolía
A la vergüenza acompaña,
Pues solo en gravedad fundan
De su honestidad la gala,
Y no se alegran tan presto,
Como aquí vuestras madamas.
Dejad que tome el estilo,
Porque despues de tratadas
Las españolas, son otras,
Afables y cortesanas,
Y lo que en ceño comienza,
En noble caricia acaba.
Baron. Norabuena, estése ahora
Asistida de mi hermana
Teodora en aquesta quinta,
Que en ganándose la plaza
De Durén, á quien ha puesto
Sitio el marques, mi esperanza
Logrará en su blanca mano
La posesion deseada :
Y entre tanto, con festines
De este pais á la usanza,
Divertiré la belleza
A quien he rendido el alma.
Juan. Y tambien yo de Teodora, *ap.*
A quien idolatra el alma,
Festejaré la hermosura,
Que á ser del baron hermana,
Es bien fundado el motivo,
Que si él por esposa alcanza
A mi hermana, puedo yo
Serlo tambien de su hermana :
Quiera el cielo que muy presto
A las católicas armas
Se rinda Durén.
Baron. El sitio
Va, segun pienso, á la larga,
Aunque un alegre rumor
Por el campo se derrama,
Que queriendo el enemigo
Meter socorro en la plaza,
Rompimos los escuadrones.

(*Disparan, y dentro tocan cajas y clarines.*)

Voces (*dentro*). Viva España, viva España.
Juan. Sin duda que la victoria
Por nuestra está declarada,
Que es alegre; hácia esta parte
Llega el marques.

ESCENA II.

TOCAN CAJAS Y CLARINES, Y SALEN SOLDADOS, Y LUEGO LORENZO, MARTIN, Y EL MARQUES DE SANTA CRUZ DETRAS DE TODOS; MARTIN SACA EL PENACHO Y LA CELADA, Y LORENZO LO PONE A LOS PIÉS DEL MARQUES.

Lor. A las plantas,
Gran señor, de vuecelencia,
De aquel general de fama,
El monsieur de Xatelet,
Pongo el penacho y celada,
Que militares adornos
Fueron de su pompa vana,

Reservando para mí
Solo aquesta verde banda,
Con que pienso honrar mi pecho.
Que por haber sido alhaja
De un general me la pongo
Por norte de mi esperanza,
Que á sombra de vuecelencia
No hay quien no la tenga.

(*Pónese la banda.*)

Marq. Basta,
Lorenzo Flores, llegad
A mis brazos, que esta hazaña
No la consiguió jamas (*Abrázale.*)
Griega ni romana espada:
Contadme solo el suceso,
Que os empeño mi palabra
De premiar vuestro valor.
Lor. Si vuecelencia me ampara,
No he menester mas fortuna
Para volver á mi patria
Venturoso, siendo en ella
Asombro de las estrañas.
Salió el ejército junto
Del enemigo á campaña
A entrar socorro en Durén,
Que fortalecida estaba.
En bien formadas hileras
Venia al son de las cajas
Todo lo noble y florido
De la juventud lozana.
A monsieur de Xatelet
Su general acompaña,
Que con arrogancia loca
Presuntuosa animaba
A los que al compas del bronce
Iban siguiendo la marcha.
Venia el bravo holandes
Sobre un peñasco con alma,
Bruto aleman, tan soberbio,
Que á la máquina troyana
Hurtó la robusta forma,
Siendo racional muralla.
Salimos á recibirle
De la línea mil corazas,
Y otros tantos españoles:
Desigual número á tanta
Multitud de armadas huestes,
Que de nueve mil pasaban.
Despreciáronnos por pocos,
Mas fué tan fuerte la carga
Que le dimos, que al estruendo
De la artillería y balas,
Se estremecieron los montes,
Y el sol se cubrió la cara.
Tocaron toda la noche
Nuestros cuarteles al arma:
Vivanderos y bagages,
Que por todo el campo estaban
Recogiendo sus haciendas,
Huyeron para guardarlas
A nuestros alojamientos,
Que los que del golfo nadan,
El saber guardar la ropa
Fué siempre la mejor gala.
Imaginó el enemigo
Que esto era huir, y en voz alta,
Los españoles nos huyen,
Dice: pica, sigue, avanza;
Y cuando mas orgullosos
Hallar en fuga pensaban
A los españoles, viendo
Su resistencia, se espantan,
Y engañados y confusos
Se turban y desbaratan:
Tanto en las graves empresas
Puede el no considerarlas;
Y dando sobre ellos juntos,
Fué de manera la carga,
Que huyeron, y la victoria
Se declaró por España.
Allí don Luis de Toledo,
Mi capitan, cara á cara
Al batallon de la corte
Le acomete y le desarma,
Si bien le costó los dientes,
Donde le puso una bala
Silencio á su lengua noble,
Pero no á la de su fama;
Mas bastaba ser Toledo,
Para una accion tan bizarra,
Cuyo tronco esclarecido
Lleva trofeos por armas.
Yo entonces, viéndole herido,
Bien como piedra arrojada,
Que en el cristalino golfo
Forma cerúleas de plata,
Y va ensanchando las ondas,
Todo aquel tiempo que baja,
O bien como el duro acero
Que las espigas doradas
Derriba... ¿pero qué digo?
Perdonad, si en mis hazañas
Quise hablar para obligaros,
Que me iba en ellas un alma,
Si lo que son de atrevidas
Tuvieron de afortunadas.
En fin, señor, prisionero
Hice al general de Holanda.
Que en un soldado bisoño
Es mas dicha que alabanza,
Y teniéndole rendido,
Oigo decir: Mata, mata,
Mirad que no está, soldados,
La victoria declarada;
Y haciéndome atras dos pasos,

Le tiré una cuchillada
De tan buen aire, que al suelo
La pluma de la celada
Vino á escribir á la muerte
Con roja tinta las cartas;
Y dejando otros progresos,
Digo, señor, que á esas plantas
Mi vida ofrezco, y con ella
Esta toledana espada,
Con este español orgullo,
Hijo de sus peñas altas,
Que al lado de vuecelencia
Sabrá dar triunfos á España,
Si del laurel que os adorna
Su ilustre sombra me ampara.
Marq. No ha venido de Toledo
A Flandes mejor espada;
Pero no es nuevo en sus hijos
Ser en paz y en guerra el alma
Del valor: Lorenzo Flores,
Por donde muchos acaban,
Vuestros servicios empiezan,
Y que os debo, es cosa clara,
Mas de lo que vos pensais.
Lor. A mí por premio me basta,
Gran señor, ser conocido
Sin merecerlo.
Juan. Mi patria
Puede estar vanagloriosa
Del valor que en vos se halla.
Marq. ¿Don Juan de Flores.?
Juan. ¿Señor?
Marq. La compañía está vaca
De don Gaspar Maldonado,
En vos es bien empleada;
A Lorenzo podeis dar
La bandera, pues con tantas
Ventajas la ha merecido.
Juan. Por ella os beso las plantas,
Y porque mi alférez es
Lorenzo.
Martin. Mi camarada,
Señor, mas que la bandera
Ha menester ropa blanca.
Marq. Todo se hará; ¿y vos, quién sois?
Martin. Puedo decir que es muy alta
La rama de mi linage.
Marq. ¿Y qué apellido?
Martin. Se llama
Mi padre Pedro del Pino,
Y mi madre Ana del Haya.
Marq. ¿Gente limpia?
Martin. Sí, señor,
Y entrambos de la Montaña;
Pero volviendo á mi padre,
Fué un hombre que en la campaña,
Por su brazo y su valor
Vertió un mar de sangre.
Marq. ¿Tanta
Sangre vertió?
Martin. Sí, señor,
Que era barbero y sangraba.
Marq. ¿Y vos sois soldado?
Martin. Sí,
Pero de mas importancia,
Pues en el encuentro de hoy
Hice atras volver dos mangas,
Solamente con el aire
De mi aliento.
Marq. ¡Cosa estraña!
Martin. Eran las mangas perdidas
De una ropilla de grana:
Pues mas hice.
Lor. Aparta, loco.
Marq. Quédese para mañana,
Porque me alegro de oiros.
Martin. Vuestro buen gusto me agrada,
Que aqueso es querer tener
Aquí gloria y despues gracia.
Marq. Si el cielo me da á Durén,
Lorenzo Flores, la paga
Corre por mi cuenta ahora:
Servid, que no es mala entrada
Una bandera.
Lor. Señor,
Vuecelencia honra mi espada,
Que para un bisoño era
El favor; pero las balas,
Si he de morir, el venablo
Muy presto ha de ser vengala.
Marq. Venid conmigo, baron:
Durén, si de tus murallas
No consigo la victoria,
Tumba ha de ser la campaña
De cuanto español orgullo
Empuña del rey las armas,
Pues no hay remontada nube
Que se oponga al sol de Austria.
Baron. Feliz ha sido el suceso.

ESCENA III.

LORENZO, DON JUAN Y MARTIN.

Lor. ¡Ay, divina doña Juana,
Por tí mas ser solicito,
Aliente amor mi esperanza!
Juan. Pues es de Toledo, quiero *ap.*
Esperar á ver si me habla.
Lor. Este es, Martin, el hermano
De doña Juana.
Martin. Es verdad;
Con eso de su beldad
Noticias tendrás.
Lor. Es llano.
Martin. Pardiez que de los mozotes
Puede ser envidia ufana,

Y se parece á su hermana.
Lor. ¿ Pues dime, en qué?
Martin. En los bigotes.
Lor. De nuevo ahora rendido,
Pues que somos toledanos,
Quiero besaros las manos.
Juan. Del contento recibido
De que tengais mi bandera,
No sé que os pueda decir,
Mas de que os he de servir.
Lor. Trocar los servicios fuera,
Y el mio es solo serviros.
Juan. Mucho de vuestro valor
Oigo decir.
Lor. Que es, señor,
Ventura puedo deciros,
Pero no merecimiento.
Juan. Vuestra persona me agrada,
Y está muy bien empleada
Mi bandera en vuestro aliento,
Que el ser alférez en Flandes
No es muy poco.
Lor. Bien comienzo.
Martin. Toda su vida Lorenzo
Se crió con humos grandes.
Juan. Pero de Toledo, y Flores,
Pienso que somos parientes.
Lor. Son, señor, mis ascendientes
Aunque mayores menores.
Juan. ¿ Vuestro padre allí, quién es?
Lor. Por ahora perdonad,
Porque no es de la ciudad,
Aunque muy cercano es.
Juan. ¿ Pues de quién teneis las Flores?
¿ Es por hembra, ó por varon?
Lor. De muger las Flores son,
Y no por eso menores;
Que mi padre se llamaba
Robles.
Juan. ¿Porqué no tomasteis
Su apellido?
Lor. Preguntasteis
Muy bien, pues Robles me honraba,
Pero son muchos allí
Los robles, pocas las flores,
Y túvelas por mejores
Que el padre de quien nací.
Juan. Bien hicisteis, porque yo
Mucho me honro de ser Flores.
Lor. Y yo tuve por favores
Las que ese nombre me dió:
Si bien, aunque su tributo
Me promete aplauso fiel,
Si un bien no logro por él,
Serán mil flores sin fruto.
Juan. Hoy para honrar mi posada
Conmigo habeis de comer.
Lor. No la pudiera tener
Con el marques mas honrada.
Juan. Venid luego, que desde hoy
No puedo sin vos hallarme.

ESCENA IV.

LORENZO Y MARTIN.

Lor. Ya la suerte á levantarme
Comienza, Martin.
Martin. Estoy
Admirado: ¿quién dijera,
Cuando haciamos carbon,
Que el palo del aguijon
Se te volviera en bandera?
¿Tú en la guerra conocido
Con oro, plumas y grana?
Lor. A la hermosa doña Juana
Aquese honor he debido:
Su hermosura celestial
¿Qué hará en Toledo?
Martin. Sin penas,
Comiendo estará almacenas
Quizá en algun cigarral.
Lor. ¿ Serán ciertas sus promesas,
Pues por su amor vine aquí?
¿Si se acordará de mí?
Martin. Como ahora llueven camuesas.
Lor. ¿En qué lo fundas?
Martin. En que
Muchas cartas le escribiste,
Y de ninguna tuviste
Respuesta.
Lor. De eso no sé
La causa, ni lo penetra
Mi discurso.
Martin. Pienso yo
Que pues no te respondió,
Se mudó al pié de la letra.
Lor. ¿En su beldad puede haber
Mudanza, ni noble trato?
¿No es del sol vivo retrato?
Martin. Es verdad, pero es muger:
Vamos de aquí.
Lor. Tu razon
Me deja confuso y ciego,
Porque en muriéndose el fuego,
¿Quién se acuerda del carbon?

ESCENA V.

Decoracion de casería.

SALEN DOÑA JUANA, MADAMA TEODORA Y LUCIA.

Mús. Sentid, corazon, sentid,
Ojos, no mireis un daño,
Que es poco valor del fuego
Pedirle socorro al llanto.

Juana. Parece que de mi pena
La letra se ha dibujado.
Teod. ¿Quieres que el tono prosiga?
Juana. Si, porque gusto me ha dado:
Miento, que no está mi pecho *ap.*
Capaz de ningun descanso.

Mús. Al aire de mis suspiros
No pida alivio el cuidado,
Porque el aire aviva el fuego,
Y no es remedio al estrago.

Juana. Ejemplo á las penas mias
Estas voces me están dando:
Pero ¿cuándo un escarmiento
Fué aviso de un desengaño?
Teod. No canteis mas: ordenóme
El baron Rosel mi hermano,
Que con todos los festejos
Que en este pais usamos
Divierta yo tu hermosura;
Mas parece que es en vano,
Pues veo que en tu semblante
Se va el dolor aumentando.
Juana. Bien sé que al baron le debo
De fino amante agasajos,
Y á tí, madama Teodora,
Finezas que nunca pago;
Pero haber venido á Flandes
Con disgusto, me ha causado
Esta tristeza; y tambien
El ver que he de dar la mano
A un caballero estranjero,
A quien no quieren los astros
Que me incline por algun
Secreto que ignoro.
Teod. El trato
Suele vencer imposibles,
Y está tan enamorado
Mi hermano de tu hermosura,
Que hasta que vayas cobrando
Cariño al pais, pretende
Que se dilate este plazo,
Por ver si con sus finezas
Obliga tus desagrados.
Juana. Mal podrá, pues á una sombra *ap.*
Todo el corazon he dado:
¿Cómo es posible querer
A quien tan poco he tratado?
Teod. Diferente condicion
Es la mia, que yo amo
A un español solamente
Por ver que es hombre bizarro;
Y porque es de otra nacion,
Tiene para mí grangeado
Mas aplauso en la memoria.
Juana. Ni te culpo, ni lo estraño,
Pero llego á estimar mucho
Que á un español quieras tanto.
Teod. Si quiero; mas vive en mí
Ese amor tan recatado,
Que hasta ahora no he tenido
Ocasion para esplicarlo;
Mas esto no es para ahora:
Y volviendo á mi cuidado,
Digo que el tiempo ha de ser
Quien ha de enmendar el daño.
Mi hermano es galan, y tiene
En Flandes un rico estado,
Que puede hacer venturosa
A la muger de mas garbo:
Amante á tus piés lo pone,
Solo por lograr tu mano.
Si el verte de España ausente
Tu pensamiento ha turbado,
En los principes ejemplo
Puedes tomar, que dejando
Sus patrias, buscan las otras
Solo por razon de estado.
El sujetar sus pasiones
Es propio de ánimos altos,
Que el cortesano artificio
Le inventó el prudente sabio.
Si oculta causa te obliga
Para negarte á lo humano,
Ceda el gusto al sentimiento
Por no faltar á lo hidalgo.
Yo me retiro, tú ahora
Lo puedes mirar despacio,
Que no pretendo estorbar
Tus penas, ni hacerte cargo
De que adores, ni desdores:
Pues siempre es tuyo mi hermano.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS TEODORA.

Juana. ¡Válgame el cielo mil veces!
¡Qué de cosas han pasado
Por mí, Lucía!
Lucía. No entiendo
Tus lucidos intervalos:
Vienes de España á casarte,
Y cuando tiene tu hermano
Ya prevenida la boda,
Finges tristezas, desmayos,
Hipocondrías, jaquecas,
Temblores, tiricia y flatos,
Y otros males, solo á fin
De dilatar este plazo.
Noble es el baron, y tiene
De renta seis mil ducados,
Y sobre todo, es galan;
¿Qué aguarda tu estilo ingrato?
Juana. Tarde ó nunca en estas dichas
Mi pena hallará descanso.
Lucía. ¿En qué lo fundas?
Juana. ¿No ves

Que es niño amor, y si acaso
Para quitarle una joya
Le dan una flor del campo,
El inocente la admite,
Y tiene por agasajo
Lo que es menos? pues lo mismo
Le sucede á mi cuidado,
Que si es aprension la dicha,
Y esta en mis penas la hallo,
Otra no quiero, pues vivo
Gustosa con el engaño.
Lucía. ¿Con eso disculpar quieres
Aquel tu capricho estraño
De inclinarte á un labrador?
Juana. Tú, como nunca has amado,
No conoces el dominio
De aquel ciego dios alado,
Que para juntar distancias
Tuerce con violencia el arco;
Y asentado lo primero,
Que soy muger, lastimado
Tengo el corazon de ver
Que en mi palabra fiado
Fuése á buscar mas fortuna
Lorenzo, porque pasando
Por mil desdichas y riesgos,
Al cabo de los tres años
Verá que no le cumplí
La palabra que le he dado.
Lucía. ¡Miren qué gran caballero
Para que te dé cuidado
Un hombre, que cuando mucho,
Se habrá otra vez vuelto al campo
A continuar la carrera
Del carbon ó del arado!
Juana. Lorenzo tiene valor,
Y por la guerra alcanzaron
Muchos sugetos humildes
Honores, triunfos y lauros.
Lucía. Eso era, señora mia,
En tiempo de los romanos;
Pero ahora...
Juana. Si el amor...
Lucía. Calla, que viene tu hermano.

ESCENA VII.

DICHOS, Y SALEN DON JUAN Y LORENZO DE MILITARES, Y MARTIN DE SOLDADO.

Juan. El marques de Santa Cruz,
Hermana mia, á quien debe
Tantos aplausos el bronce,
Y España tantos laureles,
Me ha dado una compañía,
De que muy gustosa puedes
Darme el parabien; no solo
Porque así me favorece,
Sino por haberme dado
Por camarada y alférez
Al señor Lorenzo Flores,
De los hombres mas valientes
Que en Flandes ciñen espada.
Juana. Huélgome de conocerle.
¡Ay de mí! ¡si es fantasía! *ap.*
Sombra, ilusion, ¿qué me quieres,
Que á tan remotas regiones
A turbar mi quietud vienes?
¿Es de Toledo?
Juan. Yo juzgo
Que ha de ser nuestro pariente.
Juana. En verdad, que su valor
Y talle no desmerece
El apellido.
Lor. Señora,
Yo, si en mí... ¡Cielos, valedme! *ap.*
Yo estoy turbado; ¡qué miro!
¿Doña Juana está aquí? ¿es este
Engaño de los sentidos?
Digo que os beso mil veces
La mano, y esclavo vuestro
He de ser eternamente,
Como lo soy desde ahora
De mi capitan.
Juana. ¿No es este, (*ap. á Lucía.*)
Lucía, Lorenzo?
Lucía. El mismo,
Como cinco y dos son siete.
Juana. ¡Sin mí estoy!
Juan. Estos soldados, *ap.*
De gran valor, comunmente
Mas saben obrar que hablar.
Ahora bien, señor alférez,
Aquí podeis aguardarme,
Si gustais, un rato breve,
Mientras voy á prevenir
Al baron, que tengo un huésped,
Para que luego volvamos
A dar muestra en los cuarteles;
Y pues de esta casería
Está cerca el sitio, siempre
Podeis tener desde ahora
Por vuestro este pobre albergue.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, LUCIA, LORENZO Y MARTIN.

Lor. Haré lo que me mandais.
A tus piés, señora, tienes
A un infeliz, que sin duda
Te adoró para perderte,
Porque no pudiera yo
Tan presto en tus ojos verme,
Sino para mayor daño,
Que de ordinario la suerte
Da bienes á un desdichado,

Para quitarle los bienes,
Que tal vez de los pesares
Son vísperas los placeres.
Divino imposible mio,
Norte de mis altiveces,
Idolatrada esperanza
De mis suspiros ardientes,
¿Qué novedad, qué suceso
Pudo á tu hermano moverle
Para conducirte á Flandes?
¿Qué desdicha, qué accidente
Te obligó á dejar á España?
Pero si acaso enmudeces
Por saber de mi fortuna
El ser que á tu ser le debe,
Porque luego me respondas,
Te lo diré brevemente.
Yo, señora, confiado
En tus promesas alegres,
Vine á ser mas por la guerra.
¡Oh, qué mal pleito que tiene
Quien sale á buscar la vida
Por las sendas de la muerte!
Y como para ser tuyo
Era preciso que fuese
Nuevo asombro de los siglos
Y admiracion de las gentes,
Esponiéndome al peligro
De las picas y mosquetes,
Muchas heridas me han dado;
Pero no fueron crueles
Las heridas que repito,
Cuando considero alegre
Que son ventanas por donde
Puedo entrar á merecerte.
¡Qué rigores no he pasado
Por tí que escuchas! ¡qué ardientes
Llamas no le han parecido
A mi sufrimiento leyes!
¿Pues cómo, divino dueño,
No me hablas? ¿de qué enmudeces?
¿Qué te embaraza? ¿qué es esto,
Señora? Si te arrepientes
De aquella noble promesa
Que me has dado, y te parece
Que puedo llegar por mí
Algun dia á merecerte,
Un pobre labrador soy,
Señora, no soy alférez,
Y me volveré á los campos,
Que quizá menos rebeldes
Los riscos, á mi valor
Darán mas piadoso albergue,
Pues centro han sido los montes
De los desengaños siempre.

Juana. Lorenzo (¡ay, silencio mio!),
Haces cargo injustamente,
Pues con otra mayor pago
La inclinacion que me tienes,
Y no pudo la fortuna
En el estado presente
Hacerme mayor lisonja
Que llegar feliz á verte
Con esa insignia de Marte,
Que por lo menos promete
A tus nobles esperanzas
Mas venturosos laureles.
Yo estoy sujeta á mi hermano,
Que como padre en mí tiene
Aquel natural dominio
Que dan las comunes leyes
A los que con sangre ilustre
Nacieron por accidente.
Al baron Rosel, por mí,
Con quien grande amistad tiene,
Dice que ha dado la mano,
Para cuyo efecto breve
Desde Toledo me trajo;
Mira tú si es bastante este
Estorbo para turbarme
El regocijo de verte.
Lo que puedo hacer por tí
Es dilatarlo hasta...

Lor. Tente:
¡Ah, ingrata, cómo me engañas!
¿De España á casarte vienes
A Flandes, y eso me dices?
¿Qué es esto? ¡Cielos, valedme!
Rosel es gran caballero,
Rico, discreto, valiente;
Y entre la luna y el sol
Seria eclipse oponerme,
Siendo mi linage humilde;
Que es de calidad la suerte,
Que lo que ha de negar, solo
Permite que se desee;
Pero no será tu esposo
Viviendo yo, porque de ese
Rebellin del enemigo,
Desesperado un mosquete
Buscaré para sepulcro,
Y ruego al cielo que llegue
Tan arrebatado el plomo,
Que de púrpura caliente
Tiña el lugar denegrido
Que me dió la patria agreste,
Porque veas que he cumplido
Lo que he prometido siempre,
De morir ó ser dichoso:
Balas y horrores me cerquen,
Que así moriré contento,
Si es que acaso no me vuelve
Con el gusto de morir
A darme vida la muerte. (*Vase.*)

Juana. Aguarda, detente, espera.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS LORENZO.

Martin. Vive Dios, ¿qué es detenerle?
Hacernos venir á Flandes
Con su carita de sierpe,
Pasando lo que Dios sabe
Por trincheras y hornabeques,
¿Y ahora hacer muy falsita
La gata de Mari-Perez?
Plegue á Dios, Lucía ingrata,
Que antes que yo vuelva á verte,
Un solomo de adobado
En las tripas se me pegue,
Y que el gran licor de Esquivias
Con el de Pedro Jimenez,
A puros carabinazos
Las piernas me desjarreten,
Y con el tufo precioso
Que se hospedare en mis sienes,
Muera atolondrado yo;
Si es que acaso no me vuelve
Con el gusto de morir
A darme vida la muerte. (*Vase.*)
Lucía. ¿Que así le dejases ir?
Juana. No aguardó á que le dijese
Lo que intentaba yo hacer:
Tú se lo dirás si vuelve.
Lucía. ¿Y es?
Juana. Que con el baron
No intento casarme.
Lucía. Fuerte
Resolucion es la tuya.

ESCENA X.

DICHOS, Y SALE MADAMA TEODORA.

Teod. Vengo, Juana mia, á verte,
Y á darte dos mil abrazos,
Pues ya mi esperanza tiene
Celages de la victoria
Que amor por tí me promete.
Este que salió de aquí,
Que de don Juan es alférez,
Es el español que adoro,
Y pues habeis de tenerle
Por amigo, Juana mia,
De que le quiero le advierte.
Juana. Esto solo me faltaba *ap.*
Para que me desespere.
Teod. Haz que sin temor me mire,
Pues que puede honestamente,
Que aquí no es como en España,
Que en hablándose dos veces
Llaman traidores los hombres,
O fáciles las mugeres;
Cualquiera doncella noble
Ir á los festines puede
Con el galan que la sirve,
Y hablarle y favorecerle.
Dile que venga esta noche
Al sarao que te previene
El baron para alegrarte.
Lucía. No son malos los cordeles. *ap.*
Teod. ¿No harás aquesto por mí?
Juana. Haré lo que yo pudiere,
Mas pienso que podré poco.
Disimular me conviene. *ap.*
Teod. ¿No te pareció gallardo?
Juana. Mucho.
Teod. ¡Qué bizarramente
Entró con el capitan!
Lucía. Por Dios que andan bien los fuelles.
Juana. ¡Y que sea el callar fuerza! *ap.*
Teod. Pues es fuerza conocerle,
Cuéntame su calidad,
Qué nobleza y sangre tiene,
Qué padres, deudos y hacienda.
Juana. Si hoy, Teodora, vino á verme,
Como alférez de mi hermano,
Mal pudo satisfacerme;
Por tí le preguntaré
Lo que deseas, si vuelve.
A Dios.
Teod. A Dios.
Juana. Yo me abraso, *ap.*
Pues que mis desdichas quieren,
Sobre el mal que yo padezco,
Me den los zelos la muerte.
Teod. Sin duda hoy logro mi amor,
Si Juana me favorece.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS TEODORA.

Lucía. De las dos se puede hacer
Un pretal de cascabeles.
Juana. Lucía, ya yo no puedo
Callar, que un tormento fuerte
En el potro de los zelos
Hace que mi amor confiese.
Yo quiero bien á Lorenzo:
Y hame picado la suerte
Esta necia, esta Teodora,
Con ver que tambien le quiere,
Que de aquí adelante pienso
De veras favorecerle,
Porque á otro amor no se rinda;
Y así á Martin buscar puedes,
Para que diga á Lorenzo
Que venga esta noche á verme
Al festin, y que este lazo

(*Dale un lazo del tocado.*)

Será la seña que lleve,

Para que yo le conozca:
Ve apriesa, ¿qué te detienes?
¡Yo voy sin mí!
Lucía. Nadie hará
Lo que los zelos no hicieren.

ESCENA XII.

Decoracion de campo en las inmediaciones del castillo.

DON JUAN Y EL BARON.

Juan. Todo, Rosel, lo he dejado
Con la nueva del suceso.
Baron. No menos me trajo á mí,
Pero deseo saberlo,
Que no estoy bien informado.
Juan. Al ejército vinieron,
Señor baron, dos trompetas
De los rebeldes soberbios;
Estando en él publicaron
Un desafío tan necio
Como muestra este traslado
De la copia que me dieron.

(*Muéstrale un papel.*)

Baron. Señor don Juan, esa es propia
Accion de hereges soberbios,
Que como les falta Dios,
Les falta el entendimiento:
¿Y el marques qué determina?
Juan. Hallóle el cartel batiendo
El castillo de Durén,
Y mostrando sentimiento
De la desvergüenza, quiere
Castigar su desafuero.
Baron. ¿Nombró quién con ellos salga?
Juan. Nombró al baron Filiberto,
A Falcon, napolitano,
Y á mi alférez de los nuestros.
Baron. No hay, don Juan, en todo el cam-
Español como Lorenzo; [po
Esotros no los conozco.
Juan. Ellos al marques pidieron
Les hiciese esa merced.
Baron. ¿Qué plazo?
Juan. Será muy presto. (*Cajas.*)
Baron. Asaltando están el fuerte,
Tiene mucha gente dentro,
Será imposible tomarle.
Juan. ¡Con qué generoso esfuerzo
El marques su gente anima!
¡Qué valientes, qué ligeros
Van trepando los soldados,
De las rodelas cubiertos!

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALEN EL MARQUES Y MARTIN.

Marq. Ea, fuertes españoles,
Este dia ha de ser nuestro,
Embistamos al castillo:
Hijos, viva España. (*Tocan y vase.*)
Martin. Ah perros,
Yo basto para otros tantos.
Juan. Y puesto, baron, que tengo
Orden, quiero aventurarme.
Baron. Sois noble.
Juan. Aquí por lo menos
Moriré como español.
Baron. Juntos los dos avancemos.

ESCENA XIV.

MARTIN.

Fuego de Cristo, ¡qué zurra
Les van pegando los nuestros!
¡Válgame Dios y qué gusto
Es ver desde afuera el fuego!
¡Oh qué famoso balcon
Es este de los pañeros!
¡Qué lindo toro! es un rayo.

ESCENA XV.

DICHO, Y SALEN EL MARQUES, EL BARON Y SOLDADOS.

Marq. Brava defensa me han hecho;
Pero, por vida del rey,
Que hasta ponerle en el suelo
No he de quitarme las armas.
Baron. Ganado el castillo es cierto,
Invictísimo señor,
Que Durén quede por nuestro.
Marq. ¿Quién será aquel español,
Que entre las almenas puesto
Parte del muro rompido
Le ha derribado y le ha muerto?
Baron. El polvo, fagina y piedra
Le habrá servido de entierro.

ESCENA XVI.

DICHOS, Y POR UN DESPEÑADERO BAJA RODANDO LORENZO CON DOS ESTANDARTES, Y POR OTRA PARTE SALE DON JUAN CON ESPADA Y RODELA.

Marq. Rodando, y aun casi vivo,
Viene á nuestros piés su cuerpo.
Lor. Pues que llego á vuestros piés,
Invicto señor, no quiero
Mas premio, que haber llegado
A rendir mi vida en ellos:

Tomad estos estandartes,
Si no trofeos, efectos
De un hombre desesperado.
Marq. ¿Quién eres, Aquiles nuevo?
¿Quién eres, heróico jóven?
Juan. Mi alférez, señor, que pienso
Que perdeis en él un hombre,
Que no salió de Toledo
A Flandes mejor espada.
Marq. Pésame, y mas cuando llego
A pensar el desafío
En que nombrado le tengo:
Puse en su espada el honor
De España, aunque Filiberto
Y Falcon son dos soldados
De la opinion que sabemos.
Suceda Flores á Flores:
Vos, don Juan...
Lor. Señor, teneos, (*Levántase.*)
Que aun vive Lorenzo Flores,
Y aunque mas justo derecho
Tiene aquí mi capitan,
A cuyos merecimientos
Rindo mi espada y honor,
Bien sabeis que fuí el primero
Nombrado por vos.
Juan. Alférez,
Yo vuestra vida deseo,
No quiero mayor honor.
Marq. Don Juan, quitarle no puedo
A Flores lo que le dí,
Y ahora honrarle pretendo
Con darle la compañía
De don Iñigo Pacheco,
Que está vaca.
Lor. Gran señor...
Marq. Señor capitan Lorenzo,
Nada me digais ahora,
Id á descansar, que luego
Tratarémos de amansar
Los enemigos soberbios.

ESCENA XVII.

LORENZO Y MARTIN.

Martin. Pues hácia la casería
A descansar vamos, quiero
Darte el parabien.
Lor. Martin,
¿De qué me sirven los puestos,
Si con ellos no consigo
El logro de mis intentos?
Si mi esperanza (¡ay de mí!)
Se desvaneció en el viento,
¿Para qué quiero la dicha,
Si la dicha no apetezco?
¿Pero cuándo para un triste
Llegó la fortuna á tiempo?
Martin. Y como que á tiempo llega,
Si me escuchas.
Lor. Ya te atiendo,
Porque siempre que camino,
Con oirte me divierto.
Martin. Apenas de doña Juana
Te despediste gimiendo,
Cuando dentro de un instante,
Lucía, que es el correo
De la estafeta de amor,
Me vino á buscar, diciendo
Que á un sarao que se hacia
Esta noche en su aposento,
Te hallases sin duda alguna,
Que tendria gusto de eso
La señora doña Juana;
Por señas, que de su pelo
Te envia un lazo de cintas
Con que adornes el sombrero
Para poder conocerte,
Por ser uso en los festejos
El entrar con mascarillas.
Lor. Motivo de sus desprecios
Quiere que sea mi amor;
Dame el lazo.
Martin. Vive el cielo,
Que no le hallo por mas
Que le busco: ¡estoy sin seso!
Lor. Mira bien la faldriquera.
Martin. Aquí solo hay pan y queso,

(*Va sacando lo que dice en los versos.*)

El peine, tabaco y naipes:
Lucía me lo dió envuelto
En unos versos, sin duda
Se le han comido los versos.
Lor. ¿Pues cómo se te ha caido?
Martin. No lo sé, señor, mas pienso
Que era lazo escurridizo.
Lor. ¿Que por tu descuido, necio,
Me ponga á un desaire yo?
Si no me ve en el sombrero
El lazo, ¿qué dirá Juana?
Martin. Discúlpate con mi yerro,
O ponte cualquiera cinta.
Lor. Y si el color es diverso,
¿Cómo podrá conocerme?
Martin. ¿No ves que el amor es ciego,
Y no juzga de colores?
Lor. ¡Mal haya tu entendimiento!
¿De qué manera era el lazo?
Martin. Era entre azul y bermejo,
Amarillo y verdegay,
Mas del color no me acuerdo.
Lor. ¡Que siempre has de estar de chanza!
Molerte fuera bien hecho
Con un palo.
Martin. Antes me honráras,

Pues fuera hacerme sargento.
Lor. Ahora bien, pues ya el descuido
Tuyo no tiene remedio,
Yo me daré á conocer
Por señas en el festejo:
Pero ya habemos llegado
A la casería, y quiero,
Martin, irme á prevenir,
Que ya viene anocheciendo.
Martin. Y de que el sarao comienza

(*Suenan instrumentos.*)

Avisan los instrumentos;
Vamos, señor, que ya es hora.
Lor. Juana á mí me llama: cielos,
Si en su desden no hay mudanza,
Otra ventura no espero.

ESCENA XVIII.

Decoracion de salon.

SALE EL BARON DE GALA POR EL SARAO CON EL LAZO DE DOÑA JUANA EN EL SOMBRERO.

Jurára que aqueste lazo,
Que me he hallado aquí dentro,
Esta mañana le vi
En el precioso cabello
De doña Juana; y si acaso
Ella le ha perdido, quiero
Que sepa que la fortuna
Me le ha dado, por empeño
De que adoro sus despojos:
Y si no le echare menos,
Será avisarla que yo
Me le pongo en el sombrero
Por blason de mis memorias,
Y que su olvido condeno.
La mascarilla me pongo,
Porque el festin empecemos.

ESCENA XIX.

DICHOS, Y SALEN CON MASCARILLAS DON JUAN, DOÑA JUANA, LORENZO, MARTIN, TEODORA, LUCIA, Y EMPIEZA EL SARAO.

Mús. Hoy presenta el dios vendado
Batalla á los elementos,
Y tocando al arma, rinde
Dos mundos á sangre y fuego.

Juana. Pues por el lazo conozco
Que el que le trae es Lorenzo,
He de alentar su esperanza.
Teod. Si no os ha dicho mi afecto,
Gallardo español, sabed (*A Lorenzo.*)
Que hay quien se alegre de veros.
Lor. No aspiro á tanto imposible,
Con mi amor estoy contento.
Mús. Entre las iras de Marte
Suele dilatar su incendio:
Que no se niega al cariño,
Aunque se despeñe á riesgo.

Baron. ¿Cuándo, adorado prodigio,
Veré piadoso tu cielo? (*A Juana.*)
Juana. Siempre vos en mi memoria
Tuvisteis seguro el premio; (*Al baron.*)
Vuestra he de ser.
Baron. Alma, albricias, *ap.*
Que ya su rigor es menos.
Juan. Si lo que dispensa el baile,
Lo hiciera amor mi trofeo, (*A Teodora.*)
Solo estaba en esta mano.
Teod. Es ya mi albedrío ageno. (*A Juan.*)
Lor. ¿Hasta en el festin, señora,
Vos de mi semblante huyendo? (*A Juana.*)
Juana. Para abrasar tanta nieve,

(*A Lorenzo.*)

Vuestro amor es poco incendio.
Lor. ¡Ah falsa, ingrata, engañosa!
¿Para desaires como estos
Me llamais? ¡yo estoy sin mí!
¡Todo un volcan es mi pecho!
Mús. Muy duro combate ofrece
Amor en su duro incendio,
Que quien dijo cera, dijo
Amor, amor, fuego, fuego.

Baron. Pues me anticipais la vida,
Aseguradme el aliento; (*A Juana.*)
¿Cuándo será el dia?
Juana. Cuando
Os vea en mas alto puesto,
Porque os aseguro que
No será el baron mi dueño.
Baron. ¡Qué he escuchado! esta es cautela
Y he de quedar satisfecho,
Examinando este agravio.
No canteis mas, caballeros,

(*Quítase la mascarilla.*)

Parad, que lo ordeno yo,
Por ser de esta casa el dueño.
Todos descubrid las caras,
Que en habiendo en los festejos
Algun delito, es costumbre
Descubrirse por el reo. (*Descúbrense.*)
Juan. Ya todos se han descubierto.
Juana. ¡Qué miro! ¡ay de mí! engañada
Tuve al baron por Lorenzo: *ap.*
¿Qué haré, cielos?
Baron. Dudas mias,
Verdades sois y no zelos.
Juan. Hablad, ¿en qué os suspendeis?
Teod. ¿Qué te ha movido á este empeño?

Lor. ¿Qué delito?...
Baron. Una firmeza
Perdí, con los movimientos,
De diamantes y rubíes;
Y aunque era de grande precio,
Mas la estimaba, por ser
De una hermosura, á quien debo
Un desengaño. ¡Ah traidora! *ap.*
Mal pagas mi fe, y supuesto
Que ninguno me la da,
Yo la cobraré á su tiempo,
Pues ya yo sé quien la ha hallado,
Aunque lo calle el silencio. (*Vase.*)
Lor. ¡Llamarme al festejo Juana
Para no escuchar mis ruegos!
¡Qué es esto, cielos! Abismo
De confusiones parezco. (*Vase.*)
Teod. Mi amor le habrán dicho ya,
Pues vino al festin Lorenzo. (*Vase.*)
Juan. ¡Irse el baron enojado!
¡Teodora hablarme con ceño!
Honor mio, aquí hay sin duda
Algun engaño encubierto. (*Vase.*)
Juana. Si al uno el lazo le envio,
¿Cómo en el otro le encuentro?
Y por no hacerle el desaire
Al uno, á los dos desprecio. (*Vase.*)
Martin. Cuando esperaba una cena,
Lucía mia, hallo un duelo.
Lucía. Mira, Martin, lo que son
De este mundo los festejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

TEODORA, DOÑA JUANA Y LUCIA.

Teod. El sentimiento que anoche
Mostró mi hermano en la fiesta,
Juzgo que ha sido por ver
Que el capitan Flores entra
A festejar mi hermosura.
Juana. Si en los saraos es licencia
Comun, ¿qué razon habia
Para formar de ella ofensa?
Teod. De que á Lorenzo llamases
Te agradezco la fineza;
Pero es menester ahora,
Que como amiga y tercera,
Le des á entender mi amor:
Que al paso que sus proezas
Van creciendo en sus aplausos,
Crece la aficion secreta
De mi amoroso cuidado:
Dile, Juana, que no tema;
Porque imposibles mayores
Allana amor.
Lucía. ¡Linda flema!
Traza tiene de mandarte
Que bailes las paradetas;
Mira que te va el honor
En que tu pasion no entienda.

ESCENA II.

DICHAS, Y SALEN LORENZO Y MARTIN.

Lor. Martin, mi amor y mis zelos
De los cabellos me llevan.
Martin. Mira que está aquí Teodora.
Lor. Ya aquí importa de sus quejas
Darme por desentendido.
Martin. Pues habla de otra materia.
Lor. Yo fingiré otro motivo.
Lucía. ¡Mas qué es lo que miro! alerta,
Que está Lorenzo en campaña.
Teod. Famosa ocasion es esta
Para que sepa mi amor.
Lor. Señoras, á la presencia
Del sol llegára cobarde,
Si las alas no me diera
La obligacion de serviros,
Que en mi voluntad es deuda;
Tres á tres á un desafío
Salimos en competencia,
Sobre si al cetro español
Holanda ha de estar sujeta;
Y aunque se ve que esto ha sido
Invencion de la soberbia
Del de Orange, el marques quiere
Castigarla, y que yo sea
Uno de los tres que salen;
Y aunque la ocasion me empeña,
Un disgusto me ha quitado
La esperanza de que tenga
Buen suceso por mi parte,
Porque quien morir desea,
Mucho lleva anticipado
Para que así le suceda.
Vengo solo á despedirme
Y á llevar alguna prenda
De favor, para que sirva
De norte á mi poca estrella.
Teod. Aquesto por mí lo dice. *ap.*
Juana. ¡Que haya de callar mis penas! *ap.*
Teod. Yo soy, bizarro español,
Teodora, de aquesta tierra
Señora, y en cuya quinta
Doña Juana se aposenta
Por órden del que ha de ser
Su esposo, si de esta guerra
Sale el marques victorioso:

Ella os habrá dado cuenta,
Como yo se lo he rogado,
De que á las hazañas vuestras
Estoy muy aficionada:
Si no hay quien os favorezca
Mas que yo, esperad aquí,
Y entraré por una prenda
Que lleveis al desafío:
Despues me dareis respuesta.
Dile ahora muchas cosas (*A Juana.*)
De mí, pues con él te quedas.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS TEODORA.

Lor. ¿Es, señora, esa invencion
De vuesa merced?
Juana. Quisiera
Estar sin vida.
Lor. Teodora
Me quiere, y honrarme intenta
Con favores de su mano:
¿Es porque yo me entretenga
Mientras te casas, ingrata?
¿Cómo con doble cautela
Me llamas para el sarao,
Y luego en él me desprecias?
Juana. Es engaño.
Lor. No es engaño.
Juana. ¡Ay, Lorenzo, si supieras
Las memorias que me debes,
Qué diferentes sospechas
Tuvieras de mis cuidados!
Lor. ¿Lo que vi y escuché niegas?
Juana. La seña que dí á Martin
La vi en el sombrero puesta
Del baron: imaginando
Que eras tú, le dí respuesta
Afable, y á tí desprecios,
Pensando que el baron eras.
Martin. Es verdad, yo la perdí,
Él se la halló por la cuenta.
Lor. De mi estrella desconfio.
Martin. Por Dios, señor, que no seas
De aquellos necios amantes
Que en dándoles la caletra,
Gastan en sus pesadumbres
Lo que en sus gustos pudieran:
Flores sale al desafío, (*A Juana.*)
Si quieres que viva y venza,
Dale una prenda y los brazos;
Dile que harás de manera
Que no se case el baron;
Será cosa tan bien hecha
Que te lo agradezca España,
Su rey, Toledo, su tierra,
El ejército, el marques,
Francia, Italia, Inglaterra,
El mundo y los mosqueteros
Del patio de las comedias.
Juana. Martin, quien da la esperanza,
En nada al amor se niega.
Lor. Hasta verlo, permitid
Que esta ventura no crea.
Martin. Si es que has de favorecerle,
No des lugar á que venga
Teodora.
Juana. Este airon es tuyo,
Y estos brazos. (*Abrázanse.*)

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALE TEODORA.

Teod. Mejor prenda
Es esa, que no la mia.
Juana. Es uso de nuestra tierra
Dar las damas un abrazo
Al caballero que intenta
Favor para el desafío.
Teod. Pues yo que ya de flamenca
Me paso á ser española,
Razon es que lo parezca;
Mis brazos os doy tambien,
Y porque la color sea
De estas plumas esperanzas,
Por favor las llevad puestas.
Lor. Yo lo estimo; á Dios, señoras.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS LORENZO.

Juana. Mi vida en la tuya llevas. *ap.*
Teod. El cielo os haga dichoso.
Martin. ¿Y ella no me da, doncella,
Siquiera un abrazo solo
Como su ama?
Lucía. Tente, bestia.
Martin. ¿Pues porqué no?
Lucía. Aquí entra un cuento:
Venia un hombre de fuera,
Y un perrillo que tenia,
Comenzándole á hacer fiestas,
En los hombros le saltaba;
Estaba un pollino cerca,
Y tuvo envidia del perro,
Y de la misma manera
Quiso halagar á su amo,
Y poniéndose en dos piernas
Le derribó una quijada:
Saca tú la consecuencia.
Martin. ¿Segun eso, vengo á ser
El pollino y tú la perra?
Pues dame una mano blanca.
Lucía. Tampoco.
Martin. Dame una trenza.
Lucía. Mucho menos.

Martin. Dame un guante.
Lucía. Si tú, Martin, no peleas,
¿Para qué quieres favores?
Martin. Para ser hombre de prendas.
Lucía. ¡Ay, qué lacayo de flores!
Martin. ¡Ay, qué fregona de perlas!

ESCENA VI.

TEODORA, JUANA y LUCIA.

Teod. Di lo que te habló de mí.
Juana. Fino, Teodora, se muestra;
Pero vive temeroso
De que tu hermano no quiera
Venir en el casamiento.
Teod. ¿Pues no podrá con cautela
Decir que soy ya su esposa?
Juana. A mucho riesgo se empeña
Por ser tan gran caballero
El baron.
Teod. Si tú quisieras...
Lucía. Ya escampa, y llovian ladrillos.
Juana. ¡Ay, Lucía, yo estoy muerta!
Porque en su amor no prosiga,
Valdráme aquí la cautela.
¿No fuera mejor, Teodora,
Que amor que tan mal empleas
Le lograse otro sujeto
Mas digno de tu nobleza?
¿Tus altivos pensamientos,
De cuándo acá se sujetan
A humildes desigualdades,
Cuando de ilustre te precias?
¿Los bizarros esplendores
De tu sangre, á una materia
De inferior fortuna habian
De rendir la fortaleza?
¿Tú por un capricho vano
Que amor dibuja en tu idea,
Habias de aventurar
De tu opinion la firmeza?
Ahora bien, Teodora, á mí,
Como quien tu bien desea,
Me toca desengañarte.
Teod. Como amiga me aconsejas:
¿Qué enmudeces?
Juana. Digo, pues,
Que viene á ser vana empresa
Para tu aficion Lorenzo,
Que es mucha la diferencia
De los dos, y no conviene
Que tu opinion oscurezcas.
Teod. En un hombre de valor
Y de tanta fama y prendas,
¿Qué defecto puede haber
Para que capaz no sea
De mi atencion?
Juana. Es un pobre
Labrador.
Teod. Acá en la guerra
No se repara en linages,
Porque quien mejor pelea
Es solamente el mas noble;
Y el ser labrador no es mengua,
Que á tan honesto ejercicio
Nunca el honor se le niega.
Juana. No sé qué has visto en Lorenzo
Para que tanto le quieras.
Teod. Su valor, su talle y brio,
Su discrecion y modestia.
Juana. ¿Y si hubiese hecho carbon
En un monte de su tierra?
Teod. No sé lo que te responda,
Ya aquesa es de otra materia.
Abrid los ojos, amor,
Mi honor por su aplauso vuelva,
Respeto mio, al aviso.
Juana. ¿No es mejor que esas finezas
Te las merezca mi hermano,
Que tan fino te festeja,
Y tan galan te enamora?
Teod. No es fácil que me resuelva
Tan presto, que ha mucho tiempo
Que sigo esta oscura idea,
Y ha poco que el desengaño
A mi pensamiento llega.
A Dios, mal fundado empleo *ap.*
De mi memoria, que apenas
Naciste, cuando una sombra
Te turba y te desalienta.
Juana. Avanza de tu discurso
Esa bastarda influencia,
Que si he de decir verdad,
Porque de una vez lo entiendas,
Teodora, para contigo
Mi hermano me hizo tercera
De su amor, y así es preciso
Que á Lorenzo á hablar no vuelvas,
Porque importa á tu decoro.
Teod. Ignoraba su bajeza,
Y de don Juan hasta ahora
No he visto amorosas señas;
Y pues en lances de amor
Nací con tan poca estrella,
A consultarlo despacio
Me retiro con mis penas;
Porque mi honor y mi sangre
Que no admita me aconseja,
Ni de Lorenzo memorias,
Ni de tu hermano finezas.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS TEODORA, Y DESPUES EL BARON.

Lucía. Con eso de su capricho
Ya disuadida la dejas.

Juana. Engañar con la verdad
Fué siempre industria discreta.
Lucía. Silencio, que Rosel viene.
Baron. Salte, Lucía, allá fuera,
Que con tu señora aquí
Tengo que hablar.
Lucía. Norabuena:
¡Ay, infeliz tortolilla! (*Vase.*)
Baron. Ahora de mis sospechas *ap.*
He de examinar la causa,
Mas de suerte, que no entienda
Juana mi desconfianza;
Que hasta apurar la materia,
El que discurre su agravio,
Él se hace á sí mismo ofensa.
Juana. ¿Vos triste, una vez que os veo?
¿Qué suspension es la vuestra?
Baron. La dilacion de entregarse
Durén, cuyo fin espera
Mi amor para enlazar dichas,
Pero siempre que mi pena
Me trae á tus ojos, luego
En alegría se trueca;
Efectos del sol, que aclara
Lo oscuro de la tiniebla.
Pero dejando esto aparte,
Yo preguntarte quisiera,
Por cierta curiosidad,
Una verdad.
Juana. ¿Pues qué esperas?
Baron. Señora, ¿quién es Lorenzo
Flores en Toledo?
Juana. Yerras
En pensar que le conozco;
Solo porque sale y entra
Con mi hermano aquí le he visto.
Baron. Ayer le dejé en la tienda
Del marques, y luego anoche,
Sin que yo le previniera,
Ni don Juan tampoco, estuvo
En el festin.
Juana. Señor, esa
Fué noticia de Teodora,
Porque como él la festeja
Con aquel lícito aplauso
Que se usa en aquesta tierra,
Le llamó.
Baron. Cielos, ¡qué escucho! *ap.*
Vana ha sido mi sospecha.
Y dime, ¿quién te obligó
A que anoche me dijeras:
No será el baron mi dueño?
Juana. Pensé que mi hermano eras
Por un lazo que le dí,
Y como me daba priesa
Para casarme contigo,
Yo le respondí resuelta:
No será el baron mi dueño,
Hasta acabarse la guerra
De Durén, que anda encendida,
Y la consonancia mesma
Del son me atajó la voz;
Con que no pudo la lengua
Pronunciar con los compases
Toda la razon entera.
Baron. Albricias, amor; perdona,
Señora, la inadvertencia,
Que es la pasion melindrosa
Hasta encontrar la evidencia:
A Dios.
Juana. Él vaya contigo.
Baron. ¡Qué mal fundadas ideas
Tiene el honor! pero es vidrio,
Y al menor soplo se quiebra. (*Vase.*)
Juana. Ya con la disculpa á tiempo
Me escapé de la tormenta.

ESCENA VIII.

Decoracion de campo.

TOCAN CAJAS Y CLARINES, Y SALEN DON JUAN, EL MARQUES Y SOLDADOS.

Juan. Si rendimos á Durén,
Luego se ha de dar Cambray.
Marq. Si tantos socorros hay,
No es posible que se den.
Juan. ¿Y ha sabido vueccelencia
Si entraron socorro?
Marq. No,
Mas Lorenzo se encargó
De hacer bien la diligencia.
Juan. Temo que se ha de perder
En Lorenzo un gran soldado.
Marq. Es en todo afortunado.
Juan. Bien se le ha echado de ver,
Pues en aquel desafío,
Valiente Cid castellano,
Venció á los tres por su mano.
Marq. No hay hombre de mayor brio.
Juan. Gran rumor de la victoria
Anda por el campo todo.
Marq. Lorenzo anduvo de modo,
Que se ha llevado la gloria.
Juan. Quedaron sus compañeros
Muertos en el campo, y él
Con ira y saña cruel,
Tales fueron sus aceros,
Que sin darse por vencido,
A rostro firme embistió
Con los tres y los rindió,
Y aqueste el suceso ha sido.
Marq. Don Juan, poco he de poder,
O ha de quedar bien premiado.
Lor. (*Dentro.*) No he visto hombre tan [pesado;
Mucho debes de beber.

ESCENA IX.

DICHOS, Y SALE LORENZO CON UN TAMBOR DEBAJO DEL BRAZO CON LA CAJA EN LAS ESPALDAS.

Marq. ¿Qué es esto?
Juan. Flores, señor.
Marq. ¿Qué trae?
Juan. ¡Gran fortaleza!
Lor. Una cuba de cerveza,
Digo, un flamenco atambor,
Para que te informe aquí
De lo que pasa en Durén.
Marq. En él á un tiempo se ven
Dicha y valor.
Lor. Pasa allí.
Marq. Pésame que os hayais puesto
En peligro tan estraño.
Lor. No hay para serviros daño
Que no me parezca honesto.
Marq. ¿Ah tambor?
Tambor. ¿Señor?
Marq. ¿Está
Durén muy fortalecido?
Tambor. Ninguna ciudad ha habido
Como Durén.
Marq. ¿Entró ya
Socorro?
Tambor. Y grande, señor.
Marq. ¿Qué gente?
Tambor. Mil hombres.
Marq. ¿Mil?
¡Gentil socorro!
Tambor. Y gentil
De quien lo trajo el valor.
Marq. ¿Quién?
Tambor. Monsieur de Vique.
Marq. Es *ap.*
Un gran soldado en efecto:
Incierto fin me prometo
Despues del sitio de un mes.
Y monsieur de Balamí,
Tirano de esta ciudad,
¿Qué dice? di la verdad.
Tambor. Que bien tomára de tí
Cualquier honesto partido;
Pero tiene una muger,
Cuyo valor puede ser
Al de Lesbia parecido;
Porque viéndole cobarde,
Las armas por él tomó,
Y por la ciudad salió
Ayer en vistoso alarde.
Marq. Ya me han dicho su valor.
Tambor. Si por su valor no fuera,
Durén, señor, se rindiera.
Marq. Vuelve á la plaza, tambor,
Y di que en esta campaña,
Hasta que la vea rendida,
He de estar toda mi vida,
Por vida del rey de España.
Tambor. Guarde el cielo á vuecelencia.
(*Vase.*)
Marq. Flores, yo tengo que hablaros.
Lor. En habiendo en que agradaros,
No hay sino darme licencia.
Marq. Apartémonos de aquí.
(*Vase Juan.*)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DON JUAN Y EL TAMBOR.

Lor. ¿Qué es, señor, lo que mandais?
Marq. Vos, capitan, me obligais;
Yo os quiero bien.
Lor. Es así.
Marq. ¿Os acordais que en Toledo
A un hombre favorecisteis
Una noche, que le disteis
Socorro?
Lor. Muy bien me acuerdo,
Y por Dios, señor, que el tal
Con garbo la meneaba.
Marq. ¿Tiraba bien?
Lor. Sí tiraba,
Me rio yo de Anibal,
Recias, espesas y finas
Las llovia á borbotones
Con cuatro ó seis ladrones.
Marq. Y á fe que no eran gallinas,
Vuestro favor le alentó.
Lor. No le habia menester,
Qué hecho estaba un Lucifer.
Marq. Pues, Lorenzo, ese era yo;
Mira si en razon me fundo
En quererlo hacer por vos.
Lor. Vos y yo para otros dos.
Marq. ¿Qué es para dos? venga el mundo,
Señor Lorenzo: ahora bien,
El desafio pasado
Toda la nacion ha honrado,
Y al rey de España tambien;
Y por lo que le ha tocado
De haber vuelto por su honor,
Yo le he escrito, y del valor
Vuestro no mal informado,
Quiere que un hábito os dé,
Pues lo mereceis; mas quiero
Que vos me informeis primero
Si ponérosle podré,
Porque quedemos airosos.
Lor. Señor, diciendo verdad,
No tengo mas calidad,
Ni padres mas generosos
Que estos brazos y esta espada:

Soy un pobre labrador,
Que no tuve mas honor
Que el arado y el azada;
Pero muy cristiano viejo:
Por vida del rey, que no hay
En las tiendas de Cambray
Cristal de mas lindo espejo.
De esta manera nací,
Si es que la virtud se alaba,
Que como en otros se acaba,
Mi linage empieza en mí;
Porque son mejores hombres
Los que sus linages hacen,
Que aquellos que los deshacen
Adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
En el mundo introducida;
En viendo en alto subida
La virtud sin calidad,
Todos afrentarla intentan,
Y á los que miran perdidos,
Alaban por bien nacidos
Cuando su linage afrentan.
No me dieron á escoger
Padres, gran señor, y así
Donde Dios quiso nací,
Que por mí comienzo á ser
Lo que soy, no es heredado,
Que nadie me agradeciera,
Si yo mismo no me hiciera
Lo que otro me hubiera dado.
Yo no he de volver atras,
De hoy mas con favor de Dios,
Lo que fuere, á Dios y á vos
Y á mí lo debo, no mas.
Marq. Pues yo me huelgo infinito,
Que como si lo supiera,
De aquesta misma manera
Al rey se lo tengo escrito,
Y por instantes aguardo
La respuesta.
Lor. Señor, vos
Como príncipe me honrais:
¿Pero qué es esto? (*Tocan cajas.*)

ESCENA XI.

DICHOS, Y SALE UN AYUDANTE.

Ayud. Señor,
A la plaza el enemigo
Se acerca con un convoy
Para socorrerla.
Lor. Vamos,
Que con esto tendrán hoy
Un refresco mis soldados:
Avancemos.
Marq. Eso no;
Señor capitan, teneos,
Que aquí por órden os doy,
Que no salgais de este puesto,
Y que con la guarnicion
Que teneis lo mantengais,
Hasta que os avise: á Dios.

ESCENA XII.

LORENZO Y DESPUES MARTIN Y UN CAPITAN.

Lor. Vive el cielo, que la guerra
Es estrecha religion:
¡Que ha de tener un precepto
Dominio sobre el valor,
Y que de mi propio brio
No he de ser el dueño yo!
(*Sale Martin.*)
Martin. Aquí ha venido á buscarte
Un capitan borgoñon;
Si le quisieres hablar,
Llamaréle.
Lor. ¿Porqué no?
Di que llegue norabuena;
Si es pobre, daréle yo
Cuanto trajere conmigo.
(*Sale un capitan.*)
Cap. ¿Puedo, alférez español,
Hablarte á solas?
Lor. No sé
Si soy á quien buscais yo,
Porque ya soy capitan,
Que el general mi señor
Me ha dado una compañía.
Cap. Lo que mereces te dió.
Lor. ¿Qué quieres?
Cap. Yo soy sobrino
De Xatelet borgoñon;
Aquel general insigne,
Aquel heróico Scipion,
Que socorriendo á Durén,
Como quien era murió:
Quitástele la celada
Y el penacho; grande honor
De tu espada, que al marques
Tu vanidad presentó.
Tambien esa banda verde
Que traes puesta, y la que yo
Miro con gran pesadumbre.
Lor. ¿Hácete mal su color?
Porque en lo verde se alivian
Los ojos que enfermos son.
Cap. No, sino el ver que era suya,
Y que traiga un español
Trofeos públicamente
De un hombre de tal valor;
A quitártela he venido.
Lor. Buena empresa: ¿y cuántos sois?
Cap. Yo solo.

Lor. ¿Solo? pues llama,
Si te parece, otros dos,
Y aun sereis poco nublados
Para que se cubra el sol.
Ve por ellos, y si quieres
Que yo te ayude, aquí estoy,
Que para echarte á tu tierra
Bastará darte una coz:
¿Qué me miras?
Cap. ¡Qué arrogancia
Tan de español fanfarron!
¿Sabes tú que soy Bronduc?
Lor. No: pero sé que si doy
A Bronduc una puñada,
Por no afrentar mi opinion,
Sacando la de Toledo,
Le haré que baje veloz,
Donde le aguarda Lutero,
A las grutas de Pluton.
Cap. Yo gasto pocas palabras,
Mas si te cojo, hablador,
Yo haré que al primer amago
Del rayo de mi furor,
Vayas en cartas á España.
Lor. Soy carta de gran valor,
Y no habrá quien pague el porte.
Cap. Pues á la verde estacion
De esta vega ven conmigo,
Que allí cuerpo á cuerpo yo,
Quitándote los despojos,
Te arrancaré el corazon:
Apártate de la gente.
Lor. Mi general me mandó
Que guardase aqueste puesto,
Y bien sabes, que en razon
De la milicia no puedo
Faltar á este pundonor,
Porque aquí es el primer duelo
La obediencia al superior;
Espérame en esa vega,
Que al instante tras tí voy,
Pues vendrán luego á mudarme.
Cap. Hasta que se ponga el sol
Te espero allí cuerpo á cuerpo.
Lor. Cumpliré mi obligacion,
Y esta es mi mano en señal.

(*Danse las manos.*)

Cap. Yo lo acepto, vive Dios:
¡Ay, ay! suelta, que me matas,
Y me arrancas con furor
El alma.
Lor. ¿Quien desafia
Se queja de un apreton,
Que suele entre dos amigos
Ser cariño y no rigor?
Cap. Suelta, que me has muerto.
Lor. Aguarda.
Cap. Yo por vencido me doy.
Martin. Si tiene las manos blandas,
Váyase á guisar arroz,
Y no se venga á la guerra,
Pudiendo irse á hacer labor.
Cap. ¡Ah, traidores!
Martin. Oye, aguarda,
Manquillo, sobre hablador;
Huyendo va como un galgo,
Un neblí no es tan veloz:
Si á correr te desafia,
Te engaña; el mozo lo erró:
Parece que te has quedado
Suspenso.
Lor. ¡Válgame Dios! *ap.*
Si el ponerme en este puesto
El marques, fué prevencion
Del baron, que á ruego suyo
Dispuso esta dilacion
Para entre tanto casarse...
Muy posible es; pero no,
Locas memorias, dejad
De afligir un corazon.
Martin. ¡Ah, señor, á esotra puerta!
Lor. ¡Ay, doña Juana!
Martin. ¡Ah, señor!
Lor. ¿Qué quieres, Martin? un triste
Se alivia con su pasion.
Martin. ¿Sabes, señor, lo que veo?

(*Disparan, y agáchase Martin.*)

Que este sitio (¡sin mí estoy!)
En que el marques te ha dejado
No es muy sano.
Lor. ¿Porqué no?
Martin. Porque siento en los oidos
No sé qué cierto rumor
De unos pájaros de plomo
Que me hacen temblar, por Dios.

(*Disparan, y hace lo mismo.*)

Lor. Mira, Martin, los aplausos
Del militar esplendor
No se adquieren sin peligros;
Nadie sin riesgo alcanzó
La posteridad que deja
A los siglos el valor.
Ya tengo perdido el miedo
A las balas y al furor
De Marte, porque á no ser
Tan público este blason,
No supiera el rey de España
Mi nombre, y le sabe hoy.
Martin. No es la guerra para todos;

(*Vuelven á disparar, y hace lo mismo.*)

Mal haya quien inventó
Tan peligroso ejercicio:
Ser cochero no es peor:

¿Qué es ver en una batalla
Tanto clarin y tambor,
Tanto mosquete y balazo,
Tanto ruido y tanto horror,
Tanta municion de rayos,
Y tanto severo arpon?
Luego decir un sargento
Con mucha resolucion:
Señor soldado, acometa;
Porque palabra le doy,
Si le matan, de ir tras él:
¡Miren qué linda razon
De pié de banco! despues
De muerto me hace el honor:
Daca el ataque, el avance,
El rebellin, el cordon,
El hornabeque, la escolta,
Y luego hacer pretension
Sobre quien ha de ir primero
A que le hagan salpicon:
No es este modo de vida
Para mí: mas quiero yo
Ser ganapan en Madrid,
Que no aquí gobernador.
Lor. Como eres vil, no conoces
Que es el premio de esta accion
La victoria.
Martin. Es verdad, pero
Para mí fuera mejor
Irme desde la Victoria
Hasta la Puerta del Sol,
Y á la una desde allí
Zamparme en un bodegon.
Lor. Como quien eres discurres.
Martin. Yo me entiendo con mi flor.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALE DON JUAN.

Juan. De haberos hallado aquí
Doy á mi fortuna gracias,
Que ha mucho que ando á buscaros.
Lor. Lo mismo habrá que me encarga
Aqueste sitio el marques.
Juan. Ya descansaréis, que trata
Durén de rendirse.
Lor. ¿Es cierto?
Juan. A pesar de la madama
De monsieur de Balamí,
Muger tan desesperada,
Que viendo que su marido
Se ha rendido al rey de España,
Se ha muerto con un veneno.
Lor. Loca hazaña, aunque romana.
Martin. No importa, porque era hereja,
Y en cualquier tiempo llevára
De que se rindió Durén
A monsieur Calvino cartas;
De esta vez á España vuelves.
Juan. Mejor suceso le aguarda,
Pues se ha de quedar en Flandes.
Lor. Martin, esto se declara

(*Aparte á Martin.*)

Sin duda, que ya don Juan
Me ha casado con su hermana.
Martin. ¿Qué me darás si es verdad?
Lor. La mitad de mi esperanza.
Martin. Pues será para el invierno
Buen capote de campaña.
Juan. Para que no esteis suspenso,
De una de las ordenanzas
De Flandes, diz que os darán
El tercio, que es de importancia,
Con que os casaréis quizá
Con una noble madama
Digna de vuestro valor.
Lor. Para ponerlo á las plantas
Vuestras ha de ser, don Juan,
Cuanto tenga y cuanto valga.
Juan. Y puesto que tantos dias
Fuimos los dos camaradas,
Es justo que de mis dichas
Tambien partícipe os haga;
Sabreis como aquesta noche
Caso al baron con mi hermana,
Y vengo á que vos me honreis,
Como amigo tan del alma,
Que el no daros cuenta fuera
Delito de mi ignorancia.
Lor. ¡Ay de mí, cielos! ¿qué escucho?
Aquí dió fin mi esperanza. [*ap.*
Yo iré, don Juan, á serviros:
¡Todo mi aliento me valga! *ap.*
Juan. ¿De qué os habeis puesto triste?
Martin. Es que siente la desgracia
De que esta noche no pueda
Hacer una encamisada.
Lor. Tristeza ninguna tengo,
Antes de ventura tanta
Daros quiero el parabien,
Que goceis edades largas.
Juan. El contento que mostrais
De nuestra amistad es paga.
Lor. ¿Para un mal no hubiera alivios, *ap.*
Como hay para un bien mudanzas?
¡Ah, tirana! ¿Mas qué es esto? (*Clarin.*)
Juan. Este es el marques, que manda
Que salgan los de Durén,
Que se han rendido á las armas
Del católico Filipo:
A Dios, mirad que os aguarda
Toda mi casa esta noche. (*Vase.*)
Lor. Yo iré.
Martin. Buena va la danza.
Lor. ¡Mi muerte he de ir á ver! Cielos,

Antes permitid que caigan
Los montes sobre mi vida.

(*Cajas y clarines.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS DON JUAN, Y SALE EL MARQUES, SOLDADOS Y UN BURGUES.

Marq. Digo que con armas salgan
Y con banderas tendidas,
Y que les doy la palabra
De entrar pacíficamente.
Burg. Vuelvo con esta esperanza,
Porque la ciudad se aliente
Despues de desdichas tantas. (*Vase.*)
Lor. Yo solo morir espero.
Ya que tu nombre y tu fama,
Bazan invicto, á los cielos
Esta victoria levanta;
Dame licencia, señor,
Para que me vuelva á España,
Adonde honrado me vean.
Marq. Capitan, yo tengo cartas
Del rey, que el príncipe Alberto
Viene á Flandes, y á esta causa,
Luego que llegue á Bruselas
Será fuerza que me parta,
Y quiero que vais conmigo;
Y porque en esta jornada
Vayais con grande alegría
Y mas honrado á la patria,
En esta carta del rey (*Sácala.*)
Escuchad estas palabras:

(*Lee.*) «En lo que toca á Lorenzo Flores,
« dareisle el hábito, sin mas pruebas;
« porque á mí me consta que lo merece.»

(*Repr.*) ¿Qué os parece? ¿quién jamas
Tuvo haciendo su probanza
Un rey por testigo? ¿quién
Se puso la roja espada
Por virtudes como vos?
Mirando os estoy la cara,
Y no mostrais alegría.
Lor. Señor, antes por ser tanta,
Y hallarme indigno, estoy triste.
Marq. No es esa, Flores, la causa,
Habladme claro; ¿qué es esto?
Lor. Cierto, señor, que no es nada.
Marq. Ya sabeis lo que os estimo,
Esa ingratitud me agravia;
Ved que ya sois caballero,
Y que desde hoy con ventaja
Hemos de ser muy amigos.
Lor. No será jamas ingrata
Mi obligacion, gran señor.
Marq. Pues hablad, mostradme el alma.
Lor. Siendo yo labrador, miré en Toledo
De este don Juan de Flores una hermana
Tres años justos, entre amor y miedo,
Que aun no llegaron á esperanza vana:
Amor, que solo esta disculpa puedo
A su violencia proponer tirana,
No descuidado, la obligó á quererme
Sin hablarme, señor, solo de verme.
Pero considerada mi bajeza,
Concertamos que yo, porque los daños
Reparase mejor de su nobleza,
Fuese á ser otro yo, ¡mirad qué engaños!
Obligando á esperarme su firmeza
El término preciso de tres años;
De ella me llamo Flores; ¡qué rigores
Dar fruto amargo tan hermosas flores!
Seguí la guerra, en que sabeis que he sido
Del rey, de vos, y del amor soldado:
Lo que por merecerla he padecido,
O hasta ponerme en tan honroso estado,
No lo podré jamas poner á olvido,
Ni menos las heridas que me han dado,
Que solo amor pudiera hacer que un hombre
Subiera desde humilde á tanto nombre.
Estando entre las armas divertido,
Vino don Juan á Flandes con su hermana,
Porque en su ausencia le buscó marido;
Burlóse amor de mi esperanza vana:
Con el baron Rosel, Durén rendido,
Se desposa esta noche: ¡qué inhumana
Resolucion para mi pobre vida!
Bien empleada, pero mal perdida.
Convídame á la boda, y yo con miedo
De no dar á entender mi desatino,
Quiero partirme á España, á ver si puedo
Resistir el furor de mi destino:
Si á lamentarme voy, neutral me quedo,
Mirad qué puede hacer quien ciego vino
A ganar una dama por la espada,
Que aquesta noche la verá casada.
Marq. Aunque de mi condicion
Nunca he sido tierno, Flores,
Que trompetas y tambores
Siempre mis requiebros son,
He tenido compasion
De los que os cuesta esa dama,
Que ya Rosel suya llama;
Si bien le debeis á ella,
Por influencias de estrella,
De vuestro aplauso la fama.
De los dos, si os quiere bien,
Ella lleva lo peor,
Que vos con vuestro valor
Quedais casado tambien;
Pues no os deja por desden,
Quedad, Flores, consolado
Del desvelo y del cuidado,
Propio fin de los amores,
Pues fué el fruto de esas flores
El ser vos tan gran soldado.

Que demas de la opinion,
¿Qué consuelo puede haber,
Como haber venido á ser
Gloria de vuestra nacion?
Si los matrimonios son
Cruces, ¿porqué no estimais
Que la del rey merezcais,
Pues donde, como sabeis,
De casaros la perdeis,
De Santiago la ganais?
Lor. ¿Quién dará, señor, respuesta
A lo que sabeis decir?
Marq. Callad, los dos hemos de ir
Esta noche á ver la fiesta,
Que quiero ver quien os cuesta
Tantas penas, capitan.
Lor. Vuestros favores podrán
Templar solo mi dolor:
¿Pero qué es esto? ¿Tambor? (*Cajas.*)

ESCENA XV.

DICHOS, EL MARQUES, LORENZO, MARTIN, Y SALE EL BARON.

Baron. Que los de Durén se van.
Por la órden que me ha dado
Hoy, gran señor, vuecelencia,
Sale de Durén la gente.
Marq. Y la plaza, ¿cómo queda?
Baron. Segura en vuestra palabra,
Y esperando haceros fiestas
Cuando victorioso entreis.
Marq. Baron, de esa heróica empresa
Se le debe al rey la gloria,
Lo que es del César al César.
El disgusto de Lorenzo *ap.*
Me ha dado cuidado y pena,
Y el favorecerle aquí,
Mas que obligacion, es deuda.
¿Capitan?
Lor. ¿Señor?
Marq. Callad,
Y dejadlo por mi cuenta,
Que á la boda hemos de ir juntos.
Lor. Señor, ¿y si no quiere ella?
Marq. Andad, señor, que teneis
Poca maña, y gentil flema;
¿En palabras os fiais?
Cuando de vuestra edad era,
Jamas fié en las palabras
Sin que me dejasen prenda.
Baron. Hoy Juana será mi esposa:
Amor, tus plumas me presta.

ESCENA XVI.

LORENZO Y MARTIN.

Martin. ¿Qué ha dicho el marques?
Lor. Que quiere
Ver la novia, y que yo sea
El que le acompañe.
Martin. Harás
Una cosa muy discreta,
Disimulando tus zelos:
Señor mio, aquesta perra
Te ha dado con la de rengo;
Dale tú tambien con ella,
Casándote con Teodora.
Lor. Lindo desatino fuera.
Martin. ¿Desatino, señor mio,
Tener vasallos y rentas?
Parece que se te olvida
Aquello de las carretas.
Lor. Sabes, Martin, ¿cómo ha sido
Doña Juana? ¿No te acuerdas
De haber visto, que un pintor
En una tabla bosqueja
Con carbon una figura,
Y luego pinta sobre ella,
Y queda el carbon borrado?
Pues de la misma manera
Con los esmaltes del oro
Que halló en Rosel su belleza,
Cubrió el rústico bosquejo,
Y fué borrando en la idea
Aquella antigua memoria,
Que echó las líneas primeras,
Y así quedaron las sombras
Vencidas de la riqueza.
Martin. ¡Que quisiera á un estranjero,
Y que á tí no te quisiera!
Lor. Aunque es estranjero el oro,
Es mineral de la tierra.
¡Ay, doña Juana adorada!
¡Quién pensára, quién dijera,
Que en tan divina hermosura
Tanta ingratitud cupiera!
Martin. ¿Divina ahora la llamas?
No sino humana y terrena,
Pues á barones se inclina.
Mira que el marques te espera
Para armarte caballero,
Y cuando mal te suceda,
Por lo menos podrás ir
A dar hábito á tu tierra,
Que la cruz del matrimonio
No se da, que antes se lleva.
Lor. Vamos, Martin, á la orilla:
Murió mi amante firmeza.

ESCENA XVII.

Decoracion de salon.

DOÑA JUANA, TEODORA, LUCIA, DON JUAN, Y CANTA LA MÚSICA.

Mús. Hoy junta amor en dos vidas
Todo su lucido imperio,

Y dos pasiones un alma
Reducen á un lazo estrecho.
Juana. Furioso dolor, que en calma
Teneis todos mis sentidos,
Zelos, que son atrevidos
Hasta en lo oculto del alma;
¿Qué gloria, qué bien, qué palma
De un hombre humilde quereis?
En perderle, ¿qué perdeis?
En ganarle, ¿qué ganais?
Zelos, ¿porqué me entibiais?
Zelos, ¿porqué me encendeis?
Con amenazas mi hermano,
Ignorando que me ofende,
Contra mi gusto pretende
Que al baron le dé la mano;
Palabra le dió tirano,
Que en rindiéndose Durén
Seria su esposa; ¿quién
Vió tan grande desvarío,
Pues cruel, de mi albedrío
Hoy quiere triunfar tambien?
Lucía. Deja esas vanas memorias,
Señora, y ten sufrimiento.
Juan. Divina Teodora, en quien
Cifró su luz todo el cielo,
El abril todas sus flores,
Y el amor todo su imperio:
Ya os ha dicho mi semblante,
Señora, mi pensamiento,
Si no esplicado á suspiros,
Retórico en los silencios;
Por vos reparad piadosa
Mi razon y mi tormento,
Coronando de esperanzas
Aquellos ricos trofeos,
Que nadie sin vuestro agrado
Llegar puede á mereceros.
A vuestro hermano dí ahora
Parte de tan noble intento,
Y á vos mi causa remite;
Vos sois el juez severo,
No juzgueis mi causa, cuando
Solo un favor de los vuestros
Puede hacer vanaglorioso
El delito de quereros.
Teod. Yo estimo, señor don Juan,
Esa humildad en descuento
De alguna oculta memoria
Que le debeis á mi afecto,
Y porque veais que yo
Vuestra fineza agradezco,
Cuando Rosel dé la mano
A vuestra hermana, os prometo
Que de vuestras esperanzas
Tendrá fin el noble intento.
Juan. Si solo en eso consiste
Mi dicha, dadlo por hecho,
Porque ahora se darán
Las manos.
Teod. Si por tan cierto
Lo teneis, yo os aseguro
De aquesta fineza el premio.
Juan. Albricias, fortuna mia: *ap.*
Señora, el partido acepto,
Pues mi hermana y yo dichosos
Seremos á un mismo tiempo.
Lucía. Finge, señora, alegría.
Juana. Murió para mí el contento.

ESCENA XVIII.

DICHOS, Y SALE EL BARON.

Baron. Pensé hallar mas regocijo,
Señor don Juan, que el que veo
En esta casa.
Juan. La guerra
Nos puso en tanto silencio,
Que hoy nos quitamos las armas,
Y la prevencion fué menos.
¿Pero qué mas regocijo
Quereis hallar en mi pecho
Que veros honrar mi hermana,
Y ver que tambien merezco
A la divina Teodora?
Baron. La noble eleccion apruebo:
Cantad, celebrad las dichas
De nuestro dichoso empleo.

(*Canta la música, y salen al paño el marques, y Lorenzo con hábito de Santiago, de noche.*)

Mús. Por muchos siglos se gocen,
Para admiracion del tiempo,
Las dos rosas castellanas
Con los dos lirios flamencos.

Marq. Nunca os he visto cobarde
Sino ahora: ea, acabemos,
Entrad conmigo.
Lor. ¡Ay, amor!
Porque vos lo mandais, entro;
Y en este cancel el caso
He de mirar encubierto.
Baron. Bello imposible...
Juan. Tened,
Que el marques viene.
Baron. ¿A qué efecto?
Juan. Querrá honrar á sus soldados.

ESCENA XIX.

DICHOS, Y SALE EL MARQUES, Y AL PAÑO LORENZO.

Marq. Buenas noches, caballeros.
Baron. Sea, señor, bien venido
Vuecelencia.

Marq. Poco os debo,
Señor baron, en no haberme
Convidado á este festejo,
Pues sabeis cuanto os estimo,
Y que siempre he sido vuestro.
Juan. Para príncipe tan grande
Nos pareció ser pequeño
Este albergue.
Baron. Gran señor,
Esa es la causa.
Marq. Deseo
Conocer á estas señoras.
Juana. Señor, al servicio vuestro,
Soy hermana de don Juan.
Marq. Preciaros podeis de serlo,
Y él de vos, bizarra dama.
Baron. Vos venis á tan buen tiempo,
Que nos casamos los dos;
Honrad nuestros casamientos,
Siendo padrino de entrambos.
Marq. Que es esta señora, pienso,
Madama Teodora.
Teod. Y hija
Del mayor servidor vuestro.
Marq. Con todo estremo, madama,
Deseaba conoceros;
¿Vos os casais?
Teod. Sí, señor.
Marq. De tan venturoso acierto
Doy parabien á Rosel.
Baron. No soy yo quien la merezco,
Sino el capitan don Juan,
La nacion trocado habemos,
Y es doña Juana mi esposa.
Marq. ¿Y está hecho?
Baron. No está hecho.
Marq. Pues si no, yo traigo aquí
Con quien casarla, supuesto
Que ella le quiere y le ha dado
Palabra de casamiento.
Los dos. Cómo si...
Marq. Nadie se mueva,
Que adonde está mi respeto,
Está la razon tambien.
¿Flores?

ESCENA XX.

DICHOS, Y SALE LORENZO.

Lor. ¿Señor?
Baron. ¡Qué es aquesto!
Marq. Llegad, ¿de qué estais temblan-
Hombre que no tuvo miedo [do?
De asaltar una muralla,
Con mil balas á los pechos,
Y que mató en desafío
Tres ingleses cuerpo á cuerpo,
Su patria honrando, por quien
Sin otros servicios hechos,
Tiene en el pecho esa cruz,
¿No se atreve á un casamiento?
Lor. Señor...
Marq. No me digais nada:
¿Don Juan?
Juan. ¿Señor?
Marq. Cuanto os debo,
Os pago en daros cuñado
De tanto merecimiento,
Que le diera yo una hermana
Por la fe de caballero:
Dense las manos los dos.
Juan. Señor, no puede ser eso
Por una causa.
Marq. ¿Qué causa?
Juan. Porque yo á Teodora pierdo,
Si no se casa el baron.
Marq. No hará tal, si se lo ruego.
Teod. Yo os tengo de obedecer,
Solo porque es gusto vuestro;
Esta es mi mano, don Juan.
Baron. Señor, que advirtais os ruego
Que es mi esposa doña Juana,
Y que á Flandes por concierto
Vino á casarse conmigo,
Y que contra mi respeto
No ha de intentar vuecelencia
Un desaire, pues primero
Daré la vida á un cuchillo.
Marq. Tened: ¿estaréis contento
Con que ella declare á quien
Quiere por su esposo?
Baron. Es cierto.
Marq. Pues, señora, eso aguardamos,
Decidlo, no tengais miedo,
Que aquí estoy para ampararos.
Juana. Señor, mi esposo es Lorenzo.
Lor. Por ella vine á ser mas,
Y puse mi vida á riesgo.
Marq. Vos teneis famoso gusto,
Que yo me hiciera lo mesmo.
Lor. Esposa, llega á mis brazos.
Juana. Logra en los mios el premio.
Marq. Bien se ha hecho; yo salí
Famoso casamentero.
Martin. Solo el baron no se casa,
Que es propio de los terceros.
Baron. Mejor quedo sin casarme.
Lor. Y aquí, senado discreto,
Da fin Lorenzo me llamo,
Porque perdoneis sus yerros.

LA DICHA POR EL DESPRECIO.

Nuestros lectores habrán observado que casi nunca les hacemos un resúmen del asunto de las comedias que insertamos en esta coleccion, como suelen hacerlo los que analizan esta clase de obras; pero para ello tenemos varios motivos. En primer lugar lo creemos inútil, pues suponemos que nuestros lectores se enteran de la comedia y forman su juicio antes de ver el nuestro, y en segundo lugar, son tan intrincados por lo comun los argumentos de nuestras comedias, y camina en ellas tan rápidamente la accion, que el medio mas corto de enterarse de ella es leer la comedia desde el principio hasta el fin, pues las mismas comedias parecen un resúmen de un tomo en folio. Casi todas ellas en efecto dan materia para una larga novela, y no son en cierto modo mas que novelas compendiadas; — ahora bien, compendiarlas nosotros en estos ligeros exámenes seria hacer *un compendio de otro compendio.* Para el lector seria poco menos que inútil, y para nosotros seria muy ímprobo este trabajo.

Como casi todas las de nuestro teatro antiguo, brilla esta comedia sobre todo por la invencion; pero es menester confesar que está llena de inverosimilitudes. Sin embargo tiene el poeta el talento de emplear la atencion del espectador con la multitud de incidentes que aglomera, con la vivacidad del diálogo, con la elegancia del lenguaje y con la variedad y magia del ritmo. En este punto, Matos Fragoso es uno de nuestros poetas mas ricos; no hay metro posible en nuestra lengua que él no haya manejado.

Esto es todo lo que puede decirse de esta comedia; no hay que buscar en ella pintura de caractéres ni objeto moral, pero sí críticas muy ingeniosas de las costumbres de la época y cuentos muy graciosos. Recomendamos á nuestros lectores el de los que se embarcan para Indias, el del estranjero y el de la duquesa y el labrador.

PERSONAS.

DON BERNARDO DE CARDONA.
OCTAVIO, } galanes.
LUCINDO, }
LISARDA, } damas.
FLORELA, }
INES, criada.
DON ALEJANDRO, barba.
SANCHO, gracioso.
MENDO, criado.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de jardin.

DON BERNARDO Y SANCHO CON ESPADAS Y BROQUELES.

Bern. Con un salto, cuando menos,
La vida así se rescata.
Sancho. Mas vale salto de mata,
Señor, que ruegos de buenos.
Bern. Por ser la tapia tan alta,
Fué milagro quedar vivo.
Sancho. El salto ha sido escesivo.
Bern. Mas teme quien mejor salta;
¿Pero quién á la justicia
No respeta, cuando es cierto
Que á un hombre he dejado muerto?
Sancho. ¡Lo que obliga una caricia!
Bern. Casa principal es esta
Adonde habemos entrado.
Sancho. Todo vengo desollado:
Sangre la pared me cuesta.
Bern. Con la oscuridad no veo
Mas de que aqueste es jardin.
Sancho. ¿Qué habemos de hacer, en fin?
Bern. Librarme, Sancho, deseo.
Sancho. Si nos sienten, es forzoso
Pensar que somos ladrones.
Bern. ¡En qué fuertes ocasiones
Se pone un hombre zeloso!
Sancho. ¡Nunca el diablo nos dejára
Venir de Sevilla aquí!
Bern. Sala es esta: ¿entraré?
Sancho. Sí.
Bern. Mugeres hablan.
Sancho. Reparo
En que dicen que se van
A acostar.
Bern. ¿Pues qué haremos?
Sancho. ¿Qué? lo que fuere miremos
Detras de ese tafetan.

ESCENA II.

Habitacion de Lisarda.

LISARDA Y FLORELA, É INES CON LUZ.

Lis. Pon la vela en esa mesa,
Y muestra aquel azafate;
Quitaréme aquestas rosas,
Que no quiero que se ajen.
Flor. ¡Qué cansado estuvo Octavio!
Lis. No hay cosa que tanto canse
Como un deudo pretendiente
De marido, y no de amante.
Flor. Ten esta cadena, Ines.
Lis. ¡Lo que siento desnudarme!
Flor. Yo mucho mas que vestirme.
Ines. ¿Pues no quereis que os enfade,
Si el vestiros y adornaros
Por la mañana se hace,
Cuando tomais los pinceles
Para que hermosos agraden
Los claveles y jazmines,
Que suelen desfigurarse
En el curso de la noche?
Flor. ¡Qué bueno estuvo esta tarde
El Prado!
Lis. La procesion
De los coches fué notable.
Flor. Bravo humo, brava gloria,
Brava prosa de galanes:
Muy válido anduvo, riesgo
Superior, inescusable
Valimiento, accion, despejo
Ruidoso, activo, desaire,
Lucimiento y caravanas.
Lis. ¡Caso estraño, que el lenguaje
Tenga sus tiempos tambien!
Flor. Vienen á ser novedades
Las cosas que se olvidaron.
Lis. De nada pude alegrarme.
Flor. Pues hartos lo pretendieron.
Lis. Pasea por esta calle
A una dama de Sevilla,
Bien prendida y de buen aire,
A la chamberga el vestido,
Con gran multitud de encajes,
Papagayo en el balcon,
En casa mulata y page,
Un forastero, Florela,
De estremada gracia y talle,
En que he reparado un poco.
Flor. No es poco que tú repares:
¿Hate parecido bien?
Lis. No; pero puedo jurarte
Que me pesa de que mire,
Sin saber porque se cause,
Esta dama al forastero.
Flor. Eso nace de agradarte,
Que amor de zelos y envidia
Dicen algunos que nace,
Cuando de súbito viene,
Sin que le dé la otra parte
Materia para querer
En servicios ó amistades,
En requiebros ó en papel.
Lis. Solo diré, y esto baste,
Que así quisiera un marido.
Flor. ¿Y á Octavio no?
Lis. Dios te guarde.
¡Jesus! ¿qué ruido es ese?

(*Cáesele á Sancho el broquel.*)

Flor. ¿Qué se cayó?
Ines. No te espantes.
Lis. ¿Cerraste la puerta, Ines?
Ines. ¿Cuál, señora?
Lis. La que sale
Al jardin.
Ines. Abierta está.
Lis. ¡Qué buen cuidado!
Ines. Mas tarde
Suele cerrarse otras veces.
Lis. Disculpas y necedades:
Toma esa luz, mira presto
Lo que se cayó.
Ines. ¡Notable
Cosa!
Lis. ¿Cómo?
Ines. Un broquel.
Lis. ¿Qué?
Flor. ¿Aquí broquel?
Lis. Semejante
Prenda será de mi hermano.
Ines. Sí; pero los tafetanes
En dos pares de zapatos
No es posible que rematen.
Lis. ¡Jesus mil veces! ladrones.

ESCENA III.

DICHAS, DON BERNARDO Y SANCHO.

Bern. Vuesas mercedes no hablen
Palabra, que una desdicha
Fué la ocasion de que entrase
Donde estoy: soy caballero;
Maté á un hombre en esa calle;
Entréme en la primer casa,
Para que no me llevasen
Preso, donde una muger
Me dijo que me pasase
Por la pared de ese huerto
A estas casas principales,
Donde estaria seguro;
Que ella, por marido ó padre
Zelosos, no se atrevia
A tenerme ni guardarme;

Y arrimando una escalera,
Pasamos de esta otra parte,
Saltando desde las tapias,
Aunque con peligro grande.
Si piedad en el valor
De las personas que nacen
Con tantas obligaciones,
Es justo, señoras, que hallen
Desdichas de un caballero,
No deis causa á que me maten,
Que yo soy el que dijisteis
Que os pesaba que pasase
(Con lo demas que no digo)
Por esta muger la calle.
Ella me dió la ocasion,
Para que al hombre matase:
Si me obligais á salir,
Sus deudos han de matarme,
O la justicia prenderme.
Mas no es posible que falte
Piedad en tanta hermosura;
Pues no solamente un ángel,
Pero dos, en tal peligro
Quiere el cielo que me guarden.
Lis. ¡Qué notable confusion!
Sancho. Y vos, señora, amparadme
Por ángel añadidura
De estos coros celestiales,
Que me matará mi amo;
Porque soy tan miserable,
Que se me cayó el broquel,
Dormido en desdichas tales.
Ines. Mis amas están ahora
En consulta: no se gazmie,
Que ya le he visto otra vez,
Y con lo que resultáre
Tendrá sagrado, ó destierro.
Sancho. Si salgo de estos azares,
Te ofrezco broquel de cera,
Como si fueras imágen.
Lis. Por haberos visto, y ver
Que sois hombre principal,
Aunque el caso es desigual
De mi honesto proceder,
Quiero parecer muger
En tener piedad de vos;
Aunque ignoro de los dos
Las calidades y nombres,
Que en piedad mas que los hombres
Nos parecemos á Dios.
Lo que vos habeis oido
No lo puedo yo negar,
Ni vos amar y zelar
La dama que os ha ofendido;
Pero quede repartido
Entre los dos el suceso,
Que yo os libre de ser preso,
Y que ella obligue sus ojos
A que no os den mis enojos,
Y vos á tener mas seso.
En mas peligro estuviera
Vuestra vida, si llamára:
Porque el temor me forzára
Si antes de ahora no os viera:
Hasta que la luz primera
Asegure vuestra vida,
Aquí vivirá escondida:
Y advertid que digo aquí,
Para que dentro de mí
Esté mejor defendida.
Bern. Señora, si quiso amor
Que por tan grande rodeo
Me trajese un mal deseo
A un bien nacido favor,
Mayor que el mal; el rigor
Será la dicha del bien,
Y vos el sagrado, en quien
Mi vida, con mi ventura,
Como en templo de hermosura,
Seguras de hoy mas esten.
Y siendo mi asilo y templo,
En sus aras con razon
Arderá mi corazon
Para agradecido ejemplo;
En cuya imágen contemplo
Mis prisiones por despojos:
Pero hanme causado enojos,
Que tan poco me guardeis,
Si hasta el alba prometeis,
Y ha salido en vuestros ojos.
La dama que me ha traido
Por entre casos injustos
(Tanto pueden malos gustos)
Desde Sevilla perdido,
En quien nací bien nacido,
Aborrezco, y vuestro soy,
Quitándole desde hoy
El alma, para que sea
Vuestra, aunque viene tan fea,
Que con vergüenza os la doy.
Es mi nombre, que mejor
Lo que no sabeis abona,
Don Bernardo de Cardona,
Con que he dicho mi valor:
Aquí hay piedad y rigor;
Rigor, porque amé sin veros;
Piedad, por enterneceros
En quererme defender;
Que amaros no pudo ser
Primero que conoceros.
Lis. ¿Ines?
Ines. ¿Señora?
Lis. A los dos
Encierra en ese aposento,
Y dame luego la llave.
Sancho. ¡Aun no escapamos de presos!

Ines. Venid, señores, que es tarde.
Sancho. Ines, ¿no habrá por lo menos
Dos deditos de colchon?
Ines. ¿Colchon?
Sancho. ¿Es mucho requiebro?
Ines. ¿Tan de espacio quiere estar?
Sancho. ¿No ve que todo me duermo?
Ines. ¿Pues para qué pide lana?
Que en bronce será lo mesmo.
Sancho. No es toda dulce la niña.
Lis. Ven, Florela.
Flor. El alma llevo
Lastimada de este caso.
Lis. Decirte lo mismo quiero.

ESCENA IV.

DON BERNARDO, SANCHO é INES.

Bern. ¿Cómo se llama esta dama?
Ines. Lisarda, y el caballero
Su padre don Alejandro.
Bern. Pudiera mejor que el griego
Llamarse el Magno, por ser
Quien mas hazañas ha hecho
En solo hacer á Lisarda;
Porque con sus ojos bellos
Puede conquistar el mundo.
Ines. Yo la diré ese concepto,
Cuando la esté descalzando.
Bern. Cien escudos tienes ciertos
Por un zapatillo suyo.
Ines. ¿Tan prestísimo?
Bern. Soy tierno.
Ines. ¿Pues para qué le quereis?
Bern. Para traerle aquí dentro.
Ines. Son de ponlevi; el talon
Os hará mal en el pecho.
Bern. ¿Quién es la otra señora?
Ines. Su hermana.
Bern. Es ángel, es cielo.
Ines. ¿Mas qué pedis un zapato?
Bern. No pido, aunque la encarezco.
Ines. Entrad, porque descanseis,
Y vendré en amaneciendo
A dispertaros.
Bern. Ines,
No duermo si no me acuesto.
Ines. Pues un libro y esta vela
Os será de gran provecho.
Bern. ¿Quién es?
Ines. Parte veinte y seis
De Lope.
Bern. Libros supuestos,
Que con su nombre se imprimen.
Sancho. Y á mí, por si no me duermo,
¿Qué me dais?
Ines. A Don Quijote,
Porque vos y vuestro dueño
Imiteis sus aventuras.
Bern. Dice verdad.
Sancho. Y aun sospecho
Que habemos de ser mas locos,
Si Dios no nos guarda el seso.

ESCENA V.

OCTAVIO y LUCINDO.

Oct. ¡Gran ventura, por Dios!
Luc. ¡Notable ha sido!
Oct. ¿En fin, no estais herido?
Luc. Dióme la vida el jaco.
Oct. ¿De qué modo
Fué la cuestion?
Luc. Aquí lo sabreis todo,
Sin contar, como suelen, en ausencia
De la parte que falta la pendencia.
De vuestro tio y de mi padre alinda
La casa de una dama sevillana,
Que no es tan limpia, fresca, hermosa y linda,
La risa de la cándida mañana;
Pues como á cuanto mire, abrase y rinda,
Ni arrogante, ni fácil, ni tirana,
Para añadir á su beldad trofeos,
Ardieron en sus ojos mis deseos.
Visitándola, pues, como vecino,
Con toda honestidad dos ó tres dias,
O la amistad, ó la llaneza, vino
A que escuchase las razones mias:
Amor, que con su ciego desatino,
En preguntas, respuestas y porfias
El tiempo pasa, sin sentir que pasa,
Me dió sueño de necios en su casa.
Oct. Eso no entiendo.
Luc. Es nombre que se ha puesto
A quien en una silla porfiado,
En la conversacion es tan molesto,
Que parece que en ella está acostado:
Yo, pues, si bien con proceder honesto,
Estuve tan dormido y tan cansado,
Como si fuera un bronce, hasta las once,
Cera en el alma, y en el cuerpo bronce.
A las horas que digo un hombre llama,
Con mas furor, que si llamára en huerta;
La casa tiembla, túrbase la dama;
La dormida familia al son despierta:
Yo, por ganar de bravo alguna fama,
No me dejo rogar, voy á la puerta,
Donde si uno llamó, dos hombres miro,
Tercio la capa, desenvaino, y tiro.
Oct. ¡Brava resolucion!
Luc. No hagais donaire,
Que estaba en la ventana Dorotea;
Mas por dar cuchillada de buen aire,
Como quien bravo parecer desea,
Me pudo suceder tan mal desaire,
Que el uno que me busca, y no rodea,

De una estocada, aunque el izquierdo saco,
Me derribó, caí, ¡bien haya el jaco!
Oct. Poco firme de piés os considero.
Luc. ¿Poco? direis mejor diestro de manos.
Acudió la justicia: el caballero,
Fugitivo midió los aires vanos:
Suelen llamar los once mil de acero
Los que escriben de casos inhumanos
A los jacos de malla, y hoy lo creo,
Pues que por su favor libre me veo.
Oct. Tarde es para llamar, y Dorotea
Nos dijera quien es, pues no es posible
Que tan zeloso su galan no sea
Necio en llamar, y en esperar terrible.
El alba con celages hermosea
El campo de los cielos apacible,
Huyendo de sus rayos las estrellas,
Que como sale el sol, se esconden ellas.
Entraos en vuestra casa, que en sabiendo
Quien es este zeloso mal sufrido,
O iremos la venganza previniendo,
(Aunque él es hasta ahora el ofendido)
O con firme amistad, reconociendo
Su antigüedad, pondreis en justo olvido
Amor que aun no ha llegado á ser infante,
Pues sois en esperanza tierno amante.
Luc. Perdonadme el llamaros tan aprisa,
Que no por primo, por amigo os llamo.
Oct. El aurora otra vez, con mayor risa,
Bajando el ruiseñor del nido al ramo,
Que sale ya la gente nos avisa:
Hoy vendré á veros.
Luc. Ya sabeis que os amo,
Y mas ahora que mi padre aguarda
Que seais primo, y marido de Lisarda. (*Vase.*)
Oct. ¡O tiempo, si trajeses este dia
De la dispensacion! ¡o Roma! ¡o cielo!
¡O sagrada ciudad! ¿quién te desvia,
Que no te alcance de mi amor el vuelo?
Durmiendo estás aquí, Lisarda mia,
Cuando yo por tus ojos me desvelo:
¡O sol dispertador de los mortales!
Pues que duerme mi sol, ¿porqué no sales?
Dispierta, que te aguardan tantas flores,
Hermosa aurora, y tantas fuentes puras,
Unas piden cristal, otras colores:
¿Quién duda, estrellas, que estaréis seguras?
Dulces calandrias, pájaros cantores,
Que al pico suspendeis noches oscuras,
Dispertad á Lisarda, que á Lisarda
La flor, el agua, el ave, el alma guarda.
¡Cuál hombre ahora fuera tan dichoso,
Que durmiera en tu casa desvelado,
¡Oh, quién fuera jardin, Jason famoso
Del fruto de tus árboles dotado!
¡Mas, ay, que vive Prometeo ingenioso
Por atrevido en un peñasco atado!
¡Ay Dios, si cerca ya de tu aposento
Escuchára tu voz, tu dulce acento!

ESCENA VI.

Decoracion de sala.

DON BERNARDO Y SANCHO.

Bern. Buena noche.
Sancho. Toledana.
Bern. Peor fuera estando presos.
Sancho. Ya doña Aurora celeste
Clarifica el aposento,
Y le dan el parabien
Los pájaros de ese huerto,
Chillando por los tejados
Tantos gorriones nuevos,
Que parece que nos llaman.
Bern. Perdidos amanecemos.
Sancho. En una huerta del Prado
Bebió largo un estranjero,
Y en la puerta de Alcalá
Se le dejaron sus deudos.
Los coches que se partian
Al anochecer, creyendo
Que entre muchos que allí aguardan
Sentados, era uno de ellos,
Diciéndole que se entrase
Con los demas los cocheros,
Lo que él hizo, sin saber
Si era coche ó aposento.
Durmió como niño en cuna,
Y á la mañana dispierto,
Preguntaba por su casa,
De los amigos creyendo
Que le llevaron en coche,
Hasta que del coche el dueño
Pedia el dinero á voces.
El estranjero pidiendo
Que le volviese á Madrid,
Pues sin causa ni concierto
Le trajeron á Alcalá
Estando en Madrid durmiendo,
Los que á las voces se hallaron
Celebraron el suceso,
Y dándole la ropilla
Para prenda del dinero
Del porte, volvió á Madrid,
A pié desnudo, sin cuello,
Sin zapatos, sin espada,
Sin comer y sin sombrero.
No pienso que es necesario
Decir que este mismo sueño
Nos ha pasado á los dos,
Tú con el vino de zelos,
Y yo siguiendo tus pasos;
Pues nos hallamos dispiertos,
Como el otro en Alcalá,

En casa de un caballero,
Que si nos pidiese el porte,
Por ventura volveremos
Mas desnudos á la calle.
Bern. Bien has aplicado el cuento
Como yo hubiera dormido,
Que toda la noche en peso
He pasado en desatinos,
Las historias revolviendo
De Dorotea, á quien ya
Como al demonio aborrezco.
Sancho. ¿Al demonio?
Bern. Sí, y aun mas.
Sancho. ¿Tan presto, señor?
Bern. No es presto;
Porque un agravio en amor
Son muchos años de tiempo.
Al estranjero que dices
Imito en que anocheciendo
Mis zelos en Dorotea,
Hoy en Lisarda amanezco.
¡Con qué gracia se quitaba
Las rosas de los cabellos
Con el marfil de las manos,
Y las joyas, que poniendo
Iba en aquel azafate!
¡Qué airoso talle! ¡qué cuerpo!
Cuando se quitó la ropa,
Quedó como un ángel bello
En la almilla.
Sancho. Sí, por Dios,
Que á ponerle un candelero
Y unas alas, no podia
Ser mas propio.
Bern. Al fin me quejo
De tí, por cuyo broquel
No pasó de almilla adentro;
Que si no es por el ruido,
Ya despejaba el manteo
Y se quedaba de ninfa.
Sancho. No te quejes, que no es bueno
Verlas en paños menores,
Adonde lo mas es menos;
Que en mugeres y empanadas
Del figon, hay mucho hueso.
Una vez compré un besugo,
Tan pequeño en pan tan hueco,
Que dije, alzando la tapa:
¿Qué haces aquí, pigmeo?
Y me respondió con risa:
Soy engaña majaderos,
Que compran lo que no ven,
Y afirman lo que no vieron.
Bern. En fin, esta mala noche,
Sancho, ¿pasaste durmiendo?
Sancho. Señor, engañado estás,
Que no cenando, no duermo:
Por todo este gabinete,
Otocador, que así creo
Que se llama en Francia adonde
Tienen las damas su espejo,
Y aderezo de matar,
Porque sus blancos aceros,
Broqueles, rodelas, jacos,
Son las rosas de Toledo,
Los jazmines del gran turco,
Los moldes y otros enredos;
Aunque ya quiero callar,
Que no meterme profeso
En lo que introduce el uso,
O sea malo ó sea bueno:
Digo, pues, señor, que anduve
Buscando con mucho tiento
Entre catres y escritorios
Algo que comer, y veo
Un bote, que presumí
Jalea: destapo y pruebo,
Y he pensado reventar.
Bern. ¿Cómo?
Sancho. Era algun embeleco
De aceite de mata y lirios,
Limon y claras de huevos,
O cosas tan endiabladas,
Que parece que me dieron
Tártago, ó si hay otra cosa
Mas amarga, fuera de esto.
Hallé en una escribanía
Un papel, y aquí le tengo.
Bern. ¿Papel? muestra, que ya el sol,
Por ver si Lisarda dentro
De su tocador está,
Para consultar su espejo,
Acecha por los resquicios.
Letra es de hombre, escucha atento.
« Prima de mis ojos... » (*Lee.*)
Sancho. Malo.
Bern. La prima, Sancho, era bueno:
Lo malo es lo de mis ojos.
Sancho. Di adelante.
Bern. « Ya tenemos (*Lee.*)
La dispensacion. »
Sancho. Detente:
Vive Dios, que es casamiento,
Y traen dispensacion,
Porque deben de ser deudos:
Errado habemos el lance
Y el camino, si volvemos
De Alcalá á Madrid tan tristes.
Bern. Pena me ha dado.
Sancho. ¿Qué haremos
Si ha puesto el bordon por prima?
Bern. Gran falta en tal instrumento.
Sancho. Quedo, que siento la llave.
Bern. Y yo siento que me han muerto
Con espada de papel.

ESCENA VII.

DICHOS É INES.

Ines. ¿Buenos dias, caballeros.
Bern. ¿Qué mejores, bella Ines,
Que entrando vos por aurora?
¿Qué hace el sol?
Ines. ¿Quién? ¿mi señora?
Bern. El sol de estos ojos es.
Ines. Ya está vestida; y su hermana
Y ella se quieren tocar:
Dicen que las deis lugar,
Que pues es tan de mañana,
Podreis salir sin que os vean.
Bern. ¿No podré volver á ver
Estas damas?
Ines. Podrá ser,
Que bien sé que lo desean:
Toda la noche han estado
Hablando de vos las dos.
Bern. ¿De mí?
Ines. De vos, que de vos
Están las dos con cuidado.
Sancho. ¿Hase visto en rosa pura
Tal amanecer de Ines?
Bien haya la que no es
Artificio en la hermosura.
¿Haste visto esta mañana?
Ines. ¿Lisonjas, Sancho, en ayunas?
Sancho. No te dijera ningunas,
A no ser verdad tan llana;
Que con hambre no hay amor,
Que aliente á buenos efectos.
Ines. Bueno estás para conceptos.
Sancho. Y para almorzar mejor:
¿No cortarás de un tocino
Alguna lonja, que suene
En la sarten?
Ines. Mi ama viene.

ESCENA VIII.

DICHOS Y LISARDA.

Bern. Amaneced, sol divino,
En los ojos que han pasado
Tal noche.
Lis. No fué mejor
La mia, con el temor
A que me habeis obligado:
Y creed que me ha pesado
De la descomodidad:
Fuerza ha sido, perdonad,
Que huésped que él se convida,
Es fuerza que la comida
La busque en la voluntad.
Salid, señor don Bernardo,
Antes que entre mas el dia;
Que por quien veros podria,
Justamente me acobardo;
Que á un hombre mozo y gallardo,
Y á tal hora, es ocasion
Que ofenderá mi opinion,
Que hay vecino que por gala,
Lo menos vive en la sala,
Y lo mas en el balcon.
Tened agradecimiento
A quien entrar os dejó
Donde ninguno llegó
A poner el pensamiento;
Que el mio de ver mi intento
Tiene tan perdido el brio,
Que de verle desconfio
Con mas valor del que os muestra,
Si bien es la culpa vuestra,
Y el atrevimiento mio.
Bern. La aurora y el sol, señora,
Salen para hacer vivir
Los hombres; vos en salir
Para despedirme ahora,
Ni pareceis sol, ni aurora;
Pero pues ya lo sois mia,
¿Qué temor os desconfia,
Si vuestra luz considera,
Pues aunque de noche fuera,
Por fuerza saldré de dia?
Yo pagaré la posada,
Como nadie la pagó;
Pues por lo que no durmió
El alma dejó empeñada:
Toda estuvo desvelada
En vuestros bellos despojos,
Dándole dulces enojos
El veros cerca tambien,
Porque nadie durmió bien
Dándole el sol en los ojos.
Y así, con esta atrevida
Imaginacion turbada,
Que por pared tan delgada
Pasaba á veros dormida,
Estuvo tan divertida
El alma en lo mas perfeto,
Que es fuerza, como hace efeto
La fuerte imaginacion,
Pedir, señora, perdon
De que os perdiese el respeto.
Mas como quien llega tarde
Posada no suele hallar,
Y parte sin descansar,
Antes que la luz aguarde,
Estoy, señora, cobarde;
Porque como no dormia,
Mirando me entretenia
Vuestro tocador, y en él
Hallé, señora, un papel
En que mi muerte venia.

Quise en el primer renglon,
Que la vela le encendiese,
Y porque mas presto fuese
Lleguéle á mi corazon:
¡Oh engaño de mi pasion!
¡Oh qué necia confianza!
¡Oh qué burlada esperanza!
Pues que por quemarle á él,
Ardió el corazon en él,
Y se trocó la venganza.
Ya sé que os casais, ya sé
Que no tengo que esperar,
Que me tardé en caminar,
Y otro en la posada hallé;
Mas ya que desdicha fué,
Por suerte dichosa estimo,
Con que á padecer me animo,
Aunque parto descontento,
Que estuve en vuestro aposento
Primero, que vuestro primo.
Lis. ¿Papel? mostrad.
Bern. Eso no;
Pues ya sabeis del papel
El dueño, y lo que hay en él
Apenas lo he visto yo:
Hasta saber que llegó
La dispensacion, que espera
Vuestro primo; ¡quién dijera
Que en tan breves ocasiones,
De donde vienen perdones,
Mi muerte injusta viniera!
Lis. Don Bernardo, yo no puedo
Lo porvenir prevenir,
Ni hay ciencia en lo porvenir,
Que las desventuras mude:
Ya no hay que tema, ó que dude,
Fuerza es casarme, no sé
Qué os diga, solo diré
Que aunque mi primo merece
Mucho, no me lo parece
Despues que os ví y os hablé.
Mi padre tiene este gusto;
No soy la primera yo
Que la obediencia obligó
A casarse con disgusto;
Sea justo, ó no sea justo,
Ya es fuerza por ser muger;
Y digo bien, que ha de ser
Fuerza por fuerza el casarme.
Bern. ¡Qué de cosas á matarme
Se juntan!
Lis. ¿Qué puedo hacer?
Bern. Yo me volveré á Sevilla,
Y su rio aumentaré
Con lágrimas, ó seré
Peña de su verde orilla:
A Dios, generosa villa,
No para mí, que me has muerto,
Pues el casamiento es cierto
De Lisarda.
Lis. Yo quisiera,
Bernardo, que no lo fuera:
Idos, que es tarde.
Bern. No acierto.

ESCENA IX.

DICHOS Y FLORELA.

Flor. ¿Estais locos? ¿cómo estais
Tan ciegos de esta manera,
Que no veis que es mediodia?
Lis. ¿Qué es mediodia, Florela?
Flor. La dulce conversacion
No sabe que el tiempo vuela,
Hurta á la vida las horas,
Sin que la vida lo sienta.
Ya no es posible salir
Don Bernardo.
Bern. Ni quisiera
Eternamente.
Lis. ¡Ay, hermana,
Dádome has notable pena!
Flor. De comer pide mi padre.
Sancho. Y yo tambien lo pidiera,
Si estuviera entre cristianos;
Pues no ha pasado cuaresma
Por mí, como desde ayer;
Pienso que si me pusieran
Sobre cualquiera color,
Eso mismo pareciera:
Camaleon soy, Ines.
Ines. Presto comerás, espera.
Sancho. ¿Presto comerás? ¿soy niño
Cuando viene de la escuela?
Mira que rabio, y con rabia
Tienen sacada licencia
Los perros para morder
Los pobres y los poetas.
Bern. En fin, ¿no podré salir?
Flor. Verte nuestro padre es fuerza.
Lis. No hay sino esperar la noche.
Flor. En eso, Lisarda, aciertas,
Que es imposible salir,
Si no es que todos lo vean.
Lis. Al tocador, caballeros.
Sancho. ¿Al tocador? ¿no pudiera
Ir á la cocina yo?
Ines. Entra, desollado, entra.
Sancho. Tú me desuellas.
Ines. ¿Yo?
Sancho. Sí,
Pues te vas con la pelleja.

(*Vanse don Bernardo, Ines y Sancho.*)

ESCENA X.

LISARDA Y FLORELA.

Lis. Entra y cierra, Ines. No sé
Qué habemos de hacer, Florela,
Para que secretamente
Coma esta gente, que es fuerza.
Flor. Eso no te dé cuidado;
Pero pedirte quisiera
Una merced.
Lis. ¿Qué te puedo
Negar, que posible sea?
Flor. Mañana te has de casar.
Lis. Dios sabe lo que me pesa.
Flor. Don Bernardo es hombre noble,
Rico y de gallardas prendas:
Hablarle yo no es razon;
Tú, pues esta tarde queda
En casa, puedes decirle
Que no se vaya á su tierra,
Que holgarás, pues no ha de ser
Tuyo, que yo le merezca,
Para que seais cuñados:
Que me hable y que me quiera,
Que me sirva y que me escriba,
Que tú sabes, que tú piensas
Que le tengo inclinacion,
Con otras cosas mas tiernas:
Porque nunca son culpadas
Inclinaciones honestas;
Que con esto que tú harás,
Como quien es tan discreta,
Harás de una hermana esclava.
Lis. Yo lo haré para que entiendas,
Florela, lo que te quiero;
Pues quiero tambien que sepas
Que te doy zelosa un hombre,
Que algun cuidado me cuesta;
Que con esto por lo menos,
Negociaré que te vea.
Flor. Dame tus brazos. (*Abrázala.*)
Lis. ¡O engaños
De amor! ¡Ulises, sirenas,
Peligros del mar, en quien
La misma razon se anega,
Y las potencias del alma
Gustan de correr tormenta!

ESCENA XI.

Decoracion de calle.

OCTAVIO, LUCINDO Y MENDO.

Oct. Presto sabreis el dueño, cuyos zelos
Ocasionar pudieron vuestra muerte,
A ser aquel acero menos fuerte,
Si algun amor os tiene Dorotea.
Luc. Agradezco á los cielos
La dicha que he tenido;
Pero no he menester, que el amor sea
Por quien sepa quien es aquel zeloso,
Sino ser ya para los dos forzoso
Ser él aborrecido, y yo querido;
Que la mayor venganza del que es sabio,
Es olvidar la causa del agravio.
Oct. Mal sabeis vos la causa de los zelos;
Abrasarán los hielos
Mas frios de la Scitia, y en la zona,
Que el sol jamas visita;
Harán arder á Troya.
Luc. No permita
Amor, si agravios del honor perdona,
Que vuelva á la amistad de Dorotea;
Que si os digo verdad, solo desea
Mi alma en su porfia,
Que deje de ser suya, siendo mia.
Oct. Llama, Mendo, á esa puerta.
Mendo. ¿Qué tengo de llamar, estando abierta?
Luc. Tal miedo habrá tenido vuestra dama,
Que no quiere cerrar, porque si llama
Halle la puerta abierta;
O vino acaso, y derribó la puerta.
Oct. Pues trujiste linterna, llega, Mendo,
Y entra sin miedo.
Mendo. Estoy, señor, temiendo
Algunos bultos, que el portal podria
Tener en sombra envueltos.
Oct. Aquí tendrás á tu favor resueltos
Dos hombres, entra.
Mendo. Voy. (*Vase.*)
Luc. ¡Qué fantasía
Es hoy la de muger tan recatada!
¡La mas parte pasada
De la noche tener la puerta abierta!
Oct. Estar, Lucindo, de las guardas cierta.
Luc. Pues yo vengo á vengar determinado
El deshonor pasado,
Y hacer que Dorotea,
Mas bravo á mí que á su galan me vea.

(*Sale Mendo.*)

Mendo. La casa está segura.
Luc. ¿No dijiste
Que estabamos aquí?
Oct. ¿Diónos licencia
De entrar á visitarla?
Mendo. Con paciencia,
Que solo el aire las paredes viste:
No hay mas que algunos clavos por el suelo,
Reliquias y despojos de mudanza.
Luc. Temor de la justicia, vive el cielo,
Fué causa de mudarse: ¿qué esperanza
Me queda ya de verla? pero creo
Que ha de ayudarme amor á mi deseo.

Aquí tiene una amiga, y ser podria
Que estuviese con ella:
No es lejos, esperadme. (*Vase.*)
Mendo. Si de dia
Viniera á saber de ella,
Pudiera remediar con verle vivo
El temor escesivo
Que tuvo de su muerte:
Porque en Madrid es fuerte
El primero rigor de la justicia,
Y de algunos ministros la codicia.
Oct. ¿Qué hará, Mendo, á tales horas
Mi Lisarda?
Mendo. Ya Lisarda
Ahora estará durmiendo,
Porque son las doce dadas.
Oct. Con eso se borda el cielo
De tantas puntas de plata,
Porque como duerme el sol,
Cubren sus cúpulas altas.
No hubiera en su pabellon
Las guarniciones y franjas
De sus diamantes, á estar
Sus estrellas desveladas:
No se atreviera la luna
A ser de los cielos hacha,
Ni á sacar sus blancas pias
En su carroza argentada,
Si mi luna de marfil
No suspendiera las blancas
Ruedas, en que mueve amor
El volante de dos almas.
¿Qué piensas, Mendo, que son
Aquestas negras pestañas?
Lanzas que guardan las niñas,
Que en dos camas de esmeraldas
Están durmiendo, que como
Son reinas, duermen con guarda.
Mendo. Bravo disparates dices,
Solo te falta que añadas
Los monteros de Espinosa
Y tudescas alabardas.
Lo cierto será, señor,
Que estarán ella y su hermana
Soñando como doncellas.
Oct. ¿Qué soñarán?
Mendo. Que se casan,
Que despues que balbuciente,
Formando medias palabras,
Desata la edad la lengua,
Repiten marido y taita.
Oct. Lisarda soñará bien;
No se dirá por Lisarda
Que los sueños sueños son,
Pues nos casamos mañana.
¿Qué sientes de su belleza,
De su donaire y su gracia?
Mendo. Que es discreta como fea,
Y como hermosa bizarra.
Oct. ¿Sientes que me quiere mucho?
Mendo. De la manera que ama
El trigo al sol en agosto,
La tierra en abril al agua,
Un avariento su hacienda,
Un estranjero su patria,
Y un marido á su muger
Las primeras tres mañanas.
Oct. ¿Habrá algun hombre en el mundo
Que con su talle y sus galas
Pueda parecerle bien?
Mendo. Y con su belleza rara
De Adónis y de Jacinto.
Oct. ¡O balcones! ¡o ventanas!
¡O puertas! ¿cuándo será
Noche, que estando cerradas,
No esté en la calle envidioso
De la mas humilde esclava?
Mendo. Paso, señor, que han abierto.
Oct. ¿Lucindo fuera de casa,
Y salen dos hombres de ella?
Mendo. ¡Caso estraño!
Oct. ¡Cosa estraña!

ESCENA XII.

DICHOS, Y SALEN DON BERNARDO Y SANCHO CON ESPADAS Y BROQUELES.

Bern. Sal presto, y tú, cierra, Ines.
Sancho. Parece, señor, que anda
Gente en la calle; camina. (*Vanse.*)
Oct. ¿Salieron?
Mendo. No sino el alba.
Oct. ¿De en cas de Alejandro?
Mendo. Bueno;
Y con rodelas y espadas.
Oct. ¡A tal hora y con rodelas!
Seguiréles.
Mendo. De Lisarda
No será galan, señor,
Florela será culpada
En aqueste desatino.
Oct. Camina, pues, no se vayan,
Que lo tengo de saber,
O me ha de costar el alma.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Octavio.

OCTAVIO Y MENDO.

Oct. ¡Bravo hombre!
Mendo. ¡Cid español!
Mas ya que de vernos llora,
Sin dormir, perlas la aurora,

No se las enjugue el sol.
Oct. No tendrá fuerzas el sueño
Para vencer el disgusto,
Porque solo con el gusto
Es de las potencias dueño.
Mendo. Temerarias cuchilladas
Tiraba el hombre, por Dios.
Oct. No se me fueran los dos,
O mal ó bien reparadas,
A no haber imaginado
En medio de la cuestion,
Que ciertos señores son.
Mendo. ¿Señores?
Oct. Que con cuidado
Pasan, Mendo, cada dia
Por la calle de Lisarda
Mendo. Florela es dama gallarda,
Y por Florela seria.
Oct. En esa duda y temor
De tan súbito accidente,
No será amor tan valiente,
Que no le venza el honor.
No mas, Lisarda, esto es hecho;
Rasgue la dispensacion
Alejandro, que no son
Burlas para un noble pecho.
Si el mayor príncipe fuera
El que la calle pasára,
Lo que el poder intentára
Mi loco amor resistiera;
Pero quien sale á las doce
De la noche de su casa,
Pues me descasa y se casa,
Por muchos años la goce.
Mendo. ¿Pues cómo podrás cumplir
La palabra que le has dado
A Alejandro?
Oct. Ese cuidado
Se remedia con fingir
Que aguardo á don Juan mi hermano,
Que como sabes está
En Sevilla.
Mendo. Aunque será
Disculpa, es remedio en vano,
Porque con la dilacion,
Y el verte triste, darás
Causa, que sospechen mas.
Oct. Antes con esta ocasion
La tendré para saber
Si es Lisarda, ó si es Florela,
Procediendo con cautela,
Para no darle á entender
Neciamente lo que ví,
Por ser mi sangre en efeto.
Mendo. Es pensamiento discreto.
(*Llaman.*)
Oct. ¿Llaman á la puerta?
Mendo. Sí.
Oct. ¿Pues tan de mañana, quién?
¿Si es Lucindo?
Mendo. Ser podria;
Voy á verlo, pues de dia
Nos viene á dar parabien. (*Vase.*)

ESCENA II.

OCTAVIO.

Suele en oscuro y tímido aposento
Sentir ruido un hombre desvelado,
Y mas de honor, que de valor armado,
La causa examinar con miedo atento:
Pero llegando adonde solo el viento
Sus pasos repitió, con alentado
Peligro, entonces abrazar turbado
La sombra de su mismo pensamiento.
Mas de otra suerte, en ciega noche asom-
Lisarda, este ruido mis recelos, [bra,
Que tienen cuerpo, aunque parece sombra.
Van donde suena el golpe mis desvelos;
Pero ofendido con razon se nombra
Quien topa agravios, cuando busca zelos.

ESCENA III.

OCTAVIO Y MENDO.

Mendo. No es Lucindo el que á tal hora
Te busca, es un caballero;
Mas purga que forastero,
Pues que te busca al aurora,
Que porque no es de hombres sabios,
Aqueste nombre le doy.
Oct. Bien hace, que enfermo estoy
De calenturas de agravios.
Mendo. Él, y cierto gandalin,
Que dicen ser sevillanos,
Vienen á besar tus manos.
Oct. Basta, ya presumo el fin:
Cartas de mi hermano son,
Mendo, que en Sevilla está,
Y adelante pasará
Ese hidalgo, y es razon
Que no pierda la jornada:
Dí que entre.
Mendo. Ya están aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, DON BERNARDO Y SANCHO.

Bern. Perdonad si os ofendí
Con mi forzosa embajada,
Aunque, pues estais vestido,
No ha sido el agravio tanto.
Oct. Yo, señor, no me levanto,
Que esta noche no he dormido;
Ni tampoco me vestí,
Porque no me desnudé.
Bern. Yo, que despues que llegué

Ninguna, señor, dormí,
Antes que de muchos sea
Visto, á visitaros vengo,
Porque algun peligro tengo
De que la gente me vea.
Esta me dió vuestro hermano,
Que con cuidado pusiese (*Dale una carta.*)
En vuestra mano, y que fuese
La respuesta por mi mano.
Dos dias ha que llegué,
Luego pregunté por vos,
Pero no pude por Dios
Visitaros, porque fué
Notable mi ocupacion.

Oct. Con vuestra licencia leo,
Que en vuestro semblante veo
Que buenas las nuevas son.

(*Lee.*) « El señor don Bernardo de Car-
« dona, que os dará esta, va á la corte á un
« negocio en que os habrá menester: ser-
« vidle y regaladle con tanto gusto y cui-
« dado, que conozca que sois mi hermano;
« y sobre todo, aposentadle en vuestra
« casa; porque yo lo estoy en la de sus
« padres, donde trato casarme. »

No quiero pasar de aquí;
Que lo demas de la carta
Son negocios, y serviros
Es el de mas importancia.
Vos seais muy bien venido,
Que antes de ahora esperaba
Este dia que ha traido
A mi dicha mi esperanza.
Aquí habeis de ser mi huésped,
Y no repliqueis palabra,
Que es inescusable oficio
Para obligaciones tantas.
El negocio á que venis,
Ayudaré con el alma,
Con la vida, con la hacienda;
Que menos que esto no basta
A la noticia que tengo
De lo que á don Juan regalan
Vuestros padres en Sevilla.

Bern. Fuera, Octavio, accion ingrata
No aceptar tan gran merced;
Y porque ya mi jornada
Será tan breve, que pienso
Que podia ser mañana,
Que el negocio á que venia,
Culpa de la misma causa,
Tuvo fin en el principio;
Con que es fuerza que me parta,
Que está en peligro mi vida.

Oct. En tan súbita mudanza
De pensamiento y suceso,
Permitid que fuerza os haga
Para saber la ocasion.

Bern. No puedo negaros nada
En tantas obligaciones,
Y porque de vuestra casa
Y de vos valerme es fuerza,
Antes que á Sevilla vaya,
Reduciré, si es posible,
A un breve epítome, tantas
Fortunas en una noche,
Que pudiera compararlas
A los diez años de Ulises.

Oct. Dejaréis mas obligada
Nuestra amistad, que al favor
Y al secreto, es cosa clara,
Que al favor lo está mi pecho,
Y al secreto mi palabra.

Bern. Servi en Sevilla á una muger, Oc-
Un ángel, una perla, una pintura [tavio,
De las que hicieron á su honor agravio,
Por la necesidad, ó la hermosura:
La edad primera, de quien dijo el sabio,
Que la senda ignoró con tan locura,
Me puso en este loco pensamiento,
Que apenas conocí mi entendimiento.
Siempre á su lado, como suele, andaba
Zeloso ruiseñor el amor mio;
Ya por los verdes campos la llevaba,
Ya en barcos enramados por el rio:
Las noches, breves átomos juzgaba
En ese dulce Argél de mi albedrío;
Porque llegando el sol á medio dia,
Aun no pensaba yo que amanecia.
Fuéle forzoso, ó fué invencion hallada
De alguna liviandad, el ver la corte,
Indias de la hermosura, y embarcada,
Siguió su gusto, y yo tambien mi norte;
Porque el de una muger determinada,
¿Qué obligacion habrá que lo reporte?
O fué de cierta esclava mal consejo,
De la luz dese sol oscuro espejo.
Seguíla, en fin, que me llevaba el alma,
Cual suele el tigre al cazador; y creo
Que en viéndome en Madrid á un tiempo
La obligacion, el trato y el deseo; [calma
Pocas veces amor llevó la palma
De ausencia firme con ageno empleo.
Llamé una noche, y pienso que tan recio,
Que fuí mas que galan, marido necio.
Salió un hidalgo, y respondió la espada;
Pero midió de una estocada el suelo:
Suena justicia, y yo tierra sagrada
Hago una casa, y la prision recelo,
Y por unas paredes la turbada
Vida en las manos encomiendo al cielo;
Doy en el huerto, y de él en una sala,
Que encantamento mi fortuna iguala.
Por no cansaros, dos hermanas bellas,
De ver tanta desdicha lastimadas,

Me ampararon discretas, y por ellas
De la justicia me libré, y de espadas:
Y por guardar su honor, que son doncellas
Nobles, anoche, ya las once dadas,
Salí, no sé si diga enamorado,
Pero olvidado del amor pasado.
¿Quién duda que direis que ya los cielos
Se mueven á piedad de don Bernardo?
Pues allí comenzaron mis desvelos,
Si de esta casa algun favor aguardo;
Porque dos hombres al salir con zelos
Me van siguiendo, y llega el mas gallardo
A preguntar quién soy, ¡gentil pregunta!
Saqué la espada, y respondió la punta.
Esto fué anoche, y la ocasion ha sido
De veniros á ver tan de mañana,
Que puedo ser por dicha conocido,
Pues quien mudable fué, sera tirana:
En vuestra casa quiero, aunque escondido,
Seguir la luz de una esperanza vana,
Sirviendo, Octavio, á quien el alma debe
Tanto favor en término tan breve.
Oct. ¡Hay suceso mas estraño! *ap.*
¿Que este el caballero fué
Que seguí y acuchillé?
¡Hay mas claro desengaño!
Hoy á Lisarda perdí,
Disimular quiero aquí
Mi desdicha y confusion.
Con notable admiracion
Vuestras fortunas oí:
De todas salisteis bien,
Que fué notable favor
De la fortuna, y mayor
Tomar venganza tambien
De aquella ingrata, por quien
Tantas desdichas tuvisteis.
¿Pero cómo no supisteis
De la dama que os libró
El nombre?
Bern. Porque temió
La pregunta que me hicisteis.
No quiso el nombre fiarme,
Porque de tanto favor,
Pudiera ofender su honor,
Refiriéndole, alabarme.
Oct. Necio estoy en declararme, *ap.*
Que podria sospechoso
Presumir que estoy zeloso.
Sin verle ha crecido el dia,
Tan gustoso me tenia
Vuestro discurso amoroso.
En fin, ¿servireis la dama
Que aquella noche os libró?
Bern. Si nadie me conoció,
Ni lo publica la fama.
Oct. ¿Tan presto olvida quien ama
Por lo primero que mira?
Vuestra condicion me admira.
Bern. Vuélvese el amor, Octavio,
En ira con el agravio,
Y en la venganza la ira;
Pero no hay mejor venganza
Del agraviado discreto,
Que mudar á otro sugeto
El amor y la esperanza;
Que en sabiendo esta mudanza
La dama que fué querida,
Envidiosa y ofendida
Suele volver á querer;
Que no hay pesar en muger,
Como verse aborrecida.
Y yo sé que si vos veis
De esta dama la hermosura,
Que envidiaréis mi ventura
Y mi amor disculparéis.
Oct. Venid, y descansaréis
De dos noches tan estrañas.
¡O Lisarda! ¿tú me engañas? *ap.*
¿Tú desleal? pero miento,
Pues antes del casamiento
Me avisas y desengañas.
Bern. ¿Qué decis?
Oct. Que como amigo
En todo pienso ayudaros.
Bern. Yo vida y alma fiaros,
Y á serlo vuestro me obligo.
Oct. ¡O zelos, fiero enemigo! *ap.*
Mas sin razon me acobarda,
Siendo tan bella y gallarda
Florela; pues con cautela,
Sabré si quiere á Florela,
O si me engaña Lisarda.

ESCENA V.

MENDO Y SANCHO.

Mendo. ¿Vuesa merced cómo ha nombre?
Sancho. Si oyó vuesarced decir
Quien es aquel escudero
Que topó con su rocin,
Yo soy el mismo.
Mendo. Pues, Sancho,
¿Quién duda que de dormir
Estarás necesitado?
Sancho. Como de lluvias abril,
Poetas de consonantes,
Si es duro de digerir
Las letras y villancicos
De Mari-Morena y Gil:
De ser soberbio en romance,
Quien es humilde en latin;
Y de no saber de todos
Quien sabe poco de sí.
Mendo. ¿Por comparaciones entras?
Gusto tienes.

Sancho. Siempre dí
En parecer conversado
Con gente palacieguil;
Discreto para volante,
Que desde Guadalquivir
A pedir á Manzanares
Vengo el grado de sutil.
Mendo. Ven, y verás mi aposento,
Donde (aunque indigno de tí)
Honrarás cuatro colchones,
Menos tres, por no mentir:
Sábanas hay, aunque están
A lavar, que presumí
Siempre de lo que es limpieza;
Almohadas, nunca fuí
Amigo de gollerías:
Hay mesa, estampa, candil,
Peine, silla, limpiadera,
Calzador; y todo en fin
Para tu servicio, Sancho.
Sancho. Como me viste venir,
Preveniste el aposento.
¿No hay algun guadamacil
Que cubra lo inescusable?
Mendo. Debes de ser zahorí;
Téngole, y de buena mano,
Con la historia de David.
Sancho. ¿Tu nombre?
Mendo. Por una letra
No soy el que por ahí
Ayuda á los que patean,
Y por Mengo, Mendo fuí.
Sancho. Pues Mendo, ó Mengo, camina,
Que de cierto serafin,
Mas socarrona que grave,
Mas dama que fregatriz,
Oro toda, toda perla
Desde el moñazo al chapin,
Tengo despues que contarte.
Mendo. ¿El nombre?
Sancho. Ines.
Mendo. Pesia á mí,
Que es Ines tambien la mia.
Sancho. Pues podremos competir
En sonetos, si los haces;
Soy del Parnaso arlequin.

ESCENA VI.

Decoracion de jardin.

SALE LISARDA.

Flores de aqueste jardin
Por donde entró don Bernardo,
Y en quien tornasol aguardo
Al sol, que ha de ser mi fin:
Rosa, clavel y jazmin,
Que con vida mas segura,
Gozais tan breve hermosura,
Que en un mismo dia haceis
De la cuna en que naceis
Vuestra verde sepultura.
Hablar con vosotras quiero,
Pues que tuvo mi alegría
Principio y fin en un dia,
Y donde nacisteis muero.
El mismo término espero;
Flor como vosotras fuí,
Donde nacisteis nací,
Y si engañadas estais,
A saber lo que durais,
Aprended, flores, de mí.
La luz de vuestros colores,
La pompa de vuestras hojas,
Que azules, blancas y rojas,
Retratan zelos y amores;
¿Porqué os desvanecen, flores,
Si aviso y ejemplo os doy,
Que ayer fuí lo que hoy no soy?
Y si hoy no soy lo que ayer,
Hoy podeis en mí saber
Lo que va de ayer á hoy.
Como vosotras fué cierto
Que dió mi esperanza flor;
Pero siempre las de amor
Tuvieron el fruto incierto:
Aspid vino amor cubierto
De vosotras, no le ví:
Matóme, y dejóme así;
Para que quien hoy me vea
Tan diferente, no crea
Que ayer maravilla fuí.
Sois con hermosos colores,
Como la que viste amor,
Exhalaciones de olor,
Porque haya cometas flores,
¡O fáciles resplandores,
A quien incitando estoy!
Pues hoy maravilla doy
De ver que ayer diese aquí
Sombra al sol con lo que fuí,
Y hoy sombra mia no soy.

ESCENA VII.

LISARDA Y FLORELA.

Flor. Estoy en obligacion,
Lisarda, á tus diligencias;
Mejor eras para prima,
Que para hermana y tercera.
Bien hablaste á don Bernardo,
Bien el suceso lo muestra,
Bien lo afirma tu descuido,
Bien lo dice la respuesta,
Bien lo sienten mis deseos,
Bien te culpan mis sospechas,

Bien lo adivinan mis zelos,
Bien lo sufre mi paciencia.
Si fuera posible ser
Tuyo, si posible fuera
No ser de Octavio, que ya
Las horas, Lisarda, cuenta,
Para que seas su esposa,
Para que tu esposo sea,
Hallára tu amor disculpa;
Pero no siendo tan necia,
Que porfies cuando sabes
Que sin esperanzas esperas.
Sucédele á tu deseo
Lo que á los barcos qué reman
Contra el corriente del rio;
Que los vuelve con mas fuerza
El ímpetu de las ondas,
No viendo la resistencia
Con las esferas del agua,
Pues cuando piensan que llegan
A las riberas, están
Mas lejos de las riberas.
Ya que no puede ser tuyo
Este caballero, deja
Que sea mio, Lisarda,
Cuando en Octavio te empleas;
Que si todas las mugeres
Aguardan á que las vean,
Las sirvan, las enamoren,
Las requiebren y pretendan,
Casaránse tarde, ó nunca;
Que si un platero á su tienda
No sacase cada dia
Las joyas y las cadenas,
Y las tuviese encerradas,
Sin hacer mas diligencia,
Como era posible hurtarlas,
Era imposible venderlas.
Cuantas cosas tiene España
La mudanza las gobierna,
El gusto las califica,
La novedad las aprueba.
Los trages se mudan, y hacen
Que de otra nacion parezcan
Los hombres, y entre estas cosas
Padece injurias la lengua.
Ahora se usan, Lisarda,
Mugeres de una manera,
Mañana se usarán de otra,
Y por esa diferencia
Importa no descuidarte:
Tú, pues que ya te remedias,
Y le tienes con Octavio,
Permite que yo le tenga.

Lis. ¿Quién, Florela, imaginára
De tu ingenio y de tu honor,
Que no casándome amor
Tu necedad me casára?
En lo que dices repara;
Porque si á Octavio le doy
La mano, que ha de ser hoy,
(Como dices) en agravio
De lo que merece Octavio,
Que de don Bernardo soy.
Que si don Bernardo á mí
Tiernamente me miró,
No tengo la culpa yo
De que no te mire á tí:
Tú, si le vieres, le di
Que estás de él enamorada,
Que yo á otra fuerza obligada,
Mas quisiera ya tratar
En descasar, que casar,
Y apenas estoy casada.
De la riqueza incitado
Que en el rico indiano vió,
Pasar un hombre intentó
El mar, que ya vió pintado;
Pero en mirando, admirado
En las playas españolas,
Respetar las nubes solas,
Con tal temor huye de él,
Que aun presume que tras él
Vienen corriendo las olas.
Yo, que apenas he llegado
A la orilla del casar,
Aunque vi pintado el mar
En otras, que se han casado,
Tiemblo de mirarle airado,
Y de llegar me arrepiento:
Huyo con el pensamiento,
Si voy volviendo la cara;
Que aun presumo (¡cosa rara!)
Que me sigue el casamiento.
Mas como la voluntad
De mi padre es un respeto,
A quien forzada prometo
Obediencia y humildad,
No quiere mi libertad
Usar su propio albedrio,
Y por eso no porfio,
Aunque mi envidia desea
Que don Bernardo no sea
Tuyo, pues no ha de ser mio.
Dirás que ¿cómo atrevida
El recato profesado,
Contra mi honor te he contado
Que por él estoy perdida?
¿No has visto en casa encendida
Arrojar manos villanas
Riquezas, que juzgan vanas?
Pues así mi fuego amor,
Lo que guardaba mi honor
Arroja por las ventanas.

Flor. Basta, Lisarda, yo creo
(Tan desdichada nací)

Lo que me dices aquí
De tu bárbaro deseo :
Solicitaré mi empleo
Sin tí; por darte pesar,
A don Bernardo he de hablar,
Porque basta para hacer
Que yo sea su muger,
Ser muger, y porfiar.
Lis. Pues yo por esa intencion
Lo pienso estorbar de modo,
Que no se junte en un todo
Cada parte de esa union;
Que el sol y la luna son
Divinas luces del cielo,
Y en oponiendo su velo
La tierra, cosa tan baja,
La luz de los dos ataja,
Y dejan oscuro el cielo.
Flor. Si te pusieses delante
De mi sol, tierra envidiosa,
Con eclipses de zelosa,
Y con engaños de amante;
Con fuego haré que te espante,
Que cuando aquel gran farol
Vuelve á su propio arrebol,
Y la oposicion destierra,
La tierra queda por tierra,
Y el sol, como siempre, sol.
Lis. No querrá el sol (yo lo sé)
Tenerte por luna á tí;
Porque mirándome á mí,
Noche de mi luz te haré.
Flor. Bien dices, noche seré,
Porque todas le verás
Conmigo.
Lis. Engañada estás,
Que si es sol, y es prenda mia,
Haré todo el año un dia,
Y no habrá noche jamas.

ESCENA VIII.

DICHOS Y LUCINDO.

Luc. Para que estés advertida
De que esta noche te casas,
Y para pedirte albricias,
Vengo á decirte, Lisarda,
Que tan prevenido el novio
Tal es su prisa y sus ansias,
Que ha traido hasta el padrino,
Y es huésped de nuestra casa;
Porque como es forastero,
No quiere que de ella salga
Nuestro padre, por hacer
Lisonja á Octavio, que tantas
Obligaciones le tiene;
Que como ya su posada
De Octavio ha de ser contigo
En esta casa, y estaba
En la suya el forastero,
Era forzoso dejarla.
Ya le aderezan un cuarto,
Aunque los dos se escusaban,
Mas como nuestro Alejandro
Lo cortés y el nombre iguala,
No ha sido posible hacer
Que el forastero se vaya;
Tanto que pienso que ha sido
De Octavio invencion gallarda
Para casar con Florela;
Porque es persona estremada
De talle y entendimiento :
Ellos vienen : tú, Lisarda,
Muestra, pues eres discreta,
Tu gusto, donaire y gala,
Por si ha de ser tu cuñado,
En cuenta de la desgracia
En que habeis de estar despues,
Porque solo el nombre basta.
Tú (por si ha de ser tu esposo),
Florela, cortés le habla,
Que no le parezcas boba,
Que se volverá mañana,
Que pierde mucho al principio
Hablando mal una dama;
Que quien entra hablando bien,
Nadie le ha negado el alma.

ESCENA IX.

DICHOS, DON ALEJANDRO, OCTAVIO, DON BERNARDO, SANCHO É INES.

Alej. Aquí, señor don Bernardo,
Están Lisarda y Florela.
Lis. Ya me alegra el dulce nombre.
Flor. Ya el dulce nombre me alegra.
Bern. Dadme, señoras, las manos :
¿Pero qué burlas son estas *ap.*
De mi fortuna, ó qué sueños,
Que como verdades crea?
¿Dónde estoy? ¿Dónde he venido?
La casa es esta y las bellas
Damas donde estuve, cuando
Por la ingrata Dorotea
Maté aquel hombre.
Lis. O mis ojos *ap.*
Con el alma efectos truecan,
O es don Bernardo.
Flor. ¡Ay, Lisarda!
Mis esperanzas se aumentan.
Don Bernardo es el amigo
De Octavio.
Oct. ¡No se pudiera
Fingir mayor suspension!
Turbadas miran, y atentas *ap.*
A don Bernardo, Lisarda

Y Florela, y él á ellas;
¿Pues yo qué diré de mí?
¡Estrañas cosas ordena
La fortuna! ¡aun no es posible
Que mis justos zelos sepan
A cuál de las dos se inclina!
Bern. No es mucho que se suspenda,
Señoras mias, el alma,
Mirando tanta belleza:
Perdonad lo que he tardado,
Que ha sido amorosa fuerza
De mis sentidos, en quien...
Oct. ¡Vive el cielo, que no acierta
A hablar palabra!
Lis. Señor,
No puede haber cosa nueva,
Que os ofrezca en esta casa,
Pues ya la teneis por vuestra.
Mi hermana Florela y yo
Reconocemos la deuda
De Octavio, que os ha traido
Adonde serviros pueda
La voluntad de las dos.
Oct. No he visto en mi vida necia,
Si no es ahora, á Lisarda. *ap.*
¡Válgame el cielo! ¿si es ella
La que á don Bernardo mira?
Que hablar mal y ser discreta
¿No pudiera ser amor?
Que mas turba amor, que enseña.
Sancho. Ines, si tú hubieras sido

(*Al oido.*)

Cazadora, te dijera
Que Octavio lo ha sido.
Ines. ¿Cómo?
Sancho. Eran Lisarda y Florela
Perdices; trajo á mi amo
Por ventor para cogerlas,
Y en viéndolas, como el perro
Hasta la mano se queda
Suspenso, hasta que su dueño
De la suya el halcon suelta,
Don Bernardo se ha quedado,
Y Octavio de las pigüelas
Del honor suelta los zelos
Para averiguar sospechas.
Ines. Por quitar la confusion
De todos, y que es tan nueva,
Que no hay en la sala, Sancho,
Persona que no la tenga;
Ya, en efecto, estais aquí,
Y nuestra boda tan cerca,
Que es la mayor confusion;
Pero lo que fuere sea.
Venme á ayudar á poner
El cuarto, donde aposenta
Alejandro á tu señor.
Sancho. Vamos; pero mas quisiera
Que no hubiéramos venido.
Ines. Calla, que amor tiene vueltas
Como marzo, y podrá ser
Que dé con la boda en tierra.

ESCENA X.

ALEJANDRO, OCTAVIO, LISARDA, FLORELA Y MENDO.

Mendo. El notario á los tres llama,
Y á la señora Florela. (*Vase.*)
Alej. Vamos, Octavio.
Oct. A buen tiempo.
Lis. Mucho el huésped me contenta.
Alej. Yo pienso que si en Sevilla
Se casa con doña Elena
Su hermano don Juan, que aquí
Hará Octavio de manera,
Que don Bernardo se case
Con Florela. (*Vase.*)
Oct. Solos quedan:
Yo volveré cuando esten
Seguros. (*Vase.*)
Flor. Sin que me vean
Tengo de volver á ver
Lo que don Bernardo intenta.

ESCENA XI.

BERNARDO Y LISARDA.

Bern. ¿Es posible que ha salido
Amor á ser invencion,
Aunque con tal confusion,
Que por ella me ha traido
A tu casa, y que haya sido,
Lisarda mia, de suerte,
Que á tal tiempo venga á verte,
Que te cases y que yo
Te pierda, porque me dió
Tal vida para tal muerte?
Como el que soñó tesoro,
Y las manos de oro llenas,
Podia llevarte apenas
Anoche: ¡o prenda que adoro!
Que te ví soñaba el oro;
Dispierto, lloro, é incierto,
Pues cuando dispierto advierto,
Que el que en tus ojos soñé,
Perdí cuando disperté,
Pues á perderte dispierto.
Gran ventura hubiera sido
Venir, Lisarda, á tu casa;
Mas cuando Octavio se casa,
No es dicha haberte perdido;
Hoy ha de ser tu marido,
Y yo mañana saldré
De Madrid, aunque veré,

Que á Sevilla llegar pueda
Quien en tus ojos se queda,
Y deja el alma en tu fe.
Lis. Bernardo, desde aquel dia
Que te ví con Dorotea,
Mi corazon te desea,
Mi vida es tuya, no es mia;
Pero la dura porfía
De mi suerte me quitó
La libertad con que yo
Hiciera eleccion de tí:
No tú me perdiste á mí,
Que yo soy quien te perdió.
Suelen despues del arado,
En las mas cubiertas lomas,
Buscar amantes palomas
El trigo recien sembrado,
Y con vuelo apresurado
Llevarse el halcon la una,
Y la otra en tal fortuna
Quedar suspensa mirando
Por donde se fué volando,
Sin esperanza ninguna.
Y así yo con menos dicha,
Sin que á resistir me atreva,
Miro por donde te lleva
A Sevilla mi desdicha:
Solo con lágrimas, dicha
Puede ser la resistencia
De mi turbada obediencia;
Ellas te la dicen ya:
Viendo que tan cerca está
Mi casamiento, y tu ausencia.
Bern. Solo un abrazo mi amor
Quisiera llevar de tí,
Por prendas de que te ví
Inclinada á mi favor.
Lis. Temo de Octavio el rigor,
Temo á Florela tambien;
Puede ser que nos esten
Mirando, que los amantes
En acciones semejantes
Nunca piensan que los ven.
Oct. (*al paño*). Hablando están: desde aquí
Tengo de ver si es Florela,
O si es Lisarda á quien ama.
Flor. (*al otro paño*). Desde aquí zelosa, y necia,
Que zelos nunca negaron
La profesion que profesan,
Tengo de ver lo que hablan.
Lis. Sabe el cielo si quisiera
Darte mis brazos, Bernardo;
Pero el temor no me deja.

ESCENA XII.

DICHOS, Y SALEN INES Y SANCHO CON UNA ANTEPUERTA DE SEDA.

Sancho. Cuando de sedas tan ricas
Todo el aposento cuelgas,
¿Esta antepuerta me das?
Ines. ¿Pues qué tiene esta antepuerta?
Sancho. Por enmedio está manchada.
Ines. ¿Manchada?
Sancho. Y aun rota.
Ines. Muestra.
Sancho. Tiéndela.
Ines. Ten de esa parte,
Y lo que dices enseña.

(*Cogen la antepuerta cada uno por su cabo, y tapan á don Bernardo y á Lisarda.*)

Bern. Perdona, que la ocasion
Me permite que me atreva.
Lis. Ya para darte los brazos
Mi dicha me da licencia. (*Abrázanse.*

ESCENA XIII.

DICHOS, Y SALEN OCTAVIO Y FLORELA.

Oct. ¡Ah, pérfida Ines!
Flor. Plegue al cielo que no tengas
Dicha.
Oct. Con espacio están.
Flor. ¿Qué mirais?
Sancho. Esta antepuerta.
Flor. ¿Pues qué tiene?
Ines. Dice Sancho
Que está rota, y que por ella
Entrará el aire.
Oct. No pudo
El aire de mis sospechas.
Flor. Llevadla, necios, de aquí.
Sancho. ¿De esto, señora, te pesa?
¿Quieres tú que se resfrie,
Si por tantas partes entra,
Don Bernardo mi señor?
Oct. Como es Lisarda discreta,
Bien os habrá entretenido.
Bern. Antes yo le he dado cuenta
De mi jornada á Madrid,
Y el amor de Dorotea.
Flor. Lisarda es muy entendida.
Lis. ¿Burlas, Florela?
Flor. De veras
Hablo; tú me entiendes.
Lis. Vamos
Adonde mi padre espera,
Porque lo que han concertado,
Sepan que ha sido en mi ausencia.

Oct. Todo fué en vuestro favor,
No hay que temais.

ESCENA XIV.

BERNARDO, SANCHO é INES.

Bern. Sancho, llega,
Dame tus brazos, tus piés
Tambien, ¡bien haya la puerta,
Y la antepuerta, y las manos
Que acaso, ó sin acaso, en ellas
Estuvo tanto favor!
Voy con ellos: la maleta
Abre con aquesta llave, (*Dale una llave.*)
Saca cien escudos de ella,
Y dalos á Ines; tú, Sancho,
Mi vestido hasta las medias
Te pondrás: á Dios, á Dios. (*Vase.*)
Sancho. ¿Qué te parece la fiesta
Que hace á un favor quien ama?
Ines. Sí, pero son diligencias
En imposibles; si bien
Lisarda pienso que piensa,
No digo ser de tu amo,
Por la amistad que profesa
Con Octavio: mas no ser
De Octavio; y si á serlo llega,
Darle tal vida, que presto,
O la deje, ó la aborrezca.
Sancho. Hay en los campos de Oran
Unos moros, Ines bella,
A quien llaman Benarages,
Que aquella noche primera
Que se casan, á la novia,
Ya que desnuda se acuesta,
En vez de dulces amores,
Azotan con unas riendas:
Y preguntando la causa
Un cautivo de mi tierra,
Le dijo un moro: Cristiano,
Esto se hace por muestra
De valor y valentía;
Porque sí con tal fiereza
Tratan lo que mas adoran,
Hieren lo que mas desean,
¿Qué harán con sus enemigos
Cuando vayan á la guerra?
Ines. Malditos sean los moros,
Y las moras que se emplean
En esos bárbaros perros:
¿Yo azotes, y con sus riendas?
No me casára en mi vida
A ser mora, y me anduviera
Cinamoma por los montes,
Como en las Indias las negras
Cuando se van de sus amos;
O me fuera, Sancho, á Meca
A meter monja moruna.
Mal año, y quien tal supiera;
¿Desposadas y azotadas,
Y desnudas las desuellan?
Sancho. ¿Pues tú no ves que es costum-
Ines. Por el siglo de mi abuela, [bre?
Que habia, Sancho, de ser
Cual coneja de Inglaterra,
Que con pellejo las asan,
O armarme de todas piezas:
Valentía en el donaire,
Eso sí, mas con la hembra;
Cuando diera un desposado
Azotitos á su prenda,
Bueno está; mas riendas, Sancho:
¿Qué dejan para las suegras
Si así tratan las mugeres?
Sancho. No pensé que lo sintieras
Con tanta furia, perdona;
Y digo que Octavio queda
Obligado á Benarage,
Para que Lisarda sepa
Que profesa valentía.
Ines. ¿Y tú, Sancho, tambien fueras,
Si te casáras conmigo,
Lo que á Bernardo aconsejas?
Sancho. Esa noche, Ines, mis brazos
Fueran riendas; mas si hicieras
Porque...
Ines. Tente, no lo digas.
Sancho. Aguarda.
Ines. Mal año.
Sancho. Espera.
Ines. No, es, Sancho, el mejor ginete
El que castiga la yegua.
Sancho. ¿Pues quién?
Ines. El que la regala,
Y solo en sus piensos piensa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala.

OCTAVIO, LUCINDO y MENDO.

Oct. ¿En quién como don Bernardo
Puede hacer Florela empleo?
Luc. Siempre ha sido mi deseo
Que este mancebo gallardo
Fueso esposo de Florela,
Y le he cobrado aficion.
Oct. Habladle con discrecion,
Por si acaso se desvela
La dama que de Sevilla
Le trajo á Madrid.

Luc. No hará,
Que fuera quererle ya
Mas error, que maravilla.
Sin esto, en Florela veo
Nuevas señales de amor,
Que habrán nacido en rigor,
No tanto de buen empleo,
Como de haberla mirado
Don Bernardo.
Oct. Puede ser,
Que el principio de querer
Nace de ageno cuidado.
Amor sin ojos nació,
Y así, al basilisco fiero
Los hurtó, porque primero
Mata el que al otro miró.
Luc. Yo los he visto mirar
Con apacibles semblantes.
Oct. La vista es lengua de amantes,
Y habrán tenido lugar,
Por la dilacion que ha puesto
Lisarda en casarse.
Luc. Tiene
Poca salud; mas ya viene
Mi padre, Octavio, dispuesto
Para que esta noche sea;
Y yo con feliz agüero
Casar á Florela quiero,
Que pienso que lo desea
Quien tiernamente la mira:
Voy á hablarle. (*Vase.*)
Oct. Y yo me quedo
A consultar con el miedo
Mi verdad y su mentira.
¿Qué tengo ya que esperar,
Mendo, en zelos declarados?
Que son muy necios cuidados
Despues de ver, sospechar.
Vive Dios, que es fingimiento
La verdad, ó que ha nacido
De tristeza: Amor y olvido
Combaten mi pensamiento:
Amor que á Bernardo tiene,
Mi casamiento dilata.
Mendo. No te corresponde ingrata,
Si esta noche le previene.
Oct. Su engaño, su falsa fe
Me helaron y me abrasaron.
Mendo. ¿Porqué piensas, que llamaron
Tirano á Amor?
Oct. No lo sé.
Mendo. Porque todo lo acobarda;
Todos piensa que pretenden
Matarle; todos le ofenden,
Y en fin, de todos se guarda:
Siempre vive con sospecha,
Como es traidor y cruel.
Oct. Yo intento guardarme de él,
Pero poco me aprovecha.
Ya Lisarda me aborrece
Por don Bernardo; yo fuí
La causa de entrarle aquí:
Como noche se entristece
En viéndome á mí, y con él
Se alegra: claro testigo
De que anochece conmigo,
Y que amanece con él.
Con esto, Mendo, repara
En lo que hará quien adora,
Si tal noche y tal aurora
Está mirando su cara.
Como suele el tornasol
Cerrar del sol en ausencia
La rubia circunferencia
En que se retrata el sol;
Yo que miro en mis desvelos
Oscuro su resplendor,
Cierro las hojas de amor,
Y me desmayo de zelos.
Mendo. Calla, que viene aquel Sancho,
Que á mí tambien me ha ofendido.
Oct. Llámale, Mendo, Bellido,
Y seré yo el rey don Sancho.

ESCENA II.

DICHOS, INES Y SANCHO, QUE TRAE UN AZAFATE, Y EN ÉL UNA BANDA Y UN LIBRO, TODO CUBIERTO CON UN TAFETAN.

Sancho. Darás aqueste azafate
A Lisarda, tu señora,
Que don Bernardo mi amo,
Con voluntad generosa
Quiere alegrar la sangría.
Ines. Bien le debe esta lisonja,
Si la sangría es por él.
Sancho. Bien lo siente y bien lo llora.
Ines. ¡Oh, si la vieras sangrar!
Sancho. ¿Hubo desmayo de rosas?
¿Hubo apriéteme quedito?
¿Moriréme si no afloja
La cinta, y piqueme cuanto
Baste á que la sangre corra,
Y otros melindres así?
Ines. Hubo, con espada corta,
Que en dos vainas de marfil
El acero blanco aforra,
Una fuente de rubíes,
Que un brazo, senda de aljófar,
Que de un monte de azucenas
Dió en una barca redonda.
Sancho. Basta, poética Ines;
Yo creo tu cultisona
Musa, y que eres vocablista
Tengo por cosa notoria:

Dale el azafate. (*Dáselo á Ines, y vase.*)
Ines. A Dios. (*Llega Octavio.*)
Oct. Ola, Ines, ola.
Ines. En las olas
Del mar dió el barco azafate:
Plegue á Dios que no se rompa.
Oct. ¿Qué es eso, que te dió Sancho?
Ines. No sé cierto: algunas cosas
Que don Bernardo le envia,
Que usan en la corte ahora.
Oct. Es escelente persona
Don Bernardo; su nobleza
Vence toda ejecutoria.
Ines. Esto han de hacer los amigos
Por los amigos.
Oct. Importa
A conservar la amistad:
Los buenos regalan y honran:
¿Darás licencia que quite
El tafetan?
Ines. Basta y sobra
Que sea tu gusto.
Oct. ¿Banda?
Bueno: ¿y con ella una joya?
¡Qué discreta prevencion!
Ines. Tú á lo menos te desposas
Con ella, y no la das nada.
Oct. Azafates de almas solas
Le envian mis pensamientos.
Ines. Bien, que no hay cosa, que coman
Las sangradas, como almas.
Oct. En pena no.
Ines. Ni aun en gloria.
Hay muger (y está en lo cierto)
Que quiere mas una alcorza,
Que cuatro canastas de almas.
Oct. Deshechas de amor las toman.
Ines. No lo creas, aunque vengan
En gigote y pepitoria,
Que con almas invisibles,
Ni se vende, ni se compra.
Oct. Libro de memoria es este:
¿Pues di, libro de memoria
Es bueno para sangrías?
Ines. No entiendo de ceremonias;
Descuido pienso que fué
De Sancho.
Oct. Si cantos y orlas
Fueran diamantes, pasára
Por joya rica y gustosa
El tal libro; pero yo
Sospecho, pues no se adorna,
Que es para escribir en él,
Como recibe las joyas,
Mejores ante escribano.
Ines. Con palabras misteriosas
Me hablas; voy á llevarlas,
Que no sé que te responda.
Oct. No digas que he dicho nada.
Ines. ¿Yo? ¿porqué?
Oct. Vete en buen hora. (*Vase Ines.*)
Mendo. Confieso que son tus zelos
Justos.
Oct. Lisarda alevosa,
¿Qué aguardo?
Mendo. Alevosa no,
Que estar sin culpa le abona,
Y ser necio don Bernardo.
Oct. ¿Pues dónde quieres que ponga,
O por qué cuenta, este libro
De memoria, que á dos cosas
Puede servir? ¿á que escriba
En él, y que corresponda
En él mismo á mis favores,
O hacer empresa amorosa,
Para decir que la tenga
De él, pues ha de ser mi esposa?
Fuego del cielo en mi amor,
Si hubiese pasion tan loca,
Que pusiese con casarse
En aventura la honra.
No mas, basta que la mia
De haber tenido se corra
Tal pensamiento: Alejandro,
A mi venganza perdona,
Que la he de intentar de suerte,
Por ser tú mi sangre propia,
Que solo pare en desprecio,
Que en gente ilustre no es poca.

ESCENA III.

OCTAVIO, Y LISARDA CON LA BANDA, Y FLORELA.

Lis. ¿Es mandarme prevenir
Para la muerte?
Flor. No hables,
Que son locuras notables
Las que empiezas á decir.
Lis. ¿Qué importa, si he de morir?
Flor. Mira que te escucha Octavio.
Lis. No hay, Florela, amante sabio:
No sé como este no siente
En mí tan nuevo accidente,
Y en él tan notable agravio.
Oct. Envidia tengo, Lisarda,
A quien con tal cortesía
Supo alegrar tu sangría,
Y tan justo premio aguarda:
¡Oh, cómo vienes gallarda
Con esa banda, en que ya
Descansando el brazo está
De la fuerza y de la ira
Con que tantas flechas tira,
Con que tantas muertes da!
Aunque pierda yo tu abrazo,

Me alegra ver, dulce prenda,
Que se pase amor la venda
Desde los ojos al brazo:
Llegó de su vista el plazo;
Ya ve el amor para ser
Mas prudente en escoger
Los que importa que lo sean,
Y aun hace á muchos que vean
Lo que no quisieran ver.
Amante, ya no hay quien prenda,
Venid á pedir favor,
Porque tiene el brazo amor
Atado á su propia venda:
No hayas miedo que le estienda;
¿Pero quién habrá que crea
Que esta dulce banda sea,
Para cubrir su aficion,
Cortina del corazon,
Porque nadie se le vea?
Lis. Lo que no has sabido hacer,
Octavio, quieres culpar;
Quien no me quiere alegrar,
No me debe de querer:
¿Zelos antes de muger?
¿Pero para qué traias
Hombre de quien desconfias?
Buscarle estuvo en tu mano
Menos cuerdo y cortesano,
Y no alegrára sangrías.
Si don Bernardo tu amigo
Ha sabido que esto es uso
De la corte, y se dispuso
A ser tan cortés conmigo,
Tus zelos cruel castigo
A mi corazon le dan,
Que no es prenda de galan,
Antes ponérsela es
Como á sitial de tus piés
Cubrirle con tafetan.
Suele torcerse en la calle
A alguna dama un chapin,
Y ella detenerse á fin,
Desea que el brazo halle,
Sin reparar en el talle,
Algun hombre: y así enlazo
Mi brazo de este embarazo,
No porque estimaré yo
La banda por quien la dió,
Sino porque tengo el brazo.
Mi sangre se ha de sentir,
Que cuando alegre y gallardo
Me la alegra don Bernardo,
Tú me la quieras pudrir:
Que vuelvan quiero pedir
A sangrarme, aunque rehuya
El brazo de parte suya;
Banda me manda traer,
Y esta servirá de ser
La medida de la tuya.
Oct. No te la quites, Lisarda,
Que no ha de esperar la mia
Quien lo imposible porfia
La noche que dueño aguarda;
Pero ya que no acobarda,
Cuando de quejas mayores
Que zelos de tus favores
A la media noche abiertas,
Están hablando tus puertas,
Y de este jardin las flores.
Pregúntale al tocador
Quién durmió en él, quién tenia
Por huésped, y todo un dia
Mereciendo tu favor;
Y juzga tú si al honor
Lo del tocador le toca:
Si así te tocas, ¿qué loca
Pasion podrás disculpar
Lo que se llega á tocar
Con las manos á la boca?
Si por mí, Lisarda bella,
Bernardo en tu casa está,
Primero salió de allá,
Que yo le trajese á ella:
Esto para dueño en ella
Me desmaya y me desalma,
Me mata y me tiene en calma;
Y no te admire el rigor,
Que tengo aquel tocador
Atravesado en el alma. (*Vase.*)
Lis. En fin, Florela, cumpliste
La palabra, y el deseo
De intentar que don Bernardo
Fuese tuyo (¡estraños zelos!),
Como si fuera ya mio,
Cuando es Octavio mi dueño:
Pero no ha sido razon
Quererle por malos medios,
Contándole lo que estaba
Entre las dos tan secreto.
¿Tú eres hermana? ¿tú, ingrata?
¿En qué Arabia, en qué desierto
De Libia nacen mas fieras,
Fieras, que en tu pecho fiero?
¡Hay tal maldad, tal traicion!
Flor. A satisfacer no acierto
Tu engaño, aunque de tu agravio
Con justa causa me quejo;
Pero de que no lo he sido,
Lisarda, de este suceso,
Solo pongo por testigo
Al cielo, y le pido al cielo,
Que aquí me quite en tus ojos
La vida, si culpa tengo.

ESCENA IV.

LISARDA, FLORELA Y LUCINDO, DON BERNARDO Y SANCHO.

Bern. Estimo, señor Lucindo,
La merced que me habeis hecho,
Y del señor Alejandro
Tan honroso ofrecimiento;
Que su hija y vuestra hermana
Merece mas alto empleo,
Y yo le aceptára á estar
Mas libre, pero no quiero
Engañaros; que no es justo.
Luc. ¿Sois casado?
Bern. No es por eso.
Luc. ¿Pues porqué?
Bern. Porque una noche
Maté, incitado de zelos,
Un hombre en este lugar;
Y cuando temo estar preso,
No viene bien que me case.
Luc. Y si está vivo ese muerto,
¿No os podreis casar?
Bern. Si es vivo,
Puede ser; mas no lo creo.
Luc. Bien podreis.
Bern. ¿Cómo?
Luc. Yo soy,
Aunque dándome en el pecho
Aquella fuerte estocada,
Tomé posesion del suelo.
Bern. ¿Vos érades?
Luc. Yo, que estaba
Con Dorotea.
Bern. Ahora quiero
Daros mil veces mis brazos.
Luc. ¿Qué respondeis?
Bern. Que lo acepto,
En escribiendo á mis padres;
Que bien sabeis que no puedo
Sin su bendicion y gusto.
Luc. Sois hijo obediente y cuerdo:
Allí están mis dos hermanas,
Pedirlas albricias quiero.
Florela, ya estás casada.
Flor. ¿Qué dices?
Luc. Que voy contento
A decir á nuestro padre
Que es don Bernardo tu dueño. (*Vase.*)
Lis. ¡Qué súbito embajador!
El parabien darle quiero
A don Bernardo.
Flor. Lisarda,
Tu buen término agradezco;
Mas no vayas, por mi vida;
Que tengo zelos, y temo
Que desbarates la boda.
Lis. Ahora bien, yo te obedezco
Hasta saber si dijiste
A Octavio nuestro secreto;
¿Pero no podré tratarle
De otras cosas?
Flor. ¿A qué efecto?
¿Qué tienes tú que enviar
A las Indias con sus deudos?
Pues en la contratacion
De Sevilla mucho menos
Tienes negocios, Lisarda.
Dame solo este contento
De no hablarle, pues te queda
Despues de casados tiempo
Para cuanto nos quisieres
(Despues que no tenga zelos)
Hacer merced á los dos.
Lis. Vamos, Florela, no quiero
Que pienses que yo te quito,
Como dices, tu remedio.

ESCENA V.

BERNARDO Y SANCHO.

Sancho. Sospecho que te has casado,
Si no es que estando mas lejos
De lo que quisiera estar,
Entendí mal lo que temo
De tu fácil condicion.
Bern. Siempre fácil te parezco:
El hombre muerto le puse,
Y de mi prision el miedo,
Por objecion á Lucindo,
De no hacer el casamiento,
Mas díjome que era él.
Sancho. Ya entendí todo el suceso.
Bern. No se puede responder
A un casamiento propuesto
Con libertad, que es agravio
De la dama y de sus deudos.
Sancho. En el monte de San Lucar,
Que mira verdes cabellos
De sus pinos, en las aguas
Del mar de España soberbio,
Cuando parten á las Indias
Los navegantes modernos,
Que codiciosos del oro
No ven los peligros ciertos;
Hay un gatazo, señor,
Que sentado en uno de ellos
Está diciendo: tornáu,
Tornáu, sonando los ecos
En las naves, con que muchos
Se desembarcan con miedo.
Yo, pues, señor, que te veo,
Yo, pues, señor, que te miro,
Por obligado, embarcado
En el mar de este concierto,

Y dentro del prodigioso
Galeon sin casamiento,
Desde el monte de mi amor,
Desde el pilar de mi celo
Estoy diciendo: tornáu,
Tornáu, tornáu, caballero,
Hecho gato de lealtad,
Contra gatos de dinero,
Que donde es grande el peligro,
Nunca fué bueno el provecho.
Bern. No fuera error, como piensas,
Sancho, sino grande acierto
El casarme con Florela:
Lo que temo y lo que siento,
Lo que temo y lo que miro,
Lo que gano y lo que pierdo,
Lo que adoro y lo que olvido,
Lo que busco y lo que dejo
Es el amor de Lisarda,
Que con saber que no puedo
Contrastar tanto imposible,
Todo se me abrasa el pecho.
Díjele, Sancho, á Lucindo,
Que escribiria primero
A mis padres á Sevilla,
Para hallar en este medio
Remedio de no casarme.
Sancho. De tu claro entendimiento,
En la obligacion que tienes
Al regalo que te han hecho,
No pudo salir, señor,
Mas ajustado el intento.
Bern. Ines viene.

ESCENA VI.

DICHOS, É INES CON UN LIBRO.

Sancho. Bella Ines,
¿Qué quieres?
Ines. Dale á tu dueño
Este libro de memoria.
Sancho. ¿Pues no le hablas?
Ines. No puedo,
Que no tengo órden de arriba.
Sancho. De arriba abajo te quiero;
Pero parece que traes
La faz á horca: ¿qué es esto?
Ines. Desdichas.
Sancho. ¿Cómo desdichas?
Ines. ¡Y qué desdichas!
Sancho. Pucheros:
Mira que soy sevillano:
Declárate, porque luego
Clamoreen por el hombre,
Que desde aquí te prometo
Por el alma de Escamilla,
Que fué de los bravos dueño,
Una mohada y dos chirlos,
Y si repara lo diestro,
La de conclusion, y á Dios.
Ines. No puedo hablarte.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS INES.

Bern. ¿Qué es eso,
Sancho?
Sancho. Este libro me ha dado
Ines, los ojos al sesgo:
No sé lo que significa
Tan notable sentimiento.
Bern. Aquí en la primera hoja
Dice: « Ya se ha descubierto (*Lee.*)
« Cuanto ha pasado, y Octavio
« Trueca en agravios sus zelos:
« Mi honra y mi vida están
« En que salgais luego luego
« De esta casa y de Madrid.
« Si me quereis como os quiero,
« Dulce señor de mi vida,
« Esto os suplico y os ruego.
« La triste LISARDA. » ¡Ay, triste!
Sancho. Murió un señor de este reino,
Y la tal señora viuda
Escribió á un encomendero
Labrador, que se llamaba
Pero García, en un pliego
Materia de sus negocios,
Y con aquel sentimiento
Firmó: la triste duquesa;
Y el buen hombre respondiendo
A su carta y su tristeza,
Firmó la suya, diciendo:
El triste Pero García.
Ahora, señor, que veo
Firmar la triste Lisarda,
Que respondas te aconsejo
Por igual dolor, el triste
Don Bernardo; que á tu ejemplo
Si la triste Ines me escribe,
El triste Sancho de Oviedo
Le respondo.
Bern. ¿Ahora burlas?
¿Este es tiempo, majadero?
Sancho. Ya lo veo yo, señor,
Que es de majaderos tiempo,
Porque no entiendo, ni sé
Cómo viven los discretos.
Bern. Yo te diré cómo viven.
Sancho. ¿Cómo?
Bern. Callando y sufriendo.

ESCENA VIII.

DICHOS, OCTAVIO Y MENDO.

Mendo. Repórtate, señor, y no le hables
Con el rigor que dices, que no es justo,

Que sus acciones son menos culpables.
Oct. ¿Quieres que sufra yo tanto disgusto?
¿Cómo podré?
Bern. ¿Qué es esto, Octavio amigo?
Que me parece que venis sin gusto,
Y cuando yo me voy, no iré conmigo,
Si no quedais con el que yo deseo.
Oct. ¿Cómo? ¿qué os vais?
Bern. Lo que es forzoso os digo.
Oct. ¿Pues tan súbitamente? no lo creo.
Bern. Bien lo podeis creer, pues no he podido
Escusar el peligro en que me veo,
Mozo en la corte, nuevo y bien nacido,
Con padres y dinero, y Dorotea,
Que promete mejor, que andar perdido,
Don Gonzalo de Córdoba desea
Que me vaya con él á esta jornada:
¿Pues dónde un noble la nobleza emplea,
Como sirviendo al rey? porque la espada
Mejor parece allí, que aquí tomando
Con guante de ámbar guarnicion dorada.
Estuvieron mis padres obligando
Al gran duque de Sesa, cuando en Roma
Estuvo la embajada ejercitando:
Y ahora el sucesor mi amparo toma,
Y me acomoda con su heróico hermano,
Que tantas veces los hereges doma.
Ya os acordais, que se le opuso en vano
Al valeroso jóven, descendiente
De aquel famoso capitan cristiano,
Que llamaron el grande justamente,
En Alemania el conde palatino,
Y que gigante le rompió la frente;
Pues hoy, Octavio, estando de camino,
Que ya su magestad le ha despachado,
Y acompañarle, Octavio, determino:
No puedo, por la prisa que me ha dado,
Besar la mano á vuestra dulce esposa;
Abrazadla por mí, que me ha obligado,
Así á Lucindo y á Florela hermosa,
Así á Alejandro y la familia toda,
Que mi partida es súbita y forzosa.
Oct. Justo fuera, que honrárades mi boda.
Bern. Perdonadme, no puedo detenerme:
Tú, Sancho, los caballos acomoda. (*Vase.*)
Mendo. ¿En fin, Sancho, te vas?
Sancho. Voy á ponerme
No, Mendo, entre los barcos de Sevilla,
Donde en cama de plata el Bétis duerme:
Mas donde con alguna albondiguilla
De plomo en caldo de figon mosquete,
No me dejen quijada ni costilla.
Dios me deje volver á Tagarete;
Dale un abrazo á Ines, que me ha obligado,
Y depárele Dios un buen ginete.
Al pastelero de la esquina he dado
Algunas pesadumbres, y le debo
De ojaldres y pasteles un ducado;
Pagarásle por mí, que no me atrevo,
Como voy á morir, á deber nada:
A Dios.
Mendo. ¿Pues lloras?
Sancho. Soy soldado nuevo.

(*Vase.*)

Mendo. Mal encubriste la pasion formada
De tus zelos injustos.
Oct. No he podido
Lisonjear la voluntad forzada.
Mendo. No fué justo mostrarte desabrido
Con quien ya se partia por sospechas
De agravio que tú propio le has fingido.
Oct. Yo sé de donde salen tantas flechas;
No me consueles, Mendo, cuando vieres
Que vienen todas al honor deshechas.
Mendo. Siempre fueron culpadas las mugeres.
Oct. Siempre lo son los hombres que las miran
Para engañarlas.
Mendo. Rigoroso eres.
Oct. Conozco el blanco donde todos tiran.

ESCENA IX.

OCTAVIO Y FLORELA.

Flor. Antes que nuevas te den
De que ya tu grande amigo
No solo será testigo
De que te empleas tan bien,
Sino tu hermano y cuñado,
Albricias vengo á pedirte,
Y á alegrarte, y á decirte
Como queda concertado
Que no haya mas dilacion
Que cuando á Sevilla escriba;
Mira como amor se priva
Con zelos de la razon,
Cuando sospechaste mal
De tan cuerdo y tan gallardo
Caballero.
Oct. Don Bernardo
Es hombre tan principal,
Que nunca de él lo creí:
De lo que estuve quejoso,
Ya no lo estoy, ni zeloso
De quien se parte de aquí
Para no volver jamas.
Flor. ¿Cómo para no volver?
Oct. No pienso que puede ser
Ver á don Bernardo mas;
Porque á Alemania partió
Con el general hermano
Del duque de Sesa.
Flor. En vano

Flor á la aurora nació
Mi dicha, pues en los hielos
De la noche se han secado
Sus hojas; tú le has echado
De aquí con tus necios zelos.
Oct. Yo, Florela, no te aguardo
Por ignorante y muger.
Flor. ¿Pues qué causa pudo haber
De partirse don Bernardo?
Oct. No verme casar, que amor
Tal vez á la ausencia apela:
Y de esto basta, Florela,
Que es mucho á quien tiene honor. (*Vase.*)
Flor. Cubierta de lucidas banderolas
La nave indiana el rumbo á España gira:
Entra en el golfo, y proceloso mira
Trepando el mar las gavias españolas.
Allí por escapar las vidas solas,
Mas mira al cielo, que al amaina y vira;
Y últimamente la esperanza espira
En competencias de montañas de olas.
Mas sirve de consuelo, que se lanza
Al dulce puerto por el golfo incierto,
Y que le goza mientras no le alcanza.
Pero ha sido en mí grave desconcierto
La desdicha mayor de mi esperanza,
Romper la nave, sin salir del puerto.

ESCENA X.

Decoracion de campo.

DON BERNARDO Y SANCHO DE CAMINO.

Bern. Es imposible pasar
De esta venta.
Sancho. ¿Estás en tí?
Bern. No, que si estuviera en mí
Pudieramos caminar;
Pero así como quien tiene
Vicio, Sancho, de beber,
Que ni acierta á andar, ni á ver
Lo que va, ni lo que viene;
Este vino de mi amor,
Que por los ojos bebí,
Me marca y lleva así.
Sancho. Vuelve á proseguir, señor,
El viaje, que en volver
Atras, se aventura tanto,
Que de escucharte me espanto.
Bern. Necio, ya no puede ser.
Sancho. Pues un hombre, que salió
De Madrid para Alemania,
Mas feroz que leon de Albania,
En una venta paró,
¿Con qué, valeroso Cid,
Quieres que amor te corone?
Bern. Alemania me perdone,
Que yo me vuelvo á Madrid.
Sancho. Pues en Madrid ¿qué has de ha-
[cer?
Bern. Ver á Lisarda casar,
Que verla me ha de templar
De Octavio propia muger.
Sancho. Antes te dará mas zelos.
Bern. Yo sé que amor cesará.
Sancho. Yo sé que amor te dará
Mayor fuego y mas desvelos.
Hay en Ecija insufrible
Calor en todo el verano,
Y á un caballero ecijano
Pregunté: ¿Cómo es posible,
Que sufran tanto calor,
Si aun aquí nos abrasamos?
Bern. ¿Y qué respondió?
Sancho. Buscamos
El aposento menor:
Así tú muy necio vas
A buscar de tu amor ciego,
Donde quepa menos fuego,
Habiendo en lo menos mas.
Bern. No te quiero tan chistoso,
Sancho, cuando estoy muriendo.
Sancho. Trátame bien, que me ofendo
De este nombre vergonzoso.
Bern. Antes ahora se usa
Por escelente vocablo.
Sancho. Entre los usos del diablo
Eso no ha tenido escusa:
Chistoso, ¿qué diferencia
De cualquiera afrenta tiene?
Bern. Este necio me entretiene
Con su cansada elocuencia:
Saca los caballos presto,
Que no he de pasar de aquí.
Sancho. Desde Sevilla salí
A obedecerte dispuesto;
¿Mas qué disculpa hallarás,
Que á tantos zelos contente?
Bern. Fingir algun accidente.
Sancho. A buscar tu muerte vas.
El Buen Suceso me ampare,
Que adivino desde aquí,
Que me han de matar á mí
De lo que á tí te sobrare.
Ea, yo soy tu trompeta,
Ponte á caballo; mas dí,
¿Qué me darás porque aquí
Te dé una invencion discreta
Para volver sin agravio
De Octavio á Madrid?
Bern. ¿Con veinte
Escudos hay harto?
Sancho. Tente,
Di que encontramos á Octavio,
La estafeta de Sevilla,
En el camino, y que vuelves
Por cartas.

Bern. La duda absuelves,
Tu ingenio me maravilla;
Es cosa puesta en razon:
¿Veinte dije? sean cuarenta.
Sancho. ¡Oh, cómo al amor contenta
Cualquiera loca invencion!
Bern. Es estremada cautela.
Sancho. Mucho yerras en volver,
Que temo que te han de hacer
Casar con la tal Florela.
Bern. Necio temor te acobarda,
Que no habrá (en esto me fundo)
Muger para mí en el mundo,
Si no lo fuere Lisarda.

ESCENA XI.

Decoracion de sala.

LISARDA É INES.

Lis. ¿Tú le viste partir?
Ines. Presto te olvidas
Del libro de memoria.
Lis. ¿Pues qué quieres?
Pues todas las mugeres
Son amando atrevidas;
Miré mi honor, que quien su honor desprecia,
Lloró despues arrepentida y necia.
Echarle fué discreto desvarío,
Mas yo sé que en lo mismo te vengaste,
Si el alma me llevaste,
Dulce Bernardo mio,
Que no pasára yo tan triste vida,
Si trocára las almas tu partida.
Temor de Octavio, y de Florela zelos,
Que ya tu casamiento pretendia,
Me dieron osadía
Entre tantos recelos
Para apartar de tí con mil enojos,
No el alma que te dí, sino los ojos.
¿Qué harán sino cegar estando ausentes?
Si tienes mi desdicha por agravio,
Gozarálos Octavio
Convertidos en fuentes,
Y no te espantes si tu ausencia lloran,
Que están dentro dos niñas, que te adoran.
Con húmedo rocío los estremos
Baña la noche al dia, y la luz pura
Del sol en sombra oscura:
Y así los dos seremos,
Tú el sol, la noche yo, Bernardo mio,
Tierra mi amor, mis lágrimas rocío.
Ines. ¿De qué te sirve, que fatigues tanto
Tu espíritu, señora, en imposibles?
Lis. En males insufribles
Parece ocioso el llanto;
Pero es engaño, que si el llanto amansa
Furia de amor, el corazon descansa.
Ines. El dia mas alegre en las mugeres,
Aquel suelen llamar en que se casan:
Y tú, señora, quieres
(¡Tales desdichas pasan!)
Hacer que el mas lloroso y triste sea.
Lis. Llámale alegre quien casar desea:
Que para mí lo fuera, Ines, el dia
Que pudiera trocar tan nuevas galas,
Y esa falsa alegría
Que á la mayor igualas,
En negro luto, y blancas tocas.
Ines. Mira
Que en brazos de la noche el sol espira:
Tus deudos, tus criados, los amigos
De tu padre y hermano traen á Octavio.
Lis. Todos de tanto agravio
Vendrán á ser testigos. [pieza.
Ines. Finge alegría, que entran por la
Lis. No lo puedo acabar con mi tristeza.

ESCENA XII.

DICHOS, Y ALEJANDRO, FLORELA, OCTAVIO, LUCINDO Y MENDO.

Alej. Luego que se den las manos
Vayan á llamar, Lucindo,
Los músicos, porque quiero
Que con mucho regocijo
Se celebre el desposorio.
Luc. Tan cuerdo, tan triste miro
A Octavio, que me da pena.
Flor. Y yo estos dias le he visto
Con menos gusto tratar
Tu casamiento.
Alej. Imagino
Que su mudanza de estado
La causa, Florela, ha sido.
Mendo. Estraños están los novios.
Ines. Sí, que Octavio está muy tibio,
Y Lisarda mesurada:
¿Qué es esto?
Mendo. Un retrato vivo
De los novios de Ornachuelos,
Él con ojos de novicio,
Y ella trocada en los viérnes
La cara de los domingos.

ESCENA XIII.

DICHOS, Y DON BERNARDO Y SANCHO EMBOZADOS.

Sancho. Plega á Dios que no nos cueste
El venir tan atrevido
Alguna desdicha.
Bern. Calla,
Que el alboroto y ruido
De la casa nos defiende,
Para no ser conocidos;

Y en viéndolos dar las manos
Volveremos al camino,
Tú sin miedo, yo sin alma,
Ni conocidos, ni vistos.
Sancho. ¿Esto quieres tú?
Bern. No puedo,
Sancho, por mas que porfio,
Dejar de verlos casar.
Sancho. Tienes tan fuerte capricho,
Que hasta verlos acostados,
Y por ventura con hijos,
No querrás salir de aquí.
Alej. Ya que mis deudos y amigos
Están presentes, ¿qué falta?
Flor. Que se den las manos.
Luc. Primo,
Llegad; llega tú, Lisarda.
Oct. Que te aguardes te suplico,
Lisarda.
Lis. ¿Porqué?
Oct. Yo soy
Quien te ha querido y servido,
Como sabes.
Lis. Es verdad.
Oct. Pues yo soy ahora el mismo
Que te desprecio y te dejo,
Que este desprecio es debido
Al tuyo, que en este tiempo,
Ingrata á tantos servicios,
A tanto amor y deseo,
Quisiste al mayor amigo
Que tuve, y por mi desdicha,
Lisarda, á tu casa vino.
Aguardé para vengarme
A término tan preciso,
Que fuese mi libertad
De tu desprecio castigo:
Con esta resolucion,
Que te cases te permito
Con quien quisieres.
Luc. No es hecho
De hombre noble y bien nacido:
La sangre que tienes mia
Sacarte quiero.
Alej. Lucindo,
Detente, que dice bien
(Si esto es así) mi sobrino;
La culpa tiene Lisarda,
Si es verdad lo que le dijo.

(*Llega Sancho á Lisarda embozado.*)

Sancho. Señora, escucha.
Lis. ¿Quién es?
Sancho. Sancho, señora, Sanchico.
Lis. ¿Pues no os fuisteis á Alemania?
Sancho. Sí, mas ya habemos venido
Como brujos por los aires;
En efecto, habemos visto
Al bravo rey de Suecia,
Y al gran conde palatino
En Móstoles de Alemania.
Lis. ¿Viene Bernardo contigo?
Sancho. Aquel es que está embozado.
Lis. Padre, hermano, deudos mios,
No averigüen si es bien hecho
O mal hecho lo que hizo
Octavio en desprecio vuestro,
Que antes fué en aprecio mio;
Que si por este desprecio
Tan grande dicha consigo,
Como es el estar casada,
Padre, tan á gusto mio,
A Octavio es bien que agradezca
Desprecio, que es beneficio:
Ya estoy casada.
Sancho. ¿Con quién?
Lis. No está lejos mi marido;
Desembozaos, caballero,
Y dadme la mano.
Bern. Afirmo

(*Desembózase.*)

Con dárosla, y con el alma,
Señora, cuanto habeis dicho.

(*Dale la mano.*)

Luc. ¿Es don Bernardo?
Bern. Yo soy.
Sancho. Y yo, Ines, á tu servicio
Sancho de Oviedo, hijodalgo
Como un pernil de tocino.
Ines. ¿No eres soldado?
Sancho. ¿Qué quieres,
Si en tres dias he corrido
De Móstoles á Alcorcon?
Oct. Aunque pudiera contigo
Enojarme, don Bernardo,
Tu casamiento confirmo:
Y de Lisarda á Florela,
Pues que viene á ser lo mismo,
Mudo la mano y el alma.

(*Da la mano á Florela.*)

Alej. No puede haber sucedido
Mayor dicha en tal desprecio,
Si acaso os merece un vítor.

FIN.

INDICE.

TIRSO DE MOLINA.

La Prudencia en la muger. . . . . Pág. 2
Don Gil de las Calzas verdes. 39
El Burlador de Sevilla, y Convidado de piedra. 73
La Beata enamorada, Marta la Piadosa. 103

DON ANTONIO MIRA DE MESCUA.

Galan, valiente y discreto. 135

DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

No hay vida como la honra. 161
La Toquera vizcaina. 189

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Reinar despues de morir. 220

DON AGUSTIN MORETO.

El Desden con el Desden. 248
El Valiente Justiciero, y el Ricohombre de Alcalá. 279
El Lindo don Diego. 308

DON FRANCISCO DE ROJAS.

Del Rey abajo, ninguno, y Labrador mas honrado García del Castañar. 339
Donde hay agravios no hay zelos, y Amo criado. 366
Entre bobos anda el juego. 400

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

La Verdad sospechosa. 432
Ganar amigos. 464
Las Paredes oyen. 494
El Tejedor de Segovia, 1ª parte. 525
El Tejedor de Segovia, 2a parte. 555

MATOS FRAGOSO.

Lorenzo me llamo, y Carbonero de Toledo. 585
La Dicha por el desprecio. 620

FIN DEL ÍNDICE.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

PQ
6217
T4
pt.1

Teatro escogido desde el
siglo XVII hasta
nuestros días

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY